

*Dedicado a todos aquellos que
conocen la diferencia entre la realidad y la ficción.
Y a aquellos que confunden el amor
con el miedo y la angustia.*

EL AYUDANTE

Lia Gerald

TERCERA PARTE

PRIMAVERA

UN DÉBUT INCROYABLE

Francia era un país increíble. ¿Qué cómo lo sabía? Porque iba a pasarme una puñetera semana recorriéndola en un precioso Maserati Quattroporte azul eléctrico; bebiendo vino y cenando en los pueblos más bonitos que había visto nunca, de París hasta Rocamoudure, y de allí hasta Toulouse; recorriendo los viñedos, las iglesias, las esculturas y los caminos empedrados y cargados de historia; durmiendo y follando en las casas rurales y hoteles más románticos con el hombre más guapo e increíblemente sexy del planeta tierra, mi novio de verdad, James Black.

Y Lana. Sí, la joven también estaría allí. Bueno, de hecho, ese viaje era para ella. Al menos, oficialmente. Se suponía que yo solo iría porque era el ayudante del señor Black, para hacerles de traductor y para sacarles fotos que enviaba sin parar al señor Lee. Aunque la realidad, como siempre pasaba con nosotros, era mucho más compleja.

Todo empezó cuando a principios de marzo el señor Black tuvo que invitar a Lana a la cena de una gala benéfica. Allí, en una conversación bastante tonta sobre el tiempo lluvioso y húmedo que siempre hacía a principios de primavera, Lana dijo:

—Sí, siempre llueve mucho por esta época. No creo que recuerde uno de mis cumpleaños en los que no haya llovido, aunque solo fuera un poco.

—¿Cumple años en marzo? —le había preguntado yo.

Ya había quedado claro que James no iba a esforzarse demasiado por mantener una conversación con ella cuando yo estaba cerca. Solo se dedicaba a sonreír, asentir y reírse de vez en cuando mientras trataba de tocarme lo más posible o de susurrarme comentarios privados que Lana fingía ignorar.

—A finales, sí, el veinte siete —había respondido ella.

—Oh, yo soy del tres de abril —sonreí—, apenas una semana de diferencia.

—¿Es usted Aries como yo, señor O'Brien? —exclamó Lana con sorpresa, como si hubiera sido un descubrimiento arrollador y súper importante—. ¡Estaba muy segura de que sería un Capricornio!

Yo me había reído un poco junto con el señor Black, aunque estaba seguro de que a ambos nos había parecido una completa estupidez lo que a Lana se le había ocurrido decir.

El hecho era que, después de haber descubierto su cumpleaños, se me ocurrió que sería lo apropiado organizar algún tipo de fiesta especial para ella.

—Nada de cenas sorpresa, Leo —me había advertido James cuando le había hablado del tema. Estábamos desayunando en su despacho y el señor Black comía un poco girado hacia mí en su enorme escritorio de ébano.

—Quizá algún restaurante caro y lujoso —había pensado yo en alto—. Po-

dría conseguir sitio con un par de semanas de adelanto. Iré buscando también un regalo apropiado. ¿Qué le parece un colgante?

—Lo que sea —había respondido James sin mucho interés.

Esa fue la idea original, una cena a la luz de las velas en algún lugar romántico e íntimo y un collar caro de una joyería. Pero las cosas cambiaron cuando el señor Lee, director del Departamento de Publicidad y el genio detrás de la relación falsa entre el señor Black y Lana, descubrió los planes. Lee todavía seguía muy molesto por la falta de fotos en San Valentín ya que, según él, «todo el mundo estaba deseando saber lo que habían organizado la pareja del siglo». Lo peor de aquello es que era cierto. Las redes sociales del señor Black se habían llenado de comentarios, críticas y quejas cuando no habían colgado nada más que una foto de ellos juntos con un ramo de rosas y unos bombones. Así que el señor Lee se había propuesto resarcirse con una cena por todo lo alto que, si fuera por él, hubiera retransmitido en streaming como si se tratara de un *reality show*.

—Es su primer cumpleaños juntos, señor Black, debe ser algo muy especial —había insistido en una de las reuniones a primera hora—. Le pasaré una lista de ideas que mi equipo y yo hemos barajado.

Yo había puesto una discreta mueca de exasperación y había cogido el móvil en mitad de la reunión para buscar el archivo que, como no, ya me habían enviado. «Pasar una lista de ideas» era un código en clave para decir: «Que Leonard se joda discutiendo con usted y ya nos dirá lo que decida».

—Una cena en un barco a media noche —le leí al señor Black en el coche de vuelta a casa, tras una clase de yoga que todavía no encontraba nada relajante.

—No.

—Una cena en lo alto de su edificio.

—No.

—Una cena en una casa de campo.

—No.

—¿Sabe qué, señor Black? —fruncí un poco el ceño y valoré la posibilidad antes de mirarle a los ojos—. Quizá lo de la cena en la casa de campo no sea una mala idea. Podríamos tomarnos unos días de descanso y programar una pequeña escapada de fin de semana —sonreí.

El señor Black mantuvo mi mirada en silencio, sentado como si fuera el rey del mundo, con los brazos extendidos sobre el respaldo y las piernas abiertas.

—No estaría mal —respondió, ladeando un poco el rostro—. Podemos adelantar un poco de trabajo e irnos un fin de semana tú y yo.

—Y Lana —me obligué a añadir, porque, después de todo, eso era para ella.

El señor Black puso una leve expresión de molestia y negó con la cabeza, así que yo había descartado la idea. Sin embargo, aquel mismo fin de se-

mana, en una fiesta del Barón Enmascarado, James me dijo:

—¿A dónde te gustaría ir de vacaciones, Leo?

Dejé la copa de whisky sobre la barra del bar y le miré con las cejas algo arqueadas por la sorpresa. El señor Black tenía un antifaz negro sobre los ojos, unas orejas de conejo sobre la cabeza, su corbata gris con su signo de Amo en el cuello, y unas mallas muy cortas que no dejaban nada a la imaginación, a las que le había puesto una cola pomposa y redonda para completar el disfraz de conejito playboy.

Yo llevaba un pijama infantil de cuerpo entero con forma de monstruo verde, pero la cremallera estaba abierta y enseñaba todo mi pecho y mis abdominales junto con los tirantes de pasivo dominante; además, le habían cortado las mangas, así que también se me veían mis brazos. El señor Black me había pedido que me pusiera las gafas y la capucha con pequeños dientes blancos y triangulares sobre la cabeza. Así que ambos cumplíamos las expectativas de la temática: Inocente pero obsceno.

—Creía que habíamos descartado la idea de ir de vacaciones —reconocí.

El señor Black alzó un momento la mirada a mis ojos y, tras un breve silencio, volvió a recorrerme el cuerpo. No había parado de mirarme de arriba abajo desde que habíamos llegado, porque, al parecer, había algo en mi disfraz que le estaba poniendo bastante cachondo. Y no debía ser el único que lo pensaba, ya que, por primera vez desde que íbamos juntos a esas fiestas, me habían dado más *Fulls* de tarjetas que a él.

—Sí, sí que quiero ir —respondió—. Bájate un poco más la cremallera —añadió tras un breve silencio.

Se me escapó una sonrisa y me bajé lentamente la cremallera hasta la entrepierna, dejando al descubierto el inicio de mi vello púbico rizado. Evidentemente, el pijama, el antifaz y los tirantes eran lo único que yo llevaba puesto. El señor Black se pasó la lengua por los labios y empezó a respirar un poco más fuerte. Sus mallas apretadas no hicieron mucho por esconder la forma cada vez más alargada y gorda de su polla contra la tela fina y de un gris oscuro.

Iba a continuar hablando, pero un hombre con un alzacuello y una sotana abierta nos interrumpió para ofrecerme dos tarjetas con cierta timidez. Sonreí un poco, pero no demasiado, y las acepté sin decir nada.

—¿Crees que la gente ha reutilizado sus disfraces de «Virginal pero macabro»? —le pregunté antes de dejar las tarjetas en el montón y beber un trago de whisky—. No me sorprendería. La verdad es que el Barón no les echa demasiada imaginación a las temáticas —me respondí a mí mismo.

Jamesladeó la cabeza un poco y siguió mirándome lentamente, de mis brazos a mi pecho, descendiendo por el reguero de pelo que iba hasta mi entrepierna para después subir a mis labios y continuar por mi otro brazo.

—Podríamos elegir el fin de semana tras el cumple de Lana y buscar un lugar tranquilo —continué, recuperando el tema de las vacaciones, aunque reconocía esa mirada en los ojos de James y sabía que el señor

Black estaba muy lejos de allí y que probablemente ni me escuchara—. Puedo buscar un lugar tranquilo en la montaña, uno que tenga senderos y rutas que podamos hacer y que queden bien en las fotos, ¿qué te parece?

Como había sospechado, James no reaccionó, y no creía que fuera a hacerlo, hasta que tras un breve silencio dijo en voz baja:

—Tiene que ser caro y lujoso, Leo. Nosotros nos merecemos solo lo mejor —y me hizo una señal para que me acercara un poco.

Moví el taburete para sentarme más cerca de él, pero tampoco demasiado, porque en el salón no se podían hacer cosas explícitas; para eso había una enorme parte de atrás en penumbra.

Aun así, el señor Black alzó una mano y me acarició el pecho velludo, siguiendo el reguero de pelo por mis abdominales hacia la entrepierna.

Hundió la punta de los dedos en mi vello púbico y sentí un escalofrío por todo el cuerpo, mezcla de excitación y del roce de su mano fría sobre mi piel caliente.

—Debería haberte abierto la cremallera en casa... —añadió en voz baja con un tono de profundo arrepentimiento.

Me reí, quizá porque su comentario y el tono necesitado de su voz me había hecho gracia, quizá porque excitar a James de esa forma me hacía sentir demasiado bien conmigo mismo.

—James, vamos a volver a casa juntos —le recordé—. Ambos sabemos que me abrirás esta cremallera todo lo que quieras. Y que no será la última vez que me ponga este pijama —alcé ambas cejas con una fina sonrisa en los labios y bebí otro trago de whisky.

El señor Black sonrió más de los que solía hacer, en una mezcla de orgullo y oscuro placer. Hundió más los dedos en el vello de mi entrepierna y lo apretó un poco.

—Lo sé, Leo... —murmuró—. Eres solo para mí y te puedo tener siempre que quiera...

—Así es —asentí—. Entonces, ¿te parece bien la idea de buscar una casita en el campo y hacer un poco de senderismo?

—Tócame tú también, Leo... —ordenó.

Cogí aire y dejé el tema, porque estaba claro que el señor Black sería incapaz de mantener una conversación en ese momento. Empezamos a tocarnos en la fiesta, nos besamos y lamimos en el coche y cuando llegamos a casa terminamos al fin de follar. Yo quedé exhausto, satisfecho y muy sudado. El pijama daba mucho calor y, por supuesto, el señor Black no me había dejado quitármelo. Era de esos con una abertura rectangular a la altura del trasero, así que... bueno, a James no le había hecho falta ni bajármelo un poco para poder hacerme todo lo que tenía en mente. Se había corrido una vez en el coche y después había continuado hasta volver a hacerlo en la cama.

Entonces el señor Black al fin se había derrumbado sobre mí, tan sudado como yo, pero desnudo, sonriente, jadeante y satisfecho. Se había esforzado mucho por hacerme gemir muy alto y alargar aquel polvo todo

lo posible, así que tardó un poco más que yo en recuperar el aliento.

—¿Qué lugar te parece el más romántico? —me preguntó mientras nos duchábamos.

Me lo pensé un momento, porque todavía estaba un poco atontado entre sus brazos, disfrutando del agua templada y de los pequeños besos que me daba en el cuello.

—¿De este país? —tuve que preguntar.

—Del país que tú quieras —me susurró al oído.

Solté un murmullo pensativo.

—Creo que Europa es un lugar con mucho más encanto que Estados Unidos —reconocí.

James levantó la cabeza y sentí un leve picor allí donde rozaba su barba contra la mía.

—Vayamos a Europa —decidió—. A Francia. Todos dicen que es el país del amor.

En ese momento asentí, muy de acuerdo con la idea. No fue hasta el día siguiente cuando me di cuenta de que ir a Francia iba a cambiar por completo el plan original de «una escapada al campo». Así que la semana siguiente me la pasé buscando momentos de descanso en las comidas o en la cena en casa para organizar un viaje de tres personas a Europa. El problema era que, cuanto más buscaba, más cosas me atraían y me llamaban la atención.

—Podemos quedarnos en París, pero, al parecer, los viñedos del sur están preciosos en esta época del año —le dije al señor Black en el coche, mientras volvíamos de una comida con los inversores.

—Tú ya has estado en París —respondió—. Vayamos a otro lado.

Le miré con sorpresa y parpadeé un par de veces.

—¿Cómo sabes eso?

El señor Black me miró fijamente con sus ojos del azul del mar y se quedó un par de segundos en silencio.

—Te escucho cuando hablas, Leonard. Siempre lo hago.

Fruñí el ceño y ladeé el rostro. No recordaba haber hablado nunca con él de mis viajes de la universidad; aunque sí recordaba haberlo hecho con otras personas. Hacía un mes había hablado con Lana sobre los lugares que había visitado, pero creía que James simplemente no prestaba atención y se limitaba a mantener su sonrisa de un millón de dólares.

—Puedo buscar otros lugares —dije, volviendo a mirar el móvil—, pero París es una ciudad preciosa para pasar el fin de semana y sacar fotos.

—Pasemos el fin de semana en París y después vayamos a otro lado que no hayas visto.

—Solo tenemos un fin de semana, James... —le recordé con cuidado y una mirada atenta.

—Son nuestras vacaciones e iremos el tiempo que haga falta, Leo —concluyó él.

Entreabrí los labios, pero terminé por asentir y empezar a buscar otro des-

tino. Al final, encontré una preciosa ruta por la campiña francesa, con varios pueblos encantadores y repletos de lujo para los turistas más pudientes.

— ¡Es perfecto! —lo celebró el señor Lee cuando le di la noticia—. Francia, viñedos al atardecer, pueblitos de casas de piedra... ¡Saldrán fotos perfectas para colgar en las redes! ¡Ha tenido usted una gran idea, señor Black!

— Fue idea de Leonard —le corrigió el señor Black con tono serio.

El señor Lee tuvo que dedicarme una mirada por el borde de los ojos y forzar una sonrisa para decirme:

— Ha sido muy buena idea, Leonard.

Yo sonreí, disfrutando enormemente de lo mucho que le había jodido que aquello hubiera salido de mí y no de su equipo. Aunque la verdad era que me había limitado a poner en Google: «Lugares románticos de Francia». Aquel recorrido por la campiña francesa había sido uno de los primeros resultados.

Cuando todo estuvo decidido, me puse manos a la obra y organicé el viaje por entero. El trayecto, los hoteles rurales, los restaurantes que podríamos visitar, los lugares que podríamos ver, los senderos y monumentos... prácticamente todo estaba decidido y reservado antes si quiera de que pusiéramos un pie en el aeropuerto dos semanas después. Así que, aquella escapada de fin de semana se convirtió en siete días de vacaciones. Al menos, lo que concernía al viaje «oficial», ya que a mitad de mes yo tuve otra gran idea, y esta vez no la saqué de Google.

— James, he pensado en algo —le dije un sábado en el vestuario del gimnasio, mientras nos desnudábamos para ir a las duchas—, pero quería hablarlo antes contigo.

El señor Black me dedicó una mirada fija y seria tras quitarse la malla ajustada y quedarse completamente desnudo frente a mí.

— ¿Qué pasó, Leo? —preguntó, pero había cierto tono de preocupación en su voz.

— No, no es nada importante —respondí con una leve sonrisa—. Es que había pensado que, ya que estábamos en Francia, podíamos tomarnos un día o dos para viajar a Irlanda y visitar a mi familia.

El señor Black cambió su preocupación inicial por otro tipo de preocupación, una que venía acompañada de secreto nerviosismo y cierto miedo. No dijo nada, solo siguió mirándome a los ojos y después hizo una señal hacia las duchas, donde compartimos, como hacíamos siempre, el mismo chorro de agua y el mismo champú.

— Si no quieres venir, iré yo solo, no pasa nada —murmuré, dándole una caricia discreta en el pecho abultado y duro, porque el señor Black se había quedado muy silencioso y algo extraño tras oír la idea.

— Iremos juntos, Leonard —respondió con una mirada seria y cierto enfado.

Me limité a asentir, sin entender muy bien de dónde salía ese enfado ni e-

sa profunda preocupación; después de todo, James ya conocía a mis padres. Dejé pasar el tema, pero el señor Black debía estar bastante distraído con aquello, porque ignoró las miradas de los hombres que se lo comían con los ojos, a los que normalmente les daba un breve espectáculo de posturas sexuales y brazos flexionados frente al espejo. Después la gente se sorprendía cuando le sacaban fotos y le grababan vídeos a escondidas que terminaban colgados en Pornhub.

—¿Dormiremos en la casa de tus padres? —me preguntó mientras desayunábamos, rompiendo al fin su largo y meditabundo silencio.

—Eso había pensado —respondí.

Él continuó comiendo su sándwich de pan de centeno, huevo revuelto y aguacate con la mirada baja y la camisa un poco desabotonada.

—En tu cama —continuó, pero esta vez no era una pregunta—. Juntos.

—Claro —asentí con el ceño levemente fruncido.

El señor Black bebió un par de tragos de agua y al fin me miró.

—La semana que viene iremos de compras —fue lo único que añadió al tema.

Con todo al fin decidido —esta vez de verdad—, el viaje terminó siendo de nueve días: siete en Francia y dos más en Irlanda. Así que llegó la hora de darle la gran sorpresa a Lana. Algo que, por alguna razón, el señor Black se había guardado hasta el último momento; quizá con la esperanza de no tener que decírselo y poder ir a esas vacaciones los dos solos.

Mentiría si dijera que yo también querría poder disfrutar de aquello solo con James, pero la realidad era algo complicada y difícil: la pareja romántica del señor Black era Lana, era a ella a la que querían ver disfrutando del viaje a Francia junto a James. No a mí.

—Lana, ¿querrías venir con nosotros a Francia? —le preguntó sin más una mañana.

A la pobre casi le dio un ataque al corazón. Perdió el aliento, abrió mucho los ojos y se quedó paralizada tras el mostrador de recepción. James siguió sonriendo, como hacía siempre, ignorando por completo las múltiples reacciones de Lana a todo lo que él le pedía o le decía.

—Es un viaje muy romántico. Una semana de viñedos, senderos, pueblitos encantadores... ya sabes —añadió él con un mohín arrebatador y un leve encogimiento de hombros, lo que no mejoró la presión cardíaca de la joven.

—¿A... a Fran... cia? —consiguió decir ella apenas sin aliento.

—Sí, a Francia —repitió el señor Black, apretando su puño discretamente para que nadie pudiera verlo.

Lana tardó un par de segundos en asentir con la cabeza, incapaz de formular más palabras. El señor Black le dedicó una de sus sonrisas arrebatadoras y nos fuimos al fin hacia su despacho. Debido a la poca información que había dado él, me vi obligado a salir a la hora de comer para hablar yo con ella.

—Saldremos el domingo por la mañana —le expliqué tras saludarla y co-

ger la bolsa del restaurante que había sobre el mostrador. Conociéndola, probablemente la acabaría tirando al suelo en uno de sus gestos nerviosos—. Te recogeremos a primera hora e iremos al aeropuerto. Posiblemente llueva cuando lleguemos a París, así que lleva algo de abrigo; sin embargo, los pronósticos del tiempo son bastante buenos para la semana.

—Sí... —su voz brotó baja y algo rasgada de entre sus labios gruesos, así que miró al suelo y tragó un poco de saliva antes de intentarlo de nuevo—. Sí, señor O'Brien.

—Perfecto —sonreí, dándome la vuelta para volver al despacho.

—Espere, por favor —me dijo entonces, alzando ambas manos en alto. Me detuve y la miré con curiosidad, ya que su tono de voz había sonado asustado—. Señor O'Brien, ¿por qué quiere llevarme el señor Black a Francia? —preguntó, empezando a sonrojarse de esa forma que tenía ella de hacerlo, poniéndose como un tomate—. ¿Es por trabajo?

—Oh, no, no. Es por tu cumpleaños —le expliqué.

Ella ahogó un grito y se llevó ambas manos a la boca mientras me miraba con los ojos muy abiertos. Al parecer, que el señor Black hubiera dicho «es un viaje muy romántico», no había sido suficiente claro.

—Eso es precioso... —jadeó.

—Sí, lo es —asentí—. ¿Tienes alguna otra duda, Lana? —añadí, por si había malinterpretado alguna cosa más.

—¿Qué ropa debo llevar?

—Ropa de diario.

—¿Dónde... dónde dormiré?

Esa pregunta me sorprendió tanto que alcé ambas cejas y tardé unos segundos en responder:

—Tendrás una habitación para ti sola cada noche, yo mismo me he encargado de ello.

—Ah... —murmuró, para mi sorpresa, con evidente alivio—. Me preocupaba que... —se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba diciendo eso en alto, delante de las demás recepcionistas que fingían trabajar mientras nos escuchaban con atención. Entonces Lana me miró a los ojos y se puso todavía más colorada, lo que parecía imposible.

Sonreí y negué con la cabeza.

—No tienes que preocuparte de eso, Lana —le aseguré, porque el señor Black no iba a tocarla en absoluto, y mucho menos a meterse en su cama por las noches.

—¡Por supuesto! —exclamó, poniéndose muy nerviosa de pronto—. Lo siento mucho, no quería decir que... lo siento —sus ojos se humedecieron y me vi obligado a agarrarle suavemente del hombro y esperar a que se calmara.

—Lana, no pasa nada —sonreí.

Ella parpadeó un par de veces y consiguió mirarme a los ojos antes de asentir.

— Sé que el señor Black no es esa clase de hombre — murmuró. No tenía ni idea de lo equivocada que estaba —, pero... — echó una rápida mirada atrás y yo lo entendí deprisa. Le hice una señal para que me acompañara de camino al despacho —. Las chicas dicen que ya llevamos algunos meses saliendo y que... — se detuvo, incapaz de decir en alto que las demás se estaban preguntando por qué ni siquiera se habían besado todavía. Pero solo porque ellas ya se habrían intentado follar al señor Black a la tercera cita.

— No le des vueltas a eso — le aconsejé —. Cada pareja es diferente y tiene su propio ritmo.

Lana asintió de nuevo, esta vez con una tímida sonrisa en los labios.

— Muchas gracias, señor O'Brien.

— De nada — sonreí antes de despedirme.

Entré en el despacho y perdí la sonrisa al instante, llevando el desayuno y los cafés hacia un señor Black recostado e impaciente.

— ¿Por qué has tardado tanto? — quiso saber.

— Lana tenía algunas dudas — respondí mientras empezaba a repartir el desayuno en dos montones —. Quería saber si usted iba a intentar acostarse con ella en Francia.

— ¿Se ha caído demasiado fuerte al suelo esta mañana?

Se me escapó un bufido y una sonrisa, pero negué con la cabeza.

— ¿Qué le has dicho? — preguntó de nuevo el señor Black.

— Que no tiene qué preocuparse — le dije, entregándole sus envases antes de llevar los míos hacia el sofá —. El único que se va a meter en su cama en Francia, señor Black, seré yo.

— *Nuestra* cama, Leonard — me corrigió con un tono serio —. Deberías empezar a hablar con propiedad.

Puse los ojos en blanco mientras bebía un par de tragos de café con leche. James se había enfadado bastante cuando me había oído pedir tres habitaciones separadas. Me hizo llamar de vuelta a todos los lugares en los que ya había hecho la reserva y cancelar la tercera habitación. «¡Tú y yo somos novios de verdad, Leonard, y vamos a dormir en la misma puta cama sí o sí!», había gritado. «¡Me importa una mierda quién esté delante!»

— El único al que va a follarle usted en Francia, señor Black, será a su novio — rehíce la frase a su gusto —. En *nuestra* cama.

James siguió mirándome con expresión seria unos segundos, hasta que una fina sonrisa se extendió por sus labios.

— Te voy a follar en más sitios que en la cama, Leo. Te lo aseguro.

Quise parecer indignado, o quizá resistirme y decir algo como «James, por favor...»; pero, por desgracia, me gustaba esa parte tan franca y salvaje del señor Black. No pude evitar poner una sonrisa tonta en los labios y dedicarle una breve mirada por el borde superior de los ojos.

— Quizá me lleve alguno de mis juguetes — continuó él, empezando a mover un poco la cadera y a ladear el rostro mientras me miraba.

—Señor Black, no quiero que nos detengan en el aeropuerto al ver un par de fustas y esposas en su maleta cuando la pase por los rayos-x.

—La cuerda de nilón no sale en los rayos-x —respondió, algo que solo me hizo reír.

Así que, cuando llegó el día de hacer las maletas y dejarlo todo preparado, empaquetamos los numerosos conjuntos que nos habíamos comprado para la ocasión, los neceseres, relojes, calzado, ropa interior y, por supuesto, un par de cuerdas. Lakov nos llevó hasta casa de Lana, donde la joven ya nos estaba esperando bajo un paraguas rosa, con un jersey de punto amarillo demasiado grande y unos vaqueros desgastados. Cuando salí para ayudarla con su maleta, me miró de arriba abajo y perdió parte de la sonrisa para poner una expresión preocupada. James había elegido mi conjunto e iba bastante guapo en comparación a ella: chaqueta de cuero negro sobre una camisa blanca y bufanda gris, cinturón y unos pantalones de vestir a juego.

—Buenos días, Lana —la saludé, acercándome a paso rápido para no tener que mojarme demasiado bajo la fina lluvia—. Puedes entrar en el coche, ya me encargo yo.

Ella me entregó la maleta y asintió antes de caminar hacia el coche. Metí la maleta entre las muchas que el señor Black y yo llevábamos y volví a interior. Lana ya estaba en su lado, con la mirada baja y frotándose los dedos con nerviosismo. Un James sonriente e increíblemente guapo con su camisa blanca bajo su jersey azul marino y ajustado la miraba sin decir nada.

Lana se sentía mal porque ella había entendido «ropa de diario» como lo que significaba para la gente normal; no era su culpa que ese concepto fuera totalmente diferente en los estándares del señor Black, quien siempre tenía una imagen perfecta y elegante, y que se aseguraba de que yo también la tuviera.

—Esta lluvia parece poca cosa, pero enseguida te deja empapado —sonreí, limpiándome las gafas con la camiseta. Iba a ser un viaje largo y no quería llegar a París con los ojos enrojecidos y secos.

El trayecto al aeropuerto fue largo y denso, con una Lana a la que le costó un poco arrancar a hablar y que de pronto parecía sumamente cohibida y avergonzada. Por suerte pude dejar de insistir al llegar, distrayéndome con los últimos preparativos antes del vuelo: pasar las maletas por el control de acceso, buscar la terminal, comprobar los billetes, subir al avión y encontrar los asientos. Lana se sintió todavía más cohibida cuando descubrió que íbamos a viajar en primera clase, con asientos mucho más cómodos y mucho más espacio.

El señor Black se encargó personalmente de que fuera yo quien estuviera a su lado, dejando sola a Lana en uno de los asientos centrales entre los pasillos.

Seguía estando relativamente cerca, pero a un metro y medio de distancia.

—Si necesitas algo, Lana, no te prives —le pedí con una sonrisa desde mi

asiento al lado de la ventanilla. Nos esperaban siete horas y media de viaje y estaba seguro de que ella sería capaz de mearse encima solo por no preguntar dónde estaba el servicio del avión—. Es el viaje de tu cumple — le recordé.

Ella me miró y al fin elevó las comisuras de los labios en una fina sonrisa, la primera desde que la habíamos ido a buscar a su casa.

—Gracias, señor O'Brien.

Tras quince minutos de espera, al fin despegamos, dejando atrás la ciudad lluviosa. Lana se puso unos cascos y empezó a mirar una película mientras no dejaba de frotarse los dedos, seguramente inmersa en un debate consigo misma sobre el momento que estaba viviendo y todo lo que le esperaba por delante. Por otra parte, el señor Black al fin se relajó y pudo dejar de sonreír como un maniático. Alargó su mano discretamente por el gran reposabrazos que separaba nuestros asientos y la dejó en la cara interna de mi muslo para acariciarme. Giró el rostro y me miró a la espera de que yo hiciera lo mismo. Pero él estaba al lado del pasillo y era peligroso que a Lana le diera por mirar al señor Black y descubrir mi mano a escasos centímetros de su entrepierna; así que metí el brazo por debajo del de James para apoyar el codo en el reposabrazos y acariciarle el abultado bíceps de una forma más discreta, pero igual de cariñosa.

—¿Estás emocionado por el viaje, Leo? —me preguntó él en un murmullo bajo.

—Mucho —reconocí con una sonrisa—. Tenía muchas ganas.

James asintió.

—Yo también.

Sonreí más y fui a besarle, pero recordé dónde estábamos y eché un rápido vistazo a Lana antes de acercarme a los labios del señor Black para darle un beso suave, húmedo y breve.

—Te quiero mucho, James —le susurré como si fuera una especie de secreto.

El señor Black me miró de esa forma extraña e intensa, entreabrió los labios y se acercó para besarme de nuevo. Por desgracia, tuve que detenerle cuando noté la punta de su lengua queriendo abrirse paso por mi boca.

—Hay que tener cuidado —le recordé, sintiéndome terriblemente mal y culpable por separarle de mí.

James puso una leve expresión de enfado y miró al frente. Sabía que no estaba molesto conmigo, sino con la situación, pero así eran las cosas y tenía que aguantarse. No podía tener una novia falsa que no supiera lo que ocurría en realidad, y después enfadarse por no poder besar y tocar a su verdadero novio siempre que quisiera.

—¿Quieres jugar a Los Crímenes de Hillhouse? —le pregunté, sacando la tablet de mi equipaje de mano—. Han subido muchas historias nuevas desde la última vez.

James asintió y esperó a que yo pusiera la tablet entre nosotros y le acari-

ciara de nuevo el bíceps. Eso le tranquilizó bastante y, tras una hora y media de juego, volvió a inclinarse sutilmente para darme suaves besos en la mejilla de vez en cuando; algo que yo no rechacé en absoluto.

El viaje se hizo un poco largo, pero soportable. James terminó por echarse una pequeña siesta mientras yo leía el libro que siempre tenía en la mesilla de la habitación y de cuyo argumento ya apenas me acordaba después de tanto tiempo sin tocarlo. Tras dos horas y más de la mitad del trayecto, el señor Black se desveló, se quedó mirándome en silencio y movió la mano desde la cara interior de mi muslo; de donde no la había movido todavía; hasta mi entrepierna. Dejé el libro y le miré de vuelta.

—Vamos al baño —me dijo sin cambiar su expresión seria y adormilada. Me incliné hacia delante para ver a Lana en su asiento tras el señor Black, dormida con los brazos cruzados y los cascos puestos.

—Ve primero y después voy yo —respondí con una media sonrisa. No iba a mentir, siempre había tenido curiosidad por hacerlo en un avión y aquel momento era tan bueno como cualquier otro. James me sonrió de vuelta y se levantó con la entrepierna ya más abultada de lo normal. Era casi sorprendente lo rápido que el señor Black podía empalmarse. Se fue tranquilamente hacia el baño, más allá de la sección de primera clase y discretamente separado de la zona de los asientos. Tras un minuto me levanté y le seguí. James me esperaba con los brazos cruzados, su cinto negro en la mano, la bragueta abierta y la cadera apoyada en la mesa de color oscuro del lavabo. Había un gran espejo que cubría la pared y enseguida supe lo que iba a pasar allí.

—No gruñas como un loco —fue lo único que le pedí.

—Desnúdate —fue lo único que me dijo él.

Me desnudé por completo bajo la atenta y seria mirada de James, que no se movió hasta que terminé. Me ató las manos a la espalda con el cinto y me sentó sobre la taza del váter antes de agarrarme del pelo y restregarme su abultado bóxer negro por la cara. Después se sacó la polla y me golpeó un poco la cara con ella mientras empezaba a jalar más fuerte. «Abre la boca, Leo...», ordenó. «Hasta el fondo, sabes cómo me gusta», insistió, presionándola con cierta impaciencia hacia mi garganta. Cuando tuve los ojos llorosos, la respiración entrecortada y la barba completamente manchadas de saliva, tiró de mi pelo para que levantara la mirada y utilizó su otra mano para apretarme las mejillas y que abriera de nuevo la boca. Entonces me escupió y se inclinó para besarme con mucha fuerza y necesidad.

Creí que aquello solo sería una mamada de altos vuelos, pero el señor Black me hizo levantarme, me puso mirando al espejo y se arrodilló para comerme el culo con bastante ferocidad y entusiasmo. Ya le conocía demasiado bien para saber qué, que yo pudiera mirarme reflejado mientras él me hacía aquello, era parte de su plan y no un hecho casual. Cuando estuvo satisfecho y su barba de un rubio oscuro brillaba repleta de saliva bajo la luz suave del baño, se incorporó, volvió a agarrarme del

pelo y presionó la punta de su polla contra mi ano; que con tanta saliva acumulada y su propio líquido preseminal, entró con sorprendente facilidad en mí. «No dejes de mirarme a los ojos o me enfadaré, Leo», me dijo cuándo empezó a follarme frente al espejo.

Decir que yo estaba en las nubes sería lo correcto; de forma literal, porque estábamos en un avión; y de forma figurada, porque aquello me estaba llevando a un límite difícil de describir. Cuando James se ponía en plan dominante, pero sin llegar a meterse del todo en su papel de Amo, me excitaba más de lo que querría reconocer jamás. Me agarraba con fuerza del pelo, pero no me hacía daño. Me follaba con intensidad, pero no con violencia. Me había atado las manos para que no pudiera tocarle, y me había abierto las piernas para dejarme indefenso ante él. Me obligaba a mirarle en el reflejo, a mirar lo que estábamos haciendo juntos, y a ser testigo de lo mucho que a él le gustaba y de lo mucho que yo trataba de aguantar los profundos gemidos de placer que luchaban por escapar de entre mis labios húmedos y todavía empapados.

Llegué a correrme sin si quiera tener que tocarme la polla. No era la primera vez que me pasaba con James, pero siempre era una sensación muy extraña. Manché parte de la mesa del lavabo y la parte baja del espejo mientras un gruñido grave y un poco animal brotaba de mi garganta. El señor Black miró aquello y no aguantó mucho más, soltando un gemido que no se esforzó tanto como yo en ahogar. Me arrastró con él hacia delante, apretando el brazo con el que me había estado abrazando todo el tiempo, mientras soltaba mi pelo para apoyar su mano en el espejo y hacer tope antes de que nos cayéramos de cara contra él. Nos quedamos así unos largos, jadeantes y sudorosos minutos.

—Joder... —conseguí decir al fin, tragando saliva y alzando un poco la cabeza para apoyarla sobre su hombro—. Ha sido increíble, James...

Él sonrió con orgullo y giró el rostro para darme un beso en la mejilla, buscando mis labios. Ladeé la cabeza y nos besamos lentamente y con una suavidad que contrastó por completo con el tipo de sexo que acabábamos de compartir.

—Tu novio sabe muy bien cómo dejarte satisfecho, Leo —susurró cerca de mis labios al terminar.

Eso me hizo reír como un tonto.

—Sí, sí que lo sabe —reconocí.

James apartó la mano del espejo y me recolocó bien las gafas sobre el puente de la nariz antes de darme un último beso y separarse. Ya se había terminado la parte divertida, ahora tocaba que me desatara las manos y limpiar un poco el estropicio que había hecho al correrme sin control sobre la mesa y el espejo. Volvimos a nuestros asientos tras casi cuarenta minutos de ausencia, un poco despeinados y con la cara lavada. Lana se había despertado y sentí una pequeña punzada de ansiedad cuando nos vio aparecer juntos por el pasillo.

—¿Se encuentra bien, señor O'Brien? —me preguntó ella con preocupaci-

ón, quizá porque yo aún tenía los ojos un poco llorosos y enrojecidos.

—Sí, solo me he mareado y he tenido que ir a vomitar —respondí, suficiente alto para que los pasajeros curiosos que nos estaban prestando atención también lo oyeran—. El señor Black me ha ayudado.

—Oh —murmuró antes de asentir, creyéndose completamente aquella mentira. Para ser justos, los gruñidos que podrían haberse oído de arcadas habían sido de verdad, solo que por otras razones que nada tenían que ver con el malestar—. ¿Ya se encuentra mejor?

—Mucho mejor —le aseguré con una sonrisa—. Lo he soltado todo.

Al señor Black se le escapó un bufido y una suave sonrisa se extendió por sus labios. Nos volvimos a sentar y decidimos llenar las dos horas restantes de trayecto con una película mala que criticábamos en susurros, compartiendo los auriculares y acariciándonos sutilmente allí donde nadie pudiera verlo.

Aterrizamos en París a las nueve de la noche, horario europeo. Ya era de noche, pero había mucha gente en el aeropuerto y tuvimos que movernos entre la muchedumbre para abrirnos paso hacia el lugar donde saldrían nuestras maletas. No necesité preguntar nada porque estaba todo bastante bien señalizado.

—Todo el mundo habla francés aquí... —murmuró Lana entonces con una gran sonrisa en el rostro y los ojos muy abiertos mientras miraba un poco a todas partes.

Me reí, porque creía que era una broma. No lo era.

—Estamos en París, Lana —le recordó el señor Black, forzando más su sonrisa del Soltero de Oro. A veces le costaba un poco mantenerla cuando la joven decía alguna cosa como aquella.

Ella se sonrojó y bajó la mirada al suelo al darse cuenta de la estupidez que acababa de decir. Recogimos nuestras maletas y fuimos hacia las largas escaleras mecánicas, donde aproveché para cambiar la hora del Rolex. James me miró hacerlo y me imitó, poniendo en hora su Patek philippe modelo Nautilus.

—¿Ya es tan tarde? —preguntó en voz baja.

—Con el viaje y el cambio de hora, parece como si nos hubiéramos pasado el día en el avión —afirmé con una ligera sonrisa—. Y aún nos queda una hora y media para llegar al hotel, pero créeme, merecerá la pena.

Él me miró y asintió sin decir nada, con las comisuras de sus labios un poco elevadas en una casi imperceptible sonrisa. Salimos del aeropuerto y cogimos un taxi que, evidentemente, resultó absurdamente caro. James simplemente abrió su billetera y dejó que yo cogiera el dinero suficiente para pagarlo. Le había cambiado diez mil dólares a euros antes del viaje, pero él no tenía intención alguna de esforzarse por calcular la diferencia ni de molestarse por diferenciar los billetes de euro.

Al salir del taxi y despedirme educadamente del conductor cuando nos ayudó a sacar las maletas, Lana todavía seguía mirando el hotel con la boca y los ojos abiertos.

—El *Hôtel de Crillon* —anuncié, alzando la mano hacia el antiguo palacio neoclásico reconvertido en uno de los hoteles más lujosos y hermosos de Francia—. Nuestra primera parada.

—Muy bonito —reconoció el señor Black con un asentimiento—. ¿Te hospedaste aquí en tu primera visita a París, Leo? —preguntó con fingida curiosidad.

Me reí mucho y asentí con la cabeza.

—Por supuesto...

Con un rápido y sutil movimiento de la mano, acaricié la de James para decirle lo mucho que me había gustado su broma. Él me miró y perdió su falsa sonrisa del Soltero de Oro para dedicarme una de las de verdad. Pero el momento pasó y tuvimos que regresar a la realidad.

—¿Qué te parece, Lana? —le pregunté de camino.

—E... es increíble... —consiguió decir.

Increíble era una palabra perfecta para describir el Crillon, cuyo interior no tenía nada que envidiar a su fachada. Los salones, las habitaciones, los pasillos... todo era de estilo barroco, elegante y lujoso. Hospedarse allí era como estar en Versalles, solo que pagando mil euros la noche. Nos detuvimos en recepción, un gran salón con lámparas de araña colgando de techos pintados al fresco, luz amarillenta, muebles antiguos y paredes de cuarzo y adornadas con pan de oro en una estética rococó y sobrecargada. Cuando terminó de tramitar la entrada al hotel, la preciosa recepcionista nos dio la bienvenida y nos deseó una agradable estancia. Yo le di las gracias y le indiqué a los demás que ya podíamos movernos.

No tuvimos que hacernos cargo de las maletas porque un par de botones lo hicieron por nosotros, guiándonos por el precioso lugar hasta las habitaciones, una frente a la otra. Me había encargado personalmente de que Lana jamás durmiera pared con pared con nosotros, porque así sería mucho más sencillo fingir que James y yo éramos solo buenos amigos.

—Nos reunimos en el comedor en cuarenta minutos para la cena —me despedí yo antes de que ella se sumergiera en la habitación.

—Sí, señor O'Brien.

Sonreí y cerré la puerta grande y gruesa de la habitación. James ya se había tumbados sobre el sofá antiguo y engalanado y me miraba con una fina sonrisa en los labios. Me senté junto a él y bajó la mano del respaldo para rodearme los hombros antes de acercarme para darme un buen beso.

—¿Te gusta? —le pregunté, echando una rápida mirada alrededor.

—Me gustaría más si no tuviéramos que cargar con Lana y te pudiera meter mano cuando quisiera —murmuró sin apartarse mucho de mi rostro.

—James... —empecé, pero me detuve para tomar una bocanada de aire—. A mí tampoco me hace mucha ilusión que haya venido —reconocí—, pero así son las cosas. ¿Quieres que nos duchemos juntos?

—Nosotros hacemos todo juntos, Leo. Somos novios de verdad —respondió antes de volver a besarme.

LE MEILLEUR TROPHÉE

—El Empire State es más grande —fue lo que dijo el señor Black cuando llegamos a la Torre Eiffel.

Giré el rostro lentamente hacia él y arqueé las cejas, pero James me miró de vuelta y se encogió de hombros.

—Es más grande —repitió.

—A mí me parece precioso... —dijo Lana a nuestro lado, con una boina negra de estilo francés en lo alto de la cabeza y un pañuelo rojo al cuello. Lo peor era que aquello no se la había comprado en París, sino que era algo que se había traído de casa.

—Poneros, os sacaré una foto —les dije, cogiendo el móvil del bolsillo.

En un solo día no había muchas posibilidades de descubrir París de la forma que aquella ciudad se merecía ser descubierta; así que, por desgracia, estábamos haciendo la ruta turística más típica y anodina, visitando solo los lugares más famosos e importantes: el Arco del Triunfo, los Campos Elíseos, El Louvre, el Mouline Rouge, La Plaza de la Concordia, Notre Dame... todos los grandes clásicos donde poder hacerse fotos que el público americano pudiera identificar. Al menos a Lana le encantaba, pero yo me sentía como un aburrido turista del montón visitando en cadena los lugares que las guías me decían que debía visitar. Les sacaba una foto en cada uno y nos íbamos al siguiente, deteniéndonos tan solo para comer en algún restaurante llamativo o tomar un café en una de las famosas cafeterías parisinas con mesas en la calle.

—*A latte et un muffin, s'il vous plaît* —dijo Lana con una gran sonrisa cuando llegó el camarero.

Él sonrió mucho y respondió:

—*Un bel accent pour une belle femme.*

Lana perdió entonces parte de su seguridad y su sonrisa y buscó mis ojos.

—¿No lo he dicho bien? —me preguntó, temiendo haber hecho el ridículo o algo al atreverse a pedirlo por sí misma.

—Lo has dicho genial —le dije para tranquilizarla, alzando la cabeza hacia el camarero para terminar le pedido. Cuando se marchó le expliqué—: Dijo que tenías un acento tan bonito como tú.

—Vaya, me ha salido competencia —se rio el señor Black, aunque aquello era algo que no podía importarle menos.

Lana se sonrojó al instante y bajó la mirada a la mesa, pero sonrió un poco y se pasó la mano por el pelo para recolocarlo detrás de su oreja.

Al anoecer estábamos un poco exhaustos de andar y volvimos al hotel para descansar. Cenamos en el restaurante del Crillon, un salón barroco y maravilloso, repleto de elegancia y con los chefs más prestigiosos. Tras aquello dimos el día por concluido, sin embargo, cuando Lana desapareció por la puerta de su habitación con una sonrisa en los labios, agarré a James de la muñeca y tiré un poco de él.

—¿Estás cansado? —sonreí—. Quiero llevarte a un sitio.

Él me miró con expresión seria y apartó la mano del picaporte de la puerta. Además de recorrer París de arriba abajo, el señor Black se había pasado el día en su papel del Soltero de Oro. Se le notaba un poco más cansado y exhausto de lo habitual, y, aun así, me señaló el pasillo con la cabeza y me siguió sin decir nada.

—No queda lejos —le prometí cuando salimos del hotel, sintiéndome lo suficiente confiado para rodearle la cadera con el brazo y acercarme a darle un suave beso en la mejilla. Aquello era Francia, después de todo.

El señor Black me miró, me rodeó los hombros para acercarme a él y me dio un buen beso. Cuando se separó, parecía un poco menos cansado y un poco más feliz, aunque puede que solo fuera yo el que se había sentido así después de aquello. Seguimos caminando pegados, llamando la atención de algunos transeúntes que nos dedicaron todo tipo de miradas: desde el desprecio hasta la admiración y el deseo. Nos sumergimos en calles empedradas y más antiguas, dejando atrás la avenida principal para adentrarnos en un París mucho más ruidoso y auténtico. El señor Black no dijo nada, solo se dejó guiar hasta que me detuve frente a una cafetería parisina, un precioso lugar, un poco antiguo, un poco escondido en una pequeña plaza de una calle secundaria, con unas pocas mesas en el exterior y un poco de gente en ellas.

—*Le Petit Café* —le dije en un intencionado y pomposo acento francés—. Es uno de mis lugares preferidos de París —añadí en un murmullo bajo—. Lo encontré por casualidad la primera vez que vine.

James me miró en silencio. Tras su expresión seria se escondía una leve sorpresa. No sabía a qué clase de lugar se esperaba que le llevara, pero probablemente, no fuera a aquel. Sonreí, disfrutando de ese momento de conmoción tan extraño en el señor Black, antes de llevarle a una de las pequeñas mesas redondas y viejas, pero repletas de encanto.

Le Petit Café no era de las cafeterías famosas, grandes y repletas de turistas de las avenidas principales, sino que era casi todo lo contrario: un lugar discreto, uno de tantos de París, que visitaban los mismos clientes habituales de siempre. Cuando nos acercamos, algunos de ellos nos miraron con curiosidad, y hasta se atrevieron a soltar algún comentario en francés, creyendo que no les entenderíamos y que nos habíamos perdido. Nos sentamos en una mesa casi en la esquina, muy cerca el uno del otro, casi pegados y mirando en dirección a la calle.

—¿Qué te parece? —le pregunté mientras le cogía discretamente de la mano y le acariciaba con el pulgar.

El señor Black miró nuestras manos unidas y las levantó para ponerlas sobre la mesa, en un lugar a la vista de todos, pero sin que resultara provocador o intencionado; solo como lo hacían alguna de las parejas que había a nuestro alrededor. Estábamos muy lejos de casa y nadie nos iba a impedir disfrutar de aquello como nosotros quisiéramos hacerlo. James me dedicó entonces una mirada seria e intensa, pero no respondió a mi pregunta.

La camarera llegó con ropa de calle bajo su mandil y una ligera sonrisa en sus labios. Posiblemente fuera una estudiante universitaria y trató de hablarnos en un inglés un poco arquetípico y con un fuerte acento parisino.

—«¿De verdad se nota tanto que somos extranjeros?» —bromeé en un fluido francés, sonriendo un poco.

Ella se sorprendió, pero le duró poco y su sonrisa se ensanchó.

—«No parecéis franceses» —me aseguró con un tono jovial—. «¿Americanos?»

—«Sí» —respondí.

La joven miró un momento al señor Black, a nuestras manos unidas sobre la mesa y después a mis ojos. No dijo nada, pero pude percibir cierto cambio en su actitud, como si de pronto hubiera comprendido algo.

—«¿Una noche romántica?»

—«Eso intento» —reconocí con una sonrisa—. «¿Algún buen consejo?»

Ella resopló y puso los ojos en blanco, pero mi pregunta le hizo gracia y se rio un poco.

—«Tú deberías ser el que me dé un buen consejo a mí» —respondió, echando otra rápida mirada al señor Black.

Esta vez fui yo quien se rio un poco.

—«Traeré algo especial para vosotros» —me prometió.

Le di las gracias y se alejó.

—¿Por qué os reáis, Leonard? —preguntó el señor Black con una mirada fija y atenta.

—Le gustabas mucho a la camarera —respondí sin perder la sonrisa—. Y dijo que traería algo especial para nosotros.

Él asintió y, tras un breve silencio, se inclinó para besarme. Era la primera vez que lo hacíamos en público; bueno, exceptuando las orgías y fiestas sexuales. Me refería a delante de un «público normal y vestido». Me pareció algo muy especial y suspiré un poco cuando nos separamos. Puede que yo fuera ligeramente más romántico de lo que querría reconocer, solo ligeramente, y que aquella pequeña tontería de poder disfrutar de una cena con mi novio me hacía sentir un extraño cosquilleo en el estómago.

La camarera nos trajo una botella de vino y dos copas junto con una tapa de quesos. Parecía caro, y lo sería, pero todos allí podían ver por nuestra ropa que éramos una pareja a la que no le preocupaba gastarse el dinero. Empecé a beber y a hablar en un tono íntimo y más bajo, sonriendo y bromeando un poco con un James silencioso, pero muy atento.

—¿Todo bien, James? —le pregunté, solo para asegurarme de que todo aquello no le estaba molestando o aburriendo de alguna manera.

—Muy bien, Leo —respondió con una mirada intensa y fija de sus ojos del azul del mar.

No necesité nada más para continuar adelante. Si el señor Black estuviera a disgusto, yo sabía que me lo diría enseguida. Así que, tras beber la bote-

lla de vino y arrasar con la tabla de quesos, caminamos de vuelta, muy pegados y algo borrachos. Ya era tarde, pero decidí cambiar la dirección y alargar el trayecto con un paseo a la vera de Sena, solo por el puro placer de saborear un poco más aquella noche maravillosa. En un arrebato repentino y algo ebrio, me detuve en uno de los preciosos puentes antiguos que cruzaban el río, rodeé a James con los brazos y le besé bajo la luz amarillenta de las viejas farolas. Al terminar perdí el aliento y miré sus ojos en silencio.

—Te amo... —murmuré como si fuera un patético adolescente.

Quise creer que fue por culpa del alcohol, que estando sobrio jamás habría hecho algo tan peliculero y ridículo. Y, sin embargo, no podía dejar de pensar que aquel había sido uno de los momentos más especiales y hermosos de mi vida.

Nos quedamos inmersos en un profundo silencio. Los ojos de James se humedecieron, pero su expresión seria no cambió. No dijo nada, solo volvió a besarme con más fuerza que antes y a rodearme entre sus brazos como si nunca quisiera volver a soltarme.

Quando al fin regresamos al hotel era ya muy tarde. Estábamos cansados tras aquel largo día, pero eso no nos detuvo a la hora de compartir una noche repleta de besos, caricias y sexo especialmente suave y lento en la cama de matrimonio que compartíamos. Todo había sido perfecto... hasta que el día siguiente tuvimos que despertarnos para no perder el tren. Oí los constantes golpes en la puerta y la voz lejana y entreabrí los ojos. Sentí el cansancio como una pesada losa sobre mi cuerpo, tenía la boca pastosa y unas horribles ganas de matar a la persona que estuviera llamando a la puerta y gritando sin parar.

—Vete tú, Leo, porque como lo haga yo va a pasar algo muy malo —murmuró el señor Black en mi nuca.

Tuve que coger una bocanada de aire, obligarme a mantener los ojos abiertos y alejarme del cálido abrazo de James; quien no puso nada de su parte por facilitarme el trabajo. Caminé casi a trompicones hacia el salón y, como estaba desnudo, solo abrí un poco la puerta. Lo suficiente para inclinarme y que solo se viera mi cabeza y mi expresión seria. Lana estaba al otro lado, nerviosa y un poco asustada en mitad del elegante pasillo.

—¡Lo siento, señor O'Brien! —se disculpó al momento al ver mi rostro—. No sabía que seguía usted durmiendo... pero... el... —se detuvo al borde del llanto.

Cerré un momento los ojos y me obligué a mí mismo a sonreír un poco y decir con el tono más calmado posible:

—Perdona, Lana, nos hemos quedado dormidos. ¿Qué hora es?

—Ya son las diez y veinte, señor O'Brien.

Alcé ambas cejas, comprendiendo por qué la joven se había puesto tan nerviosa. Deberíamos estar ya de camino a la estación de trenes.

—Vaya, lo siento. Me olvidé de poner el despertador —me disculpé, esta vez de verdad—. Espéranos en la recepción, bajaremos enseguida.

Ella asintió y al fin sonrió un poco, más tranquila ahora que sabía que estábamos bien y que ella no había cometido un error al despertarnos de aquella manera. Cerré la puerta y volví a la cama, donde el señor Black seguía tumbado, pero boca arriba, con los ojos cerrados y las manos tras la cabeza.

Parecía una imagen sacada de los mejores sueños eróticos, o de las más lujosas películas porno; pero, por desgracia, no había tiempo de disfrutar de aquello.

Me acerqué al señor Black, le di un beso rápido en los labios y un par de palmadas en el pecho.

—Tenemos que darnos prisa, James —le dije de camino a una de las maletas—. Vamos a perder el tren.

Él soltó un gruñido grave de queja y, con una intensa expresión de enfado, se apartó las sábanas blancas y se levantó de la cama para vestirse. No dejó aquella actitud atrás hasta que nos reunimos con Lana en recepción, cuando tuvo que hacer un gran esfuerzo por entrar en su papel del Soltero de Oro.

—Estaba muy preocupada, pensé que les habría pasado algo —reconoció Lana a un lado del taxi, mirándose las manos que mantenía inquietas sobre el regazo—. Al principio creí que me había equivocado yo, que me había despertado más pronto o que incluso me había equivocado de día, porque ustedes son siempre tan puntua...

—Nos quedamos dormidos, Lana —la interrumpió el señor Black de una forma un poco grosera—. Deja de darle vueltas.

Le dediqué una mirada seria a James y otra mucho más suave y sonriente a la joven. Yo también estaba muy cansado y soñoliento, pero esa no era razón para pagarlo con Lana.

—El cambio de hora nos ha pasado factura —le dije—, pero creo que llegaremos a tiempo para subir al tren.

Ella asintió y continuó frotándose los dedos. Así que nos convertimos en un grupo de tres personas silenciosas y apresuradas que recorrieron la estación de trenes de París a toda prisa para alcanzar por los pelos el tren que les llevaría a su próximo destino: Clermont-Ferrand. Una vez dentro pude respirar tranquilo y buscar los asientos. Nos habíamos subido al primer vagón abierto que encontramos y tuvimos que recorrer otros cuatro antes de encontrarlos. El señor Black y yo guardamos las maletas mientras Lana se acomodaba en el asiento de cuatro personas con mesa central. Yo me senté frente a ella al lado de la ventana y James me siguió en silencio. Eran casi cuatro horas de viaje y nos pasamos el noventa por ciento dormidos mientras Lana miraba fascinada el paisaje francés, tan diferente a todo lo que conocía.

Me desperté a veinte minutos de la llegada, con los brazos cruzados y apoyado en el del señor Black, quien también se había quedado dormido incluso antes que yo.

Cuando entreabrí los ojos me topé con la mirada de Lana sobre nosotros y

el móvil entre las manos. No supe qué pensar sobre ello, pero no me gustó que la joven hubiera cogido el teléfono sin permiso.

—¿Querías buscar algo, Lana? —le pregunté, haciendo un leve movimiento con la cabeza hacia sus manos.

—Oh —soltó un murmullo sorprendido y entonces dejó apresuradamente el móvil frente a mí—. No, perdone, señor O'Brien. Solo... —se sonrojó y bajó la mirada—, estaban ustedes tan guapos durmiendo que se me ocurrió sacarles una foto. Lo siento mucho.

Sonreí, pero me costó un poco. Cogí el móvil de la mesa y deslicé la pantalla. Encontré la foto al instante, la miré con sorpresa y sentí cierto nerviosismo y extrañeza al vernos a ambos de aquella forma. El señor Black y yo estábamos con los brazos cruzados, apoyados el uno en el otro y dormidos profundamente. Lana tenía razón, era una imagen preciosa.

—No se la voy a enviar al señor Lee —dije—, no quiero que la gente sepa que necesito dormir y soy humano. Me gusta que piensen que soy una especie de hombre biónico que ha creado el señor Black para servirle —me reí un poco y, como Lana también lo hizo, le pregunté—: ¿Has visto los memes que me han hecho?

—No, señor O'Brien —respondió. Así que solo se había reído porque sí y no tenía ni idea a lo que me refería.

—Hay una teoría en Reddit sobre que soy una especie de robot —le expliqué mientras sutilmente revisaba en el móvil que todo estuviera en su sitio. No tenía razones para creer que Lana hubiera aprovechado para husmear donde no debía, pero no pasaba nada por asegurarme—. Que INternational me creó en un laboratorio secreto. Me hizo muchísima gracia.

Dejé el móvil sobre la mesa al comprobar que todas las pestañas estaban justo donde yo las había dejado y que no había nada sospechoso. Me había producido un poco de ansiedad que Lana hubiera llegado a toparse con algunos correos, o imágenes, o mensajes... o a saber qué sobre el señor Black.

—¿Por qué iban a pensar eso? —preguntó ella con sorpresa—. Es usted encantador, señor O'Brien.

Iba a responder, pero el altavoz anunció la siguiente parada: Clermont-Ferrand.

Así que desperté al señor Black, que tardó un momento en recordar dónde estábamos y con quien; porque me miró fijamente con los ojos entreabiertos y puso morritos para que le diera un beso de buenos días.

—Estamos a punto de llegar a la estación, señor Black —tuve que decirle, señalando con la cabeza hacia la ventanilla, por la que ya empezaba a apreciarse la pequeña ciudad.

James siguió mi recorrido con la mirada y después se topó con Lana. Tardó un momento, pero al fin recordó lo que estábamos haciendo allí y se obligó a poner su sonrisa de un millón de dólares.

—Me he quedado dormido otra vez —anunció con un mohín de ligera

tristeza—. ¡Qué desastre soy! —y se rio un poco junto a una Lana sonriente y fascinada.

Para cuando el tren se detuvo, ya estábamos aguardando en la puerta con las maletas en las manos. Nos sumergimos en la corriente de personas que, al igual que nosotros, estaban deseosas de poder estirar las piernas y abandonar la estación. Clermont-Ferrand no era una ciudad grande, pero el taxista que nos llevó al hotel nos cobró como si hubiera recorrido kilómetros de carretera. Yo no estaba de humor para discutir, pero le dejé caer un par de claros comentarios sobre lo hijo de perra que había sido al subirnos la tarifa creyendo que éramos extranjeros estúpidos y ricos; pero siempre con una educada sonrisa, muy al estilo europeo.

El hotel de Clermont-Ferrand que había elegido no era como el de París, pero era el más lujoso y grande de la ciudad, con gimnasio, spa, restaurante y terrazas al aire libre con preciosas vistas a la catedral negra de piedra volcánica. Allí empezaría, por así decirlo, nuestro viaje por el rural francés.

—Hoy visitaremos la ciudad, una de las más antiguas de Francia —le expliqué tras una abundante comida—, su catedral está construida con piedra volcánica y posee dos cascos históricos maravillosos. Mañana iremos al Puy de Dôme, el volcán más famoso de los alrededores.

Lana asintió con emoción contenida, deseosa de proseguir la aventura. El señor Black fingió estar igual de emocionado y hasta consiguió mantener aquella actitud abierta y sorprendida hasta que cayó la tarde, cuando tras un largo recorrido por los puntos más llamativos de la ciudad y casi tres docenas de fotos, al fin volvimos al hotel.

—Lana, ¿qué te parece si vas al spa y te relajas un poco antes de dormir? —le preguntó el señor Black tras la cena, usando su sonrisa de un millón de dólares.

Ella sonrió, abrió los ojos y asintió un par de veces. Aquel día James se había mostrado más cercano y menos distante, por lo que Lana estaba más feliz. Era un poco chocante ver cómo la actitud de la joven dependía siempre de cómo estuviera el señor Black: si él parecía feliz, ella era mucho más abierta y hablaba más, pero si él estaba frío y silencioso, ella se ponía muy nerviosa y era casi imposible sacarle conversación.

—¿Os espero en alguna parte? —le preguntó.

—No —negó él, poniendo uno de sus atractivos mohines de tristeza y resignación—. Por desgracia, nosotros tenemos que hacer algo de trabajo esta noche, al igual que ayer.

Lana ahogó un jadeo al descubrir que, la razón por la que nos habíamos quedado dormidos, era por habernos quedado trabajando hasta tarde.

—¡Señor Black, déjeme que les ayude! —pidió con la mano en el pecho—. Me siento muy mal sabiendo que...

—No te preocupes, Lana —la detuvo él con calma y una sonrisa—. Son cosas de ser el jefe. Tú disfruta del spa.

Ella no añadió nada, pero estaba claro que ahora que sabía que nosotros

seguíamos trabajando incluso en vacaciones, no lo disfrutaría de la misma forma. Lo que era una rotunda mentira, por supuesto, porque no habíamos hecho contacto con la oficina nada más que para enviar las fotos al Departamento de Publicidad.

—¿Trabajo, James? —le pregunté cuando ella ya se había ido.

—Así no nos molestará después de cenar —respondió él, recuperando su expresión seria y su tono grave y tranquilo—. Las noches son solo para nosotros, Leo.

Alcé ambas cejas, pero no dije nada sobre aquella repentina decisión.

—¿Quieres ir a la habitación, entonces? —pregunté.

—No, quiero que vayamos a tomar algo —me dijo, poniendo su mano en la parte baja de mi espalda para caminar hacia la salida del hotel—. Como en París.

—Oh... —murmuré—, pero yo nunca he estado aquí, James. No conozco ningún sitio como Le Petit Café en Clermont-Ferrand.

El señor Black se encogió de hombros y no apartó la mirada del frente.

—Solo quiero beberme una copa contigo, Leo —dijo en voz más baja de la habitual.

Se me escapó una pequeña sonrisa y negué con la cabeza. Saqué el móvil de la cazadora negra de cuero e hice una búsqueda rápida de los locales de copas de la ciudad mientras nos alejábamos del hotel.

James subió entonces su mano desde la parte baja de mi espalda a mis hombros y me apretó un poco contra él.

—Oh, no me jodas... —farfullé al mirar uno de los locales mejor valorados. Se lo enseñé al señor Black y él puso una de sus suaves sonrisas antes de asentir.

Entonces giramos hacia un lado de la calle principal y no nos detuvimos hasta alcanzar un local en el centro llamado *Beerland*. Era un pub. Un puto pub irlandés en el corazón de Francia. Puse los ojos en blanco nada más entrar y ver las banderas, la decoración sobrecargada en madera rústica, los taburetes redondos y altos y los innumerables carteles publicitarios de cerveza.

—Así es como me imagino tu casa, Leo —me dijo el señor Black, produciéndome una sonora carcajada que tuve que acallar con un puño frente a los labios.

Fuimos a la barra un poco abarrotada y nos hicimos un hueco entre dos grupos para pedir un par de cervezas. Una hermosa camarera de pelo negro se acercó con una bonita sonrisa y una mirada atenta. Casi pude distinguir como en su mente se libraba la batalla por decidir si el brazo de James sobre mis hombros era una señal de muy buenos amigos o de algo más. Sonreí y probé a hablarle en inglés, como ella me entendió, no hizo falta excluir al señor Black de aquella conversación.

—¿Y estáis de vacaciones, chicos? —nos preguntó con un marcado acento francés mientras nos servía las Guinness.

—Sí —respondí con una sonrisa amable, pero con cuidado de no excederme.

—¿Trabajáis juntos... o sois amigos? —continuó, decidida a descubrir la verdad tras la cercanía que mostrábamos.

Esperé un poco antes de responder:

—Ambas.

—¿Y dónde os conocisteis?, ¿en una empresa de modelos o algo así? —sonrió y dejó las cervezas negras y espumosas frente a nosotros.

Me reí y señalé a los clientes que la llamaban desde el otro lado de la barra y que ella había estado ignorando.

—Creo que tienes más clientes —le dije, entregándole un billete de veinte—. Quédate con la vuelta.

El señor Black cogió su cerveza fría y yo cogí la mía antes de dirigirnos a una de las mesas altas y circulares rodeadas de taburetes. Eran tan parecidas a las de la sala de descanso de la oficina que por un momento tuve una especie de *déjà vu*.

Miré al señor Black sentado frente a mí, con los brazos apoyados en la mesa y la mano alrededor de su cerveza negra. Sus ojos del azul del mar me observaban con intensidad en mitad de su expresión seria de siempre, pero había algo más en ella; algo que no conseguí identificar.

—¿Todo bien, James? —pregunté.

Él asintió lentamente. Me llevé la cerveza a los labios y no dejé de mirarle a los ojos, convencido de que algo le rondaba la cabeza. Tras un par de tragos me pasé la lengua por el bigote para limpiarme la espuma y dejé la cerveza a un lado sin llegar a soltarla.

—¿Es por esa fábrica nueva en Bangladesh? —lo intenté de nuevo.

Esta vez fue él quien bebió en silencio sin dejar de mirarme.

—La fábrica va bien —respondió al fin—. Estoy pensando en dismantelar algunas más y llevarlas allí.

Asentí y bajé la mirada a la mesa. El señor Black ya sabía lo que yo pensaba sobre explotar la mano de obra del tercer mundo, donde ahora niños de seis años fabricaban algunas de las piezas de International a cambio de una sola comida al día.

—¿Te lo has pasado bien hoy? —me preguntó el señor Black.

Alcé los ojos de nuevo para encontrarme con la misma intensidad en su mirada.

—Me ha gustado mucho la ciudad —respondí—. ¿A ti?

—Hoy estabas muy guapo.

Sonreí, pero fruncí el ceño y ladeé la cabeza, ya que aquella respuesta no era la que me esperaba y no es que tuviera mucho sentido.

—Tú también estabas muy guapo. ¿Quieres ver las fotos? —le pregunté, sacando el móvil del bolsillo de la cazadora negra—. El señor Lee está subiendo a las redes muchas de ellas, aunque a mí me parece que se está pasando un poco.

Abrí el Instagram del señor Black y puse el móvil en mitad de la mesa pa-

ra que pudiera verlo también. Durante las reuniones con el Departamento de Publicidad no mostraba interés alguno, pero a James le encantaba ver lo mucho que su popularidad estaba creciendo, los muchos *likes* que tenían sus fotos y los muchos comentarios que siempre generaban.

—Esta es muy buena —le dije, parándome en una imagen del señor Black bajando unas escaleras en el centro histórico de la ciudad.

Era un robado, no una de las fotos en las que les pedía que posaran. Lana y él estaban hablando de algo, no recordaba el qué, pero ambos sonreían y se miraban.

James estaba muy guapo con su sonrisa de un millón de dólares, su polo ajustado negro, su reloj caro y sus pantalones de pinza con cinto.

—El señor Lee ha dicho que quizá debiéramos llevar a Lana de compras —recordé entonces, al ver a la joven con su jersey de flores un poco viejo y sus vaqueros. Estaba guapa, pero parecía la versión invertida de La Dama y el Vagabundo—. He pensado que quizá en Toulouse podríamos visitar un par de tiendas de moda. ¿Qué te parece?

El señor Black no dijo nada mientras descendía rápidamente por la sección de comentarios, después volvió a la foto y pasó un par de ellas más. Me dio tiempo a beber un par de tragos de la Guinness antes de que al fin preguntara:

—¿Por qué no sales tú en ninguna, Leo?

—Porque al parecer no quieren que sepan que he venido con vosotros —respondí sin mucho interés—. Me han recortado de una de las fotos —añadí, pasando el dedo por la pantalla del móvil y volver a una de las imágenes en lo alto de la catedral negra de la ciudad. Había sido un *serlfie* de los tres, pero habían seccionado la foto para que solo salieran James y Lana—. Lo que no entiendo, porque ¿quién cojones se supone que os está sacando las fotos entonces?

El señor Black cerró la pestaña y fue a la galería, donde estaban todas las imágenes que les había sacado. Bajó por la pantalla, quizá buscando algo, pero de pronto se detuvo y abrió una fotografía.

—Ah, sí... —murmuré, mirando lo mismo que él—. Lana nos sacó esa foto en el tren mientras dormíamos. Revisé el móvil después por si había estado husmeando, pero no creo que se supiera la clave de acceso, solo abrió la cámara —le expliqué, por si había pensado lo mismo que yo—. Me sorprendería mucho si resultara ser esa clase de persona, pero nunca se sabe...

El señor Black no dijo nada, se quedó mirando la imagen mientras yo hablaba e incluso un poco más después.

—¿Se la has enviado a Lee? —preguntó con tono serio.

—No.

Él asintió y entonces cogió el móvil para esconder la pantalla de mí. Cuando lo puso de nuevo sobre la mesa, la imagen había desaparecido de la galería. Quizá la hubiera borrado. No le di importancia porque era solo una foto de nosotros dormidos y puede que el señor Black se sintiera incó-

modo al verse de aquella manera indefensa y suave... o alguna de esas mierdas tuyas de Amo.

— Acércate, Leo —ordenó.

Moví el taburete hacia él y me senté a su lado. El señor Black tenía la cámara delantera preparada y salíamos ambos en la imagen del móvil. James me rodeó los hombros con el brazo y sacó una foto improvisada de ambos. Fruncí un poco el ceño, sin entender muy bien qué quería conseguir con aquello. Pero entonces el señor Black puso una mueca encantadora de morritos y acercó el rostro a mí. Yo sonreí, dejando la sorpresa atrás, para entrecerrar los ojos y recibir aquel beso junto con un leve apretón.

E hizo la foto.

El resultado fue bastante bonito, por decirlo de alguna forma. La foto era divertida por mi expresión de tonto enamorado, pero también muy íntima por el beso y el brazo alrededor de los hombros. Me gustó mucho porque se notaba un profundo cariño en ella. Miré al señor Black para decirle algo sobre aquello, pero él estaba ya muy ocupado subiendo la foto a Instagram. No puso nada, solo aquella imagen tan extraña y diferente a todas las demás que el señor Lee había estado colgando durante esos días.

—James... —le llamé en un tono bajo y preocupado, perdiendo la sonrisa y el calor que había llenado aquel momento—. No es una buena idea —le advertí.

No me hizo caso, solo terminó de colgarla y dejó el móvil sobre la mesa para mirarme fijamente a los ojos.

—¿Por qué? —quiso saber—. Tú y yo somos novios de verdad, Leo.

Fruncí levemente el ceño y apreté las comisuras de los labios.

—Sí, pero no... —me detuve y negué con la cabeza—. No puedes tenerlo todo, James.

El señor Black tensó la mandíbula y dejó uno de sus breves y profundos silencios.

—Sí, sí que puedo —terminó por decir.

Mantuve su mirada seria, pero no dije nada. Preferí no discutir y disfrutar de aquella noche, de las tres cervezas, el camino repleto de besos hacia el hotel, el sexo movido e intenso y los abrazos y caricias en la cama. Por desgracia, el día siguiente me dio la razón cuando eché un vistazo a los múltiples correos y mensajes del Departamento de Publicidad mientras desayunaba. Empecé a preocuparme por el tono cada vez más enfadado del señor Lee, y no podía darle una respuesta clara a su pregunta «¿Por qué cojones has subido una puta foto así? ¿A qué coño estáis jugando?».

Mi viaje por los preciosos volcanes verdes y el maravilloso Puy de Dôme se vio enturbiado por las constantes respuestas del equipo del señor Lee, que me pedían explicaciones y más fotos del señor Black y Lana en una postura similar o incluso más cercana de la que James y yo habíamos mostrado en aquella imagen.

—El señor Lee está muy enfadado, James —le dije en un momento de pri-

vacidad mientras ascendíamos los caminos hacia la cumbre del volcán. Había un teleférico, pero no habíamos ido hasta allí para hacer el recorrido de la forma sencilla.

El señor Black me miró a través de sus gafas de sol negras. Se había puesto una camisa blanca, se había dejado abiertos los primeros botones y se la había remangado hasta los codos. No era la mejor ropa para caminar durante cinco horas seguidas, pero lo cierto era que no había un solo turista y caminante que no se girara para verle y que en las fotos estaba quedando como un puto súper modelo.

—Quieren fotos de Lana y de ti más juntos, abrazados o algo así — continué.

—No —sentenció él.

Apreté los dientes y me contuve. Era yo el que llevaba soportando las quejas desde primera hora y el que se estaba perdiendo las maravillosas vistas del valle por estar mirando constantemente el móvil y tener que sacar docenas de fotos.

—Fuiste tú quien colgó esa imagen, James —le recordé en el tono más suave y controlado posible—. Ahora tus redes sociales están repletas de gente preguntándose por qué la única persona a la que sales abrazando y besando en la mejilla es a mí.

El señor Black hizo lo que hacía siempre cuando yo me ponía serio con él: se enfadó. No me dirigió la palabra ni volvió a mirarme en el resto del trayecto. Solo interactuábamos a la hora de sacarles fotos, en las que James se había esforzado por acercarse un poco más a Lana e incluso llegar a abrazarla en la cima del volcán; dando como resultado una foto preciosa. Lana estaba sonriente, sonrojada y con los ojos brillantes mientras el Soltero de Oro la rodeaba con los brazos por la espalda, tan sonriente y guapo que dolía verle. Dolía verle porque, por primera vez desde que Lana había llegado a nuestras vidas, sentí envidia de ella.

Por supuesto, el señor Lee no tardó en colgar aquella foto, tratando de sepultar la mía con el señor Black bajo un aluvión de otras muchas imágenes con Lana. Aunque eso no le detuvo a la hora de llamarme para soltarme un discurso de fría condescendencia y enfado.

—Yo no subí la foto —le repetí por cuarta vez mientras cerraba el puño con fuerza sobre la barra de la cafetería.

Después del largo camino, nos habíamos detenido en un restaurante a comer y después en una cafetería del centro, mitad café, mitad librería; era muy bonita, pero no tenía nada que ver con las preciosas cafeterías parisinas. Me había adentrado a pedir en la barra, solo para tener un poco de espacio y privacidad para soportar las gilipolleces del señor Lee. Tardé diez minutos en volver a la mesa de la terraza, me senté con expresión seria y bebí un par de tragos de mi café frío por la espera. No participé en la estúpida conversación que el señor Black y ella compartían sobre «lo verde que eran los volcanes allí».

—Disculpadme, tengo que ir un momento a *la salle de bain* —dijo Lana con una gran sonrisa, levantándose de su asiento.

Esperé a que se alejara lo suficiente para mirar al señor Black, quien se esforzaba mucho por ignorarme y no hacer contacto visual conmigo.

—El señor Lee quiere que tengáis una cena romántica a la luz de las velas en algún restaurante bonito —le dije con tono neutro—. Lo organizaré y así podrás darle su regalo de cumpleaños a Lana. He pensado en hacerla en alguno de los pueblos, una velada más rústica y privada, pero el señor Lee prefiere esperar a que lleguemos a Toulouse. ¿Qué te parece?

El señor Black se limitó a asentir. Esperé un poco a que se dignara al menos a mirarme, lo que hizo tras un largo silencio, cuando volvió la cabeza hacia mí. No conseguí ver sus ojos a través del cristal negro de las gafas, solo su expresión de profunda seriedad.

—No tienes derecho a enfadarte conmigo, James —le dije antes de negar con la cabeza, cansado ya de aquella actitud de niño malcriado y estúpido—. He sido yo quien se ha pasado el puñetero día discutiendo con el Departamento de Publicidad por tu culpa.

—Ese es tu puto trabajo, Leonard —respondió con una voz fría y seca que hacía mucho que no usaba conmigo.

Arqué ambas cejas y dejé que el denso silencio se apoderara de nosotros.

—¿Eso es lo que quieres, James? —pregunté con tono duro y áspero—. ¿Volver a cuando nos tratábamos de esta forma?

El señor Black empezó a respirar un poco más fuerte, abultando su pecho bajo la camisa blanca. Su expresión fluyó de la seriedad al enfado, pero cuando quiso decir algo,

Lana ya había vuelto junto a nosotros y se estaba sentando con una sonrisa; interrumpiendo por completo el momento.

—¿Le importaría que pidiera otro cappuccino, señor Black? —le preguntó, como si fuera una niña pequeña y necesitara su permiso—. ¡Está delicioso! Miré mi Rolex y forcé una sonrisa, pero se quedó a medio camino y al final desistí. No tenía ganas de parecer feliz y despreocupado en aquel momento.

—Pídelo para llevar —le dije—. Tenemos que dejar el hotel, alquilar el coche y ponernos de camino a Collonges-la-Rouge.

Lana tuvo dos reacciones muy contrarias casi seguidas: tristeza por no poder disfrutar de un segundo café y felicidad por el hermoso viaje que todavía había por delante. Así que nos fuimos de la cafetería, después del hotel y finalmente de Clermont-Ferrand, conduciendo un precioso Maserati Quattroporte azul eléctrico por la autopista que atravesaba un enorme parque natural. El señor Black iba al volante y yo en el copiloto, con la mirada al frente y la ventanilla entreabierta. Lana estaba fascinada con el paisaje, mirando los valles verdes, las colinas y los bosques; pero, sinceramente, aquello se parecía demasiado a la campiña inglesa como para llamar mi atención. Tras dos horas de silencioso viaje, tomamos un desvío para dejar la autopista y sumergirnos en una carretera secundaria

hasta alcanzar nuestro destino; el precioso pueblo de Collonges-la-Rouge. El hotel que había elegido no era especialmente grande. Se trataba de una preciosa casa rural a los pies de un pequeño castillo, reconvertida y adaptada para albergar a toda clase de turistas. Al lugar que el resto del pueblo, tenía un encantador toque medieval, estaba construida con ladrillo rojizo y cubierto por una techumbre de teja negra, de ahí el nombre del lugar: «la-Rouge».

—¡Esto es precioso! —exclamó Lana al salir del coche, mirando a todas partes con una sonrisa en sus labios llenos—. ¡Parece sacado de un cuento de hadas!

—Sí, es incluso más bonito que en las fotos —tuve que reconocer, disfrutando tanto como ella de las vistas.

El señor Black no dijo nada, salió del coche, se metió la camisa dentro de los pantalones y fue a por las maletas. Le ayudé sin decir nada y juntos llevamos todo hacia la entrada del hotel. La mujer de recepción era un poco mayor, pero sumamente encantadora y con un acento que me pareció muy divertido.

Cuando supo que yo hablaba francés, su conversación se volvió más animada y me ofreció un mapa con los lugares más bonitos del pueblo. Le di las gracias con una gran sonrisa y nos fuimos a las habitaciones. Era una casa rural de dos pisos, poco más grande que la mansión de los Black, por lo que las habitaciones no eran ninguna maravilla. Lana se quedó en la primera del pasillo, mientras James y yo fuimos hacia el final para abrir la puerta de la nuestra, topándonos de camino con una agradable pareja de ancianos que nos saludó educadamente.

Entré primero en el cuarto, con solo una cama de matrimonio, una televisión, un discreto baño y una puerta acristalada que daba a una pequeñísima terraza con vistas al valle y el bosque. Dejé las maletas a un lado y miré el móvil. Era la primera vez que el señor Black y yo volvíamos a estar solos y la tensión entre nosotros se podría haber cortado con un cuchillo.

—Daremos un paseo por el pueblo y sacaremos un par de fotos antes de la cena —dije en voz alta, pero sin llegar a mirarle, antes de coger de mi maleta una muda limpia e ir hacia el baño.

Me di una ducha fresca y relajante que me sentó bastante bien. Cuando salí de allí con el pelo húmedo, unos pantalones de pinza color gris y una camiseta corta, me topé con el señor Black, sentado al borde de la cama e inclinado hacia delante. Todavía tenía las gafas puestas y miraba un punto indeterminado del suelo. Al oírme, alzó un poco la cabeza y pude distinguir sus ojos tras los cristales oscuros gracias a la luz que entraba por la ventana. Compartimos una silenciosa mirada que se alargó hasta que murmuré:

—Deberías darte una ducha fresca, James. A mí me ha sentado bien.

Él asintió lentamente y se levantó para ir hacia el baño, pero al pasar por mi lado se detuvo y, tras un par de segundos en silencio, puso morritos.

Parpadeé y solté todo el aire por la nariz hasta quedarme vacío, entonces cogí una buena bocanada y me acerqué para darle un suave beso en los labios. El señor Black volvió a asentir, como si estuviera de acuerdo con lo que había hecho, y se fue hacia el baño para dejar la puerta entreabierta y ducharse. Yo me quedé en el mismo lugar, mirando hacia la cama y después hacia las hermosas vistas tras la puerta acristalada de la terraza.

A veces no sabía si hacía mal en ceder de esa forma ante él, si hacía mal al perdonarle solo porque me pusiera morritos y me pidiera un beso silencioso, si estaba cometiendo un grave error por no exigirle una disculpa real.

A veces temía que James estuviera demasiado acostumbrado a que yo siempre acabara cediendo y que no importaba cuantas veces se enfadara como un crío o se equivocara, porque yo terminaría perdonándole.

Agité la cabeza y me froté el rostro con un leve gruñido. Fui hacia mi maleta y busqué el colgante, el sombrero y la blazer que completaban el conjunto que el señor Black había elegido para mí. Después me acerqué a la terraza y abrí la puerta para apoyar los brazos en la barandilla de hierro negro. Era media tarde y el aire era fresco, pero no frío, una suave corriente agitaba mi pelo todavía un poco húmedo y arrastraba un agradable aroma a campo, a las primeras flores de la primavera y a teja caliente. Por un momento me recordó a casa, a Irlanda, y sentí una leve sensación de felicidad y añoranza.

Oí al señor Black saliendo del baño, pero no me volví para verle. Oí sus pesados pasos hacia la maleta y como se vestía. Miré el Rolex y pensé que Lana ya nos estaría esperando en la puerta del hotel y que sería mejor darnos prisa; pero antes de que pudiera darme la vuelta, escuché cómo el señor Black se acercaba a mí y sentí sus brazos a mi alrededor, abrazándome suavemente contra él antes de darme un húmedo y fresco beso en el cuello. Cerré los ojos y me dejé caer un poco sobre James, disfrutando de aquel inesperado y dulce momento.

—No me gusta que te enfades conmigo, Leo —me susurró al oído.

Entreabrí los ojos y miré el valle y el bosque de la colina a lo lejos, sobre las techumbres de teja negra del pueblo.

—Yo no fui el que se enfadó primero, James —le recordé en el mismo tono bajo de voz.

—Te enfadaste porque subí esa foto de nosotros.

—Me enfadé porque parece que no te das cuenta de que no puedes fingir estar con Lana y después querer demostrarles a todos que somos pareja —le corregí.

Tiró de mí y me dio la vuelta para que le mirara a los ojos. Estaba recién duchado y un poco despeinado, con la piel un poco húmeda y la camisa azul todavía desabotonada. Me rodeó de nuevo para atraerme a él y yo alcé los brazos para rodearle el cuello. A veces, aún me sorprendía a mí mismo pensando en lo increíblemente guapo que era James, como si jamás pudiera llegar a acostumbrarme a ello.

—Me gusta que todos sepan que eres mío, Leo —murmuró cerca de mis labios—. Me gusta saber que me tienen envidia y que ellos jamás podrán tenerme.

Fruncí un poco el ceño y ladeé la cabeza.

—¿Cómo si yo fuera un trofeo o algo así?

Él sonrió un poco al oírme decir aquello.

—El mejor trofeo —asintió.

—James... —murmuré con preocupación—. No me gusta que me veas de esa forma. Yo no soy algo que se gana en una competición, ni nada que pasar por la cara de los demás para hacerte sentir mejor. Yo soy tu novio.

El señor Black perdió la sonrisa y me apretó un poco más contra él, cerrando los dedos para agarrarme de la blazer como si temiera que fuera a huir en cualquier momento.

—¿Tú no estás orgulloso de mí, Leo? —me preguntó.

—Claro que sí —respondí tras un momento de sorpresa por aquel repentino cambio.

James asintió, relajando un poco el abrazo antes de decir:

—Yo también lo estoy de ti, y quiero que todos lo sepan.

—Pero, eso no... —me detuve, cerré los ojos y al abrirlos, suspiré—. Tienes una forma muy retorcida de verlo, James.

Él se encogió de hombros, como si eso no le importara lo más mínimo, antes de inclinarse para darme un beso profundo y con lengua. Cuando se apartó, había una pequeña sonrisa en sus labios y un brillo especial en sus ojos azules. Sabía que James me quería muchísimo, pero a veces su forma de entender el amor daba un poco de miedo.

Collonges-la-Rouge era un pueblo mágico. Recorrer sus calles antiguas era como viajar al pasado, hacerlo al atardecer con el sol anaranjado arrancando un brillo especial a los ladrillos de las casas medievales... era como un sueño. Yo no era de los que se sorprendían con facilidad, no comparado con Lana, quien parecía estar a punto de sufrir un ataque cardíaco al cruzar cada nueva esquina; pero debía reconocer que aquel lugar era impresionante.

Saque bastantes fotos de la pareja del siglo e incluso alguna *selfie* discreta de James y mía. Paseábamos a la luz del atardecer y le hacía un gesto discreto para que se acercara antes de levantar el móvil y sonreír. Aquellas no se las enviaría al señor Lee, por supuesto, aquello era solo para nosotros. Al caer la noche fuimos a un restaurante del casco viejo, otra casa antigua remodelada y con una preciosa terraza repleta de mesas bajo una techumbre de parras verdes y frondosas. Allí compartimos una cena bastante agradable y bañada con buen vino blanco. Yo estaba de muy buen humor y me resultaba mucho más sencillo sonreír y bromear. Tras una tarde tensa y silenciosa, hacer las paces con James me había animado bastante.

Alargamos un poco la sobremesa y llegamos al hotel junto con una Lana un poco achispada tras dos vasos de vino. Era casi gracioso verla en ese estado, más dicharachera y relajada, menos nerviosa y preocupada por lo que el señor Black pudiera pensar sobre ella. También mucho más torpe y tambaleante, tanto que tuvimos que agarrarla para que no se cayera de camino; al final yo mantenía una mano siempre cerca de ella mientras James paseaba a mi lado con la suya en mi espalda, despreocupado y tranquilo.

Cuando la dejamos a salvo en su habitación, no tardamos en oír un golpe seco tras la puerta.

—¡Estoy bien! —exclamó la joven desde el interior.

Se me escapó una sonrisa y miré al señor Black, quien se limitó a soltar una bocanada de aire y a rodearme los hombros para ir de vuelta al exterior. Las calles de Collonges-la-Rouge eran bastante oscuras al caer la noche, sin más alumbrado que los focos que iluminaban algunas partes del casco antiguo o las luces que salían de las casas antiguas.

Había algunos turistas y caminantes que atravesaban las calles, pero eran pocos, lo que me llevó a tirar del señor Black en cuanto atravesábamos uno de los túneles de piedra. Le empujé un poco contra la pared y le rodeé con los brazos para besarle. James se sorprendió, pero fue apenas un instante antes de rodearme también y apretarme contra él.

Mi idea había sido darnos un beso repentino y romántico en la penumbra, pero al señor Black le gustó demasiado y lo repitió en varias ocasiones; hasta que de vuelta al hotel me arrastró a un lugar apartado, ajardinado y cercano al monasterio. Creía que sería otro beso en la oscuridad, hasta que

James me metió la mano dentro de sus pantalones y me desató el cinturón. Creía que sería solo un toqueo en la oscuridad entre la vegetación, hasta que James me puso de rodillas y me metió la polla en la boca. Ahí empecé a ponerme un poco nervioso y a sentirme algo violento, pero creí que solo sería una mamada improvisada, hasta que James me levantó en brazos y me folló contra el muro del monasterio.

Podría describirlo sin duda como el polvo más confuso de mi vida. Por una parte, estaba el señor Black, besándome, rodeándome con los brazos para sostenerme en alto mientras gruñía y movía la cadera como solo él podía hacerlo; por otra parte, estaba el hecho de que aquello era un lugar muy público y a apenas siete metros del camino, si algún transeúnte prestaba suficiente atención, no tardaría en vernos allí follando como unos adolescentes salidos.

El señor Black, sin embargo, no pareció tan dividido como yo. Se corrió con fuerza y una gran sonrisa de felicidad en los labios. Me arrastró con él al suelo y nos quedamos allí, jadeando y con el corazón acelerado. Yo me había corrido un poco antes que él y de pronto había sido demasiado consciente de lo que estábamos haciendo y dónde lo estábamos haciendo. James levantó el rostro tras un largo minuto recuperando el aliento. Estaba bastante sudado por el esfuerzo que había hecho al mantenerme en alto y follarme a la vez, y, cuando me besó, me manchó un poco con su sudor fresco.

—Me vuelves loco, Leo —jadeó entonces, acompañando sus palabras con una ancha sonrisa de dientes blancos y perfectos.

Yo también sonreí bastante, notando como el corazón me latía más rápido y agradecido de que estuviera demasiado oscuro para que él pudiera verme sonrojándose.

Había una franqueza en su voz que me había hecho sentir como un estúpido hombre enamorado. Bueno, yo era un estúpido hombre enamorado, así que... sí.

Cuando recuperamos las fuerzas, nos levantamos del suelo y tratamos de solucionar los muchos inconvenientes de haberlo hecho de aquella manera, como las manchas de tierra, las de sudor y las de semen. Tuve que abrocharme la blazer para taparme la camiseta empapada y aguantar la desagradable sensación temblada y empapada hasta que volvimos al hotel y pudimos ducharnos.

Al día siguiente nos despertamos puntualmente, algo cansados, pero eso era algo inevitable cuando alargabas las noches tanto como lo hacíamos nosotros. Fuimos a la preciosa terraza con mesas y nos pedimos dos cafés bien cargados, un plato de tostadas y huevos revueltos. Lana llegó veinte minutos después con una expresión algo lastimera y se limitó a beber un par de tragos de café solo e irse corriendo al baño para vomitar. Levanté la mirada del periódico y volví la cabeza hacia el señor Black con una expresión de curiosidad.

—Es imposible que tenga resaca por dos copas de vino —le dije.

—Pues es eso o está preñada —respondió él antes de darle otro bocado a la tostada.

Me reí.

—Hay quien afirma que tú podrías dejar embarazada una mujer solo con mirarla —le dije, llevando la mano a mi taza de café con leche.

—Siempre que se quedaron embarazadas, no fue solo por la mirada, te lo aseguro.

Detuve la taza de café a media distancia de la mesa a mis labios, con la mirada fija en el periódico y un repentino vacío en el pecho. Tragué saliva y bajé la mano, produciendo un leve tintineo cuando la taza chocó contra el platito de porcelana.

—James... ¿tienes hijos? —conseguí preguntar sin que me temblara demasiado la voz.

—No —respondió él, con una calma que no me tranquilizó en absoluto.

—James, ¿has dejado embarazada a alguna mujer? —pregunté, obligándome a ser más directo.

El señor Black me miró en silencio mientras terminaba de masticar. Levanté los ojos y me enfrenté a aquellos lagos azules, esforzándome para que mi expresión no reflejara la repentina ansiedad que sentía en aquel momento.

—A alguna —respondió.

Moví la cabeza y me centré en mirar las hermosas vistas del pueblo más allá de la terraza. Era lógico, si te parabas a pensarlo, que con la intensa vida sexual que había llevado el señor Black a lo largo de su vida, algo así hubiera sucedido; sin embargo, yo no era capaz de dejar de sentir un profundo malestar por saber aquello.

—Algunas sumisas se *olvidaban* de tomar las pastillas o de la inyección anticonceptiva —continuó él, sin dejar de observarme con detenimiento—, pero creo que intentaban convencerme para que me quedara con ellas, como si parir un niño fuera a hacer que las amara.

Asentí y volví a mirar el periódico, fingiendo que leía, cuando en realidad no era capaz de distinguir ya las palabras en francés.

—Abortaron —dijo él tras un breve silencio—. Es parte del contrato de sumisa por si hay «incidentes» de ese tipo.

Golpeé la mesa y al fin le miré.

—No quiero saberlo, James —le dije con tono serio y los ojos un poco húmedos—. No quiero saberlo —repetí mientras negaba con la cabeza.

El señor Black mantuvo mi mirada en silencio. Alargó una mano y rodeó mi puño para darme una suave caricia con el pulgar, pero lo hizo con cuidado, como si temiera que yo fuera a apartarme de él.

—No fue culpa mía, Leo —murmuró con su voz grave—. Ellas sabían lo que pasaría si eran tan estúpidas como para quedarse preñadas.

—He dicho que no quiero saberlo —repetí.

No aparté su mano de mí, pero no fui capaz de volver a mirarle a los ojos en un buen rato. Lana volvió y se sentó de nuevo, comenzando a discul-

parse sin parar y diciendo que tenía el estómago algo revuelto y la cabeza le palpitaba. Traté de ser comprensivo y de sonreír, pero me costó un poco.

Tras el desayuno recogimos nuestras cosas y nos subimos al coche para conducir a nuestro siguiente destino: Carennac. Durante el trayecto noté las fugaces miradas del señor Black por el rabillo de los ojos, y, en un momento en el que tuvimos que detenernos para que Lana saliera corriendo a vomitar en la cuneta, alargó la mano para ponerla sobre mi muslo.

—Leo, yo siempre soy sincero contigo —me dijo—, porque quiero que tú seas sincero conmigo. Así es como hacemos nosotros las cosas y no puedes enfadarte.

Apreté las comisuras de los labios y me quité las gafas de sol para frotarme los ojos.

—No estoy enfadado —respondí—. Es solo que... —se me escapó el aire de entre los labios y tuve que tomar una nueva bocanada para continuar—: es solo que hay partes de tu pasado que... —me detuve de nuevo y negué con la cabeza—, que son bastante intensas. ¿Lo entiendes?

Le miré y él asintió, comprendiendo lo que quería decir con «intensas», aunque la palabra que realmente yo quería utilizar era «aterradoras». Pero, ¿cómo podría decirle a James que a veces me daba miedo oírle hablar? Que me daba miedo la forma en la que era capaz de tratar a los demás, como si ni siquiera fueran personas.

El señor Black puso morritos, yo miré a Lana, inclinada sobre el asfalto mientras le daban arcadas. Le di un beso húmedo y breve a James y le acaricié la mejilla. Él sonrió un poco y dejó caer la cabeza sobre la mano con la que le acariciaba.

—Voy a ver si Lana está bien —le dije.

Resulta que una mujer de metro sesenta, cincuenta kilos y abstemia, era capaz de llegar a emborracharse con dos copas de vino blanco y sufrir una resaca de caballo al día siguiente. Lana nunca dejaba de sorprenderme. Al llegar a Carennac, uno de los pueblos más hermosos de Francia, tuvimos que detenernos en el primer local que encontramos para comprarle una bebida isotónica que fue bebiendo poco a poco por una pajita mientras recorríamos las estrechas callejuelas del gótico medieval. Hubiera deseado poder verlo entero y disfrutar de aquel maravilloso lugar, pero no nos dio tiempo al tener que bajar el paso para adaptarnos al suave tambaleo de Lana.

—No nos dará tiempo a ver el priorato —concluí tras mirar la hora en el Rolex—. Vayámonos ya a Prudhomat.

Cuando había planificado el viaje, había calculado aquella ruta de cuatro pueblos en un día, confiando que, a un paso normal, podríamos disfrutar un par de horas en cada uno de ellos. No había contado con que Lana tuviera resaca y no fuera capaz de aguantar más de media hora en el coche sin tener que detenernos para que vomitara.

—Si quieres arranco y la dejamos aquí tirada —me dijo James en una de esas ocasiones.

Solté un bufido y sonreí.

—Seguro que se le pasará tras la comida —respondí, aunque era más un deseo que una afirmación.

Prudhmomat era un pueblito encantado a los pies de un castillo. A Lana le costó un poco ascender las calles inclinadas por la colina, pero yo sonreía y tiraba un poco de ella.

—Vamos a ver el castillo —le decía, pero lo que realmente significaban aquellas palabras era «vamos a ver el puto castillo así tenga que arrastrarte todo el camino y vomites en cada puñetero rincón».

Ella sonreía y asentía, luchando por disfrutar de todo aquello, aunque el estómago le ardiera y la cabeza le palpitara. Saqué un par de fotos, pero cuando quedó claro que no sería capaz de sacar ninguna buena, lo dejé a un lado y me centré en empaparme de la belleza del lugar junto al señor Black. Él nunca parecía sorprendido por nada, solo me seguía muy de cerca, aprovechando los pocos momentos en los que era adecuado y no demasiado extraño colocar su mano en mi espalda o acercarse a susurrarme algo al oído.

Tras una comida ligera en un precioso restaurante, un café y una rápida visita a la farmacia, salimos hacia la que sería nuestra última parada del día: Rocamadour.

—¿No eran cuatro pueblos, Leo? —preguntó el señor Black mientras programaba el GPS.

—Sí, pero nos hemos entretenido mucho y tendremos que saltarnos Autoire —le expliqué—. Si no, llegaremos muy tarde a Rocamadour y es lugar al que me gustaría poder dedicarle tiempo.

—Lo siento mucho, señor O'Brien —se disculpó Lana al instante desde la parte de atrás.

La miré por el retrovisor y sonreí.

—No te preocupes —le dije con tono tranquilo—, estas cosas pasan.

Lana ya se encontraba un poco mejor tras la comida y el paracetamol que le había comprado en la farmacia, pero preferí no tentar a la suerte y terminar lo antes posible con los viajes aquel día. Tras media hora de trayecto a través de un parque natural, llegamos a Rocamadour. Ya lo había visto en fotos, y me había quedado alucinado, bien, pues verlo en persona era incluso más impactante. Se trataba de un pueblo construido en la pared de un acantilado, dividido en varios niveles que ascendían hasta lo más alto, donde se encontraba la zona vieja, las mejores vistas y nuestro hotel.

—Hay que subir bastantes escaleras —le advertí cuando dejamos el coche—. Será mejor llevar solo un par de maletas.

El señor Black se había quedado mirando a lo alto del pueblo un poco más de tiempo de lo que solía dedicar a mirar los lugares que visitábamos.

También miró el paisaje mientras ascendíamos lentamente las escaleras y

los alrededores de las calles cuando nos acercamos al hotel. No era muy lujoso ni muy grande, pero tenía unas vistas increíbles al valle y las laderas. Dejamos a Lana en su habitación, pidiéndole que descansara hasta la cena, y fuimos a la nuestra, varias puertas más alejada.

—¿Te gusta Rocamadour? —le pregunté al señor Black, abriendo la única maleta que habíamos subido hasta allí para ambos.

Él no respondió al momento, sino que me cogió de la mano y tiró de mí para llevarme de vuelta al pasillo.

—Visitémosla tú y yo solos —murmuró, rodeándome los hombros y atrayéndome hacia él.

Alcé las cejas, pero no me opuse en absoluto a aquella idea. Todavía eran las seis y nos dio tiempo a recorrer las calles principales, el precioso puente y a visitar el santuario; una catedral que parecía sacada de un cuento de hadas. El señor Black se detenía algunos momentos para apreciar las vistas, me hacía preguntas y me pedía que nos sacáramos algunas fotos. Coincidimos con un pequeño grupo turístico al que seguimos discretamente mientras le iba traduciendo todo lo que decía el guía sobre la ciudad y la catedral. En mitad de la plaza del santuario, me detuvo y me besó con fuerza, tanta que llegó a llamar la atención de los demás. Al separarse me miró de una forma muy intensa y sonrió un poco. Fue muy extraño, porque en aquel momento creí que me volví a enamorar de él. ¿Era eso siquiera posible? Enamorarte de alguien a quien ya amabas tanto como yo a James.

—Te amo... —susurré apenas sin aliento. Ni siquiera lo pensé, fue algo que simplemente salió de mis labios.

A James se le humedecieron los ojos y me rodeó el rostro con las manos antes de volver a besarme, con más intensidad que antes, hasta que oímos aplausos y entonces me di cuenta de que el grupo turístico y algunos visitantes nos estaban vitoreando. Noté que el rostro me ardía y que perdía el aliento, agarré al señor Black de la muñeca y tiré de él para alejarnos de allí lo más rápido posible. Lo había hecho otra vez, y había sido incluso más ridículo y peliculero que en París, porque aún por encima allí había gente delante.

Pero el señor Black no compartía mi pesar, él sonreía y levantaba mucho la cabeza con evidente orgullo y pavoneo.

—¿Viste cómo nos aplaudían todos, Leo? —me preguntó, apretándome contra él—. Somos los mejores...

Traté de decir algo, pero no fui capaz. El rostro todavía me ardía y lo único que podía sentir era una profunda vergüenza. Yo no era la clase de persona que disfrutara participando en un espectáculo público como aquel. No me gustaba en las fiestas sexuales, no me gustaba en mitad de Rocamadour.

Cuando regresamos al hotel me había recompuesto un poco, lo suficiente para que, tras una sesión de sexo bastante apasionado y una ducha fresca, recuperara la normalidad y la ligera sonrisa. Entonces nos dirigimos a la

enorme terraza con vistas al valle donde se encontraban las mesas del restaurante. Hacía una noche algo fría de primavera, pero nada que no se pudiera aguantar con una cazadora y una bufanda fina o un buen jersey.

—¿Ya te encuentras mejor, Lana? —le pregunté al llegar a la mesa, donde ella ya nos estaba esperando desde hacía diez minutos.

—Sí, mucho mejor —respondió mientras se frotaba los dedos y sonreía—. Ahora tengo bastante hambre.

—Píde lo que quieras —le ofrecí con una media sonrisa antes de guiñarle un ojo.

Lana se quedó un poco aturdida y parpadeó un par de veces.

—Vaya... —murmuró en voz baja—. El señor Black y usted comparten muchos gestos. ¿Lo sabían? —nos preguntó, mirándonos intermitentemente a uno y al otro, ya que ambos estábamos sentados frente a ella.

El señor Black se rio como si hubiera dicho algo divertido.

—Leo y yo pasamos mucho tiempo juntos, es normal —le dijo de una forma despreocupada mientras me daba un amistoso apretón en el hombro.

Sonreí, pero sabía muy bien a lo que se refería. James había adaptado muchísimos de mis gestos a su papel de Soltero de Oro, y a Lana debía resultarle muy confuso vernos actuar de la misma forma.

—Comparten ustedes una relación muy especial —afirmó ella con un tono de voz extraño. No eran celos, era más bien una especie de anhelo o deseo contenido.

—Sí, muy especial —dijo el señor Black, deslizándolo su mano desde mi hombro a mi espalda para darme una discreta caricia.

—Espero que algún día... —pero se detuvo al darse cuenta de lo que estaba diciendo. Se sonrojó y bajó la mirada a su plato vacío, utilizando la caída de su flequillo para tratar de ocultar el rostro.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. Llevábamos ya cuatro días de viaje y todavía era incapaz de dejar atrás su timidez y sus dudas, por mucho que yo me esforzara en ser amigable y cercano. Había algo en la compañía del señor Black que turbaba demasiado a Lana, un nerviosismo y un miedo constante a disgustarle o a decir algo indebido en su presencia. Por suerte para ella, en aquella ocasión vino el camarero e interrumpió nuestra conversación, dándole tiempo a recuperarse un poco y tomar un respiro.

Tras una deliciosa cena en la que solo el Soltero de Oro y yo mantuvimos una conversación fluida, lo que solía pasar cuando Lana se bloqueaba y se hundía en aquel estado de pesadumbre, pregunté a la joven si prefería una manzanilla con miel en vez de un café.

—Sí, sería perfecto, gracias, señor O'Brien —respondió ella, asintiendo repetidas veces con la cabeza.

—Creo que es hora de que me llames Leonard, Lana —le dije yo—. Al menos fuera del trabajo.

Ella al fin alzó la mirada para dedicarme una mueca de sorpresa y despu-

és una brillante sonrisa.

—Oh, claro... Leonard.

Sonreí y dejé pasar el tema, hasta que después de la sobremesa ella se despidió de nosotros para regresar a su habitación.

—Buenas noches, señor Black —le dijo a James antes de mirarme—. Buenas noches, Leonard.

—Buenas noches, Lana —dijimos ambos casi a la vez.

Cuando se alejó, James perdió su impostada sonrisa y recuperó su actitud de siempre, más seria y reservada. Me miró por el borde de los ojos y apoyó su brazo en el respaldo de mi asiento, apretando un poco más contra mí la pierna que había mantenido pegada a la mía durante toda la cena.

—¿Por qué le has pedido que te tutee, Leo? —preguntó con un tono serio—. Ahora se esperará que yo también le permita llamarme por el nombre, y ambos sabemos que eso no va a suceder.

—No es lo mismo, James —respondí tranquilamente, apoyando la mano en su muslo para dedicarle una suave caricia—. Tú eres su jefe, además de su *petit ami*.

—¿Su qué?

—Su novio.

El señor Black se quedó en silencio un par de segundos.

—Yo no soy su nada —murmuró—. Tú eres mi único «petitemi».

Se me escapó una pequeña risa al oírle intentar decir aquello en un francés, lo que no mejoró demasiado su humor. James tensó la mandíbula y apartó un poco la pierna de mí.

—No, no... —dije rápidamente, tratando de volver a acercarle—. Se dice *petit ami* —le corregí—. *Tu es mon petit ami, James*.

Tardó otro par de silenciosos segundos, pero al fin relajó la mandíbula y volvió a acercar su pierna a la mía.

—Mom *petit ami* —lo intentó de nuevo, en voz baja, como si temiera que alguien más pudiera escuchar lo mal que hablaba francés.

—*Mon* —le corregí—. Con «n».

—*Mon petit ami* —lo consiguió. Tenía mucho acento y no era nada elegante, pero al menos lo había dicho bien.

—*Trés bien, chéri. Nous sommes de vrais petits amis* —sonreí, levantando la mano desde su pierna a su rostro para acariciarle la mejilla con cariño.

El señor Black volvió a quedarse en silencio. Subió su brazo desde el respaldo de la silla a mis hombros y bajó la mirada de mis ojos a mis labios.

—Me pone bastante cachondo que me hables en francés, Leo —murmuró en voz más baja y algo aterciopelada.

Entreabrí la boca y arqueé una sola ceja antes de sonreír.

—¿En serio? —tuve que preguntar, porque jamás me había imaginado a James cayendo en un tópico tan común como aquel.

El señor Black asintió lentamente.

—¿Cómo se dice en francés: «te voy a comer entero»? —preguntó.

Sonreí más, pero esta vez como un imbécil.

—*Je vais te manger tout entier* —respondí.

—*Je vais te monlle tutentie* —lo intentó mientras acercaba un poco más el rostro a mí.

—*Manger tout entier* —repetí más lentamente.

—*Je vais te manger tout entier, Leo* —me susurró muy cerca de los labios.

Asentí un par de veces sin apartar la mirada de sus ojos del azul del profundo mar. Quien le iba a comer entero aquella noche era yo. Y eso fue lo que pasó, más o menos, porque ambos nos enzarzamos en una apasionada lucha por ver quién era el que más hacía disfrutar al otro.

Fue una guerra hedonista, sin cuartel ni tregua y con tan solo un par de víctimas colaterales: las personas que se alojaron en las habitaciones de al lado y hubieran tenido que escuchar los numerosos gruñidos, gemidos, jadeos y el incesante golpeteo del cabecero de la cama contra la pared. Aunque en ese momento no fui del todo consciente del ruido que habíamos hecho, no hasta que a la mañana siguiente el hombre tras la mesa de recepción nos detuvo y me dijo en voz baja:

—«Les agradecería que no hicieran tanto ruido, por favor. Algunos de los clientes se han quejado».

Me quedé en blanco, pero conseguí asentir y farfullar una breve disculpa.

—¿Qué ocurre, Leo? —me preguntó el señor Black cuando atravesamos la entrada del hotel junto a Lana.

—Me... me pidió disculpas por el jaleo que hizo ayer una pareja —respondí, dedicando una breve mirada a la joven.

—Ah... sí —afirmó Lana, un poco sonrojada por el tema—. Se escuchó mucho ruido por la noche.

El señor Black se rio, pero no era nada del Soltero de Oro, era su risa de verdad. Aprovechó un momento en el que Lana no miraba para darme un apretón en el hombro y susurrarme al oído:

—Fue un polvo increíble.

—Sí, sí que lo fue —tuve que reconocer.

Dedicamos un poco de la mañana a hacer turismo por Rocamadour, al menos por los lugares que James y yo todavía no habíamos visitado, hasta que llegó el momento de retomar el coche y comenzar nuestro trayecto del día. Primero una hora de viaje hasta Saint-Cirq-Lapopie, otro pueblo medieval a la vera del río en el que sacamos un par de fotos bastante bonitas; después otra hora de viaje hasta Conques, donde había un poblado y un castillo en lo alto de una colina. Allí nos paramos a comer en un pequeño mesón donde toda la comida era abundante y deliciosa. El dueño era un hombre con una barriga abultada, un enorme bigote y una gran sonrisa. Tenía un humor muy europeo, sutil, tranquilo, pero tan afilado como sus cuchillos de cocina. Tras aquel agradable parón, llegamos a Cordes-sur-Ciel una hora después. Las callejuelas estrechas y empedradas fueron un poco difíciles de atravesar, pero conseguí sacar a la

pareja del siglo un par de fotos con perspectiva y luces y sombras... no quería sonar creído, pero me quedaron increíbles.

Por desgracia, visitar aquella ciudad medieval por entero, requería un tiempo que nosotros no teníamos. Así que al caer el sol nos volvimos al Maserati y tomamos rumbo a nuestro último destino del día: Toulouse, la Ciudad Rosa. Llegamos de noche, bajo un cielo cada vez más nublado y lluvioso, y nos sumergimos en el tráfico de una de las urbes más grandes de Francia.

—No voy a mentir —les dije cuando llegamos al hotel, un edificio bastante grande muy cerca del centro histórico. No era el más lujoso, pero sí el mejor situado para el poco tiempo que íbamos a pasarnos allí —, creí que Toulouse iba a ser mucho mejor.

Lana se rio como si fuera una broma. No lo era. Por lo que había podido ver desde el coche, la ciudad no era tan prometedora como yo me había imaginado, aunque, para ser justos, llevábamos un par de días visitando los lugares más bonitos y maravillosos de Francia y quizá Toulouse había quedado un poco deslucida en comparación.

Mientras hablaba con los recepcionistas para formalizar la entrada al hotel, el señor Black echó un rápido vistazo al lugar, con muebles de colores y un ambiente al que, estaba seguro, no estaba nada acostumbrado. Era moderno, pero juvenil y sencillo. Con algunos sofás, mesas y lugares para fomentar la conversación y la charla entre desconocidos y viajeros.

—¿Qué cojones es esto, Leo? —me preguntó cuando llegamos a nuestra habitación, que era como una pequeña casa con cocina, baños, pasillo y salón—. ¿Una puta residencia de estudiantes?

Me hizo gracia y me reí un poco mientras dejaba las maletas a un lado del salón-cocina para abrir la puerta de cristal que daba a la calle. Era solo un primer piso, pero las vistas a la calle eran decentes, al menos.

—Es un hotel moderno con un concepto diferente y juvenil —respondí.

—No me gusta —declaró, algo que no era ningún secreto.

—Es solo para pasar la noche, James —le recordé, volviéndome hacia él con una ligera sonrisa—. Mañana iremos a Lyon.

El señor Black ya estaba empezando a desabrocharse la camisa y tenía una expresión seria en el rostro de ojos levemente entornados tras sus gafas de sol. Me acerqué y le rodeé la cadera con los brazos antes de darle un beso suave en los labios. No había podido hacerlo hasta aquel momento, porque Lana había estado con nosotros desde que habíamos salido de Rocamadour.

—No voy a tener ninguna conversación sobre arte moderno en el desayuno junto con alguna pareja de jóvenes desgreñados y porreros, Leo —me dijo en voz baja, pero sonó como una advertencia.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. Me hubiera hecho gracia si no supiera que el señor Black lo decía en serio.

—No es una comuna, James —le dije, apartándome de él para ir a por las maletas y llevarlas a la habitación—. ¿Y desde cuando tienes prejuicios sobre la gente que consume drogas?

—La mariguana es de pobres.

—*Oh, mon dieu... vous êtes incroyable, monsieur Black* —murmuré con un asombro muy real.

James me siguió a la habitación y terminó de desabrocharse la camisa gris, dejando su torso perfecto y sus abultados abdominales al aire, que terminaban en aquella maravillosa uve que se precipitaba hacia su entrepierna. No dejó de mirarme mientras se desataba el cinturón y hacía una rápida señal hacia la cama de matrimonio con la cabeza.

—Bájate los pantalones y ponte a cuatro patas, Leo —me ordenó.

Miré el Rolex y puse una expresión apenada de labios apretados.

—Tenemos la reserva para la cena romántica en una hora —le recordé—, deberíamos ducharnos, cambiarnos y tomar un taxi hasta el restaurante.

—Bájate los pantalones y ponte a cuatro patas, Leo —repitió con un tono más grave y lento.

—James, es mejor dejar el...

—¿Quieres que te ponga yo a cuatro patas? —me interrumpió, ya con la mano metida en la bragueta—. Ya sabes lo que pasa cuando me obligas a hacer eso...

Solté aire y bajé la cabeza. Me empecé a desabrochar el cinturón y me bajé los pantalones antes de ponerme sobre la cama a cuatro patas, muy al borde para que el señor Black pudiera follarme de pie como sabía que quería hacer. El sexo fue genial, por supuesto, con James siempre lo era; lo que no fue tan genial fue tener que ducharnos a toda prisa y salir corriendo del hotel junto con una Lana que llevaba veinte minutos esperándonos en recepción. Tuve que llamar al restaurante y anunciar que llegábamos tarde y que no dieran nuestras mesas a nadie, soportar la fría condescendencia del metre y después volver a disculparme cuando llegamos allí.

El señor Black, sin embargo, estaba sonriente, complacido, calmado y despreocupado a mi lado, acariciándome discretamente mientras interpretaba su papel del Soltero de Oro. Cuando nos adentramos en la preciosa plaza ajardinada de estilo romano antiguo reconvertida a restaurante, al fin pude relajarme. Al señor Black y a Lana les dieron una mesa discreta y romántica bajo el pórtico de columnas, y a mí me llevaron a una mesa solitaria cercana a una enorme maceta. Pedí vino francés y ternera al camarero y después me quité las gafas para frotarme el rostro. A veces era exasperante cuidar de James. No es que yo no tuviera ganas de pasarme el día follando y tirado en la cama, pero, por desgracia, uno de los dos tenía que ser el responsable y el que presionara al otro para cumplir los horarios. Con lo que respectaba al sexo, el señor Black solo entendía a razones cuando había trabajo de por medio, el resto de las ocasiones era un sí o sí para mí.

Había dejado el móvil a James para que se sacara un par de fotos con Lana, así que tuvo una buena excusa para levantarse durante la cena y venir a devolvérmelo. Yo ya estaba disfrutando de mi filete y no le vi acercarse, solo sentí una presencia a un lado y levanté la vista para encontrarme con sus ojos del azul del mar y su expresión seria.

—Me está hablando de su familia —me dijo con un tono de voz exasperado, dejando el móvil a un lado de la mesa—. Tiene como veinte putos primos o algo así en el país de mierda en el que haya nacido.

—Lana nació en Estados Unidos, James —respondí tranquilamente tras terminar de masticar—. Es de segunda generación y su madre es de Chicago.

El señor Black se quedó un momento en silencio.

—Entonces, ¿no es latina de verdad?

Tuve que tomarme unos segundos para asimilar aquella pregunta.

—Es de ascendencia latina —murmuré con un lento asentimiento.

—¿Sabe hablar español al menos?

Iba a responder, pero preferí no hacerlo.

—¿Por qué no vuelves a tu cena romántica y le haces esas preguntas a ella? —le aconsejé.

El señor Black se resistió un poco, pero se alejó hacia su mesa, recuperando su fachada del Soltero de Oro. Antes de que hubiera terminado el filete, volvió.

—No sabe español, solo un par de palabras y expresiones —me contó con un tono enfadado—. Se puso nerviosa y ahora no para de hablar de sus putos gatos.

Metí la mano en el bolsillo interior de mi blazer beis y le entregué al señor Black la caja rectangular con el colgante que yo había elegido para Lana. Él cogió el regalo sin mucho interés y se quedó en silencio durante un par de segundos.

—¿Qué vas a pedir de postre, Leo? —quiso saber.

—No sé —reconocí—. Creo que probaré el mouse de castañas.

—Yo voy a pedir el tiramisú. Déjame la mitad del mouse y nos intercambiamos los postres —me dijo, aunque sonó casi como una orden.

Quise decirle lo que le decía siempre, que no era conmigo con quien debería intercambiar comida en esa cena; pero el señor Black se dio la vuelta antes de que me diera tiempo, quizá porque ya sabía lo que le iba a decir. A los pocos minutos escuché el chillido ahogado de Lana al recibir su regalo sorpresa, giré el rostro y la vi con las manos frente a la boca y los ojos muy abiertos, mirando el regalo que el señor Black le ofrecía con una sonrisa de un millón de dólares en el rostro. Se trataba de un colgante de oro blanco y cristales swarovski con el símbolo de Aries. No era demasiado «caro», no para los estándares y nivel de vida del señor Black, pero al menos era un detalle más personalizado y no un colgante elegido al azar.

—El tiramisú es decente —me dijo James cuando volvió junto a mí con un

plato de postre en la mano, como había prometido que haría.

—El mouse es más dulce de lo que pensaba que sería —reconocí, entregándole la mitad que había dejado de la copa del mouse de castaña.

—¿A dónde quieres ir esta noche, Leo?, ¿has buscado algún lugar ya?

—No, todavía no.

—Me apetece una buena copa.

Asentí y cogí el móvil de la mesa para hacer una rápida búsqueda. El señor Black se quedó allí de pie, con su expresión seria de parpados algo caídos mientras se llevaba una cucharada de mouse de castaña a la boca.

—James, deberías volver con Lana —le advertí en voz baja.

—Sabes que no me gusta que me digas lo que tengo que hacer, Leonard —respondió.

Negué un poco con la cabeza, pero me mordí la lengua para no repetirle por... yo que sé, ¿décima vez ya?, que no podía hacer ese tipo de cosas. El señor Black lo quería todo, pero no se podía tener todo, y algo acabaría saliendo terriblemente mal.

—Al parecer uno de los mejores bares de vino del mundo está aquí, a media hora de distancia de nuestro hotel —le dije, mostrándole un par de imágenes—. ¿Qué te parece?

James miró el móvil mientras terminaba de masticar la última cuchara del mouse de castaña. Asintió y dejó la copa vacía a un lado de mi mesa.

—Termináte el tiramisú y ven a buscarnos —ordenó.

Cogí aire y lo solté lentamente cuando el señor Black se alejó para, al fin, volver con una Lana impaciente y visiblemente preocupada. Me tomé la libertad de saborear un poco el tiramisú antes de cumplir al pie de la letra las órdenes de James. Fui a buscarles, interrumpiendo la chachara un poco acelerada y nerviosa de la joven sobre sus gatos. Creí que el señor Black sería el único agradecido por mi llegada, pero Lana me sonrió y no dudó en responder a mis numerosas preguntas sobre la cena. Me enseñó el colgante que James le había regalado y cuando la dejamos en el hotel se despidió de nosotros con una gran sonrisa en los labios.

El señor Black y yo regresamos a la calle y esperamos a un taxi. James no esperó demasiado a rodearme los hombros y atraerme hacia él, nos besamos en el coche y en el bar, que resultó ser un lugar sumamente encantador y tranquilo. Una bodega interior con bóveda de cañón, asientos cómodos, luz íntima y una increíble carta de vinos. Tras demasiadas copas y una fluida conversación sobre la extensa y complicada familia de Lana, terminamos más borrachos de lo habíamos planeado. No creímos que el vino fuera tan fuerte y nos confiamos a la hora de probar casi la mitad de la carta, y era una carta muy larga.

Resultó que ambos experimentábamos un cambio cuando estábamos realmente borrachos. Yo me puse muy mimoso, casi empalagoso, y no dejé de abrazar y besar a un James que estaba más que encantado de que no quisiera apartarme de él. Por otro lado, el señor Black no parecía el mismo de siempre. Lentamente, copa a copa, se había ido convirtiendo en

un hombre mucho más expresivo y abierto. Había dejado su mueca seria de siempre a un lado y no paraba de mostrar un abanico de emociones muy acentuadas: alegría, preocupación, curiosidad, felicidad...

— ¿Por qué te ríes, Leo? — me preguntaba con el ceño muy fruncido y una mirada ebria de sus ojos del azul del mar.

— Estás raro — respondía yo antes de reírme y darle otro beso.

— ¡No estoy raro! — exclamaba, abrazándome más fuerte —. ¡Tú estás raro! Nos terminamos perdiendo un poco por entre las calles de Toulouse, pero eso no era algo que nos preocupara en ese momento. Cuando al fin alcanzamos el hotel era ya muy tarde. James soltó un par de quejas muy graciosas sobre el lugar y yo me reí demasiado. El sexo de borrachera que compartimos siguió los mismos patrones: yo estaba muy mimoso y cercano, y James no dejaba de sonreír y mostrar toda emoción que sentía, como si hubiera perdido la capacidad de filtrarlas.

No supe exactamente cuándo nos quedamos dormidos, pero no fue mucho después de correrlos. Lo que sí supe, sin embargo, era lo jodido que iba a ser el día siguiente para nosotros. Cuando me desperté sentí aquella sensación desagradable en el estómago y un regusto amargo en la boca. Tuve que salir de debajo de James, porque me estaba ahogando y necesitaba respirar. Él murmuró algo, quizá una queja, y quiso volver a atraparme entre sus brazos; sin embargo, yo ya estaba de camino al baño para beber agua y lavarme el rostro. Volví a la cama con pies temblorosos y me tumbé boca arriba, respirando más fuerte de lo normal. James se acercó y me rodeó con los brazos.

— Me encuentro muy mal, Leo — susurró con voz ronca.

— Yo también — respondí antes de cerrar los ojos.

Tuve que volver a levantarme cuando llamaron al teléfono de la habitación, para decirle a una Lana muy preocupada por nuestra ausencia que lo sentíamos mucho, pero que anoche nos habíamos quedado trabajando hasta muy tarde y que tendría que pasar la mañana sola. Ella hizo un montón de preguntas que yo no quería ni tenía energías para responder.

— Solo necesitamos dormir, espéranos en recepción a las cinco — y colgué. Tras diez horas de sueño y una de descanso, un polvo suave y resacas de recién levantados, una ducha fresca y silenciosa y un desayuno ligero de café solo y zumo de naranja a las cuatro de la tarde; el señor Black y yo volvimos a ser seres humanos racionales. Nos habíamos perdido nuestro día de turismo en Toulouse, pero, sinceramente, no nos podía importar menos. Lana nos vio llegar a recepción con las maletas y acentuó su expresión preocupada.

Yo estaba casi normal, quizá un poco más despeinado de lo habitual y con la camisa demasiado abierta, pero el señor Black llevaba sus gafas negras y todavía no estaba de humor para jugar a ser el Soltero de Oro.

Así que me esforcé un poco por sonreír a la joven y distraerla un par de preguntas sobre lo que había hecho durante el día.

Tuvimos que dejar el Maserati atrás en la estación de trenes, ya que nuestro recorrido rural había finalizado. A partir de allí solo nos quedaba Lyon y la vuelta a París antes de despedirnos de Francia. Pedí otro café antes de subir al tren y recé para no vomitarlo en el trayecto de cuatro horas que teníamos por delante. El señor Black se quedó dormido contra mí, con los brazos cruzados y las gafas negras todavía puestas, aunque hacía un día muy nublado. No le desperté hasta que alcanzamos las afueras de Lyon y le dije que pronto llegaríamos. Él miró la ventanilla repleta de regueros de lluvia y se quitó al fin las gafas de sol. Puso morritos para que le diera su beso y después me acarició la pierna sin decir nada. Por desgracia, nuestra visita a Lyon sería una pasada por agua, porque la previsión del tiempo parecía bastante mala.

—Bajo la lluvia es todavía más bonito... —murmuró Lana cuando salimos de la estación. Ya era casi de noche y las luces de la ciudad estaban encendidas, iluminando la lluvia torrencial y arrancando brillos a los charcos y la acera empapada.

—Es muy romántico —afirmó el señor Black con una sonrisa perfecta. La siesta en el tren le había sentado bien y ya había recuperado las energías suficientes para interpretar su papel de Soltero de Oro.

Lana se sonrojó asintió un par de veces, perdida por completo en el azul de los ojos del señor Black. Yo, por otro lado, estaba demasiado ocupado tratando de descubrir cuál de los hombres que fumaban apiñados bajo el techo cubierto de la estación era un taxista que nos pudiera llevar al hotel. Un viejo con boina y un abundante bigote grisáceo fue el primero en verme y sonreír, diciendo con un horrible inglés:

—Ese mi coche.

Señaló uno bajo la lluvia, aparcado en la estación de taxis al otro lado de la calle. Abrió un paraguas y nos lo ofreció, el señor Black lo cogió y tapó a Lana mientras el hombre y yo salíamos a paso rápido bajo la lluvia.

—«Podría llevarnos al Rassidon Blu, por favor» —le pedí yo en francés cuando al fin entramos en el coche, un poco más empapados y ateridos que antes. El señor Black y Lana ya estaban allí, secos y sonrientes.

—«Oh, habla usted muy bien el francés» —se sorprendió el taxista, echando un rápido vistazo por el retrovisor.

—«Gracias» —sonreí.

—«¿Es su primera vez en Lyon?»

—«Sí, acabamos de llegar de Toulouse».

—«Toulouse es una mierda».

Me reí y asentí.

—«La verdad es que...» —pero me detuve cuando noté una vibración del móvil. Fruncí el ceño y miré el número sin identificar que llamaba al contacto personal del señor Black—. ¿Sí? —pregunté en inglés, ya sin sonreír.

—«Buenas noches, Leonard. ¿Ya habéis llegado a Lyon?» —me preguntó en francés una voz con acento alemán que no tardé ni un segundo en reco-

nocer.

Miré al señor Black y el me devolvió la mirada, perdiendo la sonrisa al ver mi expresión seria.

—Buenas noches, señor Müller —respondí lentamente—. Sí, ya hemos llegado a Lyon.

James tensó la mandíbula y yo le hice una pregunta silenciosa. ¿Por qué Liam Müller, el banquero suizo apodado en las orgías como el Tigre Blanco, sabía que estábamos allí?, y, lo más importante, ¿por qué nos llamaba?

Por nada bueno, eso seguro.

LE LOUP NOIR ET LE TIGRE BLANC

—«Por favor, Leonard. Esto es Francia, no hablemos en un idioma tan vulgar como el inglés» —dijo el señor Müller, quizá consciente de que yo había usado intencionadamente el inglés para que el señor Black pudiera entenderme—. «¿Qué te parece Lyon?, ¿no es acaso una ciudad maravillosa?»

—«Si le soy sincero, señor Müller, no podría decirle. Acabamos de llegar hace apenas una hora y no hemos salido todavía del taxi».

—«Oh, me he adelantado un poco, entonces».

—«Un poco» —afirmé, dejando un breve silencio antes de preguntar—: «¿Cómo sabía que estábamos aquí?»

—«Por favor, Leonard...» —murmuró con un cierto tono exasperado—. «James ha estado retrasando vuestro viaje a Francia por sus redes sociales como si se tratara del evento del año».

—Por supuesto... —murmuré, comprendiéndolo de pronto.

—«Ayer mismo colgó una foto de su cena romántica anunciando que hoy estaríais en Lyon» —continuó el señor Müller—. «No he podido resistirme a bajar a veros sabiendo que estabais tan cerca de Suiza».

Me llevé una mano al rostro y me froté los ojos con cansancio. La próxima vez que viera al señor Lee, le daría una puta patada en la boca por gilipollas.

—«Qué considerado de su parte, señor Müller» —respondí, esforzándome por no sonar de forma sarcástica.

—«Oh, en absoluto, Leonard» —me corrigió—. «Me encanta Francia. Es un pequeño placer tener una excusa para visitarla de vez en cuando» —reconoció antes de reírse en voz baja—. «Además, esta debe ser la primera vez que James viene a Europa para algo que no sea una orgía, o para fornicar con todo lo que se mueve como un babuino salido. ¿Me equivoco?»

—«Como sabe, señor Müller, yo apenas llevo un año trabajando para el señor Black. No conozco su registro de viajes a Europa ni las actividades que ha realizado aquí».

—«Yo sí lo conozco» —respondió él—. «Y reconozco que estoy algo sorprendido. ¿Acaso esa encantadora joven que le acompaña ha conseguido inculcarle algo de civilización al deshecho humano que es James?».

Miré la ventanilla del taxi, repleta de regueros de agua de lluvia. Apenas se podía distinguir nada de la calle que atravesábamos, solo las luces de los semáforos y las farolas. Forcé una leve risa educada y respondí:

—«Quizá eso sea algo que desee preguntarle al señor Black en persona, por desgracia, ahora no puede ponerse al teléfono. ¿Querría dejarle algún mensaje, señor Müller?»

—«Sí, dile que estoy en Lyon y que nos veremos muy pronto» —dijo el señor Müller, cambiando por completo su tono para sonar exigente y algo

más frío, dejando claro que aquello era una orden.

— «Eso haré. Gracias por llamar».

— «De nada, Leonard. Siempre es un placer hablar contigo».

Forcé otra risa y colgué, perdiendo al instante el buen humor que había fingido por teléfono. Miré al señor Black, que no había parado de mirarme en todo aquel tiempo que había estado hablando con el señor Müller. No parecía contento, pero no podía culparle. Yo tampoco lo estaba. Encontrarnos con «el némesis» por excelencia del señor Black no estaba dentro de los planes de las vacaciones.

— ¿Qué quería, Liam? — me preguntó James con tono serio, pero nada demasiado llamativo porque Lana estaba a su lado del asiento.

— Al parecer, el señor Müller ha visto en sus redes sociales que estábamos visitando Francia, y que esta noche nos quedaríamos en Lyon. Ha bajado desde Suiza para haceros una visita — respondí de la forma más neutra posible.

El señor Black asintió y miró al frente, sumergiéndonos en un profundo y denso silencio. Cuando llegamos al enorme edificio del Rassidon Blu, una enorme torre sobresaliendo en lo alto de Lyon, le di una pequeña propina al taxista por ayudarnos con las maletas bajo la lluvia torrencial y salimos corriendo hacia la recepción del hotel. El edificio era un lugar enorme, pero el hotel solo ocupaba un espacio del mismo, estando todas las habitaciones por encima de la plata treinta y dos, por lo que había unas increíbles vistas de la ciudad. Todo allí era puro lujo y diseño contemporáneo, nada que ver con el pequeño hotelito de Toulouse; que yo no había odiado tanto como el señor Black, por cierto.

Al alcanzar nuestra habitación fui directo a los enormes ventanales y solté un jadeo de asombro. Era incluso más bonito de lo que me había imaginado, aun con la lluvia, se podía distinguir la ciudad perlada de luces a nuestros pies extendiéndose casi hasta el horizonte.

— El móvil, Leo — pidió el señor Black, acercándose a mí.

Metí la mano en el bolsillo y levanté el móvil en alto, sin apartar la mirada de las vistas tras nuestro borroso reflejo producido por el contraste de la oscuridad del exterior y la tenue luz de la habitación. El señor Black cogió el móvil y puso su mano libre en la parte baja de mi espalda. Buscó el número en la lista de contactos y miró a través de los ventanales, quizá a nosotros, quizá a la ciudad.

— Liam — dijo en alto tras unos segundos de silencio. Oí un murmullo bajo proveniente del móvil en respuesta —. Sí, eso me ha dicho Leonard — afirmó. Otro pequeño murmullo —. ¿Ahora me vigilas, Liam?, ¿o es que tienes curiosidad por saber cómo es la vida de los hombres de éxito? — le preguntó.

Se me escapó un bufido y una sonrisa. Ladeé el rostro para dedicarle a James una mirada por el borde de los ojos. Él me miró de vuelta y levantó su mano desde mi espalda a mis hombros para rodearlos.

— Creía que solo dejabas tu castillo en Suiza para raptar a niños de colegi-

os católicos y meterlos en tus mazmorras —añadió el señor Black sin dejar de mirarme mientras mi sonrisa se ensanchaba cada vez más. Hubo una larga respuesta del señor Müller y James tensó la mandíbula con enfado—. Yo puedo permitirme follarme a quien quiera y cuando quiera, al contrario que tú. —Otra breve pausa—. Ella no es parte de esto, y más vale que no me obligues a enfadarme de verdad, Liam...

El murmullo bajo continuó, pero yo no podía distinguir las palabras, solo percibir los pequeños cambios en el rostro del señor Black; el cual pasó del enfado a la satisfacción. Las comisuras de sus labios se elevaron un poco y entonces se acercó para darme un beso húmedo e intencionadamente sonoro.

—Tengo mejores cosas que hacer con Leonard que ir a verte, Liam —le dijo cuando terminamos—. Pero sí me lo pides por favor, te dejo escuchar cómo me lo follo.

Arquee ambas cejas para dedicarle una expresión de sorpresa al señor Black, pero él no dejó de sonreír mientras se giraba del todo hacia mí. Aparté el brazo con el que me rodeaba los hombros y guio mi mano hacia el pronunciado bulto que ya había en su entrepierna. El señor Müller seguía diciendo algo por el móvil, pero dudaba de que el señor Black estuviera prestándole mucha atención.

—De rodillas, Leo... —ordenó sin pronunciar las palabras, solo moviendo los labios.

Dudé un momento, demasiado contrariado por tener que participar en... lo que fuera que estaba pasando en aquella conversación; sin embargo, el señor Black no paraba de apretarme la mano contra el enorme bulto carnosos y nada discreto que se extendía bajo la tela de su pantalón beis. Querría poder decir que yo era un hombre con principios y decencia y que aquello no me estaba excitando en absoluto, pero mentiría. Así que me puse de rodillas y le desaté el cinturón marrón oscuro antes de bajarle la bragueta. El señor Black no se esforzó lo más mínimo en contener un jadeo de placer cuando acerqué el rostro a su bóxer de marca para besar la tela caliente y muy abultada. Me agarró del pelo con su mano libre y me apretó un poco la cara contra su entrepierna, volviendo a jaderar.

—No voy a ir a la puta ópera —respondió al teléfono con un tono bajo. Tras una breve pausa soltó una risotada condescendiente y añadió—: Si tan desagradable e inculto te parezco, ¿por qué me llamas, Liam?

El señor Black no dejaba de mirarme mientras me apretaba un poco más la cabeza y me soltaba solo para bajarse el bóxer y sacarse la polla. Se la agarré con la mano y me metí lentamente la punta ligeramente más gruesa y húmeda en la boca, como sabía que a James le gustaba. Él gimió, soltando un jadeo más fuerte antes de murmurar con placer:

—Joder, Leo... —Por supuesto, el señor Müller todavía estaba al otro lado del teléfono, y el señor Black no tuvo ningún reparo en continuar presionándome la cabeza para que me metiera su polla más y más dentro de la boca—. Hasta en fondo...

James siguió gimiendo bien alto, pero, para ser sinceros, eso era algo que siempre hacía cuando se la chupaba, sin importar el lugar. Entonces volvió a reírse y apartó el móvil de la oreja para pulsar un botón y tirarlo sobre la cama.

—Es muy triste que no seas capaz de mantener una conversación de adultos, James —se oyó al señor Müller a través del altavoz del manos libres—. Por cosas como esta, nadie te toma en serio. Solo eres un ridículo orangután pelado y primitivo.

El señor Black me levantó del suelo y me besó con fuerza mi boca empapada de saliva. Había un fuego especial en el azul de sus ojos y una profunda necesidad en sus labios. Me llevó a la cama y me tiró sobre ella, haciendo saltar un poco el móvil sobre el edredón blanco.

—¿Crees que soy un orangután primitivo, Leo? —me preguntó mientras se quitaba apuradamente la camisa negra.

—No, señor Black —respondí con una voz un poco falta de aire.

James sonrió y tiró su camisa a un lado antes de desabrocharme el botón de mis pantalones de pinza y bajármelos junto con la ropa interior. Me dio la vuelta para dejarme de cara a la cama y me apretó las nalgas con fuerza mientras gruñía con profundo placer.

—¿Alguno de tus sumisos de las S.S. tiene un culo tan bueno como Leonard, Liam? —le preguntó esta vez al señor Müller a través del móvil—. Sé que se lo has mirado muchas veces en el Caribe...

—Leonard se está humillando a sí mismo dejándose sodomizar por un inútil como tú, James —respondió con su fuerte acento alemán.

Pero el señor Black me dio un cachete que resonó por toda la habitación junto con mi grito ahogado.

—¿Has oído eso, Liam? —le preguntó, ignorándole por completo.

—¿Has dado una palmada? —sugirió el señor Müller, sin mostrar interés alguno.

El señor Black volvió a darme otro cachete, un poco más fuerte que el anterior, pero esta vez ya estaba preparado y ahogué con éxito un gruñido en la garganta.

—¿Te ha gustado, Leonard? —me preguntó.

Cogí una buena bocanada de aire y respondí:

—Sí, señor Black.

—¿Quieres más?

—Sí, señor Black.

No sabía en qué cojones estaba participando, ni por qué lo hacía, pero había algo en todo aquello que me estaba produciendo un oscuro y retorcido placer. No era exactamente cómo hacerlo delante de alguien, ya que el señor Müller solo podía oírnos, así que no había demasiada diferencia entre él y las muchas personas que habían compartido pared con nosotros en el resto de hoteles.

—Dile lo que te estoy haciendo, Leo... —me ordenó James—. En francés.

Apreté los dientes y parpadeé un par de veces antes de decir:

—«El señor Black me está comiendo el culo, señor Müller» —pero al final la voz se me quebró con un suave gemido.

—«Dile al asqueroso de tu jefe que tomaremos una copa mañana a la noche en *Le Florian*. Ya he reservado mesa» —dijo el señor Müller en francés, con un tono de voz contenido—. Nunca deja de sorprenderme lo desagradable que puedes llegar a ser, James —añadió en inglés.

—¿Ya vas a colgar, Liam? —le preguntó el señor Black, sin separar demasiado la cara de entre mis nalgas—. ¿No quieres oír como follan los hombres de verdad? Quizá aprendas algo.

—Ya te he oído muchas veces, James —respondió—. Y siempre resulta humillante y vergonzoso. A las nueve —terminó antes de que sonara el pitido que anunciaba el final de la llamada.

El señor Black se incorporó un poco y se tiró sobre mí, buscó mis labios con su boca húmeda y me dio un beso profundo.

—¿Qué te dijo? —me preguntó con una suave sonrisa.

—Mañana quiere tomar una copa a las nueve —respondí.

James resopló.

—Es un hombre triste y aburrido, querrá enseñarnos a sus sumisos y soltar alguno de sus discursos de gilipollas —me explicó mientras se echaba a un lado para poder darme la vuelta y desabotonarme la camisa.

—No querrá hacer nada raro, ¿verdad?

El señor Black me miró a los ojos con expresión seria, pero no detuvo la mano con la que poco a poco me estaba desvistiendo.

—Leo, ya te he dicho que nadie más que yo va a tocarte jamás —me recordó con un tono algo duro y seco.

—Ya sabes a qué me refiero, James —murmuré.

Él no respondió hasta desabotonarme por entero la camisa y acariciarme desde el vello púbico hasta el pectoral, siguiendo el reguero de pelo caoba que tanto le gustaba.

—Liam se cree demasiado bueno para hacer «cosas raras».

Asentí, agradecido de saber aquello. No habíamos venido a Lyon para meternos de lleno en alguna especie de concurso sexual y depravado entre nosotros y el señor Müller y sus sumisos.

—Pero nosotros vamos a tocarnos mucho, Leo —continuó el señor Black, descendiendo con su mano hacia mi vello púbico y un poco más abajo hasta mi polla. Me la frotó suavemente y yo jadeé un poco—. Ya sabes lo mucho que me gusta que lo hagamos. Es nuestra «marca personal», recuerdas...

Recordaba un momento en el Caribe donde había dicho algo similar, pero parecía algo que hubiera pasado hacía demasiado tiempo. De todas formas, no era momento para discutir aquello, porque yo estaba demasiado excitado y solo quería besar a James y follar después de un largo día de viaje.

—*Préparez-vous, cheri* —murmuré, echándome sobre él para ponerme a horcajadas con una sonrisa en los labios —, *je vais vous monter jusqu'à ce que*

vous jouissiez...

James no me entendió, pero sonrió y se dejó llevar con placer hasta el orgasmo. Entonces me inclinó, un poco sudado y jadeante, para darle nuestro suave beso. Esa era nuestra verdadera «marca personal». James me rodeó con los brazos y me devolvió otro beso mientras me miraba con los ojos entornados y un poco adormilados.

—Tenemos que ir a cenar con Lana —le recordé, acariciando su mejilla—. No te duermas.

James cogió mucho aire, elevándose un poco junto con su pecho torneado para volver a descender lentamente mientras lo soltaba.

—El próximo viaje lo haremos solos, Leo —murmuró, aunque sonó casi como una petición.

Mantuve su mirada en silencio un par de segundos antes de asentir. Le di otro beso y me separé para ir a por la ropa en la maleta y llevarla al baño. James llegó poco después, metiéndose junto a mí en la ducha abierta y acristalada. Me abrazó por la espalda y nos quedamos un momento así bajo el agua caliente. Cuando llegamos al restaurante del hotel, en uno de los pisos más alto del edificio, Lana ya nos estaba esperando en una de las mesas cuadradas frente a los enormes ventanales. Nos recibió con una sonrisa y no dijo nada por la tardanza, tampoco dijo nada cuando volvimos a llegar tarde al desayuno, demasiado acostumbrada ya a que nosotros nos tomáramos nuestro tiempo para «cambiarnos y asearnos». Personalmente, no me agradaba la idea de hacerla esperar, pero el señor Black era de a los que les gustaba despertarse con un buen polvo siempre que podía, y yo era de los que no solían decir que no cuando su novio empezaba a besarles y a tocarles como James lo hacía.

—Sigue lloviendo a mares —dije con pesar, mirando a través del enorme ventanal. El cielo estaba muy gris y los regueros de agua corrían por el cristal creando un complejo mosaico—. No podremos ir a todos los lugares que quería.

—¿Acaso te asusta un poco de lluvia, Leo? —me preguntó el Soltero de Oro a mi lado tras tomar un trago de café solo—. ¿No se suponía que eras irlandés?

Le dedique una mirada por el borde de los ojos y una suave sonrisa.

—Lo decía por vosotros —respondí.

—Tenemos paraguas, Leo —dijo él, apretándose el hombro como si quisiera animarme, aunque fue un roce mucho más largo y cariñoso—. Iremos a todos los lugares que quieras ver.

—A mí no me importa la lluvia —le apoyó Lana con una sonrisa—, seguro que será muy divertido.

—Muy bien —asentí, dándole un mordisco a mi tostada con mermelada mientras pensaba en el tiempo que tardarían ambos en cambiar de idea. Sonaba muy romántico y especial recorrer una ciudad como Lyon bajo la lluvia, pero la realidad era muy distinta. La incomodidad de llevar el paraguas, los charcos, la gente, no tener la ropa apropiada y el abundante

tráfico, fueron minando lentamente la moral de la pareja del siglo. Yo lo sabía, así que había priorizado los lugares que más quería ver: la basílica, la catedral y el teatro romano. Les había sacado un par de fotos y después nos habíamos sumergido en una de las calles más antiguas y hermosas de Lyon, allí les ofrecí detenernos en un café y ninguno de los dos se opuso.

—Esta tarde podemos ir al distrito comercial y comprarnos algo de ropa —sugerí con una sonrisa y una taza caliente entre las manos.

Al señor Black le pareció una gran idea, pero Lana puso una mueca extraña y la sonrisa le tembló en los labios. Por supuesto, se imaginaba el nivel de las tiendas que James y yo visitábamos habitualmente, y sabía que ella no podría permitirse comprar nada.

—Hay un par de tiendas de segunda mano y alternativas que me gustaría visitar —añadí, consciente de aquel problema.

Entonces fue James quien torció el gesto y me dedicó una mirada seria. El señor Black en una tienda de segunda mano era algo digno de ver. Estaba muy pegado a mí, como si tuviera miedo de que alguna de aquellas prendas o las personas que allí había le trasmitieran la pobreza como si se tratara de algún tipo de enfermedad. «Pobritis crónica». Sin embargo, las tiendas que visitamos no tenían nada de humilde ni miserable, eran más bien de ese tipo de comercios más alternativos, con ropa vintage, discos, abalorios y complementos. Miré un par de cosas que me llamaron la atención, pero James me las quitó al momento de las manos.

—No —dijo con tono serio y una mirada fija.

—Pues iba a comprarte tu próximo regalo aquí —bromeé con fingida inocencia.

James tensó la mandíbula, pero, al contrario de lo que creía que iba a pasar, no se enfadó.

—No me obligues a ponerme esta ropa, Leo —me pidió.

Fruncí el ceño y una sonrisa se extendió por mi rostro. Me mordí el labio inferior suavemente y no pude contenerme a preguntar:

—¿Te la pondrías si te la regalo?

—Solo si me la regalas tú —respondió con total seriedad.

Miré un momento alrededor para comprobar que Lana no nos prestaba atención y cogí suavemente a James de la mano para darle una discreta caricia. «Te quiero», le dije moviendo tan solo los labios. James asintió lentamente, apretándome un poco más la mano. Por desgracia, Lana se volvió hacia nosotros para enseñarnos un abrigo vaquero y el momento terminó de una forma precipitada. Al contrario que yo, ella sí pudo comprar todo lo que quería, y estuvo encantada de hacerlo; recorriendo las estanterías y los percheros con emoción contenida. Se terminó comprando un par de jerséis, camisetas e incluso unas botas de agua de un rosa chillón. Después fuimos a la calle más cara de Lyon, donde el señor Black respiró tranquilo al fin tras pasar aquel mal trago. Allí nos sumergimos en una sucesión de boutiques de lujo donde, incluso con Lana delante, el señor Black siguió su acostumbrada rutina de buscarnos

ropa a ambos para probárnosla juntos en los probadores.

—James tiene mejor gusto que yo y siempre me aconseja —le expliqué a la joven, porque aquello debía resultar muy muy raro de ver.

Ella asintió un par de veces y sonrió, comprendiendo al fin lo que estaba pasando.

—¿Y esto? —le pregunté a James ya en los probadores, después de ponernos nuestros conjuntos y pararnos frente al espejo.

Normalmente yo no llevaba ropa tan apretada, pero en esta ocasión el señor Black había escogido una camiseta blanca de manga corta para ambos y unos pantalones de pinta muy ajustados; los míos grises y los suyos azul marino.

—Liam tiene que saber que somos pareja —me explicó sin apartar la mirada del reflejo—. Y que somos mucho mejores de lo que él será nunca. Moví los brazos, un poco incómodo por la tensión de la tela alrededor de mis abultados bíceps. James no dijo nada, me desabrochó un par de botones para que enseñara parte del torso y después me rodeó los hombros para mirar el resultado.

—Joder, Leo...

Elevó las comisuras de sus labios y se volvió hacia mí para rodearme la cadera y mirarme de frente.

—Estás muy follable ahora mismo... —murmuró, rozando su entrepierna ya bastante dura contra la mía.

Supe lo que se venía, pero tuve que poner una mano en su pecho también bastante abierto y detenerle antes de que se emocionara demasiado y termináramos teniendo sexo de probadores; algo que ya había sucedido en varias ocasiones.

—Lana está fuera —le recordé con tono tranquilo pero serio—, tienes que esperar al hotel.

El señor Black no se tomó bien la negativa, perdió la sonrisa y deslizó sus manos hasta mi culo para apretarlo y atraerme más a él.

—Chúpamela un poco ahora y te lo tragas en el hotel —susurró muy cerca de mis labios.

Se me escapó una risa breve y baja antes de negar con la cabeza.

—James, llevamos algún tiempo juntos —le recordé—, eso de «chúpamela un poco», ya no cuela.

El señor Black recuperó la sonrisa y me apretó más contra él, pero esta vez con cariño, antes de darme un buen beso en los labios. Quizá le había gustado lo que le había dicho, o quizá le hacía muy feliz que le yo le conociera tan bien. Fuera lo que fuera, abandonó el probador de buen humor y compró la ropa que nos habíamos probado. A Lana casi le dio un infarto al escuchar que solo dos camisas y dos pantalones valían casi el quíntuple de lo que se había gastado ella en la tienda vintage. No podía culparla, costaba un poco acostumbrarse a algo así si venías de una familia humilde.

—¿Un café? —le pregunté cuando salimos a la calle lluviosa.

—He visto un Starbucks al otro lado de la calle —respondió Lana con una sonrisa.

—Me refería a un café francés —le dije, tratando de suavizar las palabras tanto como pude.

No habíamos ido a Lyon, Francia, para tomar un puñetero Latte Macchiato del Starbucks. Así que saqué el móvil y busqué algún local agradable en el que hacer una última parada. Al final encontré uno a un par de calles de distancia, estaba más lejos de lo que hubiera querido, pero mereció la pena.

Era una especia de panadería y café, cálido, con mesas antiguas, muchos clientes y una carta amplia de café y bollería. Lana se pidió un cruasán y yo pedí un donut glaseado artesano. El señor Black dijo que no quería nada, pero se terminó comiendo la mitad de mi donut.

Cuando llegamos al hotel, ya eran las siete y media de la tarde. Tuve que recordarle a Lana que esa noche, por desgracia, tendría que cenar sola ya que había surgido una «reunión importante» con unos clientes franceses.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó al instante.

—No, es solo una cena de negocios —la tranquilicé yo—. Tómate una ducha larga y caliente, cena algo rico y duerme tranquila. Mañana nos reuniremos contigo en el desayuno.

Ella no puso ninguna pega y aceptó mis palabras como si se trataran de una misión especial. De vuelta en la habitación llevé las bolsas de la ropa al baño y volví para rodear el cuello de James y empezar a besarle con lengua. Él lo aceptó con bastante agrado, empezando a frotarse un poco, pero, para mi sorpresa, me detuvo y apartó el rostro para decirme:

—Primero duchémonos.

Fruncí un poco el ceño, pero no dije nada mientras el señor Black me agarraba de la mano y me llevaba a la ducha. Allí tampoco sucedió nada, aunque ambos estábamos bastante empalmados ya. Empecé a sospechar cuando nos secamos y el señor Black fue directo a vestirse, sin ponerse ropa interior bajo el pantalón. Miré mi Rolex y comprobé la hora, todavía teníamos cuarenta largos minutos para llegar al local que el señor Müller nos había indicado.

—Vístete, Leo —me ordenó James sin mirarme mientras se abrochaba el cinturón con cierta dificultad debido al bulto más que evidente que tenía en la entrepierna—. Ponte solo lo que hemos comprado.

En ese punto ya empecé a tener una idea clara de que el señor Black tenía algo planeado. Me puse *solo* la ropa que habíamos comprado, lo que quería decir que yo tampoco llevaría ropa interior a la cena. Después salimos hacia recepción, recibiendo toda clase de miradas de camino. Básicamente, porque íbamos los dos obscenamente apretados y con la camisa demasiado desabotonada en mitad de un día de lluvia torrencial. Estábamos muy guapos y sexys, pero parecíamos más preparados para una fiesta de verano en Ibiza que para una cena en Lyon a principios de Abril.

Recibimos las mismas miradas mezcla de curiosidad, sorpresa y deseo cuando llegamos a *Le Florian*, que resultó ser exactamente la clase de local que un hombre como el señor Müller frecuentaría.

Era discreto, con una decoración muy abarrotada y barroca: pinturas de retratos antiguos en las paredes, sillones tapizados de terciopelo negro frente a mesas redondas y suelos de madera antigua. No había ventanas ni luces en el techo, así que toda la iluminación provenía de las lamparillas sobre las mesas o de los falsos candelabros que colgaban de las paredes. Era como si aquel lugar concreto se hubiera detenido en el siglo dieciocho y no hubiera avanzado junto al resto de la ciudad.

—Parece la puta casa de Drácula —me susurró el señor Black al oído mientras avanzábamos hacia la barra del bar. No había tardado en rodearme los hombros con el brazo en cuanto habíamos llegado—. Por eso le gusta tanto a Liam.

Solté una risa baja antes de decirle al camarero que teníamos mesa a nombre del señor Müller. Él sonrió y asintió, guiándonos por los estrechos pasillos entre los sillones y las mesas hacia un reservado especial, más íntimo y alejado del resto de clientes. Allí había dos sofás, uno frente al otro y un par de sillones alrededor de una mesa ovalada de madera oscura.

—«Este es el sitio del señor Müller» —nos indicó—. «¿Quieren pedir algo antes de que llegue?»

—«No, gracias. Le esperaremos» —respondí antes de que se fuera de vuelta a la barra.

El señor Black miró el lugar y soltó un resoplido, sin embargo, no se sentó. Tiró de mí hacia un lado y siguió el pasillo hacia los baños.

—Ah... claro —comprendí de pronto—. La «marca personal».

James se inclinó para volver a susurrarme al oído:

—Tenemos que llegar oliendo a sexo, Leo, si no, no tiene gracia.

Chiqué la lengua, pero no dije nada al respecto. La idea me seguía pareciendo desagradable y jamás hubiera aceptado de no ser porque, al igual que en el Caribe, después solo nos reuniríamos con un hombre depravado y asqueroso como el señor Müller y no con gente decente. Así que no tuve problema en disfrutar de aquel maravilloso polvo en los baños y dejarme llevar un poco por la fogosa lujuria de James.

Un James que llevaba conteniéndose toda la tarde y que, además, estaba bastante excitado por la ropa que llevábamos. No voy a mentir, yo también lo estaba.

El señor Black con ropa tan apretada, demasiado grande y fuerte para poder ser contenido en aquella camiseta corta y esos pantalones, era... algo digno de estudiar con atención.

Media hora después, salimos de aquel baño más despeinados, acalorados, sonrojados y sonrientes de lo que habíamos entrado. Nos sentamos en uno de los sillones, muy juntos, el señor Black me rodeó los hombros y me atrajo hacia él antes de soltar un suspiro. Todavía tenía la barba empapada

de saliva y otras cosas, respiraba un poco más profundo, elevando su pecho abultado y al aire bajo la camisa mientras me miraba.

—Jamás creí que podría qu... —murmuró entonces, pero se detuvo, parpadeó y tensó la mandíbula; como si de pronto se hubiera dado cuenta de que estaba diciendo algo que no debería decir.

Sonreí un poco y asentí. Sabía que James no hablaba de ciertas cosas, que nunca me confesaría lo que yo le hacía sentir, que había palabras que jamás oiría de sus labios. Eso era algo que yo simplemente tenía que aceptar.

El señor Black puso una leve expresión de tristeza, casi indescifrable en su rostro serio de siempre. Se acercó lentamente hacia mí y me besó en los labios, tratando de decirme con aquel beso las cosas que no podía decirme de otra forma. Cuando nos separamos, le acaricié la mejilla y miré sus ojos del azul del mar, más oscuros en la penumbra, reflejando las luces amarillentas a mi espalda. No supe cuánto duró aquel momento, solo que, de no ser por la llegada del señor Müller, nos podríamos haber pasado así horas.

—James... —le saludó el banquero suizo, apodado como el Tigre Blanco.

El señor Black giró el rostro y le dedicó una mirada seria por el borde de los ojos antes de volverse sin alejarme ni un milímetro de él.

—Liam —respondió en el mismo tono seco y un tanto condescendiente que el suizo había usado—. ¿Has cambiado a los mellizos? —le preguntó, echando un rápido vistazo a los jóvenes que acompañaban al señor Müller—. ¿Qué pasó con los otros?, ¿alcanzaron la pubertad y tuviste que echarlos?

Liam Müller puso una sonrisa fría en los labios y se sentó frente a nosotros, seguido por los dos jóvenes. Hacía más de medio año que no veía al banquero, pero seguía exactamente igual que cuando lo había conocido en el Caribe. El mismo pelo repeinado entre el castaño y el rojizo, los mismos ojos de un azul claro, la misma carencia de barba y la misma ropa elegante y perfecta, sin un botón desabrochado ni una sola arruga.

Era un hombre atractivo, con un aire a estrella de cine antigua, pero había una estrechez en él que me resultaba fría y desagradable, como si siempre tuviera un palo metido por el culo. Algo que, al parecer, al señor Müller le agradaba, porque los dos jóvenes que le acompañaban parecían tan estirados y arrogantes como él. Ambos eran espigados y delgados, de un rubio muy claro, con la piel pálida y cara de «niños buenos». Eran de la misma altura, llevaban el mismo peinado y vestían el mismo jersey de marca sobre una camisa blanca. El señor Black no bromeaba cuando decía que parecían sacados de un anuncio de la Alemania nazi.

—Te daría la mano, James, pero sé que no te la habrás lavado después de meterla en cada coño y culo que te hayas encontrado de camino aquí —le dijo el suizo, todavía con aquella forzada sonrisa en los labios, mientras se recostaba sobre el sofá para cruzarse de piernas.

Los «mellizos» se sentaron a continuación, uno a cada lado, cerca, pero sin rozar al señor Müller. Se quedaron así, con la espalda recta, las manos en las rodillas y la mirada baja. Daban bastante mal rollo. La diferencia entre nosotros, con el señor Black recostado y las piernas abiertas, mientras yo acariciaba suavemente su muslo; y ellos, era abismal.

—¿Quieres que te diga dónde he metido lo qué y dónde, Liam? —le preguntó el señor Black con tono tranquilo, atrayéndome un poco más hacia él—. Leo lo sabe muy bien...

El señor Müller me miró fijamente, primero a los ojos, después un rápido vistazo de arriba abajo, mostrando una evidente desaprobación al ver mi camisa desabotonada hasta la mitad y mis pantalones apretados, para terminar de nuevo en mis ojos.

—Leonard —me saludó junto con una leve inclinación de cabeza.

—Señor Müller, es un placer volver a verle —respondí educadamente, ignorando el tono frío de su voz—. Tengo entendido que ha ido usted a la opera de Lyon.

—Así es —afirmó—. He ido a ver Fausto. ¿Estás familiarizado con la obra, Leonard?

—Sí.

—Por supuesto —continuó él—. Debes de sentirte muy identificado con Heinrich Faust, incluso tienes a tu Mefistófeles particular —añadió, refiriéndose al señor Black.

Me reí un poco, porque lo cierto era que me había hecho gracia aquella comparación.

—Pero mi Margarete sería el propio Diablo —respondí—. Entonces, ¿mi amor sería la solución o el problema?

El señor Müller soltó un leve murmullo y movió un poco la pierna que tenía cruzada a la altura de la rodilla.

—¿Ya te has corrido, Liam? —nos interrumpió el señor Black—. Has tardado más de lo habitual.

El señor Müller le dedicó una mirada fría y seca, su sonrisa tembló un poco y se notó que le costó mantenerla.

—Leonard y yo estamos manteniendo una conversación de adultos, James —le dijo—. Deja al pobre disfrutar un poco de ella. Debe estar cansado de tener que escuchar tus gilipolleces durante todo el día.

El señor Black no se tomó bien aquello. Tensó la mandíbula y apretó un poco el brazo con el que me rodeaba los hombros, cerrando el puño sobre mi pecho, que hasta entonces había estado acariciando distraídamente.

—Sé muy bien cómo mantener a Leo entretenido y satisfecho —respondió en voz más baja y grave.

—Hay personas que necesitan algo más que una polla metida por el culo para estar satisfechos, James —dijo el señor Müller, consciente de que había alcanzado un tema delicado para el señor Black—. Y, por desgracia, eso es todo lo que tú sabes hacer.

—«Son muchos los que hablan, pero pocos los que saben hacer, y todavía

menos aquellos que saben hacerlo bien» —recité yo en alemán.

El señor Müller me miró y, tras un momento de pausa, entreabrió los labios y volvió a hacerme un repaso de arriba abajo; esta vez sin mueca de disgusto en su rostro, sino con una extraña mezcla de desprecio y deseo. El señor Black relajó su mano y volvió a acariciarme el pecho de una forma un tanto obscena y territorial.

Por suerte, el mismo camarero que nos había llevado hasta allí vino a hacernos el pedido. El señor Müller pidió coñac para él y agua para sus sumisos. El señor Black pidió dos whiskies irlandeses con hielo para nosotros. Cuando el hombre se fue, el señor Müller se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Irás a Kioto esta primavera, James? Los cerezos estarán en flor.

—¿El viejo Zorro Rojo?

El señor Müller asintió antes de chiscar los dedos. Sus dos sumisos se levantaron la vez, como si lo hubieran ensayado cientos de veces.

Fueron a la entrada del reservado, hasta el pasillo, y se quedaron allí vigilando con las manos a la espalda. Ojalá se hubieran dado la mano como las niñas de «El Resplandor».

—No le vi en el Caribe, pensaba que había muerto —continuó James, ahora que ningún oyente indiscreto les iba a interrumpir.

—No me extraña que no le vieras, James —sonrió el suizo con malicia—. No hacías más que esnifar cocaína y esconderte de todos mientras tus sumisos hacían el trabajo sucio.

El señor Black tensó la mandíbula y levantó un poco la cabeza.

—Era una mierda de orgía.

—Lo era... —murmuró el señor Müller—, pero te he visto participar en cosas mucho peores.

—¿Tanta atención me prestas, Liam?

—En absoluto.

James sonrió con condescendencia.

—¿Te gusta mirarme mientras follo?, ¿te la machacas pensando en mí? —preguntó, utilizando su mano libre para casi juntar los dedos índice y pulgar, como si agarrara un lápiz o una pajita, antes de mover la muñeca fingiendo que se masturbaba con una polla tan pequeña que no necesitaba ni siquiera la mano.

El señor Müller puso una sonrisa de asco y se alisó distraídamente el pantalón antes de responder:

—Si eso me excitara, iría al zoo, James. Allí los animales al menos se limpian un poco después.

—No quiero follarte porque estoy seguro de que se pudriría la polla si te la meto —continuó el señor Black, ignorando su comentario—, pero puedo atarte y azotarte si me lo ruegas lo suficiente.

El suizo bufó, como si aquello le hubiera hecho gracia.

—Tú no sabes ni atarte los cordones, James, ni hablemos ya de azotar. No eres más que un niño con la polla grande que juega a ser el amo de las

mazmorras.

—La única razón por la que has aprendido *bondage*, Liam, es para que tus sumisos neonazis no huyan corriendo al verte desnudo —respondió el señor Black antes de que los nombrados sumisos del señor Müller interrumpieran la conversación al llegar con las bebidas.

Pusieron la copa de coñac frente al suizo con una reverencia y después dejaron los vasos de Whisky frente a nosotros sin mirarnos si quiera para volver a su lugar en el pasillo.

El señor Black y el señor Müller no habían dejado de mirarse el uno al otro con expresión seria. Yo estaba allí sentado, escuchándolo todo y acariciando la pierna de James mientras él hacía lo mismo en mi pecho. Ya no estaba seguro de si los dos hombres se odiaban de verdad, o es que eran algún tipo de amigos/enemigos. Los dos estaban bastante jodidos de la cabeza, así que todo era posible.

Me acerqué a por mi vaso, notando cierta resistencia de James a dejarme ir, hasta que se dio cuenta de lo que quería hacer. Me volví a tumbar a su lado y di un trago al whisky; estaba frío, pero llegaba ardiendo al estómago.

—Aprendí *bondage* de Frank Sra...

El señor Black interrumpió al señor Müller con un resoplido, giró el rostro hacia mí y me dijo:

—Liam fue a ver a un puto viejo sueco para que le enseñara a usar una cuerda y va por ahí contándolo cada vez que puede. ¿Te imaginas lo triste que debe ser su vida, Leo?

—Sí, señor Black —fue lo único que se me ocurrió decir antes de darle otro trago al whisky.

James me miró hacerlo y después se acercó para besarme. Me pilló un poco por sorpresa, pero terminé abriendo los labios para que su lengua recorriera mi boca con detenimiento.

—Ahora dame un poco —ordenó, señalando el whisky con la cabeza—. Ya sabes cómo.

«Ahm...» murmuré, alzando un poco las cejas antes de girar el rostro hacia el vaso y dar otro pequeño trago, pero esta vez guardándome el licor en la boca para «dárselo» a James con un morreo. Evidentemente, algunas gotas se acabaron escapando de nuestros labios, creando regueros que se perdieron en nuestras barbas cortas. El señor Black lamió uno de ellos y yo ahugué un gemido grave antes de morderle el labio inferior. Por alguna razón, todo aquello me estaba poniendo bastante cachondo; tanto que casi me había olvidado del señor Müller frente a nosotros.

—Este es un local decente, James —le dijo con tono serio.

Pero el señor Black siguió dándome pequeños besos, tentándome para que volviera a morderle el labio inferior, algo que no dudé en repetir, tirando un poco de él hasta que se fue deslizando de entre mis dientes junto con un gruñido de profundo placer de James. Solo entoncesladeó el rostro hacia el señor Müller y respondió:

—Puedes tocarte si quieres, Liam, pero si te acercas a Leo, te romperé los dientes contra la mesa.

El señor Müller soltó algo muy bajo en alemán que no llegué a oír, se inclinó para recoger su copa de coñac y le dio un trago antes de dejarla en su regazo.

—Tú nunca has sido posesivo con tus sumisos, James, eso lo sabe todo el mundo —le dijo—. Así que este... intento de darme celos por tener a Leonard es increíblemente patético de tu parte.

—Leo no es mi sumiso —le corrigió el señor Black—. Es... ¿cómo lo diría un gilipollas estirado como tú? —fingió pensarlo—. Ah, sí... *mon petit ami*.

—Oh, ¿ahora te has buscado a una chica latina y a Leonard y los has llamado «tus novios»? —le preguntó el señor Müller—. Qué elegante...

—Leo es mi único novio —dijo el señor Black con un tono mucho más frío y seco—. Él me quiere de verdad, ¿a ti alguien te quiere, Liam?

El señor Müller se rio, haciendo vibrar su abdomen y la copa de coñac entre sus manos.

—Por favor, James... —le dijo mientras negaba con la cabeza—. ¿Quién podría quererte a ti? Eres un chiste de persona. Y Leonard —añadió, mirándome, todavía con aquella asquerosa sonrisa en los labios—, creí que eras demasiado inteligente para caer en el síndrome del «sumiso enamorado». Estoy sumamente decepcionado con...

—Cierra la puta boca, Liam —le interrumpí con una voz que podría haber congelado el sol. Pasaba algo curioso cuando la gente solo te oía ser educado y alegre, y era que, cuando te enfadabas de verdad, dabas más miedo que nadie—. Me importa una mierda lo que tú pienses.

El señor Müller se quedó en silencio. Uno que se extendió y lo consumió todo a su paso, de pronto parecía que las voces que llegaban desde el bar eran demasiado altas y que el aire en el reservado era demasiado denso y difícil de respirar.

—No vuelvas a...

—He dicho que cierres la puta boca —repetí.

Ahí fue cuando el señor Müller empezó a enfadarse, perdiendo el carácter frío y calmado que le caracterizaba para dar paso a la ira contenida. Yo bebí otro trago de whisky sin dejar de mirar sus ojos azules y muy abiertos.

—«Solo eres otro pedazo de mierda que se cree alguien porque le come la polla a James» —me dijo en alemán con acento suizo—. «No eres el primero que...»

—Seré el primero en partirte un vaso de whisky en la puta cara si vuelves a decir algo sobre mí y James —le interrumpí por tercera vez.

Al señor Müller se le desencajó la mandíbula de la rabia. Apretaba con fuerza su copa de coñac entre las manos y me miraba como si deseara poder azotarme hasta dejarme inconsciente allí mismo. Hubo otro largo silencio, hasta que el señor Müller dejó su copa sobre la mesa y se fue sin decir nada, chasqueando los dedos para que sus sumisos lo siguieran.

Cuando James y yo estuvimos solos, le di otro trago a la copa y giré el rostro para enfrentarme a la mirada del señor Black. Temía que estuviera enfadado por haber intervenido en la conversación y ya tenía una disculpa preparada; sin embargo, James jadeaba lentamente con los labios entreabiertos, tenía la entrepierna abultada y dura y me miraba con unos ojos brillantes y humedecidos.

—¿Todo bien, James? —fue lo único que se me ocurrió decir tras todo un minuto en silencio.

El señor Black asintió lentamente, pero una lágrima se deslizó por su mejilla hasta perderse en su barba rubia. Le limpié el reguero húmedo con una caricia y él inclinó la cabeza hacia mi mano, cerrando los ojos para disfrutar del roce. Cuando volvió a abrirlos, me dijo en apenas un susurro jadeante:

—Te... —se detuvo. Apretó los ojos y otra lágrima surcó su mejilla—. Muchísimo, Leo... —terminó diciendo.

Los ojos se me humedecieron y parpadeé.

—Y yo a ti —respondí.

Volvimos al hotel en taxi. James me apretaba contra él y me daba pequeños besos allí donde podía: en la mejilla, en el cuello, en la sien o en los labios. Yo le acariciaba de vuelta, en la pierna un poco mojada de las gotas de lluvia o en el pecho desabotonado y fresco. Cuando llegamos al hotel, tuvimos que salir corriendo del taxi, empapándonos bajo la tormenta. Nuestra ropa, por muy sexy y apretada que fuera, no era la mejor para un día como aquel, así que llegamos al ascensor con el pelo goteando y los hombros de las camisas blancas tan mojadas que se podía ver la piel debajo.

—¿Tienes frío? —le pregunté, frotando sus brazos grandes en un triste intento por darle calor.

El señor Black negó con la cabeza y me volvió a atraer hacia él para besarme. Sus labios sabían un poco a lluvia, un poco a whisky y un poco a él; se me escapó un gemido y rodeé su cuello antes de hundir una mano en su pelo mojado. Prácticamente atravesamos el pasillo hasta la habitación de esa forma, sin separarnos, dando bandazos de un lado a otro, chocándonos en la pared para detenernos a devorarnos el uno al otro hasta alcanzar de alguna forma nuestra habitación. Busqué la tarjeta en mi bolsillo y traté de pasarla sin dejar de besar ni tocar a James, lo que resultó en mi mano frotando la tarjeta contra casi toda la puerta hasta que, por casualidad, encontré la cerradura electrónica y casi nos precipitamos dentro.

Había una especie de profunda necesidad en mí por tener a James, una necesidad que me convirtió en un hombre un poco estúpido y con solo una cosa en mente. Empujé un poco al señor Black contra la cama cuando al fin la alcanzamos, produciendo una leve queja de su parte por separarme de él; pero se le pasó rápido cuando me puse de rodillas y le desaté el cinto como si debajo de su bragueta se encontrara la respuesta a todas las preguntas del universo. Un coro de gruñidos de placer y jadeos acompañó el ritmo de mi cabeza y mi boca descendiendo y ascendiendo sin pausa por su polla. Yo estaba decidido a tener todo lo que quería, pero James me interrumpió en algún momento y esta vez fui yo quien se quejó. El señor Black me agarró de la camisa y me llevó a la cama con él, se puso encima y trató de quitarme la ropa lo más rápido que pudo sin dejar de hundir su lengua en mi boca.

Cuando llegó el turno de los pantalones tuvo que levantarse y tirar de ellos con fuerza. Me quedé tumbado y desnudo, mirando como el señor Black intentaba quitarse sus pantalones tan rápidamente que llegó a tropezar un poco y casi perdió el equilibrio. Cuando al fin se desnudó, lo celebró con una sonrisa y un gruñido de felicidad antes de arrojarse sobre mí como un animal salvaje.

No fue el polvo más elegante de nuestras vidas, pero fue bastante intenso. Repleto de una necesidad y un deseo que nos mantuvo alerta hasta el mo-

mento en el que ambos alcanzamos el orgasmo, yo antes que James. Entonces llegó la calma y el silencio solo interrumpido por nuestros jadeos y el repiqueteo de la lluvia contra los ventanales de la habitación. James levantó la cabeza de mi cuello y me dio un beso lento y húmedo en los labios antes de alargar una mano y tratar de cubrirnos de la mejor forma que pudo con el edredón desordenado. Cuando lo consiguió, más o menos, volvió a recostar al cabeza y a apretarme un poco contra él mientras yo miraba el techo blanco y le acariciaba la espalda ancha y fuerte.

Me desperté casi en la misma posición, con el ruido incesante del despertador del móvil. Parpadeé y solté un gruñido de queja. Tuve que apartar un poco a un James adormilado que se negaba a dejarme marchar, levantarme para ir a buscar el móvil en mis pantalones arrugados al otro lado de la habitación y después volver a tumbarme con un jadeo de frustración.

—La próxima vez, elegiremos un destino y nos quedaremos allí todo el viaje —decidí en un murmullo bajo.

En mi imaginación, mientras planeaba aquellas vacaciones, lo de moverse de un lado a otro para visitar el mayor número de lugares posibles, me había parecido una idea maravillosa y nada incómoda. Después te dabas cuenta de que no podías disfrutar de ningún lugar que visitabas y que tenías que ir corriendo de un lugar a otro sin sentido; perdiéndote demasiadas cosas por el camino, como, por ejemplo, las mañanas de retozar tranquilamente en la cama.

El señor Black no respondió a mi sugerencia, solo se volvió a echar sobre mí y me miró con unos ojos entornados y adormilados para ponerme morritos. Le rodeé el rostro con las manos y le di nuestro beso de buenos días, que se convirtió en un polvo de buenos días y en un desayuno un poco tardío con una Lana que llevaba veinte minutos esperándonos allí sentada.

—¿Y esa ropa?, ¿es nueva? —le pregunté con una sonrisa, reconociendo su nuevo jersey de colores bastante ochenteros que se había comprado el día anterior.

—Estás muy guapa, Lana —aportó el Soltero de Oro, que siempre era mucho más amable y hablador a primera hora, cuando acababa de disfrutar de todo el sexo, abrazos y besos que quería.

La joven se sonrojó y murmuró un «gracias» mientras nos sentábamos frente a ella.

—Hoy desayunas en Lyon, comerás en París y cenaras en casa —le recordé, alcanzando una tostada del centro de la mesa—. ¿Lo has pensando?

Lana negó, tapándose los labios al masticar un trozo de cruasán y sin dejar de mirarme para responder:

—No lo había pensado, Leonard. ¡Suenas como una locura! —y sonrió.

Sonreí de vuelta, dedicándole una breve mirada por el borde de los ojos

antes de terminar de echar mantequilla sobre la tostada. Su viaje terminaría aquel día, pero el nuestro se alargaría un poco más. James y yo no tomaríamos el avión de vuelta a América, sino uno con destino a Dublín, Irlanda, para pasar dos días y medio con mi familia.

—He organizado una visita al Louvre —les expliqué.

—Oh, eso suena genial, Leo —me dijo el Soltero de Oro a mi lado, apretando discretamente su pierna contra la mía mientras me dedicaba una mirada fija. No era un gesto cariñoso, sino una pregunta velada que decía: «¿Por qué cojones estás atrasando la vuelta de Lana?»—. Pero, ¿nos dará tiempo? —añadió con un mohín de pena y preocupación.

—Tenemos un par de horas antes de comer —respondí, dándole una explicación racional del por qué iríamos al Louvre—, el primer vuelo de la tarde a América es a las cuatro.

—¿A las cuatro?, ¿no hay un avión cada hora o algo así? —insistió él.

—James, al contrario de lo que creéis los americanos, el resto del mundo no está deseando ir a visitar vuestro país —le dije con una ligera sonrisa.

—Eso es porque en Europa no sabéis lo que es bueno, Leo —me dijo, perdiendo un poco su papel del Soltero de Oro debido al orgullo patriota.

—Ah, ¿sí? —pregunté con una mirada fija antes de masticar otro trozo de tostada—. ¿Crees que yo no sé lo que es bueno, James?

El señor Black se quedó en silencio.

—Tú eres la excepción, Leo —dijo en voz más grave y menos aterciopelada que la del Soltero de Oro.

Alcé ambas cejas y ensanché la sonrisa, girando el rostro hacia una Lana que parecía asustada de vernos «discutir». Aquello no había sido nada, tan solo un momento de tensión juguetón e inocente. Lana probablemente se hubiera cagado encima si nos hubiera visto discutiendo de verdad.

—¿Hay alguna obra que queráis ver en especial? —les pregunté.

—¡La Mona Lisa! —exclamó Lana, alzando las manos en el aire.

Asentí y saqué el móvil para sumar la Gioconda a la larga lista de obras que yo quería ver. Tras el desayuno volvimos a nuestras habitaciones y nos reunimos en recepción para hacer la salida del hotel. Pedí un taxi y, como cuando habíamos llegado a Lyon, yo me encargué de ayudar a la taxista con las maletas bajo la lluvia. Entré un poco empapado, pero al menos me había puesto mi cazadora negra de cuero y no pasé frío; aun así, James buscó discretamente mi mano mojada mientras hablaba con Lana y me la frotó como si quisiera hacerme entrar en calor con aquella caricia a escondidas. Llegamos a la estación de tren de Lyon a las nueve de la mañana, a París a las once y al Louvre a las once y media. Hice un trato especial con el taxista parisino para que se quedara con las maletas y nos hiciera de chofer en nuestra corta estancia a cambio de unos más que suficientes seiscientos euros.

Así que pudimos sumergirnos en el antiguo Palacio real del Louvre sin tener que preocuparnos de nada más que disfrutar de las obras de arte, de las obras de arte y de la multitud de turistas y gente que también visitaba

el museo.

—¿Esto es normal, Leo? —me preguntó el Soltero de Oro con una forzada sonrisa mientras sostenía en alto el paraguas con el que se tapaba a sí mismo y a Lana.

—La verdad es que no —afirmé, mirando la cola que se extendía desde la famosa pirámide acristalada—. Hay muy poca gente hoy —sonreí—, qué suerte hemos tenido.

El señor Black sonreía, pero en sus ojos había un evidente enfado. James no era de los que estuvieran acostumbrados a esperar por algo, o a tener que hacer cola junto a un montón de turistas y visitantes.

Por otro lado, lo que yo le había dicho era cierto; para tratarse de un domingo por la mañana, los cuarenta minutos de cola que tuvimos que esperar en mitad de un día lluvioso a principios de abril, fueron pocos comparado con lo que podríamos haber tenido que esperar en temporada alta.

Además, pude aprovechar para sacarles un par de fotos bastante bonitas que, en menos de media hora, ya estaban colgadas en todas las redes sociales de James.

—Lana, toma mi paraguas —le dije yo, ofreciéndoselo con una sonrisa—. Te estás mojando.

La joven me miró y tardó un poco en reaccionar. Estaba muy pegada a James para cubrirse de la lluvia, y aquella cercanía la debía estar dejando demasiado atontada para darse cuenta de que se estaba mojando el hombro al intentar no rozar al señor Black. Terminó aceptando mi oferta y cogió mi paraguas, así que fui yo el que dio un paso junto a James y me acerqué todo lo que ella no se había atrevido a acercarse.

—Ya falta poco —le prometí a James en un susurro bajo e íntimo, acercando mi rostro a su oído.

Mi oferta a Lana no había sido casual ni inocente. La paciencia de James estaba rozando peligrosamente el límite; miraba la cola de personas y paraguas de todos los colores como si estuviera planificando un atentado terrorista y la proximidad silenciosa y nerviosa de Lana le estaba molestando tanto que su sonrisa de un millón de dólares le temblaba un poco en los labios. Yo no podía hacer que la cola avanzara más rápido, pero sí podía solucionar lo de Lana.

—Espero que sepas que esto me lo vas a compensar, Leonard —me susurró en respuesta, entregándome el paraguas para que fuera yo quien lo sostuviera en alto mientras él descansaba su mano en la parte baja de mi espalda, cerrando el puño contra mi cazadora negra para agarrarme con fuerza—. Te voy a azotar y a follarte hasta que me aburra.

Cogí una bocanada de aire húmedo y fresco y miré la cola frente a nosotros. Por supuesto, nada de aquello era culpa mía, pero al señor Black eso no le importaba: él estaba enfadado y frustrado y yo era la persona que debía «compensárselo».

Probablemente, esa fuera una de las partes menos favoritas de tener un

novio como James, pero ahora no podía quejarme y decir:

«¡Jo!, es que a mi novio, que es un Amo dominante y posesivo, le gusta azotarme y someterme cuando se enfada...»

Sorpresa. Quizá deberías habértelo pensado antes de subir a ese tren con destino a Villa Locura.

—El señor Lee debe tener a alguno de sus chicos trabajando por la noche —le dije al señor Black para distraerle un poco, porque si le dejaba solo con sus pensamientos, todo sería peor—. Es imposible que suban las fotos tan rápido. Allí son como las cuatro o cinco de la madrugada.

—Pues no voy a pagárselo como horas extras —fue la respuesta de James, quien no dejaba de mirarme fijamente y de sonreír como un maniático porque Lana estaba delante—. Es su puto trabajo. Yo también estoy aquí jodiéndome y malgastando mis putas vacaciones con una...

—James —murmuré, llevando mi mano libre a la espalda para acariciar el puño cerrado del señor Black. Un roce discreto y escondido de la mirada de Lana—. Ya falta poco —repetí.

El señor Black se quedó en silencio. Su sonrisa falsa se relajó, al igual que sus dedos alrededor de mi cazadora, que entrelazó con los míos a mi espalda. Me hubiera encantado haberle podido dar un suave beso, pero tuve que conformarme con mirarlos un momento antes de volver a sus ojos del azul del mar. Mantuvimos un largo silencio, pero al menos el señor Black había dejado su enfado atrás y ahora solo miraba al frente con expresión seria, asegurándose de no saltar mi mano en ningún momento. Solo cuando entramos en la pirámide de cristal, dejamos los paraguas y descendimos las escaleras de caracol, me permitió liberar el brazo para dejar su mano en la parte baja de mi espalda. Yo ya había visitado el Lovre, así que recordaba más o menos donde podríamos encontrar las obras que quería ver. Empezamos por la Gioconda, la más visitada y famosa de las obras del museo. Lana puso una expresión un poco sorprendida al ver que se trataba de un cuadro no demasiado grande colgado en la pared y que solo se podía observar a seis metros de distancia.

—El Kandinsky de nuestra casa es mucho mejor —murmuró el señor Black.

Fruncí el ceño y le dediqué una mirada por el borde de los ojos.

—¿Por qué tienes que compararlo, James? —le pregunté—. Son cosas diferentes.

El señor Black respondió a mi mirada con expresión seria.

—El nuestro es mejor, Leo —concluyó, ignorando por completo mi pregunta.

Terminada la visita a la Gioconda, empezamos con mi lista, la cual incluía un poco de todo: la Venus de Milo, la Victoria Alada de Samocracia, Psique reanimada por el beso del amor, El escriba sentado...

—La escultura del primer ayudante —bromeé con James, señalando la figura rojiza de un antiguo egipcio con las piernas cruzadas y un papiro

en el regazo.

—¿También estaría enamorado del Faraón? —me preguntó de vuelta—. Como tú, Leo.

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Sí, James, está anotando un cambio en el horario para poder tener tiempo de chupársela al Faraón en su palanquín real.

El señor Black soltó un leve bufido, el cual anunciaba una de sus pequeñas sonrisas.

—El Faraón tuvo que ser un hombre muy feliz, entonces —murmuró.

Tras aquello pasamos por El Código de Hammurabi y la Tumba de Philippe Pot; terminando nuestra visita por los cuadros de La Libertad guiando al pueblo de Delacroix, La Balsa de Medusa, La Coronación de Napoleón y Las Bodas de Caná. Todavía quedaba mucho que ver, pero no teníamos tiempo para hacerlo.

—¿Ya nos vamos? —se sorprendió Lana.

Ella se había pasado casi toda la mañana despistada en el museo, mirando todo con los labios entreabiertos y expresión fascinada. Lo cual había agradecido, porque nos había permitido a James y a mí compartir momentos íntimos, roces discretos y bromas privadas que habían mejorado mucho el humor del señor Black.

—Por desgracia —respondí yo junto con una mueca un tanto triste—. Ya son las dos y tenemos que comer antes de ir hacia el aeropuerto.

La revelación de que solo le quedaban unas escasas dos horas en Francia, cayó sobre ella como un jarrón de agua helada. Perdió el buen humor y se sumió en una especie de estado apenado y angustiado del que no consiguió salir hasta alcanzar el restaurante que había elegido especialmente para aquel día: Maxim's, uno de los más prestigiosos y famosos de París.

Era antiguo, recargado, íntimo y sumamente elegante.

¿Qué mejor forma de despedirse de la capital francesa que allí?, degustando los platos tradicionales de la gastronomía parisina. La idea original había sido planear una comida romántica allí y no en Toulouse, pero había tenido que descartar la idea cuando descubrí que conseguir una sola mesa ya sería todo un reto.

Todo fue bien hasta que llegó el postre y Lana empezó a llorar en voz baja sobre su charlota de fresas y frutos rojos. Dejé la cucharada de tarta tarín de manzana a mitad de camino de mi boca y la miré con el ceño fruncido, después busqué algún tipo de respuesta en James, quien ignoró por completo todo aquello y siguió comiendo sus crepes tranquilamente.

—¿Estás bien, Lana? —le pregunté.

La joven asintió, llevándose las manos al rostro y tratando de ocultarlo todo tras su melena morena, que, por cierto, se manchó un poco de tarta.

—Lo siento... yo... —dijo en voz sollozante y baja—. Ha sido una semana tan maravillosa...

Dejé la cuchara en el plato y forcé una sonrisa.

—No tienes que ponerte triste, Lana. Lo importante es que te haya gustado.

Ella asintió y uso la servilleta para limpiarse las lágrimas y un poco la nariz.

—Me ha gustado mucho —reconoció, todavía incapaz de levantar la mirada del plato—. Ha sido el viaje de mi vida.

—Y tanto —afirmé—. Te has emborrachado en Collonges-la-Rouge y vomitado en los pueblos más hermosos de Francia, de Carennac a Prudhmomat.

Lana soltó un jadeo avergonzado al recordar aquello, pero entendió el tono de broma que yo había usado y terminó por sonreír.

—Es una historia digna de contar a tus nietos —añadí.

—Leonard... —dijo en voz baja, como si se tratara de un intento de reproche sin éxito. Parpadeó un poco y se llevó una mano al pelo para recogerlo tras la oreja, mucho más tranquila y calmada que antes.

Pasado ese momento tan extraño y un tanto infantil, pudimos terminar el postre y salir en dirección al aeropuerto. Llevamos todas las maletas con nosotros, sumergiéndonos en la vibrante actividad de aquel lugar, repleto de viajeros y turistas un poco perdidos y apresurados.

Acompañamos a Lana hasta el embarque, donde tuvimos que despedirnos al fin tras toda una semana de vacaciones. La joven se volvió a poner muy triste, pero al menos no lloró, no frente a nosotros, quiero decir; porque tras soltar un leve y apresurado «muchísimas gracias por este viaje tan especial», se dio la vuelta y caminó por el túnel mientras sollozaba. Cuando desapareció de nuestra vista, el señor Black tomó una profunda respiración y me rodeó los hombros, perdiendo al instante todo rastro del Soltero de Oro.

—Todavía tenemos una hora hasta que salga nuestro avión desde la Terminal Uno —anuncié mirando el Rolex de mi muñeca—. ¿Quieres tomar un café?

El señor Black me miró y asintió. Atravesamos el gran cañón repleto de asientos, personas y tiendas hasta encontrar una pequeña cafetería de descanso con un par de mesas altas. Pedí un café especial para James y uno con leche para mí, después nos sentamos en unos taburetes altos en la barra y el señor Black se aseguró de acercarse y rozarme todo lo posible. Ahora que no había nadie delante por quien tuviera que contenerse, parecía decidido a mostrarse todo lo cariñoso y territorial que quisiera.

—¿Te ha gustado Francia? —le pregunté con una sonrisa.

—Un día volveremos solos tú y yo solos y me gustará más —respondió con tono serio.

Ladeé el rostro, reflexionando sobre ello.

—Aun con Lana, creo que ha sido un viaje muy bonito —le dije, alargando la mano para coger la suya y apretarla un poco—. Me llevo bastantes recuerdos maravillosos de nosotros.

El señor Black se quedó en silencio un par de segundos antes de respon-

der:

—Yo también.

Sonreí un poco más.

—Y ahora vamos al mejor país del mundo —le recordé.

—Creía que íbamos a Irlanda.

Se me escapó la risa. Me sentía emocionado y un poco nervioso por llevar a James conmigo a Irlanda; era como... algo muy especial para mí.

—Tengo muchas ganas de que veas Dublín y mi pueblo —reconocí.

—¿Es como París? —me preguntó.

Entonces sí que me reí de verdad. Al terminar apreté un poco más su mano y le di un beso suave. El señor Black no se conformó solo con un breve roce de nuestros labios y tiró de mí para darme un buen morreo. Cuando nos separamos, sonreía un poco y me miraba de aquella forma especial e intensa. Le limpié las comisuras húmedas de los labios con el pulgar y le dije:

—Sí, es igualita a París, pero con irlandeses.

—Me gustan los irlandeses —murmuró—. Antes los odiaba, pero ahora me gustan mucho.

Si hubiera una descripción gráfica de lo que era un «gilipollas increíblemente enamorado», debía ser yo en ese momento. Sonriendo como un imbécil, acariciando la mano de James e incapaz de apartar la mirada de sus ojos. Tuve que despertar de golpe cuando oí el anuncio por el megáfono del aeropuerto diciendo que ya habían abierto el acceso a nuestro vuelo. Miré el Rolex y alcé las cejas, ya habían pasado cuarenta minutos, ¿cuándo cojones habían pasado cuarenta minutos? Apuré el café templado en un par de tragos y le hice una señal a James indicándole que ya era momento de irse.

Tras un rápido embarque, alcanzamos nuestros asientos en primera clase. No eran tan lujosos como los del vuelo a París, pero el señor Black no dijo nada al respecto. Después de todo, era solo un viaje de dos horas que pasaron volando mientras jugábamos a nuestro juego favorito: «Asesinato en Hillhouse».

—Por favor, vuelva a su asiento —nos interrumpió una azafata con un fuerte acento francés y una sonrisa apretada en sus labios finos—. Es peligroso estar así.

—Oh, perdón —me disculpé, levantándome de encima del señor Black para volver a mi asiento a su lado. No había pensado que hubiera ningún problema por tumbarme sobre él para jugar más cómodamente mientras me abrazaba.

El señor Black le dedicó una mirada fría y seca a la mujer hasta que se fue y después tiró de mí para que volviera a tumbarme sobre él; cosa que hice hasta que anunciaron la llegada a Dublín y me senté para el aterrizaje. Cuando salimos del avión el cielo estaba nublado, de un tono grisáceo y denso, el aire olía a humedad y mojado, la gente en el aeropuerto hablaba con acento irlandés y parecía siempre muy enfadada o muy divertida.

Me sentí totalmente en casa. Salimos de la terminal y tomamos el primer taxi libre para ir al centro de la ciudad. El hotel que había elegido no era uno de los más lujosos de Dublín, pero era muy céntrico; tan solo nos quedaríamos allí una noche y había demasiadas cosas que quería enseñarle a James. «¡Allí trabajé yo!» «En esa calle viví una temporada». «Aquí hacen los mejores helados de Dublín», no paraba de decirle al señor Black, señalando sitios que acabábamos de pasar de largo. El señor Black me miraba continuamente en silencio y asentía, pero nunca se esforzaba por seguir las direcciones que le señalaba.

Cuando al fin alcanzamos la entrada del hotel aspiré el aire y solté un suspiro. No me había dado cuenta de lo muchísimo que había echado de menos Irlanda hasta estar de vuelta. Las aceras mojadas, los edificios bajos de ladrillo, los pubs, cuando anochecía y se encendían las luces amarillentas y todo parecía relucir. Por un momento se me humedecieron los ojos y tuve que parpadear. James pasó su brazo por mis hombros y me miró con atención. Sonreí y le señalé la entrada al hotel.

—Vamos, hay muchas cosas que quiero enseñarte —le dije, rodeando su cintura y dándole un leve apretón.

Nos paramos un momento en recepción para hacer la entrada y llevamos las maletas a la suite que había pedido, con vistas a la calle empedrada. Creí que el señor Black querría detenerse a echar un polvo, como hacíamos siempre en Francia, pero, para mi sorpresa, solo fue hacia las maletas para buscar su gabardina negra, que se puso por encima del jersey rojo.

—Vamos, Leo —me dijo al verme allí plantado, mirándole mientras él iba de camino a la puerta—. Hay muchas cosas que quieres enseñarme.

Asentí y fui a por mi bufanda, me la puse de camino a la puerta y dejamos la habitación atrás. Caminamos juntos, muy pegados, por un centro de Dublín lleno de gente. Comenzó a llover un poco, pero nadie se preocupó por ello, después de todo, aquello era Irlanda. Paseamos de una calle a otra mientras le contaba viejas historias y recuerdos que me venían a la mente, sobre mí y mi antigua vida allí. Cuando anocheció y llegó la hora de cenar, nos alejamos del centro y le llevé al inigualable The Connors. ¿Era elegante? No. ¿Era lujoso? No. ¿Era famoso? No. ¿Era el mejor puto pub de todo Dublín? Sin lugar a dudas. Nos hicimos un hueco entre la multitud que se apiñaba en la barra, pedí dos pintas, dos hamburguesas y una ración de patatas. Con las cervezas en la mano buscamos una mesa vacía para sentarnos.

—Venía mucho aquí cuando estudiaba —le dije al señor Black, un poco más alto para hacerme oír entre las conversaciones y las risas que inundaban el ambiente cargado y cálido.

El señor Black asintió y bebió un buen trago de su pinta, manchándose el bigote rubio con la espuma blanca. Nos quedamos un momento en silencio y tuve que preguntarle:

—¿Todo bien, James?

Él se limpió la boca con la mano y asintió de nuevo.

—Muy bien, Leo —respondió.

—Has estado muy callado toda la tarde.

El señor Black tardó un par de segundos y se encogió de hombros.

—Te estaba escuchando.

Esta vez fui yo el que asintió, bebió un buen trago de su pinta negra y se limpió por morros. Había estado muy emocionado y no había parado de hablar, llevándole de un lado a otro sin preguntarle qué le apetecía a él. James solo se había dedicado a mirarme fijamente en silencio, a murmurar respuestas cortas y a rodearme los hombros con el brazo.

—¿Preferías haber ido a un restaurante? —insistí antes de hacer un movimiento la cabeza como si quisiera señalar el local—. Quizá esto no es lo que esperabas.

—No es lo que esperaba —dijo, confirmando mis sospechas. Apreté un poco las comisuras de los labios en una leve mueca de decepción y bajé la mirada a la cerveza—. No hay banderas irlandesas, ni leprechauns, ni carteles de cerveza por todas partes —añadió el señor Black entonces—. Esto no es un pub de verdad.

Le miré por el borde superior de los ojos un momento, porque aquella broma me había pillado totalmente desprevenido, hasta que volví a sonreír y negué con la cabeza.

—Eres un gilipollas, James... —murmuré, pero había amor en cada palabra que salía de mis labios. Bebí otro trago de la pinta y le pregunté—: ¿Te ha gustado el paseo?

—Me ha gustado mucho.

—Vale —cogí aire, más relajado al saber que no se había aburrido. De ser así, James me lo hubiera dicho—. ¿Estás preparado para saborear la mejor carne irlandesa?

—Saboreo la mejor carne irlandesa cada noche —respondió con un leve cabeceo.

Se me escapó la risa y me tomé un momento para controlar el calor que me invadía el pecho. Quizá fuera por culpa de la cerveza, quizá fuera por culpa de James.

—¿Te he contado el verano que cuidé de un rebaño de ovejas? —le pregunté.

Él negó antes de beber, yo hice lo mismo y cogí aire antes de comenzar a hablarle de aquel verano en el que yo tenía quince años y quería comprarme un ordenador, así que no se me ocurrió otra cosa que aceptar un empleo como pastor. Lo de repartir periódicos y cortar el césped eran gilipolleces americanas. Tras cinco pintas, un par de buenas hamburguesas con patatas, muchas anécdotas de las que no estaba orgulloso y bastantes risas; al fin volvimos al hotel en mitad de la noche lluviosa de Dublín. Estábamos un poco borrachos, pero no tanto como en Francia, así que el señor Black se tomó la libertad de cumplir la promesa que me hizo en el Lovre y atarme con la cuerda que había traído desde ca-

sa para darme azotes y follarme. Era un domingo especial, después de todo, podía considerarse parte de nuestra rutina.

Al terminar yo estaba bastante baldado y cerré los ojos mientras James me desataba las manos y me daba un beso muy húmedo. Se tumbó a mi lado y me rodeó con los brazos, uno bajo la cabeza y otro alrededor de mi abdomen, para pegar mi espalda a su cuerpo sudado y fresco en comparación al mío. Yo ya estaba casi dormido cuando oí que susurraba:

—Me lo he pasado muy bien, Leo.

—Yo también —respondí vagamente, creyendo que se refería al sexo que acabábamos de compartir.

—Me gusta mucho cuando me llevas a sitios y charlamos de muchas cosas y tomamos algo como hace la gente normal.

Entreabrí los ojos en la penumbra y miré el ventanal empapado de lluvia, reflejando la luz amarillenta y dorada de las farolas de la calle. Volvió a hacerse el silencio, solo interrumpido por nuestras suaves respiraciones y el leve murmullo de las gotas al chocar contra el cristal. Moví las manos para acariciar sus brazos a mi alrededor y respondí:

—Lo sé.

—No soy solo un orangután salido y de polla grande, como todos piensan —continuó susurrando en mi nuca.

—La gente que dice eso, no te conoce, James —murmuré en el mismo tono bajo.

Me apretó un poco más contra él y tardó un poco en susurrar:

—Tú eres el único que se molestó en conocerme antes de decirme que me quería. Tú eres el único al que le importa saber cómo me siento.

Fruncí el ceño y sentí un temblor en el pecho. Me di la vuelta entre sus brazos para poder mirarle a los ojos. James tenía la cabeza apoyada en la almohada y solo la mitad de su rostro se podía diferenciar en la penumbra, iluminado suavemente por la luz amarillenta y lejana que entraba por la ventana. Levanté una mano y le acaricié la barba, más espesa de lo normal tras una semana sin recortarla.

—A los demás eso no les importa, solo quieren que les folle y que sea rico, guapo y fuerte.

Seguí acariciándole suavemente, mirando sus ojos, demasiado cerca para poder mirar ambos a la vez.

—A ti te gusta ser rico, guapo y fuerte —susurré—. Te gusta que todos te deseen.

El señor Black asintió, pero fue tan solo un leve movimiento de su cabeza.

—Eso me hace mejor que los demás.

—Lo que te hace mejor es lo mucho que te esfuerzas por tener lo que tienes, James, no lo que los demás piensen de ti —le aclaré—. Eres muy exigente contigo mismo, trabajas duro, entrenas todos los días y sigues una dieta estricta.

—Siempre dices eso —murmuró—. Es de las cosas que más te gustan de mí: que me esfuerzo mucho.

Sonreí un poco y asentí.

— Así es — reconocí.

— ¿Qué pasaría si dejara de hacer ejercicio y engordara? — preguntó entonces.

— Que habría que comprarte ropa nueva porque la que tienes es muy ajustada.

— Leo... — susurró.

Solté un suspiro y apreté un poco la comisura de los labios.

— James, a estas alturas ya te quiero demasiado para que me importe tanto tu cuerpo. Me gusta que seas grande y fuerte, pero no te dejaría de querer, aunque engordaras.

— Los demás dejarían de quererme.

— La gente que piensa eso no te quiere, James.

— Eso es todo lo que les gusta de mí. Dejarles tocarme y follarles es la única forma de que me quieran.

Me quedé en silencio, miré sus ojos en la penumbra y sentí un leve vacío en el pecho. Levanté mi otra mano para así poder rodear su rostro y le dije con tono serio:

— Tú vales mucho más que eso, James.

Una lágrima que se deslizó por el borde de sus ojos hasta desaparecer entre mis dedos en su mejilla. Me atrajo hacia él para rodearme con fuerza y que no pudiera verle llorar en silencio. Acaricié su pelo y esperé a que su respiración se calmara y se quedara dormido, entonces limpié mis propias lágrimas y le di un suave beso en la mejilla.

Había un profundo y oscuro vacío dentro de James que a veces salía a la luz, algo que se escondía bajo una montaña de orgullo y prepotencia, una inseguridad y miedo que me costaba entender y que, temía, tuviera su raíz en una infancia solitaria y sin amor.

Cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, había más luz, pero seguía lloviendo sobre Dublín y no era tan desagradable y dolorosa como si el sol estuviera brillando en lo alto del cielo. James estaba a mi lado, rodeándome con los brazos y con medio cuerpo echado sobre mí. Cuando giré el rostro me encontré con su mirada intensa y fija en mitad de su rostro serio. Recordé lo que me había dicho la noche pasada y volví a sentir aquella leve sensación de pesar y tristeza en el estómago. Le acaricié la espalda y elevé las comisuras de los labios en una pequeña sonrisa antes de acercarme para darle un beso de buenos días.

— ¿Todo bien? — pregunté.

James se limitó a asentir sin dejar de mirarme. Levanté un momento la mano con la que le acariciaba para ver la hora en el Rolex.

— Tenemos un par de horas antes de ir a casa de mis padres, ¿quieres que te lleve a probar el mejor café de Dublín?

El señor Black frotó su cadera contra mí, para hacer más notable lo dura que tenía la polla. Se me escapó la risa y asentí antes de empujarle para ponerle boca arriba. Me esforcé bastante en hacerle todo lo que le gustaba,

y él se dejó llevar con una suave sonrisa en los labios y una mirada intensa en sus ojos del azul del mar. Cuando terminamos, tomé una gran bocanada de aire, sintiéndome el hombre más afortunado del mundo por tener a alguien como James en mi cama todos los días. Le di nuestro beso de después y nos quedamos abrazados un par de minutos antes de ir a la ducha y vestirnos. El señor Black eligió la ropa con bastante detenimiento, probándonos dos o tres conjuntos.

—Mis padres no prestan atención a estas cosas, James —le dije frente al espejo.

—Tienen que saber que soy importante, Leo —respondió con tono serio y, bajando la voz, añadió —: y que cuido muy bien de ti.

Fruncí el ceño y le miré a través de reflejo. El señor Black respondió a mi mirada, pero no hizo nada por ocultar sus intenciones de ser todo lo extravagante y fastuoso posible delante de mis padres.

—No te pongas el traje —fue lo único que le pedí.

Cuando al fin decidió que yo iría con gafas, camiseta corta, cazadora y gorro de lana; y él con jersey ajustado, bufanda larga y gabardina; al fin pudimos salir del hotel con las maletas y alquilar el coche con el que íbamos hasta mi pueblo.

—¿Cuál es el de más alta gama que tienes? —preguntó el señor Black.

El dependiente sonrió y enseguida le mostró el Mercedes Clase S. James asintió, sin preguntar si quiera el precio y yo me rasqué la frente para ocultar una expresión de incomodidad. Puede que todas esas mierdas funcionaran con la familia Black, pero mi familia no iba a sentirme más impresionada por aquello; probablemente, fuera todo lo contrario.

—Podemos comprarle algo a tus padres —sugirió mientras tomábamos el café, terminando con un largo silencio que nos había acompañado desde que aparcamos el coche en la calle.

James se había empezado a sumergir en un estado pensativo y meditabundo, mirando por la cristalera un poco empañada y mojada de la cafetería. Había intentado distraerle y animarle, pero no había dado resultado.

—¿Dónde hay una buena joyería? —me preguntó.

—No, James —negué, bajando la enorme taza blanca de mis labios hasta la mesa de madera vieja—. No hace falta comprar nada especial. Si quieres llevarles algo, pararemos en el mercado y cogeremos un par de cervezas.

El señor Black me dedicó una mirada seria.

—No voy a presentarme delante de tus padres con unas putas cervezas, Leo.

—James, por favor —respondí, obligándome a ponerme serio con aquello—. Son mis padres, hazme caso.

—Y yo soy tu novio y no voy a presentarme con unas putas cervezas debajo del brazo.

Mantuvimos una mirada fija e intensa, de esas que hacía mucho que no compartíamos; o, mejor dicho, que no habíamos necesitado compartir.

Tras todo un largo minuto, terminé por coger aire y soltarlo lentamente mientras alargaba la mano para rodear la suya.

—Si te hace sentir mejor, podemos comprarles algo —acepté—, pero a mis padres les hará más ilusión que hayamos venido a verles que cualquier cosa que les podamos regalar.

El señor Black asintió, moviendo la mano para entrelazar los dedos con los míos. ¿Me hizo caso? Por supuesto que no. Nuestra siguiente parada fue la joyería más ostentosa de Dublín, donde compró regalos para toda la familia: un colgante a mi madre, un reloj de bolsillo a mi padre, unos pendientes a mi hermana e incluso una pulsera de plata a su novio, O'Donnel. Si soy sincero, me entró un poco de ansiedad al ver aquello.

Cuando al fin terminaron las compras, volvimos al coche y me senté en el asiento del conductor, tamborileando un poco los dedos sobre el volante mientras James se acomodaba en el asiento del copiloto. Arranqué y salí en dirección oeste para salir de la ciudad y adentrarnos en los grandes campos y los estrechos caminos de la Irlanda rural. Seguía llovisnando un poco y el ruido de las gotas al caer y los limpiaparabrisas interrumpían el profundo silencio que compartíamos. James seguía meditabundo y con la mirada perdida en algún lugar tras su ventanilla, yo le echaba rápidos vistazos de vez en cuando y me preguntaba qué era lo que le preocupaba tanto.

—James —le llamé, apartando una mano del volante para dejarla sobre su muslo y darle un leve apretón—, todo irá bien. Ya conoces a mi familia —le recordé.

El señor Black al fin volvió el rostro hacia mí, tras un breve silencio me preguntó:

—¿Y si piensan que no soy suficiente bueno para ti, Leonard?

Solté un resoplido y negué con la cabeza.

—No van a pensar eso —le aseguré, dedicándole una breve mirada y una sonrisa—. Solo sé tú mismo y todo irá bien.

James asintió y colocó la mano sobre la mía. La tenía un poco sudada y me apretó un poco más fuerte de lo habitual. La idea de que al señor Black le asustara ver a mis padres en persona resultaba incluso graciosa, pero no me reí, solo ensanché la sonrisa y volví a negar con la cabeza.

No le solté la mano en todo el camino.

LA FAMILIA O'BRIEN

Mi pueblo era el típico pueblo irlandés del interior. Estaba entre las colinas más verdes del mundo, junto a un bosque y un riachuelo. Las casas eran de piedra musgosa con techumbres oscuras, los caminos estaban asfaltados desde hacía tan solo cincuenta años, los campos estaban separados por bajos muros de piedra y había una iglesia en lo alto junto a un cementerio. Por supuesto, la gente nos miraba atentamente al pasar con el Mercedes, como si tuvieran rayos x en los ojos y pudieran descubrir quién se escondía tras los cristales húmedos de la lluvia. Algunos eran más discretos que otros, no como la señora Walsh, la cual nos cruzamos en la última cuesta a casa. Llevaba su paraguas de lunares rojos, su chubasquero amarillo, sus botas de lluvia y una cesta con verduras en la mano. Se detuvo en seco al ver el coche y nos siguió con la mirada, llegando a girarse en redondo para saber hacia dónde nos dirigíamos.

—Vale, a la cena todo el pueblo va a saber que estamos aquí —anuncié a James, mirando como la señora Welsh se hacía cada vez más pequeña en el reflejo del retrovisor.

Giré hacia la derecha en la intersección, dirigiéndome hacia la calle de que se extendía por lo alto de la colina, donde había una casa con grandes ventanales, un pequeño jardín delantero, un cobertizo con un viejo Honda gris y la fachada cubierta de hiedra. Era exactamente igual a todas las del pueblo, con la excepción de que había una enorme furgoneta azul aparcada a un lado con el logo de un tablón en el que ponía: «Carpintería O'Brien». Detuve el Mercedes frente a la verja de madera oscura y miré al señor Black, que tenía la vista perdida en el ventanal de mi lado. Estaba muy serio y apretaba mi mano sobre su muslo mientras tomaba profundas respiraciones.

—¿Preparado? —pregunté con una ligera sonrisa.

James tardó un par de segundos en responder a mi mirada y unos pocos más en asentir. Le di una caricia en la mejilla, pero cambié de idea y terminé atrayéndole hacia mí para darle un buen beso.

—¿Vamos? —pregunté, dándole la opción de tomarse un poco más de tiempo si lo necesitaba.

James echó otro rápido vistazo al ventanal de mi puerta y después asintió, saliendo del coche hacia la fina lluvia. Le seguí al exterior y esperé a que el señor Black rodeara el coche para caminar juntos hacia la puerta.

Llamé de una forma especial; tres toques seguidos y después un cuarto más lento. Casi se pudieron oír los apurados pasos de mi madre corriendo por el pasillo mientras gritaba «¡Callum! ¡Ya están aquí!». Solté una exhalación y bajé la cabeza antes de que mi madre abriera la puerta de par en par para recibirnos con una enorme sonrisa. Se había preparado a conciencia para nuestra llegada. Tenía su pelo rubio recogido en un moño, se había maquillado un poco los ojos y los labios y llevaba uno de sus

«conjuntos elegantes».

—¡Bienvenidos! —fue su primera reacción al vernos, demasiado emocionada para decir nada más. Nos miró intermitentemente y se detuvo en el señor Black, entonces se llevó una mano al pecho y dijo—: Por Dios, eres incluso más guapo en persona, James...

—Hola, mamá —la saludé, recordándole que yo también estaba allí.

Di un paso hacia ella y me incliné para darle un beso en la mejilla y entrar en casa. Mi madre me rodeó con sus brazos rechonchos y me dio otro fuerte beso en la mejilla.

—Mi principito —me dijo—. ¡Estás muy fuerte! —añadió, llevando una de sus manos a mi brazo para apretarme el bíceps.

—Ya es tarde, mamá —farfullé con una ceja arqueada—. Puedes seguir halagando a James e ignorándome.

Mi madre se rio un poco, haciendo un ademán con la mano para restarle importancia a aquello antes de girarse hacia el señor Black.

—Pasa por favor, James —le dijo, porque él se había quedado al otro lado de la puerta—. Como si estuvieras en tu casa.

El señor Black asintió y al fin se adentró para cerrar la puerta tras él. Mi madre se acercó para darle un beso en la mejilla, algo que a James le pilló muy por sorpresa y a lo que no supo reaccionar a tiempo, dejando un poco colgada a mi madre.

—James no es de los que dan besos en la mejilla, mamá —le dije con una leve sonrisa.

Ella soltó un «oh» de comprensión y miró de nuevo al señor Black.

—Ay, perdona, cielo —se disculpó.

—No se preocupe, señora O'Brien —respondió él, sin cambiar su expresión seria y sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—Oh, no, llámame Maire, por favor —se rio mi madre—. Eres como parte de la familia.

El señor Black volvió a asentir, pero tenía el semblante muy serio y mi madre se quedó un momento en blanco, contrariada por aquella reacción tan fría y distante. Bien, aquello no estaba yendo como me había imaginado. Sabía que habría un choque bastante grande entre mi familia y el señor Black, lo que no me esperaba era que él se quedara allí plantado sin hablar y sin si quiera sonreír un poco, aunque solo fuera de forma educada.

—¿Has hecho café, mamá? —le pregunté yo tras quitarme la cazadora negra y meterla en el ropero de la entrada.

—Sí —respondió ella al instante, girándose para dar un par de pasos por el pasillo en dirección a la cocina—. Os prepararé dos tazas. ¿James, cielo, a ti cómo te gusta el café?

—Lo prefiero solo —respondió él.

Mi madre murmuró una afirmación y nos dejó un momento a solas, desapareciendo tras la puerta de la cocina. Miré al señor Black y me acerqué para coger su gabardina.

—Relájate, James —le pedí en voz baja—. Estás muy serio.

Se quitó la gabardina y la bufanda y me las dio antes de que yo le acariciara la mejilla en un gesto cariñoso que, esperaba, le ayudara a relajarse. Él no apartó la mirada del pasillo, moviendo los ojos lentamente de un lado al otro, mientras me dirigía al ropero. El gusto de mi madre para la decoración era... cuestionable. Le gustaba llenar cada mueble con figuritas, libros, recuerdos y todo tipo de objetos inútiles que solo servían para acumular polvo. Las paredes tampoco eran una excepción, repletas de fotos de la familia y cuadros que mi hermana había pintado; todos horribles, por cierto.

—Ahora entenderás por qué me gusta la decoración minimalista y elegante —bromeé, volviendo hacia él para rodearle la cintura.

Jamesladeó un poco el rostro y me miró por el borde de los ojos. Sonreí un poco y le acaricié la espalda antes de señalarle en dirección a la cocina con la cabeza. El hogar de los O'Brien no era muy grande, no comparado con la mansión de los Black, al menos; pero la cocina ocupaba casi un tercio de la planta de abajo, con muchos muebles, estanterías, sartenes, botes y una enorme mesa central de madera con sillas a juego. Todo estaba hecho en madera, porque todo lo había hecho mi padre.

—¿Qué tal el viaje? —nos preguntó mi madre, que ya estaba removiendo los cajones en busca de las mejores cucharas, platitos para las tazas de café de porcelana y los manteles más nuevos, preparando la mesa como si fuera a llegar la reina de Inglaterra en cualquier momento.

—Bastante bien, nos ha dado tiempo a dar una vuelta por Dublín —respondí yo, llevando a James conmigo hacia la mesa para sentarnos uno al lado del otro, frente a mi madre—. Lo echa un poco de menos, la verdad —reconocí.

—¿Le has llevado al castillo y al puerto?

—No, mamá, solo le llevé a la parte bonita de la ciudad.

Mi madre dejó un viejo azucarero con una hortera decoración de flores en mitad de la mesa y puso un gesto entristecido.

—Perdona, James, solo tengo azúcar moreno —se disculpó.

—No tomo azúcar, Maire —respondió él.

El señor Black se había sentado muy cerca de mí, remangándose el jersey para dejar su carísimo reloj bien a la vista, y había entrelazado los dedos, como había hecho cuando se sentaba a la mesa en la casa de sus padres, con la espalda recta y la mirada al frente. Puse los ojos en blanco y bajé una mano para acariciarle un poco la pierna.

—Oh, qué envidia me das, James —dijo mi madre, yendo a la nevera para coger el tetrabrik de leche y dejarlo frente a nosotros. Esa era la señora O'Brien, poniendo la mejor vajilla y dejando el cortón de leche con un golpe seco en mitad de la mesa. Pura elegancia—. Yo soy incapaz de tomar café sin azúcar. ¿Queréis unas pastas? —añadió de pronto—. Las he comprado esta mañana.

No esperó nuestra respuesta antes de girarse a un lado e ir a buscar el pa-

quete de la pastelería del pueblo, una bandeja exageradamente grande con todo tipo de dulces y galletas. Miré aquello y arqueé las cejas, después miré a mi madre con su enorme sonrisa en los labios pintados. La profunda ironía de aquel momento era que mi madre trataba de impresionar tanto a James como él trataba de hacerlo con ella.

—¿Has atracado la pastelería o qué, mamá? —le pregunté.

Ella me dedicó una mirada rápida y se rio de forma nerviosa.

—No digas tonterías, Leo. Después van a venir Gael y O'Donnell y ya sabes lo mucho que les gustan estas cosas.

Solté un murmullo y asentí, como si le creyera.

—¿Van a venir a comer?

—Sí, cuando tu hermana termine las clases ven... —se detuvo cuando se oyó la puerta del taller y mi padre apareció por la otra entrada de la cocina—. ¡Callum, ya han llegado los chicos! —anunció.

—Papá —sonreí, levantándome de la silla, seguido muy rápidamente por James—. Pensaba que te ibas a esconder hasta que nos fuéramos —bromeé.

Mi padre sonrió un poco, aunque casi no se podían ver sus labios bajo la espesa barba caoba y canosa. Al contrario que mi madre, él llevaba su ropa de siempre, manchada un poco con serrín blanquecino tras haber estado lijando madera.

—Lenni —me saludó, acercándose para darme un abrazo y un par de palmadas en la espalda.

Sus ojos, sin embargo, no se habían movido de James, al que ofreció una mano con expresión seria.

—Señor O'Brien —dijo el señor Black dando un paso hacia él para aceptar el apretón.

—James... —murmuró mi padre.

Hubo un breve y tenso silencio entre ellos. Papá era de mi altura, así que tuvo que levantar un poco la mirada para superar los centímetros que James nos sacaba a ambos; algo que no estaba acostumbrado a hacer con O'Donnell, quien era más bajo y mucho más fácil de intimidar que el señor Black.

—¿El Mercedes de la entrada es tuyo? —le preguntó.

—Lo hemos alquilado —respondió James, aprovechando la oportunidad para comenzar una de sus explicaciones falsamente humildes sobre el mucho dinero que tenía—. En casa tengo otros coches mejores que ese.

—¿Muchos otros? —insistió mi padre con tono serio—. ¿No te vale solo con uno?

—A veces me doy un pequeño capricho cuando las cosas van bien en la empresa —dijo el señor Black—, y últimamente han ido muy bien.

Mi padre no dijo nada, pero sabía perfectamente lo que estaba pensando sobre aquel evidente intento de impresionarlo, así que me acerque al señor Black hasta rodearle la cadera con el brazo para dejar claro que, pasara lo que pasara, me iba a poner de su parte.

—James tiene derecho a gastarse el dinero que consigue como a él le salga de los huevos, papá —le dije con una mirada seria.

Mi padre me miró un momento, miró mi brazo rodeando a James y después al señor Black, terminando al fin con aquel largo apretón de manos.

—¿Necesitáis ayuda con las maletas o ha alquilado también a un mayordomo? —preguntó.

—Podemos subirlas nosotros a la habitación —respondí.

—He preparado la habitación de Gael para James —dijo mi madre, que había sido una testigo silenciosa de todo aquello. Conocía a su marido y temía que el señor Black se terminara convirtiendo en un segundo O'Donnell, demasiado asustado incluso para hablar—. Está un poco desordenada porque la uso como despacho, espero que no te importe, cielo.

—James dormirá conmigo —anuncié con una suave sonrisa.

—¿En la misma cama? —quiso saber mi padre.

—Dormimos siempre en la misma cama, papá —respondí, manteniendo su mirada fija de ojos grises.

Mis padres se quedaron entonces en silencio. Mi madre miró a mi padre y después a mí; ella no tenía ningún problema con aquello, era una mujer muy liberal, pero Callum O'Brien era un hombre más clásico en ese sentido. Todavía no le agradaba la idea de que su hijo homosexual compartieran cama con otro hombre bajo su mismo techo, por eso nunca había traído a nadie a dormir allí conmigo.

—¿No estaréis incómodos, Leo? —preguntó mi madre, terminando con aquel breve momento de tensión—. Sois dos chicos bastante grandes y la cama es muy estrecha.

—Ya lo tenemos hecho, mamá —dije, encogiéndome de hombros para quitarle importancia—. Estaremos bien, no te preocupes.

—Muy bien —murmuró mi padre, dándose la vuelta para volver a su taller.

Mamá asintió y se echó un par de cucharadas en el café mientras James y yo nos sentábamos de nuevo a la mesa. Esta vez fue el señor Black quien puso una mano en mi pierna con discreción y la acarició suavemente.

—¿Alguna vez habías estado en Irlanda, James? —le preguntó mi madre, cogiendo un pequeño pastel de nada que había en la bandeja de dulces.

—No —respondió él—. He viajado mucho, pero nunca había visitado Irlanda.

—Oh, ¿te gusta viajar tanto como a Leo? —sonrió ella.

El señor Black asintió, todavía demasiado serio y erguido en su silla.

—Acabamos de volver de Francia. Llevé a Leo a visitar París, Toulouse y Lyon.

Me centré en llevarme la taza de café a los labios para tratar de cubrir una expresión de evidente incomodidad. No sabía si era a mí al único que le resultaba demasiado evidente lo que James estaba intentando hacer dici-

endo todas aquellas cosas, pero mi familia no era como los Black y me aterrorizaba que acabaran pensando que el señor Black era un gilipollas prepotente y elitista.

—¿En serio? —exclamó mi madre, todavía con un rastro de nata montada en los labios después de morder el pastelito—. Qué romántico, James...

El señor Black sonrió suavemente. Continuó relatándole a mi madre nuestro maravilloso viaje, dando algunos datos más e igual de innecesarios sobre lo rico que era o el ático en el que vivíamos. Por suerte, todo acabó cuando le pregunté a mi madre si necesitaba ayuda para preparar la comida. Ella miró el reloj de pared y soltó un chillido al darse cuenta de que ya era un poco tarde. Se levantó de la silla y empezó a recogerlo todo.

—No, cariño —me detuvo cuando vio que iba a ayudarla a recoger—. Id a por las maletas y acomodaros.

No puse muchas objeciones y le indiqué al señor Black que me siguiera de vuelta a la entrada. Él puso una mano en la parte baja de mi espalda y caminó a mi lado con la cabeza erguida y una ligera sonrisa todavía en los labios. Su actitud había cambiado en el momento en que se dio cuenta de que tenía a mi madre comiendo de su mano y que no tenía que preocuparse lo más mínimo por lo que ella pudiera pensar de él.

Salimos hacia el coche bajo un cielo gris oscuro, pero sin lluvia. Con las maletas en las manos volvimos a casa y ascendimos las escaleras hacia mi cuarto, el último a la derecha del pasillo. Cuando abrí la puerta me quedé unos segundos mirándolo y percibí el ligero aroma a cerrado, no tan intenso debido a que mi madre había abierto un poco la ventana aquella misma mañana. Mi habitación estaba casi igual de como la había dejado, con la diferencia de que ahora me parecía más pequeña que cuando era un niño.

—Yo no tengo trofeos ni enciclopedias —bromeé con James, entrando para dejar las maletas a un lado, cerca del viejo armario de pared.

El señor Black echó un rápido vistazo a la habitación y me imitó, dejando las maletas al lado de las otras antes de dar un par de pasos hacia el escritorio y las estanterías. Había libros, figuras de acción y fotografías. Cogió una de ellas y la miró con atención.

—Son mis amigos del instituto —le expliqué, acercándome para rodearle la cintura. Miré a mi antiguo yo, con el pelo más largo y más revuelto, sentado a la mesa de una cafetería con otros cinco adolescentes.

James se quedó en silencio y después asintió, dejando la foto en la estantería para coger otra en su lugar.

—Ah, esa fue en un viaje a la playa cuando tenía ocho años —continué, señalando a la preciosa mujer rubia y en bikini que me sostenía a mí y a mi hermana en el regazo y sonreía—. Aunque no lo creas, esta es mi madre.

El señor Black se quedó otro breve momento mirando la foto y después la dejó.

—Lo de los dinosaurios era cierto —murmuró, señalando hacia mi pequeña colección de muñecos de plástico sobre la cómoda de madera bajo la ventana.

—Claro —asentí—. Tengo todos los buenos.

—No hay un T-Rex.

—He dicho «los buenos» —recalqué con una sonrisa.

James giró el rostro y me miró con su expresión seria de párpados levemente caídos.

—¿No te gusta el T-Rex? —me preguntó.

Fingí que me lo pensaba, frunciendo el ceño y moviendo la cabeza de lado a lado.

—Antes los odiaba, ahora me gustan mucho —respondí.

Eso produjo un bufido en el señor Black, que terminó convirtiéndose en una pequeña sonrisa.

—Bien, porque ahora vives con uno.

Me reí un poco, pero sentí un temblor en el pecho y terminé mordiéndome el labio inferior antes de acercarme a él para darle un beso. El señor Black no me dejó escapar y me rodeó con los brazos para apretarme contra él y darme un par de besos más. Noté al instante la dura erección de sus pantalones, rivalizando un poco con la mía propia; sin embargo, tuve que detenerle.

—No nos va a dar tiempo —le dije, pero sonó como una disculpa—. Tendremos que esperar a la noche.

James asintió, comprendiendo que aquella situación, al igual que en la mansión de los Black, era especial.

—A tu padre no parece gustarle la idea de que durmamos juntos —murmuró.

—Ah, ya. A él... —traté de buscar las palabras correctas—, a veces le cuesta un poco. Ya sabes. Aun así —añadí con una mirada fija e intensa—, no te preocupes de eso. Somos pareja y tiene que hacerse a la idea.

James asintió lentamente.

—Me tocas delante de ellos, ¿eso está bien? —me preguntó entonces.

Aquello me sorprendió un poco y parpadeé un momento antes de responder:

—Sí, claro.

—¿Te puedo tocar yo también?

—Por supuesto —asentí.

Él volvió a asentir y se acercó para darme otro beso. Entonces se oyó el ruido de un coche en la calle y ladeé el rostro para mirar por la ventana. Un viejo Citroën C5 gris apareció por un lado y pude distinguir la furiosa y errática forma de conducir de mi hermana.

—Mira, ya están aquí Gael y O'Donnell —le dije al señor Black con una sonrisa.

Mi hermana frenó a la altura de la casa y aparcó, o algo parecido, delante del Mercedes. No trató de poner su coche paralelo a la verja de madera, ni

se molestó en alinearlos con la carretera para no molestar al tráfico; simplemente lo metió un poco doblado, tiró del freno de mano y salió del coche con el pitillo en la boca, su parka verde con capucha y el pelo recogido en una coleta. O'Donnell salió por la puerta del copiloto con un pack de cervezas en la mano, un gorro de lana gordo en la cabeza y un abrigo de lluvia. Mi hermana no le esperó demasiado, le dio una calada más al pitillo y lo tiró a un lado, soltando el aire como una chimenea antes de avanzar hacia la puerta de casa.

—Joder, Gael en toda su gloria... —murmuré en voz baja.

Le hice una señal al señor Black para salir de la habitación, escuchando ya el ruido de la puerta de abajo.

—¡Mamá, ya estamos aquí! —gritó mi hermana muy alto, para que mi madre pudiera escucharla desde la cocina.

—¡Hola, cielo! —respondió mamá, porque lo de gritar de esquina a esquina de la casa era muy de los O'Brien—. ¡Leo y James ya llegaron!

—¡He visto el Mercedes! —dijo ella mientras se quitaba la parka.

El señor Black y yo ya habíamos comenzado a bajar por las escaleras. Mi hermana levantó la mirada y sonrió, dándole el abrigo a O'Donnell y que él fuera quien la guardara en el ropero.

—Hola, Gael —le dije yo, dando los últimos pasos para sumergirme entre los brazos extendidos de mi hermana, que me rodeó con fuerza.

—Mmh... —murmuró ella, apretando un poco mi espalda—. Estás muy fuerte, Leo. ¿Ahora te metes esteroides?

—Si te contara lo que me meto, Gael... —respondí.

—Sé muy bien lo que te metes —respondió, terminando con el abrazo para empujarme y poner los ojos en blanco antes de mirar al señor Black—. James —le saludó, extendiendo la mano hacia él—, por fin nos vemos. Tenía muchas ganas de conocerte en persona.

El señor Black se puso a mi lado, me rodeó la cintura con un brazo y respondió al apretón que mi hermana le ofrecía.

—Hola, Gael. Yo también tenía ganas de conoceros a todos.

—Eres más alto de lo que parecías por Skype —reconoció ella—. Mi madre debió ponerse muy pesada cuando te vio, cree que eres un hombre guapísimo.

—Es un hombre guapísimo —la corregí yo.

Mi hermana puso una sonrisa y alzó las cejas mientras me miraba, disfrutando del hecho de que yo hubiera salido enseguida en defensa de James. O'Donnell volvió entonces del ropero, sin cazadora y sin gorro, con una sudadera negra un poco abultada en la barriga, el pelo rizado y pelirrojo revuelto y la barba desaliñada. La diferencia entre él y el señor Black era abismal, pero es que había una gran diferencia entre el gusto de mi hermana para los hombres y el mío.

—O'Brien —me saludó O'Donnell con un cabeceó y una tímida sonrisa, a la que yo respondí con un asentimiento—. James, encantado de conocerte —añadió, extendiendo la mano hacia él para darle un breve apretón.

—O'Donnell —respondió James.

—Llegáis bastante temprano, Gael ¿has encerrado a los niños en la clase, le has prendido fuego al colegio y te has marchado? —le pregunté a mi hermana.

—No, todavía no. Les dije a las demás maestras que hoy venía mi hermano pequeño de visita y que se traía a su novio millonario —dijo comenzando a andar hacia la cocina—. Se ocuparon de entregar a los niños por mí. ¿Hace mucho que habéis llegado?

—Una hora y poco —respondí, siguiéndola junto a un James que no me había soltado todavía la cadera y que, estaba seguro, no se iba a privar de rozarme y tocarme ahora que sabía que podía hacerlo—. Hemos desayunado en Dublín y hemos alquilado el coche para venir.

—Oh, claro, le habrás llevado al... ¿Qué coño estás haciendo, mamá? —le preguntó Gael nada más alcanzar la cocina, parándose en seco y mirando a mi madre preparando la mesa con tanta dedicación como había hecho para servir el café—. ¿Por qué has puesto la vajilla de plata de la abuela para servir unos espaguetis?

—También ha ido a atracar la pastelería —añadí yo—. No debe quedar un bollo de nata de aquí a Tullamore.

—¡Leo, no digas tonterías! —exclamó mi madre, terminando de servir la pasta caliente en una fuente enorme—. Es una comida especial de la familia. Hoy estamos todos juntos y hay que celebrarlo.

—Joder... mamá —farfulló mi hermana, negando con la cabeza y continuando su camino para ayudar a mi madre.

Miré al señor Black, que contemplaba el espectáculo con expresión seria e imperturbable, hasta que sintió mi mirada y ladeó el rostro para responderme.

—Mi madre se está esforzando mucho por impresionarte —susurré.

James no dijo nada, volvió a mirar el espectáculo y me dio un leve apretón en la cadera con la mano. Entonces sonreí y le indiqué que nos sentáramos en la mesa.

—Mamá, dime que no has echado salsa de tomate directamente a la salsera —dijo mi hermana, levantando tanto el tetrabrik de salsa de tomate como la salsera que había juntos a un lado de la encimera de madera.

—¿Por qué no? —preguntó mi madre—. Así queda más bonito.

Mi hermana se quedó allí plantada mirando a mi madre y después volvió a negar.

—O'Donnell, ¿podrías ir a buscar a mi padre al taller, por favor? —pregunté yo, incapaz de aguantar la sonrisa.

El hombre, que se había quedado a un lado sin hacer nada, asintió, dejando el pack de cervezas sobre la mesa para ir hacia la otra puerta de la cocina.

—Mamá, ¿quieres que vierta la cerveza en las copas? Así queda más bonito —añadí a continuación.

—¿Tú también, Leo? —respondió mi madre, empezando a ponerse un poco colorada. Lo que era más notable cuando tenías la piel tan pálida como ella.

—Nunca has puesto la vajilla de la abuela cuando venía Patrick a comer a casa —se quejó Gael en voz más baja cuando el hombre ya no podía escucharles.

—Seguro que la puse en algún momento... —farfulló mi madre, tratando de evitar el tema.

—No —insistió Gael, dejando una mano sobre el respaldo de la silla y la otra a la altura de la cadera.

—¡Es O'Donnell, Gael! —acabó diciendo mi madre en un grito contenido—. ¿Para qué cojones voy a poner la vajilla buena?

Mi risa resonó por toda la cocina, solo faltaron los truenos y los murciélagos para que pareciera el villano de una película mala.

—Patrick es mi prometido, mamá. James es el novio de Leo —apuntó mi hermana, más dolida de lo que parecía con aquello.

Mi madre miró al señor Black, quien estaba disfrutando enormemente del hecho de que ella le mostrara aquel descarado favoritismo sobre O'Donnell, y se puso todavía más colorada.

—¡Parad ya, los dos! —nos dijo, dándose la vuelta para ir a por las servilletas. Como no había servilletas bonitas en la casa, repartió un trozo de papel de cocina al lado de cada plato.

O'Donnell volvió a la cocina junto a mi padre, un poco más manchado de serrín blanco que a la mañana. Saludó a mi hermana con un beso en la mejilla y fue directo al fregadero para limpiarse las manos antes de sentarse presidiendo la mesa.

—¿Por qué has puesto la vajilla de tu madre, Maire? —preguntó tras un breve silencio.

—Porque estamos todos reunidos y es una ocasión especial —sentenció mi madre con una mirada seca.

Papá se limitó a asentir y miró el interior de la salsera antes de alzar ambas cejas.

—Pásame una cerveza, Lenni, por favor —me pidió, sabiendo que iba a necesitarla.

Fui a por el pack y separé una para mi padre, otra para O'Donnell, otra para Gael, otra para mí y le ofrecí una quinta a James, que aceptó con un leve cabeceo.

—Ya estoy terminando los taburetes de tu padre —le dijo papá a O'Donnell, echándole una breve mirada—. Dile que esta semana se los llevaré al pub.

—Sí, señor O'Brien —respondió él, apurando el trago de cerveza para hablar lo antes posible.

—James y yo pasamos por delante esta mañana —le dije—. ¿Lo habéis pintado? La fachada ha quedado muy bonita.

—Sí. Mi padre está haciendo una reforma bastante grande.

—¿Habéis entrado a saludar? —preguntó mi madre, terminando de llenar el plato de mi padre con espaguetis y carne picada para dejar los utensilios sobre la fuente y que los demás nos sirviéramos—. Sabes que a Amy y Darren les hace mucha ilusión verte.

—Fue esta mañana, mamá —respondí—. El pub estaba cerrado. Fuimos al Tom's.

—Ogh, pobre James... —dijo Gael esta vez, llenando su plato de espaguetis mientras le dedicaba al señor Black una mirada apenada—. Leo te habrá llevado por todos los locales de mierda que le gustan.

—Por supuesto —sonreí—. Tenía muchas ganas de que James los conociera.

—El Tom's es un buen café —dijo mi madre.

—¿Te ha llevado al The Connors? —insistió Gael, señalándole con las pinzas metálicas de las que todavía colgaban un par de espaguetis antes de pasárselas a O'Donnell para que se sirviera.

—Sí —afirmó el señor Black—. Me gustó mucho.

Mi hermana soltó un bufido y puso los ojos en blanco.

—Entonces es porque no había nadie cantando —le aseguré—. Leo siempre nos llevaba cuando íbamos a Dublín y siempre había algún gilipollas con una guitarra o un piano portátil tocando.

—Se llama «música en vivo» —le dije.

—No sé tú, James —continuó ella, ignorándome—, pero a mí no me gusta cenar mientras oigo a alguien cantando alguna mierda lacrimógena. Si quiero llorar, convoco reuniones de padres en el colegio.

Se me escapó una pequeña risa y alargué la mano para coger las pinzas que O'Donnell me ofrecía tras haberse servido a sí mismo.

—Le hablé a un cirujano muy importante sobre tu brillante idea de castrar a la población para que no puedan tener hijos, Gael —le conté mientras llenaba el plato de James antes que el mío—, dice que le das miedo.

—¿Por qué? —quiso saber ella, ya con comida en la boca—. Si viera a esos niños, lo entendería.

—No hables con la boca llena, Gael —le pidió mi madre—, es de mala educación.

—Papá habla siempre con la boca llena —respondió ella.

—En esta casa no hacemos eso —insistió mi madre, echando una mirada rápida y nerviosa a James.

—¿Desde cuándo? —pregunté yo, terminando de echar carne picada en ambos platos y dejando la bandeja en su sitio.

—Desde siempre, Leonard —soltó mi madre en un tono cortante.

—¿Os acordáis de cuando la tía Mary eructó tan fuerte que le salió comida? —dije.

Mi hermana y mi padre se rieron al recordarlo, pero mi madre se puso un poco colorada y me miró fijamente. No era la clase de conversación que quería tener delante del señor Black.

—James y Leo acaban de volver de Francia —dijo ella, tratando de cam-

biar de tema lo más rápido posible —. ¿No os parece muy romántico?

—¿No trabajas en tu empresa, James? —dijo mi padre, aprovechando la oportunidad para soltar uno de sus innecesarios comentarios—. O es que delegas todo el trabajo duro a los demás y tú solo te vas de viaje por ahí...

—Trabajo muy duro en mi empresa, señor O'Brien —respondió el señor Black con tono serio—. Leo y yo nos hemos esforzado mucho este último mes en la oficina para poder disfrutar de esta semana de vacaciones.

—¿Trabajas con él, Lenni? —preguntó mi padre, no sin cierta sorpresa.

—Leo es su ayudante personal —le explicó mi madre, lo cual llamó mi atención porque eso era algo que yo no les había contado.

Miré a Gael, pero ella bebía su cerveza distraídamente y me ignoró.

—¿Trabajas *para* él, Lenni? —repitió mi padre con un tono más duro, de una forma que no agradó en absoluto al señor Black.

—Sí, papá —respondí yo tras un par de segundos en silencio—. James es mi jefe, además de mi novio.

Se produjo un silencioso e intenso intercambio de miradas entre nosotros. Sabía que a mi padre no le haría gracia descubrir que yo dependía económicamente de mi amante millonario, como si eso me convirtiera en una especie de «hombre florero», y él no había criado a sus hijos para que tuvieran que depender de nadie.

—Callum, no es para tanto —intervino mi madre—. Yo también trabajo para ti haciendo el papeleo de la carpintería...

—No es lo mismo —la interrumpió él—. Yo no te voy a dejar tirada en la calle y sin empleo cuando me aburra de ti.

Apreté los dientes y respiré con más fuerza.

—¡Papá! —gritó Gael, tan enfadada con aquello como yo—. ¡Qué cojones estás diciendo!

—Eso... no va... a pasar... —dijo el señor Black, con los puños apretados, la mandíbula tensa y una ira apenas contenida—, señor O'Brien.

Mi padre no apartó sus ojos grises de mí, y debió ver algo en mi rostro, porque no tardó en darse cuenta de lo mucho que la había cagado diciendo aquello.

—Lo siento, Lenni —se disculpó, pero conmigo, no con James—. Solo me preocupo por ti.

Asentí un par de veces, pero mi expresión seria no cambió.

—Ya soy un adulto —le recordé—. Puedo tomar mis propias decisiones.

Mi padre no tuvo otra opción que darme la razón y continuar comiendo como si nada hubiera pasado entre nosotros. Durante un breve periodo de tiempo solo se escuchó el resonar de los cubiertos contra los platos, hasta que mi madre preguntó:

—¿Y qué queréis hacer esta tarde?

—Nosotros tenemos cosas que hacer en casa, pero volveremos a la cena —respondió Gael.

—¿Y vosotros, chicos?

—Iba a llevar a James a ver el castillo del Clan McConnel —le dije.

—¡Oh, sí! —exclamó mi madre—. Es un trayecto precioso, ¿lo haréis andando? —miró a través del ventanal sobre el fregadero, al cielo gris y oscuro—. Quizá llueva un poco.

—Sí, iremos andando desde Milwen Hill.

—Podéis pararos en Kennery y visitar a la tía —sugirió Gael.

Miré a mi hermana y ella me miró en respuesta con una suave sonrisa.

—James no está preparado para eso —murmuré.

—Nadie está nunca preparado para vuestra tía —puntualizó mi madre con un gesto de labios apretados.

—Podéis pedirle que os haga una de sus tartas de ciruelas —añadió Gael.

Me reí y me giré hacia el señor Black para explicarle:

—Una vez llevó una de esas tartas a la iglesia y el párroco se murió a los dos días.

James me miró, pero había algo extraño en su expresión, una intensa seriedad cercana al enfado y la frustración de la que no me había dado cuenta hasta aquel momento. Perdí la sonrisa y me quedé un momento observándole, sin entender qué había pasado.

—Ya era un hombre muy mayor —añadió mi madre—. Los forenses dijeron que fue un ataque al corazón, no que... le hubieran envenenado.

—¿No escribiste una novela sobre eso, mamá? —preguntó Gael.

—La Tarta de Dios —recordé, retomando la conversación y poniendo la mano en el muslo de James.

—Ese era un título provisional —negó ella.

Mi hermana se rio, pero a mí me costó un poco continuar con el buen humor sabiendo que al señor Black le pasaba algo. Aún así, tuve que esperar hasta terminar la sobremesa, que se alargó un poco gracias a la enorme bandeja de pastitas, bollos y tarta que mi madre había comprado. Entre O'Donnell, mi hermana y ella, casi se comieron más de la mitad.

—Ahora sí que nos vamos —dijo Gael, mirando el reloj de pared de la cocina y apurando el café con leche.

—Nosotros también —murmuré, aprovechando la oportunidad. Me levanté de la silla y James me siguió al momento—. ¿Necesitas ayuda para recoger todo, mamá?

—No, no os preocupéis —se negó ella con un movimiento de la mano—. Marcharos antes de que llueva.

Acompañamos a mi hermana y O'Donnell a la puerta y nos pusimos nuestros abrigos antes de salir por la puerta. Ellos se dirigieron a su viejo Citroën y nos despedimos rápidamente con un par de bromas antes de entrar en el Mercedes. Me puse el cinto y me quedé mirando cómo mi hermana trataba de sacar el coche cruzado de una forma nada elegante.

—¿Qué pasó, James? —le pregunté entonces, dando rienda suelta a mi preocupación acumulada.

—Odio a tu padre, Leo —respondió sin apartar la vista del frente.

Asentí.

—No pasa nada, yo también odio al tuyo —murmuré.

UN VIAJE AL PASADO

Colinas verdes y castillos, así describían muchos la parte rural de Irlanda; pero no era cierto, también había un montón de lagos, ríos, ovejas y árboles. El cielo estaba gris cenizo y a veces arrojaba una lluvia fina y blanca que se revolvía un poco en el viento y llenaba los cristales de puntitos claros que el limpia parabrisas arrastraba de un lado a otro, y aquel era el único sonido que interrumpía el profundo silencio del coche. James estaba enfadado y frustrado y casi se podía sentir una nube oscura y fría flotando a su alrededor. Miraba fijamente la carretera y tensaba la mandíbula más fuerte en ocasiones, como si de pronto recordara algo y se disgustara un poco más.

Nos detuvimos para dejar pasar un viejo volvo azul antes de cruzar el puente. Las carreteras eran muchas veces demasiado estrechas para que dos coches pasaran a la vez, así que uno tenía que detenerse a un lado y permitir al otro pasar. Aproveché aquel momento para mirar fijamente al señor Black. Había decidido dejarle un poco de tiempo para que se tranquilizara, pero no parecía estar funcionando como yo me esperaba.

—James —murmuré, poniendo una mano en su pierna para acariciarle—. No le des más vueltas. No merece la pena.

El señor Black tardó un par de segundos en girar el rostro hacia mí.

—No tiene sentido que a tu padre no le guste que tenga dinero, Leo.

Apreté los labios y seguí acariciándole. El señor Black no entendía a mi padre, quizá porque era muy diferente a la clase de personas con las que James se había relacionado a lo largo de su vida.

—Mi padre fue comunista en su juventud —le expliqué—, tiene este concepto de que las personas con dinero son todas crueles y descorazonadas, que no entienden lo que es el trabajo duro ni comprenden a los demás ni sus problemas.

James abrió un poco más los ojos y puso una leve expresión de desprecio.

—Comunista... —dijo en voz lenta y baja, como si se tratara de alguna palabra tabú—. Tú padre es comunista, Leonard...

—Lo fue —le corregí antes de que lo llevara al extremo. Había tratado de mantener aquello en secreto el mayor tiempo posible porque, bueno, podía imaginarme lo que pensaría James sobre eso—. Ahora no es tan radical, pero sigue siendo bastante socialista e... intransigente algunas veces.

—Ahora entiendo muchas cosas —continuó murmurando con aquel tono duro.

—No es para tanto, James —respondí, tratando de quitarle peso al asunto con un apretón de la mano en su pierna y un leve encogimiento de hombros—. Sabes que yo también soy bastante socialista —sonreí.

Sin embargo, la expresión de desprecio y enfado del señor Black se intensificó.

—¿Ahora tú también odias que sea millonario, Leonard?, ¿eso te molesta?

—No, no es eso. Yo...

—No te quejas cuando te compro todo lo que quieres y te llevo de viaje por Francia —me interrumpió.

Le miré en silencio, a sus ojos del azul del mar inundados con una extraña mezcla de dolor y enfado. Aparté la mano de su pierna y la puse en el volante antes de mirar al frente y arrancar el coche para seguir conduciendo. Cuando el señor Black se ponía de aquella manera, era mejor dejarlo pasar, porque si entraba en su juego, acabaríamos discutiendo a gritos.

—Mírame, Leonard —ordenó él.

—Estoy conduciendo —respondí en voz baja.

—He dicho que me mires...

Cerré un momento los ojos y tomé una bocanada de aire.

—Falta poco para llegar a...

—¡Qué me mires! —rugió, golpeando el salpicadero con violencia.

Pisé con fuerza el freno y ambos nos caímos un poco hacia delante antes de retroceder con un golpe seco sobre el asiento. Apreté el volante hasta que los nudillos se me pusieron pálidos y giré el rostro hacia James, clavando mi mirada en él. El señor Black estaba muy enfadado, respirando agitadamente y con los dientes y los puños apretados. Compartimos uno de nuestros largos silencios de miradas intensas e ininterrumpidas, hasta que el señor Black me dijo:

—Si tanto desprecias mi dinero, Leonard, te cobraré todo lo que me he gastado en ti, aunque dudo que puedas pagarlo; porque ha sido mucho... muchísimo.

No sabía si aquello era una amenaza, una forma retorcida de recordarme lo mucho que me había dado o lo mucho que le debía; pero, fuera lo que fuera, no funcionó conmigo.

—No desprecio tu dinero, ni tampoco lo necesito —murmuré—. Si quieres que te lo devuelva, lo haré.

—¿Cómo? —preguntó con un tono de desprecio que me dolió bastante—. ¿Con tu sueldo de ayudante o con la mierda que gana tu padre como carpintero?

Noté un profundo vacío en el pecho y apreté los labios, tratando de mantener el control de mis propias emociones. Giré la cabeza y bajé las manos del volante para quitarme la correa del Rolex *submarinier* antes de ofrecérselo al señor Black.

—Puedo empezar con esto —le dije.

James miró el reloj con una expresión sorprendida que consiguió atravesar su seriedad y su enfado y mostrarse con claridad en su rostro. Después alzó la mirada y sus ojos se humedecieron lentamente mientras se libraba una especie de batalla en su interior: la ira, la frustración, el dolor y la tristeza se arremolinaban en el profundo azul de sus iris. Sus labios se movieron, pero no consiguió decir nada. Su pecho se hinchaba y descendía con rapidez bajo su jersey ajustado de marca.

Hacía mucho que no le veía así, tan confuso y perdido. Me esperaba que se hubiera enfadado más y me hubiera quitado el reloj de las manos, pero no que estuviera a punto de sufrir un colapso emocional. Solté aire y negué con la cabeza. ¿Qué cojones estábamos haciendo?

—James, no que... —comencé a decir, apartando el reloj para volver a ponérmelo en la muñeca, pero el señor Black levantó una mano y me apretó la muñeca con tanta fuerza que me hizo daño.

—Eso fue un regalo de San Valentín —dijo con su voz fría y profunda. Miré el Rolex y pensé que, quizá, darme aquel regalo había sido mucho más importante para él de lo que me había imaginado en un principio.

—¿No lo quieres? —preguntó él, apretándome más la muñeca.

—Claro que lo quiero —tuve que responder—. Sé que me lo diste con mucho cariño.

El señor Black asintió sin apartar su mirada de ojos enrojecidos.

—Entonces, no te lo vuelvas a quitar... —dijo en voz baja, un murmullo gutural y peligroso que sonó como una advertencia.

Tras un par de segundos más en silencio, el señor Black al fin me soltó la muñeca y pude volver a atarme el reloj. Me pasé una mano por el pelo y miré al frente, a la carretera, el campo verde y las colinas bajo el cielo gris a lo lejos. Pensé en decir algo, pero no encontraba las palabras para expresar lo que sentía, así que arranqué el coche y seguimos el camino en silencio.

Cuando alcanzamos el pequeño pueblo de Dowght, aparqué el coche a un lado del camino y esperé un momento por si ya me salían las palabras correctas. ¿Cómo podías decirle a alguien que te había hecho daño, pero que a la vez sentías mucho habérselo hecho tú?

Negué con la cabeza y salí del coche hacia el frescor de la tarde. El aire olía a la humedad de la lluvia y al verdor del bosque, tan diferente al calor acumulado del vehículo. Me abroché la cremallera de la cazadora y metí las manos en los bolsillos. El señor Black salió entonces de dentro, con la mirada al frente y su expresión seria y enfadada. Comencé a caminar por un lado de la carretera, tomando el desvío que se hundía en el bosque y seguía el río hacia nuestro destino. James me siguió a un lado, pero mantuvo un metro y medio de distancia entre nosotros. La ira, como siempre pasaba, había superado a todas sus demás emociones y ahora se esforzaba en fingir que me ignoraba, aunque me lanzara discretas y rápidas miradas por el borde de los ojos de vez en cuando.

—Este camino es muy antiguo, anterior a la Edad Media —le dije en voz baja tras un silencio que había durado demasiado—. Se piensa que conectaba el oeste con el este de la isla como ruta comercial, siguiendo los ríos y los lagos. El Clan de los McConnel establecieron su castillo en medio para aprovecharse de los viajeros y comerciantes y cobrarles derechos de paso por sus tierras.

El señor Black no dijo nada, simplemente me dedicó una mirada seria mientras yo hablaba.

—Los McConnel desaparecieron hace mucho, pero su castillo sigue en pie —continué yo—. Al menos, una parte. Es muy bonito, pero no lo conoce mucha gente y nunca hay demasiados turistas. Es una joya secreta de Irlanda.

Tras mis palabras se produjo otro silencio. Desistí de intentar recuperar la normalidad y me centré en disfrutar del paseo y las vistas, aunque fuera en una situación como aquella. Era un paseo precioso por el bosque repleto de maleza verde y acompañado del murmullo incesante del río. Entonces, tras un par de minutos, noté un movimiento por el borde del ojo y al girar el rostro me encontré con un señor Black mucho más cerca que antes, pero no tanto como para llegar a tocarnos. No lo dudé, saqué una mano del bolsillo de la cazadora y la llevé junto a la suya para rozarle un poco, como no la apartó, entrelacé mis dedos entre los suyos. James seguía con la vista al frente y expresión seria mientras continuábamos andando, hasta que giró el rostro y me miró.

Casi pude verlo antes de que pasara: sus preciosos labios rosados sobresalieron más de lo habitual en un gesto de morritos lento y silencioso.

Me acerqué y le besé, como hacía siempre, y como siempre haría.

James perdió parte del enfado, pero no del todo. Me dio un leve apretón en la mano que teníamos unidas y me dijo:

—Si vuelves a intentar devolverme el Rolex, me enfadaré muchísimo, Leo.

—No fue algo intencionado —murmuré—, era simplemente lo más caro que tenía a mano.

—No me importa —negó—. Es importante para mí que lo tengas.

Asentí y le devolví el leve apretón de nuestras manos entrelazadas.

—Me enfadó un poco lo que dijiste, James —le confesé, ya que habíamos vuelto al tema—. No me gusta que uses tu dinero en mi contra, ni que creas que pagarme las cosas te da algún tipo de poder sobre mí.

—Pagarte las cosas me da poder sobre ti, Leo —respondió sin pudor alguno—. Sé lo que gastas, dónde lo gastas y cuándo lo gastas. Me gusta saberlo.

Fruncí el ceño y me quedé mirando aquellos ojos del azul del mar en mitad de un rostro masculino y perfecto.

—Eso no es sano, James... —le dije en voz baja—. Parece que no confías en mí.

—Tú eres el único en quien confío, Leonard —declaró mientras tiraba de mi mano para que me acercara un poco más a él—. Pero sabes que me gusta tener el control.

Eso... no... no estaba bien. Era justo lo que mi padre había sugerido en la comida: que yo dependía enteramente de James. Vivía en su casa, le acompañaba a todas partes, trabajaba en su empresa, vestía su ropa, dormía en su cama, y todo lo pagaba él. Si el señor Black me dejaba, no me quedaría nada. ¿Cuándo había sucedido eso? Yo había ido cediendo pedazos de mi independencia a petición de James, uno tras otro, porque

eso le hacía feliz, pero, ¿me hacía feliz a mí?

El señor Black debió percibir aquellos pensamientos en mi rostro, porque su expresión sería se tornó un poco preocupada. Su entrecejo se estrechó ligeramente y sus ojos se abrieron más de lo habitual en él.

—Puedes usar todo el dinero que quieras, Leo —me dijo, como si creyera que era eso lo que yo temía—. No me importa lo que gastes, eso nunca ha sido un problema. Ambos trabajamos muy duro para conseguirlo.

«Ambos trabajamos muy duro», dijo, pero él era el que me pagaba las cosas a mí. Todo era «nuestro», pero él era el único millonario de los dos. Cogí una buena bocanada de aire hasta hincharme los pulmones y después miré al frente. Quizá había pasado por alto muchas cosas, quizá no debería haberlo hecho.

—¿Todo bien, Leonard? —me preguntó el señor Black.

Estaba empezando a rozar un leve nerviosismo. No era algo evidente en él, sino algo sutil: una caricia con su dedo gordo en mi mano, una mirada más intensa y profunda, un tono de voz más acelerado y grave. Giré el rostro hacia él,forcé una sonrisa y le guiñé un ojo. Era más fácil que responder: «No, James. Nada bien», o que seguir dándole vueltas a pensamientos que me producían cierta ansiedad y una profunda preocupación.

James volvió a poner morritos y yo volví a besarle. Me rodeó con los brazos y alargó aquello, hundiendo su lengua gruesa en mi boca y apretándome contra él. Cuando terminó, estaba un poco más empalmado y un poco más sonriente.

—Te doy todo lo que quieres —me recordó—. Soy un buen novio.

—Lo eres —respondí, acariciándole la mejilla con cariño.

En su mundo retorcido, posesivo y complicado, él era un gran novio.

—¿Y no hay ningún castillo del Clan O'Brien? —me preguntó entonces—. O tu padre lo cedió al Estado para que hicieran un albergue de indigentes. Me quedé un momento en silencio, hasta que se me escapó un bufido y sonreí de verdad.

—Ojalá hubiera pasado eso —respondí, volviendo a darle la mano para continuar el camino—, pero no. No hay ningún castillo del Clan O'Brien, aunque sí había una rama de los McConnel que se apellidaba O'Brien. ¿Te imaginas que fuera mi familia?

—Me imagino un antepasado tuyo muy parecido a ti y con falda de cuadros —asintió el señor Black.

—Se llama *kilt* —le expliqué—. La gente cree que solo se usa en Escocia, pero también forma parte de la tradición irlandesa.

El señor Black no dijo nada durante un par de segundos, hasta que preguntó con mucho interés:

—¿Tú tienes una, Leo?

—Sí —afirmé—, debe estar en casa, en algún lugar.

James asintió un par de veces sin dejar de mirarme.

—Esta noche te la pondrás.

Me reí, pero sabía que aquello no había sido una broma. La vuelta a la normalidad me hizo sentir mejor, compartir aquel paseo con James me hizo sentir mejor; me recordó a cuando salíamos a pasear por el lago en invierno. Parecía tan lejano ya, aunque solo habían pasado cuatro meses desde que habíamos vuelto de la mansión de los Black.

Alcanzamos el castillo de los McConnel una hora después y todavía seguíamos hablando. Detuve al señor Black para sacarle una foto con el paisaje de fondo, porque me parecía bonito y hacía mucho que no le enviaba fotos al Departamento de Publicidad. Nos sacamos otra juntos y comenzamos el camino de subida por la colina hasta las ruinas del viejo castillo. No eran espectaculares, pero tenían un encanto especial. Un pequeño torreón casi seguía en pie, junto con algunas murallas de piedra gris repletas de musgo y un poco vegetación.

—Nos podemos subir al muro y sacar una foto desde allí —pensé en voz alta, soltando la mano de James para volver a coger el móvil del bolsillo—. Gael y yo lo hacíamos mucho cuando éramos niños.

El señor Black miró el muro derruido y me siguió sin decir nada al montón de piedras de un lado. Escalé sin mucha dificultad y le ofrecí una mano por si necesitaba ayuda. James me dedicó una mirada orgullosa y un leve arqueó de su ceja antes de coger impulso y subir por sí mismo, esforzándose mucho por hacerlo parecer muy simple.

—Ten cuidado —le pedí, porque su gran orgullo no serviría para amortiguar la caída—, la piedra resbala un poco.

Lentamente, alcanzamos una parte más gruesa cercana al torreón y decidí que era un punto perfecto para sacar una foto. Primero se la hice al señor Black, que se quitó la gabardina y se cruzó de brazos con su sonrisa de un millón de dólares. Puse los ojos en blanco por la forma tan obvia en la que quería hacer resaltar sus grandes brazos, después me acerqué y nos saqué una *selfie* porque yo también quería una foto de aquello. El señor Black me rodeó por la espalda y juntó su mejilla contra la mía. Miré el resultado con una tonta sonrisa en los labios. La imagen había quedado preciosa, con las ruinas y el paisaje a nuestras espaldas bajo el cielo gris ceniciento de Irlanda.

—Creo que voy a imprimirla y ponerla en un marco en casa —murmuré de forma pensativa mientras esperaba a que James bajara del muro—. ¿Qué te parece?

—Sé dónde ponerla —respondió tras conseguir llegar a tierra. Se frotó las manos y se acercó para rodearme los hombros y continuar con la visita a las ruinas.

Dejé el móvil a un lado y disfruté de aquel pequeño tour, sin embargo, había visto algunas notificaciones importantes y tuve que tomarme un momento a la vuelta por el camino para responder a algunos mensajes, correos, preguntas de ciertos departamentos y resolver lo más rápido posibles problemas con las citas que se nos habían acumulado durante la semana. No había tocado el móvil desde que habíamos salido de Lyon y

no iba a volver a hacerlo hasta que volviéramos a América, después de todo, aquellas eran nuestras vacaciones.

—Lana ha mandado un mensaje agradeciéndote el viaje a Francia y diciendo que Lakov fue a buscarla y que la llevó hasta casa —le comenté al señor Black, que se limitó a asentir sin demasiado interés.

Escribí una rápida respuesta y después miré por encima un mensaje de Edward en el que me preguntaba qué tal era Francia y si había disfrutado de la deliciosa comida parisina, pero estaba en un extraño francés un poco enlosado, como si hubiera escrito aquello y después lo hubiera pasado por un traductor de internet. Tendría que responderle en cuanto volviéramos a casa.

Al fin solté un suspiro y dejé el móvil para rodear la cintura de James y continuar el agradable paseo de vuelta bajo la fina lluvia. Cuando llegamos al coche, el cielo estaba más oscuro y, nosotros, más mojados. Tuvimos que apurar los últimos cincuenta metros porque la llovizna se había convertido en un chaparrón de primavera. Entramos en el coche rápidamente y cerré la puerta con una sonrisa.

—Esta es la auténtica experiencia irlandesa —bromeé.

James se pasó la mano por el pelo mojado y se estremeció un poco, así que puse la calefacción y esperé a que el interior se calentara mientras la lluvia no dejaba de azotar los cristales y el techo del vehículo, como si los hubiéramos puesto debajo de la ducha. Tras un minuto de agradable silencio, noté la mirada del señor Black y volví el rostro para dedicarle una suave sonrisa.

Tenía el rostro húmedo y una pequeña gota de agua se estaba acumulando lentamente en la punta de su nariz. Se la quité con el dedo índice, pero terminé pellizcándole con cariño y tirando un poco de su nariz recta y perfecta.

James se sorprendió al principio, movió la cabeza para separarse de mi mano y después me miró un momento antes de que sus labios se alargaran en una sonrisa.

Describir lo increíblemente guapo que estaba James cuando sonreía, sería algo complicado. Y no me refería a la sonrisa practicada y plastificada del Soltero de Oro, sino a su verdadera sonrisa; menos exagerada, con menos dientes, menos tensa y simétrica. Cuando James sonreía de verdad, elevaba más una comisura que la otra y sus ojos se entornaban un poco mientras te miraban de una forma especial. Había una extraña inocencia en él, algo infantil e imperfecto, algo perdido hacía mucho que solo volvía con aquella sonrisa.

—Cuando sonríes de verdad, estás muy guapo —le dije en apenas un murmullo.

El señor Black se quedó un momento en silencio y fue perdiendo su preciosa sonrisa, hasta que consiguió reaccionar y puso la de un millón de dólares en su lugar. Nugué con la cabeza.

—Esa no —respondí, girando el rostro al frente para arrancar el coche.

La calefacción había caldeado el ambiente y la lluvia, aunque todavía feroz y violenta, había amainado lo suficiente para poder conducir.

—Solo tengo una sonrisa, Leo —dijo él.

Eso me hizo gracia y arqueé las cejas mientras giraba el volante y hacía un par de maniobras suaves y lentas para volver a la carretera. No podía confiar en el retrovisor, así que tenía que tener fe en que no pasara ningún coche, o que el otro conductor nos viera antes de estrellarse contra nosotros. Cuando conseguimos volver al carril sin ningún accidente, respondí:

—Tienes muchas sonrisas. La del millón de dólares, la que usas cuando estás cachondo, la que pones cuando estás orgulloso, la que pones cuando eres cruel siendo gracioso, la que pones cuando eres cruel de verdad, la que pones cuando estás contento y tranquilo, la que pones cuando algo te hace feliz... —empecé a enumerar hasta que terminé encogiéndome de hombros—. Todas son un poco diferentes.

—Yo no sonrío tanto.

Moví la cabeza de lado a lado, no demasiado de acuerdo con eso.

—Puede que no te des cuenta —tuve que reconocer—, pero lo haces más de lo que crees.

El señor Black se quedó en silencio y después miró al frente. Se quedó así gran parte del camino, así que terminé preguntándole:

—¿Te ha molestado que te dijera eso? Lo de las sonrisas.

—No, no me ha molestado —respondió con tono serio—, pero no sabía que sonreía de tantas formas —confesó.

—¿Eso te preocupa? —aparté la mirada de la carretera para volver el rostro hacia él, porque el tiempo había escampado un poco tras la tormenta y ahora ya no tenía que dedicarle tanta atención a la carretera.

El señor Black volvió la cabeza para poder mirarme por el borde de los ojos.

—¿Hay alguna que sea ridícula? —preguntó con tono muy serio.

Fruñí el ceño y miré de nuevo la carretera.

—No, James. Todas son bastante bonitas —le dije.

El señor Black asintió complacido.

—Si alguna vez pongo una sonrisa ridícula, dímelo —ordenó—. No quiero que se rían de nosotros.

—James... —murmuré, pero fui incapaz de terminar la frase. Apreté un poco el volante y seguí conduciendo.

Cuando llegamos a casa ya casi había anochecido y el cielo se había vuelto de un color más y más ceniciento hasta convertirse en negro carbón. Mi hermana y O'Donnell ya habían llegado y le hice una señal a James para que nos apresuráramos en llegar a casa y ducharnos antes de la cena.

—¡Ya estamos aquí! —grité al pasar por la puerta.

—¡La cena ya está casi lista! —gritó mi madre desde la cocina.

—¡Mamá ha orneado dos pollos porque al parecer uno no era suficiente!

—añadió Gael.

Puse los ojos en blanco y me dirigí hacia las escaleras.

—¡Bajamos ahora, vamos a darnos una ducha rápida! —respondí.

Fuimos hasta mi habitación a por la ropa de las maletas y después volvimos por el pasillo para entrar en la puerta anterior a la mía, donde estaba el baño. Era el único que había en la casa, así que estaba un poco lleno de todo: los innumerables champús, lociones y cremas de mi madre que ya no cabían en el armario, la pila de revistas de mi padre al lado del retrete y hasta un cubo de ropa sucia al lado de la puerta. Era un desastre, y lo peor de todo era que mi madre se había esforzado en limpiarlo y ordenarlo un poco antes de nuestra llegada.

Abrí la manivela del agua caliente y empecé a desnudarme, pero el señor Black se desabrochó la camiseta y el cinturón y se acercó a mí antes de meter las manos debajo de mi calzoncillo de marca.

—Tenemos que bajar a cenar, James —tuve que recordarle, dándole un beso para suavizar el rechazo—. Por la noche haremos lo que quieras.

—Lo que yo quiera —aceptó.

—Pero sin hacer ruido —añadí.

—Sin hacer ruido y con la falda escocesa.

—Ah, ya no me acordaba de eso —reconocí, ayudándole a desvestirse cuando terminé conmigo mismo.

—Yo sí me acordaba, Leo —puso su media sonrisa de excitación y entonces le volví hacia el espejo para que se pudiera ver.

—Esa es tu sonrisa de cuando estás cachondo —anuncié.

El señor Black se vio reflejado y perdió al instante la mueca excitada y sexy para ponerse muy serio.

—No me gusta, Leo... —murmuró en voz baja y enfadada.

—Es bastante sexy —respondí mientras entraba en la ducha y disfrutaba del agua caliente.

—¿A ti te gusta?

—A mí me gustan todas tus sonrisas, James. —Me detuve y lo pensé mejor—: Todas menos la sonrisa cruel, esa la odio. Me recuerda a cómo eras tú al principio.

—Yo sigo siendo el mismo —murmuró, siguiéndome al interior de la ducha antes de cerrar puerta corredera de cristal opaco.

—Sabes a qué me refiero —le dejé el lado donde caía el agua caliente y me agaché para coger uno de los numerosos champús, jabones y botes apretujados en una esquina del suelo. A mi madre no le valía solo con uno, tenía que tener cuatro o cinco diferentes de cada.

—Eres tú quien ha cambiado, Leo.

Puse una expresión de extrañeza y le ofrecí el champú con olor a melocotón tras haberme echado un poco en la mano.

—No creo que yo haya cambiado.

—Antes no parabas de mirarme de esa forma seria y fría y de ignorarme

—insistió el señor Black—. No sabía lo que querías ni si realmente yo te importaba. Me tocabas y me provocabas, pero después no querías follar y

era muy... muy frustrante —se detuvo un momento y creí que ya había terminado, pero entonces añadió—: Hacías cosas por mí y me escuchabas, pero después te ibas y no sabía si ibas a volver otra vez.

Escuché aquellas palabras con una expresión cada vez más sorprendida y extrañada.

—Eso no fue lo que pasó —negué mientras le daba un par de suaves toques en el pecho—. Tú te comportabas como un loco muchas veces, James. Te enfadabas por tonterías y me echabas del coche. Después te ponías cachondo y querías follarme y que te hiciera mamadas, y eso no forma parte de mi trabajo como ayudante, ambos lo sabíamos; para eso tenías a tus sumisos.

—Cuando empezamos a besarnos, a «comernos» y a follar, todo tuvo sentido, Leonard.

Entreabrí los labios, pero no dije nada durante un par de segundos. James tiró un poco de mí y me cambió el sitio bajo el agua para que me aclarara la cabeza enjabonada, al igual que hacíamos en las duchas del gimnasio.

—Creo que tuvo más sentido cuando dejaste de comportarte como un loco y empezamos a hablar como personas adultas —le dije al fin.

—Yo no me comportaba como un loco —respondió con un tono más bajo y grave—. Eras tú el que andaba a jugar y a comportarte como un gilipollas.

—¿Yo? —exclamé, entonces se me escapó la risa. Negué con la cabeza y le ofrecí el chorro de agua—. Yo no paraba de hacer cosas buenas por ti, James, y lo único que recibía a cambio eran gritos y desprecio.

—Me enfadaba porque tú no querías darme el control —el señor Black tensó la mandíbula y me miró fijamente con sus ojos del azul del mar—. ¡No entendía lo que estabas haciendo ni por qué lo hacías y yo no podía...!

—terminó gritando, hasta que puse una mano en su pecho y le hice una rápida señal hacia un lado para recordarle dónde estábamos. El señor Black tuvo que tomar una buena respiración y tragar saliva antes de alzar la cabeza con orgullo y terminar diciendo—: Si me hubieras dado lo que quería desde un principio, todo hubiera sido más fácil.

—Si te hubiera dado lo que querías, ahora yo sería un sumiso más en esa agenda tuya —respondí con calma.

—Eso no es verdad —dijo él con una seguridad en sus palabras que resultó algo chocante.

—Yo creo que sí —respondí, cerrando la llave del agua antes de abrir la puerta corredera y alcanzar la toalla.

—Pues te equivocas —sentenció con su tono de voz grave y profundo, ese que no aceptaba réplicas y que estaba peligrosamente cercano al enfado.

Preferí no decir nada. No era un buen momento para discutir aquello y que el señor Black se enfadara. Me sequé tan rápido como pude y le entregué la toalla a James antes de empezar a vestirme. Esta vez yo llevaría el jersey, el gris que tanto me gustaba y que el señor Black me había regalado hacía tanto tiempo. Él se puso una camisa de vestir ajusta-

da y unos pantalones de pinza que iban a desentonar demasiado alrededor de una mesa llena de personas totalmente despreocupadas por la etiqueta. Nos peinamos frente al espejo un poco empañado del lavabo y después limpié las gafas contra mi jersey antes de ponérmelas. Al salir por la puerta hubo un cambio bastante grande entre el calor y la humedad del baño y la frescura del pasillo, pero a mí, al menos, me sentó bien. Me giré hacia James antes de descender las escaleras y esperé a que me mirara de vuelta antes de poner una ligera sonrisa.

—No te pongas tan serio, James —le pedí antes de darle un suave beso en los labios.

—Me pongo serio porque tú crees que follar es lo único que me importa, Leonard.

Yo... a veces estaba seguro de que el señor Black se inventaba las cosas que oía, o que retorció mis palabras hasta encajarlas en aquellas ideas estúpidas que tanto le gustaban.

—Nunca he dicho eso —respondí con seriedad—, y sabes que, si eso fuera cierto, no te querría como te quiero; y mucho menos te traería a Irlanda a conocer a mis padres.

El señor Black mantuvo su expresión seria, pero al menos no dijo nada más sobre el tema, así que el di otro beso y le di la mano antes de bajar las escaleras en dirección a la cocina. Todos estaban ya reunidos allí, en sitios diferentes a los que ocupaban en la comida. Mi madre presidía la mesa en esta ocasión, seguido de mi padre, mi hermana y O'Donnell, dejando los asientos al otro lado frente a ellos desocupados para James y yo.

—¡Qué elegantes! —exclamó mi madre, interrumpiendo las quejas de mi hermana sobre un niño de su clase que se había vuelto a comer un tubo de pegamento.

—Gracias —murmuré sin muchas ganas para no dar motivos a mi padre para soltar algún comentario de los suyos.

—Familia O'Brien —le saludó James educadamente con un cabeceo antes de sentarse a mi lado.

—Me encanta cómo dices «O'Brien», James —se rio mi madre—, es muy divertido con tu acento.

Aquello pilló por sorpresa al señor Black, que enseguida respondió con un tono demasiado cortante:

—Yo no tengo acento, Maire. Vosotros lo tenéis.

—Tienes acento americano, James —intervine yo, asegurándome de sonreír y poner una mano en su muslo para relajar el ambiente—. Al menos aquí, en Irlanda.

Por suerte, el señor Black comprendió rápidamente la silenciosa petición en mis ojos y terminó asintiendo y forzando un poco su sonrisa de un millón de dólares.

—No había pensado en eso —dijo a forma de disculpa, provocando una pequeña carcajada de mi madre y una sonrisa en Gael y O'Donnell.

—Al menos tienes un acento bastante neutro —dijo mi hermana mientras mi madre se levantaba para ir a por los dos pollos que había preparado—, a los del sur de Estados Unidos me cuesta mucho entenderlos cuando salen en las películas.

—Tranquila —le dije—, ellos tampoco te entienden a ti.

—A mí me entiende todo el mundo, Leo. Soy maestra de infantil y poseo una dicción perfecta.

—Ahora te va a hablar sobre el puñetero curso de dicción que hizo en Dublín —le dije a James.

—Hice un curso de dicción en la Universidad de Dublín —continuó mi hermana, aunque me había escuchado perfectamente—, con los mejores expertos en pedagogía y fonética de las islas británicas.

—Fueron dos semanas y le dieron un papel diciendo que sabía hablar —le resumí—. Estuvo en mi piso todo el tiempo quejándose del resto de alumnos y comiendo pizza en el sofá.

—¡Fue muy divertido! —exclamó ella con una gran sonrisa antes de que mi madre le devolviera un plato con un buen trozo de carne de pollo asado.

—A veces venía O'Donnell —insistí, sin apartar la mirada del señor Black—. Dormía en el suelo a su lado.

James dedicó una breve mirada al prometido de Gael, que se mantenía en silencio y bebía un trago de cerveza tras otro, como O'Donnell solía hacer durante las reuniones familiares. En su defensa diré que, sin mis padres delante, a veces hablaba y todo.

—Ryan también dormía en el suelo, según tú —contraatacó mi hermana, sin ser consciente de lo que estaba diciendo y frente a quién.

—Yo nunca dije eso, era él quien se inventaba esas tonterías —le corregí, asegurándome de mantener la normalidad.

—Nos lo encontramos mucho en el pub —continuó mi hermana antes de llevarse un trozo de pollo a la boca—. Le queda cerca del veterinario.

—¿Sigue trabajando allí? —me sorprendí—. Decía que el dueño le odiaba.

—Pues al parecer ahora le adora —afirmó Gael sin dejar de masticar—. Debe ser porque todas las viejas del barrio llevan allí a sus mascotas para verle —y con una sonrisa un poco malvada, añadió—: y las que no son tan viejas...

Puse los ojos en blanco, pero terminé sonriendo.

—No digas eso, Gael —dijo mi madre—. Ryan siempre ha sido un chico muy agradable y encantador. No me extraña que las señoras lleven allí a sus mascotas.

—¿Quién es Ryan? —preguntó entonces el señor Black, interrumpiendo la conversación por completo con su voz grave y su tono fingidamente calmado.

Mi hermana se dio cuenta al fin y cambió su expresión de cejas arqueadas y ligera sonrisa por una de sorpresa y arrepentimiento. Me miró como si quisiera pedirme perdón por haberla cagado, pero yo hice un gesto con la

mano para restarle importancia.

—Ryan, mi novio de la universidad —respondí.

James giró lentamente el rostro hacia mí para clavarme su mirada seria e intensa.

—Ryan... ¿tu ex novio? —preguntó con un tono que no me gustó nada.

—Sí, es veterinario en una clínica de Dublín —continué, esforzándome todo lo posible por no crear una situación incómoda delante de mi familia, aunque James me miraba como si estuviera decidido a no parar hasta conseguirlo.

—¿Todavía habláis, Leonard?

Joder...

—Cuando volvía en vacaciones a veces tomábamos un café y nos poníamos al día —respondí.

La tranquilidad y naturalidad con la que yo trataba el tema contrarrestaba mucho con la profunda seriedad y rigidez que había adoptado el señor Black.

—La última vez me dijo que estaba viéndose seriamente con alguien, emh... —traté de buscar aquel nombre tan lejano en la memoria mientras me giraba hacia mi familia de nuevo para hacerlos partícipes de aquello y no meros observadores muy incómodos por la situación—. ¿Aaron?, ¿Arthur?, algo con «A» seguro.

—¿El profesor de fitness? —me apoyó mi hermana enseguida—. Sí, era Arthur. Lo recuerdo porque se llamaba igual que uno de los padres de un niño de mi clase. Ese que quería meter a su hijo en clases de cálculo con cuatro años —resopló y alzó las manos—. Y me lo vino a preguntar a mí, y yo le dije: Mire, antes de meter a su hijo en clases de cálculo, quizá debería enseñarle a no cagarse encima.

Mi padre y yo nos reímos, pero mi madre se quedó escandalizada. No por las razones obvias.

—¿Todavía se cagaba encima con cuatro años? —preguntó con la mano en el pecho.

—Y lo peor de todo es que ni siquiera le ponían pañal —asintió Gael.

La conversación fluyó, pero James no fluyó con ella. Se quedó serio, silencioso, rígido y meditabundo mientras cenaba. Yo sabía en lo que estaba pensando y temía el momento en que tuviéramos que estar a solas. Había mantenido a Ryan lo más lejos posible del presente, del señor Black y de sus estúpidos y nada justificados celos. Es más, no había pensado en él hasta aquel mismo momento en que mi hermana le había nombrado.

—¿Me acompañas a fumar, Leo? —me preguntó mi hermana cuando terminó la cena y mi madre estaba empezando a recogerlo todo sola, porque se negaba en rotundo a dejarnos ayudar.

—Claro —afirmé yo, apartando la mano de la pierna de James, que había estado acariciando gran parte del tiempo, quizá con la esperanza de que eso le calmara un poco.

El señor Black quiso levantarse y seguirnos, pero mi hermana le detuvo

con un gesto y una sonrisa amable.

—Perdona, James, quiero hablar con mi hermano —se disculpó—. Es una costumbre nuestra salir afuera y criticar a nuestros padres antes del café.

—Es broma, James, no hacen eso —negó mi madre con una sonrisa—. ¿Verdad, chicos?

Mi hermana se rio un poco y yo la seguí sin decir nada a la puerta secundaria de la cocina, a un lado del pequeño pasillo estaban la lavadora y la secadora, cerca de la entrada al taller de mi padre, al otro, la salida al jardín trasero. Mi hermana aspiró el aire húmedo de la noche y sacó su cajetilla de tabaco del bolsillo antes de llevarse un pitillo a la boca y encenderlo. No nos alejamos mucho, solo lo suficiente para sumergirnos en la penumbra tan solo iluminada por la claridad amarillenta que procedía de la casa.

—¿Te gusta James? —le pregunté mientras me apoyaba en la verja de madera.

Gael soltó el humo hacia arriba y me miró un momento con sus ojos claros antes de responder:

—No, no me gusta.

—Está un poco nervioso por conoceros y no habla mucho, pero es muy...

—Leo —me interrumpió ella—, ¿qué es toda esa mierda de su Instagram sobre su novia latina?

Perdí la sonrisa al momento y de pronto sentí una presión en el pecho.

—¿Lo has visto? —pregunté en voz baja—. ¿Papá y mamá lo han visto? —volví a preguntar más rápido y nervioso.

—No —dijo Gael antes de darle otra calada a su pitillo largo—. Mamá me pedía que le enseñara las fotos, pero cuando empezó a aparecer la chica esa, le dije que no habías subido más.

Solté una bocanada de aire y cerré los ojos, mucho más tranquilo.

—¿Y bien? —insistió mi hermana. Cuando se ponía seria, al igual que pasaba conmigo, imponía bastante.

—Es complicado, Gael —reconocí en voz baja.

Ella soltó un bufido y negó con la cabeza, terminando por cruzarse de brazos, darle otra calada al pitillo y mirar a un lado.

—Contigo siempre es complicado, Leo —murmuró—. Creía que habías dejado a Ryan porque no querías ser el secreto de nadie.

Fruncí el ceño y la miré con una expresión cercana al enfado. Aquel había sido un golpe bajo por su parte, pero, por mucho que doliera, tenía razón.

La vida daba muchas vueltas.

EL ORGULLO IRLANDÉS

—Lo de la chica, Lana, es por motivos de la empresa. Salen juntos, se sacan fotos y a la gente les encanta, tienen... tienen muchos fans —traté de explicarle, pero a cada palabra que decía, sonaba más y más estúpido—. No son pareja de verdad. Es solo una estrategia de marketing.

Gael me escuchaba con expresión seria y asentía de vez en cuando, como si comprendiera a la perfección aquello.

—Entonces, ¿James no está fuera del armario? —me preguntó.

—Sí, sí lo está, pero es algo privado y es su decisión compartirlo o no con la prensa.

—Así que sale por ahí con esa chica, tienen cenas románticas y tú les sacas fotos y les acompañas a Francia.

Me tomé un momento antes de responder:

—Algo así.

—¿Y tú estás bien con eso, Leo?

—Sí —me costó un poco responder, solo un poco—. Sí —repetí, con un poco más de fuerza que antes—. James se esfuerza mucho por dejarme claro que yo soy su única pareja. Él me quiere mucho y se preocupa por mí —le dije con tono serio.

—Sé que te quiere, Leo —afirmó mi hermana—. Hay que estar ciego para no darse cuenta de la adoración con la que te mira algunas veces.

Una pequeña sonrisa se deslizó por mis labios y me sentí un poco avergonzado por oír aquello de labios de mi hermana.

—Y sin duda te... cuida bastante —añadió, señalando mi ropa de marca, mi peinado moderno y mi carísimo rolex—, pero, o has cambiado mucho tus gustos en hombres, o no entiendo qué le ves tú a James. Es muy guapo, alto y tiene un cuerpo maravilloso —asintió antes de que pudiera responder—, eso no te lo niego; pero en el resto... no se parece en nada a lo que solía atraerte tanto.

—James es bastante gracioso.

—No es gracioso —respondió rápidamente mi hermana.

—No aquí —acepté, porque el señor Black no había mostrado su mejor cara en su estancia en la casa—, es un poco... serio al principio.

Mi hermana fumó otra calada y se quedó mirándome con sus cejas rojizas un poco apretadas.

—¿Un poco? —terminó preguntando—. Puedo contar con los dedos de las manos las veces que le he oído hablar con alguien que no seas tú.

—O'Donnell tampoco habla mucho —contraataqué yo.

—No metas a Patrick en esto —me advirtió ella, señalándome con la mano con la que sostenía el pitillo—. Sabes que papá le tiene acojonado. —Puso una mueca de molestia y después agitó la cabeza, moviendo el moño apretado con el que se había atado su melena caoba—. Oye, Leo. Si a ti te gusta James, sabes que te apoyaré, pero me ha decepcionado mucho conocerle en persona. No es gracioso, no es divertido, no es humilde, tam-

poco parece especialmente inteligente ni interesante. Solo es guapo y tiene dinero —Gael resopló, como si eso fuera algo que ni siquiera hubiera que tener en cuenta—. Si te soy sincera, no es la clase de hombre que creía que traerías a dormir a casa algún día.

Sentí una mezcla de emociones debido a aquellas palabras; la primera fue incredulidad; la segunda, rabia; la tercera, tristeza; y la cuarta, ansiedad.

—Tú no le conoces, Gael —murmuré, tratando con todas mis fuerzas que mi voz no se quebrara tras cada palabra.

Ella soltó el humo hacia un lado y bajó la mirada.

—Puede que tengas razón —respondió, consciente de la humedad que empañaban mis ojos y de que todo aquello no me había sentado nada bien. Que alguien que me conociera tanto como mi hermana me dijera esas cosas de James... no era agradable—. Quizá solo haya sido una primera impresión mía, perdona.

—No pasa nada.

Nos quedamos en silencio, me froté un poco los ojos y miré hacia la oscuridad más allá de la verja en la que me apoyaba. Hacía fresco, pero ninguno de los dos tenía prisa por entrar en casa. Mi hermana se dejó caer a mi lado y miró al mismo sitio en la lejanía que yo.

—Siento haber hablado de Ryan. No parece que James se lo haya tomado bien —se disculpó.

Me encogí de hombros.

—Ya le había contado que tenía un ex, solo que James es... un hombre bastante celoso.

Mi hermana asintió con la cabeza y volvió a fumar.

—En eso le entiendo —dijo con voz más gutural antes de soltar el humo—. Yo también me pongo un poco celosa cuando Patrick habla de Amy.

Solté un bufido y la miré por el borde de los ojos.

—Salieron tres meses cuando estaban en el instituto, Gael, ni siquiera era su novia. No me jodas.

—Era una cerda —respondió mi hermana con la elegancia que la caracterizaba—. Ella sabía que Patrick me gustaba y quiso quitármelo.

—Gael, al contrario de lo que tú crees, nadie quiere quitarte a O'Donnell

—le dije con tono serio.

—Eso no lo sabes.

Sí lo sabía, después de todo, era O'Donnell; tenía suerte de que mi hermana tuviera un gusto terrible para los hombres, porque, de otra forma, nunca hubiera conseguido ni acercarse a alguien tan divertida y guapa como Gael.

El ruido de la puerta trasera interrumpió mis pensamientos y la conversación. Gael y yo nos giramos casi a la vez para mirar la sombra alta y grande que dio un paso hacia el exterior.

—Ya está el café —nos dijo el señor Black con tono serio—. Maire me ha pedido que os viniera a buscar.

Mi hermana le dio otra calada rápida al pitillo y lo tiró al suelo para aplas-

tarlo con su bota de agua.

—Seguro que ya ha sacado la bandeja de dulces otra vez —dijo Gael, recuperando su tono suave y divertido. El momento de las confidencias sinceras entre hermanos había pasado y ahora volvía a ser la mujer despreocupada de siempre—. No has comido ninguno, James. ¿No te gustan?

—No suelo tomar dulces —respondió él—. Solo como donuts glaseados en ocasiones especiales —añadió mientras me miraba.

—¿Y una cena con los O'Brien no es una ocasión especial? —continuó ella, caminando hacia la entrada de la casa.

—Ocasiones especiales con Leo —tuvo que aclarar él.

—Agh... —mi hermana me dedicó una mirada con expresión asqueada—. Suena a algo sexual que no quiero saber.

—Así es como llamo a mi ano, Gael: donut glaseado —le dije.

—¡Agh! —exclamó ella antes de reírse, agitando las manos en alto mientras entraba en casa.

Sonreí y quise seguirla a dentro, pero el señor Black me detuvo con una mirada seria y esperó a que ella se alejara lo suficiente para preguntarme en voz baja:

—¿De qué estabais hablando?

—De tonterías —me encogí de hombros y le rodeé un poco con los brazos, pegando sutilmente nuestros cuerpos antes de darle un suave beso en los labios.

Quizá James no era el hombre que siempre había pensado que amaría, pero era el hombre que más había amado nunca.

—¿De qué estuvisteis hablando vosotros adentro?

El señor Black me miró en silencio un par de segundos, quizá dudando en algo, hasta que finalmente respondió a mi roce y me rodeó los hombros para atraerme más hacia él.

—No me dijiste que todavía te veías con tu ex, Leo —susurró muy cerca de mi rostro.

Lo había dicho con tono serio, pero yo sabía que, si no le hubiera besado y abrazado antes, hubiera sido mucho peor. Por alguna razón, James siempre respondía mejor si le estaba tocando y me tenía muy cerca.

—Hablabamos solo cuando volvía a Irlanda a visitar a mis padres. Te lo he dicho —murmuré, acariciándole lentamente la espalda mientras hablaba—. Él ha tenido varias parejas desde que cortamos y ahora solo somos amigos —añadí, consciente de que aquello era importante y que debía elegir las palabras con cuidado.

Por primera vez, encontraba comprensible que a James le causara cierta inseguridad que yo siguiera hablado con Ryan, porque, como había dicho Gael, aquello no era tan descabellado ni extraño; de una forma retorcida, incluso podía considerarse «normal»; conque el señor Black no hiciera de aquello un mundo, como solía hacer, todo iría bien.

—¿Le has dicho a Ryan que ahora tienes novio? —preguntó él—. ¿Le has

hablado de mí?

—No nos hemos visto desde el verano pasado, así que no, no le he hablado de ti —sonreí un poco.

El señor Black asintió lentamente, llegando a rozar su frente contra la mía en el proceso.

—¿Por qué le dejaste? —continuó.

Fruncí el ceño y ladeé un poco la cabeza.

—¿Cómo sabes que le dejé yo? —respondí, porque eso era algo que no le había dicho nunca.

—Porque nadie te dejaría escapar, Leo —murmuró.

Me quedé un momento quieto y en silencio. Las palabras del señor Black no habían sonado como un intento de adularme o como si tratara de hacerme un cumplido, sino que sonaban como si realmente se creyera que yo era demasiado bueno para «dejarme escapar». Así que no sabía muy bien cómo sentirme al respecto, no tenía claro si estaba más sorprendido o más halagado.

—Creo que eso es lo más bonito que me has dicho nunca, James —murmuré.

Pero el señor Black no parecía estar de acuerdo y separó la cabeza para poder mirarme mejor a los ojos antes de fruncir muy levemente las cejas.

—Eso no es cierto —negó, cambiando el tono serio y profundo de su voz por uno más ofendido—. Te he dicho cosas mucho más bonitas.

—¿Cómo qué? —preguté.

—Como que tu culo me vuelve loco.

James apretó su entrepierna dura y firme contra la mía, como si necesitara demostrarme que había dicho la verdad. Puse los ojos en blanco, pero terminé por sonreír y devolverle un poco de aquella sórdida caricia.

—Si te portas bien —le dije mientras señalaba el interior de la casa con un gesto de la cabeza—, te comeré esta noche como a ti te gusta.

James soltó un gruñido grave de garganta y bajó los brazos de mis hombros para descender con las manos hacia mi trasero y apretarlo con fuerza.

—Yo nunca me porto bien, Leo... —murmuró de una forma que, siendo sinceros, me resultó bastante atractiva y sensual.

—Tú eres el jefe —bromeé.

El señor Black no entendió mi tono socarrón y ligero, sino que se tomó mis palabras muy a pecho. Sonrió como hacía cuando estaba muy excitado, me apretó mucho contra él hasta el punto de que me costó un poco respirar y dijo con voz grave, aterciopelada y peligrosa:

—Sí... yo soy el jefe.

Entonces me besó con bastante intensidad, hundiendo su lengua gruesa y grande en mi boca como si quisiera alcanzar hasta el último recodo de ella. Me pilló un poco por sorpresa y me costó un par de segundos adaptarme a aquella violenta necesidad, a la cantidad de saliva que estaba usando y al ritmo acelerado; pero, cuando lo conseguí, se me escapó un le-

ve gemido de placer. Cerré los puños, apretando su camisa entre los dedos y me dejé llevar por aquel beso tan inesperado como placentero. Cuando se separó un poco, mordí su labio inferior y tiré de él, como tanto me gustaba hacer. James reaccionó con otro gruñido, más alto que el anterior, buscando con las manos el interior de mi pantalón.

—No, no... —traté de detenerle, recuperando el aliento—. El café, James. Nos están esperando.

—Pues que esperen —sentenció él, muy poco dispuesto a dejar pasar aquel momento—. Vamos al bosque.

La idea fue muy tentadora, pero tuve que negarme. Uno de los dos tenía que ser el hombre razonable y, por desgracia, ese siempre era yo.

—Después del café —insistí, pero, como sabía que eso solo no valdría para convencerle, añadí—: tú no harías esperar a tu familia.

El señor Black se detuvo entonces, dejó de apretarme las nalgas debajo del pantalón y de buscar mi ano con los dedos. Respiraba con fuerza, elevando su pecho contra el mío mientras exhalaba el aire por sus labios húmedos y entreabiertos.

—Empiezo a echar muchos de menos que estemos solos tú y yo —me confesó—. No entiendo a tu familia y no sé qué hacer para gustarles.

Apreté los labios y asentí, comprendiendo perfectamente su frustración, porque era la misma que yo había sentido en la mansión de los Black.

—Dona todo tu dinero a la beneficencia y vayámonos a vivir a un pequeño apartamento de un barrio marginal. Encontraremos algún trabajo en una fábrica y nos uniremos al sindicato de trabajadores —le propuse—. Creo que así le caerás bien a mi padre.

El señor Black me miró en profundo silencio, uno que se alargó un par de segundos hasta que dijo:

—Eso no pasará jamás...

No pude evitar reírme. Había sido solo una broma, pero la reacción de James había sido muy seria y tajante, como si realmente creyera que yo lo había dicho en serio. Le di un último y cariñoso beso en los labios y señalé la puerta. Traté de separarme de él, pero James no me dejó apartarme demasiado.

—Espera —me pidió, atrayéndome de nuevo e inclinándose para darme otro beso, tan suave, breve y repleto de cariño como el que yo le había dado. Después se quedó mirándome con sus profundos ojos del azul del mar antes de preguntarme—: ¿Por qué tenías los ojos húmedos cuando salí a veros?

Parpadeé, demasiado sorprendido por el repentino cambio de conversación para poder darle una respuesta rápida. Creía que no lo había notado, o, al menos, había albergado la esperanza de que no lo hubiera hecho. Mi primera reacción fue encogerme de hombros y negar con la cabeza, buscando desesperadamente alguna excusa convincente.

—Por nada —fue lo que me salió. Súper convincente, sin duda.

Pero el señor Black no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

—¿Dijo algo de nosotros? —preguntó de nuevo, esta vez con cierta preocupación. Su mandíbula se tensó y entornó los ojos—. ¿Algo malo?

—No, no —le mentí al momento—. Gael solo me dijo que... que a veces me miras con mucho cariño y que se notaba mucho que me querías —respondí al fin.

James perdió el enfado y se quedó muy quieto, empezó a respirar un poco más rápido y después se limitó a asentir.

—Vayamos a tomar el café, hace frío —dijo, terminando de pronto con el tema y poniendo su mano en la parte baja de mi espalda para empujarme suavemente hacia la puerta.

Le acompañé sin decir nada, bastante agradecido de que el momento hubiera pasado y de haber salido, sorprendentemente, airoso de aquello. Nos sumergimos en el pasillo que olía a café recién hecho, aroma que se hacía más intenso cuanto más nos acercamos a la cálida cocina. Mi familia ya estaba charlando, disfrutando de la bandeja de dulces y tomando el café caliente antes de que llegáramos.

—Aquí no se espera por nadie, Lenni —me recordó mi padre con un tono serio cuando nos vio aparecer—. El café estaba listo hace cinco minutos.

—Lo sé, papá. Nos entretuvimos un poco —respondí mientras me sentaba en mi sitio junto a James, quien pasó la mano de mi espalda a mi pierna.

Bebí un trago de café con leche templado y miré a mi madre, que estaba hablando sobre la visita «casual» de una de las mujeres del pueblo, la cual había intentado nada sutilmente sacarle información sobre nuestra «inesperada» llegada.

—Supongo que estas cosas no pasan en la gran ciudad, ¿verdad, James? —le preguntó ella con una sonrisa—. Es un lugar demasiado grande para vecinas cotillas y metomentodo.

El señor Black tardó un breve momento en tragar el sorbo de café, sonreír falsamente y responder:

—Yo me crié en una urbanización a las afueras llamada Bluebelt, es donde Leo y yo pasamos las navidades con mi familia —me miró con su sonrisa de un millón de dólares y continuó—: Allí también hay algunos vecinos así.

—Bluebelt... —repitió mi madre—. Suena a un lugar precioso.

—Suena a urbanización elitista de chalets enormes con piscina —dijo mi padre antes de llevarse su taza de café a los labios.

James asintió, perdió todo rastro de sonrisa y respondió a la mirada seria del señor O'Brien. Casi se podía palpar la tensión en el ambiente cuando el señor Black y mi padre interactuaban entre ellos.

—La gente que vive allí tiene un alto nivel de vida —afirmó James—. Mi padre, el señor Black, es un importante cirujano y siempre quiso criar a sus hijos en un lugar tranquilo y apartado. Bluebelt es un entorno muy natural, con casas espaciosas, un lago y aire limpio —y todo aquello se podía haber resumido con un simple «sí, una urbanización bastante elitista».

Papá iba a decir algo más, pero vio mi expresión seria y terminó por farfullar por lo bajo y mirar al frente.

—¿Tienes hermanos, James? —preguntó Gael, saliendo al rescate de la situación—. Pensaba que serías hijo único.

—Sí, tengo dos hermanos pequeños: Sarah es una importante arquitecta, pero ahora está en África con su novio, ambos tienen una asociación benéfica, construyen casas y ayudan a los pobres a mejorar sus vidas. Robert, el pequeño, es un productor musical de bastante éxito, ha recibido varios premios y nominaciones de la industria, pero también vive lejos, tiene un chalet frente a la playa en Miami.

—Ah... —asintió Gael, a la que le costó reaccionar ante tanta información y tanto derroche de éxito de la familia Black.

Mi padre apuró el café, dejó la taza en la mesa y se levantó de la silla con expresión muy seria para dirigirse al salón.

—Tu familia es asombrosa, James —dijo mi madre, llenando el extraño silencio que la marcha de mi padre había dejado en la cocina—. Debes estar muy orgulloso de ellos.

James tardó un par de segundos en responder:

—Mucho.

Mi madre asintió con una incómoda sonrisa antes de beber de su taza de flores. Gael removía el café con la cucharilla y O'Donnell masticaba un trozo de pastelito con la mirada baja. La familia O'Brien no tenía grandes éxitos de los que alardear, no podían competir con lo que James les estaba contando, no sabían jugar a ese retorcido juego en el que el enemigo estaba en casa y lo único que importaba era ser mejor que los demás.

—A Gael también le dieron un premio una vez —dije yo, rompiendo aquel momento con una pequeña broma—, se lo hicieron los niños de su clase y lo tiró a la basura.

Mi hermana se rio al recordarlo.

—No lo tiré a la basura sin más, primero se me rompió —explicó, como si eso mejorara algo—. En realidad, me gustaba mucho. Lo usaba de cenicero en casa.

—Imagínate a todos esos niños poniendo su amor y su cariño en hacer una copa de arcilla para que mi hermana lo terminara usando de cenicero —le dije a James mientras Gael se volvía a reír como si se tratara de la villana de una película infantil.

—¿Esa cosa horrible en la mesa de la cocina era un premio? —preguntó entonces mi madre con una profunda expresión de extrañeza.

—A la «Mejor *Pofesora*» —afirmó mi hermana cuando dejó de reírse—. Es increíble que ninguno de los padres se molestara ni en corregirlo.

—Los padres estaban encantados de no tener que gastar dinero en regalarte nada —le aseguré yo.

O'Donnell se rio por lo bajo y mi hermana asintió varias veces con una mueca de desprecio.

—Te juro por Dios, James —le dijo mi madre con la mano en el pecho—,

que yo no he criado a unos hijos tan crueles.

El señor Black forzó su sonrisa del millón de dólares, pero esta vez era él el que se encontraba incómodo con la situación. No era capaz de comprender lo que pasaba, no sabía cómo actuar frente a una familia como la mía. A veces aquella inseguridad le hacía acudir a su papel de Soltero de Oro, hasta que se topaba con mi mirada y dejaba de sonreír como un maniático y de interpretar el personaje.

—Estamos un poco cansados, así que nos iremos ya a la cama —dije antes de dejar la taza en la mesa y levantarme de la silla.

—Ah, claro, si necesitáis más mantas o lo que sea me decís —respondió mi madre.

—Sé dónde está todo, mamá —le recordé.

El señor Black se despidió de todos con un cabeceo y me siguió directo al pasillo. Pasamos por delante de la puerta que daba al salón y me detuve para mirar a mi padre en el sofá, todavía con expresión seria.

—Buenas noches, papá —me despedí.

Él volvió el rostro y nos miró un momento.

—Buenas noches, Lenni —murmuró.

Asentí, aquello era más que suficiente. Subimos las escaleras y, cuando alcanzamos la habitación, encendí el interruptor de la luz y solté un suspiro de cansancio.

Había sido un largo día cargado de muchas emociones y estaba exhausto. Me quité el jersey gris y me descalcé mientras James se desabrochaba la camisa con la mirada baja. Cuando estuve en ropa interior fui hacia la cama, mi vieja y pequeña cama individual en una esquina bajo los posters de mis películas favoritas.

—Mi madre tenía razón, no sé si la cama será demasiado pequeña para nosotros —pensé en voz alta con cierta preocupación—. ¿Prefieres poner el edredón y algunas mantas en el suelo y dormir con más espacio?

Oí unos pasos a mi espalda y sentí las manos de James rodeándome la cadera antes del roce cálido de su pecho en la espalda.

—Vamos a dormir en la cama, Leo —respondió cerca de mi oído antes de deslizar las manos bajo mi bóxer negro.

—Oh... —aquello me pilló un poco por sorpresa, pero no me opuse a que James me toqueteara un poco la entrepierna y el culo antes de deslizar el bóxer por mis piernas para quitármelo.

El señor Black se echó sobre la cama, ocupándola por entero, completamente desnudo y ya bastante empalmado. Verle así, tan guapo, sexy y maravilloso como él era, recostado en mi habitación... fue muy, muy raro. Tanto, que me quedé como un completo imbécil mirándole de arriba abajo un par de veces, hasta encontrarme con sus ojos del azul del mar.

—¿Qué ocurre, Leo? —me preguntó, porque debió notar algo extraño en mí.

—De joven me imaginaba muchas veces algo así —reconocí con una estú-

pida sonrisa—. A un hombre como tú desnudo en mi cama. Nunca creí que se fuera a hacer realidad.

Mis palabras le gustaron, porque su fina sonrisa de excitación se deslizó por sus labios. Se llevó ambas manos detrás de la cabeza apoyada en la almohada y abrió un poco más las piernas antes de mover la cadera, moviendo su polla, la cual le llegaba hasta la altura del ombligo.

—¿Y qué le hacías a esos hombres, Leo? —me preguntó con su voz baja y grave.

—Algo parecido a lo que te voy a hacer a ti —le aseguré, dando un paso para acercarme al borde de la cama.

Sin embargo, James me detuvo sacando una mano de detrás de la cabeza y perdiendo la sonrisa.

—La falda —ordenó—. Me lo prometiste.

Solté un bufido al recordarlo y bajé la cabeza. Ya no me acordaba de eso y me dio bastante pereza tener que alejarme de la cama para ir al armario y rebuscar entre los cajones y los estantes.

Tras un par de largos minutos la encontré colgada de una percha entre las camisas que había dejado en Irlanda al marcharme. La saqué y se la enseñé a un James que seguía en la misma posición de antes. Era un kilt de tartán verde y negro con líneas más finas amarillas.

—El kilt es una prenda importante —le dije—, este diseño simboliza el orgullo irlandés.

—Póntela —se limitó a ordenar, no demasiado interesado en lo que tuviera que decirle al respecto.

Arqueeé las cejas y negué con la cabeza antes de empezar a enrollarme la tela un poco áspera por encima de la cadera, casi a la altura del ombligo, que descendía hasta tapar mis rodillas. Después la até con un cinto grueso de cuero negro y hebilla de hierro antes de levantar las manos como diciendo: «esto es todo». Miré de nuevo al señor Black, que me miraba de vuelta con una expresión muy seria en el rostro; como si estuviera a punto de matarme o de follarme hasta el amanecer. De pronto se incorporó para sentarse al borde de la cama y me hizo una señal rápida para que me acercara.

Volví a arquear las cejas con sorpresa y me aproximé al señor Black hasta quedar frente a él. James me recorrió lentamente el cuerpo hasta mirarme al rostro por el borde superior de los ojos. Acercó las manos a mis piernas y me acarició muy despacio desde las rodillas hasta los muslos, hundiendo las manos debajo del kilt. Entonces se le escapó un leve jadeo y un gruñido profundo de la garganta.

—Dime que yo soy el jefe del Clan —ordenó en voz baja y gutural.

—¿Qué? —se me escapó antes de una breve carcajada, pero terminó pronto cuando James me dio una bofetada rápida.

—Se acabó el momento de las putas bromas —me advirtió con tono duro y serio que se entremezclaba con un leve jadeo de excitación—. Dime que soy el jefe del Clan, y hazlo con un buen acento irlandés.

Entreabrí los labios, pero volví a cerrarlos deprisa para tragar saliva. Sinceramente, yo no podía estar flipándolo más. James solo se ponía así en nuestros domingos especiales o cuando estaba realmente cachondo. Había subestimado mucho el efecto que el kilt pudiera tener en él porque... bueno, el tópico erótico del *Highlander* era tan... tópico. Ç

Creía que solo sería un añadido gracioso al sexo, nunca hubiera imaginado que a James le produjera ese estado de excitación verme con el kilt puesto; tanto como para incluir un pequeño juego de roles y fantasía.

Aunque, sinceramente: yo estaba siendo un hipócrita. Hablando de tópicos ridículos cuando hacía apenas un par de meses me había puesto loco perdido con su disfraz de Halloween. Comiéndome con los ojos a un James de uniforme y gafas de espejo mientras le llamaba «detective Black».

—Eres el jefe del Clan —le dije con un marcado acento irlandés.

James soltó aire por los labios y continuó su lento recorrido por mis muslos sin dejar de mirarme fijamente por el borde superior de sus ojos vidriosos. Apartó una mano, solo para acariciarme de arriba abajo el reguero de pelo caoba que iba desde mi entrepierna hasta mi pecho abultado. Tras un buen minuto haciendo aquello y empapándose bien con la imagen, se acercó más al borde de la cama para poder acercar sus labios a mi abdomen y besarme por encima del kilt. Solté un breve jadeo al notar la humedad templada en los abdominales, bordeando el límite del tartán verde de lado a lado. Levanté los brazos y los dejé caer alrededor de sus hombros anchos para que el contacto fuera recíproco. No los moví de allí ni siquiera cuando James se levantó de la cama y se quedó mirándome fijamente con unos ojos vidriosos, repletos de necesidad y locura.

—¿Vas a darle a tu jefe del Clan todo lo que quiera? —me preguntó.

—Por supuesto —respondí.

—¿Vas a luchar hasta la muerte por él?

—Ese es mi deber.

James asintió lentamente, pasando sus manos por mi cuerpo hasta hundirlas debajo del kilt de nuevo y alcanzar mis nalgas. Me apretó mucho contra él y me besó con intensidad, muy profundo y con bastante saliva. Se me escapó un gemido de placer y levanté una mano hacia su pelo rubio y algo ondulado después de dos semanas sin cortarlo; al igual que su barba, más densa y abundante de lo habitual. Tras un largo beso me llevó con él hacia la cama para tirarse de espaldas sin cuidado. Aquella no era nuestra cama enorme, ni la de matrimonio de un hotel, así que no pudo calcular bien y se acabó dando un golpe con la cabeza contra la pared.

—Oh, joder, ¿estás bien, James? —le pregunté tras oír el golpe seco. Había sonado bastante doloroso.

El señor Black apretó los dientes y puso una expresión de enfado. Le toqué la cabeza, allí donde creía que se había golpeado para comprobar que todo estaba bien.

—¿Quieres que vaya a por hielo o algo? —insistí, porque estaba caliente.

—Estoy bien, Leo —murmuró tras un breve silencio—, solo ha sido un golpe.

—Han herido a mi jefe del Clan, esto requiere una venganza al estilo irlandés —le dije en broma.

El señor Black se quedó en silencio, con sus ojos del azul del mar menos perdidos en la locura y la excitación y más conscientes y suaves. Sonrió, su auténtica y maravillosa sonrisa, esa que me quitaba el aliento cada vez que la veía. James se giró en la cama para ponerse bien, llevándome con él en el intento.

—Tu jefe del Clan quiere que te sientes en su cara —me dijo, volviendo rápidamente al tema principal.

—A la orden —sonrei.

Me levanté para hacer lo que me pedía, dándome la vuelta antes de rodear su cabeza con las piernas y cubrirla por entero bajo el kilt. Se oyó un grave gruñido y el señor Black no tardó en empezar a mordisquearme las nalgas antes de abrírmelas para poder alcanzar con total libertad mi ano. Tuve que mordirme el labio inferior y cerrar los ojos al sentir su lengua gruesa y húmeda por entero. Empecé a mover la cadera de forma inconsciente, alejándola un poco de él de vez en cuando, hasta que James me rodeó el trasero con los sus fuertes brazos y me apretó para que me quedara quieto. Apreté más los dientes y traté de controlar los jadeos, algo que el señor Black no parecía dispuesto a hacer.

—James... en silencio —le recordé.

Pero lo único que hizo fue levantar una mano para empujarme la espalda y obligarme a inclinarme sobre su cuerpo, hasta que mi cara quedó a apenas un par de centímetros de su polla tan húmeda que había dejado una mancha viscosa a la altura de su ombligo. Se lo limpié con la lengua y James gimió más fuerte bajo el kilt, un murmullo apagado contra mi trasero. Soltó un par más, cada vez más fuertes y profundos a medida que se la chupaba de arriba abajo.

Lo hice hasta el fondo, como a él le gustaba tanto, pero terminé centrándome en la punta y utilizando toda la saliva para frotársela al ritmo.

Me di cuenta demasiado tarde de que, en el estado de excitación en el que estaba el señor Black, quizá no fuera la mejor idea hacer aquello; porque no llevaba ni dos minutos cuando me sorprendió una corrida bastante abundante y densa en la boca. Solté un gruñido de sorpresa, tanto por el semen como con la fuerza con la que James me apretó el culo mientras ahogaba un orgasmo.

Me costó tragarlo todo, porque fueron un par de descargas bastante grandes seguidas de unas más ligeras y acuosas hasta que al fin no quedó nada. Cuando me separé de su polla me tomé un momento de más para terminar con todo y tratar de acompañarlo con algo de saliva. Cogí aire y me levanté para mirar al señor Black. Tenía la barba de un rubio oscuro

empapada de saliva, miraba al techo con ojos vidriosos y un poco entornados mientras jadeaba por entre los labios. Apagué el interruptor de la luz sobre la cómoda y me tumbé a su lado, tan al borde de la cama que casi tuve que dejar la mayoría del peso sobre él. Le di nuestro beso de después y James hizo el esfuerzo de ladear un poco el rostro para facilitarme el trabajo.

—Estaba cargado después de todo el día y la falda no ha ayudado — murmuró en voz tan baja que me costó entenderle.

—¿Qué? —pregunté también en voz baja, hasta que me di cuenta que se refería a no haber aguantado demasiado—. Ah, ya —sonreí—, te pusiste muy cachondo.

—No te corras aun, Leo, vamos a repetir —me aseguró, moviendo un brazo para rodearme los hombros y atraerme hacia él.

Asentí y le acaricié el pecho con cariño. Que quisiera repetir era lo que solía pasar cuando llegaba de forma precipitada y rápida al orgasmo. A James se le notaba un poco frustrado cuando eso le ocurría, pero a mí me resultaba halagador. Después de todo, era un hombre con muchas, muchísimas experiencias sexuales; conseguir excitarle de aquella manera debía considerarse todo un logro.

—Quiero estrenarte bien la cama —añadió entonces.

Tardé un momento en recordar aquello.

—Ah —solté un bufido y me reí—. Creía que «estrenar» era dormir juntos en ella.

—Un poco de ambas —respondió.

Solté un murmullo afirmativo y nos quedamos en silencio. En algún momento empecé a entrecerrar los ojos hasta que entré en un estado de vigilia cercano al sueño.

La respiración de James se había ralentizado y vuelto más profunda, señal inequívoca de que se había dormido, eso y que ya estaba empezando a tirar un poco de mí para atraerme hacia él y encerrarme entre sus brazos. Terminé por cerrar los ojos y dejarme llevar por la calidez de su piel, hasta que, de pronto, James se despertó de golpe y me asustó.

—¿Qué pasó? —pregunté, alzando la cabeza para mirarle a los ojos.

El señor Black tardó un momento en responder:

—Me quedé dormido.

—Lo sé —asentí lentamente, todavía sin comprender cuál era el problema.

—Tengo que follarte antes.

Y, sin más, me movió, todavía algo adormilado, para echarse sobre mí y abrirme las piernas. Yo me quedé con el ceño fruncido y le miraba mientras él agitaba la cabeza para despejarse y se frotaba la polla para ponerla dura.

—James... —le detuve con las manos en los hombros—. ¿Qué haces?

El señor Black me miró con expresión seria.

—Hay que estrenar la cama y todavía no te has corrido, Leo —respondió, como si fuera algo de suma importancia—. ¿Por qué has dejado que me

durmiera?

—Ha sido un día largo y estamos cansados —murmuré—, podemos «estrenar la cama» mañana. No te preocupes.

A James le costó decidirse. Me miraba como si se debatiera entre hacerme caso o insistir en compartir aquel polvo repentino y completamente innecesario. Así que decidí yo por él. Le aparté para levantarme y abrir las mantas.

—Métete —le pedí.

El señor Black me miró a mí y después el blanco y mullido interior de la cama. No tardó en meterse dentro, justo en el centro para ocupar el mayor espacio posible y asegurarse de que yo tuviera que dormir muy pegado a él. Eso nunca había sido un problema para mí. Le seguí al interior y me puse directamente sobre él, rodeándole la cabeza con los brazos para acariciarle el pelo. James insistió en querer apretarme las nalgas y frotar un poco la entrepierna contra la mía, pero las caricias y el calor acumulado bajo las mantas terminaron por vencerle, sumiéndole de nuevo en un profundo y relajado sueño. Acomodé la cabeza en el hueco de su cuello y suspiré.

Cuando me desperté, una luz grisácea y apagada entraba por la ventana. El suave sonido de la lluvia golpeando contra el cristal inundaba la habitación, pero bajo las mantas había un calor muy agradable y denso. Me moví un poco, todavía soñoliento, rodeando con brazos y piernas la pesada y cálida figura del señor Black sobre mí, como si se tratara de una manta más. James notó aquel movimiento y respondió con un murmullo apagado e inteligible en mi cuello. Descansé un poco más, pero no llegué a dormirme del todo, quedando en un estado entre la vigilia y la consciencia. Oí la ducha del baño y entreabrí los ojos para mirar la hora en mi rolex, las ocho y media de la mañana, el momento en que mi madre se despertaba para hacer el café.

—¿Tenemos que levantarnos ya? —me preguntó una voz grave y baja al oído.

—No, no hay prisa —respondí, cerrando los ojos de nuevo y volviendo a acariciar la espalda de James.

El señor Black recostó de nuevo la cabeza y se quedó así un buen rato, aunque su respiración acompasada y calmada no llegó a ser tan profunda y larga como cuando se dormía. Empecé a ser especialmente consciente de su cercanía y a excitarme un poco, mis caricias en su espalda se volvieron ligeramente más intensas y ladeé el rostro para besarle la sien y la oreja, allí donde podía alcanzarle. Le mordisqueé el lóbulo y jugué con la lengua hasta que el señor Black incorporó la cabeza y me miró a los ojos mientras sonreía. James sabía perfectamente qué significaban mis suaves besos y pequeños mordiscos y no tardó en reaccionar y flotar su polla dura contra la mía.

—Déjame a mí —le pedí, empujándole un poco hacia el lado para que se tumbara cara al techo.

El señor Black no opuso ninguna resistencia, solo se llevó las manos detrás de la cabeza y puso su fina sonrisa de satisfacción mientras yo le recorría el cuerpo con besos húmedos hasta hundirme debajo de las mantas. Tuve cuidado de no emocionarme y excederme demasiado con la boca mientras James gruñía y gemía tan bajo como era capaz. Salí jadeante para besarle los labios y ponerme a horcajadas.

—No, déjate —ordenó cuando me llevé las manos al cinturón del kilt para quitármelo.

Obedecí, aunque resultaba un poco incómodo para mí hacerlo con aquello puesto. James, por otro lado, estaba encantado de que le montara con el kilt, abriendo mucho la boca para jaderar mientras me miraba de arriba abajo sin parar.

—Sí... monta al jefe del Clan —dijo en un momento de excitación y lujuria.

—Shh... —dije, tapándole la boca y dedicándole una mirada de ojos abiertos. Seguíamos en casa de mis padres, después de todo.

Pero a James eso no le gustó. Perdió la sonrisa, sacó las manos de detrás de la cabeza y me rodeó el cinturón del kilt antes de empezar a mover la cadera con bastante intensidad, follándome con fuerza.

—A mí no me mandas callar... —gruñó con cierto enfado.

Apreté los dientes y me agarré a sus pectorales, hundiendo un poco los dedos para no gemir demasiado alto. No se detuvo hasta que me corrí, produciendo un sonido muy extraño, mezcla de sufrimiento, agotamiento y profundo placer. James miró como mi semen le llegaba a manchar la mejilla, la barba y el pecho antes de alcanzar también el orgasmo y perder el aliento. Entonces se produjo un silencio tan solo interrumpido por nuestros jadeos y el golpeteo de la lluvia contra el cristal. Me limpié el sudor de la frente y me pasé la mano por el pelo.

—Joder, tenía muchas ganas de algo así —reconocí, terminando por coger una buena bocanada y soltar el aire.

James me miró por el borde inferior de los ojos. Su pecho abultado y ancho estaba perlado de sudor y brillaba un poco, elevándose con cada respiración para volver a descender rápidamente. No dijo nada, solo puso morritos y esperó a que yo me inclinara para darle nuestro beso de después, el cual se alargó un poco y se hizo más profundo y con lengua. Cuando me separé vi las manchas blancas en su mejilla y su barba, sonreí un poco y me disculpé antes de intentar limpiárselas.

James negó con la cabeza y detuvo mi mano.

—No me importa que me manches, ya lo sabes.

Me encogí de hombros y ladeé un poco el rostro, alargando el dedo para seguir rozando su barba.

—Me gusta cómo te queda la barba más larga —murmuré.

—Me hace la cara más redonda y parezco gordo —respondió al instante.

—Yo creo que estás muy guapo, te hace parecer más... sencillo y afable —no sabía cómo explicar aquello sin confesarle que su barba descuidada le

daba una imagen más campechana y corriente; dos palabras que a James le iban a horrorizar.

—Tú pareces más serio y pelirrojo —murmuró, tirando suavemente de mi barba del mentón.

—¿Serio? —pregunté con una ligera sonrisa y un leve fruncimiento de cejas—. Será porque con la barba más larga me parezco un poco más a mi padre.

—Tú no te pareces en nada a tu padre —me aseguró, pasando la mano por mi pelo.

—Meh —dije, no demasiado convencido de aquello. Mi padre y yo éramos muy parecidos, al menos físicamente—. Podemos ir a ducharnos si quieres —le ofrecí.

El señor Black me dio un último beso en los labios y asintió con la cabeza. Me levanté yo primero, con cuidado, porque todavía tenía dentro la polla de James. Después me quité al fin el kilt y fui a por la ropa que nos pondríamos aquel día. Abrí la puerta y eché un rápido vistazo al pasillo, asegurándome de que no hubiera nadie que nos pudiera ver caminando desnudos y manchados hacia el baño. Abrí el agua caliente de la ducha y la dejé correr mientras James se miraba al espejo, pasándose una mano por la barba con expresión seria y pensativa. Me acerqué para rodearle por la espalda y apoyar la cabeza en el hueco entre su hombro y su cuello. Nuestras miradas coincidieron en el reflejo y sonreí. James tardó un par de segundos, pero las comisuras de sus labios también se elevaron en una suave sonrisa y dejó caer un poco la cabeza hacia atrás para rozarla con la mía.

—Hacemos una pareja increíble —murmuró el señor Black, con evidente orgullo en la voz.

Se me escapó un bufido y una risa apagada. Negué con la cabeza y me separé para comprobar si el agua ya había calentado. Echaba un poco de vapor y quemaba, así que bajé el calor y me metí dentro, seguido de un James que no quiso alejarse demasiado de mí. Al terminar, compartimos la misma toalla y nos vestimos antes de peinarnos frente al mismo espejo, pero esta vez más borroso debido al vapor. Al salir de nuevo al pasillo, noté el cambio de temperatura y miré hacia el ventanuco del final, comprobando que todavía llovía.

—Hoy había pensado en llevarte a dar una vuelta por el pueblo y el bosque, pero con este tiempo podemos ir mejor al pub y jugar un poco al billar o a los dardos, ¿qué te parece? —le pregunté mientras descendíamos los escalones.

Se oía un murmullo apagado desde la cocina y supuse que mi padre estaría todavía desayunando con mi madre. Miré distraídamente el reloj, eran las nueve y media, un poco tarde para él.

—Suena bien —aceptó el señor Black a mi lado, con su brazo alrededor de mis hombros.

Caminamos hacia la cocina y abrí la puerta. Vi a mi madre a un lado, apo-

yada contra la encimera de madera y con su taza de flores entre las manos. Me dirigió una mirada rápida y silenciosa. Frente a ella, sentado a la mesa, había un hombre bastante guapo, de pelo moreno y ondulado. Tenía una barba corta, más densa en su bigote, su mentón y su perilla; sonreía de una forma encantadora mientras entornaba levemente sus ojos verdosos. Era un hombre que caía bien a todo el mundo, porque era demasiado gracioso y divertido para que los demás no cayeran rendidos a sus pies. Giró el rostro para vernos y su sonrisa se congeló un instante, puso una leve expresión de sorpresa y dijo:

—¡Eh, Leo!

—Eh... Ryan —respondí yo.

EL FAMOSO RYAN

Ryan se levantó de su silla con una preciosa sonrisa y dio un par de pasos hacia nosotros, yo igualé su distancia y su sonrisa y le di un buen apretón de manos. Llevaba su vieja sudadera negra con capucha y unos vaqueros, se había hecho otro pendiente en la oreja izquierda y un nuevo tatuaje le asomaba por el borde inferior del cuello. Siempre había algo diferente en él cuando volvía a verle, pero el brillo en sus ojos azules y suaves nunca cambiaba.

—Joder, Leo, estás hecho una fiera —me dijo, fingiendo extrañeza con una mueca de ceño fruncido—. ¿Has dejado la contabilidad y te has metido en el ejército americano?

Se me escapó una ligera risa y asentí. Ryan sabía lo mucho que yo odiaba el ejército.

—Eso es exactamente lo que ha pasado —respondí—. Al fin he abierto los ojos y me he dado cuenta de lo necesario que es tener una organización militar y armada en pleno siglo veintiuno.

—La ONU está bien, pero un arsenal nuclear es mejor —afirmó él.

Esta vez me reí más alto. Había una evidente tensión en el ambiente en la que ni él ni yo participábamos: mi madre continuaba con la taza entre las manos, mirándonos sin saber qué hacer o dudando de que hubiera sido buena idea dejar pasar a Ryan a casa; y después estaba James que... bueno, se había quedado a mi lado, muy cerca, muy envarado, muy serio, muy atento a cada pequeño movimiento y cada palabra que Ryan y yo compartíamos. Mirando a mi ex de una forma que, sinceramente, empezaba a dar mucho miedo.

—Ryan, te presento a James Black, mi novio —le dije, alargando la mano para rodear la cadera del señor Black y darle un discreto apretón para que se tranquilizara.

Ryan miró entonces al señor Black con la misma sonrisa, aunque era evidente que se estaba esforzando por mantener el buen humor ante el muro de frialdad e intimidación que era James en aquel momento. El señor Black le ofreció la mano y ambos se dieron un firme pero breve apretón.

—Encantado de conocerte, James —le saludó—. Yo soy Ryan Doyle, un viejo amigo de Leo.

—Sé muy bien quién eres —respondió el señor Black con tono seco.

—Oh... —asintió él antes de mirarme, comprendiendo al fin la situación y a qué venía aquella extraña tensión que se había formado entre ellos—. Espero que no le hayas contado solo lo malo, Leo. Yo a veces era bueno y todo, te dejaba el último trozo de pizza, y eso es amor —bromeó, intentando aligerar el ambiente.

Me encogí de hombros y solté un desganado:

—Meh...

—¿Meh? —preguntó él, fingiendo estar ofendido—. Creía que al menos

había sido «Mmeeh...»

—Como mucho fuiste «Mmhe...» —puse una expresión de labios apretados, ojos entrecerrados y ceño fruncido mientras balanceaba la cabeza de un lado a otro.

—Qué cabrón eres, Leo —dijo Ryan, pero fue con cariño y se rio, porque así éramos nosotros.

No importaba el tiempo que hubiera pasado; cuando volvíamos a vernos, seguíamos siendo las mismas personas despreocupadas, vacilonas y bromistas que habíamos sido siempre. Al menos al principio, hasta que Ryan se relajaba y volvía a tratarme como cuando éramos novios. El señor Black debió notar esa familiaridad entre nosotros, porque extendió su brazo por mis hombros y me atrajo un poco hacia él de una forma bastante territorial.

—¿Queréis un café, chicos? —nos interrumpió mi madre de pronto, agitando un poco la taza que tenía en la mano—. Ryan ha traído cruasanes para desayunar.

Arqué las cejas, mirando la docena de cruasanes que había en la mesa. Había dado por hecho que había sido otro de los excesos de mi madre ahora que la bandeja de bollos y dulces se había terminado.

—Vaya, gracias, Ryan —respondí yo, señalando la mesa para que nos sentáramos a charlar—. Me alegra saber que no han quedado más cruasanes en la tienda.

Ryan se rio de camino a su sitio, frente al café con leche que ya le había preparado mi madre y el papel abierto de la pastelería.

Me llamó la atención la tipografía alargada de letras azules del envoltorio y lo volví un poco para leer el nombre de la tienda.

Eché una rápida mirada a Ryan que decía «¿y esto?»

Pero él solo sonrió un poco más, contento de que me acordara y de que yo no le diera mayor importancia al hecho de que Ryan se hubiera ido a la otra punta de Dublín para comprar un par de cruasanes en *Sweet Irish*; la pequeña tienda de dulces cerca de mi antiguo piso de estudiante, donde yo le compraba cruasanes para desayunar cuando él se quedaba a dormir.

Ryan parecía un hombre sencillo y fácil, pero era endiabladamente complejo y había que prestar mucha atención a los detalles como aquel para saber lo mucho que te apreciaba. Al parecer, los hombres que simplemente decían «te quiero», no eran mi tipo.

James y yo nos sentamos al otro lado de la mesa y mi madre dejó las tazas con dibujos de colores frente a nosotros. El señor Black se aseguró de acercarse un poco más de lo necesario, pegar su pierna a la mía y extender su brazo por el respaldo de mi silla mientras continuaba mirando fijamente a Ryan.

—Siento no haberte avisado de que veníamos —me disculpé, porque me temía que aquel detalle de *Sweet Irish* escondiera un mensaje entre líneas, aunque lo hice con un tono jovial y añadiendo una pequeña broma al final—: es la primera vez de James en Irlanda y quería que se llevara una

buen impresión.

Ryan se rio un poco negó con la cabeza mientras sonreía.

—No, no te preocupes, Leo —respondió, sin darle importancia—. He sido yo el que ha aparecido por sorpresa. La señora O'Donnell me contó ayer en el pub que estabas aquí; así que me pareció buena idea comprar los cruasanes que te gustan, todos los posibles por si Gael y Patrick también estaban en casa —su pequeño comentario provocó una risa baja en mi madre, que dejó el tetrabrik de leche sobre la mesa y nos llenó las tazas con café recién hecho. Ryan continuó—: Esta semana trabajo de tarde y no tenía otro momento. Si hubiera sabido que estabas con alguien —su tono cambió y se volvió un poco más serio, porque la señora O'Donnell no le había contado que James estaría allí y quería que yo lo supiera—, hubiera llamado antes.

—Sí, ahora está con alguien —afirmó el señor Black—. Así que deberías dejar de molestarle y ocuparte de tus propios problemas. Si Leo quiere cruasanes, ya se los compro yo.

Sus innecesarias y bruscas palabras dejaron un profundo y tenso silencio en la mesa. Le dediqué una mirada seria por el borde de los ojos al señor Black, una que él ignoró por completo mientras me acariciaba la espalda de forma más que evidente.

—James, Ryan es un amigo de la familia —le recordé con un tono controlado y firme.

El señor Black al fin me miró, pero su expresión seria y la frialdad de sus ojos estaban todavía allí. Podía entender que quisiera mostrarse algo más áspero con Ryan y enviarle aquel estúpido mensaje de «ahora yo soy su novio»; lo que no podía entender era que le tratara de aquella manera tan cortante en mi casa, delante de mi madre. No estábamos en una puñetera orgía, ni en una fiesta sexual del barón, Ryan no era un desconocido con un par de tarjetas en la mano; era mi ex y una persona que había sido muy importante en mi vida y que no se merecía aquello.

—Claro que sí —me apoyó mi madre, tratando de relajar el momento con una sonrisa nerviosa mientras se sentaba a un lado—. Ryan sabe que siempre habrá un sitio para él en esta mesa.

El señor Black y yo no nos habíamos dejado de mirar, compartiendo un momento silencioso y bastante tenso, hasta que decidí girar de nuevo el rostro hacia Ryan, quien nos miraba a ambos con una mueca seria y preocupada mientras hacía girar el anillo negro de su dedo gordo.

—Gael me dijo que seguías en ese veterinario de Ashtown —le dije, consiguiendo sonreír un poco al final—. ¿Han dejado por fin de mandarte a limpiar cajas de arena y ordenar pienso en la trastienda?

—Sí, hace medio año ya —afirmó Ryan, forzando también una de sus preciosas sonrisas—. La señora O'Sullivan me ha dado una consulta propia y todo.

—Oh, jeso es genial! —exclamé, realmente feliz por él.

—Sí, bueno... —Ryan sonrió un poco más y se encogió de hombros—. El

suelo base no es mucho mejor, pero al menos me deja participar en las comisiones de ventas. Me siento un poco mal cuando les vendo latas de comida o champús especiales a los clientes para inflar un poco mi nómina; pero después vuelvo a mi piso nuevo con mi televisor de setenta y cinco pulgadas y se me pasa.

Mi madre y yo nos reímos, pero James acentuó su expresión seria y apretó un poco los dedos en mi espalda.

—Aprovechar tu preciosa sonrisa y tu encanto para vender un par de champús no hace daño a nadie —le dijo mi madre, alargando la mano para alcanzar un cruasán del montón.

Tiré del envoltorio para acercárselos y que no tuviera que levantarse tanto, ella me lo agradeció en voz baja y volví a poner los cruasanes en el medio.

—Yo hacía lo mismo en el pub para conseguir más propinas —le recordé antes de beber un trago del café con leche.

—Lo que te conseguía tantas propinas en el pub, Leo, era lo apretada que llevabas la camiseta siempre —respondió Ryan con una sonrisa un poco malvada en los labios.

—Eso es mentira —negué—. También sonreía mucho.

Ryan soltó un bufido y puso los ojos en blanco, como si acabara de decir la mayor de las mentiras. Giró el rostro hacia mi madre y negó con la cabeza.

—Que no te engañe, Maire. Tu hijo tonteaba con cada muchacha que se acercaba a pedirle una pinta.

—No, no, no —negué, pero se me escapó una breve carcajada—. No «tonteaba», solo era agradable y bromeaba un poco —le corregí.

Ryan bajó la cabeza y la volvió a subir, solo un poco, para mirarme por el borde superior de los ojos con una media sonrisa muy sexy.

—Así que estudiáis enfermería... —murmuró con un extraño ronroneo.

—¡Oh, vamos! —exclamé yo, algo avergonzado con todo aquello, mientras Ryan se reía—. ¡Eso solo fue una vez y sabes por qué lo hice! —miré a mi madre, bastante sorprendida al descubrir que su principito podía ser un poco manipulador si se lo proponía—. Había una fiesta universitaria y se acercaba el cumpleaños de Ryan, así que necesitaba un poco de dinero extra para hacerle un buen regalo —le expliqué a mi madre—. Me venían a pedir más pintas si... les prestaba un poco más de atención.

—¿Un poco más de atención, Leo? —me preguntó mi madre con una sonrisa de labios cerrados y mirada de complicidad.

Yo iba a responder, pero Ryan se me adelantó.

—Te sorprendería lo sexy que puede ser Leo cuando quiere, Maire.

—Sí, conozco muy bien «la miradita sexy» de los O'Brien —afirmó mi madre—. Callum también la usaba mucho de joven. ¿Y hace esto también?

—preguntó, alzando una ceja mientras se mordía suavemente el labio inferior.

—¡Sí! —exclamó Ryan, seguido de una carcajada y un golpe en la mesa.

Mi madre soltó aire con una mueca de divertida resignación y negó con la

cabeza antes de llevarse su taza de flores a los labios. Yo estaba allí, con el rostro un poco colorado y sintiéndome profundamente expuesto y avergonzado mientras el señor Black no dejaba de apretar el puño en mi espalda, tirando de la tela blanca de mi camiseta de manga larga.

—Sí, bueno —murmuré, dispuesto a cambiar de tema lo antes posible—, ¿y el resto qué tal te va, Ryan?

Se pasó una mano por la nariz, tratando de ocultar su sonrisa, y se tomó un momento para recuperar el tono y responder:

—Ya sabes, como siempre —se encogió de hombros—. Voy al trabajo, al pub y salgo con el equipo. Nora y Colin siguen preguntándome por ti.

—Mándales un saludo de mi parte —le pedí, recordando a la pareja. Ellos dos habían sido de los pocos amigos de Ryan que había conocido—. ¿Y con Arthur qué tal?

Ryan perdió la sonrisa un momento y después bajó la cabeza para mirar su café.

—Sí, bien, seguimos viéndonos —respondió—. ¿Y vosotros cómo os conocisteis? —preguntó, volviendo a levantar la cabeza con una sonrisa.

Mantuve su mirada un segundo o dos, consciente de que había algo que no quería decir delante de mi madre y James. Una de esas cosas que se guardaba muy adentro y no compartía con nadie, a no ser que yo insistiera hasta el aburrimiento para atravesar el muro de bromas y sonrisas tras el que siempre se escondía. Apreté la comisura de los labios con una leve mueca de preocupación, pero yo ya no era el hombre que se pasaba la noche en vela tratando de consolarle. No desde que había conocido a James, al menos.

—En el trabajo —respondí al fin, manteniendo el tono despreocupado que Ryan había marcado.

—Soy dueño de una importante empresa de tecnología y patentes —dijo el señor Black, sin dejar pasar la oportunidad de dejarle claro a Ryan que él era alguien importante y con dinero—. Necesitaba un ayudante bien cualificado y contraté a Leo. Ahora vivimos juntos en mi ático de dos pisos con vistas a Central Park.

—Guau... —Ryan abrió los ojos y arqueó un poco las cejas—. Ahora entiendo lo del Mercedes de la entrada —volvió a sonreír—. ¿Qué pasó, Leo?, ¿después de mí te prometiste encontrar a uno bueno de verdad? —terminó bromeando.

—Meh... —respondí mientras me encogía de hombros.

Fue una broma graciosa y mi madre y Ryan la entendieron, pero James me dedicó una mirada que podría haber hecho arder el polo norte. Le respondí con calma y puse una mano en su pierna para acariciarle suavemente.

—Nah... en realidad, James me hace muy feliz —dije, esta vez con tono serio, sin apartar los ojos de aquellos mares en tormenta—. No es perfecto, pero le quiero muchísimo —murmuré, guiñándole un ojo con cariño.

El señor Black perdió lentamente el enfado inicial y volvió a su expresión

seria y calmada, aflojó el puño que apretaba a mi espalda y extendió su mano. Tras unos segundos en silencio, hizo un levísimo y rápido gesto de morritos. Sonreí y me incliné un poco para darle un beso antes de levantar la mano de su pierna a su rostro. Use la punta de los dedos para mover las comisuras de sus labios hacia arriba y pedirle que sonriera. James lo hizo, primero algo suave, después con prepotencia mientras giraba el rostro hacia Ryan. Para él, aquello había sido como una descarada victoria sobre «el enemigo a batir», mi ex. Cogió su taza sobre la mesa y se recostó un poco en la silla con una postura mucho más relajada que antes.

—¿Qué tal se ve la tele de setenta y cinco pulgadas de tu casa, Ryan? —le preguntó antes de beber un trago de café.

Ryan se había incomodado un poco con el beso, había bajado la mirada y había empezado a dar vueltas a su anillo negro esperando a que todo terminara. No era por mí, era porque las muestras de afecto públicas siempre le habían producido un profundo nerviosismo.

—Bien, se ve bastante bien —respondió forzando una sonrisa.

—A nosotros no nos queda mucho tiempo entre el trabajo, los viajes y... todo el sexo —James se rio un poco mientras me miraba, como si eso se le hubiera escapado sin querer y estuviera algo avergonzado—, pero quizá nos compremos una —añadió al final.

Esa vez fui yo el que se sintió incómodo, mirando al frente y llevándome la taza de café a los labios para no tener que ver la expresión de Ryan o de mi madre.

—¿Has escuchado algo interesante últimamente, Ry? —le pregunté, cambiando de nuevo el tema—. Yo he dejado un poco los podcast, pero quizá me animes a retomarlo con alguno bueno.

—Oh, pues viniendo para aquí estaba escuchando uno que creo que te va a molar —respondió Ryan, agradecido de poder obviar el hecho de que James le hubiera pasado por la cara nuestra abundante vida sexual—. Es de misterios y...

Y el tema al fin fue fluyendo naturalmente, cambiando a medida que las tazas de café descendían y la montaña de cruasanes se hacía más y más pequeña. Ryan y yo éramos los que más hablábamos, pero a veces mi madre intervenía para hacer alguna pregunta o algún comentario; al igual que James, quien no perdía la oportunidad de recordarles a todos que era un playboy millonario y, lo más importante, mi novio. Al alcanzar las doce de la mañana, todavía seguíamos allí sentados, hasta que Ryan se dio cuenta de la hora y se disculpó, diciendo que tenía que hacer unos recados antes de preparar la comida e ir a trabajar. Mi madre quiso que se llevara los cruasanes restantes, pero él se negó educadamente con una broma sobre como O'Donnell y mi hermana se enfadarían con él si hacía eso.

—Gracias por venir a vernos, Ryan —le dije de camino a la puerta, cuando mi madre se había quedado en la cocina y solo estábamos los tres—. Ha sido un detalle.

—Qué va, tenía ganas de verte ya. Hacía mucho que no charlábamos —

respondió él con una sonrisa y las llaves de coche en la mano—. No estaba seguro de si... —pero se detuvo.

—No, todo está bien —le dije con una sonrisa, porque sabía a qué se refería—. Solo he estado ocupado.

Ryan asintió, más relajado que antes. Había cosas que se decían sin palabras, y conversaciones que no podíamos tener delante del señor Black.

—Siento que haya sido tan temprano y de sorpresa.

—No te preocupes —sonreí.

Ryan miró entonces al señor Black a mi lado, con su brazo alrededor de mis hombros y su expresión seria.

—Un placer conocerte, James —se despidió, ofreciéndole un apretón de manos—. Es una pena que no tengamos más tiempo para hablar.

—Nos quedamos hasta mañana a medio día —le dije de forma despreocupada, por si le apetecía hacer algún plan—. ¿Quieres que vayamos a Dublín y cenamos en el pub cuando salgas del trabajo?

—Oh, emh... —Ryan puso una mueca que reconocí al instante—. Esta noche había quedado con Arthur.

—Entonces nada —asentí sin perder la sonrisa—. La próxima vez que volvamos, te avisaremos.

—Claro, suena genial —abrió la puerta y el aire fresco y el olor a tierra mojada inundó la entrada. Todavía llovía y Ryan se volvió un momento para decirme algo, pero cambió de idea y se despidió con un gesto rápido de la mano y otra apurada sonrisa antes de salir corriendo hacia su coche.

Esperamos a que estuviera a cubierto dentro del automóvil y me despedí otra vez con la mano. Me quedé mirando cómo arrancaba el coche y conducía hacia la lejanía de la calle, sintiendo una mezcla de emociones encontradas dentro de mí. A Ryan le pasaba algo, de eso estaba seguro. Habíamos pasado demasiado tiempo juntos para que ahora tratara de esconder esas cosas de mí; y mi primera reacción había sido buscar una excusa para tratar de hablar con él a solas, para tratar de ayudarlo. Sin embargo, yo ya no podía ir corriendo detrás de él cada vez que tuviera una de sus pequeñas crisis. No era justo para James, ni para mí mismo.

—El famoso Ryan... —murmuró el señor Black mientras me miraba fijamente.

Respondí un momento a su mirada, saliendo de la profundidad de mis pensamientos antes de asentir y cerrar la puerta.

—¿Te has quedado más tranquilo después de dejarle claro que somos novios, que estás podrido de dinero y que follamos mucho? —le pregunté.

—No, no me he quedado más tranquilo, Leo —respondió—. Ahora me vas a contar todo lo que pasó entre vosotros y por qué tu ex se cree que puede venir a la casa de tus padres cuando quiera.

—Aquí no. Demos un paseo —dije con un tono algo cansado, acercándome al ropero de la entrada para coger nuestros abrigos.

El señor Black me miró con expresión seria, pero debió entender la silenciosa petición en mis ojos, porque cogió la gabardina negra y se la pu-

so. Busqué uno de los paraguas más grandes, uno que nos tapara bien a ambos, y le grité a mi madre:

—¡Vamos a dar un paseo, mamá!

—¿Con esta lluvia? —respondió ella en la distancia—. ¡Coged un paraguas!

Me aseguré de que tenía las llaves en el bolsillo y salí al exterior. Abrí el paraguas y esperé al señor Black, que seguía mirándome fijamente, dejando claro que esa aparente calma tenía un límite y que más valía que le diera una buena explicación.

Solté un suspiro de resignación y fui yo el que se acercó para cogerle de la mano y tirar de él, pero el señor Black no se dejó llevar.

—¿Qué es lo que no me has contado, Leonard? —preguntó.

—No en casa, James —le dije—. Por favor.

El señor Black cogió aire y alzó la cabeza, como si estuviera preparándose para lo peor. Entrelazó los dedos con los míos y al fin salió al exterior, pegándose un poco mientras empezábamos a caminar hacia la carretera. Yo tenía muchas cosas en la cabeza en aquel momento, y hubiera preferido aplazar aquella conversación, pero, si lo hacía, las cosas solo empeorarían. Esperé a cruzar la verja de madera y cogí una buena bocanada de aire húmedo y fresco.

—Ryan y yo pasamos cinco años juntos, casi seis —le confesé antes de sentir como la mano de James se apretaba con fuerza contra la mía, como me miraba con su expresión seria de ojos más abiertos y cortantes. Quizá el señor Black había tenido la esperanza de que solo hubiera sido un noviazgo tonto de un par de meses, pero no había sido algo tan simple.

—¿Seis putos años? —preguntó con voz gutural y enfadada.

Asentí sin apartar la mirada del frente.

—Ya nos conocíamos de antes de la universidad, pero fue cuando nos mudamos a Dublín cuando empezamos a tener una relación seria —continué, decidido a soltarlo todo de golpe y terminar lo antes posible—. Ryan no está fuera del armario, nunca lo ha estado, y creo que nunca lo estará. Tiene bastantes problemas con eso y fue una de las razones por las que terminé dejándole. Al principio no me importó, pero después de tantos años, de haber hecho tanto por él, yo me cansé de ser un secreto, de tener que...

El señor Black se detuvo en seco y tiró de mi mano para que me girara hacia él y le mirara a los ojos. Respiraba rápido y había una extraña mezcla de enfado y preocupación en su rostro.

—Yo no estoy dentro del armario y tú no eres mi secreto, Leo, sabes lo mucho que me gusta que todos sepan que eres mío —declaró con tono serio y cortante—. Lo de Lana lo decidimos los dos. Tú y yo coincidimos en que era lo mejor. Sabes que la odio.

Fruncí el ceño y parpadeé, un poco perdido y sorprendido por su reacción.

—Lo sé, James. Tranquilo —murmuré, pero me aquello no pareció calmar-

le, así que añadí —: Estoy hablando de Ryan, no de ti.

El señor Black tardó un momento, pero terminó por asentir lentamente. Le di un leve apretón en la mano y continuamos andando por el borde de la carretera.

—¿Le dejaste solo por eso? —quiso saber él.

—Le dije a mi familia que era por eso, pero realmente había otras cosas. Ryan es... complicado —me costó un poco elegir la palabra correcta—. Parece muy relajado y bromista, cuando le conoces es encantador y crees que con él todo es divertido y fácil, pero esconde un montón de problemas bajo la superficie: sobretodo con la ansiedad. A veces le daban crisis y era muy duro para mí verle así. Quería ayudarle, pero él siempre esconde todo dentro y yo me sentía perdido, confuso y frustrado. Cuando estaba muy mal, simplemente se iba y podían pasar días sin que supiera nada de él —me quedé en silencio, recordando un pasado que ahora me parecía tan lejano y extraño—. Una de esas veces, simplemente me cansé de llorar y esperar a que volviera.

—Entonces, no erais novios de verdad —fue la conclusión de James después de oír todo aquello.

Ladeé un poco la cabeza y le miré por el borde de los ojos.

—Sí, James, éramos novios. Yo le quería muchísimo, y él a mí —le aseguré.

—Pero no erais como nosotros —insistió con seriedad—. Tú me quieres más a mí de lo que le querías a él.

Cerré los ojos y solté el aire. A veces la carencia de empatía de James era un tanto sobrecogedora, todo acababa siendo una competición donde él tenía que ser el mejor de todos.

—No tengo un medidor de amor, James —murmuré—. Quería mucho a Ryan, y ahora te quiero mucho a ti.

—A mí me amas —me corrigió, como si esa palabra fuera más importante que «querer mucho».

—A ti te amo —asentí, porque a veces era más sencillo darle la razón y dejarle ganar ese estúpido juego que tratar de explicarle la complicada realidad.

Seguimos la carretera hasta el cruce y un poco más hasta la intersección con un camino que ascendía por entre las colinas y el bosque. Seguía lloviendo un poco, pero el paraguas era lo suficiente grande para cubrirnos a ambos, el único problema era esquivar los pequeños charcos y las partes más embarradas y resbaladizas.

—Después de romper, quedamos como amigos y seguimos hablando —concluí—. Al año me ofrecieron unas prácticas bastante buenas en Norte América y me fui.

El señor Black se quedó en silencio, caminando a mi lado y apretándome levemente la mano.

—¿Volvisteis a follar alguna vez después de romper? —preguntó con tono serio y grave.

Chiqué la lengua y sentí cierto nerviosismo.

—Alguna vez —reconocí a mi pesar.

James me miró por el borde de los ojos y apretó más la mano, hasta el punto de que empezó a hacerme daño.

—¿Cuántas veces?

—No lo sé, James. A veces pasaba, no era algo premeditado.

Eso no le gustó, no le gustó nada. Su calma llegó al límite y empezó a enfadarse.

—Así que vino hoy a casa de tus padres a ver si podía follarte... —dijo con su voz grave, densa y oscura.

—No —negué con tono serio y respondiendo a los mares de tormenta que eran sus ojos—. No era así como funcionaba.

—¿Y cómo pasaba, Leonard?, ¿te caía la boca accidentalmente en su polla?, ¿o es que sus bromas de mierda te hacían reír tanto que las piernas se te abrían sin querer? —preguntó, ya elevando la voz y aferrándose la mano con tanta fuerza que tuve que contener una mueca de dolor.

—James, me haces daño —le advertí, tirando del brazo para poder separarme de él.

—¡Tú también me estás haciendo daño!

Vale, ahí fue cuando me dejé de tonterías y me enfadé. Tiré de la mano con fuerza para separarme de él. Le miré fijamente a los ojos y mi tono calmado cambió a uno más frío y profundo al decir:

—¿James, te das cuenta de que, si te enfadas cada vez que te cuento algo, lo más fácil es no contarte nada?

Mis palabras provocaron un movimiento extraño de sus labios, quizá producto de la rabia contenida.

—¡Me enfado porque me escondes cosas, Leonard! ¡Dijiste que solo erais amigos!

—Somos amigos —afirmé—, pero, a veces, bebíamos un poco de más, o empezábamos a hablar del pasado y terminábamos en la cama. No tiene importancia alguna.

—¡Claro que tiene importancia! —rugió.

—No, no la tiene —negué, empezando a apretar los dientes y los puños—. Cuando te conocí, tú seguías follándote a tus sumisos y yendo a orgías —le recordé—. Tú te has follado a cientos de personas, has hecho toda clase de guarradas en todo tipo de sitios y yo nunca te lo he echado en cara. No seas un puto hipócrita, James.

—¿Hipócrita? ¡Yo no quería a esas personas! —insistió en gritar, cada vez más alto, cada vez más enfadado, tirando el paraguas a un lado—. ¡Lo mío era solo sexo! ¡Tú te sigues follando a tu ex!

—Sabes que no lo he vuelto a hacer desde que te conozco —respondí haciendo todo el esfuerzo posible por no dejarme arrastrar por aquella locura que era ahora el señor Black—. A mí también me gusta follar, y prefiero hacerlo con gente en la que confío, como Ryan, y no con un puto desconocido. Así que cuando volvía a Irlanda, a veces pasaba y punto. Sé

que te hubiera encantado que me hubiera recluso en un convento hasta viajar a América y empezar a comerte la polla, James; pero eso no es lo que pasó. Tengo un pasado, como tú lo tienes, y si yo quería follarme a mi ex, lo hacía, porque no tenía que darle explicaciones a nadie, como tú no tienes que darme explicaciones de por qué hacías lo que hacías ni con quién.

El señor Black estaba... como a punto de sufrir una especie de colapso. Apretaba los puños con tanta fuerza que los brazos le temblaban. Respiraba con fuerza y jadeaba, la lluvia le había empapado el pelo y se le escurría por un rostro contraído por la rabia y el enfado, apretaba tanto los dientes que, sin duda, debía estar haciéndose daño y, aun así, no encontraba las palabras para responderme.

—Me has mentido... —dijo en voz baja, muy lenta y muy grave.

—No, no te he mentido —respondí con total seguridad en mis palabras—. Ryan y yo solo nos veíamos cuando volvía a Irlanda, o las pocas veces que él vino a América de visita. Después de la ruptura, quedamos como amigos y de vez en cuando teníamos sexo esporádico, siempre que él no estuviera saliendo con nadie; eso es todo —le resumi.

Quizá la lógica y el sentido común se abrieron paso por entre la tormenta que era su interior, como rayos de sol entre las nubes, porque, poco a poco, dejó de temblar y su estado pasó de la ira y la rabia a algo más similar a la tristeza y la angustia.

—Tú le querías, Leonard. No era solo sexo —sus ojos se humedecieron, pero no pude diferenciar si había empezado a llorar o si no era más que regueros de agua de lluvia—. Y le sigues queriendo...

—James... —me pasó una mano por el pelo empapado y tomé una buena bocanada de aire. La última persona en el mundo que esperaba que no comprendiera lo que significaba tener sexo por diversión, era él. Di un par de pasos para acercarme de nuevo y levanté las manos para rodearle los hombros con firmeza—. He dejado de querer a Ryan de esa forma hace mucho —le prometí—. Tú eres el único en mi vida ahora y la persona que más me importa.

—Júramelo —ordenó, mirándome con los ojos levemente entornados, como si sospechara que le mintiera.

—Te lo juro —respondí, y esperaba que mis palabras le transmitieran la sinceridad con la que las había pronunciado.

James levantó las manos para rodearme la cadera y apretarlas un poco alrededor de la cazadora, como hacía cuando temía que, por alguna razón, fuera a escaparme corriendo de allí.

—Como me mientas, me enfadaré mucho, muchísimo —murmuró mientras negaba con la cabeza. Sus ojos estaban enrojecidos y ya estaba bastante claro que lloraba en silencio—. No te imaginas cuanto, Leo... —cogió una bocanada de aire cuando la voz se le rompió un poco al final de la frase—. Y no creo que pudiera perdonarte —terminó.

Asentí, consciente de que aquello era muy importante para él. Le rodeé el

rostro empapado y le limpié las mejillas con los pulgares. El señor Black asintió también y, tras un par de segundos en silencio, me acercó para besarme. Lo hizo con bastante lengua y de una forma muy intensa, rodeándome con fuerza y aplastándome un poco contra él. Cuando terminó, me rodeó los hombros con firmeza y fue hacia el paraguas para taparnos a ambos, aunque ya quedaba poco en nosotros que no estuviera totalmente empapado.

—¿Quieres volver a casa y darnos una ducha ca...?

—No —me interrumpió, tirando de mí para seguir el camino—. Ahora yo haré las preguntas y tú responderás.

Su tono había vuelto a cambiar y ahora era más serio y cortante, ese que no aceptaba un «no» por respuesta.

—Te daré un azote cuando lleguemos a casa de tus padres por cada vez que dudes o no respondas —me advirtió—. Y me da igual quien nos pueda oír...

—James... —jadeé. Conocía aquello, era una de esas mierdas tuyas sobre tener el control, y ambos sabíamos cómo había terminado la última vez—. No, en casa de mis padres no —le pedí, pero fue casi un ruego.

—Entonces, solo tienes que responder todo lo que quiero —dijo con una mirada por el borde de los ojos.

Por supuesto, todas las preguntas serían sobre Ryan y sobre mí, casi podía imaginármelo. Rodeé a James por la cadera y seguí el camino un poco embarrado por la colina, resignándome a cumplir con aquella locura tuya, como si yo fuera un prisionero de camino a la horca; así me sentía. Había personas que resolvían sus problemas e inseguridades hablando, había otras que no los resolvía, había quienes se enfadaban, había quienes lloraban y se compadecían; después estaba James y su absurda necesidad de control sobre mí.

—¿Cuánto follabais Ryan y tú normalmente cuando estabais juntos? —fue la primera pregunta.

—Lo normal, supongo.

—Ya llevas un azote.

—No, joder, James —solté aire y negué con la cabeza—. No sé, dependía del día. ¡No puedo darte una cifra exacta! Había días que follábamos una o dos veces, había días que no lo hacíamos.

—¿Nosotros follamos más?

—Mucho más —le aseguré.

—¿Y eso te gusta?

—Sí, claro.

El señor Black asintió, con el paraguas en alto y la vista al frente.

—¿Le hacías pajas, mamadas y le montabas como a mí?, ¿te lo tragabas siempre?

Puse los ojos en blanco, pero me obligué a responder:

—Sí, James. Siempre he sido muy aplicado con mis amantes.

—¿Cuántos amantes has tenido?

—Dos. Tú y él.

—¿Él te hacía algo que yo no te hiciera?

—Bueno, él... —vacilé un momento.

—Dos azotes.

—Él me la chupaba —terminé diciendo.

El señor Black me miró por el borde de los ojos con expresión seria.

—Y eso te gusta.

—Tanto como a ti —respondí, como si fuera evidente.

—Nunca me lo has pedido.

—Ya, porque no te gusta.

James se quedó en silencio un momento.

—No me gusta hacerlo si puedo evitarlo, pero hay personas a las que se lo he hecho —afirmó—, ¿eso te molesta?

—No. Si no te gusta, no te voy a obligar a hacerlo —respondí—. Como no me gustaría que tú me obligaras a hacer cosas que no quiero hacer —añadí, para que eso quedara claro.

James pareció contento con la respuesta y asintió un par de veces seguidas.

—Así hacemos nosotros las cosas —dijo—. ¿Ryan tiene la polla más grande que yo?

—James, por favor...

—Tres azotes.

Hice un gran, grandísimo esfuerzo por no poner muecas ni los ojos en blanco, porque el señor Black seguía mirándome fijamente por el borde de los ojos.

—Tú la tienes más grande —dije al fin.

—¿Mucho más?

Me llevé la mano al rostro, pero la detuve a medio camino y terminé preguntando:

—¿En serio necesitas saber eso?

—Cinco azotes.

—Te has saltado el cuarto.

—Yo soy el que manda aquí, me saltaré lo que quiera. ¿Quieres que los cuente de tres en tres o vas a responder, Leonard?

—Joder... emh... —ese tan innecesario momento en el que tenías que describirle la polla de tu ex novio a tu actual novio—. Más o menos como la mía, pero más gruesa en la base y sin ser pelirrojo.

A James no pareció complacerle aquella descripción.

—Tenía cara de tenerla pequeña —reconoció, como si estuviera decepcionado.

—La tiene normal, James. Sin más.

—¿Tenía alguna filia?, ¿te pedía cosas raras?

Joder, que James Black te preguntara si alguien pedía «cosas raras», era bastante cuestionable.

—Necesito que seas más específico con eso —le pedí.

—Asfixia erótica, mearte encima, creampie, fisting, footjob...

—No, no —le detuve—. Nada raro, solo... —me encogí de hombros y me sonrojé un poco debido al apuro que me daba confesar aquello de Ryan.

Casi me sentía como si le estuviera traicionando o algo así.

—Le gustaba que le llamara «papi» y quizá darme un par de veces con la polla en la cara; pero eso no es tan, tan «raro».

El señor Black soltó un bufido y una sonrisa un poco cruel se deslizó por sus labios.

—Así que vainilla con un poco de bofetada turca —concluyó, como si estuviera pidiendo un helado en el McDonal's—. Nosotros follamos de verdad, Leo...

—Lo que tú consideras «follar», no es del gusto de todos, James —tuve que decirle, por si no recordaba que el BDSM, el control y todo lo que hacíamos en nuestros domingos especiales también se consideraban «filias».

—¿Te gusta más follar conmigo? —esa pregunta casi la pude ver venir a leguas de distancia.

—Sí, pero eso no significa que no me lo pasara bien con Ryan —quizá no era la respuesta que quería oír, pero era la verdad.

—¿Lo hacías solo en casa?

—Sí, siempre. Jamás hicimos nada en público, ya te he dicho que Ryan no está fuera del armario.

—¿Perdiste la virginidad con él?

—Claro, te he dicho que solo he tenido sexo contigo y con él.

El señor Black asintió, entonces me di cuenta de que había sido una pregunta trampa para intentar pillarme. Eso no me sentó bien y puse una mueca que lo demostrara, mueca que él ignoró por completo.

—¿Le llevabas a sitios especiales como a mí? —preguntó entonces.

Ese cambio repentino me sorprendió tanto que tardé un par de segundos en responder:

—Sí, supongo que sí.

—¿Hacías cosas bonitas por él como haces por mí? Como los donuts o el café con dulce de leche.

—Oh, emh... No, no exactamente —ahora que las preguntas eran meramente razonables podía pararme un poco a pensar las respuestas—. A Ryan le daba otras cosas.

—¿Lo qué?

—Pues, cuando se quedaba a dormir bajaba a comprarle cruasanes y preparaba el desayuno —le expliqué—, y cuando lloraba le regalaba un cactus. Eso era por una broma estúpida que hicimos una vez... —dije más a prisa, restándole importancia—, le hacía sonreír bastante.

«Después le invitaba a cenar una vez al mes, porque nos propusimos probar cada hamburguesa de Dublín. Guardaba las tarjetas de visita de los lugares para regalarle un cuadro con todas al terminar, como recuerdo de la hazaña. Ah —recordé de pronto—, y también le invitaba a todos los

partidos del Leintern cuando jugaba en Dublín. Ryan jugaba en el equipo de la universidad. Rugby inglés —le aclaré—, no es igual al americano.»

El señor Black me escuchaba atentamente, sin cambiar su expresión seria mientras algunas gotas todavía se precipitaban de su flequillo empapado y desaparecían en su barba espesa. Cuando terminé, esperó un par de segundos para preguntarme:

—¿Y qué hacía él por ti?

Esa vez fui yo quien tardó unos segundos en responder con un leve encogimiento de hombros:

—Me hacía feliz.

—Dijiste que te hacía llorar y que te dejaba solo —me recordó.

—Sí —asentí—, a veces había cosas malas, pero también había muchas buenas. De no ser así, no me hubiera pasado casi seis años a su lado. El problema fue que, al final, las cosas eran más malas que buenas. ¿Lo entiendes? —pregunté, aunque no creía que James pudiera entenderlo.

—Yo hago las preguntas ahora, Leo —respondió, evadiendo por completo el tema—. ¿Qué le pasaba en esas crisis que tanto te molestaban?

—No me molestaban sus crisis —le aclaré—, lo que me molestaba era que... se guardaba todo para él mismo y era como si... yo tuviera que pelear por cada palabra que sacaba de sus labios —me tomé un momento para tratar de encontrar una forma de explicarlo mejor—. Podía aceptar que sufriera, pero no podía aceptar que sufriera solo y no me dejara ayudarlo. Me sentía completamente inútil y frustrado algunas veces. Él decía que no quería hacerme sufrir también con «sus tonterías», pero verle así me hacía sufrir igualmente, aunque no me las contara.

—Yo te cuento las cosas que me preocupan —dijo el señor Black—. Solo te las cuento a ti.

Negué con la cabeza y no pude aguantarme una mueca de discrepancia.

—Eso no es verdad, James —tuve que decirle, porque, si quería sinceridad, iba a tenerla por todos lados—. Me cuentas muchas cosas que te preocupan de la empresa y otros temas neutrales, pero tus preocupaciones sobre mí o nosotros como pareja te las guardas para ti mismo. No creas que no me doy cuenta cuando le das vueltas a la cabeza y me miras constantemente. Muchas veces terminamos discutiendo porque tú prefieres hacerte tus propias ideas que preguntármelo directamente, y yo me enfado porque tus conclusiones son siempre muy retorcidas o tomas decisiones importantes unilateralmente.

Para mi sorpresa, James no se enfadó con aquello. Se detuvo y me miró fijamente a los ojos con expresión seria, una que fue volviéndose un poco más preocupada y un poco más triste de una forma casi imperceptible.

—Necesito el control, Leo —murmuró, como si eso justificara todo lo demás.

—Lo sé —asentí—. Guardarte tus sentimientos y obligarme a confesar los míos forma parte de ese control, pero eso no significa que no me dé cuenta, James.

Su expresión de preocupación se acentuó, puede que de una forma que nunca había visto en su rostro a excepción de cuando nos habíamos emborrachado tanto en Toulouse.

—Eres muy difícil de controlar, Leo —empezó a respirar un poco más fuerte, a ponerse nervioso—. Tú eres... perfecto —murmuró en voz muy baja, como si esa palabra le doliera.

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente el uno al otro, entonces se me escapó la risa.

—¿Qué? —pregunté, incapaz de creerme que James hubiera dicho eso.

—No te rías... —dijo con los ojos húmedos y tratando de ocultar su tristeza con un repentino enfado—. No te rías, Leonard —repitió, esta vez con los dientes apretados.

Dejé de sonreír lentamente y me puse serio de nuevo. Llovía sobre el paraguas negro, produciendo un continuo repiqueteo de las gotas al romperse; estábamos parados en mitad de la colina verde, con el bosque a nuestros pies y la iglesia del pueblo en lo alto; el cielo era gris cenizo y los ojos de James del azul del mar. Había dicho que yo era perfecto y yo me había reído, creyendo que bromeaba.

—Yo no soy perfecto, James —murmuré—, ni tú tampoco.

El señor Black se quedó callado, tanto tiempo que temí haber cometido un error demasiado grande al haberme reído de lo que había dicho. Entreabrí los labios para decir algo, quizá disculparme, pero él al fin respondió:

—Vamos a subir a la iglesia, te daré diez azotes y te follaré, porque es lo que quiero.

—¿En... la iglesia? —farfullé, casi sin aire, dirigiendo una rápida mirada al edificio en la distancia—. Ahí se han casado, bautizado y enterrado varias generaciones de O'Brien...

—Pues a un O'Brien se lo van a follar muy duro en ella, si quiere que su novio le perdone.

Cogí una buena bocanada de aire y lo retuve en los pulmones antes de volver la mirada de nuevo hacia el señor Black. Lo solté llenándome las mejillas y noté como el corazón empezaba a latirme con fuerza en el pecho.

—Tú decides —me dijo, y yo sabía que eso sería lo último que me diría.

Apreté los labios y alargué la mano para coger la suya, estaba un poco fría y húmeda, pero no me importó. La miré y la acaricié un poco. Yo no era católico ni creyente, pero sí que sentía cierto respeto por aquel lugar que muchos en mi familia consideraban realmente sagrado.

—Si está el Padre Welsh, le diremos que quiero enseñarte la iglesia y serás agradable con él —le pedí, y él sabía que eso era lo último que le pediría.

James me rodeó la mano y ascendimos juntos la colina hacia la iglesia, un edificio de robusta piedra gris y campanario de teja negra. Los grandes portones de madera estaban cerrados, pero había una pequeña puerta abierta para todos aquellos que, por alguna razón, quisieran ir a rezar. Dentro no hacía más calor que en el exterior, pero el ambiente cambiaba

por completo. Había un olor denso a cerrado, a cera y a polvo. Las cristalerías ahogaban todavía más la ya poca luz que había aquel día, resaltando las velas encendidas en los altares y lo lúgubre y silencioso del lugar. Por suerte, el Padre Welsh no estaba por allí, porque no creía que yo hubiera podido ocultar mi cada vez más creciente nerviosismo. El señor Black echó un vistazo rápido al lugar y no se le ocurrió otra cosa que guiarme hacia el enorme confesionario de madera robusta a un lado. Sin duda, a veces James tenía un profundo sentido de la ironía.

Se coló dentro y esperó a que le siguiera, cerrando la densa cortina roja de terciopelo hasta sumergirnos en lo que, podría considerarse, una íntima penumbra. A esas alturas mi corazón ya bombeaba con tanta fuerza que me ensordecía un poco los oídos. James quitó la gabardina negra y se remangó la camiseta con gran detenimiento mientras yo le miraba, después se sentó en la silla del confesionario y se recostó un poco.

—Bájate el pantalón y ven aquí, ya sabes cómo —dijo con tono serio.

Ahí fue cuando cogí una última bocanada de aire y me mentalicé con que, aquello, iba a pasar. Decir que fue violento y estresante, sería quedarme corto. Los azotes no fueron si quiera la peor parte, aunque tuviera que ir contándolos uno a uno, y cada cual fuera más fuerte y doloroso que el anterior. No. Lo peor fue pensar que el Padre Welsh apareciera en cualquier momento alertado por los extraños ruidos y nos sorprendiera allí follando mientras el señor Black no paraba de decirme cosas como: «Eres solo mío, Leo», «Ryan no te llenaba así», «nadie te va a follar como yo», o el sorprendente «dime que soy tu papi». Yo trataba de responder, pero muchas veces se me entrecortaba la voz. James no dejaba de embestirme tan fuerte como podía, y aunque el ritmo fuera muy intenso, aguantó bastante, porque aquella mañana ya se había corrido al despertarse.

Cuando se corrió, gruñó muy alto y se dejó caer sobre la silla, con una gran sonrisa en los labios y el rostro empapado de restos de lluvia y sudor, al igual que su camisa. Ambos tardamos un largo minuto en recuperar la respiración y la conciencia, hasta que el señor Black me rodeó con los brazos para que me recostara sobre él. Buscó mis labios para darme el beso de después y me apretó en un abrazo que resultó muy, muy dulce en comparación con todo lo que había pasado allí.

—James, vámonos ya, por favor —le pedí.

Él me miró unos segundos, perdió la suave sonrisa y asintió. Cuando estuvimos de nuevo presentables, más o menos, yo encabecé la marcha hacia la salida, sintiendo un profundo alivio cuando crucé la puerta y volví a respirar aire libre y a sentir la lluvia sobre la cabeza. James abrió el paraguas y me cubrió con él antes de pasarme el brazo por los hombros y darme otro beso en la mejilla.

La vuelta a casa de mis padres fue silenciosa pero no incómoda, si exceptuamos mi dolor de culo y los encontronazos con algunos de los vecinos, que no tardaron en asaltarnos con preguntas incómodas y atreví-

das.

—¿Y este hombretón tan guapo?

—¿Has traído a un compañero a conocer el pueblo?

—¿Es un amigo de América?

—James no es un amigo, es mi novio —respondía yo, y eso terminaba el noventa por cierto de las veces con las conversaciones de un plumazo. Todos en el pueblo sabían o al menos sospechaban que yo era gay, no entendía por qué les sorprendía tanto que tuviera un novio.

A mí me resultaba molesto y solo estaba deseando volver a casa y ducharme con agua caliente, pero al señor Black, por el contrario, parecía bastante complacido con todo aquello. Sonreía a todos y no dudaba en pararse si alguien se acercaba lo suficiente a nosotros. No tenía claro si lo que le producía tanto placer era recibir los numerosísimos halagos que le dedicaban, o el hecho de dejar bien claro que el hijo menor de los O'Brien estaba saliendo con él.

Cuando llegamos al fin a casa solté un suspiro y dejé mi cazadora en el ropero junto la gabardina de James.

—¡Ya estamos aquí! —le grité a mi madre.

—¡Hola, chicos! —respondió ella desde la cocina—. ¡La comida está casi lista!

—¡Subimos a darnos una ducha rápida!

Empezamos a subir las escaleras, pero mi madre salió de la cocina con un trapo en la mano y una cuchara sopera de madera en la otra.

—Ryan ha llamado, por cierto —dijo, ya en un tono normal y con cierta preocupación—. Quería hablar contigo.

Me quedé un momento en silencio y después asentí con la cabeza.

—Le llamo ahora.

Mi madre sonrió.

—¿Te ha gustado el pueblo, James? —le preguntó.

—Es un sitio encantador, Maire, sobretodo la iglesia. Me ha llevado a la gloria.

—Sí, es una iglesia preciosa —respondió ella antes de reírse, y, por suerte, jamás entendería por qué James había dicho aquello—. Corred, id a ducharos, todavía hay tiempo antes de que lleguen Gael y O'Donnell.

Cuando mi madre desapareció tras la puerta, miré a James con una expresión seria.

—¿En serio?, ¿a la gloria? —pregunté en voz baja.

El señor Black sonrió un poco más.

—Estoy de buen humor, Leo, así que quizá tomemos unas pintas con Ryan cuando salga de su mierda de trabajo vendiendo champú de perros —me ofreció.

Fruncí el ceño, pero fue más un gesto de incomodidad al oírle decir aquello.

—No seas malo con él —le pedí.

James perdió la sonrisa, pero al menos no se enfadó.

BONUS: CONMIGO, PERO SIN MÍ.

La angustia y la depresión eran grandes amigos míos. Los conocía a ambos desde siempre, eran la clase de colegas que nunca se perdían una buena fiesta, aunque no los invitaras. Siempre se acordaban de mí, me decían: «Ey, Ryan, parece que las cosas te van bien, pero, ¿no crees que eres una mierda de persona y que siempre la acabas jodiendo de alguna forma?». Y yo les decía: «Hostia, es verdad. Quizá debería ponerme a temblar e hiperventilar mientras trato de no llorar para que nadie se dé cuenta». Sí... eso solía pasarme a menudo cuando era adolescente; pero yo me decía a mí mismo que con el tiempo se pasaría. Quizá cuando dejara la casa de mis padres, quizá cuando me mudara a Dublín, quizá cuando consiguiera trabajo; pero, ¡sorpresa! El tiempo pasaba y yo solo seguía cagándola más y más y perdiendo cosas que me hacían feliz, cosas que quizá se preocupaban muchísimo por mí, cosas que intentaban ayudarme, cosas que yo hacía sufrir, cosas que me habían dejado y se habían marchado muy lejos, cosas que habían vuelto con un novio millonario e increíblemente guapo, cosas que ya no volverían jamás. Pequeñas cosas, ya sabéis.

Y yo quería esas cosas, ¡claro que las quería! Pero cuando las tenía, solo podía pensar en el momento en que las perdería. Mis buenos amigos me decían: «Ey, Ryan, este chico es genial, guapo, gracioso, divertido, sincero y además se nota que te quiere muchísimo, ¿no crees que es demasiado bueno para ti?». Y yo les decía: «Joder, es verdad. Voy a sabotearme a mí mismo y a tratar de alejarle de mí, porque eso tiene mucho sentido, ¿verdad? Si alguien me hace feliz, ¿no puede ser bueno para mí!». Sí, eso era lo que pensaba mientras jugaba con Leo a un retorcido juego que a mí me gustaba llamar «conmigo, pero sin mí». Las reglas eran bastante sencillas: yo hacía todo lo posible por mantener la distancia emocional y no darle a Leo demasiado, porque si lo hacía, quizá él descubriera el puto desastre de persona que yo era; pero, y aquí viene lo mejor, a la vez quería que Leo se desviviera por mí, que me dedicara toda su atención y que me siguiera tratando como a un rey a cambio de nada.

SPOILER ALERT: salió mal.

El día que me dejó, yo sonreía y bromeaba mientras me moría por dentro. Leo lloraba en la mesa de la cocina y me miraba a los ojos.

«Te quiero mucho, Ry», me dijo, «pero estoy cansado de luchar yo solo por los dos, por nosotros». Estaba cansado, normal, yo también estaba cansado de mí mismo. Le prometí que seríamos amigos y que no había motivo para sentirse mal, que las cosas a veces no funcionaban. Después dejé su piso y tuve uno de los peores ataques de ansiedad de mi vida. De los gordos, con mis buenos amigos del brazo. Tardé una semana en conseguir reunir las fuerzas suficientes para levantarme de la cama y entonces descubrí que no había mensajes de Leo en mi móvil, que él ya no me esperaría con un cactus en las manos y una sonrisa en el rostro, que ya

no me invitaría a más partidos ni a más noches de hamburguesa y pintas en el pub. Qué, por fin, la había cagado tanto que había echado incluso a Leo de mi vida. Lo consideré todo un logro personal, porque Leonard O'Brien no era de los que tiraban la toalla y te dejaban tirado a la primera de cambio. Él luchaba hasta el final.

Pero me lo merecía. Sí, a mí me iba lo duro, ¿verdad? ¿Quién necesita despertarse oliendo a cruasanes recién hechos y café?, ¿quién necesita al hombre más guapo, gracioso, detallista y leal de Dublín cuando podías estar con otra persona tan jodida y mal de la cabeza como tú mismo? Entonces ya no te sientes mal por ser una mierda, porque tienes justo lo que te mereces. Ah... esos meses tras la ruptura fueron... justo lo que necesitaba. Volví a meterme en aplicaciones que no debería, a hacer estupideces con personas que no conocía, a meterme en relaciones sin sentido simplemente porque no me gustaba estar solo y Leo había dejado un profundo vacío dentro de mí. Por supuesto, yo no había vuelto a hablar con él. Le había prometido que seríamos amigos, pero, como el adulto irresponsable que soy, mentí. Le había evitado de todas las formas posibles porque yo ya no era su problema y no quería seguir jodiéndole la vida. Ya me había pasado cinco años haciendo eso.

Hasta que una noche le había visto en el pub *The Barrel*, sentado en una mesa con un grupo de desconocidos. Él no debería estar allí, porque quedaba lejos de su piso y nunca visitaba aquella zona de Dublín, pero ahí estaba, rodeado de hombres y mujeres trajeados. ¿Cuántos meses habían pasado?, ¿cinco, seis?

Leo me vio a los lejos, en mi sitio en la barra junto a mis compañeros de equipo. Llevaba camisa y corbata, se había cortado un poco el pelo caoba y desordenado y se había dejado la barba más larga para parecer más adulto. Era como uno de esos ejecutivos de los anuncios con sonrisa perfecta y un futuro brillante por delante.

Creí que me ignoraría, pero era Leo, después de todo, el viejo y encantador Leo. Yo ya estaba demasiado acostumbrado a los pirados y los hombres rencorosos para recordar cómo era él. Él sonrió y me saludó con la mano como si fuéramos viejos amigos, aunque yo hubiera ignorado todos sus mensajes y llamadas.

Yo sonreí, por supuesto, yo siempre sonreía y así nadie sabía que estaba muerto por dentro. Entonces Leo dejó de mirarme y prestó atención a los demás en su mesa. Él sabía cómo era yo, sabía que a veces me gustaba huir muy lejos y que no debía intentar presionarme para que volviera. Me quedé en la barra con el resto del equipo, participando en cada broma y echando rápidas miradas a la mesa de los ejecutivos donde estaba Leo. En algún momento se hizo demasiado tarde y se levantaron para irse. Él me buscó con la mirada de camino a la puerta y volvió a sonreír para despedirse. Yo respondí de nuevo, añadiendo un gesto para destacar la corbata que llevaba puesta, como si me riera un poco de él. Leo lo entendió al momento y su preciosa sonrisa se ensanchó antes de coger la

corbata y tirar de ella hacia un lado fingiendo que se ahorcaba. Eso fue todo, una de nuestras muchas bromas. Esas que echaba tantísimo de menos.

Bien, ¿os acordáis de ese pequeño juego que tanto me gustaba? «Conmigo, pero sin mí». Pues tocaba la revancha, porque yo era una mierda de persona y quería a Leo a mi lado, aunque supiera que él se merecía algo mucho mejor. Frecuenté sus lugares favoritos hasta que le encontré, bromeamos como si nada hubiera pasado, le empecé a llamar de nuevo, quedamos, volvimos a beber pintas cada fin de semana y a charlar un poco de todo.

Yo le decía que tenía algunas «relaciones tontas», para que supiera que me iba bien y que había pasado página; aunque no era cierto. Solo quería que no se preocupara por mí como antes, que no sufriera por mi culpa, porque eso era lo que nos había separado. Leo se alegraba mucho por mí, daba igual el motivo, parecía que cada uno de mis pequeños éxitos fueran como jodidas hazañas.

Leo era la clase de persona que creía que todo lo que hacías y conseguías era «genial y maravilloso», porque te quería demasiado. Si nos hubieran metido en una misma habitación a un premio nobel, el inventor de internet, a Ghandi y a mí; Leo seguiría creyendo que yo me merecía más halagos y felicitaciones por haber conseguido unas estúpidas prácticas en una buena clínica veterinaria.

Yo sabía que no era para tanto, que solo había tenido un poco de suerte, pero me hacía muy feliz que se alegrara tanto por mí; me hacía creer por un momento que quizá sí me merecía las cosas buenas que me pasaban en la vida.

Después de un par de meses más, casi todo había vuelto a ser como antes, como al principio; cuando todavía éramos más amigos que novios y Leo no se esforzaba tanto en hacerme feliz o tratar de ayudarme, por lo que no lloraba y sufría cuando yo me negaba a contarle por qué llevaba el día entero sin hablar. Sí, Leo y yo éramos unos amigos cojonudos; pero, claro, eso no era suficiente para mí. Así que una noche de borrachera puse una excusa tonta para quedarme a dormir en su casa, como un amigo cualquiera. Le dije que el sofá sería suficiente y él me ofreció una almohada y una manta. «No vomites en el puto suelo, Ry. La última vez tardé una semana en quitar el olor», me recordó. Yo bromeé y nos reímos antes de que Leo caminara un poco tambaleante hacia la habitación. A la media hora me metí en su cama y le besé. Sabía que Leo no había estado con nadie desde que habíamos roto y que siempre se ponía muy cachondo cuando bebía; así que tuvimos sexo del bueno y nos dormimos abrazados, como hacíamos antes. «Ry... No sé si ha sido una buena idea», me dijo Leo a la mañana siguiente. «Me gusta mucho lo que tenemos ahora y no quiero volver a confundir las cosas». «A mí también», respondí yo, «no te preocupes, Leo, esto no cambiará nada, es solo por diversión. ¿No te parece divertido verme follar como un perrito salido?». Leo se rio y, bro-

ma a broma, el tema pasó. A las dos semanas volvimos borrachos a su casa y follamos otra vez. A los pocos meses, establecimos una silenciosa regla de que el sexo no influiría en nuestras vidas ni en nosotros. Yo le decía que a veces conocía a alguien y dejábamos de hacerlo un par de semanas hasta que, oh, casualidad, lo mío con el otro chico no funcionaba y volvía a su cama. Sí... le mentí un poco con aquello. Esos hombres no eran reales, solo eran una excusa para que Leo creyera que yo seguía adelante con mi vida, como él estaba haciendo, y así no se preocupara por mí ni por nuestras noches tontas de sexo.

Era el plan perfecto, hasta que a Leo le ofrecieron unas prácticas bastante buenas en Norteamérica.

Él dudó en aceptarlas, me dijo que no estaba seguro si quería dejar Dublín; pero yo le dije que lo hiciera. «¡Vete, es una gran oportunidad, Leo!», sonreía y le animaba, aunque lo único que pensaba era en que se iría demasiado lejos de mí. «Es solo medio año», le recordé.

Creo que fui yo, que fue solo culpa mía que él se fuera a Norteamérica. Porque quería demostrarle una vez más que yo ya había pasado página y que él debía hacer lo mismo, aunque fuera a miles de kilómetros de distancia. En ese momento, «conmigo, pero sin mí», adquirió unas dimensiones totalmente diferentes. Leo solo volvía en vacaciones o un fin de semana cada dos o tres meses. Siempre me llamaba y nos veíamos, siempre nos reíamos y bromeábamos, yo siempre quería invitarle a casa y que se quedara a dormir. «¿Cuándo vas a volver?», le preguntaba de forma despreocupada. «Quizá cuando termine el nuevo contrato». Pero siempre había un contrato nuevo después del anterior, siempre había un nuevo trabajo, siempre debía quedarse allí más tiempo. Y no me importó, no del todo, porque siempre volvía, o yo iba a verle a Norteamérica y todo era como siempre; sexo incluido. Así que era solo cuestión de tiempo que, en algún momento, las cosas fluyeran naturalmente hacia ese momento en el que, sin darnos cuenta, volveríamos a ser pareja.

Hasta que, de pronto, dejó de volver. Dejó de responder a mis llamadas y de mirar el correo. Empecé a ir mucho al pub de los O'Donnell, porque su hijo, Patrik, era el prometido de la hermana de Leo y a veces ellos estaban allí. Gael fue la que me contó que Leo había estado desaparecido por culpa de su nuevo trabajo de ayudante y que aquellas navidades no volvería. Así que les dije a mis buenos amigos depresión y ansiedad: «Ey, chicos, Leo solo está ocupado, eso es todo. Ni siquiera ha hablado con su familia. Así que quizá podáis dejarme dormir esta noche de un tirón y sin sudores, ¿qué os parece?». Pero los meses seguían pasando y empecé a sentirme demasiado solo y a quedar con gente que no conocía y que eran tan «discretos» como yo. Ya había perdido la esperanza de que Leo volviera cuando la señora O'Donnell me dijo una noche después del trabajo que estaba en casa de sus padres. No lo dudé ni un instante. Madrugué mucho, pero tampoco es que hubiera podido dormir demasiado de todas formas. Salí en busca de nuestros cruasanes y conduje

directo a su casa mientras el corazón me retumbaba en los oídos y mis buenos amigos me decían: «Ey, Ryan, ¿por qué crees que ha pasado de tu puta cara y no te ha avisado de que volvía?, ¿crees que al fin se aburrido de ti?, ¿crees que al fin se ha dado cuenta de todas tus estúpidas mentiras y quiere que le dejes en paz?». Y yo decía: «No, Leo no es así. No te deja tirado sin decírtelo antes a la cara. No es como yo. Tiene que haber pasado algo».

Y sí, sí había pasado algo. James Black había pasado. Joder... ¿En serio Leo tenía que haber encontrado al hombre más jodidamente guapo, grande, fuerte y rico de toda puta Norteamérica? Yo sonreía, por supuesto, porque, ya sabéis, había pasado página y todo eso... Sí. Sonreía y bromeaba mientras la angustia me comía por dentro como las termitas. James no solo era perfecto, sino que además Leo le quería muchísimo, y yo mejor que nadie sabía que ese amor valía su peso en oro. Me fui de aquella casa sabiendo que la había cagado por completo, que ya no habría revancha, que el juego había terminado definitivamente. Había tardado años y yo llegué a creer que nunca sucedería, pero Leo tenía un nuevo novio ahora. Tuve que parar el coche en el arcén y salir a respirar bajo la lluvia. Todo me temblaba y creía que me ahogaba. Había un vacío dentro de mí que me estaba tragando por entero.

Tras toda aquella locura: la hazaña de conseguir conducir a casa sin terminar teniendo un accidente y una buena hora de temblores, náuseas y gemidos nada masculinos, estuve preparado para hacer una llamada. La última que le haría a Leo, pero no estaba en casa. Fue otra hora después, cuando miraba fijamente la tele apagada de mi salón cuando sonó el móvil y vi en número de los O'Brien.

«Ey, Leo», respondí, y mi voz era divertida y feliz, pero en el reflejo oscuro de la pantalla podía ver mis ojos hinchados, mi pelo revuelto y el desastre de persona que yo era. «No pude decirte que me alegro mucho por ti, y que te deseo lo mejor».

«Ey, Ry», me dijo, «muchas gracias. Me ha alegrado mucho verte». Asentí con la cabeza yforcé una sonrisa que no pudo ver. «Oye...», murmuró entonces en voz más baja, «¿estás bien?».

«Sí, claro. ¿No me has oído cuando dije que tenía una televisión de setenta y cinco pulgadas?». Pero Leo no se rio esta vez, hubo un breve silencio en la línea, lo cual fue extraño, porque Leo no solía dejar esos silencios.

«Hoy te he notado muy raro», me dijo. «¿Todo bien, Ry?»

Todo bien, Ry... eso sí era Leo. Alcé el brazo y miré el tatuaje que me había hecho hacía algún tiempo con esas mismas palabras.

«Estoy bien, Leo», le mentí una vez más.

Otro breve silencio después me dijo:

«Te mandaré un número al móvil y podremos hablar si lo necesitas».

«Eeeeh...» bromeé, «eso no suena a algo que le vaya a gustar a tu chico. Se ha tomado muchas molestias en dejar claro que estáis juntos como para que te pille hablando con tu ex».

«Ry, tú siempre serás importante para mí».

Apreté los dientes y traté de controlar el jadeo y las contracciones del abdomen que me pedían que volviera a echarme a llorar.

Solo yo, Ryan Doyle, podría haber perdido a alguien como Leo.

Pero bueno, «Conmigo, pero sin mí», era un juego horrible en el que solo se perdía. ¡Sorpresa!

LA PAREJA DEL MILENIO

La vuelta a Norteamérica fue... No sabría cómo explicarlo. Por una parte, estaba contento y tenía ganas de volver a casa, por otro lado, dejar Irlanda me puso muy triste. El señor Black, sin embargo, estaba feliz de poder volver, dejando atrás a mi familia, a mi ex, y las numerosas incomodidades que todo aquello le producían.

—Volveremos, Leo —me prometió con una mirada seria mientras yo conducía a Dublín tras una despedida un poco lacrimógena por parte de mi madre que me había afectado más de lo que me hubiera gustado confesar—. Todavía hay muchas cosas que no me has enseñado.

Asentí yforcé una sonrisa, aunque fue más bien una mueca algo triste. Tardé la mitad del vuelo de seis horas de vuelta a casa en recuperar un poco del buen humor, y fue en parte gracias a que el señor Black se esforzó bastante en ello. No se privó de abrazarme, besarme y darme toda clase de atenciones y mimos mientras trataba de bromear, o, al menos, de intentararlo; lo que en sí también era algo gracioso, la verdad.

—¿Y todo esto? —tuve que preguntar.

El señor Black se limitó a encogerse de hombros y murmurar:

—No soporto verte triste, Leo.

Apreté los labios con una cálida sensación en el pecho y le acaricié su barba abundante y rubia. En momentos como aquel creía que podría comerme a James a besos, lo cual intenté cuando le llevé al baño del avión. Eso nos puso bastante contentos a ambos, la verdad. Terminamos con una amplia sonrisa en el rostro y le di muchos besos al señor Black alrededor de la boca empapada de saliva y en los labios rosados. Él se quedó mirándome de una forma extraña, sonriendo como un niño pequeño mientras me rodeaba con los brazos. Éramos dos hombres adultos con los pantalones caídos hasta los tobillos que se dedicaban miradas y caricias en mitad del baño de un avión. La imagen misma del amor.

Cuando alcanzamos el aeropuerto arrastramos las maletas entre la muchedumbre de personas que hablaban con acento americano y siempre parecían apuradas o de mal humor. James quiso rodearme los hombros y continuar con aquella dinámica de pareja que hasta entonces habíamos desarrollado, pero, por desgracia, tuve que recordarle que allí era muy probable que alguien le reconociera. El señor Black perdió parte de la sonrisa y miró alrededor antes de asentir.

—¡Lakov! —saludé al conductor, que ya nos esperaba con su postura de manos cruzadas y expresión muy seria e intimidante—. ¿Qué tal las vacaciones?

—Muy agradables, señor Obrai. Ha vuelto usted con mucho acento.

—Sí, siempre me pasa —afirmé sin perder la sonrisa.

Le quise ayudar a meter las maletas, pero él se negó con un gesto de la mano y señaló hacia las puertas del coche. Entrar de nuevo fue como realmente «volver» a casa. James ya estaba sentado con sus piernas abier-

tas y sus brazos extendidos en su posición del rey del mundo y yo estaba frente a él. Solté un suspiro y, por mucho que me pesara, saqué el móvil del bolsillo y miré todo lo que nos habíamos perdido. Habíamos estado congelados en el tiempo, por así decirlo, ya que habíamos salido de Irlanda a las doce y media de la mañana y, tras seis horas de viaje, habíamos llegado a Nueva York a casi la misma hora. Ni siquiera pasaríamos por casa a ducharnos y cambiarnos, sino que iríamos directos al despacho y empezaríamos con las reuniones de la tarde. Ya había sacado del equipaje la americana de James y dos corbatas para al menos adecentarnos un poco.

—Pediré un buen café —le dije al señor Black—. Vamos a necesitarlo —le aseguré tras ver el horario.

Al llegar a la oficina hubo cierto revuelo, por supuesto. Llevábamos diez días fuera y nuestra vuelta llamó mucho la atención. Las recepcionistas se pusieron de pie como si se tratara de la llegada de un rey o algo así, sonrieron y dijeron todas a la vez:

—Bienvenido, señor Black —no me quedó claro si aquello estaba ensayado o les había salido de forma natural, aunque dudaba de que estuvieran todos tan contentos de vernos volver.

James apartó la mano de la parte baja de mi espalda y se dirigió con su sonrisa de un millón de dólares hacia Lana. El Soltero de Oro también había vuelto, y con energías renovadas después de un par de días de descanso. La joven se sonrojó y miró al señor Black como si le hubiera echado de menos cada segundo que había pasado sin él. Aproveché su tonto intercambio de preguntas insulsas y ridículas para coger la bolsa de la comida y los cafés.

—Bienvenido, señor O'Brien —murmuró una de las recepcionistas en voz baja, una rubia de senos muy grandes cuyo nombre nunca me había molestado en aprenderme.

—Gracias —sonreí, pero me costó un poco.

La tarde acababa de empezar y yo estaba hambriento y cansado; si hacías las cuentas, James y yo ya llevábamos once horas en pie y todavía quedaban por delante otras siete repletas de reuniones y trabajo duro. El señor Black fingió que yo había llamado su atención para darle prisa, aunque solo había sido una excusa, porque yo estaba con cara seria detrás de él sin decir nada.

—Toca volver a la rutina —dijo James, poniendo un mohín encantador, mezcla de desagrado y resignación—. Cerraré los ojos y pensaré en París —bromeó. No fue tan gracioso, pero Lana soltó una carcajada bastante alta.

Se despidieron con la mano y acompañé al señor Black hacia su despacho al final del pasillo. Tuve que buscar las llaves en mi escritorio, ese que ya casi no utilizaba, antes de abrir la puerta de madera oscura cerrada con llave. Me eché a un lado para dejarle pasar a él primero y después entré yo. Olía a cerrado y el ambiente estaba un poco cargado después de diez

días sin uso. James se quitó la gabardina y miró la mesa grande de ébano y el enorme sillón.

—Mandaré que limpien el polvo esta noche —le dije yo, dejando la bolsa de la comida y los cafés grandes sobre la mesa antes de girarme para coger el abrigo. Lo llevé junto a la americana y las corbatas hacia el colgador de diseño y después fui hacia la pared acristalada mientras murmuraba —: abriré un poco la ventana.

El señor Black fue hacia su sillón y se sentó, moviéndose en mi dirección para observar cómo tardaba casi un minuto en desencajar el seguro de uno de los paneles de la pared acristalada. Al final terminé dándole tirones para que se fuera reclinando poco a poco. Las ventanas de los rascacielos no se podían abrir como las demás, tenían aquel extraño formato para «evitar suicidios».

—No entiendo por qué las ventanas son así, pero después sea tan fácil abrir las puertas del ascensor —dije de forma distraída mientras empezaba a repartir los envases de comida en dos montones.

—Porque las ventanas dan a la calle y el hueco del ascensor nadie lo mira —respondió el señor Black—. Ninguna empresa quiere un charco de sangre y sesos a la puerta de su edificio, Leo.

Fruncí el ceño y levanté la mirada. La idea de que aquello no se tratara de un método para evitar el suicidio, sino una estrategia para que la gente se tirara por un sitio donde no molestara demasiado, me resultó... horripilante a muchos niveles. Sin embargo, el señor Black se encogió de hombros como si dijera: «así son las cosas». Le dejé los envases en frente y me llevé los míos a mi sofá, tocaba arroz con verduras y pollo a la brasa, miré la comida y solté un suspiro. Tenía hambre, pero había algo en la «comida de los campeones» que me ponía muy triste.

—La semana que viene será la *Fashion Week* —le recordé, repasando de nuevo el horario—. Algunos diseñadores le han mandado mensajes para saber si estaría interesado en que le vistieran a usted y a Lana. El señor Lee me ha enviado también algunas... recomendaciones, pero seguro que se las explicará con más detenimiento en la reunión de mañana.

El señor Black asintió, terminando de masticar un trozo de pollo mientras me miraba.

—Haz una lista con los diseñadores y los valoraré.

Pasé el dedo por la pantalla, seleccionando los correos que habían llegado sobre el tema, hasta asegurarme de que no me hubiera dejado ninguno atrás, y los archivé todos en una carpeta llamada «diseñadores».

—Siempre recibo muy buenas críticas en la prensa especializada —me contó de forma distraída mientras seguía comiendo—, desde que empecé a asistir hace siete años.

—Usted es un hombre muy atractivo y con buen cuerpo, señor Black, toda la ropa le sienta bien —respondí sin apartar la mirada del móvil—. Es normal que los diseñadores piensen en poder vestirle.

Mis palabras consiguieron arrancar una suave sonrisa de sus labios, aun-

que no lo había hecho para halagarle, aquella era simplemente una realidad.

—Normalmente opto por un estilo más relajado y alternativo, como el tuyo —continuó—, vamos a parecer una pareja de artistas independientes o algo así —y se rio por lo bajo, como si esa idea le resultara muy divertida.

Le miré por el borde superior de los ojos, por encima de las gafas levemente caídas de tener la cabeza inclinada. Sonreí un poco, porque ver a James de buen humor era algo que me hacía muy feliz.

—¿Le gusta la Fashion Week, señor Black? —pregunté.

Era el tipo de evento al que, sin lugar a dudas, James asistiría. Famosos, glamour, alta esfera social donde todo lo que importaba eran las apariencias y la moda. Hedonismo y materialismo puro donde su atractivo, su físico y su dinero resaltarán incluso entre los modelos y famosos.

—Me gusta bastante —respondió y, tras un breve silencio y una cucharada de arroz integral, añadió en un tono más bajo—: Me gusta mucho la moda.

Levanté la cabeza y me quedé mirando aquellos ojos del azul del mar en la distancia.

—¿En serio? —pregunté, porque había dado por hecho que lo único que le importaba de la *Fashion Week* era lucirse y pavonearse.

El señor Black había perdido la sonrisa y respondía fijamente a mi mirada mientras masticaba. Por alguna razón, tuve que la impresión de que se había puesto nervioso. Era algo en la seriedad de su rostro, o en el ritmo de su respiración; pero, fuera lo que fuera, me apresuré a decir:

—Sabía que prestabas mucha atención a tu imagen, pero no me imaginaba que estuvieras al tanto de las tendencias —reconocí—. Las únicas revistas de moda que te he visto leer son en las que sales tú —sonreí.

El señor Black tardó un poco en encogerse levemente de hombros y responder:

—Las leo por internet, es solo curiosidad.

Entonces comprendí que aquel era un tema sensible para él. Yo había estado en lo correcto al pensar que se había puesto nervioso, porque, por alguna de las estúpidas razones de James, confesarme aquello le causaba inseguridad. Al principio había dicho «me gusta mucho», y cuando yo me había sorprendido, había reculado y dicho que era «solo curiosidad».

—Por eso tienes tan buen gusto —afirmé yo, dándole a mi voz un intencionado tono indiferente antes de continuar comiendo—. Buscaré el calendario de la *Fashion Week* y haré un hueco en la agenda para asistir a los desfiles que más te gusten —le propuse.

El señor Black terminó con la comida en silencio y después dejó el envase a un lado antes de coger el café solo y largo que había pedido para él. No dijo nada más sobre el tema y yo no insistí en ello. Al terminar con la comida recogí todo, le di un par de tragos al café con leche templado y

miré la hora en el Rolex.

Sin decir nada, fui hacia el colgador y recogí las corbatas y la americana de James. Él se levantó y se quedó frente a mí mientras le ayudaba a ponerse la chaqueta y le ataba la corbata.

—Tú piensas que la moda es una tontería —me dijo con una mirada fija.

—No, yo no pienso eso —negué tranquilamente.

—Pero no te gusta —insistió.

Terminé de atarle la corbata, le alisé los hombros y después llevé ambas manos a su rostro, rodeando esa barba densa y un poco más larga que tanto me gustaba.

—Sé lo que intentas, James, y no va a funcionar —le aseguré con una sonrisa. Me incliné para darle un beso en los labios y después me separé para atar a prisa mi propia corbata de camino a la puerta—. La primera reunión será con administración —le recordé—, después finanzas y por último vendrán el equipo de ventas con unos posibles inversores.

El señor Black asintió con expresión seria y salió primero del despacho cuando le abrí la puerta. La tarde resultó... bueno, tan terriblemente aburrida y larga como me había imaginado. Después de diez días de vacaciones resultó un poco duro volver a las salas de reuniones, a escuchar interminables discursos y datos sobre la empresa. Me negué a quedarme en trance, como a veces me solía pasar en mitad de la penumbra cálida de la sala, y decidí adelantar un poco de trabajo y centrarme en responder todo lo que se había acumulado durante mi «desconexión». Había resuelto ya los problemas más importantes, pero había muchísimos mensajes no tan urgentes que requerían atención. Antes de que llegaran los inversores tuvimos diez minutos de descanso, pedí otro café, porque a esas alturas llevábamos ya dieciséis horas en pie y el cansancio era real. Forcé una de mis mejores sonrisas para el equipo de ventas, que siempre resultaba especialmente cargante en sus intentos por interactuar conmigo y con el señor Black. Les gustaba dar una idea de profesionalidad, pero también de «colegueo», como si INternational fuera de esas empresas modernas con un billar y una máquina de helados en la sala de descanso.

—Qué acento más gracioso tienes —me dijo uno de los posibles inversores, una mujer de mediana edad que se había dejado llevar demasiado por aquella fingida familiaridad.

—Gracias —sonreí.

—Leonard es escocés —dijo uno del equipo de ventas.

Le dediqué una mirada intensa y una sonrisa prieta y alargada.

—Leonard es irlandés —le corrigió el señor Black por mí, el único que se podía permitir no participar en aquel circo, porque era el jefe y tenía que dar una imagen de poder y serenidad.

—¿No es casi lo mismo? —preguntó él, queriendo hacer una broma de su error. Los posibles inversores se rieron, pero fueron los únicos.

—Qué bien que seas del Departamento de Ventas y tu trabajo no dependa

de tus conocimientos de geografía —respondí yo, con una sonrisa afilada en los labios. Todos éramos súper colegas, sin duda.

Cuando por fin terminó todo, los de ventas se llevaron a los posibles inversores, quienes parecían muy satisfechos con lo que habían visto y oído allí. Entonces regresamos al despacho para coger los abrigos y nos alejamos hacia el ascensor. Había sido un largo, larguísimo día. El señor Black no parecía exhausto, al menos, delante de los demás, e incluso le dedicó sus cinco minutos de rigor a Lana hasta que sonó el «ding» del ascensor y se abrieron las puertas. De nuevo a solas, James soltó aire y puso su mano en la parte baja de mi espalda, acariciándome suavemente con ella hasta que llegamos al hall. En el coche se recostó un poco más de lo habitual y volvió a resoplar con cansancio. Levantó la cabeza para mirarme y se golpeó una pierna para ordenarme que fuera hasta él. Me costó un poco levantarme y dar aquel paso que nos separaba para sentarme como a él le gustaba, como si fuera un niño en el regazo de Santa Claus.

—Quizá debería haber organizado menos reuniones para hoy —pensé en voz alta mientras le acariciaba el pelo.

James negó con la cabeza y la recostó un poco en el respaldo antes de poner morritos. Le besé un par de veces, esos pequeños besos tontos y juguetones que distribuí por sus labios, su barba y su mejilla. Quizá no era lo que el señor Black se esperaba, pero no se quejó en absoluto; dejándose mimar tanto como le gustaba hasta que alcanzamos el garaje y tuve que bajarme de encima. Esta vez James me rodeó los hombros y yo apoyé un poco la cabeza sobre él, deseando llegar a la cama y tumbarme de una vez. Las puertas se abrieron y vi el pasillo de la entrada del ático. Estaba en penumbra y olía al hogar y a algo más dulzón que no conseguí reconocer, además, había una extraña luz amarillenta que llegaba desde el salón. Fruncí el ceño y miré a James.

—¿Dejamos la luz de la cocina encendida? —pregunté, aunque me extrañaba mucho que fuera eso.

El señor Black se encogió de hombros y empezó a caminar, tirando un poco de mí. Cuando llegamos al final, frené en seco y me quedé mirando el salón sin comprender qué cojones había pasado allí. No era el mismo lugar que habíamos dejado al irnos de vacaciones. Ahora, en el gran espacio de paredes acristaladas y altas, había un billar, un armario de pared con minibar, un sofá más grande y nuevas lámparas. Pero eso no era todo, ya que, al otro extremo, en la isla de la cocina, había un mantel, copas, vino e incluso velas. Tras un par de segundos en shock, al fin miré al señor Black, tratando de buscar alguna respuesta a todo aquello.

—Feliz cumpleaños, Leo —murmuró él.

Me quedé sin habla y sin respiración. Volví la cabeza hacia todo aquello y después solté un simple:

—Ah...

—¿No te gusta? —me preguntó el señor Black tras un par de segundos en

silencio. Me miraba fijamente y había empezado a fruncir muy levemente el ceño con preocupación.

Giré el rostro de prisa hacia él y asentí un par de veces, demasiado rápido. Me estaba costando un poco asimilar aquello: yo había dado por hecho que mi regalo había sido el viaje, o quizá la visita a Irlanda, no me esperaba que James se hubiera tomado la molestia de organizar una cena sorpresa y... remodelar el salón.

—Me encanta, James... —conseguí decir al fin—. Solo estoy muy sorprendido, perdona —y sonreí.

El señor Black siguió mirándome fijamente, como si necesitara comprobar con atención si mentía o no. Después, puso morritos.

—Nunca pareces feliz o emocionado cuando te regalo algo, Leo —murmuró tras el beso, uno largo y bastante húmedo.

—Lo siento —asentí, sabía que tenía razón y que podía ser algo confuso—. Me ha parecido un detalle precioso, de verdad. Es solo que cuando me sorprenden me quedo en blanco y no sé qué decir. Perdona —insistí, porque una vez no era suficiente.

El señor Black asintió lentamente y me dio otro suave beso antes de llevarme hacia el salón reformado primero.

—Te he comprado un billar y un minibar, para que juguemos como hacíamos en casa de mis padres. Lo echaba un poco de menos —me explicó, mirando la preciosa mesa de billar de madera negra y forro gris perla—. También las estanterías para colocar el equipo de música, como dijiste una vez.

—Oh... —se me escapó por lo bajo, desde la entrada no había podido ver del todo lo que había dentro de las estanterías. Además del minibar a un lado y el equipo de música, había unas pocas fotos. Fotos nuestras que yo había hecho: en Central Park, en Bluebelt, en algún momento estúpido que se me había ocurrido... incluso estaba el robado que nos habían hecho en aquella gala hacía tanto tiempo y algunas de las fotos de nuestro reciente viaje a Francia.

—Son pocas ahora —me dijo él en un tono bajo, como si se tratara de una disculpa—, pero iremos llenando las estanterías con el tiempo —y tras un breve silencio añadió—: Juntos.

—Joder, James... —me llevé la mano a los labios y sentí como los ojos se me humedecían—. Eso es precioso. —No pude más que abrazarle y apretarle con fuerza contra mí.

El señor Black también me rodeó con los brazos y me apretó un poco. No pude ver su rostro, porque tenía la cabeza encajada en el hueco entre su cuello y su hombro, pero noté su respiración más acelerada y sus puños cerrados sobre mi cazadora; además de su cada vez más evidente erección en la entrepierna. Aunque, tratándose de James, podía ser simplemente porque estaba muy feliz.

Me separé tras un largo minuto, con los ojos empapados y una suave sonrisa en los labios.

— Te quiero muchísimo — le dije, por si no lo había notado antes.

El señor Black también tenía los ojos húmedos, pero no tanto como yo. Asintió en respuesta, como solía hacer, y me dio un beso profundo y con bastante lengua hasta dejarme sin aliento. Pensé que, aunque estuviéramos cansados, quizá tuviera energías para un polvo lento y romántico; sin embargo, James no continuó recorriendo mi cuerpo bajo la cazadora como solía hacer cuando quería sexo. Se detuvo y me miró antes de señalar la isla de la cocina.

— También te he preparado una cena romántica — me dijo, como si no me hubiera dado cuenta de aquello.

Se me escapó una breve risa y asentí. Le cogí de la mano y fuimos hacia la cocina, donde nos esperaba la mesa perfectamente montada y preparada para una velada; muy similar a las que montaban cuando Lana y el señor Black tenían una cita.

— La última vez que tomamos vino no acabamos muy bien — le recordé, alcanzando la botella para mirar la etiqueta. Cómo no podía ser de otra forma, era muy caro y francés.

Busqué el sacacorchos y empecé a abrirla mientras James se quitaba la gabardina y se sentaba en el taburete alto a mi lado.

— Hay whisky irlandés en el minibar, si lo prefieres.

— No creo que el whisky vaya bien con la langosta — sonreí.

El corcho de la botella salió con un elegante «pop» y llené los vasos hasta la mitad. Levanté el mío y esperé a que James hiciera lo mismo para brindar.

— Por la pareja del milenio — dije.

El señor Black sonrió antes de asentir y hacer resonar el cristal en un brindis.

Fue una cena maravillosa. Quizá la mejor que había tenido jamás; y no lo decía por la langosta, las velas y el vino de lujo; sino porque la conversación fue suave y divertida y James estaba guapísimo con su barba espesa y su pelo un poco revuelto. Aunque, bueno, yo estaba tan jodidamente enamorado de él que podríamos haber comido una hamburguesa de un dólar en un callejón oscuro con una vela encendida y me hubiera parecido igual de maravilloso.

Evidentemente, después de la cena y de pasarnos una buena media hora besándonos como un par de adolescentes en el parque, tuvimos sexo suave y romántico. Cuando nos corrimos, miré el techo, rodeé a James con los brazos y sonreí sintiéndome el hombre más feliz del mundo.

Fue todo maravilloso, hasta que al día siguiente tuvimos que despertarnos después de haber dormido solo seis horas, seis horas de sueño tras un total de veintiuna horas despiertos el día anterior. Me costó abrir los ojos, me costó levantarme, me costó vestirme e incluso me costó prepararme un buen café cargado mientras esperaba a James en la isla todavía adornada con los restos de la cena romántica.

— Buenos días, señor Black — le saludé en voz baja cuando le vi aparecer

con su bolsa de deporte en la mano y su traje negro puesto.

—Buenos días, Leonard —respondió él, no con más energías de las que yo había usado.

Fuimos hasta el ascensor y puso su mano en mi espalda mientras yo leía la agenda del día, tan repleta de reuniones y citas como el día anterior, incluyendo una comida de negocios.

—Hoy va a doler, Leo, pero lo haremos hasta el final —me advirtió James en el vestuario, con una mirada fija y decidida.

—Eso me dices siempre —murmuré en un intento de broma.

El señor Black lo pilló al vuelo y una suave sonrisa se extendió por sus labios mientras se terminaba de poner unas mallas que, sinceramente, eran como no llevar nada. El entrenamiento fue duro, pero había algo en compartir el sufrimiento que ayudaba mucho a sobrellevarlo; ese tiempo en el que yo era el único que acababa reventado tras los entrenamientos había pasado de largo hacía mucho. Ahora James y yo estábamos casi a la par en intensidad y ritmo, pero tras diez días de inactividad y solo seis horas de descanso, ambos terminamos jadeando y sudando como cerdos en el suelo. Después llegó la primera reunión con el señor Lee tras el desayuno y fue la guinda del pastel. Dos horas totalmente innecesarias del análisis y reacción del público a las fotografías de Lana y James en Francia, seguidas de una hora de «consejos» y «estrategias» para afrontar la *Fashion Week*. Lo que lo convertía en un evento especialmente importante para el señor Lee era la cantidad de fotógrafos, cámaras y periodistas que había allí. Insistió fervientemente en que el señor Black «ayudara» a Lana a vestirse adecuadamente para la ocasión; pero lo dijo mirándome directamente a mí, así que todos en esa sala sabíamos quien se iba a comer el marrón de preparar a Lana.

Tras aquello fuimos de visita al bufete de abogados, donde pude seguir respondiendo mensajes y correos, entre ellos el de Edward. Casi me había olvidado por completo de responderle, por suerte su mensaje apareció en la lista de pendientes.

«¡*Bonjour*, Edward! Francia estuvo genial, la verdad. París está precioso en esta época del año y sí, pudimos disfrutar de «*la délicieuse cuisine*» y echar un rápido vistazo al Louvre. Regresamos ayer a Nueva York, así que la diversión se acabó y toca volver al trabajo. ¿Tú qué tal con lo de ir en bicicleta al hospital?, ¿te ha funcionado o llegas tan sudado y cansado como te dije que ibas a llegar? (Risa). PD: Me ha fascinado que hayas escrito un mensaje y que lo hayas pasado por el traductor de Google para mandármelo en francés. ¿Haces lo mismo con tus clases de chino? (Risa)». Después de la reunión del bufete tocó la comida de negocios, en la cual me senté junto al señor Black, aunque fuera un poco inapropiado. De allí volvimos a la oficina para más reuniones hasta que llegó el momento de, por fin, volver a casa y tragar la cena antes de tirarnos en cama.

James hizo como una especie de desastroso intento de frotarse contra mí y follar, pero le detuve, porque estaba claro que él estaba tan cansado como

yo y que ninguno tenía ganas de esforzarse demasiado. Así que le abracé y le acaricié el pelo y la espalda con cariño antes de cerrar los ojos.

—Mañana te follo —me prometió en un susurro al oído.

—No pasa nada, James —murmuré yo, porque por un momento había sonado como si tratara de disculparse por no tener energías para el sexo.

Nos dormimos enseguida y nos despertamos el viernes por la mañana, mucho mejor que el día anterior. Quizá tuviéramos que esperar al domingo para recuperar todo el sueño perdido, pero al menos habíamos conseguido descansar las ocho horas de rigor. El entrenamiento fue menos duro, la mañana menos pesada y, tras la comida, hicimos una escapada al salón de belleza para un buen repaso tras casi tres semanas sin pisarlo. La recepcionista, a la cual habían acompañado de otra mujer más baja y rubia, le dedicó la misma sonrisa demasiado atenta a James, ignorándome a mí por completo.

—Ya le están esperando, señor Black —anunció con voz suave mientras señalaba elegantemente al interior del salón.

Yo pasé también, asumiendo que también me «estarían esperando», pero me equivoqué. Me hicieron aguardar diez minutos hasta que el mismo estilista de siempre me cortara el pelo de forma rápida y desganada y se iba con la misma cara de labios fruncidos con la que había llegado. Entonces vino Ricky, mi barbero personal, y sonreí de nuevo. Se había recogido las rastas en un moño y se había cambiado el estilo de barba, de un negro intenso y profundo en contraste con su piel de chocolate.

—Uh, la, la —me dijo en un vaguísimo intento de francés, poniéndose tras de mí mientras me observaba con una sonrisa—. ¿No hay barberos en Francia, Leonard?

Me reí.

—Ya no dejo a nadie que me recorte la barba. Solo a ti, Ricky —bromeé antes de lanzarle un beso por el reflejo, aunque en cierto sentido, eso era cierto.

Ricky sonrió más y asintió.

—Pues tu fidelidad ya ha durado más que la de mi ex —dijo en otra extraña broma.

—Oh —murmuré, perdiendo parte de la sonrisa—. ¿Jhon?

—Jhon... —afirmó lentamente antes de coger la máquina de afeitar y comprobar que estuviera limpia.

—Mmh... —asentí, comprendiendo que quizá en aquella ocasión tocaba un tema menos divertido y fácil—. Nunca me gustó Jhon... —le dije mientras negaba—, te dije que los administrativos son mala gente.

—Tú eres administrativo —respondió Ricky, con una mirada por el borde de los ojos.

—Sí, por eso lo sé.

Ricky soltó una risa ahogada y bajó la mirada hacia la maquinilla antes de negar. Tras veinte minutos de cháchara descubrí entre broma y broma que Jhon era una mierda de persona y que Ricky tenía una debilidad por los

hombres que eran demasiado intensos y profundos. Como siempre, una de las estilistas tuvo que venir a llamarnos la atención y llevarme casi de la mano hacia lo que yo conocía como «el purgatorio». Seguía sin resultarme nada cómodo que una mujer me mirara el culo, me quitara el pelo y me hablara de la boda de su hermana al mismo tiempo. Cuando al fin terminó todo, volví con mi trasero un poco dolorido a la entrada del salón y pregunté amablemente a las recepcionistas el tiempo que le quedaba al señor Black; sabía que tardaría más de lo normal porque era un repaso integral al cuerpo y no solo de ciertas zonas.

—En quince minutos habrá terminado —respondió la joven rubia con una sonrisa menos efusiva que al principio, quizá porque la antigua recepcionista le había contado algo sobre mí.

No me pudo importar lo más mínimo. Salí a la calle y fui a por dos cafés calientes como era ya casi tradición, llegando justo a tiempo para ver volver al señor Black por el pasillo de la entrada del salón. Me quedé con los labios entreabiertos y mirándole fijamente. James se había dejado la barba más larga y espesa de lo habitual, de esa forma que tanto me gustaba, y solo se la habían recortado para igualarla y darle uniformidad. Él se dio cuenta de mi asombro, pero siguió caminando con expresión seria hasta mí, cogió uno de los cafés de mi mano y señaló la salida sin decir nada. Cuando llegamos al coche ya me había recuperado de la sorpresa inicial, lo suficiente para sonreír como un tonto, morderme el labio inferior y decirle con una voz más lenta y aterciopelada:

—Estás muy guapo, James...

El señor Black sonrió también, pero era esa media sonrisa excitada y repleta de oscuras intenciones.

—Quítate el pantalón —ordenó.

Subimos al ascensor del King's Place un poco más despeinados, un poco más acalorados y bastante más relajados y satisfechos. Yo miraba al señor Black por el borde de los ojos y él me acariciaba lentamente la parte baja de la espalda. Cuando se dio cuenta de mi miradaladeó el rostro y, tras un breve silencio, preguntó:

—¿Qué?

Sonreí de nuevo y me encogí de hombros como toda respuesta.

—¿Tanto te gusta? —preguntó, llevándose una mano a la barba todavía un poco empapada de saliva.

—Mucho —reconocí, y seguí bebiendo el café con la esperanza de que cubriera otros olores que habían quedado en mi boca tras el repaso que le había hecho a James en el coche.

El señor Black asintió y miró de nuevo al frente, observando su reflejo sobre la plancha metálica de las puertas del ascensor con una suave sonrisa en los labios. Estaba muy guapo, era cierto, pero él siempre lo estaba. Lo que más me gustaba en realidad de aquello, era que lo hubiera hecho por mí; y no me contuve lo más mínimo a la hora de demostrarle lo mucho que lo agradecía. Le di más besos de lo normal en el despacho, le

miré con más atención y, cuando volvimos a casa, volví a comerle entero. James no decía nada al respecto, solo se dejaba mimar y querer con una suave sonrisa en los labios. Aunque, tardó poco en perder esa... llamémosle «inocencia» inicial, porque el señor Black no era de esas personas que dejaran pasar la oportunidad de sacar toda la rentabilidad posible a una situación ventajosa. No se había hecho rico por pura suerte. Se aprovechó de mi carácter más cariñoso y complaciente para tener todo lo que quería de mí: que me sentara en su regazo en el coche la mañana del sábado de camino al gimnasio, que no pusiera pegas a su actitud territorial y demasiado cercana en la sala de entrenamiento repleta de gente, llevarme a uno de los cubículos privados de los vestuarios, volver a sentarme en su regazo para que le diera más y más besos y le prestara toda mi atención de vuelta a casa... ese tipo de cosas. Tuve que frenarle cuando salimos a la tarde en busca de Lana para un «paseo romántico por el parque», decisión del señor Lee a raíz de que quizá, decía, se habían excedido con imágenes lujosas de cenas y viajes y era momento de volver a proyectar humildad. Había una línea muy fina entre la admiración y la envidia.

—Vamos a llegar ya —le dije a James, dándole un último beso en la mejilla antes de revisar la hora en mi Rolex y mirar por la ventanilla ahumada del coche. Llevaba dándole mimos y besos durante todo el camino y los labios me habían empezado a hormiguear un poco—. Es mejor que me siente en mi sitio.

El señor Black cogió aire hasta hincharse los pulmones y lo soltó lentamente por la nariz mientras me liberaba de su abrazo; resignándose al hecho de que había llegado el momento de dejarme marchar. Me levanté de su regazo y di un paso hacia el asiento de enfrente para sentarme. Miré a James, con su camiseta vaquera con los primeros botones abiertos, su bufanda ligera y sus pantalones caqui ajustados. La idea era ir «casual y relajado», pero él todavía parecía un súper modelo internacional.

—Hoy cenaremos en una hamburguesería —anunció, recostando los brazos en el respaldo.

Alcé ambas cejas y pregunté:

—¿Y eso?

—Vamos a hacer eso de probar cada hamburguesa de la ciudad y después crear un cuadro con las tarjetas de visita.

Me quedé unos segundos en silencio, hasta que mis cejas descendieron desde lo alto de mi frente al borde superior de mis ojos. Eso era lo que habíamos intentado hacer Ryan y yo en Dublín, y no estaba del todo seguro de que fuera buena idea reciclar la idea.

—Hay miles de hamburgueserías en esta ciudad, James —le dije, tratando de disuadirle de aquello—. Sería una locura y jamás terminaríamos.

—Podemos hacerlo por distritos, empezaremos por Manhattan —respondió antes de encogerse de hombros.

—Aquí las tarjetas de visita no son tan comunes —insistí.

El señor Black perdió parte de la serena calma que le había acompañado durante todo el día, me miró fijamente con seriedad y supe que, si no le daba una solución convincente, terminaría por enfadarse. El problema era que yo no quería hacer con él lo que había hecho con Ryan, porque eso había sido algo «nuestro», de nosotros como pareja. El señor Black y yo hacíamos otras cosas: «nuestras» propias cosas.

—¿Qué te parece si tomamos una pinta en cada pub de la ciudad? —le propuse—. Y nos sacamos una foto.

El señor Black se quedó en silencio, pero su expresión seria no empeoró, así que supuse que la idea no le había desencantado.

—Ya nos sacamos fotos para las estanterías del salón, Leo —dijo—. Tiene que ser otra cosa.

—Emh... —pensé un momento—. ¿Posavasos?

El señor Black asintió y volvió a relajarse un poco, recostando la cabeza en el respaldo.

—Iremos a cada pub de la ciudad y cogeremos los posavasos para hacer un cuadro con ellos —concluyó—. Empezaremos esta noche.

Afirmé, de acuerdo con la idea. Al menos era algo diferente y no exactamente igual a lo que ya había hecho, tendría que valer. El coche se detuvo cinco minutos después frente a la puerta del edificio de Lana y salí con una sonrisa. La joven estaba ya esperando en mitad de la acera, con un jersey fino y demasiado grande que le llegaba hasta la mitad del muslo y unos vaqueros desteñidos; ella sí entendía el concepto de «casual y relajado».

—Buenas tardes, Lana —la saludé, haciéndome a un lado para dejarla pasar.

—Buenas tardes, Leonard —respondió ella, bajando un poco la voz antes de pronunciar mi nombre, como si le diera algo de vergüenza hacerlo.

En la oficina, como le había pedido, todavía se refería a mí como señor O'Brien y aquella era la primera ocasión que me llamaba por el nombre desde nuestras vacaciones en Francia. Estuve atento por si necesitaba ayuda para subir, Lana llevaba unas bailarinas negras y planas, pero... bueno, era Lana. Cuando subió con éxito y se sentó, la seguí al interior y cerré la puerta. El Soltero de Oro ya había aparecido, tan sonriente y encantador como siempre.

—La semana que viene es la Fashion Week —le dijo a mitad de camino mientras yo ojeaba el móvil, comenzando a hacer una lista de los pubs de Manhattan—. Siempre me invitan a asistir y me gustaría que vinieras conmigo este año.

Lana se quedó con los labios entreabiertos y tardó un par de segundos en responder:

—¿Yo... con usted?

—Eso acabo de decir —dijo James, perdiendo un poco el tono. No soportaba tener que repetirle las cosas. Le eché una mirada rápida por el

borde superior de los ojos, como había hecho en Francia para recordarle que debía ser agradable con ella, y él añadió —: ¡Será muy divertido!

—Pero yo... no sé nada de moda —murmuró Lana en voz baja, girando el rostro hacia mí en busca de ayuda.

—Yo tampoco —sonreí para tranquilizarla —, podremos aprender un poco juntos durante la Fashion Week.

Eso le hizo sentir mejor y al fin sonrió tímidamente, poniéndose a la vez algo colorada.

—Iré encantada —le dijo al señor Black.

Entonces comenzó la segunda parte del plan, en la que James trataba de decirle sutilmente que fuera a comprar ropa decente para ponerse, pero estaba siendo demasiado sutil y Lana no lo entendió. Tuve que intervenir antes de que al señor Black se le desencajara la sonrisa del rostro. Le propuse a Lana enviarle un par de imágenes de «outfits» y que fuera con su prima en algún momento a comprar lo más similar posible; como habían hecho con el vestido de la gala del ayuntamiento. Ella pareció ilusionada al principio, pero después su humor fluyó hacia la incertidumbre y la tristeza.

—Todavía te quedan muchas horas libres que puedes reclamar para tomarte el día e ir de compras, y el dinero no será un problema —le dije, porque podía imaginarme a la perfección qué era lo que tanto le preocupaba—. Tráeme las facturas y yo me encargaré de todo. —Como eso todavía no consiguió convencerla, insistí con un —: Si no te sientes cómoda con la idea de que el señor Black te la regale, después de la Fashion Week puedes traerme la ropa, yo me la quedaré.

Eso la sorprendió y, tras un momento en silencio, me preguntó:

—¿Para su... novia?

Me reí.

—No, para mí —bromeé.

Lana tardó un poco, pero como el señor Black se rio, ella también lo hizo. Al llegar a Central Park, ya había quedado solucionado el problema. Dejé a la pareja del siglo algo de espacio, siguiéndolos a seis o siete metros de distancia mientras revisaba el móvil en busca de modelitos modernos que pudiera servir para Lana. Después miré algunos mensajes y correos. Un ciclista casi me llevó por delante, culpa suya por tomar la curva demasiado rápido en una zona peatonal.

—¿Ha pasado algo, Leo? —me preguntó James en la distancia.

Hice un gesto despreocupado con la mano y puse una sonrisa. El señor Black no paraba de echar miradas atrás para asegurarse de que les estaba siguiendo y de que podía verme, mientras charlaba con Lana y se reía. A veces se paraban y tenía que dejarles el móvil para que se sacaran alguna foto, antes de continuar con mis cosas.

«¡Bienvenido de vuelta, Leonard!» había respondido Edward aquella misma mañana. «Me alegro que te lo pasaras bien en Francia, por aquí las cosas siguen igual. Nueva York está horrible en esta época del año. (Risa).

Sí, he empezado a ir en bicicleta al hospital y sí, ha sido un completo desastre. No hay demasiado sitio para las personas preocupadas por su salud y el medio ambiente que deciden tomar una opción más ecológica y sana para ir al trabajo, como yo desde hace dos semanas. (Risa) Llego sudado y casi sin aliento, pero tras diez años fumando como un cosaco, es casi un milagro el simple hecho de que llegue. PD: En realidad, no usé el traductor de Google, usé uno online que creí que era más fiable, al parecer, me equivocaba (Risa). No, no hago lo mismo con mis clases de chino. Me las estoy tomando muy en serio y practico mucho la pronunciación en casa. Creo que mis vecinos piensan que, por fin, he terminado de perder la cabeza».

«Hola, Edward. Tranquilo, seguro que mucha gente habrá leído el reportaje de National Geographic sobre Tom Bullet y su trayecto en bicicleta por el mundo, y eso les habrá motivado tanto como a ti para comenzar a pedalear. Dentro de nada el ayuntamiento tendrá que ponerse en serio para crear carriles bici (Risa). ¿Hay duchas en el hospital?, ¿o tienes que secarte con toallitas húmedas cada mañana? Por favor, dime que tu bicicleta tiene una cestita en la que llevas tu tupper con la comida. Me haría muy feliz eso (Risa). PD: La próxima vez que nos veamos, tienes que hacerme una demostración de mandarín, insisto.»

Envié el mensaje y al fin dejé el móvil de nuevo en el bolsillo para disfrutar de lo que quedaba del resto del paseo. Central Park no era lo mismo sin James al lado, pero seguía siendo un lugar bastante bonito. La pareja del siglo se detuvo frente a una furgoneta de helados, aparcada en una de las plazas con fuentes al lado del lago.

Todavía era mediados de abril y no hacía tanto calor, aunque el día fuera soleado, aun así, había una cola bastante larga de personas esperando para ser atendidas. Parecían tener bastante éxito, tanto por los elaborados helados artesanales con montón de «topping» a elegir, como por el carácter afable, sonriente y bromista de los dos atractivos heladeros. Los clientes se acercaban, hacían su pedido y esperaban entretenidos por el espectáculo. Aquello era América, después de todo.

—¿De qué lo vamos a pedir, Leo? —me preguntó un señor Black sonriente, aprovechando nuestra espera en la cola para poner su mano en mi espalda—. ¿Dulce de leche?

Sonreí por la pequeña broma escondida y asentí.

—De lo que prefieras, pero que no le echen virutas de colores encima —le pedí.

—Yo creo que pediré el que tiene forma de gato, se parece un poco a Darcy —se rio Lana, señalando la carta con muestras de helados.

El que ella decía era uno de la sección infantil que hacían usando vainilla y chocolate, con dos bolas como ojos, un hocico y pelos de sirope y orejas de barquillo. El señor Black afirmó y se rio, apretando un poco mi espalda como si estuviera sufriendo por dentro. Fui a decir algo, pero noté una vibración en el pantalón y saqué el móvil para ver el número oculto, direc-

to al teléfono personal del señor Black. Me disculpé de la pareja del siglo un momento y me alejé un par de pasos de la cola antes de responder:

—¿Sí?

—¿Es este el número personal y confidencial de James Black? —me preguntó una mujer con voz suave y agradable, como de actriz radiofónica.

—Así es. Soy Leonard O'Brien, su ayudante.

—Buenas tardes, señor O'Brien. Soy Michelle Smith, la ayudante del señor Hunt.

Tardé un momento en reaccionar, no porque no supiera quiénes eran los Hunt, sino porque no estaba seguro de si se refería al padre ultraconservador y retrógrado o al homosexual y salido de su hijo.

—¿Bill Hunt? —pregunté al fin.

—Sí —respondió ella—. ¿Podría hablar con el señor Black sobre una invitación especial, por favor?

—Puede usted hablar conmigo, señorita Smith —le dije con tono serio.

Ella dejó un silencio, como si dudara entre insistir o pasarlo por alto y decírmelo a mí.

—¿Podría decirle al señor Black que el señor Hunt desea invitarles a ambos a una galería de arte blanca y que habrá una intensa nevada?

Se me escapó un bufido de risa, pero lo controlé pronto. Michelle no debía llevar mucho tiempo como ayudante de Bill, porque había dicho aquello con cierta parsimonia y detalle, recalcando el «galería de arte blanca» e «intensa nevada». Solo le había faltado decir: guiño, guiño, ¿lo pillas?

—Se lo diré —le prometí—. ¿Quiere que responda a este mismo número cuando el señor Black haya tomado una decisión?

—Sí, por favor.

—Muy bien. Muchas gracias, señorita Smith.

—A usted, señor O'Brien.

Colgué y miré la pantalla del móvil un momento. En el fondo de pantalla seguía la foto de James y mía que nos habíamos tomado hacía tanto tiempo. Cogí aire y lo solté de camino de vuelta a la cola del furgón de helados. La pareja del siglo había avanzado un par de puestos en mi ausencia, pero todavía quedaban cinco clientes por delante. El señor Black me siguió con la mirada, que no había apartado de mí desde que me había alejado para responder.

—¿Alguna urgencia de la oficina? —preguntó el señor Black con su tono jovial y encantador de Soltero de Oro.

—No, nada urgente. Solo una invitación —respondí.

James lo comprendió al instante y asintió, cambiando el tema de vuelta a un programa de televisión que, estaba segurísimo, él jamás habría visto, pero que a Lana parecía encantarle. Quince minutos después, al fin pudimos pedir nuestros helados. La pareja de heladeros hicieron un pequeño espectáculo al ver a James y Lana, tocaron una campanilla que había a un lado y anunciaron a todos la llegada de la «pareja más guapa

de Nueva York». Yo quise alejarme de todo aquello y de la vergüenza ajena que me estaba dando, pero el señor Black me agarró con fuerza de la camiseta negra y no me dejó huir mientras se reía un poco y fingía estar profundamente avergonzado; de una forma arrebatadora y encantadora, por supuesto. No como Lana, que se puso roja como un tomate y bajó la vista al suelo como si deseara que se abriera y la tragara por entero. Y eso no fue lo peor, lo peor fue cuando alguien en la muchedumbre que esperaba les reconoció.

—¡Y el ayudante! —exclamó el gilipollas que había comenzado todo aquello, señalándome con una sonrisa y acercándose con la intención de hacerse una foto conmigo también.

Sonreí y levanté el móvil antes de fingir que estaba respondiendo una llamada y alejándome de allí sin mirar atrás. Me quedé en un lugar que el señor Black pudiera mirar nerviosamente mientras jugaba a ser el encantador y vergonzoso Soltero de Oro con todos los que se acercaban; que no eran pocos. La muchedumbre les rodeaba, les hablaba, se sacaban fotos y atraían a más curiosos que paseaban por el parque, que se acercaban a comprobar la razón del alboroto. Media hora después y con sus helados gratis en la mano tras haberse sacado algunas fotos delante del furgón de helados, con el nombre bien visible, volvieron junto a mí al otro lado de la plaza. El señor Black sonreía, pero en el mar de sus ojos había un evidente enfado y frustración.

—Leo... qué rápido has escapado —trató de que sonara como una broma, pero no lo era.

—Ya se lo he dicho al señor Lee —respondí con una sonrisa, agitando el móvil en alto—. Está encantado y me ha aconsejado dejaros espacio. —Guiño, guiño, James, ¿lo pillas?

Al señor Black no le importó una mierda lo que yo le dijera. Me agarró del hombro, escondiendo un duro apretón bajo aquel inocente gesto y tiró un poco de mí para comenzar el camino de vuelta. No tuvo que decir nada a Lana, que nos siguió con la mirada baja. Estaba demasiado azorada y nerviosa todavía por toda aquella atención como para conseguir hacer nada más que respirar agitadamente y mirar un poco a todos lados para comprobar que nadie les seguía mirando.

—Come un poco de helado, Leo —dijo el señor Black, rodeándome los hombros como si fuéramos grandes amigos—. Es lo único dulce que vas a probar esta tarde... —me aseguró en voz más baja, oscura y peligrosa.

Giré el rostro para mirarle a los ojos, aceptando la copa de helado solo para rozar sus dedos fríos en una discreta caricia. «No fue mi culpa» dije solo moviendo los labios. James negó con la cabeza. «Te fuiste», respondió, dejando claro que no me iba a perdonar con tanta facilidad.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. James siempre lo quería todo y parecía incapaz de aceptar que yo no era su novio allí. Yo era solo su ayudante.

PERO, ¿ES FASHION?

La tarde del sábado fue dura, por supuesto. Tras dejar a Lana de vuelta en su casa comenzó el espectáculo. James perdió por completo la fachada del Soltero de Oro y mostró su evidente enfado conmigo por haberle «abandonado» junto a Lana y haberle «dejado solo» delante de la gente y las fotos.

—James... —lo intenté, aunque sabía que razonar con él sería imposible.

—No —me interrumpió con tono duro mientras negaba lentamente con la cabeza—. Desnúdate y ponte de rodillas ahora mismo.

Traté de no mostrar lo mucho que aquello me estaba molestando, porque eso solo enfurecería más al señor Black. La experiencia me había demostrado que la mejor forma de que a James se le pasaran sus rabietas de niño pequeño era siendo obediente y cumpliendo las órdenes lo antes posible. Dejé la ropa a un lado del asiento bajo su atenta mirada y me acerqué, completamente desnudo, para ponerme de rodillas entre sus piernas, como a él le gustaba. Nos miramos en silencio a los ojos durante un largo rato, porque yo jamás inclinaba la cabeza como un sumiso, y ambos lo sabíamos.

—¿Prefieres diez bofetadas ahora —me preguntó con su voz grave y densa tras dos minutos enteros sin decir nada—, o que te azote con la fusta en casa?

Me encogí de hombros con cierto desencanto. Había sido un buen día, con un señor Black muy calmado, mimoso y suave, y aquel cambio repentino me había dejado un poco sin energías.

—Solo quiero que vuelvas a estar tranquilo y contento, James —le confesé. Mis palabras dejaron otro largo silencio, hasta que el señor Black asintió y respondió:

—Entonces te daré diez bofetadas ahora y te azotaré con la fusta al llegar a casa.

—Bien —murmuré por lo bajo, antes de que me diera la primera bofetada. Por supuesto, tuve que contarlas y fueron bastante dolorosas, pero el señor Black ya se había calmado un poco cuando me mostré tan obediente y dispuesto a pasar por lo que me pidiera.

Era algo extraño de explicar.

Me miraba atentamente en su papel de Amo, sentado en el asiento mientras me abofeteaba, a veces deprisa, otras veces dejando un tiempo, otras, me acariciaba la mejilla caliente y enrojecida antes de golpearla; pero no estaba «enfadado». Ya no tenía la mandíbula tensa y sus ojos del azul del mar ya no parecían océanos helados. Entreabría los labios y respiraba entre ellos lentamente, con la entrepierna abultada bajo el pantalón caqui. Tras la última bofetada cerró el puño y movió los dedos, como si le picara tanto la palma de la mano como a mí las mejillas.

—Ahora bésame y dime que me quieres —ordenó en voz baja.

Cogí aire y me froté un poco los ojos húmedos y llorosos. Me levanté y me senté en su regazo como a él le gustaba, con el brazo sobre el respaldo tras su cabeza. Le di un beso suave en los labios y le dije con la voz un poco ronca:

—Te quiero mucho, James.

Lo peor era que, incluso después de las bofetadas sin sentido, yo le dije aquello con verdadero cariño y amor. Siempre había dicho que el señor Black era el loco, pero quizá yo no estuviera tan cuerdo como creía después de todo.

—Si no vamos al pub esta noche, no te azotaré con la fusta —me propuso entonces.

Me quedé un momento en blanco y entonces fruncí el ceño, parpadeando para aclararme los ojos.

—¿No quieres ir al pub? —pregunté.

—Sí, sí que quiero —respondió—, pero podemos no ir y no te azotaré.

Tuve que tomarme un par de segundo para comprender lo que quería decirme con aquello.

—James, a mí también me apetece ir contigo al pub —concluí, aunque me costó un poco llegar a esa conclusión tan retorcida de «voy a comprobar si quiere venir al pub de verdad o no».

—Entonces te azotaré —concluyó.

Asentí lentamente un par de veces antes de acariciarle la densa y maravillosa barba rubia.

—Pero no vamos a ir si sigues enfadado —le dije—. No será divertido.

—No me digas lo qué tengo que hacer ni cómo, Leo —me advirtió con un tono un poco más duro del que había usado hasta entonces—. Sabes que no lo soporto.

Tras unos segundos de mirada silenciosa lo intenté de otra forma.

—Me gustaría que no fueras enfadado al pub.

—Y a mí me gustaría que no huyeras de mí y me dejaras solo soportando a la puta gente, Leonard —respondió con cierto enfado—. Pero, al parecer, es lo que pasa. Así que iré enfadado al pub y te joderás, como yo me jodí antes.

Continué acariciándole la barba y mirando sus ojos azules, un poco más oscuros ahora que el sol ya se había empezado a ocultar en el horizonte, arrojando las enormes y alargadas sombras de los rascacielos y edificios sobre la carretera.

—Me alejé un poco para no salir en las fotos y que la gente solo os viera a vosotros —le dije—. Pensé que eso sería lo mejor.

—Pues quizá deberías empezar a preocuparte solo por lo que es mejor para mí, tu puto novio, que en no salir en las fotos —me acusó.

Eso me dolió, sinceramente. Levanté la cabeza y seguí mirando a James por el borde inferior de los ojos, deteniendo las caricias en su barba.

—Siempre me preocupo más por ti que por nadie, James —le dije con un tono serio y ofendido—. Por eso no quiero tirar por la borda todo el esfu-

erzo que estás poniendo en esa relación falsa con Lana. Sé lo mucho que te molesta hacerlo y lo frustrante que resultaría que los pesados de Twitter y Reddit sigan dando por el culo con sus teorías sobre nosotros.

—Vamos a dejar algo claro, Leonard —murmuró, volviendo a tensar la mandíbula y hablando con tono profundo y denso—. Si quiero que te quedes a mi lado, tú te quedas. Si quiero hacerme una foto contigo y subirla a internet, la subo. Si quiero rodearte con el brazo y besarte en mitad del puto aeropuerto, lo hago.

Abrí los labios, pero lo pensé mejor y me detuve. No merecía la pena discutir por aquello. ¿Qué James quería hacer cosas de novios en público? Adelante. Yo no tenía ningún problema con aquello.

—Muy bien —terminé asintiendo—. Siento haberme alejado, James, no volverá a pasar.

El señor Black dejó una de esas pausas dramáticas y silenciosas antes de bajar los brazos del respaldo y rodearme el cuerpo desnudo. Me atrajo un poco hacia él y me acarició la pierna desde la rodilla hasta la nalga.

—Te pondrás el *kilt* y me llamarás jefe del Clan mientras te azoto —me dijo—. Después iremos al pub y cenaremos.

Solté un murmullo y asentí, volviendo a acariciarle la barba espesa y de un rubio oscuro. Por supuesto, James había metido el *kilt* en la maleta junto al cinto para traerlos a casa; solo era cuestión de tiempo que me ordenara volver a ponérmelo.

Para dar por finalizada la conversación, el señor Black puso morritos y le besé durante todo el camino hasta casa. Todo lo que había pasado en el coche: el someterme, abofetearme, y, quizá, el hablar como personas adultas sobre el problema, le habían ayudado bastante. Cuando llegamos a casa mantenía una actitud seria y más distante de lo habitual, pero estaba muy lejos del mosqueo inicial. Me llevó directamente a nuestro cuarto, haciendo una breve parada en la Habitación del Placer para seleccionar la fusta que usaría. Me ordenó que me preparara y volví solo con el *kilt* puesto hacia un señor Black bastante decidido a pasarlo bien con aquello.

Me seguía resultando un poco chocante esa fantasía erótica suya donde él era el jefe del Clan y yo una especie de guerrero con un sobreactuado acento irlandés. James no tenía ni idea del sistema de Clanes gaélico, ni de cómo se suponía que funcionaba, así que se inventaba cosas. «¿Vas a defender a tu jefe del Clan hasta la muerte, O'Brien?». «¿Vas a complacer a tu señor y darle todo lo que quiere? Como un leal escudero». «¿Cómo se dice *fóllame* en gaélico?». Esa me hizo muchísima gracia, por suerte tenía la cara pegada a las sábanas y no me oyó. Tampoco es que fuera algo importante, la verdad, después de todo no estábamos allí para hacer una tesis de la historia irlandesa, sino para que me pegara con una fusta y me follara muy fuerte a cuatro patas mientras me agarraba del pelo y me decía sus... cosas de James. Lo curioso era que a veces incluso salía de su propia fantasía y le daban arrebatos patrióticos. «¿Te gusta que te folle to-

do un hombre norteamericano, Leo?», «En Europa no te van a llenar así, solo aquí»; y yo decía a todo que sí y seguía gimiendo.

Cuando terminamos de follar, ya se había olvidado por completo del enfado. Se corrió con un fuerte gruñido y después sonrió bastante, recuperando el aliento y abrazándome de espaldas contra su cuerpo sudoroso y caliente. Me besó desde el hombro hasta el cuello con unos labios húmedos y temblados que me hicieron estremecerme de placer. Eché la cabeza atrás y contorsioné el cuello todo lo posible para besarle de vuelta. Tras un minuto más así, al fin nos movimos hacia la ducha y pude quitarme el cinturón y el kilt, mirando mi trasero pálido y dolorido en el reflejo. Estaba repleto de marcas rojas de la fusta, al igual que la parte alta de mis muslos, porque James se había emocionado un poco, no tanto al principio como en mitad del sexo, cuando me agarraba del cinto y me azotaba como si fuera un caballo de carreras mientras me follaba.

—Después te pondré la pomada —me prometió el señor Black, mirando lo mismo que yo miraba. Que dijera aquello era como reconocer que se había pasado un poco.

Después de la ducha y la atenta dedicación que puso James en ponerme la pomada para que no me escociera y no me salieran moratones, nos fuimos a vestir. Entonces descubrí que lo del jefe del Clan y el guerrero irlandés no era la única fantasía que íbamos a tener aquella noche; porque el señor Black se puso unos vaqueros, una camiseta blanca básica, una chaqueta negra deportiva con capucha y una gorra con el logo del equipo de los New York Yankees.

—Vaya... cuanto tiempo —murmuré, porque era exactamente la misma ropa que se había puesto hacía mucho tiempo para nuestra visita al museo. Esa que había usado para que nadie le reconociera.

—¿Te trae buenos recuerdos, Leo? —me preguntó, acercándose para tirar de mi jersey gris y ancho, el que él me había regalado, y mirarme fijamente a los ojos—. A mí sí me trae buenos recuerdos... Fue nuestra primera cita.

Primero parpadeé, después fruncí el ceño y finalmente eché atrás la cabeza para decidir si estaba bromeando o había dicho aquello en serio.

—Nosotros no tuvimos «citas», James, fuimos directamente al plato fuerte —le corregí.

—Salimos juntos, sin estúpidos límites. Tomamos un café en el museo le hicimos una visita, nos besamos —respondió, muy serio con aquello—. Después volvimos a casa y montamos el armario de la habitación y vimos dos películas antes de que me comieras por primera vez. Fue una cita —concluyó.

Lo pensé, sorprendido de que se acordara con tanto detalle de lo que había pasado aquel día.

—Vale, puede que fuera nuestra primera cita —le concedí al pensarlo mejor.

—Tuvimos varias citas antes de ser novios —insistió, recolocándose me-

por el sombrero de lana gris demasiado grande y que me caía por detrás de la cabeza —. Como la gente normal.

Solté un murmullo, una respuesta neutral para no tener que afirmar ni negar aquella idea. El concepto de James de «cita», debía variar enormemente del de resto de personas; porque mis recuerdos de aquella época no eran tan buenos ni tan «normales».

Ya preparados, salimos hacia el ascensor y después abandonamos el edificio a pie, ya que el pub que íbamos a visitar solo quedaba a dos manzanas de distancia y hacía una noche fresca y templada de primavera. James me rodeó los hombros y me dio un beso en la mejilla en mitad de la calle. Giré el rostro hacia él y le respondí con un beso en los labios. Iba a dejarle bien claro que la razón de que no mostráramos afecto en público no era por mi culpa, por si le había quedado alguna duda después de las noches en Francia y nuestra estancia en Irlanda. El señor Black me dedicó una media sonrisa de satisfacción y miró al frente, apretándome un poco más contra él.

La ropa discreta y de «incógnito», no era algo casual ni una elección aleatoria por parte de James. Costaba más identificarle cuando no iba con traje, camisa o ropa de marca. Vestido de forma tan... informal, solo parecía un hombre increíblemente guapo y sexy paseando por la ciudad, no un millonario increíblemente guapo y sexy. Así que el señor Black aprovechó para dar rienda suelta a su rollo de «somos novios», y yo no me quedé atrás. Básicamente, nos comportábamos igual que en Irlanda, pero a miles de kilómetros de distancia.

Fuimos al pub, un local que yo ya había visitado en el pasado y que me gustaba. Aunque la decoración fuera sobrecargada y estuviera repleto de tópicos y banderas irlandesas, cumpliendo con todos los estándares de lo que los americanos creían que era un pub, los camareros sí tenían acento inglés y no eran los únicos allí. Muchos extranjeros del Reino Unido e Irlanda que vivían en Manhattan o los alrededores iban a aquel lugar a emborracharse con cerveza de importación y recuerdos, ya que se trataba de los pubs irlandeses más famosos y antiguos de la ciudad.

James y yo pedimos dos pintas negras y un par de hamburguesas y nos quedamos en la barra, porque no había ningún otro sitio libre donde sentarse. El señor Black estaba de lado, de cara mí y muy pegado, con un brazo apoyado en la madera en una postura despreocupada. Yo había cruzados los brazos sobre la barra y me había recostado un poco, agradeciendo no tener que sentarnos, porque el trasero todavía me escocía un poco. Miraba nuestro reflejo en el cristal un poco grasiento que había tras las estanterías repletas de botellas de licor y anuncios de cerveza. Parecíamos una pareja cualquiera yendo a tomar algo un sábado noche y, por alguna razón, eso me hizo muy feliz.

—La primera —me indicó el señor Black cuando nos sirvieron las pintas de espuma blanca, levantando el posavasos con el logo del local y sonriendo. La guardó en el bolsillo de su chaqueta negra deportiva y tomó

un trago de la cerveza, todavía con una sonrisa.

Aquello parecía hacerle mucha más ilusión de lo que me había imaginado, así que levanté mi pinta y quise brindar con él. Entonces nos sumergimos en una conversación estúpida sobre si las pintas sabían igual a las de Dublín. Mi razonamiento era que se trataba de la misma cerveza, así que sí, sí sabían igual. El señor Black no estaba de acuerdo, diciendo que la Murphy's en Irlanda sabía más «tostada». Yo le miraba con el ceño fruncido y una suave sonrisa, porque James hablaba como si ya fuera un puñetero experto en cerveza después de haber tomado un par de pintas en Dublín.

—Aunque, está claro que la cerveza americana es mucho mejor —concluyó.

—No digas eso aquí, James —le advertí después de reírme—. O nos echarán a patadas.

Cuando nos trajeron las hamburguesas y las patatas con salsa, recordé algo y le dije:

—Por cierto, esta tarde llamó Michelle Smith, la ayudante de Bill Hunt.

El señor Black siguió masticando el gran mordisco que había dado a la hamburguesa, le dio un trago a su segunda pinta para que bajara mejor y después se limpió los labios con una servilleta.

—¿Para qué cojones necesita Bill una ayudante? —me preguntó.

Me encogí de hombros mientras me chupaba un dedo manchado de salsa.

—Quizá para que le organice su agenda de niño rico que no hace más que pelarse la polla, gastar dinero y drogarse —sugerí—, o para que le organice las... fiestas especiales —iba a decir «orgías», pero estábamos en público y no quería ser demasiado explícito—. Te ha invitado a una galería de arte blanca y con una importante nevada.

James asintió y terminó su hamburguesa de dos bocados más antes de beber por entero su pinta. Se volvió de nuevo hacia mí, recuperando su posición inicial mientras yo terminaba de comer. Aprovechó que pasaba uno de los camareros por delante y le pidió otra ronda de cerveza.

—Bill siempre organiza algo así en la *Fashion Week* —me dijo en un tono bajo, acercándose a mi rostro. Su aliento estaba caliente y olía a cerveza negra—. Vienen muchos modelos y famosetes internacionales al evento, invita a los más guapos y los que más le gustan a la mansión de su familia en las afueras. Eso es lo que significa «galería de arte», y una fiesta blanca es que solo habrá gays o bisexuales, nada de mujeres. Ya sabes lo que quiere decir que va a haber una «importante nevada» —y te frotó la parte baja de la nariz con el dedo, por si no recordaba que eso significaba un montón de droga.

—Pura elegancia —murmuré tras terminar de masticar—. ¿Cómo quieres que responda a la invitación?

El señor Black dudó, quedándose en silencio mientras me miraba fijamente. El camarero llegó con nuestras dos pintas y se llevó a cambio los vasos largos y vacíos que habíamos dejado, al igual que el plato vacío

de James.

—No es una orgía, pero es una fiesta bastante sucia —murmuró entonces, alargando la mano para coger su cerveza.

No dije nada, ni tampoco permití que mi rostro mostrar nada más que una profunda calma, porque sabía que el señor Black me estaba observando atentamente para comprobar mi reacción al tema. Así que seguí comiendo la hamburguesa hasta terminarla, me limpié las manos y bebí un trago de cerveza. Tras un largo silencio, James continuó:

—Al principio es más normal, pero después todos están muy borrachos y muy colocados y pasan un montón de cosas. Podemos quedarnos hasta que eso pase —terminó, como si fuera una proposición.

—Ya sabes cuál es el límite —le recordé, como hacía siempre.

—Lo sé, Leonard —respondió él.

Y, tras un breve silencio, recuperé el tema que habíamos dejado apartado antes de mi interrupción. Nos terminamos la tercera pinta y empezamos una cuarta que nos dejó tocados, no llegamos a estar borrachos, pero sí achispados. Habíamos bebido casi dos litros y medio de cerveza negra, después de todo. Yo tocaba discretamente a James, acariciándole bajo su chaqueta deportiva mientras hablaba y me reía; él sonreía y se acercaba más de lo necesario a mí para hablar, como si el ruido del pub fuera demasiado alto.

Cuando se hizo tarde, decidimos volver a casa alargando un poco el paseo y disfrutando la noche fresca y suave. Llegamos al ático, nos desvestimos y fuimos directos a la cama.

Nos abrazamos como solíamos hacer y nos quedamos dormidos, hasta que me desperté por la mañana por culpa del sol anaranjado del amanecer que entraba por la pared acristalada.

Solté un profundo quejido y me abrí paso de debajo de James para darle al botón de las persianas eléctricas; después dejé que los brazos del señor Black me arrastraran de nuevo hacia él y que volviera a cubrirme con su cuerpo.

No fui consciente del tiempo que pasó hasta que volví a despertarme, en la misma posición que antes y con el maravilloso recuerdo de que era domingo y que no había razón alguna para no quedarse retozando en la cama todo lo que quisiera. Acaricié a James suavemente, pero entonces me puse un poco tonto y le empecé a besar en el cuello y en la mejilla, despertándole suavemente. El señor Black alzó la cabeza con los ojos entornados y adormilados. Seguí besándole la mejilla y parte de la barba hasta alcanzar sus labios. Él sonrió con placer al reconocer mis intenciones y, cuando mi mano descendió desde su abultado pecho y sus abdominales hasta su polla, ya estaba completamente duro y preparado. Sin embargo, se recostó de cara al techo y me llevó con él, dejando claro que el que iba a esforzarse allí era yo, y que él solo se limitaría a disfrutar.

Fue un buen domingo: salimos a tomar un café a medio día, estrenamos la mesa de billar con una copa y un poco de música de fondo, bebimos whis-

ky, tuvimos sexo especial del que a James le gustaba y terminamos viendo una película en la cama antes de dormir. Yo no podía ser más estúpidamente feliz con todo aquello, si soy sincero.

Después llegó el momento de volver al gimnasio y al trabajo. Tras la conversación del Soltero de Oro con Lana para preguntarle qué tal su domingo, la joven me hizo una discreta señal antes de que me fuera caminando detrás del señor Black con la bolsa del desayuno en una mano y los cafés en la otra.

—Señor O'Brien, he pedido el miércoles libre para ir con mi prima de compras —me informó, moviendo la cabeza un poco hacia abajo y mirándome fijamente, como si se tratara de algún tipo de código secreto que debiera entender.

Yo asentí y sonreí.

—Te enviaré las fotos hoy mismo —le prometí.

—Cuando le venga bien, no hay prisa —dijo ella, sonrojándose un poco.

Quizá ella no tuviera prisa, pero yo sí la tenía. Quería quitarme de encima aquel problema lo antes posible porque todavía quedaba mucho trabajo por delante que recuperar y no tenía ningunas ganas de ser la niñera de nadie; excepto la del señor Black, por supuesto, pero ese era mi trabajo de siempre. Así que llevé la bolsa del desayuno directamente a la mesa baja frente al sofá y le pedí a James que se sentara conmigo. Él se tomó un momento, mirándome ya sentado en su sillón grande de jefazo.

—Es porque necesito su consejo para elegir la ropa de Lana —le expliqué—. Usted sabe mucho más de lo que es *fashion* que yo.

Ladeó la cabeza y siguió mirándome con expresión seria, hasta que al fin se levantó y vino hacia mí. Se sentó muy cerca, pegando nuestras piernas y a la espera de que le sirviera el desayuno. Dejé el móvil en la mesa, a una distancia igual de ambos y deslicé el dedo para desbloquear la pantalla e ir en busca de la carpeta, pero James me detuvo y pulsó el botón para ir a la pantalla principal. Miró la foto nueva que había puesto de fondo de pantalla, la de nosotros en el castillo del Clan McConnel, después me miró por el borde de los ojos y una levisima sonrisa le nació en los labios. Ignoré todo aquello y busqué la carpeta donde había archivado las imágenes de internet que me había parecido apropiadas.

—No, Leo, todo esto es de hace años —me dijo mientras pasaba las fotos y masticaba el sándwich de pan de centeno, aguacate y huevos revueltos—. Esta temporada se lleva la estética más andrógina —me explicó—. Los nuevos diseñadores están intentando romper con las fronteras entre los sexos en el mundo de la moda. —Se limpió una mano con la servilleta y buscó en Google. Giró un poco el móvil hacia mí y me mostró las imágenes de mujeres con, como había dicho, una mezcla entre ropa masculina y femenina—. Esto es lo que tiene que comprar.

Asentí, dedicándole un poco de tiempo a mirar aquellos conjuntos y a seleccionar los que, con suerte, Lana podría encontrar en cualquiera de las tiendas a las que iba.

—Es bastante retro, así que quizá tenga algo parecido a esto —le señalé una de las imágenes de una pareja de mujeres con enormes abrigos.

—No es retro, no exactamente —me corrigió el señor Black tras un breve silencio.

—A mí me recuerda un poco a los ochenta —reconocí—. Mi padre tenía una cazadora militar muy parecida a esta —le conté con una sonrisa, señalando otra de las fotos—. Decía que se la ponía en plan «irónico», pero estaba muy guapo con ella y a las chicas les encantaba.

—Las tendencias vuelven cada cierto tiempo —afirmó el señor Black—, en los ochenta también se empezó a jugar con los límites del género y las normas que los definían. Ahora hay una nueva ola que quiere realzar el empoderamiento femenino y la independencia de las mujeres a través de la ropa, sin que las sexualicen o las objetivicen.

Escuché todo lo que decía con atención y una expresión seria, cuando terminó volví a mirar las imágenes con otros ojos. Sinceramente, a mí solo me había parecido hortera, pero ahora como que empezaba a entenderlo.

—Vaya, no lo había entendido —reconocí.

El señor Black se terminó el sándwich de un último gran bocado y se limpió las manos mientras yo seguía descendiendo por las imágenes y comiendo distraídamente.

—La ropa siempre ha acompañado a todos los movimientos —murmuró James por lo bajo—, es muy importante para definir a las personas.

Levanté la cabeza y le miré. El señor Black tenía la vista al frente, hacia la pared acristalada del despacho por la que entraba la suave luz grisácea del cielo nublado, bebió un par de tragos de su café solo y después volvió el rostro hacia mí con expresión seria.

—Tiene razón, señor Black —afirmé tras un breve silencio antes de sonreír un poco.

James miraba fijamente mis ojos, quizá a la espera de que al fin me riera de él por gustarle la moda, como llevaba esperando que hiciera desde que me lo confesó. Sin embargo, yo encontraba aquello sumamente encantador. Así que levanté una mano y le acaricié la barba con cariño mientras mi sonrisa se agrandaba en el rostro. El señor Black no dijo nada, solo se quedó observándome con atención hasta que al fin volví a bajar la vista al móvil y le pregunté:

—¿Cuántos días asistiremos? Lana necesitará un conjunto para cada ocasión, imagino.

—Todavía no he visto el horario —respondió.

Asentí y lo busqué enseguida, revisando la hora en mi rolex para decidir cuánto tiempo nos quedaba del desayuno.

Poco. Así que giré la pantalla del móvil hacia él y me centré en terminar el sándwich y darle un par de sorbos a mi café con leche grande.

—Hay un par de desfiles a los que sería interesante asistir —me dijo mientras le ataba bien la corbata y revisaba que todo fuera correcto—, y uno o dos a los que... me gustaría asistir.

Seguí pasando las manos por sus hombros con total normalidad y, cuando terminé, al fin respondí a su mirada seria y fija.

—Iremos a todos los desfiles que quiera, señor Black —respondí—. Solo dígame cuales y haré un hueco en la agenda y lo organizaré todo para poder asistir.

Él asintió lentamente y, antes de que pusiera morritos, ya me había acercado a darle un beso en los labios. Bien, prometer que lo organizaría todo fue mucho más simple de decir que de hacer. La *Fashion Week* comenzaba el viernes a la mañana, con el evento de inauguración, después por la tarde había como veinte desfiles, algunos de ellos de forma simultánea; y se alargaba hasta la semana siguiente. Cuando James me dijo al fin en la cena a los que quería asistir, tuve que comprobar el horario, compararlo con la agenda de trabajo, calcular el tiempo que necesitaríamos, cambiar algunas citas, resolver contratiempos; y todo aquello además de resolver las constantes dudas e inseguridades de una Lana que estaba empezando a ponerme de los nervios con todo aquello.

—No soy capaz de encontrar esta ropa en ninguna parte, Leonard —me dijo el miércoles en una llamada a media tarde. Se notaba que estaba llorando y que le costaba formular las palabras enteras—. Las tiendas no tienen cosas así, no sé dónde... —y rompió a llorar.

Cogí una gran bocanada de aire y miré al señor Black tras el cristal de la sala de reuniones del que yo había tenido que salir tras recibir tres llamadas seguidas de Lana. James me miraba de vuelta por el borde de los ojos y sin mover la cabeza del frente. Le hice un gesto de lágrimas y entendió enseguida a quién me refería, así que volvió la vista al frente para mirar a la señora Timber.

—Lana, tranquilízate —le pedí con toda la suavidad que pude—, las fotos son solo para que te hagas una idea de lo que estaría bien que compraras. No tienes por qué encontrar la misma ropa.

—No... yo... es que no... —sollozó, hasta que alguien dijo algo por detrás en español y dejé de oír a Lana.

—Soy Gloria, la prima de Lana —anunció una voz fuerte y cortante—. Vamos a ver, ¿qué mierda se supone que tenemos que hacer con estas fotos que nos has mandado, Leonard? ¿De dónde coño sacamos un abrigo de cuero hasta las rodillas y unas botas negras de putón?

Alcé ambas cejas y bajé la mirada a la moqueta gris del pasillo. Curiosamente, Gloria sí tenía un poco de acento hispano, pero hablaba muy rápido y de esa forma tan común en el extrarradio de la ciudad, como si no formularan del todo las palabras.

—Hola, Gloria —la saludé—. Las fotos que le he enviado a Lana son solo ejemplos, no tiene que comprar exactamente lo mismo —repetí—. Era para que os hicierais una idea.

—Nadie viste así, en las tiendas no hay esta puta ropa —insistió.

—¿Habéis probado en la sección masculina? —pregunté, haciendo un esfuerzo por mantener el tono calmado. No era culpa de ellas que yo estu-

viera un poco estresado, pero esa actitud tampoco ayudaba demasiado.

Hubo un breve silencio tras la línea, solo interrumpido por un murmullo bajo de personas, probablemente porque estuvieran en mitad de la calle.

—Muy bien, Leonard —dijo Gloria con un tono un tanto condescendiente—. Te enviaremos todo lo que encontremos y tú me dices si es suficiente bueno para ti. ¿Ok? Ok... —y colgó.

Me quedé un par de segundos con una expresión de leve desprecio. Al parecer, Lana se había quedado con toda la dulzura y humildad de la familia Gómez. Regresé a la sala de reuniones y después acompañé al señor Black hacia el despacho para recoger las cosas antes de su última cita fuera de la oficina.

—¿Qué ocurre, Leo? —me preguntó James en el ascensor, acariciando mi espalda.

—Lana y su prima están teniendo problemas para encontrar la ropa —le expliqué muy por encima, porque no merecía la pena entrar en detalles y cabrear al señor Black.

—¿No hay abrigos largos en las tiendas del Bronx? —me preguntó.

Se me escapó una sonrisa, pero no me reí en alto.

—Ellas son de Queens, James, no del Bronx —le recordé.

El señor Black se encogió de hombros, como si no pudiera entender la diferencia entre ambos distritos.

Cuando alcanzamos el coche, recibí la primera imagen: Lana con un enorme y desproporcionado abrigo de hombre que, estaba seguro, Gloria había escogido solo por joder. Miré la foto un par de segundos y después me extendí hacia delante para mostrársela al señor Black. Él la miró con expresión seria y dijo:

—Con un vestido largo y colorido debajo, podría valer.

Esas fueron las mismas palabras que escribí de vuelta, y Gloria me respondió: «Pero, ¿en serio esto es *fashion*? ¿Me estás vacilando?». Me reí muy alto y eché la cabeza atrás. No tardé en enseñárselo a James, quien puso una mueca de desprecio al leerlo.

—Las subnormales como ella son las que se ríen de la moda, pero después van como borregas a comprar abrigos grandes cuando alguna de las famosas *influencers* se los ponen, entonces las compañías textiles de producción en masa los copian y se lo venden a cincuenta dólares.

El señor Black giró el rostro hacia la ventanilla de cristal ahumado con cierto enfado. Creía que le haría gracia aquel comentario, no había imaginado que se ofendería.

—La industria de la moda mueve cientos de millones al año, Leo —continuó tras un breve silencio—. Es una de las más importantes del mundo.

Asentí con la cabeza, consciente de que era un tema sensible para él y que cada gesto o palabra que yo dijera al respecto sería importante. James se volvió a quedar en silencio y yo continué respondiendo a correos hasta que le oí decir:

—Al principio pensé en invertir en el negocio textil, antes de crear INternational, pero la tecnología es mucho más rentable a corto plazo.

—¿Y no ha pensado en invertir ahora que ya tiene un capital importante y tiempo de sobra para esperar, señor Black? —pregunté con un tono tranquilo pero cuidadoso.

Él me miró por el borde de los ojos, dejó uno de sus intensos silencios y respondió:

—Es un mercado muy complicado y sobresaturado.

Me encogí de hombros.

—También el de la tecnología, pero usted ha sabido encontrar a la gente con talento y darles las herramientas necesarias para desarrollar sus ideas

—le recordé—. Es lo que a usted se le da bien, señor Black.

James giró el rostro hacia mí y me miró con expresión seria, pero serena. No volvimos a intercambiar palabra alguna hasta llegar a la oficina de los clientes, que recibieron al señor Black con amplias sonrisas y muchos apretones de mano. Nadie me prestó demasiada atención, como de costumbre, y me senté a un lado de la sala de reuniones junto a otras dos secretarías que tomaban notas sin parar. Recordé la época en la que yo hacía lo mismo, hasta aprender qué era lo que el señor Black consideraba importante y lo que no. Así que yo solo apuntaba en el móvil datos, números y fechas, mientras hacía malabares para responder a Lana y Gloria y a sus fotografías. Tuve que tomar la iniciativa y seleccionar prendas por mí mismo, aunque temía que me hubiera equivocado.

—Le he dicho a Lana que estos conjuntos podían valer —le expliqué tras la reunión de una hora y media, mientras descendíamos en un ascensor un poco lleno.

El señor Black miró las imágenes que le enseñaba y al terminar asintió.

—Está bien, Leo —me felicitó en voz baja, acariciándome un poco la espalda.

—Está bien, pero... ¿es *fashion*? —pregunté con una suave sonrisa en los labios.

James me dedicó una mirada por el borde de los ojos, pero no pareció que mi pequeña broma le hubiera hecho gracia. Lakov nos llevó al gimnasio donde teníamos nuestra clase de yoga dos veces a la semana y después volvimos al fin a casa. Mientras preparaba la cena, lo que quería decir que volcaba los envases del restaurante en platos y cogía las botellas de agua de la alacena, el señor Black fue a por su tablet y se puso a revisar algunas cosas de forma distraída.

—¿Qué te parece, Leo? —me preguntó, poniendo la tablet en un punto intermedio.

Eché un vistazo a la página que me mostraba, la red social de alguna diseñadora de mediana edad que colgaba sus creaciones en internet, o fotos de la pasarela.

—Es bastante bonito lo que hace. ¿La veremos en la Fashion Week? —pregunté tras terminar de masticar el trozo de salmón a la pimienta que

me había llevado a la boca.

El señor Black negó con la cabeza.

—No tiene una marca propia, trabaja como diseñadora para otros grandes nombres —me explicó el señor Black—. Creó casi por entero la última colección de otoño de Chanel.

Solté un murmullo de fingida sorpresa y seguí comiendo, a la espera de una explicación más desarrollada sobre por qué me estaba contando aquello, pero el señor Black se limitó a buscar a más diseñadores y enseñármelos, haciéndome siempre la misma pregunta: «¿Qué te parece, Leo?». Al terminar con la cena, fuimos directos a la habitación y nos desvestimos. James se reunió conmigo en el baño mientras me lavaba los dientes, solo con su camiseta gris de #TuAmo y un bóxer negro. Estaba muy sexy así vestido, y James debía saber lo mucho que me gustaba, porque se lo ponía siempre.

—¿Qué te parece, Leo? —me preguntó una vez más, con un tono más grave y aterciopelado, tras cazarme mirándole fijamente por el reflejo.

Escupí la espuma blanca y después me aclaré la boca con agua antes de volver a escupir.

—Me pareces el hombre más guapo del mundo —respondí entonces, volviendo a mirarle con una sonrisa—, pero —añadí frunciendo el ceño—, ¿es *fashion*?

El señor Black dejó de limpiarse los dientes y me miró con expresión seria un par de segundos antes de girar la cabeza al frente y continuar. Puse los ojos en blanco y fui hacia él para rodearle por la espalda y apoyar mi cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro.

—Es broma, James —tuve que aclararle—. Me gusta mucho que tengas una afición que te haga feliz. A parte del BDSM, claro —sonreí, subiendo una mano desde sus abdominales a su pecho abultado donde ponía #TuAmo.

El señor Black se inclinó sobre la pila y soltó la espuma antes de hacer unas gárgaras y volver a incorporarse, dejando su cepillo de dientes en el vaso con un golpe seco. Se giró hacia mí, que todavía seguía a sus espaldas, y me miró fijamente a los ojos.

—Te gusta, pero te parece ridículo —murmuró.

Solté aire por la nariz y los párpados se me cayeron un poco en una mueca de cansancio. Negué con la cabeza y llevé las manos a su rostro.

—Nada de lo que te haga feliz me parece ridículo, James —le aclaré antes de bajar las manos, rodear las suyas y tirar suavemente de él hacia la puerta.

El señor Black me siguió de cerca y esperó a que yo abriera la cama para meternos dentro. Sentí un escalofrío al notar el contacto frío de las sábanas contra la piel y solté un leve quejido.

Dejé las gafas en mi mesilla de noche y aguardé con impaciencia a que James se tumbara a mi lado para abrazarle y entrar antes en calor; sin embargo, él tenía otra idea en mente, porque se echó directamente sobre

mí y empezó a frotar su abultada entrepierna contra la mía mientras me lamía el cuello. Se me escapó un jadeo de la sorpresa, pero entré rápidamente en calor y le seguí sin queja alguna hasta donde él quisiera llevarme. Me apretó con fuerza y me lo hizo lento, sin apartar el rostro de al lado del mío. Podía oírle jadear, pero también había un ruido entrecortado que no tardé en reconocer. Le rodeé con los brazos y las piernas y le abracé más fuerte. Solo al terminar alzó la cabeza para besarme con sus labios húmedos y sus mejillas empapadas en lágrimas. No dijo nada al respecto ni yo tampoco, quedándonos dormidos en esa misma postura en la que habíamos follado.

Al día siguiente tras el entrenamiento miré el horario y repasé los últimos detalles antes del viernes, la primera tarde de la *Fashion Week*.

—Esta tarde he despejado la agenda para poder ir a comprar nuestra ropa, como me pidió —le recordé—, pero la mañana será algo apretada. He tenido que incluir una reunión a mayores después de la comida.

El señor Black se limitó a asentir. Nunca se quejaba del trabajo, no importaba lo duro o intenso que fuera. De lo que sí se quejaba era de Lana y de lo exasperante que resultaba tratar con ella algunas veces. Todavía no se había recuperado del día anterior, cuando había tenido que comprar la ropa y se había puesto muy nerviosa por si no era la adecuada o la que el señor Black quería exactamente que se pusiera. Cuando llegamos a la oficina se puso muy nerviosa y no dejaba de mirar al suelo mientras el señor Black interpretaba al Soltero de Oro para ella. James terminó con un: «¡qué emocionante será mañana!», ignorando por completo el estado depresivo de la joven.

—Como siga así y nos joda la *Fashion Week*, ya le puedes ir diciendo a Lee que la voy a mandar de una puta patada a su casa y que no va a volver —me advirtió James cuando alcanzamos el despacho, quitándose su gabardina negra un poco mojada debido a la suave lluvia que había empezado a caer.

—Hablaré con ella —prometí, dejando la bolsa del desayuno y los cafés sobre su mesa.

Y eso hice, sacando un poco de tiempo de la última reunión de la mañana para ir a por la bolsa de la comida y tener una breve charla con la joven.

Me acerqué a recepción y me quedé allí, mirando a Lana sentada, tecleando una letra cada pocos segundos y con la vista perdida en la pantalla del ordenador bajo el mostrador. Una de las otras chicas tuvo que llamar su atención para que se diera cuenta de que yo estaba allí. Lana miró a la joven que le había siseado mientras decía «Lana... Lana, el señor O'Brien...» y después giró el rostro hacia mí. Cuando me vio allí de pie esperando, dio un leve salto en su silla y se levantó tan deprisa que se golpeó las piernas contra la mesa y cayó de culo al suelo. Parpadeé un momento, porque no creía que aquello fuera si quiera posible, antes de rodear el mostrador y entrar en recepción para ayudarla. Lana ya estaba completamente sonrojada y con los ojos muy abiertos. Aceptó mi ayuda y

sonreí para tranquilizarla.

—No pasa nada, Lana —me adelanté, sabiendo que se iba a empezar a disculpar sin parar—. ¿Te has hecho daño?

—No, no —negó al momento—. Perdone, señor O'Brien. No le había visto. ¿Necesita algo?

Era un poco ridículo que me preguntara aquello cuando era yo quien le estaba ayudando a levantarse del suelo.

—Sí, ¿podrías acompañarme a la sala de descanso un momento? —le pregunté, porque era mejor hablar de aquello en un lugar más discreto que delante de las cotillas de las recepcionistas. Esas que fingían seguir trabajando mientras escuchaban cada palabra que decíamos.

—Claro, señor O'Brien —asintió ella tras un breve momento de duda.

Seguí sonriendo mientras me apartaba para ofrecerle que fuera ella primero de una forma educada. Lana tomó el pasillo lateral como si estuviera a punto de entrar en el purgatorio. No sabía por qué yo le estaba pidiendo aquello y se temía lo peor, por mucho que sonriera o le dedicara comentarios tranquilizadores.

—No he podido evitar notar que estabas un poco triste hoy —comencé cuando alcanzamos la sala de descanso—. ¿No ha ido bien ayer el día de compras?

—Sí... más o menos —murmuró, agachando la cabeza y empezando a jugar con los dedos de forma nerviosa—. La ropa que compramos es un poco grande y no... no estoy segura de que sea lo que el señor Black quería. Casi toda la compramos en la sección de hombres.

Se detuvo, pero no la interrumpí, porque Lana era de esas personas que, si les dabas un momento, seguían hablando.

—He seguido sus indicaciones, pero mi prima Gloria cree que... que estoy ridícula —terminó diciendo, y entonces empezó a sollozar—. Y no quiero estar ridícula delante de ustedes, señor O'Brien. Siempre van muy guapos y... —ahogó un hipo y se llevó las manos a los labios.

Me tomé un momento y me giré para buscar un trozo de papel del rollo de cocina que había a un lado de la encimera, cerca del microondas. Se lo ofrecí y ella susurró un apagado: «Gracias».

—Sé que no es la ropa que uno piensa que van a llevar a uno de los eventos de moda más importantes del mundo —reconocí, tratando el primer problema que había planteado—, pero créeme si te digo que es justo lo que van a llevar. Puedes buscarlo en internet y comprobarlo, si eso te hace sentir mejor. Es una corriente un poco retro y más andrógina —cogí el móvil del bolsillo y lo busqué por ella, mostrándole las imágenes de modelos y mujeres con la misma ropa, o una parecida, a la que ella había comprado—. ¿Ves?

Lana hizo el esfuerzo de aclararse los ojos y miró las fotografías. Tras un breve silencio empezó a asentir, dándose cuenta de lo que le decía era cierto. Guardé el móvil y me crucé de brazos, apoyando la cadera contra la encimera en una postura más casual e informal.

—Nosotros también vamos a llevar ropa más... alternativa —continué, para que se sintiera mejor sabiendo que nosotros también iríamos con ropa extraña, por así decirlo—. Como ya hemos hablado, no tenemos ni idea de moda, pero al parecer, esto todo es de los más *chic* ahora mismo —y sonreí de nuevo—. Aunque tú prima Gloria crea lo contrario —no pude contenerme a añadir.

Lana reaccionó mejor de lo que esperaba, sin parar de asentir y llegando incluso a poner una débil sonrisa.

—¿A usted también le parece... rara esta ropa? —me preguntó.

Me encogí de hombros y puse un mohín de labios apretados y fingida inocencia.

—Es extraña, pero yo no soy quien para opinar, porque no sé nada de moda. ¿Te acuerdas cuando fuimos a la inauguración de la galería de arte y todos estaban fascinados con ese cuadro azul y nosotros nos quedamos cinco minutos mirándolo e intentando entenderlo? —le pregunté y ella asintió un poco más fuerte—. Pues para mí esto es algo parecido.

—Es verdad... —terminó sonriendo.

—Sí —afirmé, dando por concluida la charla motivacional—. Entonces no hay nada de lo que preocuparse. Mañana el señor Black te llevará a comer e iremos a los primeros desfiles. Será un gran día.

Era increíble la facilidad con la que Lana pasaba de la tristeza a la alegría, como si sus sentimientos fueran una veleta al viento y, si soplabas en la dirección correcta, era muy fácil de controlar. Acompañé a la joven de vuelta a recepción y recogí la bolsa de comida y los cafés antes de dedicarle una última sonrisa y un guiño del ojo.

—¿Por qué has tardado tanto, Leo? —me preguntó el señor Black, sentado en su sillón negro y con una expresión seria.

—Estaba hablando con Lana —respondí con calma, empezando a repartir los envases—. Ya está mucho mejor.

El señor Black no dijo nada al respecto, se levantó de su sillón y se empezó a remangar la camisa blanca.

—En el sillón —ordenó antes de dirigirse hacia allí para sentarse—. Había pensado en un cárdigan para ti de punto gordo, gorra, camiseta interior con tirantes y algunos de tus colgantes —me empezó a explicar a la vez que buscaba en internet—. Yo puedo llevar sudadera, gafas, cazadora polar y vaqueros. Mañana vamos a orientarnos más en un estilo *streetwear* —me enseñó unas fotos y, por suerte, tuve una excusa para no hablar hasta terminar de masticar la comida.

—Entonces quizá nosotros sí que necesitamos ir al Bronx de compras hoy. James me miró en silencio un par de segundos, pero una leve sonrisa se coló finalmente en sus labios.

—Estaremos muy guapos, Leo, como siempre —me aseguró—. Somos la pareja del milenio.

Sí, sí que lo éramos.

EL MEJOR AMIGO DEL HOMBRE

La ciudad pareció llenarse de gente de un día para otro. Era una sensación extraña, porque Nueva York siempre había sido un lugar demasiado poblado. Quizá fuera tan solo una impresión mía, pero el viernes no pude dejar de pensar que había más personas en la calle, incluso en el gimnasio, lo cual fue estúpido. Le pregunté a James de vuelta al vestuario si él había notado lo mismo que yo, pero se limitó a encogerse de hombros con una ligera sonrisa y responder:

—Es la *Fashion Week*, Leo. Viene mucha gente de todas partes.

Asentí y dejé el tema atrás. El señor Black se había levantado de muy buen humor y con muchas energías, me había despertado antes incluso de que sonara el despertador, con besos y frotando su enorme erección contra mí. Después de un polvo bastante animado, nos habíamos duchado juntos y vestido como solíamos hacer, incluyendo una bolsa de mano a mayores que las del gimnasio para la ropa nueva que habíamos comprado el día anterior. Todavía había reuniones y cosas que hacer por la mañana antes de asistir «al evento del año», así que nos cambiaríamos en el despacho antes de salir a comer. Creí que eso era algo obvio, hasta que llegamos a la oficina y vimos a una Lana con un enorme abrigo puesto y un vestido de flores debajo. Sonreía, hasta que nos vio aparecer por el ascensor trajeados y con corbata de trabajo. Cerré los ojos un momento y negué, a veces sobrestimaba mucho las capacidades de la joven.

—Vaya, veo que estás emocionada por lo de hoy, Lana —la saludó el Soltero de Oro, aunque no supe decir si era una especie de pulla encubierta o un halago—. Ya has venido directa de casa con la ropa en vez del uniforme de trabajo —era una pulla, en efecto, pero el señor Black lo escondió perfectamente bajo una encantadora y fascinante risa.

Lana se sonrojó y trató de sonreír, pero no vernos vestidos de forma diferente la puso muy nerviosa.

—Nosotros la traemos aquí —intervine, alzando la bolsa de deporte negra que llevaba en la mano—. Nos la pondremos después de comer.

—¡Oh, creía que había que traerla puesta! —exclamó al darse cuenta, como si fuera una disculpa.

—Está bien, no pasa nada —le mintió el señor Black—. Vas muy *fashion*.

Cogí la bolsa del desayuno y los cafés, haciendo un poco de malabares con la bolsa para poder cargarlo todo a la vez.

—Si quiere le ayudo, señor O'Brien —se ofreció una de las recepcionistas, la misma rubia de siempre.

—No, no te preocupes... —dejé un breve silencio, esforzándome por encontrar su nombre en algún lugar recóndito de mis recuerdos. Siempre era muy amable y atenta y me empezaba a dar un poco de apuro no saber quién era.

—Ann —respondió ella con una suave sonrisa.

Sonreí como si le pidiera perdón y asentí lentamente.

— Muchas gracias, Ann — repetí.

Ella sonrió un poco más y se quedó así hasta que me alejé con la bolsa de deporte, la del desayuno y el portavasos de cartón con los dos cafés grandes y, por supuesto, dos donuts glaseados especiales. El señor Black se dio cuenta de ellos, porque había estado mirando por el rabillo del ojo mi pequeña conversación con Ann.

— Es hora de trabajar — se despidió de Lana al momento, dando un ligero golpe en la mesa con una amplia sonrisa —. Te veo antes de comer.

Nos dirigimos al pasillo y James puso una mano en la parte baja de mi espalda antes de inclinarse a susurrar:

— ¿Qué ocurre, Leo?, ¿hoy me quieres hacer muy feliz?

— Yo siempre le quiero hacer muy feliz, señor Black — respondí en el mismo tono bajo y discreto.

Nos metimos en el despacho y el señor Black tuvo el detalle de cerrar la puerta por mí mientras yo descargaba la bolsa de deporte en el suelo y la del desayuno en la mesa junto a los cafés. Cuando estaba repartiendo los envases en dos montones sentí unas manos alrededor de la cintura, que se deslizaron hasta rodearme el cuerpo antes de que un beso suave me humedeciera un poco el cuello. Me detuve y solté un leve murmullo de placer. El señor Black me apretó para que pudiera notar lo dura que tenía la polla en aquel momento y volvió a besarme el cuello, esta vez añadiendo un poco de lengua. Habíamos tenido sexo hacía apenas dos horas, pero James tenía una increíble habilidad para excitarme siempre que lo deseara.

— James... — dije, aunque fue mitad jadeo —. Solo tenemos diez minutos para desayunar.

— Tengo tu desayuno aquí mismo, Leo... — murmuró en mi oído, volviendo a presionar su erección contra mi culo.

Se me escapó una pequeña risa, pero tuve que negar con la cabeza.

— Eso ya lo he desayunado al despertarme — le recordé—. Y comer es importante para tener energías.

Giré el cuello y lo contorsioné todo lo que pude para alcanzar sus labios. El señor Black gruñó con cierta molestia cuando me separé, pero tuvo que regresar a la realidad y reconocer que yo tenía razón. Se separó de mí y se quitó la americana antes de desabrocharse la corbata, todo ello con un enorme bulto todavía en los pantalones. Resultaba un tanto impactante, o se lo resultaría a alguien que no estuviera tan acostumbrado a ver aquello como yo.

— Pero el donut me lo das tú — concluyó antes de dejarse caer en su sillón negro.

Terminé de repartir los envases y me llevé los míos a mi mesa baja y el sillón.

— Hay un hueco de otros diez minutos antes de la última reunión — le dije, aceptando la oferta, pero advirtiéndole que tendría que esperar un poco.

James asintió y abrió su envase de avena con queso fresco batido, pasas, almendras y plátano.

—Y mantén a Lana lejos de recepción, mándala a hacer algo a algún lugar donde no la vean —ordenó, ya más serio.

—Pero, ¿no va *fashion*? —bromeé.

El señor Black me dedicó una mirada por el borde de los ojos.

—Va muy *fashion*, pero esta es una oficina seria y hay normas de vestimenta.

Así que tuve que añadir «preocuparse por esconder a Lana» a la larga lista de cosas que hacer aquella mañana. Perfecto. El horario de la *Fashion Week* y los múltiples desfiles a los que James quería asistir me habían obligado a condensar muchas reuniones, videollamadas o citas en los momentos en los que íbamos a estar en la oficina. El fin de semana sería mucho más relajado, a excepción de la agradable velada en la mansión de Bill Hunt; pero la semana siguiente iba a ser un tanto caótica.

Solo nos detuvimos a respirar cuando tuvimos nuestro pequeño descanso de diez minutos. Le di el donut antes de la última hora, como a él le gustaba: sentado en su regazo mientras él estiraba los pies y los brazos en el sillón como un sultán al que, en vez de uvas o higos, le daban trozos de donut glaseado. Todo ello acompañado de besos dulces, caricias y miradas intensas. Algunos pensarían que yo mimaba demasiado a mi novio. Tenían razón.

Tras aquella última reunión con el Departamento de Tecnología sobre un nuevo producto que estaban a punto de lanzar, pudimos dar por terminada la mañana y dar comienzo al fin de semana. Entramos en el despacho siendo dos hombres trajeados y elegantes y salimos pareciendo una pareja de pandilleros que se habían colado por error en la oficina. O, al menos, eso era lo que me hubiera parecido a mí y, seguramente, lo que pensaban la mayoría de personas que nos vieron pasar y se quedaron mirando. James iba con chaqueta de plumón de un naranja chillón, sudadera blanca con capucha, gafas de sol negras y pantalones vaqueros rotos con unas zapatillas Nike conjuntando con la chaqueta. Yo iba con chaqueta de leñador con forro de piel de cordero interior y en las solapas del cuello, pero de una talla más grande de la que necesitaba. Camiseta blanca interior, también más grande de lo que necesitaba y que me llegaba hasta la mitad de los muslos, cubriendo un pantalón negro pitillo con cadenas colgando. Y después estaban los complementos: la gorra de los *New York Yankees* de James y los múltiples colgantes al cuello.

¿Estábamos guapos? Supongo... Es decir, yo sabía que ese estilo gustaba mucho y que, probablemente, a bastantes personas les pareciera atractivo; solo que no era mi rollo y me sentía un poco fuera de mi zona de confort con aquello puesto. El señor Black hizo la comprobación frente al espejo del ascensor, ya que no había podido hacerla en el despacho. Me pasó el brazo por los hombros y miró nuestro reflejo, como había hecho el día anterior para decidir el conjunto exacto que debíamos llevar.

—La ropa es la correcta —murmuró—, estamos muy guapos, pero no es nuestro estilo.

—Ni de lejos —asentí, muy de acuerdo con aquello.

Cuando alcanzamos la planta de administración, donde había escondido a Lana, ella nos recibió con una mueca sorprendida de labios entreabiertos. Juraría que tardó un momento en reconocernos y que después se sintió mucho más relajada por llevar su sobredimensionado abrigo de hombre sobre el vestido largo de flores. Aún así, se sintió visiblemente incómoda cuando volvimos al ascensor, mucho más lleno de gente que salía a su descanso de la hora de comer.

—Vestirse así es muy extraño —nos dijo con cierta timidez cuando estuvimos en el coche, a salvo de todas las miradas.

James se rio de aquello con su risa practicada y después asintió sin más.

—Comeremos en el Condor's, casi al lado del Skylight Clarkson Square donde se celebra la *Fashion Week* —le expliqué para llenar aquel extraño vacío que había quedado en el coche—. Puede que veamos a muchos famosos allí.

—Los veremos —me aseguró el señor Black.

Lana asintió un par de veces, tan emocionada y nerviosa como solía ponerse con estas cosas, pero consiguió mantener más o menos la compostura mientras hablábamos en el coche. Todo cambió cuando llegamos al Condor's, allí empezó a mirar a todas partes, a ahogar chillidos de sorpresa y a señalar a algunos de los comensales.

—¡Allí están Joshep Fame y Katty Tutorial! —exclamó antes de llevarse las manos al rostro—. ¡Veo todos sus vídeos de YouTube desde los dieciséis!

Ya habían pasado cuatro largos meses repletos de cenas con famosos, galas de lujo y maravillosos viajes, cualquiera pensaría que a estas alturas ya estaría acostumbrada a todo aquello y se lo tomaría con un poco más de calma y perspectiva; pero no. Lana seguía viviendo en ese sueño de Cenicienta en el que ella era una simple chica de un barrio humilde que, de pronto, había conocido a su príncipe azul y ahora iba de palacio en palacio disfrutando de los eventos más elitistas del mundo. Podía entender que al principio fuera un choque grande, lo que no podía entender era que siguiera comportándose como una niña histérica cada vez que reconocía a algún famoso, más si se trataban de estrellas de YouTube o alguna de las redes sociales que ella tanto seguía.

—Relájate, Lana —le pedí con una sonrisa, agarrándola del antebrazo—. Y no te quedes mirando, es muy incómodo para ellos.

—A nosotros también nos resulta incómodo que lo hagan —me apoyó el señor Black, aunque eso era mentira, a James le encantaba que nos miraran.

James tenía su perfecta sonrisa de un millón de dólares y se había quitado las gafas antes de hacer un rápido recorrido al restaurante. El Condor's era un lugar precioso, de suelo de madera y paredes acristaladas con vistas a la calle. No era un piso muy alto, pero todo rezumaba a lujo y clase: sus

mesas, su decoración y, por supuesto, sus clientes.

El metre nos acompañó a una de las mesas cercanas al cristal, pero no nos pidió los abrigos, así que supuse que la mayoría de personas fashion comían con ellos puestos.

Yo me lo quité y lo puse en el respaldo de la silla junto con la gorra.

—No me puedo creer que vaya a comer a solo una mesa de distancia de Tyra Poll —dijo Lana, tratando de mantener la compostura mientras echaba rápidas miradas hacia un lado y se frotaba los dedos.

—Pues allí está Linna Moss —dijo el señor Black, que ya tenía su pierna estirada bajo la mesa, buscando las mías, como solía hacer, para poder esconder los roces que me daba a veces—. Es la directora de la revista *Vogue* —añadió mientras me miraba.

Solté un murmullo de fingida sorpresa y giré el rostro para ver la a la mujer a los lejos, vestida de blanco y en una enorme mesa rodeada de otras personas tan bien vestidas como ella. Creí que tendríamos una comida tranquila, pero me equivoqué; Lana no dejaba de hablar de los famosos que conocía mientras James no paraba de llamar mi atención para señalarme a las personalidades de la moda que había en el restaurante. Se me hizo un poco difícil responder a ambos, aunque siempre acabé dando prioridad a lo que James me decía.

Y eso fue solo el principio.

La NYFW era una completa locura. Ya en los alrededores del edificio había un montón de gente, esperando a entrar o simplemente paseándose por allí. Nuestra ropa no desentonó tanto una vez caminamos bajo la ligera lluvia, rodeados de personas vestidas con todo tipo de atuendos llamativos y extravagantes. Por suerte, no tuvimos que esperar en las largas colas que se habían formado, porque, por supuesto, teníamos entradas preferentes de gente rica; de esas que te dan acceso a muchos sitios VIP a los que los demás mortales no podía ir. Allí nos reencontramos con muchos de los famosos que habíamos visto en el restaurante, con la diferencia de que, esta vez, Lana pudo acercarse a conocerlos en persona.

—Puedo sacaros una foto con ellos, si queréis —les propuse mientras cogía el móvil del interior del bolsillo—. Seguro que al señor Lee le encantaría algo así.

Lana ahogó un chillido de emoción y se empezó a poner colorada.

—¿Tenemos tiempo, Leo? —preguntó el señor Black con una sonrisa y su mano discretamente colocada en mi espalda—. El desfile de Jason Wu debe estar a punto de comenzar.

Revisé la hora en el Rolex y asentí.

—Todavía quedan veinte minutos, nos dará tiempo de sobra para un par de fotos antes de ir a sentarnos.

—¿Crees que podríamos pedirles una foto? —me preguntó Lana, mirando alrededor como una niña en una tienda de golosinas.

—Claro, ¿por qué no? —me encogí de hombros y señalé con la cabeza a

uno de esos famosos de Instagram que había nombrado Lana anteriormente—. Empecemos con ese Don Gin-tonic que te gusta tanto.

—Jhon Ginger-tonic —me corrigió Lana en un murmullo—. No me gusta... es guapo, pero es mi prima Gloria la que está loca por él, a mí no me gusta tanto —negó, echando una rápida mirada al señor Black, a quien no podría importarle menos que a Lana le gustara o no ese hombre.

Jhon Ginger-tonic tenía el pelo y la barba naranjas y los ojos azules, lo que al parecer en Norteamérica era algo que llamaba mucho la atención. Se suponía que era una especie de «ídolo» o «gurú» del fitness y la moda urbana; pero en realidad era solo un gilipollas guapo y con cuerpo de gimnasio. Cuando nos acercamos puso una mueca condescendiente, me miró de arriba abajo mientras le hablaba y después me preguntó:

—¿Eres un fan imitador o algo así?

—¿Perdona? —respondí yo con el ceño muy fruncido y la cabeza levemente ladeada.

Pero el señor Black nos interrumpió con una risotada grave y ruidosa, le dijo a Lana que se acercara al hombre para sacar una foto. Ninguno de los dos participó en ella y la saqué rápido y sin mucho interés mientras James me susurraba al oído:

—Tú eres mucho más guapo que él.

Me encogí de hombros como toda respuesta. La verdad era que no me importaba lo más mínimo si ese hombre era más o menos guapo que yo. Revisé la fotografía y asentí antes de empezar a mandarla a Publicidad. Le di las gracias a Ginger-tonic y me despedí de él con una sonrisa tan falsa que dio miedo. Después probamos con otros dos famosetes de camino al desfile, un *youtuber* de maquillaje y otra modelo de Instagram con nombres tan estúpidos como el pelirrojo, teniendo resultados parecidos e igualmente decepcionantes.

—¿Qué cojones les pasa a los ídolos de internet? —terminé preguntándoles mientras cruzábamos el amplio pasillo de camino al desfile.

—Hay quien no sabe llevar bien la fama —respondió el señor Black, al que también se le habían acercado para hacerle fotos. A él y a Lana, por supuesto, y ambos habían sido humildes y encantadores con sus «fans».

Llegamos a la sala del desfile cinco minutos antes, topándonos con que ya estaba llena y alborotada con público y el staff organizador. Tardé un poco en llamar la atención de una de las mujeres con auriculares y ropa negra, le enseñé nuestras identificaciones y le dije que teníamos un sitio reservado. Me puso mala cara y soltó un comentario por lo bajo sobre que había que ser más «puntuales». Después descubrí que los organizadores se esperaban que llegaras a los desfiles con media hora de adelanto mínimo. Nos guio hasta unos asientos en la tercera fila y tuvimos que disculparnos con varios de los que ya estaban sentados para poder pasar entre sus piernas, sus vestidos y sus abrigos enormes.

—¿Qué cojones les pasa a los fans de la moda? —pregunté en voz baja al

señor Black, un poco cansado ya de que nos pusieran malas caras por todo.

El señor Black puso su mano en la cara interior de mi muslo y lo acarició suavemente, sin apartar la mirada de la pasarela. Habían montado los asientos de forma ascendente, como si se tratara de un teatro que desembocaba en un largo pasillo de suelo blanco. Al fondo había una pared de pantalla digital en la que proyectaban una imagen de agua clara y azulada. No tardaron en suavizar la luz y centrar los focos en la pasarela, entonces se hizo el silencio en la sala y una música empezó a sonar. Tras una breve introducción, salió la primera modelo y todos levantaron sus móviles en alto.

Mi experiencia en los desfiles de moda fue la siguiente: había vestidos o ropa que me gustaban, y otros que no; pero James se inclinaba de vez en cuando para explicarme algo, pequeños datos sobre tendencias o la estética del diseñador. Al principio fueron comentarios al aire, tímidas acotaciones, pero en el segundo desfile lo hizo más a menudo, inclinándose hacia mí y sin apartar la mirada de las modelos. Yo asentía y soltaba algún murmullo de comprensión cuando encontraba los datos interesantes. En el tercer desfile conseguí responder algo con sentido a lo que decía, confiando en que ya tenía los conocimientos mínimos para hacer preguntas racionales sobre el tema. En el último desfile al que asistiríamos, James y yo manteníamos una conversación bastante animada sobre la forma de la ropa de las modelos, lo que quería plantear el diseñador y la gama de colores.

Cuando terminó y todos aplaudieron mientras la diseñadora salía a la pasarela, el señor Black giró el rostro hacia mí y me dedicó una de esas miradas silenciosas, extrañamente intensas y especiales.

Yo sonreí y levanté una mano para acariciarle la barba, hasta que recordé dónde estábamos y me detuve a mitad de camino. Lo único que pude hacer fue mover los labios y decirle «te quiero».

—Ha sido precioso —nos dijo Lana, sentada al otro lado de James.

—Sí —sonreí antes de mirar la hora. No porque realmente necesitara comprobarlo, sino para darme un momento y recuperar la conciencia—. Me temo que esto ha sido todo por hoy.

Nos levantamos entre la muchedumbre que parloteaba y ya dejaba sus asientos para dirigirse a la salida. Todavía quedaba un desfile más y una charla antes de que cerraran el día, pero nosotros no asistiríamos a ninguno de los dos. Atravesamos las grandes salas hacia la entrada, más llena de lo que cabría esperar para las ocho de la tarde, y nos sumergimos en la calle principal sobre la que seguía cayendo una fina lluvia de un cielo oscuro y nuboso. La ropa «urban» que llevábamos resultó bastante útil en un clima como aquel, nos protegió bien durante la manzana que tuvimos que caminar hasta encontrar a Lakov esperando. Lana había cogido carrerilla gracias a mis preguntas y comentarios y ahora no paraba de parlotear sobre lo emocionante y mágico que le había parecido cada

desfile. El señor Black seguía de muy buen humor y sonreía más y se reía un poco más alto, incluso de las cosas que la joven decía. Yo usé aquel largo viaje hasta su casa para repasar los últimos mensajes y correos. El señor Lee estaba encantado con las fotos y Edward ya había respondido a mi último mensaje.

«París y la *Fashion Week*. Vaya, la vida de James es del todo emocionante, me hace sentir como un viejo y aburrido hombre de clase media (Risa)».

«Por favor, Edward. Primero: tienes treinta años, no eres viejo; segundo, ¿¿clase media?? (Risa) Tus padres tienen una mansión a los pies del lago Bluebelt y tú eres un reputado cirujano. Que no gastes dinero no quiere decir que no lo tengas (Risa). Tus privilegios de niño rico me ofenden. PD: es una broma. Te lo digo para que no te pases diez minutos releyendo el mensaje pensando que estoy enfadado de verdad».

—¿Algo gracioso, Leo? —me preguntó el señor Black entonces.

Levanté la mirada y me di cuenta de que había estado sonriendo al escribir aquello.

—No, solo un mensaje que me hizo gracia —respondí, restándole importancia con un leve encogimiento de hombros.

Dejé el móvil de nuevo en el bolsillo y me crucé de piernas con la mirada perdida en la ventanilla ahumada, cubierta por finas gotas de lluvia que reflejaban la brillante luz de las farolas sobre el puente de Mahattan. Cuando al fin llegamos al portal del edificio, salí del coche y esperé a que Lana se acercara para ofrecerle mi mano y ayudarla. Ella me lo agradeció con una gran sonrisa y un «buenas noches, Leonard».

—Mañana estaremos aquí a las diez —le recordé ante de despedirme con un cabeceo y entrar de nuevo en el coche.

El Soltero de Oro había desaparecido y el señor Black estaba de vuelta, pero no había dejado de sonreír, solo que ahora lo hacía únicamente elevando las comisuras de los labios rosados y perfectos. No esperó a que me sentara antes de darse unas palmadas en el muslo para que fuera junto a él. Me re Coloqué la gorra de béisbol para que la visera no se interpusiera en medio y le di un suave beso después de sentarme en sus piernas.

—¿Te ha gustado? —me preguntó con su voz grave y un poco más lenta.

—Mucho —reconocí—. Me lo he pasado muy bien.

—Yo también —asintió lentamente.

Entonces nos quedamos en silencio. Levanté la mano y le acaricié la barba espesa, jugando un poco con ella y disfrutando de la agradable sensación áspera que dejaba en la punta de mis dedos. Estuvimos así un buen rato, hasta que una suave sonrisa se deslizó por los labios del señor Black.

—¿Algo gracioso? —le pregunté, igualando su sonrisa.

James se encogió de hombros y no respondió; sin embargo, había algo nadando en el profundo azul de sus ojos, algo cálido y especial. Sonreí un poco más y me acerqué para darle un beso suave, lento y húmedo. Quería decirle con aquel beso lo que él me quería decir con esa mirada: que le quería más que a nada en el mundo. Cuando llegamos al garaje del edifi-

cio, el señor Black tenía la mano metida por dentro de mis pantalones y yo repasaba su cuerpo bajo la camiseta blanca. Me picaban los labios de haberle besado durante tanto tiempo, interrumpiendo los besos, mordiscos y lametones solo para intercambiar silenciosas miradas en la penumbra del coche.

El señor Black no se molestó en ocultar su erección antes de salir del coche, ni la saliva que le empapaba la boca ni lo rosados que tenía los labios. Yo, en cambio, sí que me sentí un poco cohibido y utilicé la chaqueta para ocultar mi propio bulto en la entrepierna, al menos, hasta alcanzar el ascensor.

Lakov sabía a la perfección lo que estaba pasando entre el señor Black y yo, lo que hacíamos a escondidas, pero eso no significaba que tuviera que verlo.

En el ascensor, James volvió a abrazarme, apretándome contra él para seguir besándome. No se detuvo hasta que llegamos a casa, donde, para mi sorpresa, me cogió en brazos y me llevó en alto por el pasillo como si yo fuera una especie de princesa desvalida o alguna gilipollez así. Fruncí el ceño, pero me agarré alrededor de su cuello y le dejé que me llevara hasta el salón, donde al fin me dejó sobre el sofá. James era grande y fuerte, pero yo también lo era y pesaba bastante; demasiado para que el señor Black no terminara jadeando un poco al final.

—¿La idea era traerme aquí, o es que has cambiado de idea sobre subir hasta la habitación conmigo en brazos? —le pregunté con una sonrisa un poco cruel.

El señor Black perdió un poco la sonrisa, alzó una de sus cejas de un rubio oscuro y me miró desde lo alto.

—La idea era traerte aquí —me aseguró—. Si hubiera querido subirme a la habitación, lo hubiera hecho, Leonard.

Solté un mormullo y asentí, como si le creyera. El señor Black no se lo tomó bien, se volvió a inclinar con la intención de recogerme de nuevo y llevarme hasta donde hiciera falta solo para demostrar que podía hacerlo; sin embargo, le detuve y me reí un poco antes de rodearle con los brazos y las piernas para atraerle junto a mí en el sofá. Me puse sobre él y empecé a besarle, lamerle y a quitarle poco a poco la ropa. Quise sacarme la gorra de béisbol, pero James se negó, dándole la vuelta para dejar la visera hacia atrás y que no me molestara.

—Me gusta cómo te queda —murmuró en voz baja y grave.

Se me escapó una sonrisa, pero no dije nada, solo continué acariciando su pecho desnudo y abultado, haciendo un lento y suave recorrido con la lengua desde su cuello a sus abdominales. Cuando llegué hasta su cintura, puse una mano sobre el bulto carnoso, alargado y duro que la tela del vaquero apenas podía contener ya. Empecé a besarle la uve en dirección a su entrepierna y a desabrochar el botón metálico, pero el señor Black me detuvo.

—Vete a prepararme un whisky con hielo —ordenó con su voz grave y

densa mientras se sentaba en el sofá.

Me quedé un momento parado, parpadeé y miré su entrepierna con una mueca de tristeza. Yo estaba bastante cachondo a esas alturas y tenía muchas ganas de chupársela, pero temía que el señor Black quisiera vengarse por mi pequeña broma de antes. Le miré a los ojos y vi su expresión seria y calmada, entonces supe que, en efecto, se vengaría. Jugar con el orgullo de James Black era algo peligroso. Si lo hacías, después tenías que estar dispuesto a alimentar su ego y su necesidad de superioridad y control hasta que estuviera totalmente satisfecho. Así que cogí una bocanada de aire para tranquilizarme y fui hacia el minibar que había a un lado del nuevo mueble del salón. Encendí la lámpara de pie que había de camino, porque el cielo nublado estaba cada vez más oscuro y el salón se había sumergido en la penumbra. Las gotas de lluvia resonaban sobre la pared acristalada y le daba a todo un ambiente un poco lúgubre.

—¿Estás enfadado por la broma de antes? —murmuré en voz baja mientras echaba las piedras de hielo en un vaso *on the rock* de diseño.

—No, no estoy enfadado —respondió él a lo lejos, mirando la pared acristalada, sobre la que chocaban las gotas de lluvia, cada vez más grandes y ruidosas—. A ti te gusta hacer bromas, Leo, y a mí me gusta enseñarte respeto.

Puse los ojos en blanco, sabiendo que no podía verme, y volví con el vaso de whisky en la mano. El señor Black se había acomodado en su postura de jefazo, con los brazos recostados sobre el respaldo y las piernas bien abiertas. Tomó el whisky de mis manos y le dio un sorbo antes de decir:

—Desnúdate para mí.

Me quité la chaqueta gruesa con interior de pelo de cordero y la dejé a un lado, después me quité los colgantes y, cuando iba a desabrocharme el cinturón de los vaqueros, James me advirtió:

—Hazlo bien, o no te follaré.

Levanté la mirada y me encontré con su expresión seria y peligrosa. Intercambiamos una mirada silenciosa e intensa durante un par de segundos. Se habían acabado los juegos, los besitos y las caricias; James era el Amo ahora y haría todo lo que quisiera conmigo. El único problema era que yo no llevaba nada bien las amenazas.

—¿No me vas a follar, James? —pregunté en voz baja, enfrentándome a sus ojos y a su intimidante silencio, como había hecho cientos de veces antes.

El señor Black bebió otro trago de whisky, tomándose todo el tiempo que quiso y sin darse ninguna prisa. Una gota húmeda y fría se deslizó por el vaso, cayendo sobre su pecho desnudo, abultado y firme mientras bebía.

—Convénceme para que lo haga —respondió—. Sabes lo que me gusta.

Asentí un par de veces, lentamente, hasta que empecé a desatarme el cinturón, esta vez añadiéndole un poco de espectáculo. De la misma forma que yo conocía a James, sus locuras y sus exigencias, James me co-

nocía a mí; y yo no rogaba a nadie por nada. El único que iba a terminar frustrado y desesperado allí era él.

No aparté la mirada de sus ojos azules, que reflejaban un poco de la luz suave y amarillenta de la lámpara, la única fuente de luz que empezaba a haber en el salón a medida que el cielo de la ciudad se volvía más denso y oscuro. Me quité el cinto y lo tiré a un lado, me desabroché el botón del vaquero y los bajé un poco, solo un poco, para que mi cintura quedaba expuesta junto el principio de mi vello púbico, allí donde terminaba la línea de pelo caoba que nacía en mi pecho y que tantísimo le gustaba a James. Entonces metí las manos bajo mi camiseta grande y la levanté un poco, acariciándome a mí mismo mientras miraba como el señor Black estaba cada vez más y más interesado en todo aquello. Hacía un gran esfuerzo en no demostrarlo, pero, como siempre sucedía con él, eran los pequeños detalles inconscientes y no su rostro o su postura lo que le delataba: su respiración empezó a ser más profunda e intensa, sus labios se entreabrieron un poco, los dedos alrededor del vaso de whisky se apretaron contra el cristal y su mandíbula se tensó debido a la incipiente frustración de tener que limitarse a solo mirar.

Me acaricié hasta el pecho con una mano, levantando la camisa para mostrar al señor Black mi cuerpo mientras con mi otra mano descendí hacia mi entrepierna, siguiendo el reguero de pelo caoba y hundiendo tan solo la punta de los dedos bajo la cintura elástica de mi bóxer blanco. El señor Black tenía razón en una cosa, yo sabía lo que le gustaba. Por eso estaba siendo sexy de un forma prepotente e innecesaria, como si estuviera seguro de que mi cuerpo era un objeto de deseo universal.

También un poco sucio, hundiendo la mano bajo el pantalón para frotarme la polla y llevarme un dedo manchado de líquido preseminal a la boca para chuparlo sin dejar de mirar a James a los ojos.

Ser provocador e indiferente hacia James era algo de cosecha personal, un toque distintivo, supongo. Todo aquello no era mi rollo. No era algo que hiciera habitualmente, pero sí era algo que sabía hacer. Cualquiera podía actuar como un gilipollas creído, solo había que echarle carácter.

Cuando me quité la camiseta y volví a ponerme la gorra, James ya estaba bastante molesto. Sus ojos azules bullían entre la profunda excitación y la frustración, respiraba con fuerza entre los labios y apretaba tan fuerte su vaso de whisky que parecía estar a punto de romperlo. Aun así, yo continué. Puse las posturas que ponía el propio señor Black frente al espejo del vestuario; flexionando un poco los brazos, acariciándose un poco el pecho, ladeando un poco la cabeza hacia un lado. Moví las manos lentamente por los abdominales hasta hundirlas debajo del bóxer, entonces me mordí el labio inferior y sonreí como si dijera: «Sé que te encanta».

Ahí fue cuando el señor Black se empezó a enfadar de verdad. Tomó una respiración profunda, se hundió un poco más en el asiento, moviendo su entrepierna abultada y apretada, y bajó la cabeza, mirándome por el borde

superior de los ojos como si estuviera planeando mi asesinato. Y, aun así, yo continué. ¿Qué creía James que pasaría después de amenazarme con que «no me follaría si no lo hacía bien»? ¿Acaso creía que yo me iba a arrastrar entre sus piernas y rogarle que me diera polla?, ¿creía que me iba a humillar? No, el señor Black sabía perfectamente lo que iba a suceder. Puede que incluso estuviera deseando que sucediera.

Me bajé los vaqueros lentamente, dejándole echar un buen vistazo al bulto que también presionaba la tela blanca de mi bóxer y a mi culo. Después me acerqué, quedándome entre sus piernas abiertas, enfrentándome a su mirada asesina con completa tranquilidad. Volví a acariciarme un poco, a jugar con las manos bajo mi ropa interior antes de deslizarla muy, muy lentamente hacia abajo. Cuando estuve completamente desnudo terminé el espectáculo y nos quedamos en silencio, solo interrumpido por el choque de la lluvia contra el cristal de la pared.

— Aléjate —ordenó tras un largo minuto, con una voz grave y ronca.

Retrocedí un paso y el señor Black dejó el vaso de whisky en el suelo antes de levantarse del sofá. Se alejó con paso lento hacia las escaleras, sin decir nada, y ascendió al segundo piso. Pude ver apenas su cabeza en lo alto del pasamanos del pasillo exterior antes de que entrara en la Habitación del Placer. Tardó otro minuto en salir de allí y descender de nuevo, llevando en las manos una cuerda de nilón y una correa de perro. Literalmente era una correa de metal con un collarín de cuero negro e interior acolchado. El señor Black se acercó y me lo puso en el cuello mirándome fijamente a los ojos, lo apretó, pero no me hizo daño. Después se dio la vuelta, recogió el vaso del suelo y se sentó como antes, con la diferencia de que ahora había una correa en su otra mano. Bebió un trago de whisky y, sin previo aviso, tiró de la cadena, obligándome a dar un paso para no caerme. Lo hizo otra vez y otra, hasta que consiguió tenerme entre sus piernas, entonces fue enrollando la correa en su mano para atraerme más y más hacia su rostro.

— Abre la boca.

Lo hice y me escupió dentro. No era la primera vez que lo hacía y no me pilló por sorpresa.

— ¿Sabes lo que has hecho, Leonard? —me preguntó en apenas un murmullo controlado pero un poco jadeante.

Estaba tan cerca que podía oler el whisky en su aliento caliente y húmedo. Siempre había sido algo que me había producido rechazo, pero que en el señor Black me resultaba profundamente excitante y atrayente.

— Sí —respondí.

— ¿Sabes lo que va a pasar ahora?

James había entrado en un estado de excitación que no iba a terminar hasta que estuviera seguro de haber recuperado su amado control: sobre mí y sobre lo que yo podía llegar a provocarle.

— Sí —repetí.

— No, no lo sabes... —negó—. Lo que va a pasar es que vas a ser un buen perro, uno muy obediente y con muchas ganas de hacer feliz a su dueño.

Se tomó un breve momento para beber otro trago de whisky, sin aflojar la correa para dejarme separarme ni conseguir ponerme en una postura más cómoda.

—Saca la lengua y jadea —ordenó.

Tragué saliva y tarde un par de segundos en hacer lo que me pedía. Ya habíamos usado la correa antes en algunos de nuestros domingos especiales, pero no habíamos entrado en un juego de roles ni de dominación como aquel.

Abrí la boca y saqué la lengua antes de jaderar un poco como un perro. James me miró con expresión seria y asintió.

—Ladra.

—Ehm... «guau» —lo intenté.

El señor Black dejó el vaso de whisky sobre uno de los cojines del sofá y me dio una rápida bofetada con la mano fría y húmeda; eso sin aflojar la correa, por lo que no pude moverme demasiado para recibir mejor el golpe.

—Ladra —repitió.

—¡Guau! —exclamé, pero, al parecer, tampoco le gustó y volvió a abofetearme.

—Puedes hacerlo mejor —me dijo—, antes te estabas esforzando mucho en ser toda una perra.

Tardé unos segundos, pero al fin lo intenté de nuevo, esta vez acercándome más a un ladrido de verdad y no a una onomatopeya.

—Guauf...

El señor Black no dijo nada. Se pasó la lengua por los labios rosados y asintió.

—Buen chico... —me felicitó con un tono evidentemente excitado—. Siéntate.

Eso fue complicado hasta que el señor Black decidió aflojar la correa y darme algo de libertad para ponerme de rodillas entre sus piernas. James me siguió muy atentamente con la mirada y volvió a dejar un breve silencio antes de llevarse la mano a la entrepierna y desabrocharse el botón del vaquero y la cremallera.

—Ahora vas a limpiar con la lengua todo lo que has manchado —murmuró, abriendo un poco las solapas del vaquero para mostrar su bóxer gris.

Alcé las cejas al verlo, un poco sorprendido. Al final del tronco carnoso y ancho que era la polla de James bajo la tirante tela, había una enorme mancha más oscura y viscosa de líquido preseminal, y no era la única. El señor Black solía mojarse, pero normalmente no tardaba demasiado en sacársela y frotarla en alguna parte de mi cuerpo o mi boca; la espera, la excitación y el tiempo acumulado entre los besos del coche y mi pequeña exhibición, debían haber hecho estragos en su ropa interior.

El señor Black dio un tirón de la correa para llamar mi atención y me miró fijamente antes de recordarme:

— Solo... con la lengua.

Entreabrí los labios y volví a bajar la mirada hacia su entrepierna, jadeando suavemente y sintiendo el corazón un poco acelerado. Incliné la cabeza y lamí aquella gran mancha, justo sobre la punta de su polla. La tela del bóxer el un poco áspera, pero el líquido viscoso y salado había traspasado aquella capa y se podía saborear incluso de aquella manera. Se me escapó un grave gruñido de placer y di otro lametón más largo y fuerte que el anterior. Empezó a ser bastante frustrante no poder utilizar las manos para orientar el grueso bloque de carne que era la polla de James, ni rodearlo con la boca, lo único que podía hacer era lamer, una y otra vez, hasta que no quedó más viscosidad en el bóxer y solo notaba la tela áspera. Entonces levanté la mirada hacia James, quien me miraba de vuelta con mucha atención mientras daba sorbos a su copa.

— Sírvale otra copa a tu dueño —ordenó, acercándose el vaso.

Tragué saliva y me levanté del suelo. Notaba el corazón palpitando con intensidad en mi pecho, un calor por todo el cuerpo y la respiración acelerada. El camino hacia el minibar me ayudó a tomar un par de profundas respiraciones y tranquilizarme. Le hice otro whisky a James y regresé acompañado por el sonido de la lluvia contra el cristal y la correa que arrastraba a mis espaldas. El señor Black cogió la copa de mi mano y me miró de arriba abajo.

— ¿Qué es eso? —me preguntó, señalando mi entrepierna.

Bajé la mirada hacia mi polla un poco más hinchada de lo habitual, pero no tan empalmada como había estado antes. Lo que ocurría, y lo que había llamado la atención de James, era que yo también me había mojado y ahora había gota colgando de la punta.

— Me he puesto bastante cachondo —reconocí, porque yo no tenía problemas en decirle a mi novio que me excitaba muchísimo.

James sonrió con la comisura de los labios, pero era su sonrisa prepotente y un poco oscura.

— Pues límpiate —ordenó.

Mi primer pensamiento fue dar un paso hacia el baño de abajo, pero el señor Black me detuvo al instante, tirando de la correa de metal.

— No. Los perros se limpian a sí mismos, como hiciste antes...

— Ah... —comprendí, volviendo a mirar a James a los ojos antes de pasarme una mano por la polla y llevármela a la boca para lamerla. También estaba salado, pero era un poco más correosa y no estaba tan rica como la del señor Black.

A James se le escapó un Jadeo, pero cerró los labios para obligarse a callarse. Bebió un sorbo del whisky y me hizo una señal para que volviera a sentarme; entonces tiró de la correa hacia él y se inclinó hasta que su rostro quedó sobre el mío. Utilizó la mano para apretarme los mofletes y que abriera la boca antes de escupirme un poco del whisky dentro. Lo recibí con cierta sorpresa, pero también con bastante deleite. Eso era algo que no sabía que me ponía mucho, hasta que James me lo había hecho una

vez en una fiesta. Tragué el licor y solté un murmullo de placer.

—Buen chico... —me dijo de nuevo con una sonrisa. Dejó el vaso a un lado, se tumbó de nuevo y se bajó los vaqueros y el bóxer, dejando por fin al descubierto su enorme polla y las múltiples manchas de líquido preseminal que había—. Ahora sigue limpiándome...

De la cabeza de su miembro incluso goteaba un fino hilo translúcido que, irremediablemente, fui directo a lamer. Por desgracia, el señor Black estaba decidido a hacerme sufrir. Tiró de la correa y me apartó antes de que llegara a lamerle la polla.

—No, no... —negó—, eso es solo para los perros buenos y muy obedientes. ¿Eres un perrito obediente, Leo?

—Guauf... —respondí, demasiado cachondo y totalmente inmerso en la fantasía.

—¿Quieres mucho a tu dueño?

—¡Guauf!

—Demuéstralo.

No lo dudé, levanté las manos para apoyarme en sus piernas y me eché sobre el señor Black para empezar a lamerle la cara y a frotarme contra él. Definitivamente, eso no era lo que se esperaba, porque le pilló por sorpresa y trató de retroceder, llegando a derramar un poco de licor en el sofá. Cuando le empecé a lamer los labios, la nariz, la mejilla, allí a donde llegara, intentó apartar el rostro y detenerme con las manos; sin embargo, terminó por soltar un bufido y sonreír.

—Leo, Leo... no —me detuvo al fin, tirando suavemente de la correa hasta que parase. Me miró a los ojos e hizo un gran esfuerzo por recuperar la seriedad—. Hoy eres un perrito obediente, no un perrito cariñoso.

Saqué la lengua y jadeé, aguanté un gruñido y dije «Guauf» antes de acercarme con una gran sonrisa a darle un suave beso en los labios. James no se apartó, aflojó la mano de la correa y con la otra me acarició el costado. Un bajo y grave gemido le nació en la garganta, propagándose por su pecho amplio y fuerte. Cuando me separé, dejé el rostro muy cerca del suyo, rozando un poco la punta de nuestras narices. James me miró con los párpados un poco caídos y, por un momento, pareció muy triste.

—Siempre haces lo que quieres conmigo... —murmuró.

Perdí la sonrisa, porque sus ojos se humedecieron y reflejaron con mayor intensidad la luz amarillenta de la lámpara. Alcé las manos y le rodeé el rostro para acariciarle con los pulgares.

—James, querer a alguien es así —le dije en voz baja y suave—. No es nada malo.

El señor Black continuó mirándome en silencio. El azul de sus ojos era un mar calmado pero triste, repleto de una preocupación que yo no era capaz de comprender.

—¿Tú te sientes igual? —me preguntó.

Asentí un par de veces con la cabeza.

—Estoy de rodillas en el suelo con un collarín al cuello y fingiendo ser un perro solo por ti —le recordé—. Quizá para ti esto sea normal, pero para mí es como decir que te quiero más que a mi orgullo.

James levantó su mano libre y me acarició la mejilla. Si alguien comprendía lo valioso que era el orgullo de uno mismo, ese era él.

—Sabes que te daría cualquier cosa, Leo —me dijo—, pero ahora necesito que seas un perrito muy obediente. ¿De acuerdo?

Elevé las comisuras de los labios en una leve sonrisa y asentí. James necesitaba el control. Siempre. Pasó su mano de mi mejilla hasta la gorra y me bajó la cabeza hacia su entrepierna.

—Límpiame bien —ordenó.

Empecé a lamer las manchas en su cintura, en la parte baja del músculo que descendía hacia su pubis de pelo rubio oscuro y rizado que se había dejado por mí, al igual que la barba larga y espesa. Lamí el hilo fino y viscoso que descendía de la punta de su polla y después pude empezar a lamerle el glande sin que, esta vez, lo apartara de mí. El señor Black recostó la cabeza en el respaldo y empezó a gruñir.

—Sí, así... —jadeó, dándome un par de palmadas en la cabeza como premio— Buen chico...

PAÑUELOS DE COLORES

Después de ser un perrito muy obediente, limpiar bien al señor Black y ponerme a cuatro patas en el sofá para que me follara hasta correrme en mitad de gemidos y gruñidos bastante altos y escandalosos; volvimos a la normalidad. James buscó mis labios tras un largo minuto recuperando la respiración sobre mí. Estaba un poco sudado y acalorado, aunque afuera todavía lloviera con fuerza, cubriendo la pared acristalada de gotas y regueros de agua. No tuve fuerzas para moverme demasiado, pero eso no importó, porque él me desató la correa del cuello y me cargó en brazos para subir las escaleras y llevarme al baño de la habitación. Por supuesto, fue por puro orgullo, porque al final le temblaban un poco los brazos y soltó un profundo jadeo cuando me dejó de nuevo en el suelo.

—Eres un hombre grande y muy fuerte —le dije, escondiendo la sonrisa mientras le besaba de nuevo.

—Lo soy —afirmó él, todavía con poco aire para hablar—. Te dije que podría subirme sin problemas.

Asentí con la cabeza, dándole la razón, pero en mis labios había una amplia sonrisa cuando me giré hacia la ducha para abrir el agua caliente. James se acercó y me rodeó con los brazos por la espalda, dándome un par de besos húmedos en el cuello antes de apoyar la cabeza contra la mía.

—Me ha gustado mucho —dijo en voz baja mientras yo revisaba con la mano si el agua ya había calentado lo suficiente.

—A mí también —reconocí—, aunque tienes que tener más cuidado al meterla, James.

—Estaba muy mojado —me recordó antes de encogerse de hombros—. Entró bien.

Ladeé el rostro, pero no pude alcanzar a ver sus ojos, ni él pudo ver mi mueca seria. El problema no era que no estuviera mojado, el problema era que el señor Black se había emocionado demasiado y casi me la había clavado hasta el fondo de buenas a primeras; y su polla no era de las que se podían meter rápido y sin cuidado.

—Tendré más cuidado la próxima vez —me prometió en un susurro al oído mientras me apretaba un poco más contra él.

Murmuré un «eso espero» inteligible y por lo bajo, pero me olvidé del tema después de aquel gesto cariñoso y preocupado.

Tras la ducha templada y refrescante, nos pusimos nueva ropa interior y camisetas de andar por casa y bajamos de nuevo al piso inferior. Revisé la hora en el rolex y fruncí levemente el ceño. Ya deberían haber traído la cena desde el restaurante. Estuve a punto de coger el móvil y mandar un mensaje para preguntar, cuando se me ocurrió asomarme al pasillo y descubrir que la bolsa de papel estaba frente al ascensor.

—Joder... —dije en voz baja, yendo a buscarla—. Creo que el repartidor debió oírnos follando en el salón —le dije al señor Black cuando estuve de vuelta—. Quizá se adelantara un poco más de lo normal.

Yo estaba preocupado por aquello, un poco avergonzado también, pero sobretodo preocupado. James, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros con expresión calmada y mirar cómo separaba los envases y los volcaba en platos. Serví los botellines de agua y los cubiertos y nos pusimos a cenar.

—Yo siempre tuve perros en casa —dijo el señor Black en voz baja, masticando su filete de ternera mientras me miraba.

Levanté la vista hacia él y me quedé un momento en silencio antes de preguntar:

—¿Te refieres a sumisos o a perros de verdad?

—Perros de verdad, como los que paseábamos en casa de mis padres.

—Eran muy bonitos —recordé.

El señor Black asintió y se llevó otro trozo de carne a la boca junto con un poco de revuelto de verduras.

—Siempre tienen una pareja de labradores pura raza en el jardín, porque mi padre dice que le dan un toque muy distinguido a la casa —continuaba diciendo, haciendo breves parones para llevarse comida a la boca, o quizá para traer aquellos recuerdos del pasado—. Cuando era niño teníamos a Canela y Pimienta. Solo yo los llamaba así, realmente ninguno tenía nombre, eran solo «los perros» —aclaró.

Me llevé el botellín de agua a los labios y bebí un par de tragos, mirando discretamente a un señor Black meditabundo que masticaba lentamente y no levantaba la vista de la mesa. Tras un breve silencio, le pregunté:

—¿Por qué les llamabas Canela y Pimienta?

—Porque uno era marrón y el otro negro, Leonard —respondió, como si fuera algo evidente que yo ya debería saber.

Asentí tranquilamente y pasé a la siguiente pregunta.

—¿Te ayudaban a buscar huesos de dinosaurio en el jardín?

El señor Black me miró por el borde superior de los ojos con una expresión seria en su atractivo rostro. Yo mantuve la calma y continué cenando a la espera de su respuesta y, cuando James decidió al fin que no era una pregunta para reírme de él, dijo:

—Sí, me ayudaban en mis excavaciones.

—Qué tierno —murmuré con una suave sonrisa.

El señor Black se encogió de hombros como si no fuera para tanto.

—Era un niño bastante solitario, como ya sabes —continuó—, y ellos me hacían mucha compañía. Jugábamos todo el día y se ponían muy contentos al verme.

Sonreí un poco más al imaginarme a un pequeño señor Black acompañado por sus dos labradores en busca de huesos de dinosaurio. Me parecía una imagen preciosa. Nos sumergimos en un silencio hasta que terminamos de cenar y subimos a la habitación. James se había quedado un poco pensativo e incluso se tomó un momento para reflexionar, simplemente parado frente al espejo tras limpiarse los dientes. Cuando se reunió conmigo en la cama, se tumbó boca arriba, me rodeó con los brazos y me

atrajo para que fuera yo quien me volcara un poco sobre él. Así que apoyé la cabeza a un lado de la almohada, con los labios lo suficiente cerca para besarle la mejilla sin hacer mucho esfuerzo mientras le acariciaba el pecho sobre el logo de «#TuAmo».

—Les quería mucho, a Canela y Pimienta —murmuró en voz baja, en mitad de la penumbra de la habitación y el sonido de la lluvia al caer contra el cristal — y creía que ellos me querían mucho a mí...

—Claro que te querían mucho —respondí en el mismo tono bajo.

James negó con la cabeza.

—Pensaba que eran mis amigos, pero un día se escaparon de casa y no volvieron nunca más. Me dejaron solo.

Entreabrí los ojos y detuve la mano que movía sobre su pecho, pero volví a acariciarle, esta vez más lentamente.

—Me pasé días llorando y mis padres se enfadaron bastante conmigo — continuó el señor Black tras una de sus breves pausas —. Madre me dijo que eran solo perros y que dejara de ser un niño estúpido y llorica. Mi padre me dijo que les había mimado demasiado y que me habían perdido el respeto, que si les hubiera mantenido con hambre siempre hubieran acabado volviendo a mí.

—James... —murmuré, incapaz de encontrar las palabras para describir lo que quería decir realmente, así que solo le dije —: Tu familia está enferma.

—Tenían razón —susurró con un tono casi inaudible.

—No. No la tenían —le aseguré, alzando la cabeza para poder mirarle a los ojos —. Los labradores son una raza muy fiel, no se escapan sin más. Y, aunque se hubiera alejado un poco de casa y se hubieran perdido, Bluebelt no es tan grande como para que no encontraran el camino de vuelta. — Esperé un momento y entonces le dije lo que pensaba de verdad —: No me sorprendería que fueran tus padres los que hubieran echado a Canela y Pimienta de casa para darte una especie de retorcida lección.

El señor Blackladeó un poco el rostro para mirarme mejor, con el ceño fruncido y una expresión cada vez más y más preocupada.

—¿Qué? —se le escapó entre los labios.

—No, no lo sé... —tuve que recular, porque de pronto el señor Black había empezado a respirar más fuerte y sus ojos se había empañado—. Pero... es muy raro que de un día para otro se escaparan sin más.

James volvió la vista al frente y miró el techo a oscuras, allí donde se reflejaba la luz de la ciudad y los regueros y gotas de agua quedaban proyectados creando extrañas formas. Lo único que pude hacer fue abrazarle con más fuerza y desear haberme equivocado con todo aquello, pero, por desgracia, el señor Black debió encontrar mucho sentido a mis palabras, porque empezó a llorar en silencio y a apretarme contra él para que no pudiera verle hacerlo. Sin embargo, podía sentir sus manos temblando y el leve sollozo que a veces se le escapaba de entre los labios.

No fue una noche sencilla. Me mantuve despierto hasta que el señor Black al fin quedó dormido de madrugada, después nos levantamos con el desa-

gradable sonido del despertador. Abrí los ojos al instante y miré a James, recostado sobre mí y respirando lentamente. Sabía que estaba despierto, aunque tuviera el rostro medio hundido en la almohada, así que le acaricié suavemente la espalda antes de darle un beso en la mejilla.

—¿Qué tal estás? —le pregunté en voz baja.

El señor Black movió la cabeza en una pequeña y poco elaborada negación.

—Hoy es un gran día, vamos a pasarlo en la *Fashion Week* y a comer en un restaurante muy bonito del centro —le recordé.

—Cancélalo —ordenó con su voz un poco baja contra la almohada—. Cancélalo todo.

Levanté la mano desde su espalda a su pelo y miré el techo. Todavía era temprano, pero la luz del amanecer ya entraba por la pared acristalada de la habitación llenándolo todo de una claridad suave.

—Si nos quedamos en casa, no cambiará nada, James —murmuré—. Vayamos al gimnasio, desayunemos, preparémonos y vayamos a disfrutar de los desfiles.

—He dicho que no.

Puse una mueca de preocupación que, por suerte, él no pudo ver. Continué acariciándole el pelo rubio, jugando con algunos mechones ondulados entre los dedos, hasta que ladeé el rostro y lo intenté de nuevo:

—¿Te apetece que vayamos a tomar un café y un donut?

El señor Black tardó tanto en responder que creí que no lo haría, pero finalmente levantó la cabeza y me miró con unos ojos un poco hinchados y con algunas sombras oscuras. Sonreí un poco, todo lo que fui capaz, antes de acariciarle la barba como solía hacer.

—Nos pondremos algo discreto y tomaremos un poco el aire —insistí.

—No estoy de buen humor hoy, Leo —dijo en voz baja, quizá para advertirme de que sería mejor que dejara de intentarlo. Por desgracia para él, yo no era de los que se rendían tan fácilmente.

—Entiendo —asentí—. Entonces que sean dos donuts y un café con bien de dulce de leche.

James no dijo que sí, pero tampoco dijo que no; así que hice fuerza hacia un lado para volcarnos y dejarle a él cara al techo y a mí encima. Le di un buen beso de buenos días y le mordí un poco ese labio inferior que tantísimo me gustaba. Traté de estar un poco más animado, porque si ambos nos dejábamos arrastrar por la pesadumbre y la tristeza, ninguno de los dos podría tirar hacia arriba.

—Elegiré yo la ropa —le dije con una media sonrisa un poco cruel—. Te pondré un chándal.

—Jamás —se negó el señor Black, lo que me produjo una breve risotada. Sacarle de la cama me costó un poco. Hice varios intentos, siempre de forma juguetona y suave, hasta que el señor Black dejó de poner resistencia y de intentar que me recostara de nuevo sobre él. Una vez en el vestidor, nos pusimos nuestra ropa de «incógnito» y salimos hacia el as-

censor.

Esperé a dejar el edificio para deslizar mi mano hacia la de James y entrelazar los dedos mientras me pegaba a él.

Las aceras estaban mojadas después de la tormenta, pero ya había dejado de llover y la luz del sol empezaba a colarse por entre las nubes, arrancando cegadores destellos a los charcos y las cristaleras de los altos edificios de Manhattan.

—¿Cuál es tu parte favorita de la ciudad? —le pregunté al señor Black.

Él me miró con su expresión calmada de párpados caídos bajo la visera de béisbol. Era evidente que estaba triste, pero al menos me estaba dejando hacer algo por intentar solucionarlo.

—El centro, es la más lujosa —respondió.

—A mí me gusta más la parte baja, con los edificios de ladrillo.

El señor Black soltó un bufido un tanto despectivo, negó con la cabeza y miró al frente antes de empezar una elaborada explicación de por qué me equivocaba. Yo le escuchaba y asentía, como si todas aquellas tonterías elitistas me convencieran de que él tenía razón. Todavía estaba en ello cuando llegamos al café, el mismo al que solíamos ir a pocas manzanas de distancia. Los camareros ya nos conocían, a nosotros y a la jugosa propina que siempre les dábamos, así que no tardaron en saludarnos con una amplia sonrisa y en desearnos los buenos días. Les saludé de vuelta e hice el pedido rápidamente antes de que fuéramos hacia el final, donde había unos sillones discretos y bastante cómodos donde sentarse. Solté la mano de James por primera vez desde que habían salido a la calle, pero solo para sentarme muy cerca de él y acariciarle discretamente el muslo. El señor Black no se privó de rodearme los hombros con el brazo y darme un beso en los labios. Por supuesto, no éramos los únicos del local, y las miradas curiosas y atentas seguían ahí; sin embargo, confiaba en que solo parecíamos una joven pareja gay más de entre las miles y miles que había en la ciudad.

Cuando nos indicaron que nuestros cafés estaban listos, me levanté y aproveché el momento para mandar un rápido mensaje a Lana diciendo que aplazaríamos la hora en la que la iríamos a recoger, diciendo que el señor Black se encontraba un poco mal. No tardó ni un minuto en responder de una forma innecesariamente dramática y preocupada por la salud de James, como si «encontrarse un poco mal» significara que estaba en un hospital al borde de la muerte. Puse los ojos en blanco y le enseñé el mensaje al señor Black, quien se limitó a negar y beber otro trago de su café con dulce de leche.

—No nos daría tiempo a llegar para ver el desfile de Federico Cina —le dije de una forma casual y despreocupada—, pero si quieres podemos ir a ver el de Sandy Liang.

James me miró con la misma expresión indiferente y un poco alicaída, se lo pensó durante unos largos segundos y finalmente respondió:

—Solo tú y yo.

Apreté los labios, no demasiado convencido con la idea de dejar a Lana de lado. Por otra parte, su presencia no iba a mejorar demasiado el humor del señor Black, y yo quería volver a verle feliz.

—De acuerdo —terminé aceptando—. Volvamos, vistámonos y disfrutemos de la *Fashion Week*.

El señor Black asintió lentamente y se inclinó para darme un beso un poco más lento y suave. Se me escapó un leve gemidito del que no estuve orgulloso, pero tenía mis motivos: la boca de James sabía muy dulce debido al café especial y fue una sorpresa inesperada y muy placentera. Le agarré de la sudadera y no dejé que se apartara hasta que disfruté todo lo que quise de aquello, volviendo a morder su labio inferior y provocando un gruñido en la garganta de James. En ese momento fue cuando empecé a ponerse de mejor humor.

Al llegar a casa ya no estaba tan serio e indiferente, incluso se había puesto un poco mimoso después de aquel largo y dulce beso, consciente de que le daría todo lo que quisiera y aprovechándose al máximo de ello. Nos vestimos con el *outfit* del día: algo más alternativo, «algo retro, pero con un giro moderno» lo había descrito James al comprarlo. Llevábamos camisas finas y sueltas con los primeros botones abiertos, el señor Black llevaba un gorro de lana negro y gafas y yo un gorro de paja. Estábamos muy guapos y enseñábamos un poco de cuerpo, pero parecíamos un par de surfers de California perdidos en la ciudad, sinceramente. De camino en el coche aproveché un momento mientras James me acariciaba el pecho por dentro de la camisa y me besaba el cuello para inventarme una disculpa creíble que enviar a Lana.

—¿Le miento o le digo que hoy no estás de humor? —terminé preguntando.

—Dile que voy con mi novio de verdad a la *Fashion Week* —respondió James sin apartar demasiado los labios de mi piel.

«El señor Black debe asistir a un par de desfiles, pero todavía se encuentra mal y prefiere que no tengas que verle enfermo. Le da un poco de vergüenza, ya sabes. No te preocupes por nada. Te avisaré si surge cualquier cosa. Leonard». Terminé enviándole. No tenía sentido mentir cuando íbamos a asistir a un evento tan fotografiado y seguido como la NYFW. Eso es lo que le empecé a contar a James, pero a él no podría importarle menos. Simplemente me quitó el móvil de las manos, lo tiró a un lado del asiento y me apretó contra él para que le besara.

Cundo alcanzamos el edificio, había más gente incluso que el día anterior: más fotógrafos, más famosos, más desfiles y más movimiento. Empezó a preocuparme habernos equivocado de día para dejar de lado a Lana en el momento en el que algunos de los fotógrafos nos pidieron que posáramos, preguntándonos algunas tonterías sobre los desfiles o lo que queríamos y esperábamos ver. James estaba sonriente y encantador, interpretando su papel del Soltero de Oro, pero interactuando conmigo de una forma que no hacía con Lana.

Yo hacía todo lo posible por cumplir mi rol de ayudante/mejor amigo, algunas bromas ligeras, algún roce tonto y cariñoso, pero inocente. Al terminar, al fin pudimos dirigirnos hacia el desfile de Sandy Liang con unos buenos quince minutos de adelanto. Montaron todo un espectáculo con un escenario ambientado en una casa antigua, música y luces.

Al señor Black le encantó el desfile, y no fue al único. Después corrimos al siguiente, con solo diez minutos de diferencia; menos espectacular y más sobrio, pero igualmente agradable y entretenido.

—Tenemos una hora para comer y después el desfile de Priak —le dije, revisando el horario en el móvil mientras nos dirigíamos a la salida.

—Podemos pedir un café a la vuelta —sugirió un señor Black totalmente sonriente y de buen humor al que no le importaba pasarme la mano por los hombros en mitad de un lugar lleno de gente—. Lo vamos a necesitar.

Yo no lo sabía, pero James había decidido por ambos que aquella tarde nos la pasaríamos en la NYFW, de desfile en desfile, inmersos en el mundillo de la moda, la imagen y los fotógrafos. Tras la cuarta entrevista del día, una especialmente graciosa porque el buen humor del señor Black resultaba encantadoramente contagioso, James me llevó al baño y tuvimos un pequeño polvo en un cubículo privado.

No me sentí demasiado cómodo al principio, porque era un lugar bastante concurrido, pero el señor Black hizo un gran, grandísimo esfuerzo por hacerme disfrutar y terminé dejándome llevar por la emoción del momento.

Cuando llegamos al desfile de Mirian Clark estábamos algo sonrojados, acalorados y un poco sudorosos, aunque no podía decir que no hubiera merecido la pena. A las nueve de la noche, al fin dejamos el edificio tras haber asistido a un total de ocho desfiles. Volvimos al coche y solté un suspiro de cansancio, pero también de satisfacción. No hizo falta que James me pidiera que me sentara sobre él, simplemente lo hice.

—Me lo he pasado muy bien —le dije.

—Yo también —afirmó él, quitándose el sombrero de lana para dejarlo a un lado—. Cenemos y vayamos a tomar unas copas antes de la fiesta. No quiero tener que aguantar las gilipolleces de Bill estando sobrio.

Solté un murmullo afirmativo y busqué algún local de copas de camino a la mansión de los Hunt.

—Hay un par de club's y locales, pero nada que podría gustarte —le expliqué, lo que significaba que ninguno era lo suficiente elitista—. Lo único es un bar de copas en la parte baja de Manhattan, si tomamos un pequeño desvío.

El señor Black asintió y siguió acariciándome la pierna mientras me miraba con una suave y persistente sonrisa que le siguió todo el trayecto hasta casa. Cuando repartí los envases de la cena y los volqué sobre los platos, me sentí con la suficiente confianza para preguntar:

—¿Ya estás mejor, James?

Él me miró desde el otro lado de la mesa, tardando un momento en com-

prender mi pregunta, entonces su sonrisa se fue apagando hasta desaparecer. Bajó la mirada al plato y pinchó un poco de las espinacas con gambas antes de llevárselas a la boca.

—No, Leo —murmuró al terminar de masticar—. Todavía duele.

Asentí en silencio y esperé un poco para decirle:

—Si quieres hablar de ello, sabes que puedes contar conmigo.

James me miró por el borde superior de los ojos y continuó masticando.

—Lo sé —dijo en voz muy baja.

Eso fue todo lo que necesité. Sonreí y decidí cambiar de tema a uno más ligero y neutro que su pasado traumático y su triste infancia.

—¿Y qué cosas asquerosas vamos a ver en esa «galería de arte blanca»? , que, por cierto, suena un poco racista —traté de bromear.

—No es racista —negó el señor Black—. A Bill le encantan los hombres negros, los latinos y todas esas razas de piel oscura, siempre invita a muchos.

—No digas «todas esas razas de piel oscura», James —le pedí tras un breve silencio, perdiendo por completo la sonrisa y mis ganas de bromear—. El término apropiado es «gente de color».

El señor Black se encogió de hombros y continuó:

—Habrá música, alcohol, gente desnuda y bastante droga, pero no vas a ver nada que no hayas visto ya en las fiestas de los amigos de Wall Street de Jacobs.

—¿Entonces habrá prostitutas jóvenes y atractivos muy drogados dejándose meter mano por hombres mayores y asquerosos? —pregunté, porque, para mí, esas eran las fiestas del señor Jacobs.

Para mi sorpresa, aquello hizo gracia al señor Black, que me dedicó una pequeña sonrisa antes de beber un trago de agua.

—No, allí son todos guapos y tienen buen cuerpo. Como nosotros.

Alcé las cejas y apreté los labios. Así que todos serían guapos y fuertes, a excepción de Bill Hunt.

—¿El señor Hunt se ha montado un harén y lo ha llamado fiesta?

James soltó un bufido y después una breve carcajada.

—Sí, eso es exactamente lo que ha hecho —afirmó—. Se aprovecha de que están todos drogados y excitados y se mete en medio. Es una serpiente a la espera de su oportunidad.

—Pues como el padre, entonces... —murmuré en voz baja, terminando mi plato de espinacas—. ¿Nos duchamos juntos? —le pregunté antes de limpiarme la boca con la servilleta.

—Sí —respondió, levantándose de su taburete alto.

Dejamos la ropa moderna y *chic* a un lado y cuando volvimos al vestidor, el señor Black eligió llevar la misma ropa que habíamos llevado en Lyon a nuestra reunión con el señor Müller: camisetas blancas de manga corta muy apretadas, con los botones abiertos hasta la mitad, y unos pantalones de pinza. Los de James eran azul marino y los míos grises, pero ninguno de los dos dejaba nada a la imaginación, ni la forma, ni el tamaño ni el volu-

men. No llevar ropa interior también ayudaba a ello. Para finalizar, el señor Black fue hacia uno de las cajoneras alargadas y la abrió para sacar dos pañuelos de vaquero, uno negro y otro naranja. Se acercó a mí y me cogió la mano derecha para atarme el naranja a la altura de la muñeca.

—Solo tengo este —murmuró con un tono extraño, entre la exasperación y la tristeza.

El señor Black me entregó el suyo e hizo una petición silenciosa para que se lo atara en la mano izquierda. Evidentemente, aquello formaba parte de algún tipo de código especial para las fiestas sexuales; uno diferente al que usaba el Barón Enmascarado.

—¿Me lo vas a explicar? —le pregunté cuando nos colocamos frente al gran espejo para la revisión.

James rodeó mis hombros y me apretó un poco contra él.

—Cuando nos tomemos la copa —respondió.

Asentí, pero supe que no me iba a gustar lo que tuviera que decirme al respecto. Ya preparados, bajamos al garaje, le expliqué a Lakov la ruta a seguir y nos metimos en el coche. Quince minutos después, estábamos a las puertas de un local de copas de la parte baja de Manhattan. No era tan elitista como los del centro, pero estaba bastante bien. Había mucha gente, las paredes eran de ladrillo rojo y madera, música suave, la luz era baja e íntima y había docenas de licores donde elegir; y eso era todo lo que importaba. Fuimos directos a la barra y tuvimos que esperar muy poco a que una joven de pelo moreno nos atendiera con una amplia sonrisa, ignorando por completo a todos los clientes que llevaban mucho más tiempo que nosotros esperando a ser atendidos. No fue algo sorprendente, después de todo, estábamos en un club nocturno y James iba vestido como si su objetivo fuera echarle el polvo de su vida a una mujer muy afortunada. Pedimos dos whiskies con hielo, brindamos y nos lo bebimos de una sentada, antes incluso de que nos hubiera dado tiempo a pedir otra ronda, nos llegaron otros cuatro.

—A esta ronda os han invitado esas chicas de allí en la mesa del fondo —nos señaló la camarera, moviendo dos de los vasos de whisky hacia nosotros —, y a esta otra las chicas del fondo de la barra —y nos acercó los otros dos—. Sois unos hombres muy afortunados —añadió antes de guiñarnos un ojo.

El señor Black echó un rápido vistazo a las chicas de la mesa y a las del final de la barra, pero yo mantuve la mirada al frente y bebí otro trago de whisky.

—Si sigues en esa postura, Leo, nos van a salir todas las copas gratis —me dijo James cerca del oído.

Le miré, sin entender de qué hablaba, hasta que él miró mi culo y alzó una ceja. Me había recostado un poco sobre la barra y mi trasero quedaba algo en pompa. Gracias a lo ajustado que era el pantalón el resultado era, bueno, digamos «provocador», pero como esa no había sido mi intención, me incorporé deprisa y apoyé solo un codo en la barra de madera para

volverme hacia el señor Black.

—Creo que tus brazos a punto de reventar la tela de la camisa son los únicos culpables de las copas gratis, James —le señalé yo.

El señor Black sonrió, elevando solo una comisura de los labios y mostrando parte de su dentadura blanca y perfecta.

—Yo creo que ambos somos muy culpables —murmuró, llevándose el vaso a los labios antes de bajar la mirada a mi pecho descubierto bajo la camisa. No la apartó de allí en un buen rato, hasta que decidió levantar la mano y rozar el pelo caoba de arriba abajo, produciendo una respuesta muy rápida en su entrepierna cada vez más obscenamente abultada.

—James... —murmuré con cuidado—. Nos pueden reconocer —le recordé, pero no hice nada para evitar el roce de sus dedos fríos sobre mi pecho.

El señor Black alzó al fin la mirada y se quedó así un momento antes de llevar la mano al vaso de whisky y bebérselo todo de dos tragos.

—¿Me vas a explicar lo de las bandanas? —le pregunté para distraerle, alzando mi muñeca derecha con el pañuelo naranja atado.

—Es un código gay —respondió, acercándose un poco para poder bajar la voz—. Derecha significa pasivo, izquierda, activo. Si te lo pones en el cuello es que eres versátil. —Levantó un poco su mano izquierda con la bandana negra en la muñeca—. Los colores significan lo que haces y lo que te dejas hacer.

Asentí con la cabeza, no demasiado sorprendido.

—A veces me gustaría que la cultura gay no girara siempre en torno al sexo —reconocí.

El señor Black esperó a dar otro trago a su tercer whisky y yo le acompañé. Cuando había dicho que no quería ir sobrio a la fiesta, no bromeaba.

—El sexo es importante, Leo. A todo el mundo le gusta follar.

—Sí, pero... —me detuve, agité un poco la cabeza y preferí no continuar con el tema. No estaba seguro de que James pudiera llegar a entender a qué me refería con aquello—. ¿Y qué se supone que hacemos nosotros? —pregunté—. ¿El naranja significa «besitos y abrazos»?

A James se le escapó un bufido y una breve carcajada grave y profunda.

—No, el naranja... significa que haces y te dejas hacer de todo —respondió, dudando un momento a mitad de frase—. Es el único otro pañuelo que tenía y me olvidé de decirte que compraras uno nuevo —añadió, como si quisiera disculparse por aquello.

Lo que me hizo sentir incómodo y un poco angustiado en aquel momento no fue el hecho de llevar la bandana naranja, sino el hecho de que James tuviera aquel pañuelo en casa, y saber quién lo podría haber llevado antes que yo.

—El negro significa dominación y sado —continuó el señor Black, quizá consciente del hilo que estaban siguiendo mis pensamientos y queriendo distraerme de ellos—. Personalmente, prefiero el sistema de marcas. Es

mucho más conciso y claro que el viejo sistema de los pañuelos de colores.

—Quizá el señor Hunt sea todo un purista —respondí.

James volvió a sonreír, negó con la cabeza y terminó su tercera copa. Pidió otra ronda a la misma camarera, muy atenta y muy feliz de poder atendernos tanto como el señor Black quisiera. «¿Sois de por aquí?», empezó a preguntarnos. «¿O es una visita de negocios?». Dejé a James responder mientras me terminaba mi propia bebida y la dejaba a un lado para que se la llevara. Le había seguido el ritmo al señor Black hasta entonces, pero empezaba a sentirme acalorado y decidí relajarme con la cuarta ronda y tomármelo con más calma.

—A Bill le va mucho lo sórdido —me explicó, acercándose un poco más que antes, rozando la línea entre «los buenos amigos en un club» y «los dos hombres sospechosamente juntos en un club»—. Siempre monta un montón de cosas en el piso superior: cuartos oscuros, *glory holes*, laberintos, salas de películas... ya sabes.

—La verdad es que no —le dije, mirando aquellos preciosos ojos del azul del mar—. Nunca he estado en un sitio así ni visto esas cosas.

James se quedó mirándome en silencio y no se apartó demasiado para beber otro trago de su copa.

—Te los enseñaré si quieres —se ofreció.

—No tengo tanta curiosidad, James —sonreí.

Pero ya era tarde. Al señor Black empezó a gustarle la idea y su sonrisa se extendió de esa forma que hacía cuando estaba excitado y un poco borracho.

—Quiero que vengas conmigo a la parte oscura, Leo —murmuró con voz grave y aterciopelada, más cerca de mi oído que nunca y rozando su mejilla y su barba espesa contra la mía—. Será muy divertido...

Fruncí el ceño y moví lentamente el rostro, alcanzando a ver los ojos de James cuando se apartó lo suficiente de mí. El señor Black había dicho que a Bill Hunt le iba lo sórdido, pero él no se quedaba muy atrás con su extraño fetiche exhibicionista y *voyeur* por ser mirado y mirar a los demás mientras practicaban sexo. Sin embargo, no me preocupó demasiado; James ya me había demostrado que podía confiar en él y que jamás sobrepasaríamos el único límite de nuestra relación.

—¿Por qué te gusta tanto eso? —pregunté con una sonrisa.

—Es algo que me gusta hacer solo contigo —respondió antes de encogerse de hombros—. Me pone muy cachondo que nos miren.

—Ah... —dije antes de beber un trago de whisky. No tenía demasiado claro si debía sentirme halagado o no por aquello—. Pero tú siempre lo hacías en público —recordé de pronto, señalándole con el dedo índice de la mano con la que sostenía el vaso frío—, quiero decir... siempre hacías cosas delante de los demás.

—Pero no me ponía cachondo —murmuró tras una breve pausa.

Me quedé un momento en blanco, parpadeé y volví a fruncir el ceño.

Había una pregunta obvia que quería hacer, pero temía cuál sería la respuesta. Así que bajé la mirada a mi copa antes de darle otro sorbo y responder:

—Si te gusta tanto, James, iremos a esa parte oscura, pero que sepas que como alguien se acerque a tocarnos le daré una puta patada.

El señor Black puso una sonrisa amplia y arrebatadora, asintió y empezó a rozarse un poco contra mí de una forma nada discreta.

—Me encanta que me des todo lo que quiero siempre que quiero —susurró en mi oído, llegando a usar la lengua para lamerme un poco.

Solté un poco el aire y tragué saliva. El alcohol se nos había subido ya un poco la cabeza, pero la sangre nos había bajado directa a la entrepierna.

—James... —dije en voz baja, haciendo un gran esfuerzo para reunir un poco de cordura y no comerle la boca allí mismo, en mitad del local lleno de gente—, ten cuidado.

El señor Black dejó de lamerme la oreja y soltó una bocanada de aire antes de agachar la cabeza.

—Vámonos ya —ordenó, perdiendo por completo el tono excitado y juguetón.

Ambos apuramos la cuarta copa hasta el final y llamamos la atención de la camarera para pagar. James rodeó mis hombros y nos dirigimos hacia la salida. Fue entonces me di cuenta de que el whisky bebido tan rápido nos iba a jugar una mala pasada; no estábamos borrachos, no todavía, pero había sido un comienzo prometedor. Yo ya empezaba a querer tocar a James más de lo habitual, y él empezaba a mostrar un rango de expresiones y emociones más amplio de lo normal. El trayecto en coche hasta la fiesta fue bastante divertido, o, al menos, nos reímos bastante. Se me ocurrió buscar en el móvil el origen y significado del código gay de los pañuelos de colores; James conocía muchos, pero no todos. Así fue como alcanzamos la mansión de los Hunt, un poco borrachos y con un amplio conocimiento del código de colores.

Lakov dejó el coche a las puertas de la enorme casa, de estilo neoclásico y señorial. Era de madera blanca, había grandes ventanales alrededor de toda la planta baja y un segundo piso finalizado en una techumbre de teja negra. Por supuesto, también tenían un amplio jardín delantero, caminos empedrados, fuentes y una piscina en la parte de atrás. Todo apestaba a lujo y dinero, y el interior de la casa no fue una excepción. Nos recibieron dos enormes hombres de seguridad a las puertas, a los que tuve que enseñar las invitaciones que habían enviado a mi móvil, móvil que después me quitaron antes de pasarnos un detector de metales. James se lo tomó con bastante calma, así que supuse que era lo normal, como en las fiestas de los amigos del señor Jacobs.

Ya era noche cerrada y, al parecer, la fiesta había comenzado hacía un poco, porque cuando al fin nos dejaron entrar nos encontramos con que la mansión estaba llena de hombres bebiendo, riendo, hablando, ligando o esnifando cocaína; a veces haciendo varias cosas a la vez. Muchos lleva-

ban pañuelos, pero no todos, al igual que ropa, había quien iba más o menos vestido y otros que prácticamente se paseaban desnudos de un lado a otro. Algunos de ellos saludaron a James como si le conocieran; por suerte, yo estaba borracho y nada me importaba demasiado. Simplemente rodeé la cadera del señor Black y dejé que me guiara hasta el interior, a un enorme salón con múltiples sofás.

—¿Te apetece un poco? —me preguntó, señalando con la cabeza la mesa baja donde había hombres esnifando y cortando cocaína.

—Sabes que no, James —respondí—, pero sí que quizá me tome otra copa —añadí, señalando la barra de bar que habían montado a un lado del salón.

—Solo alcohol, entonces —asintió James antes de empezar a caminar hacia allí.

Pedimos más whisky a un joven bastante atractivo y de amplia sonrisa que solo llevaba un calzoncillo slip negro y una pajarita.

—¿Queréis darle un toque especial, chicos? —nos preguntó, enseñándonos un par de pastillas color canela.

—Es la droga del mono —me explicó el señor Black al oído—. Te pone muy, muy cachondo y la polla como una piedra.

—No, gracias, solo el whisky —respondí al momento.

Sin embargo, el señor Black cogió las pastillas y se las guardó en el bolsillo del pantalón.

—Para uno de nuestros domingos especiales —me explicó con una sonrisa al ver mi expresión seria—. Solos tú y yo en casa.

Puse los ojos en blanco, pero no dije nada. Seguía sin gustarme esa insistencia de James en que nos drogáramos juntos, aunque al menos en esa ocasión quisiera hacerlo en un entorno seguro y no en mitad de una fiesta sexual. Con las copas en la mano, nos dirigimos hacia un hueco en el sofá. El señor Black se sentó primero y me indicó que me sentara sobre él, como hacíamos en el coche. A nuestro lado había una pareja de hombres morreándose con bastante intensidad y metiéndose mano, pero no eran los únicos en el salón, ni los menos discretos.

—James —dijo un hombre a lo lejos antes de acercarse con una amplia sonrisa.

Era el único de la sala que no tenía buen cuerpo ni aspecto de modelo, sino todo lo contrario; era un poco rechoncho, de pelo teñido de morado y unas más que evidentes ganas de llamar la atención del señor Black. Su intención era sentarse a su lado, pero le detuve con la mano y una sonrisa afilada.

—No puedes hacer eso —le dije.

Él se sorprendió, miró las manos de James a mi alrededor y la expresión desinteresada y seria con la que le miraba.

—Ah... yo... —el hombre se puso nervioso y movió las manos, tratando de meterlas en los bolsillos de unos pantalones que no llevaba, así que terminó por cruzarse de brazos y tratar de mantener la calma—. Tenía ga-

nas de volver a verte, James... el año pasado fue... brutal.

El señor Black asintió y señaló hacia un lado.

—Lárgate —ordenó.

El hombre quiso decir algo, pero solo pudo tartamudear de una forma ininteligible y darse la vuelta a toda prisa para desaparecer tan rápido como fue capaz.

—¿Ese es amigo de Bill? —pregunté, porque era evidente que no era un modelo.

—Evidentemente —respondió el señor Black con cierto tono despectivo en la voz—. Seguro que está el otro larguirucho y esquelético por alguna parte.

—Si hablas de Thomas, James, está ya arriba esperándote —nos sorprendió una voz a nuestras espaldas, una voz que era difícil no recordar.

Yo fui el único de los dos que giró el rostro para ver a Bill Hunt, con su pelo negro recién cortado, mojado y revuelto, las mejillas coloradas y la piel húmeda, la barba que se estaba dejando crecer, pero que le salía a cachos, y sus dientes increíblemente blancos. Hacía medio año que no le veía, desde el Caribe, pero sentí el mismo rechazo instantáneo de la primera vez. Puede que más, porque era evidente que había estado haciendo... muchas cosas, puede que en el piso superior donde estaba su otro amigo; o puede que con el atractivo hombre latino que le acompañaba.

—Bill, tienes una horrible manía de aparecer por la espalda e interrumpir las conversaciones que no te incumben, ¿lo sabías? —le pregunté, porque era la segunda vez que nos sorprendía de aquella forma.

Bill Hunt soltó una carcajada seca y corta mientras daba la vuelta al sofá para mirarnos de frente. Llevaba solo un pañuelo naranja al cuello y una camisa de color negro, y ni siquiera lo suficiente larga para tapar su entrepierna al aire. Tenía un cóctel en la mano, pero los ojos vidriosos y las pupilas algo contraídas debido a la droga; lo más probable es que ya llevara borracho y colocado desde hacía un par de horas, puede que más. Nos miró a ambos de arriba abajo y se relamió de una forma muy desagradable mientras su polla se empalmaba lentamente. Su compañero latino, sin embargo, apoyó los brazos en el respaldo del sofá y se quedó mirándonos tranquilamente. Tenía una cadena de plata al cuello y un pañuelo azul oscuro alrededor de su enorme bíceps izquierdo. Su expresión era calmada, pero parecía muy interesado en mi bandana naranja —esa que decía que yo era pasivo y que me dejaba hacer de todo— y en mi culo. El señor Black me rodeó más con los brazos y me atrajo hacia él con una expresión muy seria en el rostro.

—¿Qué haces aquí, Bill? —le preguntó—. Normalmente no sales del cuarto oscuro en toda la noche.

—Nos fuimos a dar un baño en la piscina —respondió él, haciendo un movimiento con la cabeza hacia su compañero, pero sin apartar la mirada

de nosotros—. Este es Alejandro, no sabe mucho inglés, pero sabe hacer muchas otras cosas.

Giré la cabeza hacia el hombre de pelo negro, piel tostada y barba perfectamente recortada.

—*Hola* —le saludé en español.

—*Hola, papi* —respondió él con una voz baja y más grave de lo que me esperaba antes de recorrerme el cuerpo de arriba abajo.

—Estaba deseando que vinierais para volver a jugar a los espejos —nos dijo Bill entonces—, será mucho más justo ahora que todos somos hombres. O quizá podamos hacer un cuadrado... —sugirió con un tono más bajo y excitado—. Alejandro con tu chico y yo contigo, ¿qué me dices?

El hombre latino se movió al oír su nombre, cruzó el sofá por encima y se sentó a nuestro lado, con las piernas abiertas y su ridículo bañador negro demasiado ajustado. James me atrajo más hacia él, tratando de alejarme todo lo posible de Alejandro a mis espaldas.

—No hemos venido a jugar, Bill —respondió el señor Black, quien perdía la paciencia por segundos. Trataba de mirar fijamente al heredero de los Hunt, pero no dejaba de echar rápidas y asesinas miradas a Alejandro, demasiado cerca de mí.

Bill perdió la sonrisa y se puso más serio.

—No me jodas, James. ¿Has vuelto a traer a tu puto *boy toy* para no hacer nada? —le preguntó con un tono indignado—. Sabes qué tipo de fiesta es esta, si no quieres compartirlo, no lo traigas.

—Esto no es una orgía —le dijo a Bill, ya con un tono enfadado y frío—. No tenemos por qué hacer una mierda si no queremos. Coge a tu puto latino y llévate-lo arriba.

Bill soltó un bufido condescendiente y negó con la cabeza.

—¿Qué cojones te pasa, James? —le preguntó—. A estas alturas ya deberías estar hasta el culo de droga y follándote al tercer hombre de la noche. ¿No quieres batir tu récord este año?

El señor Black apretó las manos, una alrededor de mi costado y otra alrededor de su vaso de whisky.

—Escuchar, tomémonos los cuatro la droga del mono, vayamos a la piscina, esperamos a que haga efecto y después subimos arriba y lo pasamos de puta madre. ¿Qué os parece? —insistió Bill.

—No, no nos la vamos a tomar —respondió el señor Black—. Y más vale que no me enfades, Bill...

—¿Qué? —exclamó el heredero, cambiando su asquerosa mueca de excitación a una sorprendida de ojos grandes y labios entreabiertos—. Entonces, ¿no vas a intentar batir el record este año? —quiso saber.

—¿Por qué no te metes en tus propios asuntos, Bill? —soltó el señor Black, ya enfadado y apretándose con más fuerza—. Si tanto te preocupa el récord, bátelo tú mismo con esa polla enana que tienes.

El joven se rio, esta vez muy alto, llegando a derramar un poco de su cóctel sobre el suelo de madera de cedro del salón. Asintió varias veces con la cabeza y decidió darse la vuelta para ir hacia la enorme televisión de la pared y coger el mando que había sobre el mueble a un lado. Volvió hacia nosotros y se sentó a nuestro lado, encendiendo el televisor.

—Ya sé lo que puede animarte —dijo, pulsando los botones para navegar por el menú antes de encontrar lo que quería—. Lo tengo en favoritos...

Abrió un vídeo y entonces el salón se llenó de jadeos, gemidos y ruido de sexo duro en Dolby-Surround, como el de un cine. Pero aquella era una película muy sucia y el protagonista era James. Un James que me apretó con fuerza contra él y me miró por el borde de los ojos.

—Es como ver a un toro salvaje —dijo Bill con una suave sonrisa mientras miraba la pantalla—. ¿A que sí, Leonard? Tú debes saber ya lo insaciable que es James, eh... Seguro que te tiene todo el día así a cuatro patas... —y se rio.

Me llevé la copa de whisky a los labios y bebí un buen trago. La noche solo acababa de comenzar.

TODO UN CABALLERO

En la enorme pantalla del salón salía el señor Black, desnudo y sudando en medio de varios hombres mientras follaba sin parar a un joven de pelo rubio claro. Cuando este se corrió, llegó otro para ocupar su lugar, uno que hasta entonces le había estado lamiendo y frotando los brazos a James. En la esquina inferior derecha de la pantalla había un número: siete. Siete hombres que se había follado por el momento.

Se reunió un pequeño grupo a nuestro alrededor, atraídos por el ruido del sexo y la sórdida película del *gang bang* del señor Black. Había comentarios por lo bajo, la mayoría de sorpresa o excitación. Pronto comenzaron las preguntas sobre si esa noche haría lo mismo y sobre si podían apuntarse. Sin embargo, las palabras solo fueron un murmullo para mí, uno que se mezclaba con los gemidos, los gritos y los constantes jadeos del sexo en la pantalla.

No era agradable ver a tu novio de aquella manera, pero el James que estaba participando en aquel *gang bang*, no era mi James. Aquel era el señor Black del principio, el que tenía los ojos repletos de locura y apretaba los dientes con enfado mientras sudaba, jadeaba y seguía follando a hombre tras hombre. Todos gemían y le pedían más y más, todos le tocaban y querían un poco de ese hombre grande, fuerte y atractivo, y todos parecían estar disfrutando muchísimo; todos menos él. Fue un pensamiento extraño, quizá incluso tonto, pero no podía dejar de sentir que aquel James drogado y sudoroso estaba sufriendo. Quizá fuera algo en su mirada perdida, quizá en la forma en la que evitaba que los demás trataran de alcanzar su rostro o sus labios, quizá en la forma en la que su abdomen se contraía como si estuviera a punto de vomitar, quizá en la forma que gruñía, tan profunda y desesperada. Pequeños detalles que se escondían de las miradas de aquellos que no conocían a James y que solo podían ver al hombre increíblemente guapo y fuerte que, además, tenía la polla grande y te follaba sin descanso. Solo podían ver a La Leyenda Sexual, no al hombre que temblaba y jadeaba tras su octavo polvo, que apretaba las mantas de la cama y cerraba los ojos un instante para coger aire antes de obligarse a sí mismo a seguir.

Noté una presión en la espalda y algo húmedo en el cuello, una mano desconocida colándose por dentro de mi camisa y rozando mis pectorales. Entre todo aquel ruido, escuché mi nombre, un susurro que me trajo de lo más profundo de mis pensamientos. Entonces aparté la mirada de la pantalla para ver a un señor Black de expresión preocupada y triste. Bill le estaba frotando la entrepierna con su mano mientras miraba la televisión y sonreía. Un hombre moreno se había inclinado para hablar a James al oído mientras le acariciaba el pecho de arriba abajo. Yo tenía a Alejandro muy pegado a la espalda y sentía sus labios en mi cuello, sus manos por mi cuerpo, tirando de mí para alejarme de James, como helados tentáculos que me arrastraban a un lugar oscuro al que no quería ir.

James y yo nos mirábamos en silencio. Sus precios ojos del azul del océano eran dos mares de tristeza y miedo. Las manos de desconocidos nos estaban tocando, cada vez más fuerte, cada vez más profundo; nos estaban rodeando y nos estaban consumiendo. Pero ninguno de los dos hacía nada para evitarlo. No podía dejar de pensar en aquel señor Black que llevaba follando a once hombres seguidos. ¿Por qué lo había hecho?, ¿por qué seguía adelante cuando, tras cada hombre, solo temblaba un poco más y parecía más perdido?, ¿por qué se hacía eso a sí mismo?, ¿qué se supone que quería demostrar... o a quién?

Entonces sentí que los ojos se me humedecían y desperté de aquel sueño que me mantenía quieto e impasible. Aparté al hombre que rodeaba a James y había empezado a lamerle la cara, ignoré sus quejas y me incliné para abrazar al señor Black. No estaba enfadado, no exactamente, tampoco estaba dolido ni celoso, pero sentía una presión en el pecho y una profunda angustia y tristeza por aquel James del pasado. La Leyenda Sexual que era capaz de todo, que se había follado a cientos de personas, la estrella de todas las orgías y fiestas sexuales, que hacía *gang bangs* y cualquier cosa que le propusieran con tal de llenar aquel vacío que había dentro de él; lo que fuera por saciar aquella voraz necesidad de aprobación.

—Para mí siempre serás el mejor, James —susurré en su oído—. Lo sabes, ¿verdad?

El señor Black me apretó contra él y, tras un breve silencio, respondió:

—Sí, lo sé.

Palabras de amor susurradas en mitad del jaleo de la pantalla y una muchedumbre semidesnuda y excitada que nos consumía por momentos. Me separé lo suficiente para poder mirar a James a los ojos, tan húmedos y vidriosos como los míos.

Los demás habían dado por hecho que el espectáculo había comenzado y ya no se privaban de acercarse y manosearnos.

Alejandro estaba muy pegado a mi espalda, con una mano debajo de mi camisa y la otra en el interior de mi pantalón para apretarme el culo mientras me decía algo en español y frotaba su entrepierna contra mí. Bill ya se había puesto de rodillas frente a James, frotando la cara contra el bulto carnoso que era la polla del señor Black y gimiendo en voz baja. Alguien había ocupado su sitio libre en el sofá y acariciaba sus brazos y su pecho al aire. James y yo nos mirábamos fijamente. Habíamos venido a aquella fiesta sexual porque él había querido, como a todas las anteriores, y ya era hora de hacer la pregunta que tanto miedo me había dado hacerle:

—¿Esto es lo que quieres, James?

Él negó con la cabeza lentamente y una pequeña lágrima se precipitó desde sus ojos. Levanté una mano y le limpié el reguero húmedo que había dejado sobre su mejilla; entonces le di un codazo a Alejandro, que soltó un quejido y al fin se apartó, usé el pie para darle un empujón a Bill,

que cayó de lado al suelo y empezó a soltar insultos y a mirarnos con sorpresa. Me levanté del sillón y cogí las manos de James para tirar de él y sacarlo de aquel sórdido infierno de desagradables manos y sucios besos. Hubo quejas y preguntas, por supuesto, las de Bill más altas y ruidosas que las de ningún otro; pero todas cesaron cuando cogí el vaso de whisky y lo lancé contra la enorme televisión, reventando ambos cristales con gran estruendo y sumergiendo el salón en el más profundo silencio.

Ahora sí estaba enfadado. Cogí a James de la mano y tiré de él hacia la salida. En el amplio pasillo había algunas personas que se nos quedaron mirando, alertadas por el ruido de la televisión y el vaso al estallar, las mismas miradas que encontramos en el gran hall de la entrada. En las enormes escaleras había varios hombres desnudos que habían detenido su noche de sexo sórdido para investigar a qué venía el jaleo. Busqué el móvil en el bolsillo y mandé un rápido mensaje a Lakov para que viniera a buscarnos, después cruzamos la puerta de la entrada y nos quedamos a la intemperie de la noche, en el gran porche de la mansión de los Hunt. El mundo parecía extrañamente ruidoso en contraste con el intenso silencio que se había propagado por la casa. Tomé un par de bocanadas de aire fresco y las solté lentamente para tranquilizarme.

Había pasado de cero a cien en tan solo unos segundos y ahora tenía el corazón desbocado, aunque todavía me sentía un poco entumecido por el alcohol. Giré el rostro hacia James y miré sus ojos vidriosos y atentos.

Lakov no tardó más de un minuto en llegar desde el aparcamiento de la mansión, subimos al coche y nos sentamos cada uno en nuestro lado. Crucé las piernas y los brazos y miré por la ventanilla ahumada, tan negra que podía distinguir mi reflejo gracias a la luz suave del interior.

—¿Cuánto crees que valía esa televisión? —le pregunté tras un breve silencio.

—Bastante —respondió el señor Black con una voz ronca y baja.

—Me alegre —murmuré.

Nos alejamos de la mansión, siguiendo la carretera que cruzaba el oscuro bosque. Todavía nos quedaba una larga hora de camino por delante y una conversación pendiente que me costó un poco comenzar.

—Estoy cansado de todo esto, James —dijo en voz baja y sin apartar la mirada de mi reflejo en el cristal oscuro.

—Esta noche no iba a hacer nada, Leonard —me aseguró el señor Black con un tono muy serio—. Tú y yo tenemos un trato.

Giré la cabeza hacia él y sentí tranquilamente, ya que en ningún momento creí que James hubiera tenido aquella intención.

—Pero sabías que Bill intentaría convencerte para batir ese récord —le dije. No fue una pregunta, solo una rotunda afirmación.

El señor Black todavía tenía los ojos húmedos y la camisa demasiado desabotonada, mostrando gran parte de su torso y sus abdominales; y yo no estaba mucho mejor después del repaso que me había dado Alejandro, el cual me había desabrochado el botón del pantalón para poder hundir

las manos en mi culo. Pasaron un par de segundos antes de que él se dignara a asentir, consciente de que mentirme no tendría ningún sentido.

—¿Puedo hacerte una pregunta, James? —le dije entonces—. ¿Por qué seguimos viniendo a estas fiestas? —me encogí de hombros—. ¿Qué quieres conseguir?

El señor Black no se había sentado como siempre se sentaba, con los brazos estirados y las piernas abiertas; sino que había adquirido su postura del Soltero de Oro, de manos entrelazadas en el regazo y la espalda firme, la misma que ponía en la casa de sus padres. Tomó un par de lentas respiraciones y al fin respondió con tono bajo:

—Son divertidas.

—¿Lo son? —pregunté, ladeando un poco la cabeza. Fingí que le daba vueltas a la idea y terminé asintiendo—. Sí, quizá sean divertidas para muchos, quizá se lo pasen bien... pero tú no parecías pasarlo bien en ese vídeo, James.

Mis palabras dejaron un profundo silencio entre nosotros. El señor Black intentaba mantener la calma, pero su respiración era un poco más acelerada por momentos.

—Esa noche batí mi record de catorce hombres seguidos —murmuró al fin—. Todos estaban muy impresionados...

—¿Y te divertiste?

James tensó un poco la mandíbula y apretó sus manos entrelazadas.

—Soy el que más aguanta y el que mejor folla, ya lo sabes.

—¿Pero te divertiste o no? Es una pregunta sencilla, James.

Otro par de profundas respiraciones después, respondió:

—No lo recuerdo... Estaba muy drogado.

Asentí un par de veces.

—¿Y te divertías cuando ibas a las otras fiestas y orgías o también estabas demasiado drogado?

El señor Black y yo compartíamos una mirada fija e intensa. Había una leve tensión en el ambiente, una frágil lucha entre un James que no quería responder a mis preguntas y yo, que no iba a dejar pasar el tema sin más. No esta vez.

—Siempre me invitan porque soy el más...

—Siempre te invitan porque haces de todo y con todos, James —le interrumpí—. Te invitan como invitan a Jack, porque saben que, si te halagan y te llaman «puta leyenda», vas a hacer otra de tus salvajes guarradas para impresionarles.

Los ojos del señor Black se abrieron hasta el límite, vidriosos y enrojecidos, apretó los dientes y las manos con fuerza mientras no dejaba de jadear de una manera ruidosa y desagradable. Estaba enfadado, muy enfadado conmigo, con la persona que acababa de sacarle de entre los brazos de una docena de desconocidos. No se enfadaba con Bill Hunt, ni con Peter Jacobs, ni con ninguno de las personas que le pedían que se humillara para divertirles. No. Se enfada conmigo.

—Al principio creía que lo hacías por diversión —reconocí tras un breve silencio, ya que él no parecía dispuesto a hablar y yo tenía mucho que decir—, que siempre habías sido un hombre muy sexual y que tener sexo con mucha gente y participar en esta clase de fiestas te gustaba mucho; pero ahora creo que lo hacías solo para llamar la atención.

El señor Black empezó a respirar incluso más rápido e inclinó la cabeza para poder mirarme por el borde superior de los ojos, pero eso no me detuvo.

—Creo que has estado utilizando el sexo y tu atractivo para sentirte superior a los demás, pero que hubo algún momento en el que se te fue de las manos, James, y terminaste haciendo un montón de cosas que quizá no querías hacer.

Me detuve un momento, mirando a un señor Black al límite.

—Creo que perdiste el control... —murmuré, negando con la cabeza—, y que ahora no te das cuenta de que son ellos los que te están diciendo lo que debes hacer para divertirlos.

Me detuve y me quedé mirándole. El señor Black estaba pálido, respiraba agitadamente, como si le costara cada vez un poco más, comenzó a llorar en silencio con los ojos hinchados y enrojecidos, los labios entreabiertos y perlados de saliva que a veces salía disparada en pequeñas gotas y extraños gruñidos de sufrimiento. Parecía a punto de sufrir un ataque de ansiedad y empecé a preocuparme de haber llevado el tema muy lejos, o de haberle presionado demasiado. Pero después pensé que, si podía follarse a catorce hombres seguidos, si podía ser la «estrella» de todas las orgías, si podía dejar que los demás se humillaran hasta el límite por él, él podía soportar la verdad.

—Te digo esto porque te quiero, James —murmuré, sintiendo mis ojos húmedos y llorosos—. Porque soy tu novio y me importas más que nada en el mundo.

—Bájate... —jadeó entonces.

Sentí una presión en el pecho y perdí un poco la respiración.

—¿Qué? —susurré casi sin aire.

—Bájate del puto coche, ahora mismo... —ordenó con tono frío, la voz grave y quebrada por el incontrolable ataque de ansiedad que parecía estar a punto de sufrir.

—James...

—¡QUE TE BAJES! —gritó, tan alto y tan fuerte que me asustó.

Me quedé helado, pero en apariencia seguía de brazos y piernas cruzados y expresión serena, aunque por dentro estuviera sin palabras, sin fuerzas y sin aire. Parpadeé y sentí una lágrima recorriéndome la mejilla. Entonces fue cuando me enfadé de verdad. Siempre había un límite, un punto en el que te cansabas de ser la persona buena y comprensiva, un momento en el que te decías a ti mismo «hasta aquí». Y ese momento era aquel.

Lakov ya había detenido el coche, porque incluso él debía haber oído el desgarrador grito de James; así que fui hacia la puerta, la abrí, me bajé y

cerré de un portazo. Cuando estuve fuera, Lakov arrancó, dejándome en la oscuridad de la carretera en mitad del bosque. Me quedé allí parado un largo minuto, respirando grandes bocanadas del aire fresco y húmedo. Estaba dolido, estaba enfadado y frustrado, pero, sobre todo, estaba decepcionado con James Black.

Me limpié las lágrimas con las manos y terminé soltando una profunda respiración mientras escurría los dedos por mi pelo. Me encontraba a las afueras de la ciudad, solo y sin dinero, a dos horas andando por una carretera oscura y sin si quiera una cazadora para cubrirme del frío. Por suerte, tenía el móvil en el bolsillo. Volví a parpadear para limpiarme las lágrimas y me centré en el momento. Decidí resolver los problemas uno por uno y dejar el dolor y las emociones para cuando supiera cómo cojones iba a volver a la ciudad, dónde cojones iba a dormir y cómo cojones iba a pagarlo.

Porque de una cosa sí estaba seguro: no iba a volver con James.

Saqué le móvil y miré la agenda de contactos, sabiendo al instante quién era la única persona que podría ayudarme. Pulsé el botón de llamada y esperé a que los tonos sonaran, al quinto todavía no había respuesta, pero saltó el buzón de voz.

—Hola, Edward. Soy Leonard —empecé, hasta que me di cuenta de que no sabía muy cómo explicar la situación y me tuve que tomar un momento—. Escucha, he tenido un... imprevisto. Me he quedado en mitad de la carretera y tendría que llamar a un taxi, pero no tengo dinero. Emh... No sé si estás en el hospital o operando o... durmiendo ya —se escapó una risa nerviosa y me detuve, me aclaré la garganta y continué—: Siento muchísimo llamarte así de improviso y pedirte esto, pero ¿te importaría prestarme algo de dinero? Yo... Joder... qué puta vergüenza —terminé diciendo mientras me llevaba una mano al rostro—. Te lo devolveré, te lo juro. Es solo que me he quedado tirado y no sabía a quién más llamar. Iré... hacia el hospital y quizá te vea allí.

Colgué antes de seguir balbuceando como un gilipollas y comencé el camino en la oscuridad.

Edward era una buena persona y yo sabía que me ayudaría, pero eso no hacía la situación menos humillante para mí. Aun así, no le di muchas vueltas, porque todavía tenía dos horas de camino a la intemperie por delante con solo un pantalón demasiado apretado y una camisa fina que no servía de mucho contra el frescor de la noche. Empecé a tiritar un poco y apuré el paso, solo para tratar de entrar en calor. Usaba la linterna del móvil para iluminar el camino y rezaba para no encontrarme con algún animal salvaje o con ningún tipo de pirado que, por alguna razón, decidiera tomar aquella carretera y me viera andando solo en la oscuridad. Llevaba media hora de camino cuando recibí una llamada.

—¡Leonard! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —me preguntó un Edward totalmente alterado—. Estaba viendo a un paciente, perdona por no responder antes —comenzó a disculparse.

—Hola, Edward —respondí, tratando de sonar calmado—. Sí, estoy... más o menos bien.

—¿Has llamado a un taxi?

—No, todavía no.

—Llámallo, yo lo pagaré, no te preocupes por eso. Tengo que entrar en quirófano dentro de media hora, pero hay un cajero aquí cerca y te dejaré el dinero en la recepción del hospital. ¿Cuánto necesitas?

Me quedé con los labios entreabiertos y me costó un poco responder aquella pregunta. Entre el taxi y quizá un motel barato, la suma podría ascender a unos...

—Quizá doscientos dólares —murmuré. Solté aire y negué con la cabeza—. Es para el taxi y para dormir hoy en alguna parte. Te los devolveré en cuanto recupere mi cartera —le prometí.

—Oh... —oí a través del auricular cuando Edward se dio cuenta de que la situación era un poco más complicada de lo que, quizá, se había imaginado en un principio—. Por supuesto, Leonard, no te preocupes por eso ahora.

—Gracias, Edward.

—Si... —comenzó a decir, pero se detuvo y tardó un par de segundos en continuar—. Si quieres, puedes quedarte en mi casa.

—No, no quiero molestarte, Edward, de verdad —me apresuré a responder.

—En absoluto, tú nunca eres una molestia, Leonard —dijo él. Se oyó un ruido tras su voz, como de puertas correderas, y el fondo se volvió un poco más ruidoso con el sonido de voces y la calle—. Puedo dejarte las llaves junto al dinero y la dirección —continuó.

—No, eso es muy rebuscado —negué, pero me lo pensé un momento. No estaba seguro de tener la suficiente confianza con Edward para quedarme en su casa y no sentirme como una carga, por otro lado, era mucho más sencillo que pedirle dinero prestado. Así que le dije—: Esperaré a que termines el turno e iré contigo a casa.

—Mi turno termina a las seis de la madrugada, seguro que estás exhausto y prefieres descansar. No es ninguna molestia para mí dejarte las llaves, de verdad —insistió.

—Edward, me voy a sentir muy mal si hago eso —reconocí al fin, porque sabía que aquella discusión podía durar demasiado—. Preferiría esperarte, de verdad. No te preocupes por mí.

Se oyó un clic mientras hablaba y Edward soltó el humo del pitillo apresuradamente para decirme:

—Claro, Leonard, lo entiendo. Entonces ven al hospital, le pediré a las recepcionistas que te lleven a la sala de descanso y podrás esperar allí. Hay café, té y catres para descansar.

—Puedo esperar en cualquier cafetería, no quiero estar por en medio.

—No vas a esperar cuatro horas en una cafetería, porque entonces el que se sentirá mal seré yo. Ve a la sala de descanso y espérame allí, por favor

—concluyó, tratando de utilizar un tono fuerte y seguro que sonó muy extraño en labios de Edward.

Cogí aire y asentí.

—Bien, de acuerdo —cedí—. Muchas gracias, Edward.

—De nada, Leonard. Avisame si necesitas algo más —me pidió tras otra rápida calada.

—Eso haré. Nos veremos en la sala de descanso —me despedí.

Edward también se despidió y colgué la llamada para pedir un taxi, lo cual fue un poco complicado. «En mitad de la nada» no era una dirección que valiera, así que lo más aproximado que pude decir era que estaba en la carretera de camino a la A-89, andando en dirección a la ciudad y que en algún punto me encontraría. El taxista me advirtió que, si era una especie de broma, habría consecuencias. Lo cual sonó perturbador, pero yo estaba un poco ya hasta los cojones de todo y me dio igual.

Seguí el camino de la carretera a paso rápido, concentrándome en no pensar en el frío, en la fina lluvia que había empezado a caer y que me estaba empapando por momentos, ni en lo triste, vacío y desesperado que me sentía. Aproximadamente cuarenta minutos después, un par de luces brillantes y un taxi aparecieron por la carretera, me detuve e hice una señal, él se detuvo y bajó la ventanilla.

—¿Eres tú el que ha llamado? —me preguntó.

—Sí, soy yo —afirmé, dirigiéndome hacia él con una expresión seria. Me metí en el taxi enseguida y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Estaba totalmente destemplado y sentía un dolor en los pies por andar tanto con unos zapatos de vestir—. Al Weister's Hospital, por favor.

Me pasé el trayecto en el taxi tratando de volver a entrar en calor, con los brazos cruzados y la mirada perdida en la ventanilla de la parte trasera. Fue entonces cuando el móvil empezó a vibrar y miré el nombre en letras grandes que ponía «La Habitación». Colgué al momento y apagué el móvil. Una lágrima se deslizó por mi mejilla, demasiado caliente en contraste con mi piel fría. Lloré en silencio el resto del camino, asegurándome de que no quedara ya nada más dentro de mí antes de alcanzar las puertas del enorme hospital. Le pedí al taxista que esperara un momento, pero él no se fío de mí y me acompañó hasta la recepción para asegurarse de que le pagaba los noventa dólares del viaje. Podría decir que fue muy humillante, pero mi novio me había echado del coche en mitad de la nada y me había abandonado como a un perro, así que en comparación aquello no fue nada. Las recepcionistas del hospital no nos prestaron demasiada atención al principio, hasta que le dije quién era y pregunté por Edward.

—¡Ah, sí! —exclamó la mujer gorda de pelo rizo tras la mesa alta. Sonrió un poco y me miró de arriba abajo—. Aquí está el sobre.

Verme debía ser todo un espectáculo: despeinado, con los ojos hinchados de llorar y vestido con un pantalón y una camisa demasiado apretadas, demasiado sexy y atrevido para que la mujer no se preguntara de qué po-

dría conocerme el tímido cirujano Edward Fletcher. Por la forma en la que se le había quebrado la sonrisa quizá incluso creyera que yo era una especie de prostituto o algo así. Ignoré por completo su reacción y cogí el sobre que me ofrecía, lo abrí y saqué dos billetes de cincuenta para dárselos al taxista.

—Quédate la vuelta —murmuré sin muchas ganas. No se lo merecía, pero no quería volver al taxi y esperar a que me diera el cambio.

El taxista sonrió con sus dientes amarillos y se fue sin decir nada. Doblé el sobre y lo guardé en el bolsillo mientras me volvía de nuevo hacia la mujer de ropa azul de hospital.

—¿Podría indicarme dónde está la sala de descanso, por favor? —le pedí.

—Sí, por supuesto —asintió ella, saliendo de detrás de la mesa para indicarme el camino.

Cruzamos un amplio pasillo de hospital, con suelo brillante y paredes blancas. Eran las tres de la madrugada, pero había cierta actividad, con enfermeros, pacientes y gente moviéndose de un lado a otro. La mujer se detuvo frente a una puerta de madera y sonrió antes de abrirla y dejarme pasar. Le di las gracias y me sumergí en un cuarto amplio con una pequeña cocina, una mesa redonda, sofás, sillas, máquinas expendedoras, una ventana y varios médicos que me dedicaron una mirada extrañada y sorprendida.

—Soy amigo de Edward Fletcher, me dijo que podría esperarle aquí —tuve que explicarles.

Me gustaría haber sonreído, pero fui incapaz. Me sentía extraño y totalmente indiferente a todo y a todos. Me había pasado hora y media caminando en la oscuridad y bajo la lluvia, y después otra hora llorando en la parte de atrás de un taxi: a esas alturas ya me sudaba todo la polla, sinceramente.

—¿Eres Leonard? —me preguntó entonces una mujer de color que salió de detrás de una esquina. Asentí con la cabeza y ella sonrió—. Edward ya se ha ido a quirófano, pero me pidió que te esperara. Soy la doctora Nasha Williams, encantada —se acercó a saludarme y le di un leve apretón de manos.

—Encantado, doctora Williams. Yo soy Leonard O'Brien —murmuré, esforzándome para al menos devolverle una décima parte de su sonrisa y su tono cálido de voz—. Siento molestar. Le dije a Edward que podría esperarle en otro sitio, pero insistió en que viniera aquí.

—Oh, no, no te preocupes —respondió ella, restándole importancia con un gesto de la mano—. ¿Quieres un café o algo de beber, Leonard?

—Estaría bien —asentí—. Gracias.

Me hizo una señal para que la siguiera hacia la cocina y abrió uno de los armarios para coger café soluble antes de llenar un hervidor de agua.

—Cuando Edward me dijo que ibas a venir, creí que estaba bromeando —me dijo mientras preparaba el café—. Te estuvo esperando en la puerta del hospital hasta que tuvo que entrar a quirófano. Debió fumarse como

media cajetilla de lo nervioso que estaba —abrió los ojos y negó con la cabeza sin apartar la vista de lo que hacía.

—Vaya, no era mi intención preocuparle —murmuré.

—Él se preocupa por todo, ya le conoces —respondió—. ¿Leche?, ¿azúcar?

—Leche, por favor.

La doctora Williams fue a la nevera de un lado y la abrió para sacar un cartón de leche y echarla sobre mi vaso a la espera de que le dijera que parara, después llenó el suyo y me ofreció la taza con una sonrisa.

—Tienes un acento precioso —me dijo, apoyando la cadera en la repisa y cruzándose de brazos con la taza en la mano—, y unos ojos muy bonitos... Bueno, la verdad es que eres muy guapo —terminó diciendo antes de reírse un poco.

—Gracias —alcé las comisuras de los labios, pero no fui capaz de sonreír del todo. La verdad era que no estaba de humor para una conversación ligera como aquella, pero, aun así, lo intentaba.

—Edward me dijo que eras ayudante. —Asentí antes de beber un trago de café caliente y ella continuó—: ¿Tú trabajo es algo así como *El Diablo Viste de Prada*?

—Exactamente igual —asentí de nuevo—. ¿El tuyo es como *Anatomía de Grey*?

A la doctora Williams se le escapó una carcajada.

—Ya me caes bien, Leonard —me dijo, pero sonó una especie de alarma y perdió la sonrisa. Dejó el café en la mesa y se apresuró a disculparse—: El deber me llama. Puedes tumbarte en el sofá o sentarte, como si estuvieras en tu casa —y se fue por la puerta junto a otros dos médicos.

Solté la respiración y me sentí mucho mejor cuando no tuve que forzar una conversación amable que no quería tener en aquel momento. Me fui con mi café a uno de los sofás azules y me senté. Bebí un par de tragos más y dejé la taza sobre la mesilla de al lado antes de recostarme un poco y cruzarme de brazos. La sala de espera tenía una buena temperatura y la luz suave para no molestar a los médicos que estaban durmiendo en el lado de los catres. No me llevó demasiado esfuerzo entrar en una especie de sopor, solo interrumpido por la ida y venida de algunas personas.

Cuando reconocí una de aquellas voces apagadas, abrí los ojos y vi a Edward, de pie con su ropa azul de hospital, los brazos cruzados y una expresión de profunda preocupación.

—Edward —dije, incorporándome un poco antes de frotarme el rostro—, ¿qué tal la cirugía?

—Perdona, Leonard, no quería despertarte —se disculpó, acercándose un par de pasos para sentarse a mi lado, pero dejando una distancia educada para no invadir mi espacio personal—. ¿Qué tal estás?

—Bien —asentí, girando el rostro hacia él.

Se me hizo un poco extraño verle en persona después de cuatro meses hablando por mensajes. Seguía exactamente igual, con el mismo peinado, las mismas suaves canas en las sienes y en partes de su barba corta, la mis-

ma mirada cálida de ojos marrones y la misma forma de apretar los labios con nerviosismo.

—Estoy bien, Edward —repetí, porque estaba claro que no me había creído. Yo tampoco lo hubiera hecho viéndome en aquel momento, despeinado y con aquella ropa absurdamente apretada—. Solo ha sido... una noche desafortunada.

—Claro, perdona —movió la mirada al suelo y empezó a tamborilear los dedos contra las piernas.

Estaba evidentemente preocupado por mí, pero era demasiado educado para tratar de entrometerse en mi vida privada y quizá no se sintiera en la posición de poder preguntarme qué había pasado exactamente. Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las piernas y entrelazando los dedos de las manos sin dejar de mirarle.

—Tuve una discusión con el señor Black, habíamos bebido y a mí no se me ocurrió otra cosa que bajar del coche en mitad de la nada, dejando mi cartera y todo atrás —le dije, porque Edward se merecía una explicación más elaborada después de ofrecerme su ayuda y su casa—. Fue bastante estúpido e infantil —murmuré.

Edward me miró de nuevo y entrevió los labios, pero no dijo nada hasta un par de segundos después.

—No, a veces esas cosas pasan. Yo también me pongo un poco dramático cuando bebo de más —se inclinó un poco como si quisiera contarme un secreto y bajó la voz para decir—: me pasa mucho en las cenas del departamento de cirugía.

Fruncí el ceño, incapaz de imaginarme a un Edward borracho.

—¿También te traes el alcohol de casa en un termo? —le pregunté—. Como los tupperes.

Edward tardó un momento en darse cuenta de que bromeaba y entonces sonrió de esa forma tan bonita y natural suya.

—Por supuesto, Leonard —afirmó—. *Madame Cuisine* tiene una receta de ponche que está deliciosa y es bastante fuerte. ¿Lo he dicho bien? *Madame Cuisine*.

—*Cuisine* —le corregí, cerrando más las vocales y afilando el seseo como hacían los parisinos—. Aunque no tengo ni idea de cómo lo dirán en Nueva Orleans —reconocí—, pero me creo totalmente que hayas hecho ponche casero y te lo hayas llevado en un termo.

—No, no lo llevaba en un termo —respondió—, me lo tomaba en casa. No puedo beber alcohol en el hospital, sería muy peligroso.

—No sé, Edward. Me pareció más peligroso cuando trajiste para comer aquel plato de alubias picantes, arroz y guindilla. Eras como una bomba de relojería. Podrías haber tenido un apretón en cualquier momento.

A Edward se le escapó la risa y tuvo que taparse los labios con el puño para no despertar a sus compañeros dormidos. Se quedó sonriendo mientras bajaba la mirada y negaba con la cabeza. Yo no tenía ganas de esforzarme en ser agradable y gracioso, pero con Edward era simplemente

demasiado fácil. Quizá estuviera demasiado acostumbrado a bromear con él y tener un tipo de relación divertida, simple y liviana como para sentirme apesadumbrado y triste a su lado.

—¿Te... te apetece un café?, ¿un snack de la máquina o algo? —me preguntó entonces, como si acabara de darse cuenta de que no me había ofrecido nada. Miró su reloj de pulsera y añadió —: Todavía queda una hora y tengo que ver a un par de pacientes.

—No te preocupes, haz lo que tengas que hacer —respondí, recuperando la seriedad por un momento—. Te esperaré aquí todo lo que necesites.

—Hay descafeinado también, si lo prefieres —señaló la cocina con el pulgar.

—Nah, prefiero algo fuerte —sonreí un poco.

Edward asintió y apretó los labios mientras miraba hacia un lado antes de volver a mis ojos.

—Tengo acceso a drogas y tranquilizantes, si quieres —dijo en voz más baja.

Me quedé un momento en blanco, parpadeé y entonces se me escapó la risa.

—Joder, por un momento pensé que hablabas en serio —reconocí cuando recuperé el control.

—Claro que no... —dijo, fingiendo despreocupación de una forma sobreactuada, con los ojos en blanco y negando con la cabeza, como si tratara de esconder que, realmente, me había ofrecido drogas.

Resultó muy extraño ver a Edward hacer el tonto de aquella manera, pero me pareció increíblemente encantador. Terminó sonriendo y mirándose y, por un instante, me encontré a mí mismo pensando lo sorprendente que era que alguien tan guapo y agradable como él no tuviera novio.

—Espera —dije, repentinamente serio. Alargué una mano y le agarré del antebrazo antes de inclinarme un poco hacia él—. ¿Por eso ahora vas en bicicleta? —miré a nuestro alrededor, como si quisiera asegurarme de que nadie nos oía—. ¿Robas drogas del almacén, las escondes en los tupperts y las vendes de contrabando en la calle?

Edward perdió la sonrisa y me miró en silencio.

—¿Qué? —dijo en voz baja—. No, por supuesto que no. Yo jamás haría eso.

Se me volvió a escapar la risa y le di un leve apretón antes de separar la mano de él. Edward lo entendió y alzó la cabeza, cerrando los ojos y sonriendo de nuevo.

—Leonard... —murmuró, sintiéndose tonto por haber caído en aquella broma—. Yo... —y se le escapó la risa. Alzó las manos y frunció el ceño—. Droga escondida en los tupperts... —repitió entre carcajadas—. ¿Cómo pude haberme creído eso?

—No lo sé —reconocí, porque había sido muy obvio.

Nos reímos un poco más hasta que uno de los médicos de los catres se incorporó y nos pidió que bajáramos la voz. Edward perdió al instante la

sonrisa y se disculpó educadamente.

—Iré a ver a los pacientes, volveré lo antes posible —me dijo, levantándose del sillón.

—Tómate el tiempo que necesites —respondí, recostándome de nuevo sobre el sofá.

Cuando Edward se fue, recuperé mi taza de café de la mesilla y le di un trago. Estaba frío, pero seguía siendo café. Miré la ventana de la sala de descanso y contemplé el cielo oscuro y los edificios perlados de luces. Tenía sueño y estaba bastante cansado, sin embargo, me encontraba mucho mejor que antes. Todavía había un gran problema por resolver, uno que iba a resultar doloroso y complicado, uno que estaría en su ático, hecho una furia y esperando a que en algún momento volviera junto a él; porque yo siempre volvía junto a él.

Tomé otro trago de café y crucé las piernas. Ese problema iba a esperar mucho tiempo, hasta que se diera cuenta de que, esta vez, la había cagado pero bien.

Edward regresó media hora después con una palmera de chocolate en una mano, dos cafés en la otra y una tímida sonrisa en el rostro. Aparté la mirada del pequeño televisor de la esquina, donde veía las noticias de primera hora de la madrugada.

—¿Eso te lo han dado tus pacientes? —le pregunté.

—No, eso sería soborno —respondió antes de apretar los labios y ofrecérmela—. La robé de la cafetería.

Solté un «oh, el crimen perfecto...» y cogí mi café y la palmera con una suave sonrisa. Edward se sentó a mi lado y miró la televisión distraídamente, sin darse cuenta de que le ofrecía la mitad del dulce.

—Oh, gracias —murmuró cuando pasé la mitad de la palmera de chocolate por delante de sus ojos—. Quizá salgas tú posando —murmuró, señalando la televisión con un movimiento de la cabeza. En las noticias de la CNN estaban retransmitiendo una noticia sin importancia sobre la *Fashion Week* de Nueva York, poniendo algunas imágenes de desfiles e invitados famosos.

—Lo dudo mucho —respondí tras dar un mordisco a la palmera de chocolate. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que Edward había traído aquello—. ¿Prefieres que cambie a *Fox News*? —pregunté, alcanzando el mando sobre la mesilla para cambiar de canal.

—No, no... —negó él, pero ya era tarde. Apretó los labios y me miró por el borde de los ojos—. Te respeto mucho, Leonard, por eso me gustaría que no fueras testigo de la peor parte de mí. Cosa que pasará en breves cuando Meryl Bishop abra la boca.

—No digas eso de Meryl, pobre mujer —murmuré sin apartar la mirada de la televisión—, solo abre la boca para soltar gilipolleces y para comerle el coño a Elizabeth Bennet —la directora ejecutiva de *Fox News*.

Edward tuvo la mala suerte de estar bebiendo cuando le vino el ataque de risa. Soltó aire tan fuerte que parte del café se precipitó por los lados,

manchando un poco el suelo. Se inclinó deprisa hacia delante y trató de controlarse y no terminar escupiendo lo poco que le quedaba en la boca. Tardó un momento, cerró los ojos, respiró y al final consiguió recuperarse lo suficiente para mirarme.

—Leonard... —dijo—, eso ha sido horrible... —pero terminó volviendo a reírse.

—¿Has visto el vídeo en el que sale de una caja que parece un ataúd? —pregunté.

Edward puso una expresión extraña, como si tratara de no reírse, entonces asintió.

—¿Has visto la versión con la banda sonora de *Drácula*?

Ahí fue cuando Edward no pudo más y empezó a reírse a carcajadas, inundando la sala de descanso con su risa alta y alegre. Algunos de los médicos en los catres soltaron quejas por lo bajo y algún «shh...», así que Edward tuvo que taparse la boca y tratar de controlarse. Cuando al fin lo consiguió, negó con la cabeza y los ojos llorosos. Hacía mucho que no veía a nadie llorar de alegría. Y me pregunté si es que era algo extraño, o si yo me había pasado demasiado tiempo rodeado de personas incapaces de hacerlo.

—Iré a limpiar esto —murmuró él en cuanto pudo, mirando el suelo perlado de gotas de café con leche.

—No, déjame a mí —le detuve—. Ha sido culpa mía.

—No, yo lo haré —insistió él—. Debería haber aprendido ya a no llevarme nada a la boca cuando estás cerca.

Fruncí el ceño y miré a Edward, ya de pie.

—Eso ha sonado un poco raro —le dije.

Él me miró desde su metro noventa y dos de altura con expresión pensativa, hasta que repasó lo que había dicho sobre «no llevarse nada a la boca» y cerró los ojos, apretó los labios como él lo hacía: ocultándolos y creando una fila línea bajo su bigote, e incluso, juraría, se llegó a sonrojar un poco. No estuve seguro de que fuera la broma apropiada, porque Edward no era de los que hablaban de sexo o bromearan sobre ello; sin embargo, no pareció tomárselo mal.

—No debería llevarme nada a la boca que no quiera terminar escupiendo —trató de corregirse.

No hizo falta que dijera nada, solo fruncí más el ceño y sonreí.

—Me... me he dado cuenta mientras lo decía, yo... —bajó la mirada y, definitivamente, se sonrojó—. Voy a por la fregona.

Asentí y miré como se alejaba hacia una puerta de la sala de descanso que escondía un pequeño armarito de la limpieza. Yo todavía estaba sonriendo cuando volvió con la fregona en la mano para limpiar el suelo. Siendo tan alto, la fregona casi parecía de juguete en sus manos, pero la usaba con la facilidad de alguien acostumbrado a limpiar. Me terminé la palmera de chocolate mientras terminaba y la devolvía a su sitio.

—Toma mi café —le ofrecí—. Estaré callado mientras bebes.

Él levantó una mano y negó con la cabeza.

—No, no te preocupes, Leonard.

Un par de personas entraron en la sala charlando y saludaron a Edward con la mano antes de echar un rápido vistazo.

—Oh, genial. Ya es el cambio de turno —me dijo, mirando el reloj de pulsera—. Me cambio y nos vamos a casa.

—Claro —asentí.

—Tardaré poco —añadió antes de dirigirse hacia una sala apartada que, supuse, serían los vestuarios o una zona para cambiarse.

Aproveché aquel momento para sacar el móvil, más por costumbre, como si fuera algún tipo de movimiento instintivo, que porque realmente fuera a hacer algo con él. Seguía apagado y vi mi borroso reflejo en la alargada pantalla negra. Pensé en encenderlo y dejar un mensaje para James diciendo que, al menos, estaba sano y salvo; pero entonces lo volví a guardar. El señor Black me había dejado tirado en mitad de la nada y no había mirado atrás. No se merecía que me preocupara por él.

Edward tardó apenas un par de minutos en volver con su ropa de calle: un jersey demasiado grande de punto y color verde oscuro, unos vaqueros, zapatillas de deporte y una cazadora negra al brazo.

—Después de haber asistido a la *Fashion Week*, esto debe parecerte grotesco —bromeó, tirando un poco de su jersey.

—No es lo más grotesco que he visto —le aseguré con una sonrisa, levantándome del sillón para acompañarle a la salida—. ¿Vamos a ir en tu bici? —le pregunté.

Edward bajó el rostro hacia mí y sonrió un poco.

—No, sería muy humillante que me vieras a punto de escupir los pulmones por la boca y sudando como un cerdo —se detuvo para despedirse de las recepcionistas y algunos médicos de planta que había allí antes de continuar—: Podemos llamar a un taxi si quieres.

—Vayamos en Metro —sugerí—. Sé que tú no pedirías un taxi para volver a casa normalmente.

—La salida del Metro está a una manzana de distancia, quizá estés cansado y prefieras ir en taxi —dijo mientras atravesábamos la salida de puertas corredizas.

Edward llevó una mano al bolsillo interior de la cazadora y sacó su paquete de tabaco para ponerse un pitillo en la boca y encendérselo. Miró al cielo nublado, más claro en el horizonte, pero aun así gris y oscuro. Soltó el humo a un lado y estiró la cazadora para ofrecérmela.

—Póntela, hace un poco de frío y quizá llueva —me dijo.

Aquello me pilló por sorpresa y no me dio tiempo a responder nada antes de que me pasara la cazadora por los hombros. La verdad era que agradecí mucho tener algo con lo que taparme, porque la camisa era muy fina y el contraste con el interior cálido del hospital había sido grande.

—Vaya, muchas gracias, Edward —respondí, metiendo las manos por las mangas para abrigarme mejor—. ¿Tú no pasarás frío?

Él sonrió, volvió a echar el humo del tabaco a un lado y respondió:

—El jersey abriga más de lo que parece.

Tuve que dedicarle una mirada por el borde de los ojos y una expresión que decía: «¿en serio?», porque no era más que un jersey fino de entretiem po y dudaba mucho de que le abrigara tanto como para no pasar frío aquella madrugada húmeda de mediados de Abril.

—Eres todo un caballero de la vieja escuela, Edward —le dije.

Él puso esa sonrisa amplia y natural, bajó un momento la mirada al suelo y asintió antes de darle otra calada al pitillo.

—Puede ser —afirmó.

UN PROBLEMA DIFÍCIL

No recordaba la última vez que había subido en Metro. Bueno, sí, se suponía que en año nuevo había llevado a un señor Black muy drogado a casa en Metro, pero no me acordaba de ello, así que supuse que no contaba. No es que volver a estar apretujado en mitad de un montón de gente a primera hora de la mañana fuera una experiencia que echara de menos en absoluto, solo fue un pensamiento curioso que tuve cuando bajamos por las enormes escaleras que se hundían en las entrañas de la ciudad.

Salimos veinte minutos después, en el corazón de Brooklyn, a apenas diez minutos andando de la casa de Edward. No sabía qué me esperaba exactamente, pero cuando llegamos me di cuenta de que aquel era la clase de lugar en la que él viviría: un edificio de ladrillo antiguo sin ascensor en mitad de un barrio de clase media.

—Está todo un poco patas arriba —me advirtió mientras subíamos las escaleras.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, Edward, tienes toda la pinta de ser la clase de persona que vive en un piso desordenado —dije con un marcado sarcasmo en la voz.

Él giró el rostro y apretó los labios, miró a un lado y después a mí.

—Soy mucho más desordenado de lo que parezco —confesó, ya con las llaves en la mano. Se detuvo en el pasillo del cuarto piso y abrió la puerta de la izquierda.

El piso de Edward era el típico apartamento de Brooklyn, pequeño, con algunas reformas, suelo de madera falsa y espacio abierto. Nada más entrar estaba el salón-cocina, con una mesa para cuatro comensales, un sofá, una pared de ladrillo oscuro, otra cubierta por un armario de baldas repleto de libros y otra con ventanales que daban a la calle y a las escaleras de incendios. Era acogedor, humilde y sencillo, como el propio Edward.

—Te dije que estaba patas arriba —repitió él, dejando las llaves en el bol que había sobre un pequeño mueble al lado de la entrada.

Lo que Edward consideraba «patas arriba», era un poco de bajilla sin lavar en la pila de la cocina, una manta deshecha sobre el sofá y algo de ropa tirada sobre una silla.

—Vives en un vertedero —asentí mientras me quitaba la cazadora—. Quizá deberías plantearte buscar ayuda.

Edward se rio y fue hacia la cocina para recoger el montón de ropa que había sobre la silla y llevársela hacia la habitación que había al otro lado, el único lugar separado del resto de la casa.

—Nunca viene nadie a casa y he perdido la costumbre de limpiar a diario —me explicó a lo lejos—.

Solo lo hago cuando vienen mis padres de visita. —Eso es lo normal, Edward —respondí yo, quedándome en un punto intermedio del salón sin saber muy bien qué hacer más que meterme las manos en los bolsillos y mirar hacia las ventanas. El cielo ya era gris y no

de un negro ceniza. Había amanecido durante nuestro trayecto hasta allí, pero el sol no se veía tras las densas nubes que amenazaban con lluvia.

—Oh, cerraré la ventana, perdona —dijo Edward, apareciendo desde la habitación y dirigiéndose al ventanal que estaba un poco abierto—. Siempre lo dejó así para airear la casa mientras no estoy.

—¿Por eso no huele a tabaco? —sonreí.

—No, no —respondió él, frunciendo un poco las cejas y negando con la cabeza—. Nunca fumo dentro de casa, me parece muy desagradable. Lo hago fuera —y señaló hacia la escalera de incendios.

Me acerqué para mirar mejor y vi un cenicero en la repisa exterior de la ventana junto a la revista *New Medicine*, después giré el rostro hacia Edward con una sonrisa afilada en los labios.

—¿Quieren que los vecinos te miren y se pregunten quién ese hombre que parece tan interesante y bohemio? —murmuré.

A Edward se le escapó una breve carcajada.

—Seguro que es eso lo que piensan —bromeó antes de quedarse en silencio mirando por la ventana. Perdió la sonrisa lentamente y entonces se cruzó de brazos, pero pareció cambiar de idea y al final se metió las manos en los bolsillos—. Emh... puedes dormir en la habitación, es mucho más cómoda. Yo me quedaré en el sofá —dijo sin mirarme.

—Por supuesto que no —me negué en rotundo—. Yo soy el invitado y, además, dudo que tú quepas en ese sofá, Edward. Lo que sí querría preguntarte es si te importaría que me diera una ducha antes.

—No, claro que no —se apresuró a responder él, girándose al fin para mirarme e indicarme el camino hacia su habitación—. El baño está en mi cuarto.

Asentí con una sonrisa y me dirigí hacia allí. La habitación era pequeña, con una pared de ladrillo en la que reposaba el cabecero de una cama deshecha, ropa un poco por todos lados y una cajonera que Edward usaba como armario. Sobre una mesilla de noche había una lamparilla de leer y un paquete de pañuelos. Me sentí un poco incómodo en ese momento, como si hubiera mirado algo que no debería haber visto y sintiendo que estaba invadiendo la intimidad del cirujano. Era solo un paquete de pañuelos en la mesilla, pero para cualquier hombre soltero aquello era como declarar: «me masturbo en la cama regularmente». Así que me apresuré hacia el baño y cerré la puerta, tratando de mirar lo menos posible a los lados.

Me desvestí y me quité el estúpido pañuelo naranja que todavía tenía en la muñeca derecha. Me hubiera dado muchísima vergüenza que Edward me hubiera visto con él si no supiera que el cirujano era demasiado inocente para conocer aquel código tan sórdido. Entré en la ducha y se me escapó un jadeo cuando noté el agua caliente cayendo sobre mí. Había sido en lo único que había pensado cuando caminaba por la carretera bajo la fina lluvia. No quise alargarlo demasiado, pero fue difícil para mí no quedarme un par de minutos allí parado. Me sequé con la toalla que había

a un lado, sin importarme demasiado que ya estuviera usada, y me volví a poner el pantalón. No tenía ropa interior, así que tendría que dormir con él puesto. Después pensé en ponerme la camisa, pero cambié de idea porque era demasiado ajustada y sería incómoda. Salí del baño y noté un golpe de frescor en contraste con la humedad y el calor acumulado del baño. La habitación de Edward había cambiado un poco: ya no había tanta ropa tirada, las mantas de la cama estaban estiradas y el paquete de pañuelos había desaparecido. Sonreí y bajé la mirada de camino al salón.

—¿Esto será suficiente? —me preguntó Edward cuando me oyó llegar, enseñándome el edredón blanco que había escogido. Pero su mirada fue de mi rostro a mi torso desnudo y después giró la cabeza muy deprisa con los ojos muy abiertos—. Lo siento, perdona, no sabía que estabas desnudo. —Solo me he quitado la camisa, Edward —fruncí el ceño con una suave sonrisa y seguí mi camino hacia la mesa baja frente al sofá, donde dejé mi ropa más o menos doblada—. Es un poco apretada e iba a ser incómoda para dormir.

Edward apretó los labios y asintió, todavía con la cabeza girada.

—Claro —murmuró, pero casi se podía sentir su incomodidad flotando en el aire.

—¿Prefieres que me la vuelva a poner? —pregunté, empezando a sentirme inseguro con aquello.

No había sido mi intención incomodarlo ni mucho menos. Salir sin camisa no me había parecido algo extraño ni violento, aunque, para ser justos, yo ya estaba demasiado acostumbrado a la desnudez y quizá hubiera perdido la consciencia de lo que era o no «decente».

—No, no, no te preocupes —respondió él rápidamente—. Como estés más cómodo, Leonard.

Asentí con la cabeza, aunque siguiera sospechando que Edward no se sentía nada cómodo con la idea de tenerme sin camisa en mitad de su salón. Quizá no tuviéramos la confianza suficiente y creyera que me había sobrepasado un poco. Me acerqué para coger el edredón y me cubrí con él. —Perfecto —sonreí un poco.

Edward movió la mirada, pero la dejó a un lado. Tenía las mejillas un poco coloradas y parecía costarle un poco recuperar el habla.

—Bien —fue todo lo que dijo antes de conseguir mirarme a los ojos y rodear la mesa por el lado contrario al que yo estaba antes de encaminarse a su habitación—. Si necesitas algo, no dudes en avisarme.

—Gracias, Edward —respondí.

Él desapareció por la puerta y la cerró lentamente. Entonces perdí la leve sonrisa y fruncí el ceño con preocupación. A veces no tenía claro si éramos más amigos que conocidos, o más conocidos que amigos; porque Edward seguía teniendo momentos de nerviosismo e incomodidad a mi lado, y eso me hacía dudar bastante de que yo no me estuviera tomando demasiadas confianzas con él. Solté una bocanada de aire y negué con la cabeza. Fuera como fuera, había sido muy amable por ayudarme aquella noche y ofre-

cerme el sofá de su casa. Le debía una muy grande al cirujano.

Me tumbé en el sofá, rodeado por el edredón y cerré los ojos, disfrutando de su cálido y mullido abrazo. Había claridad, pero escondí la cabeza un poco y cerré los ojos, cayendo dormido casi al instante. Cuando me desperté, me sentí extraño.

El primer pensamiento que tuve fue que me faltaba algo. No fue una idea racional, sino más bien una sensación de pérdida. Abracé el edredón con más fuerza entre los brazos y cogí aire.

Quizá eso fuera lo extraño, que pudiera respirar tanto y que nada me ahogara. Entonces, en un momento de lucidez tras minutos dándole vueltas, lo comprendí: James. Me faltaba James encima, aprisionándome y hundiéndome bajo su cuerpo.

Entreabrí los ojos y miré el techo blanco. La luz me molestaba un poco y comprobé la hora en el rolex. Ya había pasado la hora de comer. Giré el rostro y vi la fina lluvia que caía tras los cristales de las ventanas. Un domingo lluvioso y triste de abril. Justo lo que necesitaba. Solté un gruñido de queja y me cubrí con el edredón, pero solo tardé un par de minutos en reunir las fuerzas suficientes para levantarme y ponerme la camisa. Me quedé sentado y volví a mirar la hora y el paisaje grisáceo de la ciudad. La puerta de la habitación de Edward seguía cerrada y supuse que no se había levantado todavía. Tuve una idea y decidí ir a por la cazadora negra, coger las llaves del bol de la entrada y salir por la puerta. Si me quedaba parado en aquel sofá, solo me sentiría peor y peor a cada minuto, prefería salir a la calle y disfrutar del frescor y la humedad del aire para aclararme las ideas. Brooklyn siempre me había parecido un barrio precioso, de edificios más bajos y antiguos que los grandes rascacielos y las construcciones del centro. Me detuve en el primer café que encontré, un lugar espacioso con sofás y un delicioso olor a bollería. Pedí dos cafés grandes con leche y dos palmeras de chocolate. Ude el dinero del sobre que todavía tenía en el bolsillo del pantalón y recé para que tuvieran cambio de cincuenta. La chica con coleta y aros grandes en las orejas me entregó los cafés con una sonrisa más que amable, que respondí con una educada y sencilla; como hacía siempre.

Volví con los cafés en una mano y la caja de cartón con los dulces en la otra. No había tardado ni veinte minutos en ir y volver, pero cuando hice malabares para meter las llaves en la puerta de casa de Edward, me lo encontré en el salón, inclinado sobre la ventana abierta y con medio cuerpo fuera. Tenía unos pantalones de pijama sueltos con dibujos de comida, una camiseta negra de tallas grandes y el pelo despeinado. Giró el rostro y soltó el humo del tabaco de la sorpresa de verme allí. Agitó la mano en el aire para disipar la nube gris y se apresuró a meterse dentro, dejando fuera tan solo el brazo con el que sostenía el pitillo.

—Leonard — me dijo con cierto asombro —. Creía que ya te habías ido.

— ¿Sin despedirme ni nada? — pregunté con una media sonrisa —. Solo fui a comprar unos cafés y un par de palmeras de chocolate para desayunar

—expliqué, levantando las manos para mostrárselo antes de dejarlos sobre la mesa de la cocina y empezar a quitarme la cazadora negra—. Te gusta con leche, ¿verdad?

Edward tardó un momento en responder:

—Vaya, es todo un detalle.

—Es lo menos que podía hacer para agradecerte que me dejaras quedarme a dormir —le dije, dejando la cazadora en el respaldo de la silla y las llaves de vuelta al bol de la entrada. Cogí uno de los cafés, sin importar cual, ya que ambos eran lo mismo, y se lo llevé junto a la ventana.

—Muchas gracias, Leonard —murmuró él, que todavía seguía con una leve expresión de sorpresa en el rostro.

—Bonitos pantalones —bromeé.

Edward bajó la mirada y sonrió un poco avergonzado.

—Ya... me los regaló mi madre —me explicó—. Llevo con ellos desde la universidad. Son muy cómodos.

—Lo parecen —reconocí, bebiendo un trago de mi café caliente mientras miraba por la ventana con vistas a la calle—. Vives en un barrio muy bonito.

—¿Brooklyn? —preguntó, siguiendo mi mirada al exterior—. Sí, a mí también me gusta mucho. Al principio vivía en un apartamento en el Soho —puso los ojos en blanco, porque no había forma de decir que habías vivido en uno de las zonas más caras de Nueva York sin sonar un poco pedante—, pero me mudé aquí hace varios años. Esto es mucho más tranquilo.

—Te entiendo, yo antes vivía en Tribeca —bebí otro sorbo de café.

Edward se quedó mirándome en silencio hasta que se me saltó la risa y cerró los ojos negando con la cabeza. Tribeca era un barrio incluso más caro que el Soho y yo hubiera necesitados dos meses de mi antiguo sueldo solo para pagar el alquiler.

—Siempre caigo como un tonto —reconoció Edward, inclinándose de nuevo para sacar medio cuerpo por la ventana y darle las últimas caladas a su pitillo. Lo apagó en el cenicero y soltó una buena voluta gris, que se difuminó rápido bajo la fina lluvia y el aire, antes de regresar al interior y cerrar la ventana—. Siento lo del olor, cuando llueve tengo que fumar así y entra un poco de humo —se disculpó.

—No te preocupes, mi hermana y mi padre fuman en casa. Estoy acostumbrado.

Asintió y se dirigió hacia la parte de la cocina, apretó los labios como él hacía y, tras un momento de duda, me preguntó:

—¿Quieres quedarte a comer? Prepararé uno de los platos de *Madame Cuisine*.

—Oh, emh... —revisé la hora en el rolex. Mi idea había sido volver con los cafés, pasar un rato divertido y coger el metro a Manhattan para afrontar a James con energías renovadas—. Sí, ¿por qué no? —respondí, sin embargo—. Me encantaría probar un plato de Nueva Orleans.

Edward sonrió y se sentó en una de las sillas, con su café delante y la palmera de chocolate.

—Creo que tengo todos los ingredientes para un *gumbo*.

—Suenan deliciosos —asentí, pero se me escapó una sonrisa.

—¿Tienes algún tipo de intolerancia o alergia? —preguntó, repentinamente serio en lo que, supuse, sería su «cara de doctor».

—Sí, tengo intolerancia a los gilipollas —respondí.

Una sonrisa se extendió por los labios de Edward y terminó asintiendo.

—Yo sufro la misma patología —bromeó.

Ver cocinar a alguien que realmente sabía lo que hacía, era algo mágico. Edward se movía por la cocina como un auténtico experto, cortando los ingredientes al milímetro como hacían los chefs mientras hablaba distraídamente y sonreía. Yo respondía, bromeaba de vez en cuando, pero, sobre todo, observaba aquel espectáculo con absoluta admiración. Cuando el aire se llenó de deliciosos aromas a comida, las tripas me empezaron a rugir y me puse un poco impaciente por poder probar a que sabía lo que fuera que estaba preparando. Le ofrecí mi ayuda en varias ocasiones, pero no me permitió moverme de mi asiento en la mesa hasta que hubo que colocar los platos, los vasos y los cubiertos.

—Hay vino en la despensa, si quieres —me dijo, señalando un armario bajo al lado de la nevera.

—No, agua será suficiente —respondí.

La comida estaba deliciosa, la conversación fue sencilla, liviana y divertida y, al terminar, me negué a abandonar la casa sin al menos ayudarlo a fregar los platos y la vajilla. Edward tuvo que apretar los labios y limitarse a asentir, consciente de que no iba a ceder en aquello.

—Oye, Leonard... —murmuró mientras secaba con un trapo los platos que le iba entregando—. Si necesitas quedarte aquí más tiempo, no será ningún problema para mí.

Le eché un rápido vistazo por el borde de los ojos y pensé en ello. Todavía no tenía ni idea de lo que iba a hacer, de lo que iba a pasar cuando volviera a casa y me enfrentara a James. En el mejor de los casos, quizá me quedara ya en el ático; en el peor, quizá necesitara buscarme un lugar en el que vivir. No quería ser dramático, pero estábamos hablando de James Black y había que ser realista.

—No, no quiero abusar de tu generosidad —respondí antes de encogerme de hombros para parecer despreocupado—. Solo necesito recuperar mi cartera y todo irá bien.

Edward asintió, pero dijo nada. A esas alturas debería saber que esa «discusión en el coche», debió haber sido algo más grande de lo que le había contado; pero respetó mi intimidad y no me presionó con preguntas incómodas ni tristes intentos por descubrir la verdad. Cuando llegó el momento de despedirse, le ofrecí la mano con una suave sonrisa en los labios y le dije:

—Muchísimas gracias por todo, Edward.

Él me estrechó la mano en un leve apretón y respondió:

—Ha sido un placer, Leonard. No dudes en volver a llamarme si necesitas algo.

—Lo haré.

Y dicho aquello, me fui por la puerta con la misma ropa con la que había entrado, pero sin cazadora. Me sumergí en la calle bajo la lluvia, tratando de aprovechar todas las techumbres y toldos posibles para guarecerme en mi camino al Metro; aun así, llegué con los hombros y el pelo empapados. Me quedé de pie, con una mano sujeta a una de las barras y la otra en el móvil. Tras catorce horas apagado, se encendió con un juego de luces y parpadeó. Las numerosas notificaciones empezaron a aparecer por la pantalla. Había correos sin atender, mogollón de mensajes y treinta y dos llamadas perdidas de «La Habitación». Sentí una presión en el pecho y me agarré más fuerte a la barra de la cabina. James había estado llamando irregularmente desde aquella primera vez que le colgué en el taxi; la última había sido hacía apenas una hora. El corazón me latió un poco más fuerte y empecé a sentir una leve ansiedad. Dejé el móvil de nuevo en el bolsillo y miré mi reflejo en el cristal oscuro. El señor Black iba a estar hecho una fiera y, aunque eso era algo que yo ya sabía que iba a pasar, no lo hizo menos angustioso.

Yo no quería dejar a James.

Le amaba muchísimo y hasta le había echado en falta durante aquel extraño día; sin embargo, me había hecho mucho daño y no podía estar perdonándole todos sus errores, todo el rato. Había momentos en los que debías dar un paso adelante y marcar un límite a la mierda que estás dispuesto a tragar por alguien a quien quieres. Yo trataba de ser una persona comprensiva y paciente con las taras y los problemas de James, pero que se creyera con derecho a echarme del coche y abandonarme en mitad de la nada era algo que no le iba a pasar por alto.

Hice un transbordo rápido al alcanzar Manhattan y me dirigí a la salida más cercana a casa. Pasé por delante del café donde solíamos desayunar los domingos el señor Black y yo y me detuve en seco. Se me ocurrió pedir algo y así suavizar las cosas entre nosotros, pero entonces me pregunté si eso daría la idea equivocada y me haría parecer «débil» o que era yo el que quería pedirle perdón. Seguí caminando hasta que solté un gruñido, me pasé las manos por el pelo mojado y me di la vuelta para ir a por dos cafés y dos donuts glaseados. Afrontar aquello como si se tratara de una guerra por el poder no iba a ayudarnos en absoluto; éramos dos hombres adultos y lo resolveríamos como tal.

Cuando llegué a la entrada del edificio, uno de los porteros tuvo la amabilidad de abrirme la puerta y forzar una sonrisa, aunque me hubiera mirado de arriba abajo y juzgado en silencio por mi ropa obscenamente apretada en un día de lluvia. Alcancé el ascensor y pulsé el botón del ático. Miré los números ascender uno a uno y empecé a ponerme un poco nervioso. Tomé un par de respiraciones profundas y agité la cabeza, acla-

rándome la mente y calmándome. Las puertas se abrieron con un «ding» y miré el pasillo de casa. Cogí una última bocanada y caminé hacia el salón. No había nadie allí y las luces no estaban encendidas. La única claridad que entraba era la del cielo gris tras la pared acristalada con vistas a la ciudad. Fui hacia la isla de la cocina y dejé los cafés y la caja con los donuts. Entonces oí unos pasos apurados y pesados por el pasillo del piso superior que se alejaron hacia las escaleras.

El señor Black se precipitó hacia el piso inferior y apareció desde el corto pasillo, frenó en seco cuando me vio al lado de la isla de la cocina y se quedó respirando agitadamente.

Al igual que yo, todavía tenía puesta la ropa del día anterior, pero todo lo demás había cambiado. Tenía una expresión muy seria en el rostro de ojos hinchados y enrojecidos, el pelo completamente revuelto, unas marcadas ojeras y la piel pálida. Nos miramos en un profundo y tenso silencio que duró casi un minuto, hasta que reuní las fuerzas necesarias para decir:

—Hola, James.

Entonces su expresión se transformó en una mueca de ira contenida, algo más similar a lo que esperaba encontrarme al llegar allí. Empezó a respirar mucho más fuerte y apretó los puños con tanta intensidad que sus nudillos se volvieron blancos.

—¿Dónde... coño... has estado... Leonard? —me preguntó con una voz grave y algo ronca, como si la tuviera gastada de haberse pasado toda la noche gritando.

—Ven, sentémonos —le pedí tras un breve silencio—. He traído café y donuts.

—¿Dónde... coño... HAS ESTADO? —terminó chillando, llenando la casa con un rugido atronador que le dejó jadeante.

Esperé un poco a que respirara, como siempre había hecho cuando se enfadaba, antes de repetir:

—Siéntate, por favor, y hablemos tranquilamente.

Pero el señor Black no se movió. Llegué a perder la esperanza y bajé la mirada a la mesa, sintiéndome cada vez más y más estúpido por intentar tratar a James como a un adulto y no como al niño caprichoso e irracional que era. Me senté en el taburete alto y los ojos se me humedecieron, apoyé los codos y me pasé las manos por el pelo, tratando de lidiar con aquel momento tan tenso y horrible. Algo me decía que debía ser yo el que estuviera enfadado, el que gritara, y James el que tratara de disculparse; no al revés.

Oí unos pasos lentos y pesados, como si arrastran los pies al andar, y vi la figura cada vez más cercana de James por el borde de los ojos. Giré la cabeza y parpadeé para limpiarme un poco la humedad y verle mejor el rostro. Él estaba llorando en mitad de su expresión todavía enfadada, tomaba grandes bocanadas de aire para hincharse el pecho y me miraba con unos ojos más abiertos de lo normal.

—¿Volviste a la fiesta de Bill? —me preguntó con un tono extrañamente

bajo en comparación con el grito que había pegado antes —. ¿Es eso?

Fruncí el ceño y me incorporé, bajando las manos de mi cabeza a la mesa.

—¿Qué?

—¿Volviste a la fiesta de Bill para hacerme daño, Leonard? —repitió, pero se le quebró un poco la voz al final.

Me costó un par de segundos reaccionar, simplemente porque la idea resultaba tan horrible y retorcida que me dolió que el señor Black lo hubiera siquiera pensado. Apreté los dientes y respondí:

—Yo jamás te haría eso.

James se quedó mirándome fijamente, como si dudara de mí, así que me giré hacia él y le devolví aquella mirada fija y enfadada sin parpadear. Tras un par de segundos, el señor Black asintió y dio el último paso que le separaba de la mesa.

—¿Dónde has estado? —repitió una vez más.

—Estaba donde tú me dejaste, James —respondí—. Tirado en mitad de la carretera bajo la lluvia.

—Volvimos a buscarte y no estabas —negó—. Nos pasamos la noche dando vueltas por esa puta carretera. ¿A dónde fuiste?

—Pedí un taxi y volví a la ciudad —murmuré.

—Tú no tenías dinero. ¿Cómo lo pagaste?

—Me lo pagó una amiga y me quedé a dormir en su casa —atajé, moviéndome entre la verdad y la mentira sin dar demasiados detalles. Yo no había hecho nada malo, pero a James le iba a dar un ataque si sabía que me había quedado con Edward Fletcher, el gran cirujano—. No quise volver al ático porque estoy bastante dolido y enfadado contigo.

El señor Black apretó el puño sobre la mesa y empezó a respirar con fuerza de nuevo.

—¿Qué *tú* estás enfadado? —preguntó, como si fuera algo indignante para él.

—Ayer me hiciste mucho daño, James —asentí.

Entonces el señor Black golpeó la mesa con el puño, produciendo un golpe sordo y haciendo temblar los envases de café y la caja de donuts.

—¿Qué *yo* te hice daño? —preguntó con el mismo tono de incredulidad e ira contenida—. ¡Tú me hiciste daño! —terminó explotando, gritándome de nuevo—. ¡Te reíste de mí y dijiste que era patético!

Entreabrí los labios, pero, una vez más, me costó un momento responder.

—¿Cuándo? —pregunté al fin—. ¿Cuándo me he reído yo de ti y he dicho que eras patético, James?

—¡En el coche!

—Deja de gritarme —le pedí con tono serio y templado. El señor Black no era la víctima allí y no iba a permitir que se refugiara en aquella tormenta de ira y locura que siempre utilizaba para encubrir su culpabilidad—. No he venido a que me grites, he venido a hablar con mi novio sobre por qué me ha dejado tirado en mitad de una carretera bajo la lluvia, cuando lo único que hice fue hablar con él sobre algo que me preocupa.

— Ah, ¿sí? — se acercó a mí con una expresión de ira, llegando a casi pegar su rostro al mío mientras me decía —: ¿Y por qué no hablamos de cómo no has respondido a los cientos de llamadas que *tu novio* te ha hecho? Eh, Leonard...

Levanté una mano y la apoyé en su pecho, que se hinchaba y descendía con rapidez con cada respiración, sintiendo débilmente el retumbar de su corazón desbocado. Entonces le empujé suavemente para separarle de mí sin apartar la mirada de sus ojos, dos mares de locura e ira.

— ¿En serio crees que todo es culpa mía? — le pregunté, tratando de no sonar tan dolido como me sentía —. ¿Qué tú tienes derecho a enfadarte porque no he vuelto corriendo después de que me dejaras abandonado como un puto perro? ¿Crees que me merezco que me trates así?

— ¿Y yo sí me merezco que me ignores y me desprecies? — volvió a gritar, dando otro fuerte golpe en la mesa.

Entorné los ojos y una lágrima se deslizó por mi mejilla hasta desaparecer en mi barba corta. James no entendía el daño que me había hecho, y, lo peor, es que quizá ni siquiera pudiera entenderlo.

— Así que todo se resume a que yo he sido cruel por haberme enfadado y no haber querido volver cuando *tú* quisiste que volviera. Que mis sentimientos no importan y que yo tengo que tragar con toda tu mierda, porque tú eres así y no puedes disculparte por nada. Que yo tengo que dejarme azotar y controlar constantemente, ¡porque lo único que tienes que hacer es inventarte alguna excusa de mierda para justificarte, enfadarte más que yo y gritar más alto que nadie! — terminé exclamando, bastante molesto con todo aquello.

— ¡No me grites! — chilló, llegando a mancharme la cara con saliva que salió disparada de su boca mientras se inclinaba hacia mí con una mueca de loco.

Entonces se hizo el silencio, solo interrumpido por los profundos jadeos de James. Moví los labios en un tic nervioso, parpadeé de nuevo para aclarar la mirada mientras lloraba, hasta que terminé por cerrar los ojos y negar con la cabeza.

Me sentía vacío y sin fuerzas. Sentía que trataba de escalar una montaña, pero que cada vez que creía alcanzar la cima, solo me daba cuenta de que todavía quedaba más y más montaña que subir.

— He venido a hablar, si no puedes hacerlo, me iré — decidí en un murmullo apagado antes de frotarme el rostro.

— No, no te vas a ir, Leonard — me aseguró el señor Black —. Porque como te vayas, llamaré a alguien que sí quiera estar conmigo...

Abrí lentamente los ojos y le miré.

Describir cómo aquellas palabras me hicieron sentir, sería complicado. Dolieron, sin duda, dolieron muchísimo; pero a la vez, me hicieron darme cuenta de que ese dolor no procedía del miedo a que el señor Black me fuera infiel, sino de lo profundamente decepcionado que me estaba haciendo sentir con todo aquello. Yo quería resolver un problema, pero él

solo quería mantenerme a su lado, sin importar a lo que tuviera que recurrir o el daño que tuviera que hacerme para ello. ¿Era eso amor?

James debió ver algo en mis ojos, quizá percibió el paso atrás que me había hecho dar con aquellas palabras, porque su expresión de ira cambió lentamente hacia una más cercana al pánico y el miedo.

—Podríamos haber resuelto esto con una conversación de adultos mientras tomábamos un café, James —murmuré en un hilo de voz—, pero tú solo sabes gritar, ponerte a la defensiva y amenazarme con follarte a alguien si no hago lo que quieres.

—Dijiste que yo era patético y te fuiste... —dijo el señor Black, tratando, de alguna forma, de desviar el tema y volver a enfadarse, pero no fue capaz.

—Lo que dije es que has perdido el control de lo que haces en las fiestas sexuales, y quizá incluso el sentido de por qué lo haces —respondí, alzando una mano para poner el dedo índice en su pecho firme y apretarle un poco al final de cada frase—. El único de los dos que piensa que eso es patético, eres tú mismo. El único que se enfadó y me echó del coche, fuiste tú. El único que está siendo un puto egoísta y jodiendo esta relación con sus gilipolces, eres tú.

Me levanté del taburete y me dirigí hacia el pasillo de las escaleras, dejando atrás a un señor Black paralizado y un poco tembloroso. Cuando la ira y la rabia no estaban allí para ayudarle, era cuando tenía que lidiar con sus propias emociones, quedándose completamente indefenso y perdido. Aun así, no miré atrás.

No tenía ni fuerzas ni ganas de consolarle esta vez. Fui a la habitación, con la cama todavía hecha y sin tocar, y pasé directo hacia el vestidor. Cogí la maleta pequeña y la puse sobre la mesa, concentrándome en llevarme lo esencial: un poco de ropa elegante para el trabajo y un poco de ropa de calle, algunos bóxers, calcetines y una o dos corbatas. Me cambié deprisa, dejando aquella camisa demasiado ajustada y los pantalones grises para ponerme ropa interior, un cómodo pantalón de pinza negro y el jersey gris perla de James. Después fui al baño y me quité las lentillas, por suerte seguía con los ojos tan húmedos que no fue difícil sacarlas después de casi treinta y cinco horas seguidas con ellas puestas. Me lavé la cara y los dientes y cogí mis gafas. Con todo listo salí de nuevo al pasillo y me detuve en el despacho para tomar prestado algo del dinero que el señor Black guardaba allí. Realmente no era «tomar prestado», era más más bien «cobrar» el dinero que el señor Black me debía por mi trabajo. Lo guardé en el mismo sobre que Edward me había dejado y lo metí en el bolsillo antes de descender de vuelta a la cocina.

James seguía allí plantado, respirando con dificultad y una expresión muy seria. Me miró de arriba abajo y su mueca se contrajo mostrando diversas emociones en una sucesión rápida y errática: ira, frustración, tristeza, miedo... todo aquello en tan solo un par de segundos.

—Me prometiste que nunca te irías... —murmuró en voz muy baja y rota.

—No voy a quedarme aquí, James. No vamos a fingir que nada ha pasado y volver a la normalidad, porque eso no es cierto —respondí, sin dejarme llevar por la emoción del momento. Me costó un poco, porque ver así al señor Black era algo que me dolía, incluso en esa situación, me dolía—. Me has hecho mucho daño y me has decepcionado —murmuré tras una breve pausa. James estaba llorando y su estómago se contraía como si estuviera a punto de vomitar o tratara de contener los gemidos. Apreté el puño sobre el manillar de la maleta y me obligué a ser fuerte. No podía ceder ahora—. Si... si quieres llamarme, te responderé y hablaremos —le prometí—. Si quieres arreglar las cosas, lo intentaremos. Pero tienes que darte cuenta de que enfadarte y amenazarme solo me va a alejar de ti.

Dicho eso, me quedé un par de segundos más allí parado, mirándole, hasta que decidí que era mejor irse y salí hacia el pasillo; sin embargo, me detuve antes de alcanzarlo y fui hacia las estanterías del salón para coger una de las fotos que allí había.

La de nosotros en el castillo del Clan McCarthy, mi favorita. Con ella bajo el brazo volví a por mi maleta y me marché al ascensor. Sonó el «ding» y entré. Las puertas metálicas se cerraron y mientras descendía, me asaltaron las dudas de si había hecho lo correcto. Yo no había dejado de amar a James, era solo que... había llegado el momento de que ambos decidiéramos lo que queríamos el uno del otro; y eso no lo íbamos a conseguir regresando a la rutina. Si me hubiera quedado en casa, James no habría parado hasta conseguir que yo le perdonara. Sabía cómo hacerlo, sabía qué botones debía tocar para que yo me rindiera ante él: un par de miradas, un gesto apenado, unos morritos... y antes de caer la noche ya estaría sobre mí y follando. Lo único que habría aprendido era que, pasara lo que pasara, yo le perdonaría. Por otro lado, quizá James fuera incapaz de entender lo que estaba pasando, quizá simplemente prefiriera enfadarse y llamar a «alguien que quiera estar a su lado». Entonces lo que yo aprendería era que, después de todo, él no me quería como yo creía.

Llegué al hall del edificio en mitad de un suspiro. Salí a la calle y me detuve en mitad de la acera, bajo la fina lluvia y el cielo gris ceniza. Bien, no tenía ni idea de a dónde cojones ir; pero al menos esta vez tenía dinero. Comencé a caminar hacia el café donde había hecho el pedido antes de subir al ático, había poca gente y sofás cómodos. Sería un sitio tan bueno como cualquier otro para organizarme y pensar en donde hospedarme. Pedí un café con leche grande y cargado, respondí a las pocas preguntas y bromas que los chicos que trabajaban allí me hicieron. «¿Un largo día? Dos cafés en menos de una hora». Me reí sin ganas y asentí antes de llevármelo a una mesa baja frente a un sillón de un solo ocupante.

Saqué el móvil del bolsillo y me rasqué la frente antes de abrir el buscador. Lo mejor sería empezar con un hotel barato, quizá un par de días, hasta decidir si la situación se alargaría, porque entonces necesitaría un piso de alquiler. Busqué algunos hoteles céntricos, unos que quedaran cerca del trabajo y así no tener que...

Y recibí una llamada de «La Habitación». Me quedé mirando el nombre unos segundos y parpadeé.

—Hola, James —respondí.

—Vuelve ahora mismo a casa y hablaremos tomando un café —dijo la voz ronca y baja del señor Black.

—Eso ya lo he intentado antes y no ha funcionado.

Se hizo el silencio y me recosté un poco sobre el sofá, le di un sorbo al café con leche caliente y me quedé mirando las pizarras colgadas en la pared con todas las bebidas y bollería que el local ofrecía.

—No te gritaré —prometió.

—Gracias —asentí—. No es nada agradable que me grites.

—Tú también me has gritado, Leonard —me acusó rápidamente.

Bebí otro sorbo de café y esperé a que el señor Black tomara un par de lentas y profundas respiraciones a través de auricular.

—Vuelve a casa y arreglaremos las cosas —repitió más lentamente.

—¿Por qué he tenido que coger una maleta y marcharme para que quieras hablar como una persona racional, James? —le pregunté.

—Creía que querías arreglar las cosas —dijo él, empezando a perder el tono fingidamente calmado hacia uno más oscuro y profundo—. ¿O es que solo quieres humillarme un poco antes de romper conmigo?

—¿Eso es lo que piensas de todo esto, James?, ¿qué quiero humillarte y romper contigo? —dejé de hablar para que el señor Black respondiera, pero como no lo hizo, añadí—: Se sincero, por favor.

—¿Qué es lo que quieres, entonces? —me preguntó.

—Lo que quiero es que te des cuenta de que me has hecho daño.

—Tú también me has hecho daño.

Asentí un par de veces en silencio, sin apartar la mirada de la pizarra pintada.

—De acuerdo —dije—. Siento mucho haberte hecho daño, James. No fue mi intención. Solo quise ser sincero contigo sobre un tema que me preocupa y que creo que nos afecta como pareja.

—No nos afecta como pareja.

—Nos afecta cuando, a cada fiesta que vamos, alguien nos presiona para hacer algún tipo de guarrada. Nunca nos preguntan si queremos hacerla, solo dan por hecho que lo vamos a hacer, y eso es porque tú y tus... —me detuve al darme cuenta de que estaba en la cafetería—, «acompañantes»

—elegí decir—, siempre las hacías. No es la primera vez que te saco a rastras de una de esas fiestas, como hice en la de Bill, pero seguimos yendo a una tras otra. ¿Por qué?

—Me gusta ir contigo, me gusta que nos vean juntos —respondió en un murmullo—. Ya lo sabes.

—Pues a mí no me gusta que nos traten como un par de... —tuve que volver a controlarme y bajar el tono—. A mí no me gusta que nos traten como a un par de putas y crean que eres solo un orangután con la polla grande, James —susurré—. Tú vales mucho más que eso y me molesta

que te menosprecien de esa manera.

Se hizo de nuevo el silencio y aproveché para limpiarme los ojos, húmedos de nuevo debido a la emoción contenida que se había apoderado de mí al hablar de aquello.

—Ya hemos arreglado las cosas, ahora vuelve a casa —dijo el señor Black con un tono grave y ronco antes de aspirar por la nariz.

—No, James. No hemos arreglado las cosas —negué—. Yo soy el único que se ha disculpado, como siempre.

—Vuelve... —repitió—, y te follaré como a ti te gusta, Leo.

Negué con la cabeza, aunque él no pudiera verme.

—Te quiero muchísimo, pero vas a tener que hacer algo más que eso para que vuelva —respondí con voz lenta y triste—. Esta noche la pasaré en un hotel. Nos veremos mañana en el trabajo.

Y colgué.

SOLO DOS PALABRAS

James Black no era la clase de persona que supiera conformarse y respetar los límites. Al igual que pasaba cuando yo me ponía mimoso y le daba todo lo que pedía, abusó de mi confianza y sacó el máximo provecho de la única cosa que tenía en aquella separación: las llamadas. No tardó ni hora y media en volver a llamarme desde que le colgué en el café.

—Vas a ir al Ritz, Leo —me dijo con un tono exigente, pero templado y tranquilo.

—No voy a ir al Hotel Ritz-Carlton como una ricachona despechada, James —le aseguré.

—Ve al Ritz, ya he hecho la reserva y lo he pagado.

Me detuve en mitad de la calle de forma tan repentina que una señora se chocó contra mí y tuvo el detalle de llamarme «hijo de puta» antes de seguir adelante.

—James, eso no...

—Ve al Ritz, Leo —me interrumpió—. No permitiré que te metas en cualquier hotel de mierda.

Me hice a un lado en la calle para no interrumpir más el tráfico de personas y miré al cielo grisáceo.

—Iré al Ritz, pero eso será todo —respondí antes de colgar.

Cambié la dirección y volví sobre mis pasos para regresar a la entrada del Metro. Lo primero que había hecho al irme de la cafetería había sido ir al Weister's Hospital a dejar un sobre para Edward con el dinero que me había prestado y una nota que decía «De nuevo, muchas gracias»; después había encontrado un hotelito bastante asequible en Chinatown tras una pequeña búsqueda y me había dirigido hacia allí. Había dado por hecho que James había entendido el «mañana nos veremos en el trabajo», pero, al parecer, me equivocaba. Como me equivoqué al creer que, si iba al puñetero Ritz, se daría por satisfecho. James no había pedido una habitación, no había pedido una suite, había pedido la jodida The Royal Suite, una de las estancias más absurdamente lujosas y pomposas de Nueva York. Prácticamente era una casa con dos baños, dos habitaciones, sala de estar, salón, comedor y unas increíbles vistas a Central Park. Me quedé en la puerta con la boca abierta y sintiéndome como un completo gilipollas por haber aceptado. No habían pasado ni cinco minutos cuando volvió a llamarme.

—¿Te gusta, Leo? —me preguntó—. Sabes que conmigo solo tienes lo mejor.

—James, creo que no has entendido cuál es el problema ni por qué me he ido —respondí.

—¿Están las flores?

—¿Qué? —fruncí el ceño.

—Encargué un ramo de flores para ti —explicó—. Deberían estar ya allí.

Acentué más el ceño y di un par de pasos hacia el interior de la suite, mirando alrededor. A un lado, sobre la mesa baja del enorme salón, había un ramo de flores que era estúpidamente grande y parecía estúpidamente caro. Me acerqué con una expresión entre el desagrado y la exasperación y leí la tarjeta escrita con una preciosa letra afilada y tinta negra: «Para Leo de su T-Rex».

Me pasé la lengua por los dientes y a mi pesar tuve que decir:

—La dedicatoria me ha parecido muy bonita.

—He pedido mesa para cenar en el restaurante del hotel —me dijo el señor Black, que había esperado en silencio todo aquel rato—. Te esperaré a las nueve.

Y colgó antes de que me diera tiempo a responder. James no había entendido en absoluto el problema, o no había querido entenderlo. Comprobé la hora en el Rolex y decidí tomarme un baño para hacer tiempo. Fui hasta la enorme habitación principal, dejé la foto de James y yo en la mesilla de noche junto a la lámpara y puse la maleta sobre la cama de matrimonio antes de abrirla y sacar una camisa de vestir para cambiarme. Me metí en la bañera sin esperar a que estuviera del todo llena, mirando el chorro de agua caliente y el leve vaho que producía. Las cosas no estaban yendo como me imaginaba que iban a ir. Esperaba conseguir una cierta independencia y un distanciamiento con James que le ayudara a reflexionar sobre nuestra relación y a darse cuenta de que ambos teníamos necesidades: él necesitaba el control y yo necesitaba que no fuera un gilipollas. Así de simple.

Empecé a tamborilear el dedo índice contra el borde de la bañera y giré el rostro hacia las preciosas vistas del ventanal. Una lluvia fina y blanquecina caía sobre la ciudad, cubriéndola de un aura triste y apagada. Más allá de Central Park se podían ver los altos edificios, como una frontera que delimitaba el verdor del parque, y, entre ellos, nuestro ático.

Quizá James fuera un playboy millonario y pudiera permitirse pagarme algo tan innecesario como la The Royal Suite en el Ritz, pero eso no cambiaba el hecho de que fuera incapaz de disculparse y de reconocer que se había equivocado.

Salí de la bañera cuarenta minutos después, con la piel algo entumecida de pasar tanto tiempo en el agua caliente y espumosa. Me sequé, me vestí y me molesté un poco más de lo habitual en peinarme y revisar mi aspecto frente a los enormes espejos del baño. Decidí abrimme un par de botones de la camisa gris y remangarla para darle un aspecto más casual y no tan serio. A las nueve menos diez, ya estaba bajando por el ascensor del hotel hacia el restaurante. Un camarero muy sonriente y amable me llevó hasta el apartado de bar con espejos en las paredes y mesas redondas con sillones, me ofreció algo de beber mientras esperaba y lo rechacé con un gesto de la mano y un bajo «esperaré a que llegue mi compañero, gracias». Cuando se fue, me recosté un poco en el cómodo sillón, crucé las piernas y miré alrededor. La luz del lugar era acogedora y cálida, mientras un jazz

suave se oía de fondo. Lo primero que pensé fue en tener en cuenta aquel lugar en caso de organizar una comida o una reunión importante con algún cliente, porque me estaba resultando sorprendentemente agradable. Cogí el móvil y busqué la página web del Ritz, al parecer también organizaban *lunch* con té, bollos y pastas. Sería perfecto para una de las citas del señor Black y Lana.

Noté un movimiento por el borde de mi campo visual y levanté la mirada, encontrándome con unos ojos del azul del mar. Alcé las cejas, sorprendido de ver que James había escogido ponerse uno de sus mejores trajes italianos, el de color burdeos y solapas negras, junto con una camisa blanca con los primeros botones abiertos. Aún tenía unas leves ojeras, pero estaba muy, muy guapo, perfectamente peinado y con la barba espesa y recortada como a mí tanto me gustaba, como si acabara de salir del salón de belleza.

— Buenas noches, James —le saludé tras un breve silencio.

— Buenas noches, Leo —respondió él, sentándose en el sillón frente a mí—. ¿Estabas hablando con tu amiga? —preguntó, haciendo una señal con la cabeza hacia el móvil en mis manos.

— No, estaba mirando la página del restaurante —respondí, colocando el móvil sobre la mesa, porque no tenía nada que esconder—. Estaba pensando que sería un buen lugar para traer a Lana en vuestra próxima cita y sacar unas fotos. ¿Qué te parece?

El señor Black me miró fijamente con expresión seria, hasta que dijo:

— No hablemos de Lana. Hablemos de nosotros.

— Muy bien —asentí, guardando el móvil en el bolsillo antes de volver a cruzar las piernas y recostarme en mi cómodo sillón.

— Nosotros seguimos siendo novios de verdad y esto no es una ruptura —comenzó, dejando un breve espacio para que yo respondiera.

— Así es.

— Me sigues amando y sigo siendo lo más importante en tu vida.

— Sí.

— Siempre lo seré.

Me quedé en silencio esta vez, porque aquella afirmación era extraña y complicada de asegurar.

— Eso espero —murmuré al final.

James asintió lentamente. Metió la mano dentro de la americana del traje y sacó una caja negra que dejó en mitad de la mesa. La miré y sentí una extraña presión en el pecho. Aquello era muy pequeño para un reloj. Aquello parecía... El señor Black la abrió y descubrió dos anillos de matrimonio.

— Casémonos, Leo —dijo.

Me quedé en blanco. No, en blanco no. Me quedé total y absolutamente pasmado y en shock. El corazón me dejó de latir por un par de segundos y dejé de respirar; entonces empezó a bombearme la sangre en el pecho de forma desbocada, al igual que pasó con mi respiración. Me hundí en el si-

llón, apretando los reposabrazos con fuerza, como si quisiera separarme lo más posible de aquellos anillos plateados y de lo que significaban.

—Joder... —fue todo lo que pude decir, abriendo los ojos y soltando aire. Después de tragar saliva miré al fin a James, que me miraba de vuelta con la cabeza levemente inclinada hacia delante y expresión seria. No sabía qué se esperaba de mí cuando me entregara ese anillo, pero estaba seguro de que no era ver mi cara de completo pánico.

—¿Y... esto? —conseguí preguntarle con una voz rara y densa.

—Quiero pasarme el resto de mi vida a tu lado, Leo —respondió con una calma que me dio incluso más miedo—. Y quiero hacerlo siendo tu marido.

Me quedé más tiempo mirando sus ojos, hasta que me obligué a mí mismo a calmarme.

Cogí una gran bocanada de aire y la solté entre los labios mientras me incorporaba un poco. Cogí la caja negra de tacto suave y aterciopelado, la acerqué a mí y miré los anillos. Había muchas preguntas, muchísimas, que deseaba hacerle, pero lo primero que brotó de mis labios fue:

—¿Por qué ahora?

—Compré los anillos en Francia —respondió, alargando la mano para señalar la cara interior de la caja, donde ponía el nombre de la joyería de Toulouse a donde habíamos ido a comprar el colgante de Lana—. Iba a pedírtelo en Irlanda, pero las cosas se complicaron, después iba a hacerlo la noche de tu cumpleaños, pero no... —se detuvo—. No estaba seguro —concluyó.

Le escuchaba en silencio y, cuando se detuvo, no dije nada hasta pasados un par de segundos.

—¿Y ahora estás seguro de que es lo que quieres?

—Yo siempre estuve seguro, Leo —respondió con tono serio—, de lo que no estaba seguro es de que tú lo quisieras tanto como yo.

Bajé la mirada a los anillos y me llevé la mano a los labios, frotándolos lentamente mientras la cabeza me iba a mil por hora. Aquello era... era una puta locura. Yo solo quería que me pidiera perdón, no que llegara preparado para pedirme matrimonio. Había un abismo de diferencia entre ambas cosas.

—¿Ya están preparados para que les tome nota? —nos interrumpió una voz.

Mi primera reacción fue bajar la tapa de la caja negra para que el camarero no pudiera ver los anillos. Alcé la mirada y parpadeé, pero antes de que pudiera responder, James lo hizo por mí.

—Tráenos la selección del chef y dos whiskies irlandeses con hielo.

El camarero sonrió amablemente y asintió con la cabeza antes de irse. Volví a bajar la mirada a la caja negra y la abrí lentamente para descubrir los anillos plateados, como si necesitara comprobar que seguían ahí y que mi imaginación no me había jugado una mala pasada.

—El matrimonio es algo muy importante para mí, Leo —dijo el señor

Black tras un breve silencio. Continuaba mirándome fijamente con la cabeza levemente inclinada. Su expresión era seria, pero su respiración era un poco más profunda y lenta de lo normal—. Mis padres se odian, pero llevan treinta y dos años casados, porque eso es lo que se prometieron el uno al otro.

Asentí con la cabeza.

—Sí, es algo muy serio —coincidí. No podía estar más de acuerdo con eso.

—No es un juego —dijo el señor Black aun así, inclinando más la cabeza para mirarme por el borde superior de los ojos—. Y es para siempre.

Aquellas palabras cayeron sobre mí como una losa de una tonelada de peso en la que ponía «Para siempre...», porque sonaba a una eternidad junto a alguien tan intenso como James Black. Aunque pareciera que llevábamos juntos durante años, nos conocíamos desde hacía tan solo nueve meses y llevábamos siendo pareja desde hacía tan solo cuatro de ellos; y ni siquiera éramos una pareja abierta, sino que lo hacíamos a escondidas porque la novia oficial de James era Lana. Me quité las gafas y me froté el rostro para secarme los ojos cada vez más húmedos.

—Joder, James... —murmuré con voz apagada.

Cuando volví a ponerme las gafas y le miré, vi sus ojos vidriosos y su expresión dolida y apenada tras su máscara seria de siempre.

—No quieres... —concluyó, alargando la mano hacia la caja de los anillos. Pero le detuve.

—No he dicho eso —negué. Moviendo mi mano desde su muñeca para rodear la suya y acariciarle lentamente con el pulgar—. Es solo que... —solté aire y negué con la cabeza—. Es complicado, James. Sabes que te amo, pero tenemos muchos problemas como pareja, problemas que no hemos resuelto, y casarnos no va a ser la cura mágica de todos ellos. ¿Lo entiendes?

—Podemos solucionarlos de aquí a la boda —respondió con tanta facilidad que estuve seguro de que no entendía de lo que le hablaba.

—Ni siquiera puedes pedirme perdón —le recordé—. Ni siquiera... me has dicho que me quieres.

El señor Black me miraba con sus ojos llorosos y su expresión seria, tratando de ocultar el hecho de que estaba profundamente dolido por mis dudas. Quizá se esperara que yo saltara de alegría y le comiera la boca en mitad del restaurante para llevarle corriendo a la suite y tener una noche de sexo desbocado, pero eso no iba a pasar.

—Sabes que sí —me dijo—. Y mucho.

—«Lo siento» y «te amo» son solo dos palabras, James —insistí.

—«Sí, quiero» también son solo dos palabras, Leo —me respondió con cierto enfado—. ¿Por qué te cuesta tanto a ti?

Compartimos un denso y profundo silencio de miradas fijas, uno que se alargó en el tiempo hasta que el camarero volvió con nuestras bebidas. Las puso frente a nosotros, pero aun así, ninguno de los dos apartó la mirada ni nuestras manos unidas sobre la caja negra de los anillos.

—¿Y qué tenías pensado? —pregunté entonces con un tono tranquilo—. ¿Huir a Las Vegas y tener una boda secreta?

El señor Black tensó la mandíbula e intentó apartar la mano de mí, pero le agarré con firmeza y no le dejé.

—Te lo pregunto en serio, James —murmuré—. Tienes que dejar de enfadarte solo porque no te gusta lo que te digo.

—Lo que no me gusta, Leonard, es que te rías de mí —respondió, inmerso ya en un estado cercano al enfado—. Que digas que me quieres más que a nada, pero que después te entre pánico cuando te pida que te cases conmigo.

Dio un tirón muy fuerte y no tuve otra opción que soltarle. James se llevó la caja negra con él y la guardó apresuradamente en el interior de la chaqueta de su traje borgoña. Giró el rostro se dispuso a largarse de allí, pero me negué en rotundo.

—¡No! —le dije, volcándome sobre la mesa con rapidez para agarrarle con fuerza de la manga del traje.

En mitad de aquel movimiento acelerado y repentino, mi brazo había chocado con uno de los vasos de whisky, que se precipitó hacia un lado, derramando el líquido ambarino por la madera y el suelo. El señor Black bajó la mirada a mi mano apretada y después miró mis ojos, muy fijos y serios. Sería difícil decidir cuál de los dos estaba más enfadado o más determinado a salirse con la suya.

—Nos vamos a sentar y vamos a hablar de esto... —dije con un tono calmado pero lleno de seguridad. Uno que decía: vamos a hacerlo, quieras o no.

El señor Black levantó la mano y me rodeó la muñeca con fuerza.

—No voy a quedarme aquí, Leonard. No vamos a fingir que nada ha pasado y volver a la normalidad, porque eso no es cierto —me dijo, repitiendo las mismas palabras que yo le había dicho en el ático, palabras que quizá tuviera grabadas a fuego en lo más profundo de su mente—. Me has hecho mucho daño y me has decepcionado.

Apreté un poco más su mano, llegando a hacerme daño, mientras me miraba fijamente con unos ojos empañados y enrojecidos.

—Si quieres llamarme, quizá me digne a responderte después de treinta y tantas llamadas, cuando te hayas arrastrado como un patético gilipollas y te hayas pasado la noche inmerso en un ataque de ansiedad, creyendo que tu novio al fin se ha cansado de ti y tus muchos complejos y problemas —continuó, pero esas ya eran palabras suyas, no mías.

—Tu novio no se ha cansado de ti, tu novio estaba dolido porque le echaste del coche cuando quería hablar contigo —contraataqué, sin echarme atrás.

—Tu novio ya sabe lo patético que es, no necesita que se lo recuerdes —respondió él, apretándome con tanta fuerza la muñeca que no pude seguir sujetando la manga de su traje y tuve que soltarla.

—Mi novio no es patético —murmuré—. Y me gustaría que dejaras ya de

decir eso.

El señor Black estaba enfadado, pero una lágrima se deslizó por su mejilla hasta desaparecer en su barba espesa y rubia. Llevé mi otra mano hacia la suya y le acaricié un poco.

—Me haces daño, James.

Tras un par de segundos, al fin me soltó, dejando su mano temblorosa sobre mi muñeca. La seguí acariciando lentamente, y entonces me dijo:

—Lo siento.

Volví a quedarme paralizado, la segunda vez aquella noche, pero fue diferente a la primera. Esta vez, cuando el corazón volvió a latirme con fuerza en el pecho, los ojos se me llenaron de lágrimas incontenibles y una sonrisa se deslizó por mis labios.

—Gracias —dije en voz baja.

El señor Black asintió con expresión muy seria mientras otra lágrima le cruzaba la mejilla, apartó su mano temblorosa de mí y la metió en el interior de la chaqueta para volver a sacar la caja negra de terciopelo. La dejó entre nosotros y se levantó. Perdí la sonrisa y levanté la cabeza para poder mirar a los ojos desde mi posición inclinada sobre la mesa.

—Ya sabes lo que quiero —murmuró con voz ronca y baja antes de girarse e irse de allí sin mirarme atrás.

Me quedé mirando cómo se alejaba hasta desaparecer tras la entrada al reservado del restaurante. No supe qué hacer, más que volver a sentarme en el sillón y mirar la caja negra de terciopelo delante de mí. Estuve así hasta que, de nuevo, el camarero me sacó de aquel estado pensativo y distante.

Cogí la caja con los anillos y él puso los platos de comida, diciendo algo sobre el vaso de whisky derramado, quizá algo sobre que lo limpiaría enseguida; no lo supe, solo asentí de forma distraída y esperé a que se fuera. Abrí la caja en mi regazo y miré los anillos de plata, uno junto al otro, los rocé con la punta de los dedos y otra lágrima se deslizó por mi rostro. James no iba a volver. Quizá hubiera organizado todo aquello para pedirme la mano: el carísimo hotel, las flores y la cena en el restaurante. Incluso se había puesto uno de sus mejores trajes y había ido al salón de belleza.

Cerré la caja y la dejé a un lado de la mesa, cambiándola por el tenedor y empezando a comer el plato de diseño que, se suponía, era «la selección del chef». Ya no tenía hambre alguna, pero por alguna razón me hubiera sentido terriblemente mal si me hubiera levantado e ido de aquella cena especial. Así que mastiqué lentamente, con la mirada siempre puesta en la caja negra y distraído con el torbellino de pensamientos y sentimientos que me pasaban por la cabeza y el pecho.

Casarse con James Black... Guau. Eso... asustaba un poco, sinceramente. Más si tenías en cuenta que James consideraba el matrimonio algo definitivo, sin opción a divorcio. Un completo todo por el todo. ¿Cómo podía estar él tan seguro, entonces? ¿Cómo podía estar James tan conven-

cido de que se quería pasar el resto de su vida a mi lado? ¿Y por qué yo no estaba tan seguro de que fuera lo mejor? La duda... la duda era el peor de los venenos.

Dejé medio plato sin tocar, rindiéndome en mi intento por terminarlo. Cogí la caja negra, mi vaso de whisky y tomé el camino hacia el ascensor del hotel. Al llegar a mi suite me encontré con el suelo cubierto de pétalos rojos, de la entrada a la habitación, donde me esperaba un cubo de hielo con dos botellas de champán y un bote de aceite lubricante. James había dado por hecho que aceptaría, y se había encargado de prepararlo todo para la celebración...

Me di la vuelta y fui hacia uno de los ventanales, sentándome en la repisa interior y estirando los pies mientras apoyaba la espalda en el hueco de la pared y el hombro en el cristal. Seguía lloviendo y el cielo estaba oscuro como el betún, sin luna ni estrellas que pudiera verse tras la espesa capa de nubes de tormenta. Las luces de los grandes edificios titilaban entre las finas gotas que caían y todo parecía demasiado silencioso y triste. Bebí un trago de whisky y bajé la mirada a la caja negra. La abrí y miré de nuevo aquellos anillos de plata. Saqué uno de ellos y dejé la cajita en mi regazo.

Casarse con James Black asustaba un poco. Aunque, si lo pensaba, ya llevábamos mucho tiempo viviendo como un matrimonio. Hacíamos todo juntos y lo compartíamos todo, ¿qué iba a cambiar un anillo en nuestras manos? Puede que nada. Miré el aro plateado y bebí otro trago de whisky antes de dejarlo a un lado. Me acerqué el anillo al dedo anular y lo deslicé hasta el final. Puede que aquello lo cambiara todo.

Volví a coger mi vaso de whisky y a mirar el paisaje de Central Park y la ciudad tras él. James era un buen novio, todavía con sus fiestas sexuales y Lana; se había esforzado mucho para demostrarme que me quería y que yo era importante para él. Puede que también fuera un buen marido. Mi marido. Sonaba increíblemente estúpido. Me terminé el whisky con un par de tragos y lo dejé de nuevo a un lado para coger el móvil del bolsillo. Busqué el número en la agenda y pulsé el botón de llamada. Tras cinco tonos, respondió.

—Gracias por la suite, las flores, la cena y el champán —le dije—. ¿Lo has planeado todo hoy?

—Sí —respondió James en voz baja y seria.

—¿Por qué has esperado hasta esta noche para pedírmelo?

Se hizo el silencio y el señor Black tardó un par de segundos en decir:

—Me dijiste que tenía que darte alguna buena razón para volver a casa.

—Me refería a pedirme perdón —murmuré, mirando el anillo en mi dedo anular. James no dio nada, pero yo no esperaba que lo hiciera—. ¿Crees que saldría bien? —le pregunté—. ¿Casarnos?

—Lo único que sé es que me haces muy feliz, Leonard.

Cerré el puño del anillo y sentí un retortijón en la parte baja del pecho. Cogí aire y lo solté lentamente mientras volvía el rostro hacia el cristal.

—Tú también me haces muy feliz —respondí en el mismo tono bajo e ín-

timo —, pero a veces te enfadas demasiado y te niegas a escucharme.

—¿Cuándo te hago feliz? —me preguntó entonces, y fue una pregunta que no me tuve que detener demasiado a pensar.

—Cuando estás calmado y sonríes, cuando estás emocionado por algo y quieres contármelo, como en la *Fashion Week*, cuando bromeamos y me acaricias discretamente, cuando vemos una película y vamos a tomar un café, cuando salimos a cenar o a beber algo, cuando... prácticamente todo lo que hacemos en nuestros domingos especiales —resumí con una leve sonrisa en los labios—. También me hace feliz trabajar a tu lado y formar parte de tu vida.

Mis palabras dejaron un silencio en la línea, pero no era tenso y complicado como los demás que habíamos tenido últimamente. Moví el dedo gordo de la mano de forma distraída y lo llevé al anillo, acariciando el metal cálido en contacto con mi piel.

—¿Y el sexo?, ¿no te hace feliz? —me preguntó tras todo un minuto.

—Mucho, pero no es lo que más feliz me hace de ti.

—A mí me hace muy feliz follar contigo.

—Lo sé —reconocí, asintiendo lentamente con la cabeza—. Pareces muy feliz

—También me hace muy feliz que todos sepan que te tengo, porque tú eres lo mejor y tenerte solo para mí me hace el mejor.

Alcé las cejas y perdí la sonrisa.

—¿Es esa una forma muy retorcida de decir que estás orgulloso de mí?

—Muy orgulloso —respondió James—. ¿A ti no te gusta que nos miren y sepan que yo soy solo para ti?

Reflexioné sobre sus palabras. El señor Black tenía una forma extraña de ver las cosas. Una manera nociva y desagradable de entender el orgullo y la vanidad.

—¿Es lo que más te gusta de nosotros? —pregunté—. ¿Que quedamos muy bien en las fotos y que hacemos buena pareja a un nivel estético?

—La imagen es importante, Leo —afirmó sin duda alguna—. Somos muy guapos y sexys, tenemos buen cuerpo y llamamos mucho la atención; pero lo que más me gusta de nosotros como pareja es que ambos somos trabajadores y profesionales, se nos dan bien las personas y reflejamos una absoluta idea de éxito. ¿A ti?

Miraba la vista lluviosa por la ventana y escuchaba a James, pensando en su pregunta. Nunca me había detenido a darle vueltas a «nosotros» como si se tratara de una unidad independiente al «yo». La imagen que ofrecíamos como pareja o lo que me gustaba pensar que los demás percibían de nuestra relación. Nunca lo había hecho porque, sinceramente, no me importaba.

—No lo sé, la verdad —respondí tras un breve silencio. Cogí la caja negra y el vaso vacío y me levanté para llevarlos a la mesa redonda y alta de la habitación de matrimonio. Me descalcé y miré el cubo con champán—.

¿Tenías planeada una celebración por todo lo alto después de la propo-

sición? —no me resistí a preguntar—. Medio litro de aceite lubricante de coco me parece demasiado incluso para ti —traté de bromear, cogiendo el bote en la mano para darle un par de vueltas.

James tardó un poco en responder:

—Sí. Quería darte otra buena razón para casarte conmigo.

Su tono había cambiado de nuevo a uno más bajo y serio, como si de pronto hubiera recordado la desastrosa proposición.

—Conozco «tu buena razón» muy bien, James —le recordé, intentando mantener el tono liviano e íntimo que habíamos conseguido antes.

—Podrás disfrutar de ella todos los días del resto de tu vida si te casas conmigo —murmuró.

—Pues como hasta ahora, entonces —sonreí, dejando el bote a un lado para apoyar el móvil en el hombro y empezar a desabotonarme la camisa.

—Sí —afirmó James y, tras un breve silencio, añadió—: No te haré firmar la separación de bienes. Todo lo que tengo será tuyo, Leo.

Detuve mis manos mientras desabrochaba un botón, miré el anillo plateado que todavía llevaba puesto en la mano y respondí:

—No tienes que convencerme para que me case contigo, James. Ya conozco todo lo bueno y todo lo malo.

Terminé con los botones, saqué el móvil del hombro y puse el manos libres antes de tirarlo a un lado de la cama y quitarme la camisa.

—Quizá debas llevarme mañana una cazadora al trabajo, no me llevé ninguna de casa —le pedí.

Me dio tiempo a quitarme los pantalones y doblar la ropa antes de que James dijera:

—¿Por qué no vienes a casa?

—Porque mi novio me ha pagado una pedazo de suite súper cara y voy a dormir en ella —respondí.

—A tu novio ya no le gusta dormir solo —murmuró en voz más baja—. Y le pone muy nervioso estar lejos de ti.

—Fuiste tú quien se fue esta vez —le recordé—. Yo no te eché de aquí.

Sonó un pitido de final de llamada y me quedé paralizado. Di un paso hacia el móvil y comprobé si la llamada se había cortado o si, efectivamente, el señor Black había decidido colgar. Fruncí el ceño con preocupación y dudé un momento antes de volver a llamar. Nadie respondió esta vez. Apreté las comisuras de los labios con disgusto y llevé el móvil a la medilla, junto la foto de pareja y la lamparilla de noche. Quizá James se había tomado a mal lo que le había dicho, quizá creyera que me había reído de él o alguna de esas tonterías que se inventaba.

Solté un suspiro y fui al enorme baño contiguo a la habitación de matrimonio. Me lavé los dientes y miré mi reflejo en uno de los gigantes espejos de la suite. Todo tenía colores blancos, grises y negros allí, y aquel lugar no era una excepción, solo que en vez de pintura había mármol, toallas dobladas y grifos de diseño. Regresé a la habitación y me tumbé en la gran cama antes de estirarme hacia el móvil para intentar llamar otra

vez, de nuevo, sin respuesta.

Me froté el rostro con cierto cansancio, moviendo las gafas hasta que se precipitaron hasta mi pecho y se deslizaron hasta detenerse en algún punto de mis abdominales. Noté el anillo en mi mano y volví a mirarlo. Se me hacía extraño verlo ahí, pero cada vez menos. Casarse con James Black asustaba un poco, sin embargo, yo le quería muchísimo; y me pregunté si todo ese amor sería suficiente para hacerlo funcionar. Quizá.

Recogí las gafas y las dejé en la mesilla junto al móvil. Abrí la cama, tirando del mullido edredón blanco y me metí en lo que, creí, eran las sábanas más suaves y agradables que había tenido el placer de rozar con mi proletaria piel. Alargué la mano una última vez para apagar las luces y después busqué una postura cómoda contra los almohadones. La cama estaba orientada hacia los ventanales, así que las vistas seguían siendo maravillosas. No llevaba gafas y no es que viera demasiado, pero había puntos luminosos que parpadeaban a lo lejos y las copas de los árboles de Central Park se agitaban con el aire, moviéndose como un mar.

Entrecerré los ojos y me dejé arrastrar por aquella idea, hasta que, de pronto, alguien llamó a la puerta y me incorporé de un salto. Fruncí el ceño, fui en busca de mis gafas y me levanté. No había pedido servicio de habitaciones y no creía que fuera costumbre del hotel interrumpir a sus clientes a esas alturas de la noche; pero quizá faltaba algún tipo de regalo organizado por James o... yo que sé. El caso es que me aseguré de pasar antes por el baño para coger una de las batas mullidas y negras con el símbolo del Ritz bordado en oro, porque yo estaba en ropa interior y no iba a vestirme de nuevo para recibir a un botones.

Volvieron a golpear la puerta doble de madera negra y decidí que no le sonreiría y no le daría una mierda de propina. Abrí la puerta y miré con expresión seria al exterior.

—Ya estoy aquí —me dijo James antes de cruzar.

Me aparté, pero fue más que un movimiento inconsciente, porque yo estaba un poco sorprendido y sin habla. Parpadeé y miré sus ojos del azul del mar que me miraban de vuelta. El señor Black tenía su gabardina negra encima de la camisa blanca, no se había traído la americana del traje, pero todavía llevaba puestos los pantalones borgoña. Tras un par de segundos cerré la puerta y le dije:

—Pensaba que te habías enfadado y por eso me habías colgado.

—Me dijiste que había sido yo quien se había ido —respondió—, y tenías razón. Así que volví enseguida.

Solté un «uhm...» mientras asentía, todavía un poco perplejo de ver al señor Black en la suite. Él levantó una mano y apartó la solapa de mi bata negra, descubriendo mi pecho abultado y el pelo caoba que lo cubría. Sus ojos tardaron un momento en volver a levantarse hacia los míos.

—¿Dormiste así en casa de tu amiga? —me preguntó.

—No, dormí vestido —respondí—. No llevaba ropa interior, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo —afirmó lentamente.

—¿Quieres champán? —le pregunté, tratando de distraerle de aquel tema peligroso y que podría desembocar en una conversación que ahora mismo no quería tener. Estaba cansado de llorar y discutir—. Creo que tengo un poco.

Alargué la mano y cogí la suya para tirar de él hacia la habitación, pero James me detuvo de pronto y tiró levemente de mí. Cuando me giré sorprendido, tenía la cabeza baja y la mirada puesta en nuestras manos. No tardé en darme cuenta de lo que estaba mirando tan fijamente.

—Ah... emh... Quería saber que... se sentía —traté de explicarme, un poco avergonzado por aquello.

El señor Black levantó la vista, mirándome por el borde superior de los ojos con una expresión seria. Movié la mano y acaricié mi dedo anular, allí donde estaba el anillo de compromiso.

—¿Qué se siente? —murmuró.

Me encogí de hombros.

—Ahora mismo siento que es lo correcto, pero es porque tú estás calmado. James tardó un momento en asentir y volver a entrelazar los dedos con los míos para acompañarme a la habitación de matrimonio. El señor Black le echó un rápido vistazo y se empezó a quitar la gabardina para dejarla sobre el respaldo de uno de los sillones que allí había.

Yo fui hacia el cubo de champán y empecé a abrirlo de espaldas a él.

—¿Viniste en Metro? —le pregunté con cierta sorna—. Hay solo una parada de aquí a casa.

Sonó el ruido de una pequeña caja al cerrarse y James apareció por mi campo periférico. Giré el rostro hacia él. Ya se estaba quitando la camisa y descalzando a la vez. En su dedo anular había ahora un anillo plateado igual al mío.

—Yo no he usado el Metro en mi vida —respondió con calma, echando la camisa blanca a un lado y descubriendo su perfecto cuerpo musculado. Entonces empezó a quitarse los pantalones que, evidentemente, ya estaban bastante abultados a la altura de la entrepierna.

—Lo usaste en año nuevo —le recordé, descorchando el champán con un ruidoso «pop»—. Es donde nos grabaron el vídeo ese «siguiendo el color rojo» —me reí—. Por suerte no me acuerdo de nada.

James terminó de quitarse el pantalón y lo dejó a un lado antes de dirigirse hacia mí y tirar suavemente de mi brazo para que me volviera hacia él. Sin decir nada, me desabrochó el nudo de la bata y quiso quitármela; pero tuve que dejar la botella de champán de vuelta al cubo para pasar una de las manos. El señor Black dejó que la bata se precipitara al suelo y me rodeó con los brazos para atraerme con fuerza a él y sorprenderme con un beso directo, largo, profundo y muy húmedo. Tardé un par de segundos en recuperarme y seguirle, moviendo mi lengua junto a la suya y rodeando su cuello. James me presionó más contra él y gimí cuando le mordí el labio inferior, presionando su entrepierna muy dura y abultada contra la mía. Al parecer, el tiempo de charlar había terminado y

ahora el señor Black quería darme «su buena razón» sí o sí. Bueno, más bien, quería meterme su «buena razón», como hacía siempre.

Sin embargo, deslicé una mano de su cuello hasta su pecho y le aparté suavemente. Insistió con un par de besos más hasta que finalmente cedió a apartarse, pero no demasiado, mientras compartimos una mirada intensa y respiraciones profundas por la boca. Acaricié su pecho ancho y después su barba espesa.

— Te he echado mucho de menos — murmuré, porque aquello era lo que sentía en ese momento. No era del todo su proximidad lo que realmente había añorado, sino esa relación calmada, íntima y romántica.

— Yo más a ti, Leo — respondió en voz baja y sincera.

Sonreí como un tonto y le di otro beso solo con los labios.

— Entonces, ¿no quieres el champán?

James me miró unos segundos más antes de sonreír un poco. Me acercó de nuevo a él, pero solo para susurrarme al oído:

— Llevo dos días sin follar y verte el anillo en la mano me ha puesto muy cachondo, Leonard. Te vas a tumbar, te voy a comer y tú me vas a decir que soy tu marido, que me quieres más que a nada y que lo soy todo para ti.

— Realmente eres mi prometido, todavía no nos hemos casado — respondí en el mismo tono bajo a su oído.

El señor Black movió el rostro, rozando nuestras barbas con un agradable picor hasta que alcanzó a mirarme a los ojos. Tenía una mueca seria y algo flotando el profundo azul de sus iris.

— Te vas a tumbar, te voy a comer y tú me vas a decir que soy *tu prometido*, que me quieres más que a nada y que lo soy todo para ti — repitió con la pequeña corrección.

Murmuré una exclamación de sorpresa y asentí varias veces antes de sonreír. James deslizó las manos por mi cuerpo hasta alcanzar mi bóxer y las metió debajo, apretándome las nalgas mientras presionaba su cadera contra la mía. Aquella era la señal de que ya no entendería a razones hasta que se hubiera corrido. No tuve más que dejarme llevar hacia la cama, tumbarme y disfrutar de cada beso húmedo, lametón y pequeño mordisco que me dio. El señor Black se detuvo en mi pecho y empezó a gruñir de una forma profunda mientras frotaba la cara contra él, apretándolo con las manos y acariciando el pelo que descendía hacia mi entrepierna. No mentía cuando decía que ahora le gustaba mucho, porque era evidente que se volvía un poco loco con él. Al igual que mi culo, al que le prestó mucha atención y cariño, hasta que no pudo más y se echó sobre mí para volver a besarme de una forma casi desesperada con su barba empapada de saliva. Como solía pasarle en ese estado de excitación, quiso meterla demasiado deprisa, perdió un poco el control, me apretó contra él con demasiada fuerza y tardó apenas un minuto en correrse con un fuerte gemido de dientes apretados cuando le dije todo lo que me había pedido que dijera.

Después se quedó tumbado sobre mí, respirando con fuerza y con la cabeza en el hueco entre mi cuello y mi hombro. Le acaricié la espalda con cariño y miré el techo blanco de la habitación hasta que James levantó el rostro para darnos nuestro beso de después.

— Dame diez minutos y te lo haré bien — me prometió en un susurro. Le sonreí, aunque no había parado de hacerlo desde que habíamos empezado.

— Ha estado bien, James — respondí antes de acariciarle la barba —. No has dormido desde anteayer. Es mejor que descanses un poco.

El señor Black continuó mirándome en la penumbra, dudando en si hacerme caso o insistir, hasta que llevé la mano a su pelo y empecé a acariciarle como a él le gustaba. Entonces no pudo más que cerrar los ojos, volver a acostar la cabeza, rodearme con los brazos antes de suspirar y quedarse profundamente dormido en menos de un minuto.

Alcé la mano y miré el anillo plateado en mi dedo. Casarse con James Black. Vaya puta locura.

SOLO UNA SECRETARIA

Al despertarme sentí un peso sobre el cuerpo y cierta dificultad para respirar, entonces supe que todo había vuelto a su lugar. Fue un pensamiento inconsciente al principio, algo que flotaba entre el sueño y la realidad, hasta que levanté los brazos y las piernas y rodeé aquel cuerpo grande y fuerte sobre mí. Sonreí. Era James Black. Mi prometido.

Entreabrí los ojos y sufrí un poco debido a la claridad grisácea que entraba por los ventanales. Tardé en recordar dónde estábamos, y tardé un poco más en separar la mano de James y alargarla hacia la mesilla de noche, palpando la superficie fresca de la madera en busca del móvil. Tiré las gafas al suelo por error y solté un suspiro de exasperación. Cuando encontré el teléfono, activé la pantalla y miré la hora. Era tarde para un lunes de trabajo normal, pero aquel inicio de semana los horarios serían un poco diferentes debido a la *Fashion Week*. Todavía podíamos disfrutar de unos deliciosos diez minutos antes de que sonara la alarma.

—¿Ya es hora? —preguntó una voz ronca y grave a mi lado.

—No, todavía hay un poco de tiempo —respondí con la misma voz pastosa y adormilada.

Giré el rostro y le di el beso de buenos días a James antes de seguir acariciándole con cariño y cerrar los ojos. Sin embargo, el señor Black se puso a darme perezosos besos en la mejilla y en el cuello. Se me escapó una breve risa al sentir su polla cada vez más dura contra mi cuerpo. Cogí una buena bocanada de aire, tanto como pude con aquel peso sobre mí, y me giré hacia un lado, llevándome a James conmigo. Él sonrió, como lo hacía cuando era feliz, y se llevó las manos detrás de la cabeza, dispuesto a despertarse de su forma favorita: con sexo mañanero y suave de pareja.

Mentiría si dijera que yo no tenía bastantes ganas de aquello y que no lo disfruté como un tonto. Terminé corriéndome bastante más de lo habitual mientras gemía y jadeaba casi al mismo tiempo cerca de los labios de James, quien gruñía con fuerza mientras me apretaba la cadera entre las manos para que no dejara de montarle.

Me dejé caer sobre él y tardé dos largos minutos en querer levantarme y mirar la hora en el Rolex, consciente de que ya llegábamos tarde a la oficina.

Puse una mueca de circunstancias y me separé de James, tirando de él hacia el baño.

Tras una ducha rápida, vestirnos apresuradamente frente a los enormes espejos y salir precipitados de la suite, nos encontramos con Lakov a las puertas del hotel. Yo no le había mandado ningún mensaje, pero él era el que había traído al señor Black a la noche y sabía dónde debería recogerle a primera hora. Le saludé con una sonrisa mientras apuraba el paso bajo la fina lluvia y él me respondió con su típico cabeceo y el «señor Obrai».

Cuando al fin estuvimos en el coche me pasé una mano por el pelo húmedo y centré toda mi atención en el móvil. Pedí un par de cafés junto

con el desayuno, advertí al departamento de publicidad que llegaríamos un poco tarde y después abrí el comunicador del coche para pedirle a Lakov que, cuando nos dejara en el King's Place, volviera a casa y cogiera la ropa para cambiarnos antes de ir a la *Fashion Week*.

—Me ha gustado la suite, Leo —dijo James entonces—. Nos quedaremos un par de días.

Eché un rápido vistazo al señor Black, en su postura de siempre de brazos estirados y piernas abiertas, mirando la ventanilla ahumada con expresión calmada y una ligerísima sonrisa en los labios. Todavía tenía solo su camisa blanca bajo la gabardina y sus pantalones de traje color burdeos.

—Llamaré al hotel para alargar la estancia —dije, bajando de nuevo la mirada—. ¿Hasta el miércoles?

—Viernes —respondió él.

Asentí y apunté aquello para no olvidarlo entre el movimiento del día y las muchas cosas que todavía me quedaban por hacer. Alcanzamos el King's Place poco después y ascendimos en el ascensor agradablemente vacío debido a la hora. El señor Black puso su mano en la parte baja de mi espalda y me acariciaba con la vista al frente mientras le leía rápidamente el horario del día y los desfiles a los que asistiríamos.

Cuando las puertas se abrieron en el piso de INternational fue como si no hubiera pasado ni un segundo desde el viernes. Como si aquel fin de semana tan movido y repleto de emociones no hubiera sido más que un extraño espejismo.

El señor Black puso su sonrisa de un millón de dólares y avanzó hacia una Lana de pie y expectante.

Sus últimas noticias habían sido que James se encontraba mal y yo no había respondido a ninguno de sus mensajes preguntando, cada vez un poco más preocupada, por él y su salud.

Por eso debió resultarle un poco chocante encontrarse con un señor Black tan sonriente y encantador como siempre después de no haber tenido noticia alguna sobre él en dos días.

—¿Estás emocionada, Lana? —le preguntó, apoyando los codos en la mesa alta de recepción antes de tamborilear con las manos de una forma relajada y juvenil—. Hoy vamos a ver a Tommy Lacacsio y Manila Safe, dos de los diseñadores más vanguardistas de su generación.

Ella asintió, pero no sonrió ni se puso colorada, como hacía siempre. Lo que hizo fue bajar la mirada a las manos de James y preguntar:

—¿Eso... es un anillo de compromiso?

El corazón se me detuvo mientras iba de camino al otro lado de recepción, donde la joven rubia ya me estaba esperando con los cafés y la bolsa del desayuno. Apreté el puño para esconder mi propio anillo de compromiso, esos que se nos había olvidado quitarnos. Miré hacia el señor Black, que se limitó a reírse, cruzando los brazos sobre el mostrador para esconder sus manos a la vez que inclinaba la cabeza y miraba a la joven, tratando de cegarla con la visión de su rostro perfecto y masculino.

—Eso sería una locura, ¿verdad? —sonrió, como si se hubiera tratado de una broma.

Volví la vista a Ann, la agradable joven que siempre me entregaba las cosas cuando llegaba. Hice malabarismos para esconder el anillo de mi dedo, tratando de ocultar la mano bajo la bandeja de cartón con los cafés. Le di las gracias, diciendo su nombre para demostrarle que me acordaba, añadiendo una leve sonrisa. Ella respondió con un cabeceo y un suave «de nada, señor O'Brien». Después me dirigí a la entrada del pasillo, aguardando a que el señor Black terminara de liar y confundir a Lana con todo su encanto, hasta que ella volvió a sonreír, sonrojarse y agachar la cabeza avergonzada por su error.

—Te veo en una hora y media —se despidió él, saliendo hacia el pasillo a mi encuentro para caminar dirección al despacho. Cuando entramos, se quitó la gabardina y la colgó en el ropero mientras murmuraba —: Que observadora es cuando quiere...

Alcé ambas cejas y llevé los cafés y la bolsa a la mesa grande.

—Tú nunca llevas anillos, James —le recordé—, y es evidente que eso es un anillo de compromiso. La culpa es nuestra por no habernos acordado de quitarlos.

—No nos los vamos a quitar, Leonard —me aseguró con voz grave y seria. Dejé el envase de plástico a medio camino entre la bolsa de papel y la mesa, girando el rostro para enfrentarme a la expresión seria y la mirada firme del señor Black.

—Vamos a tener que hablar de esto —le dije, usando el tono más calmado que pude mientras continuaba repartiendo las servilletas, los cubiertos y los botellines de agua—. ¿Cómo vas a querer hacerlo? ¿Vamos a tener una boda secreta y un matrimonio a escondidas o prefieres que esperemos un año o dos a que rompas con Lana y entonces empezamos una *controlada* y mediática relación seria?

James se acercó a mí y me rodeó por la espalda, pegando su mejilla a la mía.

—No vamos a pasarnos años comprometidos como tu hermana y O'Donnell —me aseguró—. Nos casaremos en verano.

—¿Este verano? —pregunté con sorpresa.

—Este verano —afirmó—. En Bluebelt.

—¿En Bluebelt? —repetí con el mismo tono, pero frunciendo el ceño.

El señor Black me besó la mejilla y se apartó para dirigirse a su sillón de jefazo. Se sentó tranquilamente y se recostó mientras me miraba.

—Nos casaremos al lado del lago —continuó—. Como hicieron mis padres. Una ceremonia discreta, pero con todo tipo de lujos. Solo la familia y un par de amigos importantes.

—Tu familia... —murmuré—. La que no acepta nuestra relación.

El señor Black se incorporó y cogió el envase de plástico con la avena, nueces, fresas y yogur.

—Vendrán —dijo con tono seco—. No se atreverán a quedar mal delante

de los vecinos.

Me quedé con la boca entreabierta, hasta que negué con la cabeza y me llevé mi envase al sillón.

—¿Y qué vamos a hacer con Lana y tu imagen del Soltero de Oro? — pregunté tras un breve silencio.

—Le diré a Lee que vaya planificando una manera de solucionarlo sin causar daños a nuestra imagen ni a la empresa —respondió, todavía con la mirada puesta en su desayuno—. Es su puto trabajo.

Asentí antes de meterme una cucharada de avena en la boca. Aquello iba a ser un puto desastre. No solo había que sacar a James del armario, sino que, además, había que justificar una relación con su ayudante con el que, como había dicho en infinidad de entrevistas, solo mantenía una «gran amistad». El señor Lee se iba a enfadar mucho cuando se enterase de que sus grandes planes para convertir a James y Lana en la pareja del siglo iban a explotar por los aires. Por ello entré con expresión seria y meditabunda en la sala de reuniones donde ya nos aguardaba el departamento de publicidad. El señor Lee hizo un repaso de nuestras imágenes y entrevistas durante la *Fashion Week*, sin dejar pasar la oportunidad de mostrar su disgusto por no haber asistido con Lana el sábado, el día de mayor importancia y más prensa. En las fotos solo salíamos el señor Black y yo, con nuestra ropa «moderna», posando con una gran sonrisa o poniendo muecas tontas cuando nos intentaban hacer un robado. El señor Lee estaba enfadado, pero no podía negar que salíamos guapísimos y que estábamos proyectando justo la imagen que se esperaba de nosotros: grandes amigos que se divertían mucho juntos. Realmente, aquel día había sido muy divertido hasta la fatídica fiesta de Bill.

—Sería maravilloso que este fin de semana tuvieran una cita romántica en algún sitio bonito —decía el director del departamento, mirándome de vez en cuando, porque sabía quién era el que iba a tener que organizar aquello.

—El hotel Ritz ofrece un *brunch* bastante elegante, también hay *teatime* con muchos bollos y pasteles —respondí con expresión seria y las manos cruzadas en el regazo. Mi intención era tapar el anillo de compromiso, porque James no se esforzaba lo más mínimo en esconder el suyo—. Quedaría muy bonito en las fotos.

—¿Un *teatime*? —preguntó él, mirando a sus becarios y ayudantes; o, como a mí me gustaba llamarles, sus súbditos.

—La hora del té —le explicó una de ellos, una joven morena que no paraba de apuntar lo que fuera que el señor Lee le ordenara que tuviera que apuntar en un portafolios—. Es a media tarde y se toma té o café con pastas. Muy europeo y elegante.

—Ya han estado en Europa hace apenas una semana y media —dijo—. Optemos por algo más americano.

—Reservaré una mesa en el McDonald's, entonces —le sugerí.

Mi comentario produjo algunas risas bajas entre los súbditos del señor Lee, que se callaron enseguida cuando su jefe les clavó una mirada seca antes de girar el rostro hacia mí.

—Resérvate los comentarios agradables para las cámaras, Leonard —me dijo con un tono áspero—. Este es un entorno serio de trabajo.

Mantuve su mirada en silencio, dejando claro una vez más lo poco que me importaba que se enfadara conmigo.

—No estoy familiarizado con lo que es «más americano» —respondí con calma.

El señor Lee volvió a mirar a sus súbditos, quienes enseguida empezaron a sugerir ideas: un Grill, un asador tejano, una barbacoa. Cogí el móvil y busqué rápidamente en Google Maps, encontrando un lugar llamado «America's Café & Grill». Se lo mostré al señor Lee mientras decía:

—Tiene mucha comida americana y terraza interior.

—Está cerca del Zoo de Central Park —añadió él—. Una tarde romántica en el zoo y una humilde cena americana —sonrió como si la idea fuera toda suya—. Eso le encantará al público general. —«Público general» era como el señor Lee llamaba a la gente pobre.

Sus súbditos asintieron, conformes, y empezaron a apuntar cosas y a revisar sus móviles y tablets. Yo volví a cruzar las manos en el regazo y me quedé con cara inexpresiva, pensando en que aquel fin de semana nos íbamos a tener que comer una tarde en el zoo bajo la lluvia. Dada por concluida la reunión, el señor Black se levantó de su sitio presidiendo la mesa de reuniones y se dirigió hacia la puerta que yo abrí para él.

—Quiero tener unas palabras con el director —dijo al equipo de publicidad, haciendo una señal al exterior. Ellos se miraron unos a otros un momento antes de salir en fila india y con la cabeza gacha. Cerré la puerta tras el último y entonces el señor Black miró a un señor Lee expectante y que trataba de mantener la calma—. Leonard y yo nos vamos a casar este verano. Empieza a pensar una manera de solucionar lo de la chica.

Y sin más, se dio la vuelta y nos fuimos, dejando atrás al director de Publicidad que, juraría, estaba a punto de sufrir un ataque al corazón. James no era de las personas más razonables a la hora de decir las cosas; no se molestó en preparar el terreno y deslizar poco a poco la bomba.

No.

Se limitó a soltarla desde lo más alto y directa al suelo. Cuando regresamos al despacho, recogí la bolsa que habían dejado en mi escritorio con la ropa para cambiarnos y le seguí al interior.

—¿Cuándo quieres decírselo a tus padres, Leo? —me preguntó el señor Black mientras se empezaba a desabotonar la camisa—. ¿Quieres que les llamemos esta noche desde el Ritz?

Dejé la bolsa sobre el escritorio y me giré hacia él antes de desatarme la corbata.

—No. Esperemos al domingo por la mañana —murmuré.

—Les llamaremos desde la suite del Ritz —concluyó, porque su intención era dejar claro a mis padres el mucho dinero que tenía.

—El domingo estarán mi hermana y O'Donnell en casa. Podremos decírselo a todos juntos —y entonces me detuve, porque no me había parado a pensar todavía en las consecuencias de aquello. En contárselo a mis padres y...—. A Gael le va a dar algo cuando sepa que me caso antes que ella —dije en voz alta, deslizando la corbata por el cuello antes de empezar a desabotonar la camisa.

Una media sonrisa un poco cruel se deslizó por los labios del señor Black. Se acercó a mí, ya desnudo de cuerpo para arriba, cogió mi mano y entrelazó los dedos con los míos antes de alzar y besar nuestros dedos anulares rodeados con los mismos anillos plateados mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Vamos a unir a la familia Black y los O'Brien —murmuró sin separar demasiado los labios de nuestras manos.

Abrí mucho los ojos con completo pánico. Tampoco me había parado a pensar en aquello y la idea resultaba... aterradora. Sería como juntar una llama y nitroglicerina y esperar que no estallara. Sin embargo, a James no parecía importarle la salvaje trifulca que podría producirse cuando su padre y mi padre coincidieran en el mismo lugar. Soltó mi mano y me rodeó el cuerpo antes de besarme en los labios.

—¿Qué te parece si usamos azul y gris como tema de la boda? —me preguntó, cambiando por completo el tema—. Son nuestros colores favoritos.

Miré los ojos del señor Black sin saber qué responder.

—¿Desde cuando eres tan romántico? —le pregunté con sincera curiosidad.

James se limitó a encogerse de hombros y volver a besarme los labios.

—Es nuestra boda, Leo —respondió—. Tiene que ser la mejor.

La verdad era que creía que lo de la boda sería solo un procedimiento sin demasiada importancia para él, que no le prestaría demasiada atención y que lo único que quería era ponerme un anillo al dedo y llamarme «su marido» delante de todos. Como si no fuera más que una forma socialmente aceptada y gubernamentalizada de mostrarse posesivo y declarar que yo era suyo y solo suyo. Así de romántico creía que era James.

Alcé los brazos y le rodeé el cuello.

—¿Es importante para ti? —le pregunté en voz baja—. La boda.

—Mucho —asintió—. Ya te he dicho que el matrimonio no es ningún juego para mí. Es para siempre y esta será la única boda de nuestras vidas. De nuevo aquellas palabras: «para siempre». Yo no tenía miedo al compromiso, pero, sinceramente, asustaba un poco oírlo.

—Para siempre... —repetí, poniendo una voz lúgubre mientras abría los ojos. Quizá si bromeaba con ello daría menos miedo.

Pero a James no le hizo ninguna gracia.

—No te rías de esto o me enfadaré, Leonard —me advirtió.

Perdí la sonrisa y asentí con la cabeza mientras murmuraba una disculpa. Entonces me acerqué y le di un beso suave, húmedo y largo. El señor Black no hizo nada los primeros segundos, hasta que se le escapó un leve gruñido de la garganta y me rodeó la cadera para apretarme contra él.

Y llamaron a la puerta.

—¿Señor Black, están preparados? —nos preguntó Lana, abriendo la puerta sin ningún tipo de respeto por la intimidad.

Bien. Me dio tiempo a separarme, casi saltando hacia atrás para apoyar las manos y la cadera en la mesa y mirar a la joven con una expresión entre la sorpresa y el miedo. El señor Black se quedó de espaldas a ella, envarado, con los puños apretados y la mirada al frente. Lana soltó un gritito y se llevó la mano a los labios cuando vio que James estaba desnudo de cuerpo para arriba y que yo tenía la camisa desabotonada. Soltó algún tipo de disculpa ininteligible, se puso colorada como un tomate y cerró la puerta con un golpe seco. Se hizo el silencio. Tragué saliva y sentí el latido desbocado de mi corazón. ¿Habría visto el beso? Creía que no. Estaba seguro de que me había separado a tiempo. Miré al señor Black, quien mostraba una mueca de profundo enfado contenido. Levanté una mano y le acaricié el antebrazo.

—Cambiémonos —murmuré con una voz extraña.

Él asintió, pero siguió mirando al frente durante un par de segundos más mientras yo me quitaba la camisa y buscaba en la bolsa la camiseta negra y los pantalones cortos que me iba a tener que poner. Nos cambiamos en completo silencio mientras echaba rápidas miradas a un señor Black que parecía a punto de prenderle fuego a algo y verlo arder hasta las cenizas. Terminé de calzarme las zapatillas blancas y de colocarme los colgantes para terminar el conjunto «casual pero elegante» que llevaríamos. Metí las manos en los bolsillos y observé como James se ponía su chaqueta beige sobre una camiseta deportiva de marca.

—No creo que haya visto nada —me atreví a decir en voz baja—. ¿Quieres que salga primero y lo compruebe?

—Quiero que salgas y le digas que, como vuelva a interrumpirnos en el despacho, ¡la mandaré de una puta patada a la calle! —terminó gritando.

Mantuve su mirada enfadada durante un par de segundos y asentí. Salí hacia la puerta y miré alrededor, como no encontré a Lana allí, crucé el pasillo a recepción. Estaba en su silla de siempre, sentada y con las manos unidas en el regazo. Miraba la mesa escondida bajo el mostrador, donde tenía el ordenador, los bolígrafos, carpetas y algunas fotos de sus amigos y familia.

—Lana —la llamé con una leve sonrisa—. Perdona por hacerte esperar, nos hemos entretenido en la reunión.

La joven dio un pequeño salto al oírme y alzó la mirada. Todavía estaba sonrojada y tenía los ojos húmedos y vidriosos. Sentí una leve angustia en el pecho, porque ya no estaba tan seguro de que no nos hubiera visto be-

sarnos.

—Leonard... —susurró casi sin aire, pero la voz se le quebró y ahogó un sollozo—. ¿El señor Black está enfadado conmigo?

—No —le mentí, sonriendo un poco más para tranquilizarla. Entonces cambié hacia un mohín de preocupación que, esperaba, fuera tan encantador como el de James—. Pero no deberías entrar así en el despacho del jefe... ya sabes —puse los ojos en blanco—. Es por normas de la empresa.

Se le escapó una lágrima y se la limpió rápidamente con la mano antes de asentir y bajar la mirada a sus manos, que ya estaba frotando de manera nerviosa.

—Sí, lo siento. Yo... creía que no importaría. Lo siento. No sabía que os estabais cambiando aún —una interrupción más para volver a sollozar y confesó—: soy su novia, pero todavía me siento como una secretaria más.

Pasé por el hueco a un lado de la recepción y me agaché junto a Lana para tratar de conseguir un poco de intimidad y discreción. Aunque era complicado con las demás recepcionistas mirándonos en la distancia y muy atentas a cada palabra que salía de nuestros labios. Tuve que dedicarles una mirada seria para que al menos fingieran que seguían trabajando.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté en voz baja.

No nos había visto besarnos, eso estaba claro, pero había algo en lo que había dicho que no me había gustado.

—Este fin de semana dijiste que estaba enfermo, pero fuisteis a la *Fashion Week* y parecía sano y no respondió a mis mensajes cuando le pregunté qué tal estaba —comenzó a decir atropelladamente—. Hice sopa para llevarle a casa, pero no sé ni donde vive. No sé nada de su vida... y me siento tan estúpida comparada con vosotros... —y se echó a llorar.

¿De dónde cojones salía todo eso tan de pronto?, ¿por qué ahora le preocupaba tanto ese tema cuando antes daba palmas de alegría solo porque James quisiera hablar con ella?

—Ya está, no llores —le pedí en voz baja y suave, acariciándole la espalda—. Lleváis saliendo solo un par de meses, todavía estáis empezando a conoceros. Vosotros vais más lentos, ¿recuerdas?

—¡Sí! —exclamó ella, mirándome con sus ojos de chocolate, un poco hinchados y enrojecidos—. ¡Eso le dije a Gloria! Pero...

Gloria. Por supuesto.

—¿Te ha dicho algo tu prima? —pregunté, esforzándome mucho por mantener el tono neutro y calmado.

—Ella... —comenzó, pero una figura se inclinó sobre el mostrador y ambos alzamos la cabeza para ver la preciosa sonrisa de un millón de dólares del señor Black.

—Ey, chicos. ¿Nos vamos? —preguntó, señalando el ascensor por el pulgar.

—Claro —respondí yo por ambos. Tirando un poco de Lana para que se

levantara y nos siguiera.

—¿Todo bien? —dijo James con una mueca ligeramente preocupada y encantadora. Miró un momento a la joven y después se quedó mirándome a mí en busca de la respuesta.

—Sí, todo bien —afirmé.

Por suerte el ascensor tardó poco en llegar y pudimos meternos y huir de las miradas de la oficina. Hubo un silencio incómodo en mitad de aquella escena tan extraña en la que los tres estábamos solos en el elevador: Lana todavía lloraba y sollozaba de vez en cuando a un lado, pero nadie le hacía caso; James miraba al frente con una media sonrisa y metido en su papel del Soltero de Oro, pero en plan sociópata; y yo estaba al otro lado, con la mano del señor Black en la parte baja de mi espalda y mirando por el borde de los ojos la terrible escena.

Cuando alcanzamos el enorme hall, caminamos hacia la salida y sostuve la puerta para ambos. No había cogido paraguas y llovía un poco, así que nos apresuramos hacia el coche en una pequeña carrera. El señor Black y Lana llevaban abrigos, pero mi conjunto no incluía nada más que la camiseta negra y ceñida y pasé un poco de frío en el exterior.

—Hoy comeremos en el Salvatore, ¿no es genial? —preguntó el señor Black, sonriendo y mirándonos frente a él, de uno a otro.

Negué lenta y sutilmente con la cabeza y la moví hacia Lana para indicarle a James que pasaba algo y que cortara ese rollo ya, porque empezaba a resultar macabro. El señor Black perdió la sonrisa y puso una mueca triste y consternada, pero, aun así, muy atractiva. Asentí con aprobación y él se volvió un poco hacia la joven, quien tenía la cabeza agachada y estaba demasiado ocupada conteniendo sus gemidos y sollozos para ver lo que pasaba a su alrededor.

—Lana, ¿qué te pasa? —le preguntó James con un tono de voz preocupado.

Ella trató de mirarle, pero fue incapaz, terminando por hundir su rostro en las manos y seguir convulsionándose y llorando. James me volvió a mirar y yo alargué una mano hacia la joven para darle un leve apretón en el antebrazo.

—Lana está preocupada por algo —dije con cuidado—. Hizo sopa este fin de semana porque estabas enfermo y no le respondimos a los mensajes...

—Oh, sopa... qué detalle —respondió el señor Black.

—Y está preocupada por algo —añadí—. ¿Verdad, Lana?

Ella solo sollozó más y ahogó un gemido entre sus manos. Estaba mucho peor que antes, seguramente por encontrarse delante del señor Black.

—¿Qué te preocupa, Lana? —le preguntó él.

Pero la joven llegó a su límite. Sin decir nada, se giró a un lado y abrió la puerta para salir corriendo en mitad de la carretera. Casi se cayó al suelo y tuvo que agarrarse para no encontrarse de bruces contra el asfalto mojado. Entonces soltó un intenso lloriqueo y cerró la puerta de un portazo, saliendo corriendo entre las colas de coches y taxis hacia la acera. El señor

Black y yo nos quedamos observando todo aquello con expresiones serias, hasta que Jame me preguntó:

—¿Ha visto el beso?

Negué con la cabeza, mirando como la joven y su sobredimensionado abrigo desaparecían entre la multitud.

—Quizá deberías salir y gritar su nombre o algo —le sugerí.

—Si no lo hago por ti, Leo, no voy a hacerlo por nadie —respondió James, recostándose en su asiento para adquirir su postura de amo del mundo. Se quedó mirándome en silencio un par de segundos y después se dio unas palmaditas en la pierna para que fuera a sentarme sobre él—. Hoy vamos a ver un par de desfiles bastante interesantes. Manila Safè causó un gran impacto hace tres temporadas con su colección conceptual de formas afiladas y patrones.

Eché una última mirada a la calle tras el cristal ahumado y me levanté de mi sitio para ir junto a él y sentarme en su regazo. Apoyé un brazo en el respaldo tras su cabeza y le acaricié la barba espesa. James me rodeó la cadera y movió la pierna para levantarme un poco en el aire mientras me miraba fijamente.

—Estás muy sexy —murmuró, acariciándome por encima de la rodilla, allí donde terminaban mis pantalones cortos—. Elegante, pero un poco rebelde...

—James, Lana acaba de salir llorando del coche —le recordé, tratando de ser firme, pero sin echar abajo su buen humor—. Creo que su prima le está comiendo la cabeza y puede ser peligroso. Me dijo que era tu novia pero que no sabía nada de ti y que se sentía estúpida con nosotros.

El señor Black dejó de acariciarme, perdió su suave sonrisa y su expresión se volvió seria. Pensé que se enfadaría, pero tras unos pocos segundos me dijo:

—Deberíamos haber sacado lo nuestro a la luz desde el principio.

Ladeé la cabeza y asentí lentamente.

—Quizá —reconocí, porque nos hubiéramos ahorrado un montón de problemas y secretos estúpidos—, pero ahora es tarde y hay que resolver lo de Lana. Ella no tiene la culpa de enamorarse de ti —sonreí un poco y me acerqué para rozarle la nariz con la mía—, es algo inevitable —susurré.

Mis palabras provocaron un suave bufido y una sonrisa en James. Superó los pocos centímetros que separaban nuestros labios y me besó, apretándome contra él. No nos detuvimos hasta alcanzar la *Fashion Week*, tan repleta de asistentes como siempre. Caminamos la manzana de distancia en la que Lakov había tenido que dejarnos, cubriéndonos bajo todos los toldos y resquicios que pudimos para no mojarnos demasiado con la fina lluvia. Uno de esos toldos pertenecía a un pequeño local de café para llevar, al que no dudé en entrar con una ancha sonrisa y muchas ganas de beber algo caliente. Así que alcanzamos el edificio de la FWNy con un café largo en la mano y el pelo mojado. Nos sacaron un par de fo-

tos en el hall de la entrada y nos hicieron un par de preguntas, pero nada parecido a la rueda de prensa del sábado.

—¿Y la encantadora Lana Gómez?, ¿no viene con ustedes? —le preguntó una reportera de la prensa amarilla.

—Por desgracia, Lana no se encontraba bien —respondió James sin perder ni un instante su papel del Soltero de Oro—, pero me he traído a Leo. Así que ningún otro asistente corre el peligro de que le aburra con mis tonterías.

—La última vez casi nos demandan —añadí yo con un asentimiento.

Los reporteros se rieron y quisieron hacer más preguntas, pero miré el Rolex y fingí que ya era el momento de irse, aunque todavía quedaran veinte minutos para alcanzar la sala del desfile.

—¿Has visto eso, Leo? —me preguntó James con una sonrisa mientras me rodeaba los hombros—. Les tenemos comiendo de la mano —su sonrisa se hizo más ancha e imperfecta, convirtiéndose en la suya natural—. Nos adoran.

—Sí —reconocí con menos emoción que él por el tema.

Saqué una mano del bolsillo y miré el móvil. Había mandado un mensaje a Lana, fingiendo que era el señor Black, para preguntarle qué había pasado y si todo iba bien, pero ella no había respondido aún. Guardé el móvil y escuché con atención lo que James me había empezado a explicar sobre la diseñadora.

No se detuvo hasta que el ecléctico desfile comenzó e, incluso entonces, susurraba en mi oído mientras miraba a las modelos y sus extraños y complicados vestidos. Al terminar recibió un gran aplauso, así que el señor Black tuvo razón y había sido una colección maravillosa. No nos entretuvimos demasiado hasta el siguiente, menos espectacular y más «normal», y salimos los primeros hacia la puerta para no tener que sobrepasar una muchedumbre con ropa tan grande como su ego. Revisé de nuevo el móvil, todavía sin respuesta. Puse una mueca de disgusto y mandé un segundo mensaje, esta vez más suave y sensible, añadiendo un «estoy algo preocupado» y un «¿he hecho algo mal?».

Nos reunimos de nuevo con Lakov y fuimos al restaurante Salvatore. Un elegante italiano con decoración en madera y tonos terrosos. El metre nos llevó a nuestra mesa de tres y el señor Black le pidió que quitara la tercera silla, el plato y los cubiertos que sobran.

—Creo que pediré los tortellini de trufa —me dijo mientras miraba la carta—. ¿Tú?

—Los espaguetis a la carbonara suenan muy bien.

James pareció bajar la idea de cambiar su comida, rascándose el mentón de forma pensativa. El anillo de compromiso seguía en su mano, como una marca plateada que cortaba la base de su dedo anular. Me detuve a mirarlo y después miré al señor Black en su conjunto. Aquel hombre increíblemente atractivo, con el pelo dorado y los ojos más azules del mundo, al que todos se quedaban mirando y que había enamorado a tan-

tos en su vida... iba a ser mi marido. Esa idea me produjo una punzada de orgullo y cierto placer egoísta.

El señor Black se dio cuenta de mi mirada fija y levantó los ojos de la carta para responderme.

— ¿Qué? — preguntó.

Me encogí de hombros.

— Te quiero muchísimo — le dije.

A James se le deslizó una suave sonrisa por los labios, alargó la mano sobre la mesa y esperó a que yo pusiera la mía encima. Con el dedo gordo acarició mi anillo de compromiso.

— Qué suerte tienes de que vaya a ser tu marido, entonces — murmuró.

Solté un bufido y contuve la carcajada que luchaba por hacerse un hueco entre mis labios. Asentí y alcé ambas cejas.

— Tengo mucha suerte — afirmé.

— Yo también.

Nos sumergimos en un silencio de miradas fijas e intensas, como un par de adolescentes enamorados, hasta que el camarero nos interrumpió para preguntarnos si ya habíamos decidido la comida. James no apartó la mano ni la mirada de mí, solo inclinó la cabeza hacia un lado y respondió:

— Espaguetis carbonara para ambos y un buen vino.

Tras una comida bastante agradable y de compartir el postre, dejamos el restaurante para volver al coche y comernos el uno al otro. James quería hacerlo de una forma más literal, insistiendo en desabrocharme el cinturón y bajarse el pantalón para que no hubiera ningún impedimento si yo quería tocarle la polla o agacharme para chupársela. Yo también estaba bastante excitado, pero sabía que el viaje no sería tan largo como para darnos tiempo a hacer demasiadas cosas.

— Tendremos que esperar a volver a casa, James — le dije en un momento en el que conseguí distanciarme lo suficiente de sus labios.

Pero él solo cogió mi mano y me la llevó a su entrepierna para que pudiera notar lo duro y mojado que estaba.

— Te vas a manchar — le advertí cuando empezó a guiarme para que le masturbara.

— Te avisaré para que puedas tragártelo — fue todo lo que dijo antes de volver a besarme con fuerza y a apretarme contra él.

Podría haberme negado, pero no lo hice. Así que cuando salimos del coche el señor Black estaba un poco más despeinado, un poco más colorado y mucho más sonriente. Me rodeó los hombros mientras caminábamos, me dio un beso en la mejilla y soltó un suspiro bajo la fina lluvia. A veces era increíblemente sencillo hacerle feliz.

Nos detuvimos de nuevo en el pequeño café a petición mía, porque necesitaba beber algo para aclararme la boca y la garganta en caso de que hubiera más periodistas. Revisé el móvil mientras esperábamos y comprobé que Lana no había respondido aún. Le mostré la conversación al señor Black pegado a mí y él echó un rápido vistazo al móvil sin dema-

siado interés.

—Llamaré a la oficina para preguntar si ha vuelto al trabajo —murmuré—. Quizá con unas flores o algo así se tranquilice.

—Informa a Lee, quizá esta sea una buena oportunidad para romper la relación —me sugirió él.

Busqué su mirada, tratando de averiguar si lo decía en serio.

—Este sería el peor momento para romper, James —le aseguré—. Quedarías como un gilipollas cruel y frívolo.

El señor Black me atrajo hacia él y me susurró al oído:

—Tu prometido es un gilipollas cruel y frívolo, Leo.

Solté una breve risa y asentí. En eso tenía algo de razón. Cuando nos entregaron los cafés calientes y tomamos la calle hacia la NYFW, llamé a la oficina y una recepcionista me dijo con cierta sorpresa que Lana no había vuelto. «¿Ha pasado algo, señor O'Brien?», trató de averiguar; pero le respondí con un simple: «No, nada. Gracias», y colgué. Apuré un mensaje para el departamento de Publicidad tratando de resumir lo que había pasado y dejé el móvil antes de entrar en el edificio. Nos sacaron un par de fotos, como ya era costumbre; algunas para reporteros y periodistas, otras para fotógrafos contratados por el evento y algunas más para los «fans» y otros famosillos que se acercaron. El señor Black aceptaba todas encantado, inmerso en su papel del Soltero de Oro y evitando las preguntas sobre Lana con las respuestas rápidas y sencillas. Después pudimos disfrutar de los dos otros dos desfiles a los que asistiríamos aquel día antes de volver a recorrer el camino de vuelta al coche. Todavía quedaba hora y media para el cierre de la oficina y había organizado una reunión con el Departamento Administrativo, así que nos cambiamos en el coche y dejamos atrás nuestros conjuntos «elegantes pero modernos». Como era de esperar, James volvió a excitarse y quiso otro pequeño jugueteo en el coche, pero esta vez le detuve.

—A la noche —le prometí para que no perdiera el buen humor que había tenido hasta entonces.

—Con el aceite —respondió él.

Asentí, de acuerdo, y dejamos el tema atrás para centrarnos en lo que quedaba de día. Al llegar a la oficina nos recibieron miradas de curiosidad de las recepcionistas. Lana no había vuelto y su sitio estaba vacío, todas sabían que había venido con nosotros y que, seguramente, algo habría pasado. Yo sonreí y las saludé con un cabeceo, pero el señor Black se limitó a ignorarlas y seguir su camino hacia el despacho. Durante la reunión con el Departamento Administrativo lo intenté con un último mensaje en el que puse cosas como «lo siento» y «espero que podamos hablar y resolverlo». No sabía muy bien qué le estaba pasando por la cabeza a Lana, pero había un límite de tonterías que se podían aguantar dada la situación.

—Le he dicho al restaurante que mandara la cena al hotel —le dije al señor Black cuando ya volvíamos de nuestra clase de yoga, la última parada de

aquel largo día de viajes.

El señor Black asintió y apartó la mirada de la ventanilla. Había dejado de llover, pelo el cristal todavía estaba cubierto de gotas y regueros de agua que reflejaban las luces de la ciudad, proyectando fantasmagóricas sombras sobre el interior del coche. Sin decir nada, se descalzó y puso los pies en mi regazo. Dejé el móvil a un lado del asiento y empecé a masajearlos.

—¿Sigues cansado? —le pregunté.

—No tanto como antes, pero sí —respondió.

—Podemos cenar y... —entonces sonó el teléfono y me callé. Miré el número en la pantalla iluminada y después le dediqué una mirada seria a James —. Lana —le informé.

El señor Black puso los ojos en blanco y respondió:

—Pon el manos libres.

Dejé de masajearle para responder la llamada y activar el altavoz.

—Lana, ¿qué ha pasado? —le preguntó el señor Black con un tono entre lo jovial y lo preocupado—. ¿Por qué te fuiste?

No hubo respuesta, pero se podía oír la profunda respiración de la joven al otro lado. Fruncí el ceño y el señor Black y yo intercambiamos una mirada. Aquello era raro, incluso para tratarse de Lana.

—Señor Black... —empezó al fin—. No. James... Yo... Las cosas tienen que cambiar.

Esta vez fue James el que tardó un momento en responder:

—¿A qué te refieres?

—Soy tu novia, no una secretaria más —continuó ella, pero haciendo breves parones, como si se hubiera aprendido de cabeza aquel discurso o lo estuviera leyendo de alguna parte—. Tengo derecho a saber dónde estás y a conocerte mejor. Es hora de que dejemos de comportarnos como desconocidos y seamos una pareja de verdad.

Mantuve la mirada fija en James, quien perdió su expresión calmada para poner una mueca de enfado mientras miraba el móvil como si quisiera hacerlo explotar en mil pedazos. Apreté sus pies en mi regazo para llamar su atención y, cuando me miró, le pedí de forma silenciosa que se calmara.

—¿Cómo desconocidos? —preguntó él, consiguiendo que su tono no sonara tan molesto y enfadado como se sentía.

—Sí —dijo Lana—. Yo... quiero poder comer contigo en el despacho. Es lo que hacen las parejas.

El señor Black negó con la cabeza.

—Y... y me gustaría que fuera también esa comida que os traen del restaurante. La que come Leonard —añadió ella, pero su voz empezó a sonar dubitativa. Sonó un leve «oh» y, juraría, hubo un murmullo de una voz por detrás—. No puede ser que tu novia coma un sándwich sola y tú compartas comida de lujo con tu amigo en el despacho —repitió con un tono más firme.

James apretó los puños y tensó la mandíbula, alcanzando el límite de su

paciencia. Apreté de nuevo sus pies para llamar su atención y le dije de forma silenciosa: «Dile que la llamas ahora, que estás ocupado». El señor Black asintió, cogió una buena bocanada de aire y dijo:

—Lana, ahora estoy en el coche de camino a casa. Te llamo cuando llegue y... hablamos.

El tono había sido calmado, pero bastante frío, nada que ver con la voz aterciopelada del Soltero de Oro a que la joven estaba acostumbrada. Ella lo percibió tan bien como yo, porque su respiración cambió y se volvió apresurada. Ahogó un sollozo y respondió:

—Sí, claro, cuando puedas —y colgó antes de ponerse a llorar.

El señor Black tomó un par de respiraciones profundas y me miró fijamente a los ojos.

—Llama a Lee y dile que lo de Lana se ha terminado —ordenó—. Después llama a Recursos Humanos y diles que la despidan. No quiero volver a verla en la oficina.

Puse una mueca preocupada y cogí el móvil. Como había pensado, aquello iba a ser todo un problema.

ACEITE DE COCO

El señor Lee se enfadó muchísimo cuando le llamé. Puse el manos libres y le expliqué, más o menos, lo que había sucedido y lo que quería el señor Black. Él solo respondió:

—No. De ninguna manera.

—El señor Black no quiere...

—Hemos creado esta relación y la hemos hecho pública con el objetivo de conseguir publicidad y mejorar la imagen de James Black y la empresa — me interrumpió—. Ha tenido mucho éxito y ahora no podemos echarla abajo sin más. El público le tiene mucho cariño a esa chica y su historia de cuento de hadas; si el señor Black rompe con ella, los paparazis, la prensa amarilla y los estúpidos blogs de cotilleos irán como buitres a buscarla para fotografiarla llorando y echarle la culpa de todo al horrible millonario que jugó con su corazón.

Miré a James mientras el señor Lee soltaba su discurso y, por desgracia, en aquello tenía que darle la razón. Ya era tarde para desprenderse de Lana sin más. Ellos eran la Pareja del Siglo, después de todo.

—Lee —le dijo el señor Black con tono serio y seco—. Deshazte de ella.

—No es tan sencillo, señor Black —respondió el director de publicidad, haciendo un evidente esfuerzo por no mostrar su evidente enfado—. Su relación ya no les pertenece, ahora pertenece al público. Quieren verles juntos y quieren que tengan la historia de amor perfecta. No pueden romper sin más, y mucho abandonarla porque usted y su ayudante hayan mantenido una relación secreta y ahora quieran casarse... —sentenció el señor Lee en lo que, probablemente, fuera la frase con más sentido que le había oído decir nunca—. Eso sería un escándalo y echaría por los suelos toda su reputación. Si me lo hubiera dicho en su momento, podríamos haber...

—¡Entonces deja de quejarte y busca una buena excusa! —rugió el señor Black, al límite de su paciencia.

Cogí el móvil y quité el manos libres para llevármelo a la oreja.

—Señor Lee, soy Leonard —le dije—. Creo que Lana está decidida a profundizar en la relación y ya no se va a contentar con un par de cenas al mes y un paseo por el parque. El señor Black tiene en alta estima su intimidad y no quiere que ella se entrometa en... sus asuntos privados. Somos conscientes de que la situación es complicada y estamos dispuestos a ofrecerle el tiempo que sea necesario...

—No —negó James—. Tiene un puto mes. Si no se va Lana, se irá él a la puta calle.

Alcé una mano y le pedí que se calmara, pero no funcionó.

—Le ofreceremos un tiempo para solucionarlo —continué—. El suficiente para crear un argumento que agrade al público y justifique nuestra relación. Hasta entonces, seguiremos siendo tan discretos como hasta ahora. Buenas noches —y colgué sin escuchar nada de lo que el director

tuviera que decirme al respecto.

Dejé el móvil a un lado y me enfrenté a lo difícil: James. Estaba furioso, por supuesto que lo estaba: Lana ahora se creía con derecho a pedir cosas y el señor Lee también. Y nadie sabía mejor que yo lo mucho que James odiaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Así que tomé la opción más fácil y me levanté de mi sitio para sentarme en su regazo, le acaricié la barba y miré los mares de tormenta que eran sus ojos.

—Sabes que odio al señor Lee, pero en esto tiene razón, James —murmuré con calma.

El señor Black no me rodeó la cadera ni me acarició la pierna como solía hacer. Se quedó con los brazos extendidos por el respaldo y una expresión seria y enfadada en el rostro.

—No nos vamos a quitar los anillos —sentenció con voz grave y peligrosa—. Ni vamos a permitir que esa subnormal se entrometa en nuestra vida.

Apreté las comisuras de los labios con una mueca de incomodidad. No hacía falta insultar a Lana, porque ella no tenía la culpa de estar en medio de todo aquello. Por desgracia, al parecer su prima le estaba dando muy malos consejos sobre cómo llevar adelante su relación y sobre la clase de novia que tenía que ser.

—Tu imagen pública es muy importante para ti y haremos lo que sea necesario para mantenerla intacta —respondí—. Abandonar a tu novia por tu amante gay, no es algo que se pueda vender tan fácilmente.

—Tú no eres mi amante, eres mi prometido, Leonard.

—Lo sé —pegué mi frente a la suya y cerré los ojos—, pero tenemos que seguir siendo discretos un poco más hasta que al señor Lee se le ocurra una manera de hacerlo público sin repercusiones. ¿Lo entiendes?

Abrí los ojos y miré los de James, tan cerca que parecían dos planetas azules en mitad de un universo blanco. Compartimos un breve silencio, hasta que sentí su mano recorriendo mi espalda hasta rodearme la cadera.

—Quiere comer con nosotros en el despacho y que le pague la puta comida —murmuró con un marcado desprecio.

Aparté la cabeza para poder mirarle mejor y le empecé a acariciar el pecho.

—Son solo veinte minutos al día y el dinero nunca ha sido un problema para ti —respondí.

—Son *nuestros* veinte minutos, Leonard —insistió—. Y yo no tengo que pagarle nada, si quiere comida gratis que se vaya a una puta ONG.

Por alguna razón, aquello me hizo gracia y se me escapó una carcajada baja.

—¿Te hace gracia que se crea con derecho a meterse en nuestra vida? —me preguntó, empezando a enfadarse conmigo—. ¿O es que a ti no te importa perder el poco tiempo que tenemos para nosotros?

—No es eso, James —respondí con calma—. Solo me ha hecho gracia como lo has dicho.

El coche se detuvo y miré por la ventanilla, viendo la elegante entrada al hotel Ritz. Le di un beso rápido al señor Black antes de levantarme de sus piernas y salir a la calle. Había pedido a Lakov que nos trajera un par de maletas con más ropa para nuestra estancia alargada a cuatro días y las sacó del maletero. Cargué yo con ellas mientras el señor Black esperaba a un lado con expresión seria. Ahora, además de estar enfadado con los demás, también estaba molesto conmigo. Perfecto. Puso su mano en mi espalda durante el trayecto en ascensor, pero no me acarició como solía hacer. Mantuvo la mirada al frente hasta alcanzar la The Royal Suite, donde ya nos esperaba una bolsa de papel sobre la mesa del comedor, y fue directo hacia la habitación para dejar su gabardina y su maleta.

—Prepararé la cena —le dije, mirando cómo se desvestía de espaldas a mí. No quise darle importancia, pero resultaba un poco frustrante a veces lidiar con aquel egoísmo infantil de James. Lo quería todo, pero no se podía tenerlo todo, y se enfadaba cuando las cosas no salían como él quería que salieran. Se reunió conmigo en el comedor, con solo un bóxer negro y su camiseta gris de #TuAmo puestos. Se sentó presidiendo la mesa, donde había dejado su plato con la cena, y comenzó a comer en un profundo silencio.

—No te enfades conmigo, James —le pedí—. Yo no tengo la culpa.

—Me enfado porque parece que no te importa que nos estén jodiendo, Leonard —respondió con tono serio y una mirada fija.

—Claro que me importa —le aseguré con tono serio—. A mí también me molesta tener que mentir y no poder darte un beso donde y cuando quiera. Tener que pedirte que tengas cuidado y no me toques demasiado, pero tomamos una decisión, y fue esconder lo nuestro y empezar con Lana. Ahora no podemos enfadarnos y llorar. Así son las cosas y vamos a tener que aguantar un poco más hasta solucionarlo de la manera más inofensiva posible.

El señor Black mantuvo mi mirada en silencio durante un par de largos segundos tras mi pequeño discurso. Creí que se enfadaría más y que empezaría a levantar la voz, sin embargo, me preguntó:

—¿Tú también odias no poder tocarme y besarme cuando quieras?

—Mucho —asentí.

El señor Black bajó la mirada y removió la menestra de verduras.

—Creía que no te importaba o que... —bajó la voz antes de añadir—: preferías que no lo hiciera.

Fruncí el ceño y levanté una mano para rodearle la muñeca sobre la mesa. Al señor Black no le pegaba nada mostrar ese tipo de inseguridades.

—No digas tonterías, James —le pedí—. Solo me da un poco de apuro algunos sábados en el gimnasio, pero es que allí te pones muy territorial.

James me miró por el borde superior de los ojos.

—En ese gimnasio hay mucha gente que debería aprender a no tocar lo que es mío —murmuró.

Solté un bufido y puse los ojos en blanco antes de continuar cenando.

— Te encanta que nos miren, por eso vamos allí — le recordé.

— Me gusta que nos miren, lo que no me gusta es que crean que pueden acercarse a ligar contigo.

— Yo no soy quien lleva ropa apretada y se pone a flexionar los brazos y a tocarse un poco delante del espejo, James. Eres tú el que se va exhibiendo y provocando.

— He dicho que me gusta que nos miren — repitió —, pero no que se acerquen.

— Eres un calientapollas — concluí.

— *Somos* unos calientapollas — me corrigió.

— A mí no me metas en eso — me negué mientras masticaba —. Yo no voy por el gimnasio pidiendo guerra.

— Pero sabes muy bien como pedir guerra, ¿eh, Leonard? — una media sonrisa se le deslizó por los labios —. ¿O te has olvidado de ese día en casa cuando te desnudaste como una perra para mí?

Seguí masticando tranquilamente, sin sentir el más mínimo sonrojo al recordar aquello. Respondí a su mirada fija y me encogí de hombros.

— Lo que haga yo con mi novio es cosa mía — respondí —. No es como si hiciera eso en mitad del gimnasio.

El señor Black bebió un sorbo de la copa de agua sin dejar de mirarme.

— ¿Y qué vas a hacer esta noche para mí, Leo? — preguntó mientras se recostaba en su silla.

Pinché con el tenedor los últimos trozos de verdura y me los llevé a la boca antes de limpiarme con la servilleta de tela. Un señor Black cachondo era mucho mejor que un señor Black enfadado.

— Voy a darte un masaje después de que llames a Lana, como dijiste que harías — respondí.

— ¿Un masaje? — preguntó como si barajara la idea, pero terminó negando con la cabeza —. Mejor móntame aquí mismo, en la silla — bajó una mano desde la mesa y, aunque quedó fuera de mi vista, no había que ser un genio para saber que se estaría tocando la polla —, y hablo con Lana mientras...

— El masaje te gustará más — le aseguré —. Y te relajará.

— ¿Más qué que me montes? — soltó un bufido como si se hubiera tratado de algún tipo de broma —. Lo único que me gusta más que eso son nuestros domingos especiales, Leonard.

Me levanté de la silla y le hice una señal para que me siguiera.

— Comprobémoslo — sugerí.

James fue escéptico, ladeó el rostro y me miró con expresión calmada. Pasó un par de segundos sin moverse, frotándose lentamente debajo de la mesa, hasta que me dijo:

— Si te equivocas, harás cualquier cosa que yo quiera, donde yo quiera.

Eso sonó mal. Sonó a sexo en público y no me hizo demasiada gracia, pero estaba bastante seguro de mis habilidades y no dudé en responder.

— Llamarás a Lana con un buen tono y le dirás lo que yo te diga.

El señor Black asintió y yo hice lo mismo, cerrando el trato. Él se levantó con la mano metida dentro del bóxer negro y me acompañó a la habitación de matrimonio. Allí se quitó su camiseta de #TuAmo y se desnudó para tirarse de espaldas en la cama, con la polla dura y las manos detrás de la cabeza.

Cogí una bocanada de aire y me mordí el labio inferior, concentrándome en desabotonarme la camisa. Mi prometido era un puto dios del Olimpo, tirado en aquel edredón blanco y mullido como si fuera las nubes del cielo.

—¿Todo bien, Leo? —me preguntó, muy consciente de mi excitación al verle así. Movié la cadera, resaltando su polla dura y gorda—. ¿O te estás arrepintiendo de no montarme?

Se me escapó la risa y volví a morderme el labio inferior con deseo. A veces sus tonterías prepotentes me hacían muy feliz. Me apresuré a desnudarme, saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón, apagué las luces y fui a por el aceite lubricante de coco, dejando el Rolex en la mesa para no mancharlo. Cuando llegué a la cama le di el teléfono a James, que no hizo ni el más mínimo esfuerzo para moverse.

—Tienes que llamarla —le recordé, poniéndome a horcajadas sobre él mientras destapaba el aceite—, y decirle que lo entiendes y que podrá comer con nosotros.

James perdió su suave sonrisa y volvió a ponerse serio. Derramé aceite en mis manos y después sobre el pecho y los abdominales del señor Black. El líquido estaba templado, era denso al tacto, pero muy correoso y tenía un delicioso aroma a coco. Lo extendí lentamente por el torso de James, dándole un suave masaje que no cambió su actitud firme y seria.

—No quiero que coma con nosotros, Leo —respondió—. Ni que tome el café de después con nosotros ni tener que perder uno de nuestros momentos juntos.

Extendí mis manos por sus pectorales, llegando a sus hombros anchos y siguiendo la línea de sus axilas en dirección a sus brazos. Entonces me incliné, uniendo mi cuerpo al suyo y frotándome un poco en un contacto correoso y muy sensual. Cuando había dicho «masaje», no me refería a uno normal y corriente, por supuesto; me refería a un masaje sensual, lento y bastante erótico. No era algo que le fuera a contar a James, pero tenía bastante práctica en ellos porque a Ryan le encantaban y le ayudaban mucho en sus malas épocas.

—Es solo una comida y un café —susurré en su oído, siguiendo el recorrido de sus brazos hasta sacar sus manos de detrás de la cabeza para entrelazar nuestros dedos mientras seguía moviéndome muy suavemente sobre él—. Lana se quedará más tranquila y dará menos problemas.

James tardó un momento en responder, empezando a gruñir un poco por lo bajo y a respirar más profundamente. Separé nuestros dedos entrelazados, recorriendo el mismo camino de vuelta hacia sus axilas, para continuar el descenso por sus dorsales hasta la cadera. Él me rodeó con los

brazos y me acarició la espalda de vuelta, apretándome contra él y moviendo la cadera. «Shh...», susurré en su oído, haciéndole una señal para que dejara de hacerlo. Le conocía muy bien y sabía que, si le dejaba tomar el control, en menos de cinco minutos estaría embistiéndome a cuatro patas sobre la cama. Me incorporé, recibiendo un gruñido de queja de su parte, pero sonreí y cogí el bote de aceite para continuar por sus piernas. No insistí con el tema de Lana hasta haberle masajeado los muslos y los pies, jugando un poco más de tiempo en las zonas más erógenas, como la cara interna de las piernas. Eché aceite sobre su entrepierna y la manoseé un poco, pero no demasiado, porque aquel no era el objetivo principal de todo aquello. Cuando terminé con el frente, James tenía los ojos entrecerrados y los labios abiertos, jadeaba suavemente y se removía un poco, tratando de rozarse lo más posible contra mí. Me puse hacia el lado de su cabeza y le incorporé, lo suficiente para ayudarlo a sentarse de rodillas, antes de rodearle con los brazos y usar el aceite de la parte frontal de mi cuerpo para empaparle la espalda mientras le acariciaba el pecho.

—Tienes que llamar a Lana —le recordé con un susurro al oído, pasando de sus abultados pectorales hacia la hendidura entre los músculos abdominales y terminando en su pubis de vello rizado y rubio oscuro. Lo acaricié un poco y continué por su polla dura, algo palpitante y mojada, pero, como la primera vez, no me detuve demasiado, repitiendo el proceso desde su pecho.

—Ahora no —jadeó, recostando la cabeza en el hueco entre mi hombro y mi cuello. Me acariciaba de vuelta, recorriendo mis brazos sobre su torso y tratando de convencerme de que prestara más tiempo a su entrepierna.

—Sí, ahora —susurré muy cerca de su oído. Me incliné hacia delante, rozándome entero, llevándole un poco hacia el móvil—. Llámala y dile que puede comer con nosotros.

—Leo... —comenzó, pero yo me presioné más, acentuando el roce de nuestros cuerpos pegados y aceitosos. Bajé las manos justo a donde quería y recorrí su miembro suavemente de arriba abajo. James soltó una mezcla de gruñido y gemido—. Joder...

—Llámala y dile que puede comer con nosotros —repetí, volviendo a centrarme en la cara interior de sus muslos y en rodearle por entero.

El señor Black cogió aire y apartó una mano hacia el móvil. Le costaba un poco concentrarse por mi culpa, pero eso formaba parte de la gracia del masaje. Se limpió un poco la mano aceitosa contra el edredón blanco y deslizó la pantalla. Entonces se detuvo y ahogó un gemido, también culpa mía por presionar mi cuerpo y mi entrepierna contra su espalda. Mentiría si dijera que no estaba disfrutando un poco cruelmente de aquel poder que tenía sobre James en ese momento.

Al final consiguió entrar en la agenda y buscar el número de Lana para llamarla. Los pitidos resonaron en la habitación, entre los jadeos ahogados del señor Black a quien, al parecer, aquel masaje le estaba gustando

mucho más de lo que se hubiera imaginado. Me aparté de su espalda y fui frente a él, poniéndome a horcadas entre sus piernas e invirtiendo el movimiento. Ahora era yo el que estaba de espaldas y me frotaba contra su torso, y él el que rodeaba con sus brazos, me tocaba y me atraía con fuerza.

—¿James? —preguntó la voz de Lana por el altavoz.

Sentí las respiraciones rápidas del señor Black contra mi espalda y oí que tragaba saliva antes de responder:

—Lana, soy yo, James.

—Sí, lo sé —dijo ella, queriendo reírse, pero incapaz de hacerlo debido a los nervios.

Había sido muy valiente exigiendo sus nuevos derechos, pero se había acongojado cuando el señor Black la había cortado y le había dicho que la llamaría. Probablemente se hubiera pasado la última hora y media llorando y arrepintiéndose, mirando el móvil y rezando para que él la llamara de vuelta. Lana era una buena chica, pero su prima la había hecho jugar a un juego peligroso donde el beneficio era poco y la pérdida, definitiva.

—Yo... —comenzó James, tratando de controlar la voz, pegando su rostro al mío y frotándose el pecho velludo con más fuerza.

Me recosté contra él, deslizando mis nalgas por su entrepierna y obligándole a apretar los dientes para no gruñir. Giré el rostro para susurrarle al oído:

—Lana, claro que puedes comer con nosotros. No pensé que fuera algo importante para ti.

—Lana... claro que puedes comer con Leo y conmigo. No creí que te importara, es decir... que fuera importante para ti —dijo el señor Black. Sus pequeñas interrupciones y sus difusas palabras volvían la conversación mucho más realista, porque si hubiera afrontado aquello con la actitud del Soltero de Oro, más ligero y juvenil, hubiera sido muy extraño.

—Oh... gracias, James —respondió ella antes de que se le quebrara la voz con un sollozo—. Me hace muchísima ilusión poder comer con vosotros en el despacho... la verdad, es que me lo pasaba tan bien cuando comíamos juntos en Francia que lo echaba mucho de menos.

El señor Black había girado el rostro y buscaba mis labios, dándome un par de húmedos y desesperados besos mientras me acariciaba y me atraía, como si deseara que nuestras pieles se unieran con el constante frote y cercanía. Yo jugaba lento, pero un poco sucio, moviendo la cadera para rozar mis nalgas contra su entrepierna, acariciando sus brazos mientras los movía por mi cuerpo para enseñarle dónde debía tocarme.

—Dile que no le habías dicho nada sobre comer con nosotros porque no querías que los demás pensaran que le dabas favoritismos. Que sabes eso le preocupa —susurré en sus labios.

James volvió a tragar saliva y trató de repetir mis palabras.

—No... no te había dicho nada porque sé que te preocupa que crean que tienes favoritismos —dijo sin apartar la mirada de mí, bajando la mano desde mi pecho a mi entrepierna para frotarme—. Me estás volviendo loco... —me susurró con voz baja y muy densa, abriendo las piernas para obligarme a hacer lo mismo antes de inclinarse sobre mí y buscar mi ano con la punta de los dedos.

—Jo... ¡No había caído en eso! —exclamó Lana, conmovida y sorprendida a partes iguales—. Vaya... Yo... —sorbió por la nariz—. Muchas gracias, James... Es solo que, creía que... pensé que quizá no querías... ¡Ay, fui una tonta! —se rindió.

Fue mi turno de apretar los dientes y aguantar los gruñidos y jadeos cuando James empezó a deslizar su dedo, aceitoso y cálido en mi interior, mientras se frotaba como yo lo había hecho con él. Le dejé hacerlo mientras Lana dudaba y trataba de decir algo coherente, pero cuando terminó hice un esfuerzo para levantarme y llevarme al señor Black conmigo.

—Dile que no es una tonta y que, si quiere, sabe que puede contarte todo lo que necesite —susurré cerca de su rostro.

El señor Black no reaccionó, quizá ni siquiera me hubiera oído, demasiado distraído y enloquecido ya por el constante frote de nuestros cuerpos desnudos. Sin embargo, deslizó una mano por mi pecho hasta rodear mi cuello, me obligó a mirarle a los ojos y dijo en voz alta:

—Sabes que siempre estaré aquí para escucharte, y que siempre podrás contar conmigo.

Una suave sonrisa se extendió por mis labios antes de levantarme un poco para poder besarle.

—Gr... gracias, James... —sollozó Lana a través del teléfono. Le estaba empezando a costar contener el llanto y las lágrimas—. Eres el mejor novio del mundo...

—Eso es verdad —susurré.

A James se le escapó una especie de carcajada excitada, gutural y tonta. Le mordí el labio inferior, grueso y suave, y empecé a mover la cadera, presionando su entrepierna y provocando un apagado gruñido.

—Dile que pase buena noche y que os veréis mañana en la oficina.

Entonces me levante para guiar su polla hacia mi culo y empezar a meterlo suavemente. Ya se había acabado el masaje suave, ahora había que terminarlo por todo lo alto. El señor Black soltó un ruido gutural cuando empezó a sentir la punta adentrándose en mí, dejando que yo siguiera guiando sus manos por mi cuerpo.

—Lana —dijo en voz alta—. ¿Y qué has hecho hoy? Cuéntame...

Detuve mi cadera y giré el rostro hacia James con una expresión que lo decía todo. ¿Qué cojones estaba haciendo? Pero él me apretó contra su cuerpo y fue presionando para meterla más y más profundo.

—Todo —añadió en voz alta.

—James, no... —susurré.

—Sí... —respondió él, demasiado cachondo para ser razonable.

A Lana le sorprendió que el señor Black le preguntara aquello, pero se limpió las lágrimas y empezó a contarle su día tras ese fatídico momento en el que había abandonado el coche de una forma totalmente absurda y dramática. James respondía con escuetos «sí...» y «mmh...» cuando ella dejaba un silencio, demasiado ocupado en usar toda su fuerza de voluntad para no gruñir, jadear y gemir. Yo movía la cadera, con James dentro y tomando profundas respiraciones. Fue un absoluto e increíble tormento, y no exactamente en el buen sentido. No poder hacer ruido fue agónico, al igual que escuchar las tonterías y balbuceos de Lana mientras lo hacíamos.

Hubo un momento de locura en el que estuve a punto, a puntísimo de gritar: «¡Cierra la puta boca, joder!»; por suerte, alcancé el orgasmo y todo perdió importancia.

Entonces me quedé recostado sobre un James tan silencioso y jadeante como yo. Estábamos aceitosos, acalorados y con la mente totalmente nublada. No había sido consciente del momento en el que él se había corrido, pero estuve casi seguro de que había sido antes que yo. Todo olía a coco y Lana seguía hablando. Me llevé una mano al pelo y dejé caer la cabeza sobre el hombro de James, quien había dejado de frotarme, pero no de abrazarme con fuerza. Tras un par de minutos, el soliloquio de Lana empezó a cobrar sentido y dejó de ser solo un engorroso sonido de fondo. Una vez más, había empezado a hablar de sus gatos, quizá se habría puesto nerviosa debido al silencio prolongado de James.

—Ríete un poco y dile que esos gatos son lo mejor, después despídete de una puta vez —susurré con cansancio.

—Lana —la interrumpió James con un tono algo cortante, hasta que tomó una respiración y forzó la voz más aterciopelada del Soltero de Oro—. Esos gatitos son lo mejor... oye, es tarde. ¿Qué tal si me lo cuentas mañana en la comida?

—Oh, ¡claro! Lo siento, no me había dado cuenta de la hora —ella se rio—. Buenas noches, James. Ah, y manda un saludo de mi parte a Leonard, por favor.

—Claro... buenas noches —se despidió.

Lana repitió el «buenas noches» y añadió un rápido y nervioso «nos vemos en el trabajo», antes de colgar. Cuando el pitido del fin de llamada resonó en la habitación, solté un gemido de liberación.

—¿En qué cojones estabas pensando, James? —le pregunté, negando con la cabeza sobre su hombro y mirando hacia el ventanal de la habitación, repleto de vaho y condensación.

—Fue uno de los mejores polvos de mi puta vida —declaró sin más—. Creo que me he corrido dos veces.

—¿En serio? —pregunté, muy, muy sorprendido de oír aquello.

—En serio... —respondió James, moviendo el rostro para darme un beso en la mejilla.

Alcé ambas cejas y parpadeé. A mí me hubiera parecido mucho mejor si hubiera terminado con la llamada cuando se lo había pedido y no hubiéramos tenido a Radio Lana retransmitiendo su día minuto a minuto mientras follábamos.

Tras lo que probablemente hubieran sido cuarenta minutos sin dejar de frotarnos, me separé al fin de James, sintiendo una punzada de dolor en las piernas tras pasar tanto tiempo a horcajadas. Me costó varios intentos levantarme, al igual que al señor Black, para dirigirnos hacia la ducha. El aceite era divertido y sensual, pero cuando terminabas empezaba a ser demasiado grasiento y el intenso olor a coco saturaba los sentidos. Aunque tuviéramos el cuerpo exhausto y unas enormes ganas de volver a la cama, tuvimos que dedicarle un poco de tiempo a quitarnos los restos de cuerpo antes de salir directos a la cama. El señor Black fue primero y yo le seguí con un gemido de derrota. Lo último que recordaba era notar sus brazos alrededor antes de dormirme.

El despertador sonó a lo lejos, un poco apagado y distante. Levanté la mano y busqué a tientas en la mesilla de noche, pero no encontré nada más que mis gafas y la lamparilla de noche. James se movió un poco sobre mí y dijo algo ininteligible, yo respondí otro murmullo sin sentido y le aparté un poco para poder levantarme. Busqué con los ojos entrecerrados el móvil en mis pantalones tirados en el suelo, pero no estaba allí. Me detuve a escuchar con más atención y seguí el agónico pitido hasta un punto en el edredón, donde se había quedado abandonado el móvil tras la llamada. Al fin detuve la puñetera alarma y solté un jadeo.

—James, es hora —le dije, esta vez formulando palabras con sentido. Me tiré sobre la cama y recorrí a gatas hacia el gran bulto bajo las mantas que era su cuerpo. Dejé caer el peso y le abracé por encima de edredón de plumas antes de darle un beso en los labios—. Hoy tenemos que ir a primera hora, dormilón.

El señor Black entreabrió los ojos y movió el brazo que tenía muerto sobre la frente para acariciarme la espalda.

—Estás muy suave... —murmuró.

—Es el aceite —respondí—. Tú también estás suave.

Se quedó en silencio, mirándome a los ojos, hasta que puso morritos y volví a besarle. Tras aquello, al fin se levantó. Nos duchamos, nos vestimos y salimos por la puerta de la suite para descender a la entrada del hotel, donde Lakov ya nos estaba esperando. El cielo seguía nublado y soplaba un viento fuerte que olía a humedad. Miré la predicción del tiempo de camino al gimnasio y puse una mueca de fastidio cuando vi que no habría un buen día soleado hasta, como mínimo, la semana siguiente.

—¿Qué ocurre, Leo? —me preguntó James, sentado como el rey del mundo mientras me miraba con una expresión calmada.

—No hará sol hasta la semana que viene.

—¿No se supone que eres irlandés?

Sonreí y solté una breve carcajada.

—Sí, pero no será divertido cuando este fin de semana tengamos que ir al zoo con paraguas.

Volver al gimnasio tras tres días no fue agradable; bueno, sinceramente, «ir» nunca era agradable. Una vez que estabas allí y empezabas, meh... se llevaba más o menos, pero ese trayecto de camino mentalizándose para sudar como un cerdo era como el puto purgatorio. Eso sí, al terminar siempre me sentía mucho mejor y totalmente despierto y activo para enfrentar el día. Pedí los cafés, leí la agenda del día al señor Black, recordándole que aquella tarde asistiríamos a los últimos dos desfiles de la *Fashion Week* y que cenaríamos en un elegante japonés para sacar fotos con Lana. A la cual nos encontramos nada más llegar a la oficina, sonriente y de pie tras el mostrador. James apartó la mano de la parte baja de mi espalda, puso su sonrisa de un millón de dólares y avanzó hacia ella para tener su pequeña charla matutina. Yo me dirigí hacia la siempre sonriente Ann y recogí los cafés y la bolsa de desayuno con un acostumbrado «muchas gracias».

—Si... si le gusta el café, señor O'Brien, hay un local precioso en la segunda avenida —me dijo ella antes de que me diera tiempo a girarme hacia el pasillo.

Alcé ambas cejas y me hice el sorprendido.

—No me digas —respondí.

—Sí, es muy íntimo y tranquilo y hacen un café delicioso —Ann sonrió un poco más y se puso un poco colorada.

—Lo buscaré, gracias —sonreí y le guiñé un ojo de forma divertida y casual antes de girarme con la bolsa del desayuno y los cafés en las manos.

—El deber me llama —dijo James cuando pasé cerca de él, haciendo una especie de saludo militar a forma de broma que produjo una alegre risotada en Lana.

Ella se puso firme e imitó el saludo a forma de despedida. Casi se podía ver el profundo amor en sus ojos del color del chocolate mientras miraba al señor Black alejarse hacia mí para encarar el pasillo. A la pobre se le iba a romper el corazón en mil pedazos cuando supiera la verdad.

Cuando alcanzamos el despacho, James se quitó la chaqueta del traje y la dobló antes de ponerla a un lado de la mesa y empezar a aflojarse la corbata.

—En el sofá, Leo —me ordenó, haciendo un gesto con la cabeza hacia mi sitio.

Recogí los envases que había sacado ya y los metí en la bolsa para llevarlos junto a los cafés a la mesa baja y repetir el proceso. El señor Black se sentó a mi lado, pegando su pierna con la mía y soltando un suspiro.

—Tenemos que buscar a un buen organizador de bodas —me dijo—. Aunque la celebración no sea grande, hay muchas cosas que necesitan atención y nosotros no tenemos el tiempo para hacerlo.

Asentí muy de acuerdo con aquello. Lo último que me faltaba era tener

que organizar yo la boda mientras me ocupaba de mis propias tareas y los horarios. El señor Black le dio un trago a su café y abrió el envase con su sándwich de pan de centeno, huevo revuelto, aguacate y canónigos.

—La temática será Azul y Gris, montaremos una carpa para el bufete a los pies del lago —continuó antes de darle un buen mordisco al sándwich y, sin pararse mucho a masticarlo, siguió hablando con la boca llena—. Entre mi familia y los amigos de mis padres, serán unos sesenta invitados. ¿Cuántos serán los tuyos?

—¿Sesenta? —pregunté, casi escupiéndolo el café—. Creía que habías dicho que sería una boda pequeña.

—Sesenta es poco, Leo —respondió él con una mirada seria—. En una situación normal, mi lista de invitados podría alcanzar los ciento cincuenta fácilmente.

Parpadeé repetidas veces y bajé la mirada a mi sándwich.

—Yo solo voy a invitar a mi familia cercana —reconocí.

—¿Cuántos? —quiso saber.

—No sé... —me paré a pensarlo—. Doce o así.

—¿Doce? —esta vez James fue el sorprendido—. ¿No vas a invitar a amigos? ¿Ni a Ryan?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza, aprovechando que tenía la boca llena para no tener que responder de inmediato.

—Quizá le invite, no estoy seguro.

—¿Y a la amiga que te dejó dormir en su casa? —añadió él.

—No somos tan amigos para invitarla a mi boda —respondí con tono serio, porque no me gustaba que sacara todo el rato a colación a mi «amiga».

—¿Qué clase de amiga es, entonces?

Miré a James a los ojos y me quedé en silencio, sin molestarme en tener que responder a eso.

—Te he hecho una pregunta, Leo —me dijo James con un tono que no me gustó demasiado.

—Es la clase de amiga a la que no le importa ayudar a alguien que lo necesita cuando se queda tirado en mitad de la noche —respondí con el mismo tono serio y peligroso que él había usado—. Esa clase de amiga.

Hubo un breve momento de tensión, pero no quise alargarlo demasiado. Aquello era una tontería y no íbamos a discutir por algo así.

—Tenemos una reunión con el señor Lee para repasar las fotos de ayer —le recordé—. Quizá ya tenga un plan para lo de Lana.

—Más le vale —murmuró el señor Black.

Cuando terminamos el desayuno, James todavía seguía un poco serio. Tuve que darle un par de mimos después de atarle la corbata y revisar su aspecto, añadiendo un beso lento y suave al final. Eso le calmó un poco y salió del despacho de mejor humor. Durante la reunión con Publicidad el señor Lee solo le dio buenas noticias, aunque Lana no hubiera aparecido en cuatro de los cinco días de la *Fashion Week*, las entrevistas y fotos que

nosotros dos nos habíamos sacado habían sido muy buenas. La mentira sobre que la joven no se encontraba bien fueron suficientes para apaliar los rumores de una separación o de «problemas en el paraíso», problemas por los que la prensa rosa estaban tan sedientos. Dicho todo aquello, el señor Lee les ordenó a sus súbditos que abandonaran la sala de reuniones y apagó el expositor antes de decir:

—He pensado en la manera de enfocar el nuevo rumbo de su vida pública, señor Black. Será complicado y, por mucho que nos esforcemos, terminará afectando a su imagen. A la gente no les va a gustar este giro de los acontecimientos. No hay cuentos de hadas en los que los príncipes azules abandonen a las princesas para casarse con el escudero real.

—Debería haberlos —opiné yo en voz alta, porque la idea me había hecho gracia.

El señor Lee, sin embargo, no lo encontró en absoluto divertido. Me dedicó una mirada seca que no podría haberme importado menos, y continuó:

—Siempre hemos tenido mucho cuidado de negar los rumores sobre su... orientación sexual para crear una marca más neutra, como acordamos usted y yo. Será complejo dar marcha atrás y afirmar una relación que ya hemos desmentido numerosas veces. Cara al público, usted y su ayudante son solo mejores amigos, jóvenes atractivos que se divierten y bromean... algo normal y que se vende bien. Ahora se encuentra en una relación con una mujer, Lana Gómez, que, para sorpresa de todos, ha fascinado al público general. La encuentran humilde, cercana, tímida y encantadora, una mujer con la que es fácil identificarse y que gusta mucho. —Se detuvo un momento y bajó la mirada a la gran mesa ovalada de la sala de reuniones—. La ruptura inmediata es imposible. Debemos tomarnos tiempo para planificar el distanciamiento sentimental con ella y el acercamiento a Leonard. Tiene que ser progresivo y tener sentido, debe ser justificable —otra pequeña pausa y entonces el gran final—. Calculo que algo así podría llevarnos... un año. Probablemente dos hasta que podamos hacer público su matrimonio.

Sus palabras quedaron flotando en el aire de la sala, silencioso y denso.

—Dos años... —repitió el señor Black con un tono que, sinceramente, dio algo de miedo.

Pasé la mirada del señor Lee a James, sentado a lo lejos en la cabeza de la mesa, con las manos entrelazadas y expresión muy seria. Me devolvió la mirada y pude distinguir el enfado y la frustración que se empezaba a acumular en el azul de sus ojos.

—Como ya le he dicho, es muy complicado, señor Black —insistió el señor Lee—. No puede dejar a Lana y casarse, eso sería desconsiderado y haría evidente que usted y Leonard ya mantenían una relación romántica mientras todavía estaba con ella.

El señor Black se levantó de la silla, haciendo chirriar el suelo, se dirigió a la salida y me hizo una rápida señal para que le siguiera. No dije nada, me

levanté y abandonamos la sala de reuniones, dejando de nuevo al señor Lee con la palabra en la boca. Al alcanzar el despacho, James puso las manos sobre la mesa y agachó la cabeza, inclinado en una postura que parecía derrotada. Me acerqué a él y le rodeé con los brazos.

—No pasa nada, James —murmuré, aunque aquella conversación tampoco me había hecho sentir demasiado bien—. Nosotros estaremos casados, si la gente lo sabe o no, no importa.

Pero el señor Black no me escuchó. Soltó un grito y arrastró las manos, tirando todo lo que encontró a su paso hacia el suelo en un estruendo de papeles y objetos. Me quedé en silencio, notando como su abdomen ascendía y descendía tras cada agitada respiración.

—Dos putos años... —fue todo lo que dijo.

Le apreté un poco más fuerte y apoyé la frente contra su cabeza.

—Son dos años hasta anunciar el matrimonio —murmuré con calma—. Lo de Lana acabará mucho antes, quizá dentro de un año o así.

El señor Black se quedó en silencio. No podía ver su rostro, pero estaba seguro de que sería una máscara de furia y frustración. Quise darle todo el tiempo que pude, pero al final tuve que separarme y acariciarle la espalda mientras le recordaba que nos esperaba otra reunión. Él se giró y al fin pude ver sus ojos húmedos y vidriosos en mitad de una expresión muy seria. Repasé su aspecto y le rodeé el rostro con las manos.

—Seguiremos como siempre, con nuestras escapadas y nuestros domingos especiales, no te preocupes —dije en voz baja—. Hasta ahora todo ha ido bien.

James me miró en silencio durante un momento y después puso morritos. Sonreí un poco y le di un buen beso con lengua. Al separarme, el señor Black parecía más tranquilo.

—Vas a tener que darme muchos masajes, Leo —me aseguré.

—Los que quieras —asentí antes de dirigirme a la puerta.

La reunión con el Departamento de Ventas fue larga y aburrida, pero nada comparado con lo que estaba por llegar: la comida. Había llamado a primera hora al restaurante para pedirles que añadieran un pedido más a la bolsa, la propia Lana llegó con ella en las manos y llamó a la puerta del despacho. James se estaba aflojando la corbata y clavó una rápida y asesina mirada a la madera negra de la entrada. Le hice una señal para pedirle que se calmara antes de ir a abrir.

—¿Qué tal, Lana? —la saludé con una sonrisa—. ¿Con hambre?

—Mucha, sí —sonrió más, con las mejillas coloradas y los ojos brillantes antes de que me hiciera a un lado para invitarla a cruzar al interior.

—Lana —la saludó el señor Black, sentado en su sillón de jefazo y con la sonrisa de un millón de dólares—. ¿Qué tal la mañana?

—Bastante trabajo, la verdad —respondió ella, quedándose en mitad del despacho con la bolsa en las manos y sin saber muy bien qué hacer o a dónde dirigirse. Así que bajó la mirada—. ¿Qué tal la vuestra?

—Bastante trabajo también —respondió él, añadiendo una risa ensayada y

fingidamente alegre.

Me acerqué a ella para coger la bolsa de sus manos y le indiqué que podía sentarse en el sofá frente a la mesa baja mientras yo preparaba todo. Ella asintió y fue hacia allí para sentarse como una niña pequeña con las manos en las rodillas y la mirada baja; el gran lazo negro con el que se había recogido el pelo tampoco ayudaba demasiado a hacerla parecer una mujer madura y profesional.

—¿Sabes si han pedido los cafés? —le pregunté de forma distraída mientras separaba los envases de comida para dejar un conjunto en la mesa del señor Black y llevar el resto al sofá.

—Ann ha ido a por ellos —me dijo de pronto, saltando un poco sobre el asiento y envarando la espalda.

Asentí con una suave sonrisa, esforzándome para no dedicarle una expresión extrañada. Nos gustaba tomar el café después de la comida, pero se había tomado mi pregunta como si fuera una cuestión de vida o muerte.

—Ha ido... a buscar el café a ese local que le gusta tanto —añadió ella, frotándose las manos en el regazo mientras me miraba de una forma extraña.

Entonces sí que fruncí el ceño mientras dejaba la bolsa en la mesa baja y comenzaba a repartir nuestros envases de plástico, los cubiertos, las servilletas y los botellines de agua.

—¿Se ha ido a la segunda avenida desde el Distrito Financiero para comprar unos cafés? —pregunté con incredulidad—. No le va a dar tiempo a comer.

—Sí... ella... —dijo Lana antes de agachar un poco la cabeza—. Quería darte una sorpresa.

—¿A mí? —me senté en el sofá, dejando un buen palmo y medio de distancia entre Lana y yo, y abrí mi envase de crema de verduras, caliente y agradable en un día nublado y de viento frío como aquel.

—Sí, ella... —Lana siguió murmurando por lo bajo, con la cabeza gacha y la mirada fija en sus dedos, las cuales no dejaba de frotarse y enredar de forma nerviosa—. Me pregunta mucho por ti...

Me metí una cucharada de crema y miré un momento a la joven, sin entender por qué se estaba poniendo así ni por qué su amiga había decidido perder media hora para ir a buscar dos cafés que podría haber pedido a dos minutos de aquí.

—Leo es gay —soltó entonces el señor Black.

Lana y yo nos giramos casi al mismo tiempo para mirarle. Tenía su sonrisa de un millón de dólares en los labios, pero sus ojos estaban serios y fríos.

—Dile a esa chica que no pregunte tanto y que no hacen falta sorpresas —continuó.

Entonces lo comprendí. Parpadeé mientras alzaba las cejas y se me escapaba un leve «oh...», después giré el rostro hacia una Lana que pare-

cía haber visto un fantasma.

—Vaya, qué corte —murmuré forzando una sonrisa—. Le daré las gracias a Ann y me disculparé por el malentendido.

Lana me miró, con sus ojos totalmente abiertos y su respiración contenida. Movié los labios, pero no pudo formular ninguna palabra comprensible. Incliné la cabeza y perdí la sonrisa.

—¿Hay algún problema? —pregunté, porque no tuve claro cómo tomarme aquella reacción suya a la noticia.

—No, no, no... —se apresuró a decir, levantando las manos tan deprisa que saltó un poco en su sitio, golpeando la mesa y moviéndola con un crujido. Mi envase de crema, el único abierto, se deslizó y derramó el contenido por el borde, manchando la ligera madera oscura—. ¡Lo siento! Lana quiso apresurarse a limpiarlo, pero la detuve con un gesto firme de la mano y lo hice yo mismo.

—No te preocupes —murmuré.

—No tengo ningún problema, de verdad. Solo estaba sorprendida, perdóneme, por favor, Leonard —comenzó a decir atropelladamente—. Ha sido muy grosero de mi parte. Lo siento —y entonces fue cuando empezó a sollozar y los ojos se le humedecieron.

Forcé otra sonrisa para ella y negué con la cabeza mientras repetía «no te preocupes». Me levanté con la servilleta empapada en crema y fui hacia la basura, aprovechando para mirar al señor Black, quien masticaba tranquilamente su arroz integral con pollo a la brasa. Su comentario había sido totalmente innecesario, solo una forma de cortar en seco las intenciones de esa muchacha de recepción de seguir flirteando.

A mí no me importaba que todos lo supieran, pero el señor Black lo había hecho sin pensar y movido por sus celos; solo esperaba que eso no trajera consecuencias.

PINGÜINOS EN CENTRAL PARK

Lana tuvo mucho más cuidado con su nuevo descubrimiento sobre mí de lo que yo me habría imaginado. No dijo absolutamente nada o, al menos, no percibí ningún cambio en la actitud de las recepcionistas o en sus acostumbradas miradas. Lo único que cambió fue la sonrisa de Ann al entregarme el desayuno y el café de la mañana. A la pobre tuve que darle una especie de educado rechazo y dejar de mostrarme tan abierto y relajado para que no se lo tomara de la forma equivocada. No era la primera vez que alguien interpretaba mi actitud sonriente y abierta de la forma errónea. Me solía pasar a menudo cuando trabaja en el pub; aunque, para ser sinceros, allí me hacía un poco el tonto para recibir más propinas y que me pidieran a mí las copas.

De todas formas, aquella terminó siendo una semana rara por varios motivos. No solo porque estuviéramos viviendo en el Ritz y durmiendo en la The Royal Suite, sino por el nuevo añadido de Lana a nuestras comidas y la actitud frustrada que eso producía en el señor Black. Seguía jugando su papel del Soltero de Oro, siendo el novio atento y sonriente que todos creían que era, hasta que la joven se iba por la puerta y volvía a ser el James molesto por no tener lo que quería cuando lo quería. Siempre que llegábamos al hotel tras un largo día de trabajo, me llevaba directo a la habitación y me follaba antes incluso de la cena, pagando su frustración un poco conmigo.

—James, ten cuidado, por favor —le pedí a mitad de semana, acompañándole a la ducha y sintiendo una punzada de dolor en el trasero a cada paso—. Últimamente estás haciéndolo muy rápido y muy duro.

—Estoy usando bastante aceite —respondió de camino al retrete.

—El aceite no es un remedio mágico —le dije mientras abría el agua caliente de la ducha, un espacio amplio al final del baño separado por una mampara de cristal granulado—. Necesito tiempo para dilatar.

James empezó a mear y giró el rostro hacia mí.

—¿Quieres *Popper*? —me preguntó—. Hay en casa. Podemos meternos un poco antes de follar.

Le dediqué una mirada seria de párpados caídos.

—No quiero drogarme, quiero que tengas más cuidado —le aclaré.

El señor Black terminó de mear, se sacudió un poco y caminó hacia mí. Me rodeó con los brazos y me dio un beso suave en los labios.

—Trataré de tener más cuidado —me prometió.

Asentí, aunque no era la primera vez que me decía aquello, y le rodeé el cuello antes de devolverle el pequeño beso.

—Aun así —añadió, apretando su cadera contra la mía—, deberías haberlo pensado mejor antes de comprometerte con un hombre con la polla tan grande. Ahora no puedes quejarte de que sea demasiado, Leo.

Puse los ojos en blanco y bajé las manos para darle un par de golpecitos en sus pectorales.

—El tamaño no es el problema, James —le aclaré—. Tu impaciencia es el problema.

El señor Black mantuvo la mirada fija un par de segundos antes de reconocer:

—Estoy... un poco frustrado con lo de Lana.

—Lo sé —afirmé, atrayéndole a mí para abrazarle—. Pero tienes que tomar un par de respiraciones y pensar que todo terminará solucionándose. ¿Vale?

James me apretó contra él y asintió con la cabeza, hundida en el hueco entre mi cuello y mi hombro. Perder nuestras comidas tranquilas y privadas en el despacho había afectado al señor Black, pero no tanto como la nueva actitud de Lana con respecto a la relación y lo que se suponía que debían hacer juntos. Yo ya tenía bastante claro que aquello no venía de ella, sino de una voz en las sombras que le aconsejaba, una voz llamada Gloria. La joven seguía siendo tan tímida y mojigata como siempre, pero a veces llegaba con una idea nueva, una actitud desafiante y una firme convicción de los «derechos» que tenía al ser su «novia»; como cuando el viernes propuso que, además de las comidas, quizá deberían desayunar juntos.

—No —fue la respuesta cortante de James, a quien la sonrisa del millón de dólares se le borró del rostro de un plumazo.

Lana se acongojó y bajó la mirada hacia la mesa, temiendo haberse sobrepasado y haber molestado a James. Yo me limpié la boca con una servilleta y le dije:

—James y yo vamos al gimnasio primero y llegamos a la oficina un poco más tarde. Ibas a pasar mucha hambre a primera hora si vienes desde Queens hasta aquí y esperas por nosotros para desayunar.

Ella comprendió, o quizá quiso comprender, que la negativa del señor Black había sido debido a lo que yo le decía, y no a que le horrorizaba la idea de tener que compartir también aquel momento con ella.

—Ah... claro —afirmó, sonrojada y con una débil sonrisa.

Le pregunté por sus animales favoritos, con motivo de recordarle aquella cita que tenían el fin de semana en el zoo y distraerla de ese tema tan peligroso. James estuvo silencioso y se limitó a escucharnos charlar hasta que ella se fue de vuelta a su puesto y declaró con voz enfadada:

—Como desayune también con nosotros, voy a ponerme muy... muy furioso, Leonard.

Cogí una bocanada de aire y la solté lentamente mientras le ataba la corbata. Yo tampoco estaba pasándolo bien con aquello y me sentía un poco atrapado y luchando en dos frentes a la vez. Por un lado, estaba Lana y sus nuevas exigencias y, por otro, James y su frustración al respecto.

—No va a desayunar con nosotros —le aseguré con tono calmado.

—Bien —murmuró él, más tranquilo ahora que sabía que yo me ocuparía de ello.

—Y ya he conseguido el disfraz que me pediste para la fiesta del Barón —

añadí, guiñándole un ojo de forma juguetona.

Eso le distrajo un poco, me miró en silencio y preguntó:

—¿Es bueno?

—Bastante —sonreí.

Habíamos recibido una invitación directa y especial del Barón Enmascarado para una de sus «deliciosas veladas». Cuando se lo había dicho a James, tuvo un momento de duda y se quedó callado, mirándome fijamente en el coche de camino a una reunión fuera de la oficina.

—Las fiestas del Barón no me importan —había reconocido yo, encogiéndome de hombros—. Nos disfrazamos, tomamos un par de copas gratis y charlamos. Se acerca gente, pero al menos nadie nos presiona para hacer nada, solo nos dan unas asquerosas tarjetas.

—A mí también me gusta ir contigo a las fiestas del Barón —había respondido él, visiblemente más relajado—, es divertido.

—La temática es «Heroico pero perverso». ¿Qué significa?

—Significa que habrá muchas mujeres disfrazadas de Súper Zorra y muchos gilipollas con capa y calzoncillos.

Yo me había reído mientras respondía a la invitación.

—¿Cuál de los dos irá disfrazado de Súper Zorra, entonces? —pregunté.

A James se le deslizó una leve sonrisa en los labios y dijo:

—Nosotros iremos bien disfrazados, como siempre, Leo.

Así que, al llegar la noche del viernes, volvimos a casa, a nuestra casa del ático; terminando con la estancia de cinco días en el Ritz. Lo primero que hice fue devolver la foto que me había llevado de las estanterías del salón y llevar las maletas al vestidor. Había que deshacerlas, pero ya haría eso en otro momento, quizá el domingo. James comprobó la bolsa con mi disfraz y asintió con la cabeza, dándose por satisfecho.

—Creo que me va a gustar mucho —me dijo.

—¿Tanto para incluirlo en nuestros domingos? —pregunté con una sonrisa de camino al baño para dejar el neceser con nuestros cepillos de dientes, el bote de mis lentillas y las múltiples ceras y peines que James usaba para peinarse cada mañana.

—Puede... —respondió él desde el vestidor—. Ya veremos mañana.

Después bajamos a la cocina a cenar y dejé el móvil en un punto medio entre ambos, para que pudiéramos ver los últimos mensajes y fotos que nos había enviado Martha Hightower, la organizadora de bodas y eventos de lujo que el señor Black había decidido contratar tras una exhaustiva búsqueda en los pequeños momentos de descanso que pudimos encontrar, como, por ejemplo, el desayuno. La oficina de la señora Hightower estaba en Seattle, así que deberíamos llevarlo todo a distancia. Era algo incómodo y había cientos de organizadores de bodas en Nueva York con los que hubiera sido más sencillo trabajar, pero ninguno de ellos tenía la espectacularidad y dramatismo de aquella mujer. La señora Hightower hacía bodas de cuentos de hadas, repletas de flores que colgaban del techo y las columnas, candelabros, luces suaves de colores y

una increíble y exquisita atención a los detalles. Ninguna de las dos partes había hablado todavía del precio de todo aquello, así que podías hacerte una idea de lo increíblemente caro que sería.

El señor Black se estaba tomando el tema de la boda muy en serio, siendo él quien llevaba la iniciativa a la hora de tratar con la señora Hightower; y ella parecía encantada, porque James sabía lo que quería y cómo lo quería. Nosotros no éramos una de esas parejas indecisas que no tenían claro lo que buscaban y necesitaban que ella les llevara de la mano y les tratara de convencer de qué era lo mejor. Yo me limitaba a mirar las imágenes, responder a las preguntas del señor Black con «sí», «no» y «la tipografía que uses para los carteles de las mesas no es tan importante, James».

Sinceramente, a mí me quedaba un poco grande todo aquello. Siempre había creído que el día que me casara sería en un juzgado y que la comida se haría en la parte de atrás de la casa de mis padres; como seguramente haría mi hermana Gael cuando decidiera poner una fecha para su boda.

Recogí los platos mientras James seguía hablando con la señora Hightower sobre el tamaño adecuado de la carpa que deberían montar y el número de mesas. Subimos a la habitación, nos desvestimos, nos lavamos los dientes y nos tumbamos en la cama. Me recosté sobre James, que me rodeó con el brazo mientras continuaba con la conversación. Media hora más tarde yo ya estaba casi dormido y el señor Black al fin dejó el móvil en su mesilla de noche.

—Leo —me agitó un poco para desvelarme y cuando entreabrí los ojos me dijo—: Martha opina que podríamos colocar estructuras de madera y colgar las flores y las lámparas en un espacio más abierto que dentro de una carpa. ¿Tú qué crees?

—Emh... —me tomé un momento para aclarar la mente y respondí—. Creo que va a haber muchos insectos a los pies de lago en verano.

James asintió y miró a la pared acristalada de la habitación.

—Pondremos la carpa, pero me ha gustado la idea, así que podríamos añadir una zona más abierta con sillones y mesas para tomar las copas. Mi padre querrá fumarse un puro con sus amigos y sería bueno separarlo del resto de los invitados, así no molestarán con el humo y no tendrán que hacerlo de pie.

—Es una gran idea —afirmé, recostando la cabeza de nuevo y acariciando su pecho sobre la camiseta de #TuAmo.

James apagó la lamparilla de la pared y se recostó mejor en la cama, rodeándome por entero para tirar suavemente de mí y colocarme más encima de él.

—Tenemos que ir a Bluebelt a darles la noticia —murmuró tras un breve silencio.

Abrí los ojos y tomé una buena respiración.

—¿Es necesario? —pregunté con tono serio.

—Sí, Leo. Es necesario.

—Hagámoslo cuanto antes, entonces —le pedí—. Vayamos un domingo y

volvamos corriendo.

—Tenemos que llamarles antes y comprar un buen regalo.

Volví a cerrar los ojos y alargué una mano para acariciarle el pelo a James.

—Nos encargaremos esta semana, no te preocupes.

Noté que el señor Black asentía con la cabeza y me daba un leve apretón contra él. Irónicamente, James se durmió antes que yo, que me quedé desvelado después de aquella horrible noticia. Volver a Bluebelt y enfrentarse a la enajenada familia Black era... algo que no necesitábamos en ese momento. No hacía falta ser un genio para saber que iba a ir mal, terriblemente mal, y James no estaba ahora mismo en su mejor estado para soportarlo, no con todo lo de Lana todavía por resolver.

Chisqué la lengua en mitad de la penumbra de la habitación y tomé otra buena bocanada de aire. A veces me hubiera gustado que las cosas, por una vez, fuera fáciles y tranquilas.

El sábado amaneció tan lluvioso y gris como el resto de la semana. Las gotas de lluvia eran finas y blanquecinas, agitadas por un viento tormentoso que las arrastraba hacia todas partes; sin embargo, no hacían apenas ruido al chocar contra los cristales del ático. Alargué la mano, deslizándome un poco por debajo de James para alcanzar el despertador y apagarlo. Cuando lo conseguí, volví a mi posición con un suspiro de queja y acaricié la ancha espalda del señor Black para despertarle junto con unos besos en la mejilla. Por su respiración, sabía que ya estaba despierto, pero no se movió hasta un minuto después, alzando la cabeza para que le pudiera dar nuestro beso de buenos días. Se quedó así, mirándome con ojos adormilados y se inclinó para besarme él a mí. Yo le besé de vuelta, y él lo hizo de nuevo y... bueno, terminó en sexo mañanero del que a James tanto le gustaba. Cuando salimos de casa, ya llegábamos con media hora de retraso al gimnasio, pero tampoco era algo que nos preocupara demasiado. No teníamos que ir a la oficina después, así que en lo único que afectó la tardanza era en que nos encontramos con un poco más de gente de la habitual en la sala de deporte y en los vestuarios.

Fue algo incómodo porque los aspirantes a modelos y actores ocupaban a veces demasiado espacio, fingiendo que hacían ejercicio mientras hablaban o buscaban atención; cuando no se les ocurría acercarse a James e interrumpir nuestro entrenamiento de una forma descarada. De eso último no les culpaba solo a ellos, sino también al señor Black que, como le había dicho, se exhibía demasiado e iba provocando, como si sus mallas apretadas y sus camisetas deportivas y ajustadas no llamaran ya suficiente la atención.

Había todo un abanico de personalidades y formas de ligar con las que la gente se acercaba. Los hombres solían ser más indirectos, probando un rollo más «colegas», aunque también los había más atrevidos y que incluso llegaban a tocar al señor Black y hacer algún comentario sobre su cuerpo musculoso. Las mujeres eran mucho menos sutiles, por extraño que pueda parecer, y es que ellos tenían que probar si James podría estar o

no interesado en hombres; pero ellas sabían que, supuestamente, el señor Black sí estaba interesado en mujeres, ya que tenía novia. Una novia que, por cierto, se había hecho muy famosa de la noche a la mañana. ¿No sería maravilloso que eso le pasara a una de esas chicas aspirantes a modelos, bailarinas, actrices y cantantes? Sí. Casi se podía leer sus intenciones en los ojos y en sus grandes sonrisas mientras utilizaban todas sus armas de seducción. No las culpaba, de tener que follarte a alguien para impulsar tu carrera, ¿quién mejor que un hombre como el señor Black?

Aunque, por supuesto, todos ellos recibían el mismo muro de indiferencia de James y una buena dosis de mi sonrisa educada y mis comentarios secos y fríos. Cuando eso no era suficiente para alejarles, tenía que terminar con las sutilezas, tocar al señor Black o acercarme mucho y dejar bien claro que el único que se iba a comer a James era yo.

Llegar a ese punto siempre me hacía sentir algo incómodo, no solo por el hecho de que mostrarme celoso y territorial era algo que no me gustaba, sino porque el señor Black y la Pareja del Siglo ya eran famosos y me daba miedo iniciar de nuevo rumores que complicaran más nuestras vidas. No era la primera vez que nos grababan en aquel gimnasio, vestidos o desnudos.

James, sin embargo, estaba absolutamente encantado, por supuesto. Juraría que su parte favorita de los sábados era ir a aquel gimnasio, exhibirse y esperar a que yo me pusiera territorial y alejara a todos de él, como él hacía conmigo.

—Te encanta que vengan a ligar contigo y esperar a que los eche —le dije en los vestuarios, dejando la ropa interior sudada a un lado para coger el champú y la toalla.

Estaba agotado por el entrenamiento, pero también porque aquel día había estado especialmente lleno de mujeres atraídas por la fama que James podría brindarles y sin ningún tipo de escrúpulos ni respeto por su relación con Lana.

—Ni te imaginas lo mucho que me gusta ver ese lado posesivo de ti, Leo —reconoció él sin ningún pudor mientras caminábamos a las duchas. Me rodeó los hombros con el brazo sudado y acercó el rostro para decirme en voz más baja —: Me gusta que mi hombre sepa proteger lo que es suyo.

Entreabrí los labios para decir algo, pero preferí no hacerlo. James tenía una forma retorcida y un tanto oscura de entender la pertenencia mutua y la relación de pareja; y yo sabía que eso nunca iba a cambiar. Pero, de los muchos problemas del señor Black, ese era de los que menos me preocupaban.

Cuando terminamos de vestirnos, volvimos al coche y pedí dos cafés en la cafetería de al lado de casa para acompañar el desayuno. Revisé los últimos mensajes y correos, tomándome un momento para responder el «¡Buenos días!» que ahora Lana mandaba cada mañana. Ese sábado había decidido añadir una *selfie* de ella con una taza de café y sus dos gatos. Giré el móvil para verlo mejor y fruncí el ceño.

—¿Cuál se supone que es Darcy y cual Lizzy? —le pregunté al señor Black frente a mí, alargando el brazo para mostrarle la foto.

Él la miró un par de segundos antes de coger el teléfono y acércalo para mirar mejor.

—¿Tiene estas bragas de abuela y me preguntas por los putos gatos? —preguntó, ampliando una parte de la imagen antes de enseñármela.

Lana estaba en lo que, parecía, su cocina, y había levantado la mano para que los dos gatos entraran en la imagen. Uno pardo de ojos azules y otro común a rayas atigradas negras y grises. Daba la casualidad de que, al fondo de la escena, se pudiera ver el tendero de ropa repleto de lo que parecía una colada de prendas íntimas nada favorecedoras. Se me saltó la risa y negué con la cabeza.

—No todas las mujeres van con bragas de encaje por la vida, James —le aseguré—. Seguro que Lana no se ha dado cuenta de que se veían. Pobre.

—Bien que se ha dado cuenta de nuestros anillos de compromiso —murmuró con cierto desprecio, devolviéndome el móvil.

Alcé amabas cejas y bajé la mirada al teléfono.

—¿Hablas de nuestros anillos de la amistad? —pregunté con cierta sorna. James me dedicó una mirada fija y seria. Había odiado que los llamara así, pero a mí no se me había ocurrido otra cosa cuando Lana había insistido en el tema; y no era la única de la oficina que se había dado cuenta y se había puesto a hacer preguntas. Siendo realistas, James y yo llevábamos alianzas idénticas en el dedo anular... era bastante sospechoso. Si se habían creído la mentira de los «anillos de mejores amigos» era simplemente porque la otra opción significaba que James y yo estábamos comprometidos, y esa idea era absurda. ¿Verdad?

«¡Buenos días! Veo que esta mañana estás muy bien acompañada. Jajaja. ¿Preparada para el zoo?». Le respondí a Lana, cerrando la conversación y metiendo el móvil en el bolsillo antes de salir por la puerta del coche. La bolsa del desayuno ya estaba encima de la isla de la cocina y el señor Black se sentó y se remangó la camisa mientras yo repartía los envases. Me senté frente a él y puse el móvil en la mesa para mirar el otro mensaje privado que tenía. «Al final me he comprado el robot aspirador. El otro día casi lo piso y lo rompo, pero es una maravilla (Risa). Y no, no me creía que existiera el Día Mundial de la Leche. Es totalmente absurdo. La ONU debería centrarse en los problemas de verdad y no perder el tiempo creando estas tonterías. PD: Hay algo que quería preguntarte. En dos semanas se celebra la cena benéfica del Weister's Hospital. Invitamos a un montón de personas con dinero y les hacemos pagar un plato muy caro para poder curar a gente que lo necesita. (Risa). No sé si estás ocupado, pero quizá querrías venir».

«¿Has comprado el robot aspirador? (Risa) Ahora tienes que ponerle un nombre, Edward. Así podrás llegar a casa y saludarlo como se merece. Sí, existe ese día y sí, la ONU es de risa. PD: ¡Por supuesto que iremos! Hablaré con el señor Black, seguro que estará encantado de poder aportar

su granito de arena a la beneficencia. Además, puede que lleve a Lana y tengas el increíble y maravilloso placer de conocer a la mujer con más sangre en las mejillas que en el cerebro (Risa). Es broma, seguro que te cae bien y así seremos tres personas más pagando los carísimos platos que salvan vidas». No tardé en responder. Edward se había portado como un auténtico amigo de confianza, se había preocupado de preguntarme si todo había ido bien y de volver a ofrecerme su casa si lo necesitaba. Había sido muy generoso y yo sentía que le debía un favor muy grande por haberme ayudado.

—El Weister's Hospital va a hacer una cena benéfica para recaudar dinero —dije en voz alta tras mandar el mensaje.

—No —respondió James, terminándose ya su tostada de pan integral con queso y salmón ahumado.

—Es por una buena causa —insistí.

El señor Black me miró por el borde superior de los ojos mientras masticaba con expresión seria.

—He dicho que no —sentenció.

Asentí y dejé el tema a un lado, consciente de hasta donde se podía presionar a James antes de que se terminara enfadando. Mandé un correo al Departamento de Publicidad con la noticia de la invitación y escurrí el bulto para que fuera el señor Lee quien se comiera la mierda esta vez. Antes de que terminara de desayunar, apareció el chico del café con nuestro pedido. Nos encontró sentados a la mesa y se quedó paralizado, pidió perdón de forma nerviosa y fui a pagarle, dándole su buena propina. Con los cafés en la mano, subimos al despacho y trabajamos hasta la comida, y un poco después hasta la hora en la que tuvimos que prepararnos para nuestra emocionante visita al zoo. James decidió ponerse pantalones vaqueros oscuros, un jersey apretado de cuello alto y color canela y gafas de sol marrones, para mí eligió vaqueros claros, camisa blanca y un fino jersey gris, a juego con el gorro de lana. Nos miró en el espejo y asintió antes de darme un beso en la mejilla. Al llegar al coche me senté directamente en su regazo, sabiendo que, tarde o temprano, me lo pediría.

—Después de decírselo a mis padres y a los tuyos, podremos enviar las invitaciones de la boda —me dijo de forma distraída mientras me acariciaba la pierna—. Cinco meses es un tiempo adecuado para que puedan hacer un hueco en sus agendas.

—Cinco meses es tiempo de sobra.

James se encogió de hombros.

—Los amigos de mi padre son gente muy importante, políticos, empresarios... tienen agendas muy apretadas.

Moví la mano que tenía en el respaldo a su espalda y le acaricié el pelo, teniendo cuidado de no despeinarle demasiado.

—¿Tú quieres invitar a alguien? —le pregunté, porque de los únicos invitados que había hablado por el momento eran los amigos de su padre.

El señor Black me miró en silencio y tras unos segundos respondió:

—Puede que Johanna, aunque dudo que ella quiera venir. Y a Liam.

—Liam... Müller —dije lentamente—. ¿El Tigre Blanco?

James asintió y una sonrisa cruel se extendió por sus labios.

—Quiero ver su puta cara de envidia y rabia cuando me vea casarme.

Entreabrí los labios, pero solo pude parpadear sin decir nada. Seguía sin comprender la clase de relación que mantenían Liam y James, esa rivalidad tan prolongada e intensa que, quizá, en algún momento se había convertido en una extraña y perturbadora amistad.

—James... —murmuré entonces, porque una idea asaltó mi mente y no pude reprimirme a preguntar—: No habrá invitados con sus sumisos y cosas raras en nuestra boda, ¿verdad?

El señor Black perdió la sonrisa y puso una expresión muy seria.

—Por supuesto que no, Leonard.

Miré sus ojos en silencio un par de segundos y después asentí. James no se había tomado bien aquello, así que traté de suavizarlo con un par de besos lentos y húmedos. Yo estaba seguro de que la boda era demasiado importante para él como para llenarla de... sumisos, droga y todas esas maravillas de las fiestas de sus amigos; pero, aun así, sus únicos dos invitados eran una mujer dueña de una tienda BDSM y un magnate suizo perturbado y obsesionado por los jóvenes arios. Era normal que yo me hubiera preocupado un poco.

Cuando llegamos al portal de Lana, la joven ya nos estaba esperando bajo un paraguas amarillo chillón, con un chubasquero del mismo color y botas de agua de un rosa neón. El señor Black se quedó mirándola a través del cristal ahumado y puso una mueca mezcla de asco y desprecio.

—¿Cómo puede ser que la quieran tanto? —preguntó en voz baja—. Es ridícula...

—A la gente le gustan las personas en las que se pueden ver reflejadas, James —respondí, bajando de su regazo para caminar hacia mi sitio—. No quieren ver a una súper modelo con dinero y fama que consigue al Soltero de Oro porque siempre lo ha tenido todo en la vida —me acerqué a la puerta y señalé con la cabeza a la joven, sin apartar la mirada de los ojos de James—. Quieren ver a Lana, una chica humilde de Queens a la que le da vergüenza que le saquen fotos.

El señor Black me miraba con expresión serena, pero con un leve fruncimiento de cejas, como si no pudiera entender lo que le estaba diciendo. Me encogí de hombros y abrí la puerta del coche con una leve sonrisa en los labios.

—Hola, Lana, ¿llevas mucho esperando? —le pregunté, ofreciéndole una mano para que se sujetara y no se resbalara o alguna de esas cosas que solo podía hacer ella con zapato plano.

—No, no mucho —sonrió, cerrando el paraguas antes de aceptar mi mano y entrar en el coche.

La seguí al interior y me crucé de piernas, contemplando al Soltero de Oro

frente a nosotros.

—Hace un poco de frío hoy, ¿verdad? —le dijo con su preciosa sonrisa ensayada mientras se frotaba un poco las manos fingiendo que tenía frío, aunque el coche tuviera la calefacción puesta.

—Sí, un poquito —respondió ella, empezando a jugar con sus dedos en el regazo.

—Espero que los animales no se escondan en sus casitas y podamos verlos —continuó el señor Black.

Lana se rio en voz baja.

—Quizá estén tomando un chocolate caliente y mirando la tele —dijo.

James se rio en alto, llenando el coche de su risa falsa y ensayada. Bajé la mirada al móvil e hice todo lo posible por ocultar el asco que aquella conversación me estaba dando. Abrí la pestaña con el correo y leí la respuesta del Departamento de Publicidad sobre la gala benéfica del Weister's; les preocupaba el poco impacto mediático que tenía la gala y decían que había otros eventos benéficos más «adecuados» en el futuro a los que asistir. Apreté los dientes y me contuve para no perder los papeles. Habíamos ido a docenas, ¡docenas! de estúpidas cenas tan poco «mediáticas» como la del Weister's. Y ahora que a mí me interesaba ir, resultaba que no era lo suficiente buena...

Tomé una buena bocanada de aire y miré por la ventanilla del coche. A veces creía que al universo le gustaba darme por el culo y reírse en mi cara.

—¿Eh, Leo? —me preguntó el señor Black.

Giré el rostro hacia él y vi su expresión expectante y un poco sonriente.

—¿Qué? —dije, agitando la cabeza para despejarme—. Lo siento, no estaba escuchando.

—¿Ha pasado algo? —quiso saber, tratando de mantener el tono aterciopelado de su voz.

—No, nada importante —mentí—. Un problema con los horarios —entonces forcé una sonrisa y miré hacia Lana—. ¿De qué estabais hablando?

—De si habría pingüinos en el zoo —respondió ella—. James cree que sí, pero yo no lo creo —y se rio un poco.

Al señor Black le tembló la sonrisa cuando ella pronunció su nombre de pila. Era algo que Lana había empezado a hacer y que llevaba muy al límite la paciencia de James.

—Pues... —miré de nuevo al móvil y pasé la pestaña del correo y las otras diez que tenía abiertas hasta topar el mapa del zoo—. Sí, hay pingüinos, focas y aves marinas —confirmé.

—¿Qué? —se sorprendió ella—. ¿Pingüinos y focas en Central Park? ¿Y no pasan calor en verano?

Tuve que tomarme unos segundos para decidir si lo estaba diciendo en serio.

—Están en un local climatizado —respondí—, como los animales tropica-

les. No podrían sobrevivir en este clima.

—¡Ah! —exclamó ella, llevándose una mano a los labios al darse cuenta. Se sonrojó y echó una rápida mirada al señor Black antes de volver a mí—. ¡Qué tonta soy!

Sonreí y negué para quitarle importancia a ese detalle.

—¿Quieres ver el mapa? —le pregunté, ofreciéndole el móvil—. Así podremos ir a ver los animales que más te gusten.

Ella asintió, cogiendo el móvil de mis manos con cuidado, como si se tratara de un cristal fino y frágil que pudiera romperse en cualquier momento. Aproveché que estaba distraída para mirar a James, que me miraba de vuelta con una mueca seria de ojos levemente abiertos. Le hice una sutil señal con la mano para que se calmara y él movió los labios sin hacer ningún sonido. «Es gilipollas», dijo. Puse una mueca de reproche y ladeé la cabeza.

—¿Podemos ir a ver a los pandas rojos? —nos preguntó Lana, levantando la cabeza con una amplia sonrisa en los labios llenos.

—¡Todo lo que quieras! —exclamó el señor Black, alzando las manos.

Cuando llegamos a Central Park media hora después, salí a prisas del coche, cogiendo una buena bocanada del aire fresco y húmedo del exterior. Me había empezado a ahogar un poco allí encerrado con Lana y el señor Black. El taxi que teníamos detrás pito varias veces, quejándose de que nos hubiéramos detenido en mitad de la quinta avenida. Levanté una mano para decirle que esperara un momento mientras la Pareja del Siglo salía del coche, pero él siguió pitando, giró para pasar por nuestro lado y gritarme un par de insultos en un idioma que no reconocí.

Le hice una peineta y le dediqué una mirada de desprecio. Después abrí el paraguas y fui hacia la acera donde ellos ya me estaban esperando. Bajamos unas escaleras y nos sumergimos en el parque, donde, aun con la fina lluvia y el viento, había personas corriendo y paseando al perro por el camino empedrado; al final del cual estaba la famosa entrada del zoo de Central Park. Con sus cañones de arcos de medio punto en ladrillo rojo, sus figuras metálicas de animales y el reloj bajo la campana. O, eso creía yo, antes de pasar por un poste con carteles que marcaba la entrada principal al zoo en mitad del camino que acabábamos de pasar.

—Creí que esta era la entrada —reconocí, indicándoles que volviéramos.

—¿Nunca has venido al zoo, Leo? —me preguntó el señor Black.

—No, nunca —respondí—. ¿Tú sí, James?

—No —murmuró—. Será mi primera vez también.

—Y la mía —añadió Lana con una sonrisa—. Nunca he venido a este zoo. Ni tampoco a la estatua de la libertad —y se rio un poco sonrojada.

—La primera vez de todos, entonces —le sonreí de vuelta.

Cuando llegamos a la entrada, la de verdad, les pedí que esperaran un momento mientras iba a por los tickets, pero el señor Black se negó y me acompañaron a las taquillas.

—Vais a tener el zoo casi para vosotros —me dijo la mujer de piel morena

con una sonrisa, cogiendo el dinero y dándome de vuelta las entradas.

— Mejor, así no tendré que apartar a los niños a patadas — respondí.

Ella se rio de una forma un poco escandalosa y asintió varias veces, agitando su pelo trenzado y me dio un mapa impreso con algunos datos interesantes sobre el zoo. Como la cafetería estaba justo frente a las taquillas, no pude resistirme a conseguir un café muy grande que endulcé con un poco de sirope de caramelo. James se pidió uno solo y Lana me pidió «*A latte et un muffin, s'il vous plaît*» con una sonrisa tímida, haciendo referencia a nuestro viaje a Francia.

— *Bien sûr* — respondí, haciendo el pedido por ella.

Con nuestra carga de caféina en una mano y el paraguas en la otra, salimos hacia el zoo. Les saqué la primera foto en la entrada, donde se pudiera ver bien el nombre, y después algunas más adelante. El lugar no era grande, pero era bonito y, como había dicho la mujer de la taquilla, estaba casi vacío.

Dejé que James y Lana tomaran la delantera y me separé un par de pasos de ellos, como hacía cuando tenían sus paseos románticos. El señor Black giraba el rostro de vez en cuando para comprobar que yo seguía allí, mientras sonreía y hablaba con la joven. Cuando entramos en la sala tropical, cálida y más oscura, comenzó a llamar mi atención. «Leo, mira esto», «Leo, ¿has leído este cartel? ¡Es muy interesante!», «Leo, saquémonos una foto los tres», «Leo, juega con nosotros a descubrir donde se esconden los animales», decía, tratando de incluirme de todas las formas posibles en su conversación y que no me distanciara demasiado. Las citas con Lana nunca le habían gustado, pero al menos antes las llevaba con más o menos paciencia; ahora que había cambiado de idea y ya no era decisión suya seguir con aquello, no se molestaba en ocultar lo muchísimo que le enfadaba tener que hacer algo que no quería hacer. Yo me acercaba y participaba en aquella pantomima solo para ayudar a James a llevarlo un poco mejor. Él ponía discretamente su mano en mi espalda y apretaba el puño, tirando de mi cazadora para que pudiera sentir lo frustrado y molesto que estaba. No era el único de los dos que se sentía así, pero era el único que podía permitirse mostrarlo de una forma tan evidente; porque si yo me dejaba llevar por aquello, si yo dejaba de ser la parte racional de la pareja, solo habría locura y malas decisiones. Así que me llevé una mano a la espalda, cogí la suya y le di un leve apretón, terminando por acariciarle con el dedo gordo para que se calmara.

Por desgracia, tuvimos que separarnos al pasar de la zona tropical climatizada al exterior, siguiendo el camino hacia la jaula de los pandas rojos. Pedí que posaran una vez más, tratando de que se vieran algunos de los pandas en el fondo. James cerró entonces su paraguas y se giró hacia mí.

— Leo, mi paraguas no funciona bien — mintió —, compartamos el tuyo.

Parpadeé y alcé las cejas, un poco sorprendido de aquella excusa tan mala

para tenerme cerca.

—Oh, puedes usar el mío —se ofreció Lana, levantando el brazo para tratar de cubrir al señor Black con su paraguas amarillo.

—No, sería muy incómodo —sonrió él, haciéndome una señal para que no dejara de acercarme—. Leo y yo somos casi de la misma altura.

Lana terminó asintiendo y bajando la mirada al suelo, pero en su rostro pudo verse a la perfección lo decepcionada y triste que se había sentido al recibir aquella negativa. Sinceramente, no pude evitar sentir una punzada de pena por ella.

Quizá solo quisiera tener un momento romántico bajo la lluvia con «su novio», compartiendo el paraguas y rozándose de forma inocente; no era su culpa que, el hombre al que amaba, fuera mi prometido, y que fuera a mí al único que él quisiera rozar y acariciar discretamente bajo la cazadora.

—No me dijiste que nunca habías venido al zoo, Leo —me susurró al oído frente a la jaula de los pandas rojos—. Podríamos haber venido solos.

Me encogí de hombros y me incliné hacia él sin dejar de mirar hacia los animales escondidos entre los árboles como manchas rojizas y peludas.

—No me gusta tanto el zoo, me parece un poco cruel —respondí.

—A mí me gusta —susurró él y, tras un breve silencio añadió en voz más baja—: Me gustan los animales.

Le miré y puse una leve sonrisa, le golpeé suavemente el hombro y le dije:

—Entonces iremos al del Bronx, es muchísimo mejor que este.

James giró el rostro y se quedó mirándome en silencio un par de segundos antes de asentir y, tras otro par de segundos, puso morritos para que le besara. Tuve que echar una rápida mirada hacia Lana, inclinando la cabeza para comprobar que no nos estuviera viendo, y entonces le di un beso fugaz y breve en los labios. James sonrió un poco, como él hacía, y yo hice lo mismo, porque el señor Black era el hombre más guapo del mundo. Quise volver a besarlo, pero tuve que apretar mi puño alrededor del paraguas y conformarme con susurrarle: «Te quiero». Él me acarició un poco más fuerte bajo la cazadora y asintió lentamente mientras sus labios se movían diciendo algo que no pude descifrar.

Seguimos andando muy pegados, hablando tranquilamente junto a una Lana demasiado confusa y entristecida; la cual, juraría, se había puesto a llorar en silencio por ninguna razón aparente mientras mirábamos el foso de los osos pardos. Yo había intentado incluirla en algunas bromas, pero ella se había limitado a darme respuestas cortas con un tono bajo y a quedarse callada.

—Tú tienes casi tanto pelo como esos osos, Leo —me dijo el señor Black, quien sí hablaba tranquilamente conmigo, ignorando por completo los suaves sollozos de la joven.

—Yo no tengo tanto pelo —negué—. Perdí un poco hace bastantes meses —sonreí antes de guiñarle un ojo de forma juguetona, porque, por mucha pena que me diera Lana, al final del día el que iba a volver conmigo a casa

era James, mi futuro marido; y no iba a arruinar el buen humor del señor Black tratando de consolarla a ella.

—Es verdad —respondió James, bajando la voz a un tono más grave—. Y yo lo gané...

Ladeé la cabeza y fruncí el ceño, fingiendo que pensaba en algo.

—Podrías haber ganado un poco más... —le sugerí.

—No —se negó en rotundo, como sabía que haría—. Es suficiente así. —Me reí y dejamos el tema a un lado, hasta que caminábamos por la sala de los pájaros y James se inclinó para preguntarme de forma distraída—: ¿Dónde te gustaría que tuviera más pelo, Leo?

Aparté la mirada del escaparate y miré al señor Black por el borde de los ojos, dándole un apretón a nuestras manos unidas, escondida entre nuestros cuerpos lejos de la mirada de una Lana silenciosa y un tanto depresiva.

—Era broma, James —susurré—. Sé que no te gusta el vello corporal.

—Me gusta el tuyo —respondió—. Me gusta mucho.

Entreabrí los labios, pero una pregunta surgió en mi mente.

—¿Te dejarías de depilar si yo te lo pidiera?

El señor Black sostuvo mi mirada un par de segundos antes de responder:

—Solo si tú me lo pides.

Sonreí como un tonto y eché un rápido vistazo a Lana antes de acercarme para darle un beso a James. Ya había quedado bastante claro que los únicos que estábamos teniendo una cita romántica éramos nosotros, y que ella era la acompañante. Nos dábamos la mano a escondidas a la menos oportunidad, nos rozábamos constantemente bajo el paraguas, hablábamos y sonreíamos mientras Lana se limitaba a seguir cabizbaja y a llorar en silencio. Era un poco escandaloso, la verdad, por eso hice un último intento por calmar la situación cuando entramos en la sala de las aves marinas.

—Veamos a esos famosos pingüinos —dije en voz alta, mirando a un señor Black que me miraba de vuelta con expresión calmada.

—Claro —murmuró, dándome un leve apretón en la mano.

—¿Qué dices, Lana? —le pregunté directamente.

Ella se giró, un poco sorprendida al oír su nombre.

—Sí, claro... —farfulló en apenas un hilo de voz.

El señor Black puso su sonrisa de un millón de dólares y le hizo una señal educada para que fuera ella primero, pero solo era una excusa para poder seguir dándonos la mano y tocándonos a sus espaldas. La joven fue incapaz de mirarle a los ojos, ahogó un sollozo y siguió el pasillo repleto de escaparates con aves que apenas nos detuvimos a ver, hasta alcanzar la piscina climatizada con playa de piedra falsa donde vivían los pingüinos.

—Vaya, son más grandes de lo que me imaginaba —reconocí.

—Están bastante gordos —murmuró el señor Black.

—Es el plumaje, James —le miré con una media sonrisa—. Lo necesitan para sobrevivir en climas fríos.

Él soltó un murmullo, como si acabara de caer en eso, mirando a los pingüinos balanceándose de un lado a otro mientras andaban sobre la piedra o se tiraban al agua de cabeza.

—No sé, tú eres el experto en cosas gordas, Leo —murmuró entonces, llevándome sutilmente la mano hacia su entrepierna.

Se me saltó la risa, demasiado ruidosa en una sala cerrada. Sin embargo, otro ruido interrumpió mi carcajada, cuando a Lana se le escapó un grito, se tapó la boca y, sin más, salió corriendo y llorando hacia la salida. Nos quedamos mirándola, al igual que los pocos visitantes que había a nuestro alrededor, hasta que desapareció tras la puerta, tropezando y casi cayéndose contra un cubo de basura. Miré a James, quien simplemente volvió a girar el rostro hacia la piscina de los pingüinos y me dijo:

—¿Cuánto crees que pesará cada uno?

—Iré... iré a hablar con ella —respondí, comenzando a separarme del señor Black.

—¡No! —me detuvo, tirando de mi mano y dedicándome una mirada seria y cortante—. Lleva llorando como una puta cría todo el tiempo y jodiéndonos la visita, ya has intentado hablar con ella y no ha querido. Nosotros no le hemos hecho nada para que se ponga así y, si se quiere ir, que se vaya y no vuelva —sentenció.

Miré sus ojos del azul del mar, repletos de una fría indiferencia hacia Lana y todo lo que ella pudiera sentir. Apreté las comisuras de los labios en una leve mueca de incomodidad y preocupación, pero no dije nada al respecto. Ninguno de los dos volvió a hablar, sumergidos en un tenso silencio hasta que abandonamos la sala climatizada y volvimos al exterior.

—Vámonos de aquí —ordenó el señor Black con tono seco.

Asentí y abrí el paraguas para cubrírnos de la fina lluvia.

—¿Quieres que llame a Lakov o volvemos andando a casa? —pregunté.

—Vamos a ir a cenar algo americano, como dijimos que haríamos, Leo —respondió sin mirarme.

Así que regresamos de vuelta a la quinta avenida, dejando el Zoo y a Lana atrás. Comprobé la dirección del local en Google Maps para decidir cuál sería la mejor ruta y cruzamos la carretera antes de adentrarnos en una de las largas calles del Upper East Side hacia la tercera avenida. Aproveché que tenía el móvil en la mano para enviar un rápido «¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?» a Lana.

—¿Qué plato típico americano te vas a pedir? ¿Hamburguesa?, ¿perrito caliente?

Miré a James, que siguió con la vista al frente un par de segundos más antes de ladear el rostro y devolverme la mirada. No estaba enfadado conmigo, o eso esperaba, al menos.

—Deberías dejar de reírte de Norteamérica, Leo —me advirtió, pero su voz no era tan dura como antes—. Cuando nos casemos, tú también serás americano.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—No. Cuando nos casemos, conseguiré la nacionalidad estadounidense, pero seguiré siendo de origen europeo —le expliqué—. Son cosas diferentes.

—Norteamérica es mucho mejor que Europa —murmuró, como si fuera algo evidente.

—¿Eso crees?

James levantó la cabeza con evidente orgullo patriótico.

—Por supuesto.

Nos detuvimos en el primer paso de cebra y respondí a su mirada con calma.

—¿Y todo lo que hay en América es mejor que en Europa? —pregunté.

—Evidentemente.

Solté un murmullo y asentí mientras el semáforo de peatones se puso en verde y comenzamos a caminar de nuevo.

—Y... si en Norteamérica todo es mejor... ¿Por qué tu futuro marido es irlandés? —dije entonces con una media sonrisa un poco cruel.

James se quedó en silencio y miró al frente. Creí que se iba a enfurruñar un poco, quizá a ponerse serio y tratar de discutirme aquello; sin embargo, puso la mano en la parte baja de mi espalda y se inclinó para decirme:

—Porque, al parecer, tengo una horrible debilidad por los pasivos dominantes, pelirrojos, inteligentes, divertidos, con sonrisa de cabrón y pelo en el pecho. Por eso.

Me reí, sintiendo un agradable calor en la parte superior del abdomen.

—Creía que los odiabas —bromeé.

—Antes los odiaba —afirmó James, mirándome por el borde de los ojos—, pero ahora los amo.

Me quedé un poco sin aire, un poco sin pensamientos, un poco sin sentido, hasta que me mordí el labio inferior con fuerza para reprimir la mayor sonrisa de estúpido que hubiera puesto en mi vida. Cogí una bocanada del aire húmedo de la ciudad y lo solté.

A veces tan solo hacían falta un par de palabras para hacer a alguien increíblemente feliz.

HEROICO PERO PERVERSO

Costillas en salsa picante, patatas, aros de cebolla y pollo frito era, al parecer, el plato clásico americano que íbamos a cenar esa noche. Ahora entendía por qué todos se sentían ofendidos cuando hablaba del McDonal's, aquella era alta cocina estadounidense, sin ninguna duda. Nada que ver con la comida rápida... no, no, no.

Esa era la clase de comentarios que me resistí a hacer delante de James cuando llegamos al American's Café & Grill e hicimos el pedido. Habíamos conseguido recuperar el buen humor tras el incidente de Lana y no quería fastidiarlo poniendo a prueba el orgullo patriótico del señor Black. Me limité a seguir charlando, bromear y degustar la comida que, para mi sorpresa, era menos prefabricada de lo que esperaba. Todo tenía un toque casero y un sabor más auténtico: la salsa picante no era de bote, los aros de cebolla parecían hechos a mano, la mezcla del empanado sabía a especias y la carne era de buena calidad.

—Pica un poco, pero está bueno —terminé reconociendo.

James puso una sonrisa prepotente y siguió devorando sus costillas, empapándose los dedos y los morros en salsa barbacoa. No era lo más elegante del mundo, pero al menos no había nadie alrededor para verle hacerlo. El local interior estaba climatizado y lleno de gente, pero el patio trasero de mesas de madera estaba vacío. La fina lluvia y el viento había espantado a todos los demás, menos a nosotros, sentados tranquilamente en una esquina, de espaldas a la pared y con las piernas sobre los alargados bancos. La terraza era bonita, con plantas y suelo de piedra, pero estaba rodeada de edificios con ventanas y escaleras de incendios.

—¿Te imaginas que por aquí viva un hombre al que le ponga cachondo ver a la gente comer? —le pregunté a James cuando ya habíamos terminado la cena y simplemente nos estábamos tomando un tiempo para descansar y disfrutar de una tranquila sobremesa con un buen café caliente—. Y se pase el día mirando por la ventana mientras se masturba. El señor Black se pasó la lengua por los dientes y se encogió de hombros.

—No es lo más raro que he visto —me aseguró—. En una orgía había un tipo al que le ponía cachondo comerse uñas de los pies de otra gente.

—¡Joder, James! —exclamé—. Que acabo de comer, por favor...

El señor Black me miró por el borde de los ojos y me preguntó:

—Si me pusiera cachondo que te comas las uñas de mis pies, ¿lo harías, Leo?

Respondí a su mirada en silencio y esperé unos segundos antes de responder:

—Entonces espero que también te ponga cachondo el vómito, porque es lo que va a pasar si me pones eso en la boca —le aseguré.

James sonrió un poco y se llevó el café a los labios para terminárselo de un trago.

—Volvamos dando un paseo a casa, todavía tenemos tiempo —me dijo.

Acepté encantado, aunque me costó levantarme después de haber cenado tanto. Volvimos por la misma calle por la que habíamos llegado y nos sumergimos en Central Park, porque era la forma más directa de llegar a casa. Allí nos dimos la mano, no de forma consciente, sino más bien como un gesto casual mientras charlábamos. El cielo nublado era cada vez más oscuro y el encendido de las luces nocturnas nos sorprendió a mitad de camino, creando un momento un poco tonto y especial que quise celebrar con un buen beso en medio del paseo. Como solía pasar, James no se conformó con uno, quiso otro, y otros veinte pasos después, hasta que me llevó a los pies de un árbol al lado del camino para rodearme con los brazos y comerme la boca a placer. Había más gente, pero de espaldas y con nuestra ropa de diario, confiaba en que, aunque se tomaran la molestia de mirarnos fijamente, no pudieran diferenciarnos de otra pareja cualquiera que hubiera ido al parque a morrear como un par de adolescentes cachondos.

—Vamos a un lugar más apartado —me terminó diciendo James entre jadeos, presionando su entrepierna dura y abultada contra la mía.

—Mejor en casa —respondí yo—. Hace un poco de frío.

El señor Black tardó un par de segundos, pero asintió y me dio un último y profundo beso con lengua antes de tirar de mí, rodearme con fuerza los hombros y retomar nuestro camino bajo la fina lluvia. No nos quedaban más de diez minutos, puede que un poco más, para llegar a casa. Cruzamos el hall hacia el ascensor y saludamos a los porteros. Cuando nos metimos en el ascensor, James se volvió hacia mí y empezó a besarme el cuello y a darle pequeños lametones mientras sus manos me rodeaban las nalgas y las apretaban con necesidad; atrayéndome hacia él. Le rodeé el cuello y entrecerré los ojos, disfrutando de aquel delicioso roce. Por desgracia, sentí una vibración en los pantalones, y no era una proveniente de mi entrepierna dura, sino de mi bolsillo.

Busqué el móvil y miré el número sin mucho interés, cerré un momento los ojos y chisqué la lengua con molestia.

—James... —le llamé—. Es Lana.

El señor Black dejó de besarme el cuello y alzó la cabeza solo para susurrarme al oído:

—Dile que me olvide. Que nunca me ha importado y que nunca lo hará.

Apreté las comisuras de los labios con una mueca de incomodidad. Habían sido palabras muy duras y frías que la pobre Lana no se merecía. Pulsé el botón y me llevé el teléfono al oído.

—Eh, Lana —respondí con voz suave—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Eres un hijo de puta! —me gritó una voz que, sin duda, no era la de la joven.

—Gloria —dije, perdiendo el tono suave y lento—. ¿Qué haces llamando por su móvil? ¿Dónde está Lana?

—¡Ponme con James Black! —siguió gritando—. ¡Ese pedazo de cabrón me va a escuchar!

James levantó la cabeza, reconociendo algunas palabras que gritaba la prima de Lana, entre ellas, su nombre. Pero le cogió del pelo y le presionó la cara de vuelta a mi cuello para mantenerle distraído. Si él respondía a esa llamada, las cosas solo irían horriblemente mal.

—El señor Black está ocupado ahora mismo —le dije con un tono calmado y tranquilo, pero no carente de frialdad—. ¿Dónde está Lana? —repetí.

—¿Lana? ¡Pues donde la dejasteis, hijos de puta! ¡Tirada en mitad del zoo! ¿Pero quién coño os creéis que sois?

—Nosotros no la dejamos tirada, ella se fue —le corregí. Sonó el «ding» del ascensor y tuvimos que separarnos y salir. James me cogió de la mano y me llevó en dirección a las escaleras—. Le enviamos un mensaje, pero no respondió, así que supusimos que prefería estar sola. ¿Está contigo?, ¿ha llegado a casa?

—¡A mí no me vengas con gilipollices! ¿A qué cojones está jugando ese hijo de puta? ¡Lana es su novia y la trata como una mierda!

—¿Lana te ha dicho eso? —quise saber. James giró el rostro y me echó una rápida mirada, pero yo negué con la cabeza para quitarle importancia y seguimos nuestro camino a la habitación.

—¡Lana me lo cuenta todo! ¡No creas que no sé lo que estáis haciendo vosotros dos!

Eso me preocupó un poco, pero no dejé que se reflejara en mi rostro ni en mi tono de voz al preguntar:

—¿Y qué te crees que estamos haciendo exactamente?

—¡La estáis utilizando y riéndoo de ella! ¿Qué es eso de que lleven cuatro meses saliendo y no le haya dado ni la mano?, ¿por qué no la ha invitado a su casa? ¡Solo salen un par de horas a la semana y, además, tú siempre estás en medio!

—La agenda del señor Black es bastante apretada, es un hombre importante y tiene muchas cosas que hacer a lo largo de la semana. Aun así, invita a Lana a todos los eventos posibles y saca tiempo los fines de semana para dar un paseo o cenar. Yo estoy cerca porque es mi trabajo acompañarle en el día a día y lo que tarden ellos en darse la mano es solo cosa suya, Gloria.

Llegamos a la habitación y el señor Black empezó a desvestirme en silencio, quitándome el jersey y obligándome a hacer malabarismos con el móvil, por lo que perdí un par de palabras de lo que Gloria decía.

—¡... dice que la ignoráis todo el rato y que se siente como un puto muñeco! ¡Es una cita, no una jodida quedada de amigos! ¡Deberías ser tú el que sobra, no ella!

—¿Lana siente que sobra? —pregunté, porque no me quedó claro.

James soltó un bufido y puso una sonrisa cruel mientras terminaba de desabrocharme la camisa y me la quitaba, empezando entonces con mis vaqueros.

—¡Lana se siente como una mierda cada vez que va con vosotros! —conti-

nuó Gloria, con esa forma tan rápida de hablar y repleta de insultos y palabrotas—. ¿Por qué James no quiso compartir con ella el paraguas, pero sí lo hizo contigo? ¿Qué cojones os pasa a vosotros?

—Gloria, quizá esto deberían discutirlo Lana y James, ya que es su relación —concluí, cansado de sus gritos incessantes y aquella indignación, pero James me miró desde el suelo, donde se había agachado para poder quitarme las zapatillas, y negó con la cabeza y expresión seria. Él no iba a dedicarle ni un segundo de su vida a aquella conversación—. O, si le da vergüenza, puede hablar conmigo y yo lo hablaré con él —le ofrecí.

—¡No! ¡Yo hablaré con ese hijo de puta y le dejaré las cosas bien claritas! A mí prima no la va a tratar así, ¿me oyes? ¡Si tengo que ir a...! —entonces se detuvo cuando una voz aguda sonó de fondo—. Te dije que como volvieras llorando otra vez hablaría yo con él —respondió Gloria con un tono más tranquilo—. No, Lanita, déjame a...

—¿James? —preguntó Lana tras un leve movimiento—. Lo siento, mi prima... —pero se le escapó un jadeo, mitad gemido, mitad ansiedad.

—Soy yo, Lana —respondí, levantando una pierna y después la otra para quitarme el pantalón y la ropa interior a la vez. James se incorporó entonces y empezó a desnudarse deprisa.

—Oh... —la joven respiró más tranquila—. Leonard... —tomó un par de respiraciones más y continuó—. Estaba duchándome y mi prima me cogió el móvil... No se lo digas a James, por favor.

—¡Que se lo diga! —gritó Gloria por detrás—. ¡Que le diga que, o empieza a tratarte mejor, o que se puede ir a la mierda!

—Oye, Lana —le dije con un tono tranquilo—. Creo que hay algunas cosas de las que deberíamos hablar. Si algo te preocupa, sabes que puedes contármelo.

James me dio la vuelta y me echó en la cama, colocándose a cuatro patas cerca del borde. Yo le eché una mirada pidiéndole un momento para poder terminar de hablar, pero él me ignoró y se puso de rodillas para mordisquearme las nalgas de camino a mi ano. No tenía claro si aquella llamada no iba a interferir en sus planes, o si, simplemente, le excitaba hacerlo mientras alguien pudiera escucharnos.

—Sí... es solo que... —sollozo—. Hoy me sentí como una tonta y no podía dejar de llorar y vosotros parecías pasarlo tan bien y yo estaba a un lado y me sentía estúpida y no sabía como... —otro sollozo más largo—. Vosotros os lleváis tan bien y yo me siento como una imbécil —concluyó con un gritito más agudo antes de echarse a llorar.

Cogí una buena bocanada de aire y cerré los ojos. Por un lado estaba Lana llorando en mi oreja y por otro estaba James, pasándome la lengua por el ano con bastante dedicación. Me rodeó la cadera con los brazos y me apretó contra él con un gruñido para poder hacerlo más fuerte. Yo me mordí el labio inferior para aguantar un gemido y respondí con la voz más tranquila que pude:

—¿Por qué?, creía que te lo pasabas bien y que te gustaba ir lento.

—Sí, me gusta pero... a veces me parece que James no quiere estar a solas conmigo...

—James es un poco tímido... —le mentí, cerrando los ojos con fuerza cuando el tímido señor Black empezó a mover la lengua más rápido, rozando su barba espesa contra mis nalgas y produciendo un delicioso contraste entre su lengua húmeda y suave y su pelo áspero. Bajé la cabeza y apoyé la frente sobre la manta—. Le da vergüenza estar a solas con mujeres tan guapas como tú —continué.

Los sollozos de Lana se detuvieron lentamente.

—¿En serio? —preguntó en apenas un murmullo.

—Claro —afirmé, aunque la voz se me rompió un poco hacia el final. Apreté las mantas con la mano libre y tomé otra bocanada, porque James estaba decidido a hacer aquello muy difícil para mí—. Claro —repetí—. Parece muy seguro siempre, pero en el fondo es un hombre algo tímido y romántico.

—Oh... —murmuró Lana, sorbiendo los mocos por la nariz—. Vaya...

—Sí —asentí—. Por eso hoy prefirí compartir el paraguas conmigo. Se hubiera sentido muy nervioso si hubierais caminado tan juntos. Creía que lo entenderías, no pensamos que fuera esa la razón... —me detuve para tomar una bocanada—, la razón de que te fueras.

James me soltó al fin, separándose y dejando tras de sí una sensación de picor allí donde había estado rozando la barba. Tiró de mí para que me pusiera de rodillas y me rodeó con los brazos para que girara el rostro y así poder besarme con su boca empapada en saliva.

—Jo... yo... —decía Lana en mi oído—. ¡Qué mal me siento ahora! Creía que James no quería estar conmigo y... ¡Ay! ¡Dile que lo siento, por favor! Me separé de sus labios y respondí de forma acelerada:

—Claro, no te preocupes.

—¿Está ahí contigo? Quizá... debería decírselo yo.

—James está ocupado ahora —le aseguré, porque el señor Black estaba demasiado concentrado en mordirme y lamerme el cuello mientras frotaba su polla húmeda contra mis nalgas y me recorría el cuerpo con las manos—. Pero hablaré con él en cuanto pueda.

—Muchas gracias, Leonard —me dijo ella con un tono bajo y sincero.

—De nada. Llámame si necesitas cualquier cosa —me despedí.

—Gracias —repitió ella antes de añadir un rápido «hasta mañana» y colgar.

Tiré el móvil sobre la cama y solté un gruñido, echando la cabeza hacia atrás para apoyarla en el hombro del señor Black.

—Joder, James... —murmuré.

—Ahora házmelo tú a mí —ordenó en mi oído.

Asentí con la cabeza. Le hice todo lo que quiso, todo el tiempo que quiso, hasta que todo terminó con un fuerte gruñido del señor Black y un último empujón de cadera antes de dejarse caer sobre mí. Ambos estábamos un poco sudados y sonrojados.

Nos tomamos dos minutos enteros para recuperar la respiración, hasta que giré el rostro y traté de alcanzar sus labios para darle el beso de después.

James puso de su parte y movió la cabeza antes de dejarla a un lado de la mía, levantó una mano y entrelazó sus dedos con los míos, mirando nuestros anillos de compromiso casi unidos.

—¿Por qué sigues preocupado con Lana, Leo? —me preguntó en voz baja—. Deja que se vaya y lllore ella sola. Así nos dejará tranquilos.

—Ya has oído al señor Lee. No podéis romper porque tú seas malo con ella —respondí en el mismo tono suave—. La prensa estará deseando llenar páginas y páginas con la Decepción del Siglo.

James soltó un bufido y noté la contracción de su abdomen sobre mi espalda, no me hizo falta verle el rostro para saber que había una suave sonrisa en sus labios.

—¿Cómo me van a llamar entonces? —me preguntó—. ¿El Soltero de Plata?

—El Rompecorazones de Plata —le corregí.

—¿Y cuándo nos casemos?

—Mi marido —respondí—, así es como te van llamar cuando nos casemos.

Otra contracción y otra sonrisa. James levantó la cabeza y me dio un par de besos en la mejilla.

—Leonard Black —murmuró.

—Uff... —alcé ambas cejas, todavía con la mirada puesta en nuestras manos enlazadas—. Eso da miedo —reconocí antes de girar un poco la muñeca y comprobar la hora—. Deberíamos ir preparándonos si quieres ir a la fiesta del Barón.

James me dio un par de besos más y al fin se levantó, quitando su polla de mi interior, lo que siempre era una sensación muy rara. Me incorporé con un gruñido de queda y me di la vuelta hacia el borde de la cama para levantarme y acompañar al señor Black a la ducha. La interpretación de la temática, como siempre ocurría en esas fiestas, era abierta y se dejaba a la imaginación de los asistentes. «Heroico pero perverso» sugería disfraces de súper héroes, por supuesto, pero James quiso llevarlo a un terreno más realista; así que me había pedido que comprara un conjunto de bombero.

Me miró atentamente, con los brazos cruzados y todavía desnudo, mientras me ponía aquellos pantalones más gruesos de color azul marino con rayas fluorescentes.

Eran anchos, así que me caían un poco, mostrando un poco más allá de mi cintura, algo que traté de solucionar cuando me puse los tirantes blancos con tres rayas verticales.

—No —me detuvo el señor Black cuando traté de ajustar el corto para levantarme los pantalones—. Así, que se vea un poco...

Puse los ojos en blanco, pero no dije nada. Con las botas negras, la chaqueta larga y el casco puestos, me miré al espejo y me quedé un par de

segundos contemplándome. El disfraz era bastante realista, aunque con el pecho al descubierto y lo bajo que me quedaba la cintura del pantalón, me parecía más a un estríper que a un bombero de verdad. James me rodeó por la espalda y puso su cabeza al lado de la mía mientras miraba lo que yo miraba en el reflejo.

—Sí, sí que vamos a incluir esto en nuestro domingo especiales —me aseguré.

—Ya me lo imaginaba —respondí, no demasiado sorprendido.

El señor Black no necesitó que le comprara nada porque iba a reutilizar su disfraz de detective, dándole, por supuesto, un toque «perverso». Al igual que yo, iba con el pecho al aire, con solo su corbata gris de amo con tres aspas militares y el arnés para el arma falsa. Se puso unos pantalones ajustados, mi gorra de policía y unas gafas oscuras.

—Detective Black —le saludé con un asentimiento cuando terminó de vestirse.

—Bombero O'Brien —respondió él, agarrando la visera de su gorra de policía para inclinarla a forma de saludo que...

Solté el aire con un gruñido y le miré de arriba abajo. El detective Black era mi absoluta debilidad y, si no hubiéramos acabado de tener sexo, ya estaría colgado sobre él y metiéndole la lengua hasta la garganta. Por supuesto, James lo sabía perfectamente, por lo que siempre iba con un aire especialmente prepotente y soberbio cuando se ponía aquel disfraz. Con una cazadora de abrigo, salimos camino al garaje, donde Lakov ya nos estaba esperando. Nos saludó con la misma lentitud de siempre, demasiado acostumbrado a trabajar con el señor Black como para sorprenderse de vernos así.

—¿Cuántos chistes crees que me harán esta noche sobre mi manguera? —le pregunté a James con una sonrisa mientras me sentaba en sus piernas. Era el detective Black, y al detective Black había que ponerle encima. Era obligatorio.

—Muchos —respondió él, con los brazos extendidos en el respaldo—, pero la única manguera que vas a tocar durante el resto de tu vida, es la mía.

—Eso es lo que iba a decirles —asentí—. Nosotros vamos a ser maridos de verdad —bromeé.

James tardó un poco en reaccionar. No podía verle los ojos detrás de las gafas oscuras, así que llegué a temer que la broma no le hubiera gustado.

—Sí —respondió al fin—. Nosotros vamos a ser maridos de verdad. —Bajó uno de sus brazos del respaldo y me rodeó la pierna con la mano—. Tenemos que buscar a un buen pastelero que nos haga una tarta y encargar los trajes. Yo iré de azul y tú de gris.

—¿Quieres encargarlos ya? —pregunté, llevándome la mano al bolsillo de forma inconsciente, hasta que recordé que aquellos pantalones de bombero no tenían bolsillos y fui a coger el móvil a mi cazadora—. Podemos mirar algunos y llevárselos al señor Caruso para que los entalle

—sugerí.

—Un tres piezas sin corbata ni pajarita para la ceremonia —dijo el señor Black—, solo pañuelo de seda en la solapa. En el banquete podemos quedarnos con el chaleco y remangarnos, algo más casual mientras tomamos las copas y cenamos. Habrá un barman y un espacio con sillones fuera de la carpa, como hablamos. Encargaremos el mejor whisky y el mejor bourbon. También regalaremos una caja de puros habanos a los invitados.

Asentí varias veces mientras hablaba. Todavía me sorprendía lo preocupado y comprometido que estaba James con el tema de la boda. Por supuesto, todo debía ser perfecto, porque él era un Black, y la familia Black solo ofrecía lo mejor. Solo esperaba que no se pusiera nervioso y de mal humor cuando los problemas empezaran a surgir. En este tipo de eventos, siempre se acababa torciendo algo.

La conversación sobre la boda nos acompañó todo el camino hasta la perturbadora nave industrial en mitad de la nada donde el Barón Enmascarado organizaba sus fiestas. Como siempre, había gente fumando a un lado de la puerta roja, cruzando miradas distraídas con todo el que pasaba. En el interior, una pareja de súper héroes al más estilo porno, nos quitó los abrigos y nos ofrecieron los antifaces. James llevaba gafas oscuras, pero se lo puso igualmente, adentrándonos en el espacio con mesas, ruido y luces bajas dando un ambiente íntimo y un tanto sórdido con tantas cortinas de terciopelo rojo. No nos detuvimos hasta alcanzar nuestro sitio de siempre frente a la barra, donde nos sentamos uno frente al otro.

Tuve el detalle de apoyar mi bota en reposapiés del taburete de James, un gesto algo territorial que él no pasó por alto. Bajó la mirada y después volvió a mis ojos con una media sonrisa en los labios.

—El detective Black —respondí, encogiéndome de hombros. La gente se iba a acercar mucho a él aquella noche, porque era James con gorra de policía y gafas oscuras, y yo quería mandar un mensaje de que aquel amo dominante ya tenía todo lo que necesitaba.

James apoyó su pie en el reposapiés de mi taburete, imitando mi gesto posesivo.

—El bombero O'Brien —me dijo, encogiéndose de hombros.

Sonreí, pero yo no estaba ni la mitad de sexy que él, o eso creía, hasta que se acercaron dos hombres casi seguidos para darme un *Full* cada uno. El primero, Súper Bigote en calzones horribles y capa barata, llevaba un círculo en el pecho pintado en blanco con una raya vertical.

—Joder, me has pillado con la guardia baja y... —me miró de arriba abajo resoplando—. Mi súper poder se me ha puesto muy duro.

—Mini poder, querrás decir —murmuró James, mirando hacia la entrepierna del hombre, no demasiado abultada—. ¿A quién cojones vas a salvar con eso?

Traté de no reírme y puse una educada sonrisa mientras cogía las tres car-

tas que me ofrecía. Súper Bigote puso una mueca de desprecio a James y se dio la vuelta para irse. Tras él llegó Spider-Man, o al menos, una versión muy cutre con calzoncillo blanco y dos rayas verticales por encima de las mallas rojas.

—Mis arcano-sentidos se han activado al verte —me dijo, entregándome su *Full*. Con él casi no pude contener la risa y tuve que llevarme el puño a los labios.

—Gracias... —murmuré antes de que se fuera—. Joder, a veces me hacen muchísima gracia sus frases.

Hice una señal a la camarera, que ya nos conocía de sobra y sabía que debía mantenerse atenta a nosotros y a las montañas de tarjetas que se irían acumulando a nuestro lado. Le pedí dos whiskys irladeses con hielo y miré a James, a quien se le había acercado Cat Woman con un traje de licra muy apretado para darle dos tarjetas, roja y azul con un punto negro en el centro. Él hizo lo que hacía siempre, cogerlas con desinterés y hacer una despreocupada señal para que se largaran. Él era un amo y nadie le hacía comentarios graciosos, solo obedecían. La camarera nos entregó las copas y se llevó dos de mis tarjetas a cambio. Cogí el vaso *on the rock* y lo levanté para brindar con James.

—Te gusta jugar con mangueras, ¿eh? —nos interrumpió un hombre con el peor disfraz de Thor que había visto en mi vida. Llevaba un casco con cuernos que ni siquiera era parte del conjunto en el que había pegado un papel blanco con dos rayas verticales—. Yo tengo una aquí mismo que te puede mojar entero.

Giré el rostro con una expresión indiferente y le miré a los ojos, cogí su tarjeta azul con una cruz y la tiré junto al resto.

—Te dije que no iban a faltas los chistes de mangueras —le recordé a James, ignorando por completo a Thor, que se quedó un momento en blanco y soltó un insulto por lo bajo antes de irse.

Bebimos otro trago de whisky y otro cuando se acercó Súper-Man, el primero de la noche, para darme dos tarjetas y hacer otro comentario sobre si «quería coger su manguera y apagar un incendio». Después se convirtió en una tradición: un brindis por cada *Full* y un trago por cada chiste sobre mangueras. El problema fue que nuestros disfraces llamaron mucho la atención, ya que éramos de los pocos que no iban de súper héroes, y que los trajes de bombero y policía eran un cliché erótico muy recurrente y fácil; por eso terminamos bastante borrachos y con dos buenas columnas de tarjetas encima de la mesa.

—Creo que hemos superado nuestro récord —le dije con una voz un poco dejada debido al alcohol.

—Sí... —sonrió James, mirando con una expresión de orgullo los dos montones antes de girarse a pedir el sexto whisky de la noche—. Celebrémoslo.

—La última —respondí antes de levantarme y darme cuenta de que había bebido demasiado.

Me apoyé contra la barra y tomé un par de respiraciones, porque había estado a punto de caerme al suelo. James había estirado un brazo rápidamente y me sujetaba el hombro con una expresión asustada en el rostro.

—Estoy bien —sonreí—. Solo necesito ir al baño.

—Vamos —respondió él, levantándose y visiblemente afectado por el alcohol.

Me rodeó los hombros y caminamos juntos hacia uno de los laterales de la sala, seguidos por atentas miradas que ambos ignoramos por completo. James nunca me dejaba ir al baño solo, y mucho menos en las fiestas del Barón; era algo que me exasperaba, pero que en aquella situación podía llegar a entender.

Entramos en el amplio baño, con cabinas cerradas, amplios espejos y una larga encimera con múltiples grifos. Había algunos hombres allí, lavándose las manos, revisando su disfraz, charlando o incluso consumiendo droga de una forma nada discreta. Los ignoramos a ellos también y caminamos a los urinarios de pared. Apoyé la cabeza en la pared roja y lisa para estabilizarme, bajé el pantalón de bombero y saqué mi famosa manguera.

—¿Vas a apagar algún fuego con eso? —me preguntó James, meando pegado a mi lado con una sonrisa. La luz del techo, más fuerte que la del exterior, me dejaba ver sus ojos a través de las gafas oscuras, ojos que se movían desde mi entrepierna a mi rostro sin parar.

—¿Y tú vas a...?, ¿cómo era? —le pregunté, empezando a reírme incluso antes de terminar de hablar. Al detective Black también le habían hecho un par de comentarios aquella noche sobre su disfraz y sus deberes como policía—. ¿Aporrear a alguien con eso?

—Sí... sí que voy a aporrear a alguien con esto... —respondió, agitándose la polla para llamar mi atención—. A mi marido.

—Vaya... —murmuré, apreciando con detalle la entrepierna de James—. Tu marido debe ser un hombre muy, muy feliz.

—Eso espero —respondió el detective Black—. Yo quiero hacerle muy, muy feliz...

Una amplia sonrisa de tonto se extendió por mis labios, sentí un calor en el estómago, pero dudaba que fuera el alcohol. Me incliné hacia James y ladeé el rostro para poder darle un beso con lengua. Fue un momento muy romántico; si exceptuamos el hecho de que estábamos meando en los baños de una fiesta sexual y había gente esnifando cocaína en los urinarios, por supuesto.

El detective Black soltó un gruñido grave y alargó una mano para atraerme hacia él, sin embargo, yo perdí un poco el equilibrio y tuve que dar un paso rápido, manchando la pared con mi manguera apagafuegos. Solté un rápido «mierda» y volví a mi sitio para echar las últimas gotas y guardarla dentro del pantalón. James hizo lo mismo con su polla bastante más gorda y firme que al principio y volvió a rodearme los hombros antes

de darme un beso en la mejilla. Fuimos a lavarnos las manos y un hombre que estaba haciendo lo mismo a un lado nos miró fijamente a través del reflejo del espejo.

—¿Vosotros no sois esos tíos con los que mi novia da tanto por culo? —nos preguntó, entrecerrando los ojos porque estaba visiblemente drogado o borracho, posiblemente ambas—. El ricachón y su secretario.

—No —negué yo con una sonrisa—. Nosotros somos un bombero y un detective.

—Ah... —murmuró él, alzando la cabeza y forzando más los ojos para vernos mejor—. ¿Estáis seguros?

El detective Black se puso a mi espalda y me rodeó con los brazos, besándome un poco el cuello antes de mirar con expresión seria y fría al hombre.

—Sí, somos nosotros. ¿Tienes algún puto problema? —le preguntó con un tono cortante y grave.

—No, no... —negó él, mirándonos por el reflejo y alzando las manos—. Entonces, es verdad que vosotros... —e hizo un gesto de mete-saca con las manos, refiriéndose a que manteníamos relaciones sexuales.

No estaba suficiente borracho para saber que aquello era un error. Así que le dediqué una última sonrisa y cogí la mano del detective Black para irnos de allí lo antes posible.

—Varias veces al día —respondió aún así James.

Salimos afuera y me rodeó los hombros. El repentino cambio de peso me hizo trastabillar a un lado y lanzar una mano rápidamente a una de las cortinas de la pared para tratar de sostenernos; lo que no funcionó demasiado, porque acabamos cayendo de todas formas, solo que de una manera más controlada.

—¿Estás bien? —le pregunté al detective Black, que se había precipitado al suelo a mi lado.

—No, no estoy bien —murmuró, moviéndose para apoyar la espalda en la pared—. ¿Por qué coño les mientes, Leo? —me preguntó con la mirada al frente y expresión de ceño fruncido.

—Porque no quiero que haya más rumores sobre nosotros, y menos que salgan de una fiesta sexual —respondí, alzando la mano hacia el esperpento de personas casi desnudas que estaban sentadas en las mesas, o mirándose otras a otras, o intercambiando tarjetas.

—¿Te da vergüenza?

Giré el rostro hacia él y esperé un par de segundos antes de preguntar:

—¿Venir aquí?

El detective Black negó con la cabeza.

—Yo —respondió.

—¿Qué? —se me escapó entre los labios como un jadeo. Chisqué la lengua y me volqué para poder rodearle con los brazos—. No digas tonterías. Sabes que estoy muy orgulloso de ti —le recordé, apretándole contra mí y dándole un beso en la mejilla.

El detective Black giró un poco el rostro, facilitándome la tarea de seguir besándole suavemente y abrazarle. Estaba borracho y su rostro mostraba una mueca triste y preocupada.

—Te has inventado lo de los anillos de la amistad, no parece importarte que Lana se meta en nuestra vida y sigues queriendo que salga con ella...

—comenzó a murmurar—. Es como si yo fuera el único que quiere esto.

Fruñí el ceño y traté de encontrar sus ojos en la penumbra, pero él tenía la cabeza levemente agachada y la visera de su gorra de policía le tapaba la mayor parte de la cara.

—Todo lo que hago es solo para que no haya un escándalo —respondí en el mismo tono bajo—. Me preocupa que lo puedas pasar mal, James.

El detective Black asintió tras un breve silencio, levantó la cabeza y me miró a través de sus gafas oscuras.

—Me gusta mucho que te preocupes por mí —me dijo—, lo que no me gusta es creer que te arrepientes de haber aceptado casarte conmigo y que intentas echarme atrás sin decírmelo.

Me quedé... me quedé sin palabras. Parpadeé un par de veces y traté de atravesar esa nube densa y etílica que me cubría la mente. Aquella conversación era importante y yo estaba demasiado borracho para pensar con claridad.

—¿Por... por qué piensas eso? —fue lo que dije, sintiendo que los ojos se me humedecían.

—No... no lo sé —respondió, subiendo la voz y comenzando a apretar un poco los dientes al hablar—. Quizá pienses que no soy suficiente bueno para ti. Que estoy enfermo de la cabeza y no merezco la pena. —En detective Black se detuvo, cogió una bocanada de aire y, de pronto, se enfadó—. ¡No! ¡Olvida eso! —exclamó.

Me quedé mirándole en silencio mientras se removía de entre mis brazos y se liberaba. Dos regueros traslúcidos en sus mejillas reflejaron la poca luz de la sala antes de que el detective Black se los limpiara con la mano. Me tomé un breve instante para procesar aquello, bajé la mirada y alargué la mano hacia la suya, entrelazando mis dedos con los suyos.

—No te rías de mí, Leonard —me advirtió con la vista al frente—. O te juro que me enfadaré más que nunca.

Me quité el sombrero de bombero y lo dejé a un lado para poder recostarme suavemente contra el detective Black, pegando nuestros hombros y apoyando la cabeza contra la pared.

—¿Por qué siempre crees que me voy a reír de ti? —le pregunté en voz baja.

—No lo sé —respondió él tras uno de sus breves silencios—. Sé que no lo harás. Sé que me quieres muchísimo, pero... —tomó un par de respiraciones nerviosas y continuó—: hay una voz en mi cabeza que me dice que vas a pensar que soy ridículo, que te vas a reír y me vas a dejar.

Le di un leve apretón en la mano y recosté la cabeza contra él.

—Si no me fui al principio, no lo voy a hacer ahora, James —le aseguré.

—No... —cogió otra bocanada de aire, hinchando su pecho firme y ancho—. No lo hago a propósito. ¡No puedo evitarlo, Leo! —exclamó con un tono frustrado y un poco impotente.

Le dejó un poco de tiempo para tranquilizarse. El detective Black estaba borracho y mucho más emocional de lo que solía estar, diciendo cosas que, quizá, sobrio nunca me diría.

—Eres un hombre difícil, James —murmuré—. Demasiado orgulloso, controlador y cabezota. —Incliné el rostro para mirarle—. Pero has cambiado desde que nos conocemos. Antes te costaba decirme las cosas y te enfadabas por cualquier motivo, aun te cuesta a veces —reconocí—, pero al menos ahora lo intentas. No sé —concluí, encogiéndome un poco de hombros—. Creo que te estás esforzando para que lo nuestro salga bien, aunque haya momentos en los que tus problemas te juegan malas pasadas.

—Me estoy esforzando mucho —afirmó en un murmullo bajo—. Ni te imaginas lo que es estar en mi cabeza, Leo.

Asentí lentamente antes de moverme para darle un beso suave en los labios. No podía verle los ojos tras las gafas, pero su expresión era apenada y triste.

—No paro de darle vueltas a las cosas, una y otra vez, todo el rato —me dijo, dejando caer su frente sobre la mía para bajar el tono de voz hasta ser apenas un susurro—. Pero antes era mucho peor. Por las noches no era capaz de dormir y daba vueltas en la cama sin parar. Incluso aunque estuviera seguro de algo, siempre me decía a mí mismo que quizá me equivocara.

Se detuvo y siguió respirando de forma calmada antes de continuar:

—El único momento en el que me sentía tranquilo era en la Habitación del Placer, porque todo lo que ocurría allí dentro estaba bajo mi absoluto control. Mis sumisos obedecían todas mis órdenes, me daban todo lo que yo pedía y no pasaba nada que yo no quería que pasara.

—Eh, chicos, necesito ayuda policial y del cuerpo de bomberos con este problema tan grande, ¿qué me decís? —nos interrumpió un hombre con unas estúpidas mallas blancas y una capa. Se tocaba un bulto alargado y ancho que sobresalía y lo agitaba un poco para que viéramos su nada discreta erección.

—Lárgate ahora mismo —respondí yo con expresión muy seria, mirándole por el borde superior de los ojos.

—Ey... tampoco hay que ponerse así —dijo él, perdiendo la sonrisa—. Aquí se viene a follar, no a darse la manita y besitos en una esquina.

—¿Y si te doy una puta patada en la boca? —pregunté, perdiendo la paciencia a pasos agigantados.

El hombre soltó un bufido despectivo y dijo algo por lo bajo que no llegué a escuchar antes de darse la vuelta.

—Vámonos —dijo el detective Black, separándose para levantarse del suelo—. Estoy cansado de estar aquí.

Puse una mueca preocupada, cogí el casco de bombero y le seguí, tratando de no volver a caerme antes de ponerme de pie. Él rodeó mis hombros y yo su cadera, caminando juntos y un poco tambaleantes hacia la salida. La pareja de la entrada nos entregó los abrigos y nos desearon una buena noche. Respondí algo por lo bajo y puse una débil sonrisa antes de volver a la formación de borrachos con el detective Black.

— Como en Toulouse — le recordé a James, dándole un leve apretón en la cadera, porque se había quedado bastante cabizbajo después de haberme contado aquello —. *ivre avec mon copain* — farfullé en un dudoso francés de borracho.

El detective Black giró el rostro hacia mí y, tras un par de segundos, me dio un beso en los labios. Nos detuvimos en el campo abierto, buscando el coche entre los muchos que había allí aparcados. Tuve que coger el móvil del bolsillo y arreglármelas para buscar el número de Lakov. Le llamé directamente, consciente de que escribir algo con sentido iba a ser del todo imposible en ese estado.

— Lakov, estamos fuera, ven a buscarnos porfa — le dije.

Él respondió un firme: «Sí, señor Obrai» y colgó. Miré la pantalla del móvil y puse una mueca de enfado. Por alguna razón, aquello me había parecido muy maleducado de su parte. Entonces nos quedamos parados en mitad del descampado, bajo la fina y fresca lluvia, hasta que, en menos de un minuto, un coche se detuvo a recogernos. Abrí la puerta y el detective pasó primero, yo le seguí después, soltando un gruñido de queja al sentarme antes de cerrar con un portazo demasiado fuerte. Ya dentro del coche, con la calefacción puesta, me quité la cazadora, el casco y me froté el rostro. Habíamos bebido demasiado y me sentía mareado y con un poco de malestar en el estómago. De pronto agradecí no habernos bebido esa séptima copa, porque, probablemente, me hubiera dejado tumbado en el suelo.

Sentí algo que tiraba de mí y me dejé llevar hacia apoyarme contra el detective Black, que me rodeó con los brazos y me acarició el pecho descubierto. Cerré los ojos y respiré más profundamente, dejándome llevar por aquella sensación tan agradable. Cuando los volví a abrir, el detective Black susurraba mi nombre al oído y me agitaba un poco. Miré la ventanilla ahumada y me di cuenta de que ya estábamos en el garaje del edificio. Me desperecé y me incliné para abrir la puerta, tomé un par de bocanadas de aire y salí al exterior. Vernos caminad al ascensor debió ser todo un espectáculo, pero no tanto como vernos subiendo las escaleras de casa y caminar apoyados a la pared y la barandilla en dirección a la cama. Yo estaba mal, pero el detective no estaba mucho mejor que yo. El alcohol solo se había ido subiendo a nuestras cabezas, no bajando, y ahora parecíamos estar en el punto más álgido, cuando te dabas cuenta de que habías bebido demasiado, demasiado rápido, y ya no era divertido.

James fue directo a la cama y se echó de cara, haciendo tambalearse la superficie. Yo tuve el valor de deslizar los tirantes para bajarme el panta-

lón y tratar de quitarme las botas sin tener que agacharme, algo que resultó del todo inútil.

Cerré los ojos y no volví a darme cuenta de quedarme dormido hasta que en algún punto de la noche empezó a costarme respirar y abrí los ojos de nuevo. El detective se había echado sobre mí, con la ropa puesta, las gafas y el sombrero, clavándome la pistolera del arma de juguete a la altura del pecho. Solté una queja y traté de moverle, él se quejó y quiso evitarlo, pero no me importó. Me levanté de la cama y fui hacia el baño, el cuerpo me temblaba a cada paso y casi no llegué a alcanzar el retrete antes de vomitar.

No supe cuánto tiempo estuve allí de rodillas, desnudo, temblando ligeramente y con los ojos empapados en lágrimas debido a las arcadas; pero, cuando todo cesó, me sentí un poco mejor. Lo suficiente para levantarme, lavarme la cara, enjuagarme la boca y beber bastantes tragos del agua fresca del grifo. Volví a la habitación y miré al detective Black, todavía con el disfraz puesto y las gafas oscuras, abrazándose a sí mismo y con las piernas encogidas en una postura fetal. Todavía me encontraba algo mal, pero fui hacia él y le quité las gafas, el sombrero y le desaté el arnés con el arma. James se desveló un poco cuando empecé a bajarle los pantalones, gruñó algo y empezó a respirar más fuerte.

—No, no... —dijo, tratando de sostenerse la cintura con fuerza mientras me empujaba—. No quiero...

Aparté un poco sus manos, tirando del pantalón, pero el detective se agitó y me dio una patada que me echó hacia atrás, haciéndome caer de culo al suelo.

—¡He dicho que no! —gritó él—. ¡Leo! —me llamó mientras jadeaba—. ¡Leo!

—James —murmuré en voz baja, apoyando con cuidado la mano en su costado—. Soy yo... solo... quería desvestirte. Todavía tienes la ropa puesta.

Levantó la cabeza y me miró con los ojos muy abiertos. Seguía jadeando con fuerza, hasta que se dio cuenta de que, en efecto, era yo quien le había intentado quitar los pantalones.

—Ah... Leo —entonces se relajó y volvió a acostarse—. Creí que... estaba en otro lugar —murmuró.

—Estamos en casa —le recordé.

Él asintió y se soltó la cintura de los pantalones para dejarme que se los quitara. Le desaté los zapatos y lo dejé todo a un lado antes de abrir las mantas de la cama y tirar un poco de James para meterle dentro.

El señor Black me rodeó con los brazos y se pegó a mí todo lo que pudo, recostando su cabeza en mi hombro y dándome un último apretón antes de volver a quedarse dormido. Le acaricié la espalda y cerré los ojos, demasiado cansado y aturdido para pensar en que, quizá, a mi futuro marido le habían desnudado demasiadas veces mientras estaba borracho y drogado.

Cuando me desperté, tenía el estómago revuelto, la cabeza embotada, la boca seca y unas increíbles ganas de morirme. La luz blanquecina y fría atravesaba la habitación como llamas que hacían arder mis ojos mientras James roncaba cerca de mi oreja y pegaba su piel un poco sudada y pegajosa contra la mía. Puse el brazo sobre los ojos y cogí una gran bocanada de aire. Sin duda, aquel iba a ser un domingo de mierda con una resaca de campeonato.

Conseguí dormir un poco más, moviéndome entre el sueño y la vigilia, hasta que James se despertó entre arcadas y salió corriendo hacia el baño. Me quedé en la cama un poco más, oyendo como vomitaba a lo lejos, hasta que me levanté para ir a ver cómo se encontraba. Yo había echado la mayor parte del alcohol a media noche, pero él se había dormido y era su turno de sufrir las consecuencias de seis copas de whisky irlandés bebidas en menos de hora y media.

Le encontré de rodillas en el suelo, con las manos apretadas contra los bordes del retrete y con saliva goteando de sus labios mientras respiraba agitadamente. Me mojé las manos con agua y me puse a su lado para refrescarle la frente, el pelo y la nuca.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté en voz baja.

—Muy mal... —gruñó por lo bajo.

Le ayudé en todo lo que pude, que no fue mucho. Esperé a que dejara de sufrir arcadas y le llevé a la ducha para darnos un baño de agua fresca mientras él mantenía las manos apoyadas contra la mampara de cristal y se concentraba en tomar largas y profundas respiraciones. Le sequé primero y después a mí, acompañándole de vuelta a la cama.

Cerré la persiana automática y me eché a su lado para abrazarle y acariciarle el pecho hasta que volvió a quedarse dormido. La tercera vez que nos despertamos, todo fue un poco mejor; le di un beso de buenos días y nos quedamos en la cama un rato más antes de que se me ocurriera preguntarle:

—¿Quieres ir a por un café y a tomar el aire? Creo que nos sentará bien.

James gruñó algo y me apretó un poco contra él, así que di por hecho que no le importaba. Le dejé disfrutar de un par de minutos más sin actividad hasta que me levanté y le llevé hacia el vestidor.

El señor Black parecía de muy mal humor, con los ojos entrecerrados y los labios un poco fruncidos; pero se debía al malestar y no realmente al enfado, porque cuando salimos al aire fresco y húmedo de media tarde, tardó poco tiempo en recuperar su expresión seria de siempre.

Nos tomamos un café y compartimos un donut glaseado en nuestro local de confianza, sentados en el sofá de cuero que había al final, cerca de una lámpara *vintage* y frente a las múltiples mesas repletas de personas con portátiles y cafés largos. Nosotros llevábamos nuestra «ropa de incógnito», así que no me privé de pegarme mucho a James y pasar mi pi-

erna sobre la suya mientras él me rodeaba los hombros y miraba distraídamente el local. Revisé los últimos mensajes del móvil, respondiendo a los más urgentes, entre ellos, un mensaje de Lana en el que le daba los buenos días al señor Black y le preguntaba si quería ir a «tomar algo calentito». Se lo enseñé a James y no tardó ni un segundo en responder:

—No.

Así que traté de escribir algo que no sonara a excusa ni a rechazo. «¡Buenos días, Lana! Sí, hoy hace fresquito jajaja. Me encantaría poder ir a tomar un chocolate caliente contigo, pero por desgracia tendremos que dejarlo para otra ocasión. Nos acabamos de levantar después de una noche de trabajo. Tuvimos videoconferencias con una empresa china... ¡un horror! Jajaja. Espero que no te importe». Lo envié y pasé al siguiente mensaje al número privado de James. «¡Claro, cuantos más, mejor! (Risa) Te enviaré los detalles en cuanto me informen mejor, pero supongo que la cena será en el Belasso, como cada año. ¡Estoy deseando conocer a Lana! Supongo que vendréis los tres juntos, de no ser así, avísame y te iré a recoger en mi bici». Se me escapó una sonrisa al leer aquello último y respondí rápidamente. «El Belasso... qué lujo. Ya no estoy seguro de si la recaudación es para el hospital o para daros una buena cena y que la paguen los demás (Risa). Perfecto, infórmame con lo que sea. Y sí, iremos los tres juntos, por desgracia, ya que me hubiera encantado ir sentado en la cesta de tu bici con el casco puesto y mi traje de gala (Risa)».

Dejé el móvil en el bolsillo y giré el rostro hacia James, que tardó poco en devolverme la mirada y poner morritos.

—Deberíamos ir a la cena benéfica del Weister's Hospital —le dije tras el beso—. Es un hospital público muy importante para la ciudad.

El señor Black me miró en silencio, pero no perdió su expresión calmada y tranquila.

—¿Sabes quién trabaja en ese hospital, Leo? —me preguntó.

—Edward Fletcher —asentí.

—Sí... —murmuró él, alzando la cabeza como si no se esperara que lo supiera—. Así que no vamos a ir. Si quieren dinero, que se lo pidan a él. Volví a asentir, sabiendo que, si insistía, solo acabaría en problemas. Tendría que encontrar la manera de conseguirlo indirectamente, sin que fuera demasiado evidente que era yo el que quería ir; el problema era que solo tenía una semana para ello. Miré la hora en el Rolex y le pregunté:

—¿Quieres otro café o todavía te encuentras mal?

Acaricié distraídamente su muslo interior a un lado de mi pierna sobre la suya y esperé a que respondiera:

—Tomemos otro.

Me incorporé, dispuesto a levantarme para ir a pedir, pero me detuve y me volví hacia él para acariciar la parte baja de su pecho, sobre el jersey negro y grueso que se había puesto.

—¿Seguro? —insistí—. No quiero que te pongas malo de nuevo por mi culpa.

James movió un poco la cadera y tomó una respiración más profunda y lenta.

—Seguro —respondió.

Sonreí y le di un pequeño beso antes de ir hacia el mostrador. Hice el mismo pedido, donut incluido, y uno de los jóvenes se apresuró a hacer los cafés y decirme que nos los entregaría en la mesa, aunque el local no tenía esa clase de servicio. Privilegios de clientes que daban veinte dólares de propina, supongo. Tampoco me iba a quejar. Así que volví a mi sitio junto a James, quien, de pronto, se puso muy mimoso, atrayéndome hacia él y besándome más profundo y durante más tiempo del «adecuado». No tardé en comprender que el señor Black no tenía intención de parar y le saqué de allí antes de que su entrepierna abultada bajo el vaquero llamara demasiado la atención.

Nos fuimos con nuestros cafés y el donut a casa y nos lo tomamos tranquilamente en la cama después de una sesión de sexo suave y bastante lento. James había empezado de una forma más fogosa y necesitada, pero no se encontraba todavía recuperado y había momentos en los que, por mucho que le molestara, se veía obligado a detenerse para no mover demasiado su estómago todavía convaleciente.

Así que terminé tomando las riendas, recostándole y sentándome encima. Me encontraba un poco mejor después de café y el paseo, pero no tanto como para cabalgarle como quizá James se esperaba. Sino que me incliné sobre él, le rodeé el cuello con los brazos y le besé lenta y dulcemente mientras marcaba un ritmo más pausado con la cadera. James se dejó llevar sin ningún problema, disfrutando de aquel sexo suave de domingo resacoso mientras gemía mi nombre y me acariciaba sin parar.

Al terminar se quedó con una tonta sonrisa en los labios rosados de tanto besarnos y los ojos entrecerrados mirando al techo. En el tiempo en que tardé en querer moverme, él ya se había quedado dormido de nuevo. Le di un último beso repleto de cariño y me levanté con cuidado para no despertarle. Yo no tenía sueño y ya era casi media tarde, preferí coger el libro que adornaba mi mesilla de noche, mi café a medio beber y encender la lamparilla para no molestar demasiado a James con la luz, quien tardó poco en girarse hacia mí y rodearme con los brazos de nuevo. Cuando se despertó dos horas después, le propuse cenar algo «especial» y terminamos comiendo ramen mientras veíamos una de esas películas de los noventa que tanto le gustaban al Soltero de Oro.

—Vaya mierda de película —concluyó el señor Black.

—Es una de tus favoritas —le recordé con una sonrisa un poco cruel.

—Mi favorita es *Jurassic Park*, Leo —respondió él, girando el rostro hacia mí con expresión seria.

Respondí a su mirada, acariciándole el cuello distraídamente con la mano que tenía alrededor de sus hombros, en una de esas posturas de novios

que una vez creí que nunca podría tener con James.

—De las favoritas del Soltero de Oro —le aclaré.

El señor Black miró de nuevo la pantalla de la tablet y se quedó un momento en silencio.

—A veces me... —y se detuvo.

Continué acariciándole a la espera de que siguiera, pero cuando había pasado ya un tiempo sin decir nada, me incliné para rozar la punta de la nariz contra su mejilla.

—A veces... —le dije.

James se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—A veces me pregunto qué pasaría si yo fuera realmente el Soltero de Oro

—murmuré.

—Creía que odiabas al Soltero de Oro —reconocí.

—Sí, pero... su vida parece muy fácil. Él... parece feliz —y volvió a quedarse en silencio.

Miré la pantalla de la tablet, como él hacía, mientras los títulos de crédito descendían lentamente sobre un fondo negro. Había algo que el señor Black quería decirme, pero que no se atrevía a pronunciar en alto. Noté una tímida mirada por el borde de los ojos y, tras un momento de duda, James me preguntó:

—¿A ti te gusta el Soltero de Oro?

Giré el rostro de nuevo y miré aquellos preciosos ojos del azul del mar.

—El Soltero de Oro no es real, James —murmuré—. Parece feliz porque a nadie le gusta sacarle fotos o hacer entrevistas a alguien triste.

Compartimos una mirada fija y silenciosa. No había tensión entre nosotros, ni frialdad, tan solo un pausado momento para pensar, hasta que finalmente alcé la mano para acariciarle la mejilla con cariño.

—No puedes compararte a ti mismo con un personaje que ha sido creado para gustar a la gente y del que solo puedes ver las cosas buenas —le dije—. Tú no sabes los problemas que quizá tendría el Soltero de Oro si fuera real.

James pensó en lo que le había dicho o, al menos, pareció reflexionar sobre ello en silencio hasta que terminó asintiendo lentamente, bajando la mirada a un lado y volviéndose hacia la tablet.

—¿Quieres ver otra película? —me preguntó.

—Las que quieras —respondí antes de darle un beso en la mejilla.

El despertador del lunes no nos pilló tan desprevenidos como en otras ocasiones, gracias a que ese domingo sin actividad y largas siestas nos había sentado bastante bien. Aunque el gimnasio, al igual que el sexo del día anterior, nos costó un poco. Al llegar a la oficina una Lana sonriente se levantó de un salto, haciendo caer algo que produjo un sonido plástico al caer el suelo. Se agachó a recogerlo y volvió a incorporarse con la misma sonrisa, pero un poco más sonrojada. James apartó la mano de mi espalda y fue junto a ella mientras yo iba en busca del desayuno y los cafés. Lana le hizo una referencia a la noche del sábado, diciendo que «debíamos estar

cansados después de la juerga del sábado noche». Había sido una especie de broma mala, pero el señor Black no la entendió, ya que no sabía lo que yo le había respondido el día anterior para excusarnos de quedar con ella.

—¿Sabes lo de la fiesta? —le preguntó con un tono más serio de lo que acostumbraba a sonar el Soltero de Oro.

Lana perdió lentamente la sonrisa y se sintió confusa y asustada.

—Una fiesta —intervine yo al momento, riéndome un poco como si todo hubiera sido una broma—. Sí, fue toda una fiesta revisar datos de ventas con aquella empresa china. No me lo pasaba tan bien desde la universidad —miré al señor Black—. ¿A que sí?

Él se rio al momento, haciendo resonar su voz aterciopelada por toda recepción. Lana le siguió de cerca, pero su risa era un poco nerviosa, como una liberación después de creer que James había asistido a una fiesta y le había mentado. Que era justo lo que había pasado.

—Lo... lo del zoo. Lo siento mucho, yo... —trató de decir ella al final de la conversación, pero con la cabeza agachada, como si le hablara a su blusa blanca, y el volumen tan bajo de voz, fue prácticamente inaudible.

—No te preocupes —dijo James con su sonrisa de un millón de dólares, haciéndome una señal para que fuéramos al despacho—. Nos vemos en la comida.

Lana asintió, incapaz de mirarnos a los ojos, y a la hora de comer, cuando apareció en la puerta con la bolsa del restaurante de lujo y los cafés, se quedó en mitad del despacho con la cabeza gacha y se tomó un largo momento para volver a tartamudear una disculpa que a todas luces había estado ensayando durante toda la mañana. James le quitó importancia de nuevo con otra sonrisa y un leve gesto de la mano mientras seguía comiendo, porque no había esperado a que ella terminara para abrir el envase de arroz con pollo a la brasa y brócoli. Había sido un poco maleducado de su parte, pero, para ser sinceros, yo tampoco le había estado haciendo mucho caso, con la vista puesta en el móvil sobre la mesa baja mientras esperaba a que se callara.

Ya había comenzado a buscar un buen regalo para los padres de James, uno muy caro, al parecer, porque la noticia del matrimonio de su hijo con otro hombre iba a ser demasiado dolorosa y necesitarían joyas que les consolaran. Aquella misma noche tras la cena, James me pidió que nos sirviéramos un par de tragos de whisky y nos sentáramos en el sofá del salón, con vistas a la ciudad lluviosa y repleta de los miles de luces de los edificios. Me pareció un poco extraño, ya que nosotros no solíamos beber entre semana a no ser que fuera en una ocasión especial, pero fui hacia el minibar y puse dos dedos de whisky con una piedra de hielo en dos vasos *on the rock* y los llevé junto a él.

—Llamaremos a mi padre —me informó con tono serio mientras cogía la copa fría y bebía un trago.

Mi expresión tranquila cambió por completo hacia una preocupada y seria. Tardé un par de segundos en sacar el móvil del bolsillo y entregar-

selo antes de sentarme. El señor Black dejó el teléfono sobre la mesa baja y lo miró frente a él con expresión severa, empezando a respirar un poco más fuerte. Me quedé en silencio, sentado a su lado, sin saber si era mejor que le abrazara un poco o le dejara espacio, hasta que finalmente decidí alargar la mano y rodear la suya. James me miró como si el roce le hubiera pillado por sorpresa en mitad de sus oscuros pensamientos, y, tras un par de segundos, cogió le móvil y marcó el número antes de llevárselo a la oreja. Me apretó más fuerte la mano y agachó la cabeza mientras sonaban los pitidos de la línea.

—William —dijo con voz serena y calmada—, soy yo, James. Pídele a padre que se ponga al teléfono.

Durante la espera empezó a respirar incluso más rápido, con la vista al frente y una expresión muy seria en el rostro. Había pánico en el profundo azul de sus ojos mientras su mano temblaba ligeramente alrededor de la mía. Cuando el hermano de James, Robert, había destapado nuestra relación delante de sus padres, las cosas no habían ido nada bien. La última vez que James había hablado con su padre, este le había dicho que era una decepción. No quería ni pensar en lo que pasaría cuando le dijera que nos íbamos a casar.

—Dile que es importante —ordenó James, rompiendo un silencio que había durado casi un minuto entero—. Quiero tener una cena formal con ellos.

Me apretó más la mano, hasta el punto en el que me hizo un poco de daño, pero no me quejé. Dejé mi vaso vacío sobre la mesa y puse mi otra mano, algo más fría y húmeda por el contacto con el cristal de la copa, para rodear la suya y acariciarle. Pasara lo que pasara, yo estaría allí, como siempre haría.

James alzó la cabeza y asintió.

—Este sábado noche y nos quedaremos a dormir —dijo—. Prepara mi habitación y la habitación de invitados para Leonard —y colgó antes de que a William, el mayordomo, le diera tiempo a responder, o a barajar esa idea con el señor Black padre. James dejó el móvil sobre la mesa y me miró por el borde de los ojos—. Mi padre ha accedido a tener una cena formal este sábado noche. Llegaremos educadamente al atardecer y nos quedaremos a dormir, como hacen Sarah y Thomas cuando les visitan —me dijo, como si no hubiera estado allí para escucharle—. Nos pondremos esmoquin, manda que los limpien y los preparen.

Asentí con la cabeza y continué acariciando su mano.

—Me encargaré de todo, no te preocupes —murmuré.

—Cuando se lo diga a mis padres, nos casaremos sí o sí, Leonard —me dijo entonces, aunque sonó como una advertencia—. No habrá marcha atrás.

Volví a asentir tranquilamente y él esperó un momento en silencio antes de asentir también y apartar la mano de entre las mías. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las piernas y mirando a la pared acris-

talada del ático.

—Vete a la habitación y desnúdate —ordenó con su voz más grave y densa de amo—. Te ataré y te azotaré con la fusta y serás muy obediente.

Cogí una bocanada de aire y seguí la dirección de sus ojos hacia las vistas de la ciudad. Me terminé la copa de whisky y la dejé sobre la mesa antes de levantarme e ir hacia la habitación. Había una parte de mí que seguía rechazando esa sumisión y la necesidad de James de someterme, porque la encontraba desagradable y humillante; había otra parte de mí a la que le gustaba recordarme que eso formaba parte de mantener una relación con el señor Black y que, por mucho que me pesara, quizá su faceta de amo nunca desaparecería; una última parte de mí estaba dispuesta a hacer todo lo posible por hacer feliz a James, aunque significara dejar mi orgullo a un lado y ladrar como un perro mientras le lamía las pelotas. Así de mucho le quería.

El señor Black llegó a la habitación con expresión seria, una cuerda de nylon negro y una fusta de cuero. Enseguida supe que esa noche iba a ser un poco más duro de lo habitual, porque se quedó vestido y me miró fijamente a los ojos antes de darme una suave bofetada.

—Nos vamos a casar y yo seré tu dueño para siempre —me dijo con tono serio y bajo—. Serás solo mío y para mí. Dilo.

Cogí otra bocanada de aire y respondí:

—Solo tuyo y para ti.

Como había predicho, fue una sesión de sexo bastante dura. James fue muy estricto y dominante, me ató para dejarme indefenso ante él, me azotó un poco aquí y allá, me dio órdenes muy claras que debía cumplir a raja tabla... pero no me insultó ni me menospreció; porque el señor Black jamás me humillaba de esa forma, ni siquiera cuando se ponía así. Simplemente necesitaba el control absoluto porque, como me había dicho en la fiesta del Barón, eso le hacía sentir muy tranquilo.

Hay quien necesitaba una tarde en el spa para relajarse, hay quien necesitaba una noche de copas y baile, y hay quien necesitaba someter y atar a su prometido a la cama.

Cuando todo terminó, James se dejó caer sobre mí, sudado y jadeante. Me besó dulce y lentamente, manchándose con algunas gotas de sudor tibio, y susurró:

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Sonreí un poco y otra lágrima se deslizó por el borde de mis ojos ya húmedos y enrojecidos después de la sesión. James se tomó un minuto o dos para recuperar el aliento antes de desatarme y llevarme a la ducha. Siempre tenía cuidado conmigo cuando sabía que me había exigido más de lo normal, dándome un poco de espacio para que me recuperara y ocupándose de todo hasta llevarme de vuelta a la cama y abrazarme.

Al día siguiente se levantó de mucho mejor humor, más calmado y con más energía para afrontar el día. Entrenó duro en el gimnasio, le puso su mejor sonrisa falsa a Lana y hasta mantuvo una conversación con ella en

la comida. Cumplió con todas sus reuniones y se pasó una hora hablando con Martha Hightower, la organizadora de la boda, tras la cena. No sabía que se podía sacar tanta conversación y tener tantas dudas sobre el diseño y el papel de unas invitaciones de boda, pero me equivocaba.

—Organizaremos un viaje a Seattle para hablar con ella en persona y ver las muestras del papel y los planos de la organización —me dijo James al poco de colgar, devolviéndome el móvil.

Lo cogí y abrí la agenda del trabajo, parpadeando un par de veces para aclararme la vista y desperezándome un poco después de haberme pasado todo aquel tiempo dormitando sobre el pecho del señor Black mientras él hablaba y me acariciaba la espalda distraidamente.

—Hablaré mañana con la secretaria de la señora Hightower y concertaré una cita para finales del mes que viene —respondí.

—¿Finales del mes que viene?

—Este mes casi se ha terminado y mayo está a tope, James —le recordé—. Todavía tenemos trabajo atrasado de la *Fashion Week* y de nuestras vacaciones. Un viaje a Seattle requiere al menos dos días, son tres horas de vuelo y no creo que quieras ir y venir el mismo día. ¿Me equivoco?

El señor Black soltó un leve murmullo no demasiado contento como respuesta.

—Tenemos que enviar las invitaciones mucho antes, Leo. No podemos esperar al final del mes que viene para elegir el puto papel y la tipografía.

—Entonces le pediré a la señora Hightower que nos envíe unas muestras de la imprenta —sugerí—. No creo que haya problema en ello.

—Sí, eso estaría bien —afirmó James, recostándose un poco más en la cama y esperando a que dejara el móvil en la mesilla de noche para volver a atraerme hacia él—. Este fin de semana podemos concertar las citas con el cáterin y las pastelerías para ir a probarlos.

—Buscaré un hueco en la agenda —murmuré, apoyando la cabeza al lado de la suya sobre la almohada antes de acariciarle el pecho—. No te preocupes, todo estará preparado a tiempo.

—Bien —asintió él, aunque tardó unos largos veinte minutos en dormirse. El jueves el señor Lee nos explicó en su matutina reunión diaria que sería «recomendable» tener otra cita con Lana, algo lujoso esta vez, en contraste con sus últimas fotos en lugares más humildes. El señor Black no cambió su expresión seria de siempre mientras le miraba fijamente de una forma que resultaba muy intimidante, aunque yo sabía que estaba enfadado por la forma en la que las aletas de su nariz se habían dilatado suavemente. El señor Lee había tenido mucho cuidado al decirlo, consciente de que las prioridades de James habían cambiado mucho desde que habían comenzado con toda aquella pantomima del noviazgo; sin embargo, la Pareja del Siglo debía seguir siendo perfecta hasta que se le ocurriera una forma viable de desarrollar una ruptura coherente y con sentido que quedara bien en las revistas de cotilleo.

—Quizá una cena romántica en algún restaurante elegante —sugirió, mi-

rándome a mí directamente.

—Este fin de semana el señor Black estará ocupado —respondí yo con el tono calmado de siempre—. El sábado debe asistir a una cena familiar.

—¿El viernes? —insistió.

Mantuve un breve silencio mientras le miraba hasta que me digné a revisar el horario en el móvil y asentir.

—Podría ser este viernes noche —respondí, no demasiado animado con la idea.

—Infórmame cuando hayas decidido el lugar —me dijo con tono serio—. Como ya sabes, todo ha de seguir como siempre.

Asentí, aunque no pudiera importarme menos el mensaje subliminal que quisiera transmitirme con aquello. Quizá el señor Lee creyera que lo que me molestaba era que el señor Black y Lana compartieran una «cena romántica», pero lo que realmente me importaba era que James no llegara más enfadado y nervioso a la mansión de los Black de lo que ya estaba. Lo último que necesitaba en aquel momento era una cena el viernes con Lana. Aproveché la comida para buscar discretamente un local elegante para una cita romántica. Mi buen amigo Google me facilitó mucho mi trabajo y me hizo un par de sugerencias muy interesantes, entre ellas, Gallow Green; un precioso restaurante ajardinado situado en la azotea de un hotel. No tuve más que mirar un par de fotos para saber que era perfecto. El problema sería, como siempre pasaba en ese tipo de sitios, conseguir una mesa con solo un día de adelanto. Llamé durante un viaje en coche a una reunión fuera de la oficina y, tras veinte minutos de insistencia y un nada sutil soborno, conseguí una mesa, pero solo una. La pedí de todas formas y chisqué la lengua antes de dejar el móvil a un lado y adentrarme en el ascensor del edificio. Me reservé la mala noticia para la cena, esperando a que James dejara de hablar sobre lo bien que iba el nuevo producto que habían lanzado y sus planes sobre invertir en el beneficiosos pero complicado mundo de la moda; como, al parecer, yo le había sugerido.

—Mañana tenéis mesa en el Gallow Green. Solo he podido conseguir una de dos comensales con tan poca antelación —dije de corrido, prefiriendo soltar la bomba y después hacer el control de daños, porque la experiencia me había enseñado que preparar el terreno y tratar de suavizarlo no cambiaría la reacción de James.

No necesitó decir nada, solo tuvo que mirarme fijamente por el borde superior de los ojos mientras terminaba de masticar su revuelto de champiñones con huevo y verduras. Era muy intimidante y transmitía cierta sensación de peligro, pero esas mierdas no funcionaban conmigo, y él lo sabía.

—Yo estaré allí, pero en la barra del bar —añadí, manteniendo mi tono tranquilo y pausado—, esperando a que terminéis de cenar. Me he tomado la libertad de escoger un regalo para ella y...

Y un fuerte golpe en la mesa me detuvo. Un botellín de agua a medio be-

ber tembló y terminó cayéndose de lado. Lo recogí y lo puse de nuevo en su sitio frente a mí antes de enfrentarme a la tormenta azul que eran los ojos de James.

—Es ella la que se va llorando y corriendo por ningún motivo ¿y aún por encima tenemos que premiarla con un puto regalo?! —terminó rugiendo.

—Sí, es lo que suele pasar —respondí—. Tú asumes que has tenido la culpa por haberla hecho llorar y le compras un regalo y un ramo de flores porque te preocupa.

La reacción de James hubiera sido cómica, de no ser porque mis palabras le estaban llevando a un punto en el que le costaba contener su expresión facial y no paraba de sufrir tics nerviosos mientras apretaba tan fuerte los puños sobre la mesa que sus nudillos palidieron.

—No voy... a disculparme con ella... jamás —sentenció en voz baja, contenida y entre dientes.

Bebí los últimos tragos de agua que me quedaban en el botellín, dándole tiempo al señor Black para respirar y tranquilizarse, antes de apartar mi plato vacío de delante y entrelazar los dedos frente a los labios. Una postura que él reconoció al instante.

—¿Qué habría que hacer para que te tomaras la cena con tranquilidad y no te enfades? —pregunté.

James al fin relajó los puños y extendió las manos sobre la mesa, alzando la cabeza para mirarme un poco por encima. Negociar siempre le había gustado, después de todo, así era como había empezado nuestra relación: con tratos y acuerdos.

—No te pondrás ropa interior, me levantaré de la mesa todo lo que quiera para ir hablar contigo y manosearte y después nos iremos al baño para que me comas la polla y te folle. No te quejarás y no me dirás absolutamente nada sobre lo que debería o no debería hacer con Lana.

Me tomé unos segundos, pero terminé asintiendo. Le esperaba un fin de semana bastante duro al señor Black en casa de sus padres y no podíamos empezar con mal pie.

—No llamaremos la atención, serás discreto y pasarás al menos veinte minutos con Lana entre cada parón para venir a verme. No puede ser que la dejes prácticamente cenando sola mientras estás en la barra conmigo —dije yo.

—Un cuarto de hora máximo —negó él.

—Pondrás buenas excusas, creíbles, no un simple: «voy a ver a Leo».

—Tú serás agradable, cariñoso y me tratarás como a tu puto prometido, como cuando vamos a tomar un café o a pasear.

—Muy bien —respondí, alargando la mano para cerrar el acuerdo.

James me dio un firme apretón y puso una suave sonrisa en los labios, olvidándose por completo de su enfado.

—Qué recuerdos... ¿eh, Leo? —murmuró—. Cuando tenía que hacer esto para que me besaras también de día y no solo por la noche.

Sonreí un poco.

—No eran solo besos lo que me pedías, James —le recordé—. Siempre empezabas por un nada agradable «te doy tanto dinero si te pones a cuatro patas», «cómeme la polla y te lo tragas» o un «te follo aquí o allá». Me hacías sentirme muy mal con todo eso, parecías un loco y un obseso.

El señor Black se quedó mirándome en silencio mientras me levantaba de la silla para tirar los botellines a la basura, recoger los platos y los cubiertos y llevarlos al fregadero.

—Siempre me has puesto muy cachondo, Leo —escuché decir a James a mis espaldas—. Verte todos los días desnudo y no poder follarte era una especie de tortura para mí.

—Sabías cuál era mi trabajo y los límites que tenía —respondí, abriendo el agua para dejarla correr hasta que se calentara un poco—. Tú pediste esos límites desde el principio. Estaban en el contrato.

—El contrato era una gilipollez, Leonard, solo quería asegurarme de que no te irías y añadí un montón de cláusulas abusivas para mantenerte controlado y sometido.

Alcé las cejas y me volví para mirarle al rostro un momento antes de comenzar a fregar los platos. Eso no era algo que no supiera ya, pero oído así, en voz alta, resultaba un poco perturbador.

—Me enfadaba contigo porque no entendía por qué no querías follar —continuó, mostrándose un poco indignado y molesto con el tema—. Por la noche eras muy cariñoso conmigo y por el día me tratabas como a un puto extraño. Creía que lo único que querías era que me humillara ante ti y que tratabas de manipularme.

—Lo que quería, James —le aclaré con el mismo tono que él estaba usando—, era no convertirme en uno de tus putos sumisos y terminar en esa asquerosa agenda tuya. Tú no dejabas de ofrecerme dinero y tratos sexuales como a una especie de puta y te enfadabas por cualquier cosa.

—Tú no parabas de hacer cosas bonitas por mí, pero no querías follar, ni dinero ni nada. ¡No entendía qué mierda querías de mí y me ponía muy nervioso! —terminó gritando.

Me aclaré las manos y me las sequé en un trapo de tela antes de tirarlo a un lado, entonces me giré y me crucé de brazos mientras apoyaba la cadera en la encimera. Miré aquellos ojos del azul del mar, que me miraban de vuelta en mitad de una expresión severa y un poco jadeante. Compartimos un breve silencio, uno en el que le di tiempo a James para respirar y relajarse.

—A veces, la gente hace cosas por otra gente sin esperar nada a cambio —le dije con tono calmado—. Yo hacía cosas por ti porque, cuando no parecías un hombre desquiciado y obsesionado por el sexo, te respetaba mucho, James. Sigo haciéndolo.

—No sabía cómo eras tú, Leo —respondió, poniéndose un poco a la defensiva—. Normalmente, cuando eran buenos conmigo, era porque querían algo de mí. Sexo, fama, dinero o amor, siempre era alguna de esas cuatro, o las cuatro a la vez.

Asentí con la cabeza, consciente de que James no... no debía haber tenido una vida sencilla a un nivel emocional. No solo por esa infancia fría y estéril que sus padres le habían dado, sino porque, incluso al crecer, las cosas no parecían haberle ido demasiado bien. Me incorporé de mi sitio en la encimera y rodeé la isla para ir a su lado. James se volvió en el taburete, pero mantuvo una expresión seria y una actitud atenta; por si lo que había dicho no me había gustado y habría consecuencias. Sin embargo, le di un fuerte abrazo y un cariñoso beso en los labios.

— Amarte me daba miedo, James —le confesé muy cerca del rostro en un suave susurro.

James me miraba fijamente, cambiando de un ojo al otro porque estaba demasiado cerca para verme los dos a la vez.

— ¿Por qué te daba miedo? —me preguntó en el mismo tono bajo.

— No creía que tú pudieras quererme como yo te podía llegar a querer.

El señor Black asintió un poco, llegando a rozar mi frente con la suya.

— ¿Y ahora qué crees, Leo?

— Creo que me quieres más que nadie en el mundo —sonreí.

James movió los brazos para rodearme y atraerme hacia él. Hundió su rostro a la altura de mi cuello y me apretó un poco más fuerte antes de murmurar:

— Más que nadie y más que a nadie en el mundo.

Cerré los ojos y me dejé llevar por esa cálida e increíble sensación que me recorría el cuerpo como una densa niebla. No fui consciente del tiempo que pasamos así, solo de que, aunque hubieran pasado horas, no habría sido suficiente.

El señor Black terminó levantando la cabeza, rozando mi mejilla con la suya, un poco mojada y húmeda, antes de darme un beso suave y lento en los labios. Cuando me miró vi sus ojos vidriosos y un poco enrojecidos. Le limpié las lágrimas en silencio y después bajó del taburete para llevarme de la mano hacia la habitación. Decían que los extremos se tocaban, y solo alguien como James podía pasar de ser un amo dominante y estricto un lunes para convertirse en el hombre más dulce y dedicado el jueves.

Me cubrió de besos y caricias, haciéndomelo de cara para poder seguir besándome y susurrando mi nombre, poniendo una dedicación profunda y absoluta a hacerme sentir un poco más amado a cada segundo. Cuando nos corrimos fui yo el que se quedó mirando el techo de la habitación, con una sonrisa estúpida en los labios sonrosados, antes de abrazarle y quedarme dormido con ese peso tan familiar y cálido sobre mí.

El viernes nos despertamos con bastantes energías y afrontamos el gimnasio de mucho mejor humor, terminando tan cansados como siempre, pero no exhaustos. Pedí dos donuts glaseados con el café especial, porque era un buen día y empezaban a verse algunos rayos de sol entre las nubes, sacando destellos cegadores a la acera mojada. El señor Black jugó con facilidad su papel del Soltero de Oro con Lana, deslumbrándola una vez más con aquel increíble encanto y una sonrisa

que no era la de siempre. Ella no lo sabía, pero lo que estaba viendo era la sonrisa de James, esa un poco imperfecta, casi de niño, que le hacía entrecerrar levemente los ojos. Estaba guapísimo cuando sonreía así, o al menos, a mí me gustaba más.

—Hoy pareces bastante contento —le dijo Lana durante la comida, contagiada por el buen humor del señor Black, lo que no era difícil.

—Ah, es que ayer fue una gran noche, ¿a qué sí, Leo? —respondió antes de llevarse un buen bocado de espaguetis con pollo, calabacín y aceite de oliva a la boca.

—Sí, muy, muy buena —reconocí, participando en aquel chiste privado.

—¿Qué pasó? —preguntó la joven, cambiando la mirada intermitentemente de uno a otro.

—Llevé a Leo a ver las estrellas —respondió James sin terminar de masticar.

Se me saltó la risa y casi me atraganto con el agua, teniendo que llevarme una mano a los labios y obligarme a serenarme y tragar antes de poder reírme en alto.

—Sí, las vi todas, la verdad —afirmé, dedicándole a James una mirada por el borde superior de los ojos y un discreto guiño a escondidas.

Sin embargo, Lana perdió parte de su sonrisa y murmuró un leve «oh...» por lo bajo mientras agachaba la cabeza. Se quedó mirando su envase de plástico y llevándose pequeños bocados a la boca.

—Y... —dijo en voz baja—. ¿Iremos los tres juntos a ver las estrellas en otra ocasión?

—No —negó James, buscando su servilleta para limpiarse los labios—. A Leo no le van esas cosas.

Otro golpe de risa me sacudió el abdomen. Bajé la cabeza e hice un esfuerzo por que no me saliera la comida por la boca.

—¡Joder, James, déjame comer! —exclamé. Era una queja, pero dicha con una gran sonrisa.

El señor Black me miró mientras masticaba, evidentemente orgulloso de hacerme reír.

—¿Qué quiere decir que no te van esas cosas? —me preguntó Lana, sin entender nada de lo que estaba pasando allí.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—Tonterías de James, ya le conoces —dije con un gesto de la mano con la que sostenía el tenedor de plástico.

—Oh, ¿entonces quieres probar, Leo? —me preguntó James, fingiendo estar muy interesado con aquello.

—No, no vamos a probar nada —le aseguré, aunque fuera otra de sus bromas. Me giré de nuevo hacia Lana y le dije—: Esta noche no hace falta ir de etiqueta, solo llevar algo elegante. Si tienes dudas, puedes mandarme un mensaje y te ayudaré.

—Gracias, Leonard —dijo ella tras un momento de pausa, como si su cerebro se hubiera detenido para entender mis palabras y buscar la respu-

esta adecuada —. ¿Ha... haremos algo después o solo será la cena?

—¿Algo después? —pregunté, sorprendido con aquello. Normalmente Lana saltaba de alegría solo con ir a cenar con James.

—Sí. Emh... a tomar una copa o algo así, supongo...

—¿Desde cuándo te gusta beber? —le pregunté, y fue una pregunta de sincera curiosidad, no una respuesta cortante y desagradable.

Lana se puso un poco nerviosa, bajó la mirada y se sonrojó.

—No me gusta, pero sé que a vosotros sí y... hay cócteles sin alcohol que saben bien. Puedo beber eso.

Miré a James, quien se estaba terminando sus espaguetis y había perdido el buen humor, a la espera de escuchar mi respuesta.

—Este fin de semana tenemos que asistir a un evento fuera de la ciudad —le dije a Lana, poniendo el tono justo de tristeza sin que llegara a sonar falso o paternalista—. Mañana madrugamos y no podemos alargar la noche.

Ella se quedó mirando el envase a medio comer antes de volver un poco el rostro hacia mí.

—Pero ayer sí tuvisteis tiempo para ir a ver las estrellas... —murmuró.

Perdí la mueca de leve tristeza y me puse serio. Lana estaba escuchando a alguien que no debía, alguien que la estaba convirtiendo en una mujer que ella no era, o al menos, que yo creía que no era. No me molesté en responder a aquello, terminándome tranquilamente los últimos bocados de espaguetis mientras un silencio tenso e incómodo se extendía por el despacho. El señor Black bebió un par de tragos de su café solo y volvió su sillón negro de jefazo hacia nosotros.

—Lana —dijo con un tono serio, aterciopelado como el del Soltero de Oro, pero firme y severo como el de James—. Yo soy un hombre de negocios importante. Tengo una agenda muy estricta y muchas veces no puedo decidir los momentos en los que poder disfrutar de algo tan simple como ver las estrellas. Leo y yo tenemos la costumbre de hacer planes improvisados, y no podemos avisarte en cada uno de ellos, porque sería absurdo. ¿Lo entiendes?

La joven se había quedado petrificada, hasta temblorosa, diría. Tenía los ojos de chocolate empañados en lágrimas y la cabeza gacha mientras se aguantaba los sollozos con todas sus fuerzas, como si fuera una niña pequeña a la que estuviera regañando. Dejé el tenedor de plástico dentro del envase vacío y cogí mi café con leche para beberlo poco a poco. Mantenía la mirada al frente, hacia los ventanales con vistas a los demás edificios de oficinas de la calle. No quería participar lo más mínimo en aquello. Yo era el padre divertido, el que te compraba dulces y hacía bromas; James era el padre serio, el que te decía las cosas cuando las bromas y los dulces ya no funcionaban.

—Leo, ¿has hablado con señora Hightower sobre ese pedido del que hablamos? —me preguntó tras un breve silencio, ignorando por completo los jadeos y lágrimas contenidas de la joven.

—Emh... sí —respondí tras un momento, cogiendo el móvil de encima de la mesa—. Estará aquí el lunes de esta semana. Ha enviado doce muestras, todas sobre las que habíais hablado por teléfono y dos más que ella cree que podrían gustarte.

—Bien —asintió él—. Lana, vuelve a tu puesto. Nos veremos a la salida y después te iremos a recoger a casa, como hemos dicho.

Ella asintió en silencio y se levantó, dejando su envase a medio comer y su café sobre la mesa baja. Casi se tropieza al alcanzar la puerta, aunque llevara zapatos planos y no hubiera nada más que aire entre ella y la entrada, así que se agarró a la manilla con fuerza y tomó una bocanada de aire antes de abrir la puerta negra y salir. James se recostó en el sillón y se aflojó la corbata, cosa que nunca hacía delante de ella.

—Como vuelva a decir algo así, la echaré a la puta calle y me da igual lo que diga el señor Lee. ¿A quedado claro, Leo?

—Muy claro, señor Black —respondí yo, recogiendo todo para tirarlo a la basura.

—¿Tienes los regalos y los esmóquines preparados para este sábado?

—Sí —dije, mirando la hora en Rolex—, debería estar todo ya en casa.

El señor Black asintió y se terminó su café, dejando el envase vacío a un lado de la mesa.

—Ahora ven aquí y dale una buena razón a tu futuro marido para sonreír

—ordenó, moviendo el sillón hacia el lado mientras levantaba un poco la cadera.

—Yo siempre le doy buenas razones para sonreír —le aseguré, recogiendo el envase vacío que había dejado para tirarlo también a la basura.

—Una más literal, con la boca, quizá —me sugirió, haciendo un gesto con la mano para que me acercara, como si la orden anterior no hubiera sido lo suficiente clara.

—Oh... —murmuré, fingiendo que acababa de comprender lo que quería. Rodeé la mesa para llegar a su lado y me incliné apoyando las manos en los reposabrazos del sillón—. ¿Quiere proponerme un plan improvisado para ir a ver las estrellas, señor Black? —le pregunté con una voz más grave y sugerente y mi media sonrisa de chico travieso; esa que había usado cuando quería buenas propinas en el pub.

James mantuvo mi mirada en silencio con una expresión seria que no dejó traslucir nada, pero había algo que siempre le delataba, y era su entrepierna cada vez más abultada y dura y su respiración cada vez más profunda y acelerada.

No dijo nada, solo levantó una mano para tirar de mi corbata y besarme con fuerza.

BONUS: UN JARDÍN EN EL CIELO

Esperé frente al portal, en mitad de la acera, a aquel coche negro y alargado en el que James y Leonard siempre venían a recogerme. Revisé mi blusa larga bajo la cazadora de cuero de Gloria y empecé a jugar nerviosa con los dedos. Había bajado un poco temprano, siempre lo hacía porque si no, Lizzy y Darcy me llenarían de pelos y tendría que cambiarme. ¡Esos dos diablillos!

De todas formas, solo esperé quince minutos hasta que el coche apareció por el final de la calle y se detuvo a un par de pasos de mí. Leonard abrió la puerta y me sonrió, tan guapo como siempre. Su gorro de lana gris, junto con sus gafas *vintage* y su camisa blanca un poco desabotonada le quedaban muy bien; parecía uno de esos *influencers* tan guapos que habíamos visto en la *Fashion Week*.

—Buenas noches, Lana —me saludó con su bonito acento irlandés—. ¿Llevas mucho esperando?

Me ofreció la mano y yo sonreí un poco. Aquella tarde las cosas no habían ido bien a la hora de comer, pero la calma y educación del señor O'Brien siempre me hacían sentir mucho mejor. Acepté su mano cálida y entré en el coche, incapaz de mirar al otro hombre que me esperaba allí dentro.

—Hola, Lana —me saludó él con su voz grave y masculina.

Levanté la mirada de mis manos y me encontré con el hombre más increíblemente guapo del mundo: el señor Black. ¡Mi novio! Tenía una sonrisa perfecta en mitad de una barba un poco poblada y espesa. A mí no me gustaba demasiado, pero seguía siendo muy atractivo, porque nada podría quedarle mal a un hombre como él.

—Hola, James... —farfullé en voz baja, sonrojándome y sintiendo que el corazón me daba un giro en el pecho cada vez que oía mi nombre en sus labios perfectos.

Esa noche llevaba pantalones de pinza y camiseta ajustada bajo la cazadora negra. Incluso sin traje y en ropa de diario, tenía una presencia sobrecogedora, muy masculina y fuerte. Te miraba fijamente con sus ojos más azules del mundo y te sentías muy pequeña y ridícula en comparación con él.

Leonard entró en el coche y se sentó a mi lado, me sonrió y me preguntó:

—¿Alguna vez has visto el Gallow Green, Lana? Creo que te va a encantar.

Negué con la cabeza y después sonreí y asentí, terminando por agachar la cabeza y mirarme las manos que frotaba nerviosamente sobre el regazo. Hice un gran esfuerzo para decir algo, aunque me sintiera cohibida y avergonzada por la pequeña bronca que el señor Black me había echado a la hora de comer. Era un hombre importante y se esforzaba mucho para poder tener esas citas conmigo, ¡y yo me había portado como una niña tonta porque ellos habían ido a ver las estrellas juntos! Pero es que...

—¿Eh?, Lana —me llamó Leonard.

Levanté la mirada hacia él al momento y asentí varias veces, aunque no estaba segura de haberle escuchado bien.

—Pizza para todos, entonces —dijo él, con su suave sonrisa antes de cruzarse de piernas y mirar el móvil.

Se produjo un silencio en el que ninguno de los tres dijo nada. Reuní el valor para levantar el rostro hacia James, que miraba al señor O'Brien de arriba abajo lentamente y con atención, con una sonrisa en el rostro y las manos entrelazadas en el regazo.

—Lizzy y Darcy han vuelto a hacer de las suyas con el cajón de arena —le dije.

James me miró a los ojos y tardó un momentito en responder:

—¡Esos dos diablillos! —y se rio de esa forma agradable y encantadora.

—Sí —sonreí más, contenta de que le hubiera hecho gracia—. Siempre hacen estas cosas juntos. Son una pareja un poco rebelde.

—Sí, sí que lo son —afirmó el señor Black—. ¿Tú qué crees, Leo?

Leonard no levantó la mirada de su móvil de empresa, porque él nunca dejaba de trabajar y atender a las muchas citas de James.

—No sabía que eran pareja —me dijo, dedicándome una breve mirada y una sonrisa.

—Oh, sí —asentí varias veces—. Una vez... —pero me entró un poco de vergüenza y no pude continuar. Me reí por lo bajo y tomé aire antes de decir—: una vez les organizamos una pequeña boda mis amigas y yo. Fue muy divertido.

—Sus gatos se han casado, Leo —dijo el señor Black después de una de sus carcajadas—. Qué envidia...

Leonard levantó la mirada del móvil hacia James, pero se mantuvo en silencio.

—¿Tú quieres casarte algún día? —le preguntó el señor Black.

—Sí, sí quiero —afirmó Leonard tranquilamente.

—Entonces, deberías ser muy cariñoso y atento con tu hombre, ¿no crees? Seguro que a tu futuro marido le gustaría que le mimaras mucho y le hicieras muy feliz.

El señor O'Brien ladeó un poco la cabeza y volvió a dejar un breve silencio. Yo escucha con atención, muy sorprendida con todo aquello.

—¿Tienes novio, Leonard? —le pregunté, porque eso era algo que no sabía.

Él me miró y puso una suave sonrisa. Leonard era un hombre muy atractivo, gracioso y muy agradable, debía tener un montón de chicos gays haciendo cola para salir con él.

—Trabajo demasiado —respondió antes de volverse de nuevo hacia James—, pero estoy seguro de que a mi futuro marido le mimaría demasiado y que, si quisiera más, sería solo por puro vicio.

—No creo —negó el señor Black sin dejar de sonreír—. Eres muy bueno con la lengua, Leo. Si la usaras más, seguro que harías a tu futuro marido muy feliz.

El señor O'Brien arqueó las cejas, parpadeó y negó con la cabeza antes de volver a mirar al móvil con una suave sonrisa en los labios. Una vez más, ellos estaban hablando, compartiendo bromas y yo estaba allí sentada y escuchando sin saber qué decir... ¡Las cosas con James estaban yendo mal! Desde la *Fashion Week*, todo había ido a peor. El señor Black había enfermado y yo había estado súper preocupada por él. Le había mandado varios mensajes y no me había respondido a ninguno. Terminé llamando a mi prima Gloria, llorando e incapaz de decir dos palabras seguidas. Ella me había dicho que fuera a su casa, pero yo no sabía dónde vivía. Me dijo que buscara su dirección en los informes de la oficina, porque debería estar por ahí, en algún lugar; pero no me pareció bien presentarme en su casa sin avisar.

—¡Eres su novia, Lanita! ¿Qué más da? —me había dicho.

¡Tenía razón! Yo era su novia, debería saber dónde vivía James y poder ir a visitarle con la sopa que le había hecho para que se mejorara. No me hubiera importado quedarme a hacerle compañía, aunque sabía que Leonard ya estaría cuidando de él.

A veces sentía una punzada en el pecho al pensarlo. Nana lo llamaba «la pulguita de la envidia» y siempre decía que era algo malo para el alma.

Y tenía razón, era muy malo y te hacía sentir muy, muy mal. Yo no quería sentirme así, pero cada vez era más difícil. James y Leonard tenían una relación muy especial en la que yo también quería formar parte. Tenían sus bromas, sus charlas, vivían juntos y hacían muchas cosas emocionantes juntos.

—No puede ser que trate mejor a su amigo que a ti, Lanita —me decía Gloria—. Las cosas no funcionan así.

Y yo quería pensar que era cierto. Porque a veces me sentía ridícula y apartada cuando ellos hablaban, sin saber qué hacer o qué decir, así que me quedaba callada y quieta y solo escuchaba como bromeaban y se trataban, deseando con todo el corazón poder hacer lo mismo que ellos.

—¡James debería prestarte toda su atención! No entiendo por qué ese irlandés de mierda siempre tiene que ir con vosotros. ¿Es su puta sombra o qué?, ¿también le limpia el culo y le quita los mocos? —me dijo Gloria.

—Es su ayudante, tiene que ir con él, es parte de su trabajo —le había respondido yo—. Además, son muy buenos amigos.

—¡Mis amigas no me acompañan a mis citas con hombres porque saben que no pintan nada allí! ¿Y qué va a pasar cuando te bese?, ¿y cuándo te lleve a la cama? ¿Va a estar el otro mirando también?

Yo sabía que Gloria quería ayudarme, que me quería mucho y trataba de darme buenos consejos. Ella había tenido muchísimas citas y muchos novios. Muchos más de los que los tíos Carlos y María sabían, pero eso era un secreto entre primas. Gloria fue la que me dijo que el señor Black y Leonard habían ido a la *Fashion Week* sin mí. Me envió capturas de pantalla de su Instagram y se me cayó el mundo al suelo.

—¡Hay que ser subnormal para mentirte y después irse a sacarse fotos en

la *Fashion Week*! ¿No te dijo que estaba enfermo? Porque no parece muy enfermo... —me dijo Gloria cuando vino a verme a casa—. Parece bastante contento. Parece que se lo va a pasar muy bien con su gran amigo Leonard entre todas esas modelos internacionales de la pasarela.

Yo lloraba y ella me decía que debía dar un paso adelante y dejar las cosas claras, porque, si no, James acabaría creyendo que podía tratarme como... una caca. Y había decidido hacerlo, había decidido dar un paso adelante y permitirme a mí misma mandarle más mensajes de los que antes le mandaba, o pedir un poco más de lo que antes le pedía. ¡Sí, señor! Iba a ser una nueva Lana que lucharía por su lugar en la relación.

Por desgracia, no era tan sencillo como Gloria decía. Me ponía muy nerviosa y las palabras no me salían, incluso cuando las llevaba repitiendo durante horas en mi cabeza. El lunes que James regresó al trabajo, estaba tan increíblemente guapo y elegante como siempre, caminando hacia mí con su preciosa sonrisa perfecta y su pelo rubio un poco revuelto. Había empezado a hablar conmigo como si nada hubiera pasado, como si en su móvil no hubiera ocho mensajes míos preguntándole si se encontraba mejor y si necesitaba algo. Eso me dolió un poquito, pero no tanto como ver aquel anillo plateado en su dedo anular. Lo primero que pensé era que se trataba de una alianza de compromiso. ¡Era casi igual que una! Se me cayó el mundo a los pies y recordé lo que me había dicho Gloria hacía tanto tiempo.

—Lanita, ten cuidado con ese hombre. Esos millonarios que van de súper estrellas y parecen modelos suelen tener a cinco fulanas a la vez para cada día de la semana. Así que no le pongas las cosas fáciles, para que sepa que tú vales más que eso.

Yo no le había creído. ¡El señor Black era un buen hombre! No era de esos que hacían cosas así. Pero al ver ese anillo en su dedo cambié de idea, quizá sí había alguien más, alguna mujer guapísima a la que invitaba a cenar todas las noches y que quizá supiera dónde vivía, que le había cuidado mientras estaba enfermo y a la que le daba la mano y besaba... En ese momento quise llorar, pero me obligué a mantenerme firme y preguntarle por aquel anillo. Él se rio de esa forma tan encantadora y hermosa y me dijo: «Eso sería una locura, ¿verdad?». ¡Y era verdad! Era una locura pensar que el señor Black se hubiera comprometido del día a la mañana; sin embargo, el anillo estaba ahí, en su mano, y yo no podía dejar de mirarlo.

Cuando James se despidió y se fue con Leonard por el pasillo, como hacían siempre, le pedí a Ann que me cubriera un minuto mientras hacía una llamada y me fui corriendo lo más rápido posible al baño. Entre en uno de los cubículos y cogí papel de retrete para limpiarme las lágrimas y sofocar los sollozos. Busqué el móvil y llamé a Gloria. Yo lloraba sin parar y ella estaba en la peluquería, con todo el ruido no era capaz de oírme, así que tuve que esperar a que saliera a la calle.

—Creo que... tiene un anillo —lo intenté de nuevo—. Tiene... un anillo en

la mano, en el dedo anular, y yo... —pero no fui capaz de continuar.

—¡Un anillo! ¿Cómo que un anillo? —chilló Gloria, tan fuerte que me hizo daño en el oído—. ¡Lo sabía! ¡Es que te lo dije, Lanita! ¡Te dije que ese hombre era un jodido putero! ¡Los que van de príncipe azul son los peores!

Yo lloraba cada vez más fuerte y no podía parar. No podía creerme que el señor Black fuera así, ¡no podía creerlo! Siempre había sido tan encantador y educado, tan elegante...

—Para ya, *mamita* —me pidió Gloria, bajando el tono de voz—. No llores por ese hijo de puta. No se lo merece. Ay... es que te lo dije. Y Mona, Lisa y la señora Hernán me dieron la razón. ¡Todas!

—Me... me dijo que era una locura —conseguí decir entre un ataque de hipo—. Cuando le pregunté.... Que era una locura.

—¡Oh! Así que quiere seguir contigo para ver si te lleva a la cama antes de que se case. ¡Qué pedazo de hijo de puta! ¡Vete allí y grítale que es un cabrón y que esperas que se le pudra la polla!

—No... no puedo hacer eso —negué al momento—. ¿Y si no es un anillo de matrimonio? Él me dijo que...

—¡Es un anillo en el dedo anular, Lanita! ¡¿Qué más puede ser?! —me interrumpió.

Entonces oí que abrían la puerta y tuve que despedirme de Gloria lo más rápido que pude para que no me oyeran hablar y llorar a escondidas como una ridícula chica de instituto. Volví a mi puesto de trabajo y pensé en lo que haría, hasta que se me ocurrió ir a hablar directamente con el señor Black y aclarar las cosas, pero no de forma improvisada, sino en nuestra cita. Aguardé pensando las palabras que le diría una y otra vez, hasta que llegó la hora y ellos todavía no habían aparecido. Me quedé sentada esperando, hasta que decidí dar un paso adelante e ir a buscarles al despacho. ¡Sí, podía hacerlo! Llamé a la puerta y la abrí con la cabeza alta y decidida a resolver aquel problema.

¡Qué sorpresa me llevé! El señor Black estaba de espaldas a mí, sin la camisa puesta... con toda la suave piel y los músculos a la vista. Leonard estaba a un lado, con la cadera y las manos apoyadas en la mesa, ¡y también tenía la camisa abierta!

Se podía ver a la perfección su precioso cuerpo, incluso más musculoso y trabajado de lo que aparentaba bajo sus camisas holgadas de trabajo. Con un pelo caoba igual al de su cabeza y su barba cubriéndole el pecho y descendiendo en un reguero hasta desaparecer bajo la cintura de su pantalón, como una línea reflejos pelirrojos que cruzara su cremosa piel. Solté un chillido al momento y una disculpa, saliendo disparada de vuelta a recepción. ¡Qué vergüenza! Qué gran error había cometido... Solo esperaba que el señor Black no se enfadara conmigo.

Estaba martirizada, sentía una bola pesada en el estómago y quería que el suelo me tragara para desaparecer de la faz de la tierra. Hasta que oí mi nombre y levanté la vista para ver a Leonard, con su preciosa sonrisa y sus

ojos de un azul polvoriento mirándome desde lo alto del mostrador. Estaba solo y eso me hizo sentir más tranquila. Leonard tenía una calma que te hacía sentir más segura, él siempre sabía lo que hacer y nunca le importaba ayudar. Pensar en eso pudo conmigo y terminé llorando de nuevo y contándole lo mal que me sentía. Él trató de consolarme, pero antes de que pudiéramos hablar, el señor Black llegó con su ropa nueva y su gran sonrisa. Yo estaba fatal, no podía dejar de sollozar porque me sentía como una estúpida mientras James se limitaba a fingir que nada había pasado para no hacerme sentir mal. Y todo fue a peor cuando llegamos al coche y empezaron a preguntarme si estaba bien; eso pudo conmigo. Me entró un ataque y tuve que salir corriendo del coche antes de que me vieran llorando como una estúpida. Llamé a Gloria y fui a verla a su peluquería, entrando como una niña llorona por la puerta y recibiendo toda la atención de sus clientas. Se quedaron en silencio y me miraron, porque Gloria ya les había contado lo que pasaba entre el señor Black y yo. ¡Qué vergüenza sentí! Fui directa a la parte trasera y esperé a que mi prima viniera a hablar conmigo. Ella me consoló y me acompañó a casa. Decidimos que había llegado el momento de llamar al señor Black y dejarle las cosas claras de una vez por todas. Yo no podía seguir sintiéndome como una secretaria más a la que, de vez en cuando, sacaba a cenar. Gloria decía que una novia era mucho más que eso, ¡y tenía razón! Así que le llamé y le pedí que comiéramos juntos, porque era algo que siempre había querido hacer. Y, con ayuda de Gloria a mi lado, ¡lo conseguí!

Empecé a comer con ellos y a sentirme un poco mejor, como habíamos hecho en aquel maravilloso viaje a Francia. Descubrí algunas cosas, ¡como que Leonard era gay! Ann se llevó una tremenda decepción, la pobre. Estaba muy interesada en él y llevaba mucho tiempo tratando de que la invitara a cenar o a tomar algo.

También descubrí que el señor Black detestaba el hígado y me hizo mucha ilusión, porque yo también lo detestaba.

Ah, y que los anillos que ambos llevaban en la mano no eran alianzas, sino anillos de la amistad. ¡Fue una idea muy bonita de su parte comprarse anillo a juego! Aunque Gloria seguía pensando que era muy raro y que no le parecía normal.

Y todo parecía ir mejor hasta que James me invitó al Zoo y a cenar. Gloria me había dicho que ya era momento de dar otro paso, de mandar un mensaje al señor Black y «dejar de ser tan mojigata, Lanita». Si me dejaba tratar como solo una amiga, la relación no iba a avanzar entre nosotros. Pero yo no estaba preparada para darle un beso a James... solo pensarlo me ponía muy, muy nerviosa y me hacía saltar el corazón como un colibrí por todo el pecho. Así que, cuando encontré la ocasión, quise compartir mi paraguas con él porque el suyo se había roto. ¡Caminar por el zoo juntos!, era perfecto... Pero el señor Black prefirió compartirlo con Leonard. Una vez más, la pulguita de la envidia me pico y me hizo sentir

muy mal. Ellos dos parecían muy cómodos juntos, charlando sin ningún problema y con sus bromas íntimas que yo no entendía; y yo estaba allí, bajo mi paraguas y aguantándome las ganas de llorar hasta que no pude más y volví a salir corriendo.

Cuando Gloria me llamó para preguntarme por la cita, no pude mentirle. Vino a casa gritando y muy enfadada, diciendo que, si no le dejaba las cosas claras al señor Black, ella lo haría por mí. Yo le dije que no se preocupara, que yo lo haría, pero cuando me sugirió que me diera una ducha calentita para relajarme, ¡cogió mi teléfono! La oí gritar desde baño y salí corriendo tan deprisa que me caí en el pasillo. Por suerte, era Leonard el único que estaba al otro lado de la línea. Me notó que estaba triste y preocupada, porque él siempre lo notaba, y me dijo que, si necesitaba hablar, él me escucharía. ¡Tuvimos una charla maravillosa! Me dijo que James era un hombre tímido y que le daba mucha vergüenza compartir momentos íntimos conmigo. Entonces lo entendí todo, ¡porque a mí también me daba un poco de vergüenza! Era normal que quisiera hablar tanto con Leonard cuando yo estaba delante. Yo también hubiera hablado con una amiga si pudiera para pasar el mal trago y no quedarme en silencio.

El problema era cuando nos quedábamos solos. James era tímido y no hablaba demasiado, y yo era tímida y me ponía nerviosa y no podía dejar de hablar.

Como cuando llegamos a ese preciosísimo restaurante en lo alto de un hotel. Fue mágico, repleto de plantas y flores como si se tratara de un jardín, pero con zonas cubiertas en un estilo rústico, como una cabañita en el bosque. Leonard tenía razón, ese lugar me encantó. Nos sacó unas fotos bastante bonitas y después nos sentaron en una preciosa mesa de madera con vistas a la ciudad, bajo los farolillos que emitían una luz suave y cálida. Parecía un sueño...

—Estoy llevando a cabo un negocio importante —me dijo James cuando se sentó frente a mí—. Tendré que ir a ver a Leo cada quince minutos para que me informe de la situación.

—Por supuesto —asentí—. El tiempo que necesites.

El señor Black tenía razón cuando me dijo que era un importante hombre de negocios y que su tiempo era mucho más valioso de lo que podría llegar a imaginar. Cuando había entendido la situación, había comprendido lo tonta que había sido por haberme quejado aquella tarde.

—Bien, cuéntame cómo fue esa boda de los gatitos, entonces —sonrió. Me volví a poner algo colorada y bajé la mirada al plato. Le conté la historia, un poco tonta, de cómo mis amigas y yo habíamos casado a Lizzy y Darcy, parando solo para responder al camarero y hacer nuestro pedido. James pidió vino y se bebió una copa antes de tocarse el reloj para recordarme que ya habían pasado quince minutos y que debería ir a ver a Leonard en la barra del bar, al otro lado del restaurante. Le esperé pacientemente, hasta que trajeron nuestra pizza grande y humeante que

olía tan bien; entonces el señor Black volvió con una sonrisa grande en los labios y se sentó antes de soltar un profundo suspiro de felicidad.

—¿Las cosas van bien? —pregunté, alegre de verle de buen humor.

—Sí, van muy, muy bien —respondió él, miró el reloj para comprobar la hora y sacó un trozo de pizza para dejarla sobre su plato—. Cuéntame qué tienes planeado para este fin de semana —me pidió.

Contuve una sonrisa y cogí un pedazo de la pizza para mí. Me hacía mucha ilusión que al señor Black le empezaran a interesar cosas tan tontas como mi fin de semana.

—Algo bastante aburrido, la verdad... —murmuré.

James comió su trozo de pizza mientras me escuchaba, masticando y mirándome de una forma que me hacía latir con fuerza el corazón.

¡Estaba tan guapo bajo la luz cálida de los farolillos y con la vegetación de fondo! Tuve que obligarme a mí misma a continuar hablando y a no quedarme mirándole embobada. A los quince minutos hasta agradecí que tuviera que ir a revisar el avance del negocio con Leonard, porque así tuve tiempo para beber un par de tragos de agua y respirar para tranquilizarme. Estar con el señor Black a solas era tan intimidante...

En esta ocasión tardó más en volver, tanto que me preocupé que algo hubiera ido mal y estuve a punto de levantarme para ir a verles a la barra del bar, sin embargo, el señor Black volvió antes de que me atreviera a hacerlo. Tenía el pelo un poco revuelto y los labios sonrosados, como si hubiera comido un par de fresas y se hubiera manchado. Se dejó caer sobre la silla y tomó una gran respiración antes de mirarme. Sonrió y me dijo:

—Tuve que ir a revisar un par de datos con Leonard. Muy a fondo —añadió antes de reírse un poco y coger otro trozo de pizza—. Dime... —movió la mano en el aire y pensando en qué pedirme—, tu... familia. ¿Cómo es tu familia? —miró el reloj y se metió casi la mitad de la pizza de un bocado en la boca. Se le escapó un murmullo y se limpió los labios con la servilleta.

—Está muy buena —afirmé, aunque ya estaba algo fría después de tanto tiempo. No había querido comer sin James delante y, al esperar, la masa se había enfriado.

—Sí, está muy buena —asintió él antes de meterse la otra mitad en la boca—. Vengo un poco hambriento después de revisar esos datos. Le hemos dado muy duro —y se rio de nuevo.

—¿Es un negocio muy importante el de esta noche? —pregunté.

—Bastante.

Asentí y le di un pequeño mordisco a la pizza. Nos quedamos en silencio mientras él terminaba su cuarto trozo y miraba de nuevo el reloj.

—Voy a revisar cómo anda el asunto y a por un café —dijo antes de volver a levantarse.

James era un hombre de negocios y no podía elegir cuándo poder pasar tiempo conmigo, o, incluso cuando lo hacía, quizá tenía que hacer parones

para comprobar datos con Leonard.

Me sentía un poco triste por quedarme sola, pero sabía que no lo hacía a propósito. Me terminé el único trozo de pizza que había cogido y esperé con la cabeza gacha, los ojos húmedos y las manos en el regazo a que James regresara.

Cuando lo hizo, no traía café en las manos, solo una suave sonrisa en los labios. No se sentó, se detuvo a un par de pasos y señaló hacia el interior del restaurante.

— ¿Nos vamos? Ya es un poco tarde.

Sorbí por la nariz y asentí en silencio, esforzándome por no llorar delante de él, como hacía siempre. Nos reunimos con Leonard en la barra del bar, me sonrió y me preguntó qué tal estaba la pizza. Levanté la mirada y respondí:

— Muy rica.

— ¿Tú qué te has comido esta noche, Leo? —le preguntó el señor Black.

Leonard le miró con una suave sonrisa. También tenía el pelo más revuelto que antes y un par de botones de la camisa desabrochados, mostrando una abertura hasta el final de sus pectorales y el fino vello sobre ellos.

— Yo me he comido varias cosas —respondió él.

— ¿Estaban ricas?

A Leonard se le escapó una breve carcajada y asintió. Debía ser otra de sus divertidas bromas privadas que yo no conseguía entender y en las que no podía participar; lo que solo me hizo sentirme más triste y desplazada.

— Muy ricas —afirmó Leonard—. Lakov ya nos está esperando abajo.

Les acompañé al hall del hotel, pero cuando salimos a la calle me detuve en seco y les dije:

— Yo iré a ver a unas amigas en el centro.

Los dos se detuvieron, pero fue Leonard el que me preguntó:

— ¿Quieres que te llevemos hasta allí?

— No, no hace falta —murmuré con la cabeza baja—. Gra... ¡Gracias por la cena!

Y comencé a caminar a paso rápido por la calle para que no me vieran llorar. Al menos esta vez había puesto una excusa y mentido antes de irme corriendo como una niña pequeña para sollozar sin que pudieran verme ni oírme. ¡Las cosas no estaban yendo bien con James!

LA MANSIÓN DE LOS HORRORES

Lana había dicho que había quedado con unas amigas en el centro, pero se había ido corriendo en dirección al puerto. A esas alturas, ni me sorprendían aquellos sin sentido de la joven. Solo miré a James, que ya estaba entrando en el coche, totalmente indiferente a lo que había pasado. Dejé la puerta abierta y me hizo una señal para decirme que entrara, y eso hice, sentándome a su lado antes de quitarme la cazadora. El señor Black se recostó en el asiento, extendiendo los brazos por el respaldo y abriendo las piernas en su postura de amo del mundo. Me miró fijamente hasta que giré el rostro hacia él y entonces puso morritos para que le volviera a besar una vez más.

Estaba sonriente, calmado y tranquilo porque aquella noche había tenido todo lo que había querido. Había venido cada quince minutos, a veces incluso menos, para verme en la barra del bar. Nos habíamos tomado una copa de whisky y él había esperado a que yo le mimara, manteniendo una fachada seria hasta comprobar que, en efecto, yo iba a cumplir mi parte del trato y a darle toda la atención, besos y caricias que él quisiera. No tardó en aprovecharse, por supuesto, era el señor Black, después de todo. Se acercó mucho, me desabrochó alguno botones más de la camisa, empezó a acariciarme el pecho, a hablarme al oído, como si estuviéramos compartiendo algún secreto, aunque solo era una mala excusa para inclinarse sobre mí y pegarse más antes de darme suaves besos en el cuello.

No le había dicho nada sobre que tuviera que volver con Lana a la cena, ni hice ningún tipo de referencia al asunto en absoluto; solo me limité a disfrutar de mi prometido y a bromear un poco con él mientras bebíamos. En la segunda ocasión que había vuelto, me llevó al baño, como me había dicho que haría, para follar en un cubículo y salir sonrojado, despeinado y con una gran sonrisa de satisfacción en los labios. Ahí sí que le pedí que al menos se lavara la cara y se peinara un poco, porque era demasiado evidente que tenía los labios sonrosados debido a los besos y la barba manchada de saliva. Le ayudé a adecentarse un poco mientras él me seguía dando cortos besos en los labios y tratando de abrazarme.

— Te dije que si utilizabas así de bien la lengua ibas a hacer a tu futuro marido muy feliz, Leo — me recordó.

Me reí un poco y le limpié las comisuras de los labios antes de terminar de peinarle con los dedos. Le di el regalo que había comprado para Lana y le dirigí a la salida para que volviera a su cena romántica de una vez. Habíamos pasado media hora en el baño y la joven seguía esperando allí sentada como una tonta. Que no dijera nada no quería decir que no me hiciera sentir mal hacerle aquello. Yo había vuelto a mi sitio en la barra, pedido un café y ojeado el periódico hasta que el señor Black decidió regresar diez minutos después. Me había abrazado por la espalda y dado un beso nada sutil en el cuello. El Gallow Green estaba lleno de gente, pe-

ro eso a él no le importaba, y si a él no le importaba, a mí menos.

—¿Quieres un café? —le había preguntado.

—Sí, tomemos un café. Ya he terminado de cenar.

—No le has dado el regalo, ¿verdad?

—Yo no recompenso a gente estúpida, Leonard —me recordó.

Se había sentado en un taburete a mi lado, acercándolo un poco para poder rozar nuestras piernas mientras nos tomábamos el café sin prisa. Al terminar simplemente había ido a buscar a una Lana otra vez llorosa, con la cabeza gacha y casi sin habla. Esta vez no podía culparla, se había pasado la cena prácticamente sola.

De todas formas, aquel no era mi problema; mi problema era mantener a James feliz y tranquilo aquel fatídico fin de semana en el que volveríamos a la mansión de los horrores con el Doctor Maligno y su mujer Cruela de Vil. Lo tenía todo preparado para que el señor Black llegara a aquel momento en el mejor estado posible. Lo del pacto en la cena de Lana había sido solo el principio. Al despertarnos por la mañana, desperté a James con muchos besos y abrazos, seguido de un comportamiento muy territorial y posesivo en el gimnasio, como a él le gustaba, alejando a todos y cada uno de los hombres y mujeres que osaban si quiera acercarme más de dos metros a mi futuro marido. El señor Black se puso bastante cachondo con todo aquello, así que en los vestuarios le llevé con una sonrisa al cubículo y le hice una pedazo de mamada, de las buenas; de las que te dejaban temblando. James salió de allí con una sonrisa de tonto y fue flotando en una nube hasta casa, donde le esperaba el desayuno y un café especial junto con un donut glaseado que, por supuesto, le di yo poco a poco junto con muchos besos. Hicimos un parón para el trabajo hasta la hora de comer, cuando di por concluida la jornada del día y le dije:

—Hoy no vamos a comer en casa. Tengo algo especial para ti.

Él me miró en silencio, se recostó en su sillón y, tras un par de segundos, asintió. No tenía claro si el señor Black sospechaba por qué estaba haciendo todo aquello, si sabía que era para hacerle sentir mejor antes de enfrentarse a sus padres; pero, si era consciente, no lo demostró en ningún momento. Solo se dejaba mirar hasta el absurdo y pedía más y más. Nos vestimos con nuestra ropa «discreta» y le rodeé la cadera mientras caminábamos, dándole un beso en la mejilla con una sonrisa. Le llevé a comer una hamburguesa a un pub irlandés del centro y recogimos otro posavasos para nuestra colección. Compartimos un par de cervezas, una charla ligera sobre los preparativos de la boda y salimos en dirección contraria a casa.

—Hay algo más —le expliqué con una sonrisa cuando James me dedicó una mirada interrogante—. Creo que te va a gustar.

El Museo de Historia Natural no quedaba lejos y yo me las había arreglado para conseguir un par de entradas muy especiales de gente rica que no tenía que hacer colas. Así que nos tomamos una hora y media para dar vueltas en la sección de paleontología del museo, mirando los esque-

letos de los dinosaurios, comportándonos como una pareja normal y corriente que, quizá, se abrazaba y se besaba demasiado. Cuando llegó el momento, Lakov ya nos aguardaba a la salida para llevarnos al salón de belleza, del que salimos perfectamente peinados, depilados y con la barba igualada. Como era tradición, el señor Black quiso comprobar de primera mano el trabajo y tuvimos un poco de sexo en el coche. A la vuelta a casa, yo había conseguido mi objetivo: James estaba muy calmado, muy sereno y un poco sonriente, como si le hubieran drogado. Dejó que yo me encargara de los últimos preparativos mientras él hacía las maletas, nos cambiamos para ponernos una ropa formal y elegante y después bajamos al garaje para montar en el Lamborghini. Tardamos más en huir del tráfico de la ciudad que en alcanzar el bosque de las afueras, adentrándonos en las pequeñas montañas que rodeaban el lago Bluebelt.

—Tendremos que visitar más a menudo a mis padres, Leo —murmuró el señor Black, con la mirada en la carretera, pero con la mano en mi pierna, acariciándome suavemente con el pulgar—. Cuando te da miedo que lo pase mal y tratas de hacerme feliz, lo haces muy bien —me dedicó una mirada por el borde de los ojos, dejando claro que todo aquello no le había pasado por alto.

—Creía que no te habías dado cuenta —reconocí, porque lo había llegado a esconder realmente bien durante la tarde.

—Yo siempre me doy cuenta —me aseguró, dándome un leve apretón en el muslo—. Lo supe desde que me despertaste con esos besos y me dijiste como cuatro veces que me querías.

—¿Ya desde primera hora? —sonreí, poniendo mi mano sobre la suya—. Vaya, y yo que pensaba que habría sido después de la mamada en el gimnasio.

—No. Eso... —sonrió—, eso estuvo muy bien.

Solté un murmullo como si me sorprendiera que le hubiera gustado tanto.

—Dudaba de que me dejaras llevarte a algunos sitios sin saber a dónde ibas, por lo del control y todo eso —le dije tras un breve silencio.

James se encogió un poco de hombros.

—Quería saber qué tenías planeado.

Asentí un par de veces y seguí acariciándole la mano mientras volvíamos a sumergirnos en otro largo silencio. El cielo estaba nublado y a veces caían algunas gotas cuanto más nos acercábamos al lago, cubriendo la carretera de pequeños charcos mientras el viento removía las copas de los árboles a nuestro alrededor. Cuando empezamos a descender la ladera el señor Black empezó a mostrarse más nervioso, no fue algo evidente, por supuesto, sino un conjunto de movimientos inconscientes. Puso la espalda más recta, apretó los puños alrededor del volante y su expresión se convirtió en una máscara seria e impenetrable. Esta vez fui yo quien puso una mano en su pierna y le acaricié suavemente mientras nos introducíamos en la elitista urbanización de Bluebelt. Se me hizo raro ver las enormes casas y el bosque sin nieve, como si de alguna forma fuera un

lugar diferente al que recordaba. Diez minutos después alcanzamos la entrada de la mansión de los horrores, también conocida como la casa de la familia Black. Jamos aparcó el coche a un lado de la entrada y apagó el motor. Nos quedamos un momento allí parados, en silencio, mientras el señor Black tomaba lentas respiraciones. Le seguí acariciando la pierna de forma distraída, dándole todo el tiempo que necesitara para reunir las energías necesarias para entrar en aquel lugar oscuro y deprimente. James me rodeó la mano con la suya tras un minuto y me besó el dedo anular donde estaba el anillo de compromiso antes de bajarse del coche.

Le seguí hacia la gran puerta de la casa, aprisa para no mojar los carísimos trajes que nos habíamos puesto para la ocasión. Ascendimos los pocos escalones que la separaban del suelo y no quedamos a cubierto bajo el porche.

Fue James quien llamó tras revisar la hora en el carísimo reloj de marca que había elegido minuciosamente de su colección. Por supuesto, debíamos ir impecables delante de sus padres, mostrar que éramos los mejores y que teníamos éxito.

—Señorito Black —le saludó el mayordomo, William, haciendo una leve reverencia antes de echarse a un lado para dejarnos pasar—. Le estábamos esperando.

—¿Dónde está madre? —preguntó James con un tono sereno pero firme tras entrar en la casa.

—La señora está en el salón de lectura.

El señor Black asintió y colocó la mano en la parte baja de mi espalda para cruzar juntos el gran recibidor con las escaleras hasta alcanzar el salón de cristaleras y amplios sofás. La casa seguía estando como cuando nos habíamos ido: barrocammente adornada, terriblemente silenciosa y con un ligero olor a madera vieja. Encontramos a la señora Black sentada en uno de los sillones cercanos a los ventanales y a una lámpara alta, con un libro en una mano y una taza de té humeante en la otra. Ahora que conocía tan bien a los Black, no me hubiera sorprendido que aquella mujer hubiera preparado toda aquella escena para parecer serena y culta a nuestra llegada; así de ridículos eran.

—Madre —la saludó James, deteniéndonos a un par de pasos de ella.

La señora Black levantó la cabeza del libro y miró al frente, hacia la chimenea y los premios de caza colgados en la pared. Tenía su pelo recogido en un apretado moño rubio y su perpetua y desagradable expresión de asco en el rostro.

—James... —murmuró.

Puse los ojos en blanco, pero me contuve para no removerme ni poner ninguna mueca de desprecio. Ese dramatismo que la señora Black estaba mostrando era digno de una novela victoriana, y no de las buenas. El señor Black se quedó a mi lado, con la mano en mi espalda y respirando profunda y lentamente; porque no se atrevía a acercarse más y darle un beso a su madre.

—Espero que haya una buena razón para que hayas vuelto con tu ayudante a esta casa —continuó ella tras un breve y denso silencio.

—La hay, madre —le aseguró el señor Black.

Ella asintió y bajó de nuevo la mirada a su novela.

—Tu padre está en el despacho, ve a presentarte.

James dio un leve cabeceo afirmativo y nos dimos la vuelta para dirigirnos a las escaleras que ascendían al segundo piso. No quise decir nada, porque sabía que aquel era un momento muy complicado para el señor Black, solo le seguí en silencio y mostré una actitud relajada. Tomamos el giro hacia el pasillo largo y oscuro, de esos que siempre salían en las películas de miedo, con una puerta de madera gruesa al final. James tomó una gran bocanada de aire y llamó: dos golpes secos y el silencio.

—Señor, soy yo, Junior —anunció.

El padre de James tardó tanto en responder que llegué a creer que nunca lo haría.

—Adelante —dijo una voz apagada y grave desde el interior tras hacernos esperar un minuto entero.

El señor Black abrió la puerta, pero, como la primera vez que estuvimos allí, nos quedamos en el umbral sin llegar a cruzar. La luz cálida del interior nos bañó por entero y me hice a un lado para ver mejor al padre de James, sentado tras su escritorio de arce mientras miraba el periódico con atención.

—Padre, ya hemos llegado —le dijo James con tono serio.

El hombre no dijo nada, continuó mirando el periódico, pasando una página y leyéndolo de arriba abajo mientras nos ignoraba por completo. James esperó otro minuto hasta darse por aludido y cabeceó a forma de despedida antes de cerrar la puerta.

—Junior —le llamó su padre entonces. El señor Black volvió a abrir la puerta y esperó a lo que su padre tuviera que decirle—. Bajo mi techo no se hacen cosas repulsivas e indecentes, espero que al menos eso lo respetes.

James empezó a respirar un poco más fuerte y apretó el manillar de la puerta con fuerza, aunque su voz sonó tan tranquila y serena como siempre al responder:

—Por supuesto, señor.

Su padre no hizo señal alguna para demostrar que le había oído y el señor Black cerró la puerta, sumergiéndonos de nuevo en la penumbra del pasillo. Se quedó así, con la cabeza gacha y respirando profundamente, hasta que me acerqué para rodearle la cadera con los brazos y apoyar el mentón en su hombro.

Giró el rostro hacia mí y compartimos una mirada cercana, intensa y silenciosa. James estiró el cuello lentamente y me dio un suave beso en los labios.

Sin decir nada, me hizo una señal para que volviéramos hacia el pasillo, giramos en dirección al ala de invitados y se detuvo frente a una puerta

diferente a la de mi antiguo cuarto.

—La habitación de invitados principal —me explicó en voz baja mientras cruzaba al interior.

Era un cuarto tan grande como el de la segunda habitación de invitados, pero con la diferencia de que en este había más muebles, la cama era más grande y se habían molestado en darle un toque hogareño y no en dejarla vacía y triste. James cerró la puerta y se acercó para abrazarme por la espalda, pegándose a él y dándome un beso en la parte alta del cuello.

—Vendré a dormir contigo de noche, pero tendremos cuidado de que no nos vean —me dijo en voz baja.

Asentí y dejé caer la cabeza sobre su hombro.

—¿Todo bien? —le pregunté el mismo tono bajo.

El señor Black tardó un momento en responder:

—Están muy enfadados, Leo —murmuró.

Cogí una bocanada de aire y me giré para poder abrazarle de frente, con mucho cariño. Acaricié su espalda y cerré los ojos, alargando ese momento todo lo que necesitara.

—Deberíamos empezar a prepararnos —me dijo el señor Black tras un largo rato.

Quiso apartarse de mí, pero yo no le dejé.

—Oye, James... —murmuré con la cabeza al lado de la suya y la mirada puesta en la puerta de la habitación—. Si tus padres no están de acuerdo, podemos celebrar la boda en Irlanda, con mi familia.

—Mis padres no estarán de acuerdo, Leonard —respondió, dejando claro que no tenía esperanza alguna en la familia Black aprobara nuestro matrimonio—. Solo hemos venido aquí a decírselo, no a pedirles permiso.

Me separé lo suficiente para mirarle a los ojos, mantuvimos un breve silencio y terminé asintiendo con la cabeza. No estaba seguro de hasta qué punto seguía necesitando James la aprobación de sus padres, pero me alegraba mucho que lo tuviera claro con aquello. Le di un último beso en los labios y separé los brazos para dejarle marchar hacia la puerta.

—Te esperaré en el reservado de las escaleras —me informó, echándose una silenciosa mirada antes de abrir la puerta e irse.

Mentiría si dijera que no fue extraño volver a estar solo en aquella casa, en mitad de una habitación que, aunque más amueblada y cómoda, seguía siendo desconocida y fría para mí. Fui buscar el esmoquin a la bolsa de viaje que habíamos preparado con una muda limpia y un neceser, llevé el traje al baño de invitados y moví la manivela de la vieja ducha. Me desnudé con la mente divagando en el pasado, en los agridulces recuerdos de aquel lugar y en mi preocupación por lo que pudiera suceder. Yo ya había hecho todo lo que estaba en mis manos para que James se encontrara mejor antes de llegar a la casa de sus padres, pero no podía hacer nada para evitar lo que iba a suceder en esa «cena formal».

Me di una ducha caliente, colocando las manos contra la pared de azulejos y dejando caer la cabeza adelante para que el torrente de agua me masa-

jeara los hombros. Después me sequé, me puse mi esmoquin gris perla con solapas negras y pantalones oscuros y até la pajarita. Limpié el espejo con un paño para quitar el vaho que el vapor del agua había dejado y me peiné lo mejor que pude antes de revisarlo todo a conciencia. Con todo listo, salí al pasillo y recibir el golpe de frescor en contraste con el calor acumulado del baño y fui directo al descansillo de la escalera. James ya me estaba esperando con su elegante esmoquin azul marino de tres piezas y pajarita negra, con una mano en el bolsillo y la otra sobre la bola decorativa de la barandilla de las escaleras. Estaba muy guapo, perfectamente peinado y con su barba espesa recortada al milímetro, dándole un aspecto más despreocupado y maduro que su antigua barba corta. Miraba al piso inferior con expresión seria y distante, como si aquellas escaleras descendieran directas al purgatorio, lo que, en cierta manera, era cierto.

Giró el rostro al oírme llegar, me miró de arriba abajo y terminó en fijar sus ojos en los míos antes de incorporarse y sacarse la mano del bolsillo.

— Buenas noches, señor Black —le saludé con una suave sonrisa, trayendo viejos recuerdos a la memoria.

— Buenas noches, Leonard —respondió él con un asentimiento—. Estás muy guapo —añadió tras un breve silencio y otra mirada de arriba abajo.

— Tú también —reconocí, alzando la mano hacia su pajarita, hasta que recordé dónde estábamos y la dejé a medio camino—. ¿Preparado? —le pregunté.

James volvió a mirar al piso inferior y cabeceó en una silenciosa afirmación. Puso su mano en la parte baja de mi espalda y descendimos las escaleras en dirección al comedor. En la alargada mesa de madera ya estaba todo preparado, la vajilla buena, los cubiertos de plata y los candelabros decorativos con velas encendidas. Aún seguía esperando el día en el que el padre de James bajara de su despacho con uno de esos en la mano como en la película de Drácula.

— Madre —saludó James a la señora Black, sentada ya a la mesa en su sitio de siempre.

Ella no se dignó a levantar la mirada hacia nosotros, simplemente siguió allí en silencio con su vestido de noche lavanda y sus joyas al cuello. James y yo nos sentamos frente a ella y esperamos a que el padre de los Black apareciera, inmersos en uno de esos tensos y desagradables momentos tan comunes en las cenas de esa familia; todavía peor ahora que sabían que su hijo mayor tenía un amante gay. Los criados hicieron los últimos preparativos y esperaron al igual que nosotros a un lado hasta que el señor de la casa llegó por las escaleras, con un frac negro y una expresión asqueada en el rostro. Dio un beso en la mejilla a su mujer y le deseó las buenas noches antes de sentarse en su sitio presidiendo la mesa. Una vez más, nos ignoró por completo, desdobló la servilleta y se la puso en el regazo antes de dar una orden con la mano al servicio para que trajera la cena.

Yo mantenía la mirada baja la mayor parte del tiempo, pero a veces echaba rápidas miradas hacia James a mi lado, preocupado por cómo podría estar tomándose él todo aquello. Por el momento mantenía su actitud serena y decidida, incluso cuando su padre rompió el silencio en mitad de la cena para decir:

—Tienes suerte de que te hayamos permitido volver a esta casa.

A lo que James respondió:

—Sí, padre.

Después de aquello terminamos de cenar en silencio, con cero conversaciones, un ambiente tenso y desagradable y el sonido de los cubiertos como único acompañamiento; pero la carne en salsa de pimienta estaba bastante rica.

Solo cuando el padre de los Black se limpió sus pérfidos labios de villano con la servilleta y la dejó sobre la mesa se dio por concluida la cena como tal, aunque James y yo ya hubiéramos terminado hacía un buen rato y a la señora Black todavía le quedaran un par de pedazos del postre en el plato. James sacó entonces los regalos del interior de la chaqueta de su esmoquin: un collar de diamantes y zafiros para su madre y un reloj absurdamente caro para su padre. Ninguno de los dos le dio las gracias o se hizo el sorprendido, simplemente abrieron sus respectivas cajas y echaron un vistazo antes de cerrarlas y dejarlas a un lado. Su hijo se había gastado ciento veinte mil dólares en ellos y lo único que había recibido a cambio era una mirada condescendiente.

Ahora que tenía su atención, James tomó una bocanada de aire, alargó su mano bajo la mesa para buscar la mía y la apretó con fuerza.

—Padre, madre —dijo, enfrentándose a sus miradas—. Leonard y yo nos vamos a casar —tras decir aquello se detuvo porque su madre ahogó un chillido y se llevó la mano al pecho con una expresión entre la sorpresa y el horror, como si su hijo le hubiera clavado un puñal. El padre fue más comedido, pero no mucho menos dramático. Abrió mucho los ojos y tensó la mandíbula mientras apretaba con fuerza los puños sobre la mesa en el mismo gesto que, curiosamente, tenía James cuando se enfadaba—. Será al final del verano, en Bluebelt, a los pies del lago. Una ceremonia discreta a la que invitaremos a los amigos de la familia —continuó él tras aquella interrupción—. Ya hemos contratado a una de las mejores organizadoras de eventos y será todo elegante y adecuado. No...

Pero el padre golpeó la mesa con el puño haciendo temblar la vajilla e interrumpió a su hijo. Entonces se levantó y se fue, sin más, subió las escaleras y sus pasos resonaron en el silencio sepulcral que había dejado atrás. La señora Black se levantó también, con los ojos húmedos y una acentuada expresión de asco.

—Espero que sepas lo avergonzados que nos sentimos y el daño que nos has hecho, Junior —declaró, incapaz de mirar a su hijo a los ojos, antes de desaparecer por la entrada para dejarnos solos.

Giré el rostro hacia James, con la mirada baja y una mueca muy tensa en el

rostro. Daba profundas respiraciones mientras me apretaba la mano bajo la mesa. Sus ojos se humedecieron, volviéndose cristalinos y reflejando con mayor intensidad la luz de las velas y las lámparas de las paredes. Esperé a que fuera él quien respondiera a mi mirada antes de levantar la mano y darle una suave caricia en la barba espesa. ¿Qué podías decir en un momento como aquel?

El señor Black continuó mirándome con sus ojos empapados durante un par de segundos, hasta que sus labios se encogieron un poco haciendo un suave y fugaz gesto de morritos.

Me incliné para besarle y aproveché el momento para abrazarle.

—Aquí no, Leo —me susurró al oído con una voz un poco más ronca de lo habitual—. El servicio puede vernos.

Me separé de él y me limité a volver a coger su mano bajo la mesa.

—Vayámonos ya a dormir —murmuró tras un breve silencio.

Me soltó la mano y se levantó de la mesa, esperando a que hiciera lo mismo antes de acompañarle a las escaleras. En el descansillo donde el pasillo alargado dividía el ala de la familia y el de invitados, tuvimos que separarnos para ir cada uno a su respectiva habitación. No hice ningún comentario sobre lo estúpido que aquello me parecía, no hice ningún comentario en absoluto; me limité a mantener la apariencia calmada y serena y a cumplir lo que el señor Black me pedía. Dejándole espacio para procesar lo que había pasado, porque si yo hubiera intervenido en toda aquella situación, las cosas solo hubieran ido muchísimo peor. Primero de todo, porque hubiera empezado a gritar un muy justificado: «¡Estáis enfermos, pedazos de hijos de puta!»; y, segundo, porque me hubiera enzarzado en tal disputa con el padre de James que seguramente hubiéramos tenido que abandonar la casa en el momento.

Pero esa no era mi familia, y no era mi deber ni mi derecho entrometerme en sus asuntos y sus... cosas. James debía decidir lo qué decir y cómo actuar. Si quería que nos separáramos en el pasillo para fingir que cada uno dormiría en su habitación, lo haríamos. Así que llegué a solas al principal cuarto de invitados, permitiéndome a mí mismo dejar atrás aquella calma y expresar toda la rabia contenida que me inundaba por dentro. Me deshice la pajarita a tirones y arrojé la chaqueta del esmoquin a un lado. Me senté en la cama para desatarme los zapatos y también los tiré sin ningún cuidado, entonces me incliné hacia delante, apoyando los codos en las piernas y frotándome el rostro.

Tomé una buena bocanada de aire para tranquilizarme y miré hacia el enorme armario de madera que había al otro lado de la habitación, con la puerta ligeramente abierta.

¿Por qué todo en esa casa parecía sacado de una película de terror? Cerré los ojos y negué con la cabeza.

Me levanté y empecé a desabrocharme la camisa, esta vez con más calma, para dejarla doblada dentro de la bolsa de viaje, al igual que hice con los pantalones y la chaqueta cuando la recogí del suelo.

Apagué las luces, sumergiendo la habitación en casi completa oscuridad. Las cortinas de la ventana estaban abiertas, pero el cielo oscuro y lluvioso no dejaba pasar la luz de la luna. Así que tanteé mi camino de vuelta a la cama y abrí las sábanas antes de meterme, sintiendo un escalofrío en contacto con la superficie fría en contraste con mi piel caliente.

Me quedé boca arriba, aunque no pudiera ver nada más que oscuridad, a la espera de que, en algún momento, llegara el señor Black. No fui consciente de que me había quedado dormido hasta que oí un extraño crujido y sentí un movimiento a mi lado. Me incorporé a prisa y retrocedí todo lo que pude entre las mantas, interponiendo las manos entre la figura extraña y yo.

—¿Qué haces, Leo? —me preguntó la voz grave de James, quien se había detenido un momento antes de tumbarse a mi lado.

—Ah, joder... —murmuré—. Por un momento... el armario diabólico... —me pasé las manos por el rostro y tragué saliva. Estaba adormilado y atontado, pero no lo suficiente para reconocer que, por un momento, me había asustado pensar que algo había salido del armario del final de la habitación.

—Lo único que hay en ese armario son los abrigos de piel de mi madre —respondió James, alargando el brazo para atraerme y que me recostara sobre él—. Aun así, yo te protegeré si tienes miedo.

—Ya... ja, ja, ja... —murmuré, no demasiado orgulloso de mi reacción. Acomodé la cabeza en su hombro y acaricié su pecho ancho y fuerte—. ¿Cómo estás? —le pregunté.

Noté un leve encogimiento de hombros y, tras un breve silencio, respondió:

—Creo que mis padres no volverán a hablarme a la cara. Les he decepcionado mucho. —Continué acariciándole, sin saber qué responder a eso. James tiró de mí para que me pusiera sobre él y me rodeó con los brazos—. Pero vendrán a la boda —me aseguró en un susurro al oído—. Invitaremos a sus amigos, así que tienen que venir.

—Claro que sí —afirmé sintiendo una leve punzada de pena en el pecho. James no tendría que invitar a nadie solo para obligar a sus padres a ir a su boda, eso era... era muy triste.

—Y fingirán que están muy orgullosos de mí y sonreirán mucho para las cámaras —continuó.

Cerré los ojos y apreté a James un poco más contra mí.

—Será una boda perfecta —consegui decir sin que me temblase la voz.

—Sí, lo será —murmuré.

Nos quedamos así abrazados hasta que, en algún momento, la respiración de James se hizo más pausada y profunda. Solo cuando supe que se había quedado dormido, conseguí relajarme y tratar de descansar; aunque me costó bastante, con la cabeza dándome vueltas y una horrible sensación de pesar y ansiedad en el pecho. Había algo oscuro y enfermizo en aquella familia, y yo no podía hacer nada para evitar que James se sintiera mal

por ello.

El amanecer me sorprendió en mitad de la vigilia, entre la conciencia y el sueño. No estaba seguro de si había conseguido dormir, o si me había pasado la noche dándole vueltas a todo lo que no podía cambiar, pero la habitación se fue volviendo cada vez más clara por momentos. La oscuridad fue dejando paso a una luz fría y grisácea mientras las gotas de lluvia resonaban contra el cristal de la ventana y en el tejado. Los canalones debían estar inundados porque se podía oír el torrente de agua descendiendo con rapidez por alguna tubería cercana, produciendo un gorgoteo lejano y constante.

James se había ido moviendo a lo largo de la noche hasta conseguir atraparme bajo su cuerpo, respirando cerca de mi oreja, murmurando cosas incomprensibles y con los brazos alrededor de mi cuerpo. Cuando entreabrí los ojos, me quedé mirando hacia el ventanal mientras acariciaba su espalda de forma distraída. El señor Black se fue removiendo poco a poco, levantando la cabeza para acomodarla mejor, desvelándose en ciertos momentos solo para apretarme y volver a caer dormido. Tardó un buen rato en entreabrir los ojos y, puede que, de forma inconsciente, empezó a frotar su entrepierna dura contra mí; una de sus señales, esas tan sutiles, para decirme que quería despertarse con un buen polvo mañanero. Giré el rostro hacia él y le di un breve beso de buenos días en la mejilla, porque James todavía tenía la cabeza hundida a la altura de mi cuello. Entonces la levantó y le di uno más largo en los labios, mordisqueándole un poco al final como tanto me gustaba.

—No podemos hacer ruido, Leo —me recordó en un susurro ronco de recién despertado, recorriendo ya mi cuerpo con las manos para bajarme el bóxer.

—Oh, es verdad... —recordé sin poder evitar poner los ojos un poco en blanco—. La diversión en esta casa está prohibida.

Al señor Black se le escapó un pequeño bufido antes de que una sonrisa abriera paso en sus labios.

—Algo así —respondió.

Asentí un poco con la cabeza y le volqué hacia un lado, recostándole de cara al techo. Me incliné sobre él y le besé lentamente mientras bajaba la mano de su pecho a sus abdominales y, de allí, a debajo de su bóxer, donde ya me aguardaba la polla gruesa y dura de James. Soltó un jadeo en mis labios cuando empecé a frotarla de arriba abajo y quiso devolverme el favor buscando mi culo antes de abrirse paso entre mis nalgas para rozarme el ano.

—¿Cómo quieres hacerlo? —susurré.

—Será mejor que tengas la boca ocupada, así no gemirás —respondió.

Arqué una ceja y miré sus ojos del azul del mar en silencio.

—Tienes razón —continuó el señor Black, como si hubiera entendido a la perfección mi mueca escéptica—, incluso con la boca llena gimes demasiado.

Se me saltó la risa y terminé negando con la cabeza. Me incliné para besarle y aumenté el ritmo con el que le masturbaba.

—El único que empieza a gruñir y gritar siempre que follamos, eres tú —le recordé.

James respiraba un poco más rápido y se removía suavemente, disfrutando del momento sin apartar la mirada de mis ojos.

—Entonces quizá deberías mantenerme ocupada la boca, Leo —me sugirió.

Solté un murmullo de entendimiento, aparté la mano de su entrepierna, me terminé de quitar el bóxer y me puse de rodillas antes de sentarme sobre su cara. Quizá James se refería a que le besara y no a aquello, porque soltó un leve gemido de sorpresa antes de rodearme el culo con los brazos y empezar a lamerlo y mordisquearlo con entusiasmo. Disfruté un poco de aquello hasta que me incliné hacia su entrepierna. Lo de no hacer ruido... bueno, fue más o menos bien. James me apretaba el culo contra él, confiando en que eso ahogara sus gruñidos y gemidos, y yo a veces sufría arcadas cuando se emocionaba y trataba de follarme la boca demasiado seguido. Pero podría decirse que, para ser nosotros, lo hicimos bastante silencioso. Al terminar, nos tomamos un par de minutos para descansar y salimos a escondidas, desnudos y manchados, hacia el baño de invitados. Hubiera sido muy arriesgado que James hubiera vuelto al ala de la familia con el torso lleno de mi semen y la boca empapada de saliva. Así que nos dimos una buena ducha juntos, nos secamos, me vestí con el traje que había elegido en aquel segundo día, diferente al que había usado al llegar, y salí en busca de la ropa del señor Black a su habitación.

Cuando ambos estuvimos preparados, bajamos a desayunar al comedor, donde el servicio ya nos había preparado el café, el zumo natural y las tostadas, al igual que en navidad. Le dediqué una mirada sorprendida a James, que me respondió con una fina sonrisa antes de que nos sentáramos. Los Black no solían desayunar en el comedor y yo dudaba de que el servicio tuviera el detalle de prepararnos aquello después del desastre que había sido la cena; pero incluso habían traído el periódico, que ojeé distraídamente mientras el señor Black devoraba una tostada.

—¿Quieres ir a ver a los perros antes de marchar? —me preguntó.

—Claro que quiero —respondí.

Terminé mi café y salimos en dirección a la cocina, donde saludé a parte del servicio que había allí. Todos dejaron lo que estaban haciendo para poner las manos a la espalda e inclinar la cabeza mientras decían «señorito Black». James respondió con un leve cabeceo y fue directo a la puerta trasera para salir al enorme jardín, yo, por otra parte, le seguí con los ojos muy abiertos tras ser testigo de aquel recibimiento medieval y sin sentido.

—Los camareros no van a hacer eso en nuestra boda —le advertí con tono serio cuando estuvimos en el exterior, cubiertos bajo un gran paraguas negro.

—Serán camareros profesionales y harán lo que tengan que hacer, Leo-

nard —respondió James.

—No van a hacernos reverencias como si fuéramos los putos condes de York —insistí, negándome en rotundo a aquello.

El señor Black giró el rostro para dedicarme una mirada seria.

—Ya veremos —murmuró.

Asentí para no discutir en aquel momento, pero mantuve su mirada en silencio para que quedara claro que no era algo en lo que iba a ceder. A mi padre le daría un ataque si viera algo así.

Fuimos a la caseta del jardín, donde, además del refugio de los perros cuando llovía, utilizaban como almacén para las herramientas del jardín y muchas otras cosas. Los dos labradores nos recibieron con bastante entusiasmo, el más cálido que habíamos tenido en aquella casa, y tuvimos que calmarlos un poco para que no se pusieran de pie y nos mancharan los trajes.

—¿Les has puesto nombre a estos? —le pregunté al señor Black.

—No. No he vuelto a poner nombre a los perros desde Pimienta y Canela —respondió en voz baja, acariciando entre las orejas al labrador marrón—.

De todas formas, estos dos llegaron cuando yo ya estaba fuera de casa. Solo los veía en Navidad y en los cumpleaños de mis padres.

—¿Alguna vez has pensado en tener uno propio? —le pregunté—. En el ático.

—No tengo tiempo para cuidar de un perro, Leo —respondió él, mirándome por el borde de los ojos—. Y si quiero que alguien me lama la cara, mueva la cola al verme, ladre y me saque a pasear, ya te tengo a ti.

Traté de parecer indignado con aquello, pero se me saltó la risa y terminé asintiendo.

—Guauf —respondí.

A los labradores debió gustarles mi imitación, porque también ladraron y empezaron a agitar la cola peluda y larga como si fuera una señal para jugar. Por desgracia, seguía lloviendo demasiado para darles un paseo y arrojarles la pelota; tuvimos que dejarlos solos de nuevo tras media hora de caricias y rascarles el lomo y las orejas. Volvimos a la cocina, donde ya no quedaba nadie del servicio que pudiera hacernos una reverencia. Nos lavamos las manos en el fregadero y nos secamos con un trapo de cocina antes de volver al piso superior para recogerlo todo. No habíamos vuelto a ver al señor y la señora Black, ni lo haríamos hasta la boda, probablemente. Así que salí de la habitación de invitados con la bolsa de viaje y fui a buscar a James a su habitación. Estaba de brazos cruzados mirando la estantería de los premios que había ganado a lo largo de su infancia. Llamé a la puerta para advertirle de mi presencia y traerlo de vuelta de lo profundo de sus pensamientos. Me crucé también de brazos antes de apoyar el hombro sobre el marco y pregunté:

—¿Todo bien?

James giró un momento el rostro hacia mí y asintió antes de volverse de nuevo a los trofeos.

—Estaba pensando en si llevarme algo más de vuelta a casa —murmuró.
Me acerqué a él y le rodeé la cadera con el brazo.

—¿Quieres poner alguno de estos junto a tus premios al empresario del año? —pregunté, alzando mi mano libre para rozar con los dedos una de las medallas.

—No, son trofeos de niño —respondió él con un cierto tono de desprecio que no me gustó.

—No sé, seguro que te esforzaste mucho para conseguirlos —murmuré, acariciándole la espalda.

—Mucho —afirmó, y tras un breve silencio, añadió—: Gané muchos más que estos, pero eran de segundo o tercero y los tiraba a la basura.

El señor Black descruzó los brazos y fue hacia la ventana, donde, de detrás de una tabla un poco cedida, sacó una diminuta llave. Me pidió que cerrara la puerta con un gesto de la cabeza y una mirada rápida y, cuando lo hice, se inclinó en el escritorio para abrir el último cajón con cerradura. Me quedé sentado en el borde de la cama hasta que James vino con libreto, una corona de laureles dorada y un pequeño trofeo en las manos. Se sentó a mi lado, se puso la corona de laureles en la cabeza y me enseñó el libro primero, que resultó ser un anuario escolar. Lo colocó en mi regazo y pasó las páginas hasta encontrar en la que salía él.

—Soy yo en mi graduación del instituto —me explicó, señalando una imagen central sobre la que ponía «James Black».

Miré el pequeño retrato de un James que... casi no conseguí reconocer. Era él, por supuesto, pero joven, con su sonrisa de un millón de dólares ya en el rostro, con otro peinado, sin cuerpo musculoso y sin apenas barba.

—Qué guapo eras... —murmuré, porque incluso con el estúpido ribete negro y la sotana, seguía siendo un chico muy atractivo.

—Siempre he sido muy guapo, Leonard —me aseguró él—. Fui el mejor de mi promoción —añadió, señalando la larga lista bajo su nombre—. Me votaron como el más sexy, el de mejor sonrisa y el más encantador.

Asentí lentamente, porque eso no me sorprendía lo más mínimo.

—Y... —iba a preguntar algo, pero me detuve. El señor Black continuó mirándome fijamente, con su divertida corona de laureles dorada sobre la cabeza, hasta que ladeé el rostro hacia él y pregunté—: ¿Por qué tienes el anuario escondido bajo llave?

—Mis padres lo guardaron en el desván, pero una noche lo cogí y lo traje aquí —respondió él—. Me gustaba mirarlo a veces y recordar que era mucho mejor que los demás. Quizá deberíamos llevárnoslo a casa.

—Lo... que quieras —murmuré, aunque me costó un poco hablar.

—Y esto —añadió, mostrándome el pequeño trofeo con una fina sonrisa en los labios.

Cogí la copa dorada sobre una base de madera negra con una placa que decía: «El Campeón».

—¿De otro triatlón? —pregunté.

Al señor Black le hizo gracia y soltó un bufido antes de asentir.

— Algo así — murmuró, acercándose a mi oído para decirme en voz baja — : Me lo dieron en mi primera orgía, como la corona de laureles. Dejé a todos impresionados.

Me quedé mirando el trofeo en silencio unos largos segundos, hasta que levanté la cabeza hacia James.

— No... sabía que daban trofeos y coronas.

— A veces, depende de quién la organice — respondió, cogiendo la corona de su cabeza para mirarla — . Esta fue de la Perra Blanca, en Mykonos, Grecia. Fue una locura... — murmuró, viajando al mundo de los recuerdos mientras daba vueltas a la corona entre las manos — . Organizó muchas pruebas, como unas Olimpiadas de Follar. Había muchas categorías: Follar más en una noche, Hacer más mamadas, Correr más veces, Aguantar más tiempo, Conseguir más polvos; era diferente a «Follar más en una noche» porque tenías que hacerlo con desconocidos que encontrabas por la isla — se detuvo a explicarme — . Yo gané muchas y al final me dieron esta corona de laureles y me proclamaron el Campeón de la Orgía.

Yo respiraba lenta y profundamente, escuchándole en silencio mientras miraba como daba vueltas a la corona dorada entre sus manos. Cuando terminó, todavía me quedé un poco más así hasta que alcé la mirada a sus ojos.

— ¿Crees que deberíamos llevárnoslo a casa? — me preguntó con un tono serio — . También me esforcé mucho para conseguirlo.

Por un momento no estuve seguro de qué era lo que me preguntaba, o de por qué me estaba enseñando aquello. Solo pude mantener su mirada en silencio mientras sus ojos se humedecían lentamente. Entonces puso unos fugaces y tímidos morritos y yo le besé. Apoyé mi frente contra la suya y rocé las puntas de nuestras narices con cariño.

— ¿Quieres llevártelo? — le pregunté — . A mí no me importa.

James continuó en silencio hasta que movió la cabeza en una suave y lenta negación.

— No, ya no me hace sentir nada — murmuró.

Me dio otro beso, un poco más profundo y húmedo que el anterior y se levantó, quitándose el trofeo de entre las manos y el anuario del regazo para llevarlo de nuevo al cajón y cerrarlo con llave.

— ¿Tienes todo, Leo?

— Sí — respondí, todavía sentado en la cama.

— Pues vámonos.

Fue hacia su bolsa de viaje de marca y la levantó del suelo para dirigirse a la puerta. Yo le seguí, recogiendo la mía a un lado antes de salir al pasillo, bajar las escaleras y despedirnos de aquella mansión para no volver en lo que, esperaba, fuera mucho tiempo. Dejamos corriendo las bolsas en la parte trasera del Lamborghini para no mojarnos demasiado con la lluvia y subimos, comenzando nuestro camino de vuelta por la carretera que atravesaba Bluebelt. El cielo era gris y un leve viento agitaba las copas de

los árboles y arrastraba las gotas de agua contra el asfalto y el cristal del coche. James conducía con cuidado y en silencio, con una mano en el volante y la otra en mi pierna, acariciándome distraídamente de vez en cuando.

—James —le llamé mientras giraba el rostro hacia él. Me dedicó una rápida mirada por el borde de los ojos para decirme que me estaba escuchando—. No me importa lo que hayas hecho en tu pasado, yo te quiero igual. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —respondió tras un breve silencio—. Tú me quieres de verdad.

Asentí y rodeé su mano sobre mi pierna para acariciarle con el pulgar.

—¿Qué quieres hacer esta tarde? —me preguntó entonces, ladeando un poco la cabeza en mi dirección.

—¿Con esta lluvia? —murmuré, mirando el paisaje de tormenta—. Podemos ir a tomar un café y al cine, como una aburrida pareja de futuros maridos —le sugerí.

James afirmó con un movimiento de la cabeza y añadió:

—Y después volveremos a casa y tendremos sexo de domingo especial. Te pondré la correa, me lamerás la cara, moverás la cola y ladrarás para hacer a tu dueño feliz.

Me quedé mirándome en silencio y entonces se me escapó un bufido y negué con la cabeza:

—Estás fatal, James... —y sonreí.

MUCHOS PLANES Y UNA SOLA NOTA

Lo primero que hicimos al llegar a casa después del largo viaje desde Bluebelt fue sentarnos a comer, lo segundo, fue llamar a mis padres; porque no me parecía correcto hacerles esperar una semana más después de habérselo dicho a los de James. Ya habíamos postergado demasiado aquello y quería sacármelo de encima lo antes posible, así que bajé la tablet de la habitación y tomé un poco por sorpresa al señor Black, que me miró con expresión calmada hasta que le dije:

—Vamos a llamar a mis padres, aunque es un poco tarde —miré la hora del Rolex—. Allí deben ser las nueve y media de la noche, pero creo que todavía estarán viendo la televisión antes de dormir.

James se pasó la lengua por los dientes y asintió en silencio; alargó la mano para recoger la chaqueta de su carísimo traje italiano azul marino, se estiró las mangas de la camisa blanca interior, pero dejó su reloj de marca bien a la vista, y se pasó una mano por el pelo. Mientras hacía todo eso, a mí ya me había dado tiempo a colocar la tablet en la mesa y a marcar el número de la videollamada. James hizo una última comprobación en el recuadro inferior donde aparecíamos nosotros, se pegó un poco más a mí moviendo el taburete y me cogió de la mano. Al octavo tono, cuando casi había perdido la esperanza de que cogieran la llamada, sonó un pitido y apareció mi madre en primer plano. Llevaba el pelo recogido en un moño improvisado, los labios recién pintados y todavía se le veían las marcas sobre el puente de la nariz de las gafas de leer.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal estáis?

Puse una mueca seria y le dije:

—¿En serio, mamá? ¿Has tardado tanto para poder pintarte los labios y recogerte el pelo antes de responder?

—¡Leo! —exclamó ella, acompañado de una risa nerviosa—. No digas tonterías... ¿Qué tal todo por allí?, ¿ha pasado algo? Normalmente no llamáis a estas horas. ¡Callum, son James y Leo! ¡Ven a saludarles! Ays, James, de verdad... cada día estás más guapo... —terminó diciendo con la mano en el pecho mientras negaba con la cabeza.

—Tú también, Maire —sonrió James, terminando por hacer las delicias de mi madre.

—¡Oh, qué tonterías dices! —se rio ella—. No necesitas ser tan bueno, ya eres mi yerno favorito —y le guiñó un ojo.

—Dios mío... —murmuré en voz baja, llevándome una mano al rostro.

Después de pasar el último día con los padres de James, la familia O'Brien resultaba incluso más ruidosa y chocante de lo habitual. Por otra parte, el señor Black estaba encantado con los constantes halagos de mi madre y su nada discreto favoritismo sobre O'Donnell. Mi padre apareció entonces por un lado de la pantalla, con el pantalón de pijama ya puesto y su jersey de punto. Se inclinó sobre el portátil y nos dijo:

—Hola, Lenni —hizo una pausa y añadió—. James.

—Señor O'Brien —respondió él con un firme cabeceo a forma de saludo.
—¿Eso es una alianza de matrimonio? —preguntó papá al instante, tan observador como siempre.

Mi madre se inclinó con tanta fuerza sobre el portátil para fijarse en nuestras manos que lo hizo temblar junto con la imagen. Levanté mi mano unida a la del señor Black para enseñarlas mejor y puse una mueca de circunstancias.

—Sí, por eso os llamábamos —reconocí—. James y yo nos vamos a casar.
—Así, sin más.

Mi madre ahogó un grito y se llevó las manos al rostro de ojos muy abiertos. Mi padre se quedó muy quieto, cogió aire y se incorporó.

—Fe... felicidades, chicos —dijo, evidentemente sorprendido con todo aquello.

—¡Llama a tu hermana! —chilló mi madre, cogiendo el ratón del portátil para buscar algo en el programa—. ¿Cómo se hace una de esas llamadas de tres personas?, ¿a dónde hay que pulsar? —y se puso tan nerviosa que pulsó donde no debía y colgó la llamada.

Solté un suspiro y bajé la cabeza.

—Tu padre nos ha felicitado —murmuró James a mi lado.

—Sí —asentí, acercándome nuestras manos unidas a los labios para darle un beso—. Ahí donde lo ves, Callum O'Brien se va a pasar la boda llorando como un bebé.

El señor Black asintió y miró la pantalla de la tablet con expresión serena cuando empezó a sonar el timbre musical de la llamada.

—¡Siento haberos colgado! ¡No me di cuenta! —empezó a chillar mi madre con su voz aguda, muy alterada y evidentemente nerviosa. Agitaba las manos sin parar y tenía los ojos ligeramente abiertos mientras mi padre le acariciaba el hombro para calmarla—. ¡Quería llamar a tu hermana, pero no sé cómo funciona esto!

—Lo sé, mamá —respondí con tono calmado—. Ya la llamo yo. —Le di al botón de sumar a otro asistente y llamé a mi hermana. Mientras sonaba el tono miré a mis padres, cada uno inmerso en su propio momento de shock y alegría—. La boda será este verano, en Bluebelt, el sitio donde James se crio. Hay un lago...

—¡No, Leo! ¡Espera a tu hermana! —volvió a chillar mi madre, agitando las manos en el aire antes de que mi padre le diera un apretón.

—Maire, tranquila —murmuró con una mirada seria.

—Sí... sí... —asintió mi madre, respirando con dificultad y la mano en el pecho—. Tenéis razón, me estoy comportando como una...

—Uy, ¿y esto? —preguntó mi hermana cuando salió en otro recuadro de la pantalla. Llevaba su pelo suelto y alborotado, las gafas, la bata de andar por casa y sostenía un pitillo a medio fumar en la mano.

—¡LEO Y JAMES SE CASAN! —gritó mi madre.

Mi hermana se quedó con los labios entreabiertos y la mirada fija en la parte de la pantalla donde aparecíamos nosotros. Tardó un par de segun-

dos y entonces parpadeó y echó la cabeza un poco para atrás.

—Joder... —se le escapó de entre los labios—. ¡Patrick, ven ahora mismo! —gritó a sus espaldas antes de girarse de nuevo—. Me alegro mucho por vosotros, chicos —nos felicitó, aunque estaba claro que no sabía muy bien qué decir y que me estaba mirando fijamente a mí—. Y... ¿cómo fue?

—En el restaurante del hotel Ritz de Nueva York —respondió James—. Después nos alojamos en la The Royal Suite un par de días. Puro lujo —sonrió un poco más.

—Qué romántico —dijo mi madre, entonces se le escapó un jadeo y se puso a llorar—. Ay, lo siento... lo siento... —se disculpó, llevándose las manos al rostro. Mi padre la abrazó y siguió mirando la pantalla.

—Nos alegramos mucho por vosotros —nos dijo por ambos.

Patrick apareció entonces por la ventana de la imagen de mi hermana, corriendo apresuradamente hasta quedarse parado con cara de miedo. Tenía el pelo empapado y la camisa mal puesta de haber salido apresurado del baño.

—Leo y James se casan —le explicó mi hermana.

—¡Oh! Felicidades, chicos —dijo al momento, un poco confuso, pero ya no tan asustado por si algo malo había ocurrido—. Hacéis muy buena pareja.

—Gracias O'Donnell —respondí—. Será en América, al lado de un lago a finales de este verano. En la urbanización donde James se crio.

—Nosotros pagaremos el viaje y la estancia de todos, por supuesto —añadió James—. No tenéis que preocuparos de nada.

—Sí, ya hablaremos de eso —dijo mi padre, no muy convencido con la idea de dejar que el señor Black se hiciera cargo de todos los gastos—. Nos gustaría aportar algo de dinero a la boda.

—No, no será necesario —se negó James al instante con tono tranquilo pero firme—. Yo me haré cargo de todos los costes.

—No hablemos de dinero —les interrumpió mi hermana, consciente de que aquel era un tema peligroso y muy poco adecuado para el momento—. Contadnos vuestros planes para la boda, no quiero que me robéis ninguna de mis ideas —bromeó.

—Tranquila, Gael, la nuestra será una boda bonita y elegante, así que hemos evitado todas tus grandes ideas —respondí yo.

Mi hermana puso cara de asco y me dedicó un corte de manga, pero con una sonrisa que no pudo evitar.

—Planifica tú una boda con un sueldo de profesora de infantil y otro de camarero, a ver qué tal... —respondió.

Me reí y asentí, comenzando una conversación más liviana y divertida hasta que mi madre se recuperó de su momento lacrimógeno y nos repitió lo feliz que estaban y los mucho que se alegraban por nosotros. Tras toda una hora y media, se les hizo un poco tarde y tuvieron que colgar para irse a dormir, disculpándose varias veces y haciéndome prometerles que volvería a llamarles. Cuando dejé la tablet recostada sobre la mesa miré al señor Black a mi lado, quien había participado en varias ocasiones, y no

todas para dejar claro el mucho dinero que tenía y el lujo que nos rodeaba. Le di un suave beso en los labios y le acaricié la barba.

—Pues ya está, podemos hacer la lista de invitados —anuncié—, pero no ahora. Ahora hay que ir a tomar un café y al cine —recordé.

Tras aquella fatídica cena en la mansión de los Black, de todo el rechazo y la tensión, disfrutar de una llamada relajada con familiares que realmente se alegraban por ti, de un buen café, una película mediocre y una sesión de sexo especial de domingo; resultó bastante gratificante, la verdad.

Comenzamos la semana con muchas energías y muchos planes, salimos del gimnasio, pedimos los cafés, llegamos a la oficina y James jugó a ser el Soltero de Oro, pero con un extraño giro personal.

Quizá fueran imaginaciones mías, pero tenía la impresión de que la calma y tranquilidad del señor Black se estaban filtrando un poco a través de su fachada perfecta.

Su sonrisa era menos artificial y más natural; su tono no era tan entusiasmado y aterciopelado, sino algo más firme y sereno; lo que decía y las bromas que hacía no eran tan inocentes y «neutras», sino que escondían ese cierto punto cruel y salvaje que a mí tanto me gustaba.

Como le había prometido, las muestras de la imprenta con los papeles de las invitaciones de la boda habían llegado a primera hora y no perdí tiempo en acompañarme al sofá para ponerlas sobre la mesa y valorarlas una por una.

Sinceramente, a mí me hubiera valido cualquiera, no creía que el color, la textura, el grosor o el origen de la fibra fuera a cambiar demasiado el hecho de que pusiera: «Nos vamos a casar, ¿quieres venir a la boda o no?». Pero James se tomaba aquello muy en serio y yo trataba de participar lo más posible en las decisiones.

Cuando terminó el descanso para el desayuno, todavía me faltaban un par de cucharadas de kéfir con salvado y moras, que tuve que tragar a prisa porque el señor Black no me permitiría salir del despacho sin habérmelo comido todo. «¡Es importante comer para recuperar energías!»

De todas formas, el papel de las invitaciones fue un tema de conversación que nos acompañó durante todo el día. Habíamos dejado las muestras sobre la mesa y cuando volvíamos de cada reunión, James les echaba un vistazo y movía alguna hacia otro de los montones en las que las había organizado: cuatro niveles de las que menos le gustaban a las que más.

—Cada vez me gusta más el acabado en seda, pero el papel verjurado tiene un toque clásico y muy elegante. Quedaría muy bien con una tipografía afilada como la Helvética o quizá algo más afrancesado. ¿Tú qué dices, Leo? —y esa era la clase de comentarios que yo no tenía ni idea de cómo responder.

Para la hora de comer, todavía seguían allí, apartadas en un único montón para que no se mancharan por error. Lana las vio e hizo una tímida pregunta al respecto que James respondió con un simple:

—Estamos decidiendo el papel de unas invitaciones. No las manches.

Ella asintió en silencio y se quedó con la cabeza gacha mientras comía. Cada día estaba peor, pero ni siquiera la actitud reservada y consternada de la joven consiguió afectar el buen humor de James. Lo que sí consiguió afectarle, o al menos a mí, fue la invitación que recibimos en el coche de camino a casa.

En el correo había varios mensajes de una dirección que reconocí al instante y que me hizo poner cara de asco. El único texto que había era el del título en español: «*Feliz Cinco de Mayo*», seguido de varias imágenes de mujeres de aspecto latino y muy operadas a las que habían vestido con apenas ropa y unos ridículos sombreros mejicanos. También había un vídeo, pero por lo poco que se veía, no parecía nada agradable.

—El señor Jacobs te ha invitado a su fiesta del *Cinco de Mayo* —murmuré sin apartar la mirada del móvil—. Al parecer habrá un montón de mujeres latinas vestidas de una forma muy humillante y racista, además de una piñata con forma de polla.

El señor Black asintió con la cabeza mientras miraba de forma distraída la ventanilla.

—Es una de sus fiestas favoritas —me dijo—. Seguro que querrá que lleve a Lana.

Cerré un momento los ojos y me contuve para no decir nada. Peter Jacobs y sus amigos eran, sin lugar a dudas, la personificación de lo peor y más oscuro de la sociedad.

—Dile que no iremos —concluyó el señor Black antes de mirarme y añadir—: ¿Crees que es mejor poner la invitación en vertical o en horizontal? En horizontal podremos poner las letras más grandes, pero en vertical podremos escribir más cosas.

—A mí me gusta más en horizontal —respondí mientras mandaba el rechazo de la invitación con el pecho henchido de un secreto y agradable placer—. No hay tanto que escribir, James.

—Tenemos que escribir el menú para que puedan elegir los platos, Leo —dijo él con tono firme y serio.

—Pues lo hacemos en el reverso con un par de cuadraditos para que los tachen y reenvíen las invitaciones con la respuesta —le sugerí, encogiéndome un poco de hombros al mismo tiempo que le miraba.

James se quedó callado y, tras una breve pausa, volvió a mirar la ventanilla.

—Sí, puede ser —murmuró.

Se mantuvo silencioso y pensativo durante toda la cena, yendo a buscar las muestras de nuevo para dividir las en los mismos montones sobre la isla de la cocina. Yo le echaba breves miradas mientras terminaba de organizar una cita importante con un inversor extranjero.

—Tienes razón, Leo. Las pondremos en horizontal —me susurró en la cama, después de pasarse un minuto recuperando el aliento.

Giré el rostro hacia él, con las piernas todavía alrededor de su cadera y los brazos alrededor de su cuello.

—Espero que no estuvieras pensando en eso mientras follábamos —le dije con tono serio.

Él levantó la cabeza para mirarme y respondió:

—Cuando follamos solo pienso en lo prieto que tienes el culo y en lo mucho que me pone tu pelo del pecho y tus labios, Leonard.

—Bien —asentí antes de sonreír—. En horizontal, entonces.

—¿Tú en qué piensas cuando te follo? —preguntó.

—Pues la verdad es que no pienso en nada en concreto —reconocí antes de encogerme de hombros—. En ti, en lo mucho que me gusta y en disfrutar.

James asintió, complacido con la respuesta, y me dio un suave beso antes de volver a recostar la cabeza a mi lado y suspirar, apretándome un poco contra él antes de quedarse dormido. A la mañana siguiente en los vestuarios del gimnasio, mientras nos duchábamos, me pasó el champú y me dijo:

—Será la de papel verjurado con acabado en mate, color gris perla claro y letras en azul ultramar.

—Perfecto —asentí, frotándome la cabeza enjabonada—. Le mandaré la decisión a la imprenta para que nos envíen una muestra de ejemplo antes de encargar las invitaciones.

—¿Y el cáterin?

—Esta semana he hecho un par de huecos para visitar algunos restaurantes y probar el menú, también he contactado con los pasteleros que habíamos acordado para ver las tartas —continué mientras me aclaraba bajo el torrente de agua—. He movido algunas citas menos importantes para poder hacerlo tranquilamente y no a la carrera, así que podrás pasarte media hora con cara seria mirando los platos —sonreí y le miré antes de darle una caricia en la barba.

James me devolvió la mirada con expresión calmada de párpados caídos, me abrazó y me dio un suave beso, aunque estuviéramos en las duchas públicas y pudieran vernos desde el vestuario. No tardó en comenzar a ponerse duro de verdad, porque era común que se le levantaba un poco en el vestuario al verme desnudo, pero no llegaba a empalmarse del todo como en aquel momento a no ser que estuviera bastante excitado.

—No tenemos tiempo ahora —le advertí, revisando la hora en el reloj—. Tienes una videollamada a primera hora.

James siguió frotándose contra mí suavemente y buscando mis labios. Me dio un par de besos más y me dijo:

—Te metes debajo de la mesa y me lo haces mientras hablo con los inversores.

Mi primera reacción fue negarme, pero después lo pensé un momento y terminé asintiendo. Iba a ser un día largo y movido y a mí también me apetecía tomarme un momento para disfrutar. Así que cuando pedí los cafés del desayuno, mandé que el mío fuera más grande de lo habitual, porque iba a necesitarlo para después de la mamada-reunión. Lo curioso

fue que, cuando me metí debajo de la mesa y empecé a desatar el cinturón de James, me acordé de aquella vez hacía ya tanto tiempo en el que me había negado a ser uno de esos secretarios que hacían mamadas debajo del escritorio. La vida daba muchas vueltas, sin duda. No tenía claro si el hecho de que mi jefe fuera a ser mi marido cambiaba mucho la situación, la verdad. Eso era lo que pensaba mientras pasaba la cara por la entrepierna de James y él hablaba con los inversores. Hubo momentos en los que se emocionó, como siempre le pasaba, y bajó una mano para agarrarme del pelo y obligarme a metérmela entera en la boca, hasta que le di un golpe en la pierna a manera de advertencia y me dejó seguir a mi ritmo. Se corrió él primero, con la respiración un poco acelerada y apretando con fuerza los reposabrazos del sillón; yo fui detrás, asegurándome de tragarlo todo, que fue bastante más de lo que me esperaba, y de no manchar la moqueta del suelo con mi propia corrida. Entonces me separé, me pasé la mano por la boca y cogí una bocanada de aire. La reunión aún iba por la mitad, pero me había llevado mi café, un par de servilletas y el móvil conmigo, así que me quedé allí sentado y con la espalda apoyada en la mesa mientras seguía trabajando.

Edward me había enviado la invitación formal que le había pedido, aunque me dijo que ya había dado aviso de que íbamos los tres y que esperaba no haberse equivocado. Respondí que no se preocupara y que era tan solo un mero formalismo para la empresa. Mentí, por supuesto. Dejé la habitación abierta en una pestaña y seguí trabajando hasta que la reunión terminó y oí a James soltando un suspiro de frustración. Apartó el sillón y se inclinó para verme con su expresión seria.

—¿Por qué apuraste tanto, Leo? —se quejó—. Estaba siendo muy divertido hasta que me obligaste a correrme.

—No iba a pasarme una hora y media haciéndote una mamada, James —le aseguré, gateando hacia afuera para poder levantarme y estirar un poco los brazos.

—Al menos podías haber esperado a que el señor Masukito terminara de hablar. —Alargó la mano hacia mi camisa y tiró de ella para indicarme que me acercara. Me incliné sobre él y le besé—. Fue la parte más aburrida.

Apreté las comisuras de los labios, sin saber muy bien qué responder a aquello. Le di una caricia en la barba y miré la hora en el Rolex.

—Tenemos una reunión con marketing en cinco minutos y después iremos a un restaurante a hacer una prueba para la boda —le dije—. Ah, y Edward Fletcher ha enviado una invitación personal para que asistamos los tres a la cena benéfica del Weister's Hospital.

—¿Personal? —preguntó el señor Black, recostándose un poco en su sillón de jefazo y entrelazando los dedos de las manos—. ¿Cómo de personal?

—Bastante —respondí, mostrándole el móvil con la invitación.

James la leyó con detenimiento y después me miró por el borde superior de los ojos en silencio.

—Así que el gran cirujano quiere que vayamos a esa cena de mierda para que le paguemos su hospital de pobres y drogadictos —concluyó—. Es patético que nos haya invitado directamente —y puso una media sonrisa cruel en los labios.

—El Weister's es un hospital público muy importante para la comunidad, James —respondí, yendo a tirar mi café vacío y las servilletas sucias a la papelera—. Personalmente, me alegra que nos haya invitado.

—Responde esto —ordenó, mirando hacia la pared acristalada del despacho—: Querido Edward, gracias por arrastrarte tanto para que puedan seguir pagándote el sueldo, nunca deja de sorprenderme lo patético que puedes llegar a ser. Al parecer, las sonrisas y lágrimas de los indigentes y las fulanas que tanto te enorgullece curar gratis, no sirven para ganar dinero, así que gustosamente lo pagaremos por ti los que sí hemos triunfado en la vida. Asistiremos encantados y en mitad de la cena, Leonard y yo iremos al baño, me comeré su culo hasta que se quede afónico de gritar mi nombre y me lo follaré como tú no podrías follártelo en tu puta vida. Firmado: James Black.

Por un momento, había empezado a escribir lo que me estaba dictando, hasta que me di cuenta de que solo se estaba regocijando en el hecho de que Edward estuviera «mendigando» su dinero. Me quedé mirando a James con expresión seria hasta que terminó su discursito y se quedó con una sonrisa prepotente en los labios.

—Aceptaré la invitación y le daré las gracias por acordarse de nosotros —murmuré.

—Le diremos que nos vamos a casar —añadió el señor Black mirándome por el borde de los ojos—. Quiero ver su puta cara de decepción cuando lo sepa...

—Va a estar Lana delante —le recordé.

—Me da igual, Leonard —dijo con tono serio mientras perdía la sonrisa—. Los Fletcher son amigos muy cercanos de la familia, así que lo sabrá tarde o temprano cuando reciba la invitación. Solo quiero ver su cara cuando sepa que eres mío y que él se va a morir solo —dijo aquello último con un tono bajo y cargado de una especie de rencor. No era culpa de Edward que James le odiara, era culpa de su padre por no parar de compararlos y hacerle sentir inferior con respecto al Gran Cirujano.

—Edward no está interesado en mí, James.

El señor Black se quedó mirándome en silencio con su expresión enfadada y peligrosa, clavándome sus ojos del azul del mar e inclinando la cabeza hacia delante para parecer todavía más intimidante.

—Muy bien —asentí, sin ganas de discutir aquello—. Ven, tenemos que salir ya a la reunión.

James se levantó del sillón tras una breve pausa y se acercó a mí para que le revisara, todavía con su mueca seria en el rostro.

Metí la camisa blanca por dentro del pantalón, le cerré la bragueta, alisé los hombros de la chaqueta del traje y terminé con un suave beso en los

labios antes de girarme hacia la puerta. Puede que el señor Black creyera que había ganado con todo aquello, pero el que de verdad había ganado era yo.

Tras la reunión volvimos solo a por nuestras cazadoras antes de cruzar el pasillo hacia el ascensor. Nos detuvimos un momento para que James soltara alguna de sus tonterías y Lana asintiera con la mirada baja y triste.

—Este fin de semana te llevaré a una cena benéfica —le contó—. Del Weister's Hospital.

—Oh... —murmuró ella, abriendo un poco más los ojos—. Es el hospital al que va mi familia.

—No me sorprende —respondió James con su sonrisa un poco más afilada. Tamborileó las manos sobre la mesa y añadió—. Nos vemos a la vuelta.

—La comida del restaurante vendrá igualmente, así que no hace falta que bajes a comprar nada —le recordé yo rápidamente antes de acompañar a James al ascensor.

Él volvió a despedirse con un gesto y a sonreír, sin esperar a que las puertas se cerraran para poner la mano en la parte baja de mi espalda y darme una suave caricia.

—¿Qué restaurante vamos a probar? —me preguntó.

—The Middel Brit. Tienen muy buenas reseñas y han hecho muchos banquetes para galas y eventos de clase alta —respondí—. Al parecer, su marisco es bastante famoso.

—Ya veremos si es cierto —murmuró.

Si aquel restaurante creía que las novias con dinero y bodas de ensueño planificadas al milímetro desde la infancia, que no tenían nada más que hacer con su vida que dedicar toda su atención y tiempo a aquello y que además estaban acompañadas por madres obsesas, insoportables y aburridas, eran quisquillosas, pesadas y criticonas; era porque no conocían a James Black. Se sentó en la mesa como si estuviera a punto de prender fuego al local en caso de que un espárrago estuviera mal alineado en el plato.

Hizo más de veinte preguntas al chef, al que mandó llamar solo para que nos explicara en persona qué íbamos a comer y cómo se suponía que iba a prepararlo.

Inspeccionó al menos cinco minutos la presentación y probó cada plato como si fuera el experto culinario del New York Times, bebiendo un trago de agua entre cada bocado para no mezclar sabores y poniendo muecas de decepción como si nada fuera lo suficiente bueno. Al finalizar la prueba del menú, dejó a la camarera que nos había estado atendiendo con la palabra en los labios, se levantó de la mesa y me hizo una señal para que le acompañara a la salida sin decir nada.

—¿Qué te ha parecido, Leo? —me preguntó cuando llegamos al coche.

—A mí me ha parecido que todo estaba bastante rico —reconocí.

—Sí, estaba bastante rico —coincidió—, lo pondremos en la lista de los

«muy posibles».

Alcé las cejas, sorprendido de que James no lo hubiera odiado tanto como había aparentado haberlo odiado. Así que cogí el móvil y abrí una nota para añadir el The Middle Brit a la lista. Al día siguiente repetimos el proceso, pero a la hora de la cena y en el Mitchel's, un elegantísimo local del centro especializado en catering de lujo. Toda la comida era muy bonita, presentada a la perfección y diminuta; apenas un bocado.

— ¿Esto es porque es una muestra o porque el tamaño de los platos es así?

— le tuve que preguntar al señor Black a mi lado.

Él me miró con su expresión severa e intimidante antes de responder:

— Más les vale que sea la muestra.

No, no lo era. El chef, un hombre más joven de lo que me había imaginado, con un reloj muy caro en la muñeca y una sonrisa de dientes falsos y blancos, nos explicó que él hacía «cocina de autor».

— Lo importante es la degustación, la apreciación de los tonos, las texturas y los sabores, no el tamaño —nos explicaba con un retintín bastante prepotente, como si nos fuera a costar entenderle.

— Eso es lo que le dice sobre su polla a las mujeres con las que se acuesta

— le susurré al señor Black al oído.

James soltó una carcajada y asintió.

— Mi prometido está acostumbrado a apreciar los tonos, las texturas y los sabores en un tamaño bastante grande —le dijo al chef, devolviéndole aquel aire prepotente mientras alardeaba, como siempre hacía a la menor ocasión, sobre su polla—. Así que quizá esto se le quede muy, muy corto.

Evidentemente, no añadimos el Mitchel's a la lista.

Nos quedamos con hambre y tuvimos que cenar la comida del restaurante mientras James volvía a pasarse casi una hora al teléfono con la señora Hightower, la organizadora de eventos.

Nos había enviado los planos después de haberle mandado una foto satélite de la localización. El señor Black me la había pedido como si yo fuera a contactar con la NASA para que sacaran una imagen del terreno para nosotros; lo que yo había hecho había sido ir a *Google Maps* y hacer una captura de pantalla. James imprimió el plano, lo puso sobre la mesa del despacho y lo repasó todo mientras hablaba con ella, marcaba zonas con un rotulador rojo o escribía notas apresuradas. Yo estaba sentado en mi sitio y luchaba por mantenerme despierto mientras escuchaba como ambos debatían por el manos libres. Al finalizar, el señor Black colgó la llamada, me hizo una señal para que me sentara en su regazo, me abrazó y miró el plano.

— Esta va a ser nuestra boda, Leo — me dijo.

Miré aquel papel con marcas del terreno, líneas, algunos nombres y muchos borrones en rotulador rojo con correcciones escritas.

— Vaya — murmuré.

James me besó en la mejilla y me abrazó un poco más fuerte. Fuimos a la habitación dados de la mano y casi nos tiramos sobre el colchón para quedarnos dormidos en apenas minutos. El jueves amaneció soleado, pero un viento bastante fuerte aullaba contra el ventanal de la habitación, produciendo un ruido estridente y algo fantasmagórico; pero no tanto como el pitido del despertador, que apagué yo mismo con un manotazo antes de volver a recostarme en el pecho de James. Por primera vez en mucho tiempo, fue él quien tuvo que despertarme a mí y llevarme hasta la ducha y el vestidor. Conseguí espabilarme un poco en el coche antes de llegar al gimnasio, donde un nuevo entrenador nos interrumpió para hablar con nosotros. Al principio creí que era otro aspirante a modelo que trataba de probar suerte con nosotros, resaltando la intensidad de los ejercicios que hacíamos, nuestros cuerpos fuertes y nuestra resistencia; sin embargo, cuando se dio cuenta de que estaba siendo algo raro, se disculpó.

—Os voy a ser sinceros, chicos —nos dijo, mirando a los lados antes de bajar el tono de voz—. Solo estoy aquí para cubrir un par de horas a la semana. Realmente trabajo en un gimnasio de Carreras de Obstáculos, ¿las conocéis? Son bastante difíciles, pero estoy seguro de que dos hombres como vosotros saben apreciar un buen reto.

—¿Cómo de difíciles? —quiso saber el señor Black, repentinamente interesado en una conversación que había ignorado por completo hasta entonces.

—Muy difíciles —le aseguró el entrenador, comprendiendo al instante de qué manera venderle aquello a James—. Jodidas de verdad. Hay que tener mucha resistencia, agilidad, fuerza... hay que pasar de obstáculo a obstáculo colgado, trepando, escalando, y todo eso después de correr cinco o seis kilómetros entre zona y zona. De los que empiezan, solo el diez por ciento consiguen terminarla.

Puse los ojos en blanco, pero no dije nada. El entrenador volvió a comprobar que nadie nos miraba, lo que era difícil en aquel gimnasio con tantos espejos, y se metió la mano en el bolsillo para sacar una tarjeta de visita y entregárnosla discretamente. James la cogió sin ningún reparo y la miró antes de pasármela.

—Nos lo pensaremos.

—¡Genial! —sonrió el entrenador, indeciso entre si era el momento de marcharse, hasta que le dije un educado «gracias» y se largó.

En los vestuarios volví a sacar la tarjeta y la guardé en la bolsa de deporte sin mucho interés.

—¿Qué te parece lo de las carreras, Leo? —me preguntó James, quitándose sus mallas demasiado ajustadas.

Me encogí de hombros y terminé de descalzarme.

—Si viene a este gimnasio a promocionarlas, es porque son caras —concluí.

—Tienes que dejar de pensar en el dinero —me dijo con tono serio y una

mirada fija—. Tú y yo no necesitamos preocuparnos por eso.

Entreabrí los labios y respondí a su mirada. No era tan fácil haber nacido en una familia de clase media-baja y no seguir pensando que algo era «estúpidamente caro e innecesario» cuando se te presentaba la ocasión; pero preferí callarme lo que pensaba y continuar desvestiéndome.

—Podemos ir a probar, si quieres —le sugerí—. No deben ser tan diferentes a los triatlones en los que competías de joven.

—Puede ser —murmuró—. El tipo ese dijo que eran bastante difíciles, pero yo creo que nosotros podríamos ganarlas perfectamente.

—Ah... —comprendí antes de sonreír un poco. Mi futuro marido era un hombre terriblemente competitivo y con un hambre voraz por demostrar a los demás lo superior que era—. Buscaré en el móvil a ver cómo de difíciles son y nos haremos una idea —dije, guiñándole un ojo.

El señor Black puso una fina sonrisa y asintió, cogiendo la toalla y poniéndosela al hombro antes de rodearme el cuello con el brazo para ir hacia las duchas.

En el desayuno se sentó a mi lado en el sofá y miró los vídeos que había encontrado sobre las Carreras de Obstáculos; el señor Black no tardó demasiado en decidirlo.

—Iremos a probar y después de la boda nos pondremos en serio.

—Suena bien —reconocí, porque algunas de las pruebas parecían bastante divertidas, aunque estaba bastante seguro de que resultaría mucho más complicado de lo que parecía.

La primera reunión del día con el Departamento de Publicidad y el señor Lee no fue nada especialmente emocionante: un repaso general a las redes sociales del señor Black y a la nueva dirección que estaban tomando.

—Hemos empezado a colgar más fotos de usted solo entre las que comparte con la señorita Gómez, aun así, seguiremos posteando imágenes felices de la pareja durante algún tiempo más.

El señor Lee tenía cuidado con lo que decía, aunque intentaba proyectar una imagen firme y un tono serio delante de un señor Black indiferente y de expresión severa. Después proyectó un gráfico de «seguidores», que seguían en incremento día a día.

—El público se espera otro pequeño giro, como la cena sorpresa en la oficina, algo que les deje sin habla.

—Pues se van a llevar una sorpresa muy gorda de aquí a unos meses —murmuré. No fue algo consciente, solo un comentario que me salió de los labios.

El señor Lee me atravesó con la mirada, porque, según él, yo era el culpable de que su historia perfecta de amor mediatizado no llegara a tener éxito. Sin embargo, el señor Black soltó un bufido en mitad de la sala silenciosa y una fina sonrisa se extendió por sus labios.

—Espero que sigas teniendo tan buen humor y respuestas tan graciosas cuando los periodistas te pregunten, Leonard —dijo el señor Lee, al que aquello no le había hecho ninguna gracia—. El público general te encuen-

tra un poco soberbio, malhablado e inmaduro. Eso tendrá que cambiar. Me enfrenté a la mirada de Lee sin pestañear, pero lo que había dicho me preocupó un poco. No lo de no gustarle a la gente, eso me daba igual, sino lo de tener que participar en aquel juego de las redes sociales.

—James, no me gustaría que nuestro matrimonio se retransmitiera al público paso por paso como con el noviazgo con Lana —le confesé en el coche de camino a una reunión de empresa—. Me gusta tener intimidad. El señor Black apartó la mirada de la ventanilla hacia mí y se quedó un par de segundos en silencio antes de responder:

—Tendremos intimidad, como hasta ahora, pero habrá que darle al público un poco de espectáculo, Leo. Un par de fotos, entrevistas... —se encogió de hombros—. Yo seré el Marido de Oro y tú serás ese irlandés soberbio, malhablado e inmaduro que tuvo la suerte de enamorarme.

Entrecerré los ojos y ladeé la cabeza, compartiendo un breve silencio con el señor Black.

—La única razón por la que el público me ve así es porque el señor Lee solo ha estado subiendo las fotos en las que salgo con cara de creído y gilipollas prepotente —le dije.

A James se le extendió una media sonrisa por el rostro y movió un poco la cadera.

—Pareces un principito muy guapo y muy cerdo, capaz de hacerte cualquier guarrada en la cama —dijo con voz más densa y profunda—. Ni te imaginas lo cachondo que me pone verte así, Leo...

—Sí, sí que me lo imagino —le aseguré, bajando la mirada al móvil.

—Hazlo —ordenó entonces el señor Black, perdido un poco en la excitación—. Desnúdate para mí de esa forma y yo te daré un par de bofetadas para que aprendas a respetarme.

Le miré por el borde superior de los ojos y comprobé la hora.

—Llegaremos en un par de minutos, no dará tiempo.

—Entonces hazlo rápido —dijo, bajando una mano del respaldo para desabrocharse el cinturón del pantalón ya bastante abultado.

—A la vuelta, James —insistí—. No podemos llegar tarde a esta reunión.

Al señor Black le costó un poco, pero tomó una buena bocanada de aire y se serenó.

—A la vuelta vas a desnudarte para mí y te azotaré con el cinturón para enseñarte quién manda aquí —dijo con ese tono que no aceptaba reproches.

Esta vez fui yo quien cogió una bocanada de aire.

—No te enfades, James —le pedí—. Estamos en horario de trabajo y no podemos hacer esperar a unos posibles clientes, no es bueno para la empresa.

—No estoy enfadado porque hagas tu trabajo, Leo —respondió, y pareció que lo decía en serio—. Pero me gusta mucho someterte, me hace sentirme muy poderoso. Ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé —murmuré, volviendo a bajar la mirada al móvil.

Así que tras una larga reunión con todo un despliegue de encanto y saber estar por parte del señor Black que terminó fascinando y encandilando a los clientes, volvimos al coche para cumplir su fantasía de Amo de camino a la oficina. James salió del coche mientras se ajustaba la corbata al cuello, resoplando y con una gran sonrisa en los labios. Yo salí un poco después, con el pelo revuelto, la camisa un poco por fuera del pantalón y el culo algo dolorido. No quise ni mirar a Lakov de la vergüenza que me daba pensar que hubiera escuchado lo que había pasado en la parte trasera de ese coche en los veinte minutos de trayecto. En el ascensor, James colocó una mano en la parte baja de mi espalda y se inclinó para susurrarme:

—¿Te ha dolido?

—Solo en el orgullo —respondí mientras terminaba de meterme la camisa por dentro, estiraba el chaleco de punto negro y ajustaba la corbata al cuello.

—Cuando me sonreíste mientras te mordías el labio y me tocabas el muslo... —a James se le escapó un gruñido grave y movió la cabeza, como si solo pensarlo le estuviera volviendo a poner cachondo.

Aquello llamó la atención de las dos jóvenes que nos acompañaban en el ascensor, a las que ambos ignoramos por completo. Miré el Rolex para comprobar que llegábamos puntuales a nuestra siguiente cita y giré el rostro para susurrarle:

—Sé lo que le gusta a mi hombre.

—Sí, sí que lo sabes... —pero llegamos al piso de INternational y James tuvo que dejar atrás la voz grave y baja y la media sonrisa excitada y un poco orgullosa para interpretar su papel del Soltero de Oro—. ¡Lana! ¿Qué has estado haciendo? —le preguntó, acercándose al mostrador para cruzar los brazos y apoyar el mentón de una forma encantadora.

—Nada especial —respondió ella desde su silla—. Papeleo. ¿Usted, señor Black?, ¿qué tal la reunión?

—Bastante bien —respondió—. Cerramos un pequeño trato y después repasé con Leo unos datos muy a fondo. Ya sabes lo mucho que me gusta repasar datos con él —y sonrió más.

Lana sonrió también, aunque no tenía ni idea de lo que le estaba hablando en realidad.

—Bueno, hay que seguir trabajando —se despidió sin más antes de dirigirse al pasillo.

Cuando pasé por cerca de la joven, le eché una mirada atenta, porque tenía bastante claro que algo no iba bien. Nunca había sido una mujer muy animada y habladora, pero últimamente estaba especialmente tímida y silenciosa, apenas participaba en las conversaciones y, cuando lo hacía, parecía pensar las cosas un montón de veces antes de decirlas. Ya había salido corriendo de las tres últimas citas, al menos esperaba que aguantara hasta conocer a Edward para escapar en la siguiente.

Tras una conferencia online con el puerto y una pequeña reunión de última hora con el Departamento de Finanzas y la señora Timber, que

anunció una vez más el progreso bastante bueno de las ventas del último producto, dimos por concluido el día y nos fuimos a yoga antes de volver a casa para cenar. La muestra de la imprenta con el ejemplo de la invitación ya nos estaba esperando en la isla de la cocina. James lo miró y dejó la chaqueta a un lado para coger la tarjeta y darle varias vueltas mientras yo volcaba los envases en platos y los servía acompañados de un botellín de agua.

—¿Qué te parece, Leo? —me preguntó, pasándome la invitación cuando me senté frente a él.

En el papel grueso y rugoso color gris pela había escrito con unas elegantes letras: «James y Leonard. Queda usted formalmente invitado a nuestra boda. Vamos a pasarlo muy bien. Habrá cena. Confirme su asistencia, por favor». Fue un momento extraño, no solo por ese texto tan horrible que habían puesto de ejemplo después de nuestros nombres; sino porque, al verlo escrito en aquel trozo de papel innecesariamente caro, todo pareció mucho más real.

—Me gusta mucho —respondí, devolviéndole la tarjeta.

—A mí también —asintió él, mirándola de nuevo y, quizá, sintiendo lo que yo había sentido—. Hay que hacer la lista de invitados y mandarlas lo antes posible.

—Ya conoces mi lista —respondí antes de meterme un pedazo de caballa al horno en la boca—. Callum, Maire, Gael O'Brien y Patrick O'Donnell.

—La mía es bastante más larga que la tuya —me aseguró.

—Sí, no paras de recordármelo —y se me escapó una risa un poco estúpida.

James me miró en silencio, llevándose una cucharada de la crema de verduras a la boca antes de entenderlo y sonreír. Era un chiste de pollas, sí, quizá yo fuera un poco inmaduro a veces y el público general no estuviera tan desencaminado en ese sentido. Tras la cena, subimos a la habitación, nos desvestimos, fuimos a lavarnos los dientes y no me molesté en ponerme mis gafas antes de tirarme sobre la cama y arrastrarme un poco hacia el cabecero con la intención de abrir las mantas sin tener que levantarme. James se reunió conmigo con su camiseta de #TuAmo puesta, me rodeó con los brazos y me apretó contra él antes de darme un beso en la mejilla.

Al día siguiente volvió a despertarme el viento fuerte contra la ventana, pero me quedé debajo de James, disfrutando de aquel delicioso calor y del peso que, de una forma extraña, ahora me hacía sentir tan bien, aunque me faltara un poco el aire. Por desgracia, el despertador sonó a su hora y nos tuvimos que levantar, ir al gimnasio y prepararnos para un día un poco ajetreado. Llegamos a la oficina puntualmente y el señor Black fue a jugar a ser el Soltero de Oro con Lana mientras yo recogía la bolsa del desayuno y los cafés. La joven, Ann, que ahora no me miraba demasiado a los ojos y que ya no me sonreía como antes desde que le había rechazado, me entregó un sobre marrón junto con lo demás y dijo:

—Llegó esto para el señor Black.

Fruncí el ceño y cogí el sobre, dándole un par de vueltas y sin ver nada escrito.

—¿Por qué no lo habéis dejado con el resto de la correspondencia? —le pregunté.

—Vino un mensajero con él y solo nos dijo que era para el señor Black.

La miré a los ojos y ella debió creer que mi mueca sería porque había hecho algo mal, pero no era por eso; era porque no me gustaba que un mensajero hubiera dejado un sobre sin nada escrito diciendo que era para James. Le di las gracias y me lo llevé junto con todo lo demás. Esperé a que el señor Black terminara y se despidiera con un «nos vemos en la comidita, Lanita». Perdió la sonrisa falsa al instante de cruzar al pasillo y se pasó la lengua por los dientes, como si haber dicho aquello le hubiera dejado un regusto amargo en la boca. Cuando cerré la puerta del despacho y dejé las cosas sobre el escritorio oscuro, miré el sobre mejor y lo agité un poco con el aire para comprobar si había algo dentro.

—Un mensajero ha traído esto para ti, pero no tiene sello, ni marca de agua ni ningún tipo de identificación —le expliqué a James mientras se quitaba la chaqueta del traje y se aflojaba la corbata.

—Será de alguna admiradora —respondió. Le miré a los ojos para comprobar si lo decía de broma. No, no era una broma—. Ábrelo —ordenó antes de sentarse en el sillón.

Abrí el sobre de un tirón, rompiendo la solapa que parecía pegada con pegamento, miré el interior y encontré un papel. Lo desdoblé y lo leí. Empecé a respirar un poco más rápido mientras el corazón me latía más fuerte. Miré a James y debió ver pánico en mi rostro porque se inclinó y alargó la mano para que se lo diera. Lo hice y apoyé las manos en la mesa. Era solo un papel con letras impresas que decía: «Tengo un vídeo. Quiero un millón de dólares».

DOCE HORAS

James no se lo tomó tan mal como yo creía. Leyó el papel, le dio la vuelta y después me miró a mí antes de encogerse de hombros y tirarlo a un lado como si no fuera nada.

—No es la primera vez que tratan de chantajearme, Leo —dijo con tranquilidad, recostándose en su gran sillón negro—. Será algún gilipollas desesperado que se cree muy listo, pero al que la mafia del este le va a hacer una desagradable visita muy pronto.

Alcé ambas cejas y me incorporé desde la mesa. A mí me parecía algo bastante serio. Había vídeos de James haciendo cosas, muchas cosas, como el que tenía el depravado de Bill Hunt en su casa. ¿Qué pasaría si salía a la luz que el Soltero de Oro tenía un récord follándose a catorce hombres seguidos? O algo incluso peor.

—No sé, James. La verdad es que me preocupa un poco —reconocí.

El señor Black mantuvo mi mirada en silencio, pero su expresión calmada no cambió.

—Llama a Lakov y que suba a por la nota —me dijo—. En menos de dos días sus chicos habrán encontrado al chantajista y nos costará muchísimo menos que un millón de dólares.

Cogí una respiración profunda y terminé asintiendo antes de sacar el móvil y mandar el mensaje a Lakov para que viniera en busca de la carta, entonces me puse a repartir el desayuno con normalidad y me llevé mi parte a la mesa junto con el café. James tomó un sorbo de su café solo y abrió su envase antes de retomar la conversación sobre el tipo de tarta que quería para la boda. La señora Hightower había añadido una mesa provisional en el plano de la celebración en la que ponía «bufé de dulces o tarta». James lo había buscado y, al parecer, estaba muy de moda poner ese tipo de servicio para que los invitados pudieran elegir los bollos y dulces de diseño a su elección y no limitarse a tener que comer la misma tarta insulsa que todos los demás.

Quise tomarme lo de la nota de chantaje con calma y confiar en lo que había dicho el señor Black, pero no pude evitar sentir una punzada de preocupación en el fondo de mi mente mientras le escuchaba, metiéndome cucharada tras cucharada de queso fresco con avena, nueces y plátano.

—El pastel es lo más clásico, algo atemporal, para que lo cortemos juntos y hacernos las fotos, pero la idea del bufete de dulces es más actual, menos hortera, quizá —decía, solo deteniéndose para llevarse la cuchara a la boca y seguir hablando mientras masticaba el desayuno—. Si hacemos el bufete, daremos una imagen de matrimonio joven y moderno. Eso me gusta. Sin embargo, el pastel es tradicional, está en todas las bodas y no quiero que piensen que la nuestra no es tan seria como las demás por no tener tarta; como si nuestro matrimonio fuera menos que el resto —levantó la mirada de su envase y giró el rostro hacia mí—. ¿A ti qué te pa-

rece, Leo?

—Somos dos hombres que se van a casar juntos, James —respondí—, eso ya es bastante moderno.

Tomó su último bocado del desayuno y dejó el envase a un lado antes de alcanzar el café y recostarse en el sillón. Lo giró hacia mí y me miró en silencio mientras bebía.

—¿Estás a favor del pastel, entonces? —preguntó. Bebió otro trago de café mientras valoraba la idea—. Tiene que ser una tarta muy elegante. Seis o siete pisos, mínimo, y perfectamente decorada. Podemos enviar al pastelero una muestra de las flores que usaremos para que las reproduzca sobre el pastel, así hará juego con el resto —se volvió a quedar callado y, tras un breve silencio, terminó asintiendo—. ¿Cuándo iremos a probar las muestras a las pastelerías?

—El fin de semana que viene, hoy cenaremos en el restaurante The Velvet para probar el menú —le dije antes de que el móvil vibrara sobre la mesa y sonara el tono especial de Lakov. Me levanté al momento y fui en busca de la carta y la hoja con la nota—. Vuelvo ahora —le dije al señor Black antes de salir por la puerta.

Crucé el pasillo y encontré al chofer a un lado de la entrada, con su expresión intimidante y seria de siempre y sus brazos cruzados en el pecho sobre su traje negro. Me miró llegar e hizo un movimiento de cabeza.

—Señor Obrai —me saludó.

—Lakov, acompáñame, por favor —respondí yo, haciéndole una señal con la mano para que me siguiera hacia uno de las salas de reuniones vacías.

Puede que James no le diera importancia a aquella carta, pero a mí no me hacía ninguna gracia, absolutamente ninguna, que nos hubieran enviado aquello. Así que cerré la puerta tras Lakov, bajé un poco más las persianas de plástico de la pared acristalada y le pedí al hombre que se sentara en la mesa. Él lo hizo, pero su actitud cambió un poco. Me miró fijamente y tensó la espalda, quizá temiendo que toda aquella parsimonia y silencio significara algo malo de verdad; como que le fuéramos a despedir.

—El señor Black ha recibido esta nota a primera hora —le expliqué, sentándome a un lado y dejando la carta entre nosotros—. Según la recepcionista que la recogió, Ann, la dejó un mensajero y se fue.

—Me había asustado un poco, señor Obrai —reconoció con su fuerte acento.

Lakov se relajó entonces, destensó los hombros y cogió la nota para leerla. Volvió a meterla en el sobre y me miró.

—Es un chantaje —me dijo.

—Ya, eso ya lo sé —asentí lentamente, cruzando las manos sobre la mesa—. Lo que quiero saber es si me tengo que preocupar o no.

—El señor Black ya ha recibido más de esto —me dijo—. De los hombres y mujeres que van a su casa, de trabajadores, de mucha gente. Mis amigos, a los que usted ya conoce —añadió un movimiento de cabeza y un breve si-

lencio, por si no me había quedado claro que se refería a la mafia—, siempre han resuelto estos problemas, señor Obrai. Los hacen... desaparecer.

—Bien —volví a asentir. No necesitaba conocer los detalles, solo estar seguro de que la imagen pública de James seguía tan a salvo como siempre—. Entonces pídele a tus amigos que lo resuelvan lo antes posible, por favor.

—¿Es petición suya o del señor Black? —quiso saber. Eso me sorprendió un poco, ya que era casi como preguntarme si debía mantener el asunto lejos de los oídos de James.

—De ambos —respondí.

Lakov guardó el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta y se levantó de la silla, haciendo un poco de ruido al arrastrarla por el suelo.

—Mantenme informado, por favor —le pedí antes de que abriera la puerta.

El hombre se volvió un poco y afirmó con la cabeza antes de desaparecer. Cogí una bocanada de aire y me froté el rostro, quizá yo me había tomado aquello demasiado en serio, porque todos los demás parecían demasiado tranquilos. Me levanté y volví al despacho, donde James seguía sentado en su sillón, bebiendo el café mientras miraba las vistas a través de la pared de cristal.

—Lakov ya está en ello —le informé.

El señor Black dejó el vaso de café en la mesa y me hizo una señal para que me acercara, cuando estuve en frente, tiró suavemente de mi brazo para darme la vuelta y que me sentara de espaldas sobre él.

—No va a pasar nada, Leo —murmuró en mi oído mientras me abrazaba—. Recibo una de esas al menos una vez al año.

—Espero que no pase nada —respondí en voz baja, dejando caer la cabeza sobre su hombro.

James empezó a besarme el cuello y sus labios caliente y húmedos me erizaron un poco la piel y me excitaron, pero cuando alargó una mano para frotarme la entrepierna, consciente de lo duro que me había puesto, tuve que detenerle.

—Hay dos reuniones seguidas esta mañana y otras tres a la tarde antes de ir al restaurante —le recordé—. No tendremos tiempo para hacerlo hasta que lleguemos a casa.

—Esta noche me pondré el disfraz de detective Black y jugaremos con las esposas, ¿qué te parece? —murmuró con su voz grave y sexy.

Se me escapó una risa tonta y me mordí el labio inferior.

—Suena demasiado bien —respondí.

Cuando salimos del despacho aún seguía un poco excitado y me sentí muy incómodo hasta que pude sentarme en la sala de reuniones y cruzarme de piernas para ocultarlo. Por suerte, la monótona voz del equipo administrativo y su larga e insulsa conferencia me ayudó bastante a calmarme y salir hacia la siguiente reunión con la mente bastante fría. A

la hora de comer, Lana llamó a la puerta y la abrí para dejarla pasar con la bolsa del restaurante y los cafés.

Se quedó en su sitio del sofá sin decir nada mientras James y yo hablábamos nada sutilmente sobre la lista de invitados a la boda. Él dictaba nombres y yo los escribía en el móvil con una mano mientras con la otra me llevaba el tenedor a la boca. Salimos los tres juntos del despacho y nos separamos en el pasillo, quedándonos en la sala de reuniones mientras ella seguía su silencioso camino hacia recepción.

Tres reuniones seguidas después, estábamos mentalmente agotados y volvimos a paso lento hacia el despacho para recoger nuestras cosas y marcharnos.

—Mañana es la cena benéfica —le recordó el señor Black a Lana, con una sonrisa más forzada de lo normal y un tono menos animado—. Te iremos a buscar. Vete a la peluquería y ponte algo elegante.

—Mi... mi prima había pensado en ir a un spa mañana a la tarde —dijo ella entonces, jugando con los dedos en el regazo y la mirada baja—. Podría venir con nosotras, señor Black.

James estaba demasiado saturado ya para fingir que la idea le encantaba, pero que, por alguna razón, debía rechazarla; así que se limitó a negar con la cabeza mientras seguía sonriendo.

—Leo y yo ya vamos a nuestro propio salón de belleza —respondió—. Pero espero que lo paséis bien —dio un par de golpes sobre la mesa alta y se despidió con un simple «hasta mañana».

—Avisame si tienes alguna duda con lo que ponerte —añadí yo, siguiendo al señor Black hacia el ascensor.

Cuando las puertas se cerraron, puso su mano en la parte baja de mi espalda y perdió la sonrisa.

—¿Qué crees que entenderán en Queens por ir al spa? —me preguntó en voz baja, ya que había más gente de lo normal en el ascensor—. ¿Visitar la piscina pública?

No quería reírme, pero estaba demasiado cansado y terminé bufando y sonriendo por aquel comentario tan cruel. Moví un poco la mano y rocé su pierna sutilmente, acariciándole hasta que llegamos al hall de la entrada. Todavía nos quedaba hacer la visita al The Velvet y probar el menú, el cual resultó un tanto decepcionante. Sin embargo, el restaurante era muy bonito, de estilo clásico con mesas redondas, luz íntima y música suave de piano. El local estaba lleno de parejas con un evidente nivel económico que habían decidido tener una cena romántica y tranquila allí, así que el ambiente era algo empalagoso. Al principio aquello me resultó totalmente indiferente, hasta que James pareció contagiarse de esa atmósfera y dejó un poco de lado su estricto análisis de cada plato para darme la mano sobre la mesa y mirarme con atención. Le miré de vuelta y sonreí un poco.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

El señor Black se encogió de hombros.

—Estoy mirando lo guapo que es mi futuro marido.

Ladeé la cabeza y sonreí un poco más. Si había uno de los dos que estaba guapo aquella noche, ese era James. Con el pelo rubio algo revuelto tras un día de trabajo, los ojos del azul del mar y una barba espesa que siempre tenía ganas de acariciar y besar. Entonces me incorporé, inclinándome sobre la mesa para darle un beso bastante más profundo y largo de lo que él se esperaba. Al terminar se quedó con los labios húmedos y entreabiertos, respirando profundamente antes de pasarse la lengua para que no se le escapara ni el más mínimo rastro de mi saliva.

La comida fue decepcionante, pero la cena resultó bastante agradable y tranquila. Volvimos al coche y me senté en el regazo del señor Black para seguir besándole hasta llegar a casa. Quise llevarle directo a la cama, pero James me separó un poco y me ordenó:

— Espera aquí.

Se fue hacia el vestidor, pero quien regresó de allí fue el detective Black; aunque una versión algo más sórdida con pantalones apretados y camisa un poco desabotonada. Me quedé mirándole de arriba abajo, mordiéndome el labio inferior y con ganas de comérmelo entero. El señor Black siempre me ponía muy cachondo, pero el detective Black sacaba lo peor de mí. Cuando quiso dirigirse hacia la salida de la habitación, me interpusé en su camino, mirándole fijamente a los cristales negros de sus gafas con una expresión que James reconoció al instante. Su pecho se hinchó, alzó la cabeza con altivez y en sus labios se extendió una sonrisa bastante prepotente.

— He dicho que esperes — me recordó con un tono duro y grave, entrando en aquel juego en el que él mandaba y yo era un chico malo o algo así... no sé, yo solo quería comerle la polla y montarle hasta el amanecer.

— Sí, eso has dicho... — murmuré, acercándome un poco más hasta casi rozar sus labios y frotándole la entrepierna tan dura y abultada como la mía.

— Ya veo, así que quieres hacerlo por las malas — respondió.

De pronto me empujó contra la cama y caí de culo, demasiado sorprendido para reaccionar a tiempo antes de que me obligara a darme la vuelta y me forzara a cruzar los brazos en la espalda. Me agarró con fuerza y tiró de mi pelo para que volviera a incorporarme.

— Creo que no lo has entendido, Leo — dijo con voz grave y un poco jadeante a mis espaldas —. Cuando digo que voy a ser el detective Black — y cerró un poco más el puño sobre mi pelo para darle un leve tirón hacia atrás y así acercar más los labios a mí oído —. Es que voy a *ser* el detective Black y tú vas a quedarte calladito y a obedecer si no quieres que me enfade.

Dicho eso, me soltó el pelo y volvió a empujarme hacia a cama.

— Espera aquí a que vaya a por las esposas — repitió antes de dirigirse hacia la puerta.

Bien, aquello iba a ser un poco más intenso de lo que me había imaginado en un principio. ¿Estaba dispuesto a jugar bien y a ser un buen chico? Por

supuesto que no... Hice todo lo posible para ganar aquella guerra por el poder, llevando al límite a un detective Black que se debatía entre mantener el control y la intensa excitación. Él quería mandar, pero también quería que yo le provocara; creando una dinámica muy sexual y entretenida donde yo era un chico rebelde que trataba de convencerle para que se lo follara y él era el hombre serio que debía poner orden. Qué ironía, ¿verdad?

El creyó que había ganado cuando me esposó a la cama y me dejó desnudo de cintura para abajo y con la camisa abierta, sin si quiera molestarse en quitarme la corbata. Él se quedó de pie, de brazos cruzados y con su sonrisa prepotente; pero entonces yo puse morritos, imitando su gesto de expresión un poco apenada e irresistiblemente encantadora. Al detective se le borró la sonrisa de un plumazo y empezó a respirar más fuerte. Repetí el gesto, acentuando la carita de pena y acompañándolo de una sonrisa cruel y divertida al final. Ahí fue cuando el detective Black perdió por completo la razón. Se desató el cinturón, se bajó la bragueta y se acercó entre mis piernas para follarme de una forma bastante intensa y algo violenta mientras me agarraba de la corbata. Fue una completa locura. Había momentos en los que no sabía si seguir gimiendo, si concentrarme en respirar o si iba a llegar vivo al final de aquello. Me corrí sin siquiera tener que tocarme y perdí por completo el concepto del tiempo, inmerso en aquella mezcla de placer y dolor tan extraña y sobrecogedora.

El detective dio una última arremetida y tiró de mi corbata mientras abría mucho la boca. Después, simplemente, se derrumbó sobre mí, completamente sudado y respirando como cuando terminábamos de entrenar. Puede que nos pasáramos así más de diez minutos hasta que él levantó la cabeza y me dio un beso húmedo y fresco en los labios.

—Ha sido increíble —le dije en un susurro.

—Ha sido el mejor de mi vida —afirmó, totalmente convencido de sus palabras.

Me quitó las esposas, pero eso fue todo, porque estábamos demasiado exhaustos para molestarnos en desnudarnos de todo; así que simplemente nos abrazamos y nos quedamos dormidos. El sexo había sido la hostia, pero no fue tan divertido cuando me desperté con un dolor en el culo y me costó incluso caminar recto. A James, sin embargo, aquello le resultó muy divertido.

—¿Qué pasa, Leo? —me preguntó en el coche con una sonrisa en los labios, mirando atentamente como yo trataba de encontrar una postura sentada que no me doliera—. Parece como si anoche te hubieran follado como nunca en tu vida.

—Eso es justo lo que pasó —respondí yo, hinchando todavía más el ya desmedido ego del señor Black. Pero bueno, me pareció justo concederle aquello porque se lo merecía.

En el gimnasio me siguió doliendo, lo que no mejoró mi humor a la hora

de alejar a la gente del señor Black; convirtiendo mis acostumbrados comentarios fríos en respuestas directas y cortantes. Llevábamos meses yendo a aquella hora los fines de semana y aún así siempre aparecían personas que, o no se habían dado por enteradas, o no querían darse por enteradas de que James tenía un guardián pelirrojo e irlandés con muy poca paciencia. Después estaban los despistados que no se habían enterado todavía de que yo tenía un novio rubio y grande con muy, muy mal genio.

—Hay una pomada en casa para el dolor —me dijo el señor Black con un tono bajo mientras nos dirigíamos a las duchas—. A veces me pasaba un poco con los sumisos y les hacía daño.

—Lo sé. La compré yo —le recordé—. Quizá me ponga un poco al llegar.

—Te la pondré yo —se ofreció.

Fruncí levemente el ceño y le miré. Su expresión parecía seria, pero las comisuras de sus labios estaban ligeramente apretadas y me miraba fijamente en un secreto gesto de preocupación. Sonreí y le di una sutil caricia en la mejilla.

—De acuerdo —asentí.

Ya en el coche, pedí los cafés a nuestro local de confianza y revisé los últimos mensajes y correos.

El Departamento de Publicidad había mandado su acostumbrado recordatorio de que sacara «buenas fotos» de la Pareja del Siglo, unas en las que, a ser posible, se viera el nombre de la gala por alguna parte para que todos supieran lo generosos y preocupados que estaban por los servicios públicos de la ciudad. Me ahorré la respuesta porque no iba a ser nada agradable, lo que sí respondí fue el pequeño mensaje de Edward en el que me decía que no se había puesto su esmoquin en años y que esperaba que aún le cupiera. «Quizá haya crecido un poco y me quede corto. (Risa)». Fue una pequeña broma que me hizo gracia solo por lo tonta que resultaba. «La pubertad es un periodo difícil, Edward. Seguro que estos últimos años has sufrido algunos cambios en tu cuerpo, pero no te asustes, es lo normal. (Risa). ¡Nos vemos esta noche en la cena!», le dije antes de dejar el móvil a un lado y mirar a un señor Black de expresión pensativa con la cabeza girada hacia la ventanilla.

—¿Sigues pensando en si invitar o no a los Smith? —le pregunté.

Me miró en silencio y asintió lentamente.

—Si dudas tanto, es mejor no invitarlos.

—Adam Smith fue uno de los colegas de profesión más cercanos de mi padre, trabajaron juntos en el hospital veinte años, pero es muy cerrado de mente —respondió—. Temo que invitarle a una boda como la nuestra cause problemas.

—No le invites —concluí. Si James decía que alguien era «muy cerrado de mente», me daba miedo la clase de persona que sería—. No quiero a nadie que venga a darnos problemas a nuestra boda, ya me vale con tu familia.

El señor Black y yo compartimos una mirada silenciosa, hasta que él asin-

tió y el tema quedó zanjado. Cuando llegamos al garaje, salimos tranquilamente y nos dirigimos al ascensor, al que se subieron unos vecinos que no había visto nunca. James movió su mano desde la parte baja de mi espalda hacia mi cadera, para apretarme un poco contra él, y les saludó educadamente. Era una pareja de mediana edad que hablaba en voz baja sobre llevar a sus hijos al parque después de comer. Se bajaron en uno de los pisos más altos antes de llegar al ático, en lo que todavía había pasillos dividiendo las viviendas.

—¿No lo reconociste, Leo? —me preguntó entonces el señor Black.

Giré el rostro hacia él, pensando en la cara del hombre, demasiado común y sin importancia para encontrarle en mis recuerdos cercanos.

—Va siempre a las fiestas de los amigos de Jacobs —me explicó—. Creo que es un agente fiduciario o algo así. En San Valentín estaba en el tren sexual que teníamos en frente.

—Ah... —murmuré cuando lo recordé, asintiendo—. El que se estaba comiendo el coño de la puta. —Esperé un momento y añadí—: Normal que su mujer parezca tan triste si su marido mueve la lengua como si fuera una rana cazando moscas.

James soltó un bufido antes de sonreír y acercarse para darme un beso en los labios. Las puertas del ascensor se abrieron con un «ding» y cruzamos el pasillo, girando hacia la isla de la cocina. El señor Black se separó de mí para irse a sentarse en su taburete, o lo hubiéramos hecho de no haberme detenido en seco, parando a James con una mano en su pecho. En la mesa alta, junto con la bolsa del restaurante y los cafés, había una carta igual a que habíamos recibido el viernes por la mañana. Miré al señor Black y tomé un par de respiraciones más profundas. Él mudó su ligera sonrisa por una expresión severa y enfadada, se dirigió con paso firme hacia la isla y cogió la carta para abrirla sin ningún cuidado.

—Llama a Lakov —ordenó, aunque yo ya tenía el móvil en la mano y estaba pulsando su número en la agenda.

—Lakov, hay otra carta, ven a buscarla, por favor —le pedí con tono serio antes de colgar.

Me acerqué a James y leí lo que él estaba leyendo: «Doce horas» y un número de cuenta. Rodeé la cadera del señor Black con los brazos y apoyé el mentón en su hombro. No quería ser la persona preocupada y nerviosa que sacara las cosas de quicio, pero un extraño se había colado en nuestra casa y había dejado una puñetera carta sobre la isla de la cocina. Eso daba miedo.

—No va a pasar nada, Leo —me dijo el señor Black, levantando un brazo para rodearme los hombros—. Hay cámaras en el hall del edificio, fuera quien fuera, tuvieron que grabarle.

—Hablaré con los porteros —murmuré.

—No, deja que Lakov se encargue —respondió, tirando el papel sin ningún cuidado sobre la mesa.

El chofer no tardó ni dos minutos en aparecer por el pasillo, con su expre-

sión sería e intimidante de siempre, pillándonos en la misma postura en la que habíamos quedado. Giré el rostro cuando nos sorprendió con su clásico saludo «Señor Black, señor Obrai», y quise separarme de James, pero él no me lo permitió.

—Ha entrado en mi casa, Lakov —le dijo James con un tono grave y peligroso—. Asegúrate de que, cuando le encontréis, no pueda entrar en ningún sitio que no tenga rampa para minusválidos.

Lakov asintió con la cabeza y, sin más, desapareció por la esquina del pasillo para volver al ascensor. Le di un beso en la mejilla al señor Black y me separé para ir hacia la bolsa del restaurante. James se sentó en el taburete y apoyó los codos en la mesa antes de cruzar los dedos frente a los labios. Al parecer, que se colaran en nuestra casa ya no era tan común como las simples cartas de amenazas. Dejé el envase con el sándwich de pan de centeno, huevo revuelto y aguacate frente a él y me senté, sintiendo una leve punzada en el trasero.

—La cuenta de banco parece extranjera —le dije con un tono tranquilo antes de beber un sorbo del café con leche—. ¿Quieres que llame al señor Müller y le pregunte...?

—No llames a nadie, Leo —me interrumpió él—. Deja que Lakov se encargue de resolverlo.

Asentí y empecé a comer en silencio. James tardó un poco en hacer lo mismo, con la mirada baja mientras masticaba bocado tras bocado del sándwich hasta terminárselo y beberse el café en un par de tragos. Tiré los envases a la basura y acompañé al señor Black al despacho para trabajar, como hacíamos cada sábado, inmersos en una extraña e incómoda tensión. James miraba su portátil y tecleaba más fuerte de lo habitual mientras yo le daba datos o notas de algunas reuniones. Entonces recibimos una llamada de Lakov antes de la comida, dejé el móvil sobre la mesa del despacho y puse el altavoz.

—No aparece nadie en los vídeos del edificio, señor Black.

—Eso es imposible —respondió James con un tono de rabia contenida—. Tiene que haber pasado por ahí.

—Quizá sea una limpiadora —opinó Lakov.

—No —negué yo—. No vienen los fines de semana y la carta no estaba cuando nos despertamos ni ayer a la noche. El único que pudo haber entrado fue el... repartidor —miré a James—. O los chicos del café.

—Vete a hablar con ellos —ordenó James, apretando los puños sobre la mesa—. Empieza por los de la cafetería —y colgó.

Hubo un profundo silencio mientras ambos nos perdíamos en nuestros propios pensamientos. James se recostó en el sillón y se quedó con la vista al frente. Yo me pasé las manos por el pelo y me quedé con la cabeza gacha.

—Si son ellos —dije en voz alta, rompiendo un momento que había durado minutos—. No puede ser un vídeo tan terrible. Quizá nos hayan grabado en el café, besándonos o algo así —levanté la cabeza para mirar a

James y me encogí de hombros.

Él me miró de vuelta con su expresión seria.

—¿Y si es el repartidor del restaurante? —me preguntó en voz baja.

—Puede que haya hecho un vídeo de la Habitación del Placer o algo así —respondí tras pensarlo un poco—. Pero podemos trabajar con eso —continué, porque mis propias palabras me estaban convenciendo a mí mismo y me estaban haciendo sentir mucho mejor. De lo malo que aquello podía ser, un vídeo de nosotros besándonos en un viejo sofá de un café o un tour por el cuarto sadomaso de James, no era nada—. Podemos mentir fácilmente y, en caso de que se muestren más partes de la casa, siempre tenemos tiempo a guardar tus juguetes y reformar la habitación antes de hacer una entrevista.

Al señor Black no le gustó la idea de tener que cambiar nada, pero solo fue una mueca de queja antes de volver de nuevo la mirada al frente.

—No quiero que nadie más vuelva a subir a nuestra casa, que lo dejen todo en el hall —ordenó antes de levantarse de su sillón—. Vete a la habitación y desnúdate —añadió, comenzando a remangarse la camisa.

—James, aún me duele un poco el culo de ayer, no creo que sea bueno...

—Lo sé, Leo —me interrumpió—. Ahora cállate y obedece.

Me contuve de poner ninguna mueca hasta que estuve fuera del despacho. Llamé a la portería del edificio de camino a la habitación y di la orden de que no permitieran subir a nadie a casa nunca más. Después me desnudé mirando hacia la pared acristalada, pensando en las pocas ganas que tenía en aquel momento de una sesión BDSM. Aunque me hubiera quitado un peso de encima al comprender que el vídeo del chantaje no podía ser tan malo, seguía algo preocupado.

James llegó a la habitación con la camisa blanca remangada hasta los codos, el pecho al descubierto y su actitud de Amo. No me miró y cruzó directamente hacia el vestidor, del que volvió con la corona de plástico dorada en la cabeza.

A parte de aquello, el resto no fue muy diferente a lo habitual, con la diferencia de que se centraba un poco más en el control y evitaba tocarme el culo para no hacerme daño; como le había pedido.

Todo se resumió en que él era el rey y yo debía decir «sí, mi señor» a cada pregunta que me hacía, hasta que terminó corriéndose un poco en mi cara y un poco en mi boca mientras gemía y jadeaba. Al terminar me dio un beso largo y profundo, sin importarle lo babado y manchado que yo estuviera, y me llevó a la ducha para limpiarme. Cuando bajamos a comer, ya había vuelto a ser el James relajado y sereno de siempre.

—Vayamos a dar un paseo, el aire fresco nos sentará bien —me dijo, dejando el plato vacío a un lado.

—Suenan bien —asentí antes de beber mis últimos tragos del botellín de agua.

—Podemos buscar un nuevo local de café y donuts de camino —sugirió—. Uno en el que se conformen con las propinas y no traten de chantaje-

arnos.

Sonreí un poco y recogí los platos para llevarlos al fregadero, miré la hora en el Rolex y le hice una señal a James para subir a cambiarnos. Teníamos un par de horas antes de necesitar volver a casa y prepararnos para la cena de gala, así que nos pusimos nuestra ropa de incógnito y salimos a la calle. James estaba guapísimo con uno de mis gorros de lana, sus vaqueros y una sudadera gris más ancha que los apretados jerséis que solía utilizar. Estaba bastante seguro de que James sabía que aquella imagen más informal y despreocupada me gustaba muchísimo, porque la había ido cambiando desde los comienzos, como si hiciera pequeñas pruebas de vestuario para comprobar con qué tipo de ropa yo le daba más besos y abrazos. Al igual que el detective Black sacaba mi lado más salvaje, el James Novio con sus sudaderas y su barba espesa sacaba mi lado más mimoso, puede que hasta empalagoso, diría. Aunque eso era justo lo que él buscaba, así que no tenía problema alguno cuando me ponía un poco pesado y le daba la mano, le abrazaba, me recostaba contra él en el sillón de la cafetería o le daba besos aleatorios por el simple placer de besarle. James solo se limitaba a dejarse mimar y a poner una sonrisa prepotente como si fuera el rey del mundo.

Cuando regresamos a casa después de probar dos nuevas cafeterías, de dar un largo paseo y de una improvisada visita a una librería, el señor Black ya había entrado en nuestra dinámica de pareja de los domingos; esa en la que él tenía todo lo que quería y cuando lo quería.

Me abrazó por la espalda al llegar al vestidor y me besó el cuello mientras deslizaba una mano por debajo de mi camiseta, frotando el pelo de mi pecho.

—Cámbiame tú —me susurró al oído.

—De acuerdo —acepté con calma, porque aquello era algo que ya había visto venir.

Me di la vuelta, le ayudé a desnudarse y después le puse el mismo esmoquin que había llevado a casa de sus padres, todo acompañado de mucho cariño y mucha atención al detalle. Cuando estuvo perfectamente vestido, esperó a que yo me pusiera mi esmoquin y revisó el resultado final frente al espejo. Corrigió mi pajarita ligerísimamente inclinada más hacia un lado que hacia el otro y asintió, satisfecho con lo que veía.

—Vamos a estar increíbles en la boda, Leo —me dijo con una voz grave y un oscuro placer.

—Sí —reconocí antes de comprobar la hora—. Tenemos que salir ya, el taxi debe llevar diez minutos esperando en la puerta.

El señor Black soltó un murmullo de resignación y fue a por su gabardina negra. Había tenido que llamar a un taxi porque, evidentemente, Lakov estaba ocupado dejando parapléjico a algún repartidor desafortunado.

—No quiero que Edward Fletcher nos vea llegar en un taxi, Leonard —se quejó, como había hecho cuando había llamado al servicio de taxis durante nuestro paseo.

—Edward Fletcher no nos va a ver llegar —le recordé de camino al ascensor—. Y a tú odias las limusinas, así que, o es el taxi o el Metro, tú eliges.

James se limitó a soltar otro gruñido grave y a poner cara seria. Al llegar a la calle, el taxista nos recibió con una amplia sonrisa y nos abrió la puerta mientras nos daba las buenas noches. Cuando estuvimos sentados nos preguntó por la dirección y volvió a sonreír.

—Joder, qué miedo me está dando —le confesé en voz baja al señor Black—. Nunca había visto a un taxista en esta ciudad con la capacidad de sonreír.

—Sabe que tenemos dinero y quiere una buena propina —respondió James, bajando el brazo del respaldo para rodearme los hombros y acercarme un poco más a él.

Me estuvo acariciando la parte alta del pecho y jugando distraídamente con la solapa negra de mi esmoquin hasta que, tras diez largos minutos, murmuró:

—Quizá deberíamos haber pedido la puta limusina.

—Edward no nos va a ver llegar, James —repetí—. Y la gente que nos vea pensará que James Black usa taxis como la gente normal porque es un hombre sencillo y en contacto con la realidad y todas esas gilipolleces del Soltero de Oro de las que tanto le gusta hablar a la prensa.

El señor Black giró el rostro hacia mí, pero estábamos lo suficiente cerca para no tener que hacerlo del todo; tras una breve pausa, asintió y me dio un beso en los labios. Yo sonreí y le acaricié el muslo antes de devolvérselo, comenzando una guerra tonta por ver quién conseguía besar durante más tiempo al otro en los labios. James se hizo un poco el duro, pero terminé ganando yo y provocando una situación incómoda en nuestros pantalones que tuvimos que cubrir antes de que el taxi se detuviera en el portal de Lana.

—No me lo puedo creer —murmuré, mirando a través de la ventanilla.

James siguió mi mirada y soltó un bufido antes de reírse y girar la cabeza al frente. Lana nos estaba esperando en mitad de la calle, con un vestido de cóctel con falda de tubo negra por encima de las rodillas y parte superior blanca con un escote muy pronunciado que descendía hasta casi la cintura. Iba con el pelo suelto sobre un hombro como una cascada de chocolate, eyeliner y pintalabios rojo intenso. Estaba muy sexy, pero era un look para salir de noche, quizá ir a un club y atraer muchas miradas y que te invitaran a muchas copas; no para una cena benéfica y elegante.

—Buenas noches, Lana —la saludé, forzando un poco la sonrisa y ofreciéndole la mano para que no se matara caminando con sus tacones de dieciséis centímetros.

—Buenas noches, Leonard —respondió ella, pasándose la mano por el pelo y evidentemente incómoda con mi mirada.

No era que yo la estuviera mirando raro, era que ella no se encontraba nada a gusto con aquella ropa y se notaba a leguas de distancia. Lana ha-

bía salido de su zona de confort, pero no a un lugar cercano e intermedio, sino directamente al otro extremo.

—Debes estar pasando frío, entra, por favor —insistí.

—Sí, un poco —reconoció ella, dando un paso corto y después otro y otro hasta conseguí alcanzar la mano que le ofrecía. No podía ni andar en esos tacones y debía haberse pasado una hora como mínimo para llegar hasta la calle desde casa.

El señor Black salió entonces del coche, por la puerta contraria y se giró hacia nosotros. Puso una falsa expresión de sorpresa y se quedó sonriendo.

—¡Vaya, Lana! —exclamó— ¡Qué cambio!

La joven se puso colorada, mucho más de lo que ya estaba y entreabrió los labios sin saber qué decir.

—Déjame que te ayude —se ofreció James, dando la vuelta al coche para coger la muñeca de Lana y ayudarla a llegar al taxi. Ella soltó un bajísimo «muchas gracias» y trató de entrar de la forma más grácil posible con aquella falda apretada y corta—. Pasa tú primero, Leo —me ordenó entonces el señor Black, añadiendo con un susurro—: ¿Le dijiste tú que se vistiera como una puta?

—No, James —respondí en el mismo tono junto con una mirada seria.

Pasé yo primero, como él me había pedido, sentándome en medio, al lado de una Lana con las piernas muy juntas, muy pegada a la puerta y luchando por no cubrirse constantemente el pecho con la melena.

—Tienes el pelo precioso, ¿te ha peinado Gloria después del spa? —le pregunté mientras James subía al coche, cerraba la puerta y daba una orden rápida al taxista para que arrancara.

—Sí, gracias —murmuró ella, acariciando su melena—. Me ha peinado y me ha prestado los tacones y... —su voz fue bajando hasta casi desaparecer—, el vestido.

—Oh... —asentí. Era obvio que Gloria había decidido aquel look y que había convencido a Lana para que se lo pusiera—. Estás muy guapa.

—¿Tú crees? —me preguntó, como si no se lo creyera demasiado.

Levantó la mirada hacia mí, pero sus ojos se movieron hacia mi espalda, donde estaba James con la vista al frente y su sonrisa de un millón de dólares, esa que a veces ponía sin sentido alguno y le hacía parecer un maniaco, como en aquel momento.

—Sí, muy guapa —repetí—. Aunque quizá sea algo excesivo para la cena benéfica —aquello era una advertencia, no una queja. Quería decirle de la forma más suave posible que habría muchas mujeres juzgándola duramente y muchos hombres que quizá no se cortaran demasiado a la hora de mirarle el escote.

—Eso pensé yo... —murmuró, pero ya era tarde. No íbamos a volver a su casa para que se cambiara. No había tiempo.

—No pasa nada —la tranquilicé, volviendo la mirada al frente y sintiendo el discreto roce de James en mi pierna—. Y, cuéntanos. ¿Qué tal es spa?

La mantuve entretenida con una conversación muy tonta sobre tipos de masajes, sales de agua... prácticamente diciendo cualquier cosa que me saliera de los labios y ocupar la media hora de viaje hasta el Belasso. Cuando llegamos a las puertas de la sala de fiestas, James salió el primero mientras se abotonaba el esmoquin, después salí yo y di la vuelta al taxi para ayudar a Lana a bajarse antes de pagar la enorme suma que debíamos al taxista. También me encargué de hablar con la chica que nos pidió las invitaciones y confirmó nuestros nombres en la lista, sonriéndonos antes de invitarnos a pasar.

El Belasso era increíble. Ya había visto fotos de cuando había buscado algún lugar lujoso y aristocrático al que invitar a Lana y que quedara bien en las fotos; pero verlo en persona era incluso más impresionante. De estilo barroco como una imitación del Palacio de Versalles, pero un poco menos abarrotado y sin decoración en oro. La sala era enorme, con muchas mesas circulares para ocho o diez comensales perfectamente decoradas con centros de mesa florales. Ya había bastantes personas allí, charlando de pie o sentadas en sus sitios. Antes de que nosotros buscáramos los nuestros, les saqué una foto a la Pareja del Siglo y la envié al Departamento e Publicidad, sacándome aquello de encima lo antes posible. Echaba rápidas miradas mientras andaba, en busca de encontrar nuestros nombres en los letreros frente a cada silla o de ver a Edward escondido en alguna parte. No tardé en comprender que, si ya había llegado, estaría en el balcón separado de la sala por columnas y unas enormes puertas dobles acristaladas.

—Me gusta cómo está repartido el espacio —me dijo el señor Black mientras cruzábamos la sala—, pero las sillas de madera y los centros de mesa son una horterada.

—A mí me parece simple y limpio —respondí yo—. La sala ya es demasiado recargada para poner cosas extrañas en las mesas.

—¿Demasiado recargada? —preguntó él, dedicándome una mirada seria—. ¿No has visto las imágenes que Martha nos ha enviado sobre la decoración de...? —se detuvo, porque Lana caminaba a nuestro lado, o al menos lo intentaba, con la ayuda que yo le ofrecía de vez en cuando—. De nuestra celebración —concluyó.

—Sí, pero eso es diferente —insistí—. Nuestra celebración es especial, no es una cena benéfica. Entran en juego muchas otras... Uy, ahí está Edward Fletcher. ¡Edward! —exclamé, agitando la mano en alto con una sonrisa para llamar su atención.

Como me había imaginado, estaba en el balcón, fumando con los ojos entrecerrados y la mirada bailando entre las hermosas vistas de la ciudad y el interior de la sala de celebraciones. Parecía un hombre pensativo, atractivo y misterioso, fumando una lenta calada tras otra mientras el humo gris se dispersaba con el viento, acariciando su rostro anguloso de barba corta y sienes algo canosas; entonces nos vio, abrió los ojos y sonrió, respondiendo a mi saludo con la mano antes de tener una pequeña crisis

para saber dónde tirar la colilla del pitillo. Era sorprendente como Edward proyectaba una imagen tan distante y seria, cuando en realidad era todo lo contrario: un hombre absolutamente encantador, educado y un poco tímido. Al final dejó el pitillo a medio fumar sobre la barandilla de piedra y el viento se lo llevó. Edward alzó ambas manos apretando los labios como diciendo «¿para qué me he molestado?» y caminó hacia nosotros con una mano en el bolsillo. James puso una mano en mi espalda y extendió la otra para ofrecérsela al cirujano.

—Edward —le saludó con su sonrisa de un millón de dólares en el rostro.

—James, que alegría volver a verte —respondió Edward, dándole un firme apretón.

El señor Black se rio un poco.

—El placer es mío, Edward —le dijo con un tono aterciopelado y encantador, el mismo que usaba para las cámaras—. Mi padre siempre me pregunta si te he visto por la ciudad, pero ya le he dicho que nosotros no solemos frecuentar los mismos lugares —y se rio otra vez, escondiendo aquella perla que decía «yo solo voy a los mejores locales y tú no puedes ni permitirte los». Un lenguaje demasiado sutil para un hombre tan inocente como Edward.

—Sin duda, apenas salgo del hospital, y cuando lo hago casi me tienen que sacar a rastras —trató de bromear el cirujano antes de girar el rostro hacia mí y ofrecerme un saludo igual de formal—. Leonard. Al final no he dado el estirón y el esmoquin me seguía valiendo, el problema es que quizá me haya pasado recreando las recetas de *Madame Cuisine* y el fajín se me rompa esta noche tras la cena.

Me reí, porque el comentario me hizo gracia, pero lo hice solo hasta que sentí la instantánea, profunda y severa mirada de James sobre mí. Aquello había sonado a lo que era, una conversación a medias de la que él no sabía nada. Bien, a esas alturas fue cuando me di cuenta de que me había olvidado por completo de decirle a Edward que no hiciera referencias a nuestras conversaciones. Aunque no es que fuera algo fácil de pedir de una forma sutil. «Hola, Edward, te importaría no hacer comentarios sobre lo que hablamos, porque mi prometido te odia y si descubre que hemos estado hablando a sus espaldas o, peor, que me he quedado a dormir en tu casa... se va a enfadar. Mucho. Muchísimo».

—Ya no me acordaba de eso —mentí, tratando de hacerlo pasar por una vieja broma que, quizá, hubiéramos compartido en la cena de navidad de los Fletcher. Entonces hice lo que cualquier persona haría, cambiar el tema y distraerles—. ¡Te voy a presentar a una chica muy especial! Lana Gómez —me giré hacia ella, que se había quedado como escondida a nuestras espaldas—. Lana, este es el Doctor Edward Fletcher. Por favor, llámale Cirujano Fletcher, Doctor Edward o simplemente «El Gran Doctor y Cirujano Edward Fletcher». Pero jamás, jamás... le llares por el nombre de pila. Lo odia.

Ella movió los labios, sin saber cuál de los nombres que le había dicho tenía que elegir. Por suerte para ella, Edward había estado negando con la cabeza hasta que se había empezado a reír un poco y terminó soltando una de sus carcajadas que llenó el silencio.

—No le hagas caso, por favor. Llámame tan solo Edward. —Le estrechó la mano que, por comparación con la de la joven, parecía la de un gigante—. Sin duda, a estas alturas sabrás que Leonard es todo un bromista —añadió, dedicándome una rápida mirada por el borde de los ojos.

—Sí... lo es —afirmó Lana, quien tenía que levantar bastante la mirada para poder ver al doctor a los ojos—. Eres... muy alto, Edward —murmuró.

—Sí, lo soy —respondió él junto con un cabeceo—. Y tú eres una joven muy guapa.

Lana entreabrió los labios pintados de rojo y se ruborizó bastante, entonces bajó la cabeza y trató de ocultarse el rostro con la melena de una forma muy obvia y extraña.

Edward se quedó un momento en blanco, temiendo haber dicho algo equivocado, hasta que me miró y vio mi amplia sonrisa y mis cejas alzadas en una expresión que decía:

«Te dije que era así de verdad».

El cirujano quiso sonreír también, pero quizá le pareció inapropiado reírse de «la novia» de James delante de él y terminó apretando los labios antes de decir:

—Os llevaré a la mesa, si queréis. A mí me ha costado un poco encontrarla con tantos invitados.

—¿Sabes dónde están nuestros sitios? —le pregunté—. ¿Los has visto de camino al tuyo?

Edward se rio de nuevo, pero en esta ocasión mi pregunta no había sido una broma.

—Me suena haberlos visto —respondió con una sonrisa, dando un paso a un lado para señalarnos el camino—. Por favor, acompañaadme.

James no apartó la mano de mi espalda, la cual apretaba un poco más fuerte que normalmente, hasta que alcanzamos la mesa redonda casi a un extremo de la sala, cerca de las puertas acristaladas. Había sitio para ocho comensales, dos de los cuales eran James y Lana, sentados a dos platos de distancia de Edward y yo. Noté un apretón en la parte baja de la espalda y supe que aquello me iba a traer problemas. Sinceramente, no había pensado ni que el cirujano se fuera a sentar con nosotros. Daba por hecho que Edward se sentaría con sus colegas de profesión en una mesa especial o algo así y que James, Lana y yo nos sentaríamos en cualquier otra.

—He pensado que querríais disfrutar de un poco de intimidad —explicó Edward, refiriéndose a la Pareja del Siglo—, así que pedí que nos separaran un poco para que no tengáis que soportar nuestras tonterías.

James trató de reírse como antes pero no fue capaz. Se quedó con los dientes apretados y una sonrisa forzada en los labios.

—Leo y yo necesitaremos repasar algunos datos del trabajo durante la cena, es mejor que nos sentemos juntos —le dijo a Edward—. Puedes sentarte tú con Lana, así os conocéis mejor.

El cirujano se quedó en blanco, porque aquello había sido muy raro. En teoría, el señor Black debería estar encantado de poder compartir una cena con su novia.

—Sentémonos todo juntos —atajé yo, cambiando las tarjetas sobre los platos de sitio—. No creo que al señor y la señora Cinder les importe.

—Ah, no, no creo —afirmó Edward—. Supongo que no pasará nada.

El señor Black no dudó en ofrecirme el asiento de la esquina, para sentarse él después a mi lado, dejando el mayor espacio posible entre Edward y yo.

Edward se quedó mirando aquello un momento y después giró el rostro hacia Lana, como si recordara que estaba ahí, antes de mover la silla educadamente para que ella se sentara. La joven murmuró un «gracias» y volvió a sonrojarse. A esas alturas ya no estaba tan seguro de si Lana tenía vergüenza o si esa reacción era debido a que Edward le gustaba un poco. Él terminó sentándose en el otro extremo y dedicándome una mirada de labios apretados.

—Y... ¿quién es *Madame Cuisine*? —preguntó Lana, mirando intermitentemente a su plato y a los ojos de Edward.

—Ah, es una chef de internet que me gusta mucho —respondió él con una educada sonrisa—. Aunque Leonard diría que la idolatro —me miró y sonrió más, recordando aquella broma.

Sonreí de vuelta y James soltó una de sus carcajadas ensayadas, como si tuviera la menor idea de lo que hablábamos. Bajo una mano y la puso sobre mi pierna, dándome un fuerte apretón antes de mirarme.

—¿Y por qué dices eso, Leo? —me preguntó. Su voz era aterciopelada y divertida, pero sus ojos eran mares en tormenta—. ¿Tú conoces a esa chef...?

—Edward me dijo que tenía un altar en su casa repleto de velas y una foto de *Madame Cuisine* —respondí con toda la naturalidad que pude—. Lo mira todas las mañanas y le hace ofrendas de salsa picante.

El cirujano se quedó con la boca entreabierta y el ceño fruncido, negando con la cabeza, pero con una sonrisa en los labios.

—Eso no es verdad, por supuesto —tuvo que explicarle a Lana y James con cierta timidez, por si no habían entendido que era una broma—. No lo tengo en casa, lo tengo en la sala de descanso del hospital.

Se me escapó la risa, porque no me esperaba aquello y me había hecho gracia. Enseguida me tapé los labios con el puño cuando sentí los dedos del señor Black clavándose con fuerza en mi pierna mientras él se reía de esa forma tan falsa.

Aquella cena iba a resultar muy, muy incómoda.

¡GUAUF!

El señor Black estaba enfadado, pero no tenía claro si se debía a que yo me reía de las bromas de Edward; o a que sospechaba que el cirujano y yo habíamos intimado en navidad más de lo que se había imaginado. Fuera lo que fuera, no le hacía ninguna gracia y no se molestaba lo más mínimo en tratar de ocultármelo, dedicándome miradas fijas y apretones en la pierna mientras seguía sonriendo como un maniático delante de Edward.

—¿Y tú a qué te dedicas, Lana? —le preguntó el cirujano, intentando continuar educadamente con la conversación y no dejar extraños espacios vacíos antes de la cena.

No habíamos llegado temprano, pero la gente todavía charlaba en pequeños grupos a lo largo de la sala y las mesas estaban empezando a llenarse poco a poco. Quizá nos quedaran quince o veinte minutos antes de que sirvieran el primer plato.

—Soy recepcionista en INternational —respondió ella—. La empresa de... James —aclaró al final, echando una rápida mirada al señor Black, sentado a su lado e ignorándola por completo—. ¿Y tú a qué te dedicas, Edward?

Alcé las cejas y pasé la mirada de Lana a Edward, que se había quedado tan sorprendido por la pregunta como yo. Le había presentado como al «Gran Doctor y Cirujano Edward Fletcher» y la joven le estaba preguntando a qué se dedicaba.

—Es astronauta —respondí yo por él.

Y Lana se lo creyó.

—¡Oh! ¿En serio? —exclamó.

—No, no... soy astronauta —tuvo que responder Edward, negando con la cabeza mientras me miraba por el borde de los ojos—. Es otra de las bromas de Leonard —sonrió—. Soy cirujano de urgencias en el Weister's Hospital.

—Oh... —murmuró Lana, sonrojándose más al darse cuenta de que había caído como una tonta en la broma. Trató de recuperarse jugó con sus dedos bajo la mesa antes de preguntar—. Claro, qué tonta he sido... ¿Por eso has venido a la cena benéfica?

Edward asintió con la cabeza y sonrió un poco más. Posiblemente empezara a entender todo lo que le había contado de la joven, eso que él creía que era fingido.

—Edward nos invitó personalmente —le explicó James, sin perder la oportunidad de decir aquello—. Sabe que nos encanta la beneficencia, ¿y qué mejor que ayudar a un hospital público que hace tanto por la comunidad?

—Muchas gracias, James —respondió Edward, creyendo que aquello era realmente un halago y no un insulto velado del señor Black.

Lana asintió un par de veces, muy convencida de aquellas palabras.

—Mi familia va siempre al Weister's —le dijo a Edward—. Bueno... toda la gente que conozco —se rio un poco.

—Leo y yo no vamos al Weister's —le aseguró rápidamente James sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que no —asentí—. No tiene departamento de salud mental.

Fue una pequeña broma que, por suerte, disfraczó aquel extraño e incómodo momento que había dejado el comentario del señor Black. Edward soltó una breve carcajada y Lana se rio por lo bajo; pero ninguno de los dos lo hizo más alto que James, quien aprovechó el momento para darme un visible y público apretón en el hombro mientras decía:

—¡Es verdad! A veces, con todas las cosas de la empresa, nos volvemos locos. Son demasiados clientes, reuniones, proyectos... buff —resopló, como si solo recordar el éxito que tenía le pareciera demasiado que soportar—. Si hubiera estudiado medicina como tú, Edward, seguro que estaría más tranquilo. Tanto viajes y cenas pueden llegar a ser agotadoras, créeme —y se volvió a reír.

Edward sonrió educadamente, de nuevo, demasiado inocente para comprender lo que James quería decir con aquello.

—Me lo imagino —dijo con una sincera mueca de comprensión—. Los negocios requieren mucho tiempo, trabajo y atención. Estoy seguro de que yo no sería capaz de seguir ese ritmo —reconoció.

—Tienes razón. No serías capaz —respondió James, otra vez de aquella forma cortante que trataba de disfraczar bajo su perfecta sonrisa—. Hay que estar hecho de una materia especial, no te ofendas, Edward.

—No, por supuesto que no —murmuró, restándole importancia a aquel insulto directo—. No te preocupes. Soy consciente de que no soy la clase de persona que podría estar rodeado todo el rato de gente —y sonrió.

—No es solo eso —insistió el señor Black, abusando un poco en aquel momento de superioridad sobre el cirujano—. Hay que ser constante, trabajar duro, tomar riesgos, ser decidido y asumir que hay cientos de personas que dependen de ti ¡y eso solo en la oficina! Después están todas las empresas externas que trabajan para mí, así que debo tener como... ¿cuántos crees que podrían ser, Leo? ¿Miles de empleados? —asentí sin más, dejándole disfrutar de aquel momento tan innecesario. James no tenía «miles de empleados», no al menos de forma directa. Tenía muchas subcontrataciones bastante dudosas y un nada ético ejército de esclavos en fábricas del Bangladesh—. Y llevar todo eso adelante y tener tanto éxito... es complicado —terminó añadiendo con un movimiento de cabeza hacia el lado—. Por mucho que estudies, hay cosas que no vienen en un libro y que no se pueden aprender.

Edward y Lana asentían a todas aquellas chorradas que James les decía, tragándose palabra por palabra como si estuvieran en algún tipo de conferencia sobre «Como Triunfar en la Vida».

—¿Y tú qué... carrera estudiaste, James? —le preguntó Lana de pronto—. ¿Empresariales?

El señor Black la miró fijamente y su sonrisa de un millón de dólares le

tembló en los labios.

—No, no he estudiado empresariales —respondió en un tono más bajo, más denso y más frío.

Las alarmas se me dispararon al instante. No tenía ni idea de lo que había estudiado James en la universidad, pero, fuera lo que fuera, no le había gustado que ella lo hubiera preguntado. Quizá porque no era mejor que sacarse la carrera de medicina con Cum laude, hacerse una especialización en cirugía y cuatro años de prácticas internas junto con el premio al cirujano más prometedor.

—¿Y tú qué estudiaste, Lana? —le pregunté yo, distrayendo la atención de aquel tema—. ¿«Recepcionismo»? Tengo entendido que es una de las carreras más demandadas en Oxford.

Lana no entendió la broma, pero Edward soltó una carcajada baja, negó con la cabeza y alzó las manos como preguntándome: «¿Qué?».

—No, yo estudié en un Colegio Superior —respondió ella, como si se sintiera un poco avergonzada de no tener un título universitario como el resto de nosotros.

—¿Y tú, Leonard? —me preguntó Edward—. ¿Estudiaste «Ayudantismo Personal» en Cambridge?

—¿En serio, Edward? —respondí con expresión seria y tono seco.

La cara de pánico que puso el cirujano fue casi como la de un dibujo animado. Empezó a mover los labios sin decir nada hasta que se oyó un: «Yo... lo siento, no...», y entonces añadí:

—¿En serio crees que he ido a Inglaterra a estudiar? ¡Eso es muy ofensivo para un irlandés! —golpeé la mesa con un puño y se me escapó la risa.

El cirujano soltó el aire por la boca y agachó la cabeza, el pecho bajo su esmoquin negro tembló un poco y cuando volvió a mirarme, estaba sonriendo. Una vez más, se había creído que me había podido ofender y había descubierto que no era más que otra de mis bromas. Sinceramente, me producía cierto placer hacerle aquello, aunque fuera un poco malvado de mi parte.

—Por supuesto, perdóname, Leonard —me dijo con la mano en el pecho—. He sido muy desconsiderado al decir algo así.

—Gracias, Edward —acepté sus disculpas junto con una inclinación de cabeza—. He estudiado «Ayudantismo Personal» en la Universidad de Dublín.

Edward se rio, pero no tanto como James.

—Leo se licenció en Fiscalidad y Contabilidad, con un máster en Gestión Tributaria Empresarial —dijo el señor Black—. Además de hablar tres idiomas.

—Vaya... —murmuró Edward, que había perdido la sonrisa al oír aquello—. No sabía que estabas tan especializado, Leonard.

—Sí —asentí yo, un poco incómodo por la situación. Si el señor Black quería fanfarronear de sus éxitos, que lo hiciera, pero incluirme a mí entre ellos no era algo que me gustara—. Antes de trabajar para James estuve en

varios bufetes de abogados trabajando como asesor, pero al final no hacía más que servir café y arreglar papeleo, así que... —me encogí de hombros—, soy como un secretario con muchos estudios.

—¡Bah! Leo es demasiado humilde —dijo James a la vez que levantaba el brazo para rodearme los hombros y atraerme un poco hacia él—. Es todo un profesional y siempre lo tiene todo bajo control. Él y yo hacemos un gran equipo, ¿a qué sí, Leo? —giró el rostro con su gran sonrisa, quedando a apenas un par de centímetros del mío.

Por un instante hasta creí que me iba a besar allí, delante de todos, y quizá fuera una idea que pasara por la mente del señor Black porque sus ojos del azul del mar brillaron de una forma especial e hicieron un rápido y fugaz recorrido hacia mis labios.

—El mejor equipo —afirmé con calma.

—Sí, el mejor —repitió él, sin separarse de mí y sin dejar de mirarme fijamente. Por suerte, no alargó aquel momento tan extraño y se apartó de mí, dándome un último apretón en el hombro antes de bajar la mano—. Deberíamos sacarnos una foto ya que estamos todos tan bien vestidos —opinó, incluyendo al resto en la oferta.

—Oh, no... no —se negó Edward, agitando las manos lentamente—. Yo no salgo nada bien en las fotos.

Pero yo ya había sacado el móvil y les estaba enfocando con la cámara. Saqué una deprisa, pillándoles desprevenidos. James salía guapísimo, como un adonis de sonrisa perfecta, mientras que Lana tenía la cabeza agachada y trataba de cubrirse el escote con el pelo, y Edward tenía expresión de miedo.

—Sal tú también, Leo —dijo el señor Black.

Entonces levanté el móvil para hacernos una *selfie*. Traté de sonreír un poco y no parecer prepotente o inmaduro, porque sabía que esa iría directa a las redes sociales de James. Esperé a que Lana dejara de mirar al plato e hiciera el intento de, al menos, mirar a la cámara. Edward era un caso perdido con sus labios apretados y sus dedos tamborileando nerviosamente sobre el mantel, con la esperanza de que aquel infierno terminara pronto. Saqué la foto y se la mostré al resto.

—Salimos mejor de lo que pensaba que saldríamos —les aseguré.

—Es como si me hubiera colado en la foto —murmuró Edward con un cierto tono de pesar en la voz, inclinado sobre la mesa y estirando el cuello para poder mirar mejor la imagen—. El resto parecéis súper modelos.

Al señor Black le hizo mucha gracia aquel comentario, pero no en el buen sentido.

—Sales muy bien, Edward —le dije—. Aunque estás más guapo cuando sonríes.

Edward levantó la mirada hacia mí y se quedó en silencio uno o dos segundos antes de sonreír y sonrojarse un poco.

—¿Más guapo que yo, Leo? —me preguntó el señor Black, sonriendo y tratando de pasar aquel comentario por una broma, aunque ambos sabía-

mos que no lo era.

—Tú siempre estás muy guapo, James —respondí mientras recogía el móvil para enviar la foto al Departamento de Publicidad.

Aproveché el momento para revisar algunos correos y mensajes, entre ellos, uno de Lakov que decía: «Hecho».

Se lo mostré al señor Black y él asintió, dándome un apretón en la pierna y soltando una bocanada de aire. Yo también me sentí mucho mejor ahora que el problema se había resuelto, pero eso no quería decir que no me preocupara el hecho de que aquello pudiera volver a suceder en el futuro. Respondí a Lakov un: «Gracias», tan escueto y conciso como su mensaje, y dejé el móvil en el bolsillo interior del esmoquin gris y negro.

—Dame el nombre de tus redes sociales, Edward —le pedí—. Así te podremos etiquetar en la foto y mañana medio Nueva York sabrá tu nombre y quien eres. Seguro que eso te encanta.

Esta vez el cirujano entendió a la perfección la broma y se limitó a reírse.

—Pondremos que sigues soltero —añadió James—, puede que eso te ayude a encontrar pareja.

Le dediqué una mirada rápida junto con una mueca seria, porque ya se estaba empezando a pasar con todo aquello de insultarle sin que se diera cuenta.

—Oh, no, por favor —le pidió el cirujano—. No te preocupes, James.

—¿Estás soltero, Edward? —preguntó Lana con sorpresa.

—Sí, lo estoy —afirmó el cirujano con una suave sonrisa y tono calmado.

—No me lo creo... —negó ella—. Eres un hombre muy guapo y ¡doctor!

—sonrió—. Tengo muchas amigas que estarían encantadas de poder conocerte. Si quieres puedo presentarte a algunas.

—No —Edward empezó a estar visiblemente incómodo con el tema—. No hará falta, Lana. Muchas gracias, pero, de todas formas, yo soy gay.

La sorpresa de la joven alcanzó su máximo esplendor en aquel momento en el que se quedó con los ojos y la boca muy abiertas. ¿Qué cojones le pasaba a Lana con descubrir que alguien era homosexual? Parecía resultarse siempre muy chocante. Tras un par de segundos, cerró los labios y lo que hizo fue mirarme por el borde de los ojos y decir:

—Leonard también es... —y se calló, poniendo una expresión arrepentida. Alcé las cejas y pasé la mirada de sus ojos de chocolate a los ojos de un marrón más claro de Edward.

—Vaya, qué sorpresa te habrás llevado —le dije.

El cirujano sonrió más y asintió.

—Sí, no tenía ni idea —pero como aquello parecía estar haciéndose sentir fatal a Lana, la miró de nuevo y sonrió—. Ya lo sabía, Lana. No te preocupes.

Ella cabeceó, agitando su melena larga y espesa, y, más relajada ahora, preguntó:

—¿Y no habéis pensado en salir juntos? Haríais muy buena pareja.

Entonces se produjo un momento muy, muy incómodo. Lana nos miraba

al uno y al otro intermitentemente; James la miraba a ella con una expresión que, sinceramente, daba bastante miedo; Edward se había quedado totalmente en blanco, con la sonrisa congelada en los labios y casi sin respiración; y yo estaba allí, pensando por un instante cómo sería si Edward y yo saliéramos juntos, algo que nunca me había planteado si quiera. La primera palabra que me vino a la mente fue «divertido», la segunda, «normal» y la tercera «fácil».

—A Edward le acabaría dando un ataque al corazón si tuviera que aguantar mis bromas todos los días —dije con una sonrisa, terminando con aquel momento tan extraño y tenso.

El cirujano movió la mirada hacia mí y recuperó su sonrisa grande y natural en mitad de un rostro algo colorado.

—El que acabaría mal serías tú, Leonard, si tuvieras que soportar mis tonterías —me aseguré.

Fruncí el caño yladeé el rostro, fingiendo que reflexionaba sobre ello.

—Saber que nunca te van a querer tanto como a una mujer de Luisiana con una web de recetas de cocina, es bastante duro —reconocí.

Edward soltó una de sus carcajadas altas y un poco ruidosas, llamando la atención de algunos de los grupos cercanos, que giraron el rostro hacia nuestra mesa para curiosear. James también se rio, pero su risa daba miedo y me miraba de una forma fija y perturbadora. Me rodeó de nuevo los hombros y me atrajo hacia él, apretándome con fuerza.

—El que acabaría mal sería yo si me quitas a Leo —dijo, disfrazándolo con un tono divertido y una mueca de ojos abiertos y cejas alzadas—. Ya no sabría qué hacer sin él —se rio un poco más y me preguntó—: Pero eso no va a pasar... ¿a qué no, Leo?

—No, no va a pasar —murmuré, dándole un leve apretón en la pierna para que se tranquilizara.

—¿Y cómo es trabajar con tu pareja? —preguntó Edward, queriendo llevar el tema a un terreno más neutro que incluyera también a Lana, quien, como siempre, se había quedado desplazada y silenciosa en su sitio entre el señor Black y el cirujano.

—Es maravilloso —respondió James, sonando muy seguro de sus palabras—. Podemos hablar a cualquier hora del día y vernos todo el rato. Algunos comensales comenzaron a llegar a la mesa, ocupando los espacios a nuestro lado. Eché un rápido vistazo a la sala y vi que muchos hacían lo mismo, ya que la cena debía estar a punto de comenzar.

—Parece ser que ya estamos todos —anuncié—. Ya era hora, la verdad es que empezaba a tener un poco de hambre.

—Yo me he traído mi propio tupper —dijo Edward con tono serio—. Se lo di a los camareros para que lo trajeran en un plato.

Le miré, entrecerré los ojos y una sonrisa se extendió por todos mis labios.

—Dime que es verdad —le pedí.

Edward no pudo mantener la expresión seria y apretó los labios para intentar contener la sonrisa.

—No, no lo es —reconoció.

Me reí y asentí con la cabeza.

—Leo, acompáñame al baño —me pidió James mientras ya se estaba levantando—. Revisaremos algunos datos antes de la cena. Disculpádnos un momento —añadió para el resto.

Lana afirmó en silencio, acostumbrada a aquello, pero Edward perdió la sonrisa y asintió, mirando cómo nos alejábamos por el gran salón en dirección al soportal que había al otro lado, más elevado que el resto de la sala. James miraba al frente con su sonrisa en el rostro, encontrándose con la mirada de algunos personajes públicos de la ciudad que no dudó en saludar e incluso en pararse a hablar con ellos.

—Le vi tan bien acompañado, señor Black, que no me atreví a molestarle

—le dijo el señor Higgins, del bufete de abogados, haciendo referencia a Lana y, posiblemente, a su pronunciado escote.

James se rio, por supuesto, soltó algunas frases tontas y encantadoras más y seguimos nuestro camino. Cinco largos minutos después, al fin habíamos ascendido los pocos escalones y entrado en el soportal más discreto y cubierto de las miradas. James puso su mano en la parte baja de mi espalda y la apretó un poco.

—¿Por qué Edward Fletcher te trata con tanta familiaridad, Leo? —me preguntó en voz baja y la mirada todavía al frente—. ¿Tan buenos amigos os hicisteis en navidad?

—Nos llevamos bien —respondí de la forma más templada posible, consciente de que estaba pisando terreno resbaladizo, peligroso y repleto de minas.

—Sí, ya veo —murmuró, cerrando la mano en un puño a mi espalda y tirando de la chaqueta del esmoquin—. Conozco a Edward desde que éramos niños y nunca le había visto sonreír tanto. ¿Tú por qué crees que será? —y me miró fijamente.

—Quizá porque yo bromeo con él, James. —Giramos por el pasillo y, como no había nadie a la vista, me permití rodearle la cadera y acercarme un poco más—. No pasa nada entre nosotros. Solo somos amigos.

—También eras solo amigo de tu ex y resulta que te lo estabas follando —respondió con tono cortante.

Cogí una bocanada de aire y la solté con un leve resoplido. Llegamos a la puerta de los baños, tan elegantemente decorada y a juego con el resto del pasillo, la abrí e hice una señal a James para que pasara primero, pero él se negó e hizo un gesto serio para que yo lo hiciera. Curiosamente, los servicios rompían con la decoración del resto del Belasso, siendo un poco más íntimo, de paredes con papel pintado dorado y negro, luz suave sobre los lavabos de granito oscuro y vetas de oro y montón de espejos.

—Joder, qué bonito —reconocí, demasiado sorprendido por aquello—. Quizá deberíamos haber sacado las fotos aquí.

El señor Black cerró la puerta y se quedó mirándome con expresión seria y severa. El Soltero de Oro había desaparecido por completo y ahora solo

quedaba el celoso y enfadado señor Black. Compartimos una breve e intensa mirada, pero me rendí pronto. Cogí otra bocanada de aire, me senté sobre la encimera de los lavabos, abrí las piernas y le hice una señal para que se acercara. James no se movió en un par de segundos, hasta que, con la cabeza alta y orgullosa, caminó hacia mí, haciéndose un hueco entre mis piernas para quedarse muy pegado.

—James —murmuré, rodeándole los hombros con los brazos—. Tú y yo nos vamos a casar, ¿recuerdas? —El señor Black me miraba con los párpados levemente caídos y sin decir nada—. Y yo no cambiaría a mi futuro marido gruñón y testarudo por nadie, ¿de acuerdo?

Me incliné, porque sentado en la encimera quedaba un poco más alto que él, y le di un suave beso y un pequeño mordisco en aquel labio inferior que tantísimo me gustaba.

James al fin reaccionó, moviendo sus manos para envolverme entre ellos y acercarme para que volviera a besarle de nuevo.

Me dejé llevar un poco, disfrutando de aquel momento y de la maravillosa lengua del señor Black. Se me escapó un grave y bajo gruñido y le apreté más contra mí. Por desgracia, en un instante de lucidez me separé un poco, tragué la abundante saliva que me cubría la boca y le susurré:

—En los cubículos, aquí puede vernos alguien.

—Tú y yo nos vamos a casar, ¿recuerdas? —respondió él, sin intención alguna de moverse.

Sonreí y asentí varias veces con la cabeza, dándole la razón.

—Sí, pero lo que quiero hacerte no es para todos los públicos.

James puso su sonrisa afilada de excitación, tiró de uno de mis brazos alrededor de su cuello para coger mi mano y besar el anillo plateado de mi dedo anular sin dejar de mirarme por el borde superior de los ojos. Después la bajó hacia su entrepierna y la presionó contra el bulto carnoso que apretaba la tela fina del pantalón azul marino.

—Como dijiste que tenías tanta hambre —murmuró con esa voz más densa y grave—, te he traído a que pruebes tu comida favorita, Leo.

Puse los ojos en blanco y miré hacia un lado, sin poder evitar una risa que me hizo vibrar el pecho.

—Qué considerado de tu parte, James —respondí—. Como te preocupas por mí...

El señor Black asintió lentamente con la cabeza, frotándose la mano por lo largo de su polla bajo el pantalón, como si yo no supiera ya de sobra lo que había ahí.

—Yo siempre me preocuparé por ti —me dijo—. Y siempre te mantendré muy satisfecho... Lo he puesto en mis votos de boda.

Conociendo a James, muy probablemente aquello no fuera una broma, pero me reí igual y le empujé suavemente para poder bajarme de la encimera y llevarle a uno de los cubículos.

Nos besamos un poco más, pero esta vez con más energía y más necesidad, hasta que me senté en el retrete y desabroché el pantalón del

esmoquin de James. Ya habíamos hecho aquello demasiadas veces, en docenas de baños diferentes, y ambos sabíamos lo que queríamos y cómo hacerlo.

En aquella ocasión, yo me había centrado en una buena mamada, algo simple y que no diera muchos problemas; pero el señor Black se separó antes de llegar a correrse y me levantó del retrete para sentarse él, recostado, con las piernas bien abiertas y ese movimiento de cabeza que significaba «ahora móntame».

Habían entrado dos hombres al servicio y no podíamos hacer mucho ruido. Así que negué en silencio y le hice un rápido recordatorio de que mi culo no estaba del todo curado. Ya no me dolía, pero tampoco creía que fuera bueno forzar la maquinaria montando a James sin lubricante y a prisa en mitad de un baño público. Él puso una leve y fugaz mueca de comprensión y asintió antes de señalar el suelo para que me pusiera de rodillas y siguiera chupándosela. Hizo lo que le gustaba hacer, hundirme la cabeza y provocarme unas leves arcadas que llamaran la atención de los visitantes del baño, que se quedaban un momento en silencio sin comprender qué había sido eso. Al parecer, ponerme de los nervios y verme la cara de susto y enfado era algo que divertía y excitaba a James a partes iguales; pero le duró poco, porque yo me puse serio y él tuvo que apretarlos dientes y apoyar las manos en las paredes del cubículo mientras las piernas le temblaban ligeramente.

Soltó un jadeo y se corrió al minuto, seguido muy de cerca por mí. Me incorporé con cierta dificultad y solté aire. Apoyé el hombro en una de las paredes porque me dolían las rodillas y notaba los labios un poco insensibles, mientras miraba a un señor Black de gran sonrisa, ojos cerrados y respiración profunda. Tras recuperar un poco la respiración, abrió los ojos y puso morritos para que fuera a darle nuestro beso de después.

—Vamos, ya llevamos aquí más de un cuarto de hora —le recordé, terminando de limpiarme la mano con el papel de baño.

A James eso no pareció importarle, se levantó del retrete, se metió la camisa por dentro de la cintura y se abrochó el pantalón. Cuando salimos del cubículo estábamos solos y pudimos repasar tranquilamente nuestra imagen en el espejo. Hice unas pocas gárgaras y bebí algo de agua del grifo antes de lavarme las manos y la boca con jabón.

—Sácanos una foto, Leo —ordenó el señor Black.

Saqué el móvil del bolsillo y puse la cámara.

—¿Quieres hacerla frente al espejo? —pregunté.

—Sí.

Nos enfoqué en el reflejo y James puso una mueca encantadora, un poco sexy, pero divertida mientras fingía corregirse la pajarita; yo puse una cara estúpida y saqué la foto.

—Ahora una para nosotros —añadió el señor Black pidiéndome que le diera el móvil con un gesto de la mano.

Lo hice y me moví a sus espaldas para rodearle con los brazos y apoyar el mentón sobre su hombro. James inclinó un poco la cabeza hacia atrás y sonrió antes de sacar la foto. Éramos dos hombres adultos tomando una fotografía en un baño como una pareja de adolescentes, pero, sinceramente, la imagen fue preciosa y ambos salíamos muy guapos.

—Esta va directa a la estantería —le dije antes de guardar el móvil.

—Estaba pensando lo mismo —reconoció él, dándome un último beso en los labios antes de ir camino a la puerta.

Un hombre la abrió antes y se disculpó al momento, por casi golpear al señor Black. Él le ignoró por completo y salió, seguido de cerca por mí, que sí le dediqué un «no pasa nada» al hombre. Curiosamente, si hubiera llegado un minuto antes nos habría pillado abrazados y sacándonos una foto como gilipollas frente al espejo.

Al llegar a los soportales del gran salón, nos rodeó el murmullo de las conversaciones. Ya habían servido los entrantes y cuando alcanzamos nuestra mesa nos encontramos con Edward y Lana charlando sobre, como no, sus gatos.

—Vaya, esos datos nos tomaron más tiempo del que pensábamos —les dijo James a forma de disculpa mientras se sentaba—. Era bastante grande y había mucho que tragar, pero Leo pudo con todo.

—Eso suena muy mal —bromeó uno de los comensales antes de reírse.

James también se rio, pero no hizo nada para desmentirlo.

—¿Ya conoces a Lizzy y Darcy? —le pregunté a Edward tras acomodarme en la silla y coger mis cubiertos—. Son unos diablillos.

—Sí, parecen una pareja muy divertida —afirmó el cirujano con una sonrisa educada. El pobre había estado veinte minutos allí sentado soportando las muchas historias de esos dos puñeteros gatos.

—Que prefieras los gatos a los perros, Edward... todavía no puedo creérmelo —murmuré antes de meterme una buena porción de ensalada de mozzarella con aguacate en la boca.

—¡Edward! —exclamó James, sin molestarse en terminar de tragar para hablar. Le dedicó una expresión de sorpresa al cirujano y después se volvió hacia mí—. Gatos... —y negó con la cabeza.

—¡Los gatos son mejores! —exclamó Lana—. Son muy cariñosos, divertidos y peluditos.

Eso pareció hacerle gracia al señor Black.

—Como tú, Leo —me dijo.

Se me saltó la risa y casi me atraganto con una hoja de canónigo, tuve que coger la copa de agua y darle un par de tragos antes de responder:

—La verdad es que sí.

Noté una vibración en el pecho, allí donde tenía el móvil. Seguramente la respuesta del Departamento de Publicidad sobre la foto que le había enviado de James y yo en el baño.

—¿Sigues teniendo tu familia dos labradores, James? —le preguntó Edward, recuperado tras su sorpresa inicial al escuchar al señor Black re-

ferirse a mí como «cariñoso, divertido y peludito».

—Sí, están en casa de mis padres —afirmó él.

—¿Tienes perros? —preguntó Lana—. Vaya, no... lo sabía.

—No son míos, son de mis padres —aclaró sin dejar de comer la ensalada.

—¿Cómo se llaman?

El señor Black se quedó mirándola en silencio y Lana se arrepintió al momento de haber preguntado.

—Annita y Vronsky —respondí yo por él.

Edward fue el único que pilló la broma, quizá demasiado sutil y complicada de entender. Agachó la cabeza y trató de controlar la vibración de su pecho para no echar el trozo de aguacate de vuelta al plato.

—Has hilado muy fino, Leonard —me halagó tras limpiarse los labios con la servilleta.

—No... no lo he entendido —murmuró Lana, mirándonos intermitentemente al uno y al otro.

—Oh, emh. Tus gatos se llaman Lizzy y Darcy, como en *Orgullo y Prejuicio* —le explicó—, y los de James se llaman Anna y Vronsky, como en *Anna Karenina* que es una novela... muy diferente.

—Oh... —al fin lo entendió, o al menos, fingió entenderlo porque me miró con una sonrisa y asintió—. No me he leído *Anna Karenina*. Dicen que es muy triste.

—Lo es —respondí.

Recibí otro mensaje y el bolsillo vibró. No iba a sacarlo, pero entonces empezó a vibrar más seguido como si se tratara de una llamada.

Fruncí el ceño y lo cogí para ver el número de Thomas Lee en la pantalla. Normalmente cuando me pedía más fotos se limitaba a mandarme correos.

—Disculpadme un momento, por favor —tuve que decir antes de levantarme y dirigirme hacia las puertas dobles acristaladas—. ¿Ha pasado algo? —pregunté antes de cruzar al exterior.

—¡Leonard! ¿¡Habéis visto el puto vídeo!?

Entonces sentí una profunda presión en el pecho y me quedé congelado en el sitio, en mitad del balcón con vistas a la ciudad.

—¿Qué... qué vídeo? —pregunté casi sin aire.

—¡El puto vídeo del señor Black!

Cerré los ojos y empecé a jadear.

—¿Qué sale en ese vídeo? —me llevé una mano temblorosa a la cabeza y me la pasé por el pelo.

—El final de la vida pública de James Black, eso sale en el vídeo —y colgó. Bajé el móvil y miré la pantalla que, con los ojos húmedos, parecía más brillante de lo habitual. Hice una rápida búsqueda y no tuve que esforzarme demasiado para encontrar las múltiples noticias que ya habían corrido por internet como la pólvora en apenas veinte minutos. Pulsé el primer enlace y leí rápidamente «escándalo», «sorpresa» y «increduli-

dad». Había un vídeo, pero no estaba colgado porque era «demasiado». El corazón me latió más rápido y cogí una buena bocanada de aire. Si estaba censurado no era de un par de besos en la cafetería, ni un tour a la Habitación del Placer. Tenía que ser algo peor, quizá mucho peor.

Tuve que entrar en una página porno y esperar a que el vídeo se cargara. Respiraba y miraba la pantalla en negro. Respiré más fuerte y me quedé sin aire cuando vi a James. Tenía la camisa desabrochada y una correa en la mano de la que tiraba un poco, se oían sus gemidos y gruñidos mientras follaba sin parar con una sonrisa sórdida en los labios. Estaba en casa, en nuestra casa, en el sofá. Dio un cachete y preguntó «¿Quién es tu dueño?», «Te gusta que tu dueño te folle sin parar, ¿eh?»

Y después se oyó un: «¡GUAUF!»

Era yo.

CUARTA PARTE

VERANO

EL PRINCIPIO DEL FINAL

Era increíble el daño que un solo minuto de vídeo podía hacer en la vida de alguien. Se extendió como una peste entre las redes sociales y las páginas de cotilleos. A la hora, ya estaba en todas partes, a las dos horas incluso la prensa seria había dedicado un espacio a la noticia. «El escándalo de James Black», lo habían titulado. Una forma mucho más elegante que las de la prensa amarilla. «¿Cómo llegar al corazón de James Black?, ¡siendo un buen chico!» «De Soltero de Oro a adiestrador de perros ¡Qué escándalo!». «James Black no es el Príncipe Azul que todos creíamos» «El Oscuro y Devastador Secreto de James Black que te Dejará sin Palabras...» No se habían cortado un pelo a la hora de dejarnos por los suelos, atacando sin piedad y disfrutando de cada palabra envenenada que escribían sobre nosotros porque, ¿a quién no le gustaba regocijarse en la derrota de una figura tan querida como el Soltero de Oro de la ciudad?

Era la humillación pública total y absoluta, el mejor cotilleo que podrían haber publicado en todo el año. Aquello no era un simple rumor de James y su ayudante siendo «demasiado amigos», no era un vídeo robado de nosotros demasiado cariñosos y borrachos en el Metro; aquel era un puñetero vídeo de un minuto donde se nos veía follando, y ni siquiera de una forma «normal», sino de una forma súper sórdida, con correa, comentarios subidos de tono y conmigo ladrando como un perrito.

Pero el daño ya estaba hecho y no había vuelta a atrás.

Cuando regresé de ese balcón tenía el móvil en la mano y los ojos empapados en lágrimas. James levantó la mirada del plato y se quedó helado al momento de verme el rostro, dejó de masticar y de sonreír y esperó a que yo me acercara y le susurrara al oído:

—James, tenemos que irnos. Hay... un vídeo de nosotros.

El señor Black palideció un poco, pero mantuvo el tipo y me miró fijamente mientras tomaba profundas bocanadas de aire.

—¿Cómo de malo? —preguntó.

—Bastante.

—¿En dónde? —fue su siguiente pregunta.

—En el salón de casa.

Esa respuesta le sorprendió un poco y frunció levemente el ceño.

—De nosotros con la correa —susurré.

James cerró entonces los ojos y se frotó el rostro con las manos. Un breve momento de pesar antes de levantarse de la silla y abrocharse el botón del esmoquin. Me despedí de Lana y Edward de la forma más educada que pude, dejándoles con la palabra en la boca y extensas expresiones de curiosidad y sorpresa. Ninguno de los dos insistió ni pidió explicaciones, dando por hecho que era algún asunto importante de la empresa. No necesitaban más que ver mi cara para saber que algo había salido terriblemente mal; pronto descubrirían que no se equivocaban.

El señor Black y yo salimos hacia la calle e hice pedir un taxi. Ambos esperamos callados y con la mirada al frente los siete minutos que tardó en llegar. Había mucho en lo que pensar, mucho que temer y poco tiempo para hacerlo antes de que tuviera un impacto real en nuestras vidas. Solo se me ocurrió mover la mano y coger la de James, porque, aunque ahora mismo estuviéramos en mitad de una tormenta mediática y en el pozo más absoluto de la humillación pública, ya no había nada que ocultar. Jamesladeó el rostro y me miró con sus ojos enrojecidos y húmedos, se inclinó para darme un beso y volvió a mirar al frente.

Cuando llegó el taxi, subimos y le di la dirección de casa. Continuamos en silencio, cogidos de la mano y demasiado metidos en nuestros propios pensamientos como para compartirlos con nadie. De vez en cuando echaba cortas miradas a James, en los momentos en los que notaba un apretón más fuerte de su mano o un cambio en su respiración. De los dos, él era el que más valoraba lo que los demás pensaran y dijeran; había inventado un personaje y lo había estado representando durante años y años solo para que la gente le adorara. Me daba miedo pensar lo que pasaría ahora que todos podían ver un pequeño ejemplo del auténtico James Black.

Subimos al ático y fuimos directos a la habitación, nos desvestimos y James se metió en la cama mientras yo me quitaba las lentillas y me lavaba los dientes frente al espejo del baño.

Cuando me tumbé a su lado, me rodeó con fuerza entre los brazos y me apretó contra él, yo le abracé de vuelta y le froté la espalda con cariño. Ninguno de los dos pudo dormirse hasta altas horas de la madrugada y no nos despertamos hasta el mediodía del domingo. Entreabrí los ojos, sintiendo el agitado sueño de James sobre mí.

Se removía un poco, me apretaba con más fuerza de la habitual contra él y murmuraba cosas incomprensibles.

Miré el techo de la habitación y le acaricié hasta que se despertó. Ladeé el rostro y le di un beso de buenos días, mirando sus ojos un poco hinchados y enrojecidos de haber estado llorando en silencio.

—Superaremos esto, James —susurré, levantando una mano para acariciar su rostro—. Será duro, pero... —me detuve para tomarme un momento y respirar. No quería llorar mientras decía aquello—. Es solo un escándalo. La gente se olvidará de nosotros con el tiempo.

Había tenido tiempo para reflexionar sobre el problema y llegar a la conclusión de que, aunque fuera muy humillante y hubieran destapado nuestra relación de la peor forma posible, no habíamos cometido ningún crimen imperdonable.

—Solo hemos pasado a formar parte de esa larga lista de «famosillos» con un *sex tape* —continué, encogiéndome de hombros para restarle importancia—. A lo mejor nos dan un *reality show* como a los demás.

—No hagas bromas, Leo —murmuró James con un tono seco y una voz ronca.

Bajé la mirada y asentí, quizá no era el momento de frivolar el tema. A esas alturas quizá toda la ciudad lo supiera, quizá nuestros padres lo supieran y toda la gente que conocíamos. Era una idea aterradora, por supuesto, pero no creía que revolcarse en la miseria y la autocompasión fuera la solución al problema.

Continuamos en la cama durante una hora más, sin decir nada, hasta que le propuse a James ir a tomar un café y tomar el aire; a lo que se negó en rotundo. Lo intenté tras una pequeña siesta, pero esta vez excluyendo lo de salir a la calle. Le pregunté si quería que hiciera un par de cafés y quizá unas tostadas para tomar en el salón.

—No.

Asentí y continué abrazándole y acariciándole el pelo. Cuando cayó la noche todavía seguíamos en cama.

—Iré a por la cena y comeremos algo, es importante para tener energías — le propuse con cuidado—. ¿O prefieres que pidamos comida basura? Eso quizá nos...

—Leo, cállate.

Detuve la mano con la que todavía le acariciaba el pelo, cogí una bocanada de aire y su cabeza apoyada en mi pecho ascendió un poco antes de volver a descender.

No volvimos a hablar hasta que la alarma del despertador me despertó y tuve que moverme sobre James para poder apagarla. Me recosté de nuevo y miré su rostro.

Ya tenía los ojos entreabiertos, unas leves ojeras y una expresión de derrota que me rompió el corazón.

—¿Quieres ir al gimnasio? —le pregunté tras un beso de buenos días—. Descargar un poco de energía antes del trabajo, eso siempre te hace sentir mejor.

James centró su mirada perdida y vacía en mis ojos.

—No vamos a ir al trabajo, Leo —murmuró, apretando los dientes—. No vamos a dejarles que se rían en nuestra cara.

Contuve una mueca de preocupación y moví la mano para acariciarle la barba espesa.

—Podemos trabajar desde casa hasta que pase un tiempo, quizá un par de días —le sugerí—, pero escondernos no va a cambiar el hecho de que llegará el momento en que tengamos que enfrentarnos al público, James.

—Rodeé su rostro entre las manos, limpiando un rastro húmedo de lágrimas con el dedo gordo—. Afrontaremos esto juntos y en algún momento se olvidarán de nosotros y podremos volver a la normalidad.

El señor Black continuó mirándome en silencio y otra lágrima se deslizó por su rostro, humedeciéndome la mano, puso morritos y le besé; entonces cogió una buena bocanada de aire y asintió. Yo forcé una ligera sonrisa y volví a besarle, más lento y suave, metiendo tímidamente la lengua en su boca. No estaba seguro de que fuera el mejor momento, o sí él estaba de humor para tener sexo, pero era el señor Black, después de to-

do, él siempre estaba de humor para tener sexo suave de recién levantados. Se volcó sobre mí y continuó besándome sin parar mientras me quitaba la ropa interior, se hacía sitio entre mis piernas y se bajaba su bóxer de marca para empezar a metérmela lentamente con ayuda de un poco de aceite de coco. Solo hubo jadeos, besos húmedos, gruñidos y gemidos que nos acompañaron hasta el orgasmo y dejaron un silencio que duró minutos mientras nos abrazábamos. Le di un par de besos en la mejilla y le pregunté:

—¿Qué te parece si bajo a hacer un par de cafés mientras te duchas, preparo el desayuno y lo tomamos tranquilamente en la cocina?

James levantó la cabeza y me miró un momento antes de asentir.

—Tienes que llamar al trabajo y decirles que... —pero fue incapaz de seguir, volviendo a tensar la mandíbula y a recordar.

—No te preocupes, yo me ocupo de todo —le prometí, dándole un beso en los labios antes de tirar de él hacia el lado y darle un par más, muchos más juguetones y tontos para intentar hacerle sonreír.

Solo cuando sus comisuras se elevaron un poco, me detuve, salí de encima de él y le acompañé al baño para limpiarme un poco antes de dejarle tranquilo. Cogí el móvil de la chaqueta del esmoquin tirada en el suelo y salí de la habitación. Sin James delante, me permití a mí mismo mostrar la preocupación y ansiedad que me atenazaban el pecho. La humillación pública era algo jodido de soportar, pero un James deprimido y derrotado era algo que me angustiaba mucho más. Yo tenía experiencia con la depresión, Ryan la había sufrido muchas veces, demasiadas, y sabía reconocer a la perfección las primeras señales de alarma. Así que no podía permitir que el señor Black se quedara en casa dándole vueltas a la cabeza, tirado en la cama y hundido en la autocompasión y el miedo. Era difícil, yo sabía que era difícil, pero le ayudaría en todos lo posible.

Como, por ejemplo, enfrentándome al exterior en solitario. Nada más ver el móvil vi las innumerables llamadas, mensajes y correos. Demasiados para prestarles atención a todos; había muchos de la empresa, sobretodo del Departamento de Publicidad, Recursos Humanos y de Marketing; después había bastantes de la prensa, de revistas de cotilleo y páginas web pidiéndonos una entrevista o que hiciéramos declaraciones, ofreciéndonos incluso unas cantidades de dinero nada desdeñables por la exclusiva; finalmente había algunos al número privado de James, de sus hermanos, de sus asquerosos amigos y, por supuesto, de Lana. Pero me centré y elegí tomarme aquello con toda la tranquilidad que pude.

Primero, el trabajo.

—Hola, soy yo, Leonard —le dije a Ann, la recepcionista que, por casualidad, había cogido el teléfono.

—Oh... señor O'Brien —murmuró ella, bastante sorprendida al parecer de escuchar mi voz.

—Llamaba para informar de que el señor Black no se presentará en el trabajo durante un par de días —respondí, ignorando su tono de voz y los

murmullos de fondo que había causado la pronunciación de mi nombre en recepción —. Dile a los jefes de departamento que, si necesitan contactar con él, lo hagan de la forma habitual. Seguiremos el trabajo dese casa, pero que las reuniones programadas para esta semana quedan canceladas. Yo me encargaré de reprogramar el resto de reuniones y comidas de trabajo con los clientes e inversores.

— Claro, señor O'Brien.

Abrí la puerta de la alacena en busca del café, la leche y, con suerte, algo dulce con lo que poder acompañarlo.

— Bien, volveré a llamar si surge alguna novedad o un cambio de planes —concluí.

— Sí, señor O'Brien — y colgué.

No había que ser un genio para saber que éramos la comidilla de la oficina y que ahora estarían acosando a Ann para descubrir palabra por palabra de lo que yo le había dicho. Al menos, a nadie parecía haberle sorprendido que no asistiéramos al trabajo. Fui hacia la cocina y empecé a prepararlo todo, mandando un rápido mensaje a Lakov para que pasara por el hall del edificio y subiera la bolsa del desayuno, ya que ahora nadie entraba en nuestra casa. Además de eso, quería tener una conversación muy seria con él sobre lo que había pasado y por qué el vídeo había llegado al público cuando, se suponía, que sus amigos ya lo habían hecho «desaparecer».

El hombre llegó cinco minutos después, con la bolsa de papel en la mano y una expresión seria en su rostro rudo e intimidante.

— Señor Obrai — me saludó desde la entrada del pasillo.

Dejé la taza de mi café con leche bien cargado sobre la isla y me quedé en silencio, mirándole de vuelta. James todavía seguía en el piso de arriba, pero quizá fuera mejor que no escuchara aquello.

— Lakov — dije, tratando de controlar mi tono de voz y haciendo una señal para que se acercara —. ¿Sabes lo que ha pasado?

— Sí, señor Obrai — respondió, dejando la bolsa sobre la mesa.

— ¿Y sabes por qué ha pasado?

— Nos encargamos del problema — me aseguré —. Se trataba de unos de los repartidores del restaurante de comida — golpeó la bolsa de papel —, les vio una noche durante la entrega y les grabó para chantajearles. Esperé a tenerlo todo preparado, una cuenta extrajera y un plan de escape con el millón de dólares, pero ayer era el único que había faltado al trabajo y le encontramos rápido. Rompimos su móvil, su portátil y sus piernas. Creímos que el problema se había resuelto — prometió —. No sabemos que ha podido pasar.

Escuché todo aquello con mi taza de café en la mano, todavía en camiseta corta y calzoncillos, como un mafioso demasiado acostumbrado a oír aquel tipo de cosas como para que le perturbara lo más mínimo.

— Alguien tuvo que hacer el vídeo público — le dije, aunque eso era evidente —. Quizá lo tuviera programado o lo había subido a la nube con

un temporizador o alguna cosa de esas en caso de que sucediera algo. — Ya estaba pensando en voz alta, valorando la posibilidad de que aquel repartidor tuviera los conocimientos informáticos necesarios para hacer eso—. Se tomó la molestia de prepararlo todo antes de mandar el chantaje, no me sorprendería que hiciera algo así; o que alguien lo subiera por él. ¿Sabes si actuaba solo o tenía una pareja, hermanos o amigos muy cercanos?

Unos pasos pesados resonaron sobre el pasillo sobre nuestras cabezas, descendieron las escaleras y un señor Black muy enfadado, en ropa interior y con la camiseta gris de #TuAmo, apareció en escena.

—Lakov... —dijo un murmullo bajo, grave y peligroso mientrasladeaba la cabeza para poder dedicarle al hombre su mirada más intimidante por el borde superior de los ojos—. Tú dijiste que estaba *hecho*... eso dijiste, ¿verdad?

—Señor Black —respondió Lakov junto con una breve inclinación a forma de saludo—. Nos encargamos del problema, se lo aseguro. Uno de los repartidores del restaurante de...

—No —le interrumpió él, apretando tantos los puños que sus nudillos palidicieron—. ¡Es evidente que no os encargasteis de una puta mierda!

—Era el hombre correcto, trató de huir y le atrapamos —insistió Lakov, al que, al parecer, le preocupaba bastante haber enfadado a James—. Rompimos su móvil, su portátil y, como usted pidió, no volverá a caminar nunca más.

—Vete —fue lo único que dijo el señor Black—. Quedas despedido.

Lakov hincho su ya sobresaliente pecho y trató de mantener la compostura.

—James —intervine yo, aunque supiera que, probablemente, meterme en medio de aquello solo me haría salir perjudicado—. Quizá el repartidor tenía un plan B en caso de que le pilláramos. Tardó casi tres semanas en prepararlo todo, es evidente que le dedicó mucho tiempo a planificarlo y quizá no actuaba solo. —Me giré hacia Lakov y le pregunté—: ¿Confesó antes de que le... rompierais tantas cosas o simplemente «lo resolvisteis»? El hombre cabeceó y bajó la mirada a la mesa.

—Mi amigo Birnyk sabe cómo hacer hablar a la gente, señor Obrai. Haremos otra visita al repartidor en el hospital —respondió él, muy seguro de las habilidades de su amigo.

—He dicho que estás despedido —repitió el señor Black—. No quiero volver a verte.

—James, por favor. Ahora necesitamos a gente de confianza a nuestro lado, como Lakov —le recordé. Sin embargo, el señor Black movió su mirada de odio desde el chofer hacia mí, así que añadí—: Al menos, démosle la oportunidad de descubrir qué ha pasado.

Como James no cedió ante aquello, preferí murmurar a Lakov un breve: «estaremos en contacto», y hacerle una señal para que se fuera antes de que al señor Black le diera un arrebato de ira o algo peor. Cuando el hom-

bre desapareció por el pasillo, moví la taza de café de James hacia su lado de la mesa y cogí la bolsa con el desayuno.

—Ven, comamos algo —le pedí—. Ya he resuelto lo del trabajo. Les he dicho que esta semana no iremos y que contacten conmigo en caso de necesidad.

Pero James no se movió de su sitio, solo se quedó mirándome por el borde superior de los ojos y con la mandíbula tensa.

—¿Ahora no mando ni en mi propia casa, Leonard? —me preguntó.

—No es eso —negué—. Pero despedir a Lakov no va a solucionar nada, James. Necesitamos a alguien de confianza que nos suba la comida y que no hable con la prensa.

Por un momento creí que el señor Black se daría media vuelta y se iría al despacho para dar un buen portazo, pero para mi sorpresa se acercó a la isla y se sentó sin dejar de mirarme fijamente.

—Esta semana vamos a tener mucho sexo especial tú y yo, Leo —me advirtió con tono seco—, y vas a ser muy, muy obediente...

Apreté las comisuras de los labios, porque aquello no sonaba nada divertido; solo a que James iba a necesitar muchas sesiones de control y dominación para lidiar con la frustración y la angustia que todo aquello le estaba produciendo. Aun así, alargué una mano hacia la suya y entrelacé nuestros dedos.

—Haremos lo que necesites, James —le dije—, pero prométeme que me dejarás ayudarte y que harás un esfuerzo para pasar este mal trago. No voy a poder hacerlo solo —levanté nuestras manos y besé su dedo anular, donde tenía la alianza de compromiso—. Nosotros somos un gran equipo, ¿verdad?

El señor Black me miró en silencio, pero su expresión se había ido relajando hasta ser solo una mueca seria. Asintió lentamente y respondió:

—El mejor equipo.

—Bien —hice un esfuerzo para sonreír y le entregué su envase de desayuno—. Martha Hightower ha llamado ayer y nos ha enviado un correo con la respuesta a tus correcciones en el plano y algunas imágenes sobre la decoración, ¿qué te parece si les echamos un vistazo esta noche tras la cena?

James abrió su envase, se metió una buena cucharada de muesli con yogurt natural y fresas y asintió sin decir nada. Hice lo mismo que él, porque estaba hambriento tras todo un día sin comer nada, y revisé más a fondo los muchos mensajes y llamadas. No le dije nada a James, ahorrándole lo peor de la situación y dándole solo escuetos y neutros datos sobre el trabajo o los consejos del Departamento de Publicidad. El señor Lee estaba completamente enloquecido, por supuesto, aquello había sido una bomba que había hecho estallar la imagen del Soltero de Oro en mil pedazos. Las redes sociales del señor Black se habían inundado con comentarios, insultos, bromas y, por supuesto, con infinidad de «¡Guauf!»; porque a la gente le había parecido tan bizarro y grotesco que hasta les

resultaba gracioso.

Como yo había pensado, el principal problema había sido destapar nuestra relación de aquella manera tan... especial, por llamarlo de alguna forma. Si hubiera sido un vídeo de James y yo besándonos, quizá hubiera «algo fuerte», pero asumible. Vernos directamente follando y además de una forma tan violenta y sórdida... era demasiado para el público. La mayoría de las personas que habían seguido el romance de la Pareja del Siglo se había sentido decepcionada y ultrajada por aquel giro tan «horrible y desagradable» de los acontecimientos. El señor Lee tenía razón al decir que Lana era una mujer muy querida por el público general y ver que James la había traicionado y mentido de aquella forma era, simplemente, inaceptable.

Durante nuestro horario laboral en el despacho, hacía pequeñas búsquedas y miraba los comentarios para hacerme una idea de primera mano sobre el impacto que el vídeo había tenido. El Departamento de Publicidad estaba desbordado y habían decidido mantenerse en completo silencio sobre la situación mientras por todas partes la decepción y el odio se esparcían como malas hierbas.

Al parecer, James y yo éramos los únicos en el mundo en haber mantenido una relación secreta y al que les iba follar un poco duro. No lo habíamos hecho bien, de acuerdo.

Habíamos mentido a Lana y la habíamos usado para que el señor Black tuviera mejor imagen pública; pero la gente era una puta hipócrita y se creían mejores que nosotros solo por eso. Les encantaba hablar mucho y poner comentarios llamándonos «infieles hijos de puta y mentirosos», porque seguro que ellos eran jodidos santos que iban a alimentar a los pobres cada fin de semana.

Tuve que dejar el móvil sobre la mesa y controlarme, porque aquello me estaba empezando a afectar mucho y no quería que el señor Black me viera enfadado. Pero, al parecer, ya era tarde.

—¿Es así de malo, Leo? —me preguntó, mirándome por el borde de los ojos húmedos y un poco rojos.

Le miré de vuelta y me mojé los labios sin saber muy bien qué responder.

—La gente es gilipollas —dije sin más.

—¿Se ríen de nosotros?

—No, más bien nos odian —confesé, apresurándome a añadir—: pero el señor Lee ya está preparando una carta de disculpa. La mandaremos a la prensa y haremos un pequeño vídeo, tú y yo, pidiendo perdón por haber mentido a Lana y todas esas gilipolleces que quiere oír la gente.

—¿Una disculpa? —preguntó él entre dientes—. Jamás...

Me quedé en silencio, bajé la mirada a la mesa y pensé en una forma de convencer a James de que, aquel teatrillo, sería la única forma de calmar las aguas por el momento.

—James, al ser una figura que ha participado tanto en la vida pública de la ciudad, llegando a tener cierta repercusión mediática, la gente... considera

que tiene derecho a exigir cosas... como una disculpa por haber traicionado a Lana.

El señor Black se enfadaba más con cada palabra que salía de mis labios, llegando a golpear la mesa con el puño y a hacer temblar todo sobre ella: nuestra foto, los bolígrafos, el portátil, y los muñecos del jefe T-Rex y su ayudante velociraptor a un lado.

—Disculparse es humillante, Leonard —sentenció con tono duro—. ¡No vamos a pedir perdón delante de una panda de marujas y muertos en vida con *Twitter* y mucho tiempo libre! ¿Eso es lo quieres?, ¡¿darles la razón y que se crean mejores que nosotros?!

Soporté los gritos que llenaron el despacho, los golpes sobre la mesa que acabaron tirando la foto, los muñecos y algunos bolígrafos al suelo, e incluso la intensa expresión de odio e ira que el señor Black me dedicaba.

Mantuve su mirada en silencio, dándole el tiempo necesario para tomar un par de respiraciones, antes de responder en tono calmado:

—Ser famoso es un arma de doble filo, James. Nosotros buscamos la atención de este «público objetivo» cuando empezamos todo lo de Lana. Conseguiste muchos fans y seguidores, y ahora esas mismas personas que tanto os querían se sienten decepcionadas y se creen con derecho a pedir una disculpa...

—¡Pues que se vayan a la mierda! —gritó de nuevo, levantándose del sillón con tanta fuerza que el asiento rodó hacia la pared, produciendo un ruido seco al chocar.

James fue hacia la puerta y salió precipitado antes de dar un fuerte portazo, dejándome en la soledad de la habitación. Miré la mesa mientras los ojos se me humedecían y parpadeé un par de veces para contener las lágrimas. Sabía que el señor Black no estaba enfadado conmigo, pero, aun así, era duro. Miré la hora en el Rolex y recogí las cosas que habían caído al suelo, las dejé de nuevo sobre la mesa, coloqué el sillón en su sitio y puse el portátil en reposo antes de salir por la puerta en busca de James. Le encontré en la Habitación del Placer, sentado sobre la cama plastificada y con la mirada perdida en algún punto del suelo. Tenía una fusta en la mano que golpeaba suavemente sobre su pierna y los ojos empapados en lágrimas. Crucé la sala y subí a la cama para poder abrazarle por la espalda, produciendo un sonido de plástico con cada movimiento.

—No vamos a disculparnos, Leo —murmuró con la voz un poco rota—. Jamás.

Me incliné para darle un beso en la sien y le apreté un poco más entre los brazos.

—El principal problema no es que tú y yo estemos juntos —respondí en un susurro cerca de su oído—, ni que nos hayan pillado follando en el salón, con correa y ladrando. El problema ahora mismo es que estabas en una relación pública con una mujer a la que tienen mucho cariño y que tú siempre habías dado una imagen de hombre perfecto e ideal.

Ladeé el rostro para tratar de ver cómo estaba tomándose mis palabras.

Seguía mirando a algún punto del suelo y con expresión seria, pero, al menos, parecía estar escuchándose, así que continué:

—Una disculpa es la solución más rápida y sencilla —respondí en un susurro cerca de su oído—, es lo que el Soltero de Oro haría. Eso calmará a la gente y hará que paren de escribir tonterías sin sentido sobre nosotros. Les contaremos que...

Me detuve y le acaricié distraídamente el pecho abultado y firme bajo las letras impresas de #TuAMo, pensando en lo que poder decir a la prensa.

—Que no fue premeditado y que simplemente surgió el sentimiento de amor mutuo, que no queríamos hacer daño a Lana, lo cual es verdad, y que no pudiste resistirte a la tentación y a mi descaró irlandés.

—Te he dicho que no bromearas, Leo —murmuró después de que yo terminara de hablar.

—Eso no era broma —reconocí con tono serio—. No pudiste resistirte a la tentación y mi descaró irlandés —repetí.

James movió al fin la cabeza para dedicarme una mirada seria y silenciosa por el borde de los ojos. Sonreí un poco y acerqué la boca a su oreja para morderle suavemente el lóbulo mientras mi mano descendía lentamente hacia su entrepierna y se metía por dentro de su bóxer blanco de marca.

—Mi descaró irlandés te encanta —le aseguré en un susurro.

—Lo más descarado que has hecho en tu vida es follar en baños públicos, Leo —dijo él con tono serio, como si yo no supiera nada sobre la vida, y, sin embargo, su polla ya se estaba poniendo como una roca con solo acariciarla con la punta de los dedos—. No tienes ni idea de lo que es ser «descarado» de verdad.

—Ser descarado es mucho más que comerle la polla a desconocidos en una fiesta, James —respondí tranquilamente, frotando la punta de la nariz en el pelo corto de su sien mientras empezaba a masturbarle—. A veces significa plantarle cara a la autoridad, decir «no» y mantener una mirada fija sin parpadear ni una vez...

James mantenía la expresión seria, pero su respiración era un poco más alargada y rápida, su corazón latía un poco más rápido bajo mi mano en su pecho y su entrepierna ya estaba tensando la tela del bóxer al máximo.

—Entonces sí —murmuró—. Eres muy descarado... pero yo soy quien manda aquí —y me dio con la fusta en el brazo que bajaba a su entrepierna, creyendo, quizá, que la apartaría con una gemidito de dolor.

—Me tienes dado más fuerte —susurré en su oído con calma, indiferente e imperturbable, como sabía que más le provocaría.

James lo repitió y tuve que apretar los dientes para no gritar un poco, esta vez sí lo había hecho con fuerza y sin avisar.

—Sí, algo así —dije, lamiendo un poco más su oreja—. ¿Y qué más sabes hacer? —le pregunté antes de lamerle el cuello y morderle de nuevo el lóbulo de la oreja, tirando un poco de él.

El señor Black hinchó su pecho, me apartó la mano con un tirón firme y se puso de pie. Le miré fijamente a los ojos desde mi posición arrodillada en

la cama, con esa sonrisa que tan cachondo le ponía. Al señor Black se le escapó un jadeo y de pronto apretó los dientes, arrepentido de su propia reacción. Apretó la mano alrededor de la fusta y me dijo con su voz gutural y densa:

—Desnúdate...

Se habían acabado los juegos y yo iba a pagar las consecuencias de haberle provocado de aquella manera en mitad de una habitación con todos sus juguetes. Por supuesto, yo sabía dónde estábamos y sabía lo que pasaría si presionaba suficiente a James para excitarle y sacar su parte de Amo, pero sin llegar a enfadarle de verdad. También sabía que el señor Black necesitaba aquello y que, al terminar, estaría mucho más relajado y pensaría con mayor claridad.

Dolió, por supuesto que dolió. James no se contuvo a la hora de demostrarme, según dijo él, «quién mandaba», «quién era el jefe» y «quién iba a ser mi marido». Yo le decía todo lo que quería oír y trataba de encontrar algo de comodidad en aquella cama plastificada, fría, ruidosa y un tanto desagradable. Cuando el señor Black se corrió entre gritos y gruñidos de placer, se dejó caer sobre mí, con su camiseta gris puesta y sudada en el pecho y las axilas, mientras jadeaba al lado de mi rostro. Le abracé y le acaricié la espalda húmeda y caliente, mirando el techo rojo de la Habitación del Placer con los ojos humedecidos. Le di un beso en la mejilla y le dije:

—Te quiero muchísimo, lo sabes, ¿verdad?

James levantó la cabeza y me miró con un brillo especial y cálido en sus ojos del azul del mar.

—Sí, lo sé —afirmó en voz baja, dándome ese beso tan dulce y suave de después. Quizá el único beso que había visto esa habitación que, probablemente, hubiera visto de todo.

Fue James quien, tras un par de minutos de descanso, se movió primero y me ayudó a llegar a la habitación y, de allí, a nuestra ducha. Repasó mi cuerpo en busca de marcas y me enjabonó con cuidado, aprovechando para abrazarme y darme un par de besos sueltos y suaves.

Al terminar, nos dirigimos al vestidor para ponernos un bóxer y una camiseta limpia. Miré el Rolex y decidí ponerme también un pantalón para ir a buscar la bolsa del restaurante que subiría uno de los porteros en el ascensor. Lo había pedido en la hora de comer, ya que Lakov todavía no había dicho nada y supuse que él y su amigo seguirían de visita en el hospital.

—Cambiaremos de restaurante —dijo el señor Black mientras cruzábamos el pasillo con vistas a la planta inferior y la pared acristalada—. Busca uno bueno y pásale el PDF con toda la información necesaria, los horarios y las direcciones.

—Muy bien —respondí, aunque no creyera que aquello fuera a resolver nada ni que hubiera que culpar a la chef de que uno de sus repartidores fuera un cabrón. Pero si hacía sentir mejor a James, cambiaríamos de res-

taurante y punto—. Espera en la mesa, yo iré a por la cena, será solo un minuto.

—Te acompaño —murmuró.

—Estás en ropa interior, James —le recordé.

—Así el portero sabrá la suerte que tienes.

Me reí y asentí con la cabeza. Las cosas iban bien. Todavía había un grave problema esperándonos en el mundo exterior, pero al menos las cosas en casa iban bien. Nos quedamos frente al ascensor y miré el móvil, revisando si habían recibido el mensaje. Antes de que levantara la cabeza, ya estaba sonando el «ding» y las puertas se abrieron, mostrando a uno de los porteros con su uniforme, su gorro y la bolsa del restaurante en la mano. Le di las buenas noches y las gracias antes de coger la bolsa. Pero cuando nos íbamos a dar la vuelta, oí un:

—Guauf...

Me quedé helado, perdí la respiración y noté un latido más fuerte que los anteriores en el pecho. Me giré y miré al hombre, con una fina sonrisa. Le había parecido muy divertido decir aquello delante nuestra. Sin duda. Muy divertido...

—Tú nombre —le dije con tono serio y seco.

—¿Disculpe? —preguntó, fingiendo que no me había oído y perdiendo la sonrisa al instante.

—Tú nombre —repetí más lento y alto.

—Yo... solo soy un portero. No...

—No, no eres solo un portero, sino también un hombre muy gracioso —murmuré, y mi voz podría haber helado el sol—. Espero que te rías tanto cuando acabes vendiendo tu culo en una esquina.

Al hombre ya no se le ocurrió sonreír más, solo respirar muy fuerte y muy rápido. Las puertas se cerraron con otro «ding» y desapareció de nuestra vista. Perdí la expresión seria y me volví hacia James, encontrándome con su respiración pesada y profunda, su mueca de enfado, pero también con un ligero temblor en sus manos. Su peor pesadilla se estaba haciendo realidad, y aquello era solo el principio.

Me acerqué, le rodeé el rostro entre las manos y le di un beso.

—No va a pasar nada, James. La gente se olvidará con el tiempo —le prometí.

Él me miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Somos un puto chiste para ellos, Leo.

—No, es solo... ahora —repetí, pero la verdad era que, probablemente, aquella no sería la última broma que nos trataran de hacer respecto al tema. Y eso era lo que a mí más me angustiaba de todo aquello—. Vamos a cenar y a responder los mensajes de Martha —tiré un poco a él, pero le costó moverse de su sitio frente al ascensor—. James, por favor... —tuve casi que rogarle para que caminara conmigo de vuelta al salón.

Aquel incidente volvió a sumir al señor Black en un profundo y tenso silencio del que no fui capaz de sacarle en toda la noche. Lo intenté con los

planes de la boda, que se limitó a revisar y aceptar con breves y concisas acotaciones, lo intenté con una película, con abrazos y algunos besos, pero nada funcionó. Al llegar a la cama me abrazó con fuerza y se quedó despierto hasta altas horas de la madrugada, y yo junto a él. Cuando sonó el despertador lo apagué con un gruñido de queja y volví a rodear con los brazos a James. No nos levantamos hasta media mañana, y solo porque, tras tontear con él y montarle como le gustaba, le convencí para darnos una ducha caliente y tomar un café recién hecho. Después le llevé a la oficina y trabajamos el poco tiempo que quedaba hasta la comida, cuando bajé a buscar la bolsa del restaurante al ascensor. Esta vez el portero, uno diferente al del día anterior, fue breve y muy educado, sin si quiera mirarme a los ojos. Le di las gracias y me alejé. Hacían bien en tener miedo, porque yo no había bromeado lo más mínimo al decirle que terminaría pidiendo en la calle.

La gente me veía sonriente y educado y se creía que yo era la mujer del mafioso, pero estaban muy equivocados. Yo era el mafioso. Llevé la comida a la isla de la cocina, donde James ya me estaba esperando, y repartí los envases tranquilamente.

—Ya he avisado al restaurante, me respondieron diciendo que la chef Xian Lee me llamaría en persona para discutir el problema. ¿Cuánto le pagas exactamente para que una cocinera de fama internacional haga eso? — pregunté.

—Cincuenta mil al mes —respondió él, como si no fuera nada.

—Seiscientos mil al año... —murmuré, mirando mi envase de tallarines con pollo y setas con otros ojos—. ¿Quieres que le ofrezca el mismo trato al nuevo chef o rebajo un poco el precio?

—Nosotros no negociamos el precio, Leonard —me recordó con una mirada por el borde superior de los ojos—. Le pagamos a la gente lo que se merece.

—Claro —afirmé antes de meterme un tenedor lleno de tallarines en la boca y mirar hacia el móvil. Leí el último mensaje del Departamento de Publicidad con la carta que habían decidido redactar con la disculpa. Dudé en si enseñársela al señor Black, pero terminé girando la pantalla para que lo viera—. Haremos lo que quieras, James, pero deberíamos plantearnos seriamente la disculpa, aunque tan solo sea escrita. Cuanto más tardemos, menos efectiva será.

Para mi sorpresa, el señor Black no se negó al instante, lo que siempre era una buena señal.

—Disculparnos es reconocer que nos hemos equivocado, Leonard.

—En cierto sentido, nos hemos equivocado cuando tomamos la decisión de meter a Lana en nuestras vidas. Tú mismo lo dijiste —le recordé—. Si el vídeo hubiera salido a la luz y todos supieran que estamos prometidos, sería diferente. Un poco humillante, sí, pero somos dos adultos en una relación sería a los que han pillado follando en la privacidad de su casa.

James continuó comiendo sin apartar la mirada de mí. No volvió a hablar

hasta pasados unos largos minutos, cuando bebió un par de tragos de agua y señaló la pantalla del móvil todavía colocada en su dirección.

—No vamos a mandar esto. Es humillante.

—La redactaremos nosotros, si quieres, pero tiene que ser una disculpa formal y creíble —le advertí—. Los reporteros van a leerla con lupa, buscando cualquier excusa para tirarla por los suelos y seguir alimentando esa idea de que eres un cabrón mentiroso y falso que se aprovechó de la pobre chica latina.

—Invitamos a Lana a los mejores restaurantes, a las galas más importantes de la ciudad y hasta a la puta *Fashion Week*. Nos la tuvimos que llevar a Francia, durmió en los mejores hoteles del país y nos jodió nuestras vacaciones. ¡Tuvimos que estar aguantando sus gilipolleces y a sus putos gatos durante meses en cenas interminables! —terminó diciendo en voz más alta—. ¡Así que quien se aprovechó de nosotros fue ella, Leonard! —y dio un golpe con el puño a la mesa.

Mantuve la calma y terminé de comer el último bocado en silencio.

—Lo sé, James —dije con tono tranquilo—, y todo eso se acabó ya. Cuando todo esto pase, no volveremos a hablar de Lana Gómez nunca más, pero ahora tenemos que redactar una disculpa formal para que todos crean que no quisimos hacerle daño a propósito.

—En lo que a mí respecta, Lana y sus putos gatos pueden tirarse de cabeza por el *Empire State*.

—Eso no lo pondremos en la carta —murmuré, cogiendo el móvil tras limpiarme las manos con la servilleta—. Hablaré con el señor Lee. Le diré que nosotros redactaremos la disculpa y que se la pasaremos para que al menos la lea. Quiere que ofrezcamos un par de entrevistas en «un entorno controlado», lo que quiere decir que habrá preguntas pactadas y un guion que interpretar.

—No vamos a llorar delante de una puta cámara —sentenció él.

—Claro que no —le aseguré—. Creo que la mejor opción es continuar con nuestra imagen relajada y más bromista, dos chicos que se quieren pero que han cometido un error y están arrepentidos —cogí su mano y puse una mueca similar a la tristeza y la preocupación—. No era nuestra intención hacerle daño... —murmuré con voz pausada y arrepentida antes de recuperar la normalidad y continuar redactando el correo—. ¿Qué te parece?

—Me parece que no soy yo el único sociópata de esta casa —respondió, pero una ligera sonrisa se le coló en los labios.

—Soy bueno cuando puedo serlo, James, pero no soy gilipollas —le dije—. Si se creen que pueden hacerle daño a mi hombre y que no voy a hacer nada para evitarlo, están muy equivocados. Esta gente no sabe lo que es un marido irlandés enfado.

Terminé de redactar el correo y dejé el móvil sobre la mesa, alzando la mirada para descubrir a un señor Black de dedos entrelazados frente a los labios y mirada intensa y profunda.

—¿Quieres subir ya al despacho? —le pregunté.

James tardó un par de segundos en asentir lentamente, entonces me levanté para empezar a recogerlo todo y tirar los envases a la basura. Me lavé las manos y me las sequé con el trapo de cocina antes de darme la vuelta y reunirme con James, de brazos cruzados y cadera apoyada en la isla. Todavía seguía en camiseta y ropa interior, lo que hacía sus erecciones mucho más notables y evidentes que cuando llevaba pantalones. Alcé las cejas, sorprendido de que ya tuviera ganas cuando hacía apenas dos horas que le había montado en la cama.

—¿Por qué no te pones el *kilt* y me enseñas lo que es capaz de hacer un marido irlandés por su hombre? —me preguntó con voz grave y excitada. Eché un rápido vistazo a la hora en el Rolex y después di un último paso para rodear la cadera de James.

—Pero después nos ponemos a redactar esa carta, nada de retozar en la cama —le dije muy cerca de rostro, frotando mi entrepierna cada vez más abultada contra la suya.

El señor Black no respondió, solo murmuró algo similar a un gruñido y me besó con lengua. Regresamos al despacho cuarenta minutos después, recién duchados y con ropa limpia. Yo no me había ensuciado el *kilt*, pero las camisetas de James estaban sufriendo un poco el desgaste de un dueño sudoroso y al que no le importaba follar con ellas puestas y mancharlas de... bueno, de todo un poco. Al quedarnos en casa había preferido prescindir del servicio de limpieza, pero estaba empezando a pensar en dejar la cesta de la ropa y las sábanas sucia a un lado del ascensor y pedir a alguien que se la llevara para hacer la colada. Resulto el pequeño problema alcé la mirada hacia un señor Black que hacía girar suavemente su sillón de lado a lado, con las manos detrás de la cabeza y una fina sonrisa en los labios mientras me miraba. Había sido sexo del bueno y su marido irlandés se había esforzado mucho en dejarle contento y tranquilo para afrontar aquella nota de prensa con la mejor actitud posible.

—Bien, pues empecemos con la carta —dije mientras me cruzaba de brazos y me recostaba en la silla.

Fue difícil, por supuesto que lo fue. James se resistía a poner nada que sonara ligeramente a una disculpa, lo cual era, en esencia, lo único que queríamos con aquello.

Tardamos tres horas, discutimos un poco, nos frustramos y preparé dos tandas de café bien cargado.

Hicimos un descanso cuando recibí la llamada de la chef Xian Lee y discutí un poco más, pero esta vez yo solo, tratando de explicarle a aquella mujer que no había ningún problema con sus servicios ni con su comida y que simplemente habíamos decidido cambiar de restaurante. La mujer luchó hasta el final y hasta nos ofreció un descuento del cinco por ciento del precio, lo cual no fue sorprendente si pensabas que estaba perdiendo a un cliente de seiscientos mil dólares anuales. No quise ser seco e ingrato con ella, pero hacia el final tuve que ponerme serio y crear un muro de e-

ducación antes de finaliza nuestra relación de trabajo.

Tras aquello descubrí que el señor Black había cambiado la mitad de la carta de prensa para poner sus gilipolleces pasivo-agresivos. Cogí una bocanada de aire y negué con la cabeza. Cedí en muchas cosas, como siempre, pero me mantuve firme en incluir al menos un «sentimos mucho habernos equivocado y que las cosas hayan sucedido de esta manera» y un «nos arrepentimos del daño que hayamos podido causar a Lana y a la gente que creía en nosotros». A James le entró un leve ataque de nervios y ansiedad cuando mandé la carta al Departamento de Publicidad.

—Asegúrate de que Thomas Lee no la manda a nadie aun —ordenó con tono seco y mirada fija—. Quiero revisarla de nuevo.

Acepté sin más, demasiado cansado por un día de aquello. Miré la hora y le sugerí que adelantáramos un poco de trabajo hasta la cena, ya que nos habíamos entretenido demasiado con una puñetera carta de solo cuatro párrafos que habíamos reescrito veinte veces. Cuando al fin salí del despacho cogí una bocanada de aire y me apoyé sobre la barandilla metálica del pasillo, mirando las bonitas vistas del dúplex a través de la pared acristalada mientras esperaba a James. Cerró la puerta y le acompañé al piso inferior, sintiendo los ojos cansados y estirando los brazos en alto después de un duro día de trabajo. Fui a por la cena, que habían dejado a los pies del ascensor. El sistema seguía sin convencerme del todo, pero Lakov todavía no había dicho nada y empezaba a sospechar que creía que el señor Black le había despedido de verdad.

Volví a la cocina y repartí los envases de la cena. No había terminado cuando el móvil vibró sobre la mesa como si fuera una llamada y vi el número del Departamento de Publicidad.

—Como se pongan a quejarse de la carta... —murmuré con auténtico desprecio mientras aceptaba la llamada—. ¿Ha pasado algo? —pregunté, mirando hacia la cristalera.

—Ho... hola, señor O'Brien —dijo una voz fina y temblorosa—. Soy Jeremy West, uno de los ayudantes del señor Lee.

—Vale —asentí. El señor Lee ya no tenía ni cojones de llamar él mismo y mandaba a uno de sus secuaces a hacer el trabajo sucio—. ¿Qué ha pasado, Jeremy?

—Ha surgido un problema bastante grave —respondió—. La... Al parecer la prima de Lana Gómez ha dado una exclusiva a *This is happening!* Dice... cosas muy malas de vosotros.

Me llevé una mano al rostro y apreté el puente de la nariz, sobre la marca de las gafas.

Gloria. Como no...

THIS IS HAPPENING!

Gloria Gómez era todo lo que uno se imaginaba que podía ser: baja, pelo rizo con mechas californianas, labios operados, bronceado falso y uñas largas. Era una de esas mujeres que parecían guapas porque se pasaban dos horas maquillándose y gastaban cientos de dólares en ropa y peluquería. Salía hablando en el vídeo de la entrevista, gesticulando y gritando indignada delante de Jane Moore, quien incluso parecía una princesa en comparación con Miss Barrios Bajos de Queens. Ambas estaban sentadas en sillas de diseño rosadas, en el estudio de grabación de la página web con fondo negro y unas letras en rosa pálido que decían «*This is happening!*».

— ¡Los muy cabrones se aprovecharon de mi prima, se rieron en su cara y la trataron como a la mierda! En la última cena incluso la dejaron tirada sin dar ninguna explicación y salieron corriendo como las putas ratas que son — decía Gloria con aquella forma tan rápida de hablar y su tono alto—. Siempre hacían cosas sin ella, no le contaban nada y la trataban como si fuera algún tipo de mascota. Yo ya sabía que algo pasaba, porque ese James Black no se portaba como tenía que portarse. ¡No le contaba nada nunca! No la invitó a su casa jamás, solo la llevaba a fiestas para pasearla delante de las cámaras y sacarse fotos y después la dejaba tirada en casa. ¡En cuatro meses ni le dio la mano! Él decía que era tímido... — y se rio de una forma desagradable y cruel—. ¡El muy hijo de puta estaba follándose a ese secretario suyo todo el tiempo!

— Entonces, ¿crees que ya tenían una relación desde hace mucho tiempo? — preguntó Jane, cuyo tono de voz parecía sumamente suave y dulce en comparación a Gloria—. ¿Quizá incluso cuando habían salido los primeros rumores y el vídeo de ellos juntos en el Metro?

— ¡Claro que sí! ¡Esos dos son unos cabrones mentirosos! ¿Te puedes creer que Leonard siempre estaba delante cuando tenían una cita? ¡Les acompañaba a todas partes y solo hablaban entre ellos, dejando a mi Lanita totalmente de lado y sola! Durante las cenas, James se iba a hablar con su ayudante, diciendo que tenía que «repasar unos datos». ¡A saber lo que hacían! Quizá les pusiera cachondos follar sabiendo que Lana estaba allí sola. ¡Eses dos putos enfermos y perversos!

— ¿Crees que les excitaba tener encuentros sexuales a espaldas de Lana Gómez y en lugares públicos?

— ¿Eso te sorprende, Jane? Ya has visto el vídeo. ¡Todos lo han visto! — gritó mirando a la cámara—. ¡Son unos putos raritos y están enfermos de la puta cabeza! Quizá hicieran otras guarradas con más hombres, orgías, irse a antros nocturnos o cosas de esas. Y Lana en casa llorando y preocupada por ese pedazo de cabrón... Una vez dijo que estaba enfermo, le mintió, por supuesto, y al día siguiente aparecieron en la *Fashion Week* y se sacaron fotos todo sonrientes... — puso cara de asco y negó con la cabe-

za, haciendo balancearse los enormes aros de plata que llevaba colgados de las orejas—. Mi prima le llamó veinte veces para preguntarle qué tal se encontraba e incluso le había hecho una sopa para llevársela a casa.

—Vaya... —asintió Jane con una mueca consternada y triste—. Qué chica más dulce.

—¡Ese es el problema! ¡Que los hijos de puta como esos se aprovechan de la gente inocente como Lanita! Ella quería a ese hombre con todo su corazón y cayó como una tonta en sus mentiras y gilipolleces. ¡Tienen un puto anillo de compromiso, Jane! ¡Y lo llevaban delante de ella como si nada!

La reportera abrió sus labios y aspiró aire de la sorpresa. Miró a cámara y después a Gloria.

—¿Qué? ¿Estás segura? —le preguntó, como si aquella fuera una página que necesitara pruebas y contrastara datos antes de soltar sus rumores y mentiras—. ¡Dices que James Black y Leonard O'Brien están prometidos!

—Llevan prometidos dos meses, mínimo —afirmó Gloria, como si estuviera totalmente segura de lo que decía—. Un día aparecieron con el anillo y Lana les preguntó y, ¿sabes lo que le dijeron?

—¿Qué le dijeron?

—¡Que eran anillos de la amistad! —chilló la mujer, dando una ruidosa palmada para acentuar sus palabras—. ¿Te lo puedes creer?

—Oh... —Jane mantenía una expresión de sorpresa y los labios entreabiertos, pero se notaba que quería acentuar notablemente su reacción para hacerla más «televisiva»—. No me lo puedo creer...

—¡Sí! Y mi prima se fiaba tanto de ellos que les creyó, ¡pobre niña! Y mira que yo le decía, Lanita, no me parece normal. Lanita, ten cuidado porque esto no tiene ni pies ni cabeza. Lanita, seguro que ese James Black es un jodido putero. ¡Y tenía razón! ¡No solo eso, sino que además era un puñetero maricón!

—No, no digas eso —le detuvo Jane con un gesto rápido de la mano y una mueca de tensión—. Aquí no usamos esas palabras, por favor. Entonces, Lana Gómez fue engañada por James Black, el que hasta el momento era considerado el Soltero de Oro de la Ciudad —redirigió la conversación—. Yo tuve el placer de conocer a Lana en una gala del ayuntamiento y parecía una joven sumamente dulce e inocente —asintió, visiblemente apenada por ella—. Nadie se hubiera imaginado que un hombre como James escondiera un secreto tan terrible. Y su ayudante, Leonard O'Brien, ¡que incluso llegó a flirtear conmigo!

—¿Qué? —exclamó Gloria con una mano en el pecho—. ¡Qué par de putos pervertidos y asquerosos hijos de puta!

—Es increíble —dijo Jane, mirando para la cámara—. Ya lo han oído. *This is happening!*

Y el vídeo terminó.

Ambos nos quedamos mirando la pantalla de la tablet sobre la mesa baja del salón. James tenía una expresión muy seria, de mandíbula tensa y ojos

abiertos, como si deseara que Gloria, Jane y todo lo que las rodeaba estallara en llamas y ardieran hasta las cenizas. Levanté una mano y rodeé la suya, apretada en un fuerte puño. Aquello era malo, muy malo. Gloria había confirmado lo que todos sospechaban y les había dado más razones para odiar y despreciar al señor Black.

Nos quedamos un minuto entero en silencio tras finalizar el vídeo, hasta que cogí el móvil y busqué un número en la agenda. Al quinto tono, oí un grito junto con un sollozo lejano y una puerta al cerrarse.

—Señor Obrai —me saludó Lakov—. Todavía estamos hablando con la chica. El repartidor tenía una novia en Staten Island, como usted había dicho. Nos ha costado encontrarla, pero conocía el vídeo y hay varias maletas de viaje en su casa. Probablemente ella y el repartidor tuvieran pensado huir cuando consiguieran el millón de dólares.

—Bien —asentí sin más, porque no había llamado por eso—. Te voy a mandar la dirección de una peluquería de Queens, al parecer va a haber un accidente y va a arder. Creo que la dueña ha trucado la caja eléctrica para cobrar el seguro porque es una pedazo de hija de puta que debería meterse en su propia vida. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto, señor Obrai. Mis amigos irán a ver esa peluquería enseguida.

Iba a despedirme, pero entonces James me quitó el móvil y dijo con tono serio y profundo:

—Y vete a casa de Lana y mata a esos putos gatos suyos —y colgó.

Tiró el móvil en la mesa sin demasiad cuidado y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las piernas y las manos entrelazadas frente a los labios. Respiraba profunda y agitadamente mientras su espalda ancha ascendía y descendía sin parar bajo la tela fina y blanca de la camiseta. Le di un par de minutos más, un par de minutos para ambos, en realidad; porque yo también necesitaba pensar en lo que había pasado y en cómo tratar de solucionarlo, o, al menos, en cómo tratar de que James no cayera de nuevo en una pequeña depresión.

Me incliné sobre él y le di un beso en la mejilla.

—Date una ducha caliente —murmuré mientras le frotaba la espalda—. Yo llamaré al señor Lee y veremos lo que podremos hacer para controlar la situación.

James se quedó quieto un par de segundos más antes de levantarse e irse en dirección a las escaleras. Entonces cerré los ojos y me pasé las manos por el rostro. Las cosas se estaban descontrolando y complicando por momentos, no tenía claro hasta qué punto podía afectar aquello a la reputación del señor Black y a la mía. Cogí el móvil de la mesa y busqué en el registro de llamas el número del secuaz del señor Lee y me recosté en el sofá, cruzándome de piernas y con la mirada perdida en las hermosas vistas de la ciudad repleta de miles de millones de luces.

—Hola, soy Leonard O'Brien —dije—. Ya hemos visto el vídeo. ¿Qué podemos hacer?

—Tememos que no mucho, señor O'Brien —respondió Jeremy West con su voz baja y un poco nerviosa—. Aunque mandemos la nota de prensa, eso no va a cambiar la opinión que se está formado del señor Black y de usted. La gente está muy enfadada, consideran a Lana una víctima, la pobre e inocente joven latina de la que se aprovechaban y se reían. Lo... lo único que podemos hacer es hacer un par de entrevistas pidiendo perdón y arrepentidos por el daño que hayamos podido causar, agachar la cabeza y esperar a que todo pase.

Me quedé en silencio y eso puso muy nervioso a Jeremy, aquello no era culpa suya, por supuesto, pero lo que decía no me estaba gustando nada. «Pedir perdón, agachar la cabeza y esperar» no era algo que James se fuera a tomar bien.

—¿Habría alguna forma de llegar a recuperar la buena imagen del señor Black? —pregunté.

—Eh... es pronto para decirlo, pero... no... no creemos que sea capaz de recuperarse en un futuro cercano. Quizá dentro de algunos años, sin ningún escándalo de por medio y con su matrimonio bien afianzado, podamos probar suerte y devolverle a la escena pública. A ambos.

Asentí en silencio y me despedí con un bajo «muchas gracias, Jeremy» antes de colgar. Aquel era el final del Soltero de Oro y todo lo que representaba. Tras tanto tiempo, al fin habían encontrado una grieta en su figura perfecta y ahora no paraba de brotar la mierda. Y no pararían hasta hundirle en la miseria, por supuesto, porque no había nada más sensacionalista y comercial que la caída de un ídolo.

Me levanté del sofá y fui al minibar para servirme un trago de whisky. Puse dos hielos en un vaso *on the rock*, eché un par de dedos de licor, me los bebí de un trago y me serví otra vez, sintiendo como el alcohol bajaba ardiente y ligero por mi garganta. Me di la vuelta y apoyé la cadera en la encimera del bar, contemplando las fotos de James y yo que había en las estanterías. Tenían razón diciendo que habíamos usado a Lana, pero no le habíamos hecho nada malo; siempre la tratamos como a una princesa y la llenamos de lujos y cenas. James nunca la tocó ni se aprovechó de ella de ninguna forma. Podía sentirse decepcionada y triste, pero no podía sentirse usada y ultrajada, porque eso no era cierto.

Bebí mi segundo whisky de otro trago y miré el móvil, buscando el número de Lana en la agenda antes de llamar. Siete toques después, colgó sin aceptar la llamada. Bajé el móvil de la oreja y dejé el vaso en el bar. No quería hablar conmigo, no ahora, pero en algún momento querría. Subí las escaleras al segundo piso y crucé el pasillo hasta la habitación, encontrando a James tumbado en la cama, encima de las mantas y desnudo, mirando el techo y con los ojos inundados en lágrimas. Cerré la puerta y me quité la camiseta y el bóxer antes de reunirme con él. Abrí las mantas y le ayudé a meterse dentro, le abracé con fuerza y él me rodeó con los brazos antes de hundir el rostro en mi cuello. Una noche más, ninguno de los dos pudo dormirse hasta altas horas de la madrugada.

La claridad de la mañana a través de la pared acristalada nos despertó antes que la alarma y tuve que moverme para cerrar las persianas eléctricas y apagar el despertador antes de volver a tumbarme. Afuera hacía un día soleado de principios de verano, pero la habitación estaba repleta de una oscura tristeza.

A media mañana traté de despertar a James con besos y abrazos, pero él no se movió, así que desistí y le seguí acariciando el pelo hasta la hora de comer, cuando volví a intentarlo con un:

—Démonos una ducha y bajemos a tomar un café, ¿qué dices, dormilón?

James me miró con sus ojos ligeramente hinchados y sus ojeras cada vez más profundas. Apreté los labios para contener una mueca de tristeza y preocupación y le acaricié la mejilla y la parte superior de la barba. Le besé los labios un par de veces hasta que terminé volcándole de espaldas cara al techo. Le froté el pecho, los abdominales y después la polla, que era lo único de él que aún parecía seguir tan activa como siempre. Parecía un poco frívolo de mi parte querer tener sexo en una situación como esa y con James en un estado emocional tan malo; pero yo conocía a mi hombre y sabía que nada le haría sentir mejor que aquello. El señor Black empezó a gruñir un poco y a responder a mis besos, movió la cadera para que siguiera masturbándole un poco más fuerte y después hizo una señal para que me metiera debajo de las mantas y terminara con la boca. Cuando volví a salir de debajo de las sábanas con la respiración un poco acelerada y la boca y la barba empapadas en saliva, James tenía las manos detrás de la cabeza y una expresión mucho más calmada en el rostro. Me miró y puso morritos para que le besara de nuevo, cosa que hice encantado.

—¿Qué te parece si te duchas mientras yo preparo la comida y hago café?

—le pregunté.

Él tardó un par de segundos, pero asintió e hizo el esfuerzo de levantarse. Le acompañé al baño para limpiarme las manos y la boca mientras él meaba en el retrete, después cambié las sábanas manchadas y puse algunas limpias. Me llevé el bulto de mantas conmigo al piso inferior y las dejé en el cuarto de la colada antes de dirigirme al pasillo del ascensor. La bolsa del restaurante ya estaba allí, con dos envases más de lo normal que incluían mousse de castañas. Alcé las cejas y miré la hoja del menú que siempre acompañaba el pedido, porque estaba seguro de que eso no estaba incluido en la «dieta de los campeones». No ponía nada, así que supuse que era un regalo de la chef o quizá un triste intento de chantaje para que no cambiáramos de restaurante.

Repartí los envases y los botellines de preparar el café y mirar el móvil mientras la máquina funcionaba. Como el primer día, había infinidad de mensajes, correos y llamadas nuevas.

Leí primero los del Departamento de Publicidad que informaban de los avances del escándalo. Se me cayó el alma al suelo cuando descubrí que la entrevista de Gloria había tenido mucho más recorrido del que me había imaginado. Todas las webs y revistas de cotilleo lo habían cubierto, y no

solo las locales, sino que el escándalo había llegado a nivel nacional. «El atractivo millonario neoyorkino que engañó a todo el mundo» y más gilipolces sensacionalistas de ese tipo que solo servían para alimentar todavía más el odio del público; quien no había dudado en llenar las redes sociales de James de comentarios muy desagradables y ofensivos, hacer bromas desagradables e incluso *memes*.

Había perdido más de veinte mil seguidores, y las cifras descendía más y más cada minuto que pasaba. Lo irónico era que ahora era más famosos de los que había sido nunca antes, ¿dónde estaba toda esa gente cuando donábamos dinero a la caridad o íbamos a galas benéficas tres veces al mes? Venían ahora, cuando el señor Black y yo éramos un chiste y hacían montajes de nuestras fotos con un filtro para ponernos orejas y morro de perritos. No es que el trabajo o la vida del señor Black dependiera de su fama, pero aquello de que se estuvieran riendo de nosotros de aquella manera... James no lo iba a poder soportar.

Cuando bajó de la ducha, forcé una sonrisa y le di los buenos días, como solíamos hacer en el pasado cuando le esperaba para desayunar cada mañana. Eso le hizo un poco de gracia y una finísima sonrisa se coló en sus labios; quizá la última que yo vería en mucho tiempo cuando tuviera que contarle la verdad de lo que estaba sucediendo en el exterior. Preferí comer tranquilamente, distrayéndole con temas de la boda y el envase con mousse de castaña.

—Cuatro años pagándole y ahora nos envía esto —murmuró el señor Black con cierto desprecio, aunque nos acabamos comiendo el postre, compartiendo la misma cuchara mientras hablábamos y tomábamos el café.

Al terminar lo tiré todo a la basura y subimos al despacho para trabajar. Atendí a los mensajes del trabajo y después volví a echar un ojo al mensaje de voz de Lakov en el que decía: «La novia es la culpable, tuvo miedo cuando el chico no volvió a casa y ahora son una feliz pareja en silla de ruedas. Esta noche iremos a la peluquería y veremos a los gatos». Alcé las cejas y lo puse de nuevo para que James pudiera oírlo.

—Nada de esto hubiera pasado si hubieran hecho bien su puto trabajo —se quejó con los dientes apretados, dando un leve golpe al escritorio con el puño.

—Yo tampoco hubiera sospechado que lo hubiera planeado con su novia, James —reconocí.

—¡Si le hubieran interrogado antes de romperle las piernas no hubiera pasado esto, Leo! —insistió.

—Puede que aun así no hubiera dicho nada —respondí con tono tranquilo y una mirada fija en sus ojos enfadados—. ¿Tú me hubieras traicionado a la mafia del este?

Eso detuvo un poco su arrebató de enfado. Apretó un poco más el puño antes de relajarlo y mirar el portátil.

—Yo jamás te traicionaría, Leo —murmuró.

—Ni yo a ti —concluí.

Tras nuestra breve charla, continué curioseando sobre el avance del escándalo. Teníamos numerosos mensajes y correos de todo tipo de revistas y webs para concertar entrevistas y exclusivas, cada vez más desesperadas por conseguir que habláramos. El Departamento de Publicidad y yo manteníamos una conversación sobre el tema, valorando la posibilidad de, en efecto, compartir una entrevista «controlada» y suavizar el problema para que no fuera a más. Quedarse en silencio y dejarlo correr ya no era una opción. Cuando lo tuviera todo arreglado y seguro, se lo diría a James y trataría de convencerle para...

Y entonces llegó la llamada. Casi a la hora de cenar empezó a vibrarme el móvil en las manos y vi un nombre que, estaba seguro, no me esperaba ver.

—James... —murmuré en tono bajo, girando el rostro hacia él—. Es tu madre.

El señor Black dejó de escribir en el portátil, se quedó mirando la pantalla y palideció un poco mientras su respiración se volvía mucho más profunda y rápida.

—¿Quieres que responda yo? —pregunté con cuidado.

Pero él extendió una mano temblorosa hacia mí y le entregué el móvil. Aceptó la llamada y se lo llevó a la oreja.

—¿Madre? —preguntó con un tono sorprendentemente firme para como estaba él—. Lo sé. Ha... sido un accidente. No —su respiración iba en aumento y sus ojos se empezaron a empañar con rapidez—. No, madre, lo solucionaremos. —Un par de segundos después—. Madre, no... —y se calló. La señora Black le había colgado y le había dejado con la palabra en los labios.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, desapareciendo bajo su barba espesa y rubia. Bajó el móvil lentamente y lo puso encima del escritorio.

—Mi familia no irá a la boda —sentenció.

Cerré los ojos y agaché la cabeza antes de frotarme el rostro. Por supuesto, ¿cómo no iba a llamar su madre para hacerle sentir todavía más hundido de lo que ya estaba? Justo lo que necesitaba James en aquel momento, que le despreciaran todavía más. Cogí aire antes de volver a mirarle. James seguía con la vista al frente y llorando en silencio. Me levanté y fui a abrazarle, dándole varios besos en la mejilla.

—Se solucionará, James —le prometí—. Esto solo es un bache y para cuando se celebre la boda todo habrá vuelto a la normalidad.

El señor Black no dijo nada. Tras dos minutos enteros en silencio, murmuró:

—Vete a la habitación y espérame desnudo y de rodillas.

Puse una mueca de consternación que, por suerte, él no pudo ver. Froté la frente contra su sien y me incorporé para irme hacia la habitación. El señor Black volvió con cuerda y una pala de madera negra con mango de cuero. Me ató las muñecas y los pies y me puso sobre él como si fuera un

niño sobre las piernas de su padre. Fue bastante contundente con la pala y me azotó bastante con ella, alargando el momento o simplemente de forma seguida hasta que me dejó el culo rojo y dolorido. Después me folló con fuerza y en varias posturas hasta que no pudo más y se corrió, sudado y sin aliento, antes de caerse sobre mí. No fue una sesión nada agradable, la verdad. El señor Black no era el Amo divertido de nuestros domingos especiales, sino un hombre con una profunda y casi desesperada necesidad de control. Solo me había hablado para reafirmar su autoridad y que yo le dijera quién era el único que mandaba allí.

Cuando James recuperó el aliento, alzó la cabeza y me dio un beso húmedo en los labios, me limpió los regueros de lágrimas que me empapaban el rostro y me desató para ayudarme a ir hacia la ducha. Me dejó un poco de espacio, consciente de que había sido duro y que quizá yo necesitara un momento para mí. Me enjabonó, haciéndome un poco de daño al tocarme el culo. Había llegado a odiar con toda mi alma esa puta pala negra. Al secarnos, me puso aloe vera con mucho cuidado en las nalgas y me dio un beso en el cuello antes de abrazarme por la espalda.

—Has sido muy obediente, Leo... —murmuró, como si se tratara de algún tipo de felicitación.

Solo fui capaz de asentir sin muchas ganas y seguir mirando nuestro reflejo en el espejo del baño. Era un momento duro para James y necesitaba aquello, pero eso no lo hacía menos doloroso. Yo sabía que las cosas solo se complicarían y que a alguien como el señor Black, tan obsesionado por lo que los demás pensarán de él, le iba a resultar muy duro sobrellevar el rechazo del público. Quizá... fuera momento de pensar en buscar un poco de ayuda.

Nos vestimos en silencio y bajamos al piso inferior, donde ya nos esperaba la bolsa encima de la mesa junto con un papel de letra correosa y bastante difícil de leer donde ponía algo parecido a: «Me e llebao la kolada komo pidio. Lakov».

—¿No hay escuelas en el este de Europa, Leo? —preguntó James, echando un rápido vistazo a la nota antes de sentarse en su taburete frente a mí.

—El inglés no es su lengua nativa y dudo que haya ido a una escuela a aprenderlo —respondí con calma—. No hay por qué insultar su ortografía.

El señor Black soltó un murmullo como si mis palabras no le hubieran convencido demasiado y empezó a cenar en silencio. Ninguno de los dos dijo nada, porque él continuaba un poco pensativo y cabizbajo y a mí se me habían agotado las energías por un día. Comimos con la misma cuchara el postre de tarta de fresa que nos había enviado la chef a mayores y después le pedí a James que nos sentáramos un poco en el sofá y nos tomáramos una copa. Puse algo de música suave en el reproductor de música y serví las copas antes de sentarme con cuidado a su lado para no hacerme más daño en las nalgas.

—¿Te duele mucho? —preguntó el señor Black en voz baja, acompañando

sus palabras de una mirada preocupada.

—Bastante —respondí, pasando mi mano libre por sus hombros y bebiendo un trago de whisky.

—Lo de... mi madre me ha dolido mucho —reconoció mientras los ojos se le empezaban a humedecer al recordarlo—. Es importante para mí que mis padres vengan a nuestra boda.

—Lo sé —murmuré, acariciando su tupé rubio y algo despeinado—. Vendrán cuando todo esto pase.

James colocó su mano en mi pierna y me la acarició suavemente antes de asentir.

—No podemos celebrar la boda sin ellos, tienen que sacarse fotos con nosotros y sonreír.

Me quedé en silencio y bebí otro trago de la copa mientras miraba las vistas del ático. Ahora que la familia Black tenía una excusa para no asistir a la boda homosexual de su hijo mayor, sería difícil hacerles cambiar de idea. Todo había ido más o menos bien cuando James todavía era el encantador Soltero de Oro y encajaba con la idea de «perfección», pero ahora que era un mentiroso, un traidor y un vicioso que se follaba a su ayudante con correa de perro y le hacía ladrar... La Familia Black iba a pasarse años sin hablar a James. Estaba seguro de ello.

—James, las cosas se están complicando ahí fuera —le dije tras un breve minuto en silencio, preparando las palabras con las que afrontar aquel tema tan peligroso—. Tendremos que hacer una entrevista y ofrecer una disculpa pública, la nota de prensa ya no será suficiente —volví la cabeza para ver su rostro serio y su mirada de ojos azules, fija y tensa—. Deberemos volver al anonimato y esperar a que toda esta locura se olvide. No te voy a mentir, va a ser una temporada difícil —continué—, y quizá sientas que no tienes el control y te pongas muy nervioso. Sabes que estaré a tu lado y te ayudaré en todo lo que pueda, pero... —me detuve un momento y cogí un poco de aire antes de decirle—: pero quizá sea bueno buscar a un especialista y tomar algo de terapia.

A James no le gustó lo que oyó, no le gustó en absoluto.

—Yo no estoy loco... Leonard... —murmuró con tono profundo y peligroso.

—No he dicho que estés loco, James —mantuve el tono calmado y no me dejé llevar por los nervios que sentía por sacar aquello a relucir. Aún recordaba aquel momento en el que le había sugerido lo mismo a Ryan y había dejado de hablarme durante un mes entero—. La terapia sirve para muchas cosas, mi madre fue durante una temporada y le ayudó mucho. Podemos ir juntos, tú yo, como un equipo. Seguro que nos ayuda a sobrellevar mejor la situación y a no...

—No —sentenció el señor Black.

—James, no tiene nada de malo. Será solo para que...

—¡He dicho que no! —terminó gritando, llenando el salón con su voz grave y alta.

Mantuve la mirada de aquellos mares en tormenta y terminé asintiendo. Sabía cuándo era el momento de retirarse y no insistir con James.

Él dejó la copa con un golpe seco sobre la mesa baja y se levantó, se alejó sin decir nada y sus pesados pasos resonaron por el pasillo balconado hasta que el fuerte portazo del despacho resonó por toda la casa.

Bebí otro trago de mi copa, parpadeando para que las lágrimas no interfirieran en mi visión y no volviera las luces de la ciudad demasiado brillantes. Cogí el móvil del bolsillo y llamé a Lana, quien volvió a rechazar la llamada. Me levanté, llevé las copas al minibar y las dejé allí antes de ascender al segundo piso. Abrí la puerta del despacho y vi a James con la cabeza entre los brazos, respirando con fuerza y jadeando.

Me acerqué con cuidado y me incliné para abrazarle.

—No creo que estés loco, James —susurré—. Sabes que no es eso. Solo me preocupa que esto se nos vaya un poco de las manos.

—No vamos a ir a un puto loquero —le oí decir por lo bajo—. Eso es patético y humillante para nosotros.

—De acuerdo —respondí, dándole un beso en la nuca—. Te espero en la cama.

Le dejé de nuevo a solas, por si necesitaba aquel momento de soledad y reflexión, al igual que quizá yo lo necesitaba. Entré en la habitación, con las mantas todavía deshechas de la sesión de sexo duro de antes de la cena, las estiré un poco y fui al baño para limpiarme los dientes, quitarme las gafas y refrescarme un poco la cara. Me quedé allí, con las manos apoyadas en la encimera de los lavabos, haciendo un pequeño ejercicio de respiración. Llevábamos tres días enteros sin salir de casa, recibiendo noticias cada vez peores de lo que estaba sucediendo afuera y sin ninguna esperanza de que fuera a mejorar en un futuro próximo. Me limpié las lágrimas y me di unas palmadas en el rostro; todo pasaría y después tendríamos una boda preciosa y me casaría con el hombre más guapo, sexy y loco del mundo.

Volví a la habitación y me quité el bóxer y la camiseta, abrí las mantas hasta el pie de la cama y puse una sábana blanca por encima del mullido colchón y el cubrecamas; entonces esperé al señor Black. Tardó solo diez minutos más en aparecer por la puerta y quedarse parado, mirándome con ojos hinchados y enrojecidos en mitad de su expresión seria. Sonreí y agité el bote de aceite de coco que tenía en la mano.

—¿Qué te parece un masaje relajante? —le pregunté.

James me miró de arriba abajo y cerró la puerta. Se quitó su camiseta negra y su bóxer de marca, caminando desnudo y un poco empalmado hacia mí.

—¿Quieres dejarme seco, Leo? —murmuró con la voz un poco ronca—. Se supone que el que siempre tiene ganas de ti soy yo...

Subió a la cama y se acercó hasta pegarse mucho a mí y poder sus manos en mi cadera.

—He dicho «masaje relajante» —le recordé con una pequeña sonrisa en

los labios —. Te ayudará a dormir.

—Lo que me ayuda a dormir es tenerte debajo —susurró a mí oído.

Sonreí más y le di un beso en la mejilla antes de abrir el bote de aceite de coco. James no tardó en empezar a respirar profundamente y a jadear entre los labios mientras me pegaba contra él y recorría su espalda con las manos. Entrecerró los ojos y se dejó llevar todo el camino, flotando entre la relajación, la excitación y la inconsciencia. Evité su entrepierna todo lo posible y me centré en sus hombros, su cuello su espalda y en hacer movimientos pausados para que se centrara en relajarse y no en lo dura que tenía la polla. Cuarenta minutos después, estaba tumbado en la cama y profundamente dormido. Fui al baño a por una toalla, me limpié el aceite del cuerpo lo mejor posible y después llevé una limpia para hacer lo mismo con James sin despertarle. Nos cubrí con la mantas y le rodeé con el brazo antes de cerrar los ojos y dormirme.

Me levanté con el atronador y siempre desagradable ruido del despertador, el cual apagó James de un golpe seco antes de volver a rodearme, hundiéndome un poco más bajo su peso. Le di un par de besos hasta que levantó la cabeza para que pudiera alcanzar sus labios.

—¿Qué te parece si hoy vamos al gimnasio? —le pregunté—. Hacemos un poco de ejercicio y volvemos a casa para desayunar.

James negó con la cabeza recostada a mi lado y yo insistí un poco más.

—Nunca hay mucha gente a primera hora, estaremos tranquilos y nos sentará bien descargar un poco de energía acumulada.

—Si necesitas descargar energía, puedes cabalgarme todo lo que quieras, Leo —murmuró.

—Eso es lo que hago siempre —respondí con una sonrisa, pero le apreté contra mí y le di un par de besos más—. Anímate, James, creo que nos sentará bien salir un poco de casa.

Al señor Black le costó ceder y se dejó mimar hasta que casi parecía que me hacía un favor al levantarse e ir a vestirse. Preparamos las bolsas de deporte y mandé un mensaje a Lakov para que nos esperara en el garaje. Fue extraño volver a la «rutina» después de esos tres días, pero confiaba en que nos ayudara a centrarnos y relajarnos.

—Señor Black, señor Obrai —nos saludó el hombre—. Ha habido un accidente en una peluquería de Queens y han desaparecido dos gatos.

—Maravilloso —asentí antes de entrar en el coche.

James se sentó en como siempre, con los brazos extendidos y las piernas abiertas, estirando la tela ya bastante apretada de su camisa blanca y sus pantalones de pinza color camel, a juego con sus gafas de sol. Miraba por la ventanilla ahumada y a mitad de trayecto empezó a tamborilear el dedo contra el respaldo con nerviosismo.

—Si digo que nos vayamos, nos vamos —me dijo con tono serio.

—De acuerdo —asentí sin levantar la mirada del móvil.

Leer las nuevas noticias y correos con la actualización de la situación no fue nada agradable. Nuestro silencio no estaba mejorando las cosas y te-

níamos que programar una entrevista lo antes posible. Gloria había soltado algunas perlas más después de la entrevista con Jane; había hablado sobre cómo la habíamos dejado tirada en el Zoo o de como la ignorábamos o la menospreciábamos siempre que podíamos... Putas mentiras. Apreté los dientes y preferí dejar aquello para centrarme en los mensajes, lo que, para mi sorpresa, solo me puso de peor humor. El hermano de James, Robert, había mandado uno que decía: «Hola, James. No sabes lo feliz que me hace saber que eres un hijo de puta chalado y enfermo. Le he puesto el vídeo a todos mis amigos, se parten de risa cada vez que lo ven. A madre casi le da un ataque al corazón cuando se lo envié. ¡Guau!».

—Leo, ¿qué pasa? —me preguntó el señor Black.

Le miré, relajando de pronto una expresión de rabia y desprecio que no me había dado cuenta que había puesto mientras leía. Tragué saliva y dudé un par de segundos en si decírselo o no.

—El psicópata de tu hermano ha escrito un mensaje. Al parecer le divierte mucho jodernos la vida.

James alargó el brazo al instante para que le entregara el móvil. Con una mueca de pesar, se lo di. James empezó a respirar más fuerte y sus labios temblaron. Giró el rostro hacia la ventana y me devolvió el móvil.

—¿Hay más mensajes a mi número privado? —quiso saber con un tono de enfado y una respiración que apenas conseguía controlar.

—Algunos más —murmuré—. Peter Jacobs, Bill Hunt, Liam Müller, Sarah Laitz... gente de ese tipo.

—¿Se están riendo de nosotros? —quiso saber.

—No, ellos... ellos están encantados —me costó decir.

—Me los leerás todos a la vuelta —ordenó—. Y, Leo —tuve que mirarle fijamente a los ojos tras las gafas oscuras—, como vuelvas a esconderme más mensajes, me enfadaré de verdad.

Apreté las comisuras de los labios y asentí.

—Solo quería ahorrarte esto —reconocí—, pero no volverá a pasar.

El señor Black mantuvo un profundo silencio hasta alcanzar el gimnasio, donde su seriedad empezó a convertirse en incomodidad y ansiedad disfrazada de ira. Subimos a la sala de ejercicio y lo que hizo fue mirar a todas partes por si alguien se reía, o nos señalaba, o hacía alguna de las cosas que James se creía que iba a hacer; pero, lo único que pasó, es que las pocas personas que había allí siguieron a lo suyo. Hubo un par de miradas más fijas, quizá una sonrisa a escondidas, pero nada fuera de lo normal en aquel lugar. Pudimos terminar tranquilamente el entrenamiento y volver al vestuario tan sudados y exhaustos como cada día de la semana. Nos duchamos, nos vestimos y volvimos al coche. Miré al señor Black con una ligera sonrisa en los labios y le pregunté:

—¿Todo bien?

James me miró de vuelta tras los cristales y asintió lentamente.

—Los mensajes —ordenó.

Perdí la sonrisa y saqué el móvil para leerle aquellos estúpidos mensajes. No se los había ocultado porque dijeran nada malo, sino porque todo lo que dijera esa gente era innecesario y asqueroso. Todos ellos halagaban a James, de una u otra forma, por ser un «follador» y «el dueño». Había a quién le había excitado y quien tenía envidia y quien le preguntaba si la próxima vez quizá pudiera unirse a nosotros. Liam Müller era el único que escribió algo que pudiera considerarse negativo: «En tus sucias manos, Leonard es solo un desperdicio de belleza y clase, James».

—Un desperdicio... —murmuró el señor Black, paladeando esa palabra con una fina sonrisa en los labios mientras bajábamos del coche. Me acarició lentamente la espalda en el ascensor y solo volvió a hablar cuando llegamos al ático—. Tiene tanta envidia que no puede ni asumirlo. Un desperdicio de belleza y clase —se rio—. Seguro que se la ha pelado como un mono viéndonos follar y deseando estar en mi lugar.

Se sentó en el taburete y se remangó la camisa sin apartar la mirada de mí. Los muchos comentarios de sus «amigos» le habían hinchado el pecho con orgullo y le habían hecho olvidar de un plumazo lo dura que era la situación actual. Era James Black, La Leyenda, al que habían pillado follando por todo lo alto a su ayudante con correa y haciéndole ladrar como un perro.

—Dame el móvil, llamaré a Liam —ordenó mientras yo repartía los envases. Dejé uno frente a él y saqué el móvil del bolsillo para entregárselo, pero el señor Black cambió de idea—. No, llámale tú. En alemán, eso le pondrá muy cachondo —y sonrió más.

—En Suiza son las... —vi el Rolex— tres de la madrugada, James.

—Que se joda y se despierte.

Asentí, miré el móvil con expresión seria y busqué el número del señor Müller en la agenda. Por desgracia, todo aquello no me estaba haciendo tan feliz como a James, a mí solo me daba asco y vergüenza saber que sus amigos estaban tan encantados. Me llevé el móvil al oído y me senté en el taburete, sintiendo una leve incomodidad en las nalgas debido a los azotes del día anterior.

—«Hola, buenas noches. Querría hablar con el señor Müller, por favor» —dije tras el quinto tono, cuando una voz fina había respondido.

—«¿De parte de quién?»

—James Black.

—«Espere un momento, por favor, ahora le pondré con el amo».

—Creo que me ha respondido uno de sus chicos —le expliqué a James, pulsando el botón de mute para que no pudiera oírnos.

El señor Black ya estaba devorando su tostada de pan de centeno, tomate, queso fresco, salmón ahumado y aceite de oliva, de postre había un cruasán que, por lo opaco que estaba el plástico a causa del calor, debía estar recién hecho.

—Pregúntale si le hemos interrumpido mientras uno de sus sumisos trataba de encontrarle su diminuta polla —ordenó con la boca llena.

—James, ¿no deberías estar llorando en una esquina por ser un estúpido troglodita incapaz de controlar la entrada a su propia casa? —me preguntó la voz grave y clásica del señor Müller.

—«Buenas noches, señor Müller» —respondí yo en alemán—. «El señor Black quiere hablar con usted, pero le preocupaba haberle interrumpido mientras uno de sus sumisos trataba de encontrarle su diminuta polla».

Hubo un silencio, uno que se alargó diez o quince segundos, hasta que al fin respondió:

—«Buenos días, Leonard. Siempre es un placer oír tu voz. Espero que nuestro último encuentro en Lyon no haya causado estragos en nuestra encantadora... relación».

—«Por supuesto que no, señor Müller. Siempre y cuando no cuestione mi relación con el señor Black ni lo mucho que yo pueda quererle, todo irá bien».

—«Cómo me alegra oír eso, Leonard. Espero que entiendas que la próxima vez que me interrumpas, te daré una bofetada tan fuerte que perderás un recuerdo de la infancia *como flores desesperadas agitadas por el viento del olvido*» —terminó diciendo en francés.

—«¿Baudelaire?» —pregunté tras un par de segundos.

El señor Müller pareció aspirar una bocanada de aire y soltarla lentamente entre los labios.

—«Sí, pequeño Leonard. He estado releiendo *Le fleurs du mal*. Me considero una auténtica víctima del decadente romanticismo europeo. ¿Estás familiarizado con la obra de Georg Büchner?»

El señor Black me hizo una señal para que le pasara el móvil, aunque tuviera la mano manchada de la tostada.

—«Siento tener que interrumpirle, señor Müller, pero el señor Black quiere hablar con usted» —y le entregué el teléfono para, por fin, poder desayunar.

—Liam —le dijo con la boca llena y sin dejar de masticar—. Llamaba para decirte que eres patético y que la envidia siempre te ha sentado muy mal.

—Se detuvo para escuchar la respuesta mientras me miraba y se metía el último trozo de tostada en la boca—. Sí, ya sabes que suelo tener la boca ocupada, si no es con comida, es con el culo de Leo en mi cara —y sonrió—. Aha... ¿Por qué no te guardas todas esas preciosas palabras para el discurso de nuestra boda? Sí, lo has oído bien... —cogió la servilleta y se limpió un poco la mano y un poco los morros antes de poner expresión seria—. Es una boda seria y como traigas a tus chicos neonazis me voy a enfadar mucho, Liam —le advirtió—. Mi familia y la de Leo estarán allí. Sí, es una boda de verdad... —James estaba perdiendo la paciencia y el humor inicial—. ¡Claro que no le he obligado! ¿Te crees que soy como tú y necesito forzar a alguien para que esté conmigo?

Bajó el móvil y puso el manos libres.

—Leo, díselo tú.

—Nos vamos a casar, señor Müller —dije.

—Oh... Leonard... Estoy tan, tan decepcionado ahora mismo —dijo el suizo con su suave acento germano—. Un hombre con tu belleza e inteligencia se merece algo muchísimo mejor que un primate inculto y temperamental con graves problemas mentales.

—Tenga cuidado, por favor, señor Müller. Ahora está hablando de mi futuro marido —le pedí de la forma más educada posible.

—¿Lo has oído Liam? —preguntó James, recuperando la sonrisa—. Te enviaremos la invitación a Suiza, seguro que algún campesino es lo suficiente valiente para atravesar el bosque oscuro y seguir el rastro de lágrimas de niños hasta las puertas de tu castillo del terror.

—Maravilloso. Pensaré en vuestro regalo de boda. ¿Prefieres algo elegante o voy a alguna de las tiendas de segunda mano donde sueles comprar tú, James?

James apretó los dientes, pero forzó una risa y respondió:

—No tengo más tiempo para hablar contigo, Liam. Tengo una empresa multimillonaria que dirigir.

—Darle con un palo a una piedra mientras alguna persona con mal gusto te come la polla bajo la mesa, no es dirigir una empresa, al contrario de lo que tú crees.

—Mi padre no me ha dado un trabajo de mierda en el Banco de Suiza por miedo a que su hijo subnormal se quedara para siempre en su casa.

—Tu padre no te quiere lo suficiente para dártelo —respondió el señor Müller.

—Ya me quiere Leo más de lo que a ti te querrán nunca, Liam —y colgó.

Hubo un breve silencio mientras yo seguía masticando los últimos pedazos de mi tostada. Esa relación entre el señor Black y el señor Müller era un completo y absoluto desconcierto para mí. James me miró y puso morritos. Alcé ambas cejas, algo sorprendido por aquello. Tuve que levantarme, inclinarme sobre la isla y apartar las manos manchadas de la tostada para no manchar a James mientras le daba un beso; uno que se alargó y se hizo más profundo de lo que esperaba.

—Lo de la mamada bajo la mesa sonaba bastante bien —murmuró cerca de mis labios.

Asentí y volví a mi silla.

—Primero probemos el cruasán —le pedí—. Haré un poco de café para acompañarlo.

—Me iré a cambiar mientras —dijo el señor Black, yéndose hacia las escaleras.

Dejé las tazas en la encimera de la cocina, puse el hervidor de agua a funcionar y eché café en un filtro de tela. El móvil vibró sobre la mesa emitiendo un sonido especial para la oficina. Me giré y deslicé la pantalla. Era un aviso del Departamento de Ventas, un cliente se había ido de la empresa alegando que no quería que su marca se viera vinculada a la nueva imagen del señor Black y, creían, no sería el último que lo hiciera.

Joder...

EL EFECTO CASCADA

En teoría, si una buena imagen atraía a clientes, una mala imagen los haría irse. Era algo generalmente aceptado y muy habitual en los negocios. Nadie quería trabajar con una empresa con mala imagen pública. Al parecer, podías envenenar el planeta con residuos arrojados sin control al mar, podías explotar a tus trabajadores con condiciones laborales cercanas a la esclavitud, podías desforestar el Amazonas y podía expoliar el tercer mundo y llevarte todas sus materias primas a precio de coste; pero no podías mentirle a una joven latina y dejarla tirada. Porque eso era súper feo y quedaba muy mal en la prensa.

Sí... así era el mundo real y, sinceramente, daba miedo.

Una multitud muy aburrida y muy enfadada había empezado una especie de sabotaje a los productos de INternational. Lo cual era estúpido porque la empresa apenas vendía productos directamente al público y los beneficios que eso le producía eran ínfimos comparados con otros; como, por ejemplo, la venta de piezas, programas informáticos, chips y demás tecnología especializada y con patente que enviaba a fábricas a lo largo y ancho del mundo.

Los clientes que importaban eran esos, no una señora de New Jersey que no iba a comprar la batidora de la filial de INternational porque James Black era un cabrón.

Esa mujer no estaba pagando los coches deportivos de James, sus trajes a medida, sus relojes de marca, su dúplex en el ático con vistas a Central Park, su comida de lujo y sus extravagantes viajes.

El problema era que esos grandes clientes, esas otras corporaciones de tecnología, temían que el sabotaje que habían iniciado cuatro chalados en las redes sociales les fuera a afectar a ellos también. Porque la gente no quería comprarle productos a empresas que trabajaran con Hitler, querían comprarles productos a empresas que trabajaran con Hitler y su tímida y encantadora novia latina.

Por el momento habían sido clientes menores con cuentas que no iban a significar una gran pérdida para el capital de INternational, pero el Departamento de Finanzas y la siempre catastrofista señora Timber estaban aterrados por si alguna de las grandes marcas, las importantes, seguían el ejemplo y se iban.

Cuando le di la noticia a James, se quedó un minuto en silencio, respirando profundamente y con la mirada perdida en la isla de la cocina. Después me ordenó que fuera a la habitación y le esperara.

La sesión de sexo fue, de nuevo, un poco dura e intensa, con un señor Black bastante fiero y enérgico que me dejó sin fuerzas. Tuve que tomarme una larga ducha para recuperarme mientras James me abrazaba y me decía que sentía haberme follado tan duro y que no quería hacerme daño. Yo no dije nada, no podía decir nada, hasta casi la hora de comer, cuando Lakov apareció con la bolsa del restaurante. El envase del cruasán

seguía sobre la mesa y se lo di, diciéndole que era casero. «Gracias, señor Obrai», respondió antes de irse.

El señor Black bajó tras terminar su llamada de casi tres horas con el Departamento Financiero, Ventas y Marketing, poniéndose al día de la situación y tomando medidas de prevención y planes de acción en caso de que, por desgracia, las cosas se complicaran más todavía. Yo había aprovechado para discutir con el Departamento de Publicidad sobre lo que íbamos a hacer para tratar de detener aquella ola de mala prensa y escarnio público que nos había golpeado sin previo aviso.

—Tendremos que dar al menos una entrevista y el señor Lee cree que sería adecuado que volviéramos a la rutina, ya que seguir escondiéndonos da la imagen de que somos culpables y que no nos atrevemos a enfrentarnos a las acusaciones —le expliqué durante la comida.

—Es un puto vídeo de nosotros follando, Leo —murmuró James, quien había entrado en un estado de ira y seriedad intermitente—. No hemos matado a Lana y nos la hemos comido.

—Comernos a Lana sería asqueroso —asentí.

—Su carne sería tan sosa e insípida como ella —aseguró James, y no creí que fuera una broma, pero me hizo gracia y me reí un poco.

El señor Black me miró mientras masticaba y una ligera y breve sonrisa cruzó sus labios antes de bajar la cabeza hacia el plato de arroz con carne asada y verduras. Al terminar de comer, nos tomamos con la misma cuchara el flan de huevo y caramelo que la chef nos había regalado y subimos de vuelta al despacho. Terminé de reorganizar el horario para nuestra vuelta al trabajo del día siguiente, incluyendo todas las citas, videollamadas y reuniones con clientes que el señor Black me había pedido. Al parecer, haríamos un repaso a la lista y lameríamos muchos culos para que ninguno se fuera a comprarle productos a otros. Eso no iba a mejorar demasiado el humor de James... pero era algo que el jefe debía hacer, después de todo.

Al dar por finalizado el día laboral, bajamos a tomar la cena, entretuve al señor Black con algunos mensajes de Martha Hightower sobre la boda y la planificación y después le llevé a la habitación para darle otro masaje relajante que, en esta ocasión, sí incluía sexo. Fui al baño, me limpié con la toalla, limpié a un señor Black relajado y adormilado, y nos cubrí con las sábanas antes de dormir. El amanecer del jueves se presentó tan soleado como había sido el resto de la semana, pero no era ese tiempo el que me preocupaba, sino el temporal mediático al que tendríamos que enfrentarnos mucho más tarde cuando llegáramos del gimnasio a la oficina.

Bajé la cabeza y tomé una respiración profunda. Miré a James, que se había puesto cada vez más nervioso al adentrarnos en el distrito financiero, tomando aire más rápido y fuerte de lo habitual. Tenía la mirada perdida tras el cristal ahumado de la ventanilla; allí donde nos aguardaba un grupo de reporteros con cámaras y *freelancers* deseosos de poder vender algunas imágenes nuestras y quizá un par de palabras. Aquella sería nuestra primera «aparición pública» desde que el vídeo había salido a la luz, así que era normal que hubiera tantos. Con el paso de los días, cuando ya nos hubieran sacado un par de fotos y hecho un par de preguntas, se irían. Me levanté de mi asiento y me puse al lado de James, le acaricié la pierna y le di un beso en los labios.

— Todo irá bien — le dije —. Solo es un tropiezo que tenemos que soportar, pero después volveremos a la normalidad y tendremos una boda preciosa. ¿De acuerdo? — le guiñé un ojo.

El señor Black me miró en silencio y terminó asintiendo lentamente. Regresé a mi asiento y coloqué la mano en la puerta, a la espera de la orden de James. Él se puso las gafas de sol oscuras, estiro las mangas de su camisa bajo el traje azul marino, movió el cuello de un lado a otra hasta que crujió y volvió a asentir para que saliera. Abrí la puerta y, nada más poner un pie en la acera frente al edificio King's Place, los reporteros se echaron sobre mí como una nube de insectos carnívoros. El sonido de las cámaras fotográficas inundó todo mi alrededor como la lluvia, con preguntas que eran como truenos resonando uno tras otro. «¿Alguna declaración, señor O'Brien?». «¿Es verdad que están prometidos usted y el señor Black? ¿Desde hace cuánto?». «¿Por qué han querido utilizar a Lana Gómez? ¿Por mera diversión?». Y esas eran solo las que más se repetían. Yo levantaba las manos y les pedía espacio de una forma educada y con una expresión tranquila, consciente de que analizarían hasta el extremo mi reacción.

Pero, si lo mío fue difícil, cuando salió el señor Black se volvió incluso peor. Los reporteros querían acercarse mucho, aunque tratara de mantenerlos un poco apartados de él, le gritaban docenas de preguntas, algunas bastante duras y crueles. «¿Qué le parece haber pasado de ser una figura tan querida a uno de los más despreciados de la ciudad, señor Black?». «¿Siempre ha disfrutado engañando a las personas de esa forma?». «¿Es usted en realidad un perverso al que le van las cosas raras?». «¿No le da vergüenza habernos engañado de esa forma?». Eran algunas de las perlas que le decían. Le querían meter el micrófono en la boca como si se lo fueran a dar de comer. Manos y miradas hambrientas y desesperadas por conseguir un pedazo de James Black, la Decepción de Oro.

No conseguí mantenerlos apartados, aunque lo intentara con todas las fuerzas y hubiera empezado a decir con tono cortante: «Ya basta, tenemos que irnos». Uno de ellos estiró el micrófono con tanta fuerza que golpeó al señor Black en la cara. Él giró el rostro debido al impacto y cogió aire con la mirada perdida a un lado bajo sus gafas oscuras. Yo empujé al reportero

de una forma que no debería haber hecho, tirándole al suelo mientras le gritaba un nada apropiado: «¡Ten cuidado, gilipollas!». Por supuesto, otro aluvión de «clicks» llovió sobre nosotros, capturando el momento en el que el malhablado y soberbio amante irlandés agredía a uno de los reporteros. Por suerte, Lakov salió del coche dando un portazo y me ayudó dándoles todos los tirones y empujones que yo no podía darles hasta conseguir abrirnos paso hacia las puertas acristaladas del edificio.

Me gustaría poder decir que allí terminó todo, pero incluso en el enorme hall del King's Place nos siguieron las miradas de los hombres y mujeres que allí había en recepción, parados para no perderse el espectáculo o simplemente fingiendo que esperaban frente a alguno de los ascensores. Mantuve la mirada al frente y la cabeza alta, pero por dentro me sentía profundamente inquieto y nervioso, además de muy, muy enfadado; y, si yo estaba así, no quería ni imaginarme cómo estaría James a mi lado. Puso una mano temblorosa en la parte baja de mi espalda y le eché un rápido vistazo por el borde de los ojos. Respiraba agitadamente y miraba a algún punto bajo, pero mantuvo las apariencias hasta que alcanzamos el piso la oficina principal de INternational.

Eso fue como otra prueba de fuego. Nada más abrirse las puertas, se hizo el silencio absoluto. Todas las recepcionistas dejaron lo que estaban haciendo y nos miraron fijamente. Ya había dado el aviso de que volveríamos, por supuesto, y todos estaban expectantes. Cogí otra bocanada de aire y asentí.

—Buenos días —saludé, yendo a por la bolsa del restaurante, los dos cafés y los dos donuts glaseados que había pedido aquella mañana. Ann lo colocó todo sobre la mesa alta de recepción y dijo en apenas un susurro «Buenos días, señor O'Brien».

Me volví sin decir nada y fui hacia James, muy serio y estirado mientras me esperaba a la entrada del pasillo. Por supuesto, las recepcionistas no fueron las únicas que se nos quedaron mirando, aunque fueron las menos sutiles; el resto al menos tuvo la decencia de fingir que seguían trabajando mientras nos seguían con los ojos a través de las paredes acristaladas o por encima de los monitores de los escritorios. No quise acelerar el paso, pero no fue porque no tuviera ganas. Abrí la puerta del despacho y me aparté para que el señor Black entrara primero, después le seguí y cerré la puerta y los ojos, tomándome dos o tres segundos para digerir todo lo que había pasado.

El señor Black se quitó las gafas y la chaqueta y se dejó caer sobre su enorme sillón negro. Apoyó los codos en el escritorio y hundió el rostro en las manos temblorosas antes de arrastrarlas hacia la cabeza. Parecía completamente derrotado, y no podía culparle. Mientras habíamos estado en casa, había podido controlar los mensajes que le llegaban del exterior, pero ahora que estábamos fuera... no había forma de suavizarle el hecho de que su reputación se había precipitado desde lo más alto hasta la profundidad de las cloacas. Llevé la bolsa y los cafés al escritorio y los dejé

allí para dar la vuelta al escritorio y acercarme a James. Apoyé la cadera en la mesa y le froté el pelo.

—No pasa nada —murmuré—. Será solo al principio, después la gente se olvidará y todo volverá a la normalidad.

El señor Black levantó la cabeza y me miró por el borde superior de unos ojos enrojecidos y empapados en lágrimas. Tras un par de segundos movió las manos y me abrazó la cadera, acercándose para apoyar la cabeza en mi abdomen; le rodeé el cuello y seguí acariciándole el pelo con cariño. Ojalá hubiera una forma mágica de solucionar todo aquello, pero no la había. Lo único que podía hacer yo era consolarle entre los brazos y hacer estúpidas promesas de que, en un futuro, todo estaría bien y nos casaríamos.

Nos di unos cinco minutos para regodearnos un poco en la miseria de nuestra situación, pero después tuve que decirle:

—Tenemos que desayunar antes de la primera reunión, James.

—No tengo hambre —murmuró, frotando su rostro contra mi abdomen.

—Hay que desayunar. Es importante para tener energías —le recordé, aunque yo tampoco tenía ninguna gana de comer—. He pedido dos donuts con el café.

Por mucho que me doliera, tuve que separarme de él e ir en busca de los envases. Puse uno frente a James, su café largo de café solo y su donut glaseado y me llevé el resto a mi sitio en el sofá. Saqué el móvil y repasé el horario en alto, echando muchas miradas discretas al señor Black mientras se metía cucharada tras cucharada de queso fresco con almendras, avena y fruto rojos en la boca sin levantar la cabeza. Bebió su café de un par de tragos y se limpió las comisuras de los labios manchados antes de recostarse y devorar su donut glaseado con la mirada perdida en las vistas de la pared acristalada. Cuando llegó la hora se levantó y se quedó frente a mí para que repasara su imagen. Le peiné un poco, le puse bien la corbata y repasé las comisuras de sus labios con la lengua y una pequeña sonrisa para tratar de animarle. El señor Black cerró los ojos y volvió a abrazarme, pegándose de fuerza a él. Le acaricié la espalda y susurré:

—Podemos hacerlo, James. Somos el mejor equipo.

Él asintió, moviendo la cabeza hundida en mi cuello. Se incorporó para poner su expresión seria de siempre y coger una última bocanada de aire antes de salir del despacho. La primera reunión del día era, por supuesto, con Publicidad y el señor Lee, quien no nos dio más que malas noticias. El público nos odiaba, por supuesto, y se sentía traicionado y ofendido por todo lo que había pasado. El hombre que aparecía en aquel vídeo sexual, el hombre del que hablaba Gloria en las entrevistas, no se parecía en nada al queridísimo Soltero de Oro que siempre había vendido que era. No era un joven hecho a sí mismo, tímido, un poco tontito y encantador; era un hombre sórdido al que le gustaba follarle a su ayudante de una forma que muchos consideraban degradante y que había usado y mentido a una inocente y romántica joven latina. Sinceramente, la gente se estaba toman-

do muy a pecho todo aquello y me estaba empezando a enfadar bastante.

—¿Qué pasa? —pregunté yo, interrumpiendo el discurso demasiado elaborado del señor Lee sobre el tema. Llevábamos veinte minutos escuchándole hablar de lo mismo y ya estaba cansado—. ¿Ahora todo el mundo folla haciendo el misionero y con las luces apagadas? ¿Somos nosotros los únicos que lo hacemos así? Son un par de cachetes y un pequeño juego de roles, por favor...

La sala de reuniones se quedó en silencio mientras Thomas Lee me atravesaba con sus ojos oscuros y desagradables en mitad de una expresión enfadada. Pero conmigo esa mierda no funcionaba; ya había dejado claro que la situación era mala, no tenía que regodearse en ello con un retintín de superioridad que decía «ya os lo advertí, pero nadie me hizo caso».

—Guauf... —añadí, solo por joder.

Aquello alimentó la ira del señor Lee, pero, al parecer, hizo mucha gracia a sus súbditos, que tuvieron que aguantarse la risa y apartar la mirada.

—¿Por qué no le dices eso a la prensa? —respondió con tono duro.

—Quizá lo haga —asentí, empezando a enfadarme yo también—. Puede que con lo de Lana tengan razón, pero lo que hagamos yo y mi futuro marido en nuestra casa es solo cosa nuestra.

—Esa chulería tuya no va a ayudar en nada, así que por qué no cierras la boca y atiendes a la gente que sí tiene experiencia en tratar con el público.

—Llevo veinte minutos escuchándote y lo único que he aprendido es que la gente está enfadada, algo que ya sabía. ¿Tienes alguna solución o vas a seguir leyendo el Power Point hasta que termine la reunión?

La tensión del ambiente era tan densa que se podría haber cortado con un cuchillo de mantequilla. El tiempo de estar callado en la esquina había terminado, ese tema afectaba directamente a nuestra pareja y a James. Él no necesitaba escuchar punto por punto lo muy jodida que era la situación, lo que necesitaba eran soluciones y propuestas inteligentes.

—Haremos la entrevista —sentenció el señor Black desde su sitio presidiendo la mesa—. Que sea con Jane Moore y su página web de mierda. En mi despacho. Organízalo y mándanos la fecha y la hora.

Entonces se levantó y se dirigió a la salida, haciéndome una rápida señal para que abriera la puerta.

Dejamos la sala de reuniones en completo silencio y nos dirigimos de nuevo al despacho. Iba a decir algo, quizá explicar mi comportamiento inadecuado y poco profesional, pero el señor Black casi tiró de mí hacia el escritorio, me puso de espaldas a él y me empezó a desabrochar el pantalón rápidamente antes de bajármelo.

—Esa chulería tuya, Leo... —jadeó a mis espaldas, excitado y un tanto enloquecido.

Pegó la punta muy húmeda y caliente de su polla contra mi ano antes de empezar a empujar para abrirse paso dentro de mí. Apreté los dientes y los puños sobre el escritorio, respirando con fuerza al sentir lo grande que

era y el poco tiempo que yo tenía para dilatar mientras James insistía en meterla más y más profundo.

—Suave, James, suave... —le pedí con un gruñido.

Él se detuvo y escupió en la mano para tratar de lubricarse un poco más, dándome el tiempo que necesitaba para respirar, relajarme y hacerle espacio. Cuando estuvo toda dentro, el señor Black me rodeó con los brazos y movió la cadera, besándome el cuello y desabrochándome los botones de la camisa para poder frotarme el pecho.

—Mi prometido es un chulo que solo respeta a su hombre, ¿eh? —jadeó en mi oído sin dejar de follarme—. Yo soy el único que le cierra la boca... ¿A qué sí, joder...?

Tardó apenas dos minutos en correrse, ahogando un gruñido y dando una última arremetida antes de dejarse caer sobre mí. Tuve que hacer bastante fuerza con los brazos temblorosos para mantenernos de pie, respirando agitadamente y poniendo extrañas muecas en el rostro.

—Me has puesto muy cachondo... —susurró tras un largo minuto.

—Ya veo —murmuré, levantándome para llevarme a James conmigo porque los brazos ya me dolían demasiado y no podía aguantar por más tiempo. Me apoyé contra él y dejé caer la cabeza en su hombro mientras me besaba la mejilla—. Tenemos que ir a otra reunión y salir corriendo a una comida de negocios —le recordé, deteniéndome a tragar saliva y humedecerme la garganta—. Será mejor que nos limpiemos.

James me dio un último beso y se separó, saliendo de dentro de mí y produciéndome un escalofrío por todo el cuerpo.

Fui a por las toallitas húmedas que escondía en el cajón del escritorio y tratamos de adecentarnos lo más rápido posible. Aun así, salimos del despacho un poco sonrojados todavía y arrastrando un aroma a la colonia de las toallitas que, personalmente, encontraba demasiado llamativo; era como una manera más higiénica y perfumada de decir que acabábamos de hacer alguna guarrada en el despacho.

De todas formas, James afrontó la reunión con el Departamento de Finanzas con una actitud mucho más relajada después de haberse corrido; lo que vino bastante bien para que las horribles previsiones de la señora Timber no le terminaran hundiéndolo, como lo hizo tener que atravesar de nuevo el hall del edificio y salir a la calle.

En la ancha acera seguían algunos reporteros que, al parecer, no se habían dado por satisfechos con el acoso y derribo que nos habían hecho a primera hora. La lluvia de fotografías y preguntas innecesarias nos cubrió por entero. El señor Black y yo tratábamos de abrirnos paso entre ellos, pero necesitamos la ayuda de un Lakov mucho menos desconsiderado y al que no le importaba empujar, forzar e intimidar a cualquier con tal de que se hicieran a un lado.

—Quizá debas darle un plus a Lakov por «guardaespaldas» —le sugerí a James una vez sentados en el coche.

Por desgracia, aquellas últimas horas con la señora Timber y cruzar la

tormenta de reporteros, había vuelto a empañar su humor y a sumergirle en ese silencio taciturno y cabizbajo del que no conseguí sacarle antes de alcanzar el restaurante. Por desgracia, aquello era solo la punta del iceberg. Aquella comida con uno de los clientes más importantes, esos a los que el señor Black tenía que atender en persona, fue un absoluto desastre. No a un nivel empresarial, porque INternational seguía siendo una gran compañía con muy buenos productos y precios competitivos; sino a un nivel social. James se lo había tomado con la actitud de siempre frente a esas situaciones: serio y formal, con las cosas claras y una imagen de emprendedor que, aunque fuera joven y guapo, sabía muy bien lo que hacía. Siempre le había funcionado, siempre había mantenido a raya a esos clientes, inversores y demás público para que no se tomara demasiadas confianzas con él. Sin embargo, ahora las cosas parecían haber cambiado. Cuando el momento de hablar de negocios terminó, las bromas y la chachara ligera comenzaron.

Los dos hombres no tardaron en hacer alusión al vídeo o a la situación actual, riéndose un poco y haciendo comentarios poco profesionales sobre el asunto a los que James tuvo que responder con una forzada sonrisa y educación.

Ellos eran hombres mayores, casados y con mucha experiencia en la vida, creyéndose por encima del joven millonario al que habían pillado in fraganti en su casa teniendo una aventura con su secretario. Ese muro de fría profesionalidad que James Black proyectaba a sus clientes ya no servía de nada. Casi pude ver cómo se resquebrajaba delante de mis ojos, dejando a un señor Black indefenso y muy, muy enfadado. Esos hombres ya no se lo tomaban tan en serio, ya no le respetaban como antes. Ahora se reían y bromeaban con nosotros como si hubiéramos perdido por completo la autoridad en aquella relación.

Antes de llegar al coche, James ya estaba respirando con fuerza y apretando los puños. Se sentía humillado e insultado por aquellos que, hasta hacía poco, le respetaban como a un igual. Y ellos nos fueron los únicos clientes en demostrarle aquello, solo fueron los primeros. La forma en la que afectó aquello al señor Black fue... aterradora. No habló conmigo en toda la tarde, no reaccionó a nada de lo que le decía ni a los besos que le daba, solo atendía a las citas del trabajo y se quedaba mirando el ventanal del despacho con expresión seria y ojos húmedos. A la salida, no fuimos a yoga, sino que nos dirigimos directamente a casa y me llevó de la mano a la Habitación del Placer.

Lo que pasó allí me asustó.

James perdió un poco la cabeza. Entró en una especie de estado agresivo y ansioso. Me ató y me amordazó. Fue demasiado duro y me hizo demasiado daño. Le vi... le vi muy mal. Solo se detuvo cuando, al fin, se corrió, cayendo completamente sudado y jadeante sobre mí. Entonces se produjo el silencio, solo interrumpido por su acelerada respiración. Yo estaba tumbado de cara a la cama de plástico, con las manos y los pies atados, un bozal en la boca y los ojos repletos de lágrimas. Me sentía dolorido en muchas partes, pero sobre todo por dentro. Aquello no me había gustado, no me había gustado en absoluto.

Tras recuperar la respiración, James me quitó la mordaza y buscó mis labios para besarme. Me desató las manos y los pies y tiró de mí para abrazarme de rodillas en la cama.

—Dime que me quieres, Leo —me pidió.

Miré el fondo de la habitación borrosa, rodeé a James con los brazos y susurré:

—Te quiero.

Entonces comenzó a llorar, más alto de lo que le había escuchado nunca, sollozando y con aire entrecortado mientras me apretaba contra él. Nos pasamos así veinte largo minutos, en los que las lágrimas cesaron y el señor Black se tranquilizó para compartir un silencio pesado y melancólico. Fue él el primero en moverse y buscar mis labios para besarlos suavemente. Me miró con unos ojos hinchados y enrojecidos y puso morritos para que le devolviera los besos. Lo hice, pero yo me encontraba en un estado extraño, similar a la inconsciencia en el que me costaba un poco sentir y pensar con claridad. El señor Black que había visto en aquella habitación no era mi señor Black; sino el Amo enloquecido y perturbado del principio.

—Vamos a ducharnos y a cenar —dije en voz baja y ronca.

James asintió varias veces y me ayudó a levantarme, como hacía siempre después de una de aquellas sesiones tan duras. Me dolía todo el cuerpo y estaba seguro de que me había hecho daño en el culo, porque todavía me ardía un poco. Tuvo mucho cuidado al enjabonarme y al ponerme aloe vera en las numerosas marcas que había dejado sobre mi cuerpo. Me abrazó, me abrazó mucho y me besó cuanto pudo, sin separarse de mí ni un segundo. Quizá creyendo que, si me dejaba solo, huiría muy lejos de él. No hablamos demasiado en la cena y subimos a la habitación para echarnos a dormir. James me abrazó y me sepultó un poco bajo su peso. Me besó un par de veces más en la mejilla y recostó la cabeza al lado de la mía, mirándome mientras yo mantenía la vista fija en el techo.

—Se reían de nosotros, Leo —susurró—. ¿Oíste lo que nos preguntaban los periodistas?

—Es temporal, James —respondí en el mismo tono bajo—. Cuando se olviden del escándalo, todo volverá a la normalidad.

—Se creen mejores que nosotros.

—No lo son —le aseguré, moviendo una mano para acariciarle el tupé

despeinado y rubio—. Ellos no son quién para juzgarnos, no les hagas caso.

—¿Qué pasará si no se olvidan? Nos perderán el respeto...

—Eres un brillante hombre de negocios que ha creado una empresa multimillonaria. Eres increíblemente guapo y sexy, tienes buen cuerpo y una vida repleta de lujo. Verte caer les hace sentir mejor porque están muertos por dentro. —Giré el rostro y le di un suave beso en la frente—. No dejes que te afecte, tú eres mejor que eso.

James me apretó un poco más contra él, llegando a casi ponerse encima de mi antes de cerrar los ojos y quedarse dormido mientras le acariciaba la espalda sobre su camiseta de #TuAmo. Fui yo el que se quedó despierto, mirando el techo de la habitación y pensando en que, por desgracia, aquello era tan solo el principio.

Al día siguiente me desperté igual de dolorido y un poco triste, pero me lavé la cara, me puse las lentillas, me vestí y me quedé un momento mirando al espejo del vestidor, decidido a controlar la situación y hacer todo lo posible para que James no se viniera abajo. El gimnasio fue bien, quizá alguna mirada de más o alguna conversación a escondidas en los vestuarios, pero bien.

Lo difícil comenzó cuando tuvimos que afrontar otra oleada de reporteros a las puertas del edificio. Por lo que había podido leer de camino hacia allí, el día anterior no había resultado demasiado bueno con mi «agresión» a uno de los periodistas. Así que en aquella ocasión mantuve una actitud más relajada, dejé a Lakov encargarse de los empujones y las miradas agresivas y me dediqué a ayudar de una forma educada y a pedir muy educadamente que nos dejaran pasar.

El señor Black nos seguía con sus gafas de sol negras, su expresión seria y su espalda envarada.

Llegamos a la oficina, recogí el pedido de todos los días y fuimos al despacho. El señor Black estaba taciturno y silencioso, pero comió bien, bebió su café y compartió conmigo el bollo de leche que nos había enviado la chef a forma de soborno.

La reunión con Publicidad fue sorprendentemente breve: haríamos una entrevista con Jane Moore para *This is Happening!* La misma página en la que Gloria había soltado todas sus gilipolleces que habían hecho explotar las redes sociales y la indignación de la gente. El señor Lee me ignoró por completo, hablando solo para el señor Black mientras le explicaba que debíamos aprendernos una lista de respuestas neutras y formales.

Ya habíamos enviado la nota de prensa, pero había sido tarde y con los nuevos acontecimientos, no había tenido impacto alguno. La gente quería más, quería ver lágrimas de arrepentimiento en nuestros ojos mientras nos dábamos latigazos en la espalda rogando su perdón.

Por supuesto, me enviaron la lista de temas a evitar y frases recomendadas nada más salir de la sala de reuniones.

Resoplé, sabiendo que nada de aquello le iba a gustar al señor Black.

Había demasiados «lo sentimos», «perdonarnos» y «no era nuestra intención». Yo había creído que pedir disculpas era una buena opción, al principio, cuando todavía no había tenido ocasión de comprobar lo estúpidamente exagerada y gilipollas que era la gente. Eran pocos los que se indignaban tanto para ir a las redes sociales a insultar, pero eran muchos los que nos miraban con desaprobación y murmuraban entre ellos. Cada día que pasábamos en silencio, era un día que tenían para propagar sus opiniones, censurándonos y juzgándonos.

Eso, por desgracia, no era tan descabellado. Pasaba incluso en la oficina, pero allí nadie se atrevía a decir nada ni ser demasiado evidente porque, después de todo, James era el jefe.

Así que la entrevista sería al día siguiente, sábado a última hora, cuando terminara la jornada laboral, sin gente en la oficina y, lo más importante, «cayera la noche y se pudiera ver la ciudad a través de la pared acristalada mientras una luz suave e íntima cubriera el despacho para darle a la entrevista un ambiente íntimo, familiar y sincero». Palabra por palabra de lo que ponía en el informe.

El Departamento de Publicidad se había esforzado en cubrir todos esos detalles que parecían estúpidos, pero que al parecer tenían efecto en el subconsciente del público y les haría más receptivos a nuestras disculpas. E íbamos a necesitar toda la ayuda posible porque el señor Black no se iba a disculpar y a llorar delante de las cámaras, ni aunque le estuvieran apuntando con una pistola.

Tras una mañana más o menos tranquila, había organizado una de las pruebas del menú para la boda. No lo hacía realmente por la celebración, sino por James, para distraerle y sacarle un poco de sus estado meditabundo y lúgubre. Juzgar cada plato y presentación, acribillar al chef a preguntas y después dejar intensos silencios mientras los demás lo pasaban mal, era algo que le ponía de mejor humor. Por la tarde tocaron más videollamadas a clientes y reuniones que le dejaron de nuevo malhumorado y un poco angustiado.

Era difícil y yo estaba haciendo todo lo que podía, pero los métodos normales no eran suficiente para calmarle. Al llegar a casa volvió a llevarme a la Habitación del Placer y el alma se me cayó al suelo. James sabía que seguía dolorido y evitó hacerme más daño en el culo, pero abusó bastante de mi boca, llegando a casi ahogarme y a provocarme varias arcadas muy desagradables.

Cuando al fin se corrió, soltó un fuerte gruñido de liberación y tomó dos o tres buenas bocanadas de aire antes de levantarme del suelo, donde me había pasado arrodillado el noventa por ciento el tiempo, y abrazarme con fuerza. Le abracé de vuelta, pero, sinceramente, no estaba muy feliz en aquel momento. James giró el rostro y me besó la mejilla, dándome pequeños roces con los labios hasta alcanzar mi boca, enrojecida y empapada en saliva, para darme el beso final más lento, profundo y suave.

—Dime que me quieres, Leo —susurró.

—Te quiero —dije con la voz algo tocada.

Me volvió a abrazar y hundió la cara en mi cuello mientras sollozaba un poco. Me quedé allí de pie, con los ojos inundado en lágrimas y llorando en silencio. Estaba siendo difícil, pero pasaría. Cuando las cosas volvieran a la normalidad, el señor Black dejaría de arrastrarme a aquella asquerosa habitación y de llorar. Eso era lo que me repetía una y otra vez, porque aquellos momentos de sexo duro y frío me estaban dejando muy, muy tocado por dentro.

James me desató las manos y me llevó a la ducha, volviendo a deshacerse en caricias y besos como si fuera consciente de lo que me estaba haciendo y quisiera compensarlo con aquello.

—Ya estoy mucho mejor —me dijo mientras nos poníamos la ropa interior y las camisetas de dormir.

—Me alegro mucho, James —respondí con sinceridad, aunque en tono bajo y cansado—. Tienes que tomártelo con más tranquilidad. Las cosas van un poco mal, pero se solucionarán, ¿vale? —sonreí cuanto pude, que no fue mucho.

El señor Black me miró a los ojos y asintió lentamente. Bajamos a cenar y le pregunté si quería ver una película para distraernos.

—Una buena —añadí—. Ya no necesitas conocerte todas las películas de los noventa.

Así que James fue a buscar la tablet al despacho mientras yo llevaba los platos con la cena y los botellines de agua a la mesa baja del salón. El móvil empezó a vibrar entonces sobre la isla y puse una mueca de cansancio y fastidio. Cuando me acerqué y lo cogí, lo que vi en la pantalla no me gustó; algo que me solía pasar mucho últimamente. Miré un momento al piso superior y colgué la llamada. James regresó y nos pudimos echar en el sofá para buscar alguna película.

—¿Acción, humor, misterio...? —pregunté, pasando el dedo por el catálogo.

—Odio las películas de humor.

Fruncí el ceño y giré el rostro hacia James.

—¿Has visto alguna vez una película de humor? —pregunté.

El señor Black se quedó mirándome a los ojos, masticando el trozo de pechuga de pollo en salsa de pimienta verde que se había llevado a la boca.

—Tampoco me he metido una piña por el culo y sé que no me gusta —respondió al fin.

—Entonces meterte una piña por el culo será de las pocas cosas que no habrás hecho, James —y sonreí.

El señor Black dejó de masticar, levantó la cabeza para mirarme un poco por encima de los hombros y me dijo con voz grave y un poco peligrosa:

—No despiertes a la fiera si no quieres domarla, Leo...

Se me saltó la risa, me incliné hacia él y le di un beso en los labios.

—A mí se me da muy bien domar fieras —respondí con un tono sugerente en la voz.

—Eso espero —reconoció James mientras una fina sonrisa se extendía por sus labios—, porque tu futuro marido es de las peores.

—Es de las más voraces —asentí, concediéndole aquello.

—Y de las más salvajes —añadió él, terminando con un nada sutil —: y con la polla más grande.

Volví a reírme, solo por lo tonto e innecesario que había sido aquello. Le di otro cariñoso beso y le rasqué un poco la barba del mentón.

—Claro que sí, es un T-Rex —afirmé, volviéndome hacia la tablet para continuar mi búsqueda.

James siguió cenando mientras me miraba con una casi imperceptible sonrisa en los labios y el pecho un poco henchido de orgullo.

—¿Qué te parece algo de acción en lo que no haya que pensar mucho? —le pregunté—. Quizá con...

Y el móvil empezó a vibrar sobre la mesa. Le dediqué una mirada rápida y perdí la sonrisa al momento. Otra vez el mismo número en la pantalla. Me tomé un par de segundos y alargué la mano para cogerlo y responder:

—¿Sí?

—¡Guauf! —respondió una voz, seguido de muchos otros por detrás que le imitaron.

—Buenas noches, señor Jacobs —murmuré con un tono frío que, esperaba, no fuera nada sutil.

—¡Buenas noches, Leonard! —exclamó demasiado alto—. ¿Está tu dueño en casa?

Se rio, él y las voces que había detrás. Me pasé la lengua por los dientes, considerando seriamente colgarle sin más.

—Pon el manos libres —ordenó James a mi lado, dejando su plato sobre la mesa y recostándose en el sofá antes de hacerme una señal para que me acercara a él.

—Sí, el señor Black está aquí. Ahora se lo paso —con una mueca resignada, pulsé el botón del altavoz y me recosté sobre el pecho de James con el móvil un poco en alto.

—¡Guauf! —se oyó de nuevo, seguido de las otras voces. El señor Jacobs debía estar con sus amigos, borrachos o colocados o quizá ambas a la vez—. ¡Eres una puta estrella, James! ¿A que sí, chicos? —y sonaron más «guauf» en coro por detrás—. ¡Lo del vídeo fue una maravilla! Lo hemos visto mil veces. Ahora Jenkins llama a todas sus putitas, sus «perras», pero no se las folla como tú, James —y volvió a reírse junto a sus amigos.

—Nadie folla como yo, Peter —respondió James, rodeándome los hombros y doblando el codo para poder acariciarme el pecho—. Todos lo saben...

—¡Claro que no! ¡Eres la puta Leyenda! —respondió el señor Jacobs, incapaz de controlar el tono de su voz—. ¡Oye, se nos ha ocurrido una fiesta! ¡La llenaremos de putas, correas y fustas y tú nos enseñas a

convertirlas en buenas perritas que se traguen bien la leche! —y se volvieron a reír—. ¿Qué te parece? ¡Será la hostia!

—Ahora solo hago eso con Leo —respondió el señor Black—. Nos vamos a casar.

—¿Qué? —se produjo un silencio y entonces se oyó al señor Jacobs diciendo a sus amigos—: Dice que se van a casar...

—¡Hacemos una puta boda! —gritó alguien por detrás, al parecer, uno de los genios de Wall Street—. ¡Con correa y máscaras de perro y un cuenco para el chico de James! —la idea gustó mucho y los demás empezaron a corear «guauf», «guauf», «guauf».

—¿Has oído, James? —le preguntó el señor Jacobs—. ¡Celebraremos vuestra boda con muchas perras y mucha droga! ¿Qué dices?

Noté que Jamesladeaba el rostro hacia mí y se quedó en silencio.

—No voy a ser yo quien responda, James —le aseguré, en tono lo suficiente bajo para que el señor Jacobs me escuchara.

—Pasadlo bien, Peter —se despidió el señor Black tras un breve silencio.

—Uh... al parecer quien te ha puesto la correa es tu chico a ti... —dijo Jacobs.

—Ten cuidado, Peter, a lo mejor voy yo allí y te pongo a ti un puto bozal —le dije antes de colgar.

Tiré el móvil a un lado del sofá sin mucho cuidado y me quedé mirando las preciosas vistas de la pared acristalada. James me apretó un poco contra él y me dio unas leves palmadas en el pecho para llamar mi atención. Cuando giré el rostro vi sus ojos del azul de mar y su gesto de morritos. Solté aire, perdí la expresión seria y le besé. No era su culpa que me hubiera enfadado, era solo que oír a Jacobs y sus amigos invitándonos a una de sus asquerosas fiestas para hacer un espectáculo era algo que me costaba un poco soportar.

Al final terminamos de cenar tranquilamente viendo una tonta película de acción con muchos disparos y muchas explosiones que, para mi sorpresa, entretuvo bastante a James. Lo supe porque no hacía comentarios cada cinco minutos sobre lo estúpido que le parecía todo. Después fuimos a la habitación y nos acostamos en la cama, como si fuera un viernes cualquiera. Aquella noche había sido como un oasis de calma en mitad de la tormenta que era ahora nuestras vidas, un oasis que echaría mucho de menos a lo largo del día.

Al despertarme, me quedé en la cama, acariciando a James sobre mí y dándole suaves besos antes de que la alarma sonara. Sin decir nada, le llevé con suavidad hacia uno de nuestros polvos mañaneros y lentos, esos que tanto nos gustaban. Aun me dolía un poco el culo, pero al menos tuve yo el control de cuánto me metía y a qué ritmo; lo cual fue bastante agradable.

Sin duda, iba a ser otro día complicado y ambos necesitábamos un momento para nosotros, para relajarnos y disfrutar antes de que la vida volviera a ponerse difícil y a golpearnos en la cara. Porque las cosas no es-

taban yendo como yo creía que iban a ir y solo parecían peores por momentos.

Todo el mundo de James se estaba desmoronando a su alrededor. No estaba perdiendo su dinero, ni su casa, ni su empresa; estaba perdiendo algo mucho más importante para él: el respeto y la admiración de los demás.

Una prueba de ello fue el gimnasio, lleno de gente joven y guapa que ahora ya no se privaba lo más mínimo de mirarnos e incluso acercarse.

La balanza de poder había cambiado y era algo que se podía percibir en ellos, en su postura, el tono de su voz y hasta en sus sonrisas. James ya no era ese hombre grande, fuerte, inalcanzable y tan atractivo que podía permitirse tratarlos como si no fueran nadie. Ahora era el perverso al que habían pillado en un vídeo sexual bastante humillante. Cuando se trataba de gente con el ego tan inflado y quebradizo como el de los actores, modelos y cantantes, poder sentirse superiores a nosotros o incluso devolvernos el rechazo y la humillación que ellos habían sentido de nuestra parte, debía resultarles muy gratificante.

Algunos nos miraban y se reían, otros hacían bromas airadas cuando pasaban cerca, pero los que se acercaban eran los peores. Interrumpían nuestro entrenamiento sin importarles una mierda si estaban molestándonos o no, nos hacían propuestas subidas de tono y nada sutiles, nos querían tocar un poco y acercarse demasiado, aunque yo tratara de mantenerlos a raya con comentarios fríos y cortantes.

—No te pongas así, ¿no se supone que eres un buen chico? —dijo uno de ellos, llegando a pellizcarme el trasero.

Me quedé tan impactado que no supe cómo reaccionar y, cuando iba a hacerlo, ya era demasiado tarde. El señor Black le dio tal puñetazo en la cara que cayó de espaldas al suelo. El joven empezó a gemir y a cubrirse el rostro cada vez más ensangrentado mientras todos nos miraban. Cogí a James del brazo y tiré de él, aunque me costó un poco moverlo. Se había quedado jadeando, con los ojos muy abiertos y una terrible mueca de ira que le desdibujaba el rostro por completo.

—James —le dije, poniéndome delante para llamar su atención—. Tenemos que irnos.

Sus ojos enloquecidos, como mares en tormenta, me miraron de vuelta, pero tardaron un poco en enfocarse y comprender lo que le decía. Entonces se giró y caminó a paso rápido hacia las escaleras que bajaban a los vestuarios. No nos duchamos allí, solo cogimos nuestras cosas y nos fuimos directos al coche. Ninguno de los dos dijo nada, inmersos en sus propios pensamientos hasta llegar a casa.

—¿Qué te parece si vamos a tomar un café y nos...?

—No.

Bajé la mirada y apreté los labios.

—Date una ducha caliente, prepararé yo el café —le sugerí con un tono cansado que no pude evitar.

El señor Black asintió y se fue hacia el piso superior. En la soledad de la cocina me tomé un breve minuto para apoyar las manos en la isla, agachar la cabeza y respirar. Todavía tenía la ropa de deporte y estaba algo sudado, pero no era algo a lo que diera importancia en aquel momento. Levanté la mirada húmeda y borrosa hacia la pared acristalada y tomé otra profunda respiración. No necesité más que una rápida búsqueda en el móvil para descubrir que habían grabado el incidente y que ahora estaba por todas las redes sociales. Una gota más en el ya desbordado vaso de nuestra mala reputación. No se veía el momento en el que el joven nos interrumpía y me pellizcaba el trasero, solo se veía a un James enloquecido dándole un puñetazo tan fuerte que había mandado al hombre a urgencias. No es que realmente necesitara ir a urgencias, pero él no había perdido la ocasión de fotografiarse en una ambulancia mostrando su nariz rota e hinchada y sus labios partidos.

Abrí la agenda del móvil y busqué un nombre. Hice la llamada y esperé sin esperanza alguna de que me respondiera. Sin embargo, al sexto tono una fina voz me dijo:

—¿Cómo te atreves a llamarme...?

—Buenos días, Lana —respondí yo, incorporándome casi de un salto—. Solo quería hablar un momento contigo.

Y pulsé el botón de grabar.

DOMANDO A LAS FIERAS

Cogí una bocanada de aire.

—Lo primero que quería era disculparme, por parte mía y, por supuesto, de James. No era nuestra intención hacerte daño con todo esto, pero las cosas se complicaron un poco y no supimos cómo solucionarlo a tiempo.

—Pues ya es tarde... —sollozó Lana, aunque trataba de mantener un tono duro y cortante—. Habéis sido muy malos conmigo y me habéis usado como a una tonta.

—Lo siento, Lana, de verdad. No era nuestra intención. Te mereces una disculpa y entendemos que estés enfadada con nosotros, más al oír todas las cosas que dice tu prima Gloria sobre cómo te sentías a nuestro lado. No sabíamos que lo estabas pasando tan mal. Creíamos que te divertías y que te encantaba venir a las cenas, a los eventos y los paseos por el parque...

—¡No! ¡Lo pasaba muy mal! —exclamó mientras empezaba a llorar—. ¡Me sentía como una tonta y vosotros me dejabais de lado!

—Eso no es verdad —negué con un tono apropiadamente comprensivo, pero firme—. Siempre nos esforzábamos mucho para incluirte en la conversación y pasar buenos ratos juntos. Nos ha dolido mucho saber que en el fondo estabas sufriendo de esa forma. Porque creíamos que, simplemente, eras demasiado tímida y vergonzosa. Muchas veces solo te quedabas callada y apartada mirando al suelo...

—¡James me ignoraba todo el rato!

—James lo estaba pasando mal con... todo esto, Lana. Lo sigue pasando muy mal. No quería hacerte daño y trataba de mantener la relación lo más neutra y suave posible. Por eso no se acercaba mucho ni se mostraba demasiado cariñoso contigo. Le parecías una mujer muy agradable y sencilla y le dolía estar haciéndote algo así.

—¡No! —exclamó, pero se echó a llorar y tuvo que coger unas rápidas bocanadas de aire antes de continuar—: ¡Me engañasteis! ¡Jugasteis conmigo y os reáis de mí!

—Jamás nos reímos de ti, Lana —le dije con tono firme—. Dime una sola ocasión en la que te hayamos insultado u ofendido. Porque no soy capaz de recordar ninguna.

—Os... os reáis solos y murmurabais a mi lado...

—Nos reíamos porque James y yo bromeamos todo el rato. Es lo que hacemos. Así es como... somos nosotros. Cuando te trataba de explicar por qué nos reíamos, tú solo asentías y volvías a quedarte en silencio.

—Me quedaba en silencio porque me sentía como una tonta... ¡y tú me dijiste que James era tímido y que por eso no hablaba mucho!

—Y es tímido —afirmé—. Y tú eres tímida. La situación solo empeoraba las cosas para él. Volvía a casa devastado, sintiéndose muy culpable y cruel por lo que te estábamos haciendo.

—Entonces, ¿por qué me hizo esto? —quiso saber.

—Eso... —cogí aire—. Fue idea mía, Lana. Las cosas... son complicadas con la familia de James. Fue una idea horrible y lo siento, pero tienes que entender que yo le quiero muchísimo y que haría cualquier cosa por él. Como, por ejemplo, buscarle una novia falsa. Si quieres enfadarte con alguien, enfádate conmigo y pídele a tu prima que no diga más cosas de James que no son ciertas. Nosotros jamás quisimos hacerte daño. No te dejábamos tirada ni te tratábamos mal. Te llevábamos a todas partes, te invitábamos a cenas e incluso te llevamos a Francia por tu cumpleaños. ¿No te lo pasaste bien en Francia?

—Sí, pero... no... —empezó a llorar de nuevo y tardó todo un minuto en recomponerse. Esperé con paciencia, golpeando un dedo contra la isla hasta que decidí ir hacia el salón y acercarme a la pared acristalada—. Se suponía que yo era su novia...

—Lo siento, Lana —repetí con un tono comprensivo y suave—. Hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para hacerte el menor daño posible y que te sintieras cómoda y feliz. Fue cruel de mi parte planear todo esto, pero, como te dije, lo más importante para mí es James. Siempre lo será.

Me quedé en silencio mientras seguía sollozando. Me metí la mano en el bolsillo del pantalón corto y miré la ciudad a mis pies mientras el sol de la mañana sacaba destellos a los enormes edificios y al lago de Central Park, rodeado de un intenso verdor.

—Si quieres llamarnos y hablar, puedes hacerlo cuando quieras —le ofrecí—. Por supuesto, puedes retomar tu trabajo en la empresa si quieres. Si prefieres abandonarlo, te pagaremos la totalidad del resto del contrato y te daremos muy buenas recomendaciones para tu futuro empleo.

—No... no voy a volver —respondió—. No podría soportarlo.

—Lo entiendo —asentí—. Entonces déjanos que nos encarguemos de todo. Te seguiremos pagando el entero de la nómina y tendrás varios meses para descansar y recuperarte de este golpe tan duro.

Hubo otro breve silencio y Lana me preguntó:

—Leonard... ¿es verdad que os vais a casar?

—Sí.

A Lana se le escapó un jadeo y se notó que contuvo las lágrimas para no volver a echarse a llorar.

—¡Me dijisteis que eran anillos de la amistad!

—En cierto sentido, lo son —respondí—. James y yo somos grandes amigos, además de pareja.

—¡Yo os creí, Leonard! —empezó a enfadarse—. ¡Os creí como una tonta y llevabais vuestros anillos de casados como si nada! Aunque Gloria me advirtiera que eso era muy raro...

—Por supuesto que nos creíste, todo el mundo nos creyó. No había razón para que no lo hicieras. Y tu prima Gloria... —me detuve, mordidiéndome un poco la lengua y controlando el tono de mi voz—. Tu prima Gloria se metía donde no la llamaban, Lana. Eras muy feliz con nosotros hasta que ella empezó a envenenarte la cabeza con lo que deberías o no deberías ha-

cer, o lo que se espera o no se espera de una relación. Empezaste a sentirte mal contigo misma y a bloquearte por su culpa, porque hasta Francia, estabas muy contenta y feliz por cómo estaban yendo las cosas.

— ¡Pero ella tenía razón!

— No, ella no tenía razón. Ella no sabía que James y yo estábamos juntos. Lo único que sabía era que él no te daba la mano cuando ibais a pasear. ¿Es eso suficiente para salieras corriendo tras cada cita o te pusieras a llorar sin decirnos nada? Te mandábamos mensajes en cada ocasión, James te los mandaba, para preguntarte qué tal estabas y qué te ocurría. Él se preocupaba por ti, y tú no respondías.

— ¡Eso no es cierto! ¡Yo no le importaba... él...!

— Él te dedicaba tiempo siempre que podía, a primera hora y antes de irse se paraba a hablar contigo en recepción, ¿o es que eso no lo recuerdas?

— ¡Yo comía sola y vosotros lo hacíais juntos en el despacho!

Puse los ojos en blanco y una mueca de asco en el rostro; aún así mi voz sonó calmada y templada cuando respondí:

— Incluso en la comida estamos trabajando, Lana, ya lo has visto por ti misma. Para nosotros no es un momento de descanso. Nosotros tenemos pocos momentos de descanso.

— Pero... me ignoraba... ¡y me decía que me callara! — insistió como una niña pequeña, lloriqueando y quejándose porque el hombre de sus sueños la había engañado con su secretario.

— No te decía que te callaras — contraataqué —. Pero James se toma muy en serio su trabajo. Como te he dicho, se esfuerza muchísimo por conseguir todo lo que tiene. Tú querías mantener una conversación como cuando íbamos a las cenas o a pasear al parque, y no podía ser. Estábamos en la oficina y era horario laboral para nosotros. Siento que te hayas sentido desplazada, pero el trabajo es el trabajo, Lana.

— Ya... — afirmó con un tono sarcástico que me sorprendió oír en ella —. ¿Y cuándo me dejaba sola en las cenas a «repasar datos contigo»? ¿También estabais trabajando, Leonard?

— No, no estábamos trabajando. James se ponía nervioso, le daban pequeños ataques de ansiedad y venía a hablar conmigo. No nos íbamos a follar por ahí como dice tu prima — le dije con tono serio y algo enfadado —. Esa mujer no tiene ni idea de lo que habla, solo sabe insultarnos y echar mierda de una relación que ni siquiera es la suya propia. Es muy fácil juzgar cuando no tienes ni puta idea de lo que hablas — se me fue el tono y apreté los ojos, ladeando la cabeza para tratar de controlarme.

Lana empezó a sollozar de nuevo repitiendo «no», «no es verdad».

— Escucha, Lana — atajé para no tener que alargar aquella estúpida conversación por más tiempo —. James siempre ha sido una figura pública importante para los medios y la ciudad. Ha tenido que mantener ciertos temas en privado porque la presión era demasiado grande. No espero que lo entiendas, pero, aunque creas que las cosas son muy sencillas para al-

guien como él, no lo son. Cuando sacaron ese vídeo de nosotros en el metro en Año Nuevo, le convencí para hacer algo que no deberíamos haber hecho, como engañarte y mentirte. Lo siento mucho por eso, y lo digo de verdad. Espero que algún día puedas perdonarnos.

Mis palabras parecieron tener cierto efecto en Lana, que seguía llorando, pero no como si fueran lágrimas y llantos de enfado.

—¿Y cuándo me lo ibais a decir? Si no hubiera salido ese vídeo...

—Íbamos a esperar al final del verano. Estábamos planeando una cena, aunque no creo que hubiera forma de suavizarte la noticia. Siento que hayas tenido que enterarte de esta forma, Lana —me disculpé de nuevo.

—Me dolió mucho, Leonard —sollozó.

—Lo sé, pero, por favor, no culpes a James —le pedí—. Es un gran hombre y no se merece esto.

—Creía que eras un buen hombre, Leonard. Tan sonriente y amable conmigo... —un breve silencio—. Eres muy mala persona y te odio mucho —murmuró.

—Sí... —afirmé con un tono un poco triste. Fingido, por supuesto. Nada podía importarme menos que Lana Gómez me odiara, sinceramente—, siento haberte hecho daño. Llámanos si necesitas algo, lo que sea, nos encantaría poder compensarte por lo que te hemos hecho pasar.

Lana se quedó en silencio y aspiró los mocos por la nariz, resonando en la línea telefónica; como no dijo nada, decidí que era el momento de terminar aquello.

—Hasta luego, Lana —me despedí antes de colgar.

Miré el móvil. Quince minutos y catorce segundos de grabación que mandé directamente al Departamento de Publicidad con un breve mensaje que decía: «A ver qué podéis hacer con esto». No tenía claro hasta qué punto podría cambiar la situación aquella llamada, pero había varias cosas importantes en ella; como el hecho de que James no era el malvado hombre que todos creían, sino que tenía un horrible, malhablado y egoísta amante irlandés que le había convencido para hacer cosas muy malas. Quizá aquello pudiera tener sentido y ser del gusto del público, aunque tendría que esperar a ver qué me decía el señor Lee y sus secuaces.

Me di la vuelta y guardé el móvil en el bolsillo antes de que una sombra llamara mi atención por la visión periférica. Alcé la mirada al pasillo abalconado del segundo piso y me encontré con James. Estaba inclinado hacia delante y tenía los brazos apoyados en la barandilla metálica, el pelo revuelto y despeinado, la camiseta gris de #TuAmo y unos calzoncillos negros. Intercambiamos una breve mirada y puse una mueca de consternación.

—¿Cuánto llevas ahí? —pregunté.

—Lo suficiente —respondió él tras un par de segundos—. ¿Por qué has hablado con ella, Leonard?

—He pensado que quizá pueda a ayudarnos a solucionar el problema —reconocí—. No perdemos nada por intentarlo.

—No voy a volver a hablarle jamás, no voy a permitir que vuelva a poner un pie en mi oficina ni que se crea que somos amigos —dijo el señor Black con tono duro—. ¡Esa mujer y toda su puta familia están muertos para mí!

—Lo sé, pero si ella cree que eres un hombre bueno e inocente con un malísimo ayudante, quizá la gente se lo crea también. No sé —suspiré—, quizá solo haya sido una idea tonta —murmuré de camino a las escaleras. El señor Black me esperó allí, frente al despacho, con la mirada perdida en la cristalera del salón. No se movió hasta que estuve lo suficiente cerca, entonces se giró y mantuvo la expresión seria mientras le rodeaba la cadera y le daba un beso en los labios. Estaba molesto conmigo por haber llamado a Lana, pero tenía que entender que lo había hecho solo para tratar de solucionar parte del problema.

—He pedido cita en el salón para que nos peinen y nos pongan guapos para la entrevista —le recordé, acariciándole la espesa barba de un rubio más oscuro que su pelo—. Y tenemos que repasar los documentos que nos ha enviado el señor Lee. Nos reuniremos con ellos al atardecer en la oficina y haremos los últimos arreglos antes de reunirnos con Jane Moore. Él no hizo ni dijo nada, solo me miró en silencio un poco más de tiempo. Froté suavemente mi nariz contra la suya y cerré los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —susurré.

—Mal —murmuré—. Tú haces llamadas a mis espaldas y ya nadie nos respeta, Leo. ¿Cómo crees que me siento?

—Eso no es verdad —respondí—. Solo intento solucionar las cosas, James. Había que pedirle perdón a Lana de una forma u otra. Lo del gimnasio...

—abrí los ojos y miré los suyos, dos mares fríos y peligrosos que amenazaban con ahogarme—. Son solo gilipollas con una frágil autoestima, tú eres mucho mejor que ellos.

—Has visto cómo se reían de nosotros. Uno de ellos hasta te tocó... —apreté los dientes y empecé a enfadarse—, delante de mí...

—Ya —asentí, llegando a chocar mi frente contra la suya—, le dejaste un par de buenos moratones en el rostro.

—Más le va a dejar Lakov cuando le haga una visita —me aseguró.

Fruncí el ceño yladeé la cabeza.

—Quizá deberíamos dejar de enviar a la mafia a provocar «accidentes» —le sugerí—. Al menos por una temporada. Empieza a ser sospechoso.

—No va a provocarle un accidente, Leo. Va a partirle las piernas.

Por alguna razón, aquello me hizo gracia, aunque era un humor un poco oscuro. Alcé las manos desde su cadera a su rostro para rodeárselo, le miré fijamente y le di un buen beso en los labios; con bien de lengua y saliva.

—Te quiero mucho, James —le dije.

El señor Black perdió su expresión severa y me rodeó con los brazos antes de apretarme contra él, acercándose bastante su entrepierna dura y firme.

—No me gusta que se rían de nosotros, Leo —susurró—. Me hace sentir muy mal. Somos los mejores, y nadie se ríe de los mejores.

—Todo se pasará —volví a prometerle, como muchas veces antes, mientras le acariciaba la espalda—. Con la entrevista y un poco de tiempo, la gente se calmará y tú volverás a ser el jefazo y objeto de deseo que eras antes.

Noté como asentía con la cabeza y nos dejé un minuto más para disfrutar de aquel abrazo; hasta que James empezó a mover la cadera, por si yo no había notado todavía lo duro que estaba. Deslizó una mano y la metió bajo mi pantalón de deporte, comenzando a darme húmedos besos en el cuello. Gimió en voz baja, apenas un gruñido de placer en su garganta, y susurró:

—Sabes un poco salado...

Solté un murmullo afirmativo y asentí.

—Todavía no me he duchado —le recordé.

Eso no echó atrás a James, por supuesto, solo fue un añadido a su ya avanzada excitación.

—Deberías terminar el entrenamiento, Leo —me sugirió al oído—. Quizá un par de sentadillas sobre mi polla mientras me sudas encima...

Fruncí el ceño y sonreí, buscando su mirada para que pudiera ver la incredulidad de mi rostro. El señor Black era un hombre... peculiar, pero no podía decir que eso no me encantara de él. Nunca dejaba de sorprenderme con sus retorcidas ideas y sus pequeñas tonterías. Eso solo lo hacía un poco más divertido e interesante; o eso era lo que yo creía, al menos. Para ser sincero, quizá simplemente estuviera tan enamorado de él que incluso sus locuras me resultaban encantadoras.

Por desgracia, tuve que mirar la hora del Rolex y dedicarle una mueca apenada.

—Deberíamos desayunar y trabajar un poco, todavía tenemos mucho que hacer antes de la comida, pero... —añadí, ya que a James no le había gustado nada que cambiara de tema—, por la tarde me voy a encargar muy bien de ti —y le guiñé un ojo—. ¿Qué te parece?

James alzó la cabeza con orgullo, como si mi propuesta no fuera lo suficiente buena.

—Me parece que no te vas a duchar hasta que yo te lo diga, Leo —murmuró.

Me quedé unos segundos en silencio. Aunque pareciera una broma, no era la primera vez que me pedía aquello; por alguna razón ir por ahí con una muy cuestionable higiene personal era algo que le excitaba mucho. Sonaba asqueroso y retorcido, pero estábamos hablando de James Black, así que...

—Muy bien —acepté—. Lo que tú quieras —y le besé antes de empujarle suavemente por el pasillo en dirección a las escaleras.

Nos tomamos el queso fresco con muesli, avellanas y plátano y partimos a la mitad la magdalena de chocolate con la que nos había sobornado aquella mañana. Después subimos al despacho con el café en la mano y nos pusimos a trabajar. El Departamento de Publicidad había escuchado ya el audio que les había enviado y Jeremy West, el nuevo encargado de

ponerse en contacto conmigo, me explicó en una breve llamada que el «enfoque» que le había dado al tema podía ser útil. Si yo asumía toda la culpa, podían seguir vendiendo a James como al hombre humilde, tímido y sensible que se suponía que era; mientras que yo sería el monstruo del que, por desgracia, se había enamorado. No habría argumento de historia de cuento de hadas para mí, a no ser que yo fuera la madrastra malvada que se había llevado al príncipe azul.

Cuando colgué le expliqué a James la nueva estrategia que «había ideado» publicidad. Al principio no le gustó y se negó por completo, así que tuve que insistir y esforzarme en recordarle que, si lo hacíamos de esta manera, él podría mantener la fachada de Soltero de Oro que había estado desarrollando durante años.

—Así que mi malvado marido irlandés es el que me ha obligado a ser un mal hombre... —dijo el señor Black, recostado contra su sillón y mirándome con los párpados algo caídos—. Suen a creíble. La gente sabe lo malos que son los irlandeses, gente odiosa...

Quise dedicarle una mueca de ceja levantada y expresión seria, pero no pude evitar sonreír y verme un poco.

—Exacto —afirmé—. Tú eras un hombre virginal y puro, pero llegué yo con mi mala actitud y mi sórdido deseo sexual y te corrompí —me volví a reír—. Soy el culpable de que hayas perdido la inocencia, James...

El señor Black sonrió también, pero fue una sonrisa extraña: un poco malvada y bastante sexy.

—Supe que me ibas a dar problemas desde la primera vez que te besé —me dijo—. Fue demasiado dulce y suave, hasta que me mordiste el labio y descubrí que había un hombre muy malo dentro de ti...

Me quedé mirándole con una tonta sonrisa en el rostro que, por desgracia, era incapaz de evitar.

—Eso es muy bonito, quizá debas ponerlo en los votos de la boda —le sugerí.

James continuó mirándome en silencio, de esa forma que conocía tan bien y que solo podía significar que había un pronunciado bulto en su bóxer y un montón de planes en su cabeza sobre las muchas cosas que quería hacerme. Miré el Rolex. Todavía quedaban cuarenta minutos para la comida, pero me levanté de mi sitio, giré el sillón de James y me senté encima; porque yo ya tenía un hambre voraz.

Cuando le había dicho a James que iba a encargarme muy bien de él, no bromeaba. Después de dejarle jadeando y con una gran sonrisa en el rostro en su sillón del despacho, le llevé al vestidor para cambiarnos de ropa. Hubiera preferido habernos dado una buena ducha antes, pero él se mantuvo firme en su idea de no hacerlo, lo cual me resultó un poco incómodo, pero terminé cediendo solo por hacerle feliz.

Él se puso una camisa fina de verano y unos pantalones de pinza marrón oscuro a juego con sus gafas de aviador; yo me puse el conjunto de la *Fashion Week* que le había gustado tanto, el de camiseta negra y pantalones

grises cortos; sombrero y colgante incluidos. Hacía muy buen día y lo de ir de «incógnito» ya no tenía ningún sentido, así que nos limitamos a salir a la calle vestidos como cualquier otro día.

El señor Black se puso un poco nervioso cuando salimos al exterior, como solía pasarle desde el escándalo, con expresión muy seria y mirando un poco a todas partes por si había una muchedumbre esperando en alguna esquina para abuchearnos e insultarnos. Evidentemente, no nos encontramos con ninguna, tan solo con un par de paparazis que nos siguieron nada discretamente por Central Park.

Les regalamos algunas buenas fotos de nosotros muy pegados y de un alucinante beso en lo alto del *Gapstow Bridge*, el famoso puente de piedra del parque.

Pillé totalmente por sorpresa a James, que tardó un par de segundos en reaccionar y abrazarme con un profundo gruñido de placer.

—Esto les va a encantar —le aseguré sin sepárame demasiado de sus labios.

—A mí me ha encantado —susurró James antes de darme otro beso todavía más profundo que empezó a llamar la atención de la gente que cruzaba el puente.

Tuve que pararle, porque James se estaba emocionando y aquello empezaba a ser un poco obsceno. Nos dimos la mano y seguimos paseando en dirección al pub donde comeríamos, una pequeña sorpresa que guardaba para el señor Black. Nos sentamos en una mesa alta de madera y pedimos dos pintas y algo sustancial que llevarnos a la boca. James recogió el posavasos para añadirlo a nuestra colección y yo apoyé el pie en su taburete, más por costumbre que por «territorialidad»; aunque el señor Black sonrió de todas formas y me dedicó una mirada como si se creyera que lo hacía por eso. Tras la comida salada y acompañada de una tonta conversación, salimos bastante llenos en dirección a la nueva cafetería-librería que habíamos encontrado en nuestro último paseo, allí pedimos dos cafés, un donut y nos sentamos en un lugar tranquilo y discreto con un sofá viejo y cómodo. Los paparazis que todavía no estaban siguiendo sacaron un par de fotos más por el escaparate de cristal y se fueron, ya sin molestarse lo más mínimo en ser sutiles ni en esconderse.

—Quizá se creían que íbamos a ir a algún antro oscuro de sadomasoquismo o algo así —murmuré cerca del oído de James.

—¿Quieres ir a uno, Leo? —me propuso el señor Black.

Sonreí y giré el rostro hacia él para volver a besarle, sus labios sabían un poco salados y un poco a cerveza negra, una mezcla que, por estúpido que pudiera parecer, me recordó muchísimo a Irlanda y al hogar. Nos tomamos el café y probamos el donut. Solté un par de gruñidos mientras lo saboreaba, se notaba que era casero y que el azúcar glas no era industrial. James me miró por el borde de los ojos, con una mueca seria y silenciosa.

—No me gusta que hagas eso, Leo —murmuró él, y no sonó a broma.

Fruncí el ceño y terminé de masticar y tragar antes de preguntarle:

—¿Hacer el qué?

—Que gimas así por un puñetero bollo.

Se me escapó la risa, asentí con la cabeza y alargué un poco el brazo para ofrecerle el donut a James y que lo probara. Incliné la cabeza sin dejar de mirarme y le dio un buen mordisco, lo masticó un par de veces y se encogió de hombros con una mueca de superioridad.

—No es para tanto —concluyó.

—Me lo terminaré yo solo, entonces.

—Si gimes más, me enfadaré —me advirtió.

—Es un donut, James... —sonreí—. No puedes ponerte celoso.

—Yo soy tu hombre, Leonard, y solo yo puedo hacerte gemir —dejó bien claro, con ese tono que no admitía discusión—. Y se acabó.

Alcé las cejas y bajé la mirada hacia el suelo de la cafetería, tratando de contener la sonrisa y la mueca de incredulidad. ¿Qué era eso que había dicho antes? Ah, sí, que las locuras de James me parecían encantadoras. Bueno, algunas más que otras. Me acabé terminando el postre en silencio y con una fingida expresión sería mientras el señor Black me observaba fijamente. Después le abracé, le di un par de besos en la mejilla y le mimé como a un cerdo mientras él fingía que todo aquello no le estaba encantando. Le acariciaba el pecho bajo la camisa y el pelo de la cabeza, más ondulado en las puntas, mirando cómo iba cerrando los ojos lentamente y respiraba más pausado. Llegó a dormirse en aquella cafetería-librería repleta de gente, con el sopor de tener el estómago lleno, arrullado por el murmullo de las voces, mis caricias y el olor a café recién hecho y bollos. Había personas allí que nos miraban, quizá por curiosidad, quizá porque nos habían reconocido, pero nadie se atrevió a interrumpirnos. Miré el Rolex y dejé descansar a James unos buenos quince minutos antes de despertarle. Entreabrió los ojos, parpadeó, miró alrededor hasta que me encontró a su lado y entonces puso morritos. Le besé suave y dulcemente, pero terminé con un mordisco en su labio inferior que produjo un gruñido grave en la garganta del señor Black y una preocupante elevación en sus pantalones.

—Tenemos que ir al salón de belleza, dormilón —le recordé con una suave sonrisa en los labios—. ¿Quieres que pida otro café antes?

James me miró en silencio y los ojos todavía adormilados, negó con la cabeza e hizo una señal hacia la puerta. Ya había llamado a Lakov y le había mandado la dirección, así que no tuvimos que esperar demasiado en la acera antes de que el coche negro y robusto aparcara justo frente a nosotros.

El señor Black se sentó en su sitio, pero, antes de recostar los brazos en el respaldo, dejó las gafas de sol a un lado y se frotó el rostro para despejarse. Yo le miraba por el borde superior de los ojos con una tonta sonrisa mientras fingía estar atendiendo al móvil. Cuando estábamos nosotros solos, todo iba bien. Era sencillo mantener a James relajado, mi-

mado y contento; el problema era cuando teníamos que enfrentarnos al mundo que nos rodeaba y recordaba que la gente ya no le admiraba como antes.

Decidí que esperaría hasta después del salón de belleza para empezar a prepararnos la entrevista, ya que en aquel momento ninguno de los dos estaba de humor para ello. Me limité a responder algunos mensajes y correos que parecían urgentes y que prefería no aplazar, entre ellos, un inesperado mensaje de Edward. Cuando lo vi fue la primera vez que me sentí profundamente avergonzado del vídeo. ¿Era eso extraño? Pensar que el cirujano hubiera podido verlo me producía un profundo vacío en el pecho y tuve que tomar una buena bocanada de aire antes de abrir el mensaje y enfrentarme a lo que pudiera haber pensado. «Hola, Leonard. Sé que no es el mejor momento y que seguramente James y tú tengáis otras preocupaciones ahora mismo, pero me gustaría decirte que me alegro mucho por vosotros y que os deseo lo mejor». Lo releí un par de veces, con las comisuras de los labios apretadas y una sensación de pesar. No respondí al instante, porque Edward se merecía algo más que un simple «muchas gracias» escrito a prisa en el coche.

Esperé a alcanzar el salón de belleza, donde la misma recepcionista de siempre nos recibió con una sonrisa, pero una menos entusiasta de lo que solía ser. Nos dijo que ya nos estaban esperando y nos señaló el camino con la mano, como si no supiéramos de sobra el lugar. Hubo miradas, por supuesto, miradas que James notó tan claramente como yo y que enturbiaron su buen humor. Le di un breve y discreto apretón en el costado antes de que nos separáramos, diciéndole sin palabras que fuera fuerte y no se dejara llevar por aquello. Yo me quedé en la parte del salón dedicado a la peluquería, con el hombre que siempre me cortaba el pelo rápidamente, en silencio y con una expresión de asco mucho más pronunciada de lo habitual; después llegó Ricky. Nos miramos por el reflejo en silencio, me encogí de hombros y solo se me ocurrió decir:

—Guauf...

Ricky sonrió un poco y dio un último paso hacia mí.

—No te voy a mentir, Leonard, y no quiero que te ofendas —murmuró mientras cogía la máquina de afeitar y la preparaba—. Pero ese puto vídeo me puso muy cachondo.

Fruncí el ceño y ladeé el rostro. Ricky no era la clase de persona de la que me esperaba que le gustaran esas cosas, aunque, para ser justos, quizá él pensara lo mismo de mí.

—¿En serio? —pregunté.

El barbero alzó sus cejas negras y gruesas y asintió, agitando sus bonitas rastas recogidas en un elegante moño.

—Parecía muy sucio... —reconoció, pero no con un tono asqueado, sino todo lo contrario—. Y los dos estáis muy... —se le escapó una breve risa, como si le diera un poco de vergüenza decirlo—. Estáis muy buenos —concluyó sin más—. ¿Te recorto la barba como siempre o quieres probar

algo nuevo?

Sonreí.

— Como siempre, por favor. Ya pruebo muchas cosas nuevas en casa.

Ricky se rio y asintió, comenzando una conversación un poco personal, pero no ofensiva, sobre gustos y preferencias sexuales. Consideraba al barbero una especie de amigo, o quizá una de las personas con las que mejor me llevaba, así que fue mucho más divertido que humillante tratar aquel tema con él. Susurrábamos y hablábamos en voz baja, riéndonos de vez en cuando. Al parecer, a Ricky le gustaba follar «un poco sucio», y por «un poco» en realidad quería decir «mucho». Yo no podía estar más sorprendido con todo aquello y lo que me contaba, hasta que hacia el final se sintió lo suficiente confiado para decirme:

— Hay unas fiestas... en las afueras. La gente va disfrazada y se pasan tarjetas de colores.

La sonrisa se me quedó congelada en el rostro y perdí un poco la respiración.

— Solo fui una o dos veces —continuó—, pero tengo amigos que van mucho.

Asentí lentamente y Ricky apartó la maquinilla para no cortar de más, tras unos segundos continuó:

— Me decían que siempre había un hombre muy guapo, fuerte y rubio al que daban un montón de tarjetas. — Me echó una rápida mirada a través de reflejo—. Y que ahora va acompañado de un pelirrojo con sonrisa muy sexy y ojos grises.

— Me gustan las copas gratis —dije, porque no sabía qué más decir.

A Ricky aquello le hizo gracia.

— Me imagino. Aunque por un momento creí que eras el mismo que ese con el que iba antes. Mis amigos decían completas guarradas de aquel chico y creí que...

— Ya —le interrumpí. Sabía de quién hablaba y no quería que siguiera por ahí—. Las cosas han cambiado ahora.

— Lo sé, perdona, no... —respondió él, creyendo que me había ofendido al nombrar al «otro chico»—. Perdona, Leonard —terminó diciendo con tono serio.

— No, no pasa nada —sonreí un poco—. Pero ahora solo vamos a beber y a pasar el rato. Es bastante divertido.

— Sí, lo es —asintió, cambiando de lado para repasar la otra patilla y dejarla simétrica y perfecta como si no hubiera diferencia entre el final de mi pelo y el principio de mi barba—. De todas formas, se lo diré a mi amigo Paul, si no te importa. El pobre siempre te da todas sus tarjetas y se queda esperando como un tonto —y se rio un poco.

— Oh —me salió una mueca apenada—. Lo siento, sé que esas cosas cuestan dinero.

Ricky frunció el ceño y chasqueó la lengua, restándole importancia.

— No te preocupes —respondió—. Está un poco obsesionado contigo.

Seguimos charlando hasta que ya no pudo alargar más el trabajo y tuvo que irse a atender a otro cliente. Nos despedimos como siempre, aunque a mí me quedó una sensación extraña en el pecho. No era miedo ni angustia, era más bien una especie de incomodidad al descubrir que Ricky sabía que James y yo íbamos a las fiestas del Barón Enmascarado. No tenía nada de malo, después de todo, éramos dos hombres adultos; pero aun así me sentía un poco expuesto.

Como me había depilado antes de visitar a los padres de James, no había pedido un repaso que realmente no necesitaba. Así que empleé ese tiempo a solas para ir tranquilamente a por un café y responder al fin a Edward, pero no con un mensaje, sino con una llamada. Dudaba en que me respondiera, pero no perdía nada por intentarlo. Al octavo tono sin contestación, saltó el buzón de voz.

—Hola, Edward, soy yo, Leonard —comencé, caminando por la calle abarrotada de gente y sin saber muy bien qué decirle—. Te llamaba para darte las gracias por el mensaje. Eres la primera persona que nos felicita —y bufé antes de reírme un poco.

Decirlo en alto me hacía sentir algo triste.

—La verdad es que no es un buen momento. Las cosas se han complicado, ya... supongo que ya lo habrás visto todo. Lo de Lana fue una tapadera. No creímos que se fuera a alargar tanto ni que... terminara así, pero bueno. —Cogí una bocanada de aire y finalicé con un simple—: Espero que podamos vernos en algún momento y charlar tranquilamente. Un saludo.

Colgué la llamada y seguí mi camino hacia la esquina donde, como me esperaba, había un tenderete de café entre dos diagonales de pasos de cebrá. Hice una cola de cinco minutos y salí con el pedido de vuelta al salón de belleza, donde me senté en recepción y me puse a leer el informe de publicidad, ignorando las miradas y murmullos de las dos mujeres tras la mesa alta. El señor Black tardó apenas diez minutos en aparecer, perfectamente peinado, con su barba espesa y recortada y su expresión seria. Me miró de arriba abajo y no se detuvo hasta estar frente a mí y meterme la lengua lo más profunda y obscenamente que pudo en la boca. Cuando se separó, parpadeé y susurré un simple «vaya...». Sin decir nada, se puso las gafas de sol, colocó su mano en mi espalda y me empujó suavemente hacia la salida. Le abrí la puerta del coche, pero volvió a empujarme para que entrara yo primero y, antes de que me diera tiempo a sentarme, ya le tenía sobre mí; besándome y levantándome la camiseta mientras, casi al mismo tiempo, trataba de desabrocharse el cinturón de sus pantalones. Bajé las manos para hacerlo yo por él y alcanzar aquel gran bulto carnoso que sobresalía de su bóxer blanco de marca.

James no necesitó nada más para centrarse en mí, consciente de que yo me encargaría de él. Así que cuando llegamos al garaje, todavía estábamos recostados y recuperando el aliento en el asiento trasero del coche. Miré la hora y terminé el café con leche antes de pellizcar un poco la mejilla de Ja-

mes, que amenazaba con volver a quedarse dormido, todavía con la camisa desabrochada y los pantalones por los tobillos. Me levanté en busca de mi ropa interior y mi pantalón corto, dándole algo más de tiempo para desparezarse antes de que le ayudara a vestirse y le diera un beso suave en los labios.

Salimos hacia el ascensor y James me rodeó los hombros con el brazo, sin llegar a soltarme hasta que estuvimos en la habitación. Quiso irse directamente al vestidor para cambiarse, pero me negué, tirando de él hacia el baño.

—No, James. No vamos a ir a esa entrevista sin ducharnos —le aseguré.

—¿Por qué no? —el señor Black se encogió de hombros, como si aquello no tuviera importancia—. No es la primera vez que lo hacemos. ¿Te acuerdas de la gala benéfica del Doryan? —sonrió con malicia—. Ese día sí que apestábamos...

—Sí, sí que lo recuerdo —respondí con menos entusiasmo que él mientras le rodeaba la cadera para llevarle hacia la ducha—. Pero esto no es uno de nuestros domingos o un día especial. Esta entrevista es importante y tenemos que dar la mejor imagen, James.

—Nosotros siempre damos la mejor imagen, Leonard —me dejó bien claro con un tono serio—. No el mejor olor, pero sí la mejor imagen —añadió, comenzando a desabotonarse la camisa.

Me reí por lo bajo y me desabroché las zapatillas antes de bajarme el pantalón.

—Eso es verdad —reconocí.

—Sé que te gusta que tu hombre sea un cerdo, Leo —murmuró a mis espaldas cuando me volví hacia la ducha para activar el agua caliente.

—¿Eso crees? —pregunté, girando la cabeza para que pudiera ver mi ceño fruncido y mi mueca escéptica.

El señor Black asintió con una fina sonrisa en los labios, terminó de desvestirse y se acercó a mí para rodearme con los brazos. Me miró fijamente a los ojos y puso morritos, pero de una forma muy exagerada, mientras aspiraba por la nariz como si se quisiera oler el bigote. Después soltó un jadeo.

—Ah... cómo me gusta el olor que me queda en la barba después de comerte el culo.

Aquello me dejó... me dejó con la boca entreabierta, congelada en una expresión entre la aversión y la incredulidad. Parpadeé un par de veces y al fin conseguí reaccionar.

—James... qué asco me acabas de dar... —pero me reía, incapaz de asumir que me acabara de decir aquello—. Joder... —y me reí más alto.

El señor Black se quedó mirándome con su ligera sonrisa en los labios y un calor especial en el azul de sus ojos.

Se acercó un poco y terminó dándome un beso dulce y lento en los labios.

Tenía razón al decir que su barba olía un poco, pero la mía tampoco se quedaba muy atrás; por suerte, ninguno de los dos era escrupuloso con ese tema, y no había nada que el champú no pudiera solucionar.

—Es increíble, pero te quiero incluso más cada día —murmuré cerca de sus labios, mirando aquellos ojos tan azules mientras le acariciaba el pecho firme y abultado. A veces me daban ataques muy cursis en los que le decía cosas tan tontas como aquella. No estaba orgulloso, simplemente era algo que pasaba.

El señor Black me abrazó con fuerza y nos quedamos un poco más de lo necesario debajo del agua templada antes de secarnos, peinarnos y salir hacia el vestidor.

James se puso uno de sus carísimos trajes azul marino, con camisa blanca un poco desabotonada y sin corbata; yo iba a presentarme con un pantalón negro de pinza y una camisa gris pela remangada hasta los codos.

El señor Black nos revisó frente al enorme espejo del vestidor y me rodeó los hombros con el brazo antes de dar el visto bueno. En el viaje de ida repasamos los temas de la entrevista y cuando llegamos al King's Place salimos a paso rápido del coche para meternos en el edificio. La oficina estaba vacía y silenciosa, sin recepcionistas ni trabajadores a excepción del señor Lee y sus súbditos, quien nos dedicó una mirada seria e impaciente antes de echarle un vistazo al reloj.

—Tenemos que darnos prisa para prepararlo todo —dijo con un leve enfado en la voz—. No hemos podido encontrar las llaves del despacho.

Le ignoré por completo y saqué las llaves del bolsillo, caminando hacia la puerta para abrirla. A James no le gustaba que cualquiera pudiera entrar allí sin más, lo cual era entendible dada la cantidad de secretos que tenía que esconder.

Pasamos al interior del despacho, un poco caliente y cargado después de un día soleado y sin visitas, y los súbditos del señor Lee empezaron a mover los muebles para ponerlos al lado de la pared acristalada.

El director de Publicidad lo vigiló todo, como el capaz de una obra, mientras el señor Black esperaba con expresión seria sentado en su sillón negro. Yo estaba a un lado, con la cadera apoyada en la mesa y los brazos cruzados, observando cómo convertían aquel rincón en un «decorado de entrevista».

Trajeron incluso una de las plantas del pasillo para ponerla a un lado del sofá y darle un toque verde y vivo. Cuando el lugar estuvo listo, el señor Lee nos pidió que nos sentáramos, uno al lado del otro.

—Cerca, pero no demasiado cerca. Podéis interactuar, pero no olvidéis que habrá una cámara a la que debéis prestar atención, así como a Jane Moore —nos explicó, señalando el asiento donde estaría la mujer y después el lugar donde, probablemente, colocaría la cámara—. Señor Black, usted tiene que parecer muy enamorado y arrepentido. Relaje la expresión y sonría —le pidió.

James, que no estaba allí por placer, tardó un momento en poner su sonrisa de un millón de dólares.

—Tú también Leonard —ordenó el señor Lee de una forma que no me agradó en absoluto.

Le miré y sonreí ligeramente antes de colocar mi mano en la rodilla de James.

—No, no hagáis contacto físico —negó él—. Eso podría incomodar al público.

Perdí la sonrisa al momento y ladeé el rostro, manteniendo un breve silencio antes de responder:

—Nos han visto follando, señor Lee, no creo que una mano en la rodilla les afecte tanto.

—Sí, ese es el motivo por el que... —pero se detuvo cuando uno de sus súbditos cruzó la puerta y anunció:

—Jane Moore ha llegado ya.

Tragué saliva y solté aire. La Entrevista del Siglo estaba a punto de comenzar.

TE QUIERO

Jane Moore entró por la puerta del despacho con una fina sonrisa en sus labios pintados. Se había hecho un recogido muy elegante, dejando su flequillo rubio y ondulado hacia un lado, y se había vestido acorde con la importante entrevista que estaba a punto de hacer: blazer negra sobre blusa blanca y pantalones pitillo. Dejó su gran bolsa con la cámara en el suelo del despacho y nos miró a James y a mí, de pie al lado del sofá, esperando por ella.

—James y Leonard... —dijo con deleite, acercándose un par de pasos para ofrecernos la mano—. Es un placer que hayáis concedido esta entrevista a *This is happening!* Estamos muy agradecidos.

James ya estaba inmerso en su papel del Soltero de Oro, sonriente, con su mano en mi espalda y una expresión de encantadora timidez en el rostro.

—Gracias a ti por venir, Jane —respondió—. Las cosas están un poco locas últimamente.

Ella sonrió más y asintió.

—Sí, muy locas... —afirmó antes de mirarme—. Leonard.

—Buenas noches, Jane —la saludé junto con un apretón de manos—. Estás muy guapa, casi pareces una periodista seria y profesional —la sonrisa se le torció en los labios por un momento, pero movió la cabeza y la recuperó rápidamente—. Oh, perdona —añadí, apartando la mano y recuperando una expresión más seria—. No quiero que pienses que estoy... flirteando contigo.

Eso sí que terminó por conseguir romper su fachada. Su sonrisa cambió a una más afilada y sus ojos azules se entornaron para mirarme fijamente. Entreabrió los labios, pero tardó un par de segundos en decir:

—Sabía que eras demasiado bueno para ser verdad. Ambos... —añadió, mirando también a James a mi lado antes de girarse para ir en busca de su cámara.

Sin decir nada e ignorando por completo los consejos y comentarios del señor Lee sobre cómo debía hacer su trabajo, sacó la cámara de la bolsa junto a un atril y la colocó frente a la pared acristalada y los asientos, haciendo algunas pruebas de luz y enfoque mientras el señor Black y yo nos sentábamos en el sofá. Lo habían colocado ladeado, entre donde estaría la cámara y la silla donde estaría Jane.

El señor Black y yo estábamos cerca, un poco pegados, pero no demasiado, la luz del despacho era suave y a nuestras espaldas se podía ver la ciudad cubierta de las primeras sombras de la noche. Cuando estuvo todo listo, pulsó el botón de grabar y la luz roja se iluminó, algo de lo que fui muy consciente y por lo que puse una media sonrisa, mirando a James para advertirle de que el espectáculo había comenzado. Lo primero que hizo él fue poner una mano en mi rodilla y acariciarme distraídamente con el pulgar.

Jane Moore se acercó a la silla de diseño que habían traído para ella y se

sentó, cruzando los tobillos y abriendo su libreta de tapa roja. Con un bolígrafo de tinta negra tachó algo y miró a la cámara con una sonrisa.

—Tres, dos, uno... ¡Hola, soy Jane Moore y esto es *This is Happening!* Hoy tenemos con nosotros y en exclusiva a la gran revelación del año: James Black y Leonard O'Brien —y nos miró sin dejar de sonreír.

Estaba claro que aquella no iba a ser una entrevista seria, como había sido la primera que le había hecho al señor Black, sino algo sensacionalista y estúpido. Aun así, James fue rápido y miró a la cámara con su sonrisa de un millón de dólares, pero más suave y tímida de lo habitual, casi arrepentida, levantando una mano a forma de saludo como si hubiera un público real y no el señor Lee y su equipo mirándonos con cara muy seria. Yo giré el rostro y me limité a asentir con la cabeza.

—James Black estaba manteniendo una relación pública con Lana Gómez, a la que todos conocemos y apreciamos, hasta que un vídeo sexual muy escandaloso salió a la luz y destapó la relación secreta del empresario, y por entonces conocido como Soltero de Oro de la ciudad, con su ayudante, Leonard O'Brien —y nos miró—. Ya habían corrido numerosas especulaciones sobre vuestra supuesta relación, pero siempre lo habíais desmentido, diciendo que solo erais buenos amigos; justo aquí, en este mismo despacho y conmigo en una entrevista de hace unos meses. No fue hasta que el vídeo sexual salió a la luz cuando habéis decidido reconocerlo públicamente, dejando a una pobre mujer con el corazón roto después de haber jugado con ella y haberle mentido; además de a un gran número de seguidores y fans completamente decepcionados y dolidos al descubrir que uno de sus modelos a seguir no era más que un fraude ¿Qué podéis decirnos sobre eso?

Me quedé en silencio mirando a Jane, ya sin molestarme en sonreírle. El señor Black había ido poniendo una expresión más apesadumbrada y agachando ligeramente la cabeza a cada palabra, dándome un visible apretón en la rodilla. Entreabrí los labios y aspiré un poco de aire antes de responder palabra por palabra lo que el señor Lee había redactado para nosotros:

—Que lo sentimos, por supuesto. No era nuestra intención hacer daño a Lana ni a la gente que confiaba en nosotros, sobre todo en James, como modelo a seguir y pilar de la comunidad. Pero hemos tenido nuestras razones para mantener el secreto y apartar nuestra relación del escrutinio público.

—¿Qué razones? —quiso saber ella—. Porque no habéis solo apartado vuestra relación del escrutinio público, sino que habéis mentido a la gente y utilizado a la pobre Lana Gómez, engañándola con una relación falsa delante de las cámaras sobre la que ella no sabía nada.

—Lana no... —murmuró James, pero negó con la cabeza y siguió con la mirada baja, interpretando su papel de hombre culpable y arrepentido—. Nunca quisimos hacerle daño.

—Ya hemos hablado con Lana —añadí yo—. Ya le hemos pedido perdón

y le hemos dado las explicaciones que se merecía después de todo lo que ha pasado. Coincidimos en que, aunque estuviera mal haberle mentido de esa manera, ella nunca lo pasó mal ni fue ignorada por nosotros —le aclaré, porque aquella parte era importante—. Lo que dice su prima Gloria es totalmente mentira. No nos reímos de Lana en ningún momento ni la ignoramos. Siempre la hemos tratado con respeto y cariño; hasta el final.

Jane terminó de anotar algo en su libreta, no demasiado interesada en lo que yo tuviera que decirle sobre aquel tema, y preguntó:

—Entonces, ¿estáis diciendo que Lana Gómez miente? Que no salía llorando de esas supuestas citas, que la ignorabais y que llevabais los anillos de compromiso delante de ella —y señaló las visibles alianzas plateadas en nuestras manos.

—No digo que Lana mienta —respondí, asegurándome de usar el tono correcto y la mueca de consternación apropiada—, solo digo que las cosas horribles que ha dicho su prima en las entrevistas, como la que tú le has hecho, vienen de alguien que no tiene ni idea de lo que estaba pasando y que, probablemente, solo quiera su minuto de fama a costa de Lana. Quizá cobrar un par de cheques con la exclusiva...

Jane sonrió muy discretamente, consciente de lo que estaba intentando hacer.

—¿Quieres decir que Gloria Gómez solo está interesada en cobrar el dinero y no en defender a su prima y hablar abiertamente de lo mucho que la habéis hecho sufrir?

—Lo que digo es que esa mujer no tiene ni idea de lo que habla, se está metiendo en una relación que no es la suya propia y está diciendo cosas horribles de personas que ni siquiera conoce —entonces paré e hice un leve gesto de duda, como si no estuviera seguro de seguir o no—. Siendo alguien que ha... intentado estafar al seguro quemando su propia peluquería, no me sorprendería que lo único que quisiera sea dinero —volví a quedarme en silencio para que mis palabras calaran y después añadí—: aun a costa de hacer daño a Lana y fomentar el odio y el escarnio público sobre nosotros.

Jane no se esperaba aquello, abrió los labios y miró un momento a la cámara con una expresión de sorpresa más marcada que la inicial.

—¿Quieres decir que, a Gloria Gómez, la prima de Lana Gómez, solo le interesa el dinero y no decir la verdad?

—Sin duda le interesa algo —afirmé—, pero no creo que sea decir la verdad ni la felicidad de su prima, porque si no, no iría haciendo esas estúpidas entrevistas y acusándonos de todo tipo de locuras mientras su prima está sola y triste en su casa.

Jane asintió varias veces y anotó algo rápido en la libreta. Quizá se esperaba un par de disculpas, algunas lágrimas y muchas excusas, no que yo sacara la artillería pesada y fuera a la guerra para defendernos. La polémica estaba servida y eso solo significaban más y más visitas a la pá-

gina web.

—Entonces, lo que dijo en numerosas entrevistas de que vosotros dejabais tirada a Lana, que la marginabais, que la... —y leyó—: «tratabais como una mascota, nunca le contabais nada, os reíais de ella y la utilizabais para pasearla delante de las cámaras antes de dejarla tirada en casa». ¿Es mentira?

—Por supuesto que es mentira —dijo James con un tono perfectamente indignado mientras me apretaba la rodilla, como si el mero hecho de oír aquello le indignara—. Nosotros apreciamos mucho a Lana. Siempre la incluíamos en las conversaciones y hacíamos todos los planes posibles con ella.

«El problema era que... ambos somos tímidos y a veces las cosas no fluían con facilidad. No era nuestra intención que se sintiera desplazada ni que creyera que la... paseábamos por ahí —dijo eso último con el ceño fruncido y negando con la cabeza, como si ni siquiera pudiera creérselo—. Lana nos caía bien y siempre intentamos que se sintiera lo más cómoda posible.»

—¿Cómoda con vosotros o con el hecho de ser una tapadera de vuestra relación secreta? —nos atacó Jane.

James me apretó la rodilla de nuevo, pero esta vez no era un gesto fingido, sino uno de rabia contenida. Moví la mano y la puse sobre la suya para pedirle silenciosamente que se calmara. Aquello iba a ser así hasta el final y había que mantener el tipo y mantener la calma.

—Lo que hicimos, estuvo mal —afirmé con tono serio—. No debimos haberlo hecho y ojalá no lo hubiéramos hecho. Lana es una chica encantadora y dulce que no se merece que la engañen de esta forma. Nuestra intención era que, al menos, disfrutara lo más posible de las cenas, los eventos y los viajes; como el que hicimos a Francia por su cumpleaños.

—Sí, el viaje a Francia —afirmó Jane, leyendo algo en la libreta antes de proseguir—: muy seguido en las redes sociales de James con más de cuarenta mil *likes* acumulados en total. Un viaje precioso con unas fotos increíbles —nos felicitó—. Sin duda, Lana volvió a ser la envidia de todas las solteras neoyorkinas —añadió ella con una mirada rápida a la cámara mientras nosotros asentíamos con agradecimiento—. Y es que los fans de James y Lana, así como las personas que deseaban seguir su idílica historia de amor, acudieron a sus redes sociales donde, por supuesto, James colgaba numerosas fotos de ambos y sus preciosas cenas, galas y viajes —nos miró intermitentemente—. También es gracias a las redes sociales que empezaron a sucederse los rumores de vosotros dos juntos, como el vídeo en el Metro de Manhattan donde se os veía muy abrazados y acaramelados después de Año Nuevo. En su momento James dijo que —y leyó, porque Jane Moore parecía venir muy preparada para sacarle hasta el último jugo a aquella entrevista—: «Solo erais buenos amigos, que la gente le daba muchas vueltas y que, aunque estuvierais muy unidos, eso

no quería decir que fuerais amantes».

Entonces se quedó en silencio y nos miró a la espera de ver qué respondíamos. James me acarició la pierna y miró a la mujer, porque era su momento de responder:

—No era mentira. Leo y yo somos muy buenos amigos, hacemos todo juntos y nos queremos mucho, pero hemos preferimos mantener nuestra relación en privado por razones personales —terminó con una expresión apenada que quizá quisiera decir que esas «razones personales» escapaban a nuestro control—. Esa noche habíamos bebido y yo me puse algo... acaramelado. Como he dicho muchas veces, soy un hombre bastante mimoso —sonrió suavemente en una adorable y atractiva expresión de vergüenza y sonrojo.

—No es eso lo que parece si nos basamos en el último video que se ha filtrado —respondió Jane con una sonrisa afilada y rápida.

James dejó de sonreír y le costó bastante no perder el papel de Soltero de Oro, pero intervino rápido con un:

—Eso no tiene nada que ver. Se puede ser cariñoso y romántico y dar un par de cachetes a tu pareja de vez en cuando. Parece mentira que la gente haya salido corriendo a asumir que James y yo somos unos depravados y que tenemos algún tipo de relación extraña o perturbadora por solo un estúpido video —comencé a indignarme, y eso no necesité fingirlo—. La gente es una hipócrita si se cree con derecho a juzgarnos a nosotros, como si ellos solo tuvieran sexo después de casarse, haciendo el misionero a oscuras y dándose besitos en la mejilla —aquello provocó un impulso de risa en Jane, pero lo controló y se puso el boli en los labios mientras continuaba escuchándome—. Son solo un par de cachetes, una correa y un pequeño juego de roles. Sinceramente, me sorprende que a la gente le interese y le sorprenda tanto lo que mi prometido y yo hagamos en la privacidad de nuestra casa —y miré a la cámara—. Sin embargo, un completo desconocido se coló en nuestro apartamento para grabarnos un video y subirlo a internet —le recordé a ese público invisible—, pero a nadie parece preocuparle eso —volví a mirar a Jane—. Lo único que hacen es opinar de nuestra vida sexual y lo «fuerte que les parece», o lo «indecente» o «sórdido»... Dejemos algo claro, James y yo somos dos hombres adultos teniendo relaciones sexuales en la privacidad de nuestra casa. Nadie —miré la cámara y repetí—: Nadie... tiene derecho a inmiscuirse ni a opinar sobre lo que mi pareja y yo hagamos o cómo lo hagamos. Haber mentido a Lana fue un error, pero no vamos a avergonzarnos y disculparnos por nada más que por eso.

Jane me había escuchado con interés, anotando alguna cosa de vez en cuando en su libreta y respondiendo a mi mirada seria.

—Entonces... ¿os gusta incluir juguetes y algunos cachetes en vuestras noches de pasión?

Miré sus ojos de un azul claro, dejando claro que esa no era la clase de preguntas que estábamos dispuestos a responder allí aquella noche.

—Lo que nos gusta es que respeten nuestra intimidad y dejen de tratarnos como a criminales y depravados, porque no lo somos —le dije.

—Sin embargo, ha sido una gran sorpresa para muchos descubrir que a James Black, tan aparentemente dulce y tan tímido como suele ser, le gusten esa clase de...

—Ya he dicho que lo que hagamos mi prometido y yo en nuestra casa, es solo asunto nuestro.

A Jane le molestó ligeramente que le cortara de aquella manera, ya que una explicación más detallada de cómo James y yo follábamos podía resultar muy morbosa e interesante para el público en general. Habían visto al Soltero de Oro, tímido e inocente, gritando: «¿Quién es tu dueño? Te gusta que tu dueño te folle sin parar» y con una correa en la mano. Eso había resultado muy chocante para el público más conservador, aunque, por lo que había dicho Ricky en la peluquería, a todos sus amigos y conocidos les había parecido algo muy excitante saber que James Black tenía un lado oscuro y sucio.

—Hablas abiertamente de que ambos estáis «prometidos» —contraatacó la periodista, volviendo a recalcar los anillos plateados, en especial el de James, con su mano sobre mi rodilla y su alianza en el dedo anular muy visible—. Es un tema que también ha sorprendido mucho al público ya que, según parece, las llevabais puestas sin ningún tipo de reparo delante de Lana Gómez; mintiendo y diciendo que se trataban solo de «anillos de la amistad». Para no intentar hacer daño a la joven, como aseguraréis sin parar, no parece que os importara lo que eso pudiera afectarle a ella.

—Yo le propuse matrimonio a Leo —respondió James, dedicando una mirada a Jane de ceño levemente fruncido y expresión apesadumbrada en el rostro.

Estaba cumpliendo su papel de Soltero de Oro sentido y entristecido a la perfección, regalando a la periodista y a la cámara un montón de muecas encantadoras de un hombre increíblemente atractivo y arrepentido.

—Fue uno de los momentos más importantes de mi vida y me sentí el hombre más afortunado del mundo cuando él aceptó ser mi marido —y me miró con una suave sonrisa y sus ojos del azul del mar plagados de cariño. Me pilló por sorpresa y sentí un calor en el pecho antes de sonreír como un tonto; si sus palabras y aquel amor formaban parte de la actuación, James se merecía el Oscar a Mejor Actor—. Me sentí muy orgulloso y feliz y no quise esconderlo —continuó—, así que le pedí a Leo que no nos quitáramos los anillos. No... era nuestra intención hacerle daño a Lana —volvió a fruncir el ceño y a mirar al suelo.

—¿Habíais planeado una boda secreta a espaldas de la joven? —preguntó Jane, quien no parecía en nada fascinada por aquella muestra de cariño. Como me había dicho una vez hacía algún tiempo, para ella el amor era algo de tontos—. ¿Hasta cuándo teníais pensado mantener en secreto vuestro matrimonio y seguir engañando a Lana y al público?

—Estamos planeando nuestra boda —afirmé con calma—, pero no tenía-

mos intención de casarnos a espaldas de Lana y mantener un matrimonio secreto.

—¿Y cuándo hubiera sido eso de no haber salido a la luz el vídeo sexual?

—A finales de verano, seguramente. Teníamos planeada una cena especial y una explicación detallada de lo que pasó y por qué pasó. Ha sido un duro golpe para nosotros saber que Lana lo ha tenido que descubrir por culpa de un vídeo y tener que llevar todo esto adelante bajo la mirada pública y atacados constantemente por la prensa. Ni ella ni nosotros hemos podido disfrutar del tiempo y la intimidad que el momento requería —terminé de decir, una de las frases escritas por el Departamento de Publicidad para aquella misma pregunta—. Así que, por favor —miré a la cámara con expresión preocupada—, me gustaría pedirle a la gente, a los paparazis, los reporteros y los fotógrafos que dejen a Lana en paz. Está abrumada por la atención pública y pasando un mal momento, se merece un poco de espacio y respeto.

Jane asintió y también miró a cámara.

—Por supuesto, a ninguna nos gustaría que nos acabaran de romper el corazón y nos pusieran una cámara delante, ¿verdad? —hecha aquella broma tan frívola y estúpida, volvió a mirarla la libreta y a preguntar—: ¿Y durante cuánto tiempo habéis mantenido esta relación secreta? ¿Ya estabais juntos antes de conocer a Lana?

—Leo y yo llevamos casi un año juntos —respondió James, moviendo la mano de mi rodilla para buscar la mía y entrelazar los dedos de una forma discreta, pero visible.

—Un año —dijo Jane, más alto y dedicando una expresión de sorpresa a la cámara—. Vaya... entonces, cuando comenzó la falsa relación entre Lana y tú, vosotros ya erais pareja de hecho.

—Sí... —reconoció el señor Black con un suave tono bajo—. Fue una muy mala idea, y no deberíamos haber hecho algo así a Lana, pero en su momento no...

—Fue idea mía —interrumpí a James—. Pensé que era lo mejor por el momento para acallar los rumores, pero jamás pensé que fuera a tener tanto impacto en la gente.

—Así que seguisteis adelante con la relación falsa porque estabais ganando mucha popularidad a costa de Lana —dijo Jane, bastante rápida y sagaz con aquello.

—No —negué al instante—. Seguimos adelante porque, cuando quisimos parar, ya era tarde.

Jane no se lo creyó. Se recostó un poco en su asiento con una sonrisa un poco cruel en sus labios pintados y miró la libreta antes de escribir algo.

—Así que seguisteis yendo a galas, cenas y eventos con Lana, haciendo entrevistas y sonriendo a las cámaras, porque ya era tarde para terminar con la relación falsa... —dijo con un evidente tono de incredulidad.

Noté un apretón en la mano porque James ya estaba alcanzando el límite de su paciencia, así que le acaricié con el pulgar para calmarle mientras

respondía:

—Yo creo que a Lana le gustaba venir con nosotros, le hacía siempre mucha ilusión.

—Estoy bastante segura de que, lo que hacía ilusión a Lana, era ir con su *novio*. No con vosotros como si fuerais tres amigos saliendo a pasarlo bien

—nos dijo, leyendo algo en su libreta—. Como en la cena romántica de San Valentín, la cena en el barco, la cena en ese precioso restaurante francés, los paseos por el parque o asistir a la *Fashion Week*; eventos de los que siempre habéis dejado constancia en las redes sociales de James Black, donde tu presencia, Leonard, desapareció por completo de un día para otro...

—Ya ha quedado claro que nos hemos equivocado, Jane —le dije yo con tono serio. Traté de no ser cortante, pero empezaba a costarme un poco—. Cometimos un gran error y hemos pedido perdón, a Lana antes que a nadie.

—Sí, pero habláis de ello como si hubiera sido algo divertido y no un horrible plan para engañar a la joven y aprovecharse de su popularidad —insistió de una forma bastante cruel—, hacerle pensar que había cazado al Soltero de Oro de la ciudad, cuando, en realidad, James ya estaba bien cazado por ti, Leonard. No le estabais haciendo ningún favor ni ningún regalo al pasearla de gala en gana y de cena en cena; porque esa chica estaba e-na-mo-ra-da —pronunció cada sílaba por separado y golpeando la libreta de una forma teatral. Tuve unas ganas horribles de quitársela de las manos y golpearle con ella en la cara—. ¡Todos pudimos verlo! —exclamó mirando a la cámara e interactuando con ese público invisible que había detrás—. Esa encantadora joven de Queens estaba viviendo el cuento de hadas que todas queríamos vivir. El cuento de hadas que vosotros planeasteis para ella y que quisisteis vendernos con fotos y entrevistas para haceros más y más famosos.

Se oyó un murmullo y vi al señor Lee, más allá de la cámara, con una mano en el rostro y frotándose los ojos mientras negaba con la cabeza. Sus súbditos no estaban mejor que él, con expresiones de pánico y miedo, ya que Jane estaba decidida a convertirnos en los malos de la película; en esos malvados hombres que se habían aprovechado de una joven inocente y pura para conseguir beneficiarse a su costa. James ya no conseguía mantener su papel de hombre atractivo y arrepentido, solo miraba a un punto en la lejanía y respiraba profundamente para mantener la calma.

—Jane, lo dices como si James y yo viviéramos en lo alto de un castillo y subiéramos fotos a las redes sociales mientras caen truenos y nos reímos a carcajadas —respondí con calma y una mirada seria. Ella podía ser todo lo ridícula, teatral y poco profesional que quisiera, pero yo no le iba a seguir el juego—. Eso no fue lo que pasó. Esto no formaba parte de un retorcido y malvado plan para engañar a Lana y hacerle daño. Como ya hemos dicho, cuando quisimos parar, ya era demasiado tarde. La presión social empezó a ser muy grande y la mentira se nos fue de las manos hasta que

perdimos el control. Pero nosotros no empezamos con todo eso de «La Pareja del Siglo» o «La historia de Hadas del siglo XXI»; todo eso se lo inventó la prensa rosa para vender revistas.

—Y vosotros lo alimentabais constantemente con entrevistas e imágenes en las redes sociales —nos acusó Jane con la misma expresión seria y mirada fija que yo—. Diciendo cosas como —pasó una página de la libreta y leyó—: «Nunca he sido tan feliz en mi vida», «es un sueño hecho realidad», «nos lo pasamos muy bien juntos, casi parece que estuviéramos destinados a conocernos», «Lana es una mujer increíble y me ha cambiado la vida...» ¿La prensa rosa y el público también os obligó a decir esas cosas? —quiso saber con tono seco.

Eso no lo había dicho James jamás, pero eran la clase de gilipolces que ponía el Departamento de Publicidad en sus redes sociales. El señor Black miró hacia el señor Lee con una expresión muy seria y un profundo odio en sus ojos del azul del mar.

—Leo ya ha pedido perdón —sentenció con su tono duro y grave de Amo, saliendo por completo ya de su papel del Soltero de Oro—. Ha dicho que fue un error y se acabó.

Jane alzó las cejas finas y rubias, sorprendida por aquella muestra de seriedad y frialdad que la mayor parte del público jamás había visto en él. Apreté la mano del señor Black y le dediqué una mirada rápida, pero él no estaba acostumbrado a que le hicieran ataques tan directos y había llegado al límite de su paciencia.

—Sentimos mucho haber hecho daño a Lana y haber decepcionado a los seguidores de su romance —repetí—. Cometimos un error y nos arrepentimos mucho de haber llevado esto tan adelante y no haberlo detenido a tiempo, pero la única persona que tiene que perdonarnos, es ella.

—Yo creo que la gente que os ha seguido con tanto cariño y ha dejado tantos comentarios en vuestras redes sociales, como yo misma —mintió descaradamente a la cámara—, también se merecen una disculpa por haberles hecho creer algo que no era cierto y, en cierto sentido, haber roto nuestros corazones.

Me quedé con los labios entreabiertos, pero fue apenas un momento antes de parpadear y mirar a la cámara.

—Gracias por el cariño y los comentarios —les dije—, aunque ahora nos llaméis hijos de puta racistas, maricones de mierda y nos deseéis que enfermemos con sida y nos muramos, solo porque le hemos roto el corazón a Lana.

«Sentimos mucho haberos decepcionado y que esta historia de amor no sea como os gustaría que fuera. James y yo no somos perfectos y cometemos errores, pero nos queremos mucho. No tuvimos ningún incentivo económico ni os hemos pedido dinero, no hemos matado ni maltratado a nadie, no nos hemos aprovechado de la pobre Lana ni James ha llegado a tener ningún tipo de contacto o relación física con ella. Espe-

ramos que algún día podáis perdonarnos como Lana ha hecho y así poder seguir adelante con nuestras vidas.»

Miré a la periodista.

—¿Tienes alguna otra pregunta o prefieres seguir instigando el odio contra nosotros, Jane?

Ella mantuvo mi mirada un par de segundos antes de bajarla a su libreta.

—No, creo que eso será todo —dijo antes de volverse a la cámara—. Ya lo han oído, *This is Happening!* —un par de segundos después dejó de sonreír y nos miró.

James se levantó del sofá con una expresión seria y peligrosa, fue hacia su sillón negro de jefazo y se recostó. Yo me quedé en el sofá, mirando a Jane mientras cerraba la libreta y guardaba su bolígrafo. El señor Lee tardó apenas segundos en ir junto a ella para decirle:

—Es una puta vergüenza que personas como tú os hagáis llamar periodistas. No sois más que buitres y asquerosas sanguijuelas.

—Así es el negocio —respondió ella sin mirarle. Se levantó y fue a por su cámara, revisando algunas cosas antes de guardarla en su bolsa junto con el atril.

Me moví hacia el señor Black y me crucé de brazos, apoyando la cadera en la gran mesa y esperando a que respondiera a mi mirada. Cuando lo hizo, vi dos mares de tormenta en mitad de su rostro atractivo de mandíbula fuerte.

—Vámonos a casa —le dije en voz baja.

El señor Black tardó un par de segundos en asentir lentamente y en levantarse de su asiento. No respondimos al señor Lee cuando se acercó para hacernos un repaso de lo acontecido como si nosotros no lo hubiéramos vivido; simplemente salimos por la puerta y nos alejamos hacia el ascensor. James puso su mano en la parte baja de mi espalda, pero esperó a estar en el coche para decirme:

—Nos hemos humillado, Leo... Esto ha sido una completa humillación...

Crucé las piernas y miré hacia la ventanilla ahumada del coche. Jane Moore no nos había hecho una entrevista justa, había venido muy preparada, con muchos datos y comentarios, y nos había tendido una trampa. Ya habíamos contado con tener que disculparnos, pero no en tener que hacerlo una y otra vez hasta el ridículo.

—A mí tampoco me ha gustado, James —murmuré tras un breve silencio—; pero era lo que había que hacer. Ahora la gente se dará por satisfecha y nos dejará en paz.

El señor Black negó con la cabeza y los ojos se le humedecieron de pura rabia. Nos quedamos inmersos en un profundo silencio hasta llegar a casa, cenamos sin hambre y tomamos una copa de whisky sentados en el sofá, mirando las preciosas vistas de la ciudad nocturna plagada de luces. Cuando fuimos a cama, nos desvestimos y James me abrazó con fuerza la espalda. Tardó toda una hora en dormirse.

El domingo nos levantamos un poco más tarde, retozando un poco en la cama hasta que me giré hacia James y le acaricié la mejilla y el rostro con cariño, dándole un par de besos suaves para despertarle. Él me miró fijamente con ojos adormilados y me abrazó más fuerte, volcándose sobre mí para aprisionarme bajo su cuerpo. El señor Black estaba triste y callado, andaba un poco alicaído y cada vez que le miraba, parecía estar sumergido en unos oscuros pensamientos de los que apenas conseguía distraerle. Le besé en la cafetería, en el parque y en casa, pero apenas conseguí mejorar su humor.

—¿Todo bien, James? —le pregunté durante la comida, dedicándole una mirada por el borde superior de los ojos y una expresión preocupada.

—No, Leo... Nada bien —respondió él antes de llevarse un trozo de carne a la boca.

—La entrevista parece estar teniendo bastante éxito —le recordé, mirando la pantalla del móvil para revisar si el Departamento de Publicidad nos había enviado alguna notificación más—. El público está teniendo una respuesta positiva. Dicen que se nos nota bastante arrepentidos y realistas. El señor Black me miró como si aquellas palabras no significaran nada para él.

Traté de animarle diciéndole que fuéramos al cine o quizá empezar a planear nuestra lista de regalos de boda; pero nada funcionó.

Incluso durante nuestra sesión de sexo especial de domingo, James parecía estar lidiando más con la frustración que con el deseo, poniéndome a cuatro patas y gruñendo con los dientes apretados. No fue agradable, pero tras la cena le pregunté si quería tomar una copa y jugar un poco al billar conmigo, como hacíamos antes.

El señor Black dudó un momento, recién duchado y con su camiseta de #TuAmo que tanto le gustaba, antes de asentir y acompañarme. Nos serví un buen vaso a cada uno mientras él ponía las bolas y las centraba. Mi intención no era jugar realmente, solo quería distraer a James de ese tenebroso lugar al que se había escapado dentro de él. Abrí yo la partida y después tuvimos un poco de sana competencia hasta que me empecé a acercar demasiado a él, a mirarle fijamente y a poner morritos para que me besara. James seguía serio, pero se dejó provocar un poco y mimar, bebiendo y tratando de meter las bolas rayadas mientras yo le abrazaba por la espalda o le decía que le quería.

Cuando llegamos a la cama, no me dejó escapar de entre sus brazos en toda la noche. Al empezar la semana, nos levantamos a la hora acostumbrada, con todo preparado para probar nuestro nuevo gimnasio de lujo. Después de la agresión de James a aquel gilipollas que me había tocado el culo, nos habían expulsado de nuestro centro deportivo de siempre; más por presión pública que porque al local le importase una mierda que le hubieran roto la nariz a un modelo de tres al cuarto. De todas formas, tarde apenas veinte minutos en encontrar un nuevo gimnasio de lujo que estuviera encantado en aceptarnos como clientes.

—Joder, James, quizá deberías haberle roto la nariz a alguien antes — reconocí cuando entramos, mirando a todas partes con las cejas en alto. Aquel lugar estaba un poco más lejos del trabajo, en dirección al puerto, pero era increíble. Diferentes niveles, enormes ventanales con preciosas vistas al río, todo tipo de máquinas cardiovasculares y de pesas, diferentes espacios de entrenamientos, sauna, spa, piscinas y un montón de entrenadores y asistentes que parecían salidos de una revista de fitness. Los vestuarios parecían los de un hotel de lujo, con tonos grises, espejos amplios y duchas enormes. Aun así, mientras nos cambiábamos, James no parecía nada alegre de estar allí. No fue hasta que volvimos completamente sudados y sin aliento para desvestirnos e irnos a las duchas cuando al fin le pregunté:

—¿Qué pasa, James?, ¿no te gusta? Podemos probar otro si quieres.

—No íbamos al otro gimnasio porque fuera bueno, Leo, íbamos por la gente —me aclaró—. Hay que ver la clase de personas que vienen aquí, no quiero que entrenemos con putos fracasados.

—Dudo que un fracasado se pueda permitir pagar quinientos dólares al mes en un gimnasio —respondí.

El señor Black se limitó a farfullar algo y a enjabonarse la cabeza. Cuando llegamos al trabajo ya nos estaban esperando el desayuno y nuestros cafés, además de una nueva recepcionista de piel morena y pelo trenzado que enseguida llamó mi atención porque estaba ocupando el sitio de Lana. Ann me entregó la bolsa del restaurante y los cafés con una leve sonrisa y un saludo antes de presentarla como «Halle, la chica nueva». Le dediqué un asentimiento de cabeza y una sonrisa.

—Bienvenida a la empresa, Halle —le dije.

—Muchas gracias, señor O'Brien —respondió la joven con un cabeceo apresurado y una expresión entre la sorpresa y los nervios. Quizá después de todas las horribles cosas que había leído sobre el señor Black y yo, no se esperaba que la tratáramos bien.

Tras el desayuno y una breve pausa para el café mientras repasábamos el horario del día, asistimos a una reunión con el equipo de Publicidad para repasar en profundidad los por menores de la entrevista del sábado. Como le había dicho al señor Black, había tenido muy buena acogida entre el público general. El señor Lee proyectó secciones donde se nos veía a nosotros, bastante guapos y bien vestidos, con la luz suave y los edificios de oficinas de fondo con algunas luces encendidas. James y yo parecíamos enamorados pero serios y consternados por haber hecho tanto daño a Lana. Yo hablaba la mayoría del tiempo, algo de lo que, sinceramente, no me había dado cuenta. Se veían las alianzas de boda, se veía la mano de James sobre mi rodilla y su continua expresión avergonzada y preocupada; y todo fue más o menos bien hasta el final cuando Jane nos había atacado, el señor Black había perdido la paciencia y yo había puesto mi expresión seria y cortante.

—Ese último monólogo que te has sacado de la manga, sobraba —me dijo

el señor Lee —. Suena pasivo-agresivo y cortante.

—Esa era la intención —reconocí tranquilamente.

Entonces empezó una larga e innecesaria explicación de por qué a la gente no le gusta que le insulten y la ataquen como si ellos fueran los culpables; lo cual, irónicamente, era lo que ellos hacían con nosotros.

Aunque la entrevista pareció funcionar, porque el público dejó de mandar tantos mensajes insultándonos y se dio por satisfecho con nuestra disculpa. El señor Lee nos advirtió de que podrían pasar semanas hasta que se olvidaran del todo, y que siempre quedaría como una mancha en nuestra imagen, pero que lo peor había pasado y podíamos comenzar a planear cómo redirigir el asunto cara al futuro. Salí de la reunión con una expresión escéptica en el rostro y sin demasiadas ganas de volver a ver a un periodista en años, como poco; James, sin embargo, parecía haber vuelto a aquel estado silencioso y pensativo tras revivir la entrevista.

—Ha funcionado —le recordé al llegar al despacho, dándole un abrazo y un suave beso en los labios—. Lo peor ha pasado, James. Ahora solo hay que esperar.

—Parecíamos gilipollas, Leo —murmuró con cierta rabia—. La gente se creyó con derecho a pedirnos que nos disculpáramos y nos humilláramos...

Parpadeé y perdí un poco la sonrisa.

—No ha sido agradable —repetí, como había hecho la primera vez en el coche—, pero hemos hecho lo que teníamos que hacer y ahora nos dejarán tranquilos.

Eso no le convenció, aunque terminó asintiendo antes de que saliéramos hacia el ascensor. Puede que el público ya se hubiera dado por satisfecho, pero nuestra ronda de lamer culos a los clientes no había hecho más que empezar. Eso... volvió a afectar a James de muchas maneras. Algunos de los ejecutivos de las grandes compañías se mostraron bastante prepotentes y, conscientes de que el señor Black les estaba invitando a comer y a copas porque tenía miedo de que se fueran con la competencia, no tardaron en aprovecharse de la situación y pedir pequeños descuentos, pequeñas reducciones en costes de producción, mejores precios e incluso nuevos tratos un tanto abusivos para tener un producto «en exclusiva». Todo eso en mitad de un ambiente en el que James no podía más que tragarse su mal genio y sentir como su control y su imagen de empresario de éxito se derrumbaba a su alrededor como un castillo de naipes. Pero esos no eran si quiera los peores, los peores eran los clientes que, además de tratar de hacer negocios sucios, se reían en nuestra cara haciendo alguna referencia velada al vídeo, nuestra disculpa pública e incluso a nuestra sexualidad.

—Ya sabemos que le gusta tener las cosas bien atadas, señor Black.

—¿Tiene a todos sus empleados tan bien adiestrados?

—Usted es el dueño..., señor Black —eran algunas de las perlas que nos dejaban. Yo respondía todo lo cortante y seco que me podía permitir sabiendo que esos clientes eran importantes, por lo cual tuve que morder-

me mucho la lengua y tragarme la frustración como el señor Black se tragaba la suya.

Fue en esas comidas y reuniones en las que empezó la espirar de rabia, enfado y angustia de James. Cuando no estaba callado y muy serio, estaba enfadado y gritando por todo y a todos. Dejó a un par de jefes de departamento al borde del llanto, así como a varios empleados y abandonamos numerosas reuniones antes de tiempo y dando un fuerte portazo. Yo no sabía qué hacer. Cuando conseguía calmarle un poco, había otra comida, otra reunión, otro momento en el que, una vez más, algo o alguien le recordaba que ahora éramos el hazmerreír; como una especie de chiste con el «¡Guauf!», y esas gilipolleces sobre perros que a todos les parecían tan graciosas. Porque, cuando ya no nos odiaban, simplemente se reían de nosotros. Al principio James me llevaba a la Habitación del Placer y se desahogaba un poco con el sexo, me daba un par de azotes y después me abrazaba y decía que lo sentía; pero después eso ya no funcionó. A mitad de semana, tras una reunión con el Departamento de Ventas, unos posibles clientes, unos que ni siquiera eran importantes para la empresa, se tomaron la confianza de bromear abiertamente sobre el tema al terminar la charla relajada que habían creado los vendedores.

—Aceptaremos los precios, pero solo para que el señor Black no nos dé unos cachetes —dijo uno de ellos antes de reírse, haciendo vibrar su barriga bajo la camisa.

—Dilo por ti —añadió la mujer que le acompañaba, dedicando un guiño y una sonrisa socarrona a un James de expresión muy seria y respiración pesada.

El equipo de ventas se puso muy nervioso, pero tuvieron que reírles las gracias a los clientes. Todos tuvieron que reírse, todos menos James y yo.

—Tenemos que irnos —dije, levantándome de mi sitio a un lado de la puerta y terminando en seco con las risas—. El señor Black tiene otra reunión importante en breves.

Era mentira, por supuesto, solo quería sacar a James de allí antes de que le diera un ataque en mitad de la sala de reuniones.

Cuando llegamos al despacho empezó a tirar todo lo que había en la mesa al suelo y a gritar. Le dio un par de patadas a la madera, a la silla y se llevó las manos a la cabeza mientras rugía de pura desesperación y se apretaba el pelo. Lo ojos se me llenaron de lágrimas, sentí una presión en el pecho y que me empezó a costar respirar.

—James...

—¡NO! —me gritó con una expresión enloquecida en el rostro—. ¡Se estaban riendo de nosotros, Leonard! ¡En nuestra cara!

Me quedé quieto a un paso de la puerta y bajé un momento la mirada al suelo. Había un sentimiento de impotencia y frustración que me comía por dentro.

—Es solo... —murmuré.

—¡NO! —volvió a gritarme—. ¡Tú dijiste que se olvidarían si nos disculpábamos! ¡Eso es lo que dijiste! ¿Verdad? ¡Dijiste que se olvidarían y todo volvería a la normalidad!

—Lo sé —afirmé, tratando de mantener la calma, aunque los ojos me lloraran un poco—. Y volverá a la normalidad, James, pero necesita un poco de tiempo.

El señor Black no me escuchó, no quería escucharme. Se encerró en su despacho y no volvimos a salir hasta que llegó la hora de volver a casa. Me senté en el coche con el café solo largo y el donut glaseado que le había pedido a James a media tarde, pero que no se había tomado. Los miraba en mis manos mientras las luces de la ciudad pasaban de largo e iluminaban la penumbra del interior.

—James —murmuré, levantando los ojos hacia él. El señor Black miraba a través de la ventanilla ahumada sin ver nada, con los ojos húmedos y la respiración profunda—. ¿Por qué no nos tomamos unas vacaciones? Tú y yo solos. Podemos volver a Europa otra vez. He estado viendo un par de lugares que podríamos visitar y me encantaría ir a Viena contigo, creo que te gustará mucho.

Pero él no respondió. El silencio se alargó durante casi un minuto hasta que lo intenté de nuevo.

—Por favor, James...

—Cierra la puta boca, Leo —me interrumpió con un tono frío sin mirarme. Cerré los ojos y cogí aire, ladeando el rostro hacia un lado mientras murmuraba un simple: «vale».

Cuando llegamos al ascensor, James puso la mano en la parte baja de mi espalda y me empujó directo a la Habitación del Placer. Me froté el rostro para limpiarme las lágrimas e intenté no ponerme a llorar allí mismo. El señor Black se quitó la chaqueta del traje y me tiró sobre la cama, se desató el cinto y lo único que me dijo tras todo aquel silencio fue:

—Desnúdate.

Y eso fue lo que hice, quedándome sentado sobre aquella cama plastificada y fría que olía desinfectante. James tenía la mano metida dentro del bóxer negro y la agitaba con una expresión muy seria y enfadada en el rostro; pero entonces me di cuenta de que algo pasaba, que el señor Black estaba tardando demasiado en bajarse los pantalones o en hacer algo más que tocarse. Alcé la mirada hacia él y vi como James empezaba a respirar más y más fuerte mientras sus rasgos se convertían lentamente en una mueca de miedo. Se frotaba la polla sin parar y perdía el aire, porque algo no estaba funcionando. No se le estaba poniendo dura. Cuando lo comprendí, fruncí el ceño con preocupación y me levanté para ayudarle.

—Espera, déjame a mí —le pedí.

James no dijo nada, solo se quedó con la vista al frente y la respiración entrecortada mientras yo metía la mano debajo de su bragueta y le frotaba más suavemente mientras le besaba el cuello y le lamía lentamente. Era

muy extraño sentir la polla flácida de James en la mano, porque él siempre se empalmaba bastante rápido y no me daba tiempo a tocársela de esa manera. Besé sus labios entreabiertos y le froté el pecho abultado sobre la camisa blanca, pero seguía sin funcionar. El señor Black, simplemente, era incapaz de que se le pusiera dura. Yo me di cuenta y él se dio cuenta. Miré sus ojos hinchados y enrojecidos, mirándome fijamente de vuelta y, tras un par de segundos, una lágrima surcó su mejilla hasta desaparecer en su barba espesa y rubia. Sin decir nada, me apartó la mano de un gesto rápido y fuerte, se dio la vuelta y cruzó la puerta antes de cerrarla con un golpe seco que retumbó por toda la casa. Me quedé allí, en silencio, desnudo en aquella habitación repleta de juguetes sexuales y muebles plastificados. Me senté un momento en la cama y apoyé los codos en las piernas antes de inclinarme hacia delante y frotarme el rostro. Tardé un par de minutos en recuperarme, tomar un par de respiraciones y salir en busca de James.

Llamé a la puerta del despacho y no esperé a recibir respuesta antes de entrar. El señor Black estaba sentado en su sillón, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza hundida entre las manos.

—James —murmuré dando un par de pasos hacia él—. No pasa nada. Estás pasando por muchas cosas ahora —llegué a su lado y le froté suavemente la espalda—, tienes la cabeza saturada, estás preocupado, es normal que eso te afecte.

—Lárgate —le oí decir por lo bajo—. Quiero estar solo.

Detuve mi mano en su espalda. Cerré un momento los ojos y asentí con la cabeza en un gesto que no pudo ver. Salí hacia la puerta y la cerré a mis espaldas. Recogí mi ropa de la Habitación del Placer y crucé el pasillo hasta llegar a la habitación. Todavía no habíamos cenado, pero no tenía hambre, estaba demasiado agotado, demasiado frustrado y cansado para seguir adelante por hoy. Así que fui al baño, me quité las lentillas, me lavé los dientes mirando mi reflejo de ojos hinchados y húmedos e hice un breve ejercicio de respiración para calmarme. Terminé apoyando las manos en el lavabo y agachando la cabeza mientras cerraba los ojos. Solo era cuestión de tiempo que la gente olvidara el incidente, el vídeo y todo lo que había pasado, entonces sería mucho más sencillo calmar a James y que volviera a ser el hombre de siempre. Fui con aquel pensamiento a la cama y me tumbé en mitad de la penumbra. Todavía estaba despierto cuando, una hora después, James entró en la habitación, se desnudó y se tumbó a mi lado. Noté que tiraba de mí para ponerme de cara a la cama y que se ponía encima.

—James... —murmuré, porque no sabía lo que estaba haciendo, hasta que me separó las piernas para hacerse un hueco y empezó a lamerme el cuello y a frotarse.

Solté aire, pero no por placer, sino porque era extraño y perturbador la forma en la que lo hacía. Había una necesidad, una desesperación en él. Se incorporó un poco para poder tocarme el culo, el cuerpo, de la cabeza al ano, mientras con su otra mano no dejaba de masturbarse. Oí un gruñido de rabia, algo salvaje y angustiado. Se hizo a un lado y me dio la vuelta, intentando el mismo proceso por delante, hundiendo su lengua en mi boca y respirando con fuerza. Nada funcionó. James estaba bloqueado y cuanto más se angustiaba por el hecho de no poder empalmarse, más difícil le resultaba.

—Para ya —le pedí, con una mano en su pecho abultado. Pude notar los fuertes latidos de su corazón a través de la piel caliente y tersa, su respiración desbocada. Sus ojos del azul del mar me miraban en mitad de la penumbra, llorando y asustados—. No pasa nada, James. Tranquilo.

El señor Black cerró los ojos y hundió el rostro en mi cuello, me rodeó entre los brazos y empezó a llorar de verdad mientras yo le acariciaba la espalda y miraba al techo. Tardó una larga hora en dormirse, y yo tardé incluso más. Cuando sonó el despertador, me dolió abrir los ojos y tuve que abrirme paso bajo el pesado cuerpo de James, que me aferraba con más fuerza de la habitual, antes de apagar la alarma. Le acaricié para despertarle, aunque sabía que ya estaba despierto. Le di un par de besos en la mejilla y busqué su mirada, pero él no me respondió. Se levantó sin decir nada y se fue al baño. No me miró a los ojos en el coche mientras le leía la agenda del día, ni en el gimnasio cuando le pregunté si había pensado en lo del viaje, ni cuando fuimos al trabajo y le dije que pediría un café especial; ni siquiera cuando después de desayunar le di un beso en los labios. James solo miraba a un punto frente a él o giraba un poco el rostro para evitar mis ojos, me daba respuestas cortas y evitaba tocarme todo lo posible. Lo único que mantuvo fue su mano en mi espalda, y aun así era un leve roce con la punta de los dedos. Me dije a mí mismo que solo estaba triste, que la falta de libido le había afectado mucho porque siempre había sido un hombre muy sexual; sin embargo, cuanto más se alargaba el día y más lejos le sentía de mí, empecé a preguntarme si, de alguna manera, también era mi culpa.

—¿Qué te parece si esta noche vamos a un pub, nos tomamos una buena hamburguesa y un par de pintas? —le pregunté a media mañana, entregándole su segundo café del día.

—No.

—¿Y si en vez de ir a yoga probamos ese gimnasio de Carreras de Obstáculos? Tienen una clase a última hora para los que salen de trabajar. Le diré a Lakov que nos traiga la ropa de deporte —le pregunté a media tarde, terminando de apilar los informes que habían llegado del Departamento Administrativo.

—No.

—Hay dos nuevas historias en *Asesinato en Hillhouse*, ¿qué te parece si nos tomamos una copa después de cenar y las resolvemos juntos? —le pre-

gunté en el coche.

—No.

Después de eso ya no volví a intentarlo otra vez. Llegamos a casa, tomamos la cena en silencio y James se recluyó en su despacho antes de venir a la cama una hora después para tumbarse a mi lado y abrazarme con fuerza. La mañana del viernes, James se despertó antes de que sonara la alarma, se fue directo al baño y yo me quedé en la cama, con la mirada perdida en el techo y sin ganas de levantarme. Tuve que coger un par de bocanadas de aire, agitar la cabeza, vestirme y prepararme un buen café antes de esperar a que el señor Black bajara vestido hacia la cocina.

—Buenos días, James —le saludé.

—Buenos días, Leo —respondió él, esquivando mi mirada como había hecho el día anterior y yendo directo hacia el pasillo de la entrada.

—He encontrado una escapada de fin de semana a Toronto —le dije en el coche de camino al gimnasio—. Saldríamos esta noche después del trabajo, dos días en la ciudad y volveríamos el domingo de madrugada. Creo que nos sentaría muy bien un descanso, desconectar un poco de Nueva York y tener algún tiempo para nosotros solos.

James siguió mirando por la ventanilla, con los brazos extendido en el respaldo y las piernas abiertas.

—No —murmuró.

Bajé la mirada al móvil, donde ya tenía abierta la pestaña de la empresa de vuelos, dispuesto a comprar esos dos billetes para una escapada de fin de semana. Deslicé el dedo y quité la página para abrir de nuevo la agenda con el horario de trabajo. Pedí los cafés a recepción y no volví a hablar hasta que tras el desayuno le recordé a James que después teníamos una comida con unos clientes. Arreglé su corbata y estiré los hombros de la americana de su traje, evitando su mirada como él evitaba la mía. Había aprendido algo hacía mucho tiempo, y era que no podías ayudar a alguien que no quería ayuda. Me rompía el corazón verle así, pero no podía arrastrarle fuera de ese pozo de tristeza y silencio en el que se había sumergido él mismo, solo podía luchar para que yo no me cayera dentro con él.

La comida fue mal. Los clientes eran dos jóvenes que no parecían tener mucha experiencia, tan solo padres importantes que les habían conseguido un puesto en una gran empresa electrónica y ahora se dedicaban a gastarse su desorbitado sueldo en trajes caros y peinados al milímetro.

Que un joven recién salido de la universidad te tratara como si supiera más que tú sobre la vida, era ofensivo a un nivel que costaba procesar.

—La chica de Tom se ha comprado un perro Pomerania —nos dijo durante el postre, señalando al gilipollas de su compañero de barba corta y cara de ser el típico que se había sacado la carrera universitaria gracias al talonario de sus padres—. ¿Qué le recomendaría para mantenerlo bien adiestrado, señor Black? Usted que sabe tanto de eso... —y bebió de la co-

pa para ocultar su sonrisa.

James tensó la mandíbula y cerró con fuerza su puño sobre la mesa. Yo no tuve tanto aguante, me levanté y le pegué un puñetazo en toda la cara. Fue algo repentino y sin pensar, simplemente había llegado a un límite que no fui capaz de soportar. No era solo el mismo tipo de broma que ya habíamos escuchado docenas de veces antes, sino que, dicho por dos hombres más jóvenes que nosotros a los que les habían dado todo regalado en la vida, sacó lo peor de mí. Se produjo cierto alboroto, por supuesto, y tuvimos que abandonar el restaurante antes de que todo aquello llegara a más, porque yo estaba dispuesto a que llegara a más si era necesario. Cuando nos sentamos en el coche, me incliné hacia delante y me froté el rostro.

—Lo siento, James —me disculpé—. Perdí la cabeza.

El señor Black no respondió, con los ojos húmedos y la mirada perdida en la ventanilla ahumada. No supe si estaba enfadado conmigo o dolido por las risas de los dos empresarios, pero no volvió a hablarme hasta la hora de la cena, cuando el móvil empezó a vibrar sobre la mesa y puse cara de asco.

—¿Quién es? —quiso saber él.

—Peter Jacobs —respondí.

El señor Black alargó la mano para que le entregara el móvil y respondió:

—¿Qué quieres, Peter? —seguí comiendo, pero mirando de vez en cuando a James mientras hablaba—. No. —Un breve silencio—. He dicho que no.

—Se metió un pequeño brócoli en la boca y masticó con la mirada perdida en la mesa—. No vuelvas a llamar —y colgó, dejando el teléfono a un lado.

Terminamos de cenar y, para mi sorpresa, vino conmigo a la cama. Se desnudó y se metió a mi lado para frotarse un poco y darme la vuelta. Una vez más, tras dos días enteros sin apenas rozarme, trató de lamerme el cuello y que se le pusiera dura; una vez más, sin conseguirlo.

Tras un par de minutos, entre el llanto y la rabia, se levantó de un salto y salió hacia el pasillo dando un fuerte portazo. Me quedé en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada y mirando hacia la puerta. Una lágrima se deslizó por mi rostro y parpadeé para aclararme los ojos. Cuando me quedé dormido, James todavía no había vuelto. La mañana del sábado me desperté con él sobre mí, con sus brazos alrededor y su cabeza hundida en el hueco de mi cuello. Levanté la mano para apagar el despertador antes de que sonara y le di un par de minutos más a James antes de besarle en la mejilla y acariciarle la espalda.

—James, ¿prefieres quedarte descansando hoy? —le pregunté en voz baja y al oído.

Él asintió y yo también lo hice. Nos quedamos allí tumbados, nos volvimos a dormir y el sol de media mañana nos despertó con una luz demasiado fuerte que hacía daño en los ojos al entrar por la pared acristalada. Le di un par de besos a James y él se removió un poco, apar-

tando el rostro antes de levantarse para ir al baño. Eso me dolió, pero cuando salió de nuevo le pregunté:

— ¿Te apetece que desayunemos fuera de casa? Así nos dará el aire.

El señor Black se sentó en el borde de la cama, de espaldas a mí, y levantó la cabeza. Tras un par de segundos, respondió:

— Sí.

Eso me dio un poco de esperanzas de que, quizá, aquel día pudiera estar de mejor humor y las cosas al fin comenzaran a calmarse. Nos vestimos con ropa de verano y salimos de casa con solo una camiseta corta y una camisa. Empezaba a hacer calor, pero todavía no era del todo verano, así que no llegabas sudando y acalorado de un lugar a otro de la ciudad. Dimos un agradable paseo por el parque y rocé la mano de James, consiguiendo entrelazar mis dedos con los suyos y que me dedicara una fugaz mirada de sus ojos azules como el mar. En la cafetería-librería, pedí dos donuts con los cafés y nos sentamos en nuestro sillón de siempre. Le di un par de besos a James, pero él no hizo nada por devolvérmelos y me detuve. Había algo descorazonador y muy triste en que no me devolviera la atención que le dedicaba, como si hubiera alzado un alto muro entre nosotros para distanciarse de mí. Sin embargo, sí me dio la mano, mirando nuestros dedos entrelazados mientras me daba lentas caricias con el pulgar. Quise verlo como una buena señal, al igual que el abrazo que me dio en mitad del puente de Central Park y que yo le devolví con ganas.

— Te quiero, James — murmuré en su oído —. Todo acabará mejorando.

Él asintió lentamente sobre mi hombro y me apretó un poco más fuerte. Después de aquello, llegamos a casa y quiso jugar a *Asesinato en Hillhouse*, ver una película mientras comíamos e incluso volver a salir a ver algunas librerías y tiendas de discos. Seguía distante y silencioso, pero me cogía de la mano o me rodeaba el hombro antes de darme un distraído beso en la mejilla. Al caer la noche, tras una breve conversación en la cena, me preguntó:

— ¿Tomamos una copa antes de dormir?

Yo acepté al instante, un poco sonriente y agradecido de que aquel día hubiera resultado más agradable de lo que me hubiera esperado.

— No, las prepararé yo — me dijo, interrumpiendo mi camino hacia el minibar.

— Vaya... — sonreí más —. ¿Sabrás hacerlo? Es muy complicado poner dos hielos y servir el whisky. Necesité años en el pub para aprenderlo.

James puso una fugaz y breve sonrisa que desapareció rápidamente de sus labios cuando fue hacia el minibar. Me senté en el sofá y miré las preciosas vistas de la pared acristalada. James volvió con la copa y se sentó a mi lado, pasando un brazo por el respaldo a mis espaldas.

— Sé que está siendo un momento muy duro — le dije, porque me pareció el momento apropiado para hablar de ello —, pero pasará. Créeme.

El señor Black me miró. Tenía los ojos húmedos y un poco enrojecidos.

Asintió lentamente y volvió a mirar las hermosas vistas antes de beber un buen trago de su copa. Yo bebí también de la mía, pero sentí un regusto amargo en el licor y miré el vaso *on the rock*, preguntándome si no estaría bien limpio o si le habría pasado algo al whisky. Lo probé otra vez y sentí el mismo fondo extraño.

—No sé si habré cerrado mal la botella —murmuré.

—Leo —me llamó James en voz baja. Alcé la mirada y vi de nuevo sus ojos húmedos—. Te quiero —me dijo—. Muchísimo.

Entreabrí los labios y parpadeé.

—Vaya... —se me escapó en apenas un aliento. Entonces sonreí y sentí que me picaban los ojos y estaba a punto de llorar—. Vaya —repetí con una sonrisa—. Has tardado bastante...

El señor Black sonrió, pero, de nuevo, fue algo fugaz y breve. Una lágrima se deslizó por su mejilla y me acerqué para besarle en los labios. Algo dulce y lento para celebrar aquel instante tan especial en el que, mi prometido, me había dicho por primera vez que me quería casi después de un año juntos.

Al terminar, James alzó la copa y brindamos, terminándonos las bebidas de un trago. Dejamos los vasos sobre la mesa baja y James bajó el brazo del respaldo a mis hombros para rodearlos y atraerme hacia él. Solté un suspiro y acomodé la cabeza. Por un instante, me sentí el hombre más afortunado del mundo.

Entonces algo vibró en mi pantalón y abrí los ojos. El salón estaba a oscuras y parpadeé un par de veces. Tenía baba en la boca y había goteado hacia el sofá, creando una mancha más oscura en la tela suave. Volví a parpadear y agité la cabeza, porque me pesaba un poco. La vibración en mis pantalones no paraba y metí al mano para sacar el móvil y leer una letra que se desdibujaba un poco en mi mirada: «Lakov». Fruncí el ceño y respondí:

—¿Qué... aso...? —tragué saliva, notando la boca muy seca.

—Señor Obrai —oí la voz del chófer. Me froté el rostro con la mano y me incorporé para sentarme e inclinarme un poco hacia delante—. Soy Lakov.

Usted me ayudó a conservar mi trabajo, y como ha sido bueno conmigo, yo seré bueno con usted. Estoy aparcado frente al Palace —y colgó.

—¿Qué...? —apreté de nuevo los ojos y seguí frotándome al frente—. ¿Lakov?

Estaba confuso, no entendía lo que pasaba. Bajé el móvil y miré la ciudad iluminada por millones de luces, Central Park sumergido en la oscuridad y después a mi alrededor. Tardé un momento en decir:

—¿James...?

Y entonces lo entendí.

—¡James! —grité. Salté del sofá y fui corriendo por las escaleras al piso de arriba—. ¡James! —volví a gritar, abriendo la puerta del despacho. Estaba vacío. Corrí a la habitación y también estaba vacía—. ¡JAMES! —chillé y fue cuando empecé a sentir el corazón retumbando en mis oídos, bombe-

ando tan fuerte que a cada latido creaba un hueco más y más grande en mi pecho.

Empecé a llorar antes de correr tan rápido por las escaleras que me precipité hacia el suelo, pero no sentí dolor; porque solo era capaz de sentir miedo y angustia. Llamé a Lakov de nuevo, bajando ya en el ascensor. No me respondió, lo intenté otra vez y otra mientras salía a la calle nocturna y casi me tiraba a la carretera para detener el primer taxi que cruzara mi camino.

—¡Al Palace! —le grité al taxista nada más meterme en la parte de atrás tras cinco minutos de horrible espera.

Cuando me senté estaba hiperventilando. Todavía me costaba centrar la vista y me notaba entumecido y extrañamente adormilado, solo la adrenalina bombeando con fuerza por mi cuerpo conseguía mantenerme alerta y despierto. Cuando tuve tiempo para pensar, fue incluso peor. Solo se me ocurría una única razón por la que James no estuviera en casa aquella noche, y esa razón era que me hacía cerrar los puños contra el asiento del taxi, apretar los dientes y tratar con todas mis fuerzas de no echarme a llorar y a gemir. La espera hasta llegar al Palace fue el viaje más largo de mi vida. Las cinco calles de distancia me parecieron cientos de kilómetros hasta que, al fin, el taxi se detuvo. Miré el coche negro de Lakov a un lado de la calle. Él estaba fuera, apoyado contra la puerta y con los brazos cruzados. Me miró un momento y agachó la cabeza. Fue apenas un instante porque yo enseguida salí corriendo al interior del lujoso hotel. Miré alrededor, al hall, como si esperara encontrar algo, antes de precipitarme hacia la recepción y jadear:

—Soy el acompañante de James Black...

Una recepcionista con una extraña sonrisa alzó las cejas y señaló hacia un lado.

—Por supuesto, un botones le acompañará.

El aire se me escapó de los pulmones y perdí las fuerzas. Estaba allí. James estaba allí. Entonces llegó la calma. No era una calma tranquila y sosegada, solo la serenidad de saber que algo horrible iba a suceder, que yo iba a ver algo que no quería ver y que ya era tarde para evitarlo. Como un autómatas, seguí al hombre de seguridad hacia un lado, donde, como siempre hacían en aquellas fiestas, me registraron y me quitaron el móvil. Entonces pude subir al ascensor.

La fiesta... la fiesta era en una enorme sala de celebraciones reconvertida a club nocturno. La música era alta, la luz suave, cubriéndolo todo de una leve penumbra. Había palos de estríper con mujeres desnudas que solo llevaban máscaras de perro, correas al cuello y tacones altos. Había muchos sillones, con muchos hombres trajeados o con ropa de marca, riéndose mientras esnifaban cocaína, miraban a más prostitutas beber de un cuenco de leche o les hacían mamadas con la máscara puesta.

Crucé recto, ignorando todo lo demás, porque había un sillón al final del todo con varias personas alrededor.

El corazón se me detuvo, parpadeé con los ojos demasiado empañados de llorar durante todo el camino hasta allí, cuando, entre la gente, pude ver a James. Estaba sentado, con los pantalones por las rodillas mientras dos putas con máscara de perro le chupaban la polla a la vez o por turnos. Había dos más de ellas a su lado, con correas al cuello y tacones altos, lamiéndole el cuello y el pecho mientras se tocaban y gemían. James tenía la cabeza recostada y respiraba con fuerza. Todos a su alrededor parecían disfrutar mucho del espectáculo, le miraban y gritaban: ¡GUAUF! ¡GUAUF! ¡GUAUF! Una de las putas que le chupaba la polla se puso de pie y empezó a montarle mientras ladraba y gemía.

—¡Traerle a otra, va a necesitar más! —gritó alguien, y algunos se movieron para ir en busca de más putas que pudiera follarse.

A James le daba igual, todo le daba igual porque iba tan drogado que ni siquiera sabía lo que pasaba. Le veía respirar, con los ojos cerrados y la mandíbula tensa, sudando ligeramente y el bigote todavía manchado de polvo blanco. Cerré los ojos y esa fue la última imagen que recordaría de él. Esa, solo esa, antes de darme la vuelta e irme de allí. Cuando volví al ascensor, ya no lloraba, ya no sentía nada. Ni ira, ni decepción, ni odio. Me movía como si fuera otra persona, como si toda mi vida no se hubiera acabado de venir abajo en un solo momento, como si el hombre que más había amado nunca no estuviera a doce pisos de distancia traicionándome en una de las fiestas de los amigos de Jacobs. Solo volví a por el móvil y salí a la calle para reunirme con Lakov. Él vio mi rostro y agachó de nuevo la cabeza.

—Llévame al aeropuerto —le dije con un tono sin vida—. El señor Black tiene una larga noche por delante.

El hombre asintió y se metió en el coche para arrancar el motor y moverse. Lo primero que hice fue quitarme el anillo de boda, después el Rolex y finalmente el móvil. Lo dejé todo en el asiento y abrí el cajón secreto donde James guardaba los pañuelos, el lubricante y ochocientos dólares de emergencia. Los doblé y me los metí en el bolsillo. Entonces extendí los brazos por el respaldo y abrí las piernas, mirando hacia la ventanilla ahumada con los ojos empapados en lágrimas.

Como una vez me había prometido a mí mismo en una playa del Caribe, tras un año de trabajo con el señor Black, me fui para no volver jamás...

Dolía. Todo dolía. Cuando esa sensación de serenidad se fue, cuando la adrenalina desapareció y me quedé solo, llegó el dolor y el vacío; tan intenso y tan profundo que me costó seguir respirando. Lloré en el aeropuerto, lloré en el avión, lloré en el taxi a Dublín y lloré en la parada de bus que me llevaría al pueblo. Cuando llegué a casa, mi madre se quedó paralizada en la puerta. No necesitó palabras, solo verme para saber que algo había ido mal. Terriblemente mal.

—Cariño... —murmuró, alargando una mano para cogerme del brazo, después dio un paso y me abrazó—. ¿Qué ha pasado?

—He vuelto a casa —fue lo único que pude responder.

Ella no insistió, me ofreció un café que yo rechacé, diciendo que estaba cansado. Subí a mi cuarto, cerré la puerta, me metí en cama y seguí llorando hasta quedarme dormido. Era difícil porque cada vez que cerraba los ojos veía a James sentado en ese sillón mientras las putas le tocaban y le montaban. Sentía dolor y rabia, pero sobretodo me sentía angustiado y traicionado. Jamás había pensado que James me sería infiel. Yo sabía que me quería muchísimo, o, al menos, que me quería más que a nadie; al parecer, me equivocaba. James Black solo se quería a sí mismo. Ese fue el torbellino de emociones y pensamientos que me dejaron tirado en la cama, cruzando del desvelo al sueño intermitentemente hasta que la puerta de la habitación se abrió y vi a mi padre. Solo se inclinó para verme allí tirado, puso una expresión preocupada y me dijo:

—Me alegra que estés en casa de nuevo, Lenni —y se fue.

Después llegó mi madre para decirme que la cena estaba lista. Su voz era suave y baja, su mirada esquiva y su expresión muy preocupada. Le dije que no tenía hambre y me quedé de nuevo sumergido en la penumbra de mi vieja habitación. A veces una lágrima se deslizaba por mi rostro, a veces me encogía sobre mí mismo porque me sentía solo y perdido, a veces echaba de menos a James incluso después de haberme hecho tanto daño. Estuve en esa cama un día entero, hasta que la puerta volvió a abrirse y entró mi hermana. Gael se acercó y se sentó en el borde de la cama, puso su mano en mi hombro y me acarició lentamente.

—¿James? —preguntó.

Asentí lentamente.

—Era un gilipollas —concluyó ella.

Nos quedamos en silencio y Gael me estuvo acariciando el hombro un par de minutos antes de pellizcarme un poco la mejilla y levantarse.

—Tienes que comer algo, Leo. Te subiré un sándwich, por lo menos.

Yo seguía sin tener ganas de comer. Tenía hambre, pero era solo uno más de los vacíos que agujereaban mi cuerpo, uno no demasiado importante para mí en aquel momento. Aun así, me comí el emparedado que me trajo Gael y el que a la noche me trajo mi madre.

—Cariño, ¿necesitas hablar? —me preguntó.

—No. No quiero hablar —respondí. No quería decirle nada a mis padres sobre lo que había pasado, no todavía. Porque yo mismo estaba intentando procesarlo y reunir fuerzas para conseguir salir de esa cama que me hundía y me atrapaba cada minuto un poco más.

Al tercer día simplemente no era capaz ya de sentir nada. Quizá estaba exhausto de llorar, quizá me había quedado tan vacío al fin que, sencillamente, no quedaba nada dentro de mí. Solo dormía y me despertaba de forma intermitente, perdiendo el concepto del tiempo y confundiendo el sándwich de la tarde con el de la noche y viceversa. Hasta que, en algún momento, abrieron la puerta. Estaba de espaldas y me desvelé, supuse que era mi madre de nuevo, aunque creía que hacía tan solo un momento me había traído el emparedado. Pensé que me habría quedado dormido hasta que oí los pasos acercándose. Eran lentos, un poco más pesados, junto con un sonido de tela al rozarse. Fruncí levemente el ceño y volví el rostro.

—Ey, Leo...

—Ey... Ry —respondí tras un breve silencio.

—¿Le haces un hueco a tu viejo colega? —me preguntó, señalando la cama con la cabeza.

Sorbí aire por la nariz y me froté el rostro antes de moverme hacia la pared y dejarle un pequeño espacio para que se tumbara a mi lado. Ryan se echó cara al techo y entrelazó los dedos sobre el abdomen. Yo pasé un brazo por encima de mi cabeza para dejarle más espacio y me quedé mirando a un punto perdido de la habitación. Ninguno de los dos dijo nada en un minuto, hasta que él cogió aire por la boca y soltó:

—Creo que es la primera vez que estoy en tu cama. En la de casa de tus padres, quiero decir.

—Sí, es la primera vez —afirmé en voz baja.

—Es una mierda de cama.

Tardé un par de segundos en asentir.

—Sí, sí que lo es.

Ryanladeó el rostro para echarme un vistazo por el borde de los ojos. Se había cortado el pelo moreno por los lados y se había dejado el tupé ondulado más largo, junto con una barba que, juraría, estaba recién recortada. Estaba muy guapo, aunque Ryan siempre estaba guapo, había un brillo especial en sus ojos entre el azul claro y el verde que siempre me había parecido fascinante.

—Oye, Leo... te voy a contar un secreto —giré el rostro hacia él y esperé a que soltara la gilipollez que, estaba seguro, me diría a continuación—: Quizá no lo hayas notado, pero yo tengo una ligera experiencia con la depresión...

Tardé un poco, hasta que una fina sonrisa se deslizó por mis labios. Parpadeé lentamente y asentí.

—Algo me suena —reconocí.

—Sí, bueno, quizá lo hayas leído en mi blog.

Frunci el ceño. Sabía que era mentira, pero aun así le dije:

— Como te hayas hecho un blog, te echo de mi casa, Ry.

Él se rio un poco y chasqueó la lengua.

— De acuerdo, no tengo un blog — me dijo antes de volcarse hacia un lado para poder mirarme con la cabeza apoyada en la almohada —, pero sí sé que, si te quedas en cama, solo será peor y peor cada día. También sé que duele y que cuesta encontrar fuerzas y que solo quieres quedarte aquí y compadecerte de ti mismo. Te voy a contar otro secreto: eso no funciona nunca.

Asentí de nuevo y cogí una bocanada de aire.

— Es duro — reconocí —. Es como si no tuviera fuerzas para nada.

— Hagamos algo. Te pegas una buena ducha, porque te hace falta, te vistes, te llevo a Dublín y te invito a unas pintas y unas hamburguesas con patatas con bien de ketchup y mostaza en el *Tommy's*.

— No, no tengo ganas de ir a Dublín — negué.

— Entonces algo más cerca. ¿*Kerry Way*?

Resoplé y cerré los ojos. No tenía ganas de moverme, no tenía ganas de ir a Dublín ni de ir a andar por el puto *Kerry Way* ni de mantener una conversación demasiado larga con nadie; pero yo sabía que Ryan tenía razón. Sabía que nadie mejor que él conocía cómo podía sentirme en aquel momento y que había venido a ayudarme. Lo único que intentaba era sacarme a flote de la miseria en la que me estaba hundiendo.

— No voy a ser una compañía muy agradable hoy — le aseguré.

— Pues como siempre, Leo — respondió él.

Solté un bufido y otra ínfima sonrisa elevó la comisura de mis labios. Me costó sonreír, me costó irme al baño y ducharme, me costó vestirme y salir con la ropa vieja que tenía en casa, demasiado ajustada ahora que había echado más músculo. Ryan puso una media sonrisa, alzó las cejas y me miró de arriba abajo.

— ¿Vamos a ir a andar o vas a ir a lucirte por el camino? — me dijo a forma de broma.

— Es lo que me queda en casa — le expliqué, estirando la camiseta blanca como si así consiguiera que se me pegara menos al cuerpo.

— Es broma, Leo — respondió, acercándose para darme un leve apretón en el hombro —. Espero que los americanos no te hayan quitado el sentido del humor, era de las mejores cosas que tenías.

— Bueno, ahora tengo esto — y flexioné el brazo para que viera la bola de mi bíceps, tensando mucho la manga de la camiseta.

Fue una broma estúpida y hecha sin ganas, pero a Ryan se le escapó una carcajada y me pegó el puño a la cara para darme un leve empujón como si me pegara. Ese gesto, tan extraño y reconocible, tan tonto y familiar, me recordó mucho a un pasado que parecía increíblemente lejano. Ahora estaba acostumbrado a otros gestos, como a poner morritos para pedir un beso. Solté aire y bajé la mirada al recordar a James. Parpadeé para contener las lágrimas y señalé las escaleras.

—Vámonos antes de que me arrepienta —le pedí.

Ryan perdió la sonrisa al ver mi mueca triste y asintió, siguiéndome hacia el hall del piso inferior. Mi madre nos esperaba a un lado del pasillo, con una mueca preocupada y el paño de cocina entre las manos.

—Me llevo a Leo, señora O'Brien —anunció Ryan—. No le esperen despiertos.

—Volveré en un rato —dije yo, sabiendo que no tardaría demasiado en querer volver a casa para meterme en la cama y abrazarme a mí mismo.

Ryan miró a mi madre y negó con la cabeza mientras fruncía el ceño, diciendo sin palabras que no me hiciera caso antes de abrir la puerta. Me despedí de ella con un gesto vago de la mano y cogí las llaves del cuenco; allí donde habían quedado la última vez que las había usado.

En la entrada de la casa, frente a la verja de madera, había un viejo sedán negro aparcado, con las mismas horribles pegatinas de llamas tribales en la parte trasera y el mismo retrovisor roto pegado con cinta aislante.

Negué con la cabeza y solté el aire, sintiendo un peso en el pecho y caminando como si cada paso supusiera una prueba. Ryan metió la llave para abrir la puerta y se sentó antes de inclinarse sobre el lado del copiloto para desbloquear la mía, ya que el cierre automático seguía roto después de siete años.

Me subí al coche y me puse el cinturón antes de entrelazar los dedos entre mis piernas. Aquel viaje no era al *Kerry Way*, era un puto viaje al pasado. Me había subido a aquel viejo sedán innumerables veces, había hecho muchas cosas allí; por ejemplo, había perdido mi virginidad en la parte de atrás, por nombrar solo una. Ryan colocó la mano en la parte trasera de mi asiento y miró hacia detrás para maniobrar y sacar el coche en dirección a la carretera. Abrió la ventanilla y apoyó el brazo, conduciendo con solo una mano en el volante, como le gustaba hacer porque, según él, era «más cómodo».

Cogí una bocanada de aire y la solté entre los labios, apoyando la cabeza en el respaldo mientras una lágrima me surcaba la mejilla. Quizá simplemente tuviera las emociones a flor de piel y estuviera sensibilero, pero volver a subirme a aquel coche con Ryan me había hecho sentir que, al fin, había vuelto a Irlanda.

—Echaba mucho de menos Irlanda —murmuré sin apartar la mirada de la carretera bordeada de verdor y árboles. Brillaba el sol y había buena temperatura en uno de esos extraños días cálidos a principios de verano.

—Yo sería incapaz de irme nunca de aquí —dijo Ryan con total sinceridad. Él era un irlandés enamorado de su tierra y de su gente, amaba la lluvia, las aceras mojadas de Dublín, el verdor de las colinas y los escarpados barrancos de la costa.

—Lo sé —murmuré, abriendo mi ventanilla para apoyar el codo en el borde y la mano en el techo. El aire era templado y tenía un delicioso olor a frescura y verdor. Cerré los ojos y dejé que aquella brisa apresurada que entraba por la ventanilla me acariciara el rostro y me secara las lágrimas.

—¿Has venido de visita? —le oí preguntar a mi lado tras un breve silencio.

Me tomé un momento para responder, dedicándole a Ryan una breve mirada por el borde de los ojos.

—No, vengo a quedarme —le confesé.

Él asintió varias veces, dejando al fin el tema a un lado para compartir un silencio que se alargó hasta la entrada al pueblo de Tulluk. No fue incómodo, después de todo, yo no estaba del mejor humor y Ryan no quería incomodarme ni presionarme demasiado con bromas y preguntas tontas para darme una conversación que no necesitábamos. Aparqué el coche al lado de la iglesia de piedra blanca y guardó las llaves en el bolsillo de sus pantalones cortos de tela vaquera, esperando a que rodeara el sedán para llegar hasta él y comenzar el camino que se adentraba en el bosque. *Kerry Way* era solo uno de los cientos de senderos que atravesaban las tierras verdes de Irlanda. Era un camino de tierra, piedra y grava, bordeado de una vegetación abundante y frondosa que te sumergía en otro mundo. Se extendía durante kilómetros, pero nosotros solo llegaríamos al lago y daríamos la vuelta, como solíamos hacer en el pasado. Andamos durante un largo rato en silencio, perdidos en nuestros pensamientos y disfrutando del precioso día y el camino. Yo a veces me acordaba de James y me entristecía, pero Ryan tenía razón al decir que la compañía y el aire libre ayudaba mucho a sobrellevarlo.

—Leo —me llamó él mientras atravesábamos un puente de madera sobre un pequeño río poco profundo. Se sacó las manos de los bolsillos y apoyó los brazos en la barandilla para mirar el agua correr con un suave gorgoteo—. ¿Qué ha pasado?

Me detuve a su lado y crucé los brazos sobre la madera como él hacía, dejando caer mi peso un poco hacia delante. No estaba seguro de querer compartir la verdad con Ryan, no estaba seguro de estar preparado para hablar abiertamente de lo que había pasado, porque todavía era demasiado doloroso y estaba demasiado reciente. Sin embargo, me froté los ojos para limpiar la humedad que los estaba empezando a inundar rápidamente y respondí un simple:

—James.

Ryan asintió como si ya lo supiera y solo necesitara confirmarlo. Después de todo, había vuelto solo a Irlanda, deprimido y lloriqueando todo el rato. Ryan me conocía demasiado bien como para no tener una idea clara de lo que habría pasado.

—¿Te...? —pero se detuvo, me miró por el borde de los ojos y después volvió la vista al agua del río—. ¿Te dejó? —terminó preguntando en voz más baja.

La imagen de James tirado en aquel sofá con las putas y los hombres gritando y animándole a seguir me golpeó de nuevo. Los ojos se me humedecieron y perdí un poco el aire, pero no llegué a llorar en esa ocasión.

—Me engañó —murmuré.

Ryan movió la cabeza con rapidez hacia mí, con sus ojos más verdes que azules con la luz suave que se colaba entre las copas de los árboles. Parecía muy sorprendido, como si, de todas las posibles razones que me hubieran llevado a dejarle, esa no fuera ni de las veinte primeras. Entreabrió los labios, pero no dijo nada antes de cerrarlos y mover su mano a mi hombro para darme un leve apretón.

—Joder —murmuré, y sonó realmente apesadumbrado por la noticia. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Qué me vas a contar... —respondí yo, parpadeando para aclararme los ojos.

La imagen... esa imagen de James con las putas de máscaras de perros y esos horribles gritos «¡Guauf! ¡Guauf! ¡Guauf!», me perseguirían para siempre. No solo me había engañado, sino que lo había hecho de la forma más terrible, sórdida y asquerosa posible. En una de las fiestas de los amigos de Jacobs.

—¿Fue después de... ese vídeo? —me preguntó Ryan en voz más baja, distrayéndome de mis propios pensamientos.

—Oh... no... —jadeé, sintiendo una repentina punzada de miedo y angustia que sustituyó el profundo dolor. Me cubrí el rostro con las manos y deseé poder desaparecer en al aire temblado y la suave brisa—. Has visto el vídeo...

No podía ver a Ryan, pero sí sentirle un poco más cerca. Volvió a apretar su mano en mi hombro, pero esta vez en también la deslizó hacia la parte alta de mi espalda y me acarició suavemente.

—Perdona, no quería... —trató de disculparse—. No pasa nada, Leo. Es solo un vídeo.

—Qué puta vergüenza —negué. No me había acordado de que, además de que me engañaran, había un vídeo mío en internet follando de una forma bastante humillante y con una correa al cuello.

—Leo —me dijo con un tono más animado, como si acabara de decir una estupidez.

Se acercó hasta quedar cerca de mi oído para decirme:

—Creo que a veces te olvidas de que nosotros hemos sido pareja. También hemos hecho un par de cosas... ya sabes, más subidas de tono. Yo no soy ningún angelito, aunque lo parezca —y se rio un poco, dándome otro leve apretón—. Vamos, no seas tonto, no hay nada de lo que avergonzarse.

Aparté las manos del rostro y resoplé. Tenía los ojos húmedos, el rostro colorado y las mejillas empapadas, pero Ryan tenía razón. En su momento, nosotros también habíamos hecho «cosas», nada que llegara al nivel de James y sus filias, pero sí pequeños juegos de roles, quizá algún cachete...

—¿Te imaginas que nos hubieran grabado cuando te decía cosas como: «Te gusta el rabo de papi» o «Te gusta que papi te llene de corrida, eh...»?

—y se rio al recordarlo.

Se me escapó un bufido y una leve sonrisa, miré el agua que corría más allá de nuestros pies, surcando los cantos y las piedras y gorgoteando sin parar.

—No habrías salido de tu casa en meses —afirmé con total seguridad.

—No habría salido en años —me corrigió él.

Alcé ambas cejas y volví a asentir, dándole la razón. Ryan me rodeó los hombros con el brazo y tiró un poco de mí para que siguiéramos andando.

—No pienses en eso, Leo —me pidió cerca del oído, como si se tratara de alguna confidencia entre buenos amigos—. Ahora lo importante es que pienses en ti mismo y en recuperarte de lo que ese cabrón te hizo, después ya te preocuparás de tonterías.

Cogí una bocanada de aire y cabeceé, aceptando aquel buen consejo; aunque era más sencillo pensarlo que hacerlo. Nos volvimos a quedar en silencio mientras caminábamos pegados y Ryan me rodeaba los hombros, dándome leves apretones siempre que yo perdía un poco la respiración o parecía más apenado. Para alguien como él, tan preocupado por no dar muestras de afecto demasiado comprometedoras en público, aquella era su forma más tierna de tratar de consolarme. Y, sinceramente, lo agradecí mucho. Seguimos así todo lo que duró el sendero hasta adentrarnos más profundo en el bosque, entonces los árboles dejaban paso a la colina que ascendía y Ryan se separó, dejando una marca cálida y levemente sudada sobre mis hombros.

—Agh... ojalá hubiéramos traído el bañador —se quejó Ryan, deteniéndose para apreciar el agua azul y cristalina del lago.

—No sería la primera vez que nos bañamos desnudos —le recordé.

Ryan me miró y una de sus preciosas sonrisas se extendió por sus labios.

—¿Te apetece?

Fruncí un poco el ceño y miré el agua a lo lejos. Hacía calor bajo el sol, pero todavía estaba algo abatido y desganado para plantearme tener una pequeña aventura exhibicionista en el lago. Sin embargo, Ryan insistió acentuando su sonrisa y empezando a caminar de espaldas hacia la ladera mientras señalaba el lago con los pulgares.

—Un baño al antiguo estilo irlandés.

Resoplé y puse una mueca de cansancio.

—No sé, Ry. No estoy de humor.

—Será como un bautismo de bienvenida a tu tierra. Algo muy irlandés, también.

Fruncí el ceño y alcé las manos en una expresión que decía: «¿Qué cojones dices?». Pero él siguió descendiendo hacia el lago y no me quedó otra que seguirle. Tuvimos cuidado al atravesar la escapada ladera, vigilando atentamente dónde poníamos los pies y qué se escondía tras la hierba alta, porque no era la primera vez que nos llevábamos un susto. Tardamos casi diez minutos en alcanzar la playa fluvial y, por suerte, no había nadie allí que nos viera desnudarnos como un par de adolescentes antes de ir hacia el agua. Estaba fría, no, estaba helada. Solté un «¡Uff!» nada más meter un

pie y negué con la cabeza muy convencido para darme la vuelta. Por desgracia, Ryan era un cabrón insistente cuando quería, me cogió de la muñeca y tiró de mí hacia el interior del lago.

—¡Hostia puta! —exclamó cuando se hundió más allá de la cintura, empezando a respirar más fuerte y a echarse agua sobre los hombros para ir acostumbrando el cuerpo lo antes posible.

—Te has hecho un montón de tatuajes nuevos —aprecié, mirando sus brazos repletos hasta los hombros, y después algunos en la parte baja del cuello, el pectoral izquierdo, el costado y la espalda. Yo sabía que Ryan solía tatuarse después de pasar una de sus depresiones, por lo que, por un momento, olvidé mi propia tristeza para preocuparme por él.

—Ah, sí —afirmó, echándose un vistazo a sí mismo—. Ya sabes lo mucho que me gusta. Mira este —y se dio la vuelta para enseñarme el que tenía en la parte alta de la espalda.

—El árbol de la vida céltico —asentí—. Te lo querías hacer hace mucho tiempo —recordé—. Muy a juego con el trisquel y la triqueta celtas.

Ryan se rio y me enseñó los dos hombros donde tenía los tatuajes que había nombrado, aunque, por un momento, me dio la impresión de que solo quería pavonearse un poco y enseñar su cuerpo ancho y grande de jugador de rugby. Ry bebía demasiada cerveza para estar definido, pero su poco de barriga y el exceso de grasa sobre sus músculos siempre me había resultado muy sexy en él. Un cuerpo a juego con su actitud despreocupada, alegre y campechana.

—¿Tú todavía no has pensado en hacerte ninguno, Leo? —me preguntó entonces, hundiéndose lentamente en el agua mientras me observaba el cuerpo—. Te quedaría de puta madre.

Me encogí de hombros y seguí avanzando lentamente en el lago. Se me podía ver la entrepierna y casi todo el cuerpo, pero no tenía nada que Ryan no hubiera visto, tocado o lamido repetidas veces en el pasado. La distancia y los meses sin vernos no iban a cambiar el tipo de confianza que compartíamos él y yo después de casi siete años de relación. Al fin conseguí meterme más allá de la cintura y aspiré aire con los dientes apretados. El agua parecía cada vez más fría y la piel se me estaba empezando a poner insensible en las piernas.

—¿Te vas a mudar a Dublín? —me preguntó Ryan entonces, tras hundirse por completo en el lago y sacar la cabeza de pelo empapado y chorreante. Se pasó las manos y se peinó hacia atrás.

—No sé lo que haré, Ry —le confesé en voz baja, mirando el agua removerse alrededor de mi cuerpo—. Las cosas han sucedido muy rápido. He vuelto hace solo un par de días y... yo... estoy un poco afectado todavía. Tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo.

—Claro —se apresuró a decir él con una expresión comprensiva—. Tienes que volver a asentarte primero, perdona.

Negué con la cabeza para quitarle importancia y empecé a echarme agua sobre los hombros y a frotarme los brazos, quejándome y tiritando un po-

co al hacerlo.

—De todas formas, Leo, quiero que sepas que puedes contar conmigo para todo lo que necesites —me dijo él con voz pausada y seria—. Tu viejo amigo Ry siempre estará aquí.

Levanté la mirada y vi sus ojos de un azul claro con la luz del lago.

—Muchas gracias, Ry —sonreí un poco, tocado por aquel momento tan tierno y sincero.

—Ya me lo agradecerás con unas pintas y una hamburguesa —respondió él.

—Te invitaré cuando ya me encuentre mejor —le prometí, terminando por zambullirme de golpe en el agua, antes de surgir de nuevo gritando—: ¡Aaah! ¡Su puta madre!

El agua era menos fría al cabo de un tiempo, pero era más debido a que la piel se te insensibilizaba que al hecho de que el cuerpo se acostumbrara. Compartimos aquel baño bajo el sol, hablando de algunas tonterías, y después salimos a secarnos en la playa fluvial, quedándonos sentados en silencio mientras el sol nos bañaba el rostro y el cuerpo. Cuando nos vestimos y volvimos hacia el sendero, el sol ya estaba a punto de comenzar a esconderse por el horizonte, tiñendo el cielo de colores anaranjados, malvas y rosados y hundiendo el sendero en sombras alargadas. Al llegar al coche ya era noche cerrada y hacía fresco, por suerte, el coche todavía estaba caldeado después de toda la tarde bajo el sol.

—¿Quieres quedarte a cenar? —le ofrecí al llegar a la entrada de mi casa, porque me parecía lo más educado después de haberse molestado en pasar el día conmigo y aguantar mis lloriqueos—. Aun vas a tardar en llegar a Ashtown y seguramente empieces a tener hambre.

Ryan miró la casa tras de mí y se lo pensó un par de segundos, finalmente apretó las comisuras de los labios y negó.

—No, otro día, quizá —me dijo.

—Muy bien —asentí. Era mejor no insistir cuando Ry no quería hacer algo. Salí del coche y me incliné antes de cerrar la puerta para dedicarle una despedida silenciosa con la mano.

—Ey, Leo —me dijo él antes de que me diera la vuelta. Me detuve y le miré—. Me alegra mucho que hayas vuelto —murmuré.

Sonreí un poco.

—Gracias, Ry.

—Llárame —me advirtió de pronto, apuntándome con un dedo índice—. Sino lo haces, volveré yo a buscarte en uno o dos días.

—Ah —recordé de pronto—, no tengo móvil ahora. Tengo que comprar uno —giré la cabeza al interior de la casa—. Tendrás que llamarme al fijo o, si te da miedo que te responda mi padre, ya te llamaré yo.

—No me da miedo que me responda tu padre —me corrigió—. Me da pánico... —y sonrió.

Solté un bufido y asentí, dándole un golpe a la puerta a forma de despedi-

da antes de volverme hacia la casa. Cuando entré, oí la televisión del salón y olí la carne asada de la cena. Recuerdos, más extraños recuerdos de un pasado que me resultaba tan lejano ahora. Me acerqué a la entrada y vi a mi padre sentado en su viejo sillón, con una cerveza en una mano y un pitillo en la otra mientras miraba las noticias.

—Un día vas a quemar la casa con la ceniza que se te cae del cigarro —le dije.

Mi padre me miró y me respondió:

—¿Habíais salido, Lenni?

—Fui con Ryan al *Kerry Way*.

Mi madre apareció por la puerta de la cocina con el paño entre las manos y una insegura sonrisa en los labios.

—¿Te lo pasaste bien, cielo?, ¿ya estás mejor?

—Un poco —reconocí mientras iba hacia las escaleras—. El aire fresco me vino bien.

Entonces sonó el teléfono y mi madre soltó una queja por lo bajo antes de entrar en la cocina. Subí a ducharme, a cambiarme de ropa por algo más cómodo y bajé a cenar con mis padres antes de que otra llamada nos interrumpiera. Mi madre se levantó de su silla con un gesto aireado y respondió:

—Casa de los O'Brien. ¿Hola?, ¿Hola? —y colgó—. No paran de llamar desde media tarde y no sé quién cojones será.

—La tía Mary —sugerí sin muchas ganas.

—No me sorprendería —me apoyó mi padre sin levantar la mirada del plato.

Tras la cena volvieron a llamar y esta vez respondió mi padre con su voz grave y su tono peligroso de hombre enfadado, pero, una vez más, no hubo respuesta. Terminado el café subí de nuevo a mi habitación y vi la cama de mantas deshechas. Solté una respiración y fui a tumbarme.

La soledad era una mala compañera cuando lo que querías era olvidarte de algo. Durante el paseo e incluso en la cena, había mantenido los pensamientos y recuerdos bajo cierto control; pero en ese momento de la noche, allí solo en mi cama, volví a pensar en James, en todo lo que había perdido y en todo lo que jamás volvería a tener.

Era extraño, porque después de haberme traicionado de esa manera, lo más lógico hubiera sido enfadarme con él y odiarle, pero solo podía pensar en que echaba de menos sentir su peso sobre mí en la cama.

Echaba de menos hasta las tonterías más insignificantes de nuestros momentos juntos y solo podía abrazarme a mí mismo y llorar al pensar que nunca volvería a tenerle a mi lado. Incluso cuando me recordaba a mí mismo que James me había drogado para escaparse a una fiesta donde poder drogarse y follarse a numerosas mujeres solo para divertir a sus amigos. Después de todo lo que yo había hecho por él, después de todo lo que le había dado; simplemente, me había hecho aquello después de decirme «te quiero».

Me dormí llorando y me desperté con las primeras luces de la mañana, encogido sobre mí mismo en la cama y sin ganas de levantarme. Pero, aunque me costara, hice el enorme esfuerzo de levantarme, ponerme un chándal viejo y una sudadera y bajar al piso inferior. Salí de casa hacia el frescor de la mañana y me puse a correr, primero un trote suave y después algo más rápido por la carretera. Evité el sendero hacia la iglesia como si fuera el camino al infierno, porque los recuerdos de mi paseo con James por ese mismo lugar iban a ser demasiado. Así que tomé la dirección contraria y me hundí un poco en el bosque. Volví a casa sudado y jadeando, pero sintiéndome un poco mejor que si me hubiera quedado en la cama, lo que ya era algo. Subí a ducharme y, antes de que terminara, oí que llamaban a la puerta.

—Lenni —oí.

—Salgo ahora —respondí.

—No, no te preocupes. Es solo que voy a ir a entregar un par de muebles y me vendría bien un poco de ayuda —me dijo.

Entreabrí los labios y miré hacia la ventana del baño. Me costó mucho, pero me obligué a mí mismo a asentir y responder: «ahora bajo». Me vestí con más de mi antigua ropa, una que al menos no me importaba manchar con serrín o sudor, y bajé a la cocina para tomarme un café con leche. Mi madre me saludó con una suave sonrisa y anunció que esa tarde se pasarían a comer Gael y O'Donnell y que compraría algo de tarta para celebrar mi vuelta a casa.

—Maire, por dios... —murmuró mi padre mientras negaba con la cabeza y terminaba de fumarse su cigarro de la mañana.

—¿Qué? —preguntó ella, sin entender qué había hecho mal.

—El niño ha vuelto llorando de América, no creo que quiera una puta fiesta.

—No es una fiesta, Callum, es solo una reunión familiar —le corrigió ella con un tono cortante.

Yo me mantuve a un lado, centrado en tomarme mi café y mirar a un punto indeterminado de la encimera de la cocina y el ventanal con vistas al patio. Ryan quizá tuviera razón, quizá necesitara volverme a Dublín y salir de casa de mis padres. No es que ellos estuvieran haciendo algo mal, era solo que, cuando me puse a pensar en ello, me di cuenta de que me sentaría mucho mejor recuperar mi propio espacio y una rutina. Empezaría a buscar un trabajo y volvería al gimnasio por las mañanas, decidí, aunque solo pensarlo me produjo un vacío intenso y una sensación de profundo cansancio y pesar. Era difícil, todo resultaba difícil ahora; pero, como había dicho Ryan, no hacer nada solo empeoraría ese círculo de tristeza y ansiedad que me atenazaba el pecho. Por eso salí a correr y por eso acepté ir con mi padre a las entregas, aunque solo tuviera ganas de quedarme tirado en la cama.

Subimos al viejo furgón y abrí la ventanilla para disfrutar del aire suave y templado mientras mi padre conducía. No hablamos en todo el trayecto

hasta *Green Hills*, ni cuando llegamos a Dublín e hicimos el resto de las entregas, solo compartiendo frases cortas sobre cómo llevar o cuando cargar un mueble hacia el interior de los locales o las casas. Me mantenía apartado a un lado mientras él trataba con los clientes y, tras casi toda la mañana, al fin volvimos a casa.

—¿Las cosas fueron mal, Lenni? —me preguntó entonces.

—Sí —murmuré, girando el rostro hacia el paisaje verde y sin demasiadas ganas de tratar aquel tema con mi padre.

Él era lo suficiente inteligente para no sacar a la luz sus propios pensamientos sobre el tema o, incluso peor, recordarme lo que me había dicho sobre lo que pasaría si James y yo terminábamos; que no me quedaría nada donde apoyarme. Por otro lado, tampoco se esforzó en parecer apenado. James Black no era la clase de yerno que Callum O'Brien quería. Mi hermana tampoco se mostró demasiado apesadumbrada por la pérdida, llegó con O'Donnell poco antes de la comida, me dio un beso en la mejilla y un abrazo antes de dirigirse a la cocina.

—¿Qué tal, O'Brien? —me preguntó O'Donnell ofreciéndome un apretón de manos con una mueca consternada en su rostro rechoncho de barba espesa—. He traído mucha cerveza —añadió, levantando su otra mano donde llevaba un pack de seis latas de medio litro.

—Gracias, O'Donnell —respondí, apreciando aquel gesto de su parte.

Me bebí dos de esas cervezas durante la «reunión familiar» en la que apenas participé, dejando que mi hermana y mi madre llevaran la voz cantante en una de sus tontas discusiones. Después me tomé un café, rechacé el trozo de tarta y me fui al salón para usar el portátil de mi madre y empezar a escribir un nuevo currículum con el que comenzar la horrible y siempre frustrante búsqueda de empleo. Estaba seguro de que habría algún que otro puesto de camarero en uno de los numerosos pubs de Dublín, y quizá eso me valdría por el momento, pero ahora que estaba seguro de que me quedaría en Irlanda, intentaría aspirar a algo mejor; incluso a poder trabajar en lo que me había esforzado en estudiar durante mi carrera universitaria y mi master. Me detuve solo en el momento en el que iba a escribir mi número de contacto porque, sin darme cuenta, había escrito el móvil de James. Miré esos números, la barra parpadeante del Word al final de ellos, y sentí una punzada de ansiedad. Cerré los ojos y tomé un par de respiraciones antes de presionar repetidas veces la tecla de borrar.

Me levanté y fui hacia el teléfono de casa, marqué otro número que también me sabía de cabeza y esperé un par de tonos antes de que una voz respondiera:

—Ey, Leo, ¿qué tal todo?

—Ey, Ry. ¿Llamo en mal momento? —pregunté, porque por detrás de la línea escuchaba algunos gruñidos de perro y voces lejanas.

—No, qué va —negó con un tono jovial y despreocupado—. Estoy terminando en el veterinario, tengo turno de mañana esta semana.

— Ah, perdona — me disculpé de todas formas —. Te llamaba por si tienes planes esta tarde. Voy a ir a Dublín a comprar un móvil y pedirle a la compañía telefónica una nueva tarjeta con mi antiguo número.

— Suena genial — respondió —. Como algo rápido en casa y salgo hacia allí a buscarte.

— No, no te preocupes, voy con el coche de mi madre. Si quieres te espero, sino salgo ya hacia allí y te invito a comer.

— Oh, eso suena incluso mejor — se rio un poco —. De acuerdo, entonces te espero.

— Perfecto, nos vemos en un rato — me despedí, colgando el teléfono y dirigiéndome hacia mi habitación para ir a vestirme. Sin embargo, volvió a sonar y me di la vuelta por si a Ryan se le había olvidado decirme algo —. ¿Sí? — le pregunté.

Pero nadie respondió. Solo se oyó una respiración profunda tras la línea. Fruncí el ceño y miré la pared blanca de la cocina. Aquel no era Ry.

— Leo... — gimió él en voz baja y rota —. Vuelve... por favor.

Lo que sentí entonces fue arrollador. El corazón se me detuvo en seco, perdí la respiración y por un momento creí que no era capaz de escuchar nada ni ver nada. Fue apenas un segundo antes de que todo llegara de forma repentina: las lágrimas, el profundo dolor y la ansiedad de volver a escuchar a James, de saber que estaba al otro lado de la línea de teléfono. El fijo de casa era viejo y no tenía una pantalla donde se viera reflejado el número, así que no había podido evitar responder aquella llamada antes de que sucediera. Lloré en silencio, cogiendo rápidas respiraciones antes de que la rabia y el enfado llegaran a mí.

— No vuelvas a llamarme jamás, ¿me has oído? — le dije con los dientes apretados y un tono frío y cortante antes de colgar con un golpe seco.

Bien, esa fue la parte sencilla, lo complicado fue procesar todo lo que sentí en aquel momento. Las manos me empezaron a temblar y perdí parte de las fuerzas. Apoyé las manos en la pared y agaché la cabeza, sintiendo como las lágrimas se deslizaban hasta la punta de la nariz para gotear al suelo de madera. Jadeaba un poco y tragaba saliva, tratando de contener aquel repentino ataque de ansiedad. Oí a mi madre en la cocina y supe que se acercaba a la puerta, antes de que pudiera verme así, me di la vuelta, cogí las llaves de su coche y salí de casa. No me detuve hasta estar dentro del antiguo Volkswagen azul. Entonces apreté el volante con fuerza entre las manos e hice fuerza para empujarme contra el asiento. Tardé cinco largos minutos en serenarme, en dejar de llorar y pensar en la voz grave y rota de James pidiéndome que volviera. Pensé en muchas cosas; y estuve a punto de volver a casa y encerrarme en mi habitación hasta que el dolor pasara, pero no lo hice. Puse la radio, subí bastante el volumen de la música y cogí varias bocanadas de aire. Había quedado con Ry para conseguir un nuevo móvil, un primer paso para rehacer mi vida, mi nueva vida. Una de la que James Black ya no formaba parte y sobre la que ya no tenía ningún control.

Reajusté el asiento para echarlo un poco atrás y acomodarlo a mi altura, me puse el cinturón de seguridad y arranqué el motor para ir despacio y con calma en dirección a Dublín.

Tenía cuidado porque los ojos no dejaban de empañarse y me emborronaban la visión, así que tenía que frotármelos de vez en cuando y tratar de no moverme las puñeteras lentillas. Llegué frente al veterinario veinte minutos más tarde de lo que debería y un Ryan de camiseta corta, gafas de sol de cristal azul y bermudas de verano se acercó con el ceño fruncido.

—Joder, Leo, ¿ya te has olvidado del camino a Dub...? —pero se detuvo al verme la cara, perdiendo su leve sonrisa para sustituirla con una expresión consternada—. Ey... ¿qué ha pasado? —me preguntó en un tono mucho más suave, terminando de entrar en el coche y cerrando la puerta para apretarme suavemente el hombro.

—James me ha llamado a casa —le dije. No sabía por qué, solo lo dije y miré al frente mientras asentía.

Ryan puso una mueca de enfado y me apretó más el hombro.

—Pasa de ese gilipollas, Leo. No merece la pena.

Solté el aire por la nariz y bajé la mirada al volante. Una vez más, era más sencillo decirlo que hacerlo. Pero apreté los dientes, ladeé un momento la cabeza y miré a la carretera.

—Vamos, seguro que tienes hambre —dije, poniéndome en marcha y dejando de interrumpir el tráfico al estar parado en doble fila—. ¿Sigue abierto el *Deane's*?

—Claro —afirmó Ry, dándome un último apretón antes de bajar la mano. Era difícil, todo era difícil últimamente; pero estaba decidido a seguir adelante. James ya no se merecía ni un minuto más de mi tiempo.

—Tengo que comprarme unas nuevas gafas —le dije a Ry, haciendo un leve gesto hacia las que llevaba puestas—. Me dejé las viejas allí y ya me empiezan a molestar estas lentillas de tanto llorar.

Ryan asintió y apoyó el brazo tatuado en la ventanilla abierta mientras una leve brisa le agitaba el tupé de pelo moreno y claro. Verme tan afectado le había dejado un poco jodido, pero era normal, después de todo, Ry se preocupaba mucho por mí.

EXPERTO EN CUIDADO DE CACTUS

El *Deane's* era un pub en una calle lateral de una de las avenidas principales de Dublín. No era muy grande, pero tenía mesas altas y taburetes cómodos, estaba bien iluminado y había banderillas azules del Leinster Rugby colgado del techo, además de cuadros con camisetas firmadas del equipo y algunas fotos. No es que allí dieran las mejores hamburguesas del mundo, pero sabía que a Ryan le encantaba aquel lugar. Nada más entrar saludó con la mano al dueño, un hombre calvo con una buena barriga y una barba canosa, y nos dirigimos a una de las mesas libres. Pedimos unas pintas negras y algo de comer antes de quedarnos en silencio. Yo miraba la mesa de madera oscura, con los brazos cruzados sobre ella y una expresión seria y algo triste. Ryan cambiaba la mirada desde las cristaleras del local a mí intermitentemente, se quitó las gafas de sol y las dejó a un lado.

—¿Qué tal con tus padres en casa? —me preguntó tras un breve silencio, haciendo un intento por empezar una conversación tras aquel viaje silencioso en el coche—. ¿Se han puesto muy pesados?

—No —respondí, levantando al fin la mirada hacia él—. Están preocupados, pero no me han hecho demasiadas preguntas. Creo que no quieren presionarme.

—Eso está bien —afirmó—. No es agradable que te presionen cuando no tienes ganas de hablar, a excepción de si lo hago yo, claro —añadió con un leve encogimiento de hombros—. Entonces es totalmente comprensible y súper sexy...

Cerré los ojos y sonreí un poco antes de negar con la cabeza y mirar de nuevo a la mesa. El dueño se acercó con las pintas, haciendo un pequeño comentario a Ryan sobre un partido, él respondió con su sonrisa de siempre, una broma fácil y el hombre se fue de vuelta a la barra prometiendo que la comida llegaría pronto.

—¿Qué tal en el veterinario? —le pregunté tras beber un poco de la cerveza negra y limpiarme el bigote con el reverso de la mano—. ¿Sigues mintiendo a tus clientes y vendiéndoles productos que no necesitan para llevarte comisión?

Ryan soltó un murmullo, porque estaba bebiendo también, alzó las cejas y terminó de tragar antes de responder:

—Por supuesto —se detuvo por culpa de un pequeño eructo que detuvo en la boca y continuó—: Papi Ry quiere una videoconsola nueva y un equipo de música a juego con su televisión de setenta y cinco pulgadas.

—Creía que te hacía sentir muy mal venderles esas cosas —le recordé.

—Leo, eso solo lo dije porque estaba tu madre delante —reconoció con una ceja levantada y una fina sonrisa en los labios, una mueca un poco prepotente pero bastante sexy—. Es champú de animales y latas de comida de treinta y cinco euros la unidad, no les estoy vendiendo cocaína.

—No, claro que no —asentí—. Al parecer la cocaína es más barata que e-

sas putas latas.

Ryan se rio y golpeó la mesa con la mano produciendo un golpe seco que acompañó su ruidosa carcajada.

—Es buena comida —me dijo todavía con una sonrisa en los labios—. No es mejor que otras más baratas... —confesó en voz más baja—, pero es bastante buena.

—¿Y cuánto duran esas latas? —pregunté antes de darle otro trago a la pinta. No es que me interesara demasiado el tema, solo fue para mantener una conversación tonta con la que distraerme.

—Depende del tamaño del animal —me explicó él—, si son razas grandes, como los Pastores alemanes, los Gran danés o los Bóxer; quizá necesitan dos latas diarias.

Alcé las cejas e hice un leve gesto con la cabeza mientras dejaba la pinta sobre la mesa.

—¿Cuánto es la comisión?

—Depende de la marca, pero con la que más trabajo, *Waskees*, es del veinte por ciento sobre la venta total.

—Joder —murmuré. Solo con la venta de latas de comida, quizá Ryan se estuviera sacando un pequeño sobresueldo de doscientos o trescientos euros al mes—. Es todo con lo que soñabas cuando estudiabas veterinaria, Ry: en vender latas y champú de perros.

A Ryan no le costó entender el sarcasmo y la broma, bajando la mirada a la mesa mientras asentía.

—Sí... al menos yo trabajo de lo que he estudiado, Leo —me respondió—. ¿Qué tal tú sirviendo cafés en la oficina?

—Uff... —me llevé una mano al pecho porque esa había dolido, pero sonreí un poco al decir—: debería haberlo visto venir. —El dueño llegó con una bandeja, puso la hamburguesa con las patatas encima de la mesa y nos deseó buen provecho—. He... estado haciendo un currículum nuevo —le confesé mientras se llevaba un par de patatas a la boca—. Buscaré trabajo en Dublín y creo que volveré a mudarme a la ciudad cuando lo consiga.

Ryan puso una expresión de sorpresa antes de exclamar con la boca llena:

—¡Eso es genial! ¿Vas a volver a tu antiguo apartamento?

—No creo —fruncí el ceño—. Lo habrán alquilado ya después de tanto tiempo. Además, era un poco pequeño —recordé.

—A mí me gustaba mucho, tengo muy buenos recuerdos de ese lugar.

—Que nos lo hubiéramos pasado bien allí no quiere decir que el piso no fuera una mierda, Ry —respondí antes de beber un trago más de mi pinta—. De todas formas, primero tengo que encontrar un trabajo y después calcular cuánto podría gastarme en el alquiler.

Ryan asintió un par de veces mientras masticaba su hamburguesa con queso.

—¿Te acuerdas de cuando me quedé encerrado en el baño y casi tuve que tirar la puerta abajo? —me preguntó.

—Ah... —asentí, pero a mí esa historia no me parecía tan divertida como a él—. Recuerdo que no me dejaste llamar a un cerrajero para que no te pillara desnudo en mi casa.

Ryan empezó a reírse por lo bajo, agachando un momento la cabeza.

—La vecina se asustó al oír los golpes y llamó a la policía y los bomberos —añadió en mitad de esa risa.

—Sí, y tú saliste corriendo antes de que llegaran, dejándome solo tratando de explicar por qué se habían oído gritos y la puerta de mi baño estaba rota —en su momento no me había parecido gracioso, y tampoco me lo parecía ahora, pero la risa de Ryan resultaba muy contagiosa y no pude evitar acompañarle un poco mientras negaba con la cabeza—. No tiene gracia —le dije, aunque me riera—. La policía me estuvo interrogando durante media hora y me hizo un examen de alcohol y drogas —oír eso solo provocó una carcajada más alta en Ry mientras golpeaba la mesa de madera.

Terminé poniendo los ojos en blanco y bebiendo otro trago de la pinta, pero ese solo fue el principio de uno de nuestros viajes a los recuerdos del pasado. Lo solíamos hacer a menudo cuando volvía de América y le llamaba para tomar una pinta o un café, siempre nos reíamos un poco y relajábamos el ambiente para las conversaciones más privadas y difíciles que vendrían después.

—¿Y por qué te dejaste las gafas y la ropa allí? —me preguntó de camino a la tienda de móviles. Él estaba sentado en el asiento de copiloto, con una mano alrededor del asidero del coche y la cabeza ladeada hacia mí para mirarme tras sus gafas de sol azules mientras yo conducía—. ¿No te... dio tiempo a hacer las maletas o qué pasó?

Apreté un poco el volante y tardé un par de segundos en responder:

—No, no me dio tiempo. Fue... complicado. —Ryan no insistió más, cabeceó y miró al frente. Tras un breve silencio le dije—: Digamos que le pillé follando y salí corriendo.

Ry resopló ruidosamente y negó con la cabeza.

—Qué hijo de puta... —murmuró.

—Sí —respondí en voz baja—. Por cierto, a Arthur no le importa que quedemos, ¿verdad? —le pregunté, dedicándole una rápida mirada—. No quiero meterte en problemas por andar consolando a tu ex.

—Ah, no, no —se apresuró a responder—. A Arthur no le importa.

—Qué comprensivo —reconocí. No era habitual que no te saltaran algunas alarmas, aunque solo fuera un poco, si tu novio quedaba tanto con su ex. Así que pensé en algo que quizá ayudara a Arthur a entender que no tenía nada de lo que preocuparse—. Si quieres, ahora que estoy aquí, quedamos los tres un día —le ofrecí—. Para que me conozca y vea que no soy el increíble, sexy y maravilloso hombre que, estoy seguro, le habrás dicho que soy.

Ryan sonrió con la pequeña broma, pero volvió a negar.

—No, Arthur y yo no hacemos esas cosas. Es solo algo sexual, ya sabes —

se encogió de hombros—. Nada importante.

—Ah —murmuré, un tanto extrañado—, creía que me habías dicho que tenáis algo serio.

—¿Sí? —preguntó con el ceño fruncido—. No, o sea, nos veíamos mucho antes y creía que sí, pero lo hablamos y él no estaba interesado en comprometerse. Le gusta mantener las opciones abiertas.

Me limité a soltar un murmullo de entendimiento y a seguir conduciendo. Saber que no me estaba metiendo en medio de ninguna parte y que Ry no tendría problemas por acompañarme y recibir llamadas de su ex, me quitó un peso de encima. Arthur y la vida sentimental de Ryan no eran mi prioridad ahora mismo, pero sí era algo que me había pasado por la cabeza y que quería preguntarle.

—Por «opciones abiertas», me refería a sus piernas —añadió él entonces.

—Oh... —comprendí—. ¿Es de *esos* entrenadores de fitness? —pregunté, alzando las cejas—. De los que se preocupan demasiado por enseñarte un ejercicio, sonrén y te rozan.

Ryan sonrió.

—Sí, justo de *esos* —afirmó—. Así que no te preocupes por nada. Puedes llamarme todo lo que quieras —concluyó.

Me tomé esa invitación muy en serio, porque Ryan era de los pocos amigos que me quedaban y el único lo suficiente cercano para que no me importara molestarle continuamente; incluso en mi situación actual en la que parecía un hombre depresivo y tenía los ojos enrojecidos casi todo el rato. Por ello su número fue el primero que guardé en el móvil nuevo, uno barato y que cumpliera su función, porque, al contrario de lo que me decía la vendedora, yo no necesitaba el último modelo con cámara profesional y un absurdo espacio de almacenaje.

—Con que reciba y haga llamadas y mensajes, me vale —le había dicho yo, perdiendo poco a poco la paciencia.

—Espera, Leo —me interrumpió Ryan, cogiendo el móvil que la chica me ofrecía para enseñármelo mejor mientras ponía una mano en mi hombro—. Ahora estás soltero, necesitas mucha memoria para guardar todo el porno que vas a ver...

Se me saltó la risa y respondí:

—Eso no es verdad —y girándome hacia la vendedora con una expresión seria, le pregunté—. ¿Cuál es el móvil con más memoria que tienes?

Ella no lo entendió, se quedó con una extraña sonrisa en los labios y mirándome como si tratara de decidir si era broma o no; pero Ryan, por el contrario, empezó a reírse y resolvió su duda.

Tras elegir el móvil, hablar con mi vieja compañía telefónica y darme la tarjeta con mi antiguo número, Ryan y yo fuimos a una óptica de Phibsborough, mi antiguo barrio.

No estaba seguro de que todavía guardaran mi ficha, pero poco importó, porque el hombre que me atendió insistió en hacerme una revisión y comprobar de nuevo mis dioptrías; resultó que me había subido un poco y

que tenía la vista cansada.

—Me he pasado el último año pegado a la pantalla de un móvil —le dije a Ry mientras mirábamos las gafas de muestra en busca de unas que me gustaran—. Lo extraño es que no me haya quedado ciego.

—Eso decías en la universidad cuando tenías que usar esos Softwares de contabilidad —respondió, entregándome unas gafas de metal fino para que me las probara—. «Me he pasado el día mirando la pantalla y me sangran los ojos Ry...» —me imitó malamente—. «Estoy hasta los cojones del Excel y esos programas contables que uso y por los que me creo tan guay, Ry». «Necesito que me folles muy duro, Ry...» «Qué gorda tienes la polla, Ry», y esas cosas de las que te quejabas siempre.

—Eso es mentira —le dije, mirando mi reflejo en el pequeño espejo del muestrario—. Yo nunca te dije que me sangraban los ojos, el resto, puede ser —y nos reímos.

Acabé comprando unas gafas muy parecidas a las que tenía antes, pero con el metal fino y de color dorado en vez de plateado. Me dijeron que me las darían graduadas en un par de días y al fin pudimos irnos tras una larga hora de pruebas, charla ligera y bromas estúpidas. Llevé a Ryan a Ashtown, que era como un barrio al norte de Dublín repleto de casas y edificios de nueva construcción, y le dejé donde me indicó.

—¿Quieres subir a ver el apartamento? —me preguntó antes de salir del coche—. Está bastante desordenado, pero no creo que veas nada que no hayas visto ya al vivir conmigo.

Por un momento, lo dudé, miré la hora en el coche y volví a dudarlo. Ya era bastante tarde y todavía tenía un viaje de media hora por delante hasta el pueblo, sin embargo, me lo había pasado muy bien aquella tarde con Ryan y me daba pena irme.

—Mañana mejor —terminé diciendo a mi pesar—, seguramente venga a Dublín a comprar un poco de ropa y a apuntarme al gimnasio.

—Oh, ¡ven al mío! —exclamó con una sonrisa—. Está cerca de aquí, no es caro y tiene un poco de todo.

—Oh, emh... Le echaré un ojo —prometí. No era mi intención apuntarme a un gimnasio de Ashtown si tenía pensado vivir en otro distrito de Dublín, pero tampoco quería negarme en rotundo, porque Ry parecía muy ilusionado con la idea—. Entonces, ¿te llamo mañana? —pregunté mientras le guiñaba un ojo.

—Cuando quieras —respondió él, guiñándome también el ojo antes de salir del coche.

Cuando se alejó, encendí la radio y subí el volumen de la música para que el silencio y la soledad que habían quedado no se hicieran demasiado pesados. Tras un día soleado el aire del atardecer era tibio y agradable, así que conduje tranquilamente de vuelta a casa, con las ventanillas bajadas, las luces largas puestas y la mente perdida en toda clase de pensamientos. Por un lado, estaba esa sensación de pesar en el fondo de mi corazón que ahora siempre me acompañaba, ese gusto amargo a pérdida, tristeza y

desconsuelo; pero, por otro lado, estaba comenzando a hacerme a la idea de un nuevo cambio, de un pequeño reinicio, de una nueva vida. Lentamente, me empezó a hacer un poco de ilusión volver a estar en Dublín, la perspectiva de un nuevo trabajo, de tener a mi familia cerca y, sobretodo, haber recuperado a Ryan. Junto a él ya no me sentía tan solo y perdido, porque cuando las cosas iban bien y no le daban sus depresiones crónicas o sus cambios de humor, Ryan era un amigo y una compañía maravillosa; siempre te sacaba una sonrisa y siempre te divertías a su lado, no importaba lo que hicieras. El problema, como siempre, fue terminar de cenar con mis padres y volver a la cama. Entonces noté aquella falta de peso sobre mí, la ausencia de aquellos grandes brazos rodeándome. Entonces, eché tanto de menos a James que dolió. Ya no me hacía ilusión mi nueva vida, ni empezar un nuevo y aburrido trabajo, ni estar de vuelta en Irlanda, porque todo lo que yo quería estaba a miles de kilómetros, más allá del océano, y ya no nunca volvería a tenerlo. Dormirme llorando ya empezaba a ser algo habitual, al igual que despertarme demasiado temprano y quedarme mirando al techo sin ganas de nada más que de quedarme allí hasta que esa profunda herida en mi pecho se cerrara. Pero luché, un día más, por levantarme y salir a correr hasta que quedé empapado en sudor y ya no me quedó aliento. Tras prepararme un café con leche, revisé las alacenas de la cocina en busca de algo que desayunar.

—Mamá, ¿no tenemos avena o algo así? —le pregunté cuando entró en la cocina con su pijama de mariquitas, las gafas y el pelo recogido en un moño.

—¿Avena? —dijo con el ceño fruncido—. No, no que yo sepa, pero puedo comprarte si quieres. ¿Ahora desayunas avena?

—Sí... —murmuré, cerrando la puerta de la alacena—. Me acostumbré porque James te... —me detuve y puse una mueca seria. Mi madre se acercó para darme un beso en la mejilla y preparase su café.

—Haz una lista si quieres que compre algo más —dijo en voz baja.

—Gracias —respondí, llevándome mi café con leche y una manzana al salón para sentarme frente al portátil y terminar mi currículum, esta vez, con el número de teléfono correcto y un correo electrónico nuevo.

Me entretuve en páginas de búsqueda de trabajo donde descubrí algunas ofertas de empleo muy interesantes, algunas en bancos, asesorías e incluso en algunas empresas del centro financiero de Dublín. La mayoría pedían varios años de experiencia en puestos similares y buenas referencias, pero yo hablaba tres idiomas, tenía un montón de prácticas como becario y además había trabajado en empresas americanas, así que tenía una «amplia experiencia internacional». Esa era la clase de gilipolces que decía en la carta de presentación junto a: «soy muy trabajador, asertivo y maduro». Mandé el currículum a todos esos puestos y después le eché un ojo a otros no tan llamativos y con sueldos más bajos, solo para listarlos en caso de que pasara el tiempo y mis expectativas bajaran lo suficiente como

para convertirme una vez más en un empleado sobrecualificado en un puesto de mierda. Cuando me cansé de aquello, me puse a mirar los gimnasios de Dublín y a valorar precios, distancias y a mirar fotos para hacerme una idea de qué clase de lugares eran. No quería inscribirme en algún antro que pareciera una mazmorra de tortura medieval, pero con máquinas de correr y bicicletas estáticas; aunque era consciente de que quizá ahora estuviera demasiado acostumbrado a gimnasios de lujo porque...

Cerré los ojos y me llevé una mano al rostro para frotarme la frente. Era estúpido que incluso aquello me produjera una punzada de pena y me diera ganas de llorar. Negué con la cabeza y cogí una buena bocanada de aire antes de cerrar el portátil y levantarme de la mesa.

Me entretuve como pude hasta que llegó la hora de comer, llamé a Ryan para saber si todavía quería venir conmigo de compras y después salí por la puerta para reunirme con él en Ashtown, frente a la veterinaria donde trabajaba.

Salió por la puerta acristalada, con una camiseta sin asas, mostrando sus brazos fuertes y tatuados, y unos pantalones cortos.

Iba acompañado de una mujer que le hablaba con una amplia sonrisa, llevaba un portanimales en la mano y una bolsa con el logo de *Waskees* en la otra. Ry respondía alegremente, se reía de vez en cuando y finalmente señaló el coche y puso una leve mueca de tristeza antes de que ella fingiera darse cuenta de que le había estado entreteniendo y se despidiera con una sonrisa más grande. Cuando Ryan abrió la puerta y se sentó, yo le miraba con las cejas alzadas y una suave sonrisa en los labios.

Él se dio cuenta y respondió con una expresión aburrida y un leve resoplido.

—Es una nueva clienta, tiene un precioso Fold escocés y mucho dinero para gastarse en comida de gato —me explicó.

—También tiene muchas ganas de que la invites a cenar —añadí yo, alargando mi sonrisa.

—¿Sí? —me preguntó Ryan, frunciendo el ceño en una mueca de fingida extrañeza y sorpresa—. Pues creo que le falta algo... eso que me gusta tanto a mí... —se frotó la barba de la mandíbula y bajó la mirada en un gesto pensativo— Ah, sí —recordó de pronto—. Una polla.

Se me saltó la risa y asentí, moviendo la llave de contacto del coche para volver a arrancar el motor. Desde el momento en que Ry se subió al coche e hizo aquella broma, me empecé a sentir mejor y a olvidarme de todo lo que tanto me había rondado la cabeza durante la noche y la mañana. Volví a invitarle a comer, nos tomamos una pinta y dejamos el coche para ir a una de las calles comerciales de Dublín más concurridas. No quería renovar el armario, solo comprarme un par de cosas que no tenía, como camisas de vestir y pantalones de pinza elegantes, y también algunos vaqueros que no me apretaran. Sufrí un leve momento de tristeza al entrar en la primera tienda y, de pronto, empezar a pensar qué sería lo que elegi-

ría James para mí y cómo lo conjuntaría. Traté de apartar esa idea de mi mente, pero acabé cayendo en la tentación de probarme un par de prendas que sabía que a él le gustarían; solo porque, por desgracia, ese estilo me quedaba bien.

—¿Qué te parece? —le preguntaba a Ryan de vez en cuando, entrando en su probador o llamándole dentro del mío.

—Leo, sinceramente, todo te queda genial —terminó diciéndome, mirándome de arriba abajo y encogiéndose de hombros.

Me sentí muy halagado, pero eso no me ayudó a decidirme a qué llevarme. Yo ya no tenía una millonaria cuenta corriente ni una tarjeta negra que me pagara todo, ahora estaba de vuelta en el mundo real donde había un límite razonable de dinero que podría gastarme y había que elegir. Terminé decidiéndome por lo básico: camisa gris, corbata negra y pantalón elegante para el trabajo y un par de camisetas de rebajas y algunas camisas finas de verano junto a un pantalón corto.

—¿Ahora eres un hombre de sombreros de paja? —me preguntó Ryan cuando me compré uno y me lo puse en la cabeza.

—Sí, ¿no te gusta?

—Sí, me gusta bastante pero nunca te había visto con uno —respondió—. ¿Hay más cosas nuevas que hagas y que yo no sepa? —dijo en voz más baja, acercándose y dedicándome una mirada fija—. Cosas que... te gusten ahora.

Fruncí el ceño yladeé el rostro sin ser capaz de comprender exactamente a qué se refería.

—No, creo que no... —dije en el mismo tono bajo, mirando sus ojos más azules con la luz de la tarde—. Me sigue gustando todo lo que me gustaba antes, pero si hablas de algo en concreto, como de un vídeo que quizá hayas visto, eso no fue idea mía.

Ryan asintió y volvió a su despreocupada actitud de siempre.

—Ya me lo había imaginado, pero tenía curiosidad —reconoció.

Yo seguí con el ceño fruncido y miré al frente, porque no era la clase de insinuaciones que me esperaba de alguien que me conociera tan bien como Ryan. De todas formas, fue el único momento raro de una tarde bastante entretenida y agradable que terminó con mi esperada visita al apartamento de Ry. Quien me hizo un breve tour repleto de comentarios explicativos y bromas. Tenía un salón-cocina-terraza toda unida en un mismo espacio rectangular, solo separados en tres secciones por una barra de bar en la cocina y el salón y una puerta corredera acristalada entre el salón y la terraza.

—Hago la comida aquí —señaló la pequeña cocina con muebles de madera clara, placa de inducción, horno y nevera—, la como aquí —señaló un sofá que parecía muy cómodo, frente a una mesa baja sobre una alfombra de felpa negra y una enorme televisión de setenta y cinco pulgadas—, y termino fumándome un porro aquí —y señaló al balcón, donde había una mesa de exteriores con un cenicero y una silla plegable

de madera —. Lo llamo: «Mi pequeño paseo de la felicidad».

Solté un murmullo y me acerqué un poco más a la terraza, porque algo había llamado mi atención.

—¿Aún... tienes los cactus? —pregunté, mirando la gran colección de macetas a un lado. Había incluso un pequeño mueble con estanterías para almacenar los más pequeños.

—Ah, sí —respondió, acercándose y mirando lo que yo miraba—. ¿Por qué los iba a tirar? Sabes que me gustan mucho.

Entreabrí los labios, pero no fui capaz de responder a esa pregunta. Por alguna razón me había imaginado que los habría echado a la basura al mudarse, que eran demasiados y solo habían sido un estúpido regalo mío para hacerle sonreír tras sus depresiones. Y, sin embargo, ahí estaban.

—Solo he tenido que ir quitando los que se me pudrían, o los que morían —me explicó, caminando hacia la puerta para deslizarla e invitarme a cruzar con él al exterior—. Ahora soy todo un experto en cuidado y atención de cactus. Dicen que son plantas muy resistentes, pero no estaban preparadas para mí y mi increíble habilidad para joder y destruir todo lo que toco, así que me ha costado un poco aprender.

—No digas eso, Ry —le pedí, cruzándome de brazos antes de apoyar el hombro en la puerta acristalada—. Tú no jodes y destruyes todo lo que tocas.

Ryan apartó la mirada de los cactus para mirarme, tardó un momento en alzar las cejas y meterse las manos en los bolsillos antes de responder:

—Ya, bueno, ya sabes —murmuró, cruzando de vuelta a la casa—. Ven, te enseñaré donde surge la magia.

Y me llevó al baño.

—Aquí surge la magia de mi culo —me señaló el váter—, aquí surge la magia de mi boca —y tocó el lavabo—, y ahí surge la magia un poco de todas partes —y señaló el plato de ducha con mamparas de cristal traslúcido.

Era un baño pequeño a un lado del pasillo, con lo mínimo y necesario, hecho para las pocas necesidades que pudiera tener una persona corriente.

—Has hecho limpieza, ¿eh? —murmuré con una leve sonrisa.

Ryan me miró y se rio un poco, confirmando mis sospechas. Ya lo había supuesto al ver el salón sin latas vacías de cerveza y la cocina sin cajas de pizza apiladas en una esquina; pero fue al ver ese baño ordenado y limpio cuando comprendí que Ry se había molestado en limpiar todo aquello antes de que yo fuera a verlo. Incluso su habitación con cama de matrimonio y armario empotrado estaba impecable.

—Aquí duermo, me masturbo, me visto y esas cosas de la vida diaria —me explicó.

Solté un murmullo de sorpresa, haciendo un rápido recorrido a la habitación. Había otra alfombra de felpa negra muy parecida a la del salón bajo la cama de edredón blanco, dos mesillas rodeando la cama, una de ellas con lámpara y despertador, y una ventana bastante amplia al fon-

do con vistas a la calle y un estor enrollable.

—No mientas, Ryan —le dije—. Tú te masturbas por toda la casa.

Él se rio y asintió varias veces, nada avergonzado de su pasatiempo favorito después de los videojuegos y el pub.

—Ya es tarde —me dijo entonces, mirando la hora en el despertador—. ¿Quieres quedarte a cenar y vemos una película o una serie en esa enorme televisión que me he comprado vendiendo latas de comida para perro? Tengo *Netflix* y el número de la mejor pizzería de Dublín —añadió al ver mi expresión dubitativa—. No te vas a arrepentir... —y puso una media sonrisa bastante sexy.

Entrecerré los ojos y aspiré aire entre los dientes, produciendo un sonido siseante.

—No sé... eso me dijiste la primera vez que follamos y la verdad es que fue bastante decepcionante —bromeé.

Ryan siguió sonriendo, pero siempre le podía un poco en el orgullo cuando bromeaba con el sexo; alzó una ceja y miró a un lado mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Leo... te follé de puta madre y no dejaste de gemir en ningún momento. No sé de qué cojones me hablas.

—Gemía de confusión —le dije, frunciendo el ceño como si lo estuviera recordando—. No sabía si ya la tenía dentro o no...

Ryan abrió mucho los ojos y la boca en una repentina mueca de sorpresa que después se convirtió en enfado y, finalmente, en una sonrisa antes de acercarse a mí para darme un suave puñetazo en la barriga y rodearme con el brazo.

—Eres un gilipollas, Leo —me dijo con los dientes apretados. Dándome varios golpes con el puño en el abdomen mientras yo me reía por lo divertido que me resultaba provocarle así.

Entonces se produjo un momento extraño. Un momento en el que Ryan me estaba rodeando, muy cerca, y me miraba a los ojos con una sonrisa. Y, por un momento, creí que me iba a besar, como había hecho en el pasado siempre que terminábamos bromeando y tan cerca el uno del otro; pero yo parpadeé, perdiendo el buen humor y sintiendo un profundo nerviosismo que revolucionó mi corazón. Puse una mano en el pecho de Ry y le aparté, quizá demasiado rápido.

—Mañana... tienes que ir a trabajar y no quiero liarte demasiado —le dije, ignorando ese instante tan extraño que habíamos compartido—. Quizá un fin de semana o cuando descanses acepto esa pizza y vemos alguna película.

Ryan se quedó serio y tardó un par de segundos en apartarse más y recuperar el buen humor de una forma un poco repentina, tomando una gran respiración como si se inflara de felicidad y no de aire.

—¡Claro! —exclamó, señalando hacia la puerta de la habitación—. ¿Qué te parece este sábado?

—Quizá —asentí, acompañándole a la salida—. Si no tienes otros planes,

claro.

—Qué va... —murmuró.

No fue hasta volver al coche y sentarme en el asiento que fruncí el ceño y empecé a mostrarme preocupado. Arranqué el motor y subí el volumen de la música, saliendo con cuidado del aparcamiento antes de tomar la carretera hacia la salida de la ciudad. Quizá solo hubieran sido imaginaciones mías, pero juraría que Ry había estado a punto de besarme en su habitación y eso me había puesto muy nervioso y me había angustiado. Él y yo siempre habíamos mantenido ese tipo de relación sexual, incluso cuando habíamos dejado de ser pareja; a veces yo estaba cachondo y Ry no estaba saliendo con nadie y, simplemente, pasaba. No era nada malo y ambos lo habíamos disfrutado mucho, pero, por alguna razón, la idea de acercarme ahora de esa manera a Ryan me producía vértigo; y temía estar enviándole las señales equivocadas a Ryan con todo eso de llamarle y apoyarme tanto en él. Solté aire por la boca y recosté la cabeza en el respaldo. No quería complicar las cosas. No quería sentirme peor de lo que ya me sentía.

Cuando volví a casa, estaba alicaído y un poco triste, cené en silencio y me fui a mi habitación con las bolsas de ropa para dejarlas a un lado y tirarme en la cama. Como era costumbre, el malestar que me había dejado aquel extraño momento se mezcló con la angustia de sentirme solo y, antes de darme cuenta, ya estaba llorando y encogido sobre las mantas. Me desperté casi en la misma posición, pero siete horas después, cuando las primeras luces del sol entraron por la ventana. Aquella mañana no tuve fuerzas para levantarme e ir a correr, solo conseguí quedarme allí con los ojos enrojecidos y húmedos mirando el techo. En algún momento, volví a quedarme dormido y me volví a despertar a media mañana, con un vacío en el estómago y sin energías. No me levanté hasta que la comida estuvo lista y mi madre subió a avisarme. Bajé con cara seria y terminé tomándome un café con leche mientras miraba por la ventana y mi madre fregaba los platos y los cubiertos. Al terminar, dejé la taza a un lado y subí a mi habitación, pero terminé por moverme al despacho de mi madre y antigua habitación de mi hermana. Cogí uno de las novelas negras de la amplia colección que había allí y me tiré en la cama a leer.

No buscaba más que un thriller insípido y simple que me mantuviera entretenido, con algunos giros «inesperados» y prosa acelerada. Cuanto más leía, menos pensaba en mis problemas y, para mi sorpresa, incluso llegué a tener cierto interés en la historia; aunque estuviera claro que el asesino sicópata era el amigo de la infancia del protagonista. El único motivo por el que me detuve fue un sonido musical lejano, bajé el libro y miré hacia la puerta. Me levanté de un salto y llegué a mi habitación, donde el móvil vibraba sobre el escritorio. Di un par de pasos y lo cogí, mirando el número desconocido. Lo primero que sentí fue miedo y angustia. ¿Sería él?, ¿podría haber conseguido mi antiguo número? Sí, claro que podría, no era tan difícil de encontrar. Tragué saliva. Quizá no

fuera él, quizá...

—¿Sí? —pregunté en voz baja, mirando las estanterías con libros y fotos mientras mi pecho se elevaba y descendía rápidamente a cada respiración.

—Hola, buenas tardes. ¿Es usted Leonard O'Brien? —me preguntó la mujer al otro lado de la línea.

—Sí... Sí —repetí más fuerte después de aclararme la garganta—. Soy yo.

—Encantada, señor O'Brien. Yo soy Helen O'Neill, le llamo de FC&A. Hemos leído su currículum y estamos muy interesados en poder concertar una entrevista con usted para conocerle.

Alcé las cejas y tardé un momento en responder:

—Sí, claro.

—Perfecto. ¿Qué tal le vendría el lunes por la mañana? —preguntó.

—Perfecto.

Anoté la hora y el sitio y me despedí educadamente antes de buscar en internet quién cojones eran FC&A. Había mandado el currículo a varios sitios y no me acordaba de todos. Resultaba que FC&A venía de: *Financial Consulting and Advisory*. Una empresa que ofrecía servicios de asesoramiento fiscal y económico a medianas y grandes empresas. Estaba situado en el edificio de oficinas The Exchange, en el centro financiero de Dublín, al que me habían citado el lunes a primera hora. Me fui a la cama y me senté en el borde, leyendo de nuevo la página web de la empresa y preguntándome qué había sido lo que les hubiera llevado a aceptar mi solicitud y llamarme; además de mi licenciatura y mi máster, claro. Era un puesto como asesor fiscal, pero pedían cinco años mínimo de experiencia en un puesto similar, cinco años que yo no tenía, además de unas buenas referencias y una «recomendada» cartera de clientes bajo el brazo. Fruncí el ceño y releí la oferta de empleo una y otra vez, temiendo que se hubieran confundido conmigo. Antes de apagar el móvil y meterlo en el bolsillo, ya tenía claro que eso no llegaría a ninguna parte. Pero, para mi sorpresa, a media tarde me llamó otro número de Dublín para ofrecirme otra entrevista de trabajo el lunes después de comer, esta vez para un bufete de abogados como «asesor». Ni lo dudé, me había pasado trabajando en bufetes de abogados casi toda mi estancia en Nueva York. Les gustaba tener siempre a un tonto que supiera de números y leyes fiscales para asegurarse de cómo y cuánto estaban robando sus clientes y, así, tratar de defenderles mejor. Esa entrevista me daba mejores sensaciones, así que dejé la novela negra a un lado e hice un repaso a las últimas actualizaciones de las leyes irlandesas; ya que las tenía un poco olvidadas con el sistema norteamericano. Al caer la noche fui a cenar de mejor humor, todavía algo serio y taciturno, pero ya no tan preocupado como antes porque, al parecer, algo me estaba yendo bien.

—Ey, Ry —le saludé cuando respondió a mi llamada. Me había parado delante del móvil cinco largos minutos, mirando el número de Ryan y dudando de si aquello sería una buena idea. Hasta que me di cuenta de que yo no quería perderle, porque ya había perdido demasiado, y que, si

llegaba el momento, hablaría con él sobre el tema.

—Ey, Leo, ¿todo bien? —me preguntó con tono lento y cuidadoso.

—¿Estás ocupado fumando porros en el balcón después de cenar? —quise saber, porque sonaba a que estaba preocupado o a que le costaba hablar.

—Nah..., no fumo todos los días —respondió—. ¿De qué querías hablar?

—Quería preguntarte si lo de mañana a la noche seguía en pie. Cena y película.

—Ah, sí, claro. Cuando quieras —se apresuró a decir, y oí un crujido de fondo, como si se hubiera levantado de pronto del sofá o la cama—. Invito yo, puedes acercarte a la noche o quedamos por la tarde y damos un paseo y después venimos a casa. Como prefieras.

Me lo pensé, mirando hacia la oscuridad de la ventana. En la estantería baja todavía seguía mi colección de muñecos de dinosaurios cogiendo polvo. Pero no había un T-Rex, porque yo nunca había querido uno.

—¿Qué te parece si llevamos las bicicletas y hacemos una pequeña ruta por la costa? —le pregunté—. Como en los viejos tiempos.

—Joder, ¡suena genial! —casi pude ver la sonrisa de Ry. Le encantaba montar en bicicleta, bueno, en realidad, le encantaba todo el deporte al aire libre. Como a mí, solo que hacía mucho que no había podido practicarlo—. Vamos en mi coche, entonces, tengo el portabicicletas en la parte de atrás.

—Vale —asentí—. Creo que aún tengo la mía por aquí en alguna parte. Le preguntaré a mi padre y la arreglaré un poco por la mañana antes de salir.

—No me jodas, Leo. No vas a ir con esa mierda con ruedas que llamas bicicleta, se te puede desmontar a mitad de camino. Te dejo la mía vieja, la guardo en el trastero.

Mi primera reacción fue negarme, pero lo pensé mejor y terminé aceptando.

—Muy bien, pues quedamos así —le dije, nos dimos las buenas noches y después colgué.

Esa noche al acostarme en la cama, eche un poco de menos la falta de peso sobre mí, aquellos ojos del azul del mar y esa suave respiración que siempre me acompañaba en la noche. Todavía dolía, pero quizá un poco menos, quizá me había cansado ya de llorar y sentirme vacío, quizá esa profunda herida en mi pecho estaba empezando a sanarse. No el recuerdo, porque eso seguía siendo una espina clavada en mis entrañas que a veces sangraba, sino que, la distancia y el tiempo, estaban a surgir efecto sobre mí. Si me hubiera quedado en Nueva York, todo habría sido peor; de eso estaba seguro. Me desperté con las primeras luces del amanecer y me quedé un par de minutos mirando el techo de mi habitación antes de levantarme e ir a correr. Al volver me di una ducha templada y me preparé mi desayuno de avena con fresas y nueces, no era tan perfecto como el preparado por una chef de reconocimiento internacional, pero sabía bien. Me tomé mi café con leche y volví a ayudar a mi padre con la entrega de muebles para entretenerme hasta la tarde, cu-

ando cogí las llaves del coche y anuncié en voz alta:

—¡Voy con Ryan y me quedaré a cenar! —antes de salir por la puerta.

Puse la música alta, bajé las ventanillas y conduje tranquilamente por la carretera de campo, bordeada de muros bajos de piedra y pastos verdes. El aire era fresco y agitaba las hojas de los árboles y mi pelo contra el gorro de paja, el sol brillaba en lo alto de un cielo azul celeste y sin nubes, no había grandes edificios, ni gente, ni ruido, solo un campo verde y colinas hasta donde alcanzaba la vista. Subí el volumen de la radio y empecé a agitar un poco la cabeza, porque sonaba una canción movida que me estaba gustando. Parecían haber pasado años desde la última vez que me había parado a escuchar música.

Cuando llegué a Ashtown, el calor me había hecho sudar un poco, empapando el pecho y las axilas de mi camisa fina de verano. La desabroché por completo mientras esperaba a Ryan, que salió del veterinario a los diez minutos, con su uniforme de casaca repleta de huellas de perro impresas en múltiples colores y pantalones anchos de color violeta. Aquello me sacó una pequeña sonrisa porque la imagen era bastante adorable. Ryan se pasó la mano por su pelo de un moreno claro y resopló al sentir el cambio de temperatura con respecto al interior climatizado de la clínica. No hacía tanto calor, pero aquello era Irlanda, todo lo que superara los veinte seis grados era como estar en el Sahara para los irlandeses.

—Joder, qué calor —se quejó él nada más entrar, cerrando la puerta de un golpe seco.

—Podrías haberte cambiado, no había prisa —le dije, arrancando el motor y empezando a maniobrar.

—Nah, prefiero cambiarme en casa, tomo algo rápido para comer y bajamos las bicicletas al coche —entonces se empezó a quitar la casaca y se quedó con el torso al aire, pero se detuvo antes de quitársela del todo—. Perdona, Leo, ¿te importa que...?

—La verdad es que sí —respondí, dedicándole una breve mirada—, me gusta bastante como te queda el uniforme. Estás adorable —y sonreí.

Ry sonrió y se terminó de quitar la casaca, la dejó entre las piernas y se puso el cinturón de seguridad sobre el pecho abultado, cubierto de fino vello moreno y con un piercing en el pezón izquierdo.

—Yo no soy adorable, Leo —me corrigió de buen humor, recostando la cabeza en el respaldo—. Soy una puta fiera sexual irlandesa. Ya lo sabes.

Puse los ojos en blanco un instante y negué con la cabeza. A Ryan le gustaba fingir que mis halagos no le importaban, pero lo hacían, y mucho.

—Hay agua en el salpicadero, fiera sexual —le dije—. Por si necesitas rehidratar la testosterona.

Ry se rio, murmuró un breve «gracias» y abrió el cajón para sacar la botella fresca y beber un par de buenos tragos antes de jadear de placer. Se recostó un poco en el asiento, apoyó un brazo en la ventanilla abierta y su otra mano en la parte de atrás de mi asiento.

—He pensado en que podemos ir hasta Laytown, darnos un baño en la playa y volver, ¿qué dices?

Tardé un momento en responder, porque me llegó el olor suave de su sudor, arrastrado por el aire que entraba en el coche, y había sentido una extraña punzada de nostalgia y una agradable sensación de afecto. Aproveché la carretera recta para poder girar el rostro y mirarle. Era el Ry de siempre, el que se recostaba y ponía una postura relajada y despreocupada, el que te miraba de vuelta y fruncía un poco las cejas preguntándote sin palabras «¿qué pasa?», el que se dejaba la cintura elástica de los bóxer por encima para que se viera, porque creía que eso le hacía parecer «cool», al igual que sus tatuajes y su piercings. Sonreí.

—Suenas genial —murmuré.

Sonaría como un estúpido irlandés enamorado de su tierra si describiera con detalle lo preciosas e increíbles que me parecían sus caminos, sus costas, sus campos y sus playas. Así que me limitaré a decir: es bastante bonito. Ryan dejó su coche aparcado a las afueras de Dublín, sacamos las bicicletas del soporte trasero, nos llevamos una botella de agua cada uno y empezamos nuestro trayecto de dos horas por la costa y las carreteras secundarias. Él solía ir por delante cuando no era posible ir a la par, todavía sin camiseta y con un pantalón corto de deporte, echando rápidas miradas hacia atrás para, por alguna razón que no comprendía, comprobar si todavía le seguía. Puede que fuera un poco distraído mirando el paisaje, disfrutando del aire templado mientras me acariciaba el rostro y agitaba mi camisa desabotonada; pero conocía aquel camino tan bien como él. Dos horas y media después, alcanzamos la alargada playa de Laytown, un pueblo de casas bajas en el que nos detuvimos para comprar nuevas botellas de agua fría. Nos llevamos las bicis hasta la arena y las dejamos cerca de la costa mientras nos desvestíamos para darnos un baño. El agua estaba fría, pero no tanto como al del lago, y tras un recorrido tan largo, resultó bastante agradable. A excepción de las algas, que hicieron que Ryan se quejara un par de veces.

—Joder, ¡qué puto asco! —exclamó, agitando las manos y avanzando rápidamente al interior del agua para escapar de ellas.

—Vamos, fiera sexual irlandesa... —me reí un poco de él.

Ry me miró con expresión seria antes de dedicarme un corte de manga, lo que solo me hizo reírme más. Tras aquel baño nos secamos al sol, me eché un poco más de crema protectora y me ofrecí a echársela a Ryan por los hombros y la espalda, aunque sabía que se negaría.

—Después —me dijo en voz más baja, echando un rápido vistazo alrededor con los brazos cruzados.

No insistí, porque aunque hubiera poca gente en la playa y no mucha nos prestara atención, sabía que a Ry le daba miedo parecer «gay» si yo le echaba crema; aunque no hubiera habido ningún problema cuando se lo había vuelto a ofrecer veinte minutos después, en un lugar sin gente, antes de comenzar el camino de vuelta. Simplemente, era una de esas cosas de Ry sobre ser «discreto».

Llegamos de nuevo al coche cuando ya era casi de noche y las últimas luces del atardecer teñían el cielo de un azul oscuro y malva en el horizonte. Entonces pusimos de nuevo las bicicletas en el carguero de detrás y condujimos inmersos en una agradable calma tras un día tan bonito. Yo me sentía bastante bien, mejor de lo que me había sentido desde hacía algún tiempo. Y no me refería a la ruptura, me refería a cuando las cosas se habían empezado a complicar y la vida se había convertido en un torbellino de ansiedad y frustración. Cuando James no había querido escucharme y tomarse un descanso, sino que había decidí-

do hundirse más y más profundo en su angustia, arrastrándome a mí con él.

—Me han llamado de dos sitios para hacer una entrevista —le dije a Ryan de forma distraída, mirando hacia la carretera cada vez más oscura.

—¡Ey, eso es genial! —respondió él, mirándome un breve momento—. ¿De dónde?

—De una asesoría del centro financiero y de un bufete de abogados, pero no tengo ninguna esperanza en la asesoría. Iré a la entrevista solo porque tengo tiempo de sobra —y sonreí un poco.

—¿Cuándo son? Quizá pueda acompañarte.

—No, no te preocupes. Son ambas el lunes, una a primera hora y otra a la tarde.

—Esta semana tengo turno de tarde, puedo ir a buscarte después de la primera entrevista e ir a desayunar —me ofreció—. El centro financiero tiene un par de buenos locales que preparan esos cubos de café con leche que te gustan a ti.

Me reí y asentí, aceptando la invitación sin darle mayor importancia.

—¿Tienes que ir con traje o algo así?

—No, es una entrevista. Iré con camisa y pantalón de vestir, formal, pero no demasiado —y de pronto pensé: «Elegante... pero delicioso» y se me escapó un bufido antes de negar con la cabeza. Era increíble las gilipolleces que había hecho por James—. ¿Y a ti qué tal te ha ido la vida últimamente, Ry? —le pregunté, ladeando el rostro para mirarle casi por el borde de los ojos—. No me has contado nada.

—Ya sabes, normal —se encogió de hombros—. En el veterinario, el pub, con el equipo... lo de siempre —concluyó.

Asentí un par de veces mientras volvía la vista al frente.

—Entonces no te preguntaré por todos esos tatuajes nuevos —murmuré, diciendo mucho sin decir concretamente nada.

—Son solo tatuajes, Leo —respondió con un tono más serio y bajo del que solía usar—. No les des tanta importancia.

Volví a asentir y dejé el tema, volviendo a aquel silencio compartido y agradable. Yo ya no era la persona que perdía el tiempo preocupándose por él, cuando él no hacía más que esconderse más y más de mí. Me limité a recostar la cabeza, cerrar un poco los ojos y coger una bocanada de aquel aire templado de principios de verano.

—¿Qué te parece si pasamos por la pizzería de camino a casa y ya las pedimos allí? —me preguntó, echándome un rápido vistazo—. Así miras la carta y decides si quieres algo en especial. Son caseras, nada de esas mierdas de precocidas, la masa la hacen ellos y llenan bastante. Yo suelo pedir una mediana y me sobra un trozo o dos, así que imagínate —y sonrió un poco, volviendo a mirarme.

Conocía las señales de Ry, así que le devolví la sonrisa y asentí, demostrándole que no estaba ni molesto ni enfadado porque no quisiera compartir sus problemas conmigo. Él dejó de apretar tanto el volante con

la mano y apoyó la cabeza en el respaldo, conduciendo, como siempre hacía, con su otro brazo en la ventanilla. La famosa pizzería era un pequeño local en Dumcondra, cerca del río, en un barrio ligeramente al noroeste de Dublín. No había muchas mesas donde sentarse porque la gente hacía cola esperando su turno; así que tuve quince largos minutos para repasar la lista infinita de veces antes de pedirnos dos medianas mitad y mitad cada una: especial de la casa, pepperoni, mediterránea y barbacoa. Cuando fuimos a pagar, me negué en rotundo a que Ryan se hiciera cargo del total. Las pizzas debían saber a puto cielo si valían treinta euros cada una.

—Leo, joder, déjame invitar. Ahora soy yo el único que trabaja de los dos —lo que terminó con la breve discusión. En el pasado yo había usado la misma excusa para invitar a Ryan cuando él no tenía dinero a final de mes.

Esperamos media hora por las pizzas, pero no se hizo pesado, ya que salimos del local para pasarnos por un supermercado que cerraba tarde y comprar un pack de cervezas y papelines de tabaco de liar. Entonces fuimos hacia el río y nos sentamos en la hierva de la pequeña ladera que descendía hacia el agua, como un par de adolescentes, mientras nos bebíamos una lata cada uno.

—Hacía mucho que no tenía un día como hoy —me dijo él tras un largo silencio. Miraba al río y sujetaba la cerveza entre las manos, con las piernas dobladas y los hombros algo caídos.

Bebí un trago y asentí, saboreando el sabor amargo antes de responder:

—Yo tampoco —reconocí—. Lo echaba mucho de menos.

Cuando llegó el momento, volvimos a por nuestras pizzas y subimos al coche, que enseguida se llenó de un delicioso olor caliente y un poco grasiento. Resoplé un poco, sintiendo como un hambre repentina me atenazaba el estómago. Ry sonrió bastante.

—Te dije que eran las mejores de Dublín.

Y no mentía. Estaban cojonudas, todas las mitades, y terminamos tirados en el sofá de casa tratando de procesar lo hinchados que teníamos el estómago y mirando una película bastante mala. Al terminar, me miré la muñeca, pero recordé que ya no había ningún reloj de cien mil dólares ahí, así que saqué le móvil y encendí la pantalla. Ya eran más de la una y media. Alcé las cejas con sorpresa y miré a Ryan totalmente recostado, con una cerveza a medio beber en la mano, expresión adormilada y con solo unos pantalones cortos de deporte puestos. Hacía una noche templada, pero él ni había dudado en desvestirse y ponerse cómodo mientras me invitaba a hacer lo mismo si lo deseaba; sin embargo, yo me había quedado totalmente vestido y en una esquina del sofá.

—Tengo que volver, Ry —le dije—. Ya es bastante tarde.

Él giró el rostro y arqueó las cejas.

—¿No te quedas a dormir? —preguntó con total naturalidad.

Entreabrí los labios y solté un «emh...» mirando hacia un lado como si

tuviera que encontrar la respuesta escrita en la televisión. No había pensado en quedarme a dormir y no estaba demasiado seguro de si sería una buena idea, o de por qué eso me estaba haciendo sentir tan incómodo. Ryan debió notar mi indecisión y se acercó bastante a la naturaleza de mis dudas porque me dijo con voz seria:

—Leo, no va a pasar nada.

Cerré los labios y respondí a su mirada fija de ojos más verdosos que azules con las luces del techo. Asentí, y entonces fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—Lo siento, Ry, no quería... es solo que estoy un poco estúpido últimamente —reconocí—. Le doy muchas vueltas a las cosas, yo... Perdona —repetí, forzando una sonrisa con los labios que terminó convirtiéndose en una mueca un poco arrepentida.

Ryan alargó una mano y rodeó la mía sin dejar de mirarme.

—Leo, quizá no lo sepas —puso expresión triste y bajó un momento la mirada a nuestras manos antes de volver a mis ojos—, pero me pones muy cachondo. Lo sé, sé que te cuesta creerlo —insistió, fingiendo estar apesadumbrado con todo aquello—. Yo tampoco lo entiendo, no sé si es que eres jodidamente guapo o que tienes un cuerpo terrible con un culo... un culo en el que hundiría la cara hasta ahogarme. Pero sí —terminó confesando—. Si ahora me dices que el soldado Ryan tiene que cumplir su deber en el frente, te aseguro que iría de cabeza a defender su gordo orgullo irlandés.

Escuché todo aquello con una expresión tranquila, una ceja levemente arqueada y una ligera sonrisa en los labios.

—¿En esta historia el «soldado Ryan» es tu polla o tú? —pregunté—. Porque a veces lo usas para ambos y es confuso.

—Mi polla —afirmó él, cabeceando un par de veces—. Por eso dije: «gordo orgullo irlandés».

—Entiendo —asentí.

—Sí —murmuró él—, pero sé que no es el momento y quiero que sepas que no estoy intentando meterte en la cama o tratando de convencerte para follar ni nada de eso.

—No pienso eso, Ry —negué al momento, sintiéndome estúpido con todo aquello y por dudar de Ryan—. Es solo que... por alguna razón me pone un poco nervioso, no es mi mejor momento y me preocupa que...

—No te preocupes por mí... ni por nadie —me pidió, dándome un leve apretón en la mano—. Ahora tienes que preocuparte por ti mismo y ser egoísta, Leo. Ya le has dado a los demás todo lo que tenías que darles, y si no lo han querido apreciar, ha sido solo su puta culpa.

Nos quedamos mirándonos en silencio mientras a mí se me humedecían ligeramente los ojos. ¿Era posible que incluso tras lo que me había hecho James, yo todavía le guardara un profundo sentido de la fidelidad? Que me produjera vértigo pensar en quedarme con Ryan en la cama, o acercarme demasiado a él, porque sabía que eso le dolería mucho a James.

Joder, a veces mi mente daba miedo.

—Es tarde, quédate a dormir en la cama y yo me quedaré en el sofá —se ofreció Ry—. Pero no quiero que vuelvas a oscuras y cansado por esa carretera de cabras que va a tu pueblo.

—No, no seas tonto. Durmamos en la cama y ya está —respondí, quitándole importancia con un gesto airado antes de frotarme los ojos. Ry tenía razón, era estúpido sentirme mal por quedarme con él, porque yo ya no le debía nada a nadie. Solo a mí mismo.

Así que, tras media hora más, nos levantamos para ir a la habitación. Me quedé de pie a un lado de la cama, con la cabeza gacha y mirando fijamente mis manos mientras me desabotonaba la camisa. Reflexionaba en lo que yo sentía y pensaba en muchas pequeñas cosas. Cuando me quité la camisa empecé a desabrocharme el pantalón corto y vi a Ryan sacando el fino edredón tras haber abierto la ventana para que entrara el frescor de la noche. Todavía llevaba su ropa puesta.

—Ry, no seas gilipollas —murmuré, haciendo un gesto hacia su pantalón antes de bajarme el mío.

Él asintió y, antes de meterse en cama, se desnudó por completo. Ambos sabíamos que odiaba dormir con ropa puesta, incluso en invierno, y que solo estaba haciendo aquello para incomodarme lo menos posible. Nos metimos en la cama y me acomodé en la almohada, sin esforzarme tanto como Ry por dejar un espacio entre nosotros. Recuerdo haber cerrado los ojos y esperar tardar como mínimo una hora más en conciliar el sueño, porque esa solía ser la media de mis pasadas noches; sin embargo, me quedé dormido bastante deprisa. Quizá fuera el cansancio tras un día de intenso pedaleo bajo el sol o quizá fuera sentir la presencia de Ry a mi lado y saber que no estaba solo en un habitación oscura.

Al despertarme no sentí un peso sobre mí, pero sí un roce en el costado. Entreabrí los ojos con las primeras luces de la mañana y giré el rostro para ver a Ryan en una de sus extrañas posturas de dormir: el brazo izquierdo sobre la cabeza tapándole los ojos, mostrando su axila peluda, la otra mano en la barriga, una pierna por encima del edredón, tirando de la manta hacia abajo y descubriendo su entrepierna al aire, mientras su otra pierna estaba doblada y era la que me rozaba, pegada a mi cuerpo.

Respiraba por entre los labios y a veces roncaba por lo bajo, deteniéndose solo cuando la saliva se le colaba en la garganta y entonces se detenía y tragaba antes de volver a roncar. Por estúpido que pudiera resultar, eso me hizo sonreír un poco.

Me froté el rostro y aparté el edredón con cuidado para no despertarle, cogí mi ropa y salí de la habitación para vestirme. Busqué las llaves de la casa sobre la barra de madera de la cocina y me fui con ellas a la calle.

Era domingo, pero las panaderías estaban abiertas y no tardé en encontrar una cercana para comprar un par de cruasanes y un café con leche para llevar. Me lo bebí por el camino de vuelta y tiré el envase en casa, junto con las cajas de pizza, las latas y las servilletas que habíamos usado; ce-

rrando la bolsa al terminar para acordarme de tirarla cuando volviera a salir. Entonces puse el hervidor de agua a funcionar y busqué en las alacenas los filtros y el café para preparar un pequeña jarra.

—Vaya... —me sorprendió la voz de Ryan a mis espaldas. Me giré y le vi de pie, con el pantalón corto sin nada debajo, mirando los cruasanes sobre la mesa—. Cuantos recuerdos... —murmuró.

—No finjas que no sabías que lo iba a hacer —respondí con una pequeña sonrisa, cruzado de brazos y con la cadera apoyada en la encimera de la cocina.

—No, no pensé que lo harías —respondió con tono serio, abriendo el papel de la panadería para descubrir los cruasanes. Partió la pata de uno y se la llevó a la boca antes de apoyar los brazos en la barra y mirarme—. ¿Qué le comprabas a James? —me preguntó entonces.

Me quedé en silencio y perdí la sonrisa. Bajé la mirada al suelo y respondí: —Donuts glaseados.

Ryan asintió un par de veces y se terminó la pata antes de coger otra. Nos quedamos en silencio hasta que terminó de gotear todo el café sobre la jarra y lo serví en dos tazas antes de echarle leche de la nevera. Los llevé a la barra de bar que separaba la cocina del salón y me puse a comer mi cruasán. Había tres: uno para él, otro para mí y un último para comer a la mitad.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó Ryan mientras compartíamos ese tercero. Me miraba fijamente con sus ojos de un azul más oscuro de espaldas a la luz que entraba por el balcón.

—Bastante bien —reconocí—. Aunque sigues roncando como un cerdo, por cierto.

Ryan sonrió.

—Algunas cosas nunca cambian, Leo —me dijo, mostrándome la pata del cruasán que se estaba comiendo.

Él tenía razón, había cosas que nunca cambiaban, no importaba el tiempo que hubiera pasado. Habíamos tardamos solo un par de días en volver a esa vieja dinámica de amigos que siempre habíamos tenido, donde no había límite de familiaridad ni espacio que respetar.

Me quedé todo el domingo con Ry; por la mañana visitamos su gimnasio, que resultó mucho mejor de lo que me había imaginado, y después compramos uno par de sándwiches y nos fuimos a hacer una ruta de senderismo al interior. Comimos en lo alto de una colina, sentados sobre una formación rocosa y mirando el valle de verdes colinas a nuestros pies. A la vuelta pasamos por mi casa para cenar con mis padres y coger la ropa que llevaría a la entrevista de trabajo antes de regresar a su casa a dormir. No hubo cruasanes esa mañana, solo una ducha templada y un poco de tiempo frente al espejo para prepararme. Ry se puso una camiseta sin asas y unos vaqueros cortos y rotos, que, en contraste con mi ropa de vestir y mi corbata, nos hacía parecer un abogado defensor y su cliente criminal yendo al juzgado. Ryan soltó un silbido al detenernos frente al edificio

The Exchange, en el corazón del centro financiero de Dublín.

—Parece caro e importante —murmuró con la mirada puesta en los numerosos pisos acristalados de oficinas.

—No te hagas ilusiones, Ry —le dije, mirando lo mismo que él antes de ajustarme la corbata—. Nos vemos en media hora —me despedí.

—Enséñales el culo al salir, eso te ayudará —me dijo él desde la distancia.

Le hice un corte de manga con el brazo en alto, pero en mi rostro había una sonrisa que no pudo ver. El edificio era precioso, por fuera y por dentro, de nuevo diseño y bastante elegante. Nada más entrar por la puerta acristalada, había un rectángulo de suelo de granito gris claro, una amplia mesa de recepción y una barrera de centrales como la del metro para vigilar la entrada de trabajadores e invitados. Si levantaba la vista podías ver los pisos de oficinas, ya que la entrada formaba parte de una especie de abertura que se extendía hacia el techo, como un patio de luces.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me preguntó una mujer de pelo anaranjado y gafas grandes.

—Sí, soy Leonard O'Brien —me presenté, acercándome junto a ella, porque seguramente había sabido nada más verme que era la primera vez que entraba allí—. Tengo una entrevista de trabajo con FC&A a las nueve y media.

Ella siguió sonriendo mientras lo comprobaba en el ordenador bajo el mostrador.

Tuve tiempo para echar otro vistazo alrededor y sentir un leve pinchazo en el pecho al recordar la última entrevista que había tenido hacia un año en un edificio igual de impresionante, pero al otro lado del mar. Cogí aire y agité un poco la cabeza, porque pensar en James en aquel momento no me iba a ayudar en absoluto.

—Sí, señor O'Brien —confirmó la mujer, entregándome una tarjeta de visitante—. Páselo por el lector y coja el ascensor. La oficina de FC&A está en el tercer piso.

—Muchas gracias —sonreí, llevándome la tarjeta conmigo.

La pasé por el lector y una de las puertas acristaladas se abrió para dejarme pasar, entonces me puse la identificación al cuello con el cordón negro de la que colgaba y fui hacia los ascensores. Esperé un par de minutos y subí a la oficina de la asesoría.

Yo ya había visto muchas oficinas y había trabajado en unas cuantas, pero lo que vi allí me hizo fruncir el ceño y poner una mueca de extrañeza. Nada más salir del elevador, había un espacio de sillones, plantas en macetas, mesas con libros y revistas apilados y asientos repletos de colores y cojines.

Entraba mucha luz por los ventanales y había algunas personas allí sentadas compartiendo un café. Parecía una de esas puñeteras oficinas modernas de *Google* donde tenía un billar en la parte de atrás y una sala repleta de máquinas de café y refrescos.

¿Qué tipo de asesoría fiscal estaba así decorada?

Y hubiera creído que me había equivocado de planta si no llegara a ser porque a un lado había una recepción con una mujer y un hombre sentados bajo unas enormes letras negras que decían: FC&A. Me acerqué, corrigiendo mi expresión de sorpresa hacia una deslumbrante sonrisa, antes de decirles:

—Buenos días, soy Leonard O'Brien. Vengo por una entrevista de trabajo concertada a las nueve y media con la señora O'Neill.

—Oh, sí, señor O'Brien, le estábamos esperando —me respondió el hombre, repeinado y con una camisa azul celeste—. Acompáñeme, por favor.

Seguí sonriendo y fingiendo que estaba encantado de estar allí y deseoso de participar en todos los proyectos que la empresa tuviera por delante.

Al parecer, aquella entrada estúpidamente hogareña no era la única parte con un toque «moderno», el resto de la oficina era un lugar de trabajo que parecía diseñado para dar una imagen moderna y de éxito: bien iluminado, con oficinas separadas del espacio central, dedicado a las salas de reuniones acristaladas, a los amplios pasillos de suelo de madera clara y las macetas con plantas, a las mesas de madera altas y alargadas donde había un montón de trabajadores frente a portátiles como si se tratara de una biblioteca universitaria.

No es que lo odiara, en realidad, era muy agradable y bonito; pero no era lo que me esperaba y me costó un poco hacerme a la idea de por qué cojones FC&A quería parecer una empresa de videojuegos dirigida por un treintañero con el despacho lleno de canastas de baloncesto y posters retro.

El recepcionista se detuvo frente a un despacho casi al final del todo, donde se leía «Jefe de Equipo: Darren O'Sullivan» en un letrero plateado. Llamó a la puerta y la entreabrió para inclinarse y decir:

—Señor O'Sullivan, Leonard O'Brien está aquí.

—Oh, perfecto. Qué puntual —oí responder desde el interior a una voz un poco más viva y alegre de lo que me esperaba.

El recepcionista se apartó para dedicarme una última sonrisa y un cabeceo a forma de despedida antes de volverse a su sitio. Me quedé allí parado unos segundos hasta que un hombre trajeado, con pelo de un rubio claro, espeso tupé hacia un lado, ojos claros bordeados de leves arrugas, canas en las sienes y en su abundante barba recortada, abrió la puerta con una amplia sonrisa.

—«Buenos días, señor O'Brien. Me alegro mucho de que haya venido, yo soy el Jefe de Equipo O'Sullivan, pero puedes llamarme Darren» —me dijo con el mismo tono alegre y animado que había usado antes, pero en un fluido alemán, mientras me ofrecía la mano.

Me sorprendió, porque no me lo esperaba, pero tardé poco en reaccionar, dándole un firme apretón de manos y respondiendo:

—«Buenos días, Darren. Yo soy Leonard O'Brien, encantado».

Él sonrió un poco más y me indicó una dirección para que camináramos

juntos.

—«¿Qué te parece la oficina, Leonard? Oh, perdona, ¿te importa que te llame por el nombre de pila? Aquí nos gusta prescindir de los formalismos entre nosotros, como una gran familia».

—«Por supuesto, no hay ningún problema» —respondí. Todavía no entendía qué cojones estaba pasando, pero Ryan y yo nos íbamos a reír mucho cuando se lo contara tomando el café—. «Me gusta mucho la oficina, es muy moderna, aunque me ha sorprendido bastante» —reconocí.

—«Sí, me imagino que las demás oficinas en las que hayas trabajado eran más... normales» —y se rio como si se tratara de una broma. Sonreí un poco más, pero no me reí con él porque no había sido tan gracioso—. «Por aquí, por favor» —abrió la puerta acristalada de una pequeña sala de reuniones y me ofreció un asiento a un lado de la mesa antes de dirigirse para sentarse en el de en frente. Miró una Tablet que había sobre la madera clara y deslizó el dedo para abrir una página que, a todas luces, era mi currículum—. «Oh, hemos ido a la misma universidad. Eso te da puntos» —volvió a mirarme y sonreír.

Asentí con la cabeza. El señor O'Sullivan estaba empezando a darme miedo. Parecía un puto sicópata sonriendo tanto y forzando ese ambiente divertido y dicharachero. Por alguna razón seguía hablándome en alemán y tenía la impresión de que, cuando descubriera que yo no tenía demasiada experiencia directa como asesor fiscal y que no tenía una cartera de clientes, todo cambiaría.

—«Y dime, Leonard, ¿cómo es un joven con tus estudios y tus maravillosas recomendaciones no ha conseguido un puesto de asesor fiscal a estas alturas?» —me preguntó.

—«A mí también me gustaría saberlo» —respondí con sinceridad, lo que provocó otra ligera carcajada en el señor O'Sullivan—. «Pero supongo que se ha debido a que fui aceptando empleos por necesidad más que por interés y no he tenido tiempo hasta ahora para centrarme en conseguir el trabajo que desearía».

—«Oh, yo también tuve un par de trabajos como los tuyos de joven. No es fácil hacerse un hueco en el mundillo de la contabilidad, ya sabes» —me dijo como si yo ya fuera un viejo amigo suyo—. «Pero en FC&A nos gusta apostar por el talento joven y con ganas de aprender y superarse».

Solté un murmullo de fingido interés solo por responder algo.

—«¿Se te da bien el trabajo en equipo?» —me preguntó, pero, esta vez, en un francés con fuerte acento.

—«Sí, soy bastante participativo y me gusta el intercambio de opiniones e ideas. Creo que pueden mejorar mucho una propuesta o un producto cuando hay varias mentes con diferentes perspectivas detrás» —solté mi respuesta precocinada en francés y mantuve la mirada de ojos claros del señor O'Sullivan, quien sonrió un poco más de nuevo.

—«Yo pienso lo mismo, es más bonito cuando hay mucho y no solo pocos

detrás de una idea. Con el equipo se puede ayudar unos a otros y todo es mejor» —al señor O'Sullivan le costaba mucho más el francés y se le notaba un poco perdido con la gramática y la pronunciación—. «Aquí en FC&A trabajamos en equipo de pocos, tenemos diferentes... ehm... áreas y cada una con un jefe de equipo. Yo dirijo la que trabaja con empresas extranjeras con... corazón. No, eh... centro...»

—«Con sede en Dublín» —le ayudé.

—Sí, oh, perdona, Leonard. Mi francés no es tan bueno, hay algo en esa lengua que me atraganta —y se rio, hablando al fin en inglés después de esas pruebas mal escondidas y tan confusas para saber si yo realmente hablaba tres idiomas o no—. Sí, mi equipo trabaja con empresas extranjeras con sede en Dublín. Debido a que Irlanda es un paraíso fiscal dentro de la Unión Europea, atraemos a muchos inversores que desean, bueno —abrió las manos, como si se acabara de dar cuenta de que yo ya sabía de sobra los muchos beneficios que poseía la baja tributación irlandesa con respecto a otros países europeos—, qué tontería que te lo explique. El caso es que me gusta que mi equipo sea capaz de comunicarse con nuestros clientes de una forma fluida y, de ser posible, en su idioma, porque muchos quizá no hablan inglés o no entienden del todo la jerga empresarial o económica.

Entonces lo entendí.

—Por supuesto —asentí varias veces. Mis perspectivas con aquel trabajo acababan de aumentar enormemente después de oír aquello.

—También trabajamos con las empresas americanas, y como tú has vivido allí, estarás familiarizado con las diferencias entre su sistema fiscal y el nuestro —continuó—. La verdad, Leonard, es que eres perfecto para este puesto —concluyó con una de sus amplias sonrisas.

Me quedé mirándole en silencio y lo único que se ocurrió fue asentir y decir:

—Gracias, Darren.

—¿Tienes alguna pregunta? —quiso saber.

—¿Cuál es el salario?

—Oh, por supuesto, es de ocho mil doscientos euros netos mensuales más pluses y dietas de desplazamiento y comidas en caso de que debas atender a viajes o a clientes.

Cogí aire por la nariz y volví a asentir. Eso era más del doble del sueldo medio, más que de sobra para tener un buen nivel de vida y un bonito piso en Dublín. El silencio se alargó un poco y el señor O'Sullivan terminó por decirme:

—No pareces un hombre demasiado impresionable, Leonard.

—Oh, perdón —sonreí, recordando que estaba en mitad de una entrevista de trabajo. Pero, sinceramente, todo había sido tan raro que casi parecía que era él el que quería convencerme a mí de que aceptara el trabajo y no al contrario—. Estaría encantado de participar en tu equipo, Darren. FC&A parece una empresa muy emocionante.

Eso fue la primera tontería que se me ocurrió, pero al señor O'Sullivan pareció complacerle y sonrió mientras cabeceaba. Me ofreció la mano y me dijo:

—Maravilloso, entonces. Puedes venir mañana a primera hora y te explicaré más en detalle como es el trabajo y te presentaré al resto del equipo.

—Genial —sonreí, aceptando el apretón con una amplia sonrisa.

Sonrisa que perdí por completo al entrar en el ascensor y despedirme del señor O'Sullivan. Fruncí el ceño, entonces lo fruncí más y negué con la cabeza.

—Pero qué cojones... —murmuré sin entenderlo.

Salí hacia la recepción del edificio, devolví mi tarjeta de invitado y salí al calor templado de la mañana, donde mandé un mensaje a Ryan para que supiera que ya había terminado. Volvió a los pocos minutos con una expresión seria y algo entristecida, dando por hecho que, si había tardado tan poco, era porque las cosas habían ido mal.

—Ey, Leo —murmuró con las manos en los bolsillos antes de encogerse de hombros—. Es solo una empresa de gilipollas trajeados, solo hay que mirar el edificio.

—Pues te vas a llevar una decepción, porque tu amigo Leo es ahora un gilipollas trajeado —respondí antes de sonreír.

Ry abrió los ojos y sonrió antes de rodearme los hombros y exclamar:

—¡No jodas! ¡Qué genial!

—Vamos a tomar un cubo de café con leche de esos que me gustan, yo invito —respondí, señalando hacia un lado con la cabeza.

Ryan se rio y me soltó los hombros después de darme un fuerte apretón de felicidad. En el centro financiero estaban los edificios más altos y más modernos de Dublín, repletos de los servicios que trabajadores de oficina y empleados pudiera necesitar, entre ellos: docenas de locales de café y comida. Elegimos uno de ellos al azar, el primero que encontramos en una esquina. Pedimos y nos sentamos a la mesa con dos tazas enormes repletas de café con leche. Ryan casi echó todo un trago sobre la mesa cuando le empecé a contar mi increíble experiencia. Empezando por lo estúpida que era la oficina, hasta mi encuentro con Darren O'Sullivan, el políglota. «No me jodas... No te creo» farfullaba todo el rato, negando de vez en cuando con la cabeza. Hasta que llegué a la mejor parte, el sueldo. Ry se quedó con la taza a medio camino de los labios y me miró a los ojos, perdiendo la sonrisa lentamente hasta desaparecer y parpadear.

—Vaya... eso es mucho dinero —reconoció—. Es casi el doble de lo que cobro yo.

—Yo también me quedé impresionado, pero, al parecer FC&A debe mover muchísimo dinero —dije, bastante seguro de ello—. Deben tener una buena cartera de clientes y cobrarles muy bien el asesoramiento.

—¿Entonces vas a ponerte a buscar apartamento? —me preguntó, volviendo a llevarse la taza a los labios.

—No, todavía no, esperaré a cobrar el primer sueldo o no voy a poder mudarme. No me importa esperar un poco.

—¿Vas a venir todos los días desde el pueblo a Dublín? —dijo, frunciendo el ceño—. Lo que no te gastes en el apartamento te lo vas a gastar en gasolina y tiempo de vida, Leo.

Puse una mueca de incomodidad. Ry tenía razón, pero no había muchas más opciones por el momento.

—Si quieres... puedes vivir conmigo hasta que encuentres algo —me ofreció él.

Alcé ambas cejas y me quedé mirando los ojos más verdosos que azules con la luz que entraba por las cristaleras del local. Él era un hombre muy celoso de su intimidad, le gustaba venir mucho a mi casa, hasta el punto de casi vivir conmigo, pero siempre se había asegurado de tener un lugar al que huir en caso de que quisiera estar solo y refugiarse del mundo. Por eso su invitación me sorprendió tanto.

—No sé, Ry —murmuré, no demasiado convencido de cómo saldría eso si él tenía uno de sus ataques depresivos—. No quiero molestarte.

—No, no, Leo —empezó a decirme, alzando las manos con expresión seria e intensa—. No pasa nada, de verdad. Si me importara no te invitaría, créeme. —Bajó la mirada a su taza ya a medio beber y frunció el ceño—. Ya no es como antes, Leo —añadió en voz más baja—. Estoy bien.

Asentí, porque no tenía razones para no creerle, pero aun así respondí:

—Tu apartamento solo tiene una cama, quizá esté muy encima de ti y te agobies un poco. Dale un par de vueltas antes de precipitarte y yo haré lo mismo, ¿qué dices?

—Nunca me he quejado de que te pongas encima de mí, Leo —me dijo, dedicándome una de sus sonrisas sexys y un rápido guiño.

Me reí, pero sabía que intentaba distraerme con una de sus bromas de aquel momento serio en el que habíamos casi rozado una conversación sobre sus problemas de ansiedad y su depresión. Como muchas otras veces desde que habíamos roto, lo dejé pasar y fluir con la conversación, quedando olvidado por completo. Cuando llegamos al coche ya estábamos bromeando de nuevo sobre la oficina y el señor O'Sullivan. Volvimos a Ashtown e hice una breve llamada al bufete de abogados para decirles que no asistiría a la entrevista porque ya me habían ofrecido un trabajo en otra compañía. Me dieron las gracias por llamar y me mandaron directo a la lista negra para no volver a contactar conmigo jamás. Cosa que no podría importarme menos en aquel momento; puede que al final siguiera sirviendo cafés y revisando papeleo en FC&A, pero lo haría por un sueldo cojonudo. Esa idea me hizo reírme solo cuando me despedí de Ryan tras la comida y salí de camino a casa. Era lo mismo que había pensado cuando había aceptado trabajar para James: lo haría por el dinero.

Al llegar a casa mi madre me recibió con una amplia sonrisa y me miró de arriba abajo antes de decir:

—Dios mío, que guapo estás. ¿Has ido a algún sitio importante?

—Sí, a una entrevista de trabajo. Me han contratado —anuncié con una sonrisa un poco orgullosa en los labios.

—¡Oh! ¡Callum, el niño ha encontrado trabajo! —gritó a sus espaldas—.

¡Cómo me alegro, cariño! ¿De qué es?, ¿es en Dublín? ¡Cuéntamelo todo!

Se lo tuve que explicar a ella y después hacerle un breve resumen a mi padre.

—Y a ti que no te gustaba que aprendiera alemán —le recordó mi madre con un gesto serio.

—Es el idioma de los nazis —insistió mi padre, golpeando la mesa de la cocina con un dedo.

—Karl Marx era alemán —le recordé antes de meterme un trozo de bistec en la boca.

—Karl Marx era judeo-alemán, Lenni, es diferente —respondió mi padre, dedicándome una mirada seca que, aunque pareciera de enfado, era solo su mirada de cuando discutía las cosas.

Tras la cena, subí al segundo piso, me di una ducha larga y relajante y me fui a la habitación para tirarme en la cama. Noté la ausencia y la soledad después de dos noches seguidas junto a Ryan, como si, de pronto, ya no supiera o no me sintiera cómodo durmiendo solo; lo cual era estúpido. Eché de menos el peso sobre mí, pero ya no tanto, ya no de una forma tan desgarradora. Era solo un recuerdo de algo que me hacía profundamente feliz pero que ya no tenía y que debería ir olvidando, porque nunca volvería a tenerlo. Tardé un buen rato en conciliar el sueño, dando un par de vueltas en la cama hasta despertarme con la alarma del móvil. Me levanté casi de un salto y la apagué, sumergido en la oscuridad. Apoyé la cabeza en la almohada y jadeé. Ryan tenía razón, quizá madrugar dos horas y media antes para llegar a tiempo a la oficina era un poco demasiado. Desayunando mi avena con pasas en la soledad de la cocina comprobé que, de la estación de tren de Ashtown a Connolly Station solo había veinticinco minutos, y solo diez más andando hasta el centro financiero. No fue algo decisivo, solo una buena razón más para aceptar la oferta de Ryan.

Salí en coche con tiempo de sobra para tomarme el camino con tranquilidad, poner las noticias de madrugada de la radio y atravesar la carretera a oscuras mientras, por el horizonte, se veían las primeras luces del amanecer. Cuando llegué a Dublín tuve suerte de encontrar un aparcamiento decente y sin parquímetro, solo tuve que caminar doce minutos hasta el centro comercial. Allí me paré en otra cafetería cada vez más llena de trabajadores deseosos de un buen chute de cafeína, me senté en una de las mesas altas y miré a través de la cristalera mientras bebía. El teléfono me vibró en el pantalón de pinza negro y fruncí el ceño, sin saber quién podría estar mandándome algo tan temprano. Miré la notificación del mensaje y, sin pensarlo, lo abrí.

«Leo. Por favor, necesito hablar contigo. Necesito explicarte lo que pasó.

Lo siento mucho, de verdad. Sé que estás muy enfadado conmigo, pero te echo muchísimo de menos. James».

El corazón me dio un vuelco y empecé a respirar con más fuerza. Los ojos se me llenaron de lágrimas y luché con todas mis fuerzas para no ponerme a llorar en mitad de aquella cafetería. Así que cerré los ojos y me los cubrí con la mano, haciendo un breve ejercicio de respiración para controlarme. Dejé el móvil de nuevo en la mesa y tardé un par de minutos en reunir las fuerzas suficientes para releer el mensaje. Tuve muchas emociones encontradas en aquel momento: quise borrarlo y olvidarlo, quise responder de una forma cortante, quise bloquear el número; incluso me planteé llamar de vuelta y empezar a gritarle. Porque él ya no tenía derecho a hacerme aquello. Ya no tenía derecho a molestarme ni a volver a mi vida. James Black había decidido aquella noche que yo no era lo suficiente importante para él como para no engañarme y traicionarme.

Pero no hice nada de aquello. Sino que miré la hora y, con un cálculo rápido, me di cuenta de que en Nueva York debía ser muy de madrugada, así que James me había mandado aquel mensaje en mitad de la noche, quizá después de otra de sus fiestas. Eso es lo que em dije a mí mismo para alimentar mi odio y no ceder a aquella asquerosa voz dentro de mí que me susurraba: «Eh, Leo, solo quiere disculparse. Dale al menos eso y después sigues adelante con tu vida». Pero el problema era que yo no le debía nada, no tenía que escuchar lo que tuviera que decirme, no tenía por qué darle el placer de hacerlo. James. No. Se. Lo. Merecía. Guardé de nuevo el móvil y me terminé el café templado de un par de tragos antes de ir al baño y comprobar el desastre que había dejado el mensaje. Ahora tenía los ojos hinchados, enrojecidos y llorosos, me había despeinado al pasarme las manos sin darme cuenta por el pelo y me había manchado la camisa de humedad. Traté de arreglarlo, pero aun así llegué a mi primer día de trabajo como si no hubiera dormido y me hubieran dado una paliza. Traté de sonreír a la recepcionista del edificio cuando me dio una nueva tarjeta de invitados, prometiéndome que en un día o dos tendría la de empleado; traté de sonreír al resto de trabajadores que me encontré en la entrada a la oficina, presentándome de la forma más elegante y agradable posible teniendo en cuenta mi imagen; traté de sonreír cuando vi al señor O'Sullivan y al resto del equipo, esperándome en ese despacho que resultó ser una especie de espacio común para todos, dividido en diferentes mesas y «sitios de trabajo».

—¿Qué ha pasado, Leonard? —me preguntó el señor O'Sullivan, el único que se atrevió a hacer referencia a mis ojos hinchados y mi camisa mojada.

—Me hacía tanta ilusión venir que me puse a llorar —respondí con una suave sonrisa. Y todos se rieron.

Entonces empezaron las explicaciones, el tour por el despacho del equipo, las presentaciones y la chachara incesante sobre clientes, compañías y datos que, por desgracia, me costó mucho asimilar. En una parte de mi mente había una rueda que giraba como un molino, repitiendo siempre la

misma canción y empañando el resto de mis pensamientos. Cada poco me descubría a mí mismo siendo incapaz de seguir las explicaciones del señor O'Sullivan porque no podía dejar de pensar en el puñetero mensaje y en James. Era gilipollas. Definitivamente, yo era gilipollas. No podía describirse de ninguna otra forma. No era ni media mañana cuando me disculpé un momento para ir al servicio. Me encerré en un cubículo y tomé un par de buenas respiraciones antes de sentarme sobre la tapa del váter y sacar el móvil. Releí ese mensaje, varias veces, volviendo a cubrir mis ojos de lágrimas que, en esta ocasión, no me molesté en contener.

«James —escribí—. No quiero que te disculpes. No quiero que me expliques nada. No me importa las excusas que tengas preparadas ni lo que vayas a decirme. Yo estaba allí. Fui a esa fiesta y te vi. Así que olvídame, vuelve con tus sumisos, con los amigos del señor Jacobs y a las orgías, porque al parecer es lo único que te hace realmente feliz.»

Y lo envié.

Mi primer día de trabajo no fue uno de esos que recordaría con alegría y emoción el resto de mi vida. Fue una mierda, cometí un par de errores estúpidos y me sentí el hombre más estúpido del universo. No me hubiera sorprendido si, al salir de allí, recibiera una llamada para decirme que habían cambiado de idea y que quizá yo no estaba preparado para el empleo. Así que dejé la oficina a la hora del cierre con una expresión muy seria y el corazón en un puño. Fui hacia el coche y me quedé allí más de media hora mientras atardecía, mirando el volante y llorando en silencio sin parar. Hasta que de pronto empecé a gritar:

—¡Hijo de puta! ¡Pedazo de cabrón hijo de puta! ¡Yo te quería y me has jodido la vida! —y a golpear el volante y agitarme hasta que me quedé jadeando y recostado, con la mirada borrosa perdida en la calle.

Cuando ya se hizo de noche y me cansé de parecer un loco hablando solo en el coche y llorando, cogí el móvil, ignore las numerosas notificaciones de nuevos mensajes, y llamé a Ryan.

—Ey, Ry, ¿te importa que duerma en tu casa esta noche? —le pregunté con voz rasgada de gritar y sollozar como un niño pequeño.

—Claro que no, Leo —respondió con tono lento, profundo y preocupado—. ¿To... todo bien?

—No, nada bien —murmuré—. Voy hacia allí —y colgué.

Conduje lento, sumido en una especie de estado de sopor después de haberme quedado vacío. Aparqué frente al edificio de apartamentos y subí a casa de Ryan. Me recibió con un bañador corto de verano y una expresión de ceño levemente fruncido y bastante preocupada. No dijo nada y se hizo a un lado para dejarme pasar. La casa olía un poco a mariguana y me detuve en seco.

—Perdona, te he interrumpido al final de tu paseo de la felicidad —se me ocurrió decirle.

—No, no te preocupes —negó, pero cuanto más le oía hablar y le veía, más obvio era que estaba un poco colocado. Sorbió por la nariz y parpadeó tratando de aclarar su mente difusa y nublada—. ¿Has... cenado ya? Creo que tengo un par de botes de fideos instantáneos.

—No, no he cenado —respondí, siguiendo sus lentos pasos en dirección a la cocina.

Sacó un vaso de una marca de fideos instantáneos con sabor a pollo de la alacena y lo agito mientras me miraba, esperando a que afirmara con la cabeza para poner a hervir agua. Entonces se acercó a la barra y cruzó los brazos, apoyándolos sobre la madera antes de mirarme con sus ojos azulados de pupilas algo dilatadas.

—¿Qué pasó, Leo? —me preguntó con tono suave—. ¿El trabajo no es lo que esperabas?

—No, no fue el trabajo.

La mente de Ry tardó un poco en unir cables y llegar a la deducción obvia.

—Joder... —murmuró en voz baja, agachando un momento la cabeza—. ¿Te ha vuelto a llamar?

—Me ha enviado un mensaje —no sabía por qué le estaba contando aquello, pero las palabras salían solas de mi boca—. A primera hora de la mañana, me jodió todo el día e hice el gilipollas en la oficina. No paraba de sollozar y no era capaz de concentrarme en lo que hacía. Fue totalmente ridículo... yo, seguro que me despiden —tuve ganas de volver a llorar.

Ryan chasqueó la lengua y negó con la cabeza antes de rodear la mesa y acercarse a mí para abrazarme. Estaba cálido, olía un poco a mariguana y un poco a sudor, pero le abracé de vuelta porque, de pronto, descubrí las muchas ganas que tenía de algo así. Cerré los ojos, le apreté un poco más fuerte y hundí el rostro en su cuello mientras él me acariciaba lentamente la espalda. Fue un momento bastante agradable e íntimo que se alargó hasta que noté algo que me hizo entreabrir los ojos y preguntar:

—¿Qué le pasa al soldado Ryan?

—Oh, joder... perdona, Leo —Ry se separó despacio, mostrando su evidente erección bajo la fina tela del bañado rojo—. Es la hierba, estoy muy sensible, mi cuerpo no... y... ya sabes lo mucho que le gustas al soldado —trató de explicarme a la vez que medio se cubría la polla dura con las manos—. Y... hueles muy bien —añadió en apenas un murmullo.

No supe si fue la cara un poco bobalicona de Ry, su extraña explicación o su postura medio encogida para tratar de esconder al soldado Ryan, muy firme y preparado para la guerra, pero solté un bufido y una sonrisa me cruzó los labios. Negué con la cabeza y miré hacia el hervidor.

—Vete a terminarte tu porro, ahora voy contigo —le dije, caminando hacia la cocina para mirar las instrucciones del vaso de fideos.

Ry murmuró algo que no entendí, pero terminó yéndose al balcón. Abrí el sobre de polvos del interior del envase, lo eché sobre los fideos secos, vertí el agua hirviendo y cerré la tapa antes de llevármelo junto con unos palillos de madera al balcón. Ryan estaba allí, recostado sobre la silla plegable y fumando breves caladas antes de aspirar el aire y soltarlo lentamente. Allí fuera olía bastante a mariguana, pero eso nunca me había importado, así que me senté a su lado y dejé el vaso sobre la mesa a la espera de que se hiciera. Compartimos un silencio, solo interrumpido por los pocos ruidos que llegaban de la calle; algún perro, conversaciones bajas, algún murmullo de otro balcón, hasta que cogí mi envase de fideos y empecé a soplar y comerlos lentamente porque quemaban.

—Leo —me llamó Ryan, quien ya llevaba un rato con la cabeza ladeada hacia mí y mirándome—. Tienes que olvidar a ese cabrón de James. Cuando estábamos juntos, tú y yo —nos señaló ambos con la misma mano con la que sostenía el final de su porro de punta anaranjada y humeante—. Sabía que si te engañaba, sería el final. Me perdonaste mucha mierda... muchísima, pero yo sabía —insistió, acentuando la palabra—, que jamás me perdonarías que te hubiera sido infiel. Estoy seguro de que ese hijo de

puta millonario también lo sabía.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y parpadeé, demasiado cansado ya de llorar. Miré al frente y después a mi vaso humeante de fideos, tomé unos pocos más con los palillos y los metí en la boca antes de sorber. Al parecer, ahora vivía en un mundo del revés donde Ryan era el hombre que siempre tenía razón y decía las cosas con sentido, y yo el que se pasaba los días deprimido y silencioso.

—¿Crees que soy demasiado permisivo, Ry? —le pregunté sin mirarle, dando vueltas al agua opaca con olor a pollo en busca de más fideos—. ¿Crees que paso por alto demasiadas cosas cuando estoy con alguien?

—Sí —respondió sin más—. Cuando quieres a alguien, eres una máquina de tragar mierda, Leo.

Cerré un momento los ojos y negué con la cabeza, sintiéndome como un completo gilipollas.

—Pero así eres tú —continuó Ryan, demasiado colocado y calmado para mantener sus filtros y muros habituales.

Fumó otra calada, aspiró aire hasta llenarse los pulmones y lo soltó lentamente al aire nocturno.

—Te envidio muchísimo. Ojalá yo tuviera esa fuerza de voluntad para cargarme a las espaldas mis problemas y los de los demás y salir a comprar cruasanes para seguir sonriendo cada puta mañana.

—Yo también lo paso mal, Ry —murmuré—. No es algo que me encante hacer, pero hay que hacerlo —me bebí un par de tragos del caldo caliente con sabor a pollo y dejé el envase en la mesa—. Voy a cama, estoy un poco cansado.

—Voy contigo —dijo Ryan, apagando el porro en el cenicero y entrando en casa antes de cerrar la puerta del balcón. Me acompañó a la habitación, pero antes de quitarse el bañador me dijo—. Oye, Leo. Puede que el soldado Ryan se ponga algo tonto esta noche, no le hagas caso, ¿vale?

—Quizá deberías ir al baño y sacar en maniobra de falso combate al soldado Ryan —le sugerí.

A Ry eso le hizo mucha gracia, asintió un par de veces, pero se quitó el bañador y se metió igualmente en la cama; con los brazos extendidos, acariciando las mantas mientras entrecerraba los ojos. Respiraba profunda y suavemente, hasta que me tumbé a su lado, entonces me hizo un poco de sitio y se giró hacia mí. No te su mirada en la penumbra de la habitación y, tras un largo minuto, giré el rostro para mirarle también. Ry tenía expresión seria y apretó las comisuras de los labios antes de mover una mano para acariciarme el brazo con cariño. Sonreí un poco, sintiendo que los ojos volvían a empañarse.

—Ven aquí —dijo en voz baja, acercándose para pegarse a mi cuerpo y rodearme con los brazos—. Odio verte llorar, Leo.

Pasó un brazo por debajo de mi cabeza y otro por encima de mi abdomen, acercándose a él antes de apoyar la frente en mi sien. Cogí una bocanada de aire y cerré los ojos, hacía algo de calor y pronto empezaríamos a sudar si

nos quedábamos tan pegados, pero aquel abrazo me llenó de una sensación agradable y placentera.

Me quedé dormido sin darme cuenta, solo para despertarme en algún momento cuando oí la alarma del móvil, como los clavos de un ataúd que se clavarán más profundo con cada pitido. Se me escapó un gruñido de queja y aparté la manta fina para levantarme e ir hacia el pantalón de traje tirado en el suelo.

Era muy temprano porque tenía el despertador puesto para cuando tenía que llegar desde el pueblo, así que lo apagué y entrecerré los ojos cuando tuve que deslizar la pantalla y poner otra alarma más tarde.

Vi más de cuatro notificaciones de nuevos mensajes, pero en ese momento solo sentí una leve punzada de dolor, demasiado dormido para ser consciente de lo que eso significaba.

Me llevé el móvil conmigo a la mesilla y lo dejé allí antes de tirarme de nuevo en la cama. Ryan se desveló, murmuró algo incomprensible y se giró hacia mí para volver a pegarse y quedarse dormido. Cuando sonó la segunda alarma, las primeras luces del amanecer entraban por la ventana y la apagué antes del tercer pitido. Me pasó una mano por el rostro y aparté suavemente el brazo de Ryan, estirado sobre mi pecho mientras dormía cara a la cama, con la cabeza girada al otro lado, una pierna encogida y el culo al aire.

Me tomé un momento sentado al borde de la cama para frotarme los ojos, un poco doloridos por dormir con las lentillas puestas. Fui a por mi ropa arrugada y tirada en el suelo y me la llevé conmigo al salón para vestirme. Cogí las llaves de Ryan y salí de casa para volver con una pequeña bandeja de dos cruasanes, la dejé sobre la barra de la cocina y calenté agua para poner la cafetera a funcionar antes de salir hacia el trabajo. Como había calculado, tomando el tren de Ashtown hasta el centro, tardaba apenas media hora en alcanzar el edificio de oficinas. Incluso tuve tiempo para pedir uno de mis cubos de café con leche y tomarlo de camino. Mi imagen seguía siendo un puto desastre: con la misma ropa del día anterior y, además, un poco arrugada; sin embargo, mi rostro estaba calmado y mis ojos no estaban hinchados y enrojecidos. Llegué al despacho compartido del equipo y lo primero que hice fue tomarme un momento con el señor O'Sullivan para pedirle perdón por el día anterior. No quería soltar un montón de excusas tontas y sin sentido, así que fui claro. Le dije que lo sentía mucho, que había tenido un pequeño problema personal y que esperaba que pudiera perdonarlo. Él sonrió un poco y trató de restarle importancia con su sonrisa animada y algunos comentarios del tipo: «A todos nos ha pasado, no te preocupes, Leonard». Pero a mí no me hizo sentir mejor. No podías presentarte tu primer día de trabajo como yo lo había hecho, así que traté de compensarlo con la dedicación, el esfuerzo y la profesionalidad de la que tan orgulloso me sentía. Estuve sentado la mayoría del tiempo en una de las mesas altas del despacho que compartía con Yan-Yan; una de mis compañeras de trabajo de ascendencia china que

trabajaba con las empresas orientales. Era una mujer de pelo negro y lacio, gafas grandes y una actitud bastante alegre.

—No te preocupes, puedes llamarme solo Jhan —me había dicho cuando se había presentado y yo había tratado de pronunciar su nombre correctamente, pero solo me había salido algo como «Ian-Ñan»—. Estoy acostumbrada y es más sencillo para los occidentales.

Éramos cinco en total, contando con el señor O'Sullivan. Además de estudios económicos y fiscales, todos sabíamos varios idiomas. Estaba Laura Hernández, una encantadora chica española que también hablaba italiano, Abbur Haluf, un hombre de mediana edad que hablaba árabe, y finalmente Darren O'Sullivan, que hablaba un fluido alemán y un entendible francés y sueco. No tardé demasiado en descubrir que mi entrevista de trabajo no había sido para el puesto anunciado en la página web de empleo, sino que le habían pasado mi currículum directamente al señor O'Sullivan debido a siempre buscaba expertos en fiscalidad con idiomas. No éramos el único equipo que trabajaba con inversores extranjeros, pero él tenía esa idea de que poder conversar en el idioma de los clientes hacía que el servicio mejorara enormemente. Por ello cada uno de nosotros tenía una pequeña lista de empresas de las que hacerse cargo. Eran medianas y grandes compañías, pero no multinacionales, porque esas tenían sus propios departamentos financieros y no necesitaban externalizar el servicio.

El señor O'Sullivan continuó poniéndome al día la mayoría del tiempo, haciéndome pequeñas y discretas pruebas para conocer mi respuesta a ciertas situaciones o problemas antes de ponerme en contacto con los clientes.

—«Buenos días, soy Leonard O'Brien, ayudan...» —me detuve en seco y apreté un momento los ojos—. «De FC&A, la asesoría» —continué en francés, bajo la atenta mirada del señor O'Sullivan, que solo estaba ahí por si surgía algún problema.

Cuando el día laboral terminó, había conseguido recuperar el buen ritmo y me sentí muy orgulloso de mí mismo por no haber tenido demasiados momentos de ansiedad o indecisión. A veces algo me recordaba al pasado, o sentía una punzada de extrañeza y morriña, pero se pasaba pronto y seguía trabajando.

Llegué a la estación de tren de Ashtown bastante cansado, fui a por mi coche aparcado frente al edificio de apartamentos y vi una nota en el retrovisor que decía: «Gracias por los cruasanes, Leo. Eres el mejor. Llámame».

La doblé y la guardé en el bolsillo antes de entrar y comenzar mi camino a casa bajo un cielo cada vez más oscurecido.

Al salir de Dublín y atravesar los caminos más llanos y tranquilos, me tomé la libertad de mirar el móvil, ignorar la notificación de nuevos mensajes y llamar a Ryan con el manos libres.

—Ey, Leo —me respondió con un tono alegre—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bastante bien —asentí—, creo que pasarán por alto el desastre de ayer y me darán una nueva oportunidad. ¿Qué tal tú en la clínica?

—Muy bien, la verdad. Vendí muchos champús porque ahora la gente baña más a sus perros para tenerlos frescos.

—Eso es genial —celebré con una sonrisa, tomando una pequeña curva con cuidado porque había poca visibilidad—. Ese equipo de música que papi necesita está cada vez más cerca.

Ryan soltó una carcajada que resonó por todo el coche y se fue apagando lentamente.

—Oye, Leo. ¿Has pensado en lo que te dije de quedarte en casa? —me preguntó entonces.

—Sí... —murmuré por lo bajo—. La verdad es que me vendría bastante bien, pero no quiero molestarte, Ry. Por si quieres invitar a Arthur o a otro a tu casa y estoy yo por ahí...

Hubo un breve silencio en la línea y después se oyó un leve resoplido.

—Leo, estoy bien. Es solo un mes y sabes que me gusta mucho estar contigo, así que no seas gilipollas. No te lo voy a ofrecer otra vez —me dijo.

Miré la carretera alargada y bordeada de bosque y prado, tomé una bocanada de aire y terminé respondiendo:

—Vale, si no te importa, me quedaré en tu casa.

—Así me gusta, Leo —dijo él—. ¿Necesitas que te ayude con la mudanza?

—No. Haré solo un par de maletas con ropa y las llevaré mañana. Gracias, Ry.

—Te haré sitio en el armario y en el baño.

—No tengo tanta ropa —le aseguré, y entonces recordé algo—. Tengo que ir a volver a comprar más camisas y pantalones de trabajo. No contaba con que me contrataran tan pronto y no puedo llevar las mismas dos camisas una semana seguida.

—No te preocupes, vamos mañana a la salida del trabajo —me dijo—. Los jueves las tiendas cierran un poco más tarde y nos dará tiempo. Te voy a buscar al centro financiero y salimos desde allí.

—Perfecto —asentí—, quedamos así entonces. Pasa buena noche, Ry.

—Lo haré. Me comeré un kebab y sacaré a una maniobra de combate al soldado Ryan. Quizá deberías hacer tú lo mismo con el capitán —me sugirió.

—Nunca he entendido por qué mi polla tiene más graduación militar que la tuya —le confesé con una suave sonrisa en los labios.

—Vamos, Leo —resopló, como si la pregunta fuera estúpida—, el capitán siempre es el que manda, y ambos sabemos cómo te pones en la cama.

Alcé las cejas y entreabrí los labios en una expresión de divertida sorpresa que él no pudo ver.

—Vale, bueno, nos vemos mañana, Ry —le dije, terminando con aquella tonta conversación—. Y cena algo mejor, no puedes alimentarte solo de comida rápida y cerveza —le pedí.

Hubo un breve silencio en el que se oyó un pequeño bufido y, tras unos pocos segundos, Ry respondió:

—De acuerdo, me haré algo mejor para cenar. Buenas noches, Leo —me despedí y colgó.

Cuando llegué a casa, mi madre me interrogó sobre el trabajo y me preguntó, un poco preocupada, sobre mi ausencia en la noche del día anterior. Fui breve y conciso, ahorrándome las partes más difíciles para decir que me había quedado en casa de Ryan y que me iba a mudar allí por comodidad antes de encontrar un apartamento para mí solo. Así que antes de irme a dormir me tomé una ducha e hice una maleta, llenándola de la poca ropa que iba a llevarme, ya que de todas formas era vieja y tendría que renovarla de un momento a otro. Al echarme al fin en la cama me quedé mirando el techo un largo rato, sintiendo aquel pequeño vacío dentro de mí. La soledad y la falta de compañía me llevaron a pensar en cosas en las que no quería pensar, así que traté de seguir el consejo de Ryan y darle un poco de atención al capitán, al que últimamente tenía muy olvidado. Sin embargo, cuando alcancé el móvil a un lado para buscar algo de porno, volví a ver las notificaciones de los mensajes. Noté una punzada en las entrañas y un nerviosismo, rabia, frustración, y una estúpida y nada entendible sensación de culpabilidad al fondo de todo. James me había mandado un total de once mensajes a lo largo de la noche y el día tras mi respuesta. No había abierto ninguno, y me prometí a mí mismo que no lo haría. Hasta ese momento en el que estaba tirado en la oscuridad y soledad de la habitación, con la claridad de la pantalla del móvil iluminándome el rostro y los ojos llorosos.

«Leo. Tú eres el único que me hace feliz. Lo juro. Esa noche fue solo un error. Lo siento muchísimo, de verdad. Necesito que sepas que me arrepiento a cada minuto del día y te echo tanto de menos que duele. No soy capaz de dormir y no paro de pensar en ti. Llámame, por favor, déjame explicártelo». Fue el primero.

«Leo. Sé que la he jodido. Lo sé. No pienses que creo que esto no ha sido uno de los errores más grandes que he cometido en la vida, pero te juro que es verdad que no quería hacerte daño. Te quiero muchísimo. Solo habla conmigo, por favor». Fue el segundo, una hora después.

«Leo. Sé que me merezco todo esto por lo que te hice, pero al menos déjame que me disculpe y que pueda pedirte perdón».

«Leo. Ya no sé qué hacer. Me siento muy mal y te echo de menos. Háblame, por favor».

«Hola, Leo —cinco horas después—. Estoy yendo a terapia, como tú me dijiste que hiciera. Llevo una semana desde que te fuiste, porque no he podido dormir y no era capaz de salir de la cama. Estoy esforzándome por ser mejor, pero necesito tu ayuda. Sigues siendo la persona más importante en mi vida».

«Leo. Me gustaría decirte que me has hecho muy feliz y darte las gracias por todo lo que has hecho por mí a lo largo del año que hemos estado jun-

tos. Nadie me había dado tanto ni se había preocupado por mí como tú lo hiciste. Siento haberte hecho sufrir de esta manera».

«Hola, Leo —escribió otras cuatro horas después—. Entiendo que no leas los mensajes que te mando, o que no quieras responderlos. Si tú me hubieras hecho lo que yo te hice, estaría muy enfadado y probablemente también te ignoraría; pero sé que tú eres mucho mejor de lo que yo soy y que algún día me darás la oportunidad de disculparme».

«Hola, Leo —me envió en mitad de la noche—. He estado releendo tu mensaje cientos de veces. Me duele muchísimo pensar que ahora me odias. Dime al menos que no me odias, por favor. Nunca quise hacerte daño. Te lo juro».

«Leo. Llámame a cualquier hora, en cualquier momento del día o la noche. Si no quieres hablar de lo que pasó, al menos podemos hablar sobre otro tema, lo que sea. Solo quiero oír tu voz».

«Leo. Estoy pasándolo muy mal. No soy capaz de comer ni de dormir, no dejo de llorar y enfadarme por todo. Solo salgo de casa para ir a terapia y me paso el día bebiendo y mirando nuestras fotos. Por favor, Leo. Solo necesito que me hables una vez más».

«Hola, Leo. Este es el último mensaje que te mandaré —me escribió aquella misma tarde—. Solo quiero decirte que me arrepiento de lo que te hice, que fui débil y que soy consciente de todos los problemas que tengo. Soy un hombre con muchos complejos y carencias emocionales que he ido cargando y alimentando a lo largos de los años, usando el sexo y mi físico para ganarme la admiración de los demás. Esto no es una excusa ni justifica todo el daño que te he hecho, solo es para que sepas que estoy empezando a darme cuenta de mis propios problemas y que tengo intención de, paso a paso, solucionarlos y ser una mejor persona. Espero que algún día puedas perdonarme y vuelvas a hablar conmigo, porque tu opinión y tu compañía son de las cosas que más valoro en la vida. Solo he tardado un poco en darme cuenta. Gracias por haberme dado tanto. James Black».

Cuando leí esas últimas palabras, ya tenía los ojos tan repletos de lágrimas que apenas distinguía las letras sobre la pantalla luminosa. Dejé el móvil y me cubrí el rostro con unas manos temblorosas. Ahogué un jadeo y empecé a sollozar una vez más, como muchas otras veces desde que había llegado de América. Tardé bastante en tranquilizarme, en coger un par de bocanadas de aire y soltarlas lentamente mientras me limpiaba el rostro empapado. Había un tambor en mi pecho y una guerra en mi mente.

Era muy complicado olvidarte de alguien al que querías tanto.

Era complicado para mí dejar de preocuparme y ser egoísta, decirme a mí mismo: «que se joda. Se lo merece por ser un cabrón», y simplemente disfrutar de su desgracia y de lo mal que lo estaba pasando. Porque yo no era así.

Lo que yo sentía por James era muy profundo, no se podía encender y apagar como un interruptor; ojalá hubiera podido, pero no era esa la for-

ma en la que funcionaba para mí. Incluso dolido y traicionado, sentí pena y angustia por ese señor Black desesperado por una respuesta.

Cogí el móvil y miré la barra parpadeante sobre la línea blanca del teclado. Tragué saliva y entonces cambié de idea. Me levanté de la cama y marqué el número, pero añadí la extensión del buzón de voz.

Miré la calle a través de la ventana de mi habitación y tomé una última bocanada de aire.

—Hola, James —dije con voz serena, aunque mis ojos estuviera hinchados y enrojecidos de tanto llorar—. No te odio. Ni siquiera ahora. Y nunca te he deseado nada malo ni nunca lo haré.

Tragué saliva otra vez, aunque de pronto tenía la boca seca y pastosa.

—Has dado un gran paso buscando ayuda profesional y empezando a tratar de solucionar tus problemas. Debes sentirte muy orgulloso de ello y solo te deseo lo mejor, pero no... —me detuve y traté de volver a pensar en lo que quería decir—: No puedes seguir mandándome mensajes y tratando de ponerte en contacto conmigo. Se acabó. Sabías lo que pasaría si me traicionabas. Lo sabías, James, y aún así lo hiciste —me detuve, porque mi voz empezaba a sonar un poco ahogada y rápida. Me pasé un par de segundos mirando la calle en silencio, la carretera oscura y el bosque tras ella, antes de volver a un tono más neutro y calmado para decir—: No puedo perdonarte, porque ya te he perdonado demasiadas cosas, pero quiero que sepas que yo también fui muy feliz a tu lado y que... no... no me arrepiento de haberte dado todo lo que te di —concluí mientras una última lágrima me cruzaba la mejilla hasta desaparecer en mi barba demasiado larga ya—. No dejes que los demás controlen tu vida, James. Tú vales más que eso —concluí antes de apartar el móvil de la oreja y terminar la llamada.

De pronto me sentí mucho mejor, con una agradable sensación de haber hecho lo correcto. Me eché en cama y miré el techo. Seguía llorando, pero se debía solo a que me había puesto a recordar los buenos momentos con James, eses que me habían hecho tan estúpidamente feliz. Ese último mensaje había sido como el capítulo final de una historia que ya había terminado, pero que había quedado sin escribir hasta entonces.

Yo me sentía bien conmigo mismo sabiendo que, aunque no hubiera perdonado a James, le había hecho saber que no le odiaba y que esperaba que ambos siguiéramos adelante con nuestras vidas.

Cuando el despertador empezó a sonar, me levanté directamente, sin quejas ni gruñidos. Estaba cansado, pero no desganado y sintiéndome miserable. Me di una ducha, me puse una camisa blanca nueva con corbata gris y pantalones a juego con cinturón negro, tomé mi desayuno de avena mientras leía la receta de galletas del paquete y salí de casa con la maleta de ropa para dejarla en el maletero.

Puse las noticias y conduje a Dublín mientras el sol empezaba a salir por el horizonte. La mañana era fresca, pero abrí la ventanilla para que el aire me despejara un poco la mente todavía algo adormilada. Aparqué con

tiempo y fui a otra cafetería del centro financiero, comenzando mi pequeña exploración de los locales antes de decidir cuáles serían mis favoritos y los que más visitaría; el que elegí aquella mañana no sería uno de ellos.

Me senté en sofá de una esquina, al lado de una cristallera con vistas a un pequeño patio con jardín. Revisé la hora en el móvil y bebí mi café tranquilamente.

Aquel tercer día en la asesoría que parecía sacada de un catálogo de Ikea, tuvimos una charla y una pequeña conferencia en la sala de reuniones con otro de los equipos. Seguía sin entender ese sistema separado por pequeños grupos, pero vista la oficina, quizá se tratara de un sistema moderno de planificación laboral o alguna de esas gilipolleces que siempre se inventaban los suecos. No quería ser malo, porque la verdad era que el ambiente laboral era maravilloso y todos allí parecían muy a gusto, simplemente me parecía una tontería; no sé, quizá ya estuviera demasiado acostumbrado a INternational y su sistema del terror, donde la gente se tomaba antidepresivos como si fueran caramelos.

—Querría presentaros a Leonard O'Brien, uno de nuestro nuevos compañeros —dijo el señor O'Sullivan, usando «compañero» y no «empleado» porque allí todos éramos una gran familia feliz—. Se ha incorporado este martes y ya controla el sistema informático de la empresa —me alabó con una amplia sonrisa, como si fuera todo un éxito. El resto de los que estaban allí me aplaudieron y yo tuve que forzar una sonrisa y asentir antes de sentarme a la mesa alargada y ovoidal.

—¿Quieres contarles algo sobre ti, Leonard? —me preguntó el señor O'Sullivan.

Me quedé un momento parado y entreabrí los labios sin saber qué cojones decirles.

—Hola, soy Leonard O'Brien y tengo muchos estudios en chorradas fiscales y hablo tres idiomas y me creo súper guay porque he viajado a Francia y a Austria, además me encanta cabalgar una buena polla y decirle a mi exnovio Ryan Doyle, que, por cierto, es toda una puta fiera y súper guapo, lo que debería o no debería comer —bromeó Ry cuando le hablé de ese momento al final del día.

Le miré por el borde de los ojos con una leve sonrisa en los labios y asentí.

—Palabra por palabra de lo que les dije —respondí, parándome a mirar las camisas de vestir que había en la tienda.

Ryan, apoyó un brazo en alto sobre el borde de la estantería mientras me miraba seleccionar algunas de las prendas.

No había mucho donde elegir cuando se trataba de ropa de oficina, ni muchos colores, así que fue sencillo reunir una pequeña montaña.

—¿Quieres pasar por el supermercado después y hacer la compra? —me preguntó Ryan—. Algo rápido, el fin de semana podemos ir con el coche y hacer una más grande, si quieres.

—Estaría bien —asentí distraídamente, moviéndome hacia el expositor de

corbatas —. ¿Qué quieres cenar?

—Lo que quieras —respondió, encogiéndose de hombros antes de echar un rápido vistazo alrededor. Había otro cliente que no dejaba de mirarnos y que le estaba poniendo de los nervios. Así que me apresuré con las compras y salimos de allí lo antes posible.

Al final decidí hacer carne a la cazuela mientras trataba de adivinar dónde cojones estaban las cosas en la cocina de Ryan. A veces le preguntaba y soltaba una respuesta vaga mientras seguía tirado en el sofá, con solo un pantalón fino puesto mientras jugaba a su videoconsola. Terminé encontrando las cosas por mí mismo y dejé la comida haciéndose al fuego antes de ir a cambiarme. Abrí la maleta pero solo para guardar la ropa que estaba usando y quedarme en bóxer. Al volver al salón, Ryan giró un momento el rostro para verme de arriba abajo y soltar un «joder...» antes de esforzarse mucho por prestar atención a la pantalla.

—¿Todo bien, Ry? —le pregunté, dirigiéndome a la cocina para revisar cómo iba la carne.

—Sí, sí, todo bien —respondió, pero se incorporó y se sentó mejor, tratando de ocultar el bulto cada vez más evidente debajo de la fina tela de los pantalones. Bulto que yo fingí que no estaba ahí —. ¿Falta mucho para la cena? —me preguntó.

—No, ya casi está. ¿Tienes hambre?

Ryan arqueó las cejas y ladeo un poco el rostro antes de responder con un tono profundo:

—Mucha.

Puse los platos y los cubiertos en la barra de madera que se extendía hasta la pared, serví la carne guisada y después añadí dos latas de cerveza fría antes de decirle a Ryan que ya estaba listo. Él detuvo el videojuego y se acercó para mirar el resultado con una fina sonrisa en los labios.

—Ah... como echaba de menos tenerte en casa —murmuró, sentándose a la mesa para cenar.

—Ya me imagino —respondí antes de llevarme un trozo de carne mantequillosa a la boca.

Al finalizar, él se quedó a fregarlo todo mientras yo iba a buscar mi nuevo portátil de empresa y me lo llevaba al balcón para repasar un par de fichas y tablas antes de dormir. Todavía no me habían dado mucho trabajo, pero yo sabía que solo era porque el señor O'Sullivan no quería echármelo todo encima de una sentada y prefería irme dando tareas pequeñas y relativamente sencillas.

Por cómo se comportaban el resto del equipo y las muchas llamadas que hacían, tenía claro que llegaría un momento en el que habría algo de estrés. Sin embargo, por el momento terminé mi poco trabajo pendiente en veinte minutos y me fui directo a la cama. Ryan se reunió conmigo y se desnudó antes de meterse entre las mantas, yendo directo, para mi sorpresa, a rodearme con el brazo y acercarse sin decir nada. No le di importancia, aunque sí me resultó un poco extraño, extraño y agradable,

la verdad.

Volver a dormir con alguien en quien confiaba y al que quería era algo que echaba mucho de menos. Ryan se pegaba, pero no te atosigaba y, en un punto de la noche, siempre se apartaba; dejando tan solo un brazo, una mano o una pierna que hiciera contacto con tu cuerpo.

Al despertarme el viernes por la mañana, tenía una pierna suya por encima de la mía mientras se cubría el rostro con ambas manos y roncaba, elevando su barriga de arriba abajo lentamente. Al apagar la alarma del móvil, me separé con cuidado para no despertarle y fui a por mi ropa. Antes de irme a vestirme al salón, me detuve para echarle un vistazo porque algo había llamado mi atención adormilada.

Ry había ido deshaciéndose de las mantas y tirándolas para abajo a lo largo de la noche, descubriendo su cuerpo desnudo y una de las típicas erecciones matutinas de Ry. El soldado Ryan estaba bastante firme y preparado para el combate y, por un momento, todavía demasiado soñoliento para procesarlo, me puse cachondo al verle.

Había pasado muy buenos momentos despertando a Ryan con una mamada o una improvisada cabalgada de primera hora antes de las clases, recorriendo su cuerpo ancho con la boca y las manos, disfrutando enormemente del fino vello que lo cubría y de lo mucho que Ry se excitaba. Pero aquella mañana fruncí el ceño y negué con la cabeza.

Me fui de allí y me vestí tranquilamente, teniendo algunos problemas para convencer al capitán de que dejara de apretarme la entrepierna. Puse a hacer café, de sobra para cuando Ryan se despertara, y me preparé un bol de avena con queso fresco y pasas antes de ir al baño a peinarme, lavarme los dientes y ponerme las lentillas.

En mitad de un tren bastante lleno de camino al centro de Dublín, de pie frente a una de las ventanas con vistas a la ciudad. Incluso vi mi propio reflejo en los momentos en los que cruzábamos un túnel o pasábamos bajo tierra; con el flequillo a un lado, la barba más larga de lo habitual, el maletín del portátil en la mano, la otra agarrada con firmeza a una de las barras del techo mientras miraba al infinito con una expresión seria en el rostro.

Quizá alguien que me viera creyera que estaba sumergido en pensamientos profundos y de gran importancia, pero lo cierto era que no pensaba en nada en concreto. Algunas cosas me venían a la mente, como el deseo que había sentido por Ryan aquella mañana. Aunque no lo veía como algo perturbador ni realmente sorprendente, ya que Ry siempre me había excitado muchísimo.

Era solo que no me esperaba recuperar tan pronto el apetito sexual y las ganas después de una ruptura tan repentina y violenta como la que había sufrido. Una vez más, algo dentro de mí me decía que no debería ni plantearme si quiera volver a follar con Ryan; pero yo sabía quién era esa voz, era la misma que no se había enterado todavía de que James me había traicionado y de que yo no le debíamos nada.

Por pensar en tonterías, casi pierdo la parada y tuve que salir de un salto y apresuradamente, empujando a un par de personas mientras me disculpaba, hasta que un tipo me dijo algo como:

«¿Eres puto gilipollas?» a lo que yo respondí:

«Qué te follen».

Me reajusté la corbata negra al cuello y seguí mi camino en dirección al centro financiero, parándome en una nueva cafetería para degustar el café y comprobar si me agradaba.

Estaba bien pero la primera que había visitado con Ryan me seguía gustando más. Subí con el vaso todavía en la mano hacia la oficina, porque había visto a varias personas hacerlo y no parecía que le importara a nadie. Saludé a los recepcionistas y a algunas personas que empezaba a reconocer de camino al despacho del equipo.

Al ser viernes se notaba una electricidad especial en el ambiente, una energía excitada por el comienzo del fin de semana y el merecido descanso. Terminó afectándome un poco y empecé a sonreír con mayor facilidad a las estúpidas bromas del señor O'Sullivan. Era todo un experto en la asesoría fiscal, pero su actitud cercana y humorística no me acababa de convencer y muchas veces me reía sin gracia por no hacerle el feo. Además, pasaba mucho tiempo a mi alrededor supervisando mi trabajo y dándome consejos y anotaciones que yo agradecía mucho, porque, aunque FC&A no fuera el tipo de asesoría que me imaginaba que sería, estaba deseando aprender todo lo posible.

—Vente con nosotros a tomar unas pintas, Leo —me dijo Yan-Yan—. Eso une al equipo y esas cosas —y sonrió, porque ambos habíamos llegado a un silencioso acuerdo de que todo aquel rollo de compañerismo a tope era una gilipollez. Yan-Yan era la que mejor me caía.

—No, en otro momento —me negué, a lo que O'Sullivan intervino para tratar de presionarme un poco, pero amablemente—. No, me viene a recoger un amigo y voy a ir con él para celebrar el nuevo empleo —tuve que explicarles.

—Oh, claro. ¡La semana que viene, entonces!

—¡Claro! —respondí con una gran sonrisa que perdí en el momento en el que perdí al equipo de vista.

Ryan ya me estaba esperando en la estación de trenes al otro lado del río, con la espalda apoyada contra una columna y las manos en los bolsillos. Llevaba una camiseta corta apretada y unos pantalones vaqueros e incluso se había molestado en peinarse y recortarse la barba, lo cual produjo una más que evidente reacción en mi rostro.

—¿Y esto? —quise saber, alargando la mano para tirar suavemente de su mentón.

Él sonrió pero me apartó la mano de forma nerviosa y miró alrededor porque no le gustaba que le hiciera gestos cariñosos en público. Solo le había tirado un poco de la barba corta con una media sonrisa, pero para él quizá hubiera sido «demasiado gay».

—A veces me preocupo por mi imagen, Leo —respondió, señalando un lado con la cabeza para que comenzáramos a andar—, al contrario que tú. Solté un resoplido condescendiente, aunque era verdad que necesitaba bajarme un poco la barba y quizá darle un repaso al corte de pelo. Pero por el momento lo único que pude hacer fue quitarme la corbata, remangarme la camisa y abrirme un par de botones para conseguir un look más casual.

—¿Así mejor? —le pregunté, abriendo las manos para que pudiera apreciar el resultado.

Ryan me miró, deteniéndose un momento más en el principio de mi pecho descubierto y con vello caoba.

—Pues la verdad es que sí —dijo—, creo que si te desabrochas un botón más, esta noche no tendré que pagarte las pintas.

Me reí, pero me desabroché ese botón de más solo por joder. Fuimos andando tranquilamente a un pub del centro y no pedimos una buena cena con la cerveza antes de sentarnos en una mesa en mitad del local abarrotado.

—¿Qué te parece si este sábado vamos al Mullaghcleevaun? —le pregunté, tras un par de tragos de pinta negra—. Podemos llevar algo de comer y hacer la ruta hasta la montaña.

—¿Quieres ir en bici o andando? —me preguntó él tras una breve expresión de sorpresa.

—No puedes ir en bicicleta al Mullaghcleevaun.

—Si lo dices tres veces seguidas, Leo, pago esta ronda y la siguiente —me retó.

—Mullaghcleevaun, Mullaghcleevaun, Mullaghcleevaun.

—Joder... —murmuró—. Eres un cabrón con muy buena lengua.

—Eso ya lo sabías —respondí con una media sonrisa y un guiño del ojo antes de beber otro trago de cerveza.

Bebimos bastante aquella noche, yo bebí seis pintas y Ryan siete. La vuelta a casa fue todo un espectáculo, a la vieja costumbre islandesa de ir haciendo el gilipollas por la calle. Yo cargaba el puñetero maletín con el portátil y farfullaba chorradas mientras Ry me rodeaba los hombros y respondía más tonterías. Llegamos a casa con los pies doloridos y bastante cansados. Ashtown no era un lugar exactamente cercano del centro y no nos quedaba dinero para pillar un taxi de vuelta. Ryan tardó un minuto meter la llave en la cerradura del portal y otros dos en acertar con la de casa.

—Joder, Ry, antes no tardabas tanto en meterla —me reí yo, mirándole fijamente con el hombro apoyado en la pared del pasillo y una sonrisa cruel en los labios—. ¿Has perdido práctica?

Él se detuvo en seco y giró el rostro hacia mí, una amplia sonrisa cruzó sus labios y respondió:

—Si estoy tardando, Leo, es porque tú no quieres.

Me reí, pero lo cierto era que en ese momento sentí cierto golpe de ansi-

edad. Ryan terminó al fin de abrir la puerta y me hizo un gran aspaviento para que entrara primero. Solté un jadeo al quitarme los zapatos y dejar la puñetera bolsa del portátil a un lado. Después fui directo al baño a quitarme las lentillas secas, me quité la camisa un poco sudada y me desabroché el pantalón antes de dejarlo tirado a un lado; demasiado borracho para preocuparme por arrugar la ropa ni nada parecido.

— ¿Pongo el despertador para ir mañana al Mullaghcleevaun? — pregunté cuando me reuní con Ryan en la habitación.

— ¿Cómo cojones puedes decir eso aun estando borracho? — me gritó con indignación, terminando de quitarse como pudo los vaqueros.

— Porque algunos sabemos hablar, mi querido Ry... — respondí con cierto tono pedante y las cejas arqueadas.

Él me tiró los vaqueros y yo me reí de nuevo, bajando la mirada hacia el móvil para entrecerrar los ojos y decidir qué hora poner en la alarma. Pasé números, pero tenía la mente un poco dispersa y al final me rendí y dejé la alarma del trabajo, suponiendo que sería suficiente.

— Ey, Leo — oí a mis espaldas.

— ¿Qué? — pregunté, dejando el móvil en la mesilla.

Cuando me volví vi a Ryan muy cerca, con una expresión seria. Me rodeó la cadera con una mano y dio un último paso para besarme en los labios.

BONUS: EL PLAN

Leo había vuelto. No. Mejor aún. Leo había vuelto y el gilipollas de James Black le había engañado. Oh, sí... el maravilloso, fuerte, millonario y guaperas de James Black la había jodido pero bien. Había tenido a Leo en la palma de la mano y no se le había ocurrido otra cosa que echarlo a perder, pero ahora ya era tarde; ahora era el momento de que el soldado Ryan recuperara lo que era suyo. Y estaba muy preparado, joder si estaba preparado... Me iba a echar sobre Leo como un puto león, le iba a agarrar bien fuerte con colmillos y garras y no le iba a dejar escapar jamás.

Ese era EL PLAN. Fue lo primero que pensé cuando la señora O'Brien me había llamado para pedirme que fuera a ver a Leo porque estaba «muy triste». ¿Muy triste?, ¿Leo? No puede ser..., pensé. Y después se me ocurrió que quizá ese americano millonario de su novio hubiera hecho algo... quizá una discusión o algo así. Eso fue lo que pensé cuando salí corriendo al coche y conduje a toda prisa al pueblo de los O'Brien. Quería saber que era exactamente eso que había puesto a Leo tan triste, porque tenía que ser algo muy jodido para que un hombre como él se rindiera hasta el punto de quedarse tirado en cama durante días. Eso fue lo que pensé cuando llegué a su casa y le vi tirado llorando en la cama.

Era grave, muy grave.

Leo estaba solo, con los ojos hinchados y llorosos, le costaba sonreír, parecía perdido y débil... Me costó un poco sacarle de allí y llevarle a un sendero que a nosotros nos gustaba mucho, que era algo *nuestro*.

Ahí está la clave de todo, después os lo explico, pero el caso es que era *nuestro*.

Allí me dio la gran noticia. James Black le había engañado... ¡Qué puta maravilla! No podía creérmelo, era perfecto...

Vale, está sonando todo un poco cruel y frívolo de mi parte. Leo me importaba mucho, no creáis lo contrario. Yo le quería, le quería muchísimo, y le echaba mucho de menos. Jamás había creído que volvería a tener una oportunidad de estar con él después de toda aquella mierda de «Conmigo, pero sin mí» a la que había jugado durante tantos años. Estaba seguro de que él se había ido con James para siempre y que jamás volvería. Pero, por primera vez, a Ryan Doyle le pasaba algo bueno en la puta vida e iba a aprovecharlo.

Desde ese mismo momento, empecé EL PLAN: iba a mostrarle a Leo que podía contar conmigo, que yo era un hombre de confianza (al contrario que James), que yo me preocupaba mucho por él (al contrario que James), que nosotros teníamos un pasado juntos muy importante (al contrario que él y James) y que, además ¡yo no le había engañado! (al contrario que el gilipollas de James).

Esa era la mejor parte y la que más jugaba a mi favor, pero había otras. Por ejemplo, «yo había cambiado».

Era una mentira, por supuesto.

Yo seguía siendo la misma mierda de persona que había sido siempre, pero iba a convencer a Leo de que ahora era un hombre diferente, que ya no tenía «mis problemas», que ahora ya no me daban ataques de ansiedad y no hiperventilaba, que ahora solo era ese hombre divertido y juguetón del que se había enamorado en el pasado... Sí.

Ese era yo ahora.

El Nuevo Ryan.

Y el Nuevo Ryan se iba a asegurar de Leo hiciera la decisión correcta y se olvidara de James para siempre. EL PLAN era sencillo, le iba a hacer reír, le iba a llevar a los sitios que le gustaban, sitios *nuestros*, a recordarle un pasado donde él había sido feliz *conmigo*; porque yo le podía hacer feliz. Él lo sabía, solo había que recordárselo.

Nos bañamos desnudos en el lago, hicimos una preciosa ruta en bicicleta por la costa, tuvimos una cena increíble y un momento a la vera del río bebiendo cerveza en la cálida noche de verano... Oh, cómo echaba de menos todo eso.

Pero no tanto como despertarme con olor a café y cruasanes en la mesa, eso... me... Hacía muy feliz. Y, poco a poco, paso a paso, Leo se estaba volviendo a sentir cómodo a mi alrededor, a buscar mi compañía y a quererme cerca. Y me iba a tener todo lo cerca que quisiera... Solo hubo un pequeño problema: que me precipité. Por un momento, cuando le había invitado a mi piso, había estado a punto de besarle en la habitación.

Fue una puta cagada. La típica cagada que yo haría, por supuesto.

Estaba impaciente y tenía miedo de que Leo se dejara llevar por esas emociones que aun tenía por James, porque él era así.

Yo sabía que como el puto millonario ese tocara los botones correctos, Leo le abriría una puerta que, si era inteligente, sabría utilizar para que volviera con él.

Yo lo había hecho, por eso lo sabía, jassí que había que evitarlo!

Y la forma más sencilla, además de recordar a Leo que ese cabrón le había engañado, era metiéndole en la cama y llenando ese vacío que el otro había dejado. Y el soldado Ryan estaba impaciente por llenar ese vacío. Porque Dios... Leo estaba guapísimo y ahora toda la ropa le quedaba ajustada y yo le veía y no podía parar de pensar en las ganas que tenía de follármelo.

El soldado Ryan estaba fuera de control y muy preparado para la guerra; pero todavía era pronto. Yo sabía que era pronto y aún así casi le besé. Leo había perdido la sonrisa y yo sentí un profundo ataque de ansiedad en el pecho. La has cagado, la has cagado, la has cagado... me repetí, pero fingí que no pasó nada y él fingió que tampoco y volvió a casa.

Cuando se fue empecé a hiperventilar, a lloriquear y a gemir con la cabeza metida entre las piernas. Todo había ido perfecto hasta ese momento en el que, oh, sorpresa, yo la había cagado... Creí que era el final, que Leo se asustaría y me dejaría.

Y entonces me llamó a la noche.

Quería quedarse a cenar y hacer una ruta en costa con la bici.

Vale. Eso era bueno, muy bueno... y después de la ruta le llevaría a la pizzería, y de la pizzería a casa, y de allí a la cama y... Sí, pero con cuidado.

Había que seguir EL PLAN, y el plan era que se quedara muy cerca de mí, como, por ejemplo, en mi casa. ¡Había conseguido trabajo muy rápido! Me alegré muchísimo por él y, por supuesto, no iba a venir y volver del pueblo cada día... ¿Verdad? Entonces le propuse vivir conmigo, como *antes*. Pero mi casa solo tenía una cama, qué pena... habría que dormir juntos; pero eso no era un problema porque eso era algo que hacíamos *nosotros*.

Oh, y además era verano, así que hacía calor y yo me quitaba mucho la ropa...

Eso me asustó al principio, no os voy a mentir.

Mi buen amigo Ansiedad se tragó a su primo Inseguridades y se hicieron una pequeña fiesta en mi cabeza aquel primer día en el lago:

«Estás gordo y asqueroso, Ryan. ¿De qué cojones vas? ¿Viste el cuerpo que tenía James Black? Ahora Leo solo te va a mirar con asco y a reírse», esa era la clase de cositas que me decían.

Yo había engordado un poco, quizá un par de kilos el último año y lo único que me hizo desnudarme era estar cien por cien seguro de que Leo jamás se reiría de mí de aquella manera.

Jamás.

Y... no lo hizo.

Es más, me miró bastante. Pero me preguntó por los tatuajes y quise volver a comprobar si mi cuerpo le seguía gustando tanto como antes, así que, sin venir a cuento, me quité la casaca del veterinario en mitad del coche y me quedé con el pecho desnudo. Leo volvió a echarme un vistazo y yo supe... Oh, sí, lo supe. A Leo le seguía encantado el peludito y grande papi Ryan...

Así que prácticamente iba desnudo delante de él y, por supuesto, en la cama. No quería incomodarle, porque eso era importante para EL PLAN, así que mantenía al soldado Ryan bien controlado y tranquilo a excepción de algunos momentos que... joder, Leo con bóxers apretados y gafas de empujón... Eso era mucho para mí. O eso creía, hasta que le vi con la camisa del trabajo remangada y el pecho al descubierto con unos pantalones ajustados. Bien. Entonces EL PLAN cambió un poco. Entonces nos emborrachamos, nos emborrachamos porque yo insistí en pagar una ronda más, y después otra... hasta que Leo estuvo sonrojado y sonriente y empezó a hacer bromas un poco subidas de todo. Ese era justo el Leonard O'Brien que quería aquella noche. El que caminaba a mi lado mientras le rodeaba con el hombro, al que susurraba cosas muy cerca del oído y al que le gustaba provocarme.

Leo siempre se ponía cachondo y muy cariñoso cuando bebía. Y esa noche iba a ser la guerra, una a la que el soldado Ryan no iba a faltar. Me iba a

asegurar de que se olvidara de James Black para siempre, porque si Leo tenía que quedarse con un gilipollas y una mierda de persona, ese iba a ser yo.

COMO ERA ANTES

Cuando Ryan me besó, lo primero que sentí fue extrañeza. Lo siguiente que sentí fue un repentino gusto y un húmedo placer a medida que la lengua de Ry se abría paso entre mis labios.

Se me escapó un gemido de placer y los párpados se me cerraron casi hasta cerrar los ojos. Sabía que estaba borracho, sabía que, quizá, aquello fuera un error, pero en ese momento no me importo; la excitación y la neblina de alcohol que me cubría la mente fueron suficientes para convencerme de que aquello era todo lo que yo quería en ese momento.

Ryan sabía cómo tenía que besarme para que me derritiera entre sus brazos como mantequilla, sabía cómo buscarme y dónde hacerlo. Así que levanté los brazos y rodeé su cuello para atraerle más hacia mí y poder besarle más fuerte, dejándome llevar por el placer y la necesidad. Ry tenía un ligero olor a sudor y al detergente con el que lavaba la ropa, sus besos eran húmedos y sus manos me recorrían el cuerpo, desabotonando mi camisa y frotando desde mi pecho a mis abdominales.

Gemía de excitación, tratando de tocarme por entero, como si no tuviera suficientes manos o no consiguiera abarcarme tanto como quisiera. Me lamí el cuello y el hombro, rodeando mi trasero y apretándolo con fuerza antes de soltar un gruñido grave y separarse lo justo para quitarse la camiseta.

Al acercarse de nuevo sentí un delicioso placer al notar su piel desnuda contra la mía. Le rodeé el pelo y lo apreté un poco mientras volvía a lamerme el cuello y a deslizar sus manos por mi cuerpo hasta alcanzar el cinturón del pantalón y desabrocharlo antes de bajar la bragueta. Entonces siguió el reguero de pelo bajo mi ombligo con toda la palma de la mano hacia el vello de mi entrepierna para encontrarse con el capitán, con muchas ganas de verle después de unas semanas sin recibir ningún tipo de atención.

—Joder... —gemí cuando noté que me rodeaba la polla y empezaba a frotarla lenta pero intensamente.

Iba a seguir gimiendo, pero Ry me tapó la boca con sus labios y siguió masturbándose mientras yo, simplemente, me deshacía en oleadas de placer.

Bajé un brazo de alrededor de su cuello y recorrí su pecho abultado y velludo, jugué un poco con el piercing de su pezón y acaricié su barriga antes de hacerme un hueco entre la cinta del calzoncillo y encontrarme con el soldado Ryan muy firme y esperándose.

A Ry se le escapó un gemido de entre los labios húmedos y me miró fijamente en la penumbra mientras nos masturbábamos mutuamente, jadeando y gimiendo por lo bajo sin parar. Hasta que él me movió hacia la cama y me tiró de espaldas sobre ella, haciéndola estremecerse y crujió bajo mi peso, antes de echarse encima para poder seguir besándose con sus labios húmedos y templados en contraste con mi piel caliente y un po-

co sudada.

Frotó la cadera contra la mía, juntando al capitán y al soldado para un breve reencuentro de un minuto hasta que volvió a besarme el cuello y a lamerme en un metódico descenso por mi cuerpo. Solté un jadeo de excitación y me incorporé un poco sobre los codos para poder ver a Ry entre mis piernas, frotando su rostro y su barba corta contra mis abdominales antes de ir directo a por el capitán.

Gruñó de placer nada más metérselo en la boca, pero no tanto como yo. Me mordí el labio inferior y sonreí como un gilipollas con aquella primera mamada después de... más de un año. Y Ry sabía cómo hacer buenas mamadas, aunque, para ser justos, era el único que me había chupado la polla en mi vida y no tenía otro con quien comparar.

Con la emoción y la excitación, me rodeó las piernas con los brazos para asegurarme con fuerza y movió la cabeza de arriba abajo, llegando a sufrir un par de arcadas debido al ansia y a la profundidad que quería alcanzar. Se detenía para tragar saliva y seguía por el borde antes de alcanzar mis huevos, el escroto y, finalmente, el ano. Yo ya estaba totalmente enloquecido a esas alturas, sumergido en un mar de placer y necesidad que no parecía tener fin.

Cuando se detuvo y se incorporó para poder quitarme los pantalones y los zapatos, me acerqué al borde de la cama para ir directo a por el soldado Ryan. Ry abrió mucho los labios y soltó una bocanada de aire y un sonido ronco cuando notó mis labios y mi lengua en su polla, jugando con su prepucio como yo sabía que a él le gustaba.

«Joder, sí, Leo... así...» decía casi sin aliento, rodeándome la cabeza entre las manos y moviendo la cadera para follarme muy lentamente la boca. Yo podía con todo, apretar la cara contra el pubis de Ry y rodear sus nalgas para pegarle más a mí, y aun así aguantar un par de buenos segundos antes de tener que retroceder a coger aire. Después de estar tan acostumbrado a una polla como la del señor Black, más grande y contundente, el soldado Ryan no supuso un gran reto para mí. Aunque eso no quería decir que no disfrutara muchísimo de él. La polla de Ry siempre me había puesto muy cachondo, era gorda y manejable, sin llegar a ser tan abrumadora y complicada de meter en cualquier parte que quisiera.

—¡No, no!, Leo, para... para... —me detuvo Ryan, retrocediendo con la cadera para sacarla de mi boca antes de que fuera demasiado tarde.

No le di importancia y me puse de rodillas en la cama para poder volver a besarle, juntando nuestros labios correosos y empapados tras las mamadas. Ry no lo dudó y bajó las manos a mi culo para ir haciendo hueco, jugando primero con el rosetón de mi ano antes de meterme un dedo tímidamente y con cuidado.

—Vaya... parece que estas bastante abierto ya, eh... —sonrió cuando pudo introducir su dedo índice sin ningún problema dentro de mí.

Solté un murmullo afirmativo, carente de toda timidez ni vergüenza, solo

pura necesidad. Tiré de Ryan hacia la cama, que vibró bastante bajo su peso, y me puse a horcajadas sobre él. Ryan sonrió con completa delicia, consciente de lo que estaba por venir.

—Hay lubricante en el... Oh... —terminó gimiendo, porque yo ya me la había metido casi entera. Una vez más, el soldado Ryan no supuso ningún reto después de haber montado al... Gran General de James Black.

Ryan tragó saliva y entonces apretó los dientes cuando empecé a cabalgarle. Me miraba fijamente, respiraba con fuerza y quería tocarme los brazos, el pecho abultado o los abdominales; pero a la vez quería poner una de sus tontas posturas de follador con las manos detrás de la cabeza como si le cabalgaran así todos los días y apenas le diera importancia.

«No, no, espera, Leo...», me decía, tratando de pararme, «Todavía no, no... Oh, joder... he estado cerca... joder», y tomaba una profunda respiración.

Eso me molestó y me frustró un poco.

No pude evitar pensar que James jamás me detenía, que él aguantaba todo lo que yo quería y seguía hasta que no pudiera más; fue tan solo un pensamiento en el fondo de mi mente, pero estaba ahí. Ryan tuvo que ponerse él encima para controlar el ritmo con el que me follaba, cambiando entre breves momentos de intensidad a un lento movimiento hasta que yo llegué al límite y me corrí con un intenso gruñido y una sonrisa en los labios. Ry lo hizo casi después, mirándome de arriba abajo y jadeando antes de gritar: «¡Sí, joder, sí!» y caerse suavemente sobre mí.

Tomé aire y le rodeé con los brazos, escuchando su respiración acelerada cerca del oído y acariciando su espalda sudada. Al poco sorbió por la nariz y se movió a un lado para quedar cara al techo con una amplia sonrisa en los labios. Se pasó ambas manos por el pelo mojado y las dejó tras la cabeza, mostrando ambas axilas repletas de vello negro.

—Joder, ha sido la hostia... —murmuró, muy orgulloso de su actuación y la del soldado Ryan.

Murmuré un sonido afirmativo y tomé una última bocanada de aire antes de levantarme e irme al baño para darme una ducha rápida y limpiarme el estropicio sobre mi pecho. Cerré la puerta y puse el agua templada, mirando las gotas caer sobre mi mano mientras reflexionaba sobre lo que acababa de pasar.

Cuando la excitación dejó mi cuerpo, se llevó con ella la densa nube que enturbiaba mis pensamientos y solo dejó un cumulo de emociones contradictorias dentro de mí. Me había gustado, pero no había sido... como antes, no como con James.

Y ese pensamiento me produjo un profundo vacío en el estómago. Quizá fuera cuestión de tiempo, quizá tuviera recordara mejor el sexo con James de lo que realmente era, quizá... no me había mentido cuando me decía que nadie me iba a follar como él lo hacía.

Me pegué una ducha fresca y me limpie, frotándome el rostro con fuerza y dándome un par de palmadas como si pudiera limpiarme también aque-

llos estúpidos pensamientos que no dejaban de dar vueltas en mi cabeza. Se había acabado.

Tenía que seguir adelante.

Nueva vida, nuevo trabajo, nuevo sexo... Y eso era todo.

Me sequé, pero no demasiado, y volví a la habitación un poco caldeada. Ryan ya estaba roncando ligeramente, con las manos detrás de la cabeza y las piernas abiertas. Me acerqué a la ventana y la abrí un poco más para que entrara el frescor de la noche y se llevara el calor acumulado, después me recosté y miré el techo, dedicando un último pensamiento a lo sucedido antes de dormirme. Me desperté cuando la alarma resonó, tan estridente y desagradable como siempre, pero con un ruido de fondo de pájaros o algún tono especial; no importaba los efectos que quisieran ponerle, te levantabas de la misma mala hostia que siempre. Lo apagué al instante y volví a cerrar los ojos, sintiendo el peso del brazo de Ry sobre mi abdomen. Cuando volví a despertarme ya había salido el sol, me tomé unos minutos y aparté la mano que todavía había sobre mi cuerpo para levantarme e ir a hacerme un café a la cocina. Lo eché en una taza y le puse leche fría directamente de la nevera antes de llevármelo al balcón junto con una manta. No es que hiciera frío, pero yo estaba desnudo y no quería escandalizar a ningún vecino a primera hora de la mañana.

—Ey, Leo... —hoy una voz a mis espaldas, distrayéndome de mis nublados pensamientos. Me volví y miré a Ryan, cruzados de brazos y con el hombro apoyado a un lado de la puerta acristalada. Se había puesto un fino pantalón de deporte y me miraba con una expresión seria y preocupada—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien —respondí antes de añadir—: pero me gustaría hablar de lo que ha pasado anoche.

Él asintió, cruzó al balcón y giró la silla plegable de madera donde solía sentarse a fumar porros. Se sentó cara a mí y apoyó los codos en las rodillas, inclinándose hacia delante y mirándome fijamente con sus ojos más azules que verdes con la luz del amanecer. Estaba muy despeinado y algo adormilado, pero creí que podría tratar aquel tema tranquilamente.

—Oye, Ry. Yo acabo de abandonar una relación seria y... no sé lo que quiero ahora mismo. No me gustaría complicar las cosas y hacerte daño o...

—No, Leo —negó él, restándole importancia con un resoplido—. Solo ha sido un buen polvo de borrachera. No te preocupes. Nosotros hacemos estas cosas todo el rato —y se encogió de hombros.

Asentí un par de veces y giré el rostro hacia las vistas del balcón.

—¿Entonces todo bien? Solo por diversión.

—Solo por diversión, como antes —afirmó con una sonrisa antes de arquear una ceja y preguntarme—: ¿No te ha gustado volver a montar a un buen compañero irlandés?

Solté un bufido y puse una suave sonrisa antes de negar con la cabeza y beber un sorbo de café.

—Deja esa mierda y vámonos a desayunar de verdad —me dijo, cogiendo la taza de mis manos antes de darme un apretón en el hombro y levantarse.

No me pareció mala idea, así que le seguí al interior de la casa para ponerme algo de ropa y un bóxer; pero Ry me detuvo en el pasillo, abrazándome por la espalda antes de darme un rápido beso en el hombro. Eso me trajo un montón de viejos recuerdos y le miré, entre extrañado y divertido, solo para ver cómo Ryan me guiñaba un ojo y me dedicaba una de sus mejores sonrisas.

—Como antes —repitió.

Asentí un par de veces. «Antes» fue una buena época, una a la que no me importaría volver. Yo estaba tranquilo, tenía mi vida, mi apartamento, mi trabajo y a Ry para... muchas cosas. Se podría decir que por aquel entonces estaba contento y la vida era fácil, algo que echaba de menos sentir. Así que fuimos a desayunar un buen café y un buen desayuno irlandés, dimos un paseo por la ciudad de camino al supermercado, hicimos la compra de la semana, volvimos a casa para comer algo y Ry se despidió para ir a trabajar mientras yo me quedaba en el apartamento tumbado en el sofá casi desnudo y mirando la televisión. Cuando el sol bajó y dejó de hacer tanto calor, fui al gimnasio y traté de entrenar entre la multitud que se había reunido allí, prefiriendo, al igual que yo, hacer su entrenamiento con menos calor. Salí bien duchado y animado para ir a recoger a Ryan a la clínica veterinaria. Le esperé en la puerta, con las manos en los bolsillos, una camiseta corta y unos vaqueros nuevos. Salí acompañado de otra mujer, una joven de pelo rizo y castaño con un precioso *spaniel bretón* negro y blanco atado con correa. Ella sonreía y Ryan sonreía más, hasta que me vio y alzó las cejas. Yo le saludé, pero cuando quiso excusarse con la joven le dije:

—Ey, Ry, no te preocupes. Te espero... —y sonreí malvadamente.

—Eres un cabrón, Leo —me dijo él cuando, veinte minutos después, al fin conseguí escapar.

Volvimos andando tranquilamente bajo el atardecer, charlando sobre algunos clientes que habían visitado la tienda o la tontería que había visto yo en la televisión. Ry se enfadó un poco cuando descubrió que yo había visto un capítulo de una serie sin él.

—¡Es nuestra serie, Leo! ¡La vemos juntos, joder! —exclamó, y, para mi sorpresa, sí pareció realmente afectado por esa tontería. Así que le prometí que no volvería a pasar y que revería el estúpido capítulo con él.

Cosa que hicimos esa misma noche al cenar en el salón. Nos quedamos allí un buen rato tirados hasta que se hizo tarde y fuimos a dormir a la cama. En esta ocasión, puse el despertador correctamente y pudimos despertarnos al día siguiente para visitar el Wicklow Mountains National Park y su famoso Mullaghcleevaun.

Nos llevamos una mochila con una comida rápida y las bicicletas. Tardamos hora y media en llegar y un maravilloso día en recorrer el lugar.

Ya había estado allí, pero volver era incluso más mágico. Sonaría como un estúpido irlandés enamorado de su tierra si describiera lo precioso que era aquel lugar repleto de colinas, riachuelos de agua clara, pequeños bosques, laderas y lagos; así que me limitaré a decir: es muy bonito.

Atravesamos la mayoría en bicicleta, perdidos por completo en el paisaje, el calor y el leve viento que removía la hierba alta y las copas de los árboles. Nos detuvimos en lo alto de una de las pequeñas montañas agrestes y tomamos la comida sentados en grandes piedras con vistas al lago. Ryan puso una mano en mi hombro y después me acarició brevemente la espalda que, para alguien como él y en un lugar público, era como darme un buen morreo.

Volvimos a casa al atardecer, cansados, sudados y muy contentos. Preparé una cena contundente de carne y arroz y la comimos mirando la televisión antes de que Ry jugara un poco a sus videojuegos mientras yo revisaba algunos datos en el portátil para asegurarme de llevarlo todo preparado para el día siguiente.

—¿Quieres que te despierte para ir al gimnasio? —le pregunté mientras nos acostábamos en la cama.

—¡Claro, será genial! —respondió él con una sonrisa muy animada.

Sonrisa que perdió al día siguiente cuando se despertó una hora antes de lo acostumbrado y se quedó sentado frente a la barra de la cocina con cara muy seria mientras yo hacía el desayuno y lo metía en dos tupper, uno para mí y otro para él.

Nos llevamos un café con leche en la mano y lo fuimos bebiendo de camino antes de afrontar la dura prueba de cada mañana. Ryan trató de seguirme el ritmo, pero le costó mucho, ya que el entrenamiento militar era bastante duro y exigente para alguien que se había pasado los últimos años abusando de la comida rápida y la cerveza.

—Joder... sí que era duro —reconoció cuando, al finalizar, tuvo que quedarse más de diez minutos tirado en el suelo, sudado como un cerdo y respirando grandes bocanadas de aire.

—Con el tiempo te acostumbras —le animé, ofreciéndole la mano para que se levantara del suelo e irnos a los vestuarios.

Nos despedimos a la salida, mientras él tomaba el camino al trabajo y yo me iba hacia la estación de tranvías para ir al centro financiero. Fui un poco justo, pero me dio tiempo a pedirme un café y a desayunar antes de llegar a la oficina. Recorrí el pasillo que parecía una sección de una revista de Ikea y saludé con una cabeceo y algunas palabras a las pocas personas que empezaba a reconocer. Cuando entré en el despacho del equipo O'Sullivan hice lo mismo con mis compañeros, dedicando un especial «*Zǎoshang hǎo*» a Yan-Yan, con la que compartía mesa además de diversas opiniones sobre la organización de la empresa.

—En serio, Leonard, estás insultando a mis antepasados y mi cultura hablando tan mal chino —bromeó ella—. Es ofensivo.

—*Fěicháng gǎnxiè* —e hice una leve reverencia, lo que produjo en ella una

mueca divertida de asco y un gesto para taparse las orejas.

Aquel día, para mi sorpresa, el señor O'Sullivan me dejó un poco más de independencia tras su primera semana de atenta supervisión. Solo me interrumpía para hacerme preguntas amables por si tenía alguna duda y después volvía sonriendo a su escritorio. A media tarde, incluso me dio una buena noticia tras una reunión online con unos clientes franceses a los que me aseguré de fascinar con mi perfecta pronunciación y la más encantadora de mis sonrisas.

—Hay un posible cliente americano, una mediana compañía de electrodomésticos, que quicé esté interesada en expandirse al mercado europeo. Han pedido una persona que conozca las diferencias entre el sistema americano y el nuestro, así que me ha parecido una gran oportunidad para ti, Leonard. ¡Tú primer cliente en solitario! —lo celebró con un gesto del puño en alto y una gran sonrisa.

—Vaya, muchas gracias —sonreí.

Por primera vez, aquello no era del todo irónico. Me hacía bastante ilusión que ya me viera preparado para afrontar un cuenta por mí mismo, así que abrí el correo con toda la información sobre esa compañía llamada Turn&Go. Al parecer, vendían electrodomésticos a precio razonable y con dudosa garantía. Eso no lo ponía en el informe, por supuesto, eso lo descubrí haciendo una rápida búsqueda en internet. De todas formas, les mandé un mensaje al correo que me habían facilitado tratándoles como si se trataran de una multinacional de éxito y en FC&A estuvieran encantados de poder «ayudarles con todas sus dudas y problemas». Lo envié bastantes rápido, sin dudar ni un segundo, ya que yo me había pasado un año redactando todo tipo de correos como aquel y me salían casi de forma automática y sin pensar.

Al terminar el primer día de la semana, volví a casa un poco cansado pero bastante contento con los avances que estaba habiendo en mi vida. Saludé a Ryan con un sencillo «Ey, Ry» al que él respondió con un cabeceo y sin apartar la mirada del videojuego que estaba jugando. «Ey, Leo». Tal y como hacíamos antes, con la diferencia de que era mi casa y no su casa en la que me esperaba casi desnudo, bebiendo cerveza y tirado en el sofá. Fui a cambiarme, me puse las gafas y preparé una cena rápida de espinacas con gambas antes de servir una botella de agua de dos litros y llamar a Ryan para que viniera a cenar.

—¿Qué tal la tarde? —le pregunté.

—Bastante normal. Me llamaron de la CIA para que fuera a solucionar un problema internacional de gran importancia. No te puedo contar nada porque... ya sabes —se encogió de hombros—. Es súper secreto y eso. Pero díganos que cierto presidente me debe la vida.

—¿Ahora trabajas para los americanos? —le pregunté tras asentir a todo lo que me decía.

—Yo soy un héroe al servicio del mundo, Leo —me dijo él con tono muy serio.

Emití un murmullo impresionado y le señalé su plato.

—Pues más te vale que te comas las espinacas, héroe del mundo.

—No me gustan mucho las espinacas... —murmuró, cabeceando de lado a lado, aunque se terminó comiendo al menos las tres cuartas partes del plato antes de levantarse—. Ahora me tomaré algo verde que sí me gusta mucho —anunció, de camino al balcón.

Recogí los platos y los cubiertos y los dejé en la encimera de la mesa para que al día siguiente Ry los lavara. Me preparé un café ligero con mucha leche fría y me lo llevé junto con el portátil al salón, para ver la televisión de fondo mientras repasaba unos datos. Para mi sorpresa, la empresa americana Turn&Go ya había respondido a mi mensaje, dándome las gracias y anunciando que a partir de ahora me podía referir a él como Alan Grant. Arqueeé las cejas y releí el nombre, porque se llamaba igual que el protagonista de *Jurassic Park*, el profesor dinosaurio. Un detalle sin importancia que preferí pasar por alto mientras redactaba la respuesta. Daba por hecho que el señor Grant formaría parte del departamento financiero de la compañía, así que le pregunté si tenía algunas dudas, cuál era su idea de expansión, qué sistema le interesaba más y el capital que estaban pensando en invertir. Enviado aquello, volví a prestar atención a los clientes que sí me estaban pagando por mi tiempo, al contrario que Turn&Go.

—Ey, Leo... —me interrumpió Ryan cuando volvió del balcón. Tenía los ojos rojizos y una suave sonrisa. Se echó a mi lado y empezó a acariciarme el brazo lentamente. Sonreí un poco y respondí con su misma voz lenta de fumado:

—Ey, Ry... —eso le hizo mucha gracia, pero solo porque no estaba sobrio. Continué atendiendo al portátil mientras él me acariciaba, cada vez un poco más, hasta inclinarse y empezar a lamerme el bíceps mientras gemía por lo bajo y se tocaba por encima del pantalón. Eso también me trajo muchos recuerdos, porque era algo que pasaba habitualmente «antes». Así que dejé el portátil sobre la mesa baja y miré a Ryan, con sus ojos entrecerrados y su media sonrisa de fumado. Acercó la cabeza, pero no fue suficiente y tuve que inclinarme un poco para besarle. Él gruñó con profundo placer, moviendo lentamente la lengua mientras me metía la mano por debajo del bóxer negro. Quise hacerle lo mismo, pero no me dio tiempo antes de que se incorporara un poco y se pusiera de rodillas en el sofá, pasando una pierna por encima de mi y dejando la entrepierna a la altura de mi cara.

—Ah... —comprendí, inclinando la cabeza hacia arriba para poder ver su ancha sonrisa en los labios.

A Ry le gustaban mucho ciertas posturas que veía en el porno, como esa misma en la que me miraba, gemía y jadeaba mientras se la chupaba sentado en el sofá.

«Sí, joder... así, sí... entera...» jadeaba sin parar, agarrándose del pelo y moviendo suavemente la cadera para follarme la boca. Yo recorría su cu-

erpo con una mano y me masturbaba con la otra, tratando de disfrutar de aquel sexo bastante relajado y sin prisas; sin embargo, no dejaba de pensar que me faltaba algo, que extraña algo.

Echaba de menos la pequeña locura de James, esa... fuerza, esa forma que tenía él de exigir las cosas, de metértela en la boca y de mirarte fijamente mientras lo hacías como si supiera lo mucho que te gustaba. No era cuestión del tamaño de la polla, sino de actitud; y James Black tenía mucho de ambas.

La mamada terminó antes de lo que me esperaba, con la acelerada respiración de Ry, sacando a prisa al soldado Ryan de mi boca para terminar corriéndose sobre mi cara; manchando mi pelo, mis gafas y mi barba de semen. Yo me di un poco de prisa y pude terminar también de forma algo acelerada, mientras Ryan se limpiaba las últimas gotas contra mi mejilla y mis labios y sonreía de una forma sórdida y orgullosa.

Entonces se echó a un lado y se dejó caer en el sofá, todavía con los pantalones por los muslos y una expresión de profunda satisfacción en el rostro. Me quité las gafas manchadas y me levanté para ir a limpiarme al baño. Terminé abriendo el agua de la ducha, porque estaba muy manchado e iba a necesitar algo más que papel higiénico y una toalla.

Me froté bien la cara con jabón, insistiendo en la barba un poco larga ya donde era más sencillo que se quedara el semen, al igual que las cejas o el pelo. No quería darle importancia a ese regusto de insatisfacción que me había dejado aquello. Como la primera vez, preferí pensar que era cuestión de tiempo volver a cogerle el gusto a un estilo de sexo más... suave y normal.

Después de salir refrescado y un poco húmedo de la ducha, fui a buscar a un Ryan dormido en el sofá para llevarle a la cama. Le costó un poco y bostezó por el camino para volver a quedarse dormido al tirarse sobre la cama.

Me tumbé a su lado, sobre las mantas, y me llevé las manos detrás de la cabeza para mirar al techo. Solo era cuestión de tiempo volver a como era antes. Aunque fuera como haber avanzado para volver al mismo punto en el que había estado antes, un punto que, quizá, no debería haber dejado nunca al irme a Norteamérica. Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

Yo sabía que eso no era cierto. Por muy mal que lo hubiera pasado con James, sabía que me había dado grandes momentos y que había hecho muy feliz. La pregunta de si preferiría no haber conocido al señor Black y así ahorrarme la decepción y el sufrimiento, era una pregunta estúpida.

Me desperté sin haber sido consciente de en qué momento me había quedado dormido. Apagué la alarma y desperté a Ryan, con una pierna sobre la mía y la otra encogida mientras se cubría el rostro con ambos brazos. Le costó levantarse, incluso más que el primer día porque, sorpresa, tenía agujetas. Se quejó mientras preparaba el desayuno, se quejó de camino y, por supuesto, se quejó durante el entrenamiento; rindiéndose poco antes de terminar y quedándose sentado a un lado ja-de-

ante y sudado.

—No entiendo que seas capaz, Leo —reconoció de camino a las duchas.

—Las agujetas se pasan pronto —le aseguré con una sonrisa y un pequeño golpe en la espalda.

Nos despedimos a la salida y me subí al tranvía para llegar a tiempo para desayunar sentado, comprarme un café con leche grande en una nueva cafetería que me quedaba de camino y llevármelo conmigo a la oficina. Nada más entrar y saludar a todos, me fui a mi mesa alta que compartía con Yan-Yan y puse el portátil de la empresa encima. Allí había espacio de sobre para una maceta con una pequeña planta, varios lapiceros, una impresora y una cesta para el papeleo y las carpetas que estuviéramos usando; aunque en una pared había un moderno archivador que cada día venía a ordenar uno de los secretarios para que nosotros no tuviéramos que hacerlo. No necesité indicaciones para comenzar a trabajar con los datos, hacer operaciones y contactar con clientes, incluido Alan Grant y su respuesta a media tarde sobre si «podía simplificar la explicación, ya que había usado una terminología económica que no entendía». Eso me sorprendió bastante, ya que daba por hecho que, en su trabajo, debía conocer ese tipo de jerga. Aun así, repetí el correo con una explicación más sencilla, ya que el señor Grant quizá fuera el hijo del jefe y su carrera universitaria se la hubiera sacado a golpe de talonario. Había conocido a muchos así en las reuniones del señor Black, que disfrazaban su incompetencia con humor y bromas fáciles porque habían ido a todas las fiestas de Yale. De todas formas, le hice una breve consulta al señor O'Sullivan sobre el tema, por si teníamos que tener cuidado con Turn&Go. —Si supieran de finanzas y economía, no necesitarían un asesor, Leonard —respondió el con una de sus grandes sonrisas animadas. Lo cual, para ser sinceros, tenía sentido.

Lo que no tuvo sentido fue que al día siguiente el señor Grant me pidiera datos más concretos con la poca información que me había facilitado de las cuentas de su empresa o sus intenciones. Tuve que darle un par de vueltas y responder todo lo educado y profesionalmente que pude. Le dije que para eso necesitaba más data y que, si quería, podríamos concertar una reunión online para hablar a tiempo real. A lo que respondió a última hora diciendo que estaba en China y que, de vuelta, podría hacer una pequeña parada en Dublín antes de volver a Los Ángeles.

Alcé un momento las cejas, pero respondí que sería maravilloso y después fui a consultarlo con el señor O'Sullivan, quien estuvo encantado de explicarme cómo debía pedir una sala de reuniones y concertar un horario para un cliente. Salí de trabajar con la mente un poco exhausta, pero el aire del atardecer era delicioso y cálido, todavía brillaba un poco de sol anaranjado y me hizo sentir bastante animado.

En el horizonte, sin embargo, se podían ver algunas nubes y de camino en el tranvía miré el tiempo en el móvil para descubrir que se acercaba un poco de lluvia de verano.

—Ey, Ry —le saludé al entrar en casa—. Mañana va a llover.

Ryan me miró con cara muy seria y respondió:

—¿Cómo? ¿Aquí? ¡Lluvia en Irlanda?!

Sonreí y le hice un corte de manga antes de dirigirme a la habitación para cambiarme, hacer la cena y tener una pequeña charla con él sobre el día. Se volvió a quejar de las agujetas y se acarició los hombros con una mueca apesadumbrada. No tardé en arquear una ceja y decir:

—Así que quieres un masaje.

—Joder, Leo, muchas gracias —respondió—. La verdad es que me vendría muy bien.

—Sin duda, después de una tarde tan dura rascándose los cojones en el sofá y jugando a videojuegos, debes estar muy cansado.

—Eh —me detuvo con las manos en alto—. A veces tengo que mover a perros muy grandes de un lado a otro en la clínica, así que me cargo un poco la espalda.

Puse los ojos en blanco, pero al terminar la cena le di un pequeño masaje con aceite de almendra y Ryan se quedó dormido al poco tiempo, sustituyendo sus leves jadeos de placer por suaves ronquidos.

Me fui a lavar las manos y le limpié la espalda con una toalla para que no manchara las mantas cuando empezara a revolverse por la noche. Sin embargo, el masaje no ayudó cuando, al día siguiente, le desperté con una mano en la barriga y le dije que era hora de levantarse. Él soltó un gruñido y se volvió, dejando claro que aquel día no iba a acompañarme.

Le dejé en la cama y activé la alarma del su despertador antes de vestirme en el salón y hacer el café y el desayuno en los tupperes. Salí a la calle bajo la fina lluvia, aspirando profundamente aquel delicioso aire que olía a aceras mojadas y tierra húmeda.

Era una de las cosas que más echaba de menos de casa, porque en Nueva York cuando llovía me parecía que solo olía a alcantarillado. El gimnasio estuvo bien, un poco solitario quizá, pero hice todo lo que tenía que hacer y salí animado y con energías hacia la estación del tranvía. Los vagones estaban más llenos de lo habitual debido al tiempo lluvioso y me sentí un poco apretujado hasta abandonarlo junto a algunas docenas de personas al alcanzar el centro de Dublín.

Como cada mañana, me detuve en una cafetería nueva para probarla y desayuné mi avena con queso fresco batido y fruta. Seguía sin encontrar las medidas de la mezcla y no sabía tan rico como el que tomaba antes, pero en algún momento lo conseguiría.

Fui con mi café con leche a la oficina y saludé a todos los que empezaba a reconocer, a algunos incluso por el nombre, antes de asistir a una reunión de primera hora con otros equipos para que nos mostraran los avances, los objetivos y la progresión de FC&A.

Al finalizar todos nos aplaudimos los unos a los otros para darnos las gracias por el gran trabajo que habíamos hecho. Me dieron ganas de vomitar. A la hora de comer volví a rechazar la invitación del equipo para

ir a un restaurante que les gustaba mucho, diciendo que me comería algo en la sala de descanso y adelantaría trabajo. Era solo una excusa, por supuesto. Yo todavía no había cobrado mi primer sueldo y no podía permitirme gastarme dinero todos los días de la semana en una comida, así que compraba el sándwich de dos euros que ofrecían en la sala de descanso y me sentaba solo a comerlo mientras miraba a un punto indeterminado o por las preciosas vistas de la pared acristalada. La sala era todo lo que había imaginado que sería, con una decoración tan viva y colorida como el resto de la oficina, con una pequeña cocina para calentarse la comida, hacer café o hervir agua; incluso había una mesa reservada para donuts y dulces que llegaban cada mañana junto con un cartel que decía: De FC&A.

Aquella técnica de motivación laboral si la conocía, porque era más corriente y estaba más extendida en otras empresas normales y, sobre todo, en Norteamérica. «No tienes seguro médico, pero te damos bollos y café gratis. Así que te queremos». Aunque, para ser justos, debía decir que a mí también me estaba empezando a gustar aquel ambiente relajado y alegre. Había sido escéptico, pero la verdad era que resultaba muy agradable entrar a trabajar en un lugar así, menos serio, repleto de mobiliario y colores relajados; se notaba a las personas más alegres y tranquilas y el ambiente laboral era maravilloso.

Todavía no tragaba lo de «somos una gran familia», pero quizá en un futuro incluso llegara a gustarme.

Tras terminar mi solitario descanso para comer, volví el primero al despacho, me puse los cascos que me habían ofrecido para aislarme del ruido e incluso poner algo de música suave mientras trabajaba, y repasé unas cuentas y correos.

El señor Grant había aceptado la invitación del viernes a primera hora de la tarde, es decir, al día siguiente. Era un poco precipitado, pero preferí sacármelo de encima lo antes posible. Vendría, le soltaría toda la información que pudiera necesitar, y saldría de camino a Los Ángeles para no volver jamás.

No quería ser pesimista, y jamás lo era delante del señor O'Sullivan, pero Turn&Go no me daba buenas sensaciones. Alan Grant era vago con sus intenciones, se resistía a aportar los datos que necesitábamos y hacía preguntas difusas y poco concretas.

Yo pasaba todo por alto y siempre respondía educadamente, sin embargo, ya había perdido la esperanza de que aquello pudiera llegar a buen puerto al segundo día. Antes de terminar la jornada, tuve una tarde de reuniones junto con Darren y clientes extranjeros, la mayoría de ellas con empresas alemanas que estaban asentadas en el mercado europeo pero que habían mudado su sede a Dublín para ahorrarse impuestos. Yo estaba allí por dos razones: la primera era que el señor O'Sullivan tenía la esperanza de aligerar su gran carga de trabajo cediéndome a muchos de aquellos clientes; y, la segunda, era para enseñarme los pormenores de cómo aten-

der a las empresas y qué ofrecerles o decirles.

Yo aprendía rápido y no tenía ningún problema con aquello, sin embargo, a Darren mi estilo le resultaba un poco «directo y frío». Sin cháchara intrascendente ni comentarios innecesarios. Sabía de lo que hablaba y trataba de suavizar mi tono y ser agradable, pero yo llevaba mucho tiempo viendo a James Black hacer aquello y quizá había absorbido algo de su presencia silenciosa, directa y, quizá, algo intimidante.

Cuando al fin volví a casa, resoplé y me descalcé al lado de la puerta intercambiando un «Ey, Ry», «Ey, Leo» antes de dirigirme a la habitación y quitarme esa corbata que me ahorcaba y la camiseta un poco sudada. Llovía, pero el agua se mezclaba con el sudor del aire templado y creaba una sensación algo pegajosa y desagradable sobre mi piel. Fui desnudo al salón y pregunté:

—Voy a darme una ducha fresca, ¿quieres venir?

Ryan soltó el mando de la videoconsola al instante y dio un salto del sofá para seguirme con una sonrisa al baño. Me vino bien desahogarme un poco y tomarme mi momento de relajación, correrme tranquilamente y salir de allí fresco y ligero para hacer una cena rápida y tumbarme en el sofá mientras Ryan se fumaba un porro en el balcón.

Cuando volvió se tumbó a mi lado y me acarició el pelo y el brazo lenta y suavemente, porque le gustaba mucho el contacto físico cuando se colocaba. Cuando terminó el programa que veíamos, tuve que despertarle un poco y llevarle conmigo a la cama.

El viernes amaneció con nubes grises y una ligera lluvia que golpeaba los cristales, repiqueteando y llenando la habitación de un agradable sonido; hasta que el despertador retumbó y me desveló por completo. Lo apagué con odio y me di la vuelta hacia Ry, quien dormía pegado a mí y rodeándome con un brazo.

Traté de despertarle con una caricia en el pecho, entreabrió los ojos y miró hacia la ventana. «No me jodas...» murmuró antes de volverse a dormir. Le dejé allí y puse su despertador antes de salir para preparar café, los desayunos y vestirme antes de salir de casa para ir al gimnasio que, curiosamente, estaba más vacío con la lluvia, al contrario que el tranvía. Salí casi disparado de entre las puertas por los leves empujones, mirando un momento hacia atrás con desprecio antes de tomar mi camino hacia el centro económico. Las cafeterías también estaban más llenas, pero encontré un buen sitio y me senté a tomar mi café, mi avena y, porque era viernes y me lo merecía, un pequeño bollo de mantequilla que me supo a gloria.

En la oficina el ambiente era mucho más animado, había una excitación compartida por el inicio del fin de semana y todos tenían planes en la cabeza. Llegué al despacho y saludé con una sonrisa a todos, sentándome en la mesa vacía que compartía con Yan-Yan, ya que la mujer se había tenido que ir de viaje de negocios. Como no tenía a nadie a quien molestar, no me importó tomar algo más de espacio y extender mis cosas

por la mesa de madera clara, consiguiendo mi pequeño rincón dentro del despacho compartido. Hice un par de llamadas, rellené un par de documentos y respondí un par de consultas, bastante entretenido hasta la hora de comer, cuando el señor O'Sullivan quiso invitarme a la comida antes de «mi gran reunión». No acepté, por supuesto, diciéndole que me reuniría con él a la vuelta, cuando el señor Grant llegara a la oficina.

Así que me tomé mi sándwich vegetal tranquilamente y miré a través de la pared acristalada, pensando algún plan de fin de semana que proponerle a Ryan. Quizá podíamos ir con el coche a algún lugar y trasnochar, quizá ir al lago, no lo tenía claro. Tenía que esperar a aquella noche y discutirlo con él. Ese pensamiento fue el que me acompañó de vuelta al despacho, donde seguí adelantando trabajo que no tendría que hacer por la tarde, hasta que volvió Darren de la comida y me explicó de nuevo cómo afrontar la entrevista. Yo sabía que quería ser agradable y atento, pero a veces se pasaba con el tono paternalista y resultaba insultante; tratándome como si fuera gilipollas. Al fin, uno de los recepcionistas llamó al despacho y anunció la llegada del señor Grant. O'Sullivan lo celebró con el puño en alto y le dio las gracias al joven antes de preguntarme:

—¿Tienes todo preparado, Leonard?

Le enseñé la carpeta con toda la información que, en aquel momento, podríamos ofrecerle a Turn&Go. Él volvió a celebrarlo con una amplia sonrisa y nos dirigimos a la sala de reuniones.

—¿Prefieres que te deje la capitanía o quieres que la lleve yo? —me preguntó de camino.

—Puedo hablar yo, no hay problema —respondí con una sonrisa, tratando de compartir su carácter animado, pero me era imposible.

Nos detuvimos frente a la puerta de la sala de reuniones y me dedicó un última mirada antes de alzar las cejas y abrir la puerta.

—Buenas tardes, señor Grant. Yo soy Darren O'Sullivan, y él es mi compañero de trabajo, Leonard O'Brien, con el que ha estado hablando.

El señor O'Sullivan era el único que sonreía en aquella sala.

El nombre de Alan Grant no era casual, se debía, en efecto, a *Jurassic Park*. Turn&Go no era una empresa madre, sino una filial de otra mucho más grande: INternational. Y quien estaba sentado al fondo de aquella mesa de reuniones no era otro que James Black.

PERDÓNAME

James estaba delgado, ojeroso y pálido. Parecía no haber comido ni dormido en días, quedando tan solo una sombra del hombre que una vez había sido. Tenía los ojos hinchados, húmedos y enrojecidos y me miraba fijamente desde el final de la mesa. Llevaba uno de sus mejores trajes, el de color borgoña que sabía que a mí tanto me gustaba, con una camisa blanca debajo con los primeros botones desabotonados, mostrando el inicio de su torso fuerte y ancho. Estaba perfectamente peinado y tenía su barba espesa y rubia recortada al milímetro, así que hacía poco que había ido al salón. Su rostro estaba serio, pero en él había casi imperceptibles señales que solo yo podía notar: sus cejas levemente contraídas con preocupación, sus ojos un poco entornados de más y repletos de miedo, sus labios rosados y tensos con nerviosismo y angustia. Mantenía sus manos entrelazadas y apretadas con fuerza para que no pudiera verlas temblar; y, en su dedo anular, todavía había un anillo plateado que, por alguna razón, no se había quitado.

Yo... estaba helado en el sitio. Me había quedado a un paso de la puerta, mirando al señor Black tan fijamente como él me miraba. El corazón se me había detenido y había perdido la respiración, cambiando mi sonrisa por una profunda expresión de seriedad y sorpresa. Era como si hubiera visto un fantasma, un viejo recuerdo que querías olvidar, que habías dejado atrás más allá del mar y que creías que nunca volverías a ver de nuevo.

—¿Leonard? —me llamó una voz a un lado.

Giré el rostro hacia el señor O'Sullivan, que me miraba con las cejas rubias un poco arqueadas y una expresión extrañada de sonrisa un poco incómoda. No sabía por qué me había quedado sin habla y muy quieto al lado de la puerta al ver a Alan Grant, el dueño de Turn&Go. Parpadeé y carraspeé para aclararme la garganta antes de dirigirme a James.

—Gracias por venir, señor Grant —dije con un tono de fría educación antes de girarme de nuevo hacia el señor O'Sullivan—. Darren, ¿te importaría que hiciera solo la reunión? —le pregunté.

El señor O'Sullivan arqueó más las cejas, sorprendido por mi pregunta, pero no tuvo más que ver al señor Black, quien todavía me seguía mirando fijamente, para comprender que algo extraño pasaba allí.

Había una tensión en aquella sala de reuniones, una electricidad que de pronto había llenado el ambiente y que él no era capaz de comprender.

—Claro, Leonard... avísame si surge alguna duda o problema, estaré en el despacho —me dijo antes de dedicarle una breve despedida a un James que le ignoró por completo.

Se dirigió a la salida y yo me giré para cerrar la puerta a sus espaldas, tomándome un momento para cerrar los ojos y tomar una buena respiración. James estaba allí. Había usado una empresa falsa para poder ponerse en contacto con FC&A y concertar aquella estúpida entrevista justo delante de mis narices... A él no le importaba dejarme en ridículo

delante de mi nuevo jefe, no le importaba que le hubiera dicho que lo nuestro se había terminado, no le importaba nada más que sí mismo y conseguir lo que quería; porque así era James Black. Solté la manilla de la puerta que había estado apretando con fuerza, me giré con la vista baja y fui hacia la mesa, soltando con un golpe seco la carpeta de papeleo sobre la madera, la cual llenó la sala de reuniones de un sonido rápido y cortante. Moví la silla y me senté. Entonces miré al señor Black por el borde superior de los ojos con una mueca de enfado y le pregunté:

—¿Cómo te atreves...?

James pareció perder el aliento y su abdomen se contrajo como si le acabaran de dar un puñetazo.

—Leo... —dijo en voz baja y algo tocada—, yo solo quería... Escúchame, por favor —me pidió, pero casi sonó a un ruego. Deshizo las manos que mantenía cruzadas y apretando con fuerza sobre la mesa y se llevó una de ellas, de dedos temblorosos y pálidos, al interior de la chaqueta de su traje. Sacó una página doblada del interior repleta de, lo que parecía, una letra fina y afilada, y la abrió para empezar a leer—: Leo. Sé que ahora te cuesta mirarme a la cara. A mí también me cuesta. Pero tienes que creermelo cuando te digo que jamás he querido hacerte daño, yo... fui débil. Soy un hombre débil, Leo.

La voz se le quebró con un jadeo y tuvo que tomarse un momento antes de continuar:

—Desde que voy a terapia he aprendido mucho de mí mismo y de los muchos problemas que tengo. Como tú dijiste, ha sido un gran paso, uno muy difícil, pero me ha animado mucho saber que estás orgulloso de mí por haberlo conseguido.

Me dedicó una rápida mirada por el borde superior de los ojos, algo fugaz y breve antes de seguir adelante:

—Como ya te he dicho, sufro de una baja autoestima y graves carencias emocionales que he ido arrastrando y alimentando a lo largo de mi vida. Lo que pasó aquella noche... fue solo una horrible muestra de ello. Me sentí atrapado, Leo...

La voz se le volvió a quebrar. Las lágrimas empezaron a llenarle los ojos y junto con lo mucho que le temblaban las manos, debió costarle distinguir las palabras; así que tuvo que parar, frotarse los ojos, coger un par de bocanadas de aire y seguir leyendo:

—Me sentía muy mal. Sentí que había perdido el control de mi vida, que ya nadie nos respetaba y que todos se reían de nosotros. Fue muy doloroso y no dejaba de darle vueltas a la cabeza sin parar. Creí que... que si iba a esa fiesta quizá me sintiera mejor. Los amigos de Jacobs la habían organizado en mi honor y ellos eran los únicos que seguían creyendo que yo era el hombre fuerte y poderoso que había sido siempre. Así que... cometí el mayor error de mi vida y fui, me drogué mucho y, como las otras veces, simplemente dejé que pasara.

Agachó la cabeza y cerró los ojos. Las lágrimas ya le empapaban las mejas.

llas, más marcadas ahora que estaba algo más delgado, mientras una fina capa de mocos traslúcidos le empezaba a cubrir el espeso bigote.

—Pero no sirvió para nada, Leo. Solo me sentí mucho peor de lo que ya me sentía antes... —aquello no lo tuvo que leer, solo gemirlo en voz baja mientras trataba con todas sus fuerzas de controlar la respiración—. Odié cada puto segundo de aquella fiesta, te lo juro, Leo... y cuando descubrí que... tú... Llegué al coche sintiéndome como un mierda y miré el anillo y el Rolex y creí que me moría...

Dejó un momento la carta y se llevó la mano temblorosa al rostro. Estaba perdiendo por completo el control y se estaba derrumbando frente a mí, las emociones, el arrepentimiento y la angustia se estaban apoderando de todo, dejando tras de sí a un señor Black irreconocible y débil.

Le costó recuperarse, todo un largo minuto de sollozos bajos y dientes apretados con fuerza mientras aspiraba violentas respiraciones antes de darle la vuelta al papel, centrar la vista en la carta y seguir leyendo; porque estaba decidido llegar hasta el final, aunque le doliera y tuviera la voz temblorosa y quebrada:

—Desde que era joven la gente se ha sentido muy atraída por mí, por mi atractivo y mi físico, y yo he usado eso para ganarme su aprobación y su respeto a través del sexo. Siempre he sabido que algo no iba bien, que esa era solo la forma rápida y sencilla de conseguirlo, pero me mentía a mí mismo y me decía que todos me querían y me envidiaban... que... yo era una puta leyenda...

Tragó saliva y hizo una tentativa de mirarme a los ojos, pero no tuvo el valor suficiente para hacerlo, así que el gesto se quedó en un fugaz movimiento de ojos hacia la mesa.

—Tenías razón Leo, como siempre la tienes... hubo... hubo un momento en el que perdí el control y ya no estaba seguro de si era yo el que lo hacía porque quería o eran ellos los que me decían que lo hiciera —la angustia y frustración se podían notar en cada palabra.

Tensaba la mandíbula y apretaba el papel escrito a mano, acompañando sus palabras y lo continuos jadeos entrecortados con los crujidos de la hoja.

—Si me gustaba tanto ir contigo a las fiestas era porque sabía que tú no cederías ante ellos como yo, que no harías nada que no quisieras hacer y que no me dejarías hacerlo a mí tampoco. Me sentía muy seguro, a salvo y orgulloso de tener a alguien tan guapo y perfecto como tú a mi lado... Sé que he cometido un grave error, Leo. Lo sé. Te hice una promesa y no pude cumplirla, somos... *éramos* —se corrigió a sí mismo, apretando los dientes como si esa palabra le hubiera dolido demasiado—, novios de verdad, y los novios de verdad no hacen lo que yo te he hecho. Pero quiero que sepas que yo siempre te he querido muchísimo, Leo. Todavía lo hago. Por culpa de mis miedos e inseguridades no he podido decírtelo hasta hace poco, pero ahora me arrepiento de no habértelo dicho a cada minuto de cada día que pasamos juntos. Eres lo más importante para mí,

Leo, y la única persona que he querido jamás. Entiendo que estés muy enfadado ahora mismo y que, después de lo que has visto, te cueste darme otra oportunidad. No tengo derecho a pedirte nada, pero... me... ayudaría muchísimo que al menos siguieras hablándome, por favor. Ya que tu opinión y tu compañía son dos de las cosas que más valoro en el mundo.

Al fin se detuvo.

Se quedó un par de segundos mirando el final de la carta y después la dobló antes de dejarla frente a él en la mesa y reunir el valor suficiente para mirarme de nuevo.

Lo que se encontró fue mi rostro inexpresivo, de ojos tan hinchados, húmedos y enrojecidos como los suyos, repletos de lágrimas que nublaban por completo mi visión. Podría haberle detenido, podría haberle interrumpido numerosas veces o, simplemente, podría haberme levantado e irme; pero me había quedado escuchando cada palabra que tuviera que decirme. Como me sentía en aquel momento era difícil de describir: estaba enfadado, frustrado y dolido, pero también profundamente emocionado y tocado. Nos quedamos mirándonos el uno al otro en silencio, uno de esos viejos silencios entre nosotros que se alargó durante un minuto entero, hasta que le pregunté con la voz algo ronca:

—Dime, James, ¿qué creías que pasaría después de ir a esa fiesta? ¿creías que nunca lo descubriría?, ¿ibas a mirarme a la cara y a mentirme? —mi tono empezó a ser cada vez más enfadado—. ¿Y qué pasaría si un día volvieras a estar triste?, ¿y si hubiera habido otra fiesta? ¿Simplemente continuarías engañándome una y otra vez por...?

—¡No! —exclamó, apretando los puños con fuerza sobre la mesa—. Fue solo un error, Leo. Te lo juro. Necesitaba... creía que me haría sentir mejor. Estaba muy mal y fui débil y estúpido. Yo... no paraba de pensar que todo iba mal y ya ni... ni siquiera conseguía que se me pusiera dura la polla, Leo —dijo en voz más baja, como si aquello fuera lo que más le dolía de todo.

—Se te puso dura en la fiesta —le recordé.

—¡Estaba puesto hasta el culo de droga! —me gritó, golpeando el puño contra la mesa y produciendo un sonido grave y sordo que inundó la sala de reuniones. Entonces se hizo el silencio, uno breve, porque me levanté de la silla para irme de allí—. ¡No! ¡no por favor! —dijo James, levantando una mano hacia mí—. No te vayas, por favor. Lo siento, Leo... tengo... tengo problemas con la ira y la frustración.

Me detuve y miré el suelo de planchas de madera clara. Dudé, claro que dudé, pero por alguna razón volví a sentarme. Era la primera vez que James Black se disculpaba por gritarme como un puto crío y enfadarse solo por oír algo que no quería oír. Se produjo otro silencio en el que miré fijamente aquellos ojos enrojecidos, con aquel maravillosos y precioso tono azul intenso en sus iris, más brillante debido a las lágrimas y al contraste con el tono rojizo que los rodeaba.

—Yo también lo estaba pasando muy mal, James —le dije con tono serio—. Yo también estaba frustrado y cansado de que las cosas fueran mal. Te pedí que hiciéramos un viaje, te pedí que nos fuéramos y dejáramos por un momento los problemas atrás, te pedí que vinieras conmigo a algún lugar tranquilo; pero todo lo que me dijiste fue «No». —El señor Black empezó a respirar con más fuerza, como si cada palabra que salía de mis labios fuera un puñal clavándose más profundo en su pecho—. Yo también lloraba, pero tú nunca me preguntaste cómo estaba yo, solo te enfadas y me llevabas a esa asquerosa habitación para pegarme y follarme por pura frustración. Nunca te importó como yo me sentía, solo podías pensar en ti en lo mucho que TÚ sufrías. Porque no eres más que un puto egoísta, James —negué con la cabeza y entrecerré los ojos, como si no pudiera creerme todo lo que había hecho por él—. Pasé por alto tus enfados de niño pequeño, pasé por alto tu obsesión enfermiza por el control, pasé por alto tus gilipollices de Amo, tus cachetes sin sentido y todas tus putas locuras. Y yo solo te pedí una cosa... que no me engañaras.

Al señor Black empezó a costarle respirar, lloraba y se atragantaba con sollozos incontrolables. Trataba de mantener la compostura, pero sus hombros se agitaban, sufría espasmos en el abdomen y su rostro se contraía en docenas de pequeñas muecas y gestos. Empezó a producir una especie de gruñido agudo con la garganta, como un grito contenido que interrumpía de vez en cuando los sollozos. Parecía al borde de un ataque de ansiedad. Quise ser fuerte y no ceder, pero no fui capaz, cerré los ojos y agaché un poco la cabeza.

—James, para por favor —le pedí.

—Te juro que te quiero más que a nada —me prometió en un hilo de voz. Levanté una mano para pedirle silencio antes de llevármela a los ojos para limpiarme las lágrimas y un poco el rostro empapado. Me había prometido a mí mismo olvidarme de James, dejarlo en mi pasado y mirar hacia delante, dejar de preocuparme por él porque había demostrado que no se merecía ni mi confianza ni mi amor; y sin embargo, ahí estaba yo, sintiendo una punzada de angustia y ternura por aquel hombre que me había decepcionado tanto.

—Vamos... a otro sitio a hablar —le propuse en voz baja—. Este no es un buen lugar.

El señor Black se fue tranquilizando al oír aquello, se frotó el rostro para limpiárselo y miró a la mesa antes de asentir y levantarse. Yo me tomé un momento más para tratar de adecentar mi imagen, algo imposible con los ojos enrojecidos y llorosos. Me giré hacia la puerta y me encontré con la mirada fija de James, mirada que me esforcé en ignorar, siguiéndome atentamente hasta la puerta. Tomé una última bocada y salí al exterior, cruzando el pasillo entre las mesas altas de madera con la cabeza alta y una expresión impenetrable en el rostro. No me detuve hasta alcanzar recepción, donde le dije a una de las chicas:

—Dile a Darren que me llevará al cliente a una comida de empresa, por favor —le pedí. Ella me miró con los labios entreabiertos y después los cerró, limitándose a asentir con la cabeza.

Dicho aquello me dirigí al ascensor y esperamos apenas un minuto a que las puertas metálicas se abrieran antes de cruzar al interior. Noté un lento movimiento a un lado y dije con voz seca y rápida:

—Ni te atrevas.

James bajó la mano que había intentado colocar en la parte baja de mi espalda y puso una mueca de pena mientras miraba al suelo. Quizá hubiera sido un gesto inconsciente, o quizá había sido un intento por descubrir si estaba todo perdido o yo le permitiría aquello. Dejamos el ascensor en el precioso hall de patio de luces y utilicé mi tarjeta de empleado para pasar la muralla de puertas mecánicas acristaladas. Las chicas de la recepción nos dedicaron una sonrisa y nos desearon buenas tardes, pero nosotros las ignoramos de una forma descarada y seguimos adelante hasta la salida. Nos sumergimos en la fina lluvia de verano, templada y agradable, inundando el mundo de un agradable aroma a humedad y mojado. Me sentó muy bien sentirla sobre la cabeza y la piel, porque por un momento me había sentido algo atrapado y agobiado en aquella pequeña sala de reuniones. Tomé una dirección y llevé al señor Black a una de mis cafeterías favoritas de la zona, un café italiano muy bien iluminado, con decoración agradable, luz suave y muchas mesas donde poder sentarse. Ninguno de los dos dijo nada hasta detenernos frente al mostrador, donde pedí un café solo y largo para el señor Black, un café grande con leche para mí y dos sándwiches vegetales para que él se comiera.

—¿Mi café podría tener un poco de dulce de leche? —me preguntó James en voz baja, como si necesitara mi permiso para aquello.

No le miré y no le respondí, solo añadí aquello al pedido sin darle importancia. Cuando fui a pagar, él se me adelantó, ofreciendo un billete de cincuenta a la agradable mujer con gafas gruesas que nos estaba atendiendo.

—Puedes quedarte con el cambio —le dijo. A lo que ella respondió con una mueca sorprendida y un «muchas gracias».

Después esperamos en silencio a que nos entregaran la bandeja con todo. La llevé hacia una esquina tranquila, a una mesa de dos con sillas una frente a la otra bajo un cuadro de alguna ciudad italiana en blanco y negro. Dejé la bandeja y me senté, mirando como el señor Black se quitaba su chaqueta borgoña antes de hacer lo mismo. Entonces entrelazó las manos sobre la mesa y me miró por el borde superior de los ojos, con un poco de temor y un poco de tristeza. Era increíble lo mucho que era capaz de transmitir James con tan solo una mirada de aquellos ojos del azul del mar, más brillantes y vivos debido a la humedad y a la rojez que los envolvía. Estaba ojeroso, pálido y débil, parecía apenas una sombra del hombre serio e intimidante que siempre había sido, y había algo en todo e-

so que me producía una profunda tristeza e incomodidad.

—Come un poco, James —le pedí tras un breve silencio, señalando el plato de los emparedados con un movimiento de cabeza—. Te sentará bien.

Él los miró, después a mí, y finalmente cogió uno y le dio un buen mordisco antes de seguir mirándome mientras masticaba. Bebí un trago de mi café con leche caliente y mantuve la taza entre las manos, cerca de mis labios, esperando a que, al menos, se terminara aquel primer sándwich.

—Ahora desayuno todos los días avena con queso fresco y fruta —le dije, hablando en tono bajo, pero lo suficiente alto para que se escuchara bien sobre el ruido de las máquinas de café y los murmullos continuos de las demás conversaciones del local. Había dicho algo estúpido, por supuesto que era estúpido, pero me pareció una buena forma de empezar una conversación más calmada y neutra—. Aunque no sabe igual que cuando te lo prepara un chef de fama internacional —reconocí.

El señor Black mantuvo mi mirada en silencio, parpadeó y forzó una casi imperceptible sonrisa que duró muy poco en sus labios.

—Me gusta más el desayuno de yogur natural y muesli —respondió con su voz baja y grave—, pero a mí sí me lo hace un chef de fama internacional. No sé si me gustaría tanto si tuviera que hacerlo yo.

—¿Crees que sabrías hacerlo? —le pregunté.

—Sé abrir un puto yogurt y echarle muesli, Leo —me dijo con un tono un poco más duro, pero no fuera del habitual en él.

—Dudo hasta de que supieras encontrar las cucharas en la cocina, James —le dije mientrasladeaba ligeramente el rostro.

—No necesito saber dónde están, porque pago a gente para que las busque por mí —declaró—. No me hice millonario para perder el tiempo buscando putas cucharas, Leo.

No supe si fue volver a escuchar su tono grave, sin sollozos ni quiebros debido a la emoción, si fue volver a ver su expresión seria y tranquila, sin mueca triste ni especialmente lloroso y apenado, si fue el hecho de que aquella conversación tonta estaba trayendo de vuelta al prepotente y descarado James, o si era que todo aquello me estaba transportando a un pasado en el que el señor Black y yo éramos felices juntos; pero, en ese momento, una sonrisa se me extendió por los labios y terminé asintiendo para darle la razón.

—Entiendo —murmuré antes de llevarme la taza a los labios y beber otro sorbo mientras compartíamos una de nuestras largas e intensas miradas silenciosas. Esas que, por extraño que pudiera parecer, echaba tantísimo de menos.

El señor Black empezó a perder ese temor, esas dudas y ese miedo que le habían atrapado durante nuestro reencuentro. Levantó un poco más el rostro para mirarme de frente y empezó a recuperar, muy lentamente, su actitud calmada y seria de siempre.

—También voy al gimnasio por las mañanas y hago el entrenamiento militar —continué, pasándome la lengua por los labios para limpiarme los rastros de café con leche mientras dejaba de nuevo la taza sobre la mesa—. Es increíble, antes lo odiaba, pero... ahora me gusta mucho.

—Si quieres te paso el PDF con los entrenamientos —se ofreció—. Yo no... he podido entrenar mucho últimamente. No tenía fuerzas para nada.

—Pareces cansado —afirmé con cierta preocupación, cruzando los brazos sobre la mesa antes de dejar caer un poco el peso sobre ellos.

—Lo estoy —respondió en voz baja—. Han sido dos semanas muy difíciles para mí. No podía dormir y no podía comer, apenas me levantaba de la cama y no dejaba de llorar, darle vueltas a la cabeza y enfadarme conmigo mismo una y otra vez.

Asentí un par de veces. Cuando me había mandado aquellos mensajes diciéndome algo parecido, creí que quizá estuviera exagerando un poco, pero solo hacía falta verle para saber que era verdad. En solo dos semanas, James había desmejorado muchísimo.

—¿La terapia te está ayudando? —le pregunté.

El señor Black cogió su taza y le dio un trago antes de dejarla delante de él en la mesa, quizá dándose tiempo para pensar una respuesta.

—La terapia es muy complicada, Leo, es muy difícil para mí. Es... humillante —concluyó en voz más baja y apesadumbrada, mirando el café solo con dulce de leche mientras sus ojos volvían a humedecerse—. La doctora Jones quiere que le hable de muchas cosas de las que no quiero hablar y me siento muy solo sin ti. Te echo muchísimo de menos, Leo... —terminó confesando con una de sus miradas por el borde superior de los ojos—. Ya no sé qué hacer. Me pone muy nervioso tenerte lejos y solo lo hace todo mucho más difícil.

Mantuve su mirada en silencio y traté de que mis ojos húmedos no me jugaran una mala pasada.

—¿Te ha dado medicación? —le pregunté.

James asintió lentamente.

—Me ha dado ansiolíticos, antidepresivos y algunas pastillas para poder dormir.

—¿Te la estás tomando? —quise saber.

El señor Black tardó un poco más en responder esta vez, acariciando suavemente con el pulgar el borde de su gran taza de café.

—A veces —confesó.

—Tienes que tomártelas siempre, James. Es importante.

—Eso dice la doctora Jones —murmuré, pero no demasiado contento con aquello.

Cogí aire y lo solté lentamente antes de apretar la comisura de los labios en una mueca de leve disgusto. Conocía de sobra al señor Black para saber cuál era el problema.

—Sé que no te gusta que te digan lo que tienes que hacer, James, pero tienes que tomarte la medicación. Te ayudará.

—Lo que me ayuda es poder hablar contigo y tenerte cerca, Leo — respondió—. Tu eres mi mejor amigo y mi... buena conciencia, con un precioso acento irlandés.

Me quedé mirándole unos segundos y de pronto sonreí sin poder evitarlo.

—Tu «buena conciencia irlandesa» no es algo que suene demasiado prometedor —respondí—. Aquí no somos famosos por tomar las mejores decisiones.

El señor Black se encogió ligeramente de hombros.

—A mí me gusta mucho mi hombre irlandés... me hace muy feliz.

Oír aquello me produjo una punzada de pena y perdí la sonrisa antes de bajar la mirada a mi taza. Levanté una mano y la llevé al asa de la taza para beber otro trago de café antes de decirle:

—Come el otro sándwich también, son los dos para ti.

El señor Black continuó mirándome en silencio un par de segundos más antes de hacer lo que le pedí y llevarse a la boca el otro emparedado vegetal. Lo masticó lentamente, llenando la mesa de algunas migas sueltas.

—Si me llamas todos los días, Leo, me tomaré la medicación —me dijo entonces, todavía con comida en la boca.

—Eso es algo que deberías hacer por ti mismo porque es bueno para ti —respondí tranquilamente.

—Leo, ambos sabemos que me encanta que te esfuerces por hacerme ser un buen chico responsable —dijo tras tragar el bocado—. Me encanta que me des algo a cambio de hacer cosas que debería hacer por mí mismo. Eso me... hace sentir muy poderoso.

Mantuve su mirada en silencio, solo un par de segundos antes de preguntarle:

—¿Y qué dice la doctora Jones sobre eso?

El señor Black tomó otro buen bocado del emparedado y lo masticó sin dejar de mirarme, creando otro de aquellos momentos de mirada intensa, fija e intimidante, uno de esos instantes tan familiares y absorbentes que compartíamos él y yo.

Recordé que al principio, en lo que me parecía ya una eternidad, encontraba aquellos silencios estúpidos e innecesarios, una de sus tonterías de Amo; pero ahora, me descubrí a mí mismo disfrutando mucho de ellos.

Había una electricidad estática en el ambiente, una ligera tensión entre nosotros e incluso hasta una extraña excitación contenida. Ladeé el rostro sin apartar la mirada de aquellos ojos del azul del mar y pensé en lo mucho que me gustaba ver a James Black siendo... James Black. No sabía si eso tenía sentido o no.

—La doctora Jones dice que te admiro tanto y te tengo en tan alta estima, Leo, que debido a mi patológica necesidad de control, el poder someterte a mi voluntad me produce un intenso placer —respondió tras terminar de tragar el trozo de sándwich—. Que solo yo consiga hacerlo infla mi auto-

estima y me hace sentir muy poderoso y excitado.

Arqué las cejas, sorprendido de que hubiera una explicación real y con, supuse, cierto sentido, por la cual al señor Black le gustara controlarme de aquella forma. Siempre había dado por hecho que se trataba solo de otra de sus gilipolleces de Amo.

—¿Le hablas de mí y de los sumisos que has tenido? —le pregunté.

—Sabe que he tenido sumisos, pero solo me pregunta por ti porque sabe lo importante que eres ahora en mi vida —respondió.

Solté un murmullo, sin saber muy bien cómo responder a aquello, y me tomé otro sorbo de café ya templado mientras el señor Black no dejaba de comer su sándwich y de mirarme.

—Te compraré un casa en Dublín —me dijo entonces—. Te pagaré la comida y la ropa, todo lo que necesites, y tú me llamas todos los días y me dejas venir a verte cuando yo quiera.

Dejé la taza sobre la mesa y respondí un simple:

—No.

—Entonces alquila una buena casa, yo la pagaré, cubriré todos los gastos y tendrás todo lo que quieras, solo tienes que llamarme cada día y hablar conmigo —insistió.

—No, James —empecé a perder la paciencia y le dediqué una mirada seria.

—Déjame cuidar de ti, Leo —aquello empezó a sonar como una exigencia—. No voy a permitir que estés en un piso de mierda y vistas ropa barata de...

—No necesito tu dinero —le interrumpí con tono serio—. No necesito que me pagues nada. Ya tengo un trabajo, ya tengo un apartamento y un sueldo bastante bueno para pagar todo lo que yo quiera. No estamos aquí para negociar, James, solo estamos hablando.

Eso cortó un poco su actitud y bajó la mirada al último trozo de sándwich que quedaba en su mano antes de metérselo en la boca y mastcarlo en silencio. Yo me llevé la taza a los labios y seguí bebiendo, recordando cómo era James Black. Era un hombre que no perdía una oportunidad, por pequeña que fuera, para sacar ventaja de la situación y aprovecharse al máximo posible. Siempre quería más y más, pero el problema era que yo no le había perdonado, que no iba a hacerlo, y que ya no era el hombre que le mimaba como a un cerdo y el que aceptaba todas sus exigencias.

—Creo que es mejor que me vaya —murmuré, dejando el café sobre la mesa.

—No —me detuvo James, alargando una mano sobre la mesa, tan rápido, que casi volcó su taza sobre la mesa. Me agarró con fuerza de la manga de mi camisa azul claro y bajé la mirada para ver su mano, con el anillo plateado aún en su dedo, antes de alzar los ojos hacia él—. No, Leo —me dijo con una expresión otra vez asustada y triste—. Quédate un poco más... por favor.

Entreabrí los labios. Tenía una respuesta negativa y una despedida en la

punta de la lengua, dispuesta a brotar de entre mis labios, pero lo que hice fue cerrarlos y mirar un momento a la cafetería cada vez más llena de gente.

—Tengo que volver al trabajo, James —le recordé con la mirada baja, en un punto entre su mano alrededor de mi camisa y sus ojos azules y otra vez llorosos.

—Llámales y diles que tienes que pasar más tiempo conmigo —respondió—. Que te he invitado a una pinta y a un paseo...

Cogí aire lentamente entre los labios y lo solté inflando un poco los mofletes. Estaba pensando, muy rápidamente, sobre lo que debería hacer y las consecuencias que podría tener todo aquello. No era el trabajo lo que me preocupaba realmente, porque sabía que el señor O'Sullivan no tendría ningún problema en que sacara a pasear al cliente por ahí; no, lo que realmente me preocupaba era empezar a ceder ante James. Otra vez.

—Escucha —murmuré, mirándole al fin a los ojos—. Quiero ayudarte, James. Te conozco y sé que estás haciendo un gran esfuerzo con todo esto de la terapia y... trabajando en tus problemas. Pero hay... límites, ¿de acuerdo?

El señor Black frunció ligeramente el ceño en una mueca apenada y soltó aire por la nariz en un jadeo contenido.

Asintió lentamente con la cabeza y me soltó la camisa poco a poco, devolviendo la mano a su lugar original alrededor de la taza.

—Haremos lo que tú quieras... —me prometió en voz baja.

—Bien —asentí un par de veces y fui a buscar el móvil a mi bolsillo. Escribí un mensaje rápido al número del señor O'Sullivan diciendo que me llevaría a Alan Grant en una visita para que conociera Dublín y se familiarizara con el lugar. Añadí un breve «es bastante insistente, lo siento, recuperaré el trabajo acumulado este fin de semana» y lo envié. Después metí el móvil de vuelta al bolsillo y miré a James.

—Hay muchas cosas que quiero contarte, Leo —me dijo. Había perdido su actitud de siempre, aquella que tanto me gustaba, para volver a un estado apenado y casi abatido—. Sobre mí y lo que he hecho. Quiero que sepas la verdad.

—Puedes contarme lo que quieras —le ofrecí con un tono calmado—, aunque no creo que haya mucho que no sepa ya.

—No, me refiero a... como me sentía y como me siento —me aclaró en voz baja y grave, añadiendo a sus palabras una mirada fija y asustada por el borde superior de los ojos—. Cosas de las que nunca te he hablado porque... tenía miedo de que creyeras que soy débil y te rieras de mí y me dejaras.

Esperé un momento, simplemente porque sentí una punzada de ternura y tristeza en el pecho que me costó un poco procesar. Bajé la mirada a mi taza de café con leche ya casi vacía y asentí.

—Estaré encantado de que me hables de eso, James —le dije en el mismo tono bajo que él había usado antes de devolver la mirada a sus ojos—. Sa-

bes que jamás me reiría de ti. Siempre te he querido mucho —aquellas últimas palabras consiguieron llenarme los ojos de humedad y tuve que parpadear un par de veces antes de coger una bocanada de aire para tranquilizarme.

—Lo sé —respondió él, con los ojos completamente empapados y un poco hinchados otra vez—. Sé que no te vas a reír de mí, pero no puedo evitar pensarlo, Leo. Es como una voz en mi cabeza que me dice que no soy lo suficiente bueno y que, de un momento a otro, tú te darás cuenta y dejarás de quererme tanto. Todavía lo pienso y todavía tengo miedo —reconoció, bajando tanto la voz que me costó un poco oírle entre las demás conversaciones de alrededor y el sonido de las máquinas de café.

«Pero la doctora Jones dice que es bueno compartir mis emociones y no tratar de reprimirlas ni expresarlas de una forma tóxica, como la ira o el ansia sexual. Con ella intento no hablar de estas cosas, aunque me pregunta mucho, porque... yo no quiero contarle nada que no te haya dicho a ti primero.»

Parpadeé lentamente y asentí, llevándome un momento la mano a los ojos para limpiarlos discretamente y que la humedad no se desbordara en forma de lágrimas.

El local era ruidoso y empezó a molestarme profundamente estar allí, así que miré a James y le pregunté:

—Conozco un lugar muy bonito y tranquilo, quizá nos mojemos un poco con la lluvia, pero a mí siempre me ha ayudado a relajarme y pensar con mayor claridad.

James cabeceó, de acuerdo con la idea, y se levantó de su sitio para ponerse la americana de cara al cuadro de la pared y frotarse el rostro con las manos para que nadie más pudiera notar la emoción que cubría sus ojos hundidos y con profundas ojeras oscuras.

Me levanté de mi sitio y caminamos juntos hacia la salida, sumergiéndonos de nuevo bajo la fina lluvia arrastrada por un aire suave y templado. Le señalé una dirección y caminamos a la par hacia la estación de trenes públicos Connolly.

—Dos a Howth, por favor —le pedí en la taquilla—, solo ida.

Quise pagar, pero el señor Black se adelantó con otros cincuenta euros que sacó rápidamente del bolsillo, unos del que si esperó el cambio. Con nuestros billetes de tren ligero en la mano, buscamos refugio de la fina lluvia en la estación y nos dio tiempo incluso a comprar un enorme paraguas con la bandera de Irlanda en franjas de colores. No fue por un arrebato patriótico, solo porque era el más grande que había en la tienda de souvenirs.

—¿Es un metro, Leo? —me preguntó el señor Black cuando alcanzamos las vías, rompiendo un silencio que se había extendido desde que habíamos salido de la cafetería.

—No, es un tren ligero de transporte público de la ciudad. No va bajo tierra —le expliqué.

Él asintió y aguardamos tan solo un par de minutos a que el tranvía estacionara.

Nos subimos y tomamos asiento al final del todo, ya que había sitio de sobra para no tener que ir de pie y eran los únicos asientos que iban pares y no uno frente al otro.

No lo pensé realmente, solo fui hasta allí y me senté, sin darme cuenta de que el señor Black se sentaría a mi lado, lo suficiente cerca para que su pierna de muslo grueso bajo la tela fina del pantalón burdeos rozara la mía. Ignoré ese suave y tímido contacto, que se fue haciendo más y más evidente con el paso de los minutos, junto con el roce de hombro y la cercanía de James. Noté su mirada fija e intensa casi al instante de sentarnos, pero, al igual que todo lo demás, lo ignoré durante un cierto tiempo hasta que fue demasiado.

—Howth es una península al noreste de Dublín —le expliqué, girando el rostro para encontrarme con brillantes ojos del azul del mar y su expresión seria—. Tiene un paseo precioso por la costa rocosa y solo está a media hora de aquí.

James asintió, aunque no estaba seguro de que hubiera escuchado lo que le estaba diciendo. Solo me miraba fijamente y descendió un momento hacia mis labios antes de volver a mirarme a los ojos.

—Eres muy guapo, Leo —me dijo en voz baja.

Alcé ambas cejas, un poco sorprendido por aquel comentario tan imprevisto, al que solo se me ocurrió responder con un:

—Tú también eres muy guapo, James.

El señor Black frunció levemente el ceño y una mueca de incomodidad cruzó su rostro de expresión seria. Desvió la mirada a un lado, hacia el ventanal por el que se veía la ciudad bajo la fina lluvia.

—No me siento guapo —murmuró—. Me siento como una mierda.

Ese fue mi momento de fruncir el ceño y poner una mueca preocupada. Incluso pálido, con los ojos hinchados, más delgado y ceniciento, James seguía siendo el hombre más guapo que había visto en mi vida. Entreabrí los labios, pero no me salieron las palabras, así que tomé un pequeño riesgo y coloqué mi mano en su rodilla, dándole un leve apretón. Él bajó la mirada al instante y miró aquel roce mientras los ojos se le volvían a empañar de lágrimas. Entonces movió una de sus manos, que mantenía entrelazadas entre los muslos de sus piernas abiertas, y, con mucho cuidado, la fue acercando a la mía; como si fuera un animal asustadizo que se fuera a escapar si daba un paso en falso, demasiado rápido o demasiado contundente. Cuando estuvo lo suficiente cerca, levantó un solo dedo y me rozó, dándome una suave caricia de arriba abajo. Miré aquello sin saber cómo sentirme. ¿Era demasiado?, quizá fuera demasiado y debería apartarme, pero no lo hice. El tiempo pasó y seguíamos con la vista puesta en nuestras manos y la lenta y delicada caricia. El señor Black sorbió por la nariz y tragó saliva.

—Eres la única persona a la que me gusta tocar —murmuró, como si fuera

un detalle sin importancia.

Me quedé en silencio, porque no había una respuesta que pudiera darle a aquello. Giré la muñeca para dejar la palma hacia arriba y James se asustó un poco, contrajo rápidamente la mano como si hubiera temido haber hecho algo que me hubiera molestado, hasta que se dio cuenta de que todo iba bien y me dedicó una mirada empañada por el borde de los ojos. No le respondí, solo continué con la vista puesta en nuestras manos y en la forma cuidadosa con la que James había vuelto a acariciarme, tan solo con la punta de sus dedos. Me producía unas leves cosquillas y una extraña sensación contradictoria en el pecho. En algún momento, quizá varios minutos después, el señor Black pegó su palma a la mía y la movió hasta que sus dedos largos se entrelazaron con los míos y me apretaron suavemente. Tras unos segundos de duda, cerré la mano y completé la unión. Solo entonces levanté la mirada vidriosa y emborronada para cruzarla con la de James, tan cristalina y húmeda como la mía.

—Te quiero —susurró él.

Yo parpadeé y una lágrima se deslizó por mi mejilla para terminar desapareciendo en mi barba demasiado larga. Ojalá hubiera podido responderle, pero no pude. Me sentía dolido y frustrado, me sentía estúpido y traicionado, porque yo quería muchísimo a James y él me había fallado.

Aparté la mano de la suya y giré el rostro hacia el ventanal, soltando un par de lágrimas más en el fondo de aquel tranvía a Howth. No podía ver al señor Black, pero podía oír su respiración lenta y pesada mientras lloraba en silencio. Quizá el sintiera lo mismo que yo: la pérdida, la tristeza y el vacío. Podíamos haberlo tenido todo, pero, como James había dicho, había sido débil.

Y ahora, ya era tarde.

ENTRE LA COLINA Y EL MAR

Llegamos a la estación de la península de Howlt sumergidos en un profundo silencio, uno que solo rompí para señalar la salida y preguntar:

—¿Bajamos?

James asintió, todavía con la vista al frente y los ojos empapados en lágrimas. Se levantó el primero para poder dejarme pasar hacia el pasillo y abandonar el tranvía. La estación era pequeña, con solo una cobertura y un edificio que atravesar para ir a la calle. Abrí el paraguas con al bandera de Irlanda y lo sostuve en alto para taparnos a ambos, le indiqué una dirección a James con un gesto de la cabeza, pero él todavía no era capaz de mirarme a los ojos. Aquella parte de la península no era especialmente bonita, tan solo un puerto y algunas casas con cafeterías y un pub; lo interesante llegaba cuando dejabas eso atrás y te adentrabas en el camino que ascendía y bajaba, serpenteando en la ladera sobre el precipicio rocoso. Tras un minuto más en silencio miré al señor Black, que me seguía cerca, pero que no se pegaba a mí, dejando un espacio pequeño pero significativo entre nosotros; un espacio que agradecí, pero que me resultó muy extraño e incómodo.

—Ahora el paseo no es muy bonito —le dije en voz baja, dándole un leve roce con el hombro para llamar su atención mientras señalaba el camino que atravesábamos, una carretera de cemento rodeada por vegetación y un muro—, pero después gana mucho. Se ve el mar y la colina rocosa. Es muy tranquilo y agradable.

Él tardó un momento, moviendo la vista desde el frente a un punto intermedio donde debían estar mis pies antes de, por fin, reunir las fuerzas para responder a mi mirada. El señor Black tenía una expresión triste y dolida, casi descorazonadora. Se quedó en silencio y entonces asintió, volviendo la vista al frente de nuevo.

—¿En qué piensas? —le pregunté, girando el rostro hacia el camino.

A James le tomó otro momento responder, entrecerró levemente los ojos y dijo con la voz algo ronca:

—Pienso en que... jamás volveré a ser feliz.

Cerré los ojos yladeé la cabeza a un lado, sintiendo un punzada de dolor en el pecho. Era complicado y difícil, todo volvía a ser complicado y difícil, porque con James Black siempre lo era.

—¿Sabes en qué pienso yo, James? —le pregunté en un tono bajo—. En que deberías de dejar de darle vueltas a las cosas y limitarte a disfrutar de este momento —intenté mirarle de nuevo por el borde de los ojos y me encontré con su mirada de vuelta, tan profunda, silenciosa e intensa como siempre.

El señor Black volvió a asentir y se acercó un poco, cubriendo esa distancia tan extraña y abisal que había dejado entre nosotros. Rozó su hombro ancho con el mío y, en un temeroso intento, acercó su mano temblorosa a la parte baja de mis espaldas, apoyando tan solo la punta de

los dedos en un pequeño contacto. Me miró fijamente durante todo el proceso, preparado y atento a cualquier señal que pudiera indicarle que me estaba enfadando o que iba a volver a rechazarle. Quizá debería haberlo hecho, pero dejé que se acercara, porque me sentía un poco vacío al tenerle tan lejos, y dejé que me tocara, porque añoraba muchísimo aquel contacto tan suyo en mi espalda. Había una guerra dentro de mí y un torbellino de emociones contradictorias: «aléjale porque te ha hecho daño, pero déjale acercarse porque le echas mucho de menos...» Cogí una bocanada del aire fresco y húmedo, con un ligero olor a salitre debido a la cercanía del mar que se oía a lo lejos, batiendo contra las rocas de la costa. Decidí seguir mi propio consejo y disfrutar de aquel momento; ya tendría toda una vida para echarle de menos y arrepentirme.

—No voy a salir corriendo, James —le dije—. Deja de poner esa cara de perrito triste.

Él continuaba mirándome con sus ojos llorosos, hasta que una pequeña y fugaz sonrisa elevó por un instante la comisura de sus labios.

—Guauf...

Sonreí, sonreí como un completo imbécil, negué con cabeza y volví a mirar al frente, todavía con una rastro de diversión en los labios, como la espuma que dejaba el mar sobre la arena tras una oleada profunda en la playa. James apoyó toda su mano en la parte baja de mi espalda e incluso me acarició suavemente con el pulgar.

—Estoy triste, Leo —me dijo—. Ya lo sabes.

—Últimamente siempre estabas triste y enfadado —afirmé, no como algo que le quisiera echar en cara, sino solo como una realidad—. Llegó a ser muy frustrante. Para ambos —aclaré.

James asintió lentamente sin dejar de mirarme en ningún momento. Tras él el muro bajo y la vegetación había dejado paso a unas preciosas vistas del mar y el puerto bajo la fina lluvia, pero las ignoró por completo.

—El respeto de los demás es muy importante para mí —me dijo en voz baja, como si no quisiera que nadie más pudiera oírle, aunque no hubiera nadie más que nosotros allí—. Tengo... pánico a hacer el ridículo y a que se rían. Me da mucho miedo parecer... débil. Quiero ser el mejor y tener lo mejor porque eso es lo que consiguen los triunfadores. Nadie se ríe de los triunfadores, porque todos los admiran... ¿Lo entiendes? —Asentí, pero no dije nada. Yo le escuchaba atentamente y con expresión tranquila, no quería interrumpirle, ni siquiera en los breves parones que se tomaba para pensar o tomar aire—. La doctora Jones dice que debería aprender a construir una autoestima sana y dejar de basarla solo en lo que los demás piensen de mí, pero es muy complicado, Leo. Cuando la gente no me admira me siento como una mierda, insignificante y estúpido, por eso... me esfuerzo tanto en mantener una apariencia perfecta. Es... bastante caro, pero merece la pena.

—¿Le has hablado a la doctora Jones sobre tus padres? —le pregunté tras un breve silencio.

—Le he dicho que son bastante exigentes.

Negué con la cabeza, dudando en si decir lo que realmente pensaba sobre el tema.

—Tus padres no son exigentes, James, tus padres son crueles. Te han criado a ti y a tus hermanos de una forma enfermiza y triste donde lo único que importa es cómo os perciban los demás y los éxitos que consigáis. Con toda esa mierda de «la Perfecta Familia Black» no me sorprende que sea tan importante para ti —le miré de nuevo y le dije con tono más serio—: Deberías hablarle de eso a la terapeuta, porque estoy casi seguro de que la mayoría de tus problemas e inseguridades vienen de ahí, James.

El señor Black frunció levemente el ceño y deslizó la mirada al frente.

Continuamos nuestro camino por aquella carretera estrecha, teniéndonos que apartar en los momentos en los que pasaba un coche de un lado para otro, por suerte, tardamos solo veinte minutos de silencioso paseo en alcanzar la parte que yo quería: el sendero de tierra y piedra que se hundía entre la vegetación un poco salvaje.

Había momentos en los que no podíamos pasar a la par y debíamos ascender de uno en uno, así que yo iba adelantado y el señor Black me seguía de cerca, sin apartar en ningún momento la mano de mi espalda. No llevábamos la mejor ropa ni era el mejor día para hacer aquello, sin embargo, cuando nos hundimos en aquel paseo, bordeados por la colina salvaje y el mar embravecido, todo dejó de ser ruidoso y acelerado. Solo quedó la calma y la intimidad compartida.

—No quiero parecer un estúpido irlandés enamorado de su tierra —le dije al alcanzar lo alto de la cuesta que habíamos tenido que ascender para llegar a un lugar más llano y espacioso—, pero esto no lo tenéis en Norteamérica —le aseguré, señalando con la cabeza hacia las vistas del mar y las pequeñas islas pedregosas.

James se detuvo a mi lado, miró hacia el mar y hacia el cielo nublado, tomó una bocanada del aire húmedo que olía a verdor y salitre y respondió:

—Estados Unidos tiene cosas mejores.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. El señor Black y su estúpido orgullo patriótico.

—Lo único que tiene Estados Unidos mejor que esto, eres tú, James.

James me miró y sonrió un poco con las comisuras de los labios. Por un instante casi pude ver su necesidad de acercarse más, de rodearme con los brazos y besarme como había hecho cientos de veces antes; pero no lo hizo. Se quedó mirándome por el borde de los ojos, perdió su pequeña sonrisa y la sustituyó por una expresión seria y ligeramente apenada. Aunque quisiera besarme, ya no podía hacerlo y él lo sabía, así que se limitó a acariciarme un poco más fuerte la espalda.

—Gracias, Leo —murmuró con voz grave y pesada—. Me hace mucha ilusión que me digas cosas así de bonitas. Me hacen sentir muy... querido.

Mantuve su mirada en silencio, perdido en el profundo azul que parecían tener sus ojos con la luz suave y grisácea del día y lo brillantes que parecían gracias a la humedad que los cubría.

—Es extraño oírte decir lo que piensas —le confesé en voz muy baja, casi un murmullo.

—Me... estoy esforzando por ser sincero contigo —reconoció con un asentimiento de la cabeza—. Todavía me cuesta, me siento muy inseguro y expuesto, pero... quiero que lo sepas.

—¿Te lo aconsejó la doctora Jones?

—No. Esto lo hago yo porque... tenía tanto miedo antes... —se detuvo respiró profundamente y miró de nuevo al mar frente nosotros. La fina lluvia caía sobre el paraguas, repiqueteando sobre la tela firme con la bandera de Irlanda y arrullada por el murmullo de las olas al chocar contra la costa rocosa. Continué mirando a James, a sus ojos llorosos y levemente entrecerrados, dándole todo el tiempo que necesitara antes de decir—: Tenía tanto miedo de parecer débil delante de ti, Leo, que me lo guardaba todo muy dentro para que no te fueras de mi lado. Creía que si te dabas cuenta de lo... patético que soy —soltó el aire y tensó la mandíbula—, te reirías de mí y te irías. Yo no... —se tomó otro breve momento, cerró los ojos y otra lágrima recorrió su mejilla hasta desaparecer entre su barba rubia y espesa—. No era capaz de entender por qué me querías tanto, Leo —murmuró.

—Tenía muchas razones para quererte, James —respondí con total seguridad—. Tú eres un hombre difícil, pero también... eres... muy divertido —esa fue la primera palabra que surgió en mi mente—. Nunca me aburría a tu lado, incluso con todas tus locuras de Amo, me lo pasaba muy bien. Ya te he dicho docenas de veces que nunca creí que fueras patético. Lo único momentos en los que pensé que eras un hombre triste y perdido era al principio, cuando no dejabas de enfadarte por todo y parecías obsesionado por el sexo. Pero... hace mucho que no eres así —concluí.

James asintió y giró un poco el rostro para volver a mirarme con su ojos llorosos.

—La doctora Jones cree que tú me das estabilidad emocional —me dijo. Alcé las cejas, un tanto sorprendido y un tanto halagado por aquellas palabras.

—Vaya —fue todo lo que se ocurrió decir. Compartimos una breve mirada y, sin pensarlo demasiado, levanté mi mano libre y le limpié las mejillas húmedas—. No llores, James, lo estás haciendo muy bien. Poco a poco irás superando tus miedos.

El señor Black movió la cabeza para pegar más el rostro a la mano con la que le limpiaba las mejillas, cerrando los ojos para disfrutar de aquella caricia improvisada. Cuando los abrió, estaban más húmedos que antes. Tuve que bajar al fin la mano y coger un par de buenas respiraciones, porque había algo en aquella mirada por el borde superior de los ojos que

me estaba quemando por dentro. Era increíble, pero aquel tiempo lejos de él casi me había hecho olvidar lo intenso que era estar junto a James Black. —Hay... un sitio que me gustaría enseñarte —le dije, señalando con la cabeza hacia el camino.

James asintió y volvió a acariciarme la espalda suavemente, un roce ardiente en un día húmedo y templado. Me giré para volver al camino de tierra y seguir el sendero en dirección a una escalinata de piedra poco trabajada que ascendía por la colina al borde de la costa.

Aproveché aquel momento para respirar y aclararme la mente, porque me estaba perdiendo un poco en el momento. La fuerte presencia de James, sus emociones y su actitud suave me estaban quebrando poco a poco. Yo quería mantenerme fuerte y recordarme a mí mismo que aquello solo era una especie de favor, una excepción, y que al final del día volvería a mi nueva vida en la que él no tenía ya lugar.

Eso era lo que me decía mientras le llevaba a uno de mis sitios favoritos de Howlt; una pequeña montaña rocosa en la ladera repleta de vegetación. Tuvimos que atravesar un camino menos transitado y nos mojamos la parte baja de los pantalones con el roce de las plantas húmedas por la lluvia, pero a ninguno de los dos pareció importarle. Ascendí por la piedra y esperé al señor Black, muy cerca de mí, a que hiciera lo mismo.

—Ten cuidado, quizá resbale un poco —le advertí, pero él seguía siendo el hombre orgulloso que subió a la piedra fingiendo que no había resultado ningún tipo de reto y que se quedó a mi lado con la cabeza alta. Sonreí un poco a escondidas y dimos unos últimos pasos hacia la punta, desde donde se veía la colina descendiendo, el camino de tierra, el borde del barranco rocoso y, más allá, la inmensidad del mar—. ¿Qué te parece? —le pregunté con la vista puesta en el horizonte.

El señor Black miraba lo que yo miraba, pero su mano en mi espalda se deslizó lentamente hacia mi costado y terminó rodeándome con el brazo.

Cogió una buena bocanada de la brisa que revolvía un poco la lluvia y se limitó a asentir.

—Normalmente me siento aquí, pero hoy esta mojado y no...

—Sentémonos, Leo —me interrumpió antes de mirarme—. A nosotros nunca nos ha importado mancharnos...

Entreabrí los labios, pero terminé cerrándolos con una pequeña media sonrisa.

Cabeceé con un afirmación y miré hacia la piedra, bajando el paraguas que mantenía en alto para sentarme en el borde del montículo y dejar las piernas colgando por el borde. El señor Black me siguió, quedándose muy cerca y pegando su muslo y su hombro al mío antes de que yo nos cubriera a ambos de nuevo con el enorme paraguas, creando una especie de pequeña burbuja. Miramos el horizonte en silencio, hasta que James bajo la vista y colocó una tímida mano en mi pierna. Yo no dije nada, solo seguí mirando al frente, volviendo a pensar si debería pararle, pero, una vez más, no lo hice. Dejé que el señor Black me acariciara hasta alcanzar la

parte interior de mi muslo, donde detuvo la mano para solo rozarme con el dedo gordo. Una caricia que me llenó de varias emociones: añoranza, tristeza, ternura y hasta una leve excitación. El silencio se alargó varios minutos hasta que James levantó la mirada de su mano a mi rostro y me preguntó en voz baja:

—¿Te molestaba mucho cuando te daba azotes, Leo?

Me tomé unos segundos antes de girar el rostro hacia él.

—Me molestaba cuando lo hacías porque te enfadabas, era bastante frío y desagradable. —James asintió lentamente un par de veces y frunció levemente las cejas, como si mis palabras le hubieran preocupado; así que añadí—: En nuestros domingos especiales no me importaban, había cosas que me gustaban más y otras menos, pero era diferente. Formaba parte del sexo y tú siempre has sabido como hacer las cosas bastante eróticas y divertidas. —Devolví la mirada al horizonte, allí donde el mar embravecido y oscuro se juntaba con el cielo nublado y gris—. Que seas un Amo nunca me ha molestado, James —le aclaré—, es parte de quien eres.

El señor Black me apretó suavemente la cara interna del muslo y siguió acariciándome con el pulgar. Empezó a respirar un poco más fuerte, pero no se debía a la angustia ni al miedo, sino a otro tipo de emoción.

—No estoy seguro de que pueda cambiar eso, Leo —reconoció en voz baja—. Tener el control sobre ti me encanta... es muy especial para mí. Cuando sometía y follaba a mis sumisos, me calmaba y me tranquilizaba un poco, pero cuando lo hago contigo me siento... grande, muy... fuerte. Trató de explicarme aquello de la mejor forma posible, pero aun así pareció un poco angustiado por no poder encontrar las palabras exactas.

—Incluso si es solo un polvo vainilla, hacerlo contigo tiene algo muy especial.

Me acarició la pierna y me miró unos largos segundos en silencio.

—¿Te acuerdas cuando empezamos a vernos por la noche, Leo? Tú dijiste que empezaste a enamorarte de mí entonces. —Asentí lentamente—. Yo ya estaba un poco enamorado de ti —me confesó—, pero no lo sabía. No entendía qué sentía exactamente. Cuando iba a tu pequeño cuarto y me metía dentro de tu cama, me sentía... muy a gusto. Incluso si llevaba horas dando vueltas a la cabeza y sin poder dormir, iba allí y todo parecía más fácil. Tocarte me gustaba mucho, que me tocaras me gustaba más, era diferente a como lo hacían el resto de personas. No lo entendía, no sabía lo que era. Creía que simplemente me ponías muy cachondo y que... en algún momento se me pasaría. —Se le escapó un bufido de risa contenida, bajó la mirada a su mano en mi muslo y me acarició suavemente mientras negaba con la cabeza; como si le costara creer lo estúpido y ciego que había estado—. La primera vez que me comiste... ese domingo que fuimos al museo, cuando nos besamos y me hiciste esa mamada en la cama... ¿Recuerdas lo que te dije?

—Que te sentías raro —recordé.

James asintió.

—Me sentía muy raro, porque tú me hacías sentirme muy a gusto. No era solo el sexo, era algo más... ¿Tú... lo entiendes, Leo? —me preguntó con la voz algo quebrada y asustada, con miedo de decir algo estúpido y que yo me riera de él.

—Sí, claro que lo entiendo —afirmé, dejando caer el paraguas un poco sobre mi hombro porque me estaba empezando a cansar mantenerlo recto sobre nuestras cabezas.

—Fue ese día cuando me diste nuestro primer «beso de novios» —murmuró.

—¿Beso de novios? —tuve que preguntar, porque eso sí que no lo había entendido.

—El beso que siempre nos damos después de follar —me explicó.

—Ah... —comprendí de pronto. Se refería al «beso de después»—. Sí, sé cuál dices.

Ni siquiera había creído que James le diera importancia a aquel beso, aunque, realmente, fuera algo muy nuestro.

—Es de mis besos favoritos —me confesó.

—También de los míos —reconocí, perdido un poco en los recuerdos.

Al ver que yo le estaba entendiendo y que no estaba diciendo ninguna tontería, James relajó la expresión de su rostro y se quedó con su mueca seria que tanto conocía; todavía pálida, ojerosa y de ojos húmedos, pero calmada y serenera.

—Siempre me había dado asco pensar en besar a alguien —murmuró, bajando la mirada hacia mis labios. Se quedó un par de segundos en silencio, entornó suavemente los ojos y soltó un hálito de aire por la boca. Estábamos tan cerca que pude sentirlo en el rostro, cálido y húmedo en contraste con el ambiente fresco y lluvioso que nos rodeaba, fuera, en el mundo que había alrededor de nuestra pequeña burbuja—. Era lo único que nunca estuve dispuesto a hacer. Todos sabían que James Black no daba besos... era como mi marca personal junto con... el olor y todo eso.

Siguió mirando mis labios y acariciándome con el pulgar de su mano. James estaba lejos, muy lejos de allí, perdido en un pasado que parecía no echar nada de menos.

—Yo... no quería a nadie tan cerca de mí, con su asquerosa boca sobre la mía, metiéndome la lengua y lamiéndome la cara como un puto perro. Hasta que un día te estaba mirando en el coche, tú escribías algo en el móvil y te mordías en labio inferior mientras pensabas. A veces lo haces... y... me pregunté qué pasaría si te besaba una de esas noches que iba a verte. Si sería tan agradable como tocarte, como hablar contigo y tumbarme a tu lado. —Se quedó en silencio y creí que, tras un minuto sin decir nada, había terminado de hablar; sin embargo, añadió en voz más baja—: Fue incluso mejor.

Levantó lentamente la mirada de vuelta a mis ojos y dejó otro breve silencio.

—Cuando empezamos a besarnos, fue cuando empecé a sentirme muy raro. Me follaba a los sumisos, pero nunca sentía lo mismo, solo era lo de siempre, una y otra vez. Cuando empezamos a tener sexo, ya no quería otra cosa, solo a ti. Tardé un poco en comprender que, eso tan «raro» que notaba, era porque a ti te quería, y que eso tan especial que sentía contigo, era amor. Entonces todo tuvo sentido.

Me apretó un poco más fuerte el muslo y continuó diciendo en voz baja:

—Sé que parecía un loco y un obseso del sexo, que solo me enfadaba y que era muy confuso. Yo también me sentía confundido y frustrado, porque te quería pero... tenía miedo.

La voz se le quebró y los ojos se me humedecieron más, así que tuvo que parpadear un par de veces y tomar una respiración.

—Todo el daño que te he hecho fue por tener miedo, Leo —murmuró—. Tenía miedo de que tú no me quisieras como yo te quería y eso me aterraba, como a ti te pasaba conmigo —me recordó—. Me daba miedo que te fueras de mi lado, me daba miedo no saber qué era lo que querías tú de mí. Sé que tú crees que, a veces, la gente hace algo por otra persona sin esperar nada a cambio; pero nadie hizo nunca nada por mí sin esperar nada a cambio, Leo. Eras muy bueno conmigo y te preocupabas mucho por mí y no entendía el por qué. Tenía miedo de preguntarlo, porque no quería parecer ridículo y débil. Tenía miedo de perder el control sobre ti, y yo solo sabía usar el sexo, mi dinero y mantener una distancia emocional para que no creyeras que me tenías comiendo de la palma de tu mano —tomó una buena respiración después de decir todo aquello de corrido y sin parar. Otra lágrima le cruzaba al mejilla y soltó aire hacia un lado, inflando los mofletes y cerrando los ojos. Su mano había comenzado a temblar sobre mi muslo y la apretaba un poco más fuerte para tratar de evitarlo—. Pero lo estaba, Leo... —susurró tan bajo que incluso me costó oírle con el golpeteo de la lluvia contra el paraguas y el murmullo del mar—. Todavía lo estoy —negó con la cabeza, mirando al horizonte—. Jamás creí que pudiera amar a alguien amo te amo a ti.

Tras sus palabras se hizo el silencio. Bajé la mirada hacia su mano temblorosa sobre mi muslo y moví la mía para acariciarla suavemente con el reverso de los dedos. Entonces, como yo había hecho en el tranvía, giró la mano para dejar su palma abierta y rozar sus dedos con los míos en un suave y lento movimiento. Ambos nos quedamos con la vista baja, mirando aquel pequeño juego y sin decir nada hasta que el señor Black murmuró:

—No creo que pueda dejar de ser controlador, posesivo y celoso contigo, Leo. No creo que llegue a tener nunca la fuerza suficiente para conseguirlo, pero sé que he sido muy egoísta. Lo sé —me dijo con más fuerza, como si le hubieran puesto una pistola en la frente y dependiera de vida o muerte decirme aquello—. Sé que te he pedido mucho y que no he estado a la altura cuando las cosas se complicaron, pero eso sí puedo cambiarlo. Solo necesito que te quedes a mi lado... Vuelve conmigo, por

favor...

Cerré un momento los ojos y cuando los abrí estaban repleto de lágrimas, emborronando la visión de nuestras manos sobre mi muslo.

—James... no es tan fácil —le dije en voz baja—. Este último mes ha sido muy duro y... me decepcionaste mucho aquella noche —levanté la mirada hacia él para ver en sus ojos las mismas lágrimas y tristeza que en los míos—. ¿Qué crees que hubiera pasado si te hubiera drogado para escaparme y me hubieras encontrado a mí en una de esas fiestas de Jacobs, hasta el culo de cocaína y dejándome hacer cualquier cosa? —James tensó la mandíbula y empezó a respirar más fuerte, quizá entendiendo, aunque solo fuera vagamente, cómo yo me podía haber sentido al verle—. ¿Crees que me hubieras perdonado si llegara llorando y diciéndote que te quiero? —le pregunté seriamente—. ¿Crees que un «lo siento, tuve miedo y fui débil» hubiera sido suficiente?

Al señor Black le costó, pero terminó respondiendo con una voz quebrada:

—No, no hubiera sido suficiente...

—Me habrías hecho pasar un infierno antes de perdonarme —le aseguré—. Te habrías ido a cada fiesta y orgía solo para hacerme daño, porque «si tú lo haces, yo lo haré peor», ¿recuerdas? —James apretó los dientes, consciente de que algo así de retorcido era exactamente lo que hubiera hecho. Cerró la mano alrededor de la mía, como si temiera que, si me soltaba, me iría de nuevo lejos de él; pero solo llegó a rodearme los dedos, apretándomelos firmemente—. Tú me importas, James, muchísimo —continué tras un breve silencio, frunciendo el ceño y esforzándome por no llorar otra vez—. Y si quieres mejorar y necesitas mi ayuda, te la daré, pero eso no quiere decir que te haya perdonado. Sé que tienes muchos problemas, sé que no has querido hacer cosas que has hecho y sé que te arrepientes; aun así, necesito tiempo para pensar y replantearme algunas cosas. Creo... —me detuve y bajé un momento la mirada a nuestras manos antes de volver a la inmensidad azul y llorosa de sus ojos—, creo que te he pasado mucho por alto, demasiado, y que no dejaba de decirme a mí mismo que «así eras tú» y que «eras un amo y no podía cambiarlo». Pero quizá solo estuve alimentando esa parte de ti que solo quiere más y más. Quizá te haya puesto siempre por delante y me haya olvidado de mí mismo. Quizá... debería haberte parado los pies y haberme ido antes, puede que haya cometido un grave error al quedarme abrazándote y diciéndote que te quería.

A James se le escapó un sollozo y apretaba tanto los dientes que debía dolerle. Me miraba con los ojos hinchados, enrojecidos y llorosos. Le costaba respirar y me apremiaba más y más los dedos bajo su puño.

—Entonces... ¿qué va a pasar, Leo? —me preguntó en apenas un hilo de voz. Se le escapó un pequeño gemido y empezó a respirar rápidas bocanadas por la boca—: ¿Se... acabó de verdad y jamás podré recuperarte?

Esas palabras provocaron que su abdomen se contrajera varias veces y su respiración se acelerara y saliera a trompicones de sus fosas nasales dilatadas y cubiertas de una fina capa de mocos traslúcidos. Trataba de mantener la compostura con todas sus fuerzas, pero estaba a solo una breve respuesta de mis labios de convertirse en el hombre más angustiado, miserable e infeliz del mundo. Lo que descubrí en ese momento fue que yo no estaba tan dispuesto a perderle, que la idea de olvidarme de James Black y comenzar una nueva vida sin él no me hacía tan feliz como había creído, que, quizá, podría darle una oportunidad para demostrarme que quería cambiar.

—No, no se acabó de verdad —respondí tras aquel breve silencio.

James soltó el aire por la boca con una profunda liberación y agachó la cabeza. Se llevó su mano izquierda al rostro, esa en la que tenía todavía la alianza y que no paraba de temblar, y se frotó los ojos empapados en lágrimas. Sorbió por la nariz y miró un momento al horizonte antes de asentir y mirarme con expresión seria.

—Bien... —dijo en apenas un jadeo—. Entonces podremos hablar.

Asentí.

—Todo lo que queramos —añadió.

Ladeé el rostro y le dediqué una mirada seria por el borde de los ojos a forma de advertencia.

—Necesito hablar contigo, Leo... —murmuró—. Por favor.

—Si te dejo llamarme cuando quieras, James, ambos sabemos que me voy a pasar el día pegado al teléfono; y ahora tengo un trabajo nuevo y no puedo dedicarte todo el tiempo del día como antes.

El señor Black tensó la mandíbula con cierta frustración, pero se contuvo y asumió que las cosas ya no podían ser como habían sido. Bajó la mirada a nuestras manos y relajó el puño que mantenía cerrado alrededor de mis dedos para acercarla más y entrelazarla con la mía en un suave apretón.

—Terminemos el paseo, pensemos un poco lo que queremos y después vayamos a tomarnos una pinta —me pidió en voz baja—. Entonces negociaremos un poco y llegaremos a un acuerdo de... cómo son las cosas ahora y que términos tienen. Así hacemos nosotros las cosas...

Mi primera reacción fue negarme porque, como ya le había dicho, no estábamos allí para negociar; sin embargo, dejarle claro a James hasta dónde podría o no podría llegar con aquella situación era algo necesario. Le conocía demasiado bien para saber que, sin ninguna guía a la que atenerse, solo iría pidiendo más y más. Así que acepté.

—Muy bien.

El señor Black asintió y volvió a limpiarse el rostro con su mano libre antes de levantarse y ofrecerme ayuda para hacer lo mismo. Arquee una ceja, pero acepté su mano y me puse de pie; sin embargo, cuando quise separarla, James no me dejó. Me miró a los ojos y me acarició con el pulgar en una silenciosa petición para que no le soltara.

—Solo durante el paseo —me pidió.

Era difícil para mí decidir lo que era «demasiado» ahora, porque una parte de mí quería pasear con el señor Black y cogerle de la mano, pero otra parte de mí me decía que no se lo merecía. Terminé mirando al horizonte y murmurando:

—Solo durante el paseo, pero llevas tú el paraguas.

James no tuvo problema en aceptar aquel pequeño trato, cogió el paraguas con la bandera irlandesa y se pegó a mí para cubrírnos los mejor posible en nuestro descenso por la piedra hacia el camino. Debíamos volver al sendero, atravesando la vegetación de la colina que volvió a empaparnos los bajos de los pantalones, para recorrer el camino que iba pegado al bode del pequeño barranco que daba al mar. Aquella era una zona llana, con pocos altivamos y unas increíbles vistas tanto del océano a nuestra izquierda como del prado a nuestra derecha. Así que caminamos tranquilamente bajo la lluvia, entre la colina y el mar, perdidos en nuestros propios pensamientos y disfrutando de aquel breve sueño en el que James y yo seguíamos estando prometidos. A veces notaba un leve apretón en la mano, una breve mirada, un pequeño suspiro, a los que a veces respondía para encontrarme con aquellos ojos de un azul tan precioso e intenso en mitad de una expresión seria y calmada. Todavía no tenía claro hasta dónde iba a querer llegar, hasta dónde permitir al señor Black acercarse a mí y volver a mi vida. Era complicado, porque esta vez no iba a regalarle nada, pero tampoco quería ser cruel con él. Debía encontrar un equilibrio entre lo que yo quería y lo que él necesitaba, ese mismo equilibrio que había perdido hace tiempo y que esta vez estaba decidido a recuperar.

Cuando cuarenta minutos después alcanzamos el límite del camino que nos daría tiempo a recorrer, había dejado de llover y James había cerrado el paraguas. Nos adentramos en un pequeño cabo rocoso con un antiguo faro y nos detuvimos a contemplar el mar embravecido y picado durante un par de minutos antes de que se me ocurriera decir:

—Sería un sitio perfecto para una foto.

—Estoy horrible, Leo —respondió él sin apartar la mirada del horizonte.

—Puedes ponerte de espaldas a la cámara, mirando el mar embravecido, como El caminante sobre un mar de nubes, de Fiedrich.

—No sé qué cojones es eso, pero suena a alguna de las mierdas con las que Liam se la pela por las noches.

Se me escapó un breve bufido y una breve sonrisa.

—Sí, estoy seguro de que el señor Müller debe tener una copia en alguna parte —reconocí—. Una vez dijo que era un gran amante del romanticismo alemán.

El señor Black soltó un resoplido de desprecio y negó con la cabeza.

—Sácame la foto —me pidió, dándome el paraguas cerrado de vuelta—, se la enviaré y le recordaré lo patético que es.

Arqueeé las cejas, pero no tuve problema en buscar mi móvil nuevo en el bolsillo y enfocar al señor Black mientras se acercaba al borde del acanti-

lado rocoso y se cruzaba de brazos mirando al horizonte. La cámara no era tan buena como la del móvil de última tecnología con el que trabajaba antes, pero aún así quedó una imagen bastante bonita que le enseñé a James. El traje borgoña contrastaba mucho con los tonos azulados y grises, resaltando su espalda ancha y su pelo rubio. Se la envié directamente al número por el que me había estado enviando los mensajes y guardé el móvil. El señor Black esperó a mi lado y, antes de proseguir el camino, volvió a acercar su mano a la mía para entrelazar los dedos y darme un pequeño apretón. Me hubiera gustado poder terminar el paseo, pero tuvimos que tomar un desvío hacia el interior, atravesando colinas verdes y repletas de vegetación baja y abetos, hasta donde estaba la carretera que bordea la península, rodeada de preciosas casas y urbanizaciones. Desde allí solo tardamos diez minutos en llegar al famoso The Summit Inn; uno de los pubs más antiguos y conocidos de la zona.

Ya eran casi las cinco y, aunque quedara una larga hora hasta el final de la jornada, el lugar ya estaba un poco lleno de gente tomando cerveza, café o un aperitivo de media tarde. El lugar no era especialmente elegante, con un interior bastante oscuro y muebles en madera, pero tenía cierto encanto antiguo y clásico. James no quiso soltarme la mano ni cuando entramos en el local, aunque varios de los clientes nos echaran miradas y murmuraran un poco por lo bajo. La media de edad allí era un poco alta y no estaban tan acostumbrado a ver un par de hombres jóvenes como nosotros dados de la mano tranquilamente. En realidad, Irlanda no era un país tan abierto como le gustaba decir que era. En Dublín al menos la gente era discreta, allí en las afueras, no tanto. Aun así, a mí me importó muy poco lo que pudieran pensar y, a James, incluso menos.

—¿Nos podrías poner dos Guinness de barril y una hamburguesa doble, por favor? —le pregunté a la camarera quien, al igual que el resto, nos dedicó una rápida mirada, pero por razones muy diferentes.

Sonrió mucho y nos ofreció las pintas antes de decirnos que nos llevaría la hamburguesa a la mesa cuando estuviera lista. Asentí y me llevé a James conmigo a un lugar apartado de la barra y más discreto, allí donde no pudieran oírnos demasiado ni nos molestaran, al final del local. Yo me senté en el gran sillón de cuero gastado que recorría la pared y el señor Black dejó el paraguas mojado a un lado y la pinta negra antes de sentarse frente a mí. Me tomé un trago de cerveza y me froté las manos, sintiendo la palma sudada y caliente después de haber estado pegada a la de James durante tanto tiempo, mientras miraba al señor Black apartando el servilletero, el salero y los botes de ketchup y mostaza que había en medio de la mesa y que se interponían entre nosotros. Yo todavía no tenía claro qué quería exactamente o lo que esperarme de todo aquello, porque había preferido pasar aquel tiempo con él de una forma despreocupada, sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo o las consecuencias que tendría.

James me miró fijamente a los ojos con su expresión seria y se metió una

mano en el interior de la chaqueta del traje, creí que sacaría otra carta del bolsillo, pero lo que sacó fue incluso más sorprendente: la otra alianza de pedida. Me la enseñó un momento y la dejó sobre la mesa entre nosotros. Me quedé mirándola con una extraña presión en el pecho. No creí que la hubiera traído a Irlanda, ni siquiera se me había pasado por la cabeza, sinceramente.

—La has traído... —murmuré en voz baja y sin levantar la mirada del aro plateado.

—Siempre la llevo encima desde que te fuiste —respondió antes de apoyar los codos en la mesa y entrelazar los dedos cerca de los labios en su clásica postura de negociador—. Bien, Leo. Tú y yo no hemos roto, esto es solo un parón porque he cometido un grave error y te voy a demostrar que me arrepiento y que puedes volver a confiar en mí y a quererme como hacías antes. Pero para eso voy a necesitar que me sigas hablando y que tengamos una comunicación constante y de calidad; quiero poder llamarte y que me llames, quiero poder venir a visitarte y compartir momentos como hoy contigo porque son muy especiales para mí, quiero que me dejes acercarme físicamente a ti y quiero poder cuidarte. Te pagaré un buen apartamento o una casa, lo que prefieras, también me haré cargo de todos tus gastos y tú podrás quedarte con tu nuevo sueldo para ti, quiero que solo tengas lo mejor y dejes de comprarte camisas de diez dólares y corbatas de oficinista sin clase en tiendas de mala muerte —y echó un rápido vistazo a mi camisa azul claro y a mi corbata negra—. A cambio, yo seguiré yendo a terapia cada día, me tomaré la medicación y respetaré tu espacio y todos los límites que me propongáis, siempre y cuando no interfieran con mis peticiones.

Y entonces se quedó en silencio. Entreabrí los labios y arqueé las cejas.

Aquella negociación iba a ser más complicada de lo que había creído.

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Me tomé un momento para ordenar los pensamientos, igualé su postura negociadora con los dedos entrelazados sobre los labios, compartiendo una intensa mirada con el señor Black antes de responder:

—Vayamos por partes, James. Tú y yo *hemos* roto —le aclaré—. Quizá lo nuestro no se haya «acabado de verdad», pero no voy a permitir que lo frivolices y lo consideres solo «un parón», porque tú me traicionaste y es algo que no voy a pasar por alto como si no hubiera pasado. Considera esto como una segunda oportunidad que te estoy ofreciendo porque me has hecho muy feliz en el pasado y pareces estar decidido a corregir tus errores. Que hayas empezado la terapia con la doctora Jones es una de las razones por las que te estoy dando esta oportunidad, dice mucho de ti que hayas dado ese gran paso y que estés dispuesto a cambiar. Sé que es un proceso duro, difícil y frustrante remover la mierda y darte cuenta de algunas cosas que quizá no quieras saber sobre ti mismo o que has estado reprimiendo durante tantos años, siempre lo es, y te acompañaré en ese camino para ayudarte en todo lo que pueda, como ya te he dicho; pero una de las condiciones de esta nueva oportunidad que te estoy dando es que sigas yendo a terapia sí o sí. Quiero dejar eso bien claro, James —insistí, dedicándole una intensa mirada por el borde de los ojos—. Si dejas de ir a ver a la doctora Jones o no te tomas la medicación que te da, se acabará. ¿Estamos de acuerdo?

El señor Black me escuchaba con atención y expresión seria, respirando hasta hincharse el pecho y soltándolo lentamente. Esperó unos segundos antes de asentir, de acuerdo con esa primera parte.

—Te prometo que seguiré yendo a terapia todos los días, esforzándome por solucionar mis problemas y tomándome la medicación que me ha recetado. Tú me ayudarás y me apoyarás en todo el proceso, como has hecho siempre, y, aunque hayamos roto, te quedarás con el anillo de pedida y con el Rolex que te regalé porque es muy importante para mí que los tengas. Ambos son una muestra de lo mucho que te quiero.

Bajé la mirada a la alianza plateada sobre la mesa, descansando en un punto intermedio entre nosotros, sobre la madera vieja y algo sucia. Parecía solo un anillo, pero, en realidad, era la representación física de uno de los mayores compromisos que iba a adquirir en mi vida.

Una promesa de fidelidad, amor y cariño eterno.

Una que James había roto.

Pasaron los segundos y yo seguía contemplando la alianza en silencio bajo la fija y atenta mirada del señor Black. Con una bocanada de aire y un leve chasquido de lengua, separé los dedos y cogí el anillo para guardarlo en el bolsillo del pecho de mi camisa azul claro. Después volví a mirar a los ojos a James y retomé mi postura de negociador.

—Yo también creo que una comunicación constante y de calidad es algo necesario para llegar a entendernos, así que seguiremos hablando y en

contacto —continué—, pero siempre que no interfiera con mi nuevo trabajo o mis deberes; puedes llamarme, mensajearme o podemos tener videollamadas, lo que prefieras. En cuanto a las visitas... podrían ser una posibilidad —reconocí, pero con cuidado, porque sabía que James absorbería cada palabra de lo que decía y buscaría la forma de encontrar el más mínimo recoveco, de torcerlo y adaptarlo para excusarse y presentarse en la puerta de mi casa con la cabeza muy alta y convencido de que era parte del acuerdo—. Pero, al igual que las llamadas, no deben interferir en mi vida laboral y, siempre... —le miré fijamente y dejé un breve silencio para remarcar ese «siempre»—, si me lo preguntas antes y yo acepto. Nada de visitas sorpresa y nada de presentarse aquí con malas excusas, ¿de acuerdo?

James volvió a asentir lentamente.

—Las llamadas y videollamadas serán fuera de tu horario laboral, pero los mensajes puedes leerlos en cualquier momento del día y responderme cuando tengas tiempo, porque eso no supone ningún inconveniente —contraatacó—. Me gustaría poder visitarte al menos dos veces al mes, en fines de semana alternos y en ocasiones especiales como celebraciones. Ambos podremos decidir el tiempo que me quedará y bajo qué condiciones. Tú también podrás visitarme a Nueva York, por supuesto, y querría que asistieras conmigo como mi acompañante a eventos importantes como galas o cenas.

Un movimiento cercano llamó mi atención y descrucé las manos cuando apareció la camarera con la hamburguesa con patatas que habíamos pedido, nos dedicó una sonrisa a ambos y nos deseó buen provecho.

—Tráenos un cuchillo para poder cortarla a la mitad —ordenó el señor Black sin apartar la mirada de mí—. Vamos a compartirla.

Ella dijo un rápido «sí, claro, perdón» y se fue a buscar el cuchillo.

No había razones por disculparse por algo que no sabía, pero James había usado su tono duro y grave de Amo, y ella había creído que había cometido un error.

La miré marcharse y bebí un trago de mi pinta, limpiándome el bigote espeso antes de dejarla de nuevo sobre la mesa y responder a la penetrante mirada del señor Black. Se habían acabado los lloros, los ruegos y los sollozos entrecortados, ahora era momento de negociar y no iba a mostrar debilidad alguna.

—La pedí para ti —le dije con un tono tranquilo, señalando la hamburguesa de carne humeante y delicioso aroma.

—Lo sé —respondió él—, pero quiero que la comamos juntos.

Le di vueltas con los dedos al vaso de cerveza fría, haciéndola girar sobre sí misma mientras miraba al señor Black y pensaba. Ninguno de los dos dijo nada hasta que volvió la camarera, a la que recibí con una media sonrisa y le di las gracias cuando nos entregó el cuchillo serrado. Me acerqué el plato y partí a la mitad la hamburguesa, que se abrió un poco, descubriendo el interior de lechuga, tomate, queso derretido y carne al

punto y rosada. No creí que tuviera hambre, pero ver aquello me abrió bastante el apetito. Aun así, antes de coger una mitad, invité a James a hacerlo primero con un gesto de la cabeza y un levantamiento expectante de las cejas. Él al fin descruzó las manos y bajó la mirada para alcanzar uno de los trozos, al que dio un buen mordisco antes de volver a mirarme. Yo preferí echarle un poco de ketchup al mío primero.

Entonces nos quedamos mirándonos mientras comíamos. Fue extraño, quizá hasta estúpido, pero me trajo muchos recuerdos de nuestras cenas juntos. Veía como el señor Black daba grandes bocados y los masticaba lentamente, con los labios manchados y las comisuras repletas de restos de lechuga o tomate mientras hilos de queso derretido quedaban colgando entre la hamburguesa y su boca. Me miraba fijamente con sus ojos algo enrojecidos, como si temiera que me fuera a escapar o que fuera a desaparecer si parpadeaba un solo segundo. Incluso cuando daba un trago a su pinta no dejaba de mirarme. Yo me lo tomaba con más calma, masticaba tranquilamente pequeños pedazos y los intercalaba con algunas patatas fritas que había en el plato entre nosotros. En algún momento le dije:

—Quiero que vuelvas a comer tres veces al día y a dormir por la noche, James. Es importante para tener energías —le recordé con una inclinación de cabeza y una suave mirada.

El señor Black dejó de masticar un momento, solo un par de segundos antes de asentir lentamente y seguir comiendo.

Alargó una mano hacia las patatas y las mojó en el pequeño círculo de ketchup que yo estaba usando.

—¿Qué me dices del resto, Leo? —me preguntó en voz baja y grave.

No me apresuré a responder, bebí otro trago de mi pinta y usé una servilleta para limpiarme los labios; la misma que después cogió el señor Black para limpiarse las manos manchadas de grasa y migas de pan.

—No puedes acercarte físicamente a mí como antes, James, porque ya no tenemos lo mismo que antes. Por ahora, dejémoslo en un contacto cercano, de personas que se quieren.

—Las personas que se quieren se tocan bastante, Leo. Se abrazan y se besan...

Miré el plato entre nosotros y fui a buscar otra patata que mojó en el pequeño lago de ketchup antes de llevármela a la boca.

—No puedo decirte qué es lo que puedes o no puedes hacer, James, porque ni yo estoy seguro de qué es lo que quiero —reconocí cuando terminé de masticar—. Pero no me importa que nos rocemos, ni voy a apartarme si quieres tocarme o poner la mano en mi espalda.

Él asintió varias veces y bebió un trago de su pinta antes de poner a prueba lo que acababa de decirle, estirando su pierna debajo de la mesa para apoyarla contra la mía, como solíamos hacer antes. Alcé las cejas, pero no hice nada por evitar aquel contacto tan familiar e íntimo; solo uno de muchos que había echado de menos aquel tiempo lejos de James.

—Lo que no voy a permitir es que me cuides —le dije entonces—, porque yo no necesito que me cuide nadie. Puedo pagarme un apartamento, mi comida y mi ropa, por muy barata que sea.

El señor Black inclinó la cabeza y me dedicó una mirada por el borde superior de los ojos, de esas que ponía cuando era peligroso llevarle la contraria. Volvió a entrelazar los dedos y a juntar las manos cerca del fuerte y masculino mentón.

—Compraré una buena casa y tú vivirás en ella. Es importante para mí que vivas como te mereces —me dijo con tono denso y grave.

—¿En serio vas a comprar una casa en Dublín solo para que viva en ella?

—tuve que preguntar, pero a la vez que lo decía me daba cuenta de lo estúpido que era: por supuesto que James Black era capaz de hacer algo tan absurdo.

—Iba a comprarnos una casa en Irlanda de todas formas, Leo —respondió—. Iba a ser mi regalo de bodas para ti, para que pudiéramos venir de vez en cuando a visitar a tus padres y a beber unas pintas. Sé lo mucho que echabas de menos este lugar, la última vez que vinimos te brillaban los ojos y estabas más contento y alegre de lo que te había visto en mucho tiempo.

Por un momento, al principio, creía que se lo había acabado de inventar como parte de una estúpida excusa para convencerme, pero terminé creyéndole. Era cierto que echaba muchísimo de menos Irlanda y Dublín, y estaba seguro de que James lo había notado perfectamente.

—Puedo enseñarte correos que he estado enviando a varias inmobiliarias de Dublín, si quieres —me ofreció con total seguridad en sus palabras.

—No, no hará falta —murmuré—. Te creo.

James asintió, complacido, y añadió:

—Entonces comparé una buena casa y tú vivirás en ella. Saber que estás en un buen lugar y tienes todas las comodidades que pueda darte, me hará sentir mucho mejor.

Miré sus ojos del azul del mar y me detuve un momento a pensar.

—Esto es para tener control sobre mí, ¿verdad?

El señor Black no respondió enseguida, lo que fue un indicativo de que mi suposición era la acertada.

—Tener el control sigue siendo importante para mí, Leo —me dijo—. Estoy trabajando en ello y es uno de los temas principales que discuto con la doctora Jones, pero, por ahora, sigue poniéndome muy nervioso no tenerte cerca y no poder estar a tu lado. Si al menos vivieras donde yo quiero y como yo quiero, creo que me calmaría un poco.

—Quizá sea momento de que te empieces a preocupar de lo que *yo* quiero, James, y de lo que *a mí* me haría sentir mejor —le sugerí.

James se quedó en silencio y tensó la mandíbula, respirando un poco más fuerte que antes de decirme con tono serio:

—Es verdad. Querer que vivas como un puto rey y que tengas todo lo que puedas desear es muy egoísta de mi parte.

Entreabrí los labios, bastante sorprendido con aquello, entonces entrecerré los ojos y ladeé la cabeza.

—No, no... —negué—. Esto lo haces por ti, James. Lo que has dicho es «donde yo quiero y como yo quiero» porque *a ti* eso te haría sentir mejor.

—Tú vivirás en un palacio y yo estaré más tranquilo, ¿cuál es el problema exactamente, Leo? —me preguntó, ya con la voz más densa y enfadada mientras apretaba los dedos de sus manos para contener la rabia.

—El problema es que yo no necesito que me pagues nada, James —respondí con tono calmado pero firme—. Puedo vivir donde yo quiera vivir y como yo quiera vivir.

El señor Black cerró los ojos, tragándose su enfado como si fuera amarga bilis en su garganta. Tomó una respiración profunda y bajó la cabeza unos segundos antes de volver a levantarla y mirarme.

—Sé que eres un hombre inteligente, con recursos y capaz de tener su propia vida, Leo —me dijo con un tono controlado—. Eso me gusta mucho de ti, pero, como ya sabes, también me gusta mucho controlarte y someterte a mi voluntad, porque me hace sentir seguro y tranquilo. Sé que no necesitas mi dinero ni nada de lo que pueda pagarte con él, pero me haría muy feliz que me dejaras hacerlo por ti y por mí —y tras un breve silencio, añadió—: por favor...

Bebí otro trago de mi pinta sin apartar la mirada de sus ojos azules, solo para tener un poco de tiempo para pensar, dejé el vaso sobre la mesa y le pregunté:

—Entiendes que si acepto hacer eso sería solo por ti, ¿verdad? Como cuando me azotabas sin sentido y me llevabas a la Habitación del Placer.

—Sí, soy muy consciente de que solo aceptas para hacerme feliz —afirmó. Asentí un par de veces y levanté una mano para rodearme la espesa barba del mentón en una postura pensativa y silenciosa.

—La casa estará a tu nombre y te pagaré un alquiler —concluí.

James levantó la cabeza y soltó una profunda exhalación.

—Por supuesto —dijo con un tono más tranquilo—. Lo arreglaré todo y llegaremos a un acuerdo sobre el precio del alquiler.

—Bien —acepté, alargando la mano para cerrar el acuerdo—. ¿Todo claro, entonces?

—Todo claro —afirmó él, moviendo el brazo para darme un formal y firme apretón de manos—. Me encanta hacer tratos contigo, Leo —y las comisuras de sus labios se elevaron un poco en una fina y suave sonrisa.

—Lo sé —respondí.

Temí que se me hubiera escapado algo y haber dejado algún tipo de recoveco que él pudiera utilizar para saltarse los límites, pero era difícil de saberlo por ahora. James Black era el diablo cuando se trataba de tratos y negociaciones, todo era peligroso, todo podría resultar siendo diferente a como creías que iba a ser. A veces era divertido, a veces era molesto y retorcido, pero, como le había dicho a James, nunca era aburrido. La sonrisa que quedó en sus labios no me quitó la preocupación, porque me

miraba como si estuviera a punto de mesarse los bigotes con una carcajada mientras caían rayos de fondo.

— Volvamos al centro, te invitaré a una cena romántica y a una copa en el hotel — me dijo —. Todavía hay cosas que quiero contarte.

— No, hoy no puedo — respondí, revisando la hora en el reloj del móvil —. Tengo que pasarme por la oficina para recoger el portátil y el papeleo antes de volver a casa.

Realmente no necesitaba volver a la oficina y podría haber ido aquella noche con él si lo hubiera deseado, pero preferí negarme, lanzándole un pequeña prueba para comprobar cómo de dispuesto estaba James a darme mi espacio y a dejar de ser un crío inmaduro cuando no tenía lo que quería. El señor Black perdió la fina sonrisa y bajó la mirada. Era más que evidente que aquello no le había gustado en absoluto, pero, para mi sorpresa, se lo tomó con bastante estoicismo y se limitó a beber un trago de cerveza antes de preguntarme:

— ¿Mañana tendrías tiempo para mí, Leo? Me gustaría mucho volver a visitar la ciudad contigo y pasar algo más de tiempo a tu lado antes de volver a América.

Entreabrí los labios, pero no hablé en un par de segundos, pensando en qué responder. Antes de aquel encuentro sorpresa con James, había pensado en proponerle algún plan de fin de semana a Ryan, sin embargo, terminé preguntándole:

— ¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

— Hasta el domingo por la mañana. Estoy en una suite del *The Shelbourne*.

— Uh... — murmuré, no exactamente sorprendido, porque era evidente que James se hospedaría en uno de los mejores hoteles de Dublín; no, era más bien cierta mezcla entre agradable sorpresa y reconocimiento —. Es un lugar precioso.

— Lo es. Tiene un restaurante con un ambiente muy romántico, chimeneas, música de piano suave, vistas al parque y una buena carta de vinos y cenas. Me gustaría mucho poder invitarte a cenar conmigo y que nos tomáramos un whisky y un puro en el salón.

Me quedé en silencio y de pronto se me escapó un pequeño murmullo de placer. La idea sonaba... maravillosa, sinceramente. En el pasado, James y yo solo habíamos podido disfrutar de cenas románticas improvisadas, algunas copas aquí y allá, sobre todo en nuestro viaje a Francia y la noche que había organizado mi cena de cumpleaños. Los momentos románticos y planificados se los había llevado todos Lana, algo a lo que no había dado importancia, pero que, en el fondo, la tenía.

— ¿Es una cita, señor Black? — se me ocurrió preguntar.

— Por supuesto que es una cita, Leo — respondió él con un tono y una expresión muy serias.

Sonreí, porque me había hecho gracia su mirada intensa y la tensión con la que esperaba mi respuesta.

—Muy bien, yo te invito a desayunar y tú me invitas a cenar, entonces —le dije.

El señor Black relajó los hombros y cogió una respiración más tranquila. Me miró un par de segundos y entonces preguntó:

—¿Al desayuno del domingo en la cama?

Me quedé un momento en silencio y, de pronto, solté una bocanada de aire y me reí un poco por lo bajo, negando con la cabeza.

—No, James, al desayuno de mañana por la mañana. Hay un sitio que creo que te va a gustar.

Él sonrió un poco y asintió, moviendo la pierna que tenía pegada a la mía para hacer el roce más intenso. Entonces compartimos una mirada silenciosa y tonta, de esas en las que no piensas en nada y solo miras los ojos de la persona a la que quieres hasta que, por alguna razón, te despiertas como si hubieras caído en un sueño. Para nosotros ese momento pasó cuando a una mujer de una mesa cercana se le cayó un bote de ketchup al suelo, atrayendo mi atención. Parpadeé y miré hacia los ventanales, a la calle lluviosa y el cielo gris cada vez más oscuro. Revisé la hora en el móvil y puse una pequeña mueca de fastidio.

—Tenemos que irnos ya —le dije antes de apurar la pinta hasta que solo quedó espuma blanca al final de vaso largo.

James me imitó y se levantó del asiento, cerrando su americana borgoña para tratar de ocultar una más que evidente erección en sus pantalones. Algunas cosas nunca cambiaban. No le di importancia, pero he de reconocer que le eché un rápido vistazo, sintiendo una mezcla de deseo y excitación. No era el momento ni de pensar en volver a tener sexo con el señor Black, y la parte consciente de mi cerebro lo sabía, pero mi cuerpo guardaba muy buenos recuerdos de James y de su... Gran General. Agité la cabeza y cogí aire de camino a la salida, obligándome a mí mismo a centrarme y no pensar en cosas en las que no debía pensar.

Cuando salimos al exterior, me detuve para abrir el enorme paraguas con la bandera de Irlanda y señalé una dirección con la cabeza. El señor Black no dijo nada, solo colocó su mano en la parte baja de mi espalda y acompañó mi paso ligero por la acera. Podríamos haber ido por la carretera, con más espacio y sobre cemento firme, pero decidí meternos por un sendero un poco más salvaje que atravesaba el bosque y se sumergía por entre la pradera, los chalets y la vegetación. Era muchísimo más tranquilo, más bonito y de todas formas solo tardaríamos un par de minutos más en llegar al pueblo y a la estación de trenes. Caminamos en silencio, uno al lado del otro, disfrutando de las vistas acompañadas del suave repiqueteo de la lluvia contra el paraguas. En una ocasión me detuve para agacharme y recoger un trozo de una planta.

—Toma —le dije a James, entregándosela. Él se quedó con el pequeño tallo con hojas y la miró sin saber muy bien qué hacer con ello.

Entonces separé una de las muchas hojas de fino pelaje aterciopelado y me la metí en la boca para morder la mitad y entregarle la otra mitad para que

la saboreara. El señor Black abrió los labios y los acercó a mi mano para cogerla directamente y masticarla mientras me miraba.

—Sabe a menta —me dijo.

—Es menta silvestre —asentí—. Mi padre la cultiva en el jardín porque a mi madre le encanta.

—Lo único que hace mi padre por mi madre es darle un beso en navidad y otro por su cumpleaños —me respondió.

—Sinceramente, ya ni me sorprende todo lo que puedas decirme de tu familia, James —murmuré en voz baja mientras seguíamos caminando.

El sendero terminó veinticinco minutos después, desembocando en una carretera que descendía por la colina en dirección al mar. Era una calle secundaria de dirección única y rodeada de algunos adosados, casas bajas y tiendas de barrio.

Nos cruzamos con algunas personas que caminaban bajo sus paraguas y que nos dedicaron miradas de extrañeza, no por nada en especial, sino porque debía resultar extraño ver a dos hombres trajeados a esa hora de la tarde por allí.

Cuando alcanzamos el pueblo, la carretera se hizo más ancha y los edificios se hicieron más altos y más antiguos, en ladrillo o piedra. Solo nos volvimos a detener casi al llegar al puerto, cuando en una curva llamé la atención de James para que mirara la antigua iglesia en ruinas y el cementerio. No es que fuera especialmente bonito, pero era parte de la historia del lugar.

No volvimos a ver edificios modernos hasta que nos adentramos en la vía principal del puerto, donde todo era mucho más espacioso y preparado para las visitas y los turistas. En total tardamos cuarenta minutos en volver a la estación del tren, justo a tiempo para subir a uno de los vagones y salir en dirección al centro de Dublín.

Como la primera vez, buscamos unos asientos al final y nos sentamos uno al lado del otro, con las piernas pegadas. Sin decir nada, el señor Black se tomó la confianza de pasarme una mano por los hombros mientras miraba distraídamente por la ventanilla a su lado.

Le miré, dudando de si estaba haciendo lo correcto al permitirle hacer aquello. Como muchas otras veces, él era el que pedía y yo el que debía pararle los pies, marcando una línea entre lo que...

—¿Cuántas putas iglesias tenéis en Irlanda, Leo? —me preguntó James entonces, distrayéndome de mis propios pensamientos.

Miré hacia donde él miraba, hacia una iglesia de piedra grisácea a los pies del camino.

—Según mi tía Mary, no las suficientes —respondí.

—¿Tu tía la que envenenó al cura con una tarta de ciruelas? —quiso saber, girando el rostro hacia mí.

Me reí de nuevo al recordar aquello, asintiendo sin parar mientras lo hacía.

—Sí... esa misma.

James sonrió, elevando tan solo las comisuras de sus labios, antes de apretarme un poco más contra él y seguir mirando el paisaje.

Volví a tener dudas, pero, sinceramente, no quería apartarme de él. Había sido un día bastante lleno de emociones, de dudas y de miedos, aunque también de agradables momentos de calma y belleza entre los senderos y la vegetación. Así que cogí aire y me recosté un poco sobre James, solo un poco, aspirando aquel delicioso aroma a jabón, a lluvia y a tibio sudor.

El traje borgoña del señor Black estaba fresco debido al camino, pero caliente allí donde más se pegaba a su piel. Sin darme cuenta, fui entornando los ojos hasta que entre en un estado entre la inconsciencia y el desvelo, arrullado por el suave traqueteo, la cercanía de James y el sonido de la lluvia contra los cristales. Me desperté de pronto, incorporándome y parpadeando antes de poner las manos sobre el asiento de delante y fijar la vista en el paisaje.

—¿Nos hemos pasado la estación? —le pregunté con voz algo ronca. Lo que veía por la ventana parecía el centro de Dublín y no tardé mucho en decir con total seguridad—. Nos hemos pasado la estación.

Entonces miré al señor Black, recostado contra la esquina, con los ojos cerrados y una respiración suave. Frunció el ceño y levantó la mano que se le había caído hacia mi espalda cuando yo me había incorporado, murmuró algo incomprensible y trató de atraerme de vuelta hacia él; tirando de mí como solía hacer en la cama para que no me fuera de su lado. Tuve que poner una mano en su pierna y agitarla suavemente.

—James, despierta, tenemos que bajarnos del tranvía —le dije.

Al fin entreabrió los ojos y me miró, no pareció en nada preocupado por lo que le había dicho, quizá ni siquiera me había entendido, demasiado confuso para recordar lo que estaba pasando; porque, lo único que hizo fue volver a tirar un poco de mí y poner morritos para que le besara. Sentí una profunda presión en el pecho, ese gesto... ese maldito gesto tan tonto y especial pudo un poco conmigo.

Apreté los dientes, sentí angustia y respiré un poco más fuerte.

Sabía que no debía besarle, no aún, no ahora, pero lo hice. Me acerqué lo suficiente para darle un suave y rápido beso en aquellos labios perfectos antes de separarme y mirarle fijamente a los ojos.

—James, tenemos que bajarnos —repetí, esta vez más seriamente.

Él tardó un par de segundos en asentir, se llevó las manos al rostro y se lo frotó mientras aspiraba por la nariz.

Parpadeó varias veces seguidas y se incorporó para sentarse mejor y aguardar a mi orden para levantarnos e irnos. En menos de un minuto el tren se detuvo en la estación de Grand Canal Dock, a solo dos paradas de Connolly, en la que deberíamos haber bajado. Le hice una señal a James para que nos levantáramos y descendimos para salir al edificio de la estación y de allí, a la calle.

Abrí el paraguas y miré a ambos lados para situarme y decidir la dirección más rápida para llegar al Hotel *The Shelbourne*. No quedaba demasiado le-

jos, quizá a otra media hora de camino, pero revisé la hora igualmente para asegurarme de que me daría tiempo a tomar otro tren a Ashtown antes de que cerraran las líneas.

El señor Black me siguió a buen paso, aunque todavía se le notaba un poco grogui después de haberse quedado dormido. Caminaba a mi lado, con la mano en mi espalda mientras agitaba de vez en cuando la cabeza y parpadeaba con los ojos algo llorosos e hinchados, pero solo debido al sueño. A veces le echaba rápidas miradas bajo el paraguas, preguntándome si se había dado cuenta del beso que le había dado. No quería que creyera que ahora podría poner morritos siempre que quisiera y que le iba a besar, porque eso no iba a suceder. Había sido solo un momento de debilidad por mi parte, un pequeño regalo del que, esperaba, no tuviera que arrepentirme más adelante. No hablamos hasta llegar al *The Shelbourne*, una casa señorial reconvertida a Hotel en una de las mejores calles de Dublín, frente al parque de St Stephen's Green. Me detuve bajo la techumbre acristalada y con finas columnas de metal negro, frente a la puerta, y me giré hacia James para preguntarle:

—¿Mañana a las nueve?

Él se limitó a asentir. Yo hice lo mismo y me despedí con un «hasta mañana, entonces», pero James me detuvo con su mano en mi muñeca. Cuando me giré vi sus ojos del azul del mar, reflejando la luz de la preciosa entrada al hotel, y, tras un par de segundos, hizo un leve, suave y fugaz gesto de morritos. Esta vez no lo dudé.

—No, James —le dije con tono serio y mirada fija—. Lo de antes fue solo un momento especial. No hagas eso creyendo que funcionará siempre, como hacías antes.

El señor Black perdió su expresión calmada y algo adormecida, de párpados un poco caídos, y apartó la mirada a un lado, hacia el parque, después miró hacia el suelo y finalmente a la entrada del hotel; a todas partes menos a mi rostro.

—Mañana nos vemos, Leo —se despidió antes de dirigirse a la puerta del hotel, un gran portón de madera antigua bordeado de columnas dóricas.

Fue un momento extraño y algo tenso, pero cogí aire y volví a abrir el paraguas antes de salir de debajo de la techumbre acristalada, convencido de que había hecho lo correcto. Volví a sumergirme en la suave lluvia de verano y apuré el paso para llegar a la estación de tren y tomar uno de los últimos recorridos a Ashtown. Ya casi había anochecido, pero no era tan tarde para un viernes noche cuando todos salían a tomar algo al pub después de un duro día de trabajo. El vagón del tren no estaba demasiado lleno, pero, aun así, me quedé de pie, con una mano alrededor de la barra de seguridad de un amarillo chillón y la otra alrededor del paraguas, mirando mi reflejo en la ventanilla mientras me perdía en mis propios pensamientos. James Black... mi Mefistófeles particular, el hombre que había llegado a mi vida para cumplir todos mis deseos y condenarme para siempre a la oscuridad. Él era como el agua y la sed. Era... un sueño de

verano y la peor de las pesadillas. Solté un suspiro solitario en mitad del vagón, negando con la cabeza al darme cuenta de lo jodido que estaba. James creía que él era el que comía de mi mano y hacía todo lo que yo quería, pero el que caía rendido a sus pies solo por una sonrisa, el que se derretía entre sus brazos con solo un abrazo, el que lo dejaba todo solo por hacerle feliz... ese era siempre yo.

Cuando llegué a la estación de Ashtown, caminé tranquilamente en mitad de la oscuridad de la noche, tan solo iluminada por las farolas que arrojaban una luz amarillenta y suave sobre la acera, los árboles y la carretera de cemento negro. Recorrí el entramado de urbanizaciones de casas inglesas hasta alcanzar la parte más moderna de edificios altos, sacando la copia de las llaves que Ry me había prestado y tan distraído que no vi al vecino que estaba al otro lado del portal acristalado, ofreciéndome abrirme la puerta desde dentro. Puse cara de sorpresa y murmuré una disculpa rápida junto con un gesto tonto para decir que estaba perdido en mis pensamientos. Era un hombre mayor y sonrió, diciéndome que no pasaba nada. Al llegar a casa, crucé la entrada y vi a Ryan tirado en el sofá, con solo un pantalón corto y una vieja sudadera para cubrirse el pecho, porque hacía demasiado fresco como para andar desnudo como a él tanto le gustaba ahora.

—Ey, Ry —le saludé.

—Ey, Leo —respondió sin apartar la mirada del videojuego—. Llegas tarde, ¿te has entretenido?

—Sí, estuve con un cliente —murmuré sin muchas ganas, saliendo hacia la habitación para ponerme algo más cómodo y echar a lavar mis pantalones empapados y mi camisa.

Sin embargo, recordé algo y metí la mano en el pequeño bolsillo de la pechera, sacando un anillo plateado, mi alianza de compromiso. Me quedé mirándola un buen rato y me senté en el borde de la cama, solo con mi bóxer puesto, dándole vueltas al aro plateado entre los dedos mientras volvía a quedarme traspuesto y pensativo. Lo que había sucedido aquel día no tenía por qué significar nada, no significaba que fuera a volver con James ni a retomar mi vida de antes; era solo una oportunidad que le había dado para demostrarme que quería cambiar y que estaba dispuesto a esforzarse por mí. Ya lo había hecho antes, como, por ejemplo, con Ryan tras desaparecer del todo tras nuestra ruptura. Aunque, para ser justos, él nunca me había engañado.

Oí unos pasos en el pasillo y cerré el puño con fuerza sobre la alianza para esconderla antes de que apareciera Ryan para quedarse cruzado de brazos y con el hombro apoyado a un lado de la puerta. Me miró con una expresión algo preocupada de cejas bajas y ojos más verdes que azules con la luz de la habitación.

—¿Un día duro, Leo? —me preguntó en voz baja.

—Sí, bastante duro —respondí, levantándome de la cama para ir a por mi ropa de dormir, un viejo pantalón de chándal y una camiseta corta—. Me

daré una ducha caliente y me iré a dormir. ¿Has cenado ya?

—Te he dejado media pizza en la cocina si querías —respondió, señalando con el pulgar hacia un lado. —Asentí con la cabeza y fui hacia la puerta, pero antes de cruzar se interpuso en mi camino y sonrió un poco—. ¿Quieres que me duche contigo y... descargar un poco de tensión? —alzó las cejas, como si hubiera sido demasiado sutil y necesitara algo más para que yo entendiera que quería follar.

—No... —murmuré, frunciendo el ceño antes de negar con la cabeza—. Ahora estoy cansado, Ry. Pero gracias por preocuparte tanto por mí —añadí con otra elevación de cejas antes de apartarle un poco y pasar por su lado.

—Ya sabes que tu buen amigo Ry siempre está dispuesto a hacerte pasar un buen rato —me recordó, ya con una amplia y descarada sonrisa.

—Lo sé... —le aseguré con un tono de fingida frustración antes de cruzar la puerta del baño.

Cuando volví a estar solo, perdí la sonrisa y me quedé frente al espejo del lavabo, mirando mi rostro cansado y serio. Tenía el pelo algo más largo de lo habitual y empezaba a descontrolarse demasiado, al igual que mi barba espesa, cada vez más pelirroja. Debería al menos afeitarme, pero no tuve ganas, solo me quité el bóxer y me metí directamente en la ducha caliente, soltando un jadeo de placer y apoyando las manos sobre la pared antes de dejar caer la cabeza. Salí de allí mucho más relajado y adormilado, me puse mi ropa cómoda y fui directo a la cama, donde Ryan ya me estaba esperando con la lámpara encendida. Me tumbé a su lado y solté otro jadeo de placer. Me dolían los pies de caminar tanto con el calzado de la oficina y no sabía lo mucho que había deseado tumbarme en la cama hasta que lo había hecho. Cerré los ojos y sentí un movimiento a mi lado antes de notar el brazo de Ry sobre mi pecho.

Cuando el despertador del móvil atravesó la silenciosa habitación, el brazo seguía allí, con un Ryan más cercano mientras roncaba cerca de mi cara. Me froté el rostro y la aparté suavemente antes de incorporarme y sentarme en el borde de la cama. Apagué la alarma y me tomé un minuto para volver a la vida e ignorar el insoportable dolor de tener que levantarse por la mañana.

—Ry... —murmuré, colocando una mano en su espalda y agitándole suavemente—. ¿Quieres venir al gimnasio?

Él se desveló un poco, lo suficiente para poner una expresión enfadada, decir algo que no entendí y girar el rostro sobre la almohada. Asentí un par de veces, dándome por respondido, antes de levantarme, poner la alarma de su despertador para que no se quedara dormido, ir a por mis cosas y salir hacia el salón para vestirme, preparar el café y dejar su desayuno hecho. Había quedado con James a las nueve, calculando que podría ir al gimnasio y tomar el tren como si fuera a trabajar, llegando sin prisas al Hotel. Así que fui con mi café recién hecho en una mano, una mochila de deporte con la muda limpia al hombro y el paraguas nuevo en

la otra. Era curioso, pero los sábados lluviosos la gente no parecía tener ganas de madrugar para ir al gimnasio, vaya sorpresa. A excepción de los dos entrenadores que siempre estaban por la sala dando vueltas y buscando conversación para pasar lo más entretenidos posibles sus horas de trabajo, apenas había otras cuatro o cinco personas allí.

—Vaya, le das bastante duro todos los días, ¿eh? ¡Todos los días cuentan!

—me dijo uno de los entrenadores, cruzado de brazos sobre un muro bajo que separaban dos secciones de la zona de máquinas.

No era gay y no era su intención tratar de conseguir algo de mí, solo darme un poco de conversación y ser agradable, por lo que yo también fui agradable con él y respondí con una suave sonrisa:

—Sí, eso intento, gracias.

—¿Sigues algún tipo de entrenamiento especial? Me suena que eso que hacías antes era algo militar.

Cogí aire y miré hacia un lado, donde estaba la salida hacia los vestuarios. Al menos había esperado a que terminara y no había interrumpido mi entrenamiento, pero yo estaba completamente sudado y no tenía tiempo para perder en una conversación tonta de gimnasio.

—Sí, es un entrenamiento militar —reconocí—. Si no te importa, tengo que tomar el tren en media hora. Un placer conocerte —y me fui de una forma muy elegante y sonriente mientras me despedía con la mano.

Me apuré un poco y me sequé rápidamente, poniéndome unos pantalones grises de pinza con cinturón y un jersey fino gris. Dejé mi mochila de deporte en la taquilla y salí de allí solo con el paraguas, caminando tranquilamente hacia la parada de autobús. Había una línea casi directa hasta Trinity College y desde allí solo tendría que recorrer diez minutos de calles hasta alcanzar el Hotel.

Estaba tan lleno como el tren por la semana, pero también mucha afluencia de gente y a mitad de camino puede sentarme tranquilamente al lado de la ventanilla y mirar distraídamente el cristal repleto de regueros de lluvia y el paisaje urbano que había detrás. En los veinte minutos que tardé en llegar, me dio tiempo a reflexionar un poco, a coger aire y reorganizar las ideas.

Quizá el día anterior había sido muy permisivo con James y le había dado demasiado y demasiado pronto; no podía hacerle creer que me olvidaría de lo que sucedió tan pronto, porque yo todavía estaba dolido y me sentía traicionado.

Bajé en la parada junto a una docena de estudiantes universitarios, pero tomé una de las calles que me llevarían directo al parque, caminando tranquilamente bajo el enorme paraguas con la bandera de Irlanda.

Al girar la esquina vi algo de movimiento a la entrada del hotel y una figura de brazos cruzados y mirada al frente en mitad de la gente que entraba y salía de vez en cuando.

Era alto, de pelo rubio y perfectamente peinado, tenía la barba gruesa y poblada, de un color más amielado y oscuro que el pelo. Llevaba gabardi-

na negra, camisa interior blanca con los primeros botones desabotonados, mostrando el inicio de un torso ancho y fuerte. Sus pantalones de traje azul marino eran bastante ajustados, resaltando su piernas gruesas y musculosas, al igual que su abultada entrepierna. Era un hombre con una presencia electrizante, fuerte y silenciosa, con un atractivo tan marcado y masculino que atraía muchas de las miradas que pasaban por su lado como si se tratara de un imán; pero él las ignoraba todas. Miraba fijamente al frente, al parque verde y la lluvia que caía sobre la calle, con unos ojos de un precioso azul intenso en mitad de su rostro algo pálido y ojeroso. Parecía alguien que no hubiera dormido en días, parecía frío, parecía distante y parecía triste, repleto de preocupaciones y oscuros pensamientos.

Me detuve a un par de pasos de ese hombre y le dije:

—Buenos días, señor Black.

Él giró el rostro al instante, me miró fijamente, primero a mi rostro y después a mi ropa antes de volver a mis ojos. Entonces sonrió un poco, tan solo con la comisura de sus labios, y ya no pareció tan cansado y triste.

—Buenos días, Leo —me respondió con una voz grave y aterciopelada.

Sonreí un poco y señalé una dirección a mis espaldas con el pulgar.

—¿Vamos? —le pregunté.

Él asintió lentamente y descruzó los brazos para acercarse a mí. Lo primero que hizo fue colocar una mano grande y fuerte en la parte baja de mi espalda y acompañarlo de una suave caricia, lo segundo que hizo fue acercarse un poco para poder decirme en voz más baja e íntima:

—Solo tú podrías llevar ropa tan barata y seguir pareciendo un rey.

Alcé las cejas pero no dejé de sonreír suavemente mientras comenzábamos nuestro trayecto.

—James... tú no ves lo que yo veo —le aseguré, porque si uno de los dos estaba increíblemente guapo aquella mañana, ese era él.

—¿Y qué ves tú? —quiso saber.

—Veo a mi Mefistófeles particular —respondí.

—¿Yo soy el Diablo para ti, Leo? —preguntó en voz baja, inclinándose un poco más sin dejar de mirarme a los ojos—. ¿Te arrastro al mal y te tiento...?

Si las cosas hubieras sido como antes, le habría besado en aquel mismo momento, habría mordido ese labio inferior más grueso y lleno y habría gemido de puro placer por poder hacerlo. Si las cosas hubieran sido como antes.

—Eres muchas cosas para mí... —sonreí más, pero levanté la mano para rodear su mentón y apartarlo suavemente hacia un lado—. Pero esta mañana serás solo mi invitado en el desayuno.

—No tienes ni idea de lo mucho que te quiero —me aseguré.

Sonreí y negué con la cabeza antes de volver la vista al frente. Todavía no le había perdonado. Quizá lo hiciera en un futuro, pero todavía no.

DE CEREALES Y RECUERDOS

El lugar al que quería llevarle estaba en la zona centro de la ciudad, cerca de la universidad y del río. Solo necesitamos un paseo de quince minutos bajo el paraguas, esquivando a los demás transeúntes con sus propios paraguas.

—¿Qué tal has dormido hoy? —le pregunté a James tras un breve silencio. Él se encogió levemente de hombros y giró un poco el rostro para mirarme por el borde de los ojos.

—Hoy conseguí dormir tres horas seguidas, es más que estas últimas semanas —respondió—. Y he tenido mi sesión diaria con la doctora Jones y me he tomado la medicación —añadió con un tono más rápido.

Alcé las cejas y asentí.

—Vaya, estoy muy orgulloso de ti —reconocí—. Parece que te estás tomando en serio lo que te he pedido.

—Me lo estoy tomando muy en serio —me aseguró—. ¿Dónde tienes tú el anillo? —me preguntó entonces, echando un rápido vistazo a la mano con la que sostenía el paraguas entre nosotros.

Lo busqué en el bolsillo del pantalón y se lo enseñé. Como también le había prometido, lo llevaba siempre encima.

—¿Por qué... no te lo pones? —se atrevió a preguntarme, aunque dudó un momento al comienzo de la frase.

—Porque no estamos prometidos ya, James —le recordé—. Me lo volveré a poner si las cosas salen bien y estoy preparado para volver contigo.

Mis palabras causaron una leve tensión en su mandíbula y una expresión seria en su rostro, pero no dijo nada al respecto.

—Me... gustaría que lo llevaras en otro sitio que en el bolsillo, Leo —murmuró con la vista al frente—. Es nuestro anillo de compromiso y me dolería mucho si lo pierdes. Muchísimo —puntualizó.

—No lo voy a perder —le aseguré con tono calmado pero firme—. También fue muy importante para mí tenerlo, James, no sé si lo sabes.

Asintió lentamente y me acarició la parte baja de la espalda.

—Cuando te lo pedí, estaba aterrado —confesó tras un breve silencio—. No decías que sí y solo me ponías excusas y me empecé a angustiar, creyendo que estaba haciendo el ridículo y que ibas a rechazarme.

—Tenía dudas, James —me defendí, dedicándole una breve mirada—. Ya te expliqué por qué no dije que sí al momento. No era que no te quisiera muchísimo, era porque temía que las cosas fueran mal —tan mal como habían terminado yendo, pero eso no se lo dije. Fue tan solo un pensamiento que guardé para mí.

El señor Black soltó un murmullo y continuó mirando al frente con expresión seria.

—Tú no te lo has quitado —dije en voz baja, como si fuera un hecho al que no quisiera darle demasiada importancia, pero uno del que me había dado cuenta.

—No —respondió con seriedad—. Ni voy a hacerlo. Lo que dije en esa entrevista de mierda, que pedirte matrimonio fue uno de los momentos más importantes de mi vida y me sentí el hombre más afortunado del mundo cuando tú aceptaste ser mi marido, no era mentira, Leo. Me sentí muy orgulloso y feliz, todavía me siento así, y no voy a quitarme el anillo —terminó insistiendo con un tono más firme y cortante.

—No voy a pedirte que te lo quites —le dije, por si era eso lo que temía. James me dedicó una mirada rápida por el borde de los ojos y, tras su típica pausa, volvió a asentir. Nos detuvimos un momento en un cruce de cebras y después llegamos al sitio tan especial al que yo quería ir. Había una enorme escaparate y un interior de decoración en madera suave y bastante colorido. Había algunas personas desayunando allí, la mayoría universitarios jóvenes o padres con sus hijos. Me acerqué a la puerta y le hice una señal a James con la cabeza para que me acompañara, porque se había quedado mirando el local con expresión muy seria.

—¿Este es el sitio? —me preguntó—. ¿Una cafetería de niños?

—No es una cafetería de niños, es un bar de cereales, es diferente —aclaré.

—Hay niños pequeños ahí dentro, Leo —insistió—. Los hombres adultos no toman cereales. Va a ser ridículo...

Puse los ojos en blanco y resoplé.

—Son cereales, James. Todo el mundo los come —le aseguré—. Ven, entra conmigo, hay algo especial para ti.

Al señor Black le costó un poco, miró de nuevo al interior y tensó la mandíbula porque no era el lugar al que se esperaba que le llevara y no quería sentarse en una mesa rodeado de niños pequeños y adolescentes; pero cedió, porque yo se lo estaba pidiendo, y me acompañó al interior.

Cerré el paraguas y lo dejé con el resto en el paragüero antes de remangarme el jersey fino y dirigirme a la barra con una sonrisa. James echó otro vistazo al lugar, apenas conteniendo su expresión de desprecio y seriedad, mueca que no cambió ni cuando la camarera con uniforme nos recibió con una sonrisa y nos ofreció un menú con todas las marcas de cereales y desayunos que tenían, por si les queríamos echar un vistazo; pero yo ya tenía claro lo que quería pedir.

—Danos dos boles extra grandes de *Amazing Crunch*, por favor, con leche caliente.

El señor Black levantó al momento la cabeza, me miró y cerró la mano contra la fina tela de mi espalda. La camarera colocó dos bandejas de color azul cielo sobre la barra del bar y un enorme bol en cada una, que llenó de coloridos cereales azucarados en forma de aros y estrellas. Después puso leche caliente en dos garras de cristal y las colocó al lado de los boles antes de colocar algunas servilletas, cucharas y cobrarme catorce euros por todo. Miré al señor Black, todavía paralizado a mi lado, y le guiñé un ojo antes de sonreír.

—¿Vamos a la mesa? —le pregunté.

Separó lentamente la mano de mi espalda y cogió su propia bandeja para

acompañarme con expresión seria a uno de los sitios más tranquilos y apartados del local, allí donde no había niños ni adolescentes. Dejamos todo sobre la mesa y me senté, esperando a que James se quitara la gabardina y se remangara la camisa blanca y ajustada que marcaba su cuerpo que, aunque un poco más delgado, seguía siendo escultural. Llevaba uno de sus relojes más caros y ropa de marca, como si se hubiera preparado para un desayuno de lujo en algún restaurante elegante, no para tomarse unos cereales en un local del centro de Dublín. Miró el bol y después levantó sus ojos húmedos hacia mí.

—¿Esta era la sorpresa? —me preguntó en voz baja.

—Sí, esta era —afirmé con una sonrisa—. ¿Te gusta?

El señor Black volvió a mirar el bol y parpadeó, humedeciéndose las pestañas en el proceso.

—Es importante comer todo el desayuno para recuperar energías —murmuró.

—Sí —sonreí más—. Me sonaba que aquí tenían esta marca de cereales, pero estoy muy decepcionado de que *Crunch-Man* no aparezca en la caja.

—*Crunch-Man* era solo una estúpida mascota que regalaban por entonces, Leo —me dijo sin levantar la mirada de los cereales—. Hace veinte años de eso.

—Meh... a mí me gustaba mucho. Me hacía mucha gracia ver el muñeco en el vestidor cada mañana —dije, restándole importancia con un leve encogimiento de hombros antes de alcanzar al jarra de leche caliente y verterla sobre los cereales.

James sorbió por la nariz e hizo lo mismo que yo hasta ahogar por completo aquellos aros y estrellas repletos de colores. Entonces dejó la jarra vacía a un lado y alargó la mano por la mesa para buscar la mía y darme un suave apretón.

No dijo nada, solo me miró fijamente con unos ojos húmedos e intensos.

Realmente, no hicieron falta palabras para sentir lo muchísimo que había significado aquello para él. Sonreí un poco y le di una caricia con el dedo pulgar en la mano que manteníamos unidas sobre la mesa.

—Pensé que necesitarías un pequeño empujón de azúcar después de estas últimas semanas —le dije—. Ambos lo necesitamos —añadí.

James asintió lentamente y bajó de nuevo la mirada a su bol de cereales para meterse una buena cucharada en la boca. Los masticó lentamente mientras un poco de leche se le desbordaba por una comisura y manchaba su barba espesa del mentón. Era como un niño muy grande, muy mimado y muy guapo, de ojos llorosos y brillantes y mirada enamorada. Verle así me llenó de ternura y puso una sonrisa suave y tonta en mis labios antes de que me llevara una cucharada a la boca. Los cereales no estaban tan ricos y a mí no me gustaron demasiado cuando los probé, demasiado dulces y sin nada en especial, como la mayoría de cereales norteamericanos y sin gracia; sin embargo, al señor Black parecieron gustarle mucho, porque no se detuvo hasta que terminó todo el bol, y era

un bol muy grande. Yo tuve que dejar un poco y recostarme contra el asiento con un resoplido, sintiéndome completamente lleno. Esperé a que James terminara y también se dejó caer sobre el respaldo de su asiento, estirando la pierna para alcanzar la mía debajo de la mesa.

—¿Todo bien? —le pregunté con una sonrisa.

—Todo perfecto, Leo —respondió él.

Cogió una bocanada de aire antes de incorporarse en el asiento, apartar las bandejas y crear un espacio libre entre nosotros para poder poner sus manos y pedirme que hiciera lo mismo. Coloqué las palmas sobre las suyas y me quedé mirando sus ojos brillantes del azul del mar.

—Me haces muy feliz, Leo... —me dijo en voz baja y tono serio.

—Todavía se me hace raro que me digas esas cosas —reconocí—. Normalmente eres del tipo silencioso y reservado.

—Lo sé, pero me he prometido a mí mismo decirte lo que siento. Esconderme fue una de las razones que te han alejado de mí.

Asentí un par de veces.

—¿Esto me lo dices ahora para que vuelva contigo y entonces volverás a ser el mismo hombre de siempre? —le pregunté, un poco en broma, un poco en serio.

—No, te juro que estoy intentando cambiar —me aseguró, apretándome las manos suavemente sobre la mesa—, pero todavía me cuesta compartir todo lo que siento.

Bajé la mirada a nuestras palmas unidas y moví una para acariciarle con la punta de los dedos, desde su muñeca hasta la mitad de su mano.

—No me importa que seas silencioso y un poco mandón y reservado, James —le confesé en voz baja—. Ese no era el problema entre nosotros.

—Antes ni siquiera era capaz de decirte que te quiero —me recordó.

Asentí de nuevo, comprendiendo lo que me decía.

—Eso era extraño, y la verdad es que me gusta mucho que me lo digas, más de lo que creía que me gustaría —sonreí, porque cada vez que me decía que me quería y me miraba fijamente a los ojos, sentía un cosquilleo en el pecho—. Pero nunca creí que no me quisieras, porque me lo demostrabas a menudo y se podía notar a kilómetros de distancia. El problema era cuando las cosas iban mal y te lo guardabas todo dentro y no querías salir de esa concha en la que te escondías.

Mis palabras dejaron un momento en silencio en el que seguimos compartiendo esa suave caricia de mis dedos sobre su palma.

—Desde pequeño he tenido que resolver los problemas por mí mismo, Leo —me dijo entonces en apenas un murmullo—. Me preocupaba solo de mí y de lo que yo quería, porque ningún otro iba a hacerlo. No podía contar con nadie, ni siquiera con mi familia, así que estaba solo.

Le miré por el borde superior de los ojos sin levantar la cabeza, viendo su expresión triste de ceño levemente fruncido. No quise interrumpirle, pero sí que acaricié la palma de su mano un poco más fuerte.

—Siempre he estado solo. Comía solo, dormía solo, entrenaba solo, estaba

solo en mi despacho y volvía solo a casa. Yo... no creía que me importara, creía que eso me hacía muy fuerte y que jamás necesitaría a nadie a mi lado. No sabía lo que era poder estar con alguien como... estoy contigo, Leo.

El señor Black rodeó los dedos de mano con la que le acariciaba y la alzó suavemente para llevársela a los labios cálidos y darme un beso a la altura de los nudillos mientras me miraba con sus ojos húmedos y llorosos. Me acarició con el pulgar, como si quisiera limpiar el rastro de saliva que había dejado allí y después me dio otro suave beso.

—No sabía lo que era tener a alguien como tú a mi lado. Despertarme todos los días con un beso suave y saber que me pasaría el día entero con una persona que no hacía más que preocuparse por mí. Entonces ya no me sentía solo, sin importar lo que hiciera o a dónde fuera; tú estabas siempre allí. —Se detuvo para aspirar una bocanada de aire entre los labios y soltarla lentamente antes de volver a darle un pequeño beso en la mano—. No quiero que pienses que no me importas, Leo, incluso cuando estaba enfadado, frustrado y triste y te llevaba a la habitación —continuó tras su breve pausa—, después me angustiaba pensar que hubiera sido demasiado duro contigo; por eso te pedía que me abrazaras y me dijeras que me querías, para saber que no estabas enfadado. Sé que no te gusta que me ponga tan «frío», como tú lo dices, y a mí tampoco me gusta ponerme así contigo, pero era lo único que me había funcionado en el pasado y lo único que creía que me ayudaría. —Se detuvo y al fin, solo para darme otro beso lento y húmedo, dejando un rastro tibio de saliva a la altura de mis nudillos—. Si me pides que no vuelva a usar mis juguetes de Amo... no lo haré —me prometió en un hilo de voz.

Eso fue bastante sorprendente y me pilló desprevenido. Alcé ambas cejas y levanté la cabeza para poder mirarle más de frente. Me había emocionado un poco con aquel discurso y me costó un par de parpadeos y un leve carraspeo de garganta ordenar los pensamientos.

—¿Harías eso por mí? —pregunté con el ceño fruncido.

James asintió.

—Vaya... —murmuré antes de dejar un par de segundos de silencio, solo interrumpidos por el movimiento de cucharas del bar de cereales, las voces bajas y algunos chillidos de niños a lo lejos—. A ti te encantan tus juguetes...

—Tú me gustas más —respondió sin dudar.

Eso provocó un leve bufido y una pequeña sonrisa en mis labios. Volví a bajar la mirada a la mano que sostenía entre la suya, muy cerca de los labios y que no dejaba de besar intermitentemente, bañándola de el cálido vaho de sus exhalaciones y la humedad de sus labios. Negué con la cabeza.

—No me importan los juguetes, James —le dije—, lo que me importa es cómo los usas. En nuestros domingos especiales, era divertido cuando te traías alguno, me atabas y todas esas cosas... Menos la pala —añadí rápi-

damente con una mirada repentinamente seria —. Odio esa pala con toda mi alma.

El señor Black puso una fina sonrisa tras mi mano y volvió a besarla antes de asentir.

— Tampoco me importan los juegos de roles, los disfraces, ni cuando te pones mandón, ni todo lo que tiene que ver con tu lado de «Amo». Eso me... pone bastante cachondo porque es algo que es parte de ti, de quien eres y de cómo follas y haces las cosas. Cuando forma parte del sexo, aunque sea más duro, es divertido. Tú lo haces muy divertido —le expliqué—. Lo que no me gustaba era que llegaras enfadado y frustrado y lo pagaras conmigo, porque no era divertido, solo era cruel. Tú no lo hacías por placer y yo no lo estaba disfrutando y ninguno de los dos ganaba nada con aquello.

James perdió la fina sonrisa y asintió, comprendiendo de lo que hablaba y lo que trataba de decirle.

— Entonces... ¿te gusta que... te someta y el Jefe del Clan te folle bien duro? —me preguntó en voz baja, terminando por unir sus labios a mi mano con mirada expectante.

Entreabrí los labios, pero no dije nada, solo arqueé un poco las cejas y ladeé la cabeza en una expresión un tanto aburrida y obvia.

— James, no finjas que no lo sabías —le pedí.

El señor Black sonrió mucho tras mi mano pegada a sus labios.

— ¿Y cuando te llevaba a los baños, te daba una bofetada y te metía la polla en la boca? —me preguntó, empezando a removerse un poco en el asiento, una primera Black-señal de que se estaba poniendo cachondo con todo aquello—. ¿Y las folladas que te echaba en el despacho y en el coche? Eran muy buenas, Leo...

— Algunas eran muy buenas, otras te emocionabas demasiado y querías meterla muy rápido.

— Sí... —entonces puso su voz grave y aterciopelada, sin rastro de culpabilidad en ella, y su media sonrisa de sórdida excitación—. A veces me vuelves loco y me cuesta mucho esperar... pero podemos llevar lubricante al despacho y tenerlo guardado para...

— James —le detuve con un tono firme y una expresión seria—. Céstrate. Él perdió la sonrisa y dejó de mover suavemente la cadera en el asiento, dándose cuenta de que, aunque el tema hubiera subido de tono y nos hubiéramos relajado, no era el momento de hacer planes ni suposiciones como si ya diera por hecho que íbamos a volver a follar en su despacho.

— Perdona, Leo —se disculpó tras tomar aire y relajarse, dándome otro beso suave en la mano—. Yo no... he hecho nada desde que te has ido y... sabes lo mucho que me excitas.

Eso sí fue impresionante de oír. Desde que yo conocía a James Black, se corría como mínimo dos veces al día, y eso solo cuando tenía la agenda apretada y no había tiempo para más.

— Sí que debiste estar muy mal estas últimas semanas —le dije.

Era una pequeña broma, un chascarrillo para quitarle importancia, pero James puso una mueca triste y asintió lentamente, rozando la barba espesa contra mi mano y produciendo un agradable cosquilleo.

—Sí, he estado muy mal. No he vuelto a... ponerme duro hasta que te vi ayer y empezamos a hablar como antes. Ahora estoy bastante cachondo, pero no quiero hacérmelo yo solo, a no ser que tú estés delante. No quiero volver a hacer nada sin ti, Leo —terminó diciendo con un tono muy serio, casi desesperado por que le creyera, mientras me apretaba las manos.

Me tomé unos segundos y después cabeceé a forma de afirmación, devolviéndole el apretón de manos antes de responder:

—De acuerdo. De todas formas —añadí—, puede que el Gran General pase algo de hambre por ahora. Tienes que tenerlo en cuenta.

—¿El Gran General? —me preguntó.

—Oh... emh... —cerré los ojos y negué con la cabeza. ¿Cómo iba a explicarle aquella tontería?—. Me refería a tu polla —terminé confesándole, porque no había forma de explicar aquello sin sonar estúpido—. Quiero decir que no vamos a tener sexo por ahora.

El señor Black tardó un par de segundos en asentir y, aunque lo hizo con cierta tristeza y una leve decepción, se lo tomó con bastante comprensión y tranquilidad; después me preguntó:

—¿Llamas Gran General a mi polla?

—Sí... es... solo una tontería. Perdona.

—No. Me gusta... suena bien. Suena grande e importante —y sonrió un poco tras mi mano en sus labios—. Suena a que es quien manda...

—Bueno, me alegro que te guste —reconocí—. Creí que te molestaría que le hubiera puesto nombre.

—Es solo tuya, Leo —respondió con tono bajo y lento mientras me dedicaba una intensa mirada de sus ojos del azul del mar—, así que puedes ponerle el nombre que quieras.

—Ya... —murmuré, porque hablar de la polla de James me estaba poniendo un poco tonto y no era algo que necesitara en ese momento, así que le pregunté—: ¿Quieres que vayamos a dar un paseo? Puedo enseñarte la universidad y un poco de Dublín hasta la hora de comer.

—Claro —respondió en el mismo tono lento y pesado, frotando los labios y la barba espesa contra mi mano—, espera que acomode al Gran General —me pidió entonces, separándose al fin para llevarla debajo de la mesa y ajustarse la entrepierna—. No quiero asustar a los niños.

Por alguna razón, aquello me hizo gracia y me reí, negando con la cabeza antes de darle un leve apretón en la barbilla fuerte y levantarme de la mesa. El señor Black me siguió, poniéndose la gabardina por encima y de espaldas al resto de la clientela, cerró dos de los botones negros y estuvo listo para acompañarme a la salida. Recogí el paraguas, me despedí de la camarera y salí a la calle lluviosa y fresca. Enseguida noté la mano de James a la espalda y su suave caricia antes de empezar nuestro camino al campus universitario. No quedaba lejos y era un sitio muy bonito por el

que dar un paseo, había algunas historias que podía contar a James y algunas anécdotas divertidas que quizá le hicieran gracia. Pasamos por una de las calles principales del centro, llegando a la iglesia de St. Andrews y a la estatua de Molly Malone, en la que nos detuvimos para que pudiera explicarle.

—Esta es la estatua de una vieja canción irlandesa, es casi el himno no oficial de Irlanda, y trata sobre una mujer muy hermosa que vendía pescado en el puerto por el día y se prostituía por la noche. Como verás, ahora tiene los pechos gastados porque todos se sacan fotos tocándoselos.

—Todo muy irlandés —afirmó James con un cabeceo, lo que, por supuesto, me hizo reírme.

Desde allí, tomamos un pequeño rodeo para adentrarnos en una de las calles más amplias y transitadas; un bulevar que atravesaba gran parte del centro y que serpenteaba hasta el río. Pero lo importante era que se trataba del acceso principal al gran edificio neoclásico bordeado de una verja metálica, jardín de hierba verde y estatuas de pensadores. Cerré el paraguas cuando atravesamos el pasillo interior hasta volver a salir dentro de una de las mejores universidades del mundo simplemente porque yo había estudiado en ella.

—Bienvenido al *Trinity College* de Dublín, mi alma máter —le dije, extendiendo mi brazo libre hacia el campus. Habíamos dado aquel pequeño rodeo solo para poder entrar por el portalón y que el señor Black tuviera una buena primera vista del lugar—. Si te fijas bien en el suelo empedrado, podrás ver que está erosionado. No es por la lluvia, es por las lágrimas saladas de los estudiantes —bromeé.

James tardó un momento en bajar la mirada de los grandes edificios y los jardines hacia el suelo y sonrió suavemente. Le hice una señal para proseguir hacia la pequeña plaza rodeada de algunos edificios de diferentes épocas, la mayoría de ellos de corte neoclásico y grandes columnas, ordenadas ventanas y piedra grisácea. Había algunas personas andando por allí, pero pocos estudiantes ya que el semestre había concluido hacía semana y media aproximadamente.

—Ya sé que vas a decir que no es tan genial como *Princeton* o *Yale* o la universidad a la que hayas ido —me adelanté antes de que hiciera su clásico comentario—, pero *Trinity College* tiene un encanto especial.

—Fui a *Princeton* —afirmó James en un murmullo bajo.

—Ya, ya lo suponía —sonreí con cierta condescendencia—. Pues *Trinity* tiene una de las mejores y más hermosas bibliotecas del mundo, una que te voy a enseñar y...

—No terminé —me interrumpió antes de dedicarme una mirada por el borde de los ojos—. La carrera universitaria —explicó tras un breve silencio—, no la terminé...

—Ah... bueno —negué con la cabeza y me encogí de hombros sin saber muy bien qué decir sobre aquello, pero el señor Black me miraba con cierta angustia y miedo en la inmensidad de sus ojos del azul del mar; así

que añadí—: No pasa nada. No eres el primer millonario sin carrera universitaria, James.

Tomó una bocanada de aire, porque lo había estado conteniendo en el pecho hasta oír mi respuesta, asintió un par de veces y volvió a sonreír; un poco más que antes.

—Pero sí, *Princeton* es mucho mejor —me dijo.

Chasqué la lengua y puse los ojos un poco en blanco antes de mirar de nuevo al frente. Le indiqué un camino hacia un lado y cruzamos un estrecho pasillo para terminar en un amplio espacio de centro ajardinado pero con edificios mucho más modernos de las Facultades. No me entretuve demasiado allí, porque solo había que seguir el camino para llegar al lugar que quería enseñarle primero.

—La famosa biblioteca del *Trinity College*, uno de los orgullos de Irlanda —le dije con un intencionado y exagerado acento irlandés, señalando la entrada; nada especialmente llamativo, por cierto. De hecho, habían tenido que poner enormes carteles con el nombre para que los turistas no se perdieran.

—No hagas eso, Leo —me ordenó James, dedicándome una intensa mirada por el borde de los ojos—. Ya sabes lo cachondo que me pone que hables así...

—Ah... —comprendí—. Entonces tienes que perdonar a este tonto irlandés, «¡fella!» —le dije, de nuevo con marcado acento y una amplia sonrisa mientras usaba esa palabra exacta que sabía que tantísimo le gustaba al señor Black.

James perdió el aire por la nariz, dilatando sus fosas nasales y dedicándome una mirada de esas en las que no sabías si quería matarte o follarte hasta el amanecer. Apretó el puño, tensando la tela fina de mi jersey negro en mi espalda y tirando de mí para acercarme y decirme al oído:

—Si no quieres tener sexo conmigo todavía, lo entiendo —dijo con voz grave, baja y densa—, pero como me provoques así, voy a llevarte al baño y te voy a follar tan duro que van a oír tus gemidos por toda la puta universidad. ¿Me has entendido, Leo?

Eso no me intimidó en absoluto, solo seguí sonriendo de una forma un poco más malvada y enfrentándome a los mares de tormenta que eran ahora sus ojos. Estuve muy, muy tentado de responder una vez más algo irlandés y terminar por completo con su autocontrol; porque, por desgracia, provocarle así me producía un terrible placer y me hacía sentir muy deseado y excitado. Sin embargo, cambié de idea porque sabía que había jugado sucio usando mi acento, que James debía tener los huevos a punto de estallar después de tanto tiempo sin ni siquiera tocarse y que excitarle de aquella forma para después no hacer nada, sería solo cruel de mi parte.

—Muy bien —terminé asintiendo en un tono normal que, aunque con acento, no sonaba tan caricaturesco y no era tan marcado como cuando lo

forzaba—. ¿Entramos?

El señor Black tardó un par de segundos en reaccionar, se separó, cerró los ojos y tomó una gran respiración antes de exhalar y mover la cabeza de lado a lado para estirar el cuello y hacerlo crujir un poco. No le veía así desde los primeros meses, cuando todavía no follábamos y la frustración le jugaba muy malas pasadas, volviéndole un hombre loco e irracional obsesionado con los tratos sexuales.

—Entremos —murmuró con la vista fija en la puerta.

Yo ya sabía el camino, así que no necesitamos la ayuda del hombre encargado de la entrada, solo pagamos y nos sumergimos en una de las bibliotecas más hermosas del mundo. Una gran planta de techo de cañón con un pasillo central y extremos repletos de estanterías en madera oscura que ascendían a un segundo nivel por escaleras de caracol. Frente a cada estantería había un busto en mármol y en el centro del pasillo había un expositor y varios bancos para poder sentarse y disfrutar del profundo silencio.

Todo aquello era solo de exhibición, por supuesto, no se podía tocar nada y hacía al menos medio siglo que ya nadie podía ir a buscar libros allí sin un permiso explícito del Estado.

Un muro acordonado delimitaba el pasillo principal y las estanterías llenas de libros antiguos, para asegurarse de que ningún turista se acercara a donde no debía. Ya que ahora era más bien como un museo, solo ibas a mirarlo y a quedarte con la boca entreabierta murmurando: «Oh... qué bonito».

—La biblioteca de *Princeton* es muchísimo más grande y la gente puede usarla de verdad —murmuró James a mi lado, mirando de arriba abajo el lugar mientras caminábamos muy pegados, como solíamos hacer siempre.

—El *Trinity College* tiene otra biblioteca para los estudiantes e investigadores, James —tuve que explicarle, porque no estaba seguro de que realmente se creyera que aquello era todo—. Esta es solo la antigua.

—Cuando le oí soltar un «amh...», me di cuenta de que no bromeaba.

Se me escapó un bufido de incredulidad y una sonrisa antes de, sin pensarlo demasiado, llevarme la mano a la espalda para apartar la del señor Black y entrelazar mis dedos con los suyos mientras seguíamos caminando.

Él me daba un leve apretón de vez en cuando y me acariciaba con el pulgar mientras nos deteníamos a que le explicara algún dato interesante y tonto que sabía sobre el lugar. James me escuchaba atentamente y en silencio mientras su mirada jugaba entre lo que yo quería enseñarle y mis ojos.

Cuando terminamos la visita y volvimos a la entrada, no nos fuimos directamente a la puerta, sino que me detuve en la tienda de *merchandising*. Había varias cosas allí, todas un poco caras para lo que eran, sin embargo, fui directo a por las sudaderas y busqué una de mi talla, de color verde oscuro con el logo y las letras de la universidad.

—Antes tenía una, pero ahora está hecha una mierda después de tanto usarla —le expliqué mientras buscaba entre la columna de ropa doblada hasta que encontré justo la que quería. James echaba un vistazo alrededor, con su mano de vuelta a mi espalda después de pasarnos casi todo el tiempo dados de la mano. Crucé una de las mesas centrales y me detuve en la sección de gorras beisboleras con letras bordadas en blanco en las que ponía «Trinity College». Saqué una del mismo color que mi sudadera gruesa, la miré un momento y con una sonrisa en los labios me giré hacia el señor Black para enseñársela—. Si te la compro... ¿te la pondrías? —le pregunté—. ¿O sería demasiado para tu orgullo «princetoniano»? James bajó la mirada a la gorra, la cogió de mi mano y se la puso en la cabeza sin dudarle.

—Si me lo das tú, Leo, me pongo lo que sea —respondió.

—Bien, entonces será un regalo —decidí, dirigiéndome hacia la caja para pagar.

No me quedaba tanto dinero del que había tenido que pedir prestado a mis padres para vivir esas dos últimas semanas antes de cobrar mi primer sueldo, pero no me importó pagar aquella ropa estúpidamente cara y regalarle la gorra a James.

Primero, porque me encantaba cómo le quedan las beisboleras, y segundo, porque me hacía mucha ilusión que tuviera algo que significara mucho para mí; aunque todavía ni estuviera seguro de si volveríamos juntos o no. Solo quería que lo tuviera.

Salimos de nuevo a la frescura del exterior, donde había dejado de llover y solo había quedado un cielo gris oscuro, un aroma a tierra húmeda y un camino empedrado repleto de pequeños charcos.

Revisé la hora en el móvil y, aunque nos habíamos pasado más tiempo del que había esperado dentro de la biblioteca y la tienda, decidí terminar la ruta completa por la universidad. Sonaría como un estúpido irlandés enamorado de su universidad si describiera lo mucho que me ilusionó poder enseñarle aquello a James, así que solo diré: era bastante bonito y me trajo muy buenos recuerdos que compartí con él. Cogiendo su mano y casi arrastrándole con una tonta sonrisa en los labios mientras no paraba de hablar como un completo imbécil.

—Cuando vuelvas, te enseñaré las muchas cafeterías y pubs que visitaba por aquí —le prometí, antes de recordar que yo no debería estar tan emocionado por aquello, y me obligué a añadir—: si vuelves, claro.

James continuó mirándome, como me había estado mirando durante todo el recorrido, con una comisura de sus labios más ligeramente elevada que la otra, una expresión calmada y un brillo especial en sus ojos azules bajo la visera de la gorra verde oscuro que no se había quitado.

—Volveré —me prometió en voz baja—. Siempre que quieras, estaré aquí. Tragué un poco de saliva y asentí un par de veces antes de coger una buena bocanada de aire, mirar a un lado y decir:

—Puedo llevarte de vuelta al hotel, está muy cerca de aquí —miré la hora

en el móvil y volví a asentir—. Sí, me da tiempo antes de tomar el bus de vuelta.

James cabeceó, deslizó su mano desde mi espalda hasta mi brazo y fue bajando suavemente hasta rozar nuestros dedos. Volví a mirar su rostro un poco pálido y todavía delgado y ojeroso, pero mucho más brillante y vivo que antes. Sus dedos se entrelazaron con los míos, con cuidado, hasta que nuestras manos quedaron unidas de nuevo. Volví a pensar lo que tanto pensaba últimamente, si le estaba dando demasiado a James a cambio de solo promesas, pero el silencio se alargó y yo todavía no había separado mi mano de la suya.

—Te quiero, Leo —murmuró una vez más.

Y yo le creí, porque sabía que era cierto; sin embargo, ahora necesitaba algo más que palabras para olvidarme de un James Black que me pegaba en una habitación que apestaba a desinfectante y plástico, de un James Black serio, distante y frío, de un James Black en un sofá rodeado de personas gritando, completamente drogado y con putas que le hacían todo lo que querían.

—Es por ese camino —le señalé con la cabeza y un tono neutro, rompiendo un silencio que quizá hubiera durado un minuto entero.

Una expresión de profunda tristeza recorrió el rostro de James, hundiendo sus cejas, apretando las comisuras de sus labios y humedeciendo sus ojos del azul del mar. Bajó la mirada al suelo y se limitó a parpadear y girarse hacia donde yo le había señalado. No volvimos a hablar en todo el camino de vuelta, pero tampoco apartamos nuestras manos, solo recorrimos la calle que yo había recorrido aquella misma mañana para ir a buscarle, sumergidos en nuestros propios pensamientos hasta, en apenas siete minutos, alcanzar la entrada del hotel.

—¿A qué hora quieres que venga esta noche? —le pregunté antes de detenernos bajo la cobertura acristalada.

—A las seis —respondió con la voz algo ronca y una mirada por el borde de los ojos—. ¿Te parece bien?

Asentí y James me respondió de la misma forma, dándome un último apretón antes de soltarme y dirigirse al interior del hotel, con su gabardina negra y su gorra de beisbol verde de la universidad. Algunas personas salían, pero él las ignoró y las obligó a apartarse, porque estaba claro que él no se iba a apartar.

Cuando desapareció, solté el aire entre los labios y me llevé mi mano libre al rostro, esa que no tenía ocupada con el paraguas y la bolsa donde llevaba la sudadera. Me froté los ojos y me pasé la mano por el pelo antes de darme la vuelta y recorrer el mismo camino en dirección a la parada de autobús.

Revisé el móvil mientras esperaba sentado bajo la marquesina de plástico traslúcido y empapada de lluvia, junto a una señora mayor de pelo cano y sonrisa agradable que me preguntó si sabía qué autobús debía tomar para ir a Phibsborough.

Forcé una suave sonrisa, dejando atrás por un momento mi expresión seria y preocupada, y le respondí, revisando los horarios y diciéndole que faltaba poco para que llegara el autobús que ella necesitaba.

En mi camino de vuelta, mandé un mensaje a Ryan para decirle que llegaría diez minutos tarde y que me esperara en la puerta de la clínica veterinaria, después metí el móvil en el bolsillo y noté algo con la punta de los dedos. Saqué el anillo de pedida y le empecé a dar vueltas entre los dedos, con la mirada baja y completamente perdido en mis propios pensamientos.

Era fácil mantener la cabeza fría y tomar decisiones como «no voy a hacer esto» o «no voy a permitir esto otro», «tiene que ganárselo a pulso», «tiene que esforzarse más»; pero no era tan fácil cuando estabas delante de James, le sentías cerca y te miraba de esa forma tan intensa, cuando te decía que te quería y sentías un hormigueo en el abdomen, cuando hablaba del Gran General y solo podías pensar en lo mucho que te gustaría que volviera a besarte y a follarte como antes. Porque lo echabas de menos, echabas todo de menos, a él, lo que te daba y lo que te hacía sentir. Y, sin embargo, el dolor estaba ahí, el recuerdo y la leve frustración de saber que te había traicionado.

Cogí una buena respiración hasta llenarme los pulmones y guardé el anillo antes de exhalar el aire que me hinchaba los mofletes. Antes de llegar a Ashtown volvió a empezar a llover, unas gotas finas que lo llenaron todo de un ambiente blanquecino y húmedo. Salí del autobús con el paraguas preparado y fui en busca de un Ry que ya me esperaba en la entrada de la clínica, con su propio paraguas, pantalones largos y uno de sus viejas sudaderas de deporte.

—Ey, Leo. ¿A dónde has ido? —me preguntó con una sonrisa cuando me acerqué lo suficiente.

—A desayunar y a comprar —respondí, levantando la bolsa de papel duro con el símbolo de la universidad.

Sabía lo que pensaría Ry si le confesaba que había estado con James y que él había vuelto a Irlanda para verme, sabía lo que me advertiría y lo que me diría sobre el error que quizá estaba cometiendo al darle aquella segunda oportunidad; por eso preferí mantenerlo en secreto, no necesitaba que me dijera algo que yo ya me decía a mí mismo en bucle.

—Joder, ¿has vuelto al *Tryni*? —se sorprendió—. Podía haber ido contigo esta tarde y tomábamos algo en el Lincoln's —me sugirió con cierto pesar—. Nos encantaba ir allí los días de lluvia, ¿recuerdas?

—Sí —sonreí—. Recuerdo que tú me convencías para saltarme algunas clases e ir contigo allí.

—Ya... —murmuró él, comenzando el camino de vuelta a mi lado con una mano en el bolsillo de sus vaqueros y la mirada al frente—. Recuerdo que... —y bajó la voz antes de comprobar que no había nadie cerca para escucharnos, entonces prosiguió—. Recuerdo que no te quejabas tanto cuando me llevabas a tu casa a follar entre clases.

—Yo nunca me quejé de eso —le aseguré—. Es más, el único que se quejaba eras tú.

—Yo no me quejaba —se defendió—, pero había días que venías a buscarme a la facultad y casi me llevabas a rastras. Después teníamos que volver corriendo a la siguiente clase. Era una mierda.

Puse cara de pena y levanté mi mano para ponerla en su hombro.

—Pobre, Ry... Le hacían mamadas y le montaban a media mañana y sufría mucho... —murmuré con un tono apenado.

Ryan chasqueó la lengua e hizo un movimiento con el hombro para que apartara la mano, sin embargo, terminó sonriendo y diciendo:

—Vete a la mierda, Leo...

Cuando llegamos a casa, dejé la bolsa en la habitación y fui directo a darme una ducha caliente para templar el cuerpo después de una mañana de paseo al fresco. Volví a la cocina y revisé la nevera antes de decidir qué podíamos comer, opté por algo sencillo como pasta con carne y me puse a hacerlo mientras Ry miraba la televisión. Llevé los platos humeantes a la mesa baja del salón junto con los cubiertos, unas servilletas y dos cervezas. No había grandes planes para un sábado lluvioso como aquel más que quedarnos en casa mirando la tele, así que al terminar la comida, lo llevé todo de vuelta a la cocina y lo apilé junto a los platos del día anterior, soltando un breve advertencia:

—Esto sigue sin estar limpio, Ry...

—Sí, más tarde, no te preocupes —respondió desde el sofá, donde se había recostado bajo una fina manta.

—Más te vale, o vas a empezar a cocinar tú —murmuré de camino a la habitación—. ¿Tienes ropa para lavar? —le pregunté en un tono alto para que pudiera oírme.

—En la cesta del baño —dijo en el mismo tono.

Fui a buscar mi ropa sucia y la de Ryan, me puse mi sudadera nueva del *Trinity* y unos vaqueros viejos junto con las gafas para darle un descanso a los ojos. Salí con dos bolsas llenas de ropa hacia la puerta y anuncié brevemente que iría a hacer la colada de la semana y que me tomaría un café.

—¿Quieres que vaya contigo? —me preguntó él, pero no hizo falta más que mirar su rostro para saber que era tan solo una pregunta educada y que, si le hacía levantarse del sofá, sería como clavarle un puñal en el pecho.

—No, tranquilo, quédate... —puse los ojos en blanco, me aseguré de tener las llaves encima y, con una sonrisa, salí por la puerta.

Nada más salir, a un par de pasos en el pasillo, me encontré con un joven de pelo rubio y flequillo a un lado, tenía una cazadora vaquera, los ojos azules y perilla. Sonreí y le saludé, creyendo que era un vecino, sin embargo, él me miró de arriba abajo y puso una expresión algo asqueada que no me gustó.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó como si me conociera.

Alcé ambas cejas y perdí la sonrisa.

—¿Perdona? —le pregunté, como si le hubiera oído mal.

—Es la casa de Ryan —respondió, señalando hacia la puerta de la que acababa de salir—. ¿Qué hacías tú dentro?

—Ah... yo soy Leonard —le expliqué, empezando a entender de qué iba todo aquello—, un viejo amigo de Ry.

Él asintió y volvió a mirarme de arriba abajo, no demasiado complacido con lo que veía.

—¿Eres... Arthur? —le pregunté.

—No —negó con una mueca de enfado—. No soy Arthur.

Entonces la puerta de casa se abrió y un Ryan con una expresión muy seria y la respiración acelerada nos miró a ambos, primero a mí y, después, al joven. Apretó los dientes y empezó a respirar más fuerte. Algo estaba pasando allí, algo que quizá no fuera asunto mío, así que cogí aire por la boca y solté un rápido:

—Bueno, yo me voy —antes de llevarme las bolsas hacia las escaleras. Hubiera sido mejor tomar el ascensor, pero no quería quedarme allí esperando mientras Ryan y ese chico hablaban.

Estaba claro que ellos habían tenido algo, no sabía lo qué, pero algo. Chasquéé la lengua al bajar el segundo piso, esperaba no haberme metido en medio de nada, porque Ryan sabía que, de ser así, me enfadaría mucho con él.

UN WHISKY Y UN PURO CON MEFIsto

Salí del edificio y me sumergí en la suave lluvia, no demasiado preocupado por mojarme, ya que la lavandería de autoservicio quedaba cerca y el camino no sería muy largo. Aún así, llegué con los hombros algo empapados, el pelo mojado y las gafas empañadas.

Dejé las bolsas en el suelo y me limpié los cristales para, al menos, ver algo. Estaba solo en el local y pude usar la lavadora que yo quisiera, la más grande con tamaño industrial para poder volcar las dos bolsas repletas de ropa usada y lavarla de una sentada; a excepción de la colada blanca, que la eché en una lavadora aparte más pequeña. Cuando metí el dinero y elegí el programa y la duración, me froté las manos y fui de vuelta a la salida sintiéndome más ligero ahora que no tenía que cargar con las bolsas. Apuré el paso y giré la esquina en dirección al pequeño café que había allí, donde me senté en la barra mientras le dedicaba una sonrisa a la camarera y le pedía un café con leche grande.

—¿Uno bien caliente con este tiempo? —me preguntó ella de buen humor y un agradable acento del interior.

—Sí, por favor —respondí, volviendo a frotarme las manos destempladas.

—¿Y has venido con este tiempo para encontrarme aquí sola o deo de tener esperanzas? —añadió ella, echándome una mirada por encima del hombro mientras preparaba el café.

Sonreí más y me reí un poco, era un café que había empezado a visitar porque quedaba muy cerca de casa y de camino a la clínica veterinaria donde iba a buscar a Ryan.

—Soy gay —le confesé, solo porque estábamos solos y era la clase de chica de las que me caían bien.

—Joder... —murmuró, negando con la cabeza y agitando su apretada coleta pelirroja—. Estaba segurísima de que un hombre como tú tendría novia, pero saber que ni si quiera tengo la oportunidad, me rompe el corazón.

—Lo siento —respondí con un encogimiento de hombros y las palmas hacia arriba.

Ella volvió a negar con una sonrisa y me sirvió mi café con leche antes de irse a un lado a seguir limpiando y reponiendo el pequeño mostrador acristalado con dulces y bollos.

Me llevé mi taza caliente a una mesa alta cercana al ventanal con vistas a la calle lluviosa y me senté antes de sacar el móvil del bolsillo y, al notarlo con la punta de los dedos, también el anillo de compromiso.

No me lo puse, pero sí lo dejé en el dedo y le di vueltas distraídamente mientras leía el mensaje que me había mandado el señor O'Sullivan a primera hora de la tarde, preguntándome qué tal con el cliente y si tenía buenas noticias. Casi me había olvidado por completo de aquella enorme tontería de Turn&Go, pero sabía que James solo la había usado para llegar hasta mí, así que respondí de una forma vaga pero dándole a entender a

Darren que no habría grandes esperanzas al respecto.

Después de aquello dejé el móvil, bebí un trago de café caliente y me entretuve mirando por la ventana, dándole vueltas al anillo en mi dedo y pensando en varias cosas. La primera y más inmediata, fue aquel extraño encuentro en el pasillo, algo que me había incomodado mucho y que, esperaba, no me diera problemas; la segunda fue planificar la salida a mi cena de esa noche con James, decidiendo que sería más fácil llevar el coche que depender del transporte público y volver en taxi en caso de que la velada se alargara demasiado; finalmente pensé en la ropa que llevaría y algunas tonterías del trabajo.

Los cuarenta minutos de espera hasta que las lavadoras hubiera terminado, se me pasó volando, y tuve que apurar el café con leche, pagar a toda prisa dejando una buena propina y despidiéndome con una amplia sonrisa antes de salir corriendo hacia la lavandería. Seguía sin haber nadie, pero no era lo más sensato dejar la ropa allí sin vigilancia.

Saqué la ropa limpia y seca y la doblé con cuidado, apilándola en las bolsas para no volver a arrugarla. Cuando terminé, otro par de clientes ya había entrado para hacer la colada del fin de semana y habían llenado el agradable silencio con una cháchara insulsa y tonta. Por suerte, yo casi había terminado y pude huir de allí con las manos cargadas de vuelta a casa. Subí en el ascensor y temí encontrarme todavía con el hombre y con Ryan en casa, porque no quería crear otra situación incómoda ni interrumpirles en medio de algo. Así que decidí dejar la ropa y, de volver a verles, salir de nuevo para irme a tomar otro café y dejarles más tiempo a solas.

Sin embargo, al cruzar al puerta de casa, solo me encontré a Ryan sentado al borde del sofá, inclinado hacia delante y con la cabeza entre las piernas mientras hiperventilaba. Me detuve en seco y cambié mi expresión seria por una de profunda preocupación.

—Ey, Ry... —le llamé, sin saber si acercarme o quedarme donde estaba.

Ryan se incorporó deprisa, giró el rostro hacia el balcón, allí donde no pudiera verlo, y respondió:

—Ey, Leo...

—¿Todo bien? —pregunté—. ¿Necesitas estar tranquilo?, ¿prefieres que em vaya?

—¡No! —exclamó, levantando una mano hacia mí—. No —repitió con más suavidad, forzando una sonrisa antes de mirarme con los ojos enrojecidos y llorosos—. Esta es también tu casa...

Asentí con la cabeza, pero no compartí su sonrisa porque sabía que algo había ido mal y que él solo estaba fingiendo que todo iba bien. Como antes.

—Bien, iré a colocar la ropa —le dije antes de cargarme con las bolsas hacia la habitación.

Le daría un poco de tranquilidad y tiempo para recuperarse y, si eso no era suficiente, me inventaría una excusa para marcharme y dejarle espa-

cio. Eso pensaba mientras terminaba de sacar la ropa doblada y meterla en las cajoneras del armario empotrado, cuando oí unos pasos por el pasillo y Ryan apareció en la puerta. Se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la pared, echando un vistazo hacia la ventana de cristal mojado.

—Oye, Leo —me dijo en voz baja—. Ese tipo no era nadie, solo alguien que conozco...

—Ry —le detuve—. Si no me quieres decir quién es, me parece bien, pero no me mientas —le pedí con tono calmado pero serio. Terminé de colocar la última camisa en mi espacio del armario y deslicé la puerta corredera antes de enfrentar su mirada fija y todavía algo húmeda.

—No es nadie —insistió—, solo alguien que conocí, pero eso se acabó.

—Sabes que no me gusta meterme en med...

—No, no, no es eso —me interrumpió, negando con la cabeza y con la palma en alto—. Él y yo no somos nada y nunca lo hemos sido, de verdad, Leo.

—Bien —asentí, decidiendo aceptar aquello como si fuera verdad y no empezar una discusión que no quería tener con Ry.

Él ya había tenido sus parejas y sus cosas en el pasado, nunca me había importado, solo habíamos dejado de follar y habíamos seguido adelante, pero yo jamás había conocido a ninguno de ellos, y mucho menos se habían presentado en su casa sin avisar; porque eso solo lo hacía alguien que se sentía con confianza y derecho de hacerlo.

—De todas formas —añadí junto con un leve cabeceo—. Si quieres traerte a alguno de... tus amigos a casa, ya te he dicho que yo podía irme a dar un paseo o a casa de mis padres para darte intimi...

—No, joder, Leo —volvió a interrumpirme, perdiendo un poco el autocontrol—. Te he dicho que no estoy con nadie, ese puto gilipollas solo vino a tocarme los cojones.

—De acuerdo —murmuré antes de cambiar completamente de tema—. ¿Quieres que veamos la serie o una película?

Ryan asintió, complacido con mi falta de interés e insistencia en el cema. Dio una palmada y se separó de la pared, dando aquella conversación por concluida antes de que nos dirigiéramos al salón como si nada hubiera pasado. Nos tumbamos en el sofá, apoyamos los pies encima de la mesa y compartimos la manta fina y cálida antes de quedarnos como dos amebas mirando *Netflix*. Dos capítulos de cuarenta minutos después, me revisé la hora en el móvil y resoplé antes de levantarme. Me había quedado algo traspuesto y había perdido el concepto del tiempo, dándome cuenta de que ya iba un poco justo para prepararme. Ry me siguió con la mirada, pero no me preguntó nada hasta que volví a aparecer por el salón, recién duchado y con ropa elegante: pantalones negros ajustados, camisa blanca y una vieja blazer azul marino que aún tenía por casa.

—¿A dónde vas tan bien vestido? —me preguntó desde su sitio en el sofá—. ¿Me vas a invitar a una cena sorpresa o algo así?

Sonreí, aunque no estaba del todo seguro de que lo hubiera preguntado en

broma.

—No, tengo una cena con un cliente. Una compañía americana de electrodomésticos que quizá se expanda al mercado europeo y quiere un buen asesor que conozca las diferencias entre sus sistema y el nuestro — respondí mientras terminaba de arreglarme las muñequeras de la camisa.

—¿Y... tienes que ir tan guapo a una cena de trabajo? —insistió.

Fruncí el ceño y le dediqué una mirada seria, pero con una media sonrisa de labios cerrados para que no fuera tan cortante.

—Es una cena de trabajo más informal, Ry —le dije para quitarle importancia—. Siguiendo el estilo de FC&A. De todas formas —añadí—, no llevo ropa interior, por si las cosas no van bien y hay que sacar el armamento mesado —sonreí y le guiñé un ojo antes de dirigirme hacia la puerta—. No me esperes despierto, papi.

Ryan murmuró una despedida por lo bajo, unas pocas palabras que murieron en sus labios antes incluso de salir, junto con un leve cabeceo a forma de despedida. Yo no iba especialmente guapo, pero sí que me había parado un poco más a peinarme y a recortarme la barba y dejar de parecer un indigente pelirrojo.

Lo revisé todo en el espejo del ascensor, retocándome un poco el pelo y ajustándome la blazer antes de decidir desabrocharme un par de botones de la camisa y mostrar más del inicio de mi pecho y del vello que allí había; ese que tanto le gustaba al señor Black. Asentí para mí mismo, convencido de que había hecho lo correcto, y salí del ascensor directo hacia el portal, abriendo el paraguas al sumergirme en la calle lluviosa.

Había tenido mis pequeñas dudas sobre cómo vestirme para la cena, si ir más serio y formal o menos; decidiéndome al fin por una pequeña mezcla con blazer y camisa, pero sin ropa interior. Sí... no había mentido a Ry es eso, solo había bromeado al respecto.

Subí al viejo coche de mi madre, que llevaba casi una semana sin moverse de su sitio, y recé a todos los dioses posibles para que el motor arrancara sin problemas. Tras cuatro intentos, lo conseguí y solté una exhalación de agradecimiento antes de tomar mi camino al centro de Dublín mientras escuchaba algo de música y tamborileaba la mano sobre mi muslo al ritmo cuando me detenía en un paso de cebra o en un semáforo en rojo.

No me gustaba ir al centro en coche, porque Dublín no era una ciudad cómoda para conducir y mucho menos para aparcar de forma gratuita, aunque sí sobraban parkings de pago donde te atracaban a mano armada y con una sonrisa.

De todas formas, di un par de vueltas primero por si, por alguna casualidad, el cielo repleto de nubes se abría, lanzando un rayo de luz cegadora con cánticos de ángeles sobre un sitio libre y gratuito en el centro de Dublín. Pero eso no sucedió, así que tuve que dejar el coche en un aparcamiento y llevarme un ticket para recordar que pagaría diez euros la hora.

Al menos, el parking que había elegido quedaba exactamente a dos minu-

tos del *The Shelbourne*, permitiéndome tomarme un momento frente al retrovisor, volver a echar una ojeada a mi pelo, un poco a mi ropa, dudando de si abrirme otro botón más —cosa que hice—, y sacando el anillo plateado del bolsillo interior de la blazer.

No me lo coloqué en el dedo anular, sino en el índice, como si fuera un bonito y carísimo anillo plateado que hubiera querido ponerme aquella noche; nada especial, solo... estaba ahí. Entonces salí del coche y me fui hacia las escaleras del aparcamiento, paraguas en mano, para recorrer el último tramo al hotel.

El *The Shelbourne*, era un precioso edificio, enorme, pero no especialmente alto. La decoración interior era tan impresionante como la fachada, con un marcado ambiente de casa de campo británica. Grandes lámparas de araña en el techo, columnas rematadas en pan de oro, colores suaves y pastel, iluminación viva y agradable, suelos alfombrados y sutiles toques de madera con elegantes muebles y jarrones repletos de flores de temporada. Era impresionante, por supuesto, y sin embargo solo eché un vistazo rápido, demasiado acostumbrado ya a esa clase de lujo tras un año con James; era casi triste pensarlo, pero ahora aquel precioso hotel solo era un bonito lugar más entre los muchos que había visitado y ni siquiera sentí la necesidad de pararme a apreciarlo en profundidad. Fui directo a recepción y le pedí a la primera recepcionista que cruzó mi mirada que le diera el aviso al señor Black de que, el señor O'Brien, ya estaba allí esperándole. Solo tuvo que revisar la pantalla del ordenador, marcar un número rápido en el teléfono y tener una brevísima conversación con James antes de decirme:

—El señor Black le espera en el *The Saddle Room*.

—Maravilloso, ¿me puedes decir dónde está? —le pregunté, por si no había quedado claro que yo no tenía ni idea de lo que me hablaba.

Ella me dio unas indicaciones rápidas, añadiendo un poco de publicidad pomposa por en medio como «es uno de los cuatro restaurantes del hotel», a lo que yo respondí con un sarcástico «Wow...». Al menos, se explicó bien y conseguí llegar a aquel restaurante de luz suave, tonos tierra y mogollón de decoración en oro y espejos. Era un sitio grande y bastante lleno para lo caro que parecía, tuve que preguntar de nuevo al metre, que echó una fugaz mirada a mi pecho descubierto antes de volver a mis ojos. Se dio cuenta al instante de su error y trató de compensarlo siendo muy educado y servicial, guiándome personalmente a un ala del restaurante con las mejores mesas.

—Gracias, ya le veo desde aquí —le detuve antes de que me acompañara hasta el final.

James Black estaba sentado en una mesa de dos, al lado de un enorme ventanal con cortinas gruesas y recogidos en gruesos nudos de seda. Llevaba otro de sus mejores trajes italianos, uno azul que estaba hecho a medida y que parecía del mismo color que sus ojos. Por dentro se había puesto una camisa negra que se había dejado abierta, se había vuelto a pe-

inar a la perfección y había elegido uno de sus enormes relojes a juego con el traje. Cruzamos miradas en la distancia mientras me acercaba, me miró de arriba abajo y respiró un poco más fuerte.

—Buenas noches, señor Black —me presente al llegar a su lado, sentándome en la silla frente a él.

—Buenas noches, Leo —respondió con su voz grave y aterciopelada—. ¿Por qué no llevas ropa interior?

Sonreí al instante, riéndome por lo bajo. No me sentía expuesto ni ridículo, después de todo, era James; solo me hizo gracia lo rapidísimo que se había dado cuenta de aquel detalle.

—Bueno, vas a invitarme a una cena bastante cara en un precioso hotel, he creído que, lo que tú considerarías más educado, sería que yo al menos prescindiera de la ropa interior —le expliqué tranquilamente.

Una suave sonrisa se extendió por los labios de James, afilándolos con un profundo y sórdido placer.

—Has creído bien, Leo... —me felicitó, bajando la mirada hacia el inicio de mi pectoral y mi vello al aire, deleitándose con la visión sin ningún tipo prisa ni de vergüenza—. Has creído muy bien... —murmuró por lo bajo tras un breve silencio en el que alargó su pierna debajo de la mesa para apoyarla junto a la mía.

Aquello no me importo porque, evidentemente, era parte de lo que yo quería conseguir: provocarle con un poco de carne y una bonita sonrisa. Era una cita, después de todo.

—¿Qué tal la tarde? —le pregunté, entrelazando los dedos sobre la mesa en una postura relajada hacia delante.

—Aburrida —respondió él sin si quiera apartar la mirada de la abertura en mi camisa—. He adelantado mi reunión con la doctora Jones para tener la noche libre, me he tomado la medicación y he resuelto algunos asuntos pendientes. ¿Qué has hecho tú?

—La colada —dije sin más—, y tomarme un café mientras esperaba.

Un camarero se acercó a nuestra mesa, atrayendo mi atención, pero no la de James, quien continuó con la vista en el mismo punto donde la había dejado antes.

—Buenas noches, soy Patrick, y esta noche tendré el placer de ser su camarero —se presentó educadamente y con las manos a la espalda antes de entregarnos los menús y la carta—. ¿Quieren tomar algo mientras eligen?

—Dos whiskies irlandeses con hielo —respondió el señor Black sin mirarle.

—Trae dos de *Black Barrel* dobles, por favor —le pedí yo con una sonrisa para compensar el tono cortante y seco de James y su falta de interés en apartar la mirada de mi pecho.

El camarero asintió con una sonrisa y se fue, dejándonos de nuevo en la privacidad. Miré a James, con su expresión seria y su mirada perdida mientras respiraba lentamente.

—¿No te has aburrido ya? —le pregunté, abriendo la carta de tapa de cuero negro.

—No, Leo —respondió—. Estoy mirando lo que has venido a enseñarme. Se me escapó un bufido y una sonrisa, cabeceé un par de veces y miré la larga lista de platos.

—Eso es verdad —reconocí. No me había desabrochado cuatro botones de la camisa por nada—. ¿Qué tal hoy en la terapia? —pregunté tras un breve silencio.

—La doctora Jones no para de preguntarme por mi infancia, me estoy empezando a enfadar mucho con ella.

—Solo está haciendo su trabajo, James —respondí tranquilamente, pasando una de las páginas plastificadas—. Tiene que hacer hincapié en los temas que cree que son importantes.

—Ya le he dicho que fui un niño solitario y que me gustaban los dinosaurios. ¿Qué más quiere que le diga?

Dejé de mirar la carta cuando Patrick el camarero volvió con nuestras bebidas en vasos *on the rock* con dos piedras de hielo cada uno. Le di las gracias y bebí un pequeño sorbo del mío, soltando un breve gruñido de placer al probarlo. El señor Black hizo lo mismo, pero se quedó con la copa en la mano y cerca de los labios.

—Podrías hablarle de las excavaciones que hacías —le sugerí, fingiendo que prestaba toda mi atención a leer la carta de pescados—, de cuando encontraste aquellos huesos y tu familia se rio de ti, de cuando robabas de la basura muñecos que venían en cajas de cereales y tenías que esconderlos porque en tu habitación no podía haber más que enciclopedias, de cuando tus padres solo iban a verte competir si ganabas o de cuando tus únicos amigos eran dos perros que, casualmente, se escaparon un día por ningún motivo aparente. Creo que son cosas que a la doctora Jones le interesará saber —concluí, cerrando el menú con un golpe seco y mirando a James.

—Eso entra dentro de «solitario» —dijo antes de beber otro trago de su copa—. Y mis padres sí venían a verme competir, pero se marchaban antes de tiempo si no ganaba —me corrigió—. Los Black siempre ganan.

Preferí mordirme la lengua, coger mi vaso y beber un buen trago de whisky; frío en la boca, picante en el paladar y ardiente bajando hacia el estómago. James levantó uno de los dedos con los que rodeaba su copa, señaló el mismo pecho del que no apartaba la vista y dijo:

—Si te desabrochas otro botón, te hablaré de algo de mi infancia.

Esperé un par de segundo por si se trataba de una broma, pero quedé claro que no.

—¿También haces estos tratos con la doctora Jones? —le pregunté mientras arqueaba las cejas.

El señor Black al fin levantó la mirada hacía mis ojos, dedicándome una de esas intensas, silenciosas y profundas tan suyas. Bebió un trago de su whisky y respondió:

—No, Leo. Hay tratos que solo hago contigo.

—Creía que querías contarme cosas por ti mismo, no que yo tuviera que conseguir que me las contaras.

James bebió el trago final, inclinando el vaso hasta que las últimas gotas de whisky resbalaron hacia sus labios, entonces la dejó sobre la mesa con un sonido de hielos al chocar y volvió a mirarme.

—Bébetelo todo... —ordenó, señalando mi vaso medio lleno con un movimiento de cabeza.

—James, quizá deberías recordar que...

—Bébetelo el puto whisky, Leo —me interrumpió con la misma voz grave y aterciopelada, pero con un giro especial, es profundidad que ponía cuando quería mandar y no aceptaba reproches—. No has venido aquí a hablar, has venido aquí a provocarme, y, ¿qué pasa cuando despiertas a la fiera, Leo?

Mantuve su intensa mirada en silencio, deslizando mi dedo por la superficie fría y húmeda del vaso *on the rock* a medio beber. De pronto sentí un escalofrío, quizá por el contacto con aquel cristal helado, quizá por la forma en la que James me miraba y el tono de su voz.

—Que hay que saber domarla —respondí en voz baja.

—Exacto —asintió lentamente—. Así que bébetelo todo y hasta el final.

Cogí una buena respiración, calmada, y levanté mi vaso de whisky en alto para hacer una especie de brindis.

—Por el mejor equipo —le dije a James antes de beber lo que quedaba de mi copa de un solo trago. Me costó beberlo tan directamente, pero no fue algo que dejé traslucir en mi rostro, dejé la copa tranquilamente en la mesa y sentí un intenso calor en el pecho. Entonces miré al señor Black, jadeando suavemente entre los labios, muy excitado al ver cumplida su orden y al tenerme bajo su control—. Ten cuidado, James —le advertí—. No me importa tontear un poco y jugar, pero más vale que recuerdes que tú y yo ya no estamos donde estábamos antes.

Él tardó un momento en asentir, alargando la mano para alcanzar la mía, rodearme los dedos y acariciarme los nudillos suavemente con el pulgar.

—Así hacemos nosotros las cosas, Leo —murmuró—. Tú me conoces muy bien, mejor que nadie, y sabías que me pondría muy cachondo al verte tan guapo y con la camisa abierta, sabías lo dominante y celoso que me pondría al estar excitado, sabías que estaría deseando someterte y ver cómo cedes poco a poco ante mí... Lo sabías, Leo —me recordó con una mirada más intensa—, pero has venido igualmente con tu preciosa sonrisa, el anillo en la mano y sin ropa interior; así que no quieres «tontear y jugar», porque tu hombre no hace esas mierdas, tu hombre es un Amo que te pone una correa al cuello y te folla a cuatro patas mientras ladras como un perrito para él. —Me levantó la mano que me sostenía, se la acercó a los labios sin dejar de mirarme fijamente a los ojos y me dio un suave y húmedo beso sobre los nudillos—. Y sabes que a tu hombre eso le encanta... —concluyó con una sonrisa.

Aquel breve discurso me había dejado sin palabras. Entreabrí los labios y los moví, pero sin decir nada, fruncí el ceño, ladeé el rostro y, finalmente, sonreí.

—Vaya... le has dado muchas vueltas a eso —conseguí decir al fin.

—No, Leo —negó, bajando su mano y la mía de vuelta a la mesa—. Lo que pasa es que yo también conozco a mi hombre y sé lo que le gusta.

—Yo ya no soy tuyo, James —le corregí.

—Esta noche sí —me dijo con total seguridad.

—No —insistí—. No es así como funciona.

—Esta noche has venido a mi hotel a hablar y a fingir que seguimos juntos, como yo fui a tu cama las primeras veces. No hablamos de lo que pasa de día, solo disfrutamos el uno del otro.

Fruncí más el ceño y negué con la cabeza.

—Pero... ¿de dónde sacas esas mierdas, James? —le pregunté, aunque al final de la frase se me saltó la risa—. Te inventas cosas sin parar... Joder

—me cubrí los labios con mi mano libre y me reí un poco más. A momentos como aquel era a los que me refería cuando decía que James Black nunca era aburrido, y, era momentos como aquel, cuando pensaba que más le quería—. Escucha... —empecé a decir, pero me detuve cuando Patrick el camarero vino derecho a nuestra mesa tras atender a otra pareja a un lado.

—¿Ya saben lo que van a tomar? —nos preguntó con las manos a la espalda.

—Yo tomaré el bistec de ternera en salsa de setas —respondí, entregándole la carta con mi mano libre.

—Yo lo mismo —añadió James sin apartar la mirada de mí—. Y trae dos whiskies más.

—Por supuesto —respondió él, llevándose las cartas y los vasos vacíos.

—Escucha —repetí con tono tranquilo—, me he tomado esto como si se tratara de una primera cita contigo, James. No he venido para fingir que nada ha pasado.

—Tú me hiciste una buena paja y una de tus increíbles mamadas en nuestra primera cita al museo —recordó—, puedes hacérmelas también en esta.

Me quedé en silencio durante un par de segundos.

—No te hice una mamada, te «comí» de arriba abajo —le corregí.

James sonrió.

—Mucho mejor, entonces...

Cogí aire y me hinché el pecho antes de soltarlo y negar con al cabeza.

—No te he perdonado, James, no deberías tomártelo tan a la ligera.

El señor Black perdió la sonrisa y bajó la mirada al centro de la mesa entre nosotros.

—Leo, sé que no me has perdonado —me dijo con un tono serio, pero ya no tan profundo y aterciopelado—. Sé que mañana voy a volver a casa sin ti y que me va a parecer más vacía que nunca después de haberme pasado

dos días a tu lado. Sé que voy a volver a estar completamente solo y a echarte de menos cada puto segundo. Sé que he cometido un grave error y que ahora me tengo que joder y hacer todo lo posible por recuperarte. Sé que tienes derecho a estar enfadado y que me estás dando una oportunidad para corregir mis problemas y ser mejor persona. No creas que lo he olvidado ni por un instante —me miró por el borde superior de los ojos y me apretó un poco la mano—. Solo quiero disfrutar de estos momentos contigo y dejar de darle vueltas a las cosas, como tú dijiste ayer en el sendero.

Mantuve su mirada y asentí lentamente. Si lo tenía tan claro, insistir sobre ello sería tan solo reabrir la herida una y otra vez, así que sonreí suavemente y le dije:

—Me parece bien.

El señor Black se calmó un poco y volvió a levantar la cabeza, a mover su mano y la mía hacia los labios y a besarme los nudillos con cariño. Nos quedamos así los pocos minutos que tardó Patrick en traernos las copas nuevas y la cesta con pan. Esta vez brindamos ambos con un «por el mejor equipo» y bebimos. Cuando la carne en salsa de setas llegó, yo ya estaba un poco achispado, cuando terminamos nuestra tercera copa doble, me costaba aun poco pensar, no paraba de reírme de las reacciones de James a lo que yo le contaba.

—¡Parece una puta oficina de un catálogo de Ikea! —exclamaba con una gran sonrisa—. ¡Tú la has visto!

—Lo sé —afirmó él con una profunda expresión de desprecio—. Si no hubiera entrado allí al borde de un ataque de ansiedad por verte, me hubiera ido al instante. No parece una asesoría seria, Leo.

Y después de reírnos de FC&A, yo ya había terminado de cenar y tenía mi cuarta copa casi vacía en la mano. Sentía un calor en el pecho y en el rostro y a veces me quedaba mirando fijamente a un señor Black sonriente y relajado.

—¿Tú puedes beber con la medicación? —le pregunté entonces con una repentina expresión preocupada.

Él se encogió de hombros y se terminó el último trozo de carne antes de beber los restos de whisky aguado con el hielo derretido.

—Me he metido cosas peores, Leo —me aseguró, dejando la copa vacía a un lado antes de buscar la servilleta y limpiarse los labios—. ¿Qué quieres compartir de postre?

—Preguntemos a ver lo que tienen —le sugerí, girando el rostro hacia el resto de la clientela.

Alguna se había ido, alguna había llegado, pero yo no me había dado cuenta ni les había prestado atención. Levanté la mano cuando vi a Patrick y le hice una señal para que viniera a llevarse los platos. Nos hizo una sugerencia de tarta de manzana irlandesa que yo en seguida acepté.

—Ni lo intentes, Leo. No va a ser mejor que la americana —dijo James cuando el camarero se fue.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza, como muchas otras veces.

—¿Hay algo en Irlanda que pueda ser mejor para usted que su versión estadounidense, señor Black?

—Tú —la respuesta fue tan obvia que me sorprendió no haberla visto venir—. A ti también te gusta mucho Irlanda, Leo —me recordó él entonces—, y, sin embargo, te has enamorado de todo un hombre americano.

—Ya... —murmuré, apoyando el codo en la mesa y mi cabeza en el puño mientras le miraba con los ojos un poco entornados—. Porque, al parecer, tengo una horrible debilidad por los activos dominantes, rubios, locos, divertidos, obsesionados por el control y con los bíceps más grandes que mi cabeza.

—Creía que los odiabas —me dijo, como yo le había dicho una vez después de nuestra visita al Zoo de Central Park.

—Antes los odiaba —suspiré—, pero ahora los amo.

James sonrió de esa forma que tanto me gustaba, con su sonrisa imperfecta y feliz, como un niño al que le hubieran hecho el mayor de los regalos.

—Ese hombre rubio, obsesionado por el control y con la polla tan dura, debe ser el hombre más feliz del mundo, entonces.

—No he dicho que tuviera la polla dura —le recordé.

—Te aseguro que ahora tiene la polla muy dura —murmuró él, lo que solo me hizo reír.

Llegó nuestro trozo de tarta de manzana acaramelada al estilo irlandés, que, como era de suponer, provocó una mueca condescendiente y satírica en James, aunque no dudó en comerse su mitad. Al terminar, me notaba lleno, acalorado y algo borracho, me recosté en el asiento y miré al señor Black mientras pedía la cuenta y con una señal seca del dedo y expresión seria. Cargó la cena al número de su habitación y se levantó.

—Vamos a fumarnos un puro al salón, Leo —ordenó, ofreciéndome una mano para ayudarme a levantarme.

No lo dudé y le acompañé mientras él ponía la mano en la parte baja de mi espalda. El gran salón no estaba lejos del restaurante, separado por una especie de mayordomo que nos abrió la enorme puerta de madera antigua para dejarnos pasar a un lugar tan solo iluminado por lámparas de luz cálida y suave, con música de piano, sillones antiguos, mesas bajas, dos chimeneas encendidas, un bar y el ambiente cargado de humo de puro. Pasar aquella puerta fue como cruzar a *Downton Abbey*, pero con hombres peor vestidos y con menos clase. No nos detuvimos hasta llegar a la barra del bar, donde una joven nos ofreció la carta de puros que tenía expuestos a un lado a sus espaldas.

—Dos *Habanos Cohiba* —le pidió James—, y dos whiskies *Black Barrel*.

La joven nos entregó primero los puros directamente de la caja y los sostuvimos antes de que nos ofreciera encenderlos con cerilla o con mechero. James eligió cerilla, se puso el suyo en la boca, lo encendió sol-

tando un par de bocanadas y me lo entregó para coger el mío a cambio y hacer lo mismo. Lo probé, sintiendo un poco de la humedad de los labios del señor Black que había dejado y solté el humo a un lado. Sabía bastante bien para ser un puro, pero era consciente de que estaba borracho y eso podía influir en mi gusto. A la segunda calada, la joven ya nos había servido los vasos con dos piedras de hielo y el whisky, cobrando a James una buena cantidad por todo.

—Allí —me dijo él, con el habano en la boca y la copa en la mano para poder poner la otra en mi espalda y guiarme hacia un sitio con solo un sillón negro y grande, puesto en diagonal de cara al ventanal y con una mesa baja para dejar el vaso y el cenicero.

—No hay más sitio... —murmuré, porque no lo entendí hasta que James se sentó, sacó el puro de su boca y señaló el hueco que había dejado entre sus piernas abiertas.

—Aquí —ordenó.

Arqueé las cejas, pero dejé la copa en la mesa y me senté donde me dijo, recostándome contra él hasta que me cabeza quedó en el hueco entre su cuello y su hombro. James soltó un jadeo de pura felicidad, dejando su copa al lado de la mía para rodearme con el brazo y meter la mano en el hueco de mi camisa, acariciando el vello de mi pecho con sus dedos algo fríos y húmedos. Sentí un escalofrío, pero fue increíblemente agradable porque notaba que la piel me ardía. Me llevé el puro a la boca y centré la vista en el parque *St. Stephen's Green* frente al hotel, ignorando el grueso bulto que se rozaba contra mi cintura. James recostó la cabeza contra la mía, separándola solo cuando quería darle otra calada al puro y soltar un columna de humo azulado. Ninguno de los dos dijo nada, como si las palabras pudieran romper ese maravilloso sueño que estábamos viviendo en aquel momento. El señor Black me acariciaba el torso bajo la camisa y me daba pequeños besos en la sien, yo tenía una mano en su pierna y hacia un recorrido suave con la punta de los dedos de arriba abajo. Ambos estábamos bastante empalmados, pero ninguno hacía nada por esconderlo o por solucionarlo. Tan solo vivíamos ese momento sin darle vueltas a nada más.

—Te quiero... —susurró en algún momento a mí oído, rodeándome entre sus brazos, pero con cuidado de no quemarme con el puro.

Giré el rostro y lo levanté para poder mirar sus ojos del azul del mar, brillando suavemente en la calmada luz del salón. Estábamos muy cerca, lo suficiente para que James solo tuviera que inclinarse un par de centímetros y rozar mis labios. Fue un beso lento, un poco tímido al principio, solo un roce hasta que me levanté lo suficiente para acercarme yo de nuevo y volver a besarle. Entonces entreabrí la boca y mordí aquel labio más grueso y carnoso, aquel labio que estaba allí para tentarme e inducirme al pecado. James gruñó, un sonido bajo y denso en su garganta, frotó mi pecho con más intensidad y movió la cadera bajo mi culo; por si no era obvio lo duro y cachondo que estaba. Quizá, solo un poco más de

lo excitado que yo estaba.

Había intentado ser fuerte, pero James Black era demasiado para mí. O puede que estuviera borracho y él supiera exactamente lo que tenía que hacer para que me rindiera a sus pies. Fuera como fuera, estaba seguro de que no me arrepentiría de aquel momento, ni de aquel beso que se alargó en el tiempo hasta que me picaron los labios al rozarme contra la barba espesa de James.

Entonces me quedé mirándole, a sus ojos del azul del mar y a sus sonrisa de boca sonrosada. Fumó una calada de su puro y lo dejó en el cenicero antes de alcanzar su copa de whisky para refrescarse los labios.

Giré al cabeza al frente y moví un poco el cuello, algo dolorido de aquella postura forzada. Me di cuenta que había dejado el puro consumiéndose y tuve que agitarlo con el dedo para soltar la ceniza. Me hubiera gustado decir que no lo hice directamente sobre el suelo, pero estaba borracho y me daba todo un poco igual. Fumé una calada y solté el humo azulado hacia delante, antes de levantar la mano para pedirle a James mi copa. Me entregó una, no sabía si la suya o la mía, y bebí un buen trago frío antes de devolvérsela. El señor Black recuperó su puro y volvió a meter su mano libre dentro de mi camisa, donde debía estar. Yo miraba el ventanal, donde, con la oscuridad de la noche lluviosa, se reflejaba parte del interior del salón, pero solo aquella donde alcanzaba la luz más nítida de las lámparas. Se podía la forma del sillón, mi camisa y el movimiento bajo ella, se podía ver la mitad de mi rostro, pero no el James, sumergido en la oscuridad tras el respaldo. Lo único que aparecía a veces era un brillante punto anaranjado cuando le daba una calada al piro, emitiendo un fulgor en mitad de esa oscuridad. Parecía que yo estaba en el regazo de un ente oscuro y perverso y recordé mi pequeña broma: estaba tomándome un whisky y un puro con mi Mefistófeles. Me había tentado y me había arrastrado a la oscuridad con tratos y promesas... Eso me hizo reírme un poco.

—¿De qué te ríes, Leo? —me preguntó una voz grave en mi oído.

Señalé el ventanal con nuestro desdibujado reflejo.

—Parece que estoy con algún tipo de diablo que fuma habanos en la oscuridad mientras me toca —le expliqué con una sonrisa antes de darle una calada a mi puro.

—¿No era yo tu Mefistófeles? —recordó.

—Sí. Me has corrompido, James...

—Amh... —murmuró antes de que un fulgor anaranjado volviera a iluminar el vacío en el reflejo—. Qué pena... —y sonrió.

Levanté una mano de su pierna a su cuello y de allí a su pelo para acariciarle suavemente.

—Sí, una pena... —y sonreí.

LAS PEQUEÑAS COSAS Y ALGO DE VERDAD

Cuando le di la última calada al puro, solté el aire azulado y denso y tuve que incorporarme un poco para apagar la punta anaranjada sobre el cenicero. Aproveché para alcanzar mi copa de whisky, o, al menos, una de las dos copas, y finalizar con un trago antes de recostarme de nuevo sobre James. Él había terminado su puro, así que pudo rodearme con los dos brazos, meter una mano dentro de mi camisa y bajar la otra sutilmente hacia mi cintura para desabrocharme el cinturón negro.

—James... —le advertí en un murmullo bajo.

—Nadie nos va a ver —me susurró al oído antes de lamerme el lóbulo de la oreja y mordisquearlo suavemente.

Respondí con un murmullo grave de garganta, como si no estuviera convencido del todo, pero sin negarme a que el señor Black me desabrochara el cinturón, después el botón y finalmente la cremallera para poder hundir su mano en mi pubis con un jadeo de placer. Me apretó más contra él y empezó a mover la cadera para rozarse, pero algo no le gustó porque se detuvo y me ordenó:

—Levántate un momento.

Me incorporé hasta sentarme en el pequeño hueco entre sus piernas y se me ocurrió quitarme la blazer porque estaba acalorado y no creía que la necesitara. La dejé doblada a un lado, mientras oía cómo el señor Black se desabrochaba su propio cinturón y su cremallera antes de volver a tirar de mí para que me recostara. La diferencia fue notable, porque James se había sacado al Gran General y ahora lo frotaba contra la parte baja de mi espalda mientras jadeaba y me lamía el cuello. Debía estar completamente empapado, porque la tela fina de mi camisa se me pegó a la piel allí donde debía estar la punta, más caliente que el resto del tronco. «Joder...» dije en voz muy baja, cerrando los ojos a la vez que levantaba una mano para acariciar y agarrar el pelo de James. No me esperaba nada como aquello, pero, para ser justos, muchas veces no sabías cómo el señor Black podía sorprenderte, ni dónde, ni de qué forma. Esa noche, al parecer, fue en un enorme sillón de cuero en el salón de puros, mientras jadeaba en mi oreja, se frotaba contra mi cuerpo, me acariciaba el pecho y me manoseaba el pubis y la polla debajo del pantalón.

—Eres todo para mí, Leo... —susurraba en ese tono denso y grave a mi oído—. Todo esto es solo para mí... Y yo sé cuidar muy bien de lo que es mío...

Yo solo trataba de no gemir demasiado alto, nunca por encima de la música del piano, mientras el señor Black me hacía... todo lo que él quería. Al principio fue lento, pero enseguida empecé a percibir una desesperación, una necesidad ardiente dentro de él; su caricia se volvió más intensa hasta que deslizó su mano a mi cuello y lo rodeó con firmeza para agarrarme, su otra mano en mi entrepierna empezó a masturbarme con mayor rapidez y más profundamente mientras que el roce de su cade-

ra se intensificó, al igual que sus gruñidos. De pronto, me apretó mucho más fuerte y se quedó con la cadera elevada y la boca muy abierta. En mi espalda empecé a notar un nuevo calor húmedo y viscoso mientras James se corría contra la tela de mi camisa y la suya. Eso me pilló algo por sorpresa, fue mucho antes de lo que pensaba que sería, y, sin embargo, mi cuerpo no tardó en reaccionar llegando rápidamente al orgasmo y manchando por completo el interior de mis pantalones y la mano de James; quien, tras aquel breve parón siguió frotándose para asegurarse de sacarlo todo, atrapado en mitad de lo que parecía uno de los orgasmos más arrolladores de su vida.

Cuando terminó, se quedó quieto, respirando profunda y lentamente, elevándose un poco sobre su pecho grande y fuerte a cada respiración. Yo no estaba mucho mejor, mirando nuestro desdibujado reflejo en el cristal y en un estado de calma y vacío mental. Hasta que noté un movimiento y levanté el rostro para ver los ojos de James, estaba muy calmado, pero le faltaba algo. Puso unos lentos y visibles morritos para que le diera el beso, nuestro «beso de novios», uno que, por supuesto, no le negué ni a él ni a mí. El señor Black suspiró cuando le rocé los labios y emitió un último gemido de placer antes de recostar la cabeza y ser la completa y absoluta imagen de la felicidad. Nos quedamos así, en silencio mientras me volvía a acariciar con la mano en el pecho, durante quizá unos buenos diez minutos; hasta que oí otro susurro en mi oído que decía:

—Gracias por ser tan bueno conmigo, Leo.

—Tienes suerte de que te quiera tanto —respondí en voz baja.

—Lo sé... —me dio un beso y me apretó de nuevo contra él, con su mano todavía en mi entrepierna manchada—. Vayamos a mi suite, hay algo especial que quiero darte.

—No me creo que puedas correrte otra vez después de todo lo que has soltado, James —murmuré.

Su pecho vibró con una risa suave, moviéndome suavemente a cada acelerada respiración.

—Claro que podría —me aseguré—, pero no eso de lo que hablo.

Cogí una respiración y asentí, empezando a planificar cómo cojones íbamos a hacerlo. Yo tenía la entrepierna y la espalda completamente manchadas, así que aparté la mano de James, que dejó colgando a un lado, mientras me abrochaba el pantalón e ignoraba la desagradable sensación de estar húmedo, viscoso y templado. Después me incorporé para sentarme, sintiendo la misma sensación en la espalda, todavía peor cuando entró en contacto con el aire y se enfrió más rápido. Cogí la blazer a un lado y me la puse antes de levantarme y ver al señor Black. Tenía si preciosa sonrisa en los labios, los ojos un poco entornados, el abdomen cubierto de manchas de semen y la polla fuera de lo pantalones. Y aquel espectáculo de hombre, era la persona que yo más había amado jamás. Negué con la cabeza y solté un suspiro mientras observaba cómo se guardaba al Gran General, se abrochaba el botón y se ataba el cinto.

Ambos llevábamos chaquetas de traje, así que al menos pudimos cubrirnos y no tener que caminar por el hotel con las manchas al aire; aunque, sinceramente, no hubiera sido la primera vez.

James se levantó a mi lado, puso su mano limpia en mi espalda y cerró la otra en un puño antes de dirigirnos a la salida. Yo todavía estaba algo grogui, mezcla del alcohol, el ambiente repleto de humo del salón y aquel inesperado orgasmo en el sillón. Andaba a paso lento algo tambaleante por el pasillo hermosamente decorado, con mesas, jarrones, espejos y paredes de papel pintado. Nos detuvimos frente al ascensor y un botones nos saludó al entrar. Miré hacia los números que ascendían sobre la puerta, reuniendo fuerzas para aclarar mi mente nublada y confusa, pero no lo conseguí antes de que sonara el «ding» y llegáramos a la planta de las suites. El señor Black giró hacia un lado, donde al final de un pequeña hall había una gran puerta que abrió con la tarjeta que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Es la *Princess Grace Suite* —anunció con un tono orgulloso mientras abría la puerta—. Siete mil quinientos euros la noche.

La suite era... impresionante, como no podía ser de otra forma. Era como una enorme casa de muebles antiguos, pero con un aire moderno y actual. Enormes ventanales con cortinas gruesas y cordeles nudosos de grandes borlas de seda. Había cuadros, chimenea, minibar... Solté un murmullo impresionado y me quité la blazer para dejarla doblada sobre el respaldo de una de las numerosas sillas restauradas.

—¿Te has sentido como una princesa? —le pregunté.

—No, no me he sentido como una princesa —respondió a mis espaldas, quitándose la chaqueta del traje—. No hasta que me he corrido en tu espalda —sonrió, acercándose para tocar la mancha y pegar la tela manchada contra mi piel, lo que me produjo un escalofrío—. Vamos a ducharnos.

No traté ni discutir conmigo mismo de si sería lo mejor o no, solo dejé que James me cogiera de la mano y me guiara hacia el enorme baño de lujo de la suite, con colores rozados y cuarzo blanco. Lo primero que hice fue desabrocharme el pantalón y descalzarme, descubriendo el desastre que me había hecho allí.

—Joder... —murmuré, negando con la cabeza.

El problema no era mi pubis manchado, al que simplemente podía echar agua y champú, el problema era el interior de uno de mis pocos pantalones de pinza que tenía por ahora. Chasqueé la lengua y quité las piernas antes de dejarlo tirado a un lado en el suelo. Antes de empezar a desabrocharme los pocos botones que quedaban unidos en mi camisa blanca, eché un rápido vistazo a James, que estaba de brazos cruzados y la cadera apoyada en el carísimo mármol del lavabo mientras me miraba atentamente.

—¿Tú no te vas a duchar? —le pregunté.

—Claro que sí —respondió—, pero sabes que me encanta ver cómo te desnudas. Todavía más si...

—... estás manchado de mi corrida —dijimos a la vez. Asentí y me quité la camisa—. Ya lo sé, James —le dije mientras él volvía a sonreír como a mí tanto me gustaba.

Se descruzó de brazos y se acercó a mí, quedándose delante como hacía siempre cuando quería que fuera yo el que le desnudara o el que revisara su aspecto. Fue una petición silenciosa junto con una mueca de perrito triste que pudo conmigo, así que dejé mi camisa sucia a un lado en el suelo y comencé a desabotonar la de James.

—Tenías mucho que sacar, eh —murmuré al alcanzar la parte más oscura y manchada antes de terminar con el último botón y subir hacia sus hombros para sacarle la camisa de los brazos.

—Ya te he dicho que estaba muy cargado, Leo —me recordó con tono serio—. Sigo pudiendo aguantar todo lo que quieras, eso no ha cambiado, pero esta noche me has puesto muy cachondo y llevo mucho tiempo sin correrme, así que no he podido; pero la próxima lo haré —me prometió con una mirada muy fija mientras le desataba distraídamente el cinturón de hebilla plateada.

—Está bien, James —murmuré, dedicándole una mirada tranquila a sus ojos preocupados e intensos—. Ha sido bastante divertido.

Mis palabras le calmaron un poco y levantó la cabeza en una mezcla de orgullo y placer. Me agaché para descalzarle y después tiré del pantalón azul marino hacia abajo para quitárselo antes de hacer lo mismo con su bóxer blanco de marca.

—No te imaginas las pequeñas cosas que llegué a echar tantísimo de menos, Leo... —murmuró desde las alturas. Levanté la mirada por el borde superior de los ojos y vi su fina y sórdida sonrisa antes de darme cuenta de que, agachado, casi tenía su polla frente a la cara.

—Ya, pequeñas cosas... —sonreí antes de terminar de desvestirle e incorporarme.

Sin previo aviso, el señor Black me abrazó y me atrajo hacia él con fuerza. Me pilló por sorpresa, así que tardé un par de segundos en rodearle la ancha espalda y cerrar los ojos, disfrutando de aquel delicioso momento.

—Pequeñas cosas... —susurró James, apoyando su cabeza en la mía y dándome un apretón mientras suspiraba.

Aquello duró todo lo que tuvo que durar. Pegados uno al otro, desnudos y abrazados en mitad de aquel enorme baño de lujo. Hasta que James me dio un beso en el hombro y tiró de mí hacia la mampara de cristal traslúcido de la ducha. Solo se separó lo suficiente para abrir la puerta y mover la manivela del agua caliente, metiéndonos bajo aquel chorro de lluvia sobre nuestras cabezas. Levanté los brazos para rodear su cuello y nos frotamos el rostro lentamente, llegando a rozar nuestros labios, pero sin besarnos.

Solo había miradas, caricias y una respiración lenta que acompañaba el sonido del agua caliente que caía sobre nuestras cabezas y goteaba sin cesar de nuestras barbillas.

Otro momento que se alargó mucho más de lo necesario, hasta que nos dimos cuenta de que llevábamos más de veinte minutos en la ducha y ni siquiera nos habíamos enjabonado todavía.

James me enjabonó a mí, como le gustaba hacer, y después solo se frotó contra mi cuerpo para enjabonarse él; eso me hizo sonreír, porque echaba de menos sus pequeñas tonterías y todavía estaba lo suficiente borracho para permitirme disfrutar de ellas sin remordimientos.

Con un suspiro de felicidad y una tonta sonrisa en los labios, le rodeé el cuerpo por debajo de sus brazos y miré sus ojos del azul del mar antes de darle un suave beso en aquellos labios perfectos. James soltó un gruñido de placer y perdió el aire. Ladeando la cabeza para poder meter con más comodidad su lengua dentro de mi boca y seguir hasta que sentí que se removía de una forma lenta, que respiraba profundamente y que se estaba deshaciendo entre mis brazos de puro placer. Fue extraño porque, normalmente, gruñía y se ponía duro, pero solía mantener un control sobre sí mismo; en aquel momento simplemente se dejó llevar y se derritió con aquel beso de ojos cerrados, lengua profunda y cuerpos pegados. Cuando terminó, levantó la cabeza hacia el chorro de lluvia y exhaló una profunda respiración mientras el agua le bañaba el rostro.

Al volver a mirarme, había ese brillo tan especial en el azul de sus ojos, era amor, completa y absoluta adoración. Sonreí un poco y le acaricié la barba rubia y espesa. Yo nunca había dudado de que James me amara, solo había dudado de su forma de amarme.

Él cerró la llave del agua y tiró suavemente de mí para llevarme hacia el exterior, allí, todavía empapados de agua, me cogió en brazos con un «oh...» de sorpresa por mi parte, y atravesó el baño en dirección la habitación principal; con una cama enorme rodeada de dos mesillas vintage blancas con lámparas de cristal e incluso un sofá anaranjado con cojines a los pies.

Me dejó suavemente sobre el edredón a la vez que se inclinaba para volver a besarme, una y otra vez mientras se hacía un hueco entre mis piernas. Lo que pasó entonces, pasaría a convertirse en el sexo más romántico e increíble que James me hubiera dado jamás.

Tuvo mucho cuidado, sin que la necesidad superara el cariño a la hora de volver a meter al Gran General de vuelta en casa, jadeando contra mis labios un poco más a cada centímetro que metía en mi interior. Yo me mordía el labio inferior y hacía un gran esfuerzo por relajarme, respirar y que mis gemidos de placer no se oyeran por todo el hotel. Las pequeñas cosas... a veces no eran tan pequeñas y mi cuerpo había perdido la buena costumbre de tener que ceder tanto.

El señor Black estaba muy húmedo, pero escupió un par de veces para lubricarla. «Ssh... —susurraba James entre jadeos—, ábrete para mí, Leo.

Sí, así, un poco más... Toda, Leo, hasta el final...», lo que solo me ponía más cachondo y nervioso.

Cuando al fin la metió entera, presionó la cadera para asegurarse de que no había ni un milímetro de su polla que hubiera quedado fuera antes de soltar un gruñido de salvaje placer. El proceso fue largo y lento, pero fue solo el principio. Como me había prometido, duró todo lo que yo quise, e incluso más, moviendo la cadera con un ritmo delicioso y constante, besándome, moviendo sus manos por mi cuerpo hasta agarrar mis muñecas y colocarlas sobre mi cabeza, atándome mientras seguía y seguía. Era demasiado, yo no sabía ya lo que pasaba, me sentía completamente lleno, gemía, apretaba los dientes y jadeaba sin parar. Se me humedecieron los ojos y perdí por completo el control de mi cuerpo, llegando a correrme de nuevo por el simple y constante roce de la polla de James contra mi próstata; pero él no se detuvo, solo siguió un poco más, disfrutando de todos y cada una de mis palabras ahogadas pronunciando su nombre. «Sí... estoy aquí —me respondía—. ¿Quién es tu hombre, Leo?, ¿quién te hace feliz?, ¿quién es tu dueño?» Tú, James, solo tú...

Fue una completa locura que solo terminó cuando el señor Black se corrió, apretando su cadera contra mí y hundiéndome entre sus brazos y el peso de su cuerpo. Entonces se hizo el silencio en la penumbra de la habitación, tan solo iluminada por la poca luz que llegaba desde la calle y la que entraba desde la puerta del baño. Me llevé una mano al rostro y lo froté, tragando saliva y cerrando los ojos. Ya no sabía si seguía mojado de la ducha o estaba empapado en sudor, al igual que James sobre mí quien, tras un largo minuto, levantó el rostro para frotar el mío y mirarme fijamente antes de poner morritos. Él no iba a darme ese beso, porque era un beso que tenía que darle yo. Cuando lo hice, sonrió como un niño y volvió a dejar su cabeza a un lado, con todo su peso sobre mí, hundiéndome y asfixiándome de aquella forma que tantísimo había extrañado.

No fui consciente del momento en el que me quedé dormido, solo del momento en el que acariciaba su espalda y cerré los ojos para descansar un poco antes de irme; pero fue demasiado tarde. La claridad de la mañana bajo un cielo nublado de lluvia me sorprendió junto el sonido de un teléfono antiguo. Fruncí el ceño, entreabrí los ojos y, con un gruñido de queja, tuve que apartar a James sobre mí. Él se desveló, trató de impedir que huyera e incluso se echó más sobre mí para atraparme bajo su enorme cuerpo.

—James, joder, es solo un momento —le dije, insistiendo para separarme. Él murmuró algo, algo que sonaba a una queja, pero al fin conseguí deshacerme de él y poder levantarme, completamente desnudo, para atravesar la apertura que separaba la habitación de salón, donde un asqueroso teléfono antiguo no dejaba de sonar—. ¿Sí? —respondí de mala gana.

—Buenos días, señor Black, este es el servicio de despertador. Ya son las

nueve de la mañana, hoy habrá chubascos ocasionales y una media de trece grados, desde el *The Shelbourne* le deseamos un maravilloso día —y colgó.

Mi cara de asco no tenía límites. Colgué el teléfono de un golpe seco y me di la vuelta para volver a la habitación mientras me frotaba el rostro. El señor Black seguía en la cama, pero de cara al techo y con la mitad de su cuerpo cubierto con una manta de pelo fino y del mismo color crema que los cojines tirados en el suelo y el cabecero. Movié el brazo con el que se cubría los ojos y me miró volver a su lado.

—Ya son las nueve —murmuré, abriendo la manta antes de recostarme y pegarme mucho a su cuerpo caliente y grande. Recosté la cabeza en su hombro y le acaricié el pecho—. ¿Cuándo sale tu avión?

—A las once —respondió en voz baja, rodeándome con los brazos para echarme más encima de él—. ¿Y mi beso de buenos días, Leo? —preguntó. Levanté la cabeza y le di un suave beso en los labios antes de volver a recostarla y suspirar. No estaba cansado, solo algo soñoliento y un poco resacas de la noche anterior. Notaba un leve escozor en el trasero y un regusto de amargó en la boca seca. Por un momento sentí una punzada de remordimientos al estar allí, al haber caído por completo ante James y haberme quedado incluso a dormir; hasta que pensé «a la mierda», y le abracé un poco más fuerte antes de subir una mano para acariciarle el pelo revuelto. El señor Black gruñó por lo bajo y subió la manta hasta cubrirme por completo los hombros y sumergirnos en una pequeña burbuja de calor e intimidad.

—Ya casi no recordaba lo que era poder dormir toda la noche —dijo en voz baja—. Lo necesitaba.

Emití un murmullo afirmativo.

—Creo que correrte dos veces también te ayudó —respondí.

Su pecho se agitó suavemente bajo el mío y pegó sus labios a mi pelo para darme un par de suaves besos antes de decir:

—Lo que me ayuda es estar a tu lado, Leo —y tras un par de segundos, me pidió—: Vuelve conmigo a casa...

Abrí los ojos, aunque tuviera la frente pegada a la almohada y no pudiera ver gran cosa. Cogí aire y levanté la cabeza para enfrentarme a los ojos del azul del mar de James, muy atentos y expectantes a una respuesta de mis labios.

—Esta es mi casa, James —le recordé—. No estoy preparado para volver a Nueva York, me... me gusta mucho Dublín y lo echaba mucho de menos. El señor Black puso una mueca triste de cejas un poco hundidas y ojos vidriosos, pero se mantuvo firme y asintió, respetando mi decisión de quedarme. Hacía solo un par de semanas se habría puesto como un fiero y no hubiera parado hasta conseguir arrastrarme con él al avión.

—Pero... tú y yo estamos juntos —murmuró—. Tú y yo somos... —y dejó esa frase sin final para que yo la respondiera.

—Somos dos personas que se quieren mucho y que están dejando espacio

para replantearse ciertas cosas, corregir errores y tratar de rehacer una relación pasada de la forma más sana e igualitaria posible —respondí.

—Somos novios de verdad —concluyó él.

No dije nada, contemplando sus ojos azules tan de cerca que podía distinguir los diferentes tonos y matices en ellos.

—¿Crees que estamos preparados para eso, James? —le pregunté seriamente—. Tú todavía estás empezando la terapia y yo no...

—Es una segunda oportunidad —me interrumpió mientras acariciaba mi espalda—, y respetaré todas tus decisiones, pero quiero que al menos seamos «algo».

—Algo de verdad... —le corregí.

James sonrió un poco y asintió.

—Algo de verdad —repetió.

Levanté una mano a su rostro y le acaricié la barba espesa y rubia que tanto me gustaba cómo le quedaba. Él creía que le hacía parecer gordo, pero no era cierto, solo le hacía parecer menos intimidante y más maduro, como uno de esos novios que daban ganas de abrazar y que eran muy cálidos. Las profundas ojeras oscuras bajo sus ojos se habían suavizado bastante tras una noche de sueño y su rostro había recuperado algo de color después de dos días comiendo como debía. Me acerqué lentamente y le di un beso en los labios.

—Entonces somos «algo de verdad» —acepté, antes de añadir con tono más serio—, pero hay mucho camino por delante todavía, James.

—El que haga falta —asintió sin dudarlo antes de girarse hacia un lado, llevándome con él para ponerme de espaldas a la cama mientras se echaba encima—. Dale a tu hombre un poco de amor antes de que se marche —me pidió—. Va a necesitarlo para soportar estar lejos de ti...

Creí que se refería a unos besos y algunas caricias, pero cuando empecé a frotarse comprendí que «un poco de amor» significaba hacer un sesenta y nueve y hundir su cara en mi culo mientras gruñía como un animal y me la metía hasta la garganta. Terminé tragándomelo por sorpresa, con los ojos llorosos y la boca empapada en saliva; entonces el señor Black dejó de lamerme el ano y mordirme las nalgas como si fuera su primera comida tras un mes de ayuno. Apartó el rostro y dejó la cabeza en la almohada, tomando grandes bocanadas de aire mientras se hinchaba el pecho abultado y sonreía con la boca y la barba repleta de saliva. Parecía el más tonto y estúpidamente feliz de los hombres allí recostado. Me di la vuelta a horcajadas sobre él, me limpié un poco los labios y le di nuestro «beso de novios» antes de dirigirme al baño para darme una ducha rápida. Todavía seguía en la cama cuando volví con la ropa puesta y abotonándome los botones de la camisa.

—Despierta, James, tienes que ducharte y hacer la maleta —le recordé.

—No voy a ducharme, Leo, quiero seguir oliéndote todo lo que quiera —respondió, poniendo morritos, pero solo para aspirar su bigote mojado y oloroso y soltar un jadeo de placer.

—Agh... —solté con una expresión de disgusto y una sonrisa, recordando aquella vez que había bromeado sobre aquel mismo tema—. Joder, James... —negué con la cabeza y fui al salón a por mi blazer azul.

Eché un rápido vistazo al móvil y me encontré con dos mensajes de Ryan y una llamada perdida a media noche. Perdí la sonrisa y fruncí el ceño.

—Tengo que irme, James —le dije en voz alta para que me oyera desde la habitación.

Oí sus pasos acercándose y su expresión seria. Seguía desnudo, pero eso no era lo extraño, lo extraño fue se dirigió a la mesa central entre los muchos asientos y cogió un sobre amarillo y grande que allí había. Entonces lo trajo hacia mí y me lo entregó.

—Esto es para ti —murmuró—. Es lo que te dije que quería darte.

Arqué un momento las cejas con sorpresa, porque había estado seguro de que solo había sido una mala excusa para llevarme a su suite, y cogí el sobre que me ofrecía, ligeramente más pesado de lo que me había imaginado. Deshice el cordón negro de la solapa y miré el interior: algo de papeleo y unas llaves. Entonces miré a James con expresión seria.

—Tu nuevo apartamento —asintió—. Dijiste que aceptarías y lo he comprado.

—¿Y el alquiler? —quise saber, porque era algo que también recordaba haberle dicho.

—Está todo dentro —respondió. Trataba de parecer seguro y serio, casi exigente, para demostrarme que no dudaría con aquel tema—. Como hemos acordado tú y yo.

Apreté las comisuras de los labios y terminé cogiendo una bocanada de aire y asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo —murmuré, cerrando el sobre—. Avísame cuando llegues a Nueva York —le pedí antes de darle un beso suave de despedida en aquellos morros húmedos y algo pringosos—. Tómate la medicación y ve a terapia, hablaremos cuando lo necesites.

Quise alejarme hacia la puerta, pero el señor Black me detuvo y me abrazó con fuerza una última vez.

—Te quiero muchísimo, Leo —susurró.

Cerré un momento los ojos y le acaricié la espalda.

—Y yo a ti, James —susurré en respuesta, antes de darle un último beso, esta vez de verdad, y separarme para ir hacia la puerta. Sabía que, si no lo hacía yo, el señor Black no lo haría nunca—. Tómatelo con calma —le pedí con la mano en el manillar de la gran puerta, mirando a un James apenado y desnudo frente a mí—, todo va bien. ¿De acuerdo?

Él asintió tras una breve pausa y yo le dediqué una fina sonrisa y un guiño fugaz antes de salir por la puerta. Enseguida perdí la sonrisa y fruncí el ceño, mostrando la tristeza e incomodidad que me había atenazado el corazón al tener que alejarme y saber que James volvería a estar a miles de kilómetros de distancia; sin embargo, aquello era lo que yo necesitaba. Quizá no fuera lo mejor, pero sí lo que tenía la impresión de que me ayu-

daría más. No había mentido al señor Black al decirle que no estaba preparado para volver a Nueva York, a volver a una rutina en la que me había sentido atrapado y que había desembocado en uno de los periodos más frustrantes de mi vida. Por ahora, me quedaría en Irlanda, donde siempre había estado a gusto y donde siempre me había sentido como en casa.

Salí del ascensor todavía reflexionando sobre aquello, caminando por el hall hacia la salida acristalada y la calle lluviosa. Aspiré el aire húmedo y fresco y me sentí mejor, dándome unos segundos antes de tener que correr bajo la lluvia en dirección al parking. Tuve que pagar ciento sesenta euros por quince horas y media, un puñal en mi corazón en mi tarjeta bancaria, a la que no le quedaba demasiado para quedarse sin fondos. Preferí no pensar en ello, solo quedaba una semana para final de mes y, cuando cobrara, no tendría que seguir preocupándome de ese tipo de gastos. Aprovechando uno de los numerosos semáforos en rojo de la ciudad, busqué el número de Ryan y puse el manos libres.

—Ey, Ry —le saludé cuando, al tercer pitido, descolgó.

—Ey, Leo. ¿Dónde has estado? ¿Todo bien? Me tenías preocupado...

—Sí, emh... Al final la noche se alargó, tuvimos que tomarnos unas copas con los clientes y preferí quedarme en un motel de por aquí y no conducir borracho de vuelta a casa —respondí. No entendía por qué seguía mintiéndole, solo lo hacía.

—Podías haberme llamado y te hubiera ido a buscar, así no gastabas dinero en el motel.

—No quería molestarte y, de todas formas, no fue tan caro. Compartí habitación con unos estudiantes extranjeros que me enseñaron a decir palabrotas en checo.

Ry soltó un carcajada, pero era suave y no tan viva como solía ser.

—Vale... pero la próxima vez, avísame —me pidió—. Me puse un poco nervioso al ver que no volvías y no me respondías a los mensajes.

—Tranquilo, Ry —le dije mientras seguía conduciendo—. En un cuarto de hora estoy allí, tomamos un desayuno especial de resaca y vamos a casa de mis padres a comer.

—Genial —respondió—. Te espero. Conduce con cuidado y no te vomites encima.

—Lo intentaré —sonreí antes de colgar.

Puse la radio, escuchando un programa de humor y noticias e incluso llegué a reírme un par de veces de los comentarios que hacían los presentadores. Llegué a Ashtown de buen humor tras una noche maravillosa con un James al que ya echaba de menos, subí al apartamento de Ryan y le encontré sentado en el sofá, vestido con una sudadera, vaqueros y botas de montaña.

Parecía nervioso y preocupado, pero sonrió mucho y lo escondió bien.

Yo le ayudé fingiendo que era tonto y no me daba cuenta de su tic en la mano y su respiración más acelerada; así que fui a cambiarme, dejé el so-

bre con las llaves y el contrato de alquiler a un lado, eché la ropa al cesto de la lavandería, me lavé los dientes, me quité las lentillas pegadas a los ojos y me puse las gafas, unos vaqueros cómodos y mi nueva sudadera verde oscuro del *Trinity College*.

—¿Y qué tal con los clientes?, ¿conseguisteis un buen negocio? —me preguntaba Ryan mientras me cambiaba, cruzado de brazos y con el hombro apoyado en un lado de la puerta.

—No creo —reconocí—. Pero de todas formas es una empresa mediana, no será una gran pérdida, la verdad.

—¿Y bebiste mucho? —insistió—. Te pones un poco tonto cuando bebes, Leo, quizá les hayas asustado —sonrió.

—Bebí lo suficiente y me fumé un puro habano. —Terminé de calzarme las botas y me levanté para ir hacia él—. Te hubiera encantado —le aseguré, dándole un golpe amistoso en el brazo al pasar por su lado.

—Ah... qué cabrón, Leo —se quejó, siguiéndome por el pasillo con la mano en el pecho como si le hubiera hecho daño—. A mí nunca me invitan a buenos puros en la clínica.

—Bueno, tú también trabajas a media jornada y cobras lo mismo que un oficinista —le recordé, cogiendo un paraguas y abriendo la puerta de casa—. Así que no te quejes.

—Meh... —murmuró, como si mi argumento no le convenciera demasiado.

Cerró la puerta y usó sus llaves para echar la cerradura antes de seguirme por el pasillo hacia el ascensor. Cuando entramos miró su reflejo y se retocó el pelo algo alborotado con una mueca de descontento, como si no le gustara lo que veía.

—Debería cortarme ya el pelo —murmuró—. Parezco un loco.

—No digas tonterías, estás muy guapo, Ry —le dije yo—. Pero si vas a ir a cortarte el pelo, voy contigo, que yo *sí* parezco un loco.

Él se rio y me rodeó los hombros en un gesto cariñoso, pero duró poco porque las puertas comenzaron a abrirse y él apartó la mano al instante como si se hubiera quemado.

Yo había creído, en el pasado, que quizá algún día Ryan dejaría de tener tanto miedo, pero cada año que pasaba me daba cuenta de que eso era algo de él que nunca iba a cambiar. Aunque ya no me importaba que me tratara solo como a un buen amigo, porque, después de todo, eso era lo que éramos ahora.

Buenos amigos que iban a desayunar café, se reían un poco y después iban en coche a un pequeño pueblo al oeste de Dublín para tener una comida familiar.

—¡Ay, qué bien que hayas venido, Ryan! —le saludó mi madre con las manos en alto, cogiéndole el rostro para darle un buen beso en la mejilla.

—Gracias a vosotros por invitarme —respondió él con su encantadora sonrisa.

—¡No, cielo! Después de preocuparte tanto por Leo y dejarle quedarse en

tu casa, es lo mínimo que podíamos hacer...

—Estoy aquí, mamá —le recordé, porque había ido directa a saludar a Ry y me había ignorado por completo.

—Lo sé, cariño, estás muy guapo —respondió, poniéndose de puntillas para darme un beso en la mejilla—. ¿Qué tal el trabajo? No nos has contado nada. Venid a la cocina, Gael y O'Donnell ya están allí —y se fue de camino sin esperar a que le respondiera.

Cogí aire y puse los ojos en blanco. A Ry solo le hizo gracia y me dio un leve apretón en el hombro antes de ir hacia la cocina. Como mi madre había dicho, mi hermana y O'Donnell ya estaban allí sentados junto con mi padre, quien nos saluda con un cabeceo y un «Lenni, Ryan», al que respondimos: «Papá», «señor O'Brien» antes de ir a sentarnos e intercambiar el mismo saludo con O'Connell.

—O'Brien, Doyle, ¿cómo va todo? —nos preguntó, ofreciéndonos una lata de cerveza a cada uno. Siempre hablaba un poco más cuando Ryan estaba allí, porque ya no se sentía el único intruso en la familia.

—Pues bien, he conseguido un trabajo de asesor en Dublín —le conté—. En el Distrito Financiero.

—¿Cuánto cobras, Leo? —nos interrumpió mi hermana con su delicadeza habitual. Se había recogido el pelo caoba en una coleta y llevaba sus gafas de profesora.

—¡Gael! —exclamó mi madre, dejando el bol de sopa humeante de un golpe tan seco en la mesa que casi llegó a derrabar un poco por el borde—. ¿Eso es lo primero que le preguntas sobre su trabajo?

—Ocho mil doscientos euros netos mensuales más pluses y dietas de desplazamiento y comidas en caso de que deba atender a viajes o a clientes —respondí yo con una sonrisa cruel en los labios.

Mi madre ahogó un chillido y se llevó la mano al pecho. Mi hermana abrió la boca, pero la cerró de pronto y dio un golpe seco en la mesa.

—¡Yo enseño a niños que son el futuro de este país y no cobro ni la mitad!

—exclamó como si estuviera muy ofendida con aquello—. ¡Qué puta vergüenza de sistema!

—Lenni trabaja en el sector económico, Galy —respondió mi padre con su tono calmado de siempre—. Allí se inventan sus propias normas y se alimentan de lo que otros producen con el sudor de su frente, es normal que cobre tanto.

—Y además sé hablar alemán, como hacía Hitler —le recordé.

Mi padre asintió un par de veces, dándome la razón. Solo con aquello, la discusión en la comida ya estaba servida, viviendo una de las clásicas reuniones O'Brien que, por primera vez desde que había llegado, pude volver a disfrutar como hacía antes. Mi madre sirvió su famoso caldo de verduras caliente y carne asada con patatas, que sentó de maravilla en un día fresco y húmedo como aquel. Había momentos, pequeños momentos, en los que hubiera deseado que James hubiera estado allí para compartir aquella comida familiar con él. Cuando ese pensamiento cruzaba por mi

mente, revisaba el móvil para ver si ya me había mandado un mensaje, aunque aún debía a estar a mitad de trayecto en el avión. Al terminar la cena, Gael me hizo una señal hacia el pasillo y la acompañé a fumar afuera. Cogimos dos paraguas viejos al lado de la puerta del jardín y nos quedamos a poca distancia mientras ella soltaba una bocanada de humo que se disipó rápidamente con el viento.

—¿Qué tal lo llevas, Leo? —me preguntó—. Además de cobrar una puta animalada y todo eso, digo.

Sonreí y miré hacia el patio trasero y la vaya de madera que lo bordeaba.

—Bastante bien —respondí—. Ha... pasado algo —traté de encontrar las palabras para explicar a mi hermana la nueva presencia de James en mi vida, pero ella se adelantó.

—Sí, Ryan —asintió un par de veces y fumó otra calada—. ¿Te estás olvidando de ese cabrón americano a golpe polvos con tu ex? —preguntó. Entreabrí los labios y me quedé mirando los ojos azulado de Gael. A veces mi hermana me seguía sorprendiendo con sus suposiciones.

—No, tranquilo, Leo —dijo ella, malinterpretando mi expresión y creyendo que me lo había tomado mal—. Si te ayuda follarte a Ryan, hazlo, que no te haga sentir mal. Cada uno tiene su propia forma de pasar página y es mucho más divertido hacerlo en la cama con Ryan que solo y llorando en tu habitación.

—No... no es eso —la detuve.

—Ah, ¿no ha pasado nada, entonces? Ryan parecía bastante pegado a ti en la cena, como... antes.

—Sí... emh... —me froté la frente y bajé la mirada al suelo, porque las cosas se estaban complicando por momentos—. Sí que he... estado follando con Ryan la semana pasada —reconocí—, solo un par de veces.

Mi hermana murmuró con aprobación mientras fumaba otra calada y soltaba el humo a un lado. La intención era buena, pero el aire acabó agitándolo y trayéndolo hacia mí igualmente.

—Ahora no pienses en complicar las cosas, solo disfruta —me aconsejó.

—Ya... Oye, Gael —murmuré, llevándome mi mano libre al bolsillo del vaquero y tocando la alianza de boda con la punta de los dedos—. Resulta que James me ha venido a visitar hace poco...

—Leo... —me interrumpió ella—. No... —su expresión se volvió seria y su tono cada vez más cortante—. Dime que no...

—Hemos estado hablando —continué.

—Joder, Leo. ¡Ese gilipollas te pidió matrimonio y después te engañó! —me recordó en un tono más alto.

Levanté la mano y me enfadé con ella, echando un rápido vistazo hacia la puerta de la casa para advertirle de que podrían oírla y que dejara de gritar.

—Lo sé, y no le he perdonado todavía —le aclaré—, pero estamos hablando.

Gael negó con la cabeza, se llevó el pitillo a los labios y miró hacia el fren-

te, más allá de la verja de madera. La punta de su cigarro se volvió más brillante y anaranjada y entonces soltó el humo y volvió a agitar la cabeza con una mueca de asco.

—Haz lo que quieras, Leo —me dijo—. Ya eres mayorcito para tomar tus propias decisiones, pero si algo no le gusta a los O'Brien, son los traidores.

—A veces las segundas oportunidades son buenas, Gael —respondí—. La gente cambia.

—Y a veces perdonas a alguien y te vuelve a hacer la misma putada —dijo ella con un tono seco—. Vamos a por el café, hace frío —concluyó, arrojando el pitillo a un lado y dirigiéndose hacia la puerta.

Me quedé un par de segundos allí, mirando a mi hermana y con expresión enfadada. Por un momento, me hubiera gustado que alguien me hubiera dicho que estaba haciendo lo correcto al dejar volver a James a mi vida; que se merecía la oportunidad de demostrar que podía cambiar y que se arrepentía de lo que me había hecho; pero lo único que me decían era que él me había engañado y que, probablemente, volvería a hacerlo. Cerré los ojos húmedos y acompañé a mi hermana al interior de la casa, dejando el paraguas a un lado junto al suyo y limpiándome los ojos antes de volver al calor de la cocina. Olía a café recién hecho y mi madre había sacado un bizcocho de limón y mousses de chocolate y Guinness, los favoritos de mi padre y Gael.

Me senté a la mesa y Ry me dedicó una mirada y una sonrisa antes de ofrecerme sin palabras un trozo del bizcocho. Murmuré un breve «gracias» y le di un mordisco. Por un momento, hubiera deseado que James no me hubiera engañado y que pudiera estar allí, con su mano en mi pierna y su expresión seria y nerviosa en presencia de mi familia.

Pero Gael tenía razón: si había algo que no le gustaba a los O'Brien, eran los traidores.

NOVIOS DE VERDAD

Al terminarnos el café, más de la mitad del bizcocho y todos los mousses de chocolate y cerveza negra, llegó el momento de un par de partidas de cartas, la charla ligera, otro café y, finalmente, las despedidas. Gael y O'Donnell se marcharon primero, diciendo que aún tenían que pasar por casa de Patrick en Dublín a visitar a sus padres. Mi hermana me dio un beso y me susurró al oído:

—Piénsatelo bien y no te precipites, Leo —y se separó para pellizcarme la mejilla y ponerse su chubasquero lila.

Nos despedimos de ellos, pero no nos fuimos enseguida, sino que subimos al «despacho» de mi madre y antigua habitación de mi hermana para seleccionar un par de libros que llevarnos. Había pensado en llenar esos vacíos de media hora hasta el trabajo con algo de lectura ligera, porque últimamente le daba demasiadas vueltas a las cosas y no me estaba sentando nada bien.

—¿Por qué no te llevas este? —me sugirió Ryan, sacando un libro de la estantería con una sonrisa malvada en el rostro—. Creo que te gustará.

—No voy a leerme *Cincuenta sombras de Grey*, Ry —le aseguré, dejándolo de nuevo en su sitio—. Es un libro estúpido.

Seleccioné solo tres de las novelas negras de mi madre, calculando que, con una hora al día de ida y vuelta, aguantaría un buen mes con ellos. Además fui a por algunos que estaban más usados y ajados, esos que no me importaría doblar y maltratar un poco en la bolsa del trabajo o donde quisiera meterlos. Por el momento los llevé bajo el brazo y nos despedimos de mis padres, dándoles las gracias por la comida y prometiendo que volveríamos la semana que viene o en algún momento. Una vez en el coche de Ryan, dejé los libros sobre el salpicadero y me puse el cinturón de seguridad.

—¿Qué te parece si vamos al *Temper's* y nos echamos un billar? —me preguntó él.

—Oh, suena genial —asentí—. Podemos pasar después por el *Hidden Dojo* y pedir un ramen.

—Ogh... cómo me conoces —sonrió Ryan, arrancando el coche para salir en sentido contrario y ahorrarnos cinco minutos de camino.

A mitad de camino sentí una vibración en el pantalón y saqué el móvil, echando un rápido vistazo a un mensaje que decía:

«Ya he llegado a Nueva York. Te echo mucho de menos. No paro de olerme el bigote».

Volví a fruncir el ceño con una expresión de asco, pero a la vez sonreía, porque ese era James.

«Me alegro que hayas llegado bien. Yo también te echo de menos. Manda un saludo a Lakov de mi parte y tómate con calma el día, el *jet lag* es terrible», respondí antes de volver a guardar el móvil y seguir escuchando a Ryan discutir sobre la serie que estábamos viendo juntos, porque uno de

los protagonistas le caía muy mal. Cuando llegamos al pub Temper's recibí otro mensaje que decía:

«Gracias, Leo. Me lo tomaré con calma, solo tengo una reunión con la doctora Jones. ¿Te ha gustado el tiempo que hemos pasado juntos? A mí me ha hecho muy feliz volver a estar contigo, que me llevaras de visita por Dublín, a desayunar y que me regalaras la gorra (la he llevado puesta todo el camino). La cena de ayer fue una de las mejores noches de mi vida, estabas muy guapo y volver a dormir juntos y a poder besarte, follarte y a comerte el culo después de creer que te había perdido para siempre, ha sido increíble. No sabes lo afortunado que me siento y lo maravilloso que ha sido poder volver a despertarme a tu lado».

Alcé ambas cejas y releí le mensaje un par de veces. Había una extraña mezcla entre cariño, agradecimiento y sordidez que me resultó algo confusa.

«Tómame en serio la terapia y dile a la doctora Jones lo que te pida. A mí también me ha gustado mucho el tiempo que hemos pasado juntos y me ha hecho mucha ilusión poder enseñarte Dublín. La cena fue muy divertida, el puro me gustó mucho y el sexo... ya me imagino que te habrás dado cuenta de lo mucho que me ha gustado. Estoy seguro de que se me oía por todo el hotel. Recuerda que estoy aquí para lo que necesites, pero que todavía hay cosas que solucionar, James», escribí aquello último como recordatorio, para él y para mí.

Recibí otro mensaje a los pocos minutos, pero no volví a mirar el móvil hasta una hora y pico después, cuando Ryan se fue al baño un momento antes de irnos del pub.

«Me tomo muy en serio la terapia, Leo. Sé que es importante para ti.

Me he tomado la medicación y estoy haciendo ejercicios de respiración para controlar la ansiedad y la angustia de volver a estar solo y lejos de ti. Me alegro que te lo pasaras tan bien como yo, tanto en la cena como en la cama. La próxima vez llevaré lubricante, te lo prometo, sé que a veces me olvido y te hago un poco de daño.

No volverá a pasar.

Cuento contigo y solucionaremos todo juntos, Leo.

Nosotros somos novios de verdad».

Novios de verdad... Suspiré y apreté los labios, pensando en corregirle de nuevo, pero lo dejé pasar. Esas palabras eran tan especiales y significaban tanto que no quise corregirle. James y yo éramos novios de verdad, pero dejaríamos de serlo si volvía a las andadas y se confiaba demasiado, siendo otra vez el hombre cerrado y frío que había sido antes.

«Sí, es importante para mí que te recuperes. Come y duerme, haz un poco de ejercicio, eso siempre te ha ayudado. Yo también cuento contigo, James. Tú y yo somos novios de verdad, recuérdalo», respondí antes de dejar el móvil en el bolsillo y rozar la alianza de boda con la punta de los dedos. Recibí una respuesta, pero preferí ignorarla para no darle la idea a James de que le respondería al instante tras cada mensaje. Como le había dicho,

le respondería cuando tuviera tiempo, y en ese momento Ryan ya volvía del baño con una sonrisa y dispuesto a tomarse un bol muy grande de ramen con cerdo.

El *Hidden Dojo* era un pequeño local de comida japonesa para llevar. Uno de nuestros favoritos, con buenos precios, rápidos y en una zona donde era fácil estacionar.

Nos llevamos dos boles y una bandeja de sushi en una bolsa de papel que cargué en los brazos durante el resto del camino para no agitarla demasiado. Cenamos en el salón, viendo la tele, hasta que Ryan se movió al balcón para finalizar su «paseo feliz» con un porro. Le esperé adormilado en el sofá hasta que regresó con los ojos enrojecidos y brillantes, se tumbó a mi lado y empezó a frotarme el brazo.

No tuve problema con eso, hasta que movió la cabeza y comenzó a darme suaves besos en la mejilla y en la barba, tratando de alcanzar mis labios; entonces le detuve y le dije:

—No, Ry.

Él me miró a los ojos y frunció el ceño.

—¿Por qué no? —preguntó con voz lenta y pesada de fumado.

—Porque estoy cansado y ha sido un largo día —respondí sin más, encogiéndome de hombros y girando el rostro hacia la televisión.

No tendría que hacer falta poner excusas cuando decía que no, pero él estaba colocado y quizá le costara más procesar el rechazo. Se apartó un poco y dejó de tocarme el brazo, quedándose con el ceño fruncido y la respiración profunda y lenta.

Todavía seguía en ese estado cuando llegamos a la cama y se tumbó de espaldas a mí y con la ropa puesta, algo extraño que llamó mi atención, pero a lo que no quise dar importancia. Ahora que había vuelto a darle la oportunidad a James, no iba a seguir teniendo sexo con Ryan, obviamente. Así que miré el móvil para asegurarme de que la alarma estaba en hora y leí los tres mensajes que había recibido:

«Me recuperaré, Leo. Me costará dormir solo, pero me esforzaré en comer tres veces al día y volver al gimnasio. Empezaré con algo suave y retomaré la rutina», decía el primero.

«Ya he terminado la sesión con al doctora Jones. Le he hablado un poco de infancia, como tú me dijiste, le ha parecido muy interesante y dice que mi obsesiva búsqueda por la aprobación de los demás y mi baja autoestima podría tener raíz en la carencia afectiva de mis padres y en sus altas expectativas y exigencias —sorpresa, sorpresa—. Pero que tenemos que seguir explorando ese momento de mi vida. También he comido toda la comida. Te echo de menos y te quiero».

«¿Has ido a ver el apartamento ya?, ¿te gusta? Era uno de mis favoritos, me decidí por las vistas y por el salón y el dormitorio. Dime qué te parece a ti. Si hay algo que no te gusta, lo hablamos y lo cambiamos. ¿Qué has hecho esta tarde? Aquí todavía faltan siete horas para la cena y parece que llevo todo el día dando vueltas por casa. Creo que compraré ese whisky

que tomamos en la cena de ayer, me gustó mucho. Te echo de menos y te quiero».

Me tomé un momento, algo cegado por la luz de la pantalla del móvil en mitad de la penumbra de la habitación.

«Me alegra que estés comiendo como te pedí y que le hayas hablado de eso a la terapeuta, creo que es importante que lo sepa y no me extraña que lo considere importante. No, todavía no he ido a ver el apartamento. He ido a comer a casa de mis padres y a tomar una pinta, después he cenado ramen y sushi. Ya te dije que el *jet lag* sería horrible. ¿Te acuerdas cuando volvimos de Europa, fue como pasarnos un día entero de pie y trabajando. El whisky es *Black Barrell*, uno de los más famosos irlandeses. Está muy bueno. Te avisaré cuando vaya al apartamento, seguramente iré a echar un vistazo mañana después del trabajo. Pasa buena noche, James. Yo también te echo de menos y sabes que te quiero mucho, así que no la cagues otra vez». Eso fue lo que escribí de forma apurada y poco trabajada antes de dejar el móvil en la mesilla, coger una buena respiración y cerrar los ojos.

El día siguiente iba a ser duro. Lo supe desde que me levanté con la alarma y le pregunté a un Ry nada contento de que le despertara si quería acompañarme al gimnasio. Se negó con una queja baja, se dio la vuelta y volvió a dormirse. Le dejé allí y fui a vestirme al salón para no molestarle más, preparé café, hice ambos desayunos con avena y me llevé el mío junto a la bolsa de deporte y un paraguas al gimnasio.

Seguía lloviendo, pero menos que antes, con pequeños claros en el horizonte y un viento suave que removía la hierba y las hojas de los árboles. Hice mi tabla de ejercicios, me di una buena y agradable ducha caliente y saqué mi mochila del sábado, sustituyéndola por mi bolsa del día y cambiando algunas cosas de sitio como, por ejemplo, el *tupper*, el sobre amarillo con las llaves y el contrato y el libro que me había traído para leer de camino en el tren. Ya llevaba tres capítulos cuando llegué al centro, y tuve tiempo a leerme otro más mientras desayunaba y tomaba mi café con leche grande, lo dejé solo cuando se me hizo tarde y salí a paso rápido hacia la oficina de FC&A.

Volver al trabajo y a la rutina fue algo extraño después de aquel fin de semana tan intenso con el señor Black. Saludé a todos con una sonrisa y a Yan-Yan con la nueva frase que había aprendido en chino, a la que ella respondió con una mueca de asco que me hizo reírme. El señor O'Sullivan me preguntó al instante de llegar por el cliente y Turn&Go, a la que yo respondí con frases vagas y no muy convencidas como las que le había puesto en el mensaje.

La culpa no había sido mía, por supuesto, sino del señor Alan Grant y sus muchas dudas y exigencias. No quería que creyera que la había cagado con mi primer cliente serio, y él no hizo ningún comentario al respecto, solo puso una breve mano en mi hombro y me dijo:

— A veces solo vienen a marear y a tomarse una pinta, no te preocupes, así

es el negocio.

Después de una entretenida mañana sumergido en datos, cuentas y alguna que otra reunión por videollamada, pude tomarme un momento para comerme mi sándwich vegetal y mi café en la sala de descanso. Mirando los ventanales mojados, la calle a los pies del edificio y el nuevo mensaje que tenía en el móvil.

«Buenos días, Leo. He conseguido dormir cuatro horas y he puesto uno de mis relojes con la hora de Irlanda para saber cuándo poder hablarte.

También he desayunado y me he tomado la medicación.

Hoy iré al gimnasio y haré un poco de ejercicio antes de ir a ver a la doctora Jones.

También empezaré a retomar el trabajo, solo he solucionado los problemas urgentes y, como tú dirías, se han acumulado muchas tareas. Te echo de menos y te quiero».

Como tenía tiempo e intimidad, preferí responder con un mensaje de voz.

—Buenos días, señor Black. Ya has dormido una hora más que la última vez, poco a poco retomarás una buena costumbre del sueño. Entro a trabajar a las nueve y salgo a las seis, así que hasta la... —hice un cálculo rápido— una de la mañana de Nueva York, más o menos, no podré responderte. Este es mi descanso para comer, que suele ser a las... siete de la mañana de allí. Si tienes tanto trabajo acumulado, quizá deberías pensar en contratar a un ayudante —bromeé—. Pasa buen día, James, yo también te quiero.

Cuando volví de mi descanso, estaba de buen humor y la tarde no me resultó tan aburrida y agotadora. Terminé algunos trabajos que me encargó el señor O'Sullivan, recogí mis cosas y me llevé el portátil conmigo junto a la mochila de deporte para salir de la oficina a las seis en punto. Saqué el sobre amarillo, deshice el cordel del cierre y leí el contrato para saber a dónde tenía que dirigirme. Arqueé las cejas al leer la dirección de una de las calles más caras de Dublín, a veinte minutos andando del Distrito Financiero.

Sabía que James iba a ser un exagerado y a comprar algo caro, así que iba preparado, para lo que no iba preparado era para descubrir que, lo que el llamaba un «apartamento» era todo un edificio de ladrillo rojo que hacía esquina frente al parque. Me quedé con el paraguas en alto, mirando hacia arriba con los labios entreabiertos antes de negar con la cabeza. No había portal ni pisos a los que llamar, solo unos escalones y una puerta robusta de madera de color azul oscuro y la aldaba de un león plateado con un anillo en la boca.

Metí las llaves en la cerradura y, al girarlas, sonó un leve crujido y la puerta se abrió.

El «apartamento» era un puñetero piso de lujo recién reformado. En la planta baja tenía el hall de la entrada, un recibidor con muebles, sofás, chimenea, un pequeño bajo de invitados bajo las escaleras y la cocina más estúpidamente grande que había visto en mi vida.

No solo tenía una isla central, los electrodomésticos más caros, una nevera metálica de dos puertas que parecía un puto armario y un reservado para la lavadora y la secadora, sino que además había una puerta hacia una despensa más grande que una habitación. No podía dejar de abrir la boca, fruncir el ceño y negar con la cabeza mientras veía todo aquello; y solo era la primera planta.

La segunda estaba dedicada a lo que, suponía, era la «sección íntima y familiar». Allí había otro salón mucho más grande que el de la planta de abajo, con mejores sofás, una enorme televisión de pantalla plana y un espacio separado frente a un ventanal, repleto de estanterías con libros de decoración para mostrarte lo sofisticado y elegante que quedaría un sitio dedicado a la lectura en ese rincón. Al otro lado del pasillo había un despacho y, al lado de este, un baño con jacuzzi, lavabo en mármol y unos enormes espejos. Si creías que la cosa terminaba ahí, estabas muy equivocado, porque en una tercera planta estaban las habitaciones; la principal ocupaba casi la mitad de la planta, entre el cuarto propiamente dicho, el vestidor y el enorme baño con plato de ducha. Separado por un pasillo donde estaban las escaleras, había otras dos habitaciones más pequeñas para los niños y con su propio baño.

Me detuve en mitad de la habitación principal, de suelo de madera clara y paredes color crema claro. Toda la casa estaba repleta de los típicos ventanales de los edificios antiguos y, al hacer esquina, la luz entraba por dos lados y no solo por la fachada principal; así que estaba muy iluminado. Sin lugar a dudas, era una casa preciosa, preciosa e increíblemente cara. Miré el sobre amarillento que aún sostenía en la mano y que había estado paseando por todo el apartamento mientras mirada embobado y horrorizado todo aquello. Saqué de nuevo el contrato de alquiler y pasé las páginas con la chachara burocrática hasta encontrar el precio: «un paseo por Dublín y un beso». Aquel era el precio mensual... Cogí el móvil y llamé, sin detenerme a valorar que esa llamada internacional me podría salir algo cara. No tuve que esperar ni un pitido a que me respondiera una voz grave que me dijo:

—Hola, Leo. Gracias por llamar, me hace mucha ilusión que lo hagas.

—James... ¿qué cojones es esto? —le pregunté con un tono serio y controlado—. No es un apartamento, esto es una casa de tres plantas en medio de Dublín.

—¿Ya lo has visto? —me preguntó él a su vez—. ¿Has mirado las vistas al parque y la habitación principal? A mí me gustaron mucho. Está un poco vacío porque solo han puesto los muebles esenciales para la venta, pero con el tiempo podemos ir reformándolo y poniéndolo a nuestro gusto. No te preocupes.

—Sí, sí me preocupo —respondí—. Es enorme, James... yo no necesito algo tan grande.

—Eso dijiste de mi polla, y ahora te encanta.

Quizá hubiera sido un intento de broma, pero no me hizo gracia.

—No estoy bromeando, James —le advertí tras un breve silencio.

—Leo, he comprado la casa que he creído que nos haría felices, una similar a nuestro ático en Nueva York. Tenía que ser perfecta, porque nosotros solo tenemos lo mejor de lo mejor —respondió, esta vez con un tono serio y sin bromear—. Grande, bien situada, con espacio abierto, una gran habitación principal con vestidor y baño con espacio de sobra para los dos... También he tenido en cuenta que nosotros usamos la cocina mucho más de lo que yo la usaba antes, así que me ha gustado que esa casa tuviera una bastante amplia y bien surtida de electrodomésticos. Hay incluso una cafetera de último modelo para que hagas tus cafés por la mañana, ¿la has visto? Ah, y me ha gustado tener un lugar en el que recibir a tu familia en caso de que quisieran venir a hacernos una visita y una mesa grande en un comedor elegante donde servir la cena, como tienen mis padres en Bluebelt. Además, hay un salón con una pantalla de cine para ver nuestras películas, y una habitación de sobra por si... no te importaba que llevara mis juguetes.

—¿Y el alquiler? —pregunté tras aquella explicación tan detallada. Una que, sinceramente, no me esperaba. Lo que me esperaba era algo más similar a: «Soy James Black y compro la casa más estúpidamente cara porque más es mejor y yo soy mejor que nadie».

—El alquiler es el precio que he decidido ponerte como mi inquilino, ya que no quieres vivir allí sin darme nada a cambio; aunque sea también tu casa.

—Me refería a un precio económico, no a... —releí el contrato—: un paseo por Dublín y un beso.

—No necesito más dinero, Leo, lo que necesito es estar contigo y besarte. Pero —añadió entonces—, si te parece poco, incluiremos un abrazo y una mamada al acuerdo.

Bajé la mano con la que sostenía el contacto y puse una expresión seria que James no podría ver.

—¿Ahora me tengo que prostituir por el alquiler? —le pregunté.

—Si te follas a tu novio de verdad a cambio de cosas no es prostitución, es un intercambio de favores —me corrigió—. Haces a tu hombre muy feliz y él te da cosas para que tú seas feliz.

Alcé ambas cejas y negué con la cabeza.

—Mándame un contrato de verdad con una cifra, James, porque este que tengo en la mano es un puto chiste y te estás riendo de mí —y colgué, demasiado molesto con él para escuchar sus estúpidas excusas y disculpas. Le había pedido un alquiler y había hecho lo que le había salido de la polla, como siempre.

Me di la vuelta y bajé las escaleras en dirección a la puerta, con el sobre en una mano, mi maletín del portátil en la otra y mi mochila de deporte al hombro. Cuando llegué a la parada de autobús, ya tenía un mensaje de James.

«Leo, perdóname. No quería reírme de ti, sabes que jamás haría algo así.

Simplemente no me gusta la idea de aceptar tu dinero».

«Cuando hicimos el acuerdo, te pedí un alquiler para vivir en la casa que TÚ querías, para que TÚ te sintieras más tranquilo, James. Y ahora estás intentando convencerme para que me olvide de pagarte, pero eso no va a pasar. Si no respetas el trato, no hay acuerdo», respondí rápidamente antes de que pasara el bus y me subiera.

Iba a dejar el móvil en el bolsillo y masticar el enfado de camino a Ashtown, pero recibí una llamada y me quedé mirando la pantalla durante un par de segundos antes de aceptarla.

—Tienes razón, Leo —me dijo un James más notablemente nervioso y de voz más frágil—. Hicimos un trato, pero no concretamos que el alquiler tuviera que ser estrictamente económico. Estoy respetando el trato y no me estoy riendo de ti, te lo juro.

—Será económico —le aseguré con tono duro—. Si quiero llevarte a algún sitio, darte abrazos o besarte, no será a cambio de nada y, menos, de vivir gratis en tu casa.

—Nuestra casa... —me corrigió con cuidado, pero añadió rápidamente—: de acuerdo, que sea económico. Te daré un número de cuenta y me ingresarás allí el dinero todos los meses. Será nuestra cuenta de ahorros para la boda, ¿qué te parece?

—¿Qué problema hay con que te pague, James? —quise saber—. ¿Por qué te molesta tanto que yo te de dinero a ti?

Hubo un breve silencio por la línea, hasta que el señor Black respondió con tono profundo y serio:

—Eres mi hombre, Leo. Tú y yo somos novios de verdad y no tendrías que darme dinero para pagarme nada, ni yo a ti. Nosotros lo compartimos todo, es así como hacemos las cosas.

—Si eso es importante para ti, ¿por qué no me lo dijiste mientras hacíamos el trato?

—Porque sabía que no aceptarías y quiero que vivas en un lugar grande y lujoso, Leo —empezó a perder un poco el tono y a sonar más enfadado—. Es verdad que, controlar donde vives, me gusta y me hace sentir más seguro, pero no necesitaba comprarte una casa de tres pisos para eso; lo hice pensando en nosotros y en lo que nos haría felices.

Miré por la ventanilla y me tomé un momento para pensar. Lo que decía tenía sentido, pero tenía miedo de volver a estar cayendo en esa trampa en la que él era el que pedía y yo el que se lo daba todo.

—Pásame el número de cuenta y te pasaré la cantidad que decidas, lo que hagas con ese dinero o para qué lo ahorres, es solo asunto tuyo —respondí.

—Gracias, Leo —me dijo tras una audible exhalación—, sé que haces esto por mí y te lo agradezco.

—De nada, James, me alegro de que seas consciente de lo que hago por ti —murmuré con la mirada perdida en las vistas de la ciudad, el movimiento y el cielo gris.

—Y... ¿qué has hecho hoy? —me preguntó el señor Black tras un breve silencio—. Yo he ido al gimnasio y a terapia, como te dije, y he estado trabajando un poco hasta que me ha dado un pequeño brote de ansiedad y he tenido que parar. Ahora estoy tumbado en el suelo, con las piernas levantadas y mirando al techo, porque eso me ayuda con los vértigos.

—James, ¿las cosas van mal por ahí? —le pregunté con verdadera preocupación—. Últimamente parece que tienes muchos ataques de ansiedad.

—No, no van bien —respondió en voz más baja—. Desde que te has ido me cuesta mucho concentrarme y le doy demasiadas vueltas a la cabeza, a veces es demasiado y mi cuerpo no puede soportarlo. La doctora Jones me ha dado unos tranquilizantes, pero son muy fuertes y me dejan bastante drogado y no me gusta. Me trae malos recuerdos.

Me llevé una mano al rostro y me froté las cejas con el dedo índice y pulgar mientras cerraba los ojos.

—Oye, James... —murmuré en voz baja—. Las cosas van bien entre nosotros. Lentas pero bien, ¿de acuerdo? No hace falta que le des tantas vueltas.

—¿Van bien? —me preguntó con la voz algo rota—. Cuando estoy contigo me siento muy seguro, pero cuando vuelvo a alejarme creo que cada palabra que me dices por mensaje o cada frase puede significar que te has enfadado conmigo o que algo va mal. Cuando me dices que debería volver a hacer cosas solo, cosas que normalmente hacía contigo, creo que me estás diciendo que debería rehacer mi vida porque tú no vas a estar en ella nunca más. Cuando me dijiste que me buscara un nuevo ayudante... me dolió un poco... —la voz se le quebró y oí una profunda respiración tras el teléfono.

—Era solo una broma, James —respondí—. Te digo que hagas cosas porque quedarte en casa dándole vueltas a la cabeza no te va a sentar bien. No significa que tenga planeado ayudarte y después dejarte. —Me quedé en silencio y, como James no respondió, le pregunté—. ¿Tienes alguna otra duda que te esté dando problemas?

—Tengo cientos de esas, Leo —me dijo al fin.

—¿Por qué no eliges unas cuentas y te las respondo de camino a casa?

—¿De verdad odias la casa?

—La casa es preciosa, James —respondí—. Ese no era el problema, ya lo sabes. Y, por cierto, sé que la cafetera esa de último modelo la has comprado tú, porque no es del mismo color que el resto de los electrodomésticos.

James se rio, inundando la línea con su risa grave y baja.

—La compré ese sábado por la tarde, cuando me dieron las llaves de la casa.

—Debiste pagar mucho para hacer la transacción de la propiedad tan rápido y mover tanto papeleo un sábado. ¿O ya la tenías comprada de antes?

—No, tenía unas pocas casas elegidas, el sábado me decidí por una, le hice una visita rápida y pagué bastante para tenerlo todo resuelto a la hora de la cena y poder darte las llaves —afirmó—. Fue caro, pero el dinero nunca ha sido un problema para nosotros, Leo.

—No te has hecho millonario para buscar cucharas ni para esperar por papeleo burocrático como el resto de mortales —le recordé.

Eso provocó otra grave risa en el señor Black, a quien casi me lo podía imaginar sonriendo y asintiendo lentamente mientras me miraba con sus ojos del azul del mar.

—¿Y por qué querías una despensa tan grande? —le pregunté entonces, solo para distraerle y mantener una conversación tonta.

—Para guardar la compra y las latas de conservas que tanto me gustan —respondió, provocando, esta vez, una breve risa en mis labios.

Cuando llegué a *Ashtown* veinte minutos después, todavía estábamos hablando, y no paramos hasta que llegué andando al edificio de apartamentos y tuve que despedirme, prometiéndole a James que me mudaría a la casa para finales de semana.

Bajé el móvil de la oreja con una sonrisa y un dolor el brazo de haberlo mantenido tanto tiempo levantado, saqué las llaves y entré en el apartamento con mi mochila de deporte al hombro y la bolsa del portátil en la mano. No había luces encendidas y todo estaba silencioso, lo que me hizo fruncir el ceño y cerrar la puerta lentamente mientras preguntaba:.

—¿Ry?

—Ey..., Leo —respondió una voz algo ronca desde el sofá.

Di un paso y encendí la luz del pasillo, arrojando algo de claridad sobre la penumbra del salón. Ryan estaba allí, con las manos entrelazadas entre las piernas, ropa de calle y en silencio. No estaba mirando la tele ni jugando a la videoconsola, solo estaba sentado en la penumbra. Sabía lo que aquello podía significar, así que tuve cuidado al preguntar:

—¿Todo bien?

—Sí, por supuesto, todo perfecto —sonrió, pero en sus ojos aún habían restos de lágrimas.

Asentí lentamente. No le creí, ninguno de los dos le creyó, pero ambos íbamos a fingir que sí.

—Genial —respondí, devolviéndole la sonrisa y dirigiéndome con todo hacia la habitación—. ¿Qué tal el día?, ¿vendiste mucho champú y comida de perros?

—Hoy fue un día bastante bueno —me dijo en la lejanía mientras yo dejaba las cosas y me cambiaba de ropa. Cuando volví después de ponerme las gafas y darme una ducha rápida, seguía en el mismo sitio—. ¿Qué tal el tuyo? —me preguntó.

—Pues bastante movido —reconocí.

Fui a la cocina para encender las luces de la campana extractora, arrojando una suave luz amarillenta sobre la placa de inducción negra y parte de la encimera.

—He tenido mucho trabajo, el señor O’Sullivan me está dejando hacerme cargo de algunos de sus clientes, los franceses sobre todo, y después he ido a visitar un apartamento antes de volver aquí. Dentro de poco ya no tendrás que soportarme más —me volví de camino a la nevera y le sonreí para recalcar el tono de broma con lo que lo había dicho.

—¿Te vas a ir? —preguntó en voz más baja—. Creía que estabas a gusto aquí...

—Estoy muy gusto, Ry, pero es tu apartamento —le dije mientras buscaba algo que poder cenar. Terminé sacando la caja de huevos y las setas para hacer un revuelto—. Cobraré mi primer sueldo al final de esta semana, ¿qué te parece si te invito a cenar para celebrarlo?

No obtuve respuesta, pero no me apresuré a buscarla, porque sabía que Ryan estaba raro y que atravesaba uno de esos repentinos momentos de silencio y distanciamiento.

Yo ya estaba acostumbrado, yo ya estaba demasiado acostumbrado para prestarle atención o darle importancia. Después de todo, había cosas que nunca cambiaban.

Solo volví a hablarle al terminar de preparar la cena, cuando le llamé para que se sentara conmigo en la barra de la cocina. Lo único que hizo fue negar con la cabeza y seguir mirando la televisión en silencio; así que cené solo y después dejé el plato al lado del fregadero. Me acerqué a él y puse una mano en su hombro antes de agacharme para buscar sus ojos perdidos en la pantalla negra.

—Al menos cena un poco, Ry —le pedí—. Estaré en la habitación si me necesitas, trabajando en la cama antes de dormir —me incorporé, le di un último apretón cariñoso y me fui a la cocina a apagar la luz del extractor para dejarle sumergido en la misma penumbra en la que le encontré.

Me metí en cama con expresión seria y puse el portátil sobre las piernas, pero primero revisé el móvil para ver si James me había mandado otro mensaje, cosa que hizo veinte minutos después.

Llegado ese punto, la mayoría de cosas que me decía eran tonterías sin importancia, lo que hacía a cada momento o lo que se le ocurría, solo para mantener una especie de contacto fluido y continuo conmigo.

Yo le respondía dentro de lo posible, pero cuando se hizo tarde, tuve que despedirme deseándole «buenas noches irlandesas» y echarme en cama.

Ryan no había vuelto todavía, y no lo hizo hasta media noche, cuando se tumbó a mi lado en la oscuridad. No traté de despertarle al día siguiente para que me acompañara al gimnasio, solo me vestí un poco más deprisa y puse el café a hacer para que me diera tiempo a ir a buscar unos cruasanes recién hechos que dejar en la barra de la cocina para él. Llegué apresuradamente al gimnasio y terminé al límite la rutina para ir hacia la estación de trenes; entonces respiré un poco, agitando mi camisa gris con corbata negra para que no se sudara en contacto con mi piel. Cogí el móvil y le mandé un mensaje de «Buenos días, señor Black» a James antes de sacar el libro y leer distraídamente un par de capítulos mientras un hom-

bre con gabardina me golpeaba con el hombro en la espalda cada vez que el tren se detenía. Le dediqué un par de miradas cortantes, pero preferí no ponerme a discutir en mitad del vagón. Llegué a la oficina con el desayuno todavía en la garganta, un vaso de café grande en la mano y el móvil en la otra mientras leía la respuesta de James.

«Buenos días, Leo. Hoy he dormido cuatro horas y he hecho el ejercicio de escritura que la doctora Jones me ha recomendado. Me he dado una ducha fresca, porque aquí hace bastante calor, y ahora estoy adelantando un poco de trabajo mientras espero al desayuno ¿Qué tal tú? Te quiero mucho».

Una fina sonrisa se extendió por mis labios. El señor Black parecía muy diferente cuando hablaba por teléfono o me mandaba mensajes, parecía un hombre mucho más vulnerable y abierto de lo que siempre había sido. Se estaba esforzando por cumplir su parte del trato y salía a la luz esa parte más... infantil y tierna; como cuando en las cenas con Lana y venía a hablarme y a preguntarme qué había cenado yo o qué íbamos a hacer aquella noche, compensando el breve espacio de tiempo en el que no habíamos podido estar juntos.

«Pues yo he ido al gimnasio, acabo de tomarme un café con leche (obligatorio, ya sabes), desayunado a toda prisa y ahora estoy entrando en la oficina —le escribí de camino al despacho—. ¿Qué has escrito?, ¿algo interesante? Ya sabes que soy un gran *beta-reader* de las novelas de mi madre. Mándamelo si necesitas algún consejo (Risa). Te quiero».

—¿Y esa sonrisa? —me preguntó Yan-Yan de improviso. Levanté la cabeza del móvil y alcé las cejas, tardando un par de segundos en descifrar el significado de las palabras que había formulado, abriéndose paso en mi mente distraída.

—Ah —sonreí más, dejando la bolsa de deporte a un lado y el maletín del portátil sobre la mesa que compartíamos—. Nada, hablaba con... mi novio.

Yan-Yan resopló y negó con la cabeza, reajustándose sus gafas grandes. Estuvo a punto de decirme algo, pero cambió de idea, quizá sin sentirse lo suficiente segura sobre nuestra relación laboral para saber si podría bromear o hacer un comentario sobre el tema. El móvil vibró en mi pantalón, al lado de la alianza de boda que siempre llevaba encima, pero lo ignoré y me senté a trabajar. Las reglas eran las reglas, así que James tendría que esperar a mi descanso para comer a que leyera su mensaje y respondiera.

«He escrito una especie de carta sobre las cosas que me preocupan para ordenar los pensamientos, también he escrito algo sobre mi pasado para hacer un ejercicio reflexivo sobre las cosas que he hecho o los errores que creo que he cometido y que me han llevado al momento actual. No te la puedo mandar, porque es algo que querría contarte en persona. Yo también iré al gimnasio y después tendré mi terapia diaria con la doctora Jones», me había escrito.

«Oh, ese me parece un ejercicio de escritura muy útil. Lo estás haciendo muy bien, James. Ya me la leerás cuando quieras, uno de esos fines de semana que vengas de visita», respondí mientras masticaba mi sándwich vegetal.

—Hola, Leo. Gracias por llamarme —me respondió al primer tono nada más pulsar el botón de llamada cuando salí aquella tarde de la oficina. Me había mandado otros tres mensajes contándome los avances y pormenores de su día.

—No hace falta que me des las gracias todos los días, James —respondí de camino a la estación de tren—. Ni que pienses que te estoy haciendo un gran favor por hablar contigo. Me gusta hablar contigo, ya lo sabes.

Hubo un breve silencio y se oyó una profunda respiración a través de la línea.

—Solo quería que lo supieras —dijo tras un par de segundos—, sigo siendo consciente de que te he hecho mucho daño y de que esta es una segunda oportunidad.

Puse los ojos en blanco y fruncí el ceño. Empezaba a ser un poco exagerado la forma en la que insistía en recordarme cosas que yo ya sabía, quizá un poco dramático.

—Deja de preocuparte tanto, por ahora lo estás haciendo muy bien —respondí con tono tranquilo—. Mientras respetes el trato que hemos hecho y sigamos avanzando juntos, todo irá bien.

Hubo otro silencio, nada incómodo y nada extraño, solo una de esas breves pausas del señor Black.

—Quiero ir a verte este fin de semana —murmuró.

Asentí un par de veces y después respondí:

—De acuerdo, organizaré algún plan divertido. A final de semana cobraré mi primer sueldo, podemos celebrarlo con una cena, ¿qué te parece?

—Te invitaré yo.

—Es mi primer sueldo, me hace ilusión poder invitarte —recalqué, con la pequeña esperanza de que entendiera que eso era lo normal, pero sabía que se negaría en rotundo.

—De acuerdo —aceptó sin embargo, haciéndome parpadear de pura incredulidad y pararme en seco en mitad del puente. Una mujer se chocó conmigo y me insultó, pero la ignoré por completo y seguía andando mientras James decía—: Será una ocasión especial, una celebración, así que ir a visitarte no contará como uno de los dos viajes mensuales que habíamos acordado.

—Bien —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Y me quedará en nuestra casa —añadió.

—Invitaré a mi novio a pasar un fin de semana en mi apartamento alquilado —le corregí.

—Tu novio llevará algunas cosas a tu apartamento alquilado porque es lo que los novios hacen.

Me detuve al lado de las vías del tren y me tomé un momento para refle-

xionar sobre aquello y las consecuencias que podría tener. Estaba abriendo la mano con James, quizá demasiado pronto, quizá demasiado deprisa, pero, tras aquel breve silencio, respondí:

—Muy bien, no me importa que mi novio deje dos o tres cosas en mi casa —pronuncié «dos o tres» con más intensidad que el resto de palabras para que entendiera que había un límite muy marcado.

—Perfecto —respondió él al instante—. Compraré enseguida el billete. Tengo muchísimas ganas de volver a verte.

Apreté los labios y miré el tren llegando a la estación.

—Yo también —murmuré, porque era cierto—. Tengo que colgar, ya ha llegado el tren. Hablamos más tarde.

En aquella ocasión, no saqué la novela, sino que me quedé mirando a un punto perdido del vagón repleto de gente, pensando en la pequeña mudanza que haría. Realmente, solo tenía que reorganizar la maleta con mi ropa y llevármela conmigo, así que esa parte sería sencilla; lo que no sería tan sencillo era hacer la casa habitable, y con eso quería decir gastarme el poco dinero que me quedaba en, como mínimo, algunas sábanas para la cama y un par de platos y vasos para la cocina. Llegué con esos pensamientos al apartamento, decidiendo salir el jueves del trabajo, cuando las tiendas ampliaban sus horarios, y comprar las cosas antes de que llegara James.

—Ey, Ry —le saludé al entrar por la puerta. Ya había vuelto de la clínica veterinaria y estaba otra vez a oscuras, pero esta vez sentando en el balcón, con la mirada perdida y fumando. Como no me respondió me acerqué y golpeé el cristal suavemente con los nudillos—. Ey, Ry, ¿qué tal lo llevas? —repetí.

Él se volvió, algo sorprendido de verme allí. Estaba colocado y tardó un par de segundos en responder:

—Ey, Leo... has vuelto...

—Sí, no me mudaré hasta el final de la semana —respondí—. He encontrado un apartamento cerca del centro. Te invitaré a verlo, si quieres.

—Sí, estaría bien... —murmuró, llevándose su lata de cerveza a los labios—. Gracias por los cruasanes y el café de esta mañana. Cuando me desperté ya te habías ido.

—De nada —sonreí un poco, bastante contento de que, al menos, me estuviera hablando—. No te avisé para ir al gimnasio porque sabía que estarías cansado. Bueno, me voy a cambiar y haré la cena, ¿de qué tienes hambre?

—Leo —me llamó antes de que me alejara, con la mirada al frente mientras ladeaba la cabeza—. ¿Por qué has buscado apartamento?, ¿no te gusta este?

—Tu casa está genial, Ry, pero te dije que no quería molestarte y entrometerme en tu vida más de lo necesario. Ahora que ya tengo trabajo, puedo tener mi propio apartamento, como antes.

Él asintió un par de veces y cogió una buena bocanada de aire.

Esperé un poco por si quería añadir algo más pero, como no lo hizo, puse una mueca preocupada que no vio y fui a darme una ducha rápida y a cambiarme de ropa antes de hacer la cena.

Ryan no volvió a decir nada en toda la noche, mirando la televisión mientras yo trabajaba a su lado y quedándose un rato más allí mientras me dirigía a la cama.

Me estaba empezando a sentir muy incómodo allí, porque sabía que Ry prefería estar solo en momento como aquellos en los que les daba pequeñas depresiones y, ahora que yo andaba por su casa, no tenía ningún lugar en el que refugiarse y estar tranquilo. Así que al día siguiente metí un poco de ropa en la maleta, bajé a por otro par de cruasanes para que desayunara Ryan, dejé el café hecho y una nota que ponía:

«Esta noche iré a mi nuevo apartamento a empezar a limpiar y organizar las cosas. Te invitaré cuando esté todo limpio, quite las manchas de sangre y haya ahuyentado a las ratas. Llámame si me necesitas. Leo»

Puse la copia de las llaves que me había prestado a un lado y me fui.

BONUS: EL AYUDANTE Y EL JEFE

Llevo todo el día sin dormir.

Estoy nervioso e impaciente y me ha costado comer, pero he comido porque es una de las condiciones que ha puesto mi Leo para seguir a mi lado. He ido al aeropuerto de madrugada, una hora antes de que saliera el vuelo. Le había dicho que llegaría el viernes a Dublín, pero no le había dicho cuándo, para poder ir lo antes posible. No podía enfadarse porque no estaba incumpliendo el trato. Habíamos acordado que iría a verle aquel fin de semana, que dormiría con él en nuestra casa porque volvíamos a ser novios de verdad; así que yo llevaba algunas cosas en mi maleta para dejar en Irlanda, porque eso hacían los novios de verdad. Dejaban cosas en las casas de su pareja y lo compartían todo. Yo dejaría algunas cosas también, cosas para que todos los que entraran en nuestro apartamento de Dublín supieran que estábamos juntos y que Leo era mío y solo mío. Miro mi *Rolex Cosmograph Daytona* de esfera en oro y fondo rojo escarlata. Lo he puesto con la hora de Irlanda y es media mañana. Ya llevó tres horas en el avión y todavía faltan otras cuatro. Estoy nervioso e impaciente y quiero llegar ya y ver a Leo. No sé qué está haciendo y eso me vuelve loco. Ya nunca sé lo que está haciendo, ya nunca le veo y no le tengo cerca. Solo puedo enviarle mensajes y esperar a que me responda. Lo odio, pero es lo único que tengo ahora. Cada minuto es peor que el anterior. Echo de menos tener a mi Leo al lado, despertarme y sentir su piel caliente, levantar la mirada y poder verle escribiendo en el móvil, comiendo, tomando su café, sentado en su sillón de nuestro despacho o distraído en un lado de la sala de reuniones. Me pone muy nervioso que esté lejos, allí donde no puedo controlarle, allí donde cualquiera podría acercarse a él. Quizá esté conociendo a alguien ahora, en ese mismo momento, un hombre que le saluda en la cafetería donde se para a tomar el café con leche que tanto le gusta. Quizá piense que es más guapo que yo, más listo o que está menos jodido de la puta cabeza.

Entonces me olvidará para siempre y volveré a estar solo. Solo como antes. Cojo una buena bocanada de aire y la suelto lentamente porque he empezado a hiperventilar. Un ejercicio de respiración que me ha enseñado la puta de Nora Jones.

La odio, a ella y a su mierda de consulta y a sus putas preguntas y lo mucho que me tengo que humillar; pero a Leo le gusta que vaya y dice que me ayuda. Y yo trato de cambiar, lo juro, lo intento, pero pasan los minutos y Leo podría estar conociendo a un hombre en el tren, alguien que se caiga sin querer sobre él, el muy hijo de puta tocando a mi Leo... Aprieto los dientes. Pero entonces quizá Leo piense que es muy guapo, que no tiene una colección de fustas y un cajón lleno de cuerdas de nylon y me deja y me quedará solo y sin él. Respiro profundamente y suelto una exhalación. No, Leo me dijo que éramos novios de verdad, lo dijo, yo lo dije primero y él lo repitió, así que es cierto. Y yo sé que mi hombre es

muy fiel y que jamás me engañaría. Él no es como yo, él no es débil. Él es perfecto. Así que sé que no me va a engañar con nadie, pero quizá... pase. Pero si me engañara con alguien yo... perdería la cabeza. No. Respiro, otra bocanada más fuerte. Sé que mi Leo me va a esperar, lo sé, y que ha hecho maravillosos planes para este fin de semana. De esos planes que solo hace conmigo, esos tan perfecto y especiales, paseos de la mano, regalos y detalles que solo tiene conmigo... Lo echo de menos, joder, lo echo todo de menos y lo quiero de vuelta ya. Lo quiero ya, pero tengo que esperar. Ahora mi Leo quiere tiempo y yo tengo que dárselo porque la he cagado como un puto gilipollas y no quiero perderle. Si fuera por mí ya le hubiera arrastrado de vuelta a nuestra casa, así tuviera que cargarle en brazos todo el puto camino y atravesar el océano a nado con él a la espalda. Leo tiene que estar a mi lado. Y punto. Tomo otra bocanada de aire y aprieto el final del reposabrazos con fuerza entre los dedos. Tengo que poder verle cuando yo quiera, tengo que poder tocarle cuando yo quiera y follármelo donde y cuando yo quiera. Así es como debe ser. Él tiene que darme lo que le pida, tiene que someterse, tiene que darme el control y dejarme a mí encargarme de todo, a su hombre, su novio de verdad y su único dueño. Trago saliva porque se me está poniendo la polla dura y es pronto. Todavía faltan tres horas y veintisiete minutos de vuelo para llegar a Dublín y ver a Leo. Compruebo por vigésima vez que llevo la carta que he escrito para él y su *Rolex submarinier* encima. Yo se lo había regalado por San Valentín y tenía que tenerlo. Me había pasado una semana entera buscándole el regalo perfecto para que supiera lo mucho que le amo. Había dudado de que fuera lo suficiente bueno para él y casi me había dado un ataque cuando vi su expresión asustada, creyendo que no le había gustado. Con Leo pasaba eso algunas veces. Yo no estaba seguro de si algo le gustaba o no, no sabía si le hacía feliz o le molestaba. Me ponía muy nervioso hasta que él sonreía. Y después, en los momentos más inesperados, me decía que me amaba y me besaba y yo era el hombre más feliz del mundo. Tenía que recuperar eso. Tenía que tenerle otra vez conmigo, pero de verdad, no a millas de distancia. A mi lado, conmigo, siempre. Porque si no le tenía cerca algo malo podría pasar, *alguien* podía pasar. Miro la hora, todavía quedan tres horas y quince minutos para llegar a Dublín. Empiezo a tener miedo. Quizá no le guste que haya tomado un avión de madrugada para llega a tiempo de ir a buscarle después del trabajo, pero no había dicho *cuándo* debería llegar, solo había dicho *el viernes*; así que no podía enfadarse conmigo. Pero quizá sí se enfadaba, y si se enfadaba yo le diría que lo sentía mucho y que no había especificado el momento. Si se enfadaba más le seguiría, le pediría perdón todas las veces que hiciera falta. Disculparse es de débiles, pero lo haría por mi Leo. Solo por él. Tomo otra respiración. Estoy cansado y me duele la cabeza pero no consigo dormir. Ya no soy capaz de hacerlo solo, pero yo antes odiaba dormir con alguien a mi lado, pero nadie era como mi Leo. Antes... todo era diferente. Leo me preguntó una vez si lo echaba de

menos. No. No lo echo nada de menos; lo único que echo de menos es a él. Miro la hora, todavía quedan tres horas. Cierro los ojos y hago un ejercicio de relajación, respiro profundamente y expiro. Respiro y expiro. Cuando abro los ojos miro el reloj, quedan dos horas y cincuenta minutos. Miro por la ventanilla y veo un cielo repleto de nubes oscuras. Mi Leo debe estar en mitad de su jornada laboral. Tiene un nuevo empleo. No lo necesita, ya tiene un empleo. Leo es mi ayudante, mi novio de verdad y mi futuro marido. Trabaja conmigo. Pero desde Esa Noche todo ha cambiado. La cagué, él se fue y todo mi mundo se fue con él. Tengo miedo de que esa mierda de empleo en la asesoría le guste, tengo miedo de que crea que es mejor que estar conmigo. Que rehaga su vida, decida dejarme de lado y me olvide. Eso no puede pasar. Si pasa, podría hacer algo, podría comprar FC&A y volver a ser su jefe. Podría hacerlo. Leo se enfadaría muchísimo, pero podría hacerlo para volver a ser parte de su vida. Yo pagaría su sueldo, le daría un mejor sueldo, uno con el que pagarse buena ropa y la mejor comida. Quiero que tenga lo mejor, porque él es el mejor y se lo merece. No puede enfadarse conmigo por pagarle un sueldo si soy su jefe, y si quiero pagarle de más, lo haría, porque eso sería decisión mía. Sí, si a Leo le gustaba el trabajo nuevo más que yo, eso es lo que haría. Pero por ahora todo va bien. Él lo dijo. Todo va bien, yo cumplo mi parte del trato y él está cumpliendo la suya. Me llama todos los días, responder a mis mensajes cuando tiene tiempo y hablamos mucho. Ojalá habláramos más porque nunca es suficiente. Siempre tiene que parar para subir al puto tren o hacer la cena o ordenar no sé qué mierda. Ayer hemos estado hablando mientras hacía unas compras para nuestra casa. Yo quería pagarlo todo, pero él no me dejó. Me pone de los putos nervios que no me deje pagarle las cosas. Siento que no me necesita y eso me hace muy infeliz y me hace sentir pequeño y estúpido. La puta de Nora Jones dice que tengo una dependencia psicológica muy grande de Leo, que he pasado de basar mi autoestima en lo que piensen los demás sobre mí a lo que piense él sobre mí. Que necesito buscar y fomentar mi propia autoestima, encontrar cosas de mí mismo de las que me sienta orgulloso y después compartirlas de una forma sana con él. Gilipolces. Lo único que yo necesito es que Leo esté a mi puto lado, que me bese cada día, que gima mi nombre mientras le follo y que se sienta orgulloso de tener un novio de verdad como yo. Eso es lo que me hace feliz, el resto me da igual. Miró el Rolex, dos horas y media para llegar. Aprieto los dientes y miro por la ventanilla. Estoy muy nervioso y me está empezando a angustiar quedarme sentado, así que me levanto, voy al baño, me lavo la cara y salgo antes de que al subnormal que me lleva mirando desde que he subido al avión se le ocurra venir a buscarme. Yo ya no hago esas cosas. Ahora tengo a Leo. Podría mandarle un mensaje para saber cómo está. Qué está haciendo. Quizá se haya arrepentido de haberme invitado aquel fin de semana. Es pensamiento repentino me hunde en el asiento de primera clase y me hace respirar más fuerte. No puede arrepentirse, ya es

tarde. Le dijo que no le importaba, pero quizá haya cambiado de idea. No. Me lo hubiera dicho. No. Iría a nuestra casa, porque yo era el dueño del apartamento y aunque no quisiera verme, dormiría allí porque había hecho escribir una clausula en el contrato que me permitía pernoctar en la casa cuando yo lo deseara, aunque Leo estuviera allí. Así que, aunque se arrepintiera, todavía me quedaría en el apartamento con él el fin de semana porque eso formaba parte del contrato vinculante que había firmado. Entonces quizá tuviera una oportunidad para hacerle perdonarme. Sí, todo iría bien. Me encargaría de los problemas poco a poco, como Leo decía. Por ahora todo iba bien. Miro las nubes y lo pocos claros que hay entre ellas. Miro el Rolex. Quedan dos horas. Solo dos horas más de miedo y ansiedad después de seis días horribles era muy poco tiempo. Cuando el avión aterriza, soy el primero en salir hacia la puerta. Hay varias personas hablando con acento irlandés. Antes lo odiaba, ahora me gusta mucho. Pero nadie tiene un acento tan bonito como Leo, en sus labios ese acento cantarín era la cosa más sexy que había escuchado en mi puta vida. Ogh... qué ganas tengo de verle y de tocarle. Le echo muchísimo de menos y ahora ya estoy allí. Salgo a paso rápido hacia la terminal del aeropuerto. Recuerdo lo feliz e ilusionado que estaba Leo la primera vez que me llevó con él, sonreía y me hablaba sin parar. Yo le escuchaba con atención, siempre le escucho con atención, aunque lo que dijera fuera una tontería. Voy a por mis maletas, hay más que la otra vez porque traigo más cosas. Mi cabeza está repleta de planes e ideas en caso de que Leo se enfade por eso, y también pienso en lo que decirle si me pregunta por lo que he traído, y también por si no le gusta donde ya he pensando ponerlo, y también por si le molesta que, quizá, haya traído más cosas de las que él esperaba. Pienso en todo eso, varias veces, mientras me subo al taxi y le digo con voz seca «Centro Financiero». El taxista me intenta hablar y le ignoro por completo. No me importa una mierda lo que tenga que decirme. Miró por la ventanilla y veo el paisaje irlandés, tan diferente al americano. Antes lo odiaba, pero cada vez me gusta un poco más porque a Leo le encanta y parece muy feliz allí. Quizá yo también podría ser feliz allí. Lo he pensado un par de veces. Mudarme con Leo a Dublín, a nuestra nueva casa. Ya tengo planeadas un par de cosas, algunos movimientos en INternational, crear una sucursal europea allí. No sería descabellado, no sería útil tampoco, pero no descabellado. He hablado con Pamela y Frank sobre la idea, están haciendo números y me van a presentar un resumen para valorar los costes y beneficios. Hago planes, planes sobre planes, como he hecho siempre. Pienso y entonces pienso otra vez. Había dedicado mucho esfuerzo a levantar un imperio de la nada, y no quería echarlo por la borda, pero Leo está ahora en Dublín y a él le encanta este país húmedo y lluvioso de edificios bajos. A mí también empieza a encantarme, pero es pronto. Leo no sabe nada de lo que planeo y no quiero decírselo por si se enfada, por si me detiene antes de que sea tarde o que vuelva a huir de mí. Se lo diría cuando ya estuviera

todo hecho, entonces tendría que aceptarlo porque no habría vuelta atrás. Ya tenía planes por si se enfadaba por eso; pero para entonces yo viviría allí también y podría ir a verle siempre que quisiera. Sería diferente, todo sería diferente. El taxi se detiene y me dice un precio, saco un billete de cien y se lo doy antes de salir del coche y esperar a que sacara las maletas del maletero. Se despide de mí pero me da igual. Solo pienso en que estoy allí, al fin, después de tanto tiempo he vuelto. Estoy muy nervioso y me duele un poco la cabeza. No quiero cagarla y respiro un par de veces. Miro la hora, faltan veinte minutos para que Leo salga del trabajo. Bien. Cojo mis maletas y las llevo de camino por entre los edificios del centro financiero, al menos allí hay algo de clase y arquitectura moderna. He visto algunos cuantos que alquilan oficinas, he hecho algunas llamadas y he incluido los precios en los informes para que calculen la rentabilidad y los costes. Tendría que llevarme a algunos empleados de la sede en Nueva York, contratar a nuevo personal, era mucho. Bastante trabajo, pero quizá para entonces yo ya tendría a mi ayudante de vuelta. Voy hacia la cafetería en la que me habíamos tomado nuestro primer café la primera vez que había ido a rogarle que me perdonara. Jamás había creído que yo, James Black, le rogaría a nadie. Casi prefería que me arrancaran los ojos, pero lo había hecho, solo porque Leo merecía cada puta lágrima que había llorado por él. Así que me paro en nuestra cafetería y pido dos cafés, como él haría por mí, junto con un donut glaseado. La chica me reconoce y me sonríe mucho, sé que le gusto, pero yo le gusto a todo el mundo. No respondo a sus sonrisas ni a sus palabras, solo le digo que se dé prisa. Ya no me importa lo que ella piense, lo que nadie piense, solo quiero que Leo vuelva a ser el que me pida cafés y el que me invite a donuts glaseados mientras me da caricias en el sofá y pequeños besos en la barba. Esa jodida barba que me hacía parecer gordo y que tanto me picaba con el sudor, pero a él le encantaba, como el pelo del pubis, aunque a mí me siguiera pareciendo innecesario. Me lo había dejado crecer porque sabía que a él le volvía loco, y yo quería volverle completamente loco; como él me volvía a mí. Me pasé días dudando en si ceder, porque si lo hacía, quizá él se diera cuenta de lo mucho que me importaba y quisiera aprovecharse de mí, hacerme daño o, peor, reírse. Sin embargo, Leo no lo hizo, él nunca se reía. Me costó entenderlo, me costó aceptarlo, todavía tengo miedo, pero él me ama más de lo que nadie me había amado y yo quería demostrarle que también me importaba muchísimo y que le quería. No podía decírselo con palabras, así que me dejaba crecer el pelo de la polla, me dejaba la barba más larga, le pagaba todo lo que quería, le follaba todo lo que podía y le daba todo lo que tenía. Eso era amor. La chica me da los cafés y el donut y le pago y me voy sin escuchar nada de lo que tenga que decirme. Camino hacia el edificio donde trabaja Leo y me quedo a un lado. Retrocedo porque estoy muy en medio y tengo miedo de que me vea demasiado pronto y no quiera salir a recibirme porque está enfadado. Quiero que salga y se lleve la sorpresa, así no podría esconderse y esperar a que me

fuera en caso de estar molesto por verme allí tan pronto, sin haberle avisado primero. Me voy a un lado y dejo las maletas, tengo los vasos en un cartón junto al donut. Ahora me arrepiento de haberlo comprado todo, porque voy a parecer subnormal. Me va a ver y se va a creer que soy un gilipollas con los cafés entre las manos. Giró el rostro pero no hay papeleras. Creí que sería un detalle que le gustaría, uno de esos que él solía hacer por mí, pero ahora me doy cuenta de que parezco un patético gilipollas y que se va a pensar que soy débil. Empiezo a respirar más fuerte. A él le gustan esas tonterías, pero quizá no de mí. Quizá me vea menos hombre allí plantado con los cafés en la mano, quizá me pierda el respeto porque yo soy El Jefe y yo no debería llevar los cafés a nadie. Joder. No hay papelera y estoy a punto de tirarlo todo a un lado. Leo se va a reír.

Entonces le veo.

Sale de la puerta solo, con una mochila al hombro, un maletín en una mano y el móvil en la otra. Está muy guapo y tiene una expresión tranquila en su rostro atractivo y masculino de barba corta con reflejos pelirrojos. Se ha despeinado un poco porque, cuando piensa distraídamente, a veces se pasa la mano por el pelo y se lo revuelve. El móvil de mi bolsillo empieza a vibrar y sé que es él. Me está llamando nada más salir del trabajo. Sonrió un poco y cojo el móvil con un agradable calor en el pecho.

—Hola, Leo. Gracias por llamarme —respondo. Le estoy viendo a lo lejos y le veo poner los ojos en blanco. No le gusta que le dé las gracias por llamarme, porque lo hace solo porque quiere, porque yo le importo mucho.

—¿Qué te he dicho, James? —me pregunta con su precioso acento irlandés. Nadie habla como él lo hace—. Supongo que no estás todavía en el avión, ¿cuándo llegas? —me pregunta mientras se gira a un lado para ir a cruzar la carretera. No me ve porque hay mucha gente a su alrededor y va directo hacia la estación de trenes.

Tomo una bocanada de aire y siento la calma. Leo está allí, puedo verle y hablar con él. Todo va bien.

—Ya he llegado —le confieso—. Estoy a un lado.

Veo que se queda parado en seco, gira el rostro para buscarme, me encuentra, alza las cejas en una expresión de sorpresa y empieza a caminar hacia mí. El cielo esta nublado y hay una luz pálida que arranca destellos a su pelo caoba. Sus ojos son de un azul muy especial, polvoriento, casi gris. Su ropa es barata y la odio, pero debajo hay un cuerpo increíble, musculoso, cálido y repleto de un pelo fino y pelirrojo que me vuelve loco. Mi Leo no parece enfadado, solo sorprendido. Cuelga el teléfono y mira a ambos lados de la carretera antes de cruzar. Mira mis un momento mis manos con los cafés y el donut y ahora parece más sorprendido que antes.

—Joder... —murmura mientras se acerca—. Sí que funciona la terapia —y

sonríe.

Una de sus medias sonrisas, esas que acompañaban sus bromas un poco crueles, cuando te mira como un pequeño cabrón y es jodidamente sexy y te sientes estúpido pero muy excitado a la vez. Solo Leo consigue ponerme tan cachondo con solo una mirada. Trago saliva y controlo la respiración. Si fuera por mí, tiraría el puto café al suelo y le comería la boca hasta dejarle sin aliento, entonces apretaría ese culo prieto e increíble y le enseñaría de quién no tenía que reírse: de James Black, su novio de verdad.

—He pensado que te gustaría —reconozco tras un silencio. He pensado en mentirle, pero yo ya no le miento a Leo, solo le digo la verdad y espero a que no me considere un gilipollas débil y triste.

—Sí... me ha gustado mucho. No me lo esperaba —responde, terminando de acercarse.

Entonces no se detiene, solo da un paso más y se inclina para darme un beso en los labios. Un gruñido de placer se me escapa por la garganta. Sus labios son suaves y perfectos, su barba pica un poco pero su lengua está húmeda y es deliciosa. Nadie besa como él y, aunque yo no había besado a nadie más en mi vida, lo sabía. Cuando se separa, deja un rastro de saliva en mis labios que yo me lamo con placer. Tengo la polla tan dura que me molesta en los pantalones de mi traje azul oscuro de *Giorgio Armani*. Solo Leo consigue excitarme de aquella manera, sin drogas, sin esfuerzo, solo un beso y ya noto la polla tan húmeda que me mancha la tela de mi bóxer negro de *Versace*.

—¿Cuál es el mío? —me pregunta, señalando los cafés en mi mano sobre el cartón.

Tardo unos segundos en responder. Me gusta que espere a oír mis palabras, me gusta ver sus ojos prestándome toda su atención. A la gente le intimidan mucho mis silencios, pero no a Leo, él solo me mira en respuesta y espera en silencio. Termino señalando uno de los vasos grandes de color crema, el que tiene un corazón pintado. Leo sonríe y lo coge para darle un trago antes de dirigir su mirada a las maletas que hay a mi lado, una maleta de aluminio negro de *Dior* y una maleta de mano de *Gucci*.

—Es mucha ropa para un fin de semana, ¿no? —me dice mientras levanta suavemente una de sus cejas.

—He traído un poco de todo porque no sabía a dónde querrías llevarme —respondo, usando una de las muchas excusas que me había inventado de camino.

Él mantiene mi mirada en silencio y bebe otro trago de su café con leche. Sabe que he traído muchas más cosas de las que necesito y sospecha de mí, pero no dice nada al respecto, solo señala el camino y va hacia la maleta de mano de *Gucci* para ayudarme a llevarla. Bajo la mirada y le veo el culo apretado en esos pantalones de pinza baratos, él se da cuenta y me dedica una mirada más seria de ceja arqueada. Pero yo no hago nada ma-

lo, solo estoy disfrutando de lo es mío, así que no me doy prisa por levantar la vista a sus ojos.

—Te he echado mucho de menos, Leo —le digo en voz más baja.

—Ya, ya lo veo —responde, haciendo una señal con la cabeza hacia mi entrepierna muy abultada entre la gabardina negra.

—Tengo hambre —le confieso. Ahora que estoy a su lado, estoy muy tranquilo, calmado, me siento poderoso y quiero que él sepa que estoy deseando volver a follarle hasta que se quede sin aliento —. Mucha, mucha hambre...

Leo trata de seguir con su expresión seria, pero termina por soltar aire por la nariz y sonreír.

—Vamos a casa, anda —me dice.

Sonríó un poco y asiento lentamente. Ahora que estoy con Leo, todo va bien.

ARE YOU GRAND, PAL?

El señor Black no solo había llegado por sorpresa a Dublín y mucho antes de lo que me esperaba, sino que además había venido con dos maletas enormes llenas de lo que, estaba seguro, no era ropa para un fin de semana. Aún así, no me pareció el momento para empezar a discutir aquel tema. Durante aquella semana me había empezado a hacer mucha ilusión volver a verle, de vez en cuando me encontraba a mí mismo pensando en el fin de semana y sonriendo; o, peor, excitándome al pensar que James, su grueso labio inferior, su barba espesa, su Gran General y su cuerpo perfecto estarían a mi alcance dentro de muy poco.

—¿Qué tal el viaje de madrugada? —le pregunté, volviendo la cabeza hacia el señor Black mientras atravesábamos una de las calles principales. La casa que él había comprado no solo era enorme, sino que quedaba a veinte minutos andando del Distrito Financiero y a diez del centro—. Tuviste que subirte al avión muy temprano —supuse. Era lo segundo que había pensado al verle esperando al otro lado de la carretera, lo primero había sido fijarme en lo guapo e increíble que estaba con su traje azul marino y su gabardina negra.

—Largo y aburrido —respondió tranquilamente, andando muy pegado a mí con una maleta en una mano y su café y donut glaseado en la otra—. No paraba de darle vueltas a la cabeza, como siempre.

Puse una mueca preocupada y lo único que se me ocurrió fue darle un breve golpe hombro contra hombro y decirle:

—No te preocupes, James, ya estás aquí.

Él me miró por el borde de los ojos con una expresión seria y calmada, pero no dijo nada. Incluso con la mano ocupada por el porta-café, quiso pegarla a mi espalda y recorrer el resto del camino sin apartarla de allí. Cuando nos detuvimos frente a la puerta azul oscuro con el león plateado, dejé la maleta de mano sobre el suelo, saqué las llaves del bolsillo y abrí la cerradura, empujando la madera para que quedara abierta y poder pasar con el equipaje. El señor Black cruzó poco después y echó un rápido vistazo alrededor.

—¿Es como la recordabas? —le pregunté, quedándome a su lado y mirando lo que él miraba—. ¿O falta algo?

Yo no había tocado mucho la planta baja, solo había ido de las escaleras a la enorme cocina, así que dudaba que viera nada nuevo allí de lo que había visto al comprarla. Él no dijo nada, atravesó el pasillo y se dirigió directo al piso superior, pero le detuve con un gesto y cogí el porta-café que aún tenía en la mano y lo sustituí por la maleta de mano.

—Puedes ir a investigar y a dejar las cosas en la habitación —le propuse, llevándome su café y su donut hacia la encimera de la cocina.

El señor Black no lo dudó y subió al segundo piso con sus maletas en la mano. Yo me quedé en la cocina un momento, abriendo las puertas de la nevera para revisar qué podría hacer para cenar. Como había dicho James,

el apartamento tenía lo básico para la venta, así que había tenido que comprar un par de cosas para salir del paso; entre ellas, un poco de comida al salir del trabajo, así que no había mucho donde elegir. Terminé por sacar una docena de huevos y un bote de espinacas de la alacena y dejarlos al lado de la vitrocerámica antes de buscar *la sartén*, la única que tenía por el momento. Lo puse todo allí y fui a buscar el maletín del portátil sobre la isla para subirlo a la habitación. Daba por hecho que James ya había tenido tiempo suficiente para hacer todas las búsquedas que quisiera por la casa.

Me detuve en el segundo piso a dejar el maletín en el despacho y después subí al tercero para encontrarme con el señor Black en la habitación principal. Las luces del cuarto estaban apagadas, pero las del vestidor estaban encendidas, separado del cuarto por una preciosa puerta corredera tipo biombo. Me acerqué en silencio y me quedé de brazos cruzados mientras le veía poner su ropa tranquilamente sobre las estanterías, colgando camisas e incluso dejando zapatos en la parte baja. Había espacio de sobra, por supuesto, porque era un vestidor estúpidamente grande a juego con el resto de la casa. Se trataba de un mueble de madera clara repleto de cajoneras, estanterías, espacios para colgar la ropa en perchas e incluso una fila superior con cajas para guardar cosas. Recorría la totalidad de las tres paredes, dejando espacio solo para un espejo de pared y la puerta que conectaba el vestidor con el baño. Yo solo había necesitado un dos por ciento de todo el espacio del mueble para poner mi poca ropa, pero el Señor Black estaba repartiendo la suya un poco por todas partes.

—Compraremos otro espejo y una buena alfombra a juego con unos asientos —me dijo tras un par de minutos, cuando terminó de colgar sus dos trajes de marca—. Me gusta el espacio, pero habrá que cambiar algunos cajones para las corbatas, los pañuelos y los relojes como en el ático.

No respondí enseguida, no muy seguro de lo que trataba de decirme con aquello, porque sonaba a que James tenía pensado dejar mucha de su ropa allí; y ese no era el plan inicial. Terminó de desempaquetar su maleta metálica y entonces fue a por la negra de mano, de la que sacó algunas gafas, relojes, ropa interior, de deporte, más camisas y pantalones cortos y, lo más sorprendente, su neceser, el cual llevó al baño. Le seguí con el ceño fruncido y apoyé el hombro a un lado de la puerta, mirando con curiosidad cómo dejaba su cepillo de dientes en el mismo lugar que el mío, además de su cera del pelo, sus cremas y algunas de sus cosas. No dejó el neceser allí por comodidad, no, lo que hizo fue sacar todo como si no tuviera intención de volver a llevárselo de vuelta. Al fin, nuestras miradas se encontraron por el reflejo del enorme espejo sobre el lavabo, había una evidente pregunta en mi rostro que el señor Black no se molestó en responder. Se dio la vuelta mientras se quitaba la chaqueta del traje y mantuvo mi mirada sin bacular, clavándome fijamente aquellos ojos del a-

zul del mar, como si me estuviera desafiando a decirle algo al respecto. El silencio se alargó mientras se remangaba la camisa tranquilamente, hasta que dio un par de pasos para pasar por mi lado de vuelta al vestidor, girando el rostro para no dejar de mirarme. Entonces me giré, todavía con los brazos cruzados sobre el pecho, para ver cómo se inclinaba sobre su equipaje de mano y sacaba lo último que quedaba allí: el bote de aceite de coco, una fusta de cuero, un rollo de cuerda de nylon y un envase de medio litro de lubricante.

—¿En serio, James? —le pregunté con expresión seria, ya incapaz de contenerme.

—Para nuestro domingo especial —murmuró sin mostrar ningún tipo de vergüenza y arrepentimiento, caminando hacia la habitación.

—Te has tomado muchas confianzas, ¿no crees?

El señor Black no respondió, fue hacia una de las mesillas que bordeaban la cama, esa que quedaba «a su lado de la cama», o al menos el lado donde siempre dormía cuando estábamos en el ático. Dejó todo encima, a excepción de la cuerda de nylon, que apretó entre las manos mientras se sentaba en el borde de la cama.

—Ven —dijo, aunque sonó como una orden.

No me moví de donde estaba, entre las puertas correderas del vestidor, con los brazos cruzados y expresión seria. Compartimos una mirada seria y fija que se alargó casi un minuto hasta que, lentamente, me acerqué a él para quedarme a un paso de distancia.

—James, creo que has olvidado que las cosas ya no son como antes —le recordé.

—Y yo creo que te has olvidado de qué tipo de hombre es tu novio —respondió con su voz grave y calmada, tensando la cuerda entre sus manos—. Desnúdate —ordenó.

Miré la cuerda negra y después aquellos ojos azules que me miraban tan fijamente. Había supuesto que habría sexo, bueno, en realidad había dado por hecho que habría sexo ese fin de semana, pero me había imaginado a un James más dubitativo y suave, como el de la primera vez, no al James que llegaría con sus juguetes y su actitud de Amo.

—¿Y si te ato yo a ti? —le pregunté entonces.

El señor Black no respondió nada en uno de sus breves silencios mientras deshacía la cuerda, mirándome por el borde superior de los ojos como si fuera a hacerme algo muy, muy malo.

—¿Y qué me vas a dar a cambio de atarme, Leo? —quiso saber, usando su voz grave y aterciopelada.

Alcé la cabeza, pero no quise mostrarme tan sorprendido como me sentía de que no se hubiera negado en rotundo a aquello. El James de antes nunca lo hubiera permitido.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté, dispuesto a negociar.

James se levantó y quedó muy cerca, tanto que podía sentir su erección dura y abultada contra la mía. Mantuvo su mirada en mis ojos mientras ja-

deaba lentamente, bañándome la cara de un vaho húmedo y cálido.

—Te vas a poner el anillo, Leo —me dijo en voz baja—, este fin de semana yo seré tu marido y podré hacer lo que quiera sin que te enfades.

No respondí al instante, por supuesto, tampoco descrucé los brazos, solo me quedé en silencio valorando la idea. Sería como tener un simulacro de lo que podría pasar si volvíamos a estar juntos, si volvíamos a estar prometidos. Una prueba para comprobar si James había conseguido cambiar o si todo aquello solo había sido un montón de excusas y lloriqueos para poder volver a follarme y estar donde estaba antes.

—*That's grand...* —murmuré, una típica respuesta de la jerga irlandesa con un intencionado acento que, como sabía, aceleró la respiración de James y le hizo tensar la mandíbula. Sin apartar la mirada de sus ojos, fui en busca de la cuerda entre sus manos y le dije—: *Turn around, pal.*

Al señor Black se le escapó un jadeo, pero apretó más los dientes como si estuviera enfadado.

—Ten cuidado, Leo... —me advirtió en voz baja—. Ya sabes lo que pasa cuando...

—*Shite, lad, we don't have all night* —continué, dándole la vuelta para que se pusiera de espaldas—. *Hang there for a second and stop acting the maggot!*

James soltó un gruñido bajo e intenso que me hizo sonreír de forma malvada, pero al estar de espaldas mientras le ataba las muñecas, no pudo verla. Era increíble lo cachondo que se ponía cuando forzaba el acento y le hablaba de esa forma tan estúpida. Cuando terminé de atarle las manos a la espalda, le volví a dar la vuelta y le miré de nuevo el rostro. James estaba en ese punto en el que era difícil descifrar si estaba demasiado excitado o completamente enfadado.

—Te vas a pasar todo el puto fin de semana haciéndome feliz y a cuatro patas, Leo... —dijo con voz densa, grave y pesada, perdido un poco en la locura mientras tomaba profundas y rápidas respiraciones, movía la cadera y apretaba los dientes—. No voy a permitir que te alejes de mí ni un segundo, ¿me has oído?

Yo murmuraba desinteresadamente como si me importara lo más mínimo lo que me estaba diciendo, saqué la alianza de boda del bolsillo, tardando un momento en encontrarla al final del todo, debajo del móvil, y me la puse en el dedo anular antes de enseñárselo al señor Black.

—Tú y yo seremos maridos de verdad este fin de semana —murmuré.

—Sí... —jadeó él—, y me vas a dar todo lo que yo quiera, Leo. Vas a ser muy, muy bueno con tu hombre y le vas a... ah... —terminó gimiendo cuando le agarré del pelo con una mano y empecé a lamerle el cuello y a apretarle contra mí.

Gruñí al sentir su piel un poco salada y caliente en la boca, gruñí cuando bajé una mano por su pecho firme y abultado, por sus abdominales bajo la camisa hasta, finalmente, alcanzar ese bulto de carne que se tensaba contra la tela del pantalón; ese bulto con el que había estado fantaseando los últimos días.

Pero no quise apresurarme, solo darme un pequeño gusto al notar lo grueso y alargado que era antes de levantar la mano y empezar a desabrocharle la camisa. James no dejaba de jaderar y gruñir en una extraña lucha contra sí mismo, esa que siempre vivía cuando era yo el que tenía el control del sexo. Una parte de él quería mandar y se negaba a someterse a mí, luchando por ahogar los gemidos y controlar la respiración mientras se revolvía un poco y apretaba los dientes como si sufriera; otra parte de él estaba completamente enloquecido y solo quería más y más.

—Se acabó el James bueno, Leo... —me dijo al oído en voz baja y casi sin aire—. Más te vale que estés preparado...

—*I'm always prepared for my lad. Am I not?* James...

El señor Black apretó más los dientes y gruñó de pura rabia y frustración, abriendo muchísimo los ojos. Trató de desatarse, pero le había hecho uno de esos nudos que él hacía, de esos que, cuando más tratabas de soltarte, más te apretaba.

Terminé de desabotonarle la camisa con una fina sonrisa en los labios mientras él luchaba y me amenazaba, sin dejar de mirar a aquellos ojos azules, dos mares de tormenta y completamente enloquecidos. Sabía que estaba rozando un límite muy marcado con James, que no mentía cuando siempre me advertía que era mejor no provocarle, no «despertar a la fiera si no quería domarla»; pero el problema era que ese fin de semana yo *sí* quería domarla. Tenía energías de sobra, estaba de buen humor y con muchas ganas de pasarme un par de días inmerso en las locuras de James. Quería llevarle lo más lejos posible y que me demostrara si seguía siendo solo un Amo egoísta y cruel, o si ahora era algo más.

Así que seguí ignorando todas las gilipolleces que me decía y me limité a disfrutar provocándole como nunca lo había hecho. Le aparté la camisa hasta los hombros y recorrí aquel cuerpo perfecto y grande, desde el cuello a su uve para, lentamente, desabrocharle el cinto de cuero negro y hebilla dorada.

Le besé y me mojé los labios con su saliva, sentí otro gruñido en la boca y la desesperada lengua de James queriendo encontrarse con la mía. Cuando bajé la cremallera de su pantalón, el bulto alargado y carnoso luchó por buscar más espacio y liberarse, así que yo lo guí suavemente con la mano, notando lo caliente que estaba bajo la fina tela del bóxer negro y dorado.

Acariciándolo con los dedos descubrí una gran humedad viscosa allí donde estaba la punta. Sabía que el señor Black estaría mojado, pero aquello era mucho incluso para él, lo que me produjo un profundo placer y una increíble sensación de poder sobre él. James se revolvía un poco, moviendo la cadera y tratando de que le hiciera más cosas, de que le besara más fuerte y de que le tocara con mayor intensidad. «Ponte de rodillas ahora mismo y cómetela entera», «Te vas a pasar el fin de semana limpiándome la polla, Leo», «Date la vuelta y bájate los pantalones, te voy

a follar hasta que aprendas quien manda aquí...», «Después no llores cuando te la meta hasta el fondo sin parar...» me decía entre jadeos, entre beso y beso, intentando seguir dándome órdenes aunque en aquel momento el único que tuviera el control fuera yo.

Puse una mano en mitad de su pecho grande y le empujé hasta que cayó de culo en la cama, haciendo crujir y botar el colchón bajo su peso. El señor Black seguía con las manos a la espalda, respirando con fuerza y clavándome una mirada asesina por el borde superior de los ojos. Tenía los labios enrojecidos y repletos de saliva tras los besos, el torso al descubierto, el cinto abierto y la bragueta bajada. Respondí a su mirada tranquilamente y me aparté la corbata negra por encima del hombro para poder empezar a desabotonarme mi camisa. Me lo tomé con tranquilidad, provocándole solo un poco más y más. Primero me deshice de la camisa y después del pantalón, pero lo hice como a James le gustaba, como si yo fuera un gilipollas prepotente con buen cuerpo y una media sonrisa soberbia en los labios. Me desnudé, pero me quedé con la corbata negra puesta y me senté a horcajas sobre un James totalmente perdido. Solo jadeaba lentamente, tragaba saliva y sorbía por la nariz, agitaba la cabeza como si necesitara aclararse las ideas o acabara de meterse una raya de cocaína y estuviera sintiendo el subidón. Me miraba con una expresión muy seria y peligrosa, todo aquello me iba a salir muy caro y ambos allí lo sabíamos. Le besé muy suavemente en los labios, rodeando su cuello con los brazos antes de murmurar:

— *Are you grand, pal?*

James asintió lentamente como toda respuesta. Le acaricié la nariz contra la mía, dándole pequeños y suaves besos en los labios antes de mordisquearle ese labio inferior y gruñir de puro placer al sentir como se deslizaba entre mis dientes.

Entonces me quité la corbata y se la puse al señor Black, ajustándosela a su grueso cuello con una fina sonrisa en los labios. Enrollé la tela negra alrededor de mi puño hasta que tensó el nudo y obligó a James a inclinarse un poco hacia mí. Rocé su labio inferior y enrojecido con el pulgar, limpiándole la saliva que había quedado allí.

—Has venido a dejar tus cosas, ¿verdad? —le pregunté en voz baja, tirando un poco más de la corbata—. No soy imbécil, James...

—Soy tu marido y esta es nuestra casa, así que dejaré lo que me salga de los cojones y te callas la puta boca —respondió en el mismo tono bajo y grave.

Le di una suave bofetada que produjo un sonido seco, pero no doloroso.

—Ahora te vas a relajar y vas a repetir lo que acabas de decir, pero recordando con quién estás hablando, ¿de acuerdo? —le ordené con tono tranquilo, ladeando la cabeza y sin dejar de mirar aquellos ojos del azul del mar.

Para mi sorpresa, James no perdió los estribos, mantuvo el control, la respiración lenta y los labios entreabiertos.

—Soy tu marido y esta es nuestra casa, así que dejaré lo que me salga de los cojones porque me hace muy feliz formar parte de tu vida y que me tengas siempre presente— respondió de nuevo.

Asentí con aprobación y le di una caricia en la mejilla, deslizando la mano hacia esa barba espesa que tanto me gustaba.

—Pero a mí me dijiste que solo serían «un par de cosas». ¿No fue eso lo que dijiste?

Bajé la mano de su rostro a su torso, acariciándole sobre los hinchados pectorales.

—Mentí.

Volví a asentir, deslizando mi mano hasta su entrepierna para meterla debajo del bóxer y frotar al muy caliente y muy mojado Gran General. Apreté más la corbata hasta atraer al señor Black hacia mí y le susurré a la oreja:

—¿Y por qué me mentiste, James...?

Había empezado a jaderar cuando le toqué la polla, perdiendo la respiración y gruñendo de placer, tanto que le costó un buen par de segundos concentrarse y reunir el aliento suficiente para responder en un hilo de voz:

—Para... conseguir lo que quería...

Murmuré una afirmación antes de morderle el lóbulo de la oreja y jugar con la lengua en su oído mientras le seguía masturbando suavemente. James ya no trataba de luchar, solo se removía suavemente y se dejaba arrastrar por el momento y el placer.

—¿Y qué quieres?, ¿controlarme? —le pregunté.

El señor Black negó con la cabeza.

—Volver a tu lado —susurró tras tragar saliva.

—Entonces, ¿ya no quieres controlarme? —sonreí un poco malvadamente mientras buscaba sus ojos entrecerrados y algo humedecidos.

—Sí... —gruñó, dedicándome una mirada fiera y muy peligrosa—. Sí que quiero... Y este fin de semana te voy a...

Aparté la mano de su polla y le di otra bofetada suave, manchándole el rostro con un rastro de líquido preseminal, viscoso y templado.

—No me importa, James —negué con la cabeza.

El señor Black tomó una buena respiración, la soltó entre los labios y tragó saliva. Estaba algo sudado y caliente, no apartaba jamás la mirada de mí y no dejaba de removerse; y, sin embargo, parecía bastante calmado y tranquilo; casi como si estuviera drogado. No era para nada lo que me esperaba que pasara, sino todo lo contrario. Volví a bajar la mano hacia su polla, rozando la punta, húmeda de nuevo, con los dedos y provocando un par de temblores y jadeos en James. Apreté el puño envuelto por la corbata para tensar la tela al mismo tiempo que fui envolviendo al Gran General de nuevo, primero solo la cabeza, girando la muñeca a la vez que descendía por el tronco grueso. James gemía y apretaba los dientes mientras me miraba fijamente.

—¿Quién es el rey, *lad...*? —le pregunté con un intencionado acento irlandés.

Eso debió ser mucho para el señor Black, porque no fue capaz ni de responder, solo gruñó y empezó a correrse en mi mano mientras contraía el estómago. Me pilló por sorpresa, pero seguí masturbándole hasta que abrió mucho la boca y cerró con fuerza los ojos, liberando unos buenos cuatro o cinco chorros de semen hasta que solo quedó goteando de la punta de su polla. Entonces cogió grandes bocanada de aire y se dejó caer hacia delante, apoyando la frente a un lado de mi cuello mientras recuperaba la respiración. Solté la corbata y le rodeé con el brazo para acariciarle la parte alta de la espalda durante el minuto que tardó en volver a incorporar la cabeza y en mirarme con unos ojos vidriosos. Entonces puso morritos y yo le di un buen beso de novios.

—No pude aguantar más —murmuró con un tono preocupado, como si estuviera avergonzado y quisiera disculparse.

—No pasa nada, James —sonreí—. Fui un poco duro contigo.

Él negó con la cabeza y volvió a apoyarla contra mi cuello mientras suspiraba. Le dejé descansar otro largo minutos, pero llegó el momento de moverse y me separé lentamente, fui a sus espaldas y le desaté el nudo que le ataba las manos.

—Ven, vamos a darnos una ducha y después cenaremos algo —le dije, ofreciéndole mi mano para ayudarlo a levantarse.

James asintió y me siguió como un corderito al baño, agarrando mi mano, con los abdominales y el pelo del pubis manchados de semen y con los pantalones por los muslos, haciendo tintinear la hebilla del cinturón a cada paso. La imagen era bastante cómica, pero no dije nada al respecto, solo le ayudé a desnudarse y puse a correr el agua de la ducha mientras él echaba una buena meada en el retrete. Le esperé en el interior, con los brazos cruzados mientras veía caer el chorro de efecto lluvia, y cuando James entró y cerró la puerta, ni siquiera tuve que apartarme para hacerle sitio. Como el resto de la casa, la ducha era un lugar estúpidamente grande. Había una base de piedra por encima del resto del suelo de madera que iba de lado a lado, delimitado por una mampara de cristal y rodeado de piedra de argamasa en tonos claros. Había tres tipos de chorro, de presión a un lado, de lluvia en el centro y de hidromasaje en el otro extremo; además de un banco bajo por si estabas muy cansado y, por alguna razón, querías sentarte.

—Solo sé poner el chorro de lluvia —le conté al señor Black cuando me abrazó por la espalda y se pegó a mí—. No hay manual de instrucciones por ninguna parte.

—Tienes una carrera, un master y hablas tres idiomas, Leo —murmuró él mientras me besaba el cuello—. Seguro que puedes descubrir cómo funciona la ducha sin un manual.

Se escapó una breve carcajada y negué con la cabeza. No era tan sencillo como parecía. Cuando terminamos de limpiarnos, salí primero para alcan-

zar el toallero con *la* toalla que al igual que *la* sartén, era la única que tenía ahora mismo. Se la ofrecí a James para que se secara primero y después lo hice yo, igual que hacíamos en los vestuarios del gimnasio. Después el señor Black pasó al vestidor y yo me quedé frente al lavabo mientras me quitaba las lentillas y me ponía las gafas, al reunirme con él ya tenía puesta su camiseta gris de #TuAmo y se estaba subiendo a la cintura un bóxer blanco de Armani.

—No, Leo —negó cuando me vio dirigirme al cajón en el que guardaba mi ropa interior.

Sacó uno de sus bóxers de marca y una básica blanca y me las entregó. Puse expresión seria, pero él me ignoró por completo y esperó de brazos cruzados a que me lo pusiera. Quizá debería haberme negado, pero, sinceramente, no me apetecía discutir por unos puñeteros calzoncillos, así que me vestí y salimos en dirección a la habitación y, de allí, a las escaleras para descender tres pisos hasta la enorme cocina.

—Haré una *omelette* con espinacas, ¿qué te parece? —le pregunté de camino a la vitrocerámica.

—Europeo —respondió él, apoyando los brazos en la isla central mientras echaba otro vistazo a la cocina—. ¿Por qué no enciendes la luz principal, Leo?, ¿no funciona?

—Sí, sí que funciona, pero me gusta más esta —reconocí, haciendo una breve señal hacia la luz del extractor, mucho menos brillante y cegadora que la de los focos del techo—. Es más íntima.

Yo ya estaba de espaldas, partiendo los huevos y poniendo a calentar la vitrocerámica, así que no pude ver lo que estaba haciendo James, pero era algo así como dar vueltas y comprobar los electrodomésticos, la despensa y la nevera mientras me decía cosas del tipo: «Compraremos comida», «¿Te gusta la decoración? A mí no me disgusta, pero podemos contratar a un decorador y reorganizar el espacio», «¿Has probado la máquina de café que te he comprado?». Solo se detuvo para sentarse a la mesa y empezar a escribir un par de cosas en una hoja de papel que, probablemente, hubiera ido a buscar al despacho. Cuando terminé de preparar la cena y la serví en platos sobre la isla de madera clara, dejó el papel y el bolígrafo a un lado y me miró mientras iba en busca de dos botellines de agua a la nevera.

—¿Qué escribías? —le pregunté, llevándome un trozo de la *omelette* con espinacas a la boca—. ¿Un ejercicio de la terapia?

James negó con la cabeza.

—La lista de cosas que tenemos que comprar —respondió con una mirada fija mientras masticaba.

—James, no tienes que com...

—No, Leo —me interrumpió con un tono serio—. Sí que tengo.

Me quedé mirándole con la misma expresión seria con la que él me miraba, pero no tuvo ningún tipo de impacto ni marcó la más mínima diferencia. Le volví a preguntar por el viaje y estuvimos charlando un poco hasta terminar, recoger los platos y darles una fregada rápida antes

de volver hacia la habitación. Yo ya estaba algo cansado después de un viernes bastante movido, pero James parecía tener otra idea en mente. Se acercó y se pegó a mi espalda mientras metía la mano por debajo de mi camiseta.

—Vuelve a atarme, Leo —me susurró al oído—. Esta vez aguantaré todo lo que quieras.

Fruncí el ceño y volví el rostro para intentar mirar sus ojos.

—¿Y eso? —quise saber—. ¿Te gustó? —sonreí.

El señor Black se encogió de hombros, presionando la entrepierna dura contra mi culo.

—Hicimos un trato, Leo —me explicó—. Yo no he podido llegar hasta el final, así que te debo una segunda ronda. Es lo justo.

Solté un murmullo de interés y me di la vuelta, rodeando los hombros de James y acercando mi rostro al suyo. Creía que estaba cansado, pero mi cuerpo parecía tener ganas de aquella revancha.

—*Are you sure, pal?* —le pregunté.

Eso fue todo lo que necesité para que el señor Black gruñera y me arrastrara hacia la cama. Le volví a atar, como me pidió, e incluso fui a buscar la corbata para ponérsela al cuello. No fue bueno con él, nada bueno; usé mucho acento, muchas preguntas de esas que le gustaban, le hice una buena mamada —aunque no estaba seguro de cuál de los dos había disfrutado más de eso—, me senté en su cara mientras se volvía loco apretándose y hundiendo el rostro entre mis nalgas, le monté mientras agarraba la corbata y tiraba de ella para obligarle a acercarse y besarle los labios.

Hice todo lo que pude para quebrarle, pero el señor Black aguantó como si fuera cuestión de vida o muerte. Solo jadeaba, apretaba los dientes, se revolvía y gemía tan alto que se podía oír por toda la casa. Al final, fui yo quien no pudo soportarlo más, corriéndome sobre él con un grito de liberación. Entonces, y solo entonces, James gruñó con fuerza y se corrió casi al mismo tiempo que yo, con un gruñido tan alto que rivalizó con el mío.

Me caí sobre él y tardamos un buen tiempo en recuperar el aliento y las energías suficientes para incorporarme, dale un húmedo beso de novios y desatarle la corbata y las muñecas. El nylon había dejado marcas en su piel, pero yo sabía mejor que nadie que se irían en un par de horas. Hice el esfuerzo de abrir las mantas y meterle dentro antes de que se echara sobre mí, sudado y manchado, para cubrirme bajo el peso de su cuerpo y soltar un último suspiro de felicidad antes de quedarse completamente dormido. Solo tuve que cerrar los ojos y sonreír.

La luz entraba a raudales cuando me desperté, sintiendo aquel delicioso peso y la calidez de su piel sobre mí. Gruñí una leve queja y le apreté, tratando de esconderme de la mañana y su doloroso despertar. El señor Black me rodeó más fuerte e interrumpió su lenta y pesada respiración para acomodarme mejor bajo él. Volví a cerrar los ojos, pero solo alcancé

una vigilia entre el sueño y el despertar hasta que, finalmente, la luz venció y entreabrí los ojos para quedarme mirando le techo mientras acariciaba la espalda de James.

—Ey, dormilón... —murmuré, dándole un par de besos en la sien y la patilla rubia que se unía a su barba, todo lugar donde podía alcanzarle con los labios.

El señor Black levantó la cabeza, me miró con sus ojos adormilados y puso morritos. Cuando le besé, él me devolvió el beso, más lento y suave, después más profundo y con lengua. Empezó a frotar la cadera y, antes de que me diera cuenta, ya se estaba haciendo un sitio entre mis piernas y alargando una mano hacia el lubricante sin si quiera dejar de besarme ni un instante. No tuve que hacer nada, solo relajarme, respirar, dejarme llevar y notarle cada vez más y más dentro mientras me hundía bajo su cuerpo.

Cuando estuvo todo dentro, me agarró de las muñecas y las puso por encima de mi cabeza mientras movía la cadera a un ritmo lento y enloquecedor. «¿De quién es esta casa, Leo?» me preguntó en un jadeo. Tuya, respondí en un gemido bajo. «¿De quién es esta cama, Leo?». Tuya. «¿De quién es este culo que me estoy follando, Leo?». Tuyo, solo tuyo. «Mío, es todo mío», repitió mientras se corría dentro de mí. Cuando terminó, resoplé y me pasé una mano por el pelo mientras él descansaba. Despertarse con James Black follando así debía ser uno de los ingredientes indispensables para la felicidad, porque yo me levanté de esa cama como si flotara en una nube, dirigiéndome a la ducha entre suspiros y disfrutando del agua como si fuera mi primer baño en meses.

Al llegar al vestidor, desnudos y despiertos del todo, quise vestirme con mi ropa pero, una vez más, el señor Black me lo impidió, dándome un bóxer de marca, unos de sus pantalones vaqueros y otra camiseta básica negra. Esta vez solo acepté sin más y me lo puse mientras él se vestía con unos pantalones caquis con cinturón y una camisa blanca bien apretada y abierta en el pecho. Al terminar, me llevó con él al espejo de pared y miró el resultado. Fue extraño volver a hacer eso, extraño, pero también me produjo una leve sensación de placer que no comprendí del todo. James añadió unas gafas de sol a mi conjunto y, para mi sorpresa, el Rolex *submarinier*.

—Tienes que ponértelo —me recordó con tono serio al ver que me había quedado mirándolo entre las manos un buen rato.

Asentí lentamente y me lo até a la muñeca, la misma mano en la que llevaba mi alianza de boda. De pronto fue como volver al pasado, pero uno que había quedado muy lejos de allí, al otro lado del mar. Cuando ya estuvo puesto, el señor Black me rodeó con los brazos y me dio un beso en los labios antes de quedarse mirando fijamente mis ojos.

—Ahora vas a llevar a tu marido a desayunar y él te va a comprar ropa porque eso le hace muy feliz —me dijo.

Ladeé el rostro, devolviéndole una mirada seria y una mueca de incomo-

didad; pero James solo volvió a besarme, me dio la vuelta y me dio una cachetada en el culo para que empezara a caminar hacia la puerta. Fruncí el ceño y le miré con sorpresa. Él solo sonreía. El señor Black volvió a ser el de siempre, bueno, no exactamente. Volvió a ser el hombre silencioso, exigente y mandón que era antes, dejando los lloros, disculpas y ruegos atrás; sin embargo, estaba... suave. Muy calmado, atento y cariñoso.

Me rodeaba los hombros mientras caminábamos por la calle, a veces me daba besos distraídos mientras le hablaba o me miraba fijamente por el borde de los ojos. En un *Starbucks* del centro, desayunando, volvimos a nuestra dinámica en la que él se sentaba como una rey en un sofá y yo me sentaba muy pegado para señalarle noticias del periódico o para que pudiera meterme la mano por dentro del cuello de la camiseta y frotarme el pelo del pecho mientras miraba distraído un poco a todas partes.

Incluso se quedó un poco adormilado, porque aún había ciertas líneas grises bajo sus ojos de cansancio acumulado, así que le dejé descansar hasta que terminé la sección económica, entonces le desperté suavemente con una caricia en la pierna, le di un beso cuando me puso morritos y nos fuimos al centro, donde estaban las tiendas de lujo que el señor Black quería visitar. Yo no estaba nada contento con aquello y aún me incomodaba la idea de que volviera a comprarme ropa, pero era cierto que James parecía muy feliz al hacerlo.

Entrábamos en una tienda, hacía su minuciosa selección, nos los probábamos en el vestidor y salíamos con, quizá, una o dos bolsas más a los brazos. Tres horas después, parecíamos gilipollas con las manos repletas de compras de ropa, por suerte, la casa no quedaba lejos. Dejamos todo en el hall de la entrada, revisé la hora en el Rolex y le señalé de nuevo la puerta.

—Vayamos a hacer una pequeña compra de comida —le pedí.

—No vamos a ir a una tienda de esas de pobres con promociones y gente peleándose por un paquete de diez kilos de arroz —respondió con cierta preocupación—. ¿Verdad?

—James, por dios... —puse los ojos en blanco y negué con la cabeza mientras me daba la vuelta hacia la puerta.

Él me siguió al exterior para pasarme la mano por el hombro de nuevo, aunque no dejó su expresión preocupada hasta que vio que el lugar al que iba a llevarle no era tan horrible como quizá se había imaginado. Para él debió ser todo una experiencia, pero, para mí, aquel debió ser, sin lugar a dudas, uno de los momentos más extraños de mi vida. James Black en un supermercado. Verle era como ver un peral en mitad del desierto, simplemente sabías que aquel no era su lugar. Tiraba del carro con su ropa de marca, siguiéndome tranquilamente y mirando aquí y allá con expresión seria pero calmada. Echaba un rápido vistazo a todo lo que metía dentro del carro y me decía:

—Esa marca es más cara, cómprala.

—Más caro no significa mejor, James —le aclaré.

—Sí, sí que significa mejor.

—Esta me gusta más.

—¿Has probado la otra, Leo?

—Es salsa de tomate, James, no necesito un puto estudio de mercado para elegir una... —y le dediqué una mirada seria para que dejara de darme por el culo con el tema.

Y ese solo fue el principio porque, al parecer, al señor Black le preocupaba mucho la calidad no solo de lo que vestía, sino también de lo que comía. Si había una opción fresca, era mejor que la congelada, y si era de origen orgánico y sin conservantes, mucho mejor. Al final, terminó eligiendo por sí mismo algunos productos, haciendo pregunta tras pregunta a la verdulera, al carnicero y a la pescadera. La pequeña compra se convirtió en un carro repleto de comida que tendría que terminar congelando de todas formas. Cuando vi el precio de toda aquella comida orgánica y de origen natural en la pantalla de la caja, alcé las cejas y me quedé sin habla. El señor Black, sin embargo, solo sacó su tarjeta negra y la pasó por el lector como si nada, ignorando por completo las miradas nada discretas de la cajera. No era la primera que hacía aquello, por supuesto, ni siquiera la menos discreta; pero esas eran las cosas que pasaban todo el rato con James Black en sitios públicos. En Norteamérica o en Irlanda, seguía siendo un hombre increíblemente guapo y con cuerpo de deportista de élite.

Después de aquello, llegó la parte divertida: cargarlo todo de camino a casa bajo una fina lluvia que había empezado a caer. Si con las bolsas de las tiendas de ropa parecíamos gilipollas, había que vernos arrastrando calle y media las bolsas del supermercado. Al llegar a casa y dejarlas en la cocina, solté un suspiro y agité los brazos cargados.

—Ayúdame a meterlo todo en la nevera antes de ir a cambiarnos —le pedí.

James acercó sus bolsas y las mías y me ayudó, entregándome las cosas a medida que yo les buscaba sitio en ese armario de dos puertas que llamábamos nevera. Ponía muecas de incredulidad y negaba con la cabeza cuando me pasaba algo que, por alguna razón, había comprado sin razón alguna. Después fuimos a dejar las cosas a la despensa.

—La próxima vez elegiré yo el lugar, Leo —terminó diciéndome James mientras releía la bolsa de café en grano que me había hecho comprar—. Estoy seguro de que habrá sitios especializados donde podamos comprar comida de mucha mejor calidad.

—Hay sitios mejores —afirmé, rodeándole la cadera y empujándole para sacarle de allí antes de que se pusiera a leer todas las puñeteras etiquetas o... yo que sé, decidir tirarlo a la basura porque no era lo suficiente bueno—, pero en el supermercado está todo junto y no tenemos que pasarnos el día entero de compras para llenar la nevera y la despensa.

—Nosotros nos merecemos lo mejor, Leo —me recordó, siguiéndome hacia la cocina.

—Lo sé... —murmuré con un tono algo exhausto, la intensidad de James a veces era demasiado—. ¿Subes las bolsas de ropa y te quedas ordenando el vestidor mientras yo hago la comida? —le propuse.

El señor Black asintió y, tras darme un beso, se fue hacia el hall a por las bolsas que todavía había allí mientras yo subía directamente a la habitación. Me puse otra ropa más cómoda y vieja y bajé a la cocina de nuevo, dejando a James allí. Cuando bajó, solo llevaba su camiseta de *#TuAmo* y ropa interior. Se sentó a la mesa y cogió su papel y su boli a un lado para seguir escribiendo un par de cosas. No había querido mirarlo, ignorándolo para no tener que preocuparme o molestarme con lo que fuera que estuviera planeando hacer. Hice una comida de carne con setas y algo de verdura que a James pareció gustarle.

—Se nota que es orgánico —me dijo, señalando el plato con el tenedor. Le dediqué una mirada por el borde superior de los ojos y después sonreí. Tenía planes para la tarde, pero no había contado con la fina lluvia y con el sopor que le entraría a James tras la comida. Nos preparé un café a cada uno y nos fuimos al salón del segundo piso a tomarlo sentados en el sofá y mirando la gran pantalla de televisión. James farfolló algo, mirando alrededor con expresión pensativa, pero no tardó ni diez minutos en dormirse cuando nos recostamos a lo largo y no eché por encima una fina manta que había comprado aquel mismo día pensando en ese preciso momento. El señor Black me rodeó con los brazos a mi espalda, me apretó contra él y empezó a roncar suavemente, atrayéndome y atrapándome de esa forma que hacía cuando dormía. No quise despertarle, e incluso llegó un momento en el que me quedé traspuesto y dormitando debido al calor de James y el murmullo bajo de la tele, hasta que, hora y media después, me desvelé un poco y entreabrí los ojos para seguir mirando el programa que estaban poniendo. El señor Black se despertó después de una siesta de tres horas, cogió una buena bocanada de aire, me acarició el cuerpo por dentro de la camiseta y murmuró:

—Leo...

Solté un murmullo para decirle que estaba despierto, pero él tiró de mí y no se detuvo hasta que me giré hacia él. Tenía expresión serena, ojos húmedos y algo hinchados después de dormir y unos morritos en los labios. Sonreí y le besé.

—¿Ya estás más descansado? —le pregunté, levantando un mano para acariciarle la mejilla y el mentón fuerte.

Él asintió un par de veces, se quedó mirándome a los ojos un par de segundos y me besó de nuevo. Yo le respondí con otro beso y un pequeño mordisco en el labio inferior. Eso le gustó bastante, gruñó y me apretó contra él para que no parara. Entonces nos empezamos a poner cachondos y, una cosa llevó a la otra, hasta que tuvimos un improvisado, lento y bastante romántico momento de sexo oral bajo la manta del sofá. Después la cosa se complicó cuando quise metérmela y, con James, no valía hacerlo a medias, así que hubo muchos jadeos y mucha saliva hasta conseguirlo.

Yo terminé encima de él, gimiendo y rodeándole la cabeza con los brazos mientras James me agarraba del pelo, me abrazaba fuertemente con un brazo, me besaba y movía la cadera sin parar hasta volverme completamente loco. «James... no puedo...», empecé a gruñir sobre sus labios. Me sentía muy lleno, atrapado entre la manta y su cuerpo, rozando el límite de lo que podía soportar; pero el señor Black solo siguió, incluso más fuerte que antes, y me preguntó con un marcado acento americano: «*Are you grand, pal?*». Me hubiera hecho mucha gracia de no estar al borde del colapso.

Me corrí solo por la fricción contra su cuerpo, sin llegar a tocarme si quiera. Cuando James lo notó, gruñó más alto y llegó al orgasmo que había estado reteniendo de una forma que yo nunca había creído posible. Entonces llegó la calma. Tardé un buen par de minutos en recuperarme y en levantar la cabeza para mirar el rostro del señor Black, con su orgullosa sonrisa en mitad de su boca babada y sus ojos entornados mirando la techo. Le di nuestro beso de novios y con un suspiro le dije:

— Te quiero.

Él me miró, sonrió más, de esa forma imperfecta, algo infantil y preciosa.

— Yo también te quiero, Leo —respondió.

Quizá el señor Black sí hubiera cambiado.

EL MEJOR EQUIPO

Nos detuvimos delante del espejo un minuto entero mientras James nos miraba fijamente, me pasaba una mano por los hombros y decidía si añadir algo al conjunto de ropa nueva. Él iba con un polo blanco y ajustado, pantalones caquis con cinturón y gafas de aviador, yo, por el contrario, seguía en la línea un poco «independiente», con una camiseta gris de pecho abierto, cazadora negra de cuero, pantalones vaqueros y sombrero de paja. El señor Black terminó asintiendo, complacido con lo que veía, y se giró para darme un beso en la mejilla. Tras una tarde de descanso y sexo, habíamos decidido salir al fin de casa, cuando había dejado de llover y el cielo nublado empezó a oscurecerse. Aún así, me llevé el paraguas con la bandera de Irlanda, solo en caso de que nos pillara de camino algún chaparrón repentino.

—Ya sabes que esta noche invitaré yo —le recordé de camino.

—Lo sé —afirmó el señor Black con su tono calmado. Me rodeaba los hombros y caminaba a mi lado, con gafas de sol en un atardecer sin ningún tipo de sol que pudiera molestarle. Si no hubiera estado tan guapo con ellas puestas, habría parecido un completo gilipollas —. ¿A dónde me vas a llevar?

—A un pub del centro, el *Kelly's Barrel*. Tiene buena comida, mucha cerveza, billares y dianas de dardos, así que podremos echar un par de partidas si te apetece.

James sonrió un poco y me apretó más contra él mientras asentía. Desde que había llegado, había estado muy calmado, seguía con sus «cosas de Señor Black», como vestirme, pagarlo todo y la constante necesidad de tenerme cerca; pero en el resto, le notaba muy... suave. No sabía cómo explicarlo, era algo parecido a cuando habíamos ido a Francia o cuando estaba feliz, pero sin las estúpidas interrupciones de Lana o las asquerosas fiestas sexuales.

Yo todavía estaba atento, vigilante, por si aquello era tan solo una ilusión y en algún momento se relajaba y volvía a ser ese hombre más oscuro y reservado, más cortante, irascible e intransigente. Sin embargo, por el momento, estar a su lado me estaba resultando muy agradable, muchísimo.

Tuvimos una cena maravillosa en el pub lleno de gente, hamburguesa con patatas y salsa de queso, sin más interrupciones que cuando el camarero me echó una sonrisa y me guiñó un ojo, provocando una reacción muy posesiva y territorial de James; pero se calmó rápido cuando le acaricié la espalda, le di un beso en los labios y le invité a sentarnos en algún sitio tranquilo.

Esperamos a que una de las mesas de billar se quedaran libres y fuimos con nuestras cuartas pintas de la noche a jugar una partida un poco tonta y borracha. Hubo un momento que me quedé mirando el culo en pompa del señor Black mientras se inclinaba para rematar una bola. Estaba per-

fectamente ceñido en esos pantalones caquis, con ese polo corto que le apretaba los brazos musculosos... me mordí el labio inferior y se me escapó un gruñido de placer. James se incorporó y se encontró con mi mirada, debió ver algo en ella, porque puso una sonrisa soberbia y se acercó a mí.

—¿Qué ocurre, Leo? —me preguntó con su voz grave y densa—. Pareces distraído...

—Solo estaba mirando lo que has venido a enseñarme —respondí yo antes de encogerme de hombros.

El señor Black asintió y apoyó la cadera en el borde del billar junto a su palo, abriendo las piernas para que pudiera ver bien lo obscenamente abultada que era su entrepierna, y ni siquiera estaba empalmado, solo un poco apretado.

—Todo esto es solo tuyo, Leo, ya lo sabes —me recordó—. Puedes mirarlo y tocarlo cuanto quieras y donde quieras.

Le hice un rápido repaso y tragué saliva, porque el alcohol, su rostro fuerte y masculino y aquel cuerpo de dios griego me estaban jugando una mala pasada en mitad del pub. Terminé cogiendo una buena bocanada de aire, dando un paso hacia él, poniendo mi mano en su pierna gruesa y musculosa y susurrándole al oído:

—Más te vale que solo sea mío —y, sin previo aviso, deslicé la mano para alcanzar su entrepierna y darle un apretón discreto que produjo un profundo gruñido de placer en James y un arqueó de su espalda.

Aquel gesto fue el comienzo de una larga serie de roces «casuales» y preguntas susurradas por parte del señor Black, quien, al parecer, se había puesto muy cachondo con aquello.

—¿Y esto es mío, Leo? —me susurraba al oído a mis espaldas, agarrándose una nalga con toda su mano mientras yo echaba tiza a la punta de mi palo, fingiendo que nada pasaba allí.

—Solo cuando te lo mereces —respondí, inclinándome para darle a la bola blanca.

No era la mejor forma para hacer el tiro que necesitaba, pero sí la mejor forma de rozar «casualmente» mi trasero contra su entrepierna. Casi pude oír como el señor Black soltaba aire entre los labios y apretaba los dientes para contenerse. Me siguió al siguiente punto y apoyó la cadera en el borde del billar, metiendo una pierna entre las mías para quedar más cerca mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Yo creo que me lo merezco, Leo —me dijo—. Creo que cuido muy bien de mi marido, le doy todo lo que necesita y le mantengo muy satisfecho. ¿No crees?

Golpeé la bola y fallé el tiro, pero no me importó demasiado.

—Creo que a tu marido le hace mucho más feliz cuando eres ese hombre tranquilo y cariñoso que has sido hoy —respondí—. No sé si estabas cansado o es la medicación, pero la verdad es que me gusta mucho.

El señor Black mantuvo mi mirada en silencio y me detuvo con una mano

en mi camiseta antes de que me alejara de él. De pronto, su expresión sería se convirtió en una leve mueca de preocupación y tristeza.

—Este soy yo, Leo —murmuró tan bajo que casi no pude oírle entre el ruido del pub y las demás mesas de billar—. Este es el hombre que me gusta ser, el que lucho por ser. No lo estoy fingiendo —y sus ojos terminaron por humedecerse un poco mientras negaba con la cabeza.

Apreté las comisuras de los labios y ladeé el rostro a la vez que levantaba una mano para acariciarle la barba.

—Perdona, James, no quería decir que lo estuvieras fingiendo —respondí.

Él inclinó el rostro para disfrutar de la caricia y terminé dándole un abrazo cariñoso y un beso en la mejilla. Fue un momento bastante tierno, hasta que un grupo de gilipollas empezaron a insultarnos en la distancia desde su mesa de billar.

Les dediqué una mirada seca y les enseñé el dedo corazón, pero ellos no parecían por la labor de dejarlo pasar; así que, como solía suceder en estos casos, preferí llevarme al señor Black de allí antes de que la cosa fuera a más.

A veces, los *fellas* borrachos y retrógrados podían hacerte una buena putada si se les cruzaban los cables. James siguió enfadado parte del camino de vuelta, porque si hubiera sido por él, habríamos acabado a hostias en mitad del pub, pero no era como yo quería terminar la noche.

La forma en la que yo quería terminar aquella noche era besándole desde la puerta de casa hasta la habitación, metiéndole la mano debajo de los pantalones en las escaleras y tirándole en la cama para comerle entero. Mi cuerpo había tardado muy poco en recordar lo que era estar cerca de James Black, y parecía haber recuperado esa hambre constante de la que se había olvidado por completo las últimas semanas. Nos quedamos dormidos desnudos, jadeantes y algo sudados para despertarnos casi en la misma postura, pero ocho horas después. Volver a sentir aquel peso y calor sobre mí cada mañana era como haber vuelto a casa tras una larga travesía. Trataba de disfrutarlo lo más posible porque sabía que durante la semana no lo tendría, y que lo echaría más de menos que nunca. Así que le apreté con un gruñido de placer contra mí mientras le besaba el hombro y el cuello para despertarle, terminando con un buen beso de buenos días y un mordisco juguetón en su labio inferior cuando levantó la cabeza de ojos soñolientos. James sonrió y se dejó arrastrar a un lado, quedando boca arriba, con las piernas abiertas y la polla dura; muy preparado para buen sexo mañanero de ese que tanto le gustaba.

—¿Quieres ir a desayunar o prefieres que prepare algo en casa? —le pregunté en la ducha.

El señor Black dejó de besarme el cuello mientras me abrazaba por la espalda para responder:

—Vayamos a desayunar cereales.

—Oh, eso suena genial —reconocí—, necesitaremos un buen desayuno para hoy. Te voy a llevar a ver la Cascada *Powerscourt* y a hacer una ruta

de senderismo por el parque natural. Está a solo una hora y media en coche de aquí.

—Alquilaremos uno.

—Tengo mi coche, no necesitamos alquilar uno —respondí mientras negaba con la cabeza.

El señor Black alquiló un *Mercedes* descapotable último modelo de color rojo brillante después del desayuno en el bar de cereales. Mi cara debió hablar por sí sola cuando, tras comprar la comida para llevar, tomó la iniciativa para indicarme el camino a una tienda de alquiler que había encontrado en el móvil. No tardó demasiado en decidirse porque ya había buscado el que quería, solo firmó el contrato y tomó las llaves para abrirme la puerta con una expresión seria y tranquila.

—Un descapotable en Irlanda, James... —fue lo que le dije mientras subía. No hacía mal día, con algo de sol adentrándose entre las nubes y un buen ambiente. Ni demasiado caluroso ni demasiado frío pero, aun así, solo había elegido aquel coche porque era el más caro que tenían. Le fui indicando el camino hasta que salimos de la ciudad para recorrer las preciosas carreteras bordeadas de bosques y prados, con las gafas de sol puestas y el pelo agitado por el viento templado del medio día. Yo iba con el brazo apoyado en la puerta y le dedicaba cortas miradas a James por el borde de los ojos cuando, de vez en cuando, me acariciaba la pierna, me miraba y sonreía.

Ya no le decía nada ni intentaba poner un límite a nuestra relación actual; primero, porque me lo estaba pasando muy bien con el señor Black y no quería joderlo todo con estúpidas discusiones o momentos tensos; y, segundo, porque tenía curiosidad de hasta dónde tenía pensado llegar él si le dejaba.

Por supuesto, era James Black, así que se aprovechaba de mi silencio y mi indiferencia para conseguir comprarme ropa, pagarme la comida y todo lo que tomábamos (a excepción de la cena que yo le había pedido pagar) además de alquilar el coche que, en teoría, no necesitábamos.

Y yo le dejaba, le dejaba creer que todavía seguíamos prometidos, le dejaba tocarme todo lo que quisiera, donde quisiera y cuanto quisiera, esperando a ese momento en el que él se relajara y volviera a ser el mismo de siempre; entonces comprobaría si realmente quería cambiar o solo estaba haciendo aquello para recuperar el control absoluto sobre mi vida.

Cuando llegamos al aparcamiento del inicio del sendero, dejó el coche a la sombra de un árbol y puso el techo automático antes de inclinarse, darme un rápido beso en los labios y salir.

Le acompañé afuera y fui hacia el maletero para coger la mochila, haciendo una rápida comprobación de que todo estaba en orden antes de echármela sobre los hombros.

James esperaba a un lado, contemplando las hermosas vistas que allí había sobre la colina de abetos bajos y helechos de colores. Le había pedido que nos pusiéramos ropa cómoda, así que ambos vestíamos panta-

lones cortos de chándal y camisetas, todo apretado y todo de marca, por supuesto.

—¿Preparado? —le pregunté, señalando hacia el inicio del sendero, marcado por un gran cartel donde había normas y prohibiciones de lo que se podía o no se podía hacer allí.

El señor Black asintió, presionó el centro de sus gafas de sol para ajustárselas al puente de la nariz y me siguió. La ruta serpenteaba entre empinadas laderas, colinas verdes y bosques bajos, bordeaba el río y se dirigía hacia el interior más elevado y montañoso.

El aire era fresco y puro, el cielo estaba nublado y una suave brisa nos acariciaba el rostro sudado de vez en cuando.

En ocasiones, James se detenía para contemplar el paisaje y las hermosas vistas del valle a nuestros pies. No había dicho nada desde que habíamos salido del coche, solo me seguía muy de cerca cuando el camino se estrechaba demasiado para caminar juntos y miraba de un lado a otro con su expresión seria.

—¿Estás buscando algo en América con lo que comparar esto? —le pregunté cuando alcanzamos lo alto de la colina y nos detuvimos a descansar un momento.

El señor Black me miró por el borde de los ojos, tras los cristales de sus gafas oscuras, y se limitó a poner una media sonrisa y rodearme los hombros para acercarme a él.

Seguimos un poco más, hasta alcanzar un lugar más rocoso de piedras grisáceas y musgosas en las que poder sentarnos tranquilamente a comer los sándwiches que habíamos comprado junto con un refresco energético. Al terminar, James se movió para sentarse a mis espaldas, abrazarme y apoyar la cabeza en mi hombro mientras seguía admirando el paisaje.

—Ahora tomaremos la ruta que baja a la cascada, porque no nos daría tiempo a tomar el camino largo y dar la vuelta entera al valle antes del anochecer —le expliqué tras dar un trago a la bebida—. En otra ocasión podemos hacerlo, si quieres, pero tendremos que traer bicicletas de montaña.

El señor Black asintió, manteniendo aquel extraño silencio, antes de darme un beso y moverse para continuar.

Descender fue mucho más sencillo y no tardamos demasiado en alcanzar la famosa catarata de *Powerscourt*, con sus más de ciento veintidós metros de altura, era la más alta de toda Irlanda. Si era tan hermosa y especial, era porque el agua no caía en vertical, sino que iba descendiendo por una empinada ladera rocosa hacia el río a sus pies. Nos quedamos allí, contemplándola un largo rato, rodeados de algunos turistas y visitantes que, al contrario que nosotros, no habían hecho el sendero y no estaban sudados y acalorados tras una larga tarde de camino. James sacó su móvil de uno de los bolsillos de la mochila y quiso tomar una *selfie* que me pilló bastante por sorpresa. Se pegó a mí, me dio un beso en la mejilla y sacó la foto con la catarata de fondo.

—Esta va directa a la estantería —declaró con total seguridad. Lo primero que decía en horas, antes de darme la mano y comenzar el recorrido de vuelta, mucho más llano y directo siguiendo la carretera.

—¿Te ha gustado el sendero? —le pregunté entonces.

—Muchísimo —respondió, dándome un leve apretón en la mano—. Antes creía que hacer estas cosas era algo estúpido y una pérdida de tiempo, pero ahora me encantan.

—A mí me gusta mucho el deporte al aire libre y hacer senderismo.

—Lo sé, lo dijiste una vez en el coche.

Fruncí el ceño y giré el rostro para mirarle.

—¿Sí? —pregunté, porque no recordaba haberle contado aquello.

El señor Black asintió.

—Hablabas de la señora Greenhik, de S.C.O International, y dijiste que por un momento habías pensado que se llamaba Green Hill y me hablaste de una ruta que te gustaba hacer mucho por la comarca, hacia el lago.

Alcé las cejas, bastante sorprendido de que se acordara de tanto detalle de aquello. Ahora que lo había dicho, me sonaba vagamente, pero estaba seguro de que aquello había sucedido hacía ya bastante tiempo.

—Sí, el sendero de *Bay Lloth* —afirmé—. Lo podemos hacer otro día también, es muy bonito.

—Haremos todos los que quieras —me prometió James con una mirada serena y otro apretón en la mano.

Cuando regresamos al coche, ya casi había anochecido tras el cielo nuboso.

Aún así, el señor Black bajó la capota y condujo tranquilamente, con una fina sonrisa en los labios y el aire fresco revolviendo su cabello rubio.

Ya era tarde cuando entramos en casa y me preocupó lo rapidísimo que parecía haber pasado el día, mejor dicho, el fin de semana.

—¿A qué hora tienes el vuelo? —le pregunté con cierta preocupación cuando comprobé la hora en el Rolex de camino a la cocina.

—El lunes a las once.

—Ah, bueno, entonces no hay prisa —dejé la mochila a un lado y me fui a la nevera a por dos botellines de agua fría que puse sobre la mesa de la isla—. ¿Quieres que pidamos algo para cenar?

James bebió un par de tragos y asintió, pero antes de la cena tenía otros planes. Me apartó el móvil de la mano y me agarró de improviso para subirme a la encimera de la cocina y besarme bastante profunda e intensamente. Se me escapó un gemido al sentir sus labios mojados por el agua fría de la nevera y su lengua gruesa buscando la mía con necesidad.

—Ahora te vas a desnudar para mí, te voy a atar y te voy a dar un par de azotes —me susurró al oído con su voz densa y grave—. Porque es nuestro domingo especial...

Deslizó su rostro suavemente, acariciando su barba densa contra la mía hasta alcanzar a ver mis ojos. Compartimos un breve silencio, uno en el que James me estaba preguntando sin palabras si podía o no ser el Amo

por aquella noche. Le di un suave beso en los labios antes de asentir con una pequeña sonrisa.

—Vamos arriba —respondí.

—No... —negó él, levantando una mano para agarrarme del pelo—. Haremos lo que yo quiera...

Fue curioso volver a tener sexo «sodomazo» como lo teníamos antes, sin convertirlo en una forma de liberar frustración y enfado, sino como algo divertido donde el placer era siempre el objetivo principal.

El señor Black se puso serio, pero no agresivo, dominante, pero no exigente, él era el Amo, pero uno divertido y muy sexy. Me ató las muñecas, me puso de rodillas, me azotó aquí y allá, me hizo sus preguntas.

«¿Te gusta ser solo para mí, Leo?», «¿Te gusta que yo tenga el control?», «¿Te gusta que yo sea tu dueño? Ladra para mí, Leo...».

Si lo hacía mal, me daba una bofetada suave, y, si lo hacía bien, me frotaba su enorme entrepierna en la cara o me dejaba lamerle el pubis y los abdominales. Pero, cuando al fin se sacó la polla, no me dejó chuparla, solo me la puso cerca, mirándome a los ojos desde las alturas para decirme:

«No, Leo. Todavía no te la mereces...».

Después me puso sobre sus rodillas como si yo fuera un niño y volvió a repetir aquel sistema de premio y castigo, pero de una forma diferente.

«¿Te ha gustado hacérmelo pasar mal estas semanas?», me azotó. «¿Sabes lo mucho que te he echado de menos?, ¿tú me has echado de menos, Leo? Dime que me has echado de menos y que no volverás a dejarme». Me agarraba del pelo y jugaba con sus dedos dentro de mí antes de sacarlos y volver a azotarme. «Dímelo», ordenó. «Yo voy a ser tu marido, Leo. Solo yo ¿verdad? Ahora sabes que yo soy todo lo que necesitas y el único que te puede hacer feliz». Me azotaba un poco con la fusta, haciéndome perder el aire y gemir antes de meterme los dedos otra vez, uno por uno, cada vez más profundo, cada vez más fuerte.

Ya no me acordaba de aquella mezcla de dolor y placer tan extraña y perturbadora, de esa locura que me hacía retorcerme un poco, jadear y gemir intermitentemente mientras estaba cada vez más y más mojado y cachondo.

«Mira como te has puesto, Leo», se quejó James, «me has manchado todo el pantalón», me azotó y me metió dos dedos por el culo, hasta alcanzar el punto G y presionarlo suavemente mientras yo apretaba mucho los dientes y gruñía. «Te gusta lo que te hago, ¿eh?», «te encanta que tu hombre te someta así... Dime lo mucho que te gusta y te follaré...».

Hablar en aquel estado era complicado, mis respuestas eran apenas jadeos sin sentido y palabras sueltas que, por supuesto, al señor Black no le valían, así que tenía más y más excusas para seguir con aquella deliciosa tortura que me estaba volviendo completamente loco.

Cuando James al fin me puso a cuatro patas, me dio tiempo a tomar una

buenas bocanadas de aire y a relajarme, pero duró poco, porque volvió con la misma corbata con la que yo le había atado el cuello para ponérmela como si fuera una correa. «Joder, Leo... así me gusta...». Le oí decir de fondo mientras metía lentamente la cabeza de la polla sin ningún tipo de impedimento. «Parece que empiezas a recordar lo que es estar conmigo eh... Pronto volverás a tener el culo tan dilatado como antes, yo me encargaré de eso...», tiró de la corbata para incorporarme. «Métetela tú, hasta el fondo», me ordenó. «Siéntate sobre tu marido y vacíale la polla». Yo ya estaba más que preparado para recibir al Gran General y solo tuve que ir sentándome mientras me sentía más y más lleno de él. Después tuve que moverme arriba abajo mientras James jadeaba y tensaba la corbata, obligándome a retroceder la cabeza y arquear la espalda mientras seguía. Me corrí sin tocarme, a grandes chorros que mancharon las sábanas azules; pero tuve que continuar, con los dientes apretados y los ojos repletos de lágrimas, hasta que, finalmente, el señor Black se vació por completo dentro de mí.

Entonces me quedé en un estado cercano a la inconsciencia, a una plenitud que me dejó sin energías y apenas sin vida. Casi no me di cuenta del momento en el que James me dio nuestro «beso de novios» y me desató la corbata y las manos para llevarme en brazos hacia la ducha. El agua fresca consiguió hacerme despertar un poco y, tras un par de buenas bocanadas de aire, al fin desperté como de un sueño.

—Ha sido genial, James... —le confesé con una sonrisa en los labios.

Él asintió varias veces y sonrió de esa manera imperfecta y preciosa antes de acercarse para darme un beso.

—Yo sé lo que le gusta a mi hombre —me dijo.

Solo pude asentir a aquello. Tras la ducha, pedimos la cena a un restaurante chino y la comimos frente a la enorme televisión, mirando un programa tonto que emitían los domingos por la noche. No tardamos en echarnos en cama y quedarnos abrazados bajo la fina manta. Había sido un fin de semana perfecto. Pero el despertador marcó su final, resonando por la habitación con un chillido desagradable y algún tipo de fondo musical marino que odié al instante de oírlo. Lo apagué deprisa y gruñí algo mientras volvía a tratar de esconderme debajo del peso de James sobre mí. Aun así, yo era un hombre responsable y no me quedé dormido, solo me di unos minutos antes de entreabrir los ojos, acariciar la espalda del señor Black y besarle hasta alcanzar sus labios.

—Tengo que ir al trabajo, James —le recordé.

Él gruñó y trató de atraparme de nuevo entre sus brazos y sepultarme bajo su cuerpo, lo que a mi pesar, me hizo gracia y me gustó, pero había llegado el momento y debía levantarme, así que le aparté suavemente, le di un último beso y me fui desnudo hacia el baño. Me di una ducha rápida, pasé al vestidor y elegí una camisa nueva gris perla, una corbata negra y unos pantalones de traje con cinturón de hebilla de plata. Cuando estuve listo, me acerqué de nuevo a la cama mientras me ajustaba las man-

gas, echando un rápido vistazo al señor Black; tumbado cara al techo, con las piernas abiertas, las manos tras la cabeza y una expresión calmada mientras movía un poco la cadera para destacar el bulto elevado que había bajo la manta.

—¿Vas a dejar a tu marido así, Leo? —me preguntó en voz grave y algo ronca.

—Ya le he dado todo lo que quería este fin de semana —le recordé—, ahora no tengo tiempo para ocuparme del Gran General.

—Una última vez... —me pidió, volviendo a mover la cadera.

Solté un murmullo indeciso y miré el Rolex. No era tarde, pero tampoco quería entretenerme demasiado o no me daría tiempo a desayunar tranquilamente, por otro lado, James iba a volver a Nueva York y no lo volvería a ver en quizá semana y media o más.

—Pero rápido —le advertí, provocando una amplia sonrisa de victoria en sus labios.

No iba a montarle, solo a chupársela hasta que se corriera, y tampoco quería mancharme demasiado. Ese era el plan, por supuesto, las cosas se complicaron un poco cuando James empezó a agarrarme del pelo y a apretarme mientras me follaba la boca y gemía. «Toda, joder, Leo, sí, toda...», me decía, terminando por correrse, como siempre, sin avisar, pillándome totalmente desprevenido y un poco ahogado. Cuando me levanté, tenía los ojos llorosos, la boca totalmente empapada en saliva y un regusto amargo a corrida en la garganta. Le dediqué al señor Black una mirada seria, pero él solo suspiró y se quedó sonriendo mientras me decía:

—Tu desayuno favorito...

—Ya... —murmuré, limpiándome los labios y revisando la hora.

Ya tendría que haber salido hacía cinco minutos de casa. Chasqué la lengua y fui hacia el lado de la cama para inclinarme y darle el beso de después a James, quien me metió un poco de lengua juguetona y gruñó con placer.

—Tengo que irme —repetí, acariciándole el mentón de barba espesa—. Ha sido un fin de semana genial. —Le di otro beso rápido y me alejé hacia la puerta de la habitación—. ¡Avísame cuando llegues a casa!

Dejé atrás a un señor Black bastante calmado y aparentemente feliz, tumbado en la cama y recién satisfecho; así que iría de buen humor al aeropuerto y quizá la soledad se le hiciera menos pesada y angustiosa, yo, por el contrario, bajé las escaleras a toda prisa, cogí mi portátil en el despacho y salí corriendo de casa. Llegué acalorado a uno de mis cafés favoritos, pedí uno para llevar y un emparedado que llevarme a la boca. Lo comí de camino y tragué el café a toda prisa hasta la oficina. Volver a FC&A fue como despertar de un sueño. Sentí la pérdida de James, pero también me tomé aquel lunes con muchas más energías de la habitual tras un fin de semana de sexo maravilloso y descanso. O'Sullivan fue el primero en resaltar mi buen humor, y el primero también en preguntarme:

—¡Oh! ¿Te has comprometido, Leonard? —señalando el anillo de mi dedo anular.

Cuando bajé rápidamente la mirada y lo vi allí, sentí una presión en el pecho, porque me había olvidado completamente de quitarlo y eso no era bueno. Tuve unos segundos de duda y entonces respondí:

—No... yo... ya estaba comprometido desde hace unos meses, pero tuve que llevar el anillo a arreglar.

El señor O'Sullivan puso una expresión de sorpresa y entonces asintió varias veces.

—Sí, yo también tuve que llevar el mío varias veces —me dijo, enseñándome su alianza dorada—, con los años he engordado un poquito y me apretaba —y se rio, dándose un par de toques en su barriga algo abultada.

Aquel se convirtió en un tema recurrente durante el día que el señor O'Sullivan sacaba de vez en cuando tras nuestras reuniones juntos o videoconferencias, tratando de darme algunos consejos sobre el matrimonio; consejos que yo no le había pedido ni necesitaba, pero a los que respondía con una sonrisa y un montón de afirmaciones agradecidas.

En el descanso para la comida, al fin bajé junto con el equipo a su restaurante favorito, ya que al fin había cobrado y se me habían acabado las excusas. Por suerte, no me hicieron muchas preguntas y se limitaron a felicitarme por la boda. Olvidando por completo el tema al regresar al horario laboral.

Fue una tarde bastante entretenida y llena de trabajo fácil, así que, cuando llegaron las seis, recogí mi portátil, mis cascos aislantes y, con una sonrisa, me despedí de mis compañeros antes de dirigirme hacia la salida y subir a un ascensor bastante lleno de gente. Siempre se formaba una cola en la hora punta, cuando todos nos poníamos delante del muro de casilleros de cristal para fichar la salida del edificio. Use ese tiempo para sacar el móvil y mandarle un mensaje a James.

«Hola, James. ¿Qué tal el viaje?, ¿ya has llegado a casa? Me lo he pasado muy bien este fin de semana y espero que te ayudara tanto como a mí a empezar la rutina de mejor humor. Te quiero».

No tuve que esperar ni un minuto a la respuesta.

«Hola, Leo. Sí, estoy en casa. Yo también me lo he pasado muy, muy bien este fin de semana contigo. He tenido mi sesión de terapia, he desayunado, tomado la medicación y comido y ahora estoy trabajando. Yo también te quiero muchísimo».

Sonreí un poco, quizá demasiado, y guardé el móvil con un suspiro. El cielo seguía nublado, pero empezaban a verse claros por los que entraba algo de luz del atardecer, la brisa era fresca y el camino a casa fue casi un paseo mientras divagaba sobre pequeñas tonterías como la cena o la vuelta al gimnasio después de cuatro días de inactividad. Entré en el apartamento, fui hacia el final del pasillo y subí las escaleras frente a la cocina para ir a dejar el maletín al despacho. Entonces me detuve en seco.

Había una luz en la habitación, una luz que yo no recordaba haber dejado encendida, junto a un bajo sonido de teclas. Fruncí el ceño y me acerqué lentamente para colocarme en la puerta.

James estaba allí. Sentado en el sillón bajo con su portátil en frente y vestido con pantalones de traje, camisa azul bebé y corbata azul cobalto. Levantó la mirada por el borde superior de los ojos al notar mi presencia y se quedó quieto y en silencio durante un par de segundos antes de decir:

—Hola, Leo. ¿Qué tal el día?

Tardé otro par de segundos en reaccionar, dejando mi maletín en el suelo para cruzarme de brazos y apoyar el hombro en el dintel de la puerta.

—Bastante bueno —murmuré en respuesta—. ¿Y el tuyo?, creía que me habías dicho que estabas en casa.

—Y estoy en casa —afirmó.

—Ahm... —asentí lentamente, empezando a comprenderlo—. Me dijiste que te irías el lunes, pero no *qué* lunes... Y estabas demasiado contento esta mañana para tratarse del día en que te tuvieras que ir.

James se recostó en el sillón y me miró de frente, dejando que el silencio se apoderara del despacho durante el espacio de tiempo que necesitó para decir:

—Este fin de semana hay un evento especial, así que iba a tener que volver de todas formas a Irlanda. He creído que podría ahorrarme el viaje de ida y vuelta y poder quedarme a tu lado durante la semana. Como estamos prometidos y somos novios de verdad, no veo ningún problema en ello.

—No ves ningún problema en ello... ¿estás seguro? —pregunté mientras fruncía el ceño yladeaba el rostro.

—Lo siento, Leo —murmuró entonces—. Sé que debería haberte preguntado, pero tenía miedo de que te negaras. Ya sabes lo feliz que me hace estar a tu lado, aunque solo sea para cenar y dormir juntos. No me interpondré en tu rutina ni en tu trabajo, solo quiero quedarme en nuestra casa durante un poco más de tiempo.

James no era estúpido, sabía lo mucho que se la había jugado con todo aquello, pero fue una sorpresa para mí que, por primera vez, lo reconociera en voz alta y no tratara de enfrentarse a ello con un muro de soberbia y altivez.

—¿Y qué evento tan especial hay este fin de semana? —quise saber.

—Mi cumpleaños.

Por un momento pensé que era mentira, después me arrepentí de aquel pensamiento tan repentino y negué rápidamente con la cabeza como si lo pudiera sacudir de mi mente. Yo no sabía cuándo era el cumpleaños de James, porque no había hecho referencia a él ni lo habíamos celebrado en el tiempo que habíamos estado juntos, pero sí que podría ser a principios de Julio, cuando yo todavía no trabajaba para él.

—De acuerdo —asentí, aceptando aquello—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

El señor Black se encogió de hombros.

—Nunca he celebrado mi cumpleaños, pero este año me gustaría hacerlo contigo.

Solté un murmullo y apreté las comisuras de los labios, tomándome un par de segundos más antes de recoger el maletín del suelo y llevármelo hacia la mesa de madera clara. Rodeé el escritorio y el señor Black giró la silla para quedar cara a mí.

—Ten cuidado... —le advertí antes de inclinarme para darle un beso suave en los labios—. Lo estás haciendo muy bien, no la cagues ahora.

James asintió sin apartar sus ojos del azul del mar de los míos.

—Bien —murmuré, dándole una caricia en el fuerte mentón—. Voy a darme una ducha y a hacer la cena, ¿te aviso cuando esté lista?

—Sí, solo tengo que terminar un par de cosas y tener una conferencia con la oficina y podremos cenar juntos —respondió.

Asentí de camino a la salida y fui en dirección a las escaleras, acompañado por el suave sonido de las teclas del portátil. Todavía estaba dándole vueltas a sobre cómo me había hecho sentir o lo que pensaba de que James se hubiera quedado cuando salí de la ducha y fui al vestidor a ponerme una camiseta corta y un pantalón fino de deporte. No estaba enfadado, no exactamente. Había sido una sorpresa agri dulce: por una parte, me había gustado pensar que James seguía allí porque no quería que se fuera; por otro lado, no me había hecho ninguna gracia esa licencia que se había dado y las decisiones unilaterales que tomaba por los dos, como si mis peticiones o la parte del trato que me concernía no significaran nada para él. El señor Black había quebrado ya unas cuantas y, quizá, estaba volviendo a ser, muy lentamente, el hombre egoísta y controlador que siempre había sido.

Ese oscuro pensamiento me acompañó mientras preparaba el pescado a la plancha con limón y salteado de verduras. Todo orgánico y sin conservantes, por supuesto. Lo repartí en dos platos, puse dos botellines de agua sobre la mesa junto con un par de servilletas y los cubiertos y subí a llamar a James. Lo encontré atendiendo una reunión, así que me limité a hacerle un poco de mímica para decirle que la cena ya estaba y que le esperaba abajo. Él me miró por encima del portátil y asintió. Solo tardó cinco minutos en bajar las escaleras mientras se desataba la corbata y se remangaba la camisa de trabajo.

—Huele muy bien, Leo —me halagó, sentándose frente a su plato—. ¿A qué gimnasio vas por las mañanas? —preguntó poco después de meterse un pedazo de pescado en la boca y mirarme fijamente mientras lo masticaba.

—Oh... emh... —tragué el trozo de verdura que masticaba y respondí—: me apunté a uno que queda a cinco minutos del Distrito Financiero, es una especie de gimnasio y espacio de Crossfit. He ido solo un par de veces y he probado una clase, me pareció divertido pero la gente se ponía muy competitiva —le expliqué.

—Mañana iré contigo —concluyó rápidamente—, podemos ir a la clase esa juntos y ganarles a todos. Somos el mejor equipo.

Ladeé la cabeza y se me escapó un murmullo algo preocupado.

—Hay que pasar una clase de preparación para que te expliquen algunas cosas, James —le advertí—. No vas a entrar allí y poder levantar noventa kilos en una barra como haces en el gimnasio.

—Iremos y ganaremos a todos, Leo —repitió, muy convencido de sus palabras mientras me dedicaba una mirada seria y fija.

—Como quieras —terminé cediendo, demasiado cansado para insistir, así que lo dejé pasar.

Al terminar de cenar, James, para mi sorpresa, llevó su propio plato y sus cubiertos al fregadero y me ayudó con la limpieza. No sabía de dónde había sacado eso pero me quedé bastante impresionado, él siempre se había quedado sentado o simplemente se había ido mientras yo me quedaba limpiando, así que le dediqué un: «Gracias, James, es un detalle que me ayudes» de aprobación junto con un beso en los labios. Después nos fuimos directamente a cama tras un largo día de trabajo, desnudé al señor Black y me di un gustazo comiéndole de arriba abajo y montándole hasta que ambos nos corrimos, nos dimos nuestro beso final y nos quedamos jadeando y abrazados hasta dormirnos. Cuando nos despertamos al día siguiente, no hubo mamada especial «de despedida», solo un beso de buenos días y algunos gruñidos de queja cuando fuimos a ducharnos juntos al baño. Le presté a James una de mis bolsas de deporte y la llenamos con la ropa de ambos, me preparé un café con leche y salimos juntos con las primeras luces de la mañana hacia el gimnasio. Bien, todas mis advertencias se hicieron realidad cuando el monitor le preguntó al señor Black si había hecho crossfit alguna vez, como no era el caso, nos metió de nuevo en una especie de clase privada apartada del resto del grupo. James se frustró, por supuesto, porque el resto de hombres allí estaban haciendo las cosas de forma diferente a nosotros, así que enseguida quiso poner peso, coger las mancuernas más grandes y hacer todo lo que los demás hacían; pero el monitor trataba de detenerle con sonrisas y frases de ánimo mezcladas con consejos que no llegaron a ninguna parte.

—¡James, para de una puta vez! ¿No ves que no tienes la técnica? —le terminé diciendo cuando trató de colocar sesenta kilos de golpe en la barra de halterofilia—. Date un poco de tiempo, no hay prisa.

Eso le hizo entrar un poco en razón, solo un poco, lo suficiente para que empezara a escuchar los consejos del monitor y no solo se dedicara a responderle con cara seria e intimidante como si él no hiciera nada mal y fuera el profesional el que se equivocaba. Muy al estilo James Black.

—No tenemos por qué volver, hay una sección de gimnasio normal —le dije en voz baja en las duchas, pasándole el champú mientras compartíamos el mismo chorro de agua rodeados de algunas personas más.

—Sí que vamos a volver... —me aseguró con un tono duro, ese que usaba cuando ya no era cuestión de placer, sino algo que haría por puro orgullo—. Y en menos de un mes seremos los mejores.

En ese momento no me di cuenta, pero un deporte tan exigente, técnico y competitivo como podía llegar a ser el crossfit, era todo lo que James necesitaba para liberar la parte más egocéntrica y repleta de testosterona que le exigía ser el mejor. Al día siguiente pudimos participar en la clase normal, con el resto de «hombretones», que en seguida nos vieron como dos novatos y musculados de gimnasio que no «sabían nada sobre crossfit». Sinceramente, aquello era como una jaula de retrasados con problemas de autoestima que necesitaban sentirse mejor que el resto porque eran capaces de terminar una clase al máximo nivel. Así que era perfecto para James Black. El miércoles fuimos los primeros en terminar, dejando al resto por los suelos, pero no contó porque no íbamos con el «peso que deberíamos».

—¡No vamos con el puto peso porque no nos dejan! —se quejaba James tras la cena, rememorando esas palabras que uno de los gilipollas nos había soltado medio en broma, medio en serio. Le di un plato para que lo secara y creí que lo iba a romper de lo fuerte que lo apretaba—. A la mierda, mañana le ponemos sesenta kilos a la barra y que lloren —me dijo.

—Nos podemos hacer daño, James —le recordé—. Vayamos poco a poco. Para compensar su frustración, el señor Black me folló aquella noche con bastante energía, gruñendo y apretándome las muñecas mientras me miraba a los ojos.

«¿Quién es el más fuerte, Leo? ¿Quién tiene la polla más grande y levanta más peso?», me preguntaba sin parar de envestirme en un ritmo enloquecido de la cadera.

Yo gemía y le decía todo lo que quería oír, porque, al contrario de las últimas veces que lo hizo con cierto enfado, aquel sexo no era oscuro y doloroso; sino bastante apasionado y contundente, un poco duro, sí, pero para nada desagradable.

Cuando se corrió, gruñó muy alto y se dejó caer sobre mí, sudado, caliente y con una sonrisa de satisfacción en los labios.

La mañana del jueves se despertó con bastante energías, tomo el café de la mañana conmigo de camino al gimnasio y me hizo prometerle que lo daría todo. Susurraba en mitad de los vestuarios mientras nos cambiábamos, ignorando a todos los demás porque eran «el enemigo», pero yo sabía que los miraba con atención para ver la ropa que llevaban o quién tenía más fama entre ellos. La clase fue dura y exigente, pero nosotros veníamos de hacer un entrenamiento militar todos los días, así que cardiovascularmente y de fuerza bruta íbamos muy bien, el problema era en los momentos técnicos que, a golpe de músculo, conseguíamos superar a cambio de un mayor esfuerzo. Volvimos a terminar los primeros, pero esta vez con el peso completo y una ligera ventaja sobre el

resto. James puso una sonrisa e hinchó el pecho, rodeándome los hombros mientras miraba a los demás jadeando y sudando en el suelo. Cuando el tiempo terminó, el monitos se acercó para chocar el puño con nosotros y felicitarnos.

—Vaya, chicos, ¿seguro que no lo habéis hecho antes? —sonrió.

El señor Black se rio y negó con la cabeza, apretándome contra él.

—¡Qué va! Es nuestra tercera clase —y volvió a reírse muy en plan Soltero de Oro para que todos le oyeran.

Cuando nos vinieron a saludar el resto de compañeros, repitieron algunos halagos, unos sinceros y alegres, otros más bajos y reticentes, porque había personas allí que se lo tomaban demasiado en serio y casi se les podía ver la frustración y la envidia en la cara. Hicieron algunos comentarios que el señor Black respondió con una sonrisa inocente y haciéndose el tonto.

—¿Viste cuando nos preguntaron si éramos de las fuerzas especiales o algo? —me recordó de camino a los vestuarios. A lo que yo asentí—. Y ese que dijo que ganamos porque estábamos haciéndolo mal... Se estaba muriendo de la puta envidia... ¡Agh! —exclamó antes de detenerme para darme un buen, sudoroso y húmedo beso en los labios. Allí mismo, en mitad del pasillo—. Somos el mejor equipo, Leo. Joder... —gruñó, volviendo a darme otro beso más fuerte y mirándome fijamente a los ojos—. Como te quiero...

Yo seguía algo sonrojado, con el corazón acelerado y muy sudado, pero, en ese momento no fue solo debido al deporte y la adrenalina. Ver el orgullo y el amor en los ojos de James me hizo sentir increíblemente bien conmigo mismo.

—No, no, Leo —murmuró cerca de mi oído cuando quise ir hacia los vestuarios. El señor Black me guio con su brazo alrededor de los hombros, pero tomó una dirección diferente, hacia el baño—. No he terminado contigo...

Sonreí.

CUMPLEAÑOS FELIZ

La mañana del viernes me desperté con una respiración lenta cerca de la oreja, un peso sobre el cuerpo y el pitido constante del despertador sobre la mesilla. Levanté una mano para apagarlo de un golpe seco y la dejé en la espalda húmeda de James.

Había empezado a hacer un poco de calor por las noches, pero él seguía pegándose a mí todo el tiempo, lo que, en ciertos momentos, se volvía algo asfixiante. Ladeé el rostro hacia el suyo, recostado en la almohada a mi lado, y le dije algo parecido a «James, despierta, ya es hora», pero apenas pronunciando las palabras, todavía demasiado adormilado como para molestarme en vocalizar. Él entreabrió los ojos y me miró, lo primero que hizo fue poner morritos y, cuando tuvo su beso de buenos días, sorbió aire por la nariz y se movió a un lado para frotarse el rostro y dejarme al fin libre.

Seguimos la pequeña rutina de cada día: me levanté primero para ir hacia la ducha, dejando al señor Black un poco más en la cama hasta que se unía a mí en el baño, nos vestíamos y yo bajaba a hacer los cafés y el desayuno mientras él organizaba la bolsa de deporte con la muda limpia; finalmente, nos reuníamos en la cocina, nos dábamos un beso en los labios y salíamos de casa en dirección al gimnasio para, un día más, «ser los mejores».

—Pasa buen día, te quiero —me despedí de James a la salida del gimnasio, dándole un beso en los labios y revisando la hora en el Rolex.

—Yo también te quiero —respondió él con una fina sonrisa en los labios—. Te espero en casa.

Y me fui en dirección al Distrito Financiero sin darme cuenta de lo feliz que me sentía. No era una sensación vibrante y arrolladora en mi pecho, no iba cantando por la calle, sonriendo y saludando a todo el mundo; por supuesto que no, iba con mi expresión seria habitual, me tomé mi segundo café con el desayuno y me llevé lo que me quedaba conmigo a la oficina para otro día en el trabajo.

El tipo de felicidad que yo sentía no era la que te hacía suspirar, sino ese tipo de felicidad de la que no te das cuenta hasta que la pierdes. Mi nueva rutina con James, con mi nuevo empleo y mi nueva casa, me estaba atrapando cada vez más: el trabajo no era especialmente difícil, a veces se complicaba, pero nunca resultaba aburrido ni repetitivo, había buen ambiente laboral y cuando volvía al apartamento tenía al hombre más guapo del mundo esperándome, mi prometido, para disfrutar de una cena tranquila, un poco de conversación y muchísimo sexo del bueno. Esas eran las pequeñas cosas que a mí me hacían tan feliz.

Durante aquella tarde, tras el descanso para la comida, recibí la notificación de que me habían llegado a casa los paquetes que había pedido y, poco después, un mensaje de James que decía: «Han traído unos paquetes, ¿los has pedido tú?». A lo que respondí: «Sí, no los abras aún.

Son tus regalos de cumpleaños». James tardó cinco minutos en mandar un: «Lo siento, Leo. He abierto el primero. No lo sabía». Apreté la comisura de los labios y chasqué la lengua. Sabía que algo así podía pasar, pero no quería poner la dirección de la oficina y tener que cargar las cajas hasta casa. «¿Cuál has abierto?», le pregunté. «El de las películas».

—Joder... —murmuré, dando un golpe a la mesa de madera y atrayendo la atención de Yan-Yan frente a mí.

Había pedido una edición de coleccionista de las cinco películas de *Jurassic Park* en Blu-ray, con un poster de regalo y bastantes extras. Era uno de los que más ilusión creía que iba a hacerle y hubiera deseado poder ver su cara al abrirlo. «¿Te ha gustado?», le pregunté, aunque ya no iba a ser lo mismo. «Me ha encantado, Leo. Siempre me haces los mejores regalos. Te quiero muchísimo», respondió. Suspiré y le pedí que no abriera ningún otro hasta que yo llegara a casa. Cuando dejé el móvil de nuevo a un lado seguía con cara seria y bastante jodido por haberme perdido la expresión de sorpresa de James, no era el mejor momento para tener una entrevista en cinco minutos con unos nuevos clientes belgas, pero el trabajo era el trabajo; así que forcé una sonrisa y seguí adelante, como hice en la siguiente reunión, en la videollamada y en la última tertulia semanal que hacíamos con los demás equipos dos viernes de cada mes.

—¡Buen trabajo a todos! —nos dijo el director, y, mientras nos felicitábamos los unos a los otros como una panda de subnormales, fui dirigiéndome sutilmente a la puerta para ser el primero en recoger mis cosas y marcharme de allí.

Al salir de allí, tenía que ir corriendo a la pastelería donde había encargado la tarta antes de que cerrara, porque no hubiera podido comprarla por sorpresa en ningún otro momento del fin de semana con James pegado a mí todo el rato. Me despedí de los recepcionistas, tomé el ascensor repleto de gente y apuré el paso para ponerme entre los primeros en la cola de las puertas automáticas con el móvil en la mano mientras mandaba un mensaje de que «enseguida irá a por el pedido». No se trataba de una tarta normal, sino de un pedido especial de...

—¡Ey, Leo! —me sorprendió una voz.

Levanté la cabeza del móvil como impulsado por un resorte, encontrándome de frente con Ryan. Estaba sonriendo, con una camisa corta y las manos metidas en sus pantalones vaqueros.

—Ey... Ry —respondí, parpadeando un par de veces antes de caminar hacia él—. ¿Ya...? —me detuve—. ¿Qué tal lo llevas?

Iba a preguntarle si ya había pasado su depresión, esa en la que había ignorado mis mensajes y llamadas de la última semana y media, pero preferí no hacerlo. Yo ya no me preocupaba por esas cosas y ambos fingíamos que, simplemente, no pasaban.

—Bien —sonrió más antes de encogerse de hombros—. He estado un poco ocupado últimamente —me mintió—, por eso no he podido quedar.

—Oh, no te preocupes —respondí con otra pequeña sonrisa.

—He pensado en venir a buscarte a tu trabajo en la gran oficina e ir a tomar unas pintas, si todavía te parece digno ir a un cutre pub con tu viejo amigo Ry aunque seas un hombre de éxito con un sueldo absurdo. ¿Qué me dices?

—Vaya, me encantaría, Ry, pero hoy no puedo —puse una mueca de pena y sentí cierta incomodidad por tener que rechazarle después de haber pasado uno de sus «momentos»—. Espero que no te importe, no contaba con que...

—No, no —me interrumpió, levantando las manos para que dejara de disculparme—. He venido sin avisar, es normal, perdona, Leo —sonrió más para ocultar su decepción y alzó las cejas—. ¿Te vas a tomar unas pintas con tus amigos del trabajo?

—Sí, algo así —le mentí. No tenía por qué hacerlo y no supe por qué lo hice, simplemente no quise decirle a Ry que James había venido a Irlanda y que llevaba una semana durmiendo en mi casa—. Oye, tengo que marcharme ya, pero te aviso esta semana y tomamos algo. ¿Qué te parece?

—¡Genial! —exclamó como si fuera el mejor plan del mundo—. ¿Vas hacia el centro? Te puedo acompañar un rato.

—Sí, voy hacia allí. ¿Vas a salvar la noche con los chicos? —pregunté.

—Eso creo, me habían invitado pero pensé en venir a verte primero. Iré hacia Temple Bar, los chicos me dijeron que estarían por allí —respondió, sacando su móvil para, seguramente, decir al equipo que iba a ir con ellos—. ¿Queda muy lejos esa casa que has alquilado? Por si bebo de más y necesito un sitio en el que quedarme a pasar la noche —y me guiñó un ojo antes de reírse, haciendo referencia a otras muchas veces que había hecho exactamente lo mismo.

—Sí, queda cerca del *Merrion Square Park*. Haciendo esquina.

Ryan silbó con asombro, levantando una mano para darle un apretón en el hombro.

—Joder, Leo... Esa zona es bastante cara —me dijo, como si fuera algo que yo ya no supiera—. ¿Puedo... preguntarte cuánto pagas de alquiler?

—Es un poco caro —reconocí.

—¿Es en uno de esos edificios clásicos de ladrillo que hay por allí? ¿Has conseguido un sótano amueblado o algo así? —lo dijo con tono de broma, pero en el fondo no era una pregunta tan desencaminaba. Yo ahora vivía a un minuto de varias embajadas y archivos nacionales en una de las calles más caras de Irlanda, incluso con mi nuevo suelo, era mucho suponer que alguien como yo pudiera permitírselo.

—Algo así —sonreí—. Un día te lo enseño —le prometí de una forma vaga y nada directa.

Encontrarme con Ryan fue una sorpresa, una leve alegría y un contratiempo a la vez. Me alegraba que se hubiera recuperado al fin, pero no era el mejor momento para prestarle la atención o el tiempo que Ry quizá requería ahora que estaba bien. No estaba preparado para confesar-

le que había vuelto con James, como no estaba preparado para decírselo a mi familia o a nadie lo suficiente cercano que me dijera: «¿James Black? El que te engañó después de pedirte matrimonio. ¿Ese James Black?». Porque en el fondo me avergonzaba un poco reconocer que había ido cediendo hasta que, sin poner demasiadas trabas, le había dejado volver a mi vida en tan poco tiempo.

Ese fue el pensamiento que me acompañó todo el camino hacia la pastelería, donde recogí la tarta especial que llevé con cuidado en una mano hasta casa. Fui directamente a la cocina y la dejé sobre la mesa, al lado de las cajas sin abrir.

Antes de girarme hacia las escaleras, escuché el retumbar de pasos y James surgió de la esquina con una sonrisa en los labios, en ropa interior y su camiseta de *#TuAmo* puesta. Sonreí al verle, porque la imagen era una mezcla perfecta entre lo tierno y lo sexy.

—Hola, Leo —me saludó, bajando los últimos escalones para llegar hasta mí, rodearme con sus grandes brazos y darme un buen beso—. Estaba deseando que volvieras...

—Ya lo noto —le aseguré, frotando mi entrepierna cada vez más abultada contra la suya.

El señor Black murmuró una suave afirmación, deslizando las manos de mi espalda a mi culo para apretarlo con fuerza a la vez que me lamía el cuello. Un gemido se me escapó de entre los labios y entorné los ojos, disfrutando muchísimo de aquello hasta que le detuve un momento cuando empezó a desabrocharme el cinturón para decirle:

—Quizá sea mejor que abras todos los regalos primero, cenemos algo y después terminemos celebrándolo en la habitación, ¿qué te parece?

—Me parece que hablas como si solo te pudiera follar una vez —respondió, lo que, a mi pesar, me hizo reírme como un bobo. Sin embargo, James dejó de manosearme y apretarse contra mí para darme un último beso en los labios y separarse un poco—. He organizado todo para mañana, nos quedaremos en la suite presidencial del *The Shelbourne*, cenaremos y dormiremos allí.

—Oh... emh... bien —respondí, porque aquel cambio repentino a una conversación más anodina y sería chocó un poco con mi actitud del momento, mucho más excitada y centrada en el enorme bulto carnoso que tenía el señor Black entre las piernas—. Haremos lo que quieras, es tu cumpleaños —asentí.

—Lo que yo quiera... —murmuró, volviendo a sonreír y a acercarse un poco más, bajando el tono de voz y mirándome de una forma más intensa—. ¿Todo lo que yo quiera, Leo?

Entreabrí los labios, pero no dije nada antes de fruncir el ceño y ladear el rostro.

—Todo lo que quieras, siempre y cuando no incluya a nadie más —puntualicé.

James perdió la sonrisa y volvió a ponerse serio.

—Claro que no habrá nadie más —sentenció—. Solo tú y yo, como siempre.

—Entonces, sí —acepté—, haremos todo lo que quieras, porque es tu cumpleaños.

El señor Black gruñó con profundo placer y casi pude ver como sus ojos brillaban repletos de oscuras ideas que no sabía si me iban a gustar. Me acarició con las manos lentamente y se relamió un poco, mirándome de arriba abajo, conspirando, tramando...

—Empezando desde ya...

—Empezando desde la entrada al hotel hasta la salida —le corregí—. Ahora vamos a celebrarlo a la forma de Leo, con tarta y regalos.

A James le costó un par de segundos volver de ese lugar al que se había ido en su cabeza, me miró a los ojos y, finalmente, asintió.

—Desde mañana a la entrada del hotel, harás todo lo que yo quiera porque es mi cumpleaños.

Lo dijo como si no hiciéramos todo lo que él quería normalmente, cuando, prácticamente, tomaba todas las decisiones y hacía lo que le salía de la polla conmigo; pero aún así volví a afirmar y él volvió a sonreír de una forma un poco malvada que llegó incluso a preocuparme. Entonces se dirigió a su sitio frente a la mesa y le dio un par de golpes con las manos a ritmo de tambor, como si se tratara de un niño muy emocionado e impaciente.

—Entonces, ¿abro los regalos ahora, comemos tarta y vamos a la cama? —me preguntó, echando un rápido vistazo a los paquetes que había allí y al envoltorio de la pastelería.

—Emh... sí —murmuré, siguiendo su mirada hacia la mesa—. Haré algo fresco de cena, porque hace calor, y comeremos tarta y abres los regalos —decidí mientras me aflojaba la corbata y caminaba a la nevera—. ¿Qué te parece una ensalada de tomate, mozzarella, aceitunas y pimienta negra?

El señor Black murmuró con aprobación y saqué todo lo necesario de nuestra enorme nevera junto con un par de cervezas frías para tomar mientras lo preparaba todo. Me remangué la camisa y me puse un paño al hombro antes de desabotonarme un poco para estar más cómodo. No me importaba mancharme aunque saltara algo de jugo del tomate o me salpicara con la mozzarella en su envase húmedo.

—¿Qué tal la tarde? —le pregunté de espaldas.

—Bastante bien. Mi prometido me compró un montón de regalos, abrí uno por error y estuve a punto de ir hasta su oficina para llevarle al baño y comerle el culo hasta que se quedara sin aire —me dijo con un tono muy casual—, pero no lo hice porque sabía que se enfadaría. Así que terminé el trabajo, atendí un par de cosas que me quedaban pendientes y fui al banco antes de volver a esperarle.

—¿Al banco?, ¿ha habido algún problema?

—No, solo estaba haciendo algunas transferencias y cambiando algunas cosas.

—Si tienes alguna duda puedes preguntarme —le ofrecí, mirándole un momento por encima del hombro—. Quizá no lo sepas, pero se me da bien la contabilidad, soy como una especie de experto en fiscalidad y cosas así. James soltó un bufido y no necesité girarme para saber que estaría sonriendo. Cuando todo estuvo listo, llevé los platos a la mesa y seguimos conversando sobre lo muchísimo que a James parecía haberle gustado su primer regalo y los planes que había hecho.

—Compraremos un buen mueble, no esa mierda que han puesto en la esquina del salón, y empezaremos una colección de películas —me decía mientras masticaba—. Ya he buscado un buen reproductor y un equipo de sonido para la televisión. Llegarán la semana que viene.

La idea me hizo cierta ilusión, compartir una colección de películas era bastante bonito, pero por un momento me asaltó una leve punzada de preocupación. Ya estábamos volviendo a ese punto donde James daba por hecho que éramos una unidad y yo no estaba seguro de si eso me hacía feliz o me asustaba un poco.

Como muchas otras veces, preferí ahogar esa voz en mi interior y disfrutar del momento, cuando recogí los platos, los dejé a un lado del fregadero y me senté de nuevo para pedirle a James que destapara la tarta y abriera el resto de regalos. El señor Black sonrió de esa forma que a mí tanto me encantaba, se le notó incluso un poco nervioso al acercarse el envoltorio de la pastelería y descubrir que, en realidad, se trataba de un enorme donut glaseado con una tonta imitación de traje, corbata, barba y pelo rubios en fondant. Se quedó un momento mirándolo, perdiendo la sonrisa mientras los ojos se le humedecían lentamente. Me preocupé un poco, aunque supiera que el señor Black tenía una forma extraña de reaccionar a los regalos; silenciosa y pausada. Cuando levantó la vista hacia mí y me miró por el borde superior de los ojos, supe al instante lo mucho que le había gustado aquel detalle. Fui a por un cuchillo para cortarlo, pero él me detuvo, pidiéndome que me acercara para darme un buen beso antes de seguir con los regalos.

Yo no había tenido mucho tiempo, pero había conseguido sacar algunas cosas adelante porque no fueron difíciles de encontrar, por ejemplo, sus nuevas zapatillas de crossfit a juego con una camiseta de asas muy apretada en la que ponía «The Boss»; una guía bastante completa de las mejores rutas y senderos de Irlanda, la cual tenía un cuadradito al lado de cada nombre para poder ir tachando las que habías visitado y un breve espacio al final por si querías tomar notas personales de cada ruta; y, finalmente, el más complicado de conseguir en tan poco tiempo, una camiseta azul marino con unas letras blancas en el pecho donde ponía *#TeAmo*.

—Para que puedas variar entre esta y la de *#TuAmo* —le sugerí cuando se quedó mirándola fijamente durante más de veinte segundos.

James asintió lentamente, tragó saliva y se quitó la camiseta gris para sustituirla por la nueva, la cual, por suerte, que le quedaba como un guan-

te. Entonces, sin decir nada, me tomó de la mano y tiró de mí hacia las escaleras para dedicarme una sesión del mejor, más dulce y empalagoso sexo romántico. Como el señor Black le había dicho a Lana una vez, me llevó a ver las estrellas, y las vi todas, puedo asegurarlo. Terminé tan cansado y satisfecho que me quedé dormido sin darme cuenta, despertándome abrazado a James, quien no se había quitado su camiseta azul marino. Era sábado y no había prisa, así que revisé la hora en el Rolex y me permití media hora más de retozar en la cama y suspirar de placer antes de despertar del todo a James.

—Buenos días, señor Black —susurré muy cerca de sus labios antes de darle otra ronda de pequeños besos—. ¿Quiere ir hoy a demostrar que somos los mejores al gimnasio o prefiere descansar un poco más?

Él se lo pensó un poco, me acarició la espalda y puso morritos para que volviera a besarle otra vez.

—Vayamos al gimnasio —decidió después—. Las clases del fin de semana son más grandes y habrá más gente, quiero ver el nivel de los demás.

Resoplé y puse los ojos en blanco antes de salir de encima de James.

—¿No sería mejor que te lo tomaras como algo divertido? —le pregunté de camino a la ducha.

—Me divierte mucho que seamos los mejores, Leo —respondió—. Y humillar al resto.

—Quizá deberías hablarle a la doctora Jones sobre eso —le aconsejé.

—La doctora Jones piensa que el deporte podría ayudarme. Puede ser una forma sana de enfocar mis problemas de autoestima y mi competitividad sin recurrir al sexo ni a la agresividad.

—Si tú lo dices...

James se convertía en una especie de Soltero de Oro 2.0 cuando llegaba al gimnasio. Sonreía, pero no tanto como lo hacía antes, hablaba con algunas personas que empezábamos a reconocer, era amable, pero no fingía ser tontito, era agradable, pero siempre marcaba una gruesa línea entre «el resto» y «nosotros».

Se le notaba también un poco más soberbio y un poco más orgulloso de lo que dejaba traslucir el Soltero de Oro. Dejó bien claro que llevábamos menos de una semana yendo para que, cuando fuimos los que más repeticiones hicieron, la humillación del resto fuera mayor.

El señor Black se convertía entonces en un monstruo hambriento de halagos y palabras de admiración, henchido de orgullo y apretándose bien contra él para que todos supieran que éramos pareja. Como era sábado, pudimos ducharnos con mayor tranquilidad, a James le dio tiempo a dejar claro que, además de ganarles siempre, tenía un cuerpazo y la polla enorme, antes de dirigirnos a un Starbucks cercano para tomar nuestro café y un desayuno de emparedado de huevo.

—El café solo con dulce de leche, es un día especial —le pedí al camarero antes de que se diera la vuelta para preparar los pedidos.

El señor Black me apretó contra él, ya con su mano alrededor de mis hom-

bros, para darme un buen beso en mitad del local antes de irnos a sentarnos a una mesa de sillones.

Nos siguieron algunas miradas, por supuesto, pero ya era algo tan común que apenas le daba importancia, a no ser que se volvieran demasiado insistentes u obscenas.

No me preocupaba que miraran a James, porque era un hombre muy guapo con ropa muy apretada, lo que sí me molestaba era que babearan en la distancia mientras se lo comían de arriba abajo con los ojos; entonces sí me ponía serio y les dedicaba yo una mirada de advertencia de esas que no daban pie a ninguna duda. Y cuando ni eso funcionaba...

—¿Tenéis algún puto problemas, chicos? —le pregunté a una pareja de adolescentes con muchas hormonas, el pelo teñido y muy poca vergüenza. Ellos giraron entonces el rostro y escondieron el móvil con el que, creía, estaban grabando un video o haciendo unas fotos de James con sus piernas abiertas y brazos extendidos sobre el sofá. Tras mi pregunta agresiva, decidieron coger sus frapuccinos y largarse de allí con la cabeza gacha.

—Querían hacerse unas pajas en casa pensando en nosotros, Leo —murmuró el señor Black en mi oreja, apartando su gorra verde del *Trinity College* para no darme con la visera.

—Pues que usen la puta imaginación, no necesitan pasarse diez minutos mirándonos fijamente y grabar un vídeo en nuestra cara —respondí con un tono seco—. Ya nos han grabado suficientes, ¿no te parece?

James perdió la suave sonrisa y asintió, recordando perfectamente de lo que le hablaba. De ese vídeo que seguía circulando por internet incluso un mes y pico después del escándalo, solo como un recordatorio de James Black y su ayudante follaban a perrito. El señor Black me atrajo un poco hacia él y puso unos suaves morritos para que le besara, cosa que hice antes de darle una caricia para compensar lo fuerte y brusco que había sido antes.

—No soy gilipollas, James, vamos muy apretados y sé lo orgulloso que estás de tu cuerpo y del Gran General, pero eso no significa que la gente tenga derecho a mirarnos de esa forma tan desagradable y a grabarnos vídeos en mitad del puto *Starbucks* —le expliqué de nuevo, esta vez, más suavemente—. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo —respondió—. No somos un circo ni un puto show para nadie, nosotros somos novios de verdad.

Sonreí un poco al oír mis propias palabras en sus labios, asentí un par de veces y volví a besarle, olvidando aquel tema para seguir leyendo el periódico y tomando nuestro café mientras él repasaba los mensajes del móvil. Cuando llegó el momento, nos volvimos a casa, dando un agradable paseo por la calle comercial del centro a rebosar de gente. El señor Black se detuvo en un par de tiendas, miró aquí y allá, pero no compró nada hasta encontrar una tienda pequeña en una calle lateral que vendía «productos irlandeses»; allí compró una enorme bandera del país

mientras yo le miraba con el ceño fruncido y una expresión de extrañeza.

—¿Un recuerdo? —le preguntó la dueña con una sonrisa mientras doblaba la bandera para meterla en la bolsa, consciente de que James no era de allí aunque llevara una gorra del *Trinity*.

—Sí, mi prometido es irlandés —respondió él, señalándome con la cabeza. Ella me miró y alzó sus finas cejas pelirrojas antes de volverse de nuevo hacia el señor Black.

—Oh, pues tenga cuidado. Los maridos irlandeses dan muchas alegrías, pero también muchos problemas... —añadió en voz más baja antes de reírse.

—Lo sé —afirmó él, girando el rostro hacia mí con una media sonrisa en los labios.

—¿Y dónde vas a poner eso? —le pregunté al salir de allí—. ¿En casa?

—En la casa de Nueva York —respondió, colocando una mano en la parte baja de mi espalda.

Solté un murmullo de entendimiento, aunque realmente a veces me costaba comprender la forma de pensar de James o por qué hacía las cosas. Cuando volvimos a casa, la guardó en la maleta y bajó a verme preparar la comida con su papel en la mano, ese que había escrito los primeros días, tachando algo de la lista y repasando el resto. Antes de comer, hizo una llamada al hotel, preguntó por un «pedido especial» y colgó. Le miré fijamente con una evidente pregunta colgando de la punta de la lengua, pero él se limitó a empezar a comer mientras me miraba a los ojos en silencio. Tuve que dejarlo pasar y descubrirlo aquella tarde, cuando terminamos de ver la película de *Jurassic Park* y nos preparamos para salir hacia el hotel. James se encargó de organizar la única maleta que llevaríamos, su equipaje negro de mano, y salimos andando hacia allí ya que el *The Shelbourne* quedaba a solo diez minutos de casa. Nos presentamos ante la elegante puerta y me asaltaron un par de recuerdos de esos primeros días de reencuentro en el que las cosas no eran tan buenas como ahora. Nos acercamos a recepción e hicimos la entrada, rechazando al oferta del botones para guiarnos a la suite.

—Ya hemos estado antes en la *Princess Grace suite* —dijo James con un evidente tono de soberbia y bien alto, para que todos allí pudiera oírle.

Era increíble, pero yo ya ni me inmutaba al oírle decir esas cosas, simplemente esperaba a que terminara de fanfarronear y le acompañaba tranquilamente, en esta ocasión, en dirección al ascensor. Tras darle la planta al botones, James se inclinó hacia mí y me susurró en el oído:

—Ladra. —Ladeé el rostro para mirarle por el borde de los ojos, pero él repitió—: He dicho que ladres.

Tardé poco en comprenderlo y dije en mitad del ascensor:

—Guauuf.

El botones me dedicó una breve mirada pero no dijo una palabra al respecto y yo seguí con la vista al frente, fingiendo que nada había ocurrido mientras el señor Black deslizaba su mano desde la parte baja de

mi espalda a mi culo para acariciarlo de una forma bastante obscena. Al parecer, la licencia que le había dado para su cumpleaños ya había empezado. Cuando salimos del ascensor, me dio la tarjeta dorada para que abriera yo la puerta y después me hizo una señal para que entrara. Todo seguía igual que la primera vez, con los mismos muebles vintage, las mismas cortinas, lámparas de araña colgando del techo y los mismos suelos alfombrados; solo había una diferencia, la caja que descansaba sobre la mesa baja del salón de la entrada. Iba a preguntar qué había dentro, pero James se adelantó, dejando la maleta de mano en el suelo para acercarse por mi espalda, rodearme con los brazos y desabrocharme el botón de mis pantalones cortos. Sumergió su mano hasta frotarme la entrepierna entera mientras, con su otra mano, me acariciaba el torso bajo la camiseta. No dijo nada, solo continuó frotándome un poco por todas partes y jadeando en mi oreja hasta que, con un gruñido grave, se apartó y fue a sentarse al sofá.

—Desnúdate —ordenó antes de poner su postura de rey del mundo, con las piernas bien abiertas como si no le cupiera los cojones entre ellas y los brazos extendidos por el respaldo.

Ni siquiera fingí estar sorprendido, solo empecé a quitarme la camiseta y a descalzarme, terminando por bajarme la ropa interior y el pantalón corto a la vez, quedando completamente desnudo bajo la atenta mirada de un James muy serio y estricto.

—Recoge la caja, tráela aquí y ponte de rodillas.

Lo hice, pero empecé a sospechar que quizá aquella experiencia no me gustaría. El señor Black había cambiado su actitud por completo, ahora era *#TuAmo* y no *#TeAmo*, y a mí no me gustaba el James frío y despiadado que sabía que podía llegar a ser. Solo esperaba que no tuviera que frenarle los pies en algún punto e irme de aquella suite, porque esta vez lo haría, no me quedaría allí a aguantar sus mierdas como antes, que no le cupiera la menor duda.

Llevé la caja que, para mi sorpresa, no era demasiado pesada, hasta donde estaba James y me puse de rodillas frente a él, sin agachar la cabeza ni gilipolces así, solo de rodillas mientras le miraba a los ojos fijamente y en silencio a la espera de la siguiente orden.

—Ábrela.

Quité el precinto y levanté las solapas, descubriendo un papel de embalaje blanco y esponjoso. Lo primero que se veía era una caja de un juguete sexual, una especie de vibrador negro con mando a distancia. Alcé las cejas y miré a James, que me devolvía la mirada con una suave sonrisa en los labios.

—Ábrelo —ordenó con su voz grave.

Saqué la pequeña caja y la abrí sin demasiado cuidado, quitando el vibrador con forma de bala y con cordel al final, un poco grueso, pero no más largo de doce centímetros. James extendió la mano para que se lo diera y se inclinó hacia delante para enseñármelo bien. Sinceramente, para

ser un juguete sexual, parecía solo un tampón negro muy grande.

—Este es tu nuevo amigo, Leo, vais a pasar mucho tiempo juntos este fin de semana —me dijo—. Date la vuelta y sube las piernas.

En ese momento casi digo algo, pero me detuve a tiempo, solté una bocanada de aire y me di la vuelta, subiendo las piernas al sofá de tal forma que mi culo quedara a la altura de la cintura de James mientras me sostenía con los brazos cruzados sobre el suelo. No podía ver lo que hacía, pero sabía cuál iba a ser el final. James me escupió en el ano y después chupó la bala vibradora para meterla lentamente dentro de mí. La sensación era muy extraña, porque yo nunca me había metido nada artificial y no estaba acostumbrado a sentir algo duro y frío en el culo, lo que no facilitó el trabajo.

—Vamos, Leo, te metes mi polla todos los días —me recordó James—, esto debería entrar solo.

—No me gusta que esté frío —respondí con la cara entre los brazos y casi pegada al suelo.

James sacó el juguete, aunque ya estaba casi la mitad dentro, me dio un azote en la nalga para, al momento después, rodearme la cadera, subirme en brazos y comerme el culo con grandes lametones y mucha saliva. Eso sí que me gustaba y empecé a sonreír y a gemir, perdiendo un poco la fuerza con la que me sostenía en los brazos; por desgracia, duró mucho menos de lo habitual y el señor Black volvió a escupir en mi ano para meter el vibrador entero casi de una sentada.

—Lo que pasaba era que necesitabas relajarte un poco... —murmuró con un más que evidente placer en la voz—. Ahora ponte de rodillas —ordenó.

Bajé las piernas, ahogando un gruñido de incomodidad al notar aquel objeto extraño dentro de mí mientras me movía. Me puse de rodillas frente a James y le mostré mi expresión poco divertida con aquello.

—El mando —James alargó la mano y miré la caja del juguete, sacando un pequeño mando con botones y entregándoselo.

—¿Quieres el libro de instrucciones? —le pregunté, sacando la hoja que había debajo del plástico—. Al parecer un mando con cuatro botones sí lo necesita, pero la ducha de casa no.

El señor Black no dijo nada, solo bufó y sonrió en mitad de su barba espesa y empapada de saliva, lo que, sinceramente, me sorprendió bastante. Había estado totalmente seguro de que me daría una bofetada o algo así mientras decía: «este no es el momento de reírse», sin embargo, se lo tomó con humor y sonrió, volviendo a la posición del rey del mundo y encendiendo el mando. Sin previo aviso, pulsó uno de los botones y aquella cosa dentro de mí empezó a vibrar un poco, haciéndome soltar una bocanada de aire y removerme en el sitio. La sensación era muy extraña; no llegaba a ser desagradable, pero sí demasiado intrusiva para mi gusto.

—Creo que aprenderé a usarlo a base de prueba y error —me dijo James,

apretando otro botón y aumentando la intensidad varios niveles seguidos. Me mordí el labio inferior, ahogué un gruñido y levanté las manos a las piernas del señor Black para apretarlas un poco. Él me miraba y sonreía, volviendo a pulsar otra vez el mismo botón.

—Joder... —gemí antes de apretar los dientes, hasta que el cabrón de James alcanzó el máximo nivel y empecé a jadear y a retorcerme un poco. Quise levantarme, pero él se apresuró a impedírmelo.

—He dicho de rodillas, Leo.

Le miré con una mezcla de odio y frustración. Sentía como si tuviera un avispero metido por el culo, vibrando contra las paredes y produciéndome una de las sensaciones más extrañas que había experimentado nunca; pero a James eso parecía estar gustándole mucho. Lo dejó puesto casi todo un minuto y de pronto lo apagó, liberándome y dejándome respirar en paz. Ahora sentir el vibrador parado ya no suponía ninguna molestia comparado con lo de antes.

—Hay más cosas en la caja —me dijo James, animándome a continuar.

—Qué emoción... —murmuré, girándome para quitar el papel de embalaje cuando, de pronto, aquella cosa empezó a vibrar de nuevo y se me escapó un gemido. Apreté las paredes de la caja con tanta fuerza que las doblé y, cuando tras diez segundos el aparató cesó, miré a James—. ¿Por qué?

—Porque quiero —fue su única respuesta, encogiéndose de hombros y mostrándome el mando negro en su mano—. La caja, Leo —me recordó.

Apreté los dientes y me tragué mi leve enfado mientras continuaba con la puñetera caja. Lo siguiente que encontré fue una especie de tiras negras elásticas, las saqué y busqué el sentido a aquello antes de descubrir que era un arnés elástico. No tuvo que decírmelo para saber que tenía que ponérmelo. Al ser de tiras elásticas, iba muy pegado al cuerpo, pasando por mis hombros como si se tratara de asas de una mochila y con dos tiras que me cruzaban lo alto de los pectorales y justo debajo. Revisé que no hubiera ninguna parte doblada y miré al señor Black, que se había pasado observándome atentamente todo el tiempo.

—De pie —ordenó con apenas un jadeo antes de tragar saliva.

Me puse de pie y James cogió una buena bocanada de aire mientras me miraba de arriba abajo con sus ojos del azul del mar inundados en excitación y un punto de locura. Ya hacía un buen rato que estaba empalmado, pero ahora era cuando había empezado a mover la cadera suavemente.

—Quítame el cinturón —ordenó. Me incliné para deslizar el cuero negro por la hebilla de plata—. Mírame a los ojos, Leo —añadió.

Levanté la vista hasta mirarle por el borde superior de los ojos y continué quitándole lentamente el cinturón mientras el señor Black apretaba los dientes, resoplaba y jadeaba; sin parar de mover la cadera y complicándome el trabajo. Al terminar, James me apartó las manos y yo me quedé en la misma postura, mirándole fijamente a los ojos. Él se quitó

el cinturón y me lo puso al cuello, fijando la hebilla plateada en un punto en el que me apretaba, pero no me ahogaba. Tiró suavemente de la correa para comprobar que estaba firme y pulsó otra vez el mando para hacer vibrar el juguete dentro de mí. Apreté los dientes y bajé las manos hasta las grandes piernas de James para apretarlas y soportar esa sensación tan extraña. Sabía que no tenía que dejar de mirarle a los ojos, pero me costó un poco cuando el tiempo pasó y el juguete seguía zumbando dentro de mí. Entonces se detuvo y solté una profunda respiración para relajarme, permitiéndome cerrar los ojos un par de segundos.

—Sácame la polla —ordenó en apenas un jadeo.

Abrí los ojos de nuevo y deslicé las manos desde los muslos a su entrepierna abultada, desabotoné sus pantalones caqui, bajé la cremallera y descubrí su bóxer negro de Armani.

Cuando metí un dedo bajo la cinta elástica, noté la lubricación viscosa y templada que había en el interior. James gimió un poco al sentir el roce de la punta de mis dedos mientras le bajaba el bóxer, liberando al empapado Gran General de aquella prisión de tela que lo contenía.

—Solo tú haces que me moje así, Leo —me dijo el señor Black en voz baja—. Solo tú me pones tan cachondo con una mirada...

Tiró de la correa y me acercó a él, tanto que tuve que apoyar las manos en el respaldo del sillón para no caerme. Entonces me besó en los labios y gruñó de placer, manchándose con la saliva tibia que había alrededor de su boca tras lamerme el culo, cerrando los ojos mientras hundía su lengua gruesa y algo torpe en mi boca. Yo también gemí, disfrutando de aquel extraño momento en el que James era el Amo, pero uno mucho más divertido que el que yo había conocido en la Habitación del Placer. Cuando se separó de mí, un hilo de saliva quedó colgando entre nuestros labios, hasta que James lo lamió como si quisiera saborearlo antes de volver a gruñir.

—Quiero que me hagas sentir que soy todo para ti, que me prestes toda tu atención, que me digas todo lo que quiero oír y que me trates como si fuera lo único importante en tu vida, Leo —me dijo en el mismo tono grave, denso y bajo, mientras recostaba la cabeza y me observaba por el borde inferior de los ojos casi cerrados—. No quiero mierdas de excusas como «no es el momento», «hay que hacer esto primero», «no hay tiempo, James. Más tarde». No. Yo me encargaré de todo lo demás, tú solo adórame y preocúpate por hacerme feliz. ¿Lo entiendes, Leo?

Asentí con la cabeza.

—Ahora desnúdame y límpiame bien, porque ni tú ni yo nos vamos a duchar este fin de semana —concluyó.

Me puse a horcadas sobre él, incliné la cabeza para lamer su grueso cuello y empecé a desabrocharle la camisa. Creí entender que lo que quería, más o menos, era que le tratara como en uno de nuestros antiguos paseos, cuando le mimaba como a un cerdo y le mantenía contento mientras él fingía que nada de aquello le importaba. Al abrirle la camisa,

coloqué las manos en sus grandes pectorales y los acaricié con un gruñido de placer.

El señor Black quería que le inflara un poco su maltratado ego, y eso hice, paso a paso, con muchas frases del tipo:

«Qué fuerte eres, James», le dije en voz baja, «por eso siempre ganas a todos».

«Sí...», jadeó él con voz grave.

Le quité la camisa y descendí a besos hacia su abultado bíceps.

«Eres un hombre grande y poderoso», continué.

James flexionó el brazo para mí, remarcando lo grande e hinchado que era. Traté aquello como si fuera lo más increíble del mundo, exagerando un poco pero no lo suficiente para caer en la parodia o en la burla.

«Solo tú me pones tan cachondo, James...».

Eso le gustó especialmente.

Alabarle de esa forma era algo que yo no hacía normalmente, porque el señor Black ya lo hacía solo sin necesidad de mi ayuda y no me gustaba que creyera que lo único que me gustaba de él era su físico; pero en esa ocasión yo le trataba como si fuera el hombre más guapo y con el mejor cuerpo del mundo, me lo estaba comiendo lentamente, gruñendo y disfrutando de cada centímetro de él; prácticamente lo que hacía siempre, pero añadiendo comentarios para que quedara bien claro lo mucho que me gustaba y lo mucho que me ponía.

Para cuando le empecé a lamer el pubis lanudo y manchado y la polla, él estaba totalmente enloquecido y henchido de prepotencia y soberbia. Solo tuve que mirarle fijamente a los ojos y gruñir mientras le chupaba lentamente la cabeza para que, de pronto, empezara a correrse.

No me detuve hasta estar seguro de que lo había echado todo, que fue bastante, y entonces le di una última lamida y me levanté para ponerme a horcajadas sobre él y besarle en los labios entreabiertos y jadeantes. Le acaricié de nuevo el pecho y los brazos y sentí como se estremecía y se le ponía la piel de gallina bajo el roce de mis dedos.

Ninguno de los dos dijo nada sobre lo rápido que se había corrido o lo poco que había conseguido aguantar, simplemente le seguí acariciando y mimando hasta que se quedó adormilado. Tras veinte minutos, parpadeó me apretó más contra él y buscó mis labios para volver a besarnos suavemente durante un buen rato, mirándonos a los ojos y sin decir nada.

—Levántate, nos vamos a ir —me ordenó en un susurro mientras me acariciaba la mejilla con la punta de la nariz y me quitaba el cinturón del cuello.

Me incorporé, sintiendo una leve punzada en el muslo de pasarme tanto tiempo a horcajadas sobre él, le ayudé a levantarse ofreciéndole mi mano y, antes de que se moviera, le rodeé con los brazos para darle más besos.

Si el señor Black quería que le mimara, le iba a mimar tanto que se iba a aburrir, hasta un punto que resultaba empalagoso incluso. James, sin embargo, no pareció quejarse en absoluto, me devolvió algunos besos y

después me apartó suavemente para irse a por la maleta de mano, la llevó a la habitación y sacó ropa para los dos. Al parecer, aquel fin de semana tampoco íbamos a ponernos ropa interior, así que no había traído ninguna. A mí me dio unos pantalones cortos negros y una camisa fina y ligera de verano con un patrón en grises, no me quité el arnés ni el vibrador que aún tenía metido dentro, porque eso formaba parte de los planes de James. Él se puso los pantalones de vestir y camisa corta, me llevó al baño para mirar el resultado y asintió complacido antes de sacar el mando y pulsar un botón para hacer vibrar el puto juguete. Apreté los dientes y ahogué un gruñido. No era doloroso, era solo extraño y perturbador, me hacía sentir algo vulnerable y expuesto, no sabía cómo describirlo.

—¿Algún problema, Leo? —me preguntó un señor Black de media sonrisa y mirada fija a través del reflejo.

—En absoluto —forcé una sonrisa y le rodeé la cadera con los brazos—. El único problema es que te quiero demasiado... —me costó decir eso sin que sonara ridículo.

James sonrió mucho, como él hacía.

—No te imaginas lo feliz que soy ahora mismo... —y pulsó el puto botón del mando.

LA CARTA

James me llevó a un salón del *The Shelbourne*, uno de los cinco o seis que tenía, en esta ocasión el *Lord Mayor's Lounge*, especialmente preparado para las celebraciones de *brunch* o la Hora del Té de media tarde. Estaba repleto de sillones antiguos, mesas redondas, música de piano en vivo, buena iluminación y colores pastel. Era un poco extraño ver a dos hombres adultos allí, ya que la mayoría de personas que había eran mujeres de mediana edad en reducidos grupos alrededor de las mesas, o acompañadas por, quizá, sus novios o maridos. Una camarera muy elegante y muy educada nos guio a nuestra mesa reservada en una esquina discreta con un solo sillón frente a la ventana. El señor Black se sentó primero y esperó a que yo hiciera lo mismo, pegándome mucho a él y pasando una pierna por encima de la suya como hacíamos normalmente cuando tomábamos el café.

—Una vez dijiste que sería muy bonito tener una cita en una sala del té — me dijo al oído.

Tardé un momento en recordarlo, porque había sido hacía un tiempo y casi había borrado de mi mente todo lo que tuviera que ver con Lana y sus cenas o citas románticas.

—Es verdad —respondí, inclinándome para alcanzar la carta sobre la mesa antes de recostarme y pasar mi brazo por encima de los hombros de James—. ¿Te gusta el té? —le pregunté, abriendo el menú para que él también pudiera verlo.

—Madre siempre se toma un *early grey* a media tarde —respondió, acariciando mi pierna sobre la suya—. Odio ese olor, me recuerda a cuando era pequeño y me obligaba a sentarme frente a ella mientras leíamos. Lo pasaba muy mal sin poder moverme y me aburría mucho.

—Nada de *early grey*, entonces —concluí, echando un rápido vistazo—. ¿Qué te parece el té verde con menta? Es bastante bueno y no está especiado.

—Lo que tú quieras —respondió, ladeando el rostro para darme suaves besos en la mejilla, en la barba y en la sien mientras yo seguía leyendo.

Cuando volvió la camarera para preguntarnos qué deseábamos tomar, respondí:

—Tráenos un té verde con menta, un té de mezcla irlandesa, un Dulce Hogar, un té americano, un Rooibos de vainilla y caramelo y un Capricho de Verano, por favor —le pedí, y como se quedó un momento sorprendida, añadí con una sonrisa—: Mi prometido va a decidir cuál le gusta más, nunca ha tomado té.

Ella miró a James, no demasiado interesado en prestarle la más mínima atención, y después reaccionó rápida y precipitadamente.

—¡Por supuesto! —dijo en un tono alto, parpadeando y recogiendo la carta que yo le estaba entregando antes de darse la vuelta e irse.

Giré el rostro para ver al señor Black y darle un par de besos cortos en los

labios. Yo sabía cómo mimar a mi hombre y lo que le gustaba, así que moví la mano que mantenía en su ancho muslo para acercarla más a su entrepierna, usando tan solo el pulgar para rozar el bulto que allí había. James empezó a sonreír, hasta que le mordisqueé el labio inferior y gimí por lo bajo. «¿Te gusta?», susurré. Él asintió, recostándose un poco más sobre el sofá de época para acomodarse y dejarme total acceso a su cuerpo. Le desabotoné un botón más de su camisa beige y le acaricié suavemente los pectorales y la pronunciada hendidura entre ellos; algo más cariñoso que explícitamente sexual. Lo hice durante todo el tiempo que tardaron en traernos todos los té e infusiones que había pedido, junto con dos servidores de bandejas en pirámide repletos de pequeños dulces y sándwiches. Llenaron por completo la mesa redonda frente a nosotros y nos desearon buen provecho antes de desaparecer; entonces fuimos probando los té uno por uno, yo lo preparaba, en la misma taza y ambos le dábamos un par de sorbos, intercalándolo con besos y los pequeños aperitivos que, por supuesto, yo le daba al señor Black mientras él se limitaba a estar recostado y sonreír. Algunos pensarían que mimaba demasiado a mi prometido: tenían razón. Pero yo no estaba haciendo nada que no hubiera hecho ya en el pasado, con la excepción de que, como él me había pedido, no apresuraba la situación ni la interrumpía con quehaceres que nos habían detenido en las anteriores ocasiones. Nos pasamos en aquel salón casi dos horas, pegados y compartiendo susurros como un par de adolescentes enamorados, creando un pequeño mundo con sabor a té dulce y emparedados.

No nos levantamos hasta que el sol empezó a descender por el horizonte, bañándonos con una luz amarillenta y un tanto cegadora. Fue entonces cuando James me hizo una señal para que me moviera, dejándole el espacio suficiente para levantarse, suspirar y rodearme los hombros para guiarme hacia una nueva ubicación; la terraza interior del hotel. Era un lugar precioso, por supuesto, con vegetación, muebles de madera con cojines cómodos y suaves, enormes sombrillas para cubrirse del sol, farolillos que proyectaban una luz íntima y cálida entre las primeras sombras de la noche y hasta una chimenea de fuego real. Solo hicimos un breve parón en el baño para mear tras tanto té e infusiones, donde el señor Black no se cortó lo más mínimo en manosearme y darme un rápido repaso contra la pared de tejas de piedra, disfrutando de aquel peligro de ser descubierto, como a él tanto le gustaba. No hicimos nada importante, solo nos frotamos un poco y nos besamos mucho hasta que James estuvo satisfecho y me llevó a la terraza. Allí repetimos lo que habíamos hecho en el salón de té, pero intercambiando las bebidas por vasos de whisky *Black Barrel*. El señor Black gruñó de puro placer cuando vertí un poco del licor desde mis labios a los suyos antes de darle un buen beso con lengua.

—Sabes lo importante que eres para mí, James... —le susurraba yo en voz baja, como llevaba haciendo toda la tarde—. Sabes lo muchísimo que te quiero y lo mucho que me gusta estar contigo...

Él se limitaba a asentir y a soltar murmullos guturales de afirmación mientras hinchaba mucho su pecho y suspiraba. Estaba empalmado casi todo el rato, pero no parecía tener interés en apresurar aquel asunto, solo me hacía sufrir un poco a veces con el puñetero vibrador y disfrutaba de toda la atención y el cariño que le dedicaba como si fuera un hombre hambriento y sediento en el desierto y cada una de mis palabras fuera dulce agua que caía del cielo.

Era increíble lo mimoso y necesitado que podía volverse el señor Black, alguien del que jamás pensarías que pudieran gustarle ese tipo de cosas cuando le veías caminando con su expresión seria, su cabeza alta y su actitud cortante. Tras tres copas, susurros, risas bajas, roces indiscretos y muchos besos, fue él quien decidió volver a moverse de sitio, esta vez de vuelta a la habitación. Pasé la tarjeta dorada por el lector y, al entrar, me encontré con que habían movido todos los muebles para hacer sitio a una mesa totalmente adornada.

Había velas por todas partes para dar un ambiente romántico, sonaba música suave de fondo y la cena nos esperaba en un carrito cercano junto a un cubo con champán en hielo. Alcé las cejas y miré al señor Black, quien cerró la puerta con una fina sonrisa en los labios.

—Eres la primera persona que veo que prepara su propia cena sorpresa para su cumpleaños —le dije, algo que, al parecer, le hizo gracia.

—Iba a cerrar un restaurante del hotel solo para nosotros, pero me dijeron que no era posible con tan poca antelación, no importó cuánto dinero les ofreciera —respondió con un deje de leve enfado en la voz—. Esto en América no hubiera pasado...

—Yo creo que esto es mucho mejor, *pal* —sonreí antes de darle un beso.

James gruñó un poquito al escucharme decir aquello, me rodeó con los brazos y me metió la lengua en la boca. Creí que querría follar antes de la cena, pero no fue lo que pasó, lo que pasó fue que me desabotonó la mitad de la camisa para ver mi arnés y después sacó el mando del bolsillo para darme un par de vibraciones mientras sonreía y me besaba. Yo trataba de seguir firme, pero me revolvió un poco entre sus brazos, jadeaba y gemía. Tras una pequeña tortura, me llevó a la mesa y fue a por una botella de champán para abrirla con un sonoro «pop» y rellenar los vasos de barista.

—Feliz cumpleaños, James —murmuré, levantando el mío para brindar—. Te quiero mucho.

El señor Black se quedó un par de segundos quieto y en silencio antes de chocar su vaso suavemente contra el mío.

—Gracias, Leo —me dijo—. Me asusta un poco cumplir treinta años, pero estar a tu lado lo hace todo más sencillo.

—Son solo tres décadas —respondí, negando con la cabeza por aquella pequeña crisis de edad—. Todavía eres joven.

—Supongo que es una buena edad para asentar la cabeza y casarse con algún hombre guapo, ¿no crees? —murmuró, dejando su copa sobre la mesa antes de mirarme por el borde superior de los ojos.

—Es una edad maravillosa para hacer eso —asentí, dándole un último trago al champán, porque estaba muy bueno.

—Quizá tener un par de hijos...

Se me escapó el champán de los labios y tuve que poner la mano delante para no manchar más de lo que lo había hecho en un primer momento de sorpresa. Tosí un poco y dejé la copa en la mesa, tomándome unos segundos antes de mirar a James.

—¿Quieres hijos? —pregunté no sin cierta sorpresa.

El señor Black asintió lentamente.

—Me gustaría mucho tener dos o tres hijos, como mis padres.

—Ahm... —fue todo lo que se me ocurrió responder en aquel momento—. Yo... me parece un poco pronto. Hay muchas cosas que debemos resolver primero, ya sabes —añadí tras un par de segundos en silencio—. Quizá en unos años... estemos preparados.

—Sí, hay muchas cosas que resolver, como nuestra boda y el trabajo —coincidió—, pero no quiero esperar hasta los cuarenta —y eso sonó un poco como una advertencia.

Fruncí un poco el ceño y asentí un par de veces. Una conversación sobre tener hijos no... no era la clase de conversación que te esperas cuando tienes puesto un arnés, no llevas ropa interior y te han metido un vibrador con control remoto por el culo.

—He encargado langosta —dijo entonces el señor Black tras uno de nuestros breves silencios.

—*Grand!* —sonreí, encantado de pasar por alto aquel momento y seguir con la velada.

James quiso usar el mismo plato y el mismo tenedor, compartiendo una cena romántica y bastante empalagosa de miradas, palabras suaves y pequeños besos; al igual que llevábamos haciendo durante todo el día. Nos comimos solo una de las dos langostas y fuimos directamente a por el postre dulce, también comido a medias. Al final, James se limpió los labios con la servilleta de tela y alargó la mano hacia el carrito para sacar una caja de puros y una botella de whisky de una cavidad escondida debajo del mantel.

—Vamos al sillón —ordenó, señalando un lugar que habían dejado no muy lejos de la mesa de la cena—. Prepara dos copas, yo me encargaré de los puros.

Asentí, conforme con la idea, y me levanté para preparar los vasos de whisky usando el hielo que había en el cubo de champán. James fue hacia el sofá, sacó uno de los puros de la caja, lo cortó por un extremo y lo encendió con una cerilla y un par de caladas rápidas; entonces cogió la copa de whisky que yo le entregaba y, tras exhalar una bocanada de humo azul al techo, me dijo:

—Desnúdate para mí, Leo.

Aquello me pilló por sorpresa, alcé ambas cejas y parpadeé. Desde aquella mamada al principio de la tarde, todo había sido mucho más romántico

que sexual y no me esperaba ese cambio tan repentino tras la cena de langosta a la luz de las velas.

—¿Solo me desnudo o quieres que lo haga como a ti te gusta? —le pregunté, dándole un trago a la copa de whisky.

—Como a mí me gusta.

Asentí, dejé el vaso *on the rock* sobre la misma mesilla que la caja de puros y empecé el show. Yo nunca me lo hubiera imaginado y no lo sabía, pero la imagen de James Black en su postura de Amo del mundo, con su whisky en una mano mientras fumaba su puro y me miraba desnudarme atentamente; me puso muy cachondo. Había una energía muy fuerte en el señor Black, una intensidad que me hacía sentirme un poco expuesto y un poco sórdido por estar haciendo aquel pequeño show para él como si fuera un stripper en un bar bailando para un mafioso. No sabía lo que era, pero aquella fantasía me puso bastante cerdo y me absorbió por completo. James me miraba en silencio, tratando de esconder su excitación de mí, aunque no podía ocultar la forma en la que se aceleraba su respiración y su pecho se elevaba tensando la camisa beige sobre sus pectorales. Cuando terminé de desvestirme, fui directo a sentarme sobre él y rozarme desnudo contra su cuerpo, solo con el arnés y el puñetero vibrador puestos. Le lamí el cuello, moví el culo contra su entrepierna y gemí en su oído, pero James continuó con la vista al frente, llevándose el puro a la boca y exhalando el humo, como si se tratara de un juego por ver quien aguantaba más. Un juego que me encantó, por cierto, y que, como siempre, yo iba a ganar. No dudé en usar todas las armas a mi alcance para quebrar a James, empezando por mi acento. «*Don't you want to fuck your good fella, James?*», medio gemí en su oído mientras le recorría el pecho abultado con las manos. «Ruégamelo...», respondió él. «Yo no ruego a nadie», le recordé. El señor Black movió el rostro para pegar sus labios a mi oreja y decirme: «Yo no pido por favor ni me disculpo ante nadie, solo ante ti, así que tú me vas a rogar solo a mí». Levanté la cabeza y miré sus ojos del azul del mar muy fijos en los míos.

No era el momento para recapacitar en lo que había dicho, pero sí me había dado cuenta de ello, de lo mucho que me pedía perdón y gracias ahora; lo que no sabía era que tuviera un precio. A James le debía costar mucho dejar su desproporcionado orgullo atrás y mostrarse «débil» ante mí, así que me estaba pidiendo aquello a cambio. Porque... así hacíamos nosotros las cosas.

—Fóllame, James... por favor... necesito sentirte dentro de mí... —le pedí muy cerca del rostro.

El señor Black entreabrió los labios y soltó un jadeo con olor a puto y whisky. Entonces sonrió de una forma victoriosa y algo malvada, como hacía en el gimnasio pero incluso más retorcida.

—Más —exigió, recostando la cabeza en el sofá y llevándose el puro a la boca.

Si alguna vez la necesidad de control y posesión sobre mí estuvo totalmente satisfecha para James, debió ser en aquel momento. Estaba totalmente borracho de poder y ego tras aquel día, tras conseguir hacerme rogarle por más y más de él como si yo fuera un adicto y su cuerpo y su polla fueran mi cocaína. Me dejó chupársela de rodillas en el suelo, me dejó quitarme (por fin) ese puto vibrador para poder montarle sobre el sofá. Él tenía el puro en la boca y el vaso de whisky en la mano, como si todo aquello no lo estuviera volviendo completamente loco. Yo gemía y jadeaba repleto de excitación al contemplarle, diciendo y pidiendo cosas que jamás creí que le pediría a nadie en un tono serio. Todo llegó a su fin en un apoteósico momento en el que le cogí el puro de los labios, lo puse en los míos y aceleré la intensidad con la que le montaba hasta correrme por todo su pecho. James no tardó ni veinte segundos en hacer lo mismo dentro de mí, gruñendo como un puto animal: «*Fuck, yeah!*». Solo esperaba que nadie nos hubiera grabado entonces, porque hubiera sido un vídeo muy, muy humillante a muchos niveles.

Satisfecho, sudado, jadeante y totalmente complacido, me dejé caer sobre él. Me quité el puro de los labios, le rodeé el cuello con los brazos y apoyé la cabeza en el respaldo del sillón. Tardamos varios minutos de calma y silencio en volver a ser personas y, entonces, James dejó de acariciarme la espalda y me preguntó:

—¿Ya estás mucho mejor ahora que tienes toda mi buena leche americana dentro?

Cerré los ojos y me llevé una mano al rostro.

—Joder, James... —murmuré, totalmente avergonzado al oír una de las muchas gilipolleces que el había dicho—. No me lo recuerdes, por favor.

Él se rio, inundando el salón y haciendo vibrar su pecho bajo el mío, cuando al fin se detuvo, tiró de mí para levantarme y poner unos buenos y marcados morritos. Me incliné y le di un beso lento y suave, contrastando por completo con el tipo de sexo que acabábamos de tener, más salvaje y sórdido.

—Te amo, Leo —me dijo él.

Sonreí y le acaricé el rostro de barba espesa.

—Yo también te amo, James.

—¿Te ha gustado el día? A mí me ha gustado muchísimo.

—Me ha gustado, pero el vibrador no me hizo ninguna gracia, era una sensación muy extraña.

—El vibrador fue divertido —dijo él—. Yo tenía el mando y todo el control sobre ti. Lo que pasa es que no estás acostumbrado y te costaba disfrutarlo, realmente puede ser muy placentero.

—Meh... —me encogí de hombros, no demasiado convencido de aquello—. No hay nada como el Gran General.

James sonrió de esa forma preciosa e imperfecta, movió la cadera para recordarme que aún tenía su polla dentro de mí y me besó en los labios.

Tras quedarnos así un buen rato, tuve que moverme por las punzadas que me daban en los muslos, levantándome de encima de un James con expresión apenada. Le invité a darnos una ducha, creyendo que había llegado el momento, pero él se negó. Fuimos al baño y nos secamos, más o menos, con una toalla. Quise quitarme el arnés, pero tampoco me lo permitió, así que volví con el puesto hacia la cama. El señor Black estaba debajo, desnudo y con las manos detrás de la cabeza y yo estaba tumbado encima, mirando sus ojos, acariciándole el pelo y la barba.

—Oye, James —murmuré, inmersos en aquella penumbra del anochecer, solo interrumpida por el fulgor de las numerosas velas que también habían encendido por toda la habitación—. Sé que no te digo muchas veces lo guapo que me pareces o lo mucho que me excita tu cuerpo, pero es para que no creas que es lo único que me gusta de ti.

El señor Black perdió su suave sonrisa y se puso serio, tardando un par de segundos en responder:

—Sé que tú me quieres de verdad, Leo. Nunca pensaría eso de ti, así que puedes decirme todas las veces que quieras lo fuerte que soy y lo increíblemente guapo que te parezco.

Sonreí un poco y asentí.

—De acuerdo —le besé.

Cuando levanté la cabeza, James tenía los ojos un poco empañados y brillantes, apartó las manos de detrás de la cabeza y me abrazó.

—Quiero leerte algo que he escrito, algo... importante —murmuré. Yo asentí, perdiendo la sonrisa porque aquello parecía algo serio—. Está en la maleta de mano, en el bolsillo de fuera. La he traído desde Nueva York.

Volví a asentir y me levanté para ir a buscarla. No tardé demasiado en encontrarla justo donde me había dicho, un sobre blanco sin cerrar con papeles doblados y escritos a mano dentro. Le di un par de vueltas entre las manos y lo llevé de vuelta junto a James, el cual se había incorporado para apoyar parte de la espalda contra el cabecero de la cama. Parecía nervioso y triste, muy diferente a cómo había estado durante todo el día y, por un momento, temí lo que pudiera estar escrito en aquella carta. Me senté a su lado y se la entregué. Él la abrió y sacó las hojas mientras me recostaba a su lado, apoyaba la cabeza en su hombro y le acariciaba el pecho abultado.

—Esto lo he escrito para ti —me dijo en voz baja, sin mirarme—. Quería leértelo al llegar, pero no encontré el momento y tenía... un poco de miedo; pero quiero que lo oigas.

Desdobló las páginas y cogió una buena bocanada de aire antes de empezar.

«Leo, te quiero muchísimo, más que a nadie y más que a nada, como te dije una vez. Sé que te he traicionado y no puedo describir con palabras lo mucho que me arrepiento de ello. Por eso te escribo esta carta, no como una excusa, sino para que puedas conocerme mejor. Para que, quizá, puedas llegar a entender por qué he hecho algo tan terrible en un momen-

to de debilidad y miedo. Nunca le he contado esto a nadie y creí que nunca lo haría, porque no es un momento de mi vida del que me sienta orgulloso ya, pero tú eres la única persona en la que confío y, si alguien se merece saber la verdad de mi vida, ese eres tú, el que todavía espero y sueño con que algún día se convierta en mi marido.

Cuando yo era pequeño, siempre estaba solo. Era un niño triste, tímido y gordo al que le gustaban mucho los dinosaurios y que no tenía más amigos que sus dos perros Pimienta y Canela. Yo no quería estar solo, pero me costaba mucho conocer a otros niños y hablarles, porque me daban miedo y no entendía muchas cosas de las que hacían o de las que hablaban. No parecían ser como yo era o vivir como yo vivía y eso me confundía mucho y me hacía sentirme un completo extraño entre ellos.

Si alguien venía de visita a casa o acudíamos a invitaciones de los colegas de mis padres, mis hermanos y yo teníamos que ser muy educados y mostrar la perfección de los Black. Siempre, sin excepciones de ninguna clase. No podíamos jugar con los demás niños por si se nos manchaba la ropa, no podíamos gritar como animales, ni salir corriendo como borregos, porque entonces mi madre nos encerraría en el armario durante horas y no importaba lo mucho que lloráramos allí dentro porque no vendría a sacarnos hasta la noche.

Tú viste ese armario en mi casa, el que daba tanto miedo y estaba en la habitación de invitados. Me dijiste que te asustó aquella noche y me alegré mucho de oírlo, porque a mí también me da miedo. Todavía odio el olor a naftalina y el contacto de los abrigos de pieles, me ponen muy nervioso y no me gustan.

Así que, cuando había invitados delante, mis hermanos y yo nos quedábamos muy callados, bien sentados a la mesa, con modales impecables, perfectamente vestidos y sonriendo a todos los compañeros de mis padres que venían a hablarnos y a bromear con nosotros. Cuando teníamos que estar con los demás niños, era muy extraño y difícil para mí entenderles. No conocíamos las series y dibujos de los que ellos hablaban, porque nosotros no teníamos televisión ni leíamos revistas o cómics; no conocíamos los juegos a los que jugaban o los juguetes que usaban, porque nosotros no los teníamos en casa; ni siquiera los conocíamos a ellos, porque a nosotros nos daban clases particulares en casa y no íbamos a la escuela. Padre decía que la educación hasta sexto grado era demasiado vaga y sencilla, así que teníamos un tutor que venía a nuestra casa cada tarde a darnos clase desde la universidad.

Teníamos un temario avanzado y elegido especialmente por mi padre, que cada fin de semana nos hacía un examen para descubrir si habíamos aprendido algo o no. Premiaba al que mejor nota sacaba, porque era el mejor, y al resto nos dejaba sin cenar. El domingo teníamos una clase especial con madre sobre Modales y Maneras, en las que nos enseñaba a ser siempre amables, a sonreír, a sentarnos correctamente y a saber comer de forma elegante para que todos supieran que éramos unos niños bien e-

ducados y de buena familia. El resto del tiempo, cuando no estábamos en clase o con mi madre, lo pasábamos solos, en nuestras habitaciones o en el jardín si hacía buen tiempo.

Cuando nos obligaban a interactuar con los hijos de sus amigos, seguíamos sonriendo y quietos, porque no sabíamos qué más hacer y no queríamos enfadar a madre. Los demás niños nos veían y nos evitaban o se reían de nosotros. Ahora entiendo el por qué y lo raro que debía ser para ellos vernos allí parados, con nuestra gran sonrisa y en silencio mientras les mirábamos; pero por entonces no entendíamos por qué nos ignoraban y se reían, porque no éramos capaces de entender lo que había de malo en nosotros. Recuerdo que en una ocasión, en un cumpleaños, un grupo de niños se acercó a nosotros y nos preguntó: «¿Por qué sois tan raros?». Yo seguí sonriendo y respondí: «No somos raros, somos James, Sarah y Robert Black. Encantados de conoceros». Mi hermana hizo su saludo de princesita, ese que tanta gracia les hacía a los adultos, subiendo los pliegues de la falda e inclinándose un poco. Yo quise darles la mano como hacía padre con sus amigos, pero ellos se alejaron de nosotros como si fuéramos unos monstruitos. Después se rieron y les pareció divertido tirarnos globos de agua, aunque les advirtiéramos que nos estaban mojando, pero como nosotros no nos movimos y seguimos sonriendo nerviosamente, nos empezaron a tirar barro hasta que uno de los padres vino a echar un vistazo y descubrió lo que estaba pasando allí. Todos los adultos se enfadaron con los demás niños y pidieron disculpas a mis padres, pero mis padres solo se enfadaron con nosotros por habernos dejado hacer aquello. Nos encerraron en nuestras habitaciones durante un día entero sin comer. Recuerdo que yo estaba muy confuso y no paraba de llorar, porque no sabía qué había hecho mal, no entendía por qué «éramos raros».

Creo que fue en ese momento cuando mis padres debieron darse cuenta de que no sabíamos interactuar con otros niños de nuestra edad y, al descubrir lo que los demás pensaban de nosotros y lo «extraños que eran sus hijos», decidieron apuntarnos a actividades donde poder socializar. A mi hermano Robert lo apuntaron a música y a kárate, a mi hermana Sara a ballet y a pintura, y a mí a atletismo y a los *Boy Scouts*. Yo era el mayor y padre pensó que era bueno que aprendiera liderazgo. Fue una experiencia dura y frustrante, porque yo siempre tenía miedo de los demás niños, de que se rieran de mí y que me humillaran. Sonreía mucho y me esforzaba por no ser diferente.

Durante esa época adelgacé bastante y aprendí a ser la persona que todos querían que fuera, imitando a otros niños y jóvenes que parecían gustar a los demás y a los que todos respetaban. También aprendí a esconder las partes de mí que no quería que vieran, porque como tú dijiste una vez, Leo, a nadie le gusta estar con alguien confuso y que no para de llorar. Y yo me sentía muy desplazado, me sentía diferente, frustrado, triste, enfadado y solo. Quería ser el mejor, porque eso me haría importante y

válido, pero también porque me ganaría el respeto de todos y dejaría de ser ese niño «raro» que no entendía nada de lo que ocurría a su alrededor. El deporte me ayudó a conseguir ese objetivo y, si me esforzaba mucho y era lo suficiente bueno, mis padres estarían allí para verme levantar otro trofeo o medalla y sería un buen día porque ellos estarían sonrientes y orgullosos de que hubiera ganado.

Para cuando entré en la escuela en sexto grado, a los once años, ya sabía la clase de niño que tenía que ser para caerles bien a mis compañeros, aunque todavía me sintiera extraño, asustado y perdido en aquel lugar repleto de gente. Todavía me da miedo, Leo. Todavía me siento angustiado y nervioso cuando tengo que relacionarme con un grupo de personas que no conozco; a no ser que yo esté en una posición de poder. Pero, por aquel entonces, yo seguía siendo solo un crío estúpido que creía que el resto también fingía que eran perfectos y que no tenían miedo, como fingíamos nosotros, los Black, y que todo el mundo querría ser mejor que yo y que yo debía ser siempre mejor que ellos. Tardé todo un año en darme cuenta de que mi casa y mi familia no eran como el resto. Que nosotros *sí* éramos los raros y los demás niños no fingían estar tristes para llamar la atención ni sonreían solo porque tenían que hacerlo. La primera vez que oí a uno de ellos hablar mal sobre sus padres o sus hermanos, me quedé paralizado. Estaba tan sorprendido que me puse muy nervioso, como si se tratara de una enfermedad contagiosa y fuera a infectarme. Descubrir ese nuevo mundo del instituto por mí mismo, fue muy duro, Leo. Como ya te he dicho, nunca he podido contar con mis padres ni con nadie para ayudarme a solucionar mis dudas o mis problemas, porque no quería parecer débil y estúpido. Así que solo me tenía a mí mismo y a mis enciclopedias; pero en ellas no aparecía nada sobre el instituto o sobre por qué yo siempre estaba triste y me sentía perdido, asustado y ansioso. Las cosas no hicieron más que empeorar cuando llegué a octavo grado y atravesé la pubertad.

Como te dije una vez, Leo, en mi casa el sexo es un tabú. Nunca se habla de ello, es una de esas cosas que, simplemente, ignoramos que existe porque no es un tema adecuado. Era capaz de entender los cambios biológicos que atravesaba mi cuerpo, los cambios que iba a experimentar, porque eso aparecía en los libros de biología y en mis enciclopedias; pero no era capaz de entender todo lo demás. Yo seguía frustrado y atrapado, buscando desesperadamente ser el mejor en todo, aunque a veces eso me granjeara la envidia y celos de los demás, lo que trataba de compensar con una falsa inocencia y una gran sonrisa. En noveno grado empecé a darme cuenta de que mi físico y mi atractivo atraía mucho la atención de los demás. Yo ya no era ese niño raro y gordo, ahora era el deportista guapo y de éxito que gustaba a todos. Cuando entendí eso, mi imagen empezó a preocuparme seriamente, no solo mi ropa y mis modales, que siempre habían sido perfectos; sino mi atractivo personal y mi cuerpo. Descubrí la moda, las tendencias y los estilos más actuales y modernos con los que

destacar incluso más. Me esforcé mucho por mejorar mi alimentación, mis entrenamientos y ganar masa muscular porque sentía un gran placer al ser el centro de atención y al atraer todas las miradas, era como cuando ganaba una competición y me subía al podio, pero todo el tiempo. Recibía muchísimas cartas de amor, confesiones, invitaciones y propuestas, tanto de mujeres como de hombres. No las aceptaba nunca, porque sabía que si tenía una relación con otra persona, los demás dejarían de tratar de «conquistarme»; y eso era lo que más me gustaba, sentirme deseado y querido por todos. Hasta que el resto de mis compañeros empezaron a perder la virginidad y me sentí excluido de ese nuevo mundo de «los chicos adultos» que se estaba empezando a formar a mi alrededor. No quería que volvieran a excluirme, a ser el chico «raro» y a que se rieran de mí por no haber follado todavía; así que fue entonces cuando empecé a plantearme tener mi primera relación sexual con otra persona.

El problema, Leo, era que yo no me sentía atraído por nadie. Solo quería su deseo y su admiración, pero no a ellos. Es algo que me ha pasado siempre y que nunca creía que cambiaría, hasta que te conocí a ti. Tú me excitas de verdad, siento un profundo deseo de tocarte y besarte, la polla se me pone muy dura y, como ya te he dicho en varias ocasiones, me vuelves loco.

Sin embargo, eso no me sucedía antes. Yo era consciente de que no me importaba experimentar tanto con hombres como con mujeres, que para mí no había ese límite infranqueable que parecían tener el resto; pero fingía que lo tenía porque era lo que los demás pensaban y hacían. Desde los catorce, después de escuchar a los chicos bromear y hablar sobre la masturbación, me tocaba de vez en cuando a solas en mi habitación. No era algo que disfrutara especialmente, era simplemente algo que tenía que hacer para poder hablar de ello como el resto. Cuando oía a los chicos hablar de personas que les excitaban, yo no parecía sentir el mismo impulso y deseo que ellos sentían. Eso me angustió mucho, me sentí de nuevo perdido, diferente, frustrado y enfadado. Por aquel entonces, no tenía ningún tipo de acceso a la pornografía, como ellos la tenían. En mi casa solo había un ordenador y estaba bajo llave en el despacho de mi padre, no podía ir a comprar revistas porque no tenía la edad necesaria y tampoco podía robarlas porque si descubrían eso en mi habitación, mis padres se enfadarían muchísimo conmigo. En los ordenadores de la biblioteca del instituto y los de la biblioteca pública, había instalados controles de menores y habían bloqueado las páginas, así que no tenía nada explícito y visual en lo que basarme o forma alguna de descubrir lo que se esperaba de mí. Nadie a quién preguntar. Así que, una vez más, estaba solo.

Mi primera experiencia sexual fue a los dieciséis años, en el verano después de décimo grado. Elegí a una de las chicas más guapas del instituto y un año mayor que yo, la escogí a ella porque era la que todos los demás más deseaban y la que atraía más miradas, al igual que yo. Así

que iba a tener lo mejor porque yo era el mejor. Recuerdo que estaba muy nervioso y angustiado, que tenía mucho miedo de que algo fuera mal y de que todos se rieran de mí. Así que bebí mucho para relajarme y fui a por ella. No tengo muchos recuerdos de aquella noche, pero sé que lo hice bien, porque después todos me alabaron.

Fue una sensación maravillosa, Leo, eso sí lo recuerdo.

Me sentí... grande, poderoso e importante.

Todos me venían a hablar, todos hablaban de mí y me respetaban todavía más. Era el chico que se había follado a la más guapa y además mayor que yo, todos los demás estaban muertos de envidia y yo lo sabía.

Creo que ese fue el principio de mi problema con el sexo, Leo, porque el subidón que sentí en aquel momento, la adoración y admiración que recibí por haber hecho aquello, me marcó mucho.

Así que no dudé en volver a usarlo como un herramienta para ganarme más y más respeto de los demás. Lo repetí, primero con la misma chica y, después, con otras que también habían oído hablar de mí, de lo duro que follaba y de mi enorme polla. Me convertí en un ídolo de los demás estudiantes y me sentí mejor que nunca.

A los dieciocho, ya me había follado a más de una docena de chicas; a casi todas las animadoras y a las más guapas del instituto. Yo tenía fama de bestia sexual, de ser el más guapo, con muy buen cuerpo y las mejores notas de mi clase. Me sentía bien por primera vez en mi vida. Ya no me sentía tan angustiado ni tan triste, seguía teniendo miedo, pero cada vez que dudaba solo tenía que follarme a otra chica e ir a decírselo al grupo para celebrarlo y bañarme en su admiración. Eso me dio la confianza para enfrentarme a mis padres por primera vez y decidir no ir a la facultad de medicina, porque yo no quería ser médico. Odiaba la biología, odiaba el trabajo de mi padre y odiaba la idea de llegar a ser como él; yo quería ser mejor que él. Una vez me dijiste que odiabas a mi padre y que no se merecía tu respeto, eso me hizo muy feliz, Leo. Sé que me enfadé contigo, pero en el fondo sentí un gran alivio, porque yo pensaba que era el único que creía que mi padre no era el gran hombre que todos creían que era.

Así que elegí estudiar algo con lo que poder ganar mucho dinero y sobrepasar el éxito de mi padre, y me decidí por económicas, algo parecido a ti, Leo. A veces me gusta pensar en lo que hubiera pasado si nos hubiéramos encontrado tú y yo en la universidad, si tú me hubieras llegado a querer como me quieres ahora, si me hubieras ayudado y te hubieras preocupado por mí como haces ahora, pero seguramente solo me hubieras odiado. Porque, cuando llegué a Yale, estaba aterrado y angustiado de nuevo, era como volver a empezar, ser otra vez un extraño asustado, triste y solo, haber perdido todo lo que había conseguido hasta entonces y verme obligado a volver a esforzarme por ser el hombre de éxito que era antes. Y ahora que conocía el camino rápido para conseguirlo, no lo dudé.

Desde el principio del curso, fui a todas las fiestas y siempre me follaba a

la chica más guapa o con mejor cuerpo. Pronto llamé la atención de una de las mejores hermandades del campus, una de las más elitistas y con miembros de familias importantes. Cuando me aceptaron, me volví a sentir grande, poderoso, valorado y respetado.

Ellos hablaban de mí, me llamaban «El Lobo», porque siempre iba de caza y me comía a todas las ovejitas. Así que me mudé a la casa de la hermandad, empecé a formar parte de ese club exclusivo e importante y volví a sentirme bien conmigo mismo. Al fin estaba fuera de casa y era libre, Leo, podía hacer lo que quisiera y lo que quería era seguir siendo el mejor. Así que era el que más bebía, el que más fumaba, el que más se drogaba, el que más follaba y el que más escándalo hacía. Ellos querían al Lobo, y yo les daba más y más para sorprenderles todo lo que podía y seguir siendo una parte muy valorada y respetada de la hermandad.

El problema, fue cuando todos se acostumbraron a que yo follaba mucho, bebía mucho y gritaba mucho, y ya no fue ninguna novedad, ya no había nada que celebrar. Solo era yo siendo yo. Así que me esforcé por mejorar el juego, por hacer cosas que ellos no podían hacer para demostrar que yo era el más guapo y el más fuerte. Fue entonces cuando empecé a drogarme fuera de las fiestas porque el alcohol ya no era suficiente para mí. Me metía cocaína, pastillas, fumaba lo que fuera y hacía planes para sorprender a todos. Hice mi primer trío, mi primer anal, tuve mi primera experiencia homosexual, lo empecé a hacer en sitios públicos, en los baños sobre todo pero también por el campus, empecé a crear algunos de esos estúpidos retos personales para sorprender a mis compañeros y demostrarles lo «increíble» que yo era: tenía un mapa del campus en la habitación y marcaba todos los sitios en los que había follado, también empecé eso de tener sexo sin parar con varias personas seguidas. Iba mucho a la biblioteca, pero no como tú, Leo, yo iba con un libro que ni siquiera era de mi carrera y me pasaba el día buscando rollos que llevarme al baño para que me chuparan la polla o para follar. La hermandad creó un reto en mi honor por eso el día que me follé a cinco mujeres en la misma tarde. Lo llamaron «La Putioteca» y colocaron una placa en los baños donde ponía «Territorio de caza de Black».

Yo me sentía muy grande y poderoso, Leo. Sentía que ahora tenía todo lo que yo quería, que todos me admiraban, pero había algo que no encajaba dentro de mí. Yo lo sabía. En el fondo, sabía que algo iba mal, que lo que estaba haciendo no me hacía sentir bien. Por entonces era solo una leve sensación, un resquemor en el fondo de mi mente que trataba de ignorar de todas las formas posibles. Yo iba casi siempre drogado o borracho, apenas dormía, faltaba a las clases y me costaba mucho concentrarme en cualquier cosa.

Vivía solo para seguir alimentando mi propio ego y mi fama. Ya ni siquiera me importaba a quién me follaba, si era un hombre o una mujer, si esa persona era guapa o fea, si tenía buen cuerpo o era gorda o estúpida, solo me importaba meterles la polla y sumar otro número. Recuerdo...

que llegó un momento en el que había personas visitándome en la hermandad para follar conmigo. A muchos de los chicos les pareció gracioso y lo celebraron poniendo carteles por la casa que señalaban la dirección a mi habitación, porque yo era tan guapo y tan fuerte que todos querían follar conmigo, pero en ese momento yo empecé a tener miedo, Leo. La gente venía a follar conmigo y yo no les decía que no, porque era «El Lobo» y el Lobo se comía a todas las ovejitas.

Yo fingía que todo iba bien y que era el mejor, como siempre había hecho, pero la verdad, Leo era que... a veces me escapaba a un lugar donde nadie pudiera encontrarme y temblaba y lloraba porque esa voz en mi cabeza que me decía que algo iba mal cada vez era más ruidosa. Había empezado a dudar, a preguntarme a mí mismo si yo estaba usando a la gente o si la gente me estaba usando a mí. Los demás venían porque yo era muy guapo y sabían que les iba a follar como nadie, no les importaba nada más. Sentía que había perdido el control y eso me angustiaba muchísimo. Me preguntaba qué diferencia había entre una puta y yo. No lo hacía por placer, Leo, nunca lo había hecho por placer, odiaba que me tocaran, le agarraba las manos para que no lo hicieran, y jamás les dejaba besarme. Jamás. Pero cuando quise parar, ya era tarde. Tú me dijiste esas mismas palabras una vez, Leo, y eran verdad. Yo tenía miedo de perder todo lo que había conseguido, de que los demás dejaran de respetarme, así que ahogaba esos pensamientos con drogas, alcohol y la aprobación de los chicos, porque eso siempre me hacía sentirme un poco mejor. «Soy el Lobo», me decía a mí mismo. «Soy el puto Lobo».

Al final del curso, yo había suspendido todo y había perdido todo un año escolar. Volver a casa me aterraba, enfrentarme a mis padres me aterraba, dejar de ser «El Lobo» me aterraba, porque por entonces era todo lo que yo sabía ser. Por suerte, mi fama y todas las fiestas a las que iba, me hizo conocer a mucha gente, a hacer muchos contactos, y uno de ellos fue Peter Jacobs. Iba en último curso de económicas y habíamos coincidido en varias fiestas, él me admiraba por entonces tanto como me admira ahora y siempre fue un hombre con muchísimos contactos importantes y buenos amigos.

Antes del fin de las clases me habló de una fiesta especial, una de verdad, no mierdas de universitarios; con mucha droga y mucho sexo. Fui porque me dijo que no iba a invitar a nadie más, porque yo era «El Lobo» y el mejor. Y yo sabía que era el mejor y tenía curiosidad por ver esa fiesta tan increíble de la que hablaba. Fue una de las fiestas de los baqueros de *Wall Street*, la primera a la que asistí. No era muy diferente a las que ya has visto, Leo; había muchas putas y mucha droga. Peter me presentó a sus amigos importantes, les dijo que yo era «la puta fiera de la que les había hablado. El Lobo de Yale». Todos parecieron muy sorprendidos y se reunieron a mi alrededor para saludarme y conocerme. Yo volví a sentirme muy bien, muy grande. No eran solo estudiantes de la universidad, esos eran hombres mayores y muy importantes, muy pode-

rosos y que manejaban mucho dinero, y estaban asombrados por lo que habían oído de mí. Porque yo era el mejor en lo mío. Así que les demostré lo bueno que era y que, todo lo que les había dicho Peter sobre mí, era cierto. Esa noche hice mi primera *gang bang* a tres putas sin llegar a correrme. Todos se quedaron muy impresionados... y yo estaba muy orgulloso de haberlo conseguido.

Nunca te he hablado de él, Leo, pero tuve una especie de mentor cuando era joven. Se llamaba Harry Bolton, murió hace ya un par de años. Era un importante bróker de la banca y sabía muchísimo sobre lo que había que saber para convertirse en un hombre de éxito, como a quien conocer, por dónde moverse y qué hacer para sacar el máximo beneficio de algo o de alguien. Él estaba allí aquella noche y miró lo que había hecho, se quedó tan impresionado como el resto y vio en mí a un joven prometedor. Antes de que volviera a Yale, me invitó a una cena en un buen restaurante y me ofreció una especie de empleo como becario. Pero solo era una forma bonita de decir que quería que fuera su *boy toy* y que, a cambio, me enseñaría un par de cosas sobre negocios. Lo vi como una gran oportunidad: podía volver a casa con mis padres o podía aprender algo en la vida real, con un hombre que tenía mucho éxito y al que parecían respetar muchísimo. Y yo quería ser un hombre así, Leo, quería superar a mi padre, quería superar a todos y tener lo mejor; como él lo tenía. Así que acepté y me mudé a Nueva York.

Yo estaba perdido, Leo.

Yo lo sabía, sabía que algo no iba bien dentro de mí.

Tenía miedo de todo: tenía miedo de haber dejado la universidad, de las decisiones que había tomado, de volver a casa y reconocer que había sido un fracaso, de darle la razón a mis padres después de haberme enfrentado a ellos y haberles llevado la contraria, estaba aterrado al pensar que volvería a ser ese niño triste y solo del que todos se reían, al pensar que todo lo que había hecho no había servido para nada y, sobre todo, estaba aterrado de mí mismo.

Pero, como siempre en mi vida, estaba solo y debía resolver mis propios problemas.

Lo que pensé entonces fue en seguir adelante, hasta el final porque ya era muy tarde para darse la vuelta. Aprendería todo lo que pudiera de Harry, buscaría momentos de felicidad en los éxitos que conseguía y que me hacían mejor que el resto, hasta que llegara el momento de poder tener mi propia empresa y mi propio dinero. Puede que te sorprenda, Leo, pero yo ya hacía algunos años que había pensado en crear algo como INternational. Todavía no tenía ni idea de cómo hacerlo, pero me había esforzado en leer y en aprender. Puede seguir esforzándome por aprender e investigar durante los oasis de calma en los que no estaba drogado ni borracho. A veces, cuando huía del campus, me encerraba en un lugar escondido donde nadie pudiera encontrarme, donde yo tenía el control, como hacía de niño, y me tomaba mis momentos para relajarme y buscar.

Así que ya tenía la idea, solo necesitaba todo lo demás. Necesitaba contactos y experiencia en el mundo real.

Me mudé con Harry Bolton cuando tenía diecinueve. Él vivía en una enorme casa en Park Avenue, con todo tipo de lujos. Mi vida por entonces dio un pequeño giro. Empecé a vivir por todo lo alto y comprendí lo mucho que me gustaba y lo importante que era el dinero. Harry me daba todo el dinero que necesitaba para vestirme perfectamente, ir a los mejores lugares y tener los mejores estilistas y entrenadores personales.

Harry era un hombre mayor, exigente y ocupado, pero tenía muchos contactos importantes y cumplió su promesa de enseñarme todo lo que hacía falta: me enseñó sobre negocios, sobre manipulación, sobre cómo proyectar una imagen de triunfador y también me enseñó a ser un buen Amo.

A él le gustaba que un hombre joven, guapo, grande y fuerte le sometiera, y a mí me gustaba tener el control, pero eso solo funcionaba en el sexo, porque yo ya no era el que decidía nada de lo que sucedía a mi alrededor ni a mí mismo. A cambio de ser mi mentor, yo vivía con él, iba a las fiestas a las que él iba y subía a su limusina. Odiaba esa limusina, Leo, la odiaba con toda mi alma.

Esa es la razón por la que no he vuelto a subir a una.

Entrar en ellas era como el armario donde madre me encerraba, pero con droga y olor a sudor y after shave. A Harry le gustaba montar pequeñas fiestas allí, con sus compañeros, con putas u otros chicos jóvenes. Yo al principio quería impresionarle, me drogaba mucho y hacía todo lo que se me ocurría para sorprenderles, para demostrar que era el mejor, pero a cuantos más sitios me llevaba, cuanto más hacía y cuanta más gente conocía, me daba cuenta de que Harry Bolton no era tan, tan importante como él se creía.

Cuando tuve veintiuno y fui mayor de edad, me llevó a mi primera orgía. Te he hablado ya de ella, Leo. Fue la de la Perra Blanca, en Mikonos, donde me dieron la corona de laureles y el trofeo. Fue una orgía muy grande, me esforcé mucho y gané casi siempre, todos estaban encantados conmigo, todos estaban sorprendidos y querían conocerme. Y esa sí era gente importante de verdad, Leo. Figuras internacionales muy poderosas, muy influyentes y con muchísimo dinero. Harry era solo un viejo chiste en comparación, uno que ya me había enseñado todo lo que necesitaba saber; así que, después de aquello, volví a Nueva York y empecé el camino a mi independencia.

Recordar cómo me sentía por entonces, lo que yo pensaba, me cuesta un poco, Leo.

Tenía un sentimiento de rabia y ansiedad que siempre me acompañaba, y no importaba lo que hiciera. Empecé a dejar de tratar de caerle bien a todo el mundo que no fuera importante, en esforzarme por ser el chico perfecto que todos creían que era.

Me encerré en mí mismo, como cuando era un niño, y me volví el hombre

silencioso, intimidante y retraído que soy hoy. A los demás les excitaba mucho aquella imagen, y a mí me hacía sentir poderoso, me hacía sentir a salvo y me calmaba que los demás sintiera que yo era superior y que no les necesitaba. Ya no me follaba a todos los que venían a buscarme ni a todos los que subían a la limusina. Usé mi carácter de Amo para marcar una línea en el día a día y después usé las sesiones de sexo con Harry para liberar esa horrible frustración y enfado que sentía dentro de mí. Él también tenía una Habitación del Placer en su casa, y dentro de esa habitación yo era el que mandaba y él solo era una cerda que hacía todo lo que yo quería. Esa voz en mi interior que me decía que algo iba mal, seguía ahí, pero yo me decía a mí mismo que, por una vez, sí tenía el control. Tenía un objetivo claro en mente, una visión: usar a Harry y después usar a todos los demás para hacerme millonario; entonces, me respetarían incluso más.

Crear INternational fue muy complicado y no dudé en usar todo a mi alcance para conseguir lo que quería. Mis nuevas influencias, mis conocimientos y mi físico. Jugué sucio, estafé a muchos, malversé dinero, engañé, hice espionaje industrial y robé mis primeras patentes. Pero tú ya sabes que nunca he sido un empresario honrado, Leo, y que no me importa usar a todos los demás. Lo difícil fue conseguir el primer millón de dólares, después, todo fue mucho más sencillo. Fue una época repleta de miedos y ansiedad, así que seguía yendo a las fiestas y a las orgías, donde yo seguía siendo el gran James Black, el que todos admiraban y respetaban. Eso me hacía sentir mucho mejor y me recordaba que yo era alguien importante, incluso entre gente importante. Me ayudó a tener la voluntad y el poder para seguir adelante aunque las cosas fueran mal, para crear mi propia vida, la vida que yo siempre había soñado. Ser mi propio Amo y tener mi propia casa de lujo, con mi propia Habitación del Placer y mis propios sumisos. El problema, Leo, fue que, incluso cuando lo conseguí, me sentía solo, triste y angustiado. Seguía sin poder dormir bien, seguía dándole vueltas a la cabeza, enfadado y nervioso. Mis sumisos me calmaban, pero yo seguía yendo a las orgías y las fiestas, seguía drogándome hasta perder la conciencia y haciendo lo que tenía que hacer, cada vez más y más, para seguir impresionando a todos. Yo era la «Putá Leyenda», y eso me hacía sentir poderoso e invencible. Pero algo seguía mal dentro de mí.

Yo... lo pasaba muy mal, Leo.

Y no quiero darte pena ni que te sientas mal por mí, porque, como siempre te he dicho de los demás, yo lo hacía solo porque quería y nadie me obligaba.

Sin embargo, me seguía sintiendo atrapado, confuso, frustrado y aterrado. Me decía a mí mismo que todos me amaban y me respetaban, pero esa voz dentro de mí seguía allí, como en la universidad, diciéndome que algo no iba bien, que ellos pedían y yo les daba porque tenía miedo de perder su respeto y admiración. Seguía inventándome retos, seguía follando a

cualquiera delante de todos y participando en toda clase de locuras. Entonces volvía a casa y esa sensación de éxito y el orgullo de lograr superarme desaparecía rápidamente. Me quedaba muy quieto y en silencio. Me sentía usado y sucio, yo... me empecé a dar asco, Leo. Lo tenía todo y no me sentía mejor, solo me sentía cada vez peor, y como me sentía mal volvía a esas fiestas para tener un momento de felicidad cuando los demás me admiraran. No parecía tener fin y yo lo sabía, en el fondo de mí sabía que yo no era el hombre que quería ser. Ya no era un niño, ya no era un joven estúpido en el campus, ya ni siquiera era el puto *boy toy* de un viejo, ahora era yo el que debería tener el control, pero no lo conseguía, Leo. Solo era capaz de sentir rabia, frustración, angustia y soledad mientras me mentía a mí mismo una y otra vez para no tener que enfrentarme a la verdad.

Sé que no te gusta que te hable de mi pasado con los sumisos, lo que les hice y lo que ellos hicieron por mí. Sé que crees que es «demasiado» y que es una parte de mi pasado que te horroriza. Pero es importante para mí que entiendas por qué lo hice.

Esa noche de San Valentín en la que Jack te contó lo que le había pedido, temí que pensaras que yo era un monstruo y que te fueras de mi lado. Porque yo sabía que había sido cruel, pero todo lo que él hizo fue porque quiso, yo no le obligué.

Desde que conocí a Jack en el gimnasio, estuvo muy dispuesto a hacerme feliz.

Me hizo una mamada en las duchas públicas y me pidió que me corriera en su boca. Yo creí que sería un buen sumiso, guapo y con buen cuerpo, como a mí me gustaban, así que le invité a mi casa.

Era muy obediente y complaciente, siempre me decía que haría cualquier cosa y que era mejor que el resto.

Él creía que eso me hacía feliz.

Yo sabía que él estaba enamorado de mí, como muchos antes que él, pero Jack parecía decidido a darme todo de verdad. Entonces me pregunté a mí mismo hasta dónde podía llegar por mí. Ya sabes lo que le hice, ya sabes lo mucho que le usé y las completas locuras que llegó a hacer por mí; pero quiero que sepas que yo no las disfrutaba, Leo.

A mí me daba miedo verle, me daba asco y me aterraba, porque me recordaba demasiado a mí, y no hacía más que pensar en si yo tampoco tendría límite. ¿Qué sería demasiado?, ¿cuándo me diría que no?, ¿qué es lo que no haría por mí? ¿Dónde estaba el límite?

Pero no había límite, Leo.

Cada vez era peor y cada vez me angustiaba más verle. No había nada lo suficiente asqueroso, humillante y ridículo que él no hiciera por mí, y quizá tampoco lo hubiera para que yo dejara de hacer cosas para los demás.

Simplemente, no era capaz de decir «basta».

Entonces te conocí, Leo. Recuerdo la primera vez que te vi, la primera vez

que me miraste con esos preciosos ojos grises y me sonreíste. Pensé que eras muy guapo, que tenías buen cuerpo y que tu estúpido acento tenía algo encantador. Al principio solo quise hacerte mi sumiso, porque llevaba un tiempo buscando a otro chico guapo que hiciera pareja con Jack. Quería vestiros igual y llevaros a las orgías para reírme un poco de Liam Müller y sus sumisos, haciendo algo parecido a lo que él hacía, pero a la manera de James Black. Te presté mucha atención ese día en el despacho, vi que eras muy eficiente y proyectabas una agradable sensación de seguridad y calma. Eso me gustó mucho porque Jack era muy ruidoso. Así que cuando me fui de allí ordené que te investigaran y descubrí todos tus estudios y los trabajos que habías hecho. Eso me sorprendió un poco, porque no entendía como alguien con tu preparación estaba perdiendo el tiempo siendo el secretario de un bufete de abogados bastante mediocre. Entonces cambié los planes y te añadí a la lista de la gente que había que llamar para la entrevista de ayudante personal. Me imagino que recordarás tan bien como yo lo que pasó allí. Lo que no sabes, Leo, es que me empezaste a poner muy cachondo. Había algo en ti que me excitaba, y no sabía lo que era. Si te soy sincero, todavía no lo tengo claro.

Cuando empezaste a formar parte de mi vida, Leo, fue cuando las cosas empezaron a cambiar. Yo seguía confuso, frustrado, asustado y angustiado, pero tú parecías tener muy claro cual era «el límite». Sabías cuál era tu trabajo, lo que tenías que hacer y la línea que jamás cruzarías. Eso... significó mucho para mí. Eras la primera persona que me decía «No», pero a la vez eras la única persona que yo quería que dijera «Sí». Sé que parecía un completo loco, que te ofrecía muchos tratos estúpidos, que parecía desesperado, furioso y ridículo, pero estaba muy confuso y angustiado; como te dije una vez. Me excitabas mucho, me gustabas mucho, me sentía cada vez mejor a tu lado y, lo más increíble, era que ya no me sentía solo. Tú estabas ahora siempre allí, conmigo, haciendo cosas por mí aunque yo fuera un cabrón contigo. No sería capaz de explicarte lo importante para mí que es tenerte a mi lado, Leo. Lo importante que fue oírte decirme que «había límites», que no harías todo lo que yo quería, que no te humillarías delante de nadie, ni siquiera por mí. Porque eso me hizo sentir seguro y me dio la esperanza de creer que yo también podía poner un límite.

Esa primera orgía a la que te llevé, la del Caribe... Yo no quería ir. Tenía que ir, porque yo era La Leyenda, pero no quería hacer nada más; ya estaba cansado, estaba asqueado y ahora que te tenía a mi lado, no quería volver a drogarme y follar con otros. Te llevé para no tener que hacerlo, y antes de marcharme en ese yate a la isla, solo deseaba que me dieras una excusa para no ir, Leo. Que me hicieras quedarme a tu lado y que me llevaras a ver las putas tortugas como un par de aburridos gilipollas de vacaciones. Estaba angustiado lejos de ti, tenía miedo de lo que pudiera pasar y de mí mismo, porque tú ya no estabas cerca para decir «basta», y

yo no tenía la fuerza suficiente para decirlo por mí mismo. Ya no me sentí bien, Leo. Ya no me sentí grande y poderoso, solo me sentí estúpido y asqueroso una vez más. Me escondí todo lo que pude, pero ellos siempre terminaban encontrándome, me drogué demasiado y seguí adelante, esperando que, cuando volviera, tú me estuvieras esperando como me habías prometido.

Tú siempre has tenido razón, Leo. Yo había perdido el control sobre lo que hacía, solo pensaba en seguir alimentando a La Leyenda. Si me enfadaba contigo, era porque me estabas diciendo cosas que yo ya había pensado, que llevaba pensando desde que era un adolescente, pero que nadie me había dicho en voz alta. Saber que tú pensabas lo mismo que yo, fue doloroso, muy doloroso, porque eso me convertía en el hombre patético, asustado y asqueroso que siempre pensé que era. No quería abrir los ojos, quería seguir mintiéndome a mí mismo y que tú te dieras cuenta de que yo era el mejor; por eso me ponía tan furioso y quiero pedirte perdón. Aquello fue por miedo y angustia, por puro orgullo y por debilidad. Estar contigo fue un completo viaje de emociones para mí, una montaña rusa de sentimientos encontrados y descubrimientos. Tú eres todo lo que siempre he querido, pero me hacías ver cosas de mí mismo que me daban miedo, y temía que tú las vieras y que te fueras o me odieras. Al principio me sentía un poco atrapado y dudaba constantemente, sentía que no tenía el control y eso me angustiaba, no te entendía a ti ni entendía lo que me pasaba a mí mismo. Fue después de presentarte a mi familia y tras la fiesta de Año Nuevo, que comprendí que ya no estaba solo, que cuando hubo un problema, tú estuviste allí, que cuando los amigos de Jacobs quisieron que volviera a hacer algo para ellos, te levantaste y me llevaste de vuelta a casa. Y lo hiciste una y otra vez, no importaba cuando ni donde, tú estabas ahí para salvarme de mí mismo.

Por desgracia, yo todavía era débil. Yo todavía tenía miedo y no supe valorarte como te merecías. Te amo, Leo, te amo desde hace mucho tiempo, incluso antes de que tú me amaras a mí; pero cuando el vídeo salió a la luz y todo se derrumbó a nuestro alrededor, me costó mucho lidiar con la desaprobación y la humillación pública. Tú estabas ahí conmigo, como siempre has estado, pero el miedo me llevó a tomar una decisión que, desde entonces, me arrepentiré de haber tomado hasta que me muera. Cuando todos dejaron de respetarme, Jacobs y sus amigos siguieron haciéndolo, eran los únicos que lo hacían ya, y a mí me aterrorizó la idea de perder algo por lo que me había esforzado tanto, que, después de todo lo que había hecho, incluso ellos me perderían el respeto. Me convencí a mí mismo de que eso me haría sentirme bien, grande y poderoso de nuevo, como me había convencido en el pasado de que yo era La Leyenda y El Lobo. Aunque solo fuera por un instante y tuviera que hacer algo que no quería volver a hacer jamás.

Lo que descubrí aquella noche, Leo, fue que todo mi mundo había cambiado. Que tú me habías cambiado y que yo no me había dado cuenta.

Ahora sabía lo que era ser feliz, lo que era poder dormir todas las noches, tener a alguien con quien hablar y al que abrazar, tener a alguien que te amaba y se preocupaba por ti y me daba todas esas pequeñas cosas que yo no sabía que quería; y volver a ese pasado en el que me drogaba y me dejaba tocar para impresionar a los demás, fue como volver atrás en el tiempo y perderlo todo. Como ya te dije en la otra carta, odie cada puto segundo de aquello. Me cubría el rostro con los brazos y lloraba en silencio, porque sabía lo que iba a suceder, sabía lo que estaba pasando y sabía lo que tú pensarías de eso. Sé que decirte esto no va a cambiar nada de lo que he hecho, pero quiero que lo sepas, Leo. Creí que, como en el pasado, ser La Leyenda me iba a hacer feliz, pero me equivoqué por completo. La Leyenda había muerto hacía tiempo. Yo ahora soy tu T-Rex y tu marido, y eso es todo lo que quiero ser. Te amo. James.»

El señor Black apartó por primera vez sus ojos llorosos y repletos de lágrimas de la temblorosa carta entre sus manos para mirarme. Yo estaba todavía apoyado sobre él, con la cabeza en su hombro y la mano en su ancho pecho. Levanté el rostro empapado en lágrimas y le miré.

—Sabes que tú siempre serás el mejor para mí, ¿verdad? —le pregunté. James sonrió un poco y asintió.

—Lo sé.

CUANDO QUIERES A ALGUIEN

Dormirme fue difícil después de escuchar aquella carta. Besé a James tanto como pude, y le abracé con fuerza entre los brazos hasta que se tranquilizó y se durmió. A la hora se empezó a mover para encerrarme entre sus brazos mientras murmuraba cosas por lo bajo, atrapándome bajo su cuerpo y suspirando. Entonces me quedé mirando el techo de la habitación mientras le acariciaba suavemente la espalda. Sentía un profundo pesar en el pecho, una melancolía y una tristeza que todavía seguía llenándome los ojos de lágrimas y empapándome las mejillas. Sabía que James había tenido un pasado complicado, pero no creía que hubiera sido tan intenso y retorcido, tan... repleto de desesperación, soledad y tristeza. Como él había dicho, había estado perdido durante mucho tiempo, muchísimo; pero quizá hubiera llegado el momento en el que había decidido encontrarse a sí mismo, asentar la cabeza y decidir cambiar las cosas. Y yo creía que todo el mundo se merecía la oportunidad de cambiar.

Amaneció y yo todavía seguía despierto, abrazando al señor Black sobre mí y dándole distraídos besos en la base del cuello y frotando suavemente los labios contra su piel. Las velas se habían ido apagando con el tiempo, sumergiendo la habitación en una suave penumbra hasta que las primeras luces del amanecer entraron por los grandes ventanales. James se removió en algún momento cuando una columna de claridad nos alcanzó en la cama, giró el rostro hacia mí para esconderlo de la luz y gruñó algo incomprensible antes de apretarme más contra él y suspirar. Levanté la mano y vi la hora en el Rolex, ya era buena hora para despertarse, pero dejé a James descansar todo lo que necesitara y que fuera él quien, pasados cuarenta minutos, entreabriera los ojos y me moviera para llamar mi atención. Entonces puso morritos y yo le di un buen beso.

—¿Qué tal, dormilón? —le pregunté en voz baja—. ¿Quieres descansar un poco más o quieres que vayamos a desayunar?

Él no respondió nada en un par de segundos en los que continuó mirándome con expresión adormilada, hasta que frotó la cadera contra la mía, destacando lo firme que estaba el Gran General. Alcé las cejas y puse una fina sonrisa.

—Ah... —murmuré, empezando a acariciarle, pero de otra forma—. Entonces quieres que te despierte yo...

El señor Black se movió a un lado, saliendo de encima de mí para colocar las manos detrás de la cabeza y sonreír; pero no tanto como sonreiría cuando yo hubiera terminado de darle un buen repaso mañanero. Entonces le di nuestro beso húmedo de después y se quedó mirando al techo con los ojos entornados y una expresión de inmensa felicidad. Decidí que sería buena idea descansar un poco más y llamé al servicio de habitaciones para que nos subieran el desayuno junto con el café y el periódico del día. En menos de diez minutos ya estaban llamando a la pu-

erta y me levanté para ponerme un albornoz del baño y recibir al botones con el carrito, le di las gracias y lo llevé todo a la habitación. El señor Black seguía allí tumbado, como el rey que era, mirándome con ojos adormilados mientras preparaba el café y le llevaba las tostadas a la cama. No hizo falta que me lo pidiera para que yo le diera de comer, le besara y le llenara de mimos como a él le gustaba. Al terminar, le lamí la comisura de los labios manchada de mermelada y él gimió de placer.

—Si sigues así vas a tener que volver a montarme, Leo —me advirtió en un murmullo bajo y sonriente.

—Lo dices como si eso fuera un problema —respondí tranquilamente.

El señor Black sonrió más y me dio un buen beso con lengua, moviéndose y derramando el plato con migas que había puesto a un lado. Tras aquel desayuno especial, nos quedamos dándonos besos y caricias como una pareja de empalagosos enamorados; que, en realidad, era lo que éramos James y yo. Revisé la hora en el Rolex solo para decirle:

—Escucha, James. Si quieres podemos ir a comer con mis padres —le ofrecí—. Lo hago dos o tres domingos al mes, pero si todavía no estás cómodo...

—Vayamos —respondió antes de que terminara, cambiando su expresión de tonta sonrisa por una mueca más seria—. Pasaremos por casa, nos vestiremos bien y alquilaremos un buen coche para ir hasta allí.

—Bien —asentí—, entonces será mejor que nos demos una ducha y salgamos del hotel.

—Nos ducharemos en casa —respondió, rodeándome con los brazos, y tirando un poco del arnés elástico que todavía tenía puesto—. Sabes lo mucho que me gusta apestar, es nuestra marca personal... Quizá incluso vayamos a casa de tus padres sin...

—No —le interrumpí yo esta vez con tono serio—. Eso jamás. A casa de mis padres vamos duchados y oliendo bien.

Soltó un murmullo y puso una sonrisa antes de volver a besarme. Si había sido una broma, James lo había hecho demasiado bien, porque por un momento hasta me lo había creído. Nos estuvimos besando un poco más y después nos fuimos a vestir, dejando tras nosotros una suite con la cama deshecha y llena de migas, un carrito con café frío y muchísimas velas derretidas tras una noche de pasión. Hicimos el registro de salida y el señor Black pagó una suma de quince mil euros por solo dos noches, lo que pareció desorbitado, pero no era lo más que había visto llegar a pagar. Volvimos a casa andando, con su brazo alrededor de mis hombros y mi brazo alrededor de su cadera mientras charlábamos sobre si llevarle un puro de la caja de habanos a mi padre. A mí me pareció una buena idea, pero añadí otros dos para Patrick y para Gael, porque también les haría ilusión.

—¿Se lo has dicho, Leo? —me preguntó en un momento más serio antes de llegar a casa—. ¿Les has contado lo que pasó?

—No, no se lo he contado —respondí, sacando las llaves para abrir la puerta azul marino con la aldaba del león plateado—. Bueno, a mí hermana le he dicho que me fuiste infiel, pero no toda la historia. Mis padres solo saben que «pasó algo», pero no saben lo qué.

James asintió con la cabeza, visiblemente más relajado después de oír aquello. Subimos a la habitación y dejamos la maleta de mano a un lado para ir directos a la ducha. Me quité el arnés tras dos días y sentí cierta liberación al dejarlo sobre la repisa del lavabo.

—Me gusta muchísimo como te queda, Leo —me dijo el señor Black mientras echaba una rápida meada en el retrete—. Te destaca mucho el pectoral y el pelo del cuerpo.

—Lo meteremos en el cajón de las cosas de nuestros domingos especiales —le prometí, adentrándome en la ducha para poner el agua a calentar.

—La traeré junto con algunas otras cosas —le oí decir mientras se desnudaba. Como no dije nada al respecto, añadió—: Más ropa, algunos juguetes y fotografías...

—James, sé lo que estás haciendo —le dije, girando un momento el rostro para dirigirle una mirada seria—. Puedes dejar de hacerte el tonto.

Él me dedicó otra mirada por el borde superior de los ojos y terminó asintiendo antes de meterse en la ducha y abrazarme por la espalda. Poder bañarse fue bastante agradable, siempre me lo parecía después de una de esas sesiones de... de las locuras de James. Salimos frescos y limpios, compartimos la toalla y fuimos al vestidor para que el señor Black eligiera nuestra ropa y complementos. Al parecer íbamos a ir los dos con algo «casual», pero elegante. Hacía un día casi soleado, pero el viento era fresco y no se superaban los dieciséis grados en lo que venía siendo un verano irlandés. James se puso su gorra del Trinity y un jersey fino, mientras que yo llevaría camiseta corta y cazadora ligera. Cuando estuvimos listos, nos llevamos la caja de puros y salimos de casa. El señor Black hubiera querido comprarles otros regalos, pero conseguí convencerle para que no lo hiciera; ya sería suficiente con la sorpresa de verle allí, verle de vuelta y ver el descapotable último modelo que alquiló para la ocasión. Me ofrecí a conducirlo yo y me puse una de las gafas de sol de James mientras disfrutaba del viento en el pelo y el rostro. Con el pelo más largo y la barba espesa, parecía todo un joven y adinerado triunfador, pero algo independiente y creído. De vez en cuando miraba al señor Black, quien parecía demasiado serio y rígido, así que le puse una mano en la pierna y le dije:

—No pasará nada, James. No te van a mirar mal ni a insultarte delante de mí.

Él asintió y respondió a mi mirada, agarrando mi mano hasta que tuve que moverla del volante al volante en una curva. Podía entender que estuviera nervioso y preocupado, después de todo era el hombre que me había hecho daño y por el que había vuelto llorando y sin previo aviso desde Nueva York. Para ser justos, yo también estaba algo inquieto. Iba a

reintroducir al señor Black en la familia, así que estaba claro que tenía pensado volver a intentarlo con él y, si todo iba bien, terminar de casarnos al fin. Después de aquella carta que me había leído, decidí ponerme serio y aceptar que le amaba y, lo más importante, perdonarle por lo que había hecho. Solo una vez, la última; porque si había otra... ya podía llorar todo lo que quisiera y dar la vuelta al mundo dándose paladas en la espalda y rogando mi perdón, porque no iba a suceder tal milagro. Sin embargo, había cosas que quería hablar con él primero, cosas que me gustaría discutir sobre nuestro futuro juntos.

—Oye, James —le dije casi al final del camino—. Todavía no te lo he dicho, pero quería darte las gracias por leerme esa carta. Me siento muy halagado de que confíes tanto en mí y de que hayas querido compartir tu pasado conmigo.

James me miró fijamente y en silencio un par de segundos antes de responder:

—Te quiero mucho y quiero demostrarte lo importante que eres para mí. Conocer mi pasado creo que te ayudará a entender por qué a veces soy como soy y porque... hice lo que hice.

Asentí un par de veces, con las gafas puestas y la mirada al frente.

—No voy a permitir que hagas nada que no quieras nunca más, James —murmuré, quizá demasiado bajo y apretando el volante entre las manos—. Te lo prometo.

Noté la mirada del señor Black a un lado y, tras un breve silencio, le oí decir:

—Lo sé.

Cuando llegamos frente a la casa de mis padres, aparqué al lado de la verja de madera y puse la capota al coche. Miré al señor Black y le di un beso para animarle y una caricia en el rostro.

—Vas a volver a formar parte de los O'Brien, no deberías estar tan triste —le dije—. Deberías estar aterrado... —añadí con un tono más serio.

—Estoy bastante nervioso, Leo —reconoció, apretando los puños en el regazo para que no le temblaran las manos.

Le acaricié el brazo y le dio otro beso. «No pasa nada» susurré, «yo estaré ahí». Le di un minuto más y salimos del coche. El señor Black llevaba la caja de puros en una mano y se ajustó la gorra del *Trinity College* mientras recuperaba su actitud seria y de cabeza alta; dejando la debilidad y los momentos de dudas para cuando estábamos solos. Llamé a la puerta y oí los pasos y gritos de mi madre al otro lado, cuando abrió para recibirnos, la sonrisa se le quedó congelada en el rostro al ver a James allí a mi lado.

—Hola, mamá —le dije para despertarla de aquel shock y que dejara de mirarnos intermitentemente—. ¿No saludas a James?

—S... sí, claro. ¡Ay, perdona, cielo! —terminó exclamando con una sonrisa. Se hizo a un lado y continuó parlotando, como siempre hacía cuando se ponía nerviosa—: Qué bien volver a verte James. No sabía que estabas en Irlanda. Estás muy guapo, bueno, tú siempre estás guapo. ¿Y

esa gorra?, ¿habéis ido de visita a la universidad?

—Buenas tardes, Maire —la saludó el señor Black con su sonrisa del millón de dólares, una que hacía tiempo que no veía y que, por alguna razón, me resultó bastante desagradable—. Es un placer haber vuelto. Sí, Leo me ha llevado de visita a su universidad.

—Pasad, por favor, el resto ya están en la cocina —dijo antes de cerrar la puerta a nuestras espaldas.

James colocó su mano libre en la parte baja de mi espalda y me apretó un poco la cazadora, empezando a respirar más fuerte a medida que nos acercábamos a la puerta del final del pasillo. Yo también estaba nervioso, pero decidido a que aquello funcionara.

—Hola, ya estamos aquí —les saludé tranquilamente al cruzar a la cocina—. He traído a James, espero que no os importe.

La sorpresa fue evidente, no tanto como la que había mostrado mi madre, pero mi padre, mi hermana y O'Donnell se quedaron en silencio, mirándonos fijamente con cara seria desde sus sitios a la mesa.

—Señor O'Brien, Gael, O'Donnell —le saludó educadamente el señor Black, con un cabeceo y una mirada a cada uno—. Es un placer volver a veros.

Tuve que dedicarles una expresión seria de cejas arqueadas para que ellos reaccionaran, porque aquello estaba siendo muy incómodo y maleducado de su parte.

—James... —dijo mi hermana, tratando de forzar una sonrisa que se quedó en apenas un movimiento de sus labios—. ¿Has venido de visita a Irlanda?

—Sí, llevo aquí semana y media, viviendo con Leo —respondió, lo que hizo que mi hermana abriera los ojos y me mirara fijamente.

—Vaya... —murmuró ella—. Mi hermano se habrá olvidado de contárnoslo, al parecer, se olvida muy rápido de algunas cosas...

—James y yo hemos vuelto —le dije, primero a mi hermana y después dedicando una rápida mirada a todos mientras rodeaba la cintura del señor Black—, estamos arreglando las cosas, así que me gustaría que mi familia no hiciera sentir incómodo a mi novio, porque eso me enfadaría mucho.

Mis palabras quedaron flotando en la cocina junto el olor a pollo y patatas asadas. Mi padre bajó la cabeza y no dijo nada, porque sabía que nada de lo que pudiera decir iba a gustarme.

Mi hermana, por el contrario, levantó las manos como si la acabaran de atracar y negó con la cabeza farfullando un «como quieras». La única que pareció dispuesta a darle otra oportunidad a James fue mi madre, quien nos había seguido a la cocina con una tensa sonrisa en los labios.

—Por supuesto, nos hace muy felices que volváis juntos y arregléis lo que tengáis que arreglar —nos dijo, invitándonos a sentarnos con un gesto de la mano—. Las parejas a veces pasan por baches, no sois los únicos, ¿a qué no, Gael? —le preguntó a mi hermana con tono serio para dejar claro que

su relación con O'Donnell tampoco había sido un camino de rosas.

—Claro que no, mamá —respondió ella sin apartar la mirada de la mesa —

. Leo ya es todo un hombre mayorcito para tomar sus propias decisiones.

—Gracias, Gael —le dije yo mientras nos sentábamos frente a ellos.

—¿Una cerveza, chicos? —nos preguntó O'Donnell, rompiendo su papel de mueble para hacer lo único que sabía, ofrecer bebida a los demás. Ambos la lata con un asentimiento y una mirada rápida.

—¿Vas a dejar tu trabajo y a mudarte a Nueva York otra vez, Lenni? —preguntó mi padre entonces, creando uno de esos momentos de incómodo y tenso silencio que a Callum O'Brien tanto le gustaban—. Ahora que tienes tan buen trabajo aquí.

—Es pronto para...

—Nos mudaremos a Dublín —me interrumpió James, poniendo su mano sobre la mía en la mesa—. Ya hemos comprado una casa al lado de Merrion Square Park, un precioso apartamento de tres pisos. Todavía está un poco vacío, pero podríamos invitarlos a cenar a todos algún fin de semana —y puso su sonrisa de un millón de dólares, aunque sus dedos temblaban suavemente sobre los míos.

Todos miramos al señor Black, yo incluido, porque aquello también era nuevo para mí. No sabía que James tenía pensado mudarse a Dublín conmigo. Cuando me había dicho que iba a traer cosas de Nueva York, creía que hablaba de ropa y recuerdos para dejar claro que aquella era nuestra casa y que estábamos juntos, no que... se estuviera mudando.

—¡Oh, eso es maravilloso! —lo celebró mi madre con una gran sonrisa antes de poner la bandeja de pollo asado y humeante en el centro de la mesa—. Podremos verlos siempre que queramos.

—Por supuesto —dije yo, dándole la vuelta a mi mano para entrelazar los dedos con los del señor Black y darle un leve apretón. No era momento para dudar y cuestionar, era momento de hacer un frente unido y ser el mejor equipo—. Aún estamos moviendo las cosas de aquí a allá, pero cuando esté todo bien os invitaremos a una cena especial. La casa por ahora no tiene ni toallas, así que imaginaos.

—Llevaos las toallas que necesitéis —nos dijo mi madre—, tenemos de sobra. ¿Qué más os hace falta?

—No te preocupes, mamá, lo estamos comprando poco a poco...

Yo sabía que eso no iba a funcionar, solo lo había dicho con la remota esperanza de que mi madre no saliera disparada tras la comida a buscar por toda la casa las mejores toallas, algunas mantas, edredones y todo el ajuar que pudiera hacernos falta. Pero al menos el tema llenó la mayor parte de la conversación y todos pudimos disfrutar de una comida más o menos normal y tranquila; exceptuando el profundo silencio de mi madre y mi hermana, que simplemente miraban a sus platos sin levantar la cabeza ni para beber. Era frustrante y me daba mucha rabia, pero no podía culparles. Quizá yo también hubiera hecho lo mismo si mi hermana hubiera vuelto llorando de Norteamérica y me dijera que su novio, el cual

no me gustaba ya antes, la había engañado. Era complicado, pero tenía la esperanza que, con el tiempo, pudieran perdonar al señor Black como yo lo había hecho y darle la oportunidad de formar parte de la familia O'Brien. Por suerte, estaba mi madre allí para respondernos y mostrarse ilusionada por nuestra vuelta y por nuestra mudanza a Dublín. Cuando se fue tras el café, invitamos a todos a los puros habanos que habíamos traído; su primera reacción fue negarse, hasta que les dije que había sido el cumpleaños de James y que era un regalo de su parte. Mi tono dejó bien claro que, o fumaban el puto puro, o me iba a enfadar mucho. Así que todos cogimos uno y mi padre fue a buscar el cortador y las cerillas, además de, para mi sorpresa, una de sus botellas de whisky de la bodega para acompañarlo. Hicimos un brindis felicitando a James.

—Un puro muy bueno —reconoció mi padre tras paladear el humo.

—Gracias, señor O'Brien —respondió él—. Es un *Cohiba robusto*, uno de mis favoritos.

—A mí todos me saben igual —murmuró mi hermana, mirando el puro en su mano como si tuviera que ver algo especial en él, por el contrario, O'Donnell parecía estar disfrutándolo bastante.

Tras una ligera y tonta charla sobre puros, apagué el mío en el cenicero y les dije:

—Nosotros nos vamos ya, queríamos hacer una pequeña ruta hacia el castillo para aprovechar la tarde —e hice una señal a un James de sonrisa algo forzada y respiración pesada para que nos levantáramos—. Muchas gracias por todo.

Mi madre nos entregó dos grandes bolsas llenas de ajuar a la salida y me dio un beso a mí y un leve apretón en el brazo del señor Black antes de que nos fuéramos por la puerta.

—Volved siempre que queráis —se despidió con la mano mientras íbamos de camino al coche. Sonreía, pero tenía una expresión preocupada, porque las cosas no habían ido bien. No habían ido mal tampoco, pero aquella comida no había sido nada parecido a lo que solía ser una comida de domingo en casa de los O'Brien.

—Tu familia me odia, Leo —fue lo primero que dijo James al subir al asiento del copiloto. Perdió la sonrisa y puso su expresión seria de mirada al frente—. Ya no solo es tu padre.

—Mi familia está preocupada porque sabe que lo he pasado mal por tu culpa —respondí mientras me ponía de nuevo las gafas de sol, metía las llaves en el contacto y arrancaba el coche—. Dales un poco de tiempo, James. Pronto entenderán que nos queremos mucho y que no tienen motivos para estar enfadados. ¿Te apetece hacer un pequeño viaje a los recuerdos e ir al camino del castillo del Clan McConnel? Aparece en la guía que te regalé, pero la que vamos a hacer es solo una sección del sendero por los lagos —continué diciendo al mismo tiempo que hacía las maniobras para sacar el coche y empezar nuestro trayecto por la carretera—. Tenemos que comprarnos dos buenas bicicletas para poder

hacerlos todos con más comodidad, ¿qué me dices?

El señor Black tardó un momento, pero asintió lentamente y puso una mano en mi muslo para acariciarlo con el pulgar. Se le notaba preocupado y yo sabía que ya le estaría dando vueltas a la cabeza sin parar, así que intenté distraerle con todas las tonterías que me ocurrieron, como, por ejemplo, preguntándole:

— Así que te quieres mudar a Irlanda, ¿eh?

James al fin apartó la mirada del frente y me miró bajo la visera verde oscuro del Trinity. Tardó un par de buenos segundos en responder:

— Dijiste que ya sabías lo que tenía planeado.

— No, la verdad es que creía que te referías a dejar un par de cosas en la casa, ropa y recuerdos — me encogí de hombros y tomé la curva hacia el siguiente pueblo —. No pensé que querrías venir a vivir aquí.

— ¿Eso te molesta? — me preguntó entonces —. Tú y yo somos novios de verdad y estamos prometidos, no creía que fuera malo que yo...

— No, James — le detuve, dedicándole una mirada rápida por el cristal oscuro de las gafas de aviador —. No me molesta que te mudes conmigo, pero son la clase de cosas que me gustaría que me dijeras antes de planearlas, porque estamos prometidos y me molesta que tengas miedo a preguntarme lo que sea que te preocupa.

El señor Black asintió lentamente y me acarició la pierna de arriba abajo.

— Quiero mudarme contigo a Dublín. Lo llevo pensando desde el primer fin de semana que he estado aquí. Sé lo mucho que te gusta Irlanda, y a mí también me gusta cada vez más. Es un lugar muy diferente a Nueva York, y... me gustaría poder empezar una nueva vida aquí a tu lado. Lejos del pasado, de las fiestas y de la vista pública, tú y yo en nuestra casa como un aburrido matrimonio de verdad.

— Eso suena muy bien, James — reconocí —. ¿Y cómo has planeado hacerlo?, ¿vas a dejar INternational bajo la tutela de otro o vas a seguir dirigiéndola a distancia?

James sonrió un poco y me empezó a explicar sus grandes planes. Ya había comenzado a crear una sede europea de la empresa en Dublín, aquí también habían varias empresas de informática y patentes, así que había buenos espacios y laboratorios de investigación disponibles. Por supuesto, había también muchos beneficios fiscales que ofrecía el Estado para atraer a inversores y a grandes fortunas de los que se podía aprovechar. Lo que más le preocupaba era buscar al candidato adecuado para dejar al mando de la sede americana, porque era un puesto de gran importancia y a James Black no le gustaba confiar ni delegar en nadie. Pero por el momento creía que podría mantener las dos oficinas él mismo.

— Eso será una enorme carga de trabajo para ti, James — le interrumpí cuando comenzamos el camino. Le di la mano y un leve apretón —. Es mejor que te centres en ir paso a paso — le aconsejé —, necesitas delegar y centrarte en mantener tu terapia y encontrarte a ti mismo antes de ponerte bajo ese nivel de presión.

—Sí, creo que necesitaré a alguien inteligente que me ayude con todo —afirmó con expresión seria—. Quizá un buen ayudante que me haga mamadas bajo el escritorio y me traiga cafés con dulce de leche...

Primero sonreí debido a la pequeña broma, pero después apreté las comisuras de los labios en una pequeña mueca de pesar.

—Déjame pensármelo —le pedí—. Si todo va bien, puede que vuelva a trabajar para ti, como antes.

—Me gustaría muchísimo que volvieras a estar siempre a mi lado —me dijo él, pero no me presionó más, lo dejó allí y continuó con su explicación—: He estado mirando un par de oficinas en el distrito comercial.

—Oh, ¿sabías que *Google* tiene toboganes en las suyas? Podías hacer lo mismo —le sugerí con tono inocente, terminando por soltar una carcajada al ver su cara de asco y enfado.

Fue una buena tarde en la que James habló mucho, al contrario de lo que solía pasar, cuando era yo el que soltaba una cháchara incesante y él me escuchaba atentamente. Al alcanzar el castillo de los McConnel nos sacamos una foto con su móvil, imitando la que nos habíamos sacado una vez hacía un par de meses, pero esta vez en un día soleado y conmigo besando y abrazando a James. Volvimos por el mismo paseo boscoso y arbolado, dados de la mano y hablando de las cosas que mi madre nos había dado.

—Traeremos las mantas, toallas y edredones de calidad que tenemos en Nueva York, Leo, no vamos a poner los de tus padres —declaró James con tono serio—. Le diremos a Maire que sí, pero no lo haremos. También he pensado en contratar a servicio para que se ocupe de lavar, hacer la compra y limpiar cuando no estemos en casa, y, por supuesto, a un chef que nos haga la comida y nos la traiga al trabajo, como antes. Me gusta el gimnasio de crossfit al que vamos, así que podemos mantenerlo. En cuanto al mobiliario de casa, contrataremos a un decorador de interiores para que reorganice el espacio de la primera planta y quizá para que amueble el salón de la segunda, el despacho y nuestra habitación. No me gusta ese estilo de sillones antiguos y sobrecargado, quiero líneas limpias y colores suaves. Es la sección de la casa que verán los invitados, la única parte de la casa que verán, así que debemos proyectar una imagen clara de pareja joven y de éxito; quizá incluso poner otro billar y dedicar una sección a un pequeño salón cercano a la cocina con mini bar y espacio de reuniones y juegos, después en las demás plantas podemos hacerlo más a nuestro gusto.

«Comprar un sofá grande y cómodo para cuando queramos ver nuestras películas, adaptar el despacho a nuestras necesidades, reservar una de las habitaciones para guardar mis juguetes y poner una cama especial que no nos importe manchar cuando usemos aceite o queramos ser un poco cerdos ¿Qué te parece?» —terminó preguntándome.

Arqué las cejas y parpadeé un par de veces antes de responder:

—¿Qué en concreto?, porque ha sido mucho.

—Leo, te lo he dicho. Te vas a casar con James Black, ya no puedes decir que algo es «mucho».

Miré al señor Black en silencio, pero él puso una fina sonrisa en los labios y terminé por reírme un poco y negar con la cabeza.

—Eres imbécil y te quiero demasiado, James —murmuré, dándole un apretón en la mano.

Él se detuvo y tiró de mí para rodearme con los brazos y darme un buen beso en la boca.

—Yo también te quiero —respondió.

Sentí un agradable cosquilleo en el abdomen que me acompañó hasta el coche, cuando el sol ya estaba empezando a descender por el horizonte y teñía las nubes de colores malva y anaranjados. Empezaba a hacer algo de fresco y fue agradable poder subirse al coche caliente, me incliné hacia James para poder darle otro beso y arranqué el motor con su sabor en los labios. Compartimos un agradable silencio de camino a casa y mientras preparaba la cena con un viejo jersey y en ropa interior mientras el señor Black tachaba cosas de su lista con su camiseta azul de *#TeAmo*. Cuando serví la cena, todavía estaba discutiendo algo con la señora Irons, jefa de Recursos Humanos de INternational. Al parecer, no muchos trabajadores estaban dispuestos a aceptar el cambio de país y adaptarse a la nueva oficina.

—Dile que habrá toboganes —le recordé de camino a la nevera para coger los botellines de agua.

El señor Black me dedicó una mirada fija, pero no hizo ningún comentario al respecto. Cuando colgó la llamada, empezó a quejarse de que los trabajadores no quisieran aprovechar la oportunidad y que ya les pagaba demasiado como para darles «incentivos económicos» para mudarse.

—No todos están dispuestos a dejar su vida, sus amigos y su familia para irse a trabajar a otro país, James —respondí con tono tranquilo mientras me llevaba un trozo de merluza a la boca.

—Tú lo hiciste y fue una gran idea, Leo —respondió con voz seria y mirada fija.

—Mi vida en Nueva York no fue un sueño hecho realidad —le aseguré—, muchas veces estuve a punto de volverme a Irlanda. Estaba cansado de los trabajos de mierda, de vivir en un zulo muy caro y de echar de menos a mi familia.

—Pero al final me conociste a mí —me recordó—. El hombre de tu vida. Se me escapó la risa porque lo había dicho con un tono tan serio y convencido que había resultado hasta cómico; fue un gran error, por supuesto, porque a James no le hizo ninguna gracia aquello y se quedó paralizado y mirándome con una mezcla de seriedad y enfado en los ojos.

—Sí, te conocí a ti —tuve que apresurarme a decir—. Y eres el hombre de mi vida y sabes que te quiero muchísimo, pero eso no cambia el hecho de que, hasta entonces, no me lo pasaba muy bien en América. No tenía mu-

chos amigos ni tiempo para socializar y...

—Ahora tienes amigos —me interrumpió—. Edward Fletcher es tu amigo, ¿no?

Me detuve en seco y, por un momento, perdí la respiración. Eso me había pillado muy de improviso y la conversación había dado un giro preocupante.

—Sí... —murmuré—. Edward y yo somos amigos.

—Lo sé —asintió James, que seguía mirándome fijamente y masticando la comida. Tras un breve silencio, añadió—: Leí vuestros mensajitos. Eses que me escondías.

Solté aire por la boca y miré un momento la mesa para tratar de encontrar la mejor forma de sofocar la gran tormenta que se avecinaba.

—Escucha, James —le dije con tono firme y calmado, alzando la mirada hacia el azul del mar de sus ojos—. Edward y yo intercambiábamos mensajes, solo eso. Pidió tu número a tu padre para poder enviarme una recolecta de firmas de la que habíamos hablado en la cena de navidad y después yo le envié un mensaje cuando premiaron al Weister's Hospital con la medalla de la ciudad. Desde ese momento empezamos a hablar de vez en cuando, de temas tontos y sin importancia. No te lo conté porque sé que odias a Edward, aunque es un buen chico, y que después de ponerte como un loco en navidad por vernos tomar una copa juntos, pensarías lo peor y te enfadarías muchísimo por algo que ni siquiera era verdad.

«Edward Fletcher y yo solo somos amigos, me cae bien y es un hombre muy agradable; si has leído los mensajes, cosa que sé que has hecho, sabrás que no había nada, absolutamente nada, cercano a un flirteo o a un interés mutuo de ninguna clase.»

Dejé de hablar y me quedé mirando a James, a la espera de ver por donde y de qué forma se propagaba su enfado. Lo más probable es que golpeará la mesa y empezará a gritarme, como había hecho siempre, y yo estaba preparado para calmarle y volver a explicárselo cuantas veces fuera necesarias.

—Leí todos los mensajes, varias veces —respondió al fin—. Edward te envió uno después de que te fueras respondiendo a algo que no entendí. Me dolió muchísimo descubrirlo, y creí que me habías estado engañando todo este tiempo. Comprobé las fechas, las horas... Nunca le solías responder cuando yo estaba delante, solo durante las citas con Lana, las reuniones y algunas ocasiones en el coche. Empecé a darle vueltas a por qué me habías mentido, a si estabas hablando con él para tenerle cerca y poder hacerme daño si en algún momento la cagaba, como terminé haciendo. Llegué a pensar que te habías ido a su casa y que por eso no era capaz de encontrarte en ningún lado. Tardé un poco en comprender que tú no eres así, Leo, no eres tan retorcido como yo, y que nunca has querido hacerme daño. Entonces que me obligué a releer los mensajes una vez más pensando en eso, y me empecé a dar cuenta de que solo hablabais de gili-

polleces, de documentales, gatos y una puta página de cocina de una gorda de Luisiana. Eras solo tú siendo agradable con el subnormal de Edward, porque él está solo y es patético. —Se detuvo y bebió un poco de su botellín de agua sin dejar de mirarme fijamente—. Soy un hombre muy celoso, Leo. Tú lo sabes y yo lo sé. Me dolió mucho que hablaras con Edward Fletcher a mis espaldas y que me mintieras, pero lo he dejado pasar porque ahora hay otras cosas más importantes en mi vida que eso. Entonces se calló y hubo otro silencio entre nosotros, casi un minuto hasta que dije:

—Vaya... siento... haber hablado con Edward a tus espaldas. Ojalá te lo pudiera haber dicho, y lo hubiera hecho si... te mostraras tan comprensivo como ahora. Estoy bastante impresionado —terminé reconociendo—. Estaba seguro de que empezaría a gritarme y a golpear la mesa.

—Tengo muchas ganas de hacer eso —me dijo antes de tomar una bocanada de aire—, pero te he prometido que quiero ser mejor y me esfuerzo mucho por no ser el hombre furioso y enloquecido que era antes. Y mucho menos contigo, Leo.

Entreabrí los labios, pero lo único que pude soltar fue un leve: «Jo-der...».

—Pero la próxima vez que hagas algo parecido, me enfadaré mucho, te gritaré y golpearé la mesa hasta que la rompa porque ya te lo he advertido. Sabes que no creo que llegue a controlar jamás lo posesivo y celoso que soy contigo. ¿Ha quedado claro, Leo?

—Sí, muy claro —asentí.

James se metió uno de los últimos trozos de verdura en la boca y me preguntó:

—¿Te apetece ver una película esta noche?

—Sí, mucho —murmuré, incapaz de dejar de mirarle a los ojos porque, sinceramente, aún seguía flipándolo en colores—. Podemos terminar de ver la saga de *Jurassic Park*.

—Y después me darás un buen masaje con aceite de coco y me dirás todo lo que sabes que me gusta que me digas —concluyó.

—*Grant!* —respondí.

Terminamos de cenar y James se quedó a ayudarme a limpiar los platos y los cubiertos antes de irnos al salón del segundo piso. Nos acostamos en el sofá, bajo la fina manta, y miramos la tercera película de la saga favorita de James.

—Ves, Leo, los *velociraptores* siempre son los malos —me dijo él.

—No son los malos, pero son los únicos lo suficiente listos para suponer una amenaza —respondí, recostado sobre él mientras la acariciaba el pelo rubio y suave.

Al concluir la película, el señor Black me hizo una señal para que me levantara y me llevó directo a la habitación. Usamos uno de las mantas de mi madre para cubrir la cama y no mancharla antes de desnudarnos. James se echó encima y esperó con expresión seria a que yo le diera todo lo que él quería, algo que no dudé en hacer.

Él se estaba esforzando por cambiar y yo quería premiarle por ello, por todas las energías y tiempo que estaba poniendo en superar sus miedos y sus problemas.

Como le había prometido, le ayudaría en todo lo que pudiera, y, sinceramente, darle un masaje erótico mientras le susurraba lo mucho que me ponía y lo guapo que era, no era exactamente un castigo para mí. James se dejó llevar como un cordero, disfrutando del roce de nuestros cuerpos, el tacto sedoso, mis palabras y sus manos por todo mi cuerpo.

Gruñía y jadeaba con los ojos entornados, buscando mis labios y bañándose por completo en el subidón de ego que le estaba dando mientras me deshacía en halagos. Llevado por el momento y la excitación, hacia el final también le rogué un poco, porque sabía lo mucho que eso le excitaba. No tardó demasiado en correrse dentro de mí mientras me rodeaba con los brazos y yo me sentaba sobre él; después le seguí yo muy de cerca, jadeando y sintiendo una profunda liberación después de aquellos cuarenta minutos de intenso erotismo.

James se derrumbó de espaldas en la cama, con una amplia sonrisa, el cuerpo aceitoso y brillante y los ojos cerrados. Yo tardé un minuto en recuperarme, me levanté sintiendo aquella extraña sensación al sacar al Gran General, le di nuestro beso de después al señor Black y fui a quitarme las lentillas y a por una toalla limpia del ajuar para secarnos antes de echarnos a dormir desnudos en la cama. Cuando el despertador resonó, la habitación todavía olía a coco dulce, pero el delicioso aroma no mejoró demasiado mi humor de primera hora. Gruñí y me revolví bajo el cuerpo de James, dándonos un minuto o dos más de descanso antes de despertarle a besos y decirle que ya era hora de levantarse. Él giró el rostro para mirarme con ojos adormilados y puso unos grandes morritos para que le diera un beso de buenos días.

—Hoy voy a ir a ver algunas oficinas del distrito comercial —me dijo en la ducha mientras se enjabonaba el pelo a mi lado—. Te esperaré en el descanso para la comida y te invitaré.

—Avísame cuando estés abajo y saldré —respondí.

Después de secarnos, nos vestimos y fui en busca de mis gafas, prefiriendo quedarme aquel día con ellas puestas para descansar un poco los ojos después de un fin de semana con las lentillas puestas.

Bajé a la cocina para preparar el café y el desayuno mientras James se quedaba preparando la bolsa de deporte y, como cada día desde que estaba allí, nos dimos un beso antes de salir de casa e ir al gimnasio para demostrar que éramos los mejores.

Al salir, separamos nuestros caminos y nos dimos un último beso antes de decirnos que nos queríamos. No me di cuenta de que estaba sonriendo hasta que llegué a la oficina con la mitad de mi café con leche grande en la mano y Yan-Yan preguntó:

—Una sonrisa muy grande para un lunes. ¿No, Leonard?

—Es lo que pasa cuando tienes a un hombre tan bueno como el mío en ca-

sa —respondí.

—Ogh... —puso los ojos en blanco tras sus gafas gruesas y una mueca de asco mientras decía algo en chino por lo bajo.

Me reí y me senté en la silla frente a la mesa de pino, dejando el maletín con el portátil a un lado antes de abrirlo y comenzar a trabajar. El señor O'Sullivan me interrumpió una hora después para recordarme las entrevistas que teníamos y decirme que la última de la mañana la haría yo solo; celebrándolo con el puño cerrado en señal de enhorabuena. Sonreí y le di las gracias, porque sabía que me estaba cediendo a más y más clientes de su cartera de trabajo y que me estaba dando más responsabilidades, lo que siempre era bueno; sin embargo, en aquel momento sentí cierta punzada de pena. Si yo volvía a trabajar para James, dejaría tirado a Darren y todas las esperanzas que tenía puestas en mí. Así era el mundo laboral, por supuesto, pero eso no quería decir que no me entristeciera. De todas formas, no vacilé en hacer correctamente mi trabajo y en dar lo mejor de mí, como cada día, hasta que llegó el momento del descanso de media mañana y bajé junto al resto para reunirme con el señor Black. Estaba esperándome a un lado de la calle, con una bolsa de papel en la mano, un elegante traje azul marino, camisa blanca y corbata a juego. Estaba increíblemente guapo y nada más verle sonreí como un completo gilipollas, acercándome para darle un beso en los labios y decir:

—Buenas tardes, señor Black.

—Buenas tardes, Leo —respondió con una fina sonrisa—. Te he echado mucho de menos.

Pasó su brazo por mis hombros y me guió en una dirección que no me esperaba, cara al río y no hacia el interior donde estaban la mayoría de cafeterías y restaurantes. No pregunté a dónde íbamos hasta que pasamos el puente.

—Quiero enseñarte algo —respondió, manteniendo el misterio hasta el último momento, cuando nos detuvimos frente a un pequeño edificio que parecía un almacén reconvertido en espacio para oficinas. Al entrar pasamos un pequeño hall hacia unas puertas metálicas que nos llevaron a un gran espacio diáfano central con suelo de cemento y varias escaleras para ascender a los diferentes niveles que rodeaban el centro. Había columnas de cemento crudo hasta el techo de grandes focos y un cierto aire industrial y frío que habían querido conservar. Miré un poco a todas partes y después a James, buscando una explicación a aquello.

—Es grande, tiene buen espacio y varias alturas conectadas directamente, así que no hace falta usar el ascensor —me explicó con una fina sonrisa en los labios—, subamos.

Nos dirigimos a las escaleras zigzagueantes que ascendían al primer piso y al segundo, con vistas sobre el resto del lugar. Donde nos detuvimos para que James me señalara algunos lugares y continuara:

—Podemos colocar un primer nivel administrativo a ras de suelo, con sitio para muchos cubículos, después reservar la segunda y tercera planta para

los departamentos y las salas de reuniones. —Yo miraba atentamente lo que señalaba y trataba de imaginarme lo que decía, pero el lugar no paraba de resultarme oscuro y deprimente en comparación con la oficina de FC&A—. Ahora la mejor parte —anunció el señor Black, subiendo más escaleras hasta el tercer piso.

Allí tuvimos que dar toda la vuelta, rodeando el hueco del espacio central, para llegar al otro lado y ascender unas últimas escaleras hacia una puerta metálica. James la abrió y me pidió que entrara primero, siguiéndome al interior y dejando su bolsa de papel en el suelo. El lugar era un espacio amplio rodeado de paredes acristaladas, una sección con vistas al río y a los preciosos edificios del otro lado, y la otra con vistas a la oficina. Debía de tratarse de un antiguo puesto de supervisión del capataz, o el lugar donde tenían colocados los controles y necesitaban buena perspectiva del resto de la fábrica.

—Y esta será nuestra oficina —me dijo, rodeándome los hombros y atrayéndome hacia él—. Bienvenido a INternational Dublín, Leo —sonrió.

Me quedé unos segundos en silencio y dije:

— Tiene potencial...

— Sí, mucho — afirmó James—. Habrá sitio de sobra para todo lo que tengo en mente, y cabrán todos los trabajadores en el mismo espacio, sin necesidad de alquilar varias plantas como en INternational NY.

— Aha... — murmuré, apreciando las vistas de aquella antigua fábrica—. Tendrás que invertir un poco de dinero para decorarla.

— No tanto, Leo — negó él mientras acercaba la mano a la cristalera para señalarme algunas partes concretas—. Cubriremos las columnas, usaremos placas decorativas para cubrir las paredes que están sin pintar y pondremos un suelo laminado barato. Donde más gastaremos será en las mesas y en las mamparas de cristal para las oficinas. ¿Te gusta la idea de ponerlas en la segunda planta? Me gusta poder pasearme por la oficina antes de ir a las reuniones, así la gente tiene miedo de que la pille holgazaneando y no paran de trabajar.

— ¿Sabes, James? Había un oficial de las SS nazis que decían que se sentaba con su rifle en el balcón y asesinaba a los judíos que veía que no trabajaban. Tú podrías hacer lo mismo desde aquí — le sugerí.

James me dedicó una mirada fija y una expresión seria, hasta que, unos segundos después, sonrió un poco gracias a la broma.

— Cubriremos la mitad de los cristales con un vinilo traslúcido para que no vean el interior del despacho — me siguió explicando —, no quiero que nadie sepa lo que hacemos. Instalaré mi escritorio aquí — se dio la vuelta y señaló un lugar cercano —, frente a la puerta y con vistas al paisaje, podré tu sillón a un lado, aquí, frente a la mesa y quizá un par de lámparas con diferentes tipos de luz para que podamos disfrutar de ambientes. ¿Qué te parece?

— Suena bastante bien — asentí.

— Decidido, entonces — dio una palmada y fue a por la bolsa de papel que había dejado en el suelo—. Esta será nuestra primera comida juntos en la nueva oficina.

— Oh... — comprendí, mirando como James se acercaba para sentarse de piernas cruzadas en el suelo frente al ventanal y me hacía una señal para que hiciera lo mismo—. ¿En el suelo? — pregunté, no sin cierta sorpresa.

— Sí, es una especie de tradición — respondió, haciendo un ademán para quitarle importancia—. Siempre he comido en el suelo sentado la primera vez que adquiría una oficina, planeando cómo la organizaría y lo que querría hacer allí. Quería compartir ese momento contigo, Leo.

Apreté los labios y contuve una sonrisa, porque aquello me había parecido muy tierno y me había tocado la fibra sensible. Así que me incliné para darle un beso a James y me encargué de repartir los envases de la comida, como había hecho siempre. El señor Black había comprado dos ensaladas y, para mi sorpresa, dos cafés grades con un donut glaseado de postre.

—Oye, James, deberías plantearte invertir algo en decoración —le sugerí mientras masticaba los primeros canónigos y tomates Cherry—. Sé que piensas que es una tontería, y yo también lo pensaba, pero lo cierto es que en FC&A todos están encantados y hay bastante buen ambiente laboral porque el lugar no es una oficina corriente y depresiva. —No tuve ni que mirarle para saber la cara que estaría poniendo, pero lo hice de todas formas y mantuve el breve silencio antes de tragar y decir—: Tienes las sedes de Google, Twitter y Yahoo a dos calles de distancia cada una, todas tienen oficinas muy modernas y bastante decoradas. Dan una imagen juvenil y moderna, avanzada, como su tecnología. INternational podría beneficiarse de algo así, da mucha publicidad y la gente siempre mira las fotos diciendo «¡ojalá yo trabajara ahí...»; aunque después les paguen una mierda, trabajen como esclavos y sigan sin tener seguro médico. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No voy a poner toboganes en mi oficina, Leo —respondió con tono muy serio.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza antes de seguir comiendo.

—No hablo de eso, James, hablo de no poner cajoneras en serie ni llenarlo todos de colores oscuros y neutros como en INternational NY. Podías contratar a un diseñador e invertir en una estética más relajada, algo que dé un buen ambiente y resulte atractivo. Una buena sala de descanso, algunas plantas para darle vida. En FC&A ponen todos los días una mesa con dulces, rosquillas y berlinas de parte de la compañía. —La cara del señor Black se iba tornando cada vez más y más asqueada, hasta que llegó el punto en el que me encogí de hombros y le dije—: O puedes llenar la oficina de fotos tuyas muy serio y reproducir en bucle por los altavoces: «Trabaja, trabaja, la compañía lo es todo. Trabaja». Eso es muy motivador.

—Sabes que no me gusta que mis oficinas parezcan un chiste, Leo —dijo tras un breve silencio en el que masticó algunos trozos del pollo de la ensalada—. Mi empresa es seria, eficiente y realista. Esa es la imagen que proyecta INternational.

—INternational NY, pero no INternational Dublín —le corregí, agitando el tenedor de plástico en el aire—. Esta puede ser la «oficina divertida».

—No.

Puse una expresión de aceptación y bajé la mirada al envase de ensalada antes de preguntarle:

—Entonces, ¿qué tienes planeado?

Lo que tenía planeado James era convertir aquel sitio en un lugar deprimente y básico donde la única prioridad era afinar a las personas y dales un mínimo espacio para trabajar; básicamente, como en la antigua oficina. Él los vigilaría a todos desde su torre de marfil con lámparas de luz regulable y se pasearía como un carcelero para sembrar el terror en sus corazones. Después se sorprendía cuando uno de cada tres trabajadores llegaba con una baja por depresión o ansiedad. De todas formas, no insistí en la idea: era la empresa del señor Black y él sabía cómo debían ser las co-

sas. Así que le escuché atentamente y asentí un par de veces hasta que llegó el momento de apurar el café y volver al trabajo. Nos despedimos con un beso y James puso una expresión se pesar con las cejas un poco caídas.

— ¿Ya has pensado sobre lo de volver a trabajar conmigo? — me preguntó.

— Estoy dándole vueltas todavía, pero no me han hecho ninguna buena oferta por el momento — sonreí, le guiñé un ojo y le di una caricia en el rostro antes de volver hacia la oficina.

En el fondo sabía que, en un momento u otro, volvería a trabajar para James, a ser su ayudante, pero todavía tenía mis dudas. FC&A era un buen empleo, tenía un muy buen ambiente laboral y no tenía claro hasta qué punto un poco de distancia entre James y yo podría sentarnos bien. Al menos, por el momento.

Él seguía pasándolo mal cuando nos separábamos, pero estaba demostrando mucho control al respecto, porque no insistía y no me bombardeaba con mensajes cada media hora como antes; solo me mandaba dos o tres por la mañana y otros tantos por la tarde contándome las cosas que había hecho y preguntándome por las cosas que había hecho yo.

Era un poco exagerado, ya que íbamos a reunirnos en la cena igualmente, pero no me importaba responderle porque sabía que él lo necesitaba. Para mi sorpresa, a la hora de la salida, le encontré en el mismo lugar donde le había dejado a medio día. Le dediqué una mirada extrañada y una mueca de sorpresa.

— Pasé la tarde en el despacho, como te dije, reorganizándome y pensando — me explicó incluso antes de que yo le preguntara. A veces era muy poco preciso con las palabras, como cuando me había dicho que estaba «en casa» o en ese momento que no concretó qué «despacho» estaba usando —. He pedido algunos presupuestos y mañana volveré para hablar con ellos, así que podemos desayunar juntos.

Dejó de hablar y me miró fijamente, esperando a comprobar mi respuesta a aquella idea, pero no tuvo que aguantar mucho para oírme decir:

— Suena genial. ¿A quién has llamado? ¿A un diseñador de cárceles? — y sonreí con cierta maldad.

James me rodeó los hombros y me dio un apretón contra él.

— No, a «*Purgatorio's Designer*» — respondió, lo que provocó una carcajada bastante alta que llamó la atención de las personas que nos rodeaban.

Al llegar a casa, nos cambiamos, preparé la cena y puse la lavadora mientras James terminaba unos asuntos en el despacho de la segunda planta. Cuando bajó solo con su camiseta de #*TuAmo* y ropa interior, en su cara había una expresión muy seria que me preocupó un poco.

— ¿Todo bien, *pal*? — le pregunté mientras terminaba de servir la cena e iba a por dos botellines de agua para acompañar la carne a la brasa y la menestra de verduras.

— Tengo que volver a Nueva York a terminar un papeleo y a acudir a al-

gunas citas que requieren que esté físicamente —me explicó en voz baja y seria—. Creo que tardaré dos o tres días en volver.

—Oh... —murmuré, no tan afectado como él porque había creído que se trataba de un asunto mucho peor que ese, quizá algún problema administrativo o económico—. Bueno, no te preocupes, ibas a volver de todas formas a hacer las maletas, ¿no? Así te ahorras un viaje.

—Quería volver contigo, no yo solo, Leo —murmuró él, comenzando a comer con la cabeza gacha. Parecía realmente derrotado y afectado por la idea de regresar a Nueva York, así que pensé rápido y le dije:

—No puedo ir contigo estos días, pero, si quieres, pido el viernes libre por asuntos personales y voy el jueves al salir del trabajo en avión hasta allí. ¿Qué te parece?

El señor Black levantó la cabeza y asintió al momento.

—Entonces será solo día y medio sin ti —me dijo, como si pensara en voz alta—. Iré a buscarte al aeropuerto y aprovecharemos el fin de semana para hacer todas las maletas y volveremos juntos el domingo.

—Muy bien —afirmé, de acuerdo con el plan.

Así que, a la mañana siguiente tras salir del gimnasio, fuimos juntos a desayunar a una cafetería y el señor Black compró los billetes, el suyo y el mío, mientras se metía palada tras palada de avena con pasas y plátano y lo bajaba con su café solo. Nos despedimos con un beso y llegué a la oficina justo a tiempo para empezar la jornada laboral. El señor Black volvió a venir a recogerme a la hora de comer, fuimos a INternational Dublín y nos sentamos en el suelo a comer otra ensañada mientras me enseñaba los planos del lugar y me señalaba con más precisión donde tenía pensado poner las cosas y lo que el diseñador le había dicho al respecto.

—He hablado con otro diseñador, una mujer sueca que ha trabajado para otras compañías —me dijo al final, tras limpiarse la boca con la servilleta y dejar el envase vacío a un lado—. Le he enviado los planos y le he pedido una muestra de lo que podría hacer con el espacio.

—¿Quieres una segunda opinión? —pregunté antes de darle un sorbo a mi café con leche templada.

—Algo así, es... una especie de especialista en decoración moderna en espacios empresariales.

Arqué las cejas y miré al señor Black, pero el mantuvo su expresión seria.

—Solo quiero un ejemplo gráfico para hacerme una idea, pero no creo que sea de mi gusto.

—¿Le has dado algunas indicaciones?

—Sí, le dije que no convirtiera mi puta oficina en un parque de atracciones.

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Serio pero divertido... —bromeé.

—Eso le encantaría al Barón Enmascarado —me aseguró con un fina sonrisa.

—Un día quizá le conozca y le venda todas mis buenas ideas para sus fiestas —le dije—, porque a él le falta mucha imaginación.

James sonrió un poco más y cogió su café para llevárselo a los labios.

—Yo soy el Barón Enmascarado, Leo —me dijo—. Es uno de mis negocios secretos.

Me reí, creyendo que era una broma, pero él seguía serio y yo empecé a perder la sonrisa y a mirarle con expresión cada vez más seria.

—¿En serio? —terminé preguntándole—. ¿Eras tú?, ¿todo este tiempo?

James se encogió de hombros y dejó su café sobre la moqueta sucia del suelo.

—El alquiler de la nave me cuesta solo novecientos dólares la noche, cobro cien por las entradas junto con un *Full* gratis, veinte por las copas y diez dólares por cada carta a mayores que quieran comprar. De media consigo un beneficio de treinta y cinco mil, aunque puedo llegar a superar los cuarenta y cinco si es una muy buena noche y hay mucho movimiento.

Me quedé con la boca entreabierta y sin saber qué decir.

—Lo inventé en un momento de necesidad para conseguir algo de dinero rápido —continuó—, ahora lo mantengo porque es muy rentable. Tengo a una persona que se encarga de organizarlo todo, de mandar las invitaciones y de propagar el rumor de la siguiente fiesta. Yo iba con mis sumisos para fomentar el negocio y que gastaran dinero en cartas. Me aseguraba de que solo con nosotros ya pudiera pagar el alquiler del local y los sueldos de los trabajadores.

—Joder... —murmuré—. Últimamente no dejas de sorprenderme.

—Nunca se lo había dicho a nadie —respondió—. Es solo un negocio sexual de los muchos que tengo. El sexo da mucho dinero, Leo, eso es algo que aprendí hace tiempo.

Asentí un par de veces y seguí bebiendo mi café mientras pensaba en ello. Personalmente, no tenía nada en contra de aquel tema. El señor Black tenía razón, sin ir más lejos, la industria del porno era una de las más lucrativas del mundo, ganando miles de millones al año en todo el mundo; así que no me sorprendía demasiado que él hubiera sabido cómo invertir en un tema que, de seguro, conocía de sobra.

Después de aquella comida con sorpresa, nos despedimos con un beso y volví al trabajo para salir a las seis en punto y acompañar a un James muy apesadumbrado hacia el aeropuerto. Había pedido un taxi y se pasó el trayecto en silencio y con expresión seria, mirando por la ventanilla hacia el cielo nublado. Traté de recordarle que en apenas dos días iría a verle, pero eso no mejoró demasiado su humor.

—Odio tener que separarme de ti, Leo —terminó diciendo en el hangar del que saldría su vuelo. Ya había pasado sus maletas vacías y ahora esperábamos en una cafetería, tomando un último café sentados en los taburetes altos y rozándonos con las piernas—. Odio tener que pasar casi todo el día lejos de ti —agachó la cabeza y me miró por el borde superior de los ojos—. ¿Cuándo vas a volver a trabajar conmigo?

Apreté las comisuras de los labios en una expresión apesadumbrada. Bajé la mirada y le acaricié la pierna con cariño.

—Pediré la dimisión y les daré los quince días reglamentarios antes de irme contigo a INternational Dublín —murmuré.

—Pide la dimisión y márchate sin más, no necesitas sus referencias ni el dinero de...

—No, James —le detuve con una mirada seria en sus ojos del azul del mar—. No voy a dejarles tirados e irme sin más. Me contrataron cuando yo no tenía apenas experiencia en el puesto y han sido muy buenos conmigo. Ya sabes que yo valoro mucho eso.

El señor Black se tuvo que tragar su frustración, tensar la mandíbula y apretar el puño sobre la barra del bar.

—Quince días más... —murmuró en voz baja—. Puedo hacerlo.

Le rodeé el rostro con las manos y le acaricié las mejillas con los pulgares, obligándole a volver a mirarme antes de recordarle:

—No va a pasar nada, James. Nosotros somos novios de verdad y eso no va a cambiar estemos lejos o cerca, ¿de acuerdo?

Él tardó un par de segundos, pero terminó asintiendo. Cuando dieron la llamada para embarcar al vuelo, sentí una punzada de tristeza que me obligué a no exteriorizar, porque James ya parecía suficiente hundido, como si ese avión le fuera a llevar directo al purgatorio. Le abracé, le llené de besos y después le prometí que el jueves estaría con él y que le llamaría. El señor Black me rodeó con los brazos y me dio un último largo y húmedo beso, muy de película, delante de la puerta de embarque. Entonces se alejó y yo miré cómo desaparecía con una profunda sensación de pérdida y melancolía. Cogí una bocanada de aire y negué con la cabeza. Era sorprendente lo rápido que me podía acostumbrar a la compañía de James y lo mucho que me dolía alejarle. Una cosa era ir a trabajar y otra volver a una casa solitaria y a una cama vacía.

Cuando llegué a casa, todo me pareció más grande y silencioso, cené solo y subí a la habitación para darme una ducha y acostarme en aquella gran cama.

Al despertarme enseguida noté la falta del peso sobre mí y del cálido abrazo. Solté un gruñido y cerré los ojos. Era completamente estúpido lo mucho que le echaba de menos y solo habían pasado nueve horas.

Traté de seguir la rutina, como siempre hacía, preparando el desayuno, mi café y saliendo hacia el gimnasio; pero sin hacer una clase de crossfit porque eso era algo que hacíamos James y yo juntos, como un equipo, y sabía que no le gustaría que fuera solo. Tras el entrenamiento fui al centro financiero, desayuné mi *tupper* junto con un café grande y respondí los dos mensajes de James: en el que decía que ya había llegado y que me echaba mucho de menos, y en el que me decía que alguien le había comentado que tenía un ligero acento irlandés y que me quería mucho. Recibí más, por supuesto, incluso durante la mañana, cuando debía ser de madrugada en Nueva York. «No puedo dormir sin ti», me respondió cu-

ando le pregunté si estaba despierto por el *jet lag*. A la tarde tuve que pasar el mal trago de anunciarle al señor O'Sullivan mi dimisión. Fue un momento muy incómodo y realmente triste para mí. No podía más que dedicarle agradecimientos al hombre mientras este me miraba entre sorprendido, preocupado y triste.

—Ha sido un placer trabajar con usted, pero me han ofrecido una oferta mejor y no puedo rechazarla —traté de excusarme.

—Si el dinero es el problema, podría hablarlo con la dirección, Leonard —me respondió él, lo que solo complicó las cosas.

Terminé siendo educado y profesional, como siempre, aunque me sentía completamente destrozado por haber decepcionado al señor O'Sullivan. Así era yo. A la salida del trabajo, decidí solucionar otra horrible conversación que me quedaba pendiente con otra persona a la que también iba a decepcionar mucho, de tal forma que me sacara ambas de encima lo más rápido posible.

—Ey, Ry —le saludé—. ¿Estás ocupado?

—¡Ey, Leo! —me respondió él con voz animada—. No, claro que no. ¿Por qué?, ¿te has acordado al fin de tu viejo amigo Ry?

—No seas malo —le pedí con una sonrisa—. ¿Te apetece tomar una pinta y hablamos?

—¿Un miércoles? —preguntó algo sorprendido.

—Sí, me apetece hoy, si no te viene mal, claro.

—No, no, ahora me visto y voy hacia allí. ¿El Clark's?

—El Clarck's —asentí—. Nos vemos allí.

Cambié de dirección y fui hacia el Temple Bar, donde estaba el pub que a Ry le gustaba. Me dio tiempo a prepararme mentalmente y a escoger las palabras. Sabía lo que él me diría, lo mismo que mi hermana me había dicho, pero las cosas eran así: yo había vuelto con James Black y tenían que aceptarlo. Si me había equivocado o no... solo el tiempo lo diría. Llegué primero al pub y me senté a una mesa, revisando la hora en el Rolex. Dejé el maletín con el portátil en el suelo, me deshice la corbata y me remangué la camisa, para cuando Ry apareció por la puerta del local, yo ya tenía una apariencia más casual y relajada y menos de oficinista estrecho y cansado. Me levanté del taburete y le tendí la mano. Ryan se acercó con su cazadora vaquera, su camisa interior larga de borde redondeado que le llevaba más allá de la cintura. Se había molestado en peinarse y, juraría, se acababa de repasar la barba. «Ey, Ry», «Ey, Leo», nos dimos un buen apretón de manos y nos dedicamos una amplia sonrisa.

—¿Qué tal esta semanas? —le pregunté, acercándole la pinta negra que había pedido para él.

—Bastante bien, la verdad. La videoconsola de papi está cada vez más cerca —respondió, dándole un trago a la cerveza y manchándose el bigote con la espuma blanca—. Joder, ¿has recuperado el Rolex? O te has comprado otro ahora que eres un asesor fiscal de éxito.

Arquee las cejas y bajé la mirada a mi muñeca. No esperaba tener aquella conversación tan pronto, pero a veces las cosas no venían cuando las querías.

—No, es el mismo que tenía antes —respondí.

—¿Lo tenías escondido por ahí? —sonrió.

—No, no exactamente. —Me detuve y bebí un trago de cerveza para aclararme la garganta—. Escucha, Ry. Quería decirte algo —empecé, frotando las manos sobre la mesa con cierto nerviosismo antes de levantar la mirada hacia la suya—. James ha venido a hablar conmigo, se ha disculpado y he decidido darle otra oportunidad.

Ryan se quedó completamente paralizado, perdió la sonrisa de sus labios a cámara lenta y terminó con una expresión muy seria, hasta que, de pronto, movió los ojos por mi cuerpo con nerviosismo.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Cuándo...? ¿Me estás puto vacilando, Leo? —preguntó en un tono mucho más cortante.

—No, yo... Vino hace una semana y tuvimos una larga conversación. Dijo que había cometido un error y yo creo que está muy arrepentido...

—¡Claro que está arrepentido! —me interrumpió, ya con un evidente enfado—. ¡Ese hijo de puta te traicionó, Leo! ¿Lo recuerdas? Y tú no perdonas eso, todos lo saben. Yo lo sé, él lo sabía. ¿Qué hace a ese gilipollas tan especial para que le perdones?

Me quedé en silencio, pero solo para darle tiempo a Ryan a tomar un par de respiraciones y tranquilizarse.

—Sé que es complicado de entender y que te preocupas mucho por mí, Ry, pero creo que he tomado la decisión correcta. James es un hombre muy especial para mí y, aunque me haya traicionado, me está demostrando que se está esforzando por corregir sus errores y creo que se merece otra oportunidad para ser mejor.

Ryan negaba con la cabeza y contenía sus expresiones de rabia y asco a cada palabra que decía.

—No me lo puedo creer... No me lo puedo puto creer, Leo... Joder —se llevó las manos al rostro y empezaron a temblarle un poco—. Estábamos de puta madre, tú y yo. Ese hijo de puta te traicionó y aún así le perdonas... Es increíble.

—Sé que es un riesgo, pero no... —me detuve porque Ryan se levantó de su taburete y, sin decir nada, se dio la vuelta y se fue.

Me quedé mirando como se apresuraba a la salida y salía disparado de allí. Me sentí... sorprendido en primer lugar, después dolido y, finalmente, lo acepté y bajé la mirada a la mesa para seguir bebiendo solo. No era la primera vez que Ry se iba sin más cuando oía algo que no le gustaba, pero yo ya no era el hombre que salía detrás de él y le esperaba con un cactus cuando se le terminaba la rabieta. Ese chico había muerto hacía muchos años bajo un mar de lágrimas y tristeza. Así que saqué el móvil y miré los últimos mensajes de James, contándome lo que había hecho durante la mañana, un poco sobre la terapia y lo que estaba pla-

neando que nos lleváramos a Dublín. Respondí y después me terminé mi pinta negra, dejando un vaso con un poso espumoso atrás cuando me levanté y me fui andando a casa tranquilamente. El incidente con Ry era ya solo un amargo recuerdo en el fondo de mi mente, uno de tantos, y preferí centrarme en cosas que realmente importaban en aquel momento. Llegué a casa, hice una pequeña maleta con lo básico, me duché, me quité las lentillas, me lavé los dientes y me fui a la cama. El señor Black me mandó un mensaje entonces y al leerlo, respondí, comenzando una conversación que duraría una hora hasta que tuve que despedirme para dormir, prometiéndole que al día siguiente estaría allí.

El jueves resultó un día bastante malo, con el cielo nublado y un viento fresco, me desperté sin ganas y salí de casa con un café cargado, mi maletín del portátil, mi bolsa de deporte al hombro y la pequeña maleta. Tuve que dejarlas en recepción del gimnasio y después me las llevé a la oficina, llamando algo de atención. O'Sullivan tuvo otra pequeña charla conmigo para convencerme de que me quedara, lo que no mejoró mis ánimos. Me quedé en la sala de descanso a comer solo y después traté de que la tarde fuera lo más liviana y entretenida posible con el trabajo. Cuando llegó la hora, me despedí educadamente de todos tras un día bastante silencioso de mi parte y salí en busca de un taxi que me llevara al aeropuerto. Le mandé un último mensaje a James para que supiera que estaba a punto de subir al avión y que en siete horas llegaría a Nueva York, a las ocho de la tarde de allí.

El señor Black había tenido el detalle de comprarme un billete de primera clase, así que tenía una enorme sillón para mí solo, servicio de comida, unos cascos insonorizados y acceso a una ventanilla para mirar mientras iba perdiendo la conciencia lentamente hasta quedarme dormido. Me desperté tres horas después, ahorrándome la mitad del trayecto y haciendo más sencillo entretenerme en el resto. Antes de alcanzar Nueva York, me levanté para ir al baño y lavarme el rostro. Estaba cansado y era muy extraño dejar una ciudad sumergida en la noche para llegar a otra en la que ya estaba atardeciendo; era como si te hubieras pasado todo el puñetero día en el avión. Fui uno de los primeros en dejar el avión y en sumergirme en la terminal. No hizo falta más que un rápido barrido para encontrar a James a lo lejos, con uno de sus bonitos trajes a medida, su expresión seria y sus brazos cruzados sobre el pecho mientras se miraba el reloj de pulsera. Caminé hacia él con una sonrisa y, cuando me vio, abrió más los ojos y sonrió también.

— Buenas noches, señor Black —le saludé.

— Buenas noches, Leo —respondió antes de que nos abrazáramos y nos diéramos un buen beso—. Te he echado mucho de menos.

— Ya lo veo —murmuré, apreciando sus leves ojeras y su piel un poco más pálida—. No has dormido, ¿verdad?

— No mucho —murmuró, poniendo la mano en la parte baja de mi espalda para indicarme el camino a la salida, como si yo no hubiera estado

en aquel aeropuerto docenas de veces antes—. ¿Tienes hambre?, podemos pararnos a cenar en algún sitio.

—No, la verdad es que preferiría ir directos a casa, si no te importa.

James asintió, dándome una caricia en la espalda. Al salir de allí, me reencontré con un viejo conocido, de cara seria y peligrosa, uniforme completamente negro y aspecto amenazante.

—Buenas noches, Lakov —sonreí—. Te veo bien, ¿qué tal has estado?

—Buenas noches, señor Obrai. He estado muy bien, gracias —tan seco y breve como siempre.

Le entregué mi pequeña maleta de mano y fui hacia la puerta del coche para entrar. James se sentó frente a mí, abrió sus piernas y extendió sus brazos por el respaldo antes de palmearse el muslo un par de veces para indicarme que me acercara a él. Cogí una bocanada de aire y me agarré al asidero para dar un par de pasos y sentarme a su lado. El señor Black me miró fijamente y puso morritos, yo solté un pequeño bufido antes de sonreír y besarle. No dijimos ni una palabra en el coche. No hizo falta. Me acurruqué contra él y le acaricié el muslo distraídamente hasta que, sin darme cuenta, volví a quedarme dormido. Unos golpes me desvelaron tiempo después y, cuando abrí los ojos, vi la figura oscurecida de Lakov al otro lado de la ventanilla, llamando al cristal con el nudillo. Parpadeé y me giré para encontrarme con un James totalmente dormido, con la cabeza recostada hacia atrás y roncando suavemente mientras me rodeaba con el brazo y me apretaba contra él. Sorbí por la nariz, me froté el rostro y le acaricié la barriga.

—James... despierta, ya hemos llegado —dije con la voz un poco ronca—. James...

Él al fin entreabrió los ojos y se quedó mirando al techo del coche un par de segundos antes de bajarla hacia mí. Le costó un poco situarse y recordar donde estaba, pero, aun así, volvió a poner morritos, como si fuera lo primero que su cerebro procesaba nada más despertarse. Le besé y le di una caricia antes de deslizarme hacia la puerta y abrirla. Salí con un gruñido de queja y le pedí disculpas a Lakov.

—Llevar más de media hora, creí que había pasado algo —me explicó con su fuerte acento y un tono un poco preocupado por si había interrumpido «algo».

—Sí, no te preocupes, solo nos quedamos dormidos —le expliqué para tranquilizarle.

Fui a por mi maleta de mano mientras el señor Black salía del coche con su expresión seria, movió el cuello a los lados y me esperó para poner la mano en la parte baja de mi espalda y dirigirnos al ascensor.

Yo todavía estaba algo adormilado, demasiado para pensar en los muchos recuerdos que me traía aquel lugar; pero no tantos cuando las puertas metálicas se abrieron y vi el pasillo de la entrada de la casa. Entonces cogí una buena bocanada de aire y la solté entré los labios, arqueando las cejas. Di un primer paso y me adentré en ese lugar que llegué a creer firmemen-

te que jamás volvería a pisar. Cuando cruzamos la esquina y llegamos al espacio abierto del salón/cocina, los recuerdos me asaltaron como si fueran avispas furiosas. Había muchos tristes y muchos felices, una extraña mezcla que me produjo una presión en el pecho.

—¿Te gusta? —oí decir al señor Black a mi lado, deteniéndose en mitad del salón para señalarme la enorme bandera de Irlanda que colgaba de la baranda del pasillo abalconado.

—Oh... —murmuré, no sin cierta sorpresa—. Lo decías en serio...

—Claro que lo decía en serio, Leo —respondió con una mirada fija por el borde de los ojos.

Asentí un par de veces, contemplando la bandera. Rodeé la cadera de James y le hice una señal hacia las escaleras para continuar nuestro camino al dormitorio. Era extraño, porque todo estaba igual que siempre y, aun así, me resultaba ligeramente diferente. Atravesamos el pasillo y eché un rápido vistazo a la pared acristalada con vistas a la ciudad al atardecer; después miré el cuadro de la pared del final y la puerta entrecerrada de la habitación. James la abrió para mí y esperó a que yo entrara primero. Todo estaba... desordenado. Había un ambiente pesado y cargado, una extraña sensación flotando en aquel aire que siempre tenía la misma temperatura. Las persianas automáticas estaban completamente bajadas y solo llegaba la luz del pequeño pasillo entre el baño y el vestidor. La cama estaba deshecha y el edredón por los suelos, había ropa tirada por las almohadas y entre las sábanas, mi ropa, y un montón de fotos por todas partes. El señor Black las había llevado allí junto con los muñecos del T-Rex jefe y su velociraptor ayudante, que había colocado en una de las mesillas. Yo me quedé parado y miré todo aquello sin saber qué pensar o qué sentir. Simplemente, me resultó violento porque se podía palpar la miseria y la desesperación.

—No he dejado que nadie entrara en nuestra habitación desde que te has ido —me explicó él en voz baja, quedándose a mi lado, con su puño apretado contra mi jersey fino y contemplando lo mismo que yo veía—. Me he pasado días enteros aquí.

Tragué saliva y apreté los labios, girándome lo suficiente para poder abrazarle y darle un suave beso en la mejilla. Él me abrazó de vuelta, más fuerte, y frotó su mentón contra mi hombro mientras yo le acariciaba la espalda. Tras un minuto, decidí separarme, forzar una sonrisa y tirarle suavemente de la barba. Sin decir nada, me separé para dejar la maleta a un lado y empezar a desvestirme. Cuando me quedé en ropa interior, saqué mi neceser del bolsillo pequeño del equipaje y me lo llevé al baño; el cual no estaba en muchas mejores condiciones que la habitación. Uno de los cristales estaba roto y había restos de sangre, solo quedaba una única luz que funcionara y, por alguna razón, había botellas vacías de alcohol en el plato de la ducha. Fruncí el ceño y volví a resoplar. Las cosas parecían haber sido mucho más complicadas incluso de lo que me había imaginado en un principio. Me apresuré a quitarme las lentillas y me puse mis gafas

nuevas doradas antes de salir de nuevo hacia la habitación. El señor Black estaba completamente desnudo, ya había quitado la ropa de la cama y estaba terminando de extender el edredón. Le ayudé a estirarlo e igualar las partes y antes de meterme, también me quité la ropa interior. James me rodeó con los brazos, se puso sobre mí y me apretó con tanta fuerza que llegué a perder el aire.

— Te he echado muchísimo de menos... —susurró—. Aquí, conmigo.

Le acaricié la espalda y pegué mi cabeza a la suya. No tardó demasiado en suspirar y quedarse otra vez dormido, con una lenta respiración en mi oreja y su cuerpo atrapándome por completo para que no pudiera huir de él. Yo me quedé un poco más despierto, mirando aquel techo que tan bien conocía y tratando de evitar pensar en lo que había pasado en aquella habitación mientras yo no estaba y en lo mal que parecía haberlo pasado James allí.

Me quedé dormido sin darme cuenta, arrullado por el leve ronquido del señor Black hasta que, para mi sorpresa, sonó el despertador. Gruñí de pura rabia y alargué el brazo sin molestarme si quiera en abrir los ojos. Palpé algo duro y tibio, plástico, y entonces fui descendiendo por la figura del T-Rex con traje hasta encontrar el puñetero despertador y apagarlo de un golpe seco. James se revolvió sobre mí y murmuró algo inteligible antes de atraparme más bajo su peso.

Nos dejé uno o dos minutos más antes de empezar a entreabrir los ojos y darle besos para despertarle.

El señor Black levantó la cabeza de ojos algo hinchados, enrojecidos y adormilados y me besó en la boca para darnos el beso de buenos días, uno que se alargó bastante, hasta que él gruñó por lo bajo, me dio la vuelta y empezó a frotar la gran erección entre mis nalgas.

Yo tenía la cabeza contra la almohada y gemía suavemente por lo bajo, así que no pude verle mover el brazo hacia la mesilla, solo oír como abría el cajón y destapaba un bote, después sentí el frío, aceitoso y sedoso contacto del lubricante contra mi ano junto con la mano y el dedo de James. Jadeé más fuerte mientras él me besaba y me lamía el cuello, abriéndose paso dentro de mí con sus dedos antes de lubricar bien al Gran General y mandarle de cabeza al combate. Tuvo mucho cuidado, fue lento, sin prisa y poco a poco mientras gemía en mi oreja. «Leo... Leo, sí... Ah... ábrete para tu hombre», susurraba entre jadeos, hasta que estuvo toda dentro y mis propios gemidos ahogaron los suyos. Me rodeó con los brazos, atrapándome por completo bajo su cuerpo y empezó un movimiento lento de cadera, sin retroceder demasiado antes de volver a hundirme por entero dentro de mí. «Joder... Leo... sí... qué prieto estás» continuó, una y otra vez, aumentando el ritmo hasta que, solo un par de minutos después, llegó un repentino orgasmo y me apretó más fuerte mientras se descargaba y gruñía en mi oreja. Entonces se hizo el silencio.

—No he podido aguantar mucho —se disculpó tras un breve descanso, después de buscar mis labios para darme un lento y suave beso de novi-

os—. Llevo dos días sin hacer nada, desde que dejé dublín. Estaba bastante cachondo.

—No te preocupes, James —murmuré, moviendo una mano para poder acariciarle el pelo—. Hay tiempo de sobra para follar. —Noté como asentía y me dio otro beso en la mejilla antes de acariciarme con la punta de la nariz—. ¿Tenías el despertador puesto por algo? —quise saber.

—Sí, tenemos que ir al gimnasio, desayunar, ir a terapia, tomar la medicación, ir a la oficina y al banco antes de hacer una visita al salón de belleza —me explicó.

Solté un murmullo no demasiado animado y me obligué a decir:

—Pues vamos, entonces.

James volvió a asentir y se movió, sacando al Gran General de dentro de mí suavemente antes de hacerse a un lado para que me pudiera mover.

Me puse de cara al techo, me estiré mientras gruñía y me levanté casi de un salto, porque si lo alargaba más iba a ser peor. Cogí mis gafas y miré la hora en el Rolex, entonces me di cuenta de que todavía estaba puesta en horario Europeo, así que lo dejé pasar y seguí al señor Black directamente al vestidor. Como en el resto de la habitación, aquel lugar estaba patas arriba, el enorme cristal de pared entera estaba abollado y quebrado por varios puntos como si lo hubieran golpeado repetidas veces con el pequeño bando destrozado que había a sus pies. Miré aquello y me dio miedo preguntar.

—James... —murmuré mientras él rebuscaba ropa entre los montones que había sobre la mesa—. ¿Qué pasó aquí?

—Pasaron muchas cosas —respondió sin apartar la mirada de su selección—. Rabia, angustia, odio, tristeza, mucho alcohol... muchas emociones —se encogió de hombros—. Simplemente exploté.

Asentí varias veces y eché una última mirada al cristal resquebrajado y abollado antes de caminar hacia un James desnudo y abrazarle por la espalda mientras apoyaba el mentón en su hombro y veía lo que hacía. Finalmente eligió el traje menos arrugado para él, uno color negro con camisa azul pálido y corbata azul marino; para mí escogió mis pantalones de pinza grises junto con una camisa blanca y chaleco. Nos pusimos ropa interior de marca a juego, la mía negra y la suya blanca con los mismos motivos geométricos y nos vestimos rápidamente para coger la bolsa de deporte y salir hacia la puerta. Lakov ya nos estaba esperando en el garaje, nos dio los buenos días con un asentimiento de cabeza y yo respondí con otro antes de meterme en el coche. Me senté en mi sitio de siempre, cruzándome de piernas y con la mirada perdida en el cristal ahumado. James estaba en frente, con su postura del rey del mundo y los ojos fijos en mí.

—Se me hace muy raro no verte aquí con el móvil en las manos —me dijo tras un par de minutos.

—Sí, a mí también se me hace raro —reconocí con una leve sonrisa.

—Te compraré uno nuevo y una tablet, así podrás ir variando un poco y

tener una pantalla más grande. Se te cansará menos la vista.

—Es una buena idea —afirmé.

—Y encargaré una funda especial que ponga: «El favorito del jefe» —añadió.

Me reí y deslicé la mirada de nuevo hacia la ventanilla, volviendo a sumergirme en las ajetreadas vistas de Nueva York. La diferencia con Dublín era casi abismal: allí hacía calor, los edificios eran altos, estaba lleno de gente, movimiento y coches.

—¿Vas a echar de menos Nueva York? —le pregunté a James.

Él tardó un par de segundos en responder:

—No. Hay muchos recuerdos de esta ciudad que quiero dejar atrás.

Puse una expresión seria y asentí antes de mirarle por el borde de los ojos. El señor Black tenía el rostro ladeado y observaba el paisaje a través de la ventanilla ahumada, quizá perdido en un pasado oscuro y un poco aterrador.

—¿Crees que doy asco, Leo? —me preguntó en voz baja tras aquel breve silencio—. Después de todo lo que he hecho... a veces lo recuerdo y me siento débil y patético. Es más difícil ahora que no puedo enfadarme y buscar excusas para justificarme a mí mismo y decir que yo tenía el control, porque sé que es mentira.

—Has tenido una vida difícil, James —murmuré con tono serio y el ceño levemente fruncido—. Has tenido malas influencias, has tomado malas decisiones y te has sentido atrapado. No fue tu culpa que no tuvieras a nadie que te ayudara, solo a personas horribles y asquerosas que te pedían más y más.

Los ojos del señor Black se habían empezado a humedecer y ahora brillaban ligeramente, reflejando la intensa luz del sol que entraba por los cristales ahumados.

—Lo que más miedo me daba, Leo, era lo que pasaba cuando ni siquiera estaba consciente. A veces me despertaba y... yo sabía que... —se detuvo porque la voz se le terminó quebrando.

Cerré un momento los ojos e hice un gran esfuerzo por no perder el control. Me levanté de mi sitio y crucé el espacio para poder sentarme en su regazo y abrazarle, apoyando mi cabeza sobre la suya.

—Todos cometemos errores, James —murmuré en voz baja—, y es fácil mirar al pasado y sentirse sucio, estúpido o patético, pero no puedes borrar el pasado, solo puedes mirar al futuro y tratar de no volver a ser esa persona ni hacer caso a esas personas que te han hecho daño.

El señor Black me rodeó con los brazos y me apretó contra él con fuerza. Frotó su rostro contra mi camisa para limpiarse las lágrimas y, tras una profunda respiración, levantó la cabeza para mirarme y poner morritos.

Le besé con todo el cariño que pude y le acaricié la mejilla. James era un hombre increíblemente guapo, con el pelo dorado, rasgos fuertes y masculinos, labios perfectos, barba espesa y ojos del azul del mar. Cuando le veías, parecía grande, fuerte, poderoso e intimidante. Cuando le cono-

cías, te dabas cuenta de que era un niño perdido, asustado y mimoso, buscando desesperadamente ese cariño, entendimiento y compañía que jamás le habían dado.

—Te quiero muchísimo, lo sabes, ¿verdad? —le pregunté.

El señor Black sonrió como él lo hacía, de esa forma imperfecta y única.

—Lo sé —afirmó, tan convencido de sus palabras como de que el sol saldría otro día más por el horizonte.

Cuando llegamos al gimnasio, James se aseguró de frotarse bien la cara y de no dejar rastro de haber estado llorando. Nadie podía verle débil, nadie a parte de mí. Así que salió del coche con la cabeza bien alta y su expresión sería de párpados levemente caídos, ignorando a todo aquel que se cruzaba en nuestro camino. Nos cambiamos en el vestuario y nos movimos a la sala de ejercicio para hacer uno de nuestros entrenamientos militares rutinarios. En aquel lugar nuevo, no había tanta gente como en el antiguo, o, al menos, no tantos mirones ni personas interesadas en entablar conversación con nosotros. Llegamos, hicimos lo que teníamos que hacer y bajamos jadeando y completamente sudados de vuelta al vestuario para darnos una buena ducha y algún que otro beso tonto bajo el chorro de agua. Cuando salimos, Lakov ya nos estaba esperando en la puerta, con la cadera apoyada en la puerta del copiloto y los brazos cruzados. James entró primero y cuando quise irme a sentar frente a él, me detuvo para palmearse el muslo, así que me senté de nuevo en su regazo, le aparté la corbata y le desabroché un par de botones para meter la mano en su abultado pecho, todavía algo húmedo tras la ducha fresca.

—Pide nuestros cafés, Leo —me dijo, sacándose el móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

Cogí el teléfono y desbloqueé la pantalla, era el mismo de siempre, mi viejo y confiable móvil con el que me había pasado tantísimas horas. No había perdido la costumbre, así que no tardé ni un minuto en encontrar el número de recepción y enviar un mensaje pidiendo los cafés. Quise devolvérselo, pero él me hizo una señal para que yo lo guardara.

—Te he traído porque eres mi prometido, porque me gusta mucho estar a tu lado y porque eres un hombre muy eficiente e inteligente con el que me apasiona trabajar —respondió tranquilamente.

—Oh... que forma más elegante de decir «sí» —murmuré, dándole un beso en los labios.

James sonrió con los ojos entornados y después suspiró de pura felicidad antes de girarse a mirar las vistas de la ventanilla. Nos detuvimos delante del *King's Place*, el enorme edificio acristalado de oficinas en el distrito comercial de Nueva York.

Me quedé un momento parado con la mano en la puerta, reviviendo otro extraño momento de recuerdos encontrados: la primera vez que había llegado allí y me había parado a mirar aquel lugar con las cejas arqueadas; cuando esperé en aquella puerta a que llegara Lana en su taxi para la cena sorpresa de San Valentín; cuando aquella misma esplanada de baldosas blancas estaban repletas de periodistas hambrientos por humillarnos a preguntas...

Cerré los ojos, agité la cabeza y salí al caluroso exterior, soltando un jadeo por la diferencia de temperatura entre el interior refrigerado y el ardiente y apesoso verano de la ciudad. Hice una visera con la mano sobre los o-

jos, porque los rayos de sol revotaban en los altos edificios acristalados y a veces resultaba cegador. Esperé a James, que puso su mano en la parte baja de mi espalda, y continuamos andando hacia la puerta. No nos detuvimos hasta alcanzar el ascensor, donde el señor Black me acarició un poco distraídamente hasta que las puertas se volvieron a abrir tras un «ding».

International NY... seguía como siempre. Nada había cambiado en aquellos meses y pico que me había ido. La alargada mesa alta con las mismas recepcionistas, el suelo de moqueta gris, los mismos colores apagados y paredes blancas, el mismo pasillo a un lado bordeado de paredes acristaladas, escritorios y murmullo de trabajo. James podía decir lo que quisiera, pero había una gran diferencia entre aquel lugar y FC&A, una diferencia que se podía sentir incluso en el aire. Las recepcionistas se detuvieron al vernos cruzar, con expresiones nada sutiles de sorpresa y miradas compartidas. El señor Black las ignoró por completo, avanzando hacia el pasillo sin apartar la mano de mi espalda; ya no tenía por qué hacerlo; sin embargo, yo les dediqué un saludo y una educada sonrisa. No fueron las únicas en detener su trabajo para dedicarnos una mirada de interés mientras caminábamos hacia el despacho de grandes puertas de madera oscura. James sacó las llaves del bolsillo y abrió la cerradura, dejándome a mí ser el primero en atravesar el umbral a uno de los lugares que mejor conocía. Casi podría cerrar los ojos y todavía saber dónde estaba exactamente todo y a qué distancia, porque, al igual que el resto, nada había cambiado allí.

—Es como volver a nuestra segunda casa, eh, Leo —sonrió el señor Black, dándome un abrazo por la espalda y un beso en el cuello antes de quitarse la chaqueta del traje y aflojarse la corbata para sentarse en su gran sillón negro de jefe.

Entonces empecé a darme cuenta de por qué me resultaba extraño que nada hubiera cambiado, porque en realidad, lo único que había cambiado en todo aquel tiempo, era James. Antes de que me diera tiempo a responder o a moverme de mi sitio a un par de pasos de la entrada, alguien llamó a la puerta y me di la vuelta automáticamente para entreabrir la puerta y responder con una suave sonrisa. Era Ann, la chica rubia de recepción que siempre me había dado, como estaba haciendo en ese momento, la bolsa del restaurante con el desayuno y el cartón reposa vasos con los cafés que había pedido.

—Perdone, señor O'Brien —se disculpó con cierto nerviosismo—, les traigo su desayuno y los cafés.

—Muchas gracias, Ann —le dije, cogiendo el asa acartonada de la bolsa y las bebidas—. ¿Te has cortado el pelo? Te sienta muy bien.

Ella se llevó las manos libres a su nueva media melena y, tras un par de parpadeos de sorpresa, respondió:

—Sí, señor O'Brien. Gra.. gracias. Usted también está muy guapo con su barba más larga... —y se detuvo al darse cuenta de que quizá se estuviera

excediendo, entonces cabeceó a forma de despedida y se dio la vuelta. Arqueé levemente las cejas y cerré la puerta con el pie, ya que tenía ambas manos ocupadas.

—Estás muy guapo con la barba más larga, ¿has oído, Leo? —me dijo el señor Black, recostado en su silla y moviéndola sobre su eje de un lado a otro con una expresión seria—. Al parecer, Ann Rubia de Bote no sabe que tienes marido y es su puto jefe...

Puse los ojos en blanco y llevé las cosas a la mesa, empezando a repartir los envases. Me detuve cuando vi que eran diferentes a como siempre eran y, cuando comprobé el logo impreso sobre la bolsa, me di cuenta de que se trataba del nuevo restaurante. Puede que sí hubiera cambiado otra cosa, después de todo.

—¿Y tú qué piensas? —le pregunté para distraerle, dedicándole una rápida mirada por el borde superior de los ojos mientras seguía repartiendo las servilletas y los cubiertos de plástico negro—. ¿Te gusta cómo me queda?

—Mucho —respondió sin dudarle ni un segundo, porque quizá fuera algo en lo que ya hubiera pensado—, pero me preocupa que al tener los dos la barba más larga parezcamos una pareja despreocupada y liberal.

No supe que responder a eso, sinceramente. Solo puse una expresión de labios apretados y ojos más abiertos antes de llevarme mi envase y mis cosas hacia el sillón frente a la mesa baja. Saqué el móvil del bolsillo, solo para que no me tensara la tela, no porque tuviera pensado hacer algo con él, y destapé mi desayuno de emparedado de huevo revuelto con aguacate y pan de centeno. Después de darle un buen mordisco y saborearlo un poco, moví la cabeza de lado a lado.

—El del otro restaurante tenía el huevo más hecho y el aguacate mejor troceado —le dije.

James asintió varias veces, visiblemente contento de que me hubiera dado cuenta.

—A mí tampoco me gusta. Tenemos que asegurarnos de buscar uno bueno en Dublín, ¿hay buenos chefs allí, Leo?

Tras aquella estúpida conversación, recogí los envases y los vasos vacíos de café y los tiré en la basura. James se levantó de su sillón, se detuvo delante de mí y esperó a que le ajustara la corbata y le estirara la camisa, terminando con un beso en los labios y un tirón en la barba de su fuerte mentón. Al parecer, nos esperaba una mañana bastante atareada de reuniones con diversos departamentos para discutir los últimos avances en la empresa y el movimiento hacia la nueva sede de Dublín. Quise sentarme en el mismo sitio de siempre, a un lado de la puerta acristalada, pero el señor Black me hizo una señal para que le acompañara a la cabeza de la mesa y me ordenó que me sentara a su lado. Él atendió a todo lo que le decían con la expresión seria de siempre, pero a veces movía una mano sutil por debajo de la mesa para acariciarme la pierna suavemente.

—Pidamos otro café —me susurró al oído tras terminar nuestra segunda

reunión con la señora Timber y el departamento de Finanzas.

Asentí y cogí el móvil que tenía encima de la mesa para mandar un mensaje rápido, antes de que terminara, ya estaba entrando el último equipo de la mañana, Recursos Humanos. Cuando terminó, solté un suspiro y miré a James a mi lado, no echaba nada de menos aquellas reuniones interminables repletas de datos, consejos y predicciones. La señora Irons seguía insistiendo en que los trabajadores no se mudarían a no ser que hubiera un buen incentivo, uno económico, preferiblemente. Al señor Black se le había acabado un poco la paciencia con el tema y decidió: —Que sea un puesto temporal, uno de un par de meses para que enseñen a los nuevos contratados de Dublín. Si no quieren mudarse, que no se muden —y eso fue todo hasta que salimos de la sala de reuniones y volvimos al despacho—. No les permitiremos transferirse de oficina después cuando se arrepientan de haberse quedado aquí —declaró con un tono duro, yendo a buscar algún papeleo a un cajón del enorme escritorio—. Ya les hemos dado su oportunidad, después que no lloren.

Me limité a asentir, ahorrándome una explicación que ya le había dado sobre por qué a la gente no le gustaba mudarse a países extranjeros; a no ser que estuvieras desesperado o fueras joven y tuvieras ganas de vivir nuevas experiencias y aventuras.

—¿Dónde es la siguiente cita, Leo? —me preguntó de camino a la puerta. Él lo sabía perfectamente, pero aún así saqué el móvil y lo revisé porque estaba seguro de que le hacía ilusión verme hacerlo.

—Comida con la señora Fisher, tu contable —leí—, seguido de «Visita a bancos», «Terapia», «Salón de Belleza» y, finalmente, «Cena sorpresa».

El señor Black se detuvo en seco, cerró los ojos y apretó los puños mientrasladeaba lentamente la cabeza.

—Me olvidé de que eso estaba ahí... —murmuré, como si hubiera sido un error imperdonable.

Guardé el móvil y le ajusté la chaqueta del traje antes de darle un beso en los labios.

—Fingiré que no lo he leído y me sorprenderé muchísimo —le prometí.

—Tú finges muy mal, Leo —dijo, serio, pero más triste que enfadado.

—Eso no es verdad, lo hago todas las noches y tú no te has dado cuenta —respondí. Evidentemente lo hice en tono de broma, pero esas eran las bromas que no hacían ni puta gracia a James, quien se quedó con la mandíbula tensa y los ojos muy abiertos mientras tomaba profundas respiraciones—. Es broma, es broma —dije al instante—. Siempre disfruto mucho contigo y lo sabes.

—Más te vale... —murmuré, ahora sí que con un tono enfadado—. Porque ambos sabemos que nadie te va a follar como yo lo hago.

—Lo sé... —le aseguré con total certeza—. Vamos, no deberíamos llegar tarde a la comida.

Para compensar mi pequeño error, al llegar al coche me senté en su regazo y le llené de besos y caricias, recordándole que era el hombre más grande,

fuerte y con la polla más gorda del mundo. Mi prometido tenía un ego frágil y quebradizo, y no quería ser yo quien le causara inseguridades y le hiciera daño en ese sentido; porque la vida ya le había dado muy duro. El señor Black se calmó, disfrutando de mis atenciones con esa actitud soberbia tan suya, como si no le importara lo que yo le hiciera, pero disfrutándolo en silencio como un cerdo. Para cuando llegamos al restaurante de la cita para comer, estaba bastante empalmado y con el pecho henchido. Puso su mano en mi espalda y me guio todo el camino hasta la mesa redonda donde nos esperaba la señora Fisher. La había visto pocas veces, pero siempre me parecía igual: con la misma ropa de secretaria de los noventa con hombreras y colores pastel, las uñas recién hechas, sus gafas gruesas y su engañosa voz de fumadora empedernida.

—Siempre es un placer poder comer con usted, señor Black —le saludo, levantándose de la mesa y ofreciéndole la mano con la que no sostenía un pitillo rubio largo a medio fumar—. Oh, siempre tan elegante y guapo, querido —me dijo a mí, ofreciéndome también un leve apretón de manos—. Sentaros, por favor, hay muchas cosas de las que deberíamos hablar.

Al tratarse de un lugar público y no de la oficina de la señora Fisher, la forma en la que se refería a los muchos negocios de James y su capital, varió mucho. Era una mujer que sabía muy lo que hacía, pero con una ética cuestionable, porque usaba trucos muy sucios para evadir impuestos y mover el dinero; aunque, después de todo, para eso le pagaban sus clientes tanto dinero. Ningún contable honrado llegaba a triunfar en la vida. Aquella reunión era un repaso de sus bienes y sus inversiones, repleta de consejos sobre cómo tratar con los bancos extranjeros y los problemas que eso podría acarrearle, ya que no todo su dinero era del todo legal y limpio. Tras aquello, disfrutamos de una comida bastante agradable llena de la cháchara de la señora Fisher y del olor de su tabaco. Era impresionante que pudiera fumar, beber y comer a la vez, metiéndose un trozo de ternera en la boca y fumando una calada de su pitillo como si nada.

—¿Qué te parece lo que me ha dicho? —quiso saber el señor Black, una pregunta que yo ya me esperaba porque era la que me hacía siempre.

—Ya sabes que creo que la señora Fisher es una contable muy astuta —le recordé—, no me gustan sus métodos, pero al menos es sutil y te ha dado buenos consejos. No sería sensato transferir grandes sumas de dinero que, primero, no has declarado tener y, segundo, no puedes justificar de dónde vienen. Irlanda tiene una fiscalidad relajada y pasa por alto muchas cosas, pero no son gilipollas, James. Tendrás que hacerlo poco a poco y cubrirlo bajo otras transferencias de poca importancia, como ella te ha explicado.

El señor Black soltó un murmullo y asintió, dejando un breve silencio antes de palmearse la pierna y decirme:

—Todavía sigo molesto, Leo —lo que quería decir: «míame más».

Volvió a llegar bastante contento a nuestras visitas a los bancos, cerrando

la chaqueta de su traje incluso en un día caluroso para cubrir la evidente erección que le tensaba la entrepierna. Allí nos trataron como a reyes, evidentemente. James Black y su fortuna eran clientes preferentes siempre, capaces de saltarse todas las colas y ser recibidos por un directivo de la oficina en persona. Le ofrecían bebidas, los mejores asientos y le llevaban a los mejores despachos. Aquellas eran esas cosas que a James le encantaban, se le notaba en su cabeza bien alta y su expresión seria; le trataban como al mejor porque él era el mejor. Le acompañé también en todas sus pequeñas reuniones, donde les explicaba a los banqueros sus futuros planes y su intención de mudarse a Irlanda. Muchos trataron de hacer un pequeño sabotaje, de decir algunas medias verdades y algunas medias mentiras para convencer al señor Black de que no quitara el dinero de sus bancos. Por suerte, estaba yo allí, con cara seria y escuchando en silencio para después contarle a James todas las gilipolleces que le habían dicho. Mis consejos y mis palabras siempre tenían mayor peso que el de ningún otro, pero al final era su dinero y era él quien decidía lo que hacer.

Tras aquel tour por las oficinas bancarias, nos dirigimos al Upper West Side, donde, en una de esas calles de apartamentos adosados de estilo casi colonial, estaba la consulta de la doctora Jones. Parecía una casa, normal, a excepción de la placa dorada en la puerta en la que ponía: «Nora Jones, Psiquiatra». Nos detuvimos frente a ella y James llamó al timbre. Una joven muy bien vestida y muy amable nos recibió en apenas medio minuto, con una sonrisa en sus labios pintados y el pelo recogido en una elegante moño. Llegué a creer que aquella era la doctora Jones, hasta que nos invitó a entrar y nos guio al salón.

—¿Quieren algo de beber mientras esperan a la doctora Jones? —nos preguntó.

Ambos rechazamos la invitación y ella cabeceó antes de irse y cerrar la puerta a sus espaldas. El salón tenía una decoración bastante elegante, casi toda en madera y con tonos grises y negros, con paredes repletas de estanterías con libros, unos grandes ventanales con finas cortinas por las que entraba la suave luz del día, iluminando un espacio en el extremo con un sofá negro de dos plazas frente a una mesa de café y un sillón gris. El señor Black me señaló el sofá y se quitó la chaqueta del traje de camino para dejarla sobre uno de los reposabrazos, se sentó como siempre hacía y yo me senté a su lado, pegando mi muslo al suyo. El señor Black movió entonces el brazo del respaldo a mis hombros y me atrajo un poco más hacia él, me miró y puso morritos. Tras aquel suave beso, le acaricié la pierna y señalé al sillón frente a nosotros.

—¿Le importará que yo esté aquí con vosotros? —le pregunté.

Él negó con la cabeza sin dejar de mirarme.

—Quizá el... —pero me detuve cuando se oyó el ruido de la puerta y una mujer de piel chocolate, pero rizo y gafas blancas entró en el salón.

Nos miró a ambos allí y sonrió educadamente.

—Bienvenido, señor Black —le saludó de camino al sillón, cambiando su carpeta de notas de una mano a otra para ofrecerle un firme apretón, después sus ojos oscuros recayeron en mí—. Tú debes ser Leonard, me imagino —asumió.

—Así es —afirmé con una sonrisa, aceptando su apretón de manos—. Encantado de conocerla, doctora Jones.

—Eres exactamente como me imaginaba que serías —respondió, ampliando su sonrisa de dientes blancos—. Me alegra que hayas venido —añadió, dando un par de pasos para sentarse en su sillón gris y cruzar las piernas a la altura de la rodilla—. El señor Black me ha hablado muchísimo de ti.

Asentí, acariciando la pierna de James a mi lado. No sabía lo qué esperarme de aquella sesión, pero el señor Black quería que estuviera allí, y allí estaba.

—Bien, retomemos el punto donde lo dejamos ayer —dijo ella, releyendo rápidamente las notas—. Hábleme de sus padres y algunas experiencias de su infancia que le hayan marcado especialmente, como la desaparición de sus perros y cuando le encerraban en el armario de la ropa.

James me apretó un poco más contra él y empezó a mover los dedos sobre la tela de mi chaleco gris, a la altura de mi pecho. Tomó una buena bocanada de aire y empezó a hablar con expresión seria y tono firme de algunas de esas «experiencias». Al contrario que en la carta que me había dedicado, se estaba ahorrando el sentimentalismo, los giros en los que confesaba lo asustado y perdido que se sentía, los temores que le acompañaban siempre... era como si estuviera explicando una historia, pero arrebatándole toda la emoción y la profundidad; solo palabras que narraban hechos que le habían acontecido, pero donde él no parecía estar en ningún momento. La doctora Jones escuchaba atentamente, interrumpiéndole solo para hacer preguntas concretas o para pedirle que profundizara más en un tema, a veces se detenía a escribir algunas notas, a mirar a James e incluso a mí su lado. Yo escuchaba todo aquello en completo silencio mientras le acariciaba distraídamente la pierna al señor Black, moviendo mi mirada desde la doctora a las estanterías repletas de libros a sus espaldas. Cuando terminó la hora de sesión, la mujer le detuvo y revisó las notas. Habló un poco de sus reflexiones sobre algunos episodios, recalcando la idea de que, probablemente, ese fuera el inicio de muchos de sus problemas de autoestima, necesidad de atención y continua validación externa. Después nos dio las gracias por acudir, nos acompañó a la puerta y solo añadió:

—Ha sido muy esclarecedor verles hoy juntos.

Fruncí el ceño pero no dije nada porque ella cerró la puerta del salón con una sonrisa y una educada despedida antes de que su ayudante nos llevara a la puerta y se despidiera también.

—¿Qué cojones quiso decir con eso? —le pregunté a James cuando estuvimos fuera.

Él se encogió de hombros y me acarició la espalda de camino al coche, haciéndome una señal para que me sentara de nuevo en su regazo y le abrazara mientras miraba distraídamente por la ventana en silencio. Yo hice lo mismo, dándole un par de vueltas a aquello. Odiaba pensar que la doctora Jones había visto algo de lo que yo no me había dado cuenta, pero no conseguía descubrir el qué. Para cuando llegamos a la puerta del salón de belleza, ya me había cansado de hacerme aquella pregunta.

Llegamos a recepción, donde estaban las mismas mujeres que siempre, dedicándome la misma mirada cortante de siempre y forzando las mismas sonrisas.

Nos invitaron a pasar, diciendo que ya estaban esperando por nosotros. Nos separamos en el punto de siempre, pero, en esta ocasión con un beso.

Pasé a la zona donde cortaban el pelo y el mismo peluquero con cara seria me hizo el mismo corte sin preguntarme nada al respecto; después llegó mi barbero favorito.

—¡Ricky! —le saludé con una sonrisa.

Él sonrió, mostrando sus dientes blancos bajo sus gruesos y marcados labios morenos.

—Cuanto tiempo, Leonard —me saludó, inclinándose para mirarme a través del reflejo del cristal y susurrarme—: veo que no has ido a otro barbero —refiriéndose a mi barba más larga y descontrolada—, aunque me había preocupado que nuestra charla te hubiera incomodado y hubierais decidido no volver.

Tardé un momento en rememorar aquello y negué con la cabeza.

—No, no fue eso, es que tuve que volver a Irlanda. Nos vamos a mudar allí.

La noticia le pilló por sorpresa y, juraría, hubo un momento de tristeza en su rostro antes de que se girara a por la maquinilla. Entre los dos decidimos entonces el mejor corte; yo le pedí que la dejara más larga y que le diera forma, y él me sugirió dejarla más larga en el mentón. Me mostró la idea y acepté, comenzando una tonta conversación sobre el calor que hacía y la diferencia de temperatura entre allí y Dublín.

Cuando llegó el momento, una de las jóvenes estilistas vino a buscarme con una expresión de enfado, porque ya llegaba diez minutos tarde a mi cita con la cera caliente. Me despedí de Ricky con un apretón de manos y un agradecimiento de corazón, dedicándole algunas palabras de cariño que él respondió de igual forma. Iba a echar de menos charlar con él dos o tres veces al mes. Lo que no iba a echar de menos era a la mujer que insistía en querer mantener una conversación mientras me depilaba el culo, como si yo no estuviera a cuatro patas y ella no me estuviera mirando constantemente el ano.

Al pasar la tortura, me despedí con un simple: «Hasta luego».

Regresé a recepción, comprobé la hora en el Rolex y volví a darme cuenta de que estaba con el rango horario de Irlanda, así que pregunté a las recepcionistas si le faltaba mucho al señor Black.

Una de ellas, la morena de sonrisa más falsa, me comunicó que estaban terminando de depilarle, así que tenía entre diez y veinte minutos de margen para ir a buscar unos cafés al carrito de la esquina y volver con ellos en las manos justo en el mismo momento en que James había terminado.

Le miré de arriba abajo y sonreí como un tonto, porque estaba guapísimo con el pelo recién cortado y la barba arreglada. Él hizo lo mismo conmigo, pero terminó por rodearme con los brazos y comerme la boca allí mismo, delante de las recepcionistas. Sin decir nada, me puso la mano en la espalda y me llevó a paso rápido hacia el coche. Por supuesto, era casi una tradición que el señor Black supervisara personalmente el trabajo, dedicándole mucho tiempo, mucha saliva y mucha lengua a comprobar que no quedaba ni un solo pelo en todo mi culo. Yo le devolví el favor desabrochándole el cinto y bajándole la bragueta para prestar toda mi atención al Gran General.

—¿Ahora estás fingiendo, Leo?, ¿eh? —me preguntó el señor Black, sin separar demasiado la boca de mi ano y moviendo la cadera para follarme la boca—. ¿Estás fingiendo? No te oigo, Leo. Solo escucho como gimes y te atragantas con mi enorme polla...

Debería haberme esperado algo así, pero la verdad es que me hizo bastante gracia y me gustó. Aunque al final fuera algo fuerte, el señor Black sabía darle un toque interesante y divertido a sus particulares venganzas; llegando a correrse bastante mientras gruñía como un animal en mi culo. No se detuvo hasta que me incorporé con la boca empapada, sentándome en su cara para terminar yo también en mitad de un intenso orgasmo.

Después, como siempre, se hizo el silencio mientras recuperábamos el aliento. Me levanté de encima del rostro de James, que respiraba profundamente con una sonrisa en mitad de su boca completamente empapada.

Me volví para darle un beso que el quiso convertir en un buen morreo húmedo antes de que fuera a buscar las toallitas al Cajón del Placer del coche. Yo tenía un desastre en las manos, porque había intentado manchar lo menos posible, sin demasiado éxito, por cierto. Había salpicado algunas partes del pantalón de James que me esforcé en limpiar un poco para que no dejaran manchas blancas.

Después le metí al Gran General de vuelta al cuartel de tela blanca de marca, le subí la cremallera y le abroché el cinto antes de ocuparme de subir mis propios pantalones.

Entonces me senté a un lado del asiento y bebí unos buenos tragos de café para arrastrar el regusto a semen que había quedado por toda mi garganta. James se incorporó, se sentó como un rey y dejó caer la cabeza en el respaldo.

—Ni te imaginas lo muchísimo que echaba de menos nuestros sesenta y nueve en el coche, Leo —murmuró, todavía con una amplia sonrisa en

los labios manchados de saliva.

—Es una de nuestras tradiciones —bromeé.

El señor Black levantó la cabeza y me miró.

—Sí, sí que lo es. Como nuestros besos de novios o los de buenos días.

—Los domingos especiales —añadí.

—Las mamadas bajo la mesa del despacho —dijo él.

—Eso no es una tradición —negué, frunciendo levemente el ceño—. Eso es solo algo que hacemos a veces.

—Podría ser una tradición... —sugirió—. Las mamadas especiales de las conferencias online.

Me reí un poco y negué con la cabeza antes de darle otro sorbo al café.

—Buen intento, James, pero no cuela —murmuré.

Él se inclinó para darme otro beso y después levanté una mano para limpiarle la boca, pero me detuvo.

—No. Ya sabes lo mucho que me gusta... —me dijo en voz baja—. Me gusta todo de ti.

Sonreí y le di un último beso húmedo en aquellos labios empapados en saliva. Cuando llegamos a Columbus Circle, a las puertas del Hotel Mandarin Oriental, miré por la ventanilla ahumada hacia las luces que alumbraban la cada vez más alargada sombra del anochecer.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté a James—. Creía que íbamos a casa...

Él terminó de quitarse la corbata, puso los ojos en blanco, algo que nunca le había visto hacer antes, y señaló con la cabeza hacia la puerta para indicarme que saliera. Me siguió de cerca, se metió mejor la camisa por dentro del pantalón del traje y después me rodeó los hombros para acompañarme a la puerta del hotel. Conocía aquel lugar porque ya lo había buscado para una de las citas de James con Lana, por eso sabía lo que había allí: el restaurante Asiate, uno de los más valorados y románticos de la ciudad, con unas preciosas vistas panorámicas de la ciudad y sus rascacielos.

De todas formas, fingí gran sorpresa al subir en el ascensor hasta la trigésimo segunda planta y, cuando las puertas metálicas se abrieron, me llevé las manos a los labios ahogando un jadeo.

—No puede ser... —negué con la cabeza—. Qué gran sorpresa...

—Deja de hacer el gilipollas o me enfadaré —me pidió James en un susurro al oído mientras me daba un pellizco en el culo.

Perdí mi fingida y sobreactuada expresión de sorpresa y le dediqué una mirada por el borde de los ojos antes de pasarle la mano por la cintura y darle un leve apretón.

—Es broma, James —murmuré—, es un sitio precioso.

Y lo era, un restaurante enorme, elegante, de colores suaves, luz íntima, paredes acristaladas con una increíble panorámica de la ciudad, muchas mesas de dos o más comensales con manteles blancos y platos impolutos. Había bastante gente allí y un murmullo suave llenaba el ambiente ro-

mántico y dulce, nos detuvimos delante del metre y, tras darle el nombre de «Señor Black y prometido», nos dirigió a un apartado especial, un pasillo formado entre la cristalera y una estantería de vinos, creando un espacio separado del barullo, muy íntimo, iluminación más suave y preciosas vistas. Solo había una mesa allí, la nuestra. James se adelantó para moverme la silla educadamente para que me sentara, arqueé las cejas y le miré con una fina sonrisa antes de tomar asiento. La camarera nos ofreció dos cartas con el menú y otras dos con los vinos, se despidió con una sonrisa y se fue. El señor Black no la abrió hasta terminar de remangarse la camisa hasta los codos, mostrando su carísimo reloj en su muñeca y abriendo un par de botones para enseñar el inicio de su poderoso torso.

—Estás increíble esta noche —le dije en voz baja, apreciando lo atractivo que era mi prometido y la suerte que yo tenía.

—Yo siempre estoy increíble, Leo —me corrigió con tono serio.

—Aha... —asentí, porque sus palabras habían roto toda la magia del momento. Bajé la mirada al menú mientras pasaba un par de páginas y añadía—: No voy a halagarte mucho si siempre me responden con eso, James...

El señor Black alargó una mano, rodeó la mía y la apretó suavemente.

—Gracias, Leo. Me gusta mucho que me digas cosas bonitas —lo intentó de nuevo—. Tú también estás increíble esta noche y no podría describir lo afortunado que me siento por tener a un hombre como tú a mi lado.

Sonreí y le miré por el borde superior de los ojos.

—Deja de hacer el gilipollas o me enfadaré —respondí.

James sonrió como él sonreía y me soltó la mano con un último apretón para abrir el menú de vinos. La cena fue... maravillosa. Pedimos un buen vino tinto y carne, charlamos sobre las cosas que queríamos hacer en nuestra casa de Dublín, de las muchas ideas del señor Black y de algunas preocupaciones que tenía con respecto al trabajo. Terminamos compartiendo un trozo de tarta de nata como una pareja de tontos adolescentes, dándonos cucharadas y sonriendo. Manché la boca de James solo para tener una excusa para levantarme un poco y lamerle la comisura de los labios. Aquello pareció pillarle por sorpresa y gruñó un poco, devolviéndome un beso bastante profundo y con lengua que se alargó tanto como quisimos. Cuando nos separamos, nos quedamos muy cerca, en silencio, mirándonos a los ojos. Fue en ese mismo instante en el que supe que no había cometido un error al perdonar a James, porque estaba seguro de que no podría volver a amar a nadie como le amaba a él.

Tras un par de besos más, sonrisas tontas y miradas intensas, decidimos que era el momento de irse. Dejamos el restaurante muy pegados y nos dimos un par de besos más en la parte trasera del ascensor con más gente. Para cuando llegamos al coche, yo estaba flotando en una nube de empalagosa felicidad. Me senté en su regazo y seguí acariciándole lentamente hasta llegar a casa y llevarle de la mano hacia la cama. El señor

Black me siguió como un corderito, dejándose desnudar, abrazar, besar y mimar todo lo que yo quise. Llevé las riendas para sumergirnos en una sesión de sexo lento y muy romántico, sin prisa, con tiempo para disfrutar de cada segundo, suspiro y jadeo hasta que llegó el esperado final. Entonces me derrumbé sobre él, le di nuestro beso de novios y James me abrazó, suspirando una última vez antes de quedarse dormido con una sonrisa en los labios.

El despertador resonó por la habitación y yo me pregunté por qué cojones estaba activado. Levanté una mano, volví a palpar las figuras de los dinosaurios y aporrear el silenciador. Oí un gruñido en mi oído y yo respondí con un murmullo de afirmación, le acaricié la espalda y giré el rostro para besarle en los labios.

—¿Por qué? —le pregunté casi sin vocalizar.

—Te...e...os re...o...es.

—¿Qué?

James frotó la cara contra la almohada y cogió una bocanada de aire.

—Tenemos que ir al gimnasio, Leo. Después desayunaremos y nos reuniremos con algunos de mis empleados de otros negocios. Haremos las maletas y lo empaquetaremos todo a la tarde antes de cenar y coger el vuelo de vuelta a Dublín —me explicó.

Asentí, procesando lentamente aquella información mientras trataba de mantener los ojos abiertos. En esa ocasión, fue James quien se levantó primero y tiró de mí hacia el vestidor. Yo todavía seguía algo grogui cuando alcanzamos el gimnasio, despertando a golpe de sudor y lágrimas y volviendo a ser persona tras la ducha fresca. El señor Black quiso desayunar en un café de la séptima avenida, la razón no la entendí hasta que, al terminar, nos fuimos andando por la calle hasta un edificio alto que parecía una especie de hotel o algo similar, pero sin muchas señalizaciones ni carteles. No tardé en descubrir que aquello era El Hotel, el prostíbulo de lujo del señor Black. Para ser sincero, me lo esperaba muchísimo más sórdido y oscuro de lo que realmente era. Se trataba de un lugar bastante elegante, con poca iluminación, pero muy bien decorado para dar una excelente imagen de misterio y calma. No había mujeres desnudas andando por los pasillos ni flirteando con clientes, no al menos en el hall; pero sí en la planta superior a la que se ascendía por unas bonitas escaleras de mármol negro. Allí había un bar sin ventanas, con paredes cubiertas de cortinas de seda y cuadros pornográficos de buen gusto: pinturas en su mayoría que, aunque mostraran a parejas follando, parecían bastante caras. En aquel lugar repleto de sillones y mesas bajas, había algunos clientes con apariencia adinerada, hablando con hermosas chicas e incluso algunos jóvenes atractivos. Aunque todos llevaran ropa apretada, pantalones ceñidos, buenos escotes y faldas cortas, no iban más desvestidos ni enseñaban más que cualquier otro hombre o mujer que saliera un sábado por la noche.

—Señor Black —le saludó un hombre con acento inglés tras la barra. Pare-

cía salido de una película de 007, con su pajarita, su pelo peinado y su bigote afilado—. ¿A qué se debe este inesperado placer? —entonces me miró a su lado y alzó las cejas—. ¿Quiere traernos a otro chico para la hora feliz de los sábados? Los clientes me han preguntado varias veces por si lo repetía.

No super qué era eso, pero me temí lo peor y perdí al instante la sonrisa. James deslizó la mano desde mi espalda a mi costado y me apretó contra él.

—No, Edward —negó él al instante con un evidente enfado—. Este es Leonard O'Brien, mi prometido.

—Ah, mil perdones, señor Black —y dirigiéndose hacia mí me dedicó una elegante inclinación de cabeza y añadió—: encantado de conocerle, señor O'Brien.

—Igualmente, Edward —respondí yo.

—Oh, un querido camarada irlandés de la hermosa isla esmeralda —dijo, apreciando al instante mi acento—. Cuanto tiempo sin oír ese tintineo tan particular.

—¿Dónde está Michelle? —preguntó el señor Black, interrumpiendo la cháchara insulsa—. Dile que quiero hablar con ella.

—Ahora mismo, señor —respondió, moviéndose a un lado para coger un viejo teléfono retro y girar la rueda con los números hasta que llegó a las tres cifras.

James se giró hacia mí, echó un rápido vistazo alrededor y después se centró en mi ojos.

—Vamos a hablar con la Madame, Michelle, y después nos iremos. No me gusta que estés aquí.

—Claro —asentí, porque a mí tampoco me gustaba estar allí después de saber que había algo llamado «la hora feliz».

James me acarició el costado de nuevo y puso morritos para que le diera un suave beso y demostrarle que no estaba enfadado por haberme traído a aquel lugar. Ninguno de los dos lo vio, pero ambos lo oímos a la vez y giramos el rostro como si estuviera impulsados por un resorte.

—¡James! —gritó, bajando desde otras escaleras en el lateral. Tenía su mismo peinado de gilipollas que trataba de fingir que no se estaba quedando calvo, su mismo traje de marca que trataba de llenar un cuerpo flácido y mal proporcionado, los mismos dientes blanqueados y el mismo bronceado de mierda con el que fingía que no se pasaba el día y la noche reptando como una serpiente en la oscuridad—. ¡Y su ayudante!

—Peter... —murmuró James, irguiendo la espalda y tensando la mandíbula.

—No sabía que ibais a venir aquí, llevo semanas sin verte desde... bueno, desde la última vez —y se rio—. ¡Ya ni respondes a mis llamadas! ¿Habéis estado ocupados preparando la boda y to...?

Se calló. Se calló porque yo di dos pasos adelante y le pegué tal puñetazo en la cara que cayó con un golpe seco al suelo alfombrado, creando un

profundo silencio en el bar.

—¡HIJO DE PUTA! —le grité, pegándole una patada en la barriga—. ¡Eres un puto enfermo y una mierda de persona! —seguí chillando, dándole patada tras patada hasta que unos brazos fuertes y grandes me rodearon y me apartaron de él. Me revolví un poco, pero no pude deshacerme de ellos—. ¡Como te vuelva a ver te corto tu polla enana y te la meto por el culo! —seguí gritando mientras me arrastraban a las escaleras.

—Leo, ya está —oí una voz en mi oreja—. Ya está.

Yo jadeaba, tomando grandes bocanadas de aire mientras recuperaba el paso y descendía las escaleras de mármol hacia el hall. Me deshice de los brazos de James al fin y seguí adelante con los puños apretados y cara de muy mala hostia. El señor Black me seguía de cerca, atento y en silencio. Atravesamos la puerta de cristal ornamentado de la entrada y salimos al calor de la mañana. Entonces me enfrenté a los ojos del azul del mar de James y le señalé con el dedo.

—Como vuelva a ver a Peter Jacobs, le arranco los cojones, y no vas a poder pararme —le advertí—, porque después de lo que te ha hecho, ese hombre no se merece vivir.

James se quedó mirándome en silencio, sus ojos se humedecieron y entonces asintió antes de abrazarme con fuerza.

BIENVENIDO A INTERNATIONAL DUBLÍN

—¿En serio te lo vas a llevar todo, James? —le pregunté, agitando una fusta en el aire para mostrársela antes de echarla en la caja de cartón junto al resto—. Sabes que, seguramente, volvamos en algún momento a esta casa y podremos empaquetar más cosas, ¿verdad?

—Son cosas que quiero llevarme ya, Leo —respondió él, abriendo las cajoneras donde tenía ordenadas las cuerdas por material, grosor y uso—. La apertura de la nueva sede europea me va a poner nervioso y voy a necesitar muchos masajes de aceite y muchas sesiones especiales de sexo duro.

Me detuve y le dediqué una silenciosa mirada con expresión seria hasta que dejó de guardar las cuerdas para girar el rostro y mirarme por encima del hombro.

—Te quiero mucho, James, pero no voy a volver a dejar que me hagas eso —le aseguré.

—No como antes —aclaró—, me refiero a como en los domingos especiales. Algo divertido para los dos...

Arqué una ceja, mantuve su mirada durante unos segundos y continué guardando las fustas y varas una por una.

—Quizá te vuelva a atar yo y te ponga una correa y un arnés —murmuré.

—Sabes que puedes hacerlo, Leo, siempre y cuando me des algo a cambio.

—Ah, o sea que yo tengo que darte algo a cambio y tú lo haces sin más.

—Exacto —afirmó sin pudor alguno—. Eso me hace sentir por encima de ti y me gusta mucho.

Cogí una bocanada de aire y negué con la cabeza, terminando de meter las fustas y agachándome para abrir el armario de exposición donde tenía las máscaras de cuero, las correas, los arneses y las pinzas eróticas.

—¿De estas cosas qué quieres llevarte? —le pregunté.

Cerré la cajonera y vino a grandes pasos hacia mí, haciendo retumbar un poco el suelo de moqueta negra bajos sus pies. Se inclinó a mi lado y me acarició la espalda mientras miraba con expresión pensativa lo que allí había. Al final hizo una pequeña selección, dejando todas las máscaras porque no le gustaba cubrirme la cara y jamás lo había ni intentado.

—¿Has guardado todos los disfraces? —me preguntó antes de levantarse.

—Sí, ya los he bajado con el resto de cajas.

—¿Tus libros?

—Sí.

Asintió y volvió hacia donde estaba para seguir guardando las cuerdas. Me quedé mirándole un momento el culo, muy ajustado en su pantalón de chándal largo y negro, y se me escapó un leve resoplido. Había cosas que merecían ser clasificadas como «perfección» en esta vida, y el trasero de James era una de ellas.

—Voy a bajar esto y empezar con mi antigua habitación —anuncié, dirigiéndome hacia la puerta con la caja entre las manos. Ambos llevaba-

mos ropa cómoda y de deporte, una que no nos importara manchar y sudar a la hora de empaquetar todo, meterlo en cajas de cartón para precintarlas, marcarlas y moverlas al lugar donde una empresa de envíos nos las llevaría directamente a Dublín. Pero cuando James me había dicho que «quería hacer las maletas y llevarnos algunas cosas», no me había imaginado que se refería al noventa por ciento del vestidor, todo el ajuar y más de la mitad de sus juguetes de la Habitación del Placer. Pasé de largo el pasillo, bajé las escaleras y dejé la caja de cartón en el suelo con las demás, usando la cinta de carrocero para sellarla y el rotulador negro para escribir: «Fustas y varas». Me hubiera gustado ser más sutil, pero no había tiempo para eso. Cogí otra de las cajas de embalaje vacías y la volví a subir hasta mi antigua habitación a oscuras y con un intenso olor a cerrado. Me acerqué a la lámpara y encendí la luz, sintiendo de pronto un aluvión de sensaciones y recuerdos. Mi viejo cuarto de ayudante... Cuando empecé a vivir allí ni sospechaba lo muchísimo que iba a cambiar mi vida, ni las cosas que iba a ver, ni las cosas que iba a hacer... Me giré hacia la estantería, esa que James y yo habíamos montado juntos, con los muñecos que había comprado y el marco con la servilleta firmada por Hanna Owl. Alargué la mano y lo cogí para mirarlo un buen rato, perdido en un pasado que parecía ahora tan lejano.

—Cuántos recuerdos, ¿eh, Leo? —dijo James, sorprendiéndome. Giré el rostro hacia él y le vi con una caja bajo el brazo, parado en el umbral de la puerta y mirándose fijamente—. Aquí empezó todo —murmuré, echando un rápido vistazo al lugar hasta terminar mirando a la cama de noventa en la esquina—. ¿Sabías que aquí me dieron mi primer beso?

Sonreí, miré de nuevo el marco y lo guardé en la caja.

—Sí, sí lo sabía —respondí.

—La primera noche me pasé casi una hora delante de la puerta, decidiendo si entrar o no, si te enfadarías o te reirías de mí por ser débil y patético —continuó—. Y resulta que haber entrado fue una de las mejores decisiones de mi vida. Me sentía muy a salvo aquí dentro, contigo, solos tú y yo en esa mierda de cama.

Dejé la caja a un lado, me acerqué a él, le rodeé con los brazos y le di un beso en los labios. El señor Black pegó su frente a la mía y se quedó mirándome fijamente con una expresión calmada en su atractivo rostro.

—La primera noche estaba casi seguro de que había sido un sueño —murmuré con una leve sonrisa.

—¿Soñabas mucho conmigo? —preguntó él.

—A veces —suspiré—, pero nos pasábamos el día juntos, así que no era tan extraño.

—Tú y yo estamos siempre juntos, Leo, y siempre lo estaremos —murmuró antes de darme otro beso.

—Para siempre... —dije con un tono oscuro y una mirada de loco, algo que no hizo gracia al señor Black, pero a mí sí. Le di un buen beso de disculpa y le pregunté—. ¿Quieres llevarte el puf? Podemos ponerlo en el

rincón de lectura del salón.

El señor Black asintió lentamente, presionando su frente sobre la mía. Movimos el resto de cosas que queríamos llevarnos y cuando Lakov subió con la bolsa del restaurante, nos duchamos y nos pusimos a cenar, una última vez, en la isla de la cocina. James no iba a vender el ático ni nada así, pero había una sensación de despedida en el ambiente, una melancolía por dejar atrás un hogar para mudarse a otro. El señor Black compartió muchos recuerdos conmigo mientras se comía su salmón a la plancha con acompañamiento de verduras al vapor. La primera vez que había podido permitirse mudarse desde un pequeño piso en el East Side, lo orgulloso que se había sentido de sí mismo al tener una casa tan grande y cara, como se lo había dicho a sus padres y les había invitado a visitarle; pero sus padres nunca habían venido.

—Sinceramente, James, si no fuera porque sé que te enfadarías mucho, iría a la Mansión del Terror en la que viven tus padres y les gritaría un par de cosas —le aseguré, pinchando con el tenedor mis últimos trozos de verdura.

El señor Black se pasó la lengua por los dientes y se terminó su botellín de agua antes de dejarlo a un lado sin dejar de mirarme.

—Sé que me quieres mucho, pero mis padres son asunto mío, Leo. Me gustaría que no los insultaras ni les gritaras —me pidió.

—Por supuesto —asentí, porque tenía toda la razón—. Pero no pienso seguir fingiendo que no les odio.

—¿Antes estabas fingiendo que no les odiabas? —preguntó él, arqueando ligeramente una ceja—. ¿Y después te sorprende que te diga que finges fatal?

Nos miramos en silencio durante un par de segundos antes de que se me escapara una sonrisa que no fui capaz de evitar. Miré hacia un lado, donde estaba el inicio del pasillo lleno de cajas de embalaje y bebí de mi botellín de agua. El señor Black no tenía ni idea de lo mucho que me había mordido la lengua en presencia de sus padres. Tras la cena, recogí los platos y los dejé en el fregadero antes de limpiarme las manos y acompañar a James a la habitación; la habíamos recogido un poco, pero los cristales todavía estaban rotos y las botellas de alcohol vacías se acumulaban en el plato de la ducha. Ambos lo ignoramos y nos limpiamos los dientes antes de cambiarnos de ropa e ir en busca de las maletas de mano que nos llevaríamos con nosotros al aeropuerto. Llegado el momento, me despedí de Lakov con un apretón de manos y un «*Dyakuyu za vse*», que, según el traductor de Google, significaba «gracias por todo» en ucraniano.

—Tiene usted un acento horrible, señor Obrai —respondió él, pero me dio un firme apretón y me agarró el hombro en lo que, pensé, fue el primer y único gesto de cariño y respeto que el chofer me dedicaría jamás.

Después James y yo fuimos hacia la terminal, nos tomamos un café nocturno en una de las cafeterías y embarcamos a media noche hacia Du-

blín. El vuelo no fue tan largo, ya que el señor Black me sentó entre sus piernas, recostó el asiento hasta casi tumbarlo, me abrazó y enseguida nos quedamos dormidos hasta que una de las azafatas me despertó para recordarme que debía volver a mi asiento. Yo asentí, muy adormilado, dije algo como «ahora mismo», y, cuando se fue, volví a recostarme contra James y a dormirme, ignorándola por completo. A las seis horas, volví a desvelarme por culpa de unas turbulencias y miré la ventanilla.

Estaba muy oscuro y el cristal parecía empapado de gotas de lluvia. Me froté los ojos y me incliné hacia delante, deshaciéndome con cierto esfuerzo de los brazos de James que me rodeaban y me apresaban. Me acerqué a la ventanilla, pero lo único que pude ver fue mi reflejo, hasta que unos destellos alumbraron las nubes oscuras y la intensa lluvia que caía.

Estábamos atravesando una tormenta y el avión a veces temblaba un poco, miré el Rolex y acaricié la pierna de James para despertarle. Él entreabrió los ojos, me miró y puso morritos.

—Quedan solo cuarenta minutos para llegar, es mejor ir despertando — murmuré después de besarle.

Él asintió, se frotó el rostro y me moví hacia mi asiento por primera vez en todo el viaje. James se levantó también, me cogió de la mano y tiró de mí para que le acompañara a los baños. Como la primera vez que lo habíamos hecho allí, creí que solo sería una mamada de altos vuelos, hasta que el señor Black me bajó los pantalones de pinza y se arrodilló para comerme el culo, humedecerlo bien y después levantarse con la boca empapada para empezar a metérmela escupiendo todo lo necesario para lubricarse hasta que estuvo toda dentro. Me obligó a mirarnos a través del reflejo y me agarró del pelo, susurrando órdenes a mi oído para que fuera yo quien llevara el ritmo. Fue un polvo muy, muy bueno, de esos que me gustaban a mí con un señor Black controlador y exigente, pero increíblemente sexy. Llamaron un par de veces a la puerta, pero lo ignoramos por completo, continuando adelante hasta que me corrí como una bestia sobre el lavabo e incluso en el cristal, seguido muy de cerca por James, que no se molestó lo más mínimo en ser sutil sobre lo que estaba pasando en aquel baño. Después nos quedamos un minuto recuperando el aliento, nos dimos nuestro beso y nos lavamos los rostros. Traté de limpiar aquel desastre lo mejor que pude, pero al salir nos encontramos con una pequeña cola de otros pasajeros e incluso dos azafatas, que nos dedicaron una mirada enfadada y seria. Me sonrojé un poco, la verdad, porque sabía que nos habían oído y que quizá llevaran esperando unos buenos veinte minutos a que saliéramos. El señor Black, sin embargo, levantó la cabeza, les devolvió una mirada totalmente indiferente y me rodeó los hombros para volver juntos a nuestros asientos como si ahí no hubiera pasado nada.

Cuando el avión aterrizó, fuimos de los primeros en salir y las azafatas no se despidieron de nosotros con una sonrisa como del resto de pasajeros,

eso no me impidió dedicarles una amplia sonrisa y un alegre «qué placer de vuelo...».

El señor Black soltó una breve risa grave y me apretó más contra él. Habíamos salido de Nueva York a media noche y, tras casi siete horas de vuelo, habíamos llegado a medio día a Irlanda.

Esperamos por nuestras maletas, salimos del aeropuerto y tomamos un taxi hacia casa, llegando con un resoplido para darnos una rápida ducha y volver a salir en busca de un coche de alquiler con el que ir a casa de mis padres a comer.

Hacía un precioso día soleado con un viento fresco, pocas nubes en el cielo y unos agradables veinte grados, así que James eligió de nuevo el descapotable rojo y condujo con sus gafas de aviador puestas, la camisa medio abierta y una suave sonrisa en los labios mientras el aire le revolvía el pelo. Pasamos por delante de algunos vecinos que se pararon a mirarnos, les saludé por educación y no por placer, y perdí la sonrisa al instante que los perdimos de vista. Cuando llegamos a casa, James aparcó justo delante del coche de mi hermana y O'Donnell, en un sitio bien visible, pulsó el botón de la capota, se abotonó un poco la camisa para tener un aspecto más elegante y menos sexy y se inclinó para besarme antes de salir del coche.

Mi madre nos recibió con una gran sonrisa y nos invitó a entrar, llevándose la mano al pecho para decir:

— Madre mía, James, qué guapo estás...

Puse los ojos en blanco y me dirigí hacia la cocina, con un delicioso olor a cordero asado con patatas. Mi familia ya estaba allí, nos saludaron amablemente y nos sentamos a la mesa. Llevaría al señor Black cada domingo hasta que se acostumbraran a la idea de que estábamos juntos y de que, aunque James había cometido un error, le había perdonado y queríamos seguir adelante con la boda. El señor Black era consciente de que se encontraba en una posición complicada, se le notaba rígido y nervioso, muy atento a todo y tratando de hacer lo que él creía que le ayudaría a conseguir el amor de mi familia.

— Acabamos de volver de Nueva York, hemos tenido que ir a hacer algunos tramites importantes, después invité a Leo a una preciosa cena en el Asiate, uno de los mejores restaurantes de la ciudad con unas maravillosas vistas —le dijo a mi madre cuando nos dijo que parecíamos cansados—. Volvimos hace solo un par de horas. Por suerte, los asientos de primera clase son bastante cómodos y hemos podido dormir un poco —y movió la mano para rodear la mía mientras le dedicaba sus sonrisas del millón de dólares a mi madre.

— También preparamos la mudanza —añadí, para aportar algo a aquella respuesta tan innecesaria, pomposa y larga—. No tenía ni idea de la cantidad de mierda que teníamos allí.

— Es un clásico —dijo mi hermana—, compras cosas y después te olvidas de ellas hasta que tienes que mudarte y descubres que tienes un inicio de

síndrome de Diógenes.

—Si tú lo tiras todo a la basura, Gael —respondió mi madre, tratando de taparse la boca con la mano mientras hablaba para que no la viéramos masticar. Una de esas cosas que solo hacía cuando James estaba delante.

—No, solo tira lo que le regalan los niños —la corregí yo.

Mi hermana soltó una carcajada y asintió un par de veces. Para cuando llegó el postre, mi madre insistió en que nos fuéramos al jardín, donde mi padre había montado ya los muebles de verano. Se trataba de un sofá, varias sillas y un tocón de madera al que le había dado forma. Todo lo había hecho él mismo y mi madre le había añadido cojines de todos los colores para acomodarse. Había también una mesa baja donde dejó la bandeja con las tazas de café, la tarta helada y los platitos de postre.

—Lenni, ayúdame con la sombrilla, por favor —me pidió mi padre mientras el resto tomaba asiento.

James se quedó de pie a un lado hasta que terminé de ayudar a mi padre, entonces le acaricié un poco la espalda y le señalé una de las sillas. Yo arrastré el tocón hasta quedar a su lado y apoyé el brazo en su pierna para acariciarle la rodilla distraídamente. Mi hermana seguía hablando de sus planes para las vacaciones, fumando y echando la ceniza en el cenicero que había dejado en el reposabrazos de su asiento, entre ella y mi padre para que ambos pudieran usarlo.

—¿Vosotros iréis a algún lado, chicos? —nos preguntó mi madre tras prepararnos el café y cortarnos una buena porción de tarta helada, antes de que mi padre, Gael y O'Donnell arrasaran con ella.

—Pues no creo —respondí yo sin darle mucha importancia—. James está abriendo la oficina en Dublín, así que tendremos mucho trabajo hasta que las cosas se asienten un poco.

—Oh, claro —asintió mi madre con una expresión apesadumbrada, como si le diera muchísima pena que no pudiéramos disfrutar de unas vacaciones.

—Es una oficina muy grande —añadió James, sin perder la oportunidad—. He alquilado una antigua fábrica y la estamos reformando para adaptarla a nuestras necesidades. Posiblemente lleguemos a tener entre ochenta y ciento veinte empleados allí.

—Esa es mucha gente... —se sorprendió mi madre, pero fue la única.

—Había pensado que quizá el señor O'Brien pudiera hacernos algunas mesas artesanales para las salas de reuniones y nuestro despacho —añadió él entonces, mirando a mi padre—. Por supuesto, me encargaré del precio de los materiales y de la mano de obra.

—¡Oh, eso sería genial! —exclamé con una gran sonrisa.

Mi padre mantuvo su expresión seria y siguió fumando su pitillo. A Callum O'Brien no le gustaba la idea de trabajar para James, yo lo sabía, pero aquella era una gran oportunidad para conseguir algo de trabajo extra que no le vendría nada mal.

—Quizá —murmuró sin embargo.

—No seas gilipollas, papá —le dijo mi hermana, que conocía tan bien a mi padre como yo—. Necesitan las mesas de todas formas, no te están haciendo ningún favor —añadió, soltando el humo hacia arriba antes de inclinarse para coger su taza de café con leche.

—Este no es el momento de hablar de negocios —concluyó él, moviendo la mirada hacia el bosque más allá de la valla de madera.

El tema pasó de largo, porque no tenía sentido seguir presionándole, solo lo retomé cuando, dos horas de cháchara después, decidimos dar la comida por concluida y levantarnos para irnos; entonces aproveché un momento para acercarme a mi padre y susurrarle:

—Papá, James está haciendo un esfuerzo por la familia y es un hombre que sabe apreciar la calidad y el trabajo bien hecho, pero no te lo va a volver a pedir dos veces, así que no pierdas la oportunidad —le di un apretón en el brazo y me moví para darle un beso a mi madre y despedirme del resto.

El señor Black y yo nos montamos en el descapotable, que O'Donnell miró un par de veces de lado a lado con una evidente expresión de deseo. Gael, por el otro lado, soltó un par de bromas al respecto y se despidió de nosotros con la mano. Salieron primero, mientras nos volvíamos a poner las gafas de sol, abríamos la capota automática y nos abrochábamos los cintos. James se inclinó para darme un beso y después arrancó el coche, esperando a estar lo suficiente lejos para preguntarme:

—¿Cómo crees que ha ido hoy, Leo? Tu hermana sigue sin mirarme demasiado a los ojos y a tu padre no le gustó la idea de los muebles.

—Va bien —respondí con le brazo apoyado en la ventanilla y la cabeza recostara contra el respaldo, disfrutando de la brisa y el precioso paisaje de los árboles y el valle al lado de la carretera—. Dales tiempo, lo estás haciendo genial —moví una mano y le acaricié la pierna, algo que siempre le calmaba bastante.

James asintió, dedicándome una última mirada por el borde de los ojos y relajando sus manos alrededor del volante, porque las había estado apretando demasiado fuerte debido a la tensión y la preocupación. Mi madre tenía razón cuando decía que parecíamos cansados, porque el viaje y el *jet lag* nos dejaron hechos polvo, así que al volver a casa, solo nos denudamos hasta quedar en ropa interior y fuimos al sofá para ver las últimas películas de la saga de *Jurassic Park* que nos quedaban. Tras aquello, una cena suave y buen sexo en la cama, nos quedamos dormidos hasta el día siguiente, cuando el despertador nos recordó que era lunes y que la vida a veces era horrible. Ahora el señor Black se levantaba conmigo, venía al gimnasio y me acompañaba a desayunar antes de que nuestros caminos se bifurcaran; él iba a su oficina y yo a la mía, al menos, hasta que pasaran las dos semanas de trabajo que le debía a FC&A antes de poder irme. En el descanso para la comida rechacé la invitación de mis compañeros y fui a comprar algo que ligero que poder llevarme a International Dublín, donde ya había empezado todo el movimiento y ha-

bía un montón de obreros y camiones con el material. Ascendí las escaleras, echando un vistazo a los primeros inicios de lo que sería la oficina antes de alcanzar el despacho de James. Le encontré de brazos cruzados, mirando por la cristalera y tan perdido en sus pensamientos que casi no me oyó entrar.

Por ahora solo estaban cambiando el suelo, cubriendo el cemento liso con láminas que imitaban la madera clara para darle un aspecto más cálido; pero James me enseñó los planos y las proyecciones de la decoración mientras comíamos sentados en el suelo, usando el portátil que tenía a un lado y pasando las imágenes mientras se llevaba el tenedor a la boca y me explicaba algunas cosas. Miré las imágenes con las cejas arqueadas y una expresión de sorpresa, llegando incluso a dejar de comer cuantas más de aquellos dibujos veía. Terminé girando el rostro hacia él en busca de una explicación.

—He investigado sobre lo que me has dicho, Leo, y, al parecer, hay muchos estudios que avalan la idea de que un buen ambiente laboral aumenta la productividad y la fidelización de los empleados —me explicó con un tono serio y profesional—. Es bastante más caro, pero te he hecho caso y he optado por una oficina más... abierta y liberal. Estos son los dibujos que hizo la diseñadora sueca, pero no me gusta lo desaprovechado que está el espacio y la idea de tener tantos sillones en la oficina, si quieren descansar, que lo hagan en sus putas casas.

Solté un murmullo mirando de nuevo hacia los dibujos que había hecho la diseñadora. La verdad era que parecía todo muy bonito, pero James tenía razón, allí no iban a caber tantas personas como las que él quería.

—Me gusta mucho la idea de los separadores de espacio con macetas, pero podía colocar una mesa alta con espacio para dos o cuatro ocupantes en vez de un sillón reclinable con una mesa y un taburete —afirmé, señalando partes del dibujo con la punta del tenedor, pero sin llegar a tocar la pantalla—. ¿Le has dicho a la diseñadora la cantidad de gente que tenías pensado incluir y lo que exigía el trabajo? —le pregunté, bajando la mirada de vuelta a la ensalada.

—Le dije que era una nueva oficina para una empresa tecnológica.

Puse una mueca de duda y lo acompañé de una breve inclinación de cabeza hacia un lado.

—Seguramente haya creído que era una empresa en la que la gente iba a estar tumbada con su portátil o algo así, como si estuvieran en un café. Tienes que ser más concreto sobre lo que quieres.

—Si le digo lo que quiero, esta no va a ser la oficina «divertida» —dejó bien claro.

Sonreí un poco y asentí antes de llevarme un tomate Cherry a la boca.

—Le escribiré un correo después de comer —dije—, le explicaré lo que necesitamos y lo que nos gustaría tener, pero le daremos la libertad creativa para adaptarlo, ¿qué te parece?

James estuvo de acuerdo y me enseñó le resto de imágenes mientras comía y criticaba todo lo que no le gustaba; así que, mientras tomábamos los cafés, me puse el portátil sobre las piernas cruzadas y redacté un rápido correo a la señora Nilsson, diciendo que los diseños nos habían gustado, pero discutiendo algunos cambios necesarios y readaptaciones.

Le dejé claro que sí, se trataba de una empresa tecnológica, pero no de las que ella creía, así que íbamos a necesitar mesas de verdad donde la gente pudiera trabajar y no tumbarse. Le di el número de trabajadores que el señor Black había proyectado contratar, le indiqué que necesitaríamos más salas de reuniones que dos secciones un poco apartadas con sofás y cojines frente a una pantalla plana. Y, como sabía que le estaba pidiendo que rehiciera todo el trabajo que nos había enviado, le dije que al menos la sala de descanso y la recepción nos habían gustado mucho y que la estética era justo lo que buscábamos. Tras aquello, me quité el portátil de encima, le di un beso a James y salí apresuradamente de vuelta a la oficina para no llegar tarde. A las seis en punto, el señor Black ya estaba esperándome en la puerta con expresión seria e impaciente para ir juntos de vuelta a casa.

Aquella misma rutina se repitió durante toda la semana, mientras, a pasos agigantados, INternational Dublín se estaba convirtiendo en una oficina mucho más agradable y cálida. Las conversaciones con la señora Nilsson fueron bastante activas, era una mujer muy trabajadora y eficiente, entendiendo rápidamente lo que le pedíamos y enviándonos todos sus avances para que les diéramos el visto bueno antes de encargar todos los materiales.

El lunes de la semana siguiente se presentó allí en persona, cuando las bases estaban terminadas y se necesitaba su presencia para guiar a los obreros y organizarlo todo tal como había planeado. Se trataba de una mujer más mayor de lo que me había imaginado, con pelo canoso, muy pálida, ojos claros, sonrisa algo torcida y unos rasgos muy nórdicos. Tenía un agradable acento y no trató de sonreír más de lo necesario, solo había venido a hacer su trabajo e irse, porque tenía otras cosas a las que prestar atención después.

Me gustó mucho trabajar con ella, sinceramente.

A golpe de jueves, la primera planta ya estaba terminada, al igual que el despacho de James. Pero, por supuesto, allí no había gilipolleces modernas como en el resto de la oficina; aquel lugar lo organizó a su gusto, con una paleta de colores elegante, suelo de láminas de madera gris, un buen sillón negro de jefazo, las cristaleras biseladas hasta la altura de la cabeza, para que nadie pudiera ver el interior.

Era un lugar muy luminoso, pero había también una lámpara de pie con luz regulable para dar intimidad para cuando anocheciera y un sofá Chester negro de tres plazas que parecía bastante cómodo frente a una mesa baja.

Tal cual me lo había explicado la primera vez.

Lo único que faltaba era el escritorio de madera negra y las cajoneras que

tenía pensado poner bajo la cristalera y a un lado, que le había encargado a mi padre.

—¿Qué te parece nuestro despacho, Leo? —me preguntó la primera vez que estuvo listo y pudimos dejar de comer en una mesa plegable y dos sillas de playa en lo alto del tercer piso, esperando el momento en el que terminaran el trabajo y pudiéramos volver allí.

—Es muy bonito —reconocí, cerrando la puerta doble de madera negra que había hecho instalar frente a los escalones.

James asintió satisfecho y fue hacia el elegante y cómodo sofá Chester de tres plazas para sentarse como un rey y darle un par de palmadas al respaldo para decirme que me acercara. Fui con la bolsa con la comida y los cafés y la dejé sobre la mesa baja antes de tomar asiento a su lado. El sofá era tan cómodo como parecía.

—Este es tu sitio —me dijo en un murmullo mientras me miraba—. Quería que fuera espacioso y agradable, como mi sillón —entonces se levantó un poco y cogió un paquete que parecía haber escondido entre el sofá y el ventanal biselado—. Ábrelo, es un regalo.

Fruncí el ceño y desempaqueté una especie de enorme manta de franela gris con interior de forro de lana blanco. Era enorme, muy suave y parecía muy cálida.

—Elegí el sofá de tres plazas para que cupiéramos los dos si queríamos echarnos una siesta en mitad del día. La manta es para taparnos y no pasar frío si nos desnudamos, y esto... —se incorporó para inclinarse y abrir lo que parecía un compartimento secreto bajo el asiento, un cajón que se podía deslizar, mostrando una toalla, varios paquetes de toallitas húmedas y botes de aceite y lubricante — es por si nos apetece follar.

Asentí un par de veces, mirando aquel Cajón Secreto del Placer antes de sonreír.

—Veo que has pensado en todo —respondí.

James se encogió de hombros, cerró el cajón y volvió a recostarse para rodearme los hombros, e inclinarse para darme un beso en los labios.

—Es nuestro despacho y nadie va a entrar aquí, así que podemos hacerlo a nuestro gusto.

Arqué una ceja y asentí lentamente, revisando la hora en el Rólex para comprobar la hora. Aquel era mi último día en FC&A, así que no importaría que llegara un poco tarde de mi descanso para la comida.

Dejé la manta sobre la mesa baja junto a la bolsa de papel con la comida, me levanté y me puse a horcajadas sobre un señor Black algo sorprendido.

—Vamos a comprobar la resistencia de este sofá, solo por si acaso —sonreí y le guiñé un ojo mientras le desataba la corbata color borgoña.

James sonrió como un tonto muy feliz y se recostó un poco más, moviendo la cadera cada vez más dura contra mi culo antes de alargar los brazos por el respaldo. Llegué diez minutos tarde a la oficina, con el pelo revuelto, todavía algo sonrojado y el café con leche en la mano. Mi imagen llamó un poco la atención de los recepcionistas, pero no me importó de-

masiado, después de todo, no iba a volver a verme nunca más. Antes de las seis en punto, llegaron las despedidas. Dejé mi puesto limpio, le dediqué un par de palabras a cada miembro del equipo y algunas en especial a Yan-Yan y al señor O'Sullivan. Le dejé bien claro lo mucho que había agradecido la oportunidad y que me llevaba un gran recuerdo de sus enseñanzas y del tiempo que había pasado en la empresa; eso endulzó un poco la despedida. Salí de la oficina de FC&A tal como había llegado, sin nada en las manos. Dejé mi tarjeta de identificación en la recepción del edificio y me despedí con una sonrisa antes de reencontrarme con James en la salida. Estaba contento y era muy evidente por la forma suave en la que se elevaban las comisuras de sus labios y por el beso que me dio allí mismo, en mitad de la ajetreada gente que quería volver lo antes posible a sus casas o a tomar algo.

—¿Qué tal la tarde? —le pregunté, rodeándole la cadera antes de empezar a caminar juntos de vuelta a casa.

—Frustrante y horrible sin ti, pero fue la última vez —respondió.

—Así es —afirmé, antes de señalarle hacia un lado mientras atravesábamos el puente—, vamos por Pearse St, tenemos que hacer una pequeña compra para la cena.

Nos detuvimos en un pequeño supermercado que James odió con toda su alma y salimos de allí con un par de ingredientes que necesitaba para hacer espinacas con ajo y gambas. Dejé la compra en la isla de la cocina y seguí a James hacia la habitación para ponernos ropa más cómoda y bajar de nuevo.

Él se quedó sentado y mirando el móvil y la tablet nuevas que había dejado sobre la mesa, poniéndome al día de una forma más específica mientras las programaba con todos los datos y la información necesaria. Yo escuchaba atentamente, hacía algunas pequeñas preguntas cuando quería que fuera más específico y después asentía. Cuando serví la cena, me pasó la tablet para que le echara un ojeada, revisé el correo y solté un resoplido al ver tantos mensajes sin si quiera abrir. Aún así, preferí dejarlo para el día siguiente y disfrutar de la cena y una charla tranquila antes de tener una buena sesión de sexo duro en la Habitación Vainilla. Así era como habíamos decidido titular al cuarto del último piso en el que habíamos puesto los juguetes de James. El nombre venía de que las paredes eran de un color amarillo cremoso, al igual que las sábanas de la cama, los pocos muebles que allí había y de la luz suave que habían instalado, dándole a todo una tonalidad a vainilla; por eso y porque al señor Black le había hecho mucha gracia el juego de palabras con «sexo vainilla». Así que se había centrado en ese concepto para indicarle al decorador de interiores justo lo que quería para aquel lugar concreto de la casa.

Al contrario que la Habitación del Placer, no olía a desinfectante, a cuero y a plástico, no tenía una luz fuerte y fría, ni la cama y los sillones estaban forrados con una capa protectora; y, al contrario que en su análogo ameri-

cano, en aquella habitación el sexo siempre era divertido y no una experiencia dolorosa, triste y agónica. Ya la habíamos usado un par de veces porque, como James había dicho, la apertura de la nueva sede y todos los pequeños problemas que habían empezado a aparecer, le estaban poniendo algo nervioso y le estaban dando miedo. Así que esa noche yo me puse mi *kilt*,forcé mi acento irlandés y el señor Black se sumergió por completo en su fantasía del serio Jefe del Clan que quería que le cabalgaran como a un potro salvaje. Fue sexo muy bueno y acabamos los dos sudados y jadeando. Me gustaba mucho el Jefe del Clan, pero mi favorito siempre sería el Detective Black y sus interrogatorios con esposas y guantes de cuero. Salimos de allí y nos fuimos directos al baño para darnos una ducha fresca y tirarnos en la cama nueva de colchón de cinco mil euros y sábanas de un millón de hilos. James no solo había comenzado la reforma de la oficina, sino también la de nuestra casa, pero más lentamente y en sus ratos libres, a la espera de poder prestarle más atención una vez que yo volviera a trabajar con él.

La mañana del viernes nos despertamos a la misma hora de siempre, nos dimos otra ducha, nos vestimos, él organizó la bolsa de deporte y yo bajé a hacer el desayuno y el café antes de ir de camino al gimnasio. Nos detuvimos en un Starbucks cercano a la oficina y pedí otros dos cafés, esta vez con dulce de leche y un donut glaseado para celebrar el primer día de trabajo. Juntos, entramos por las puertas dobles de cristal recién instaladas donde se leía en letras grandes INTenational Dublín. El hall de la entrada todavía seguía en reformas y algunos obreros estaban por ahí, pintando las paredes e instalando la gran mesa de recepción, al igual que en el segundo y tercer piso de la nave; pero la planta baja ya estaba terminada y había quedado increíble. Era como en FC&A, pero sin ser tan pomposa. La señora Nilsson había respetado el espacio central, pero le había dado un toque colorido con plantas altas y sillones, creando un espacio de «relajación y meditación» del que James había dicho:

—El primero que vea sentado ahí «relajándose» se va de una patada a la puta calle.

Puede que no fuera útil, pero era muy bonito. Después había sumado muchas mesas y escritorios al lugar, como le habíamos pedido, creando zonas de trabajo separadas por muros de palos de bambú. Había sacado mucho partido al espacio interior, el que quedaba debajo del techo de la segunda planta, separando secciones con diferentes tipos de suelos y colores dependiendo del departamento, como una especie de mapa visual fácil de reconocer. Todos los lugares y departamentos tenían espacios abiertos, modernos, cómodos y visualmente muy bonitos. Había una sala de descanso en cada planta con su correspondiente cocina y mesa de donuts de regalo (idea que yo mismo le había dado al señor Black) y habían pintado las escaleras en colores oscuros, escribiendo INT DUBLÍN en los escalones de tal manera que se podía leer desde la planta baja. Todavía estaban reformando la segunda y tercera planta con sus salas de

reuniones y diferentes departamentos e iban a quedar igual de impresionantes. Puede que a James no le gustara ese estilo, pero yo sabía que aquella oficina iba a ser el sueño húmedo de muchos.

Al alcanzar la última planta, pasamos por encima de un camino de periódicos para no manchar el suelo recién instalado, en dirección a nuestro despacho. Entonces James se detuvo en seco y, tras un par de segundos, me miró con una expresión seria.

—Llegó antes de lo que esperaba —reconocí con una suave sonrisa antes de beber un trago de mi café sin apartar la mirada de la estatua de goma y vivos colores de un T-Rex. Era bastante realista, no era de tamaño real, pero tampoco era pequeña—. Es un regalo, había pensado que la podíamos poner en el espacio central, entre las plantas, como una especie de referencia a *Jurassic Park* —le expliqué.

James continuó mirándome en silencio un poco más y después miró la estatua al lado de los escalones que daban a su despacho.

—Este es un lugar serio de trabajo, Leo —murmuró antes de seguir avanzando para acercarse más, echar una mirada de arriba abajo a la estatua y subir hacia la puerta de madera oscura.

No dijo nada más sobre ella en todo el día, pero siempre la miraba al salir y entrar del despacho. Aquella mañana, tras desayunar juntos en el Chester, nos quedamos allí trabajando, ya que mi padre había dicho que la mesa llegaría a media tarde. James miró el portátil sobre la mesa baja y revisó el papeleo mientras yo planificaba punto por punto de prioridades como retomar mi trabajo. Lo primero fue encargarme de los básicos: busqué un restaurante con un buen chef y grandes reseñas dispuesto a prepararnos el desayuno, la comida y la cena de lunes a viernes, ya que el sábado y el domingo prefería encargarme personalmente; al contrario que antes. Hice un par de llamadas, pedí presupuestos y después le mostré la selección a James para que decidiera su favorito. Lo siguiente fue contactar con la señora Irons, jefa del Departamento de Recursos Humanos para preguntarle sobre la llegada de los trabajadores seleccionados para entrenar a los nuevos contratados de Dublín. Como parte del «incentivo» para que se pasaran en Irlanda un par de meses, el señor Black había añadido la vivienda y comida a lo que la empresa pagaría; así que vendrían a gastos pagados sin mayor preocupación que hacer bien su trabajo. Así que me puse a buscar hoteles, residencias y restaurantes que me hicieran un buen precio, no los iba a enviar al *The Shelbourne*, por supuesto, pero tampoco quería acinarlos en un hostel de mala muerte a las afueras de Dublín. Aquello me llevó casi toda la mañana, pero al fin conseguí encontrar un par de sitios interesantes que me hicieron una buena oferta, ya que estábamos hablando de una suma bastante jugosa de dinero que la empresa tendría que pagar. Como con los restaurantes, le mostré la selección final a James, que detuvo su trabajo para prestar atención a mis indicaciones antes de decidirse por uno.

A la hora de comer, dejamos el despacho para buscar un restaurante y vol-

vímos con otro café en la mano para seguir trabajando. Fue extraño volver a la rutina con el señor Black pero, para mi sorpresa, recuperé el ritmo bastante rápido. Mi padre me mandó un mensaje para decirme que estaba en la puerta y avisé a James, que dejó de trabajar para levantarse y esperar a que supervisara su aspecto antes de bajar a recibir personalmente a Callum O'Brien. Le dio un apretón de manos, le dedicó una mirada seria y dijo un educado: «Señor O'Brien». Mi padre respondió de la misma forma y después me dio un apretón en el hombro.

—Hola, Lenni. ¿Ayudas a tu padre a descargar la mesa y llevarla?

—Pueden llevarla los obreros, no se preocupe, señor O'Brien —respondió el señor Black por mí, frotándose la parte baja de la espalda con evidente nerviosismo—. Puede acompañarnos a ver la oficina y el despacho, así tendrá una idea de como serán las salas de reuniones y las mesas que necesitan.

Sabía que mi padre iba a negarse, pero miró mi rostro y vio mi expresión, lo que le hizo responder:

—Por supuesto, echaré un vistazo.

El señor Black dejó bien claro que todavía estaban en obras, pero se deshizo en explicaciones, a veces demasiado detalladas en cuestión de precios y materiales, de todo lo que estaba planificado hacer. Mi padre nos acompañó en silencio, asintiendo y mirando a un lado y a otro o un punto exacto que James señalaba. Después del tour, rodeamos la parte central para llegar al otro extremo e ir al despacho, cuando el señor Black se tensó un poco al ver la estatua del T-Rex de la que quizá se había olvidado y que, probablemente, no quería que mi padre viera.

—Oh, Lenni, ¿le has dado un toque personal? —preguntó mi padre, acercándose a la figura para acariciarle el morro—. Creía que odiabas a los T-Rex.

—Ahora me encantan —sonreí, deslizando una mano por la cadera de James para darle un apretón—. ¿Te gusta cómo queda, papá?

—Mucho, pero deberías ponerle un par de macetas con plantas de esas que parecen prehistóricas para que no quede tan vacío y así también le cubres la base metálica —sugirió.

—Había pensado lo mismo —respondí—, quizá la pongamos abajo, entre las plantas del centro.

Mi padre asintió un par de veces, observando la figura y tocando los dientes afilados y blancos de la boca abierta del dinosaurio. Como el señor Black seguía muy quieto y con respiración profunda y lenta, le di un apretón para llamar su atención y señalé la puerta del despacho. Me miró, parpadeó y asintió, invitando a mi padre a pasar para continuar con su detallada explicación de los materiales y nada sutiles precios. Allí estuvimos charlando un poco hasta que los obreros llegaron con la mesa y la pusieron frente al sillón; un precioso escritorio de madera negra con cajones a ambos lados y mucho sitio. Todavía tenía un ligero olor a barniz, pero la superficie estaba totalmente seca. Llegó el momento de mi padre

de explicar lo que había hecho, que, prácticamente, fue seguir las indicaciones de James al pie de la letra.

—Es muy buena —murmuró James cuando volvimos de despedir a mi padre a la puerta y prometerle que el domingo iríamos a comer con ellos de nuevo. Se sentó en su sillón y tocó la superficie algo granulada.

—¿Te sorprende que mi padre sepa hacer su trabajo? —le pregunté desde el Chester, que ahora era todo para mí.

El señor Black me dedicó una mirada seria y se recostó en el sillón de jefazo.

—Tuve mis dudas —reconoció—, pero es un trabajo excelente.

Preferí no seguir con aquel tema y ayudé a James a llevar sus cosas al nuevo escritorio, moviendo la lamparilla que había a un lado del suelo, esperando a ser colocada encima junto con el papeleo, las plumas de tinta negra de firmar y el portátil. James se quedó allí trabajando y yo continué en el Chester que, sinceramente, era muy, muy cómodo. Podía incluso levantar las piernas y apoyarlas en la mesa baja mientras miraba la tablet en el regazo y respondía mensajes por el móvil. Yo sí podía descansar en un sofá y trabajar así porque, bueno, me follaba al jefe. A la seis en punto, cuando tras los ventanales se empezó a ver el cielo cada vez más rojizo del atardecer, le pregunté al señor Black:

—¿Vamos a tomar una pinta para celebrar mi primer día de trabajo?

James apartó la mirada del portátil y tras un par de segundos respondió:

—*Grant...*

Me reí, porque esa palabra en sus labios, con su acento americano, sonó terriblemente extraña y fuera de lugar.

Terminamos el trabajo, nos quitamos las corbatas y nos remangamos las camisas y dejamos la oficina para ir en dirección a Temple Bar, el centro social de Dublín. Le llevé a uno de mis pubs favoritos, con buena comida, buen ambiente y buena cerveza. Pedimos un par de hamburguesas, patatas para acompañar y nos fuimos a una mesa tranquila al lado de la ventana.

—Por el mejor equipo —levanté mi pinta para brindar.

James sonrió un poco y chocó el baso contra el mío antes de que ambos bebiéramos un par de tragos de la deliciosa cerveza negra, manchándonos el bigote. Era viernes y el fin de semana sería prometedor, con un buen tiempo y muchos planes por delante.

—¿Te apetece que vayamos este fin de semana a hacer un sendero en bicicleta por la costa hacia los acantilados? —le pregunté—. Podemos ir mañana por la mañana a comprarlas y salir por la tarde con algo para cenar.

El señor Black asintió con su sonrisa todavía en los labios, empezó a decir algo pero, entonces, se detuvo, perdió por completo su sonrisa y miró a algún punto en mi espalda. Fruncí el ceño y giré el cuello para ver qué era lo que había llamado tanto su atención. De todos los pubs de Dublín, teníamos que haber venido al mismo que Ry.

PROMÉTEMELO

Seguir disfrutando de la noche fue imposible desde entonces.

James alargó la mano hacia la mía y la rodeó mientras no paraba de mirar intermitentemente hacia el lado donde estaba mi ex. Respondía con frases cortas a todos mis intentos de distraerle y aprovechaba los momentos en los que bebía su pinta con expresión muy seria para ojear a Ry y al grupo.

—James, Ryan vive en Dublín, no es extraño que nos lo hayamos encontrado —le dije, pero eso no funcionó, así que le terminé preguntando—: ¿Prefieres que nos vayamos a otro sitio?

—No —sentenció, mirándome como si hubiera dicho una locura—. Nosotros no tenemos que irnos a ningún puto lugar. Si quieren irse, que se vaya él y los gilipollas de sus amigos.

—Vale —murmuré, no demasiado contento con todo aquello.

Era incómodo, muy incómodo, porque él quería hacerlo así. Había roto totalmente el ambiente juguetón y feliz que habíamos compartido hasta entonces y yo sabía que no lo recuperaríamos en toda la cena, así que dejé de si quiera intentarlo. Me comí mi hamburguesa y las patatas, nos tomamos otra pinta y después le dije que estaba algo cansado y que quizá sería mejor volver a casa. El señor Black asintió, echando una última mirada a Ryan antes de levantarse, ir directo hacia mí y abrazarme para darme un buen beso con lengua. Me quedé con los labios entreabiertos y una mirada interrogativa, pero el solo me rodeó mucho los hombros para atraerme en una muestra de intensa y profunda territorialidad antes ir hacia la puerta. Yo miré al suelo y seguí adelante, porque no quería ni pensar en lo que el grupo estaría diciendo de ese hombre grande y con cara de loco homicida que no paraba de mirarles de camino a la salida. Una vez fuera del pub, se relajó un poco, giró el rostro hacia mí y me preguntó:

—¿Tu ex siempre ha estado tan gordo?

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—No hagas eso James, sabes que eres más guapo, más rico, más fuerte y tienes la polla más grande. Déjalo pasar ya.

El señor Black asintió un par de veces, dándome la razón a todo.

—Bebió seis pintas casi seguidas, ¿crees que le puse nervioso?

—Lo que sé es que hemos perdido una divertida celebración en el pub porque no dejabas de fijarte en lo que ellos hacían, James —respondí.

—Él también miraba todo el rato —me dijo, como si se tratara de una competición—. Trataba de fingir que no, pero le veía mirar...

—Vale —concluí, dejando el tema.

Estaba molesto y enfadado por todo aquello. Podíamos haberlo llevado de una forma madura y simplemente aceptar que Ryan estaba allí tomando algo con sus amigos, o podíamos comportarnos como un par de adolescentes y haber hecho un mundo de ello como James había hecho. Caminamos en silencio a casa y abrí la puerta para dejar pasar primero al

señor Black, que seguía con su expresión seria. Casi podía ver los engranajes de su cabeza girando y rotando a toda velocidad. Fuimos hacia la cocina para subir a la habitación, nos empezamos a desnudar en el vestidor y cogí una bocanada de aire antes de seguir a James en ropa interior hacia el baño. Le rodeé por la espalda, sintiendo el tacto suave de su camiseta de *#TuAmo*. Le di un beso en el cuello y apoyé el mentón en su hombro para mirarle a través del reflejo.

—James, por favor —murmuré—. Deja de darle vueltas. Ryan forma parte de mi pasado, tú eres mi futuro. ¿Vale?

El señor Black se quedó el silencio, alargó la mano para coger su cepillo de dientes y la pasta mentolada.

—No me gusta verle —me dijo en voz baja—. Me hace sentir muy inseguro, me pone nervioso y me altera.

Le di otro beso en el cuello y le apreté más fuerte contra mí.

—Te amo más que a nadie en el mundo, yo... —me detuve y bajé la mirada—. Ry no significa nada para mí, solo somos viejos amigos, ¿de acuerdo?

—Habéis estado muchos años juntos —murmuró él—. Le has querido durante mucho más tiempo que a mí.

Negué con la cabeza y froté mi barba del mentón, más larga ahora, contra su hombro.

—El tiempo no importa, James. Hubo un momento en el que pensé que Ry sería el hombre de mi vida, pero me equivoqué. Me di cuenta de que había cosas que nunca iban a cambiar, de que no importaba lo que hiciera, porque él seguiría huyendo de mí. Cuando me engañaste, pensé lo mismo de ti, pero tú, al contrario que él, me has demostrado que eso no era cierto. Me detuve, cerré un momento los ojos y creí que había llegado el momento de contarle algo que, aunque supiera que iba a dolerle, no me parecía justo esconderle:

—Escucha, James. Pensé que nunca podría perdonarte y... traté de pasar página, de olvidarte. Cuando volví a Irlanda, me pasé los primeros días tirado en la cama, muy deprimido y llorando solo. Ryan vino a ayudarme, me sacó de casa y me dio un par de consejos para seguir adelante —la respiración del señor Black se volvió más presada y profunda bajo los brazos con los que le rodeaba. Empezó a mirarme fijamente con una expresión entre el miedo y el enfado, pero yo ya no podía detenerme ahí—. A la segunda semana, cuando conseguí el trabajo en FC&A, me ofreció mudarme a su casa y pensé que era una buena idea porque no tenía dinero para alquilar ningún apartamento en Dublín hasta que cobrara mi primer sueldo. La semana antes de que volvieras, salimos una noche, nos emborrachamos y follamos —apreté un poco a James, porque emití un gruñido y se inclinó hacia delante para poyar las manos en el lavabo como si le hubieran clavado un puñal en el estómago y quisiera evitar caerse, agachó la cabeza y respiró grandes bocanadas por la boca—. No significó nada, James —continué, sintiendo los ojos húmedos y una profunda pena

por tener que hacerle daño, dudando de si había sido lo correcto decirle aquello, de no haberlo escondido para no hacerle sufrir—. Solo fue sexo y ya está. Yo...

—Tú me engañas, Leo —me interrumpió, hablando con voz ronca y los dientes apretados—. ¡Me dejaste tirado en casa, llorando y hundido en la miseria para volver aquí y follarte a tu puto ex! —rugió, mirándome con sus ojos empapados y enrojecidos a través del espejo.

—Eso no es verdad. No lo hice para hacerte daño, James. Eso no fue lo que pasó —respondí, tratando de mantener la calma—. Lo siento mucho, pero nunca creí que pudiera perdonarte.

Él se levantó, me quitó a tirones violentos los brazos con los que le rodeaba y se dio la vuelta para marcharse, pero le agarré de la muñeca y le detuve. Tenía los ojos empapados en lágrimas y no sabía que decirle más que la verdad:

—Lo siento mucho James, ya habíamos roto y no creí que importara.

—Sí... sí que importó —me dijo en voz grave, oscura y baja antes de tirar con fuerza de su mano para liberarse de mí.

Se alejó hacia la puerta que conectaba directamente con la habitación y fue con largos y pesados pasos hacia las escaleras.

Le seguí de cerca, volviendo a disculparme y pidiéndole que hablara conmigo, pero él no me escuchó.

Bajó por las escaleras, haciendo atronar los escalones bajo sus pies hasta la segunda planta, donde giró para meterse en el despacho y cerrar la puerta con un golpe seco que retumbó por toda la casa. Me quedé allí, al otro lado, llorando en silencio y mirando la madera clara. Apoyé los brazos y hundí la cabeza entre ellos, dejando caer la frente contra la superficie fría y lisa.

—James... —le dije, lo suficiente alto para que me oyera—. No quise hacerte daño, no lo hice por venganza ni por despecho. Lo hice porque en ese momento estaba desesperado por olvidarte, quería rehacer mi vida y dejarte atrás, quería dejar todo atrás... No vine a Dublín para follarme a Ryan. Nosotros habíamos roto y no... no creí que volveríamos nunca. Lo siento —repetí una vez más, bajando la voz hasta que desapareció entre mis labios.

No hubo respuesta, solo un profundo silencio al otro lado. Cogí una bocanada de aire, sintiendo las lágrimas que me empapaban el rostro. Apoyé el hombro y deslicé la espalda hasta quedar sentado en el suelo, con la cabeza ladeada y la mirada húmeda perdida en el pasillo a oscuras y las escaleras. Me quedé así un buen rato, quizá una hora, pesando en la manera de volver a disculparme; pero ya le había dicho todo lo que podía decirle, lo único que haría sería repetirme una y otra vez con la esperanza de que James pudiera llegar a entenderlo. Tenía miedo, en aquel momento estaba aterrado de haberla cagado, de hacer que el señor Black se enfadara tanto como para dejarme, como para volver a América y continuar su vida sin mí. Entonces un ruido retumbó a lo lejos, unos golpes secos contra la

madera y el ruido de la aldaba de la puerta principal, el timbre de la puerta empezó a sonar repetidas veces, como si alguien lo pulsara sin parar y se oyeron unos gritos a los lejos. Fruncí el ceño y me levanté lentamente, bajando las escaleras para echar a gritos al gilipollas gracioso que hubiera tenido la mala suerte de venir a mi casa en el peor momento. Estaba en ropa interior y camiseta corta, pero eso no me importó cuando avancé por el pasillo y con una cara de profundo odio, abrí la puerta.

—¡Leo! —exclamó Ry.

Estaba despeinado y con ojos vidriosos, respiraba con fuerza y tan borracho que apenas se sostenía en pie. De todo el mundo, él era la última persona que quería ver aquella noche.

—¿Dónde está ese cabrón? —me preguntó en voz muy alta—. ¡Ese que te engañó pero al que, al parecer, puedes perdonarle todo!

—Ry, vete —respondí con tono seco y calmado—. Este no es un buen momento.

—¡No, sí es un buen momento! —siguió gritando con su voz de borracho. Puso su mano en mi pecho e hizo suficiente fuerza para apartarme y entrar en la casa—. ¡Es el momento de Ry! —rugió, levantando la cabeza como si quisiera que le oyeran en toda la casa—. Es el momento de Ry —repitió para mí, mirándome con sus ojos empapados. Entonces puso una cara triste y apretó los labios como si tratara de contener el llanto—. Estábamos muy bien juntos. Todo era perfecto, Leo. El plan estaba yendo muy bien... —negó con la cabeza, apretó los dientes y señaló hacia el interior de la casa—. ¿Por qué tuviste que dejarme y volver con ese hijo de puta? ¿Fue el hombre que viste en mi puerta? No es nadie... te lo juro, solo un chico más... No tenías que irte, todo iba bien y volvíamos a estar juntos. ¿Por qué perdonaste a ese cabrón?, ¿es por el dinero...? —no paraba de negar y sus palabras se estaban empezando a desdibujar entre los sollozos contenidos—. ¡Yo te puedo hacer más feliz! —me gritó, llevándose la mano al pecho y apretando la camiseta negra como si tratara de alcanzar su corazón—. ¡Él ya tuvo su oportunidad y la jodió! ¡Te engañó, Leo! ¿No te acuerdas? ¡Yo nunca te hice eso!

—¿De qué cojones estás hablando, Ry? —le pregunté, negando con la cabeza. No entendía de qué hablaba y me estaba poniendo nervioso verle—. Estás muy borracho, es mejor que... —y entonces se me ocurrió preguntar—: ¿Cómo cojones sabías dónde vivimos?, ¿nos has seguido desde el pub?

—Leo, Leo... —dijo, dando un paso para agarrarme de los hombros con fuerza, fijando sus ojos más verdosos con la luz de la entrada—. Mirame. Soy yo, Ry... Tú papi Ry... El de siempre, con el que has estado siempre... Nosotros hemos sido muy felices, ¿verdad? Podemos volver a serlo. Llevamos muchos años juntos, incluso después de romper seguimos juntos... tú y yo, como antes. Como siempre... siendo felices. Incluso cuando te fuiste a esa mierda de país, seguíamos viéndonos y estando juntos...

Yo cada vez fruncía más el ceño y trataba de apartarme, porque su aliento apestaba a cerveza, me apretaba con demasiada fuerza los hombros y me estaba aprisionando contra la pared. Ryan parecía un completo lunático allí parado, mirándome tan fijamente y hablando con una voz ronca y, a veces, casi incomprensible.

— Ry, nosotros dejamos de estar juntos hace mucho tiempo —le recordé—. Lo que hacíamos era solo por diversión, ya lo sabes. No significaba nada.

— ¡Sí que significaba! —exclamó, apretándose más fuerte—. ¡Estábamos juntos y follábamos y éramos felices tú y yo! ¡Como cuando regresaste a Dublín y dejaste a ese gilipollas para volver conmigo!

— Eso no fue lo que pasó, Ry —dije, ya con voz enfadada, apartándole un poco de mí para que dejara de hacerme daño y empujarme contra la pared—. James me decepcionó y volví aquí para alejarme de él, pero lo hemos arreglado y ahora estamos juntos.

— ¡No, Leo! ¡No puedes perdonarle! —me gritó, manchándose al cara con gotas de saliva—. ¡Tú y yo teníamos algo ahora, volvíamos a estar juntos, como antes! ¡Tú me comprabas cruasanes y todo iba bien! ¡El plan iba bien!

— Ry, ¡deja de gritarme! —le dije, empujándole para apartarle de mí—. Estás borracho y diciendo gilipolleces en la puerta de mi casa. ¡No volvimos a estar juntos, Ry! Lo hablamos, te dije que no sabía lo que quería, que no quería hacerte daño y que no significaba nada y, ¿qué dijiste tú, Ry? Tú dijiste: ¡Claro, Leo! Como siempre...

— ¿Y qué cojones quieres que te diga?, ¿que sigo enamorado de ti? —me preguntó antes de apretar con fuerza los dientes y sorber aire como si hubiera dicho algo terrible de lo que se arrepintió al instante, incluso estando tan borracho.

Perdí el enfado, solo un poco, sustituyéndolo por una mueca apesadumbrada y algo triste.

— Ry... —negué con la cabeza—. Siempre has sido muy importante para mí, siempre lo serás, pero yo dejé de amarte hace mucho tiempo... Lo siento. Sabes que eres un gran amigo y que te aprecio muchísimo, pero ya no soy el hombre que era antes. Yo ya no soy el que te esperaba con una sonrisa y un cactus como un gilipollas después de que se te pasara una de tus depresiones, creyendo que esa sería la última; yo ya no soy la persona que se pasaba las tardes y las noches llorando y preocupado por ti, al que ignorabas por completo porque nunca te importó tratarme como una mierda; yo ya no soy el chico que te quería tanto que no veía lo infeliz que le estabas haciendo. Ese hombre murió hace mucho tiempo, Ryan. Tú le mataste.

Mis palabras dejaron un profundo silencio. Ryan jadeaba, lloraba en silencio y negaba con la cabeza, al borde de un ataque nervioso; pero ese ya no era mi problema, ahora yo tenía mis propios problemas.

— Gracias por ayudarme cuando volví, te lo agradezco de corazón, pero nunca he querido regresar contigo. Lo que pasó, no significó nada.

—Leo... —gimió él en apenas un susurro, retrocediendo un par de pasos y negando con la cabeza.

—Lo siento, Ryan —repetí. Yo lloraba, pero ya no sabía por qué, simplemente, mi vida parecía rodeada de locura y tristeza—. Vete a casa, date una ducha fría y busca ayuda, por favor, porque la necesitas.

Ryan empezó a hiperventilar, miró un poco a todas partes, como si buscara desesperadamente una salida y, de pronto, salió por la puerta y echó a correr, muy rápido, muy lejos de allí, como había hecho siempre: huir de mí y de sí mismo. Cerré los ojos y me quedé un minuto allí de pie, haciendo un breve ejercicio de respiración. Después levanté la cabeza, abrí los ojos y cerré la puerta de la calle antes de darme la vuelta, frotarme el rostro e ir hacia las escaleras. Pero cuando di la vuelta a la esquina, vi una figura en lo alto, sumergida en la penumbra, allí donde no se le podía ver, pero desde donde se podía oír todo, de pie y mirándome fijamente. Me detuve y respondí a su mirada antes de seguir subiendo los escalones, me detuve un momento a su lado, pero no tuve fuerzas ni ganas para hacer ni decir nada; agaché la cabeza y seguí subiendo hacia la habitación. Me metí en la cama y miré el techo blanco y las sombras y luces que se proyectaban desde los ventanales. Había sido un día largo y una noche horrible. Había elegido un momento de mierda para ir a tomar algo al pub, había elegido un momento de mierda para contarle a James la verdad y había vivido un momento de mierda al tener que enfrentarme a Ryan. A veces... sentía que era agotador, que yo solo trataba de hacer lo mejor, pero que la angustia y la locura siempre me encontraban allí a donde fuera, pero no vivían en mí, sino en todas las personas que me rodeaban y a las que quería. A veces... simplemente era demasiado.

Oí unos suaves pasos sobre el suelo de madera, pero no moví la mirada del techo. Cuando los pasos llegaron al borde de la cama, se volvió a hacer el silencio durante un minuto entero, hasta que una voz grave me dijo:

—Me ha dolido muchísimo que hubieras follado con tu ex cuando rompimos.

—Lo sé —murmuré tras unos segundos—. Lo siento.

Ninguno de los dos dijo nada en un buen rato. Yo miraba el techo, las luces proyectadas y un poco borrosas debido a las lágrimas que me inundaban los ojos; James estaba allí, parado y mirándome fijamente.

—Vamos a la Habitación Vainilla —dijo entonces en voz baja.

—No estoy de humor —negué con la cabeza lentamente—. Deja el castigo de Amo para otro día.

—No es eso —murmuré.

Conté hasta cinco profundas respiraciones, después me incorporé para quedarme sentado al borde de la cama, apoyé los codos en las rodillas y me froté el rostro mojado. Sorbí por la nariz y tragué saliva antes de levantarme y caminar lentamente en dirección al pasillo. Me detuve al alcanzar la puerta de la Habitación Vainilla y esperé a que James la abriera para mí. No sabía lo que quería hacer allí, pero yo no estaba de humor pa-

ra que se pusiera a discutir, ni a gritarme, ni a azotarme para sentirse mejor.

Estaba un poco harto de tener que resolver los problemas de los demás.

El señor Black se sumergió en la oscuridad y encendió una luz que había a un lado del suelo, una lámpara con mampara de tuvo que arrojaba una suave claridad sobre la habitación; la que usábamos casi siempre para dar un ambiente íntimo. Volvió hacia mí y, mirándome con sus ojos húmedos, me empezó a quitar la camiseta corta, cuando terminó, la tiró a un lado y se sacó la suya de *#TuAmo* antes de tirar de la cinta de mis bóxer y quitármelos. Cuando ambos estuvimos desnudos, cogió mis manos delicadamente y me llevó hacia la cama. Iba a pararle ahí, porque tampoco tenía ganas de follar, pero James cogió el aceite de coco de la selección de lociones de masaje y lubricantes que había sobre la mesa al lado de la cama y se echó una buena cantidad en las manos antes de frotarlas, volver a mirarme a los ojos y pegarlas a mi pecho. Sentí un escalofrío que me erizó la piel del cuerpo con el contacto del líquido temblado contra mi piel caliente. El señor Black deslizó lentamente las manos hasta el final de mi abdomen, allí donde el reguero de pelo se unía al vello de mi entrepierna, para volver a subir y rodearme el cuerpo, pegándose a mí para mancharse con el aceite suave y cada vez más caliente.

Cerré los ojos y solté aire, disfrutando de esa agradable sensación, del contacto correoso entre nuestros cuerpos desnudos y de la suave y lenta fricción. Levanté los brazos para rodear el cuello de James y pegué mi mejilla húmeda a la suya.

Él continuó extendiendo el aceite, hasta que me movió suavemente a la cama para sentarnos de rodillas. Cogió el bote, volvió a echarse más aceite y se puso a mi espalda para extenderlo lentamente por mis brazos, mis pectorales, mi abdomen y mis muslos mientras se pegaba mucho a mi espalda y me abrazaba.

Apoyé la nuca en su hombro y me dejé arrastrar por esa maravillosa sensación. No me había dado cuenta, pero aquella era la primera vez que me daban un masaje a mí y no al revés.

James lo hizo muy bien, fue lento, suave, a veces usaba toda la palma de la mano y a veces tan solo la punta de los dedos, a veces presionaba y a veces simplemente las deslizaba extendiendo el aceite con dulce aroma a coco. Se pegaba a mí constantemente, como tenía que hacerlo, acercando toda la piel que podía, moviéndome en diferentes posturas: primero de espaldas, después de frente antes de tumbarme y echarse sobre mí.

Me empezó a besar en los labios mientras me tocaba y se frotaba suavemente. Yo jadeaba entre los labios, con los ojos cerrados, moviendo los brazos por su espalda y las piernas alrededor de su cadera, rozándome cuanto podía para disfrutar de aquel contacto tan excitante y relajante al mismo tiempo.

El señor Black no se apresuró, siguió besándome, metiendo tímidamente la lengua en mi boca hasta que yo empecé a gemir y a responderle, enton-

ces deslizó una mano a mi entrepierna y empezó a frotar al Capitán. Gemí más alto y me removí un poco cuando se centró el la cabeza. Sonreí suavemente y le mordí el labio inferior, tan lleno y suave, tan perfecto y enloquecedor. James gruñó más alto y me masturbó suavemente de arriba abajo hasta que unió su polla a la mía y movió la cadera para frotarlas la una contra la otra, como yo hacía muchas veces.

Eso me gustó, me gustó muchísimo.

Para cuando bajó hacia mi ano, ya estaba completamente cachondo y sentir sus dedos dentro de mí resultó casi enloquecedor. «Fóllame...», le pedí en un gemido bajo en sus labios, porque estaba yendo muy lento, demasiado lento y yo quería más.

«Shh...» respondió antes de besarme y seguir rozando mi punto G con los dedos, de una forma tan lenta, rítmica y asquerosamente frustrante que empecé a perder a pasos agigantados la paciencia.

Moví la cadera para acelerar el proceso, pero no funcionó; él solo se detuvo. «James... por favor...» gemí. «Todavía no», susurró, deslizando sus manos por mi cuerpo hasta mis brazos, levantándolos sobre mi cabeza para agarrarme la muñeca con solo una mano, entonces descendió con la otra de vuelta a mi culo y siguió. Apreté los dientes y solté un gruñido de pura frustración.

Él seguía masajeándome por dentro y frotándose contra mí, besándome en los labios mientras jadeaba. Cuando llegó un punto en el que creí que estaba al borde del orgasmo, se detuvo, me dio la vuelta en la cama y extendió sus manos por mi espalda, frotando al Gran General entre las nalgas de mi culo.

«James...», gemí, pero sonó como un ruego, una súplica inteligible entre mis jadeos. Él se inclinó y pego su cuerpo a mi espalda, dejando su rostro muy cerca del mío.

«¿Qué significa yo para ti, Leo?», me preguntó en un susurro. «Todo...», respondí sin dudarle. Deslizó la mano por mi costado y levantó la cadera para redirigir la punta de su polla hacia mi ano y presionar lo suficiente para meter la punta. Yo estaba tan dilatado y tenía tantas ganas de él que casi entró sola. Gemí de puro gozo y felicidad. «Más... todo, James...», le pedí, moviendo la cadera para ser yo mismo quien se la metiera. James no hizo nada para impedírmelo hasta que, sin detenerme, llegué hasta el final y ambos soltamos jadeos y gruñidos. Él seguía agarrándome de las muñecas mientras yo movía la cadera de arriba abajo, pero eso no fue suficiente, así que traté de liberarme, la saqué y me di la vuelta.

Empujé al señor Black para que se sentada de rodillas y montarme encima, agarrándome con fuerza alrededor de su cuello mientras le besaba y volvía a metérmela dentro, bajando muy, muy lentamente. Había llegado mi momento de hacerle sufrir. Primero lento, después me quedaba a medio camino y finalmente subía hasta la punta para descender con fuerza. James gruñía, me apretaba con fuerza contra él y trataba de seguir desesperadamente el ritmo y la intensidad con la que yo

le besaba. Luchó con todas sus fuerzas por aguantar, por mantener mi mirada y apretar los dientes, pero James Black ya no era el hombre que aguantaba diez folladas seguidas sin si quiera parpadear; ahora era el hombre que jadeaba y se derretía entre mis brazos, tratando desesperadamente de mantener su orgullo y el control. Cuando le metí toda la lengua, mordí su labio y le pedí con un buen acento irlandés que me llenada de «su buena leche americana», no pudo más. Se corrió entre gruñidos de intenso placer, apretándome con fuerza contra él, temblando y cerrando los ojos mientras abría mucho la boca. Yo le seguí de cerca, sonriendo como un lunático, disfrutando de deliciosa victoria.

Entonces nos derrumbamos sobre la cama, haciéndola temblar y chirriar un poco, agotados, sudorosos y cubiertos en aceite con olor a coco dulce. James estaba sobre mí, dentro de mí, jadeando en mi oreja, muy caliente y muy pesado. Le abracé con sumo placer y pegué mi rostro al suyo para darle un último beso, nuestro beso, antes de cerrar los ojos y suspirar.

En la Habitación Vainilla no había despertador ni ventanas, así que cuando me desperté y entreabrí los ojos, parecía no haber pasado el tiempo. El señor Black seguía sobre mí, aceitoso y caliente, atrapándome bajo su cuerpo y sus fuertes brazos, respirando pausadamente en mi oído. Levanté una mano para ver la hora en el Rolex manchado y tardé un par de segundos en que la información que buscara alcanzara la parte lógica de mi cerebro. Ya casi eran las doce. Resoplé y volví a bajar la mano. Oí y un leve murmullo y supe que James se había desvelado al sentir mi movimiento. Levantó la cabeza, me miró con sus ojos adormilados y brillantes en la suave luz amarillenta y, como cada mañana, puso unos marcados morritos para que le besara. Lo hice con una sonrisa y un gruñido de felicidad. Después volvió a bajar la cabeza y nos quedamos así durante otro largo rato, hasta que pensé que había llegado el momento de levantarse.

—¿Quieres que vayamos a desayunar? —le pregunté—, aunque es un poco tarde ya.

—¿Qué hora es? —murmuró en mi oreja.

—Las doce y media —respondí tras comprobar de nuevo el reloj.

—Podemos tomarnos un café, comprar algo para comer e irnos a dar un paseo por alguna ruta tranquila —sugirió.

—Eso suena genial —asentí.

De pronto, todo pareció haber vuelto a la normalidad. Nos duchamos tranquilamente, nos vestimos con ropa cómoda, preparamos la mochila y salimos a tomar un café y un sándwich a una cafetería cercana para después alquilar un coche.

—Busca un garaje, Leo —me dijo cuando subimos al descapotable rojo de siempre, poniéndose las gafas de sol aunque llevara puesto uno de mis sombreros de paja—. Haremos traer algunos de nuestros coches de Nueva York.

Me senté en el asiento de copiloto con las gafas de aviador de James pues-

tas y la camisa abierta hasta casi el final del pecho, mostrando gran parte del pectoral y el vello que allí había. Saqué el móvil del bolsillo de mis pantalones cortos, recuperando la vieja tradición de llevarlo siempre encima y empecé a buscar sitios de alquiler de garajes. Cuando llegamos al Parque natural de Wicklow Mountains, ya había seleccionado un par de sitios y decidido la ruta que íbamos a hacer.

—Te voy a enseñar una de las grandes maravillas de Irlanda —le anuncié con una sonrisa cuando salimos del coche.

—¿Hablas de tu culo, Leo? —me preguntó, poniendo su mano en mi trasero para apretarlo con placer.

Me reí, le di un beso en los labios y respondí:

—Esa maravilla irlandesa ya la tienes muy vista.

James se encogió de hombros y me dio la mano para empezar la ruta.

—Es de mis favoritas... —murmuró.

Al contrario que la primera vez, no tomamos el sendero hacia la cascada Powerscout, sino que nos introdujimos en una ruta más larga, entre las colinas de hierba baja y arbustos, surcando los montículos con preciosas vistas a los valles y al paisaje que nos rodeaba. Fue un camino precioso hasta que nos detuvimos en lo alto de un mirador, nos sentamos en las rocas y tomamos un merecido descanso mientras comíamos mirando el paisaje.

Describirlo lo que veía y lo que sentía, sería difícil, pero creo que era lo más cercano a la intensa felicidad que alguien podía experimentar. Tras terminar de comer, James se puso a mis espaldas y me abrazó, rodeándome entre sus piernas y sus brazos.

—Prométeme que yo seré el único hombre en tu vida, Leo —me pidió en un murmullo bajo.

—Tu eres el único hombre en mi vida, James, pero eso ya lo sabes —respondí con calma, sin apartar la mirada del hermoso paisaje—. Vas a ser mi marido.

—Prométeme que no vas a esconderme nada nunca más.

—Te lo prometo —murmuré.

—Prométeme que me nunca me dejarás otra vez...

Tras unos segundos, respondí:

—Te lo prometo.

James asintió, movió la cabeza para tratar de alcanzar mi labios y yo giré el cuello para facilitarle el trabajo, compartiendo un beso suave y dulce en lo alto de la colina con vistas a los valles. Fue un día muy bonito, nos sacamos algunas fotos y volvimos en mitad de la oscuridad al coche, porque la noche nos había pillado por sorpresa a la vuelta. Saqué el móvil y usé la linterna para movernos entre las sombras y no tropezarnos con las engañosas piedras del camino mientras James me seguía de cerca, con su mano en mi espalda y tan calmado como había estado hasta el momento. Dejamos la capota puesta, porque, aunque la tarde había sido soleada, el atardecer había traído consigo una brisa fresca. De vuelta, fui acariciando

la pierna de James hasta que le miré un momento, con su camisa abierta, sus mangas cortas muy apretadas contra sus hombros anchos y sus enormes bíceps, sus gafas oscuras de aviador y su sombrero de paja, su barba espesa y sus pantalones cortos ceñidos, su expresión sería mientras miraba distraídamente la carretera. Me bañé en aquella visión y empecé a ponerme un poco tontorrón porque era un gilipollas muy enamorado y un poco cachondo porque James era un hombre espectacular. Sin decir nada, alargué la mano hasta su abultada entrepierna. Él giró el rostro hacia mí, pero yo le señalé la carretera.

—Estás conduciendo, James —le recordé—, ten cuidado...

Él miró hacia delante y sonrió como él hacía, recostándose un poco para que yo pudiera alcanzar más cómodamente su entrepierna. Le hice sufrir un poco y después me incliné para hacerle una buena mamada que, sinceramente, no supe cuál de los dos disfrutó más.

Hasta que, al genio de mi prometido, se le ocurrió detenerse en un Mc-auto de un McDonald's a la entrada de Dublín. Quise incorporarme antes de que llegara al megáfono de pedido, pero él no me dejó, presionándome la cabeza y jadeando con oscuro deleite.

—Hola, buenas noches, ¿qué desean? —preguntó la voz al otro lado del cartel.

—Quería una bebida grande, sin azúcar —pidió James—. ¿Tú quieres algo, Leo? Oh... ya tienes la boca llena —sonrió—, entonces nada más, solo la bebida. —Cuando cerró la ventanilla y no pusimos a la cola de recoger el pedido me advirtió con voz jadeante—. Vamos, Leo, date prisa si no quieres que te vean, porque no te voy a dejar levantar la cabeza hasta que me corra...

Fue un momento bastante extraño, entre la presión, la excitación y la leve ansiedad que me producía que la chica de la ventanilla me pudiera ver haciéndole una mamada al señor Black; porque sabía que a él le iba a importar muy poco que nos descubrieran. Por suerte, ese tipo de peligro público era lo que a James le ponía más cachondo, llegando al orgasmo bastante deprisa, apretándome el pelo con fuerza y gruñendo bien alto dentro del coche mientras arqueaba la espalda. Entonces pude incorporarme, con la boca completamente empapada en saliva, los ojos rojos, hinchados y llorosos y con la respiración acelerada. El señor Black se guardó al Gran General en la bragueta, se inclinó y me dio un buen beso con lengua, manchándose bastante en el proceso. Miré al otro lado cuando nos detuvimos al lado de la ventanilla y la chica le entregó la bebida grande a un James con la barba húmeda. Solo pagó y arrancó el coche con una amplia sonrisa, me la pasó la bebida y me guiñó un ojo.

—La pedí para ti con todo el cariño, Leo —me dijo—. Sé que te gusta beber algo para aclararte la garganta después de tragarte toda mi corrida. Acepté el vaso grande de plástico con una expresión no demasiado divertida.

—Eres un cabrón, James... —murmuré antes de dar un par de sorbos, por-

que, por desgracia, se había corrido bastante y tenía razón al decir que me gustaba beber algo para aclararme la garganta.

—Soy un cabrón —asintió—. Un cabrón que te quiere muchísimo.

Giré la cabeza a un lado para que no me viera sonreír. Yo sabía que había cosas de James que nunca cambiarían, pero, al menos, eran las más divertidas y las que más me gustaban de él.

Tras un día entero de camino y desahogarse en el coche, James estuvo muy suave. Me ayudó a preparar la cena, me abrazó y me besó en la ducha, me echó crema en el rostro y los brazos porque los tenía rojos después de un día bajo el sol, y después nos fuimos a dormir. El domingo nos lo tomamos con mucha calma: desayunamos, dimos un par de vueltas por el centro y nos entretuvimos en una tienda de películas para hacer una larga selección que incluir a la colección que habíamos empezado, comimos en casa de mis padres con Gael y O'Donnell, y volvimos a casa para descansar hasta que el lunes hubo que regresar a la rutina.

Las cosas habían avanzado bastante allí, porque los obreros no habían descansado el fin de semana y ya habían empezado a colocar la decoración del segundo piso, moviéndolo todo bajo la atenta mirada de la señora Nilsson, con quien nos detuvimos un momento a primera hora para que nos explicara los progresos. A James seguía sin hacerle gracia aquello, pero a mí me parecía que la oficina estaba quedando alucinante; y no fui el único, porque cuando a media tarde empezaron a llegar los primeros «seleccionados» de INternational NY, se quedaron pasmados con lo que veían. Los recibimos personalmente, ya que no había nadie más allí de la compañía que nosotros, pero yo fui el que les hablé y les sonreí mientras el señor Black se quedaba serio y mirándoles fijamente. Puede que la oficina fuera muy diferente, pero su jefe seguía siendo el mismo de siempre y se lo iba a dejar muy claro. Les hicimos un breve tour por la planta baja, la única que podrían utilizar por el momento, y les mostramos los espacios disponibles.

—Esta será la sección administrativa, como casi toda la planta baja —le recordé por segunda vez, guiándolos por un pasillo de suelo laminado de madera, rodeado de mesas amplias, sillas coloridas, plantas e incluso cortinas para separar secciones en caso de necesidad. Todo era bastante abierto y había sido idea de la diseñadora poder acortar espacios de una forma fácil y útil como aquella—. Pero por el momento la compartiréis todos mientras los pisos superiores no estén disponibles —continué—. Los diferentes departamentos tendrán sus espacios con sus propias salas de reuniones y despachos. Esta es la sala de descanso... —anuncié, cruzando una entrada rectangular con un cambio de patrón en el suelo para marcar bien la diferencia. Se escuchó un bajo «Oh...» y yo sonreí más—. Hay espacio de sobra, como podéis ver, neveras, fregaderos, microondas para calentar la comida.

La sala de descanso de la planta baja era una de las más espaciosas porque era donde iba a trabajar más gente. Se trataba de un lugar con ventanales

que daban a la calle, dos barras altas de bar, sillones, un montón de mesas e incluso sofás en la zona donde se encontraba otra pequeña cocina ya más orientada a las bebidas y a los pequeños descansos para tomar el café. Allí estaba la mesa con donuts de regalo, que les ofrecí por si querían probar. Todos dudaron, porque el señor Black seguía delante, muy erguido y con sus mejor expresión intimidante. No se movieron hasta que movió la cabeza para indicarles que podían comer. Después les llevamos a la sección del Departamento de Informática, también en la planta baja, pero con una decoración más diáfana, suelos en cemento pulido y un ambiente mucho más moderno e industrial; pero igualmente cómodo y visualmente atractivo.

—Aquí están por ahora los únicos ordenadores, todavía faltan muchas cosas, pero a lo largo del mes irán llegando —les expliqué—. Podéis usarlos todo lo que necesitéis por el momento. También hay cascos aislantes en cada puesto para que no os moleste el ruido —idea mía porque me habían gustado mucho aquellos cascos en FC&A. Tras una breve discusión con James, había cedido, pero solo en la sección de informática, por el momento—. En un par de días, comenzaremos la campaña de contratación, así que tendréis tiempo de adaptaros y espacio de sobra para monitorizar a los nuevos. Si tenéis alguna pregunta, hacédmelo saber y... Bienvenidos a INternational Dublín —concluí.

Aplausos, sonrisas y nos fuimos.

—¿Viste sus caras, Leo? —me preguntó James cuando subíamos de vuelta al despacho—. Estaban flipando...

—No me extraña, es una oficina preciosa, James —respondí a la vez que subía los escalones y mandaba un mensaje a la señora Irons de RRHH en Nueva York.

—Pues ahora ya es tarde para cambiar de idea, no voy a darle a ninguno de ellos el traspaso desde la sede americana —me aseguró con tono serio—. Tuvieron su oportunidad.

Puse los ojos en blanco y guardé el móvil en el bolsillo del pantalón de traje antes de ascender los últimos tramos hacia el tercer piso. Desde el espacio central, pudimos espiar un poco a los recién llegados, charlando entre ellos o probando los asientos y los ordenadores.

Yo sabía lo que estarían diciendo: que aquello era muy diferente a lo que se esperaban. Eso me produjo una sensación de bienestar y felicidad, rodeé la cadera de James con un brazos y le di un leve apretón.

La semana fue ajetreada, porque hubo muchísimo movimiento. Ya no estaban solo los obreros llevando cosas de aquí allá, sino también los empleados que llegaban desde américa y los nuevos empleados que Recursos Humanos había empezando a contratar siguiendo la lista de prioridades que yo les había enviado: lo primero era lo primero, con recepción y administración. Cuando al segunda planta estuvo preparada, se abrieron otros departamentos y la contratación cambió de dirección hacia algo más profesional y específico. Los antiguos trabajadores

podieron cambiar de planta y disfrutar de los espacios que la diseñadora había ideado específicamente para sus necesidades.

James se quedaba a veces mirando desde las cristalerías del despacho, con los brazos cruzados y ojeando por encima del biselado traslúcido. Ya no parecía molestarle tanto aquel nuevo diseño cuando los empleados no paraban de decir maravillas sobre la nueva oficina y empezaron a llegar las primeras peticiones de traslado.

—Dejemos el T-Rex en la puerta del despacho —me dijo—. Me gusta mucho.

Aparté la mirada de la tablet y le vi allí de pie antes de darse la vuelta para sentarse en su sillón de jefazo y seguir trabajando. Había una nueva oficina, una nueva vida y una nueva sonrisa en sus labios. Todo había cambiado y James Black al fin era el hombre que siempre había deseado ser. Un hombre querido, tranquilo y feliz.

EPÍLOGO: AZUL Y GRIS

Entreabrí los ojos cuando el puñetero despertador del móvil empezó a resonar por toda la habitación. Gruñí, moví la mano desde la espalda de James y empecé a pegar golpes en la mesilla hasta que fue el propio señor Black quien lo apagó con un solo toque. Giré el rostro hacia él y miré sus ojos del azul del mar a mi lado, mirándome de vuelta de una forma muy intensa.

—Hoy nos vamos a casar, Leo —me dijo.

Asentí un par de veces y le di un beso en los labios.

—¿Has podido dormir? —le pregunté.

—Sí, pero me he despertado temprano. Hay muchas cosas que hacer.

Miré hacia el techo de su antigua habitación y le abracé un poco más fuerte antes de soltar un jadeo y moverle hacia un lado para ponerle de espaldas en la cama.

—Primero lo más importante —le recordé, apretando mi erección contra la suya.

James sonrió como él hacía, como ahora sonreía siempre, y se llevó las manos detrás de la cabeza para dejarme total acceso a su cuerpo musculoso, grande y perfecto.

—Vas a hacerme un hombre muy, muy feliz, Leo...

El señor Black estaba muy equivocado, porque el que me iba a hacer muy feliz era él a mí. Le di un buen beso en los labios y fui descendiendo por su cuerpo hasta su entrepierna, empezando la mañana de tu boda de la mejor manera posible: con sexo del bueno junto al hombre perfecto.

—Espera, miraré si hay alguien —me detuvo antes de que saliera por la puerta. James la entreabrió y echó un rápido vistazo antes de adentrarse en el pasillo con una muda limpia en la mano, el abdomen manchado de semen, el pelo completamente despeinado y la boca y la barba repletas de saliva.

Puse los ojos en blanco y le seguí a paso firme, completamente desnudo y sin importarme una mierda si nos veían caminando por el pasillo del ala norte de la Mansión de los Horrores.

El señor Black se quedó en la entrada al baño y me hizo una señal rápida para que me apurara a entrar y poder cerrar la puerta. Sí... no había sido idea mía quedarnos en casa de los padres de James antes de nuestra boda, pero era lo más sencillo y a él le hacía ilusión poder hacerlo.

Después de dos meses de planificación, habíamos seguido adelante con los preparativos que habíamos dejado aparcados durante nuestra breve ruptura. La boda seguía siendo en Bluebelt, a los pies del lago, a finales de Septiembre, con una carpa y una decoración tan elegante como extravagante y una lista de invitados mucho más larga de lo necesario. James volvió a ponerse al mando y a convertirse en el terror de los planificadores de bodas, decidiendo hasta el más mínimo detalle para que nuestra boda fuera «perfecta».

Fue complicado, no voy a mentir. Se juntaron algunas cosas y hubo momentos de presión: INternational Dublín estaba ahora a completo rendimiento, repleta de trabajadores y con bastante ajeteo. El señor Black y yo salíamos de reunión en reunión, recorriendo la preciosa oficina de un lugar a otro, visitando las diferentes y particulares salas de reuniones que habían instalado en cada departamento. Todas eran diferentes, pero yo siempre me sentaba al lado de James. Ahora no solo era su ayudante, sino que era su segundo al mando, algo así como un subdirector regional al que a la gente no le daba miedo acercarse a preguntar algo; como, por ejemplo, si podrían ampliar su estancia allí. Había sido un «boom» casi inmediato. El Departamento de Márketing había tenido la gran idea de llamar a algunas revistas de diseño y algunas de moda para que vinieran a hacer un reportaje sobre la «moderna e increíble oficina europea de INternational». Cuando todas aquellas imágenes tan impresionantes salieron a la luz y atravesaron el mar para llegar a Nueva York, muchos de los trabajadores quisieron venir. No era nada sorprendente, por supuesto, porque James había elegido finalmente a un director igual de exigente y seco como él; así que, de estar gobernado por un tirano, al menos que fuera en una oficina preciosa, con un gran ambiente laboral, espacios de descanso y donuts gratis. Sin embargo, el señor Black fue firme en su decisión: nadie podía cambiarse ya...

— Ahora nos pondremos algo elegante, pero cómodo — me explicó James cuando terminamos de secarnos, ofreciéndome la ropa —, para el desayuno y una última revisión del lugar de la boda. Después nos cambiaremos de ropa para la recepción y el pequeño cóctel de bienvenida, y finalmente los trajes de la boda.

Le agarré del rostro con ambas manos y le obligué a mirarme a los ojos.

— Todo ira bien, James. Tranquilo — murmuré antes de besarle.

Él me miró unos segundos en silencio y asintió. Estaba nervioso, estaba muy nervioso y emocionado, se le podía ver en el rostro y la postura más rígida de su cuerpo. Nos revisó con mucha más atención delante del espejo y repasó hasta el último detalle, llegando incluso a quitarme las gafas para limpiarlas bien con agua y jabón y devolvérmelas. Cuando estuvimos listos, salimos al pasillo y nos detuvimos un último momento en el pequeño hall frente a las escaleras, James colocó su mano en la parte baja de mis espaldas, cogió una bocanada de aire y bajamos hacia el comedor. Allí ya estaban su hermana Sarah y Thomas, su novio. Nos dedicamos asentimientos con la cabeza y nos sentamos frente a ellos para prepararnos el desayuno. Todavía no tenía claro cómo tratarles, porque no nos habían hecho nada, pero formaban parte de la peor familia que conocía; así que hacía lo mismo que James: me limitaba a ignorarlos hasta que fuera esencial mantener una conversación con ellos o intercambiar comentarios bajos. A quien no podía ni mirar a la cara era a su hermano menor, Robert. El muy gilipollas había venido desde Miami, sonriendo y creyéndose toda una estrella de la música con su Mercedes Bend, su nue-

vo corte de pelo, sus gafas de sol, su traje caro y una preciosa joven del brazo. Se había presentado al caer la tarde del día anterior y nos había saludado con su gran sonrisa de dientes blanqueados como si fuéramos los mejores amigos en el mundo, llegando incluso a querer darme un abrazo y llamarme «cuñado», pero le aparté la mano de un golpe tan seco como mi mirada.

—Cierra la puta boca, no quiero ni oírte —le había dicho yo al instante, creando un momento muy tenso y cortando por completo su fingido buen rollo—. No me hables, no me mires, ni siquiera pienses en mí. Solo estás aquí porque eres parte de esta asquerosa familia y James quiere que estéis todos en la boda —le dejé bien claro. A él, y al resto de la familia Black que estaba delante: su madre, su hermana y Thomas.

Robert se había quedado helado, con un enfado cada vez más evidente en el rostro y en sus ojos de un azul sucio y vacío. La chica que le acompañaba no sabía lo que estaba pasando allí, se quedó muy quieta y con expresión sorprendida, pero ella no tenía la culpa de que la hubieran traído hasta allí como un simple trofeo para que Robert se sintiera mejor consigo mismo, como su coche o su ropa.

—Bienvenido, Robert —se limitó a decir James mientras me acariciaba la parte baja de la espalda.

Si por mi hubiera sido, hubiéramos celebrado la boda en Dublín, en cualquier parte, no me hubiera importado donde; sin embargo el señor Black quería celebrarla en Bluebelt, al igual que sus padres, frente al lago y rodeado de su familia para que fingieran que eran todos muy felices y estaban muy orgullosos de él. La forma en lo que lo había conseguido había sido con uno de los momentos en los que más orgulloso me había sentido de él. Una noche en casa, tras la cena, me había pedido que la abrazara y que le diera el móvil, entonces había marcado el número y me había dado un beso mientras esperaba.

—Soy James, dile a padre que quiero hablar con él y que es muy importante —dijo con tono serio y calmado. No paró de mirarme a los ojos mientras esperaba, dándome pequeños besos de vez en cuando hasta que respondió—: Sí, padre, soy yo. Te llamo porque voy a celebrar mi boda con Leonard, porque le quiero y me hace muy feliz. Será en Bluebelt, a finales de verano. Me gustaría mucho que la familia estuviera allí, pero de no ser así, me olvidaré por completo de vosotros, adoptaré el apellido O'Brien y no volveréis a verme jamás. Esperaré tu respuesta —y colgó.

Yo le había escuchado con las cejas arqueadas y una sincera expresión de incredulidad, hasta que James había dejado el móvil encima de la mesa y me había apretado con fuerza contra él, liberando una bocanada de tensión acumulada.

—Vamos a la Habitación Vainilla —le ofrecí, como siempre hacía cuando se ponía nervioso o se angustiaba—. El agente O'Brien te va a hacer un buen registro.

James me había mirado con una pequeña sonrisa y me había respondido:

—Quizá el Cabo O'Brien debería pasar revisión...

—Oh... —comprendí, guiñándole un ojo antes de llevarle hacia la habitación.

Me puse mi uniforme militar auténtico de botas negras, pantalón y chaqueta de camuflaje sin nada debajo, mis chapas al cuello, mis gafas de sol y mi boina verde. Cuando me quedé con expresión muy seria y las manos cruzadas a la espalda delante de James, él ya estaba respirando con fuerza, completamente empalmado, con su sombrero de general al mando en la cabeza y mirándome de arriba abajo.

La diferencia entre el agente de policía O'Brien y el Cabo O'Brien, era lo duro que quería follar un James deseoso de olvidarse de los problemas, de su angustia, sus miedos y preocupaciones, dejarlo todo fuera de esa habitación color vainilla y limitarse a disfrutar y a hacerme disfrutar a mí. «¡Cabo O'Brien presente, mi General!», le gritaba, muy al estilo de las películas: con saludo militar, hablando muy alto, muy serio y muy dispuesto a darlo todo por su comandante al mando. Eso ponía terriblemente cachondo a James, quien, por supuesto, siempre tenía más rango que yo.

Cuarenta minutos después, el señor Black estaba completamente calmado, casi flotando en una nube en dirección a la ducha para limpiarnos el sudor que nos empapaba el cuerpo antes de irnos a dormir. Cuando nos íbamos a acostar, casi por casualidad, revisé un nuevo mensaje del móvil. Su padre ya nos había dado una respuesta: «Iremos». Yo sentí cierta indiferencia, pero al señor Black le hizo muy feliz aquel éxito. Así que lo habíamos seguido organizando todo y, tres días antes del gran evento, habíamos vuelto a Nueva York para ir a la Mansión de los Horrores. La tensión que había allí no se podría ni cortar con un serrucho, tan densa, fría y profunda que casi te ahogaba. Doctor Maligno y su mujer Cruela de Vil nos trataban con el mayor de los desprecios, casi fingiendo que no estábamos allí; por suerte, James lo llevaba bastante bien, centrado en la inminente boda, distraído con los últimos preparativos y siempre muy mimado por mí para compensar lo puto asquerosos que eran sus padres. Aquel día tras el silencioso desayuno y una lectura rápida del periódico, salimos con los perros a dar un pequeño paseo hacia los pies del lago, donde habían levantado la carpa blanca, puesto las largas mesas repletas de flores y montado... bueno, la espectacular boda que James había planificado. La señora Hightower estaba allí, por supuesto, había venido directa desde Seattle para soportar las muchas quejas, preguntas y exigencias del señor Black. Ya habíamos repasado el lugar, pero quiso volver a hacerlo, obligar a la pobre mujer a repetir lo que ya le había dicho y después tener una charla con el director de catering y el encargado de los camareros y el bar. Todos se sorprendieron porque los novios no solían venir a supervisar esas cosas, para eso habían contratado a una organizadora de eventos; pero claro, ellos no conocían a James Black.

Después de volver con los perros, nos cambiamos para la comida con la

familia Black y la recepción de los invitados que empezarían a llegar desde primera hora de la tarde; entre ellos, mi familia. Llevar a los O'Brien a Nueva York fue... toda una experiencia. James les pagó todo y, por supuesto, solo lo mejor. A mi madre casi le dio un ataque al corazón cuando llegó a la *Empire Suite*, del hotel The Carlyle; un enorme dúplex con impresionantes vistas a la ciudad y que, como James dejó caer nada sutilmente cuando les acompañamos el primer día, valía quince mil dólares la noche.

—Joder, James... tú sí que sabes hacernos sentir pobres —murmuró mi hermana, mirando a todas partes con una expresión entre la sorpresa y la sospecha.

Tuvo que bromear, porque, la igual que el resto de mi familia, se sentía muy incómoda con el hecho de que el señor Black se gastara tanto dinero en ellos. Mi madre no paraba de darle las gracias y decirle «Ay, cielo, no hacía falta esto...», y mi padre se estaba mordiendo mucho la lengua y conteniendo, apenas sin éxito, su expresión de disgusto. O'Donnell solo estaba ahí, a un lado, como él solía hacer.

—Es nuestra boda, queremos que estéis cómodos y nos hace mucha ilusión que hayáis venido. Así que no os preocupéis y disfrutad de la suite

—les dije yo, tratando de dejar claro que no debían sentirse incómodos por estar allí y que aquella también había sido mi idea.

—Mañana os invitaremos a desayunar y haremos un poco de turismo, si queréis —les ofreció James a mi lado, con su mano alrededor de mis hombros y la cabeza bien alta.

Seguía intentando impresionar a mi familia con dinero, pero era en esas comidas de los domingos, semana tras semana, cuando habían empezado a cogerle cariño a James y a empezar a incluirlo en la familia.

—¿Vosotros no os quedáis aquí? —preguntó mi padre al ver que nos íbamos.

—No, iremos a casa —respondí yo—. Mañana vendremos a buscaros.

Yo lo había dicho en serio, pero, al parecer, James seguía teniendo sus secretitos y me llevó la *Royal Suite* del Ritz, donde habíamos pasado la noche en la que me había pedido matrimonio. Eso sí me pilló por sorpresa, pero sonreí y asentí varias veces.

—Muy bien pensado —reconocí, porque me había parecido bastante romántico de su parte—. Incluso has hecho traer el cubo de champán con hielo y el lubricante... —señalé, arqueando las cejas.

—Yo siempre pienso en todo, Leo —murmuró en mi oído con una sonrisa. A la mañana siguiente llegamos un poco tarde a desayunar con mi familia porque había sido una noche muy animada y casi nos quedamos dormidos. Iban vestidos de calle, pero mi padre había traído una camiseta con una bandera de Irlanda muy ceñida contra su barriga; por si ya quedaba poco claro que éramos irlandeses solo al vernos la cara. Les invitamos a comer y, al atardecer, nos despedimos de ellos para subir al Lamborghini negro y salir en dirección a la Mansión de los Horrores.

—Qué guapa estás, mamá —la saludé con una sonrisa y dos besos cuando bajó de la limusina que les habíamos enviado.

Ella hizo una ademán para quitarle importancia, pero había ido a la peluquería y la habían maquillado a la perfección, quitándole años de encima. Después salió mi padre, que estaba como siempre pero con esmoquin, le dimos ambos un apretón de manos y un breve saludo. Entonces salió mi hermana.

—Joder, Gael... —murmuré, mirándola de arriba abajo sin saber qué más decir.

Había ido a la peluquería con mi madre, por una vez no llevaba un moño ni el pelo recogido y se había maquillado. De algún lugar había sacado un precioso vestido vaporoso color lavanda, que flotaba entre sus piernas a cada paso. Estaba preciosa.

—Lo sé —sonrió antes de acercarse a darme un beso y saluda a James a mi lado—. ¿Dónde está el bar? Quiero ser la hermana loca y borracha que avergüenza a su familia en la boda.

—Hay un bar de cócteles a un lado —le señalé.

—Vamos Patrick —le dijo a su prometido, detrás de ella y con un esmoquin con faja roja.

Entonces llegó el fatídico momento en el que los O'Brien conocieron a los Black. James estaba nervioso, yo estaba nervioso, era una ocasión muy complicada que podía resultar en completo desastre. Sin embargo, los Black fueron tan falsos, sonrientes y despreocupados como con el resto de invitados y, mi familia, simplemente fue educada, así que todo fue bien, mantuvieron una breve conversación y se alejaron los unos de los otros.

—He tenido miedo —me susurró James al oído.

—No me extraña —murmuré, llevándome la copa de whisky a los labios. Después nos quedamos recibiendo al resto de invitados, entre ellos, los Fletcher. Me alegró mucho verles, porque era la única familia en mi boda, además de la mía, a la que reconocía. Saludé a todos y le dediqué una amplia sonrisa y un apretón de manos a Edward.

—Leonard, James —nos saludó con una pequeña sonrisa.

—No me puedo creer que hayas hecho un hueco para venir a nuestra boda. Me siento increíblemente afortunado —bromeé.

Edward se rio, pero parecía algo triste, como desganado, quizá había trabajado mucho o venía sin descansar. Preferí no presionarle demasiado, por eso y porque el señor Black no paraba de apretarme contra él y hacerle comentarios hirientes disfrazados de frases divertidas, tal como solía hacer. Le interrumpí invitándoles a pasar al cóctel, ellos nos dieron la enhorabuena y se alejaron.

—Solo están aquí porque son amigos cercanos de mis padres —me dejó bien claro James—. Les he puesto en la otra esquina del banquete, todo lo lejos posible de nosotros.

Cogí aire y lo solté. No quería discutir tonterías el día de mi boda, sinceramente. Así que seguimos saludando a los invitados, teniendo pe-

queñas conversaciones, algunas más breves e incómodas que otras, hasta que llegó un invitado que sí conocía. Salió de su limusina con un traje hecho a medida de color crema, a juego con un chaleco de seda color café y el pañuelo perfectamente doblado en el bolsillo. Seguía igual que la última vez que el habíamos visto: el mismo peinado, el mismo rostro de vieja estrella de Hollywood, la misma postura erguida y los mismos relamidos modales.

—Si te soy sincero, James, seguía creyendo que esto era una broma hasta que recibí la invitación —le dijo el señor Müller con su característico acento germano, deteniéndose a un par de pasos de nosotros. Como le habíamos pedido, había venido solo, sin ninguno de sus sumisos arios—. «Leonard, estás increíble, como siempre» —me dijo en alemán, dedicándome un cabeceo a forma de saludo—. «Eres como un hermoso guerrero que va a caer en las garras de un asqueroso orangután».

—«Tenga cuidado, señor Müller. Esta hablando de *mi* asqueroso orangután» —le advertí con una sonrisa educada.

—Estamos en américa, Liam —le recordó James—. Aquí se habla inglés.

—Por supuesto —respondió él, llevándose su mano al ala de su elegante sombrero—. Hay que ser educado en el día de tu boda, incluso aunque se trate de ti.

—¿Por qué no vas a ahogar tu miseria y tu envidia en la barra del bar? Como haces siempre —le sugirió James con una sonrisa, señalando hacia atrás con un movimiento de cabeza antes de atraerme hacia él.

Yo seguía sin entender qué clase de relación tenían esos dos, pero Liam Müller era la única persona de su pasado que no parecía ponerle nervioso volver a ver. Y, tras recibir a todos los invitados, volvimos a casa andando para volver con nuestros trajes de boda. James se pasó casi veinte minutos delante del espejo, repasándolo todo una y otra vez, cada vez más nervioso e impaciente. Tuve que darle un par de besos y decirle que todo iría bien, pero su mano temblaba contra mía mientras volvíamos andando por el camino. Había llegado el gran momento al atardecer, en un altar montado al lado del lago, rodeado de flores y delante de todos aquellos invitados. Entonces yo también empecé a ponerme un poco nervioso, simplemente por la presión que suponía quedarse allí de pie, al lado del hombre que oficiaba la boda, mirando fijamente al hombre más guapo del mundo. El hombre con el que me estaba casando: James Black. Me pasé casi toda la ceremonia mirándole a los ojos del azul del mar, perdido en esa inmensidad azul, hasta que me tocó leer mis botos de boda. Fue un momento muy especial, pero me costó leer y pronunciar las palabras con la boca seca y pastosa de los nervios. Quería que aquello fuera perfecto, por James, pero cuanto más leía lo que había escrito, más sonrojado me ponía y más consciente era de que todos allí me estaban escuchando. No era nada empalagoso, solo un montón de frases describiendo lo feliz que me hacía y lo mucho que le quería; aun así terminé con un «y por eso te amaré siempre» bastante tonto. James sonreía como un niño, mirándose

fijamente y algo sonrojado también. Entonces sacó un papel de la chaqueta de su traje a medida y leyó los suyos. No fueron tan largos como los míos, pero estaban mucho más cargados de emociones y profundidad. Hablaba sin ser demasiado concreto de su pasado, de cómo yo le había cambiado la vida y de la felicidad que había encontrado a mi lado.

—Tú y yo somos el mejor equipo, Leo. Eres mi mejor amigo, mi segundo al mando y, ahora, mi marido. Antes te odiaba, pero ahora te amo con todo mi corazón, y no podría ser más feliz...

Ambos teníamos los ojos húmedos y nos mirábamos mientras sus palabras se difuminaban en el aire suave de finales de verano, junto la brisa del lago que acunaba las flores y las hojas verdes que nos rodeaban. Los aplausos nos sacaron de ese instante de intimidad compartida en mitad de tanta gente y llegó el momento ponernos los anillos. James había elegido dos alianzas de oro claroscuro, con una línea de un profundo negro dividiéndolo por la mitad, en contraste con la alianza plateada de pedida. Era muy elegante y masculino, pero también simbólico, porque era oro de la mejor calidad con una línea que representaba el «Black» de su apellido. Así que llevar ese anillo era como llevar una representación de sí mismo en el dedo. Después, llegó el beso. Tenía muchas ganas de hacerlo, pero fue raro delante de la gente. James me rodeó con los brazos y me apretó para meterme la lengua, algo que me pilló por sorpresa y me hizo reír, pero le mordí suavemente el labio inferior y el sonrió mucho al separarse. Volvieron los aplausos y saludamos al público, ahora, oficialmente como maridos. Entonces el señor Black me dio otro beso rápido y no dejó de sonreír en toda la noche. Parecía eufórico, increíblemente feliz; me miraba todo el rato, nunca se apartaba de mí ni dejaba de tocarme o abrazarme. Cenamos muy juntos, sin chaqueta y remangados para no mancharnos, bebiendo y riéndonos con la familia O'Brien mientras los Black solo estaban allí haciendo su espectáculo. Los fotógrafos nos sacaron un montón de fotos y, alguna de ellas, iría directa a una de las estanterías de casa repleta de las demás imágenes de nosotros juntos, otra, puede que la misma, iría a las redes sociales de James. Había borrado todas las fotos de Lana, todas las fotos en las que salía solo, dejando únicamente en las que salíamos juntos y sumando un par más que nos sacábamos de vez en cuando.

Tras la cena y el postre, compartimos un pequeño baile en la pista que habían montado con farolillos y más decoración azul y gris, la temática de la boda. Fui un momento muy especial, uno más entre muchos de aquel día; cuando bailamos pegados, abrazados y moviéndonos lentamente al ritmo de una música suave. El señor Black suspiró, hinchando su pecho antes de volver a sonreír como el hombre más feliz del mundo, acariciándome la frente contra la suya y mirándome con unos ojos húmedos y brillantes.

—Te amo... —susurró por... quizá centésima vez aquella noche.

—Y yo a ti —respondí de la misma forma que lo hacía siempre.

A mí se me notaba menos, porque estaba sumergido en una especie de nube de felicidad en la que todo parecía al borde del sueño y la realidad. Me sentía adormecido, casi drogado, mientras vivía aquellos momentos que atesoraría para siempre en el fondo de mi corazón. Ese baile, la cena, el puro y el whisky que nos tomamos con mi padre en la sección de sillones donde Callum O'Brien trataba de no llorar mientras nos daba algunos consejos sobre el matrimonio.

—Bienvenido a la familia, chico —se despidió de nosotros, dándole un abrazo a James y un par de golpes en la espalda.

Nos quedamos un poco más, sacándonos más fotos, algunas de ellas con los Black, que sonreían mucho para las cámaras, rodeándonos a James y a mí con los brazos como si fuera también el momento más feliz de sus vidas. Recibimos felicitaciones de todo el mundo y muchos halagos por la preciosa boda, lo bonito que era todo y lo maravilloso que había sido el banquete. Una en especial le hizo muy feliz, cuando Liam Müller tuvo que darle un firme apretón de manos y decirle:

—Ha sido una boda encantadora, muy elegante y preciosa, James. Estoy impresionado.

El señor Black se rio mucho y apretó la mano de Liam.

—Me alegro de que te haya gustado —sin tratar de ocultar lo más mínimo lo profundamente orgulloso, grande y poderoso que todo aquello le estaba haciendo sentir.

Pero ellos tenían razón, había sido la boda perfecta. Tras todo aquello, el señor Black y yo nos despedimos, saliendo hacia el coche que habíamos contratado para que nos llevara a Nueva York. Pasamos una bastante apasionada noche de bodas en la *Royal Suite* y al día siguiente cogeríamos un avión, casi sin dormir y con el culo dolorido de follar tanto, directo a Viena para comenzar nuestra Luna de Miel. James se había hecho cargo de la boda, pero yo me había encargado del viaje, así que le esperaban un par de maravillosas sorpresas; la primera de ellas, el hotel histórico en el centro de Viena, un precioso edificio neoclásico con preciosísimas vistas a la capital.

Después de llegar y darnos una ducha, me acerqué al pequeño balcón, solo con una camiseta corta y un bóxer, aspirando el delicioso aire nocturno y mirando las luces que cubrían una de mis ciudades favoritas del mundo. James me rodeó con los brazos por la espalda y se apretó contra mí, dándome un par de besos en el cuello y volviendo a suspirar. No iba a separarse de mí nunca más, dejando bien claro a todo el mundo que era mi marido, uno de esos empalagosos y muy atentos.

—Señor Black... —me susurró al oído con una sonrisa de orgullo y felicidad.

Sonreí, moví el cuello y alcancé sus labios para darle un suave beso.

Leonard Black, ese era yo ahora. Y lo sería hasta el día en el que me muriera.

FIN